


**EL CAMPAMENTO MILITAR GRIEGO:
DE HOMERO A JENOFONTE**

MAURICIO G. ÁLVAREZ RICO

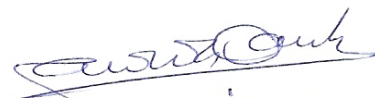
Tesis que presenta para la obtención del grado de Doctor en Historia por la
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE MADRID

MARZO DE 2010

Directores:



Prof. Dr. D. V. Alonso Troncoso
Universidad de La Coruña



Prof. Dra. A. Canto y De Gregorio
Universidad Autónoma de Madrid

Para mis padres, que me lo han dado todo.

Para mi familia, que es lo mejor que tengo.

Para todos los sobrinos que han llegado en estos diez años.

Para María, sin palabras, que mejor las saben su corazón y el mío.

Resulta muy difícil hacer una nómina completa donde recordar a todos aquellos que, tras más de diez años, han ayudado y alentado de mil maneras diferentes la realización y finalización de esta tesis doctoral. A todos ellos quisiera mostrar mi más profundo agradecimiento y traer tanto a su memoria como a la mía el hecho cierto de que sin esa ayuda grande o pequeña este trabajo jamás habría podido ser finalizado.

Aunque esa lista sería imposible de redactar, nunca podré olvidar y agradecer suficientemente el trabajo y la confianza puesta en mí por los directores de esta tesis, la Profesora Doctora Alicia Canto y De Gregorio, y el Profesor Doctor Víctor Alonso Troncoso. Del segundo fue la idea original del tema de investigación, y sabiendo las posibilidades que abría fue lo suficientemente generoso para encomendarme a mí su realización. Espero haber estado al menos a la altura exigida por la confianza depositada.

A la Profesora Alicia Canto debo mucho, por su infinita paciencia, su continuo trabajo de supervisión y su constante empuje para llevar a buen puerto la investigación. A ambos se han de dirigir los parabienes por todo lo bueno que pueda aquí encontrarse y a los dos estaré siempre agradecido por haberse portado conmigo como verdaderos *Doktorvater* y *Doktormutter*.

Igualmente no puedo dejar de recordar aquí a D. Adolfo Domínguez Monedero, tutor de este trabajo que además de su importantísimo apoyo para sortear todos los

vericuetos burocráticos necesarios para la presentación de una tesis, me dio utilísimos consejos en la recta final sobre aspectos clave de la investigación.

De la misma manera, no quiero dejar pasar la ocasión de agradecer su ayuda al Profesor Fernando Quesada, quien, además de ayudarme de forma decisiva en la publicación de la Tesina, ha constituido también para mí un ejemplo de constancia y amor por la investigación sobre la guerra en la Antigüedad. También me sería imposible dejar de mencionar al Profesor Emilio Crespo, quien se tomó la molestia de leer algunos aspectos filológicos que se presentan en esta tesis, ratificándome y animándome en la dirección tomada.

Fuera del ámbito académico español debo también reconocer mi inmensa deuda con el Profesor Dr. Jakob Seibert, cuyo apoyo fue decisivo para el disfrute de una beca del DAAD durante un año en la Universidad de Múnich. Sin el apoyo del Profesor Seibert y del DAAD nunca hubiera sido posible iniciar esta investigación. No menos agradecido debo mostrarme con todos los miembros del Instituto Arqueológico Alemán de Múnich quienes pusieron a mi entera disposición su magnífica biblioteca e hicieron que mis estancias en aquella bellísima ciudad fueran tan agradables como provechosas. Asimismo, dirijo mi sincera gratitud a todos los profesores y compañeros de la Universidad de Bielefeld, que me instruyeron en los primeros pasos de la investigación histórica y sirvieron de amable puerta para empezar a conocer el gran país que es Alemania.

Tampoco debo olvidar a los profesores W.K. Pritchett y R.S. Stroud por los apoyos y ánimos que me dieron para continuar con la tesis tras haber leído la publicación de la tesina. Sus alabanzas al trabajo realizado fueron el mejor acicate para continuar adelante.

No sólo por justicia, sino con verdadera alegría debo señalar el papel jugado por los profesores Efraim Karsh y Rory Miller, del King's College London, quienes con su saber y sus magníficas clases me enseñaron cómo la pregunta adecuada es siempre mucho más trascendente que la respuesta correcta.

De la misma manera no querría dejar aquí de mencionar a ninguno de mis compañeros y amigos del C.U. Villanueva en Madrid, cuya continua insistencia en que acabara la tesis nunca se hizo pesada, sino que por el contrario siempre supieron aderezarla con una alegría y una amistad tan sincera y leal que hicieron mucho más liviana la carga.

Mil páginas podría escribir recordando a tantos amigos que desde todos los puntos del globo (Armenia, Irán, Italia, Francia, Reino Unido, Portugal, Grecia, Finlandia, Japón, Bélgica, China, Alemania y, por supuesto, Madrid) han seguido con pasión e incluso cierta zozobra mis andanzas para llevar a buen puerto este trabajo. Para todos ellos va mi más sincero agradecimiento por su ayuda, su comprensión y su compañía a lo largo de estos más de diez años.

Y, por supuesto, quisiera dejar claro que la responsabilidad de todas las deficiencias y errores que se puedan encontrar en estas páginas debe recaer únicamente en mí.

Madrid, 19 de marzo de 2010

ÍNDICE

Introducción	1
Capítulo 1: Estado de la cuestión	7
a) Estudios históricos	7
b) Estudios arqueológicos	21
c) Estudios filológicos y comentarios de fuentes	28
Capítulo 2: El campamento militar en Homero	33
1. Homero y la <i>Ilíada</i>	33
2. El vocabulario campamental en Homero	49
a) νῆες Ἀχαιῶν	49
b) νηῶν ἐν ἄγωγι	55
c) στρατός	59
d) νῆες καὶ στρατός	65
e) Las singularidades de la <i>Dolonía</i>	67
f) Formas verbales referidas a la acción de “acampar”	70
g) Conclusiones	71
3. Forma y estructuración del campamento militar en Homero	75
4. Barcos y chozas: la distribución de la acampada	117
5. Las estructuras defensivas del campamento	151
6. Los sistemas de vigía y guardia en el campamento	187
7. La vida cotidiana en el campamento	201
8. La asamblea y el consejo	227
Conclusiones	249

Capítulo 3: El campamento militar griego en el periodo de las Guerras Médicas	263
1. Introducción	263
2. Estudio del vocabulario en torno al campamento militar en la Historia de Heródoto	265
a) La forma sustantiva στρατόπεδον	265
b) Las diversas formas verbales	276
c) La expresión ἔθεντο τὰ ὄπλα	280
d) Conclusión	284
3. El lugar de establecimiento de los campamentos militares durante el periodo de las Guerras Médicas	287
4. Forma y estructuración interna del campamento militar griego durante el periodo de las Guerras Médicas	307
5. Estructuras defensivas del campamento militar griego durante el periodo de las Guerras Médicas	331
6. Los sistemas de información, guardia y vigía en torno a las tropas acampadas	349
7. La vida diaria en un campamento militar griego durante el periodo de las Guerras Médicas	377
Conclusiones	393
Capítulo 4: El campamento militar griego durante la Guerra del Peloponeso	405
1. Introducción	405
2. Vocabulario campamental en Tucídides	409
a) στρατόπεδον	409
b) στρατοπεδεύω, ποιέω στρατόπεδον, τεύχω στρατόπεδον σκευάζω στρατόπεδον, ἀνορόω στρατόπεδον y otras expresiones verbales	421
c) καθίζω	423
d) ἀυλίζομαι	425

e) ἰδρύω	427
f) ὀρμίζω	429
g) Levantar el campo: αἶρω, ἀπανίστημι ἀναξευγνύω y ἀνάστασις	430
h) Usos relacionados con τὰ ὄπλα	431
i) Conclusiones	437
3. El lugar de la acampada	439
a) Criterios logísticos	440
b) Criterios topográficos	448
c) El lugar de acampada de las flotas	454
d) La proximidad del enemigo al campamento	459
e) El campamento junto a templos	461
f) Conclusiones	464
4. Estructura interna del campamento	467
a) El principio organizador de la acampada	468
b) Los otros componentes del ejército y su lugar en el campamento	475
c) Esclavos y servidores	477
d) Mercado e impedimenta	481
e) El lugar de la asamblea y la revista de la tropa	486
f) Almacenes y arsenales	488
g) Las fuerzas navales	491
h) La tienda de campaña	493
i) Conclusiones	498
5. Fortificación de los campamentos	501
a) Los presupuestos teóricos	504

b) Campamentos fortificados y muros	514
c) Conclusiones	529
6. Guardias, vigías y sistemas de señales de los ejércitos en campaña	531
7. Vida cotidiana del campamento: horario, logística en campaña y vida política de los ejércitos	565
Conclusiones	599
Capítulo 5: El campamento militar griego en Jenofonte	609
1. La obra de Jenofonte	609
2. Estudio del vocabulario	621
a) τὸ στρατόπεδον	622
b) σκηνέω	627
c) τὰ ὄπλα	628
d) ἀυλίζομαι	643
e) στράτευμα	644
f) Conclusiones	644
3. El lugar de la acampada	647
a) Criterios generales	647
b) El campamento en aldeas	661
c) El campamento y la ciudad	668
4. Jurisdicción y separación de campamentos	675
5. La forma del campamento	685
6. Empalizadas y defensas del campamento	689
7. La seguridad del campamento	705
8. Estructura interna del campamento	727
9. Las tiendas del campamento	745

10. La vida diaria en el campamento	757
Conclusiones	763
Apéndice: La batalla de Maratón (490 a.C.)	773
1. Introducción	773
2. Las fuentes sobre la Primera Guerra Médica y la batalla de Maratón	775
3. La campaña militar de la Primera Guerra Médica: presupuestos estratégicos de la batalla de Maratón	781
4. La puesta en marcha de la estrategia: la expedición por las Cícladas hasta Maratón	789
5. Los condicionamientos tácticos de la batalla de Maratón	795
- La topografía de Maratón	797
- El tamaño de los ejércitos y los lugares de acampada	802
- La disposición de los ejércitos en el campo de batalla de Maratón	811
- Resumiendo: las condiciones estratégicas previas en la batalla de Maratón	826
6. La batalla de Maratón	833
7. Conclusiones	855
Conclusiones finales	859
1. Estado de la cuestión, metodología y fuentes	859
2. El campamento militar en Homero	865
3. El análisis del vocabulario campamental griego	867
4. El lugar de acampada	872
5. El plano de la acampada	879
6. Organización interna del campamento	881
7. Las tiendas	886

8. Construcciones defensivas	888
9. Guardias y vigías del campamento	893
10. Transmisión de la información	895
11. El horario del campamento	896
12. Consejos y asambleas	899
13. Consideraciones finales	902
Bibliografía	907
Índice de ilustraciones	935

Introducción

El campamento militar griego ha sido un tema completamente desatendido por la investigación histórica hasta el presente, en claro contraste con la abundancia de investigaciones y trabajos en relación con los *castra* romanos. La causa primera y más profunda de esta situación se encuentra en que, mientras para los campamentos romanos Polibio nos aporta una pormenorizada descripción de su estructura y sistema organizativo, para los campamentos griegos carecemos de un texto semejante, siendo por el contrario calificada la forma de acampar de los ejércitos helenos por el mismo Polibio (VI,41-42) como caótica y completamente falta de orden u organización. De hecho, se ha pasado siempre por alto que un testimonio tan negativo como el de Polibio ha de responder en alguna medida también a un deseo de engrandecer la civilización y las armas romanas y, por tanto, que cabe dudar, *a priori*, del grado de imparcialidad del mismo. A esto se une el que el único testimonio en el que se recoge una descripción de la forma de acampar griega se encuentra en un texto menor, muy controvertido en cuanto a su valor histórico, como es *La república de los lacedemonios* de Jenofonte. Todo esto ha hecho, como es natural, que se siga a pies juntillas el juicio de Polibio, apareciendo como consecuencia una importante laguna que, con escasas y poco relevantes excepciones,¹ ha permanecido hasta hoy en el campo de la investigación de la historia militar griega.

El primer paso en este proyecto de investigación fue comprobar si era posible el estudio de la forma de acampar griega, al margen del juicio de Polibio. Para ello tomamos como punto de partida las obras de Jenofonte, tan ricas en noticias y referencias a la vida en campaña de sus Diez Mil y en general sobre la forma más conveniente de dirigir un gran ejército en campaña. El resultado fue altamente positivo,

¹ Por ejemplo, ANDERSON, 1970; MCCREDIE, 1966; LEE, 2007.

no sólo por demostrar que era posible el estudio de esta cuestión, sino porque también se hacía evidente que, sin llegar al grado de profesionalización de los ejércitos romanos, no todo era desorden y caos entre los griegos, sino que era posible reconstruir unos principios de organización que iban desde la existencia de unos criterios básicos a la hora de elegir los lugares de acampada, hasta unas formas típicas de organización interna con espacios comunes, procedimientos de guardia bastante perfeccionados, sistemas defensivos que respondían a una mentalidad concreta sobre la guerra, e incluso la omnipresencia de un horario típico que tabulaba el acontecer diario de los soldados.²

En este trabajo que ahora presentamos la investigación inicialmente prevista se ha ampliado, cubriendo un periodo que discurre desde Homero hasta el siglo IV, con el fin de intentar responder a una multitud de cuestiones abiertas tras el análisis de la obra de Jenofonte. Al mismo tiempo nos hemos propuesto también aquí encontrar y explicar los orígenes de la forma de acampar griega, con Homero como principal fuente. Su obra nos ha desvelado, además, importantes conexiones entre la épica griega y el mundo de Oriente que también afectan al campo militar y de las formas campamentales. Por obvias razones de espacio y tiempo hemos tenido que poner un límite cronológico al estudio, resignándonos a no entrar en la apasionante cuestión del campamento griego en el mundo helenístico, o en las conexiones existentes entre las tradiciones castrametales griegas y romanas. Nos consta de todos modos que otros autores están ya investigando en esa dirección, como es el caso del estudioso británico D. Karunanithy. Tampoco ha sido posible por razones de tiempo y espacio abordar la cuestión de manera sistemática desde la Arqueología, la Epigrafía y la Topografía militar, como sería nuestro deseo. Tan sólo de forma puntual hemos acudido a tal género de evidencias, ofreciendo, esos sí, prometedores resultados. Además, como modesta aportación

² ÁLVAREZ RICO, 2002.

personal del campo que a partir de ahora se abre, lo que sí que hemos querido incluir ha sido la reconstrucción de la batalla de Maratón entre atenienses, plateenses y persas en el 490 a.C. Allí podremos comprobar cómo la introducción del estudio del campamento como un elemento más a la hora de reconstruir las campañas militares griegas puede ser de una gran importancia para cubrir numerosas lagunas y obtener una imagen más nítida y comprensible de las razones y desarrollos de campañas y batallas. En todo caso, esta investigación quiere servir como una invitación para continuar los esfuerzos en ese campo y lograr un mejor conocimiento, tanto de las campañas militares, como de los desarrollos castramentales de los ejércitos griegos.

El trabajo se ha organizado siguiendo la estructura ya planteada en nuestra Memoria de Licenciatura.³ Nuestro objeto de estudio es, siguiendo la clasificación de Lawrence,⁴ el espacio de terreno ocupado por un ejército en campaña, independientemente de que éste cuente o no con estructuras constructivas o fortificaciones. Con ello, pues, se diferencia de otras formas de establecimientos de carácter permanente de un ejército en un territorio, que cuentan de forma necesaria con defensas fortificadas, y que los griegos denominan a partir de Tucídides como *φρούριον*. A partir de ahí, lo primero ha de ser siempre el análisis del vocabulario campamental en nuestras fuentes con el fin de comprender mejor el concepto que en cada momento se tiene de lo que es un campamento y, gracias a ello, el grado de desarrollo que alcanza esta importante faceta de la vida militar en los diferentes estadios de la historia de Grecia antigua. Sólo entonces podemos pasar a la reconstrucción de los principios básicos que determinaban la elección de los lugares de acampada, la forma del campamento, la estructura y organización del mismo, los sistemas de seguridad y defensa (tanto fortificaciones como sistemas de guardias) o el horario que regía en esos

³ Publicada en ÁLVAREZ RICO, 2002.

⁴ LAWRENCE, 1979, p. 159.

campamentos. Por último, prestaremos una especial atención a las asambleas de los soldados y a los consejos de los oficiales. por ser las instituciones socio-políticas fundamentales que gobernaban los ejércitos en campaña y que le otorgaban su carácter de verdaderas ciudades en movimiento.⁵

⁵ ROSTOVITZEFF, 1941 (reimpr. 1967), vol. I, p. 146.

Capítulo 1: Estado de la cuestión.

La gran cantidad de bibliografía existente sobre la Grecia clásica y, más concretamente, sobre la vida militar, hace que este estado de la cuestión no pueda ser ni mucho menos exhaustivo. Pretende únicamente repasar lo aportado por aquellos autores que el paso del tiempo ha consagrado como hitos importantes en el desarrollo de los estudios sobre la historia militar griega. Pero debemos aclarar de antemano que sólo una mínima parte de ellos se han preocupado o mencionado el tema que aquí nos ocupa. Por eso, en este estado de la cuestión, tan importante va a ser citar los historiadores modernos que han tratado o aportado algo en este campo, como aquéllos que han pasado por alto este campo particular de los estudios militares.

a) Estudios históricos.

Los estudios sobre el campamento militar griego dentro de la Historia Antigua se han caracterizado por una investigación limitada, a lo sumo, a la recolección de testimonios en las fuentes clásicas, centrándose en la mayor parte de los casos a la mención de tres pasajes: la descripción del campamento de los griegos en Troya recogida en la *Ilíada*, el capítulo XII de la *República de los Lacedemonios* de Jenofonte, y el juicio de Polibio sobre la manera de acampar griega comparándola con la romana (Plb.,VI,42). Este último dictamen es, además, el que ha prevalecido. Sin embargo, como veremos inmediatamente, en los últimos años también se ha constatado un aumento del interés por la obra de Jenofonte y, más particularmente, por la *Anábasis*, lo que unido a una mayor atención por la vida del soldado en campaña, ha fructificado en la

publicación de algunas obras en las que, de manera más o menos extensa, se ha pretendido reconstruir la vida del soldado en su experiencia vital dentro y fuera del campo de batalla, renovándose los intentos poco exitosos de reconstruir cómo sería un campamento militar griego.¹

Estudios históricos sobre el στρατόπεδον los hallamos ya en muy temprana fecha. La primera obra de la que hemos tenido noticia se remonta al siglo XVIII. J. Potters, en su estudio general sobre la Grecia de la Antigüedad, se ocupó, a lo largo de unas diez páginas, de recopilar datos de las fuentes con la intención de desarrollar una posible imagen de lo que serían los campamentos militares griegos.² Su intención fue, no sólo tratar sobre su estructura física o la posible existencia de construcciones defensivas, sino también de todo lo relacionado con la vida campamental, como son las guardias, el horario, la vida religiosa, o la vida diaria del soldado. Pero, su conclusión final fue negar que se pueda decir algo con exactitud sobre su forma de acampar debido a los continuos cambios a los que se vio sometida la milicia griega con el transcurrir del tiempo y a las grandes diferencias que existieron entre las ciudades-Estado griegas.

Más importante fue el trabajo, en el último cuarto del siglo XIX, de E. Bucholz, quien afrontó la tarea de intentar reconstruir el campamento militar de los aqueos en Troya a través de las informaciones proporcionadas por Homero en la *Ilíada*.³ Bucholz localizó el campamento naval griego (*Schiffslager*) entre el monte Rotheion y Sigeion. Para el autor alemán, éste habría contado con numerosas calles que se entrecruzaban (Hom., *Il.*, X, 66), con un ágora capaz de albergar a todas las fuerzas griegas y donde se alzaba el altar a Zeus (Hom., *Il.*, VIII, 249). Dentro de este

¹ Esenciales en la renovación de los estudios de historia militar en Grecia han sido las obras de J. KEEGAN, *The Face of Battle*, 1976, y V. D. HANSON, *The Western Way of War*, 1989.

² POTTERS, vol. II, 1776, pp. 146-155.

³ BUCHOLZ, II (1), 1881, pp. 331-342.

campamento habrían tenido lugar los juegos en honor a Patroclo. El emplazamiento habría estado fortificado, con un muro (τεῦχος), una zanja y una empalizada (σκόλοπες), que encerraban los barcos griegos varados en la playa.⁴ En su afán reconstructivo pretendió determinar los lugares exactos que ocuparían las escuadras de cada contingente allí estacionado, la posición de sus barcos y de las tiendas de los principales jefes griegos. Incluso cifra en tres el número de puertas del muro defensivo. Asimismo, se ocupó de los problemas de las guardias (que de noche calculó implicarían a unos 700 hombres, según Hom., *Il.*,IX,66), así como de los diferentes tipos de construcciones existentes en el espacio interior del campamento.

El de Bucholz es uno de los trabajos más importantes y completos hasta ahora realizados sobre la forma y características de un campamento griego en época homérica. No fue el único, pero sí el que sirve como resumen de los esfuerzos de otros muchos autores anteriores en este campo.

El siguiente estudio al que hay que referirse pertenece a H. Droysen, quien dejó de lado el testimonio de Homero para centrarse en las fuentes clásicas, principalmente Jenofonte y Polibio.⁵ Su forma de enfocar la cuestión y las conclusiones a las que llegó fueron repetidas por la casi totalidad de los autores que posteriormente han tratado el problema.

En opinión de este autor, el campamento griego, en general, no estaba fortificado, sino que, siguiendo el texto de Polibio, buscaba la seguridad de los propios accidentes del terreno para evitarse las fatigas de llevar a cabo construcciones defensivas. Esta era la causa de que no pudiera contar con un plano regular de organización de la acampada. Sólo el ejército espartano pudo haber normalizado

⁴ Hom., *Il.*,VII,441; VIII,343; IX,350; XII,55,63; XV,1,344; XVIII,177.

⁵ DROYSEN, 1889, pp. 88-90.

de alguna manera su forma de acampar, aunque, a juzgar por los testimonios de los autores clásicos, tampoco en estos campamentos se debían cumplir con exactitud todas las normas prescritas. De todas maneras, Esparta, también en esto, habría sido un caso completamente peculiar dentro del mundo griego.

La obra de Droysen también se interesa por otros problemas relacionados con la vida campamental, como es el lugar de colocación de la impedimenta, los centinelas, la distribución interna del campamento, horarios, etc. Pero, como ya hemos dicho, su labor se limita fundamentalmente a la recopilación de los datos literales que las fuentes nos aportan (Jenofonte, en especial y casi de forma exclusiva la *República de los Lacedemonios*, XII).

A este historiador le continuó, y en cierta forma le completó, A. Bauer con un estudio general sobre la guerra en el mundo griego.⁶ En conformidad con el esquema seguido en toda su obra, dividió el estudio del campamento por épocas. Para la etapa clásica se circunscribió al caso espartano, aprovechando el texto de Jenofonte de la *República de los Lacedemonios*.⁷ Bauer aceptó la idea del plano circular para el asentamiento de las tropas lacedemonias, siempre, eso sí, que el terreno no hiciera necesario variar esa forma a fin de aprovechar mejor las características del lugar. Era un campamento en ocasiones fortificado mediante una estacada o valla, pero sólo por el lado desprotegido (según *HG.*,VI,2,23). De su instalación se ocupaba un oficial, el cual tenía como responsabilidad el orden y cuidado de la caravana con los bagajes.⁸ Esta caravana estaba compuesta

⁶ BAUER, vol. IV, 1, II, 1893, pp. 270-469.

⁷ *Op. cit.*, pp. 318-319.

⁸ *Lac.*,13,4; *cfr. HG.*,III,4,22: ἄρχοντι τῶν σκευφόρων.

por ilotas, y quizás también periecos. Los ilotas iban como escuderos y portadores de lanza.⁹ Además, acompañaba al ejército un destacamento de artesanos por si fuera necesario emprender obras de asedio.¹⁰ Los víveres, tiendas y demás enseres eran transportados mediante carros.¹¹

También trató la cuestión de la vigilancia en los campamentos, su funcionamiento cotidiano, y su división y estructura interna, ciñéndose estrictamente el testimonio jenofonteo. Sin embargo, sorprende que ni siquiera se cuestione si el modelo presentado por el ateniense para el campamento lacedemonio pudo haber sido también aplicable al resto de las ciudades-Estado griegas.

En época de Alejandro Magno, según Bauer, la situación habría variado algo.¹² Los campamentos normalmente no se fortificaron y en su interior parece que se puede vislumbrar una división según los diferentes grupos que componen el ejército (Arr., *An.*, III,9,1). La evolución se completa con algunos apuntes sobre la época de los sucesores de Alejandro, cuando ya, en su opinión, fue más frecuente la realización de fortificaciones mediante empalizadas puesto que las tropas permanecían durante más tiempo en los mismos lugares.¹³ Con todo, considera que éstas debían ser fácilmente franqueables por la utilización para su construcción de troncos con gran número de ramas.¹⁴ Para entonces, además, la división interna era ya muy clara entre los macedonios y los demás contingentes (según D.S., XVIII,70). Las instalaciones militares aún no mostraban un

⁹ *HG.*, IV,5,14; 8,39; *cfr. An.*, IV,2,20; *HG.*, IV,5,8.

¹⁰ *Lac.*, 11,2: χειροτέχναις.

¹¹ *Th.*, V,72,2.

¹² BAUER, vol. IV, 1, II, 1893, p. 439.

¹³ D.S., XIX,39; XX,4,108; Polyæn., IV,6,19.

¹⁴ *Plb.*, VI,42; *cfr.*, V,20,4; XVIII,18; *Liu.*, XXXI,34; XXXIII,5; XXXVII,37.

plano regular o fijo, y la defensa continuaba descansando fundamentalmente en el aprovechamiento de las características del propio terreno. Hay que destacar cómo, en estos últimos juicios, la base de sus afirmaciones son sólo Polibio y Livio.

H. Liers escribió sobre el problema de forma más breve, pero haciendo mayor hincapié en algunos aspectos tácticos, como son el lugar de instalación de los campamentos, la estructura interna o los servicios de guardia y vigilancia.¹⁵ Su principal fuente fue nuevamente Jenofonte, aunque ya podemos ver una apertura y comparación con otros autores clásicos que dan una mayor riqueza a su exposición.

También debemos subrayar su interés por descubrir las continuidades que pudieran existir entre las tradiciones castrametales griegas y romanas. Por eso, por ejemplo, da cuenta en su estudio de las similitudes que, en cuanto al espíritu y forma, existirían entre la técnica romana y la descripción que Jenofonte hace en la *Ciropedia* del modo de acampar de Ciro.

En conjunto, para Liers, el campamento tuvo en Grecia un significado militar escaso; sólo en tiempos de Ifícrates y, un poco más tarde, tras Alejandro Magno, llegó a tener la importancia que adquirió en Roma, debido, según él, a la mayor duración de las campañas y a la necesidad de mantener tropas constantemente activas.¹⁶

Tras la obra de Liers, debemos referirnos a H. Delbrück quien, pocos años más tarde, volvió casi a repetir las mismas ideas de Bauer como introducción al capítulo dedicado en su estudio a la formación militar, el campamento y la disciplina en el mundo romano.¹⁷ De nuevo es la descripción

¹⁵ LIERS, 1895, pp. 147-158.

¹⁶ LIERS, 1895, p. 147.

¹⁷ DELBRÜCK, 1908, IV, 3, pp. 287-288.

jenofontea del campamento lacedemonio (*Lac.*, XII) la base de sus reflexiones.

Ante la falta de fuentes, Liers consideró muy difícil poder llegar a ninguna conclusión. Juzgando en conjunto, por ejemplo, no aceptó que pudiera hablarse de una costumbre fija de fortificar los campamentos entre los lacedemonios y, menos aún entre otros griegos, aunque pudieran aparecer ejemplos individuales de algún tipo de construcción defensiva.¹⁸ También en el caso de Alejandro Magno y sus sucesores, el campamento fortificado sólo se descubre bajo condiciones especiales.¹⁹ El resultado indirecto de todo esto coincidiría con la imagen que Polibio nos ofrece: los griegos no poseyeron un plano fijo para conformar sus campamentos, al contrario de lo que ocurría con los romanos.

Hay que destacar también cómo Delbrück, en el caso del capítulo dedicado a Jenofonte y la teoría militar griega, no hace ningún comentario acerca de las ideas que sobre los campamentos aparecen en la *Ciropedia* y esto pese a que el autor dedica un amplio espacio a comentar y valorar muy positivamente las conceptos de teoría militar expuestos en esa obra.²⁰

Una primera época de la investigación podríamos cerrarla mencionando a H. Berve, cuyo completo estudio sobre Alejandro Magno y su imperio algo trató del tema.²¹ La gran ventaja de su acercamiento a la cuestión radica en que el límite cronológico que se impuso le obligó a fundamentar sus conclusiones en autores y fuentes históricas distintas a las hasta aquí vistas. No

¹⁸ *HG.*, III,2,2; IV,4,9; VI,2,23; *Plu.*, *Phoc.*, XIII,1-3.

¹⁹ Sin embargo, DELBRÜCK también reconoce que, a juzgar por Polyæn., III,9,11, era más habitual de lo que aparece en las fuentes la construcción de una trinchera para proteger el campamento.

²⁰ DELBRÜCK, 1908, pp. 147-153.

²¹ BERVE, 1926.

pudo contar ni con los testimonios de la *Ilíada*, ni de Jenofonte ni de Polibio. En cambio, aprovechó las obras de Arriano, Diodoro Sículo, Plutarco y Quinto Curcio.

Berve no descarta que el campamento de Alejandro Magno tuviera una forma típica, pero no aceptaba que ésta fuera reconocible. El mismo problema surge con respecto a la distribución interna y a la forma de acampar del ejército de Alejandro. Probablemente, eso sí, no estuvo de forma habitual fortificado, apoyándose la seguridad del campamento en los sistemas de guardia.²² Se ocupó, asimismo, de otros aspectos de la vida en un στρατόπεδον, como las tiendas, el horario, etc. Pero, de nuevo, no creyó posible llegar a construir una imagen coherente sobre los establecimientos militares del ejército macedonio. Puesto que no conocemos este extremo, tampoco podemos saber si las muchas ciudades fundadas por Alejandro podrían tener su fundamento y seguir las características de los campamentos militares, lo que le pareció, en todo caso, poco probable.

Quizás la mayor aportación de Berve al problema que nos ocupa fue, tanto prescindir de los testimonios clásicos a la hora de llevar a cabo su estudio, como la cantidad y variedad de nuevas cuestiones que plantea, pese a que no llegue finalmente a ninguna conclusión.

Una segunda etapa en los estudios podemos situarla a partir de los años 30 y 40 del s. XX cuando, a excepción hecha de los trabajos de J.K. Anderson y W.K. Pritchett que después comentaremos, la investigación desatendió completamente el problema.

Por ejemplo, en una obra ya clásica sobre historia militar griega como es la de F.E. Adcock apenas se da importancia a la castramentación griega, relegando el asunto a algunos comentarios

²² BERVE, vol. I, 1926, pp. 174-176.

marginales.²³ La causa era que, en opinión de Adcock, el ejército hoplítico más antiguo en batalla no descansaba sobre el soporte moral y material de un campamento fortificado, que adquiere gran valor en la guerra en Roma.²⁴ Aún un poco más adelante se nos dice que, si bien sabemos muy poco de los campamentos del siglo IV a.C., tampoco en época helenística los campamentos parecen haber estado tan bien organizados y fortificados como los romanos, tomando como base los comentarios que Polibio hace al respecto.²⁵

Esta tendencia se mantendrá hasta nuestros días. En el *Dictionnaire des antiquités Grecques et Romaines*, como introducción a la entrada *castra*, encontramos de nuevo superficialmente tratado el tema del στρατόπεδον griego.²⁶ En el artículo apenas se hace algo más que reproducir los textos de Jenofonte de la *República de los Lacedemonios* (XII) y los fragmentos de la obra de Polibio donde se glosan diversos aspectos de la forma de acampar griega y romana. Es la valoración de este último autor la que prevalece, si bien es cierto que igualmente se mencionan otros textos de la *Ciropedia* sobre el campamento de Ciro (que considera que no se pueden aplicar a los persas) y el texto de la *Iliada* (IX,349-350), según el cual el campamento aqueo estaría atrincherado. Como conclusión, E. Saglio opina que los griegos de época clásica habrían abandonado la práctica anterior de fortificar sus campamentos.²⁷

²³ ADCKOCK, 1957.

²⁴ ADCKOCK, 1957, p. 4, n. 8.

²⁵ ADCKOCK, 1957, p. 62, n. 47.

²⁶ E. SAGLIO, “*castra*”, en DAREMBERG-SAGLIO, I, 2, 1962, pp. 940-941.

²⁷ *Cyr.*, I,6; III,3; VI,1; VIII,5. Hay que hacer notar que en la *RE* no existe ninguna entrada para “campamento militar griego” o “*stratopedon*”. Lo único que hemos podido encontrar en relación con este tema se encuentra en el artículo de F. LAMMERT, s.v. “*Kriegkunst*”, donde se dedica un párrafo a la cuestión de la fortificación de los στρατόπεδα griegos: *cfr.* LAMMERT, 1922, col. 1847.

Entre los autores que no tratan la cuestión del campamento militar griego quizás, por lo llamativo que resulta, debemos destacar a D.W. Engels, cuya magnífica obra sobre la logística de los ejércitos macedonios no realiza alusión alguna a la cuestión, a pesar de la importancia que este tema posee para la correcta comprensión de los problemas logísticos de las tropas en campaña.²⁸ Pero tampoco vamos a encontrar ninguna referencia en estudios tan importantes como los de Launey, Nussbaum, Parker, Griffith, Lonis o Ducrey, por citar otros ejemplos significativos.²⁹ Dentro de este panorama sólo hallamos dos excepciones: J.K. Anderson y W.K. Pritchett.

J.K. Anderson, reconociendo la importancia de la cuestión, se ocupará de ella en su trabajo dedicado a la teoría militar griega del siglo IV a.C., en el que Jenofonte es la referencia constante.³⁰ Quizás por esto Anderson plantea de forma renovadora el problema al dejar de lado el testimonio de Polibio y confiar únicamente en los abundantes datos que podemos encontrar en el conjunto de los escritos del ateniense.

Pero es también innovador en el sentido de que su estudio procura ser algo más que una mera recopilación de citas. Así, por ejemplo, partiendo del texto de la *República de los Lacedemonios*, intenta hallar la razón para la falta de fortificaciones en los campamentos, explicándola finalmente como el resultado lógico de la naturaleza del combate hoplítico. El campamento griego no era una base fija para dominar un territorio, sino tan sólo un lugar de parada temporal del ejército, cuyos movimientos pretendían conducir al enemigo a una batalla en campo abierto, como ya había dicho Adcock. Los espartanos confiaban la defensa de estos establecimientos temporales a sus vigías. En

²⁸ ENGELS, 1978. Tampoco encontramos ningún tratamiento del tema en la otra monografía fundamental sobre logística militar griega debida a TÄNZER, 1912.

²⁹ LAUNEY, 1950; NUSSBAUM, 1967; PARKE, 1933; GRIFFITH, 1935; LONIS, 1985, pp. 321-379; DUCREY, 1985.

³⁰ ANDERSON, 1970, pp. 59-66.

todo caso, cuando era necesario emprender un asedio o dejar un destacamento ocupando un punto estratégico, Anderson acepta que los espartanos hicieran uso de fortificaciones.

Considera la forma circular del campamento lacedemonio prescrita por Licurgo como una oscura indicación que puede ser explicada entendiéndose que las esquinas en un campamento cuadrangular eran juzgadas como salientes indefendibles, mientras la forma circular permitía una fácil adaptación a las características del medio (montañas, ríos, muros, etc.). Este tipo de acampada que se ajusta a las características del terreno sería, en su opinión, la propia de la forma de acampar griega en contraste con la utilizada por Roma. Tal tradición se mantendría entre los griegos hasta época helenística.

Pero no son sólo estos aspectos tácticos los que interesan a Anderson, sino que se reconoce en sus planteamientos un intento de estudiar el campamento militar también desde el punto de vista de su papel en la logística y en la vida diaria en las campañas. Aquí entrarían algunas cuestiones acerca de la distribución interna de los distintos servicios dentro del στρατόπεδον o las posibles consideraciones de higiene que se tendrían en cuenta a la hora de elegir el lugar de establecimiento de un ejército.³¹ Pocos años más tarde, en su monografía sobre Jenofonte, hará mención de nuevo a algunas de estas cuestiones y a otras nuevas, como son el mercado que sigue al ejército, las tiendas de campaña, la rutina diaria, la asamblea de los soldados, el tesoro común del ejército, etc.³²

En conjunto, Anderson considera los campamentos griegos del siglo IV a.C. como establecimientos generalmente no fortificados y muy diferentes de los romanos. Estos últimos, en su

³¹ Éstas no irían más allá de reconocer que las zonas pantanosas no eran un buen emplazamiento para los campamentos. El episodio de la elección de un lugar pantanoso por Clearco de Heraclea para acampar (Polyaen.,II,30,3) sería, en opinión de Anderson, el primer caso de guerra bacteriológica del que tenemos noticia.

opinión, tuvieron su origen en los στρατόπεδα griegos y helenísticos (Front., *Strat.*, II, 1, 14), que eran a su vez deudores de los campamentos persas.³³ Los generales romanos en el fondo habrían perfeccionado y mejorado la obra de los soldados profesionales de la época de Jenofonte. A esto añade que los sucesores de Alejandro también se habrían visto influenciados por las tradiciones campamentales de Asia.

Por tanto, por primera vez encontramos en las obras de Anderson una aproximación mucho más real al problema del campamento griego, superando en sus conclusiones la tradición que meramente reproducía el testimonio de Polibio. Pero las apenas diez páginas que en conjunto dedica a la cuestión no pueden servir sino de mera introducción o breves apuntes a este tema.

Paralelamente a Anderson hay que hablar de W.K. Pritchett, que en su gran obra *The Greek State at War*, cómo no, también se refiere al tema de los campamentos militares griegos. En el segundo volumen de la misma aparece un capítulo completo sobre la cuestión de si los ejércitos griegos en campaña llevaban a cabo o no obras de fortificación.³⁴ Pese a que deja claro desde el principio que no va a tratar ni sobre los campamentos permanentes, ni sobre la disposición interna de los mismos (que considera temas diferentes), sí que inicia el capítulo, por una parte, reconociendo la falta de estudios sobre el tema y, por otra, recogiendo algo de la poca bibliografía que existe sobre los campamentos militares griegos.

La investigación es bastante completa, recorriendo las más importantes fuentes clásicas, desde Homero hasta Polibio. Su conclusión final es que en campañas prolongadas los griegos tenían

³² ANDERSON, 1974, pp. 89-93 y 120-133.

³³ No acepta que fuese Pirro el primero en encerrar a todo un ejército dentro de un mismo muro, a la vista de las representaciones de campamentos persas con las que contamos.

³⁴ PRITCHETT, 1974, vol. II, pp. 133-146.

por costumbre fortificar sus campamentos de invierno, siendo la empalizada (χώραξ) algo más común entre los griegos que el atrincheramiento (τάφρος). Los textos, en su opinión, indicarían que el tebano Epaminondas y el ateniense Ifícrates protegían normalmente los campamentos con empalizadas. En la construcción de tales protecciones los macedonios se mostraron más hábiles que los griegos. También a las flotas varadas se las habría protegido mediante empalizadas que resguardarían las naves de posibles ataques desde tierra.

Aunque este sea el único capítulo expresamente dedicado a los campamentos militares, a lo largo de los cinco volúmenes también podemos encontrar abundante material en relación más o menos directa con los problemas que se van a discutir en este trabajo (logística, botín, guardias, bagajes, etc.). Así, aun cuando en ningún otro momento Pritchett relacione directamente los temas allí tratados con el campamento griego, o no trate aspectos tan fundamentales como serían los relacionados con la distribución interna de los mismos o el vocabulario campamental, su obra va a ser, por necesidad, una referencia permanente en nuestra exposición.

En la última década, ya dentro del s. XXI, se ha producido un aumento del interés por la historia militar, y más concretamente por la obra de Jenofonte. El primer texto que cabe citar en relación con el campamento militar lo debemos a G. Hutchinson, quien en su estudio sobre el arte del mando en la guerra a través de la obra de Jenofonte también se ocupa, eso sí muy someramente, de la imagen que el autor ateniense nos presenta sobre la organización del campamento militar griego.³⁵ No es, sin embargo, un estudio monográfico sobre la cuestión, sino que tan sólo

³⁵ HUTCHINSON, 2000.

encontramos un espiguar de datos y referencias sobre el campamento entre otros muchos temas relacionados con el arte del mando en la guerra.

Tras Hutchinson debemos mencionar nuestra Memoria de Licenciatura que ha sido la primera obra monográfica sobre el campamento militar griego, publicada de forma resumida en la revista *Gladius* en 2002.³⁶ Allí únicamente nos centramos en la reconstrucción del campamento militar griego a través de la obra de Jenofonte. Por un lado, tal enfoque tenía la ventaja de ponernos en contacto con la que es sin duda la principal fuente clásica para el estudio del campamento, permitiéndonos asentar unas bases firmes para la ampliación de nuestra investigación. Pero, por otro lado, la limitación del marco de estudio suponía también dejar sin resolver muchas cuestiones y abrir gran cantidad de interrogantes. Sin duda, el aspecto más positivo de la investigación fue la demostración de que la cuestión del campamento militar griego podía ser investigada y debía abrirse una nueva línea en esa dirección que cubriera esta importante laguna.

Pese a que ese trabajo fue publicado en inglés, no aparece mencionado ni empleado por autores posteriores que hayan tratado más de cerca esta cuestión. En primer lugar debemos referirnos a Peter Krentz, quien en el capítulo 6 de la imponente *The Cambridge History of Greek and Roman Warfare*, apenas dedica seis páginas al campamento griego, repitiendo la mayor parte de los lugares comunes que hemos podido leer a lo largo de esta pequeña revisión del estado de la cuestión.³⁷ Pero, en todo caso, siempre es más de lo que podemos encontrar en muchos otros autores que últimamente han publicado monografías sobre la guerra en Grecia.³⁸

³⁶ ÁLVAREZ RICO, 2002.

³⁷ KRENTZ, 2007, pp. 162-167.

³⁸ Por ejemplo, RAWLINGS, 2007.

De todos ellos sí merece la pena destacar a J.W.I. Lee, autor de la más reciente monografía dedicada a la epopeya protagonizada por los Diez Mil.³⁹ El trabajo de Lee quiere seguir la estela inaugurada por Hanson o Keegan e iluminar aspectos de la cotidianidad y del *éthos* del guerrero griego, completamente desatendidos hasta hace poco.

Sin duda que el libro de Lee hace interesantes e importantes aportaciones en este sentido para conocer más profundamente la experiencia vital de los mercenarios de Ciro. Sin embargo, en cuanto al tema del campamento, estrechamente vinculado a ese tipo de estudios y que lógicamente aparece continuamente mencionado en las páginas de la obra del autor británico, no se puede hablar más que de un somero acercamiento. Por ejemplo, no trata en ningún momento el problema de las guardias, el horario, ni lleva a cabo un análisis del vocabulario campamental, y ni tan siquiera se preocupa mínimamente por la posibilidad de que en las acampadas se llevaran a cabo o no trabajos de fortificación. En suma, la obra de Lee, aunque supone un cierto progreso en el tratamiento de la cuestión, sigue sin significar un avance destacable en cuanto al estudio del στρατόπεδον griego.⁴⁰

b) Estudios arqueológicos.

En el campo arqueológico, la primera investigación que pretendió abordar el tema de forma

³⁹ LEE, 2007.

⁴⁰ El estudio del campamento militar griego parece prometer un decisivo empuje gracias a la próxima publicación por D. KARUNANITHY de un análisis del campamento militar griego en época helenística. Algunos de sus resultados, que hemos podido conocer mediante comunicación personal con el autor británico, nos hacen albergar grandes esperanzas sobre la importancia de sus aportaciones finales y su valor para poner en conexión por primera vez la tradición castrametral griega con la romana, pasando por el estudio del campamento en Alejandro Magno, todo lo cual podrá servir de perfecto complemento a nuestro estudio.

monográfica se debe a J. R. McCredie, quien intentó poner las bases de lo que él consideraba un nuevo campo en esta disciplina. Su punto de partida fue el estudio de unas fortificaciones observables a simple vista en la península de Koroni, las cuales se corresponderían, en su opinión, con el emplazamiento de un campamento fortificado de las tropas de Ptolomeo II, datable entre el 265 y el 261 a.C.⁴¹ A partir de este hallazgo se impuso la tarea de desarrollar un primer *corpus* de campamentos militares fortificados en Ática, compuesto en ese primer momento por 32 emplazamientos. La falta de excavaciones sólo le permitió recoger el estado de los restos arqueológicos reconocibles a simple vista (muros, posibles construcciones y otros elementos defensivos arquitectónicos). Sólo en dos casos (Koroni y la isla de Patroclo) se atrevió a asegurar su carácter de campamentos fortificados, datados ambos por las mismas fechas y pertenecientes incluso al mismo ejército. Para el resto de los ejemplos identificar la función y datación de los vestigios resultaba muy problemática. En la mayoría de los casos se tratarían, en su opinión, de torres de vigilancia o señales integradas en sistemas defensivos mayores.

Las evidencias arqueológicas de ambos emplazamientos muestran ciertas similitudes, no alejadas del testimonio de Polibio: ambos están en montañas, aprovechando la defensa natural del terreno, con playas que permiten fácil comunicación por mar, pero mal situadas para el abastecimiento de agua, así como con laderas que pudieran ofrecer graves dificultades para cualquier ejército. De sus análisis concluyó que, siguiendo a Polibio, la posición defensiva del lugar era lo determinante en la elección del emplazamiento. Los restos defensivos de lo que él denominó como “campamentos fortificados” lo componen muros de piedra sin labrar de unos 2,5 m. de ancho realizados con los materiales que se encontraban a mano e intentando aprovechar siempre las

⁴¹ MCCREDIE, 1966; los resultados de sus prospecciones arqueológicas pueden verse en: MCCREDIE, VANDERPOOL y

ventajas del terreno para la defensa con vistas a economizar trabajo. No se llevaban a cabo construcciones defensivas en zonas donde no fueran realmente imprescindible. En el caso de los escasos restos interiores que aún se pueden reconocer, éstos también parecen de rápida ejecución y sin plano definido.

Desde el punto de vista de las fuentes, y en consonancia con lo visto, McCredie consideraba el texto de Polibio VI,42 como la prueba más completa sobre los campamentos griegos. Más que aceptar que no llevaban a cabo obras de fortificación, la evidencia literaria debería interpretarse como que los griegos elegían las localizaciones de sus campamentos pensando evitar en lo posible las construcciones defensivas artificiales, y que por esta razón no contarían con un plano regular.

La labor de McCredie se vio parcialmente continuada con las aportaciones de Y. Garland y R.S. Stroud, quienes introducen en la lista del americano otros casos. El primero lo hace recogiendo dos campamentos mencionados en otras fuentes: uno por Pritchett (en *Studies in Ancient Greek Topography* I), de un establecimiento militar sobre una colina en la bahía de Salamina, y otro mencionado por Winterberger en 1892 y L. Chandler en 1926, en la frontera noroeste del Ática.⁴² R.S. Stroud aporta un estudio completo de otro posible campamento que serviría para la defensa de los pasos orientales del monte Oneion entre el 350 y el 224 a.C.⁴³ Como vemos, las secuelas del trabajo de McCredie han sido mínimas.

No debemos dejar de mencionar en este apartado a F.E. Winter, quien fue el primer autor en

STEINBERG, 1962, pp. 26-61.

⁴² GARLAND, 1967, pp. 291-296; PRITCHETT, 1965, p. 101; CHANDLER, 1926, p. 17.

⁴³ STROUD, 1971, pp. 127-145.

realizar un completo análisis sobre las fortificaciones en el mundo griego.⁴⁴ En su obra no aparece ninguna referencia a la cuestión de los campamentos griegos o a cualquier posible relación entre ambos temas. El asentamiento de los aqueos en Troya es considerado como la primera fortificación (*fortification*, p.74) griega de la que tenemos noticia y no como un campamento o un campamento fortificado. Así, dentro de este ámbito, los στρατόπεδα tampoco son objeto de la atención en una obra tan importante como la de Y. Garland.⁴⁵ Sus únicas alusiones son ciertas referencias a campamentos fortificados y sistemas de defensa mediante muros o trincheras, siempre dentro de otras cuestiones, como los sistemas de asedio a las ciudades. Pero realmente el tema en sí no es en ningún momento objeto de la investigación de Garland.

En 1979, A.W. Lawrence sí se acercó con más interés al problema del campamento militar griego dentro de esta rama de los estudios.⁴⁶ Se centró, obviamente, en la cuestión de las construcciones defensivas que estos establecimientos pudieron haber tenido, pero no en su distribución interna, funcionamiento diario, etc. Sin embargo, sí se preocupó tanto de sus precedentes, como de su definición y distinción con respecto de los fortines u otras bases permanentes de ejércitos en campaña, cosa que hasta entonces no habíamos podido encontrar.⁴⁷

Ya en el capítulo I trata sobre las fortificaciones en Asia occidental, refiriéndose a los posibles precedentes orientales de los campamentos griegos. Menciona la existencia de representaciones de campamentos persas circulares, rectangulares y ovalados, incluyendo la

⁴⁴ WINTER, 1971.

⁴⁵ GARLAND, 1974.

⁴⁶ LAWRENCE, 1979.

⁴⁷ Hay que recordar que un año antes se había publicado el volumen II de la obra de PRITCHETT que, como ya hemos visto, sí se ocupó de manera monográfica del problema de la fortificación de campamentos.

representación de uno de ellos, un campamento persa circular.⁴⁸

Como ya hemos dicho, intenta también definir el concepto y distinguirlo de otras formas de asentamiento de los ejércitos sobre un territorio, lo que nos ha servido en este trabajo para limitar el objeto de nuestro estudio. Στρατόπεδον sería una extensión de terreno ocupada por un ejército completo en campaña, independientemente de que esté o no fortificado. La plaza fuerte sería el φρούριον, que puede en parte u ocasionalmente estar ocupado por una guarnición. Entre ambos ve una clara distinción funcional, aunque las fortificaciones con las que se pueden contar son muy similares. Las defensas de los campamentos estarían levantadas con materiales improvisados, como ocurría algunas veces en las defensas de los fuertes.⁴⁹

La única referencia a la distribución interna y forma de los campamentos es un pequeño comentario fundamentado, de nuevo, en el capítulo XII de la *República de los Lacedemonios*, que le da pie para expresar la opinión de que, posiblemente, los campamentos no contasen con una forma regular, lo que se confirmaría con la elección de colinas o laderas de forma habitual para establecerse, obligando a una irregularidad tanto en las líneas externas como en la distribución interna. El posterior testimonio de Polibio confirmaría, en su opinión, que este sistema permaneció sin variación durante siglos.

A la cuestión de las defensas de los campamentos temporales le dedica el primer epígrafe completo del estudio de las fortificaciones en el territorio.⁵⁰ Lawrence llega a la conclusión de que

⁴⁸ LAWRENCE, 1979 , pp. 17-18 y fig. 7. Ver también láminas 3-5 con ejemplos de representación de tres campamentos asirios.

⁴⁹ *Op. cit.*, pp.159-160.

⁵⁰ *Op. cit.*, pp. 160-167.

los griegos nunca fortificaron sus campamentos en caso de prever permanecer en el mismo lugar menos de unas cuantas semanas. La única posibilidad es que se llevara a cabo, siguiendo las indicaciones de Filón de Bizancio (IV,6,10), pero ya desde mucho tiempo antes de la época de éste, una fortificación inicial muy débil (quizás únicamente para defenderse de incursiones nocturnas) que luego fuese reforzada en caso de necesidad. Estas defensas serían meros amontonamientos de piedras. El campamento así visto permanecería en servicio durante años y es, en opinión de Lawrence, más apropiado clasificarlo como fortín temporal. Éstos eran más habitualmente contruidos para los trabajos de asedio de las ciudades, que eran rodeadas con un entramado de fortines que servían para asegurar el asedio y para el refugio de las tropas allí estacionadas.

No hay, en su opinión, evidencia de que los campamentos se fortificasen antes del siglo V a.C., aunque cualquier griego debía conocer los campamentos fortificados de Agamenón descritos en la *Iliada* (VII, XII).⁵¹ Desde el punto de vista arqueológico, aporta, además, un posible lugar de establecimiento de tropas cartaginesas del siglo V a.C. a las afueras de Gela, así como el στρατόπεδον del ejército siracusano, a cierta distancia, que llegó en apoyo de la ciudad, identificados a través de fotografías aéreas que muestran un cercamiento irregular de 650 x 470 m., espacio suficiente para albergar entre 30.000 y 50.000 hombres.⁵²

Con Lawrence encontramos, por tanto, un nuevo paso en los estudios sobre los campamentos militares griegos, al integrar la fuente arqueológica en el conjunto de la cuestión.

En relación con este ámbito también debemos mencionar la obra de H. von Petrikovits sobre

⁵¹ Hay que recordar que WINTER, 1971, p. 74, había calificado el asentamiento griego en Troya como *fortification*, y LAWRENCE recogería otra vez la opinión más tradicional que lo clasificaba como *campamento fortificado*.

⁵² Pero no da más datos ni bibliografía sobre estos estudios arqueológicos, de los que no hemos podido encontrar más noticias.

los campamentos romanos durante el Principado, que cuenta asimismo con algunas reflexiones interesantes sobre los establecimientos militares griegos en campaña.⁵³

En primer lugar hay que referirse a la distinción que él hace entre campamentos permanentes (*langfristig Lager*: los que sirven para la defensa o para asegurar militarmente un territorio) y campamentos de marcha (*kurzfristig Lager*: los establecidos durante una acción militar, una marcha, o para la preparación y realización de un ataque).⁵⁴

Reflexiones directas sobre el στρατόπεδον griego aparecen con ocasión de la cuestión del origen del campamento romano. Hay que subrayar que considera la opinión de Polibio en VI,42, tanto para el caso griego como para el romano, como el producto de una simplificación. Como los estudios han demostrado, los campamentos romanos no tuvieron la regularidad que les atribuye Polibio, sino que también los romanos se veían en la necesidad de reformar sus planos para asentarse mejor en el terreno. Tampoco cree que los griegos llegaron a desarrollar unas planimetrías regulares en sus campamentos, y eso pese a haber conocido tradiciones castrametales regulares como son las de asirios o egipcios. El caso del campamento circular espartano le parece que podría tener su origen en tradiciones castrametales asirias. En todo caso, en su opinión, las investigaciones realizadas por McCredie en dos puntos fortificados del Ática confirmarían las opiniones de Polibio.

Sobre la organización interna, siguiendo la pauta hasta aquí vista, tampoco se atreve a decir nada ni cree posible que se pueda realmente describir dada la falta de datos en las fuentes. Descarta igualmente de forma general que los griegos, diferenciándose también en esto de asirios, egipcios y

⁵³ PETRIKOVITS, 1975.

⁵⁴ *Op.cit.*, p. 33.

persas, hubieran fortificado sus campamentos. En su opinión, el campamento romano tuvo su origen o estuvo, en una medida aún para nosotros desconocida, influido por las tradiciones griegas y las procedentes del conjunto del Mediterráneo.⁵⁵

Como vemos, el interés despertado por el tema en el campo arqueológico no difiere mucho de lo ya visto en la investigación histórica, lo que probablemente se deba a esa misma falta de atención. Esto es aún más evidente si lo comparamos con el desarrollo de esta misma cuestión en el mundo romano, que cuenta ya con una amplia tradición. Realmente, en todo ese proceso dentro del campo arqueológico, sólo se pueden destacar los intentos de McCredie y los primeros pasos dados por Lawrence, sobre todo este último, en relación con una aproximación teórica al problema, a través de su definición de στρατόπεδον y la distinción que hace con respecto a los otros tipos de asentamientos militares griegos (fundamentalmente de los fortines o φρούρια).

c) Estudios filológicos y comentarios de fuentes.

Ya para finalizar nos queda tan sólo incluir unas pequeñas referencias al estudio del στρατόπεδον en obras dedicadas al comentario de las fuentes griegas. La situación en este campo, como es natural, no se aparta de la que hasta ahora hemos visto. Quizá, en primer lugar, cabe destacar cómo A.W. Gomme, en su magnífico comentario a la obra de Tucídides, tampoco se detiene en ningún momento a considerar la cuestión de los campamentos, carencia que se mantiene en la continuación de esta obra por Dover.

Pero, centrándonos en el caso de Jenofonte, la fuente más importante y rica, tampoco encontramos referencias al στρατόπεδον en los comentarios de la edición de las *Helénicas* de

⁵⁵ *Op. cit.*, pp. 139-140.

Marchant-Underhill.⁵⁶ Sí que hay que destacar, sin embargo, a F. Ollier, cuya introducción, traducción y comentarios de la *República de los Lacedemonios* ha sido referencia constante para las demás ediciones y comentarios a esta obra. Sus anotaciones sobre el papel de las guardias dentro del campamento lacedemonio por el temor a sediciones, o el considerar que el modelo circular de establecimiento lacedemonio se habría debido a que las esquinas resultaban indefendibles, va a ser asumido e introducido por otros muchos autores en sus comentarios.⁵⁷

Más recientemente, también podemos encontrar referencias sobre los campamentos, vida, funcionamiento, etc., en el magnífico comentario a la *Anábasis* de O. Lendle, aunque sin llegar a un tratamiento sistemático.⁵⁸

En el comentario histórico y arqueológico a la *Anábasis* por J.P. Stronk tampoco se aporta nada nuevo, siguiendo las opiniones de Lawrence que hemos recogido un poco más arriba: sólo con ocasión de largas permanencias los griegos fortificarían sus campamentos, poniendo su confianza en las defensas naturales y en las guardias.⁵⁹ Del mismo modo acepta que la visión de Polibio sobre el campamento griego se encuentra muy influida por la visión del campamento romano.⁶⁰ Pero nada más se nos dice acerca del campamento de los griegos en la *Anábasis*.

Por último, en la edición de S. Rebenich de la *República de los Lacedemonios*, podemos leer, comentando el texto tantas veces citado del campamento espartano: *Das Lager hatte, im Gegensatz*

⁵⁶ MARCHANT-UNDERHILL, 1906 (reimpr. 1979).

⁵⁷ OLLIER, 1934, p. 62.

⁵⁸ LENDLE, 1995.

⁵⁹ STRONK, 1995.

⁶⁰ STRONK, comentarios a VI,4,26 y VI,5,1 (n. 3).

zu dem römischen, keine regelmässige Form und Fortifikation, sondern richtete sich nach der Beschaffenheit des Geländes. Vor der Schlacht bei Leuktra nutzte man eine natürlichen Gräben (HG.,VI,4,14). Die Kreisform wurde wohl deshalb vorgezogen, weil man die Winkel eines rechteckigen Lagers für schwer oder nicht verteidigbar erachtete, uniendo las opiniones de Anderson, Ollier y Pritchett⁶¹.

En resumen, podemos decir que el tema del στρατόπεδον griego ha sido una cuestión muy desatendida por la investigación histórica y arqueológica.⁶² La falta de referencias claras en las fuentes, el negativo juicio de Polibio y la dificultad que desde el campo arqueológico se puede observar para la investigación de este aspecto tan fundamental en la vida militar de cualquier sociedad, han podido ser parte de la causa de esta desatención. Pero, en todo caso, la ausencia de intentos serios por afrontar este tema, más bien habrá que achacarla a una falta de visión crítica sobre opiniones ya asentadas, a las que no se ha intentado volver mediante replanteamientos de conjunto o por la adopción de perspectivas innovadoras.

⁶¹ REBENICH, 1998, p. 129.

⁶² En este apartado no vamos a entrar a valorar cada una de las opiniones de estos autores. Los textos y episodios aquí mencionados serán estudiados con más detalle a lo largo de este trabajo, no así las identificaciones de campamentos militares propuestas desde los análisis arqueológicos, que por cuestiones obvias supondrían otro trabajo completo. Eso, sin embargo, deberá ser la continuación natural de esta obra.

Capítulo 2: El campamento militar en Homero.

1. Homero y la *Ilíada*.

No parece posible dar una imagen completa del campamento militar en Grecia, aun queriéndonos circunscribir a la época clásica, sin comenzar por el estudio de Homero. En primer lugar porque Homero es esencial para la comprensión del conjunto de la civilización griega antigua. Pero, además, porque en la *Ilíada* el campamento militar es el marco en el que se desarrolla la épica, es un elemento fundamental de la trama de una obra que todos los autores clásicos sobre los que vamos a tratar posteriormente conocían en profundidad.¹

Pero también las circunstancias de la actualidad de la investigación hacen pertinente dedicar un apartado a Homero. Troya y Homero han vuelto a estar de actualidad con las publicaciones de los resultados de las campañas de re-excavación de Hissarlik-Troya a cargo del equipo de Manfred Korfmann, multiplicándose en estos años los debates y publicaciones en torno a Troya y la cuestión homérica.²

En este estudio partimos de la opinión de que la *Ilíada* sería la obra de un solo poeta que, empleando con gran maestría materiales, temas y técnicas tradicionales heredadas, cantaría de forma magistral y sorprendente uno de los episodios clásicos del

¹ CARLIER, 2005, p. 7; también en relación con la influencia de Homero en los posteriores desarrollos de fortificaciones griegas, ver LAWRENCE, 1979, pp. 275-301.

² Las primeras exposiciones sobre los resultados de las excavaciones recogidos en una sola publicación podemos verlos en los diferentes artículos recogidos en MELLIK, 1986; los primeros informes de excavación en *Archeologischer Anzeiger* 1985 y 1986 De forma más detallada, especialmente en los diversos números de *Studia Troika*. Un buen resumen de todo ello lo podemos encontrar en LATA CZ, 2003, pp. 44-149. Una visión crítica de los resultados presentados por Korfmann y defendidos por Latacz la encontramos en KOLB, 2003, pp. 8-39.

ciclo troyano: la cólera de Aquiles.³ El virtuosismo de su creación fue tal que el público sintió la necesidad de sacar a su autor del tradicional anonimato, singularizándole entre todos los demás artistas, dotándole por primera vez en la historia de la literatura de un nombre propio, Homero, y llegando a convertirlo, no en el autor cumbre de un género con muchos siglos de tradición, sino en el padre de ese género.⁴

Pero la *Ilíada*, la primera obra maestra de la literatura occidental, no es el punto de inicio sino el punto culminante y casi final de toda una etapa histórica, artística y cultural, y su autor no fue el iniciador, sino el heredero del arte, tanto en técnica como en temas, de innumerables aedos anteriores cuyos nombres, si alguna vez fueron conocidos, quedaron eclipsados y perdidos para siempre frente a la fama que alcanzó Homero.⁵

La *Ilíada* se inserta dentro del género de la poesía épica oral, cuya técnica se fundamenta en el empleo del hexámetro y la utilización de epítetos y fórmulas que

³ La cuestión de si la *Ilíada* se debe a un sólo autor o es obra de varios autores es una de las cuestiones más disputadas en el campo de la historia antigua. En este estudio defendemos la idea de que la *Ilíada* se conforma como la reunión de muchos poemas o cantos sueltos para llegar a la conformación de una gran obra, cuya unidad interna en todos los aspectos mostraría, en nuestra opinión, el ser obra de una sola mano. Eso no impide que, si llevamos a cabo un minucioso estudio de los poemas, detectemos fácilmente la presencia de esos elementos diversos que llevan al neoanálisis a negar la existencia de una única mano en la conformación del texto. Pero eso no es, en nuestra opinión, más que el resultado de una visión parcial de la obra. En realidad, si miramos la *Ilíada* en detalle siempre seremos neoanalíticos, pero si la contemplamos en conjunto nos tendremos que rendir a la evidencia de su unidad. La postura neounitaria la podemos ver en SCHADEWALDT, 1938; una sencilla exposición de la postura neounitaria la tenemos en GRIFFIN, 1995, pp. 5-7; la postura defendida desde el neoanálisis la podemos ver expuesta en REINHARDT, 1961, y KULLMANN, 1960. Para un buen resumen de la postura neoanalítica en español, *cfr.* GARCÍA BLANCO, 1991, pp. XI-CCLXVIII; también, KULLMANN, 1991, pp. 425-455. Para W. LEAF, 1900-1902, p. xxi, la obra no era resultado de la labor de un solo poeta, sino del desarrollo poético en torno a un núcleo central anterior que podemos fechar a finales del siglo VII o inicios del VI.

⁴ CARLIER, 2005, pp. 55-56.

⁵ MURRAY, 1980, p. 20. La investigación ya acepta de forma generalizada que la composición de los poemas homéricos está precedida de siglos de composición oral. Se abre, además, con renovada fuerza la posibilidad de la existencia de una épica micénica, y ya no sólo desde la filología. Así, en el *mégaron* de Pilos, tenemos representada una lira y en una tablilla de Tebas se mencionan dos tañedores de lira. Pero, más aún, el griego de algunas fórmulas en Homero es incluso anterior al griego de las tablillas de la Lineal B, es decir, que los minoicos antes que los micénicos habrían desarrollado una poesía épica. Incluso para algunos investigadores la famosa batalla naval de los frescos de Tera podría perfectamente ilustrar un episodio de estas epopeyas minoicas. Con todo ello podemos suponer que los aedos premicénicos y micénicos cantaban ya asedios, combates, despedidas y retornos de guerreros: *cfr.* CARLIER, 2005, p. 50; BOWRA, 1968, pp. 1-26; LATACZ, 2003, pp. 343-362.

facilitan la composición oral o la repetición memorística de grupos de versos, los cuales, en caso de éxito, se transmitirán oralmente de una generación de aedos a otra hasta convertirse en fórmulas tradicionales, que, en algunos casos, por la acumulación de éstas y la extensión que abarcan, pueden llegar a conformarse como cantos singulares dentro de composiciones más amplias.

El hexámetro constituía el fundamento compositivo de la épica oral. Su empleo se debía a que su estructura se adecuaba muy bien a las necesidades gramaticales del griego, mientras que su distribución silábica le dotaba de la musicalidad requerida para una función dirigida al deleite del público.⁶ Pero la actuación del aedo no era únicamente la repetición memorística de una composición, sino que en su actividad se mezclaban repetición y recreación del canto, de manera que ninguna actuación era exactamente igual a otra anterior o posterior.⁷ El fundamento de su técnica era la memoria, pero también la constante creación artística que adaptaba la narración del tema cantado a las circunstancias concretas del lugar, tiempo y público ante el que actuaba, buscando con ello satisfacer al máximo las expectativas de la audiencia.⁸

Para facilitar esa constante creación por parte del cantor, éste disponía tanto de un elenco de epítetos como de un conjunto de fórmulas para describir o narrar acciones que se repetían. En el caso de los epítetos podían estar asociados únicamente a un personaje, o bien tener un carácter más general y ser válidos para varios personajes o cosas.⁹ En el caso de las fórmulas también existía una enorme variedad: desde fórmulas fundamentadas en un verso, hasta conjuntos mucho más amplios de hexámetros que se empleaban para describir acciones más complejas que, además, a su vez podían cantarse

⁶ BOWRA, 1968, pp. 53-66.

⁷ LESKY, 1976, pp. 31-37.

⁸ CARLIER, 2005, pp. 51-52; LATACZ, 1996, pp. 2-5.

⁹ BOWRA, 1979, pp. 10-31.

con mayor o menor detalle, según el deseo del cantor en cada momento.¹⁰ Esto permitía al aedo disponer de un conjunto muy amplio y flexible de herramientas de las que echar mano durante sus actuaciones. Epítetos y fórmulas eran creaciones de aedos con una antigüedad muy diversa. La genialidad de algunos epítetos, de algunas imágenes y de algunas fórmulas los consagraba y les permitía pervivir durante siglos sin apenas cambios, estando siempre el público deseoso de escucharlas. En otras ocasiones éstas caerían en desuso, desapareciendo del repertorio de los aedos por causas muy diversas, como podía ser, por ejemplo, la aparición de otras más del gusto de la nueva época. Además, cabe el caso de que esas fórmulas estuvieran referidos a instituciones o técnicas ya desaparecidas que las convertían en ininteligibles o poco adecuadas para los nuevos tiempos, siendo sustituidas por otras relacionadas con realidades más contemporáneas o más del gusto del público.¹¹ De esta manera, a lo largo de un mismo canto podrían convivir epítetos y fórmulas de antigüedad muy diversa,¹² creando con ello una realidad artificial,¹³ con un fundamento histórico real en sus partes, pero sin un paralelo histórico de conjunto.¹⁴ La verosimilitud se salvaba al enmarcarse la acción de la épica en un tiempo diferente, en el tiempo de los héroes, cuando dioses, héroes y hombres compartían acciones y destinos.¹⁵ Algunas instituciones o elementos históricos

¹⁰ La obra clásica sobre la cuestión es PARRY, 1928; una más moderna exposición del asunto la podemos encontrar en HAINSWORTH, 1993, pp. 1-31.

¹¹ BOWRA, 1979, pp. 46-47.

¹² Este sería el caso, por ejemplo, del empleo de “dánao”, “argivo” y “aqueo”, para referirse al contingente griego. Estos tres términos corresponden a momentos diferentes de la historia griega y en el momento de ser empleado por Homero carecían algunos de ellos de significado real para su auditorio, pero se conservan debido a su estrecha relación con la épica: *cf.* LEHMANN, 1991, pp. 105-126.

¹³ KIRK, 1980, p. 38.

¹⁴ SNODGRASS, 1974, pp. 114-125.

¹⁵ La conciencia del propio Homero de estar refiriéndose a un tiempo distinto y pasado podemos verla, por ejemplo en *Il.*, V,302-305; también en la idea de que la destrucción del muro aqueo tras la caída de Troya y la partida de los griegos (VII,446-463), más que debida a un intento por parte del poeta de defenderse ante cualquier posible turista llegado a la zona que no viera los restos de la batalla,

descritos en la épica habrían perdido parte de su significado, pero no serían completamente extrañas ni incomprensibles para el auditorio. Si fuese así, el cantor habría desechado ese epíteto o esa fórmula de su repertorio, sustituyéndola por otro epíteto u otra fórmula.¹⁶

Para algunos estudiosos, todo eso sería resultado de una acción consciente de arcaización pretendiendo construir un lejano pasado heroico que sería el mundo de la *Ilíada*.¹⁷ En nuestra opinión esa opción puede ser desechada. En primer lugar porque eso supondría un interés y una labor filológico-arqueológica que no parece estar al alcance de los aedos de la época; pero, además, no hay por qué rendirse y pensar que esa sea la explicación única, y por ello necesaria, para solucionar el supuesto conflicto provocado por la presencia de determinadas instituciones u objetos en los poemas homéricos extraños a la hipotética época de composición de los poemas, y que desentonan extraordinariamente con el conjunto de la realidad recreada en ellos. En nuestra opinión es más probable que la explicación se encuentre en las propias técnicas empleadas por estos artistas que como resultado de una labor consciente de arcaización y fruto de un estudio arqueológico y filológico previo de estos aedos, cuya posibilidad real y práctica que ya hemos dicho que nos es difícil de aceptar, y cuyo objetivo también resulta complejo de dilucidar.¹⁸ Es más lógico, en cambio, considerar estos

respondería a que dentro del mundo de Oriente Próximo la destrucción de todos los vestigios supone el paso de una era a otra: tras la caída de Troya y la salida de los aqueos, una época habría acabado y de eso sería testigo, paradójicamente, la completa desaparición de los restos materiales de ese mundo. *Cfr.* FORD, 1994, pp. 147-157; HAINSWORTH, 1993, pp. 32-53.

¹⁶ MORRIS, 1986, pp. 83-94, aunque no compartimos su idea de la arcaización consciente de algunos elementos para crear y mantener una idea de distanciamiento épico.

¹⁷ DICKIE, 1995, pp. 29-56; EDWARDS, 1987, pp. 159-169; GARCÍA BLANCO, 1991, pp. XI-XXXIII; MURRAY, 1980, p. 40; para FINLEY, 1986, pp. 181-182, las escenas de carros son arcaísmos deliberados de Homero.

¹⁸ CARLIER, 2005, p. 196, n. 11.

casos como fósiles compositivos o, más adecuadamente, estructuras o fórmulas poéticas que se convierten en elementos clásicos del género épico.

Esa técnica y esos instrumentos el aedo los pone al servicio de la narración de unos temas que se insertan dentro del ciclo épico, de la narración de los acontecimientos de la humanidad desde las bodas del Cielo y la Tierra hasta la destrucción de Troya y el viaje de regreso de los héroes aqueos a sus hogares, con el que se cierra la edad de los héroes.¹⁹ La reconstrucción del Ciclo en sus líneas más generales se ha podido llevar a cabo gracias a las indicaciones que nos proporciona Homero y, más aún, gracias a los resúmenes que de los sucesos del Ciclo podemos encontrar en los epítomes, en los comentarios a estas obras, y en Proclo, estos últimos, de redacción muy posterior a Homero, aunque referido a narraciones, quizá anteriores, pero en todo caso seguro que al menos contemporáneas a la propia composición de la *Ilíada*.²⁰

Conocemos, al menos, la existencia de dos ciclos, el ciclo troyano en el que se enmarca la acción descrita en la *Ilíada* y la *Odisea*, y el ciclo tebano. No sabemos de la existencia de ninguno más, pero tampoco existiría dificultad alguna en pensar que hubieran podido componer otros ciclos, menos exitosos, que hubieran desaparecido sin dejar rastro.

El origen primero del ciclo troyano y de los diversos episodios que lo componen no lo conocemos. En la *Ilíada* podemos encontrar elementos singulares que se retrotraen hasta la época micénica, y personajes y nombres del episodio épico narrado en Homero que parecen mostrar enormes similitudes con personajes y nombres propios que

¹⁹ Para BURGUESS, 2001, pp. 1-6, los poemas del ciclo épico comparten la misma tradición mitológica de los poemas homéricos y de hecho el ciclo épico es más representativo de la tradición troyana que los poemas homéricos. Si la tradición troyana fuera un árbol, inicialmente la *Ilíada* y la *Odisea* habrían sido un par de pequeñas ramas.

²⁰ CARLIER, 2005, p. 60: *Los poemas del ciclo troyano, a pesar de que son poshoméricos, retoman una materia prehomérica*. Sobre las relaciones entre el Ciclo y los poemas homéricos ver ALLEN, 1924, pp. 51-77.

descubrimos en documentos hititas.²¹ Igualmente algunas estructuras de las narraciones muestran claras concomitancias con expresiones propias de tradiciones míticas de Oriente.²²

Estos grandes temas épicos se componían de pequeños cantos, es decir, episodios más pequeños que, unidos entre sí, sirven para narrar un episodio del Ciclo. Gracias a su limitada extensión, podían ser recitados frecuentemente de forma completa, debiendo ser éstos los verdaderamente populares. Aquí se incluyen catálogos, *aristeias* de determinados personajes, *monomachías*, descripciones de batallas, de huidas, de ataques a ciudades amuralladas, batallas de carros, embajadas, sacrificios,... Estos pequeños cantos son en sí la base real sobre la que se estructura el trabajo de composición de un episodio del Ciclo como la *Ilíada*.²³ A su vez, estos pequeños cantos se componían mediante la concatenación de escenas, grupos de versos donde se describen acciones de la vida cotidiana y guerrera de los personajes del ciclo. Tales escenas tenían un carácter de descripción general de una acción y esto permitía que pudiese ser aplicado a todos los casos o personajes, adaptándose luego a las circunstancias más particulares gracias a las facilidades de composición propias de las técnicas de creación formular de la épica. Las escenas se podían alargar, simplificar o variar en sus elementos fundamentales o accidentales con el fin de adaptarlos a las

²¹ Un texto religioso hitita de Boghazköy, posiblemente del siglo XIII, menciona en su ritual la recitación de un poema luvita (lengua indoeuropea, próxima al hitita, hablada en el II milenio por algunos pueblos de Anatolia occidental, entre los cuales podrían encontrarse los troyanos) del que sólo conocemos el primer verso: *cuando regresaban de Wilusa la escarpada...* Si esta fórmula se refiere a *Ilion la escarpada*, lo que es bastante probable, quedaría demostrada la existencia de un poema anatolio sobre Troya en el siglo XIII: *cfr.* CARLIER, 2005, pp. 50-51. También contamos con cerca de 21 documentos hititas de los siglos XIV y XII donde se menciona el país de Ahhijawa que muy probablemente haya que identificar con el país de los aqueos: *cfr. op.cit.*, p.192. También en la *Ilíada* podemos ver cómo se menciona la existencia de otros episodios bélicos del Ciclo que tenían como marco la misma Troya : *cfr. Il.,V,633-654; IX,401-405.*

²² Algunos autores han señalado las grandes similitudes que existen entre la *Ilíada* y los relatos de Gilgamesh: *cfr.* CARLIER, 2005, p. 51; también BURGESS, 2001, pp. 1-6. En general, WEST, 1988, pp. 151-172, y muy especialmente BURKERT, 1992; 2004, pp. 21-48.

²³ BOWRA, 1979, p. 69.

circunstancias de la acción, a las características de los personajes implicados o a los requerimientos, gustos o circunstancias concretas de cada público.²⁴

El rico y complejo empleo y combinación de todas estas técnicas y elementos serían lo que explicaría la génesis de un poema como la *Iliada*. Una vez elegido el episodio de entre todos los posibles, Homero iría seleccionando cantos y escenas para componer el desarrollo de los acontecimientos propios de ese tema.²⁵ Por un lado, escogería, de las diferentes versiones de los cantos que solían emplearse para la composición de *La cólera*, aquellos que creyese de más valor y fueran más apreciados para el público. Pero, además, en la composición de cada canto, utilizaría las escenas y las fórmulas que considerara de más valor estético, las más populares, las más demandadas, o crearía unas nuevas para adaptarlas a su época o situación. Podemos presumir que existían otras versiones de la *Iliada*, e incluso también es muy posible que hubiera varias versiones diferentes de la mayor parte de los cantos que componen el poema, pero dado que no disponemos de ninguna otra para la *Iliada*, no podemos saber realmente cuál de todas esas opciones es la correcta, o en qué medida es correcta. Incluso algunos autores apuntan a cambios en los elementos de algunos cantos, a transmutaciones importantes en el desarrollo de la trama de *La cólera* o a posibles adaptaciones de otras escenas o cantos de ese mismo ciclo.²⁶ Otros llegan incluso a identificar posibles exportaciones desde el ciclo tebano.²⁷

²⁴ *Cfr.* AREND, 1933, especialmente pp. 1-27; en el caso de las escenas de guerra, *cfr.* FENIK, 1968; KIRK, 1989, pp. 15-27; EDWARDS, 1991, pp. 11-23.

²⁵ Los bardos amenizaban el final de las cenas contando hechos de reciente actualidad con un conjunto de versos que guardaban en su memoria. Tenían en su cabeza el conjunto de un ciclo: *cfr.* ALLEN, 1924 [reimpr. 1969], p. 41.

²⁶ BOWRA, 1968, pp. 87-113. REINHARDT, 1961, pp. 17-28, descubre en la *Iliada* diversas tradiciones en torno a Agamenón, según sea el Agamenón de una presumible *Patroclía* o el de la *Iliada*.

²⁷ Por ejemplo, según algunos estudiosos, el poema de la *Iliada* se habría inspirado, al describir la muerte de Patroclo, en la *Aquileida*, de tal manera que para el auditorio Patroclo ya no sería únicamente el amigo de Aquiles, sino el sustituto de éste, muriendo poco antes que él: *cfr.* REINHARDT, 1961, pp. 351-377 y

También parece como si Homero hubiera optado por emplear cantos cuya verdadera naturaleza o circunstancia no casaba perfectamente con la trama contenida en la *Ilíada*, como sería el caso del *Catálogo de las Naves* o de la *teichoskopía*. Con ello buscaría incluir en su obra aquellos episodios o elementos que el público siempre estaba deseoso de escuchar por resultar especialmente queridos, afamados o ser clásicos del repertorio de un aedo. En ello también se demostraría la maestría de Homero, en saber dar al público aquello que deseaba oír y ser capaz de adaptarlo dentro de la trama sin que se notara excesivamente.²⁸

La maestría en la elección y articulación de cantos, escenas y fórmulas para el desarrollo de la trama fue lo que hizo de la *Ilíada* la obra cumbre de la épica, reuniendo en sí lo mejor de toda una tradición artística de siglos, mostrando su autor una enorme calidad artística y dominio de la técnica, conocimiento de su labor y gusto en la composición. Era la estética lo que hacía de la *Ilíada* lo realmente asombroso, no la historia, ya de todos conocida.

Este es un principio que nunca debemos olvidar: lo fundamental en una composición de este género no es la historia que narra, sino la estética, el lograr provocar el deleite del público al cantar una historia de forma más bella y nueva de lo hasta entonces conocido. La *Ilíada* es, en primer lugar, una obra de poesía, no de historia. Después, al quedar consagrada como obra maestra, única en perdurar de un género desaparecido, se convertiría en obra de historia venerada, de un pasado que sólo allí quedó reflejado al alcance de todos, que guarda los ecos más preciosos de un mundo

CARLIER, 2005, p. 99; también la lucha en torno al muro se habría inspirado en la *Tebaida*: cfr. GARCÍA BLANCO, 1998, vv. 79-88, p. 219.

²⁸ Carlier defiende la presencia del Catálogo de las naves en la *Ilíada*, pese a que en realidad su posición lógica sería al inicio de la guerra y no en el año décimo, debido a su popularidad entre la audiencia y a que permitía al poeta destacar la magnitud del combate que vendrá a continuación, permitiéndole también referencias a episodios famosos ocurridos tras la salida de Áulide. Parecida situación nos encontramos con la *teichoskopía*: cfr. CARLIER, 2005, p. 79 y 81.

más grande que cayó completamente en el olvido por la propia acción de su fruto más excelso.²⁹

Sólo teniendo en cuenta todo lo anterior podemos pasar a emplear la *Ilíada* como fuente histórica. Su método de composición, aunque debido a una sola mano final que le otorga unidad y maestría, mantiene fosilizados los esfuerzos de autores de muy diversos periodos y, por qué no, quizá también de muy diversas procedencias.³⁰ La *Ilíada* se ha comparado con una catedral, llena de añadidos y estructuras de épocas diversas que dan un bellissimo conjunto sin un estilo uniforme que pueda servir para situarla en algún momento histórico concreto,³¹ o también con una amalgama,³² o incluso con un corte estratigráfico donde se ven unidas muchas etapas diversas.³³ Ninguna de estas imágenes nos parecen completamente correctas si pensamos en su utilización como fuente histórica. Como hemos visto, la génesis de composición de los poemas resulta mucho más compleja porque transmisión y reelaboración se unen y confunden. Un mismo elemento puede ser resultado de un proceso de transmisión que a la vez se ha visto en parte sometido a una reelaboración, hasta hacer casi ilegible alguna de sus formas primitivas o de sus pasos intermedios hasta llegar a adoptar la forma en la que lo

²⁹ Para DEGER-JALKOTZY, 1991, pp. 128-154, con los descubrimientos arqueológicos y las investigaciones de las tablillas en Lineal B, la épica homérica ha ganado en credibilidad; en esa épica no todo es ficción poética y fantasía, sino que se fundamentaría en un material cuyo origen se encuentra en la conciencia histórica griega sobre la época arcaica, que posee sus propias reglas y que sería conservada mediante tradición oral. Para MORRIS, 1989, pp. 511-535, los frescos de Tera podrían mostrar escenas de la épica ya cantadas en época micénica.

³⁰ Para ANTONACCIO, 1995, pp. 5-6, la poesía homérica se sitúa al final de una tradición oral que se retrotrae a la Edad del Bronce. Esta tradición no era estática o meramente de custodia, sino que padecía episodios de generación, incorporando aspectos de cada periodo, mientras que al mismo tiempo retenía elementos de la Edad del Bronce. Aunque el poema, tal y como lo tenemos, sería el producto de un poeta particular en un momento concreto en el tiempo, él debe su material al periodo en el cual se formó. De todas formas, unos periodos fueron más importantes que otros, considerando el siglo X como el más relevante en cuanto a la formación del poema.

³¹ REINHARDT, 1961, pp. 12-14.

³² Cfr. CARLIER, 2005, p. 206: *El mundo homérico es evidentemente una amalgama de recuerdos de épocas diversas, aunque es una amalgama coherente y verosímil*; ver también LESKY, 1968, 709-725, y PRITCHETT, 1991, p. 182.

³³ ANTONACCIO, 1995, p. 20.

conocemos. Más bien la *Ilíada* se correspondería con el corte estratigráfico de un yacimiento, donde todas las capas se encontrarían completamente mezcladas, de tal manera que los objetos desenterrados podríamos identificarlos como pertenecientes a un amplio periodo histórico, pero cuya datación concreta sólo podría hacerse mediante su comparación con vestigios de otros yacimientos que sí estarían perfectamente datados.³⁴

Algunos autores han negado la posibilidad de identificar la *Ilíada* con algún preciso momento histórico de Grecia,³⁵ dando como solución para el conjunto expuesto en la *Ilíada* y la *Odisea* la acuñación del término de Edad Heroica³⁶ o mundo de Homero.³⁷ Aun si aceptamos tal etiqueta, nunca podemos olvidar que tal “Edad” no se corresponde con ninguna edad histórica real. Intentar insertar tal periodo en la cronología histórica de Grecia creemos que es un error.³⁸ Sólo la confrontación del texto que disponemos para la *Ilíada* y la *Odisea* con la realidad histórica que conocemos por

³⁴ Ejemplo de ello sería el caso del estudio de los ritos funerarios descritos en Homero a la luz del yacimiento de Lefkandi: *cfr.* BLOME, 1991, pp. 45-60.

³⁵ Para ADKINS, 1971, pp. 1-14, Finley tiene razón en dudar sobre la historicidad de los personajes, hechos y sobre la misma verosimilitud de la guerra de Troya; pero tampoco cree que sea posible que el conjunto de la estructura social que se muestra en los poemas sea una reconstrucción de los aedos *ex nihilo*. Por el contrario, su funcionamiento, instituciones y valores han de proceder de alguna sociedad real. Un claro y bien argumentado ejemplo de ello lo podemos ver en MORRIS, 1986, pp. 83-94, aunque creemos que sobrevalora la importancia real del siglo VIII, a la vez que minusvalora la trascendencia de la tradición de cantos heredados, lo que hace que, en nuestra opinión, el conjunto final no esté tan claramente centrado en el siglo VIII como el autor defiende.

³⁶ Un intento de reconstrucción de una “Edad Heroica” lo encontramos en BOWRA, 1968, pp. 156-191, aunque posteriormente el mismo desecha esta idea y considera que Homero no se puede calificar como un historiador, y que las acciones que describe no pueden situarse en ningún momento histórico: *cfr.* BOWRA, 1979, pp. 165-182.

³⁷ O también mundo de Odiseo, correspondiéndose a un mundo coherente que en sus líneas generales podemos situar en el siglo X-IX: *cfr.* FINLEY, 1986, p. 56.

³⁸ Para RAAFLAUB, 1991, pp. 207-215, e igualmente en muchos otros autores, las técnicas de la épica permitían una muy fácil acomodación de los poemas a la realidad de cada momento, de tal manera que si quitamos del texto homérico los arcaísmos y los elementos más antiguos procedentes de la tradición épica heredada, quedaría un núcleo fundamental de instituciones y valores que se corresponderían con una realidad que el público veía y comprendía y, por tanto, con algún momento histórico concreto. Lo que aún no se habría logrado es determinar con exactitud cuál es ese momento, que Raaflaub sitúa probablemente en los siglos IX-VIII. En nuestra opinión, esto no tiene que ser necesariamente así. El peso de la tradición heredada es muy fuerte, y no existe ninguna necesidad de justificar ni cambiar en cada momento la herencia poética al enmarcarse todo en un mundo mítico, en la Edad de los Héroes, distante y distinto de la cotidianidad del oyente. Sería un mundo razonable y coherente, pero con su propia razonabilidad y coherencia.

otras fuentes puede hacernos útil la composición homérica a la hora de conocer mejor el pasado griego más antiguo.

Evidentemente, también como consecuencia del método de composición que hemos explicado, el poema mostrará una preponderancia de elementos contemporáneos a su último momento de fijación y, a la vez, la abundancia de esos elementos nos ha de servir para poder intentar determinar el momento en el que Homero estableció un texto fijo, que fue tomado como canónico. Podemos dudar de sí en ese momento se puso por escrito directamente o tal paso se produjo tiempo más tarde.³⁹ Lo que sí resulta claro es que las variaciones sobre el texto tuvieron que ser, después de ese momento, mínimas como consecuencia de pasar a ser una obra venerada y, por tanto, especialmente protegido de cambios importantes.⁴⁰ Tradicionalmente ese momento se sitúa en el siglo VIII-VII, con razones bien fundadas,⁴¹ y su puesta por escrito sería ya segura en el siglo VI, quizá coincidiendo con lo que se conoce como la redacción pisistrática.⁴² Todo ello

³⁹ Para Carlier los autores de la *Ilíada* y la *Odisea* eran unos virtuosos de la composición oral que se apoyaron en la escritura para mejorar esa técnica, lo que no quiere decir que fueran ellos los que pusieron por escrito toda la *Ilíada* y *Odisea*. Durante un tiempo transmisión escrita y oral permanecieron estrechamente mezcladas: *cfr.* CARLIER 2005, p. 57.

⁴⁰ CARLIER, 2005, p. 60; BOWRA, 1968, pp. 129-155; FINLEY, 1986, pp. 42-44.

⁴¹ En la segunda mitad del siglo VIII: SCHADEWALDT, 1965, pp. 87-129; KIRK, 1962, pp. 282-287; HEUBECK, 1974, p. 224; GRIFFIN, 1980, p. 14; LATACZ, 1996, pp. 59-65; LATACZ, 2003, pp. 203-215; HAINSWORTH, 1991, p. 12; KIRK, 1985, pp. 14-16; LESKY, 1968, cols. 687-693; MACKIE, 1996, pp. 1-13; MORRIS, 1986, pp. 90-115; WILLCOCK, 1978, p. ix; en el siglo VII: WEST, 1988, p. 172; también BURGUESS, 2001, pp. 49-53, reúne aportaciones recientes con las que defiende la datación en el siglo VII. CASSON, 1971, p. 43, fecha el poema en el siglo VIII-VII en razón de la coherente evidencia manifestada por el estudio de los barcos en la *Ilíada* y la *Odisea*; para MORRISON y WILLIAMS, 1968, pp. 43-44, la *Ilíada* se dataría en el VIII y la *Odisea* a finales de ese siglo, aunque las diferencias tienen escasa trascendencia puesto que los principales elementos navales están presentes desde época micénica; para DAVISON, 1955, pp. 1-21, la *Ilíada* se compondría en el VI, en lo que se conoce como redacción pisistrática, pero con materiales del VIII-VII; DICKIE, 1995, pp. 29-56, fundamentándose en la geografía homérica habla del VII y nunca antes; también FINLEY, 1986, pp. 39-40, lo considera una obra compuesta oralmente en los siglos VIII-VII.

⁴² A finales del siglo XVIII, Wolf defendió la idea, desarrollada antes por el abate Aubignac, de que en el siglo VI, Pisístrato de Atenas ordenaría la recolección y unificación en una sola obra los múltiples pequeños poemas que eran debidos a un único autor. Esa obra resultante sería el texto de la *Ilíada* que nosotros poseemos. En nuestra opinión, la responsabilidad de Pisístrato se limitaría a poner por escrito el texto de la *Ilíada* ya existente, haciéndolo canónico y desterrando así las posibles variantes que pudieran haber surgido desde el momento final de la composición por Homero: *cfr.* CARLIER, 2005, pp. 52-55 y

no impide que siguieran existiendo algunas versiones, diferentes en una mínima medida, circulando por el mundo griego, hasta que en el siglo III-II a.C. los filólogos alejandrinos logran imponer una vulgata, de origen ático, que es la única versión que ha llegado hasta nosotros.⁴³ De toda la obra, la única duda que queda sobre su época y autenticidad, porque pudiéramos fundamentadamente pensar que no perteneció a aquella obra compuesta por Homero en el siglo VIII-VII, sería la *Dolonía*, el canto X de la *Ilíada*.⁴⁴

Todos estos principios los debemos aplicar a la imagen que del funcionamiento y organización del ejército acampado nos proporciona Homero. Pese a las intenciones primeras manifestadas en los prolegómenos de sus obras, tanto Latacz como Van Wees,⁴⁵ al intentar buscar una lógica a las descripciones de las batallas de Homero, han acabado por reconstruir un posible ejército homérico, como si a lo largo de todo el

58; FINLEY, 1986, pp. 42-44; ALLEN, 1924, p. 225; EDWARDS, 1987, pp. 15-26; GRIFFIN, 1995, pp. 5-7. En el siglo VI: BALLABRIGA, 1990, pp. 16-29; STANLEY, 1993, pp. 248-296.

⁴³ Incluso en época clásica la recitación oral seguía siendo fundamental, lo que permite pensar en la aparición de pequeñas variantes en los textos: *cfr.* CARLIER, 2005, p. 58.

⁴⁴ Para DANEK, 1988, las diferencias en relación con el estilo de los diálogos y en la composición de algunas escenas permitiría pensar que la *Dolonía* sería obra de un autor diferente a Homero, pero dentro de la misma tradición épica, y que trabajaba ya sobre un texto fijo de la *Ilíada*; probablemente sería introducido en el conjunto de la *Ilíada* durante la redacción pisiestrática. Siguiendo a Danek, *cfr.* HAINSWORTH, 1993, pp. 151-155; LATACZ, 1996, pp. 66-69; LATACZ, 2003, n. 261, p. 401; en cambio, ALLEN, 1924, pp. 192-194, considera este canto como propio de Homero puesto que sería difícil pensar que pudiera haberse integrado un texto tan grande en el siglo VI a.C., donde sitúa la redacción de la *Ilíada*. BOWRA, 1979, pp. 97-116, también es partidario de considerarlo parte integrante de la obra de Homero. Según CARLIER, 2005, pp. 92-93, las diferencias entre este canto y el resto de la *Ilíada* se deben a que se trata de un episodio un tanto diferente del resto de las acciones guerreras que se describen en la *Ilíada*. El maestro de la *Ilíada* emplearía esta narración mitológica con el fin de destacar el valor de Ulises y Diomedes, lo que le obligaba a minimizar el papel de Reso. No sería en ningún caso una interpolación.

⁴⁵ LATACZ 1977; VAN WEES, 1986, pp. 285-303. Van Wees defiende la idea de que Homero refleja un ejército verídico y coherente. Las razones que aduce son, en primer lugar, que la antigua bibliografía sobre Homero no consideraba el ejército de la *Ilíada* como un caos (pero en realidad el problema es que todo lo dicho por Homero fue siempre aceptado en el mundo griego como verdadero e indudable); en segundo lugar que la visión que se nos presenta es coherente y siempre nos encontramos con que una fase continúa a la otra, por lo que, según él, autor y público muestran una concepción clara del ejército (lo cual sólo demuestra que sigue las pautas propias de la composición épica), en unas narraciones en las que casi todo lo esencial se queda como implícito, como sobradamente conocido por el oyente (por lo que resulta muy difícil decidir si ese ejército es real o bien es un artificio al faltarnos la transmisión de lo realmente esencial); y, además, porque esta forma de describir los contingentes y estructuras del ejército los encontramos en otras culturas (pero, en realidad, en ninguna de ellas observamos todos los elementos unidos, sino sólo algunos de ellos). Ver también, WEES, 1992; WEES, 1997, pp. 668-693.

poema estuviera reflejado, congelado, un solo momento en el proceso de evolución de la polemología griega. En nuestra opinión, más de acuerdo con Snodgrass, y aplicando los principios de composición de los poemas épicos que hemos estado comentando a lo largo de este epígrafe, esto no puede ser así.⁴⁶ La visión que de la guerra aparece en Homero sería el resultado de la transmisión y reunión de etapas históricas diferentes.⁴⁷ En ningún caso cabría pensar que convivirían todas las formas de lucha que aparecen en la *Iliada* en un mismo periodo.⁴⁸ Como hemos dicho más arriba, es cierto que podría esperarse que los elementos más contemporáneos a la redacción homérica serían los predominantes; sin embargo, la fácil comprensión de las técnicas guerreras más antiguas por el auditorio de cualquier momento del proceso de génesis histórica del poema (batallas con carros, duelos de *promachoi*, técnicas y armas más arcaicas), habría permitido mantener su vigencia, y no se vería la necesidad de renovarlas o sustituirlas por otras que expresaran las más recientes innovaciones técnicas o tácticas.⁴⁹ Además, la propia lógica de la narración épica obliga a centrarse en combates singulares, más apropiados para descripciones en las que se busca el lucimiento de los héroes, quedando siempre indefectiblemente unidas en la mentalidad popular a una edad mítica.⁵⁰ En el

⁴⁶ SNODGRASS, 1974, pp. 123-125.

⁴⁷ PRITCHETT, 1985, p. 30. Este sería el caso, por ejemplo de πύργοι, que para ANDREWES, 1961, pp. 129-140, sería algún tipo de unidad militar que resultaba desconocida para Homero pero que mantiene por tradición formular. En general, para las diferencias entre las distribuciones tácticas que se muestran en algunos pasajes de la *Iliada* y el posterior funcionamiento real de los ejércitos en combate, ver ANDREWES, 1961, pp. 129-140. La presencia de varias etapas de desarrollo militar en los poemas también la defiende BOWRA, 1979, pp. 48-53; WILLCOCK, 1978, p. ix, habla de una imagen caótica.

⁴⁸ PRITCHETT, 1991, p. 182: *Homer, beneficiary of a tradition passed orally from generation to generation over the centuries, has created by a long process of addition and rejection an amalgam in the Iliad which is aesthetically convincing and enthralling as suitable for heroes, but historically impossible for any given four days battle in the Mycenaean or Dark Ages.*

⁴⁹ En contra de la idea de MORRIS, 1986, n. 54, p. 90, de que sólo el aspecto material, y no el táctico, de la guerra se mantendría estático durante el proceso de transmisión de la épica.

⁵⁰ En cierta medida esta idea también la comparte KULLMANN, 1995, pp. 65-73, cuando habla de una idealización proyectada al pasado, aunque considera la labor de Homero como un intento de reconstruir el pasado micénico fundándose en los restos materiales, algo que nosotros no compartimos.

campo del arte militar elementos antiguos y nuevos podían convivir con gran facilidad. Esas formas de combatir se mantendrían como más apropiadas para ese mundo que la renovación y “democratización” de la guerra a través de la falange hoplítica.⁵¹ Eso explicaría, en nuestra opinión, la preponderancia de los elementos, técnicas y armas más arcaicas, frente a las escasas referencias a las técnicas y tácticas hoplíticas en sus diferentes fases de desarrollo, que sólo de forma muy escasa, y sin consecuencias reales para los cantos centrados en combates, aparecerían en algunos pasajes de la *Ilíada*.

Por supuesto no sabemos con total seguridad si Homero fue el verdadero nombre de ese maestro, pero realmente no tenemos ninguna razón fundamentada para dudar de una tradición heredada tan unánime, ni tampoco sería de ninguna utilidad el dejar la cuestión en suspenso, utilizar otra fórmula o proponer otro nombre.⁵² Igualmente, también podemos dudar de si Homero fue también el autor de la *Odisea*, pero dado que, de ser obras de diferente mano, ambas participan de una misma tradición y de un mismo espíritu, heredero de todo un periodo que en esos versos queda esculpido, no parece necesario que para este trabajo entremos en más diferenciaciones, más allá de dejar testimonio de esa posibilidad.⁵³

⁵¹ A este apartado pertenecerían no sólo las posibles referencias a diversos momentos en el desarrollo de la falange hoplítica, sino también otros testimonios sobre estructuración y organización del ejército, habitualmente introducidos a iniciativa de Néstor, que después no tienen ningún reflejo en el desarrollo de los combates: por ejemplo, XII,86 y ss. (los troyanos atacan el foso y el muro divididos en 5 grupos); XIV,370 (intercambio de armas entre los mejores y los peores dentro del ejército aqueo); XVI,168 y ss., etc.

⁵² El testimonio de Hdt., II,53, que lo sitúa en el s. VIII, es de una gran coherencia con todos los datos que vamos obteniendo desde otros campos. *Cfr.* KIRK, 1985, pp. 1-4; contrarios a la existencia de Homero se muestran, por ejemplo, GARCÍA BLANCO y MACÍA APARICIO, 1991, pp. XXXIII-XLIV.

⁵³ CARLIER, 2005, pp. 65-67, defiende una autoría diferente para los dos poemas, hablando de “el maestro de la *Ilíada*” y “el maestro de la *Odisea*”. Las razones que aduce se refieren a las diferentes concepciones político-religiosas que subyacen en ambos poemas, y que, en nuestra opinión, sin ser definitivas, resultan muy convincentes; también FINLEY, 1986, pp. 34-37, aporta razones para pensar en autores diferentes para las dos obras; también lo consideran de autor diferente, dentro de la escuela del neanálisis, GARCÍA BLANCO y MACÍA APARICIO, 1991, pp. XXXIII-XLIV.

2. El vocabulario campamental en Homero.⁵⁴

Ni en la *Ilíada* ni en la *Odisea* hay un término específico para “campamento”. En cambio, sí aparecen circunlocuciones u otras palabras referidas a elementos que conforman un campamento y que, en algunos contextos, se puede entender que se les atribuye un sentido más amplio y similar, por tanto, a la idea de campamento.

a) νῆες Ἀχαιῶν.

De entre todos ellos, la fórmula más aproximada y más habitual, es νῆες Ἀχαιῶν, las naves de los aqueos. La expresión puede designar el campamento en su sentido más material, como conjunto de las naves que conforman el establecimiento aqueo en las playas de Troya, o también puede adquirir un mayor grado de conceptualización para englobar la compleja realidad del ejército acampado de los aqueos,⁵⁵ tal y como vemos empleado en una conversación entre Meriones e Idomeneo en *Il.*, XIII, 274-277:

Idomeneo, capitán de los cretenses, le miró y le dijo:

Sé como es tu valía. ¿Qué falta hace que me cuentes eso?

Pues si ahora en las naves (παρὰ νηυσὶ) seleccionáramos a todos los mejores para una emboscada, que es donde mejor se distingue la valía...

⁵⁴ Las traducciones al español de los textos de la *Ilíada* empleados, a no ser que se especifique lo contrario corresponden a la realizada por CRESPO GÜEMES (1991) para la colección de la *Biblioteca Clásica Gredos*. A su vez, las traducciones de la *Odisea* están tomadas de la realizada por J.M. PABÓN para la misma colección.

⁵⁵ SNELL, 2004, s.v. νηῦς, pp. 386 (59-61): *Gr. ships in general drawn up on shore at Gr. camp; often, w. or without mention of huts, virtually = Gr. camp (sometimes in contrast to Troy, the city, as Tr. base) esp. in expressions of locat., direct. (a grey area, esp. in context of fighting around the ships, makes attempt at complete hard and fat division into «ships qua ships» and «ships connoting camp» inadvisable).*

Es claro que Idomeneo se refiere de manera específica a una posible selección de los mejores guerreros de entre aquellos que componen su ejército acampado frente a Troya. Aún más claramente aparece empleada la expresión con este sentido en *Il.*, XX,56-60, donde se contraponen en pie de igualdad la ciudad de los troyanos y el campamento de los aqueos:

*El padre de hombres y de dioses emitió un terrible trueno
desde las alturas, y por debajo Posidón provocó una sacudida
de la ilimitada tierra y de las escarpadas cimas de los montes.
Se conmovieron todos los pies del Ida, rico en manantiales,
y sus cimas, la villa de los troyanos y las naves de los aqueos.
(Τρώων τε πόλις καὶ νῆες Ἀχαιῶν).*

Surge entonces la metonimia en la que las naves se transforman en una referencia al conjunto de la comunidad aquea asentada frente a Troya. Esta fórmula es, como ya hemos dicho, la más habitual en Homero para referirse a la acampada griega, tanto en un sentido exclusivamente físico como para indicar la presencia de los soldados acampados.⁵⁶ De las 219 ocasiones en las que vemos que se hace mención al campamento en la *Ilíada*, en 155 se trata de circunlocuciones construidas sobre el concepto de “las naves”.⁵⁷ Entre ellas, la fórmula más común es ἐπὶ νῆας (“a las naves”) y παρὰ νηυσὶ (“junto a las naves” o “en las naves”). Después encontramos multitud de posibilidades derivadas de la combinación del término con diferentes preposiciones (ἐν νηυσὶν, κατὰ νῆας, ἀπὸ νηῶν, περὶ νηῶν, νόσφι νεῶν, πρὸ νεῶν, ἐγγύθι νηῶν, παρὰ νηῶν, etc.), que sirven a Homero para situar la acción de sus

⁵⁶ Es también la forma común empleada en la *Odisea*: I,60; IV,248; 255; XIV,496; 498; 501; XXIV,43.

héroes y de los bandos en lucha sobre el escenario troyano tomando como referencia espacial esas naves varadas en la playa y que constituyen el campamento aqueo.⁵⁸

Hay que advertir que, aun cuando aparezca en plural, la expresión también puede referirse, no a la fuerza aquea en su conjunto, sino que en ciertas ocasiones designa únicamente las naves de un determinado contingente o de un jefe militar concreto, y por ello sólo una sección del total del campamento panaqueo. Esos serían los casos de *Il.*, XVI,63; 664; XVIII,305.

Otra forma de referirse al campamento, derivada de los elementos que lo conforman es la expresión κλισίαι καὶ νῆες, las chozas y las naves. Es una imagen de construcción completamente lógica, puesto que materialmente el campamento lo componen las naves varadas en la playa junto a las cuales se sitúan las cabañas de los soldados.⁵⁹

Con el fin de limitar más claramente el ámbito semántico de estas expresiones, en este ámbito concreto, cabe preguntarse si además la expresión engloba en sí otros elementos propios de un campamento, como serían, por ejemplo, cualquier tipo de construcciones defensivas. Con ello, podemos captar una idea más clara de cuál es la imagen que de un campamento militar se tiene desde la épica y el valor que se atribuye a esas protecciones. Un primer texto a destacar es *Il.*, IX,232-235, donde naves y muro defensivo se distinguen claramente:

⁵⁸ También según LATA CZ, 2000, p. 28, la expresión se refiere al lugar de acampada de los aqueos y reemplaza durante toda la obra una designación topográfica.

⁵⁹ Para HAINSWORTH, 1993, p. 189, comentario al v. 338, la expresión *las naves y las chozas* son las formas propias en la épica de expresar “campamento”. Para DAN EK, 1988, p. 77, *das Gesamtheit von Hütten und Schiffen bedeutet also für die Griechen das, was für die Troer die Stadt ist*. En la *Iliada* los ejemplos que tenemos son, ἐπὶ κλισίας καὶ νῆας (a las cabañas y los barcos): I,328; IX,185 (referido sólo a las naves y las chozas de los mirmidones); 652 (*id.*); κατὰ κλισίας τε νέας τε (por las chozas y las naves): I,487 (se dispersaron por el campamento); ἄπο νεῶν καὶ κλισιάων (desde las naves y las chozas): II,464; XII,723; XIV,146; XVI,45; 376; κλισιάων καὶ νηῶν (de las chozas y naves); XII,155-156 (en defensa de las chozas y las naves); κατὰ κλισίας (por las chozas): VIII,54; νεῶν ἄπο καὶ κλισιάων (desde las naves y las chozas): II,90; II,208 (*id.*); II,464; XI,803; aunque también aparece la fórmula en singular, la nave y la cabaña de Aquiles en I,329.

Cerca de las naves y del muro han acampado

(ἐγγύς γὰρ νηῶν καὶ τείχεος αὐλιν ἔθεντο)

los soberbios troyanos y sus aliados, cuya gloria viene de lejos,

encendiendo muchas hogueras por el campamento (κατὰ στρατόν), y aseguran

que ya no resistiremos y que caeremos en las negras naves.

Poco más adelante, en *Il.*, XII,60-74, cuando los troyanos preparan el primer intento de asalto a las defensas aqueas, no está claro si bajo el concepto de “las naves” no se incluiría también el muro:

Entonces Polidamante se presentó ante el audaz Héctor y le dijo:

¡Héctor y demás jefes de los troyanos y de los aliados!

Insensato es guiar los ligeros caballos a través de la fosa (διὰ τάφρον).

Es muy difícil de atravesar, pues está erizada de estacas (σκόλοπες)

puntiagudas y contiguo a ellas está el muro (τείχος) de los aqueos.

Allí no hay medio de descender ni de luchar yendo con carros,

pues es un paso angosto, donde creo que nos herirán.

Si pretende, lleno de malicia contra ellos, arrasarlos del todo

el altitonante Zeus y ansía proteger a los troyanos,

realmente también a mí me gustaría que eso sucediera en seguida

y que los aqueos perecieran aquí lejos de Argos sin dejar nombre.

Pero si se vuelven contra nosotros y hay un contraataque

desde las naves y chocamos con la excavada fosa

(ἐκ νηῶν καὶ τάφρῳ ἐνιπλήξωμεν ὀρυκτῇ),

*creo que entonces ni siquiera un mensajero podrá ya regresar
a la ciudad ante el ímpetu de los aqueos, si se revuelven.*

En esta situación, bajo la expresión ἐκ νηῶν se incluiría en sentido estricto el muro pero no el foso; sin embargo, un poco más adelante, en ese mismo canto y también dentro del mismo episodio, una expresión idéntica incluye muro y foso (*Il.*, XII, 110-156, 216-227). Por tanto, dada la proximidad entre los tres pasajes, no podemos pensar en una concepción diferente bajo una misma fórmula, provocada por una evolución semántica, sino que más bien la expresión ἐκ νηῶν se concibe en su sentido general como “la posición aquea”, “el campamento”, sin que necesariamente tenga por qué incluir sus estructuras defensivas, que en la mayor parte de los casos se presentan como elementos diferentes, según podemos seguir viendo a continuación.

En *Il.*, XIII,55-57 los troyanos son dueños ya del muro aqueo y la lucha se entabla cuando aquellos intentan prender fuego a las naves. En tales circunstancias Posidón, bajo la forma de Calcante, anima a los Ayantes a recobrar el valor en la lucha, empleando la fórmula tradicional y sin entrar en más distinciones:

*Ojalá un dios os infunda en vuestras mentes la decisión
de resistir vosotros con firmeza y mandar lo mismo a los demás.
En ese caso, a pesar de su ímpetu lo rechazaríais de las naves (ἀπὸ νηῶν).*

Un poco más adelante, en *Il.*, XVI,394-397 se vuelve a distinguir entre νῆες y τεῖχος:

Patroclo, tras cortar la retirada de los primeros batallones,

*los cercaba forzándolos a recular hacia las naves y les impedía
acceder a la ciudad en contra de su anhelo. Entre
las naves, el río y la elevada muralla se lanzaba
tras ellos (νηῶν καὶ ποταμοῦ καὶ τείχεος ὑψηλοῖο)...*

Aquí la expresión ἀπὸ νηῶν debe referirse, estrictamente, a las naves, pero en ningún caso a la fosa y al muro. La situación a la que se refiere este pasaje se enmarca en la huida de los troyanos del campamento aqueo, cuando muchos aún no han podido cruzar el muro del campamento en su camino hacia la ciudadela de Troya. Así, por τείχος, debemos entender razonablemente, no las murallas de Troya sino el construido por los griegos y que guarda las naves y las chozas. Aún más claro resulta la distinción en *Il.*, XV,390-392:⁶⁰

*Patroclo todo el tiempo que los aqueos y los troyanos
lucharon por el muro fuera de las veloces naves
(τείχεος ἀμφεμάχοντο θοάων ἔκτοθι νηῶν)
estuvo sentado en la tienda del cortés Eurípilo.*

En este caso la obra defensiva aquea está claramente situada en la mente del aedo lejos y completamente apartada de sus naves, con lo que se reforzaría la idea de que campamento y τείχος son dos estructuras diferentes.

Por tanto, la fórmula que aquí estamos analizando no incluye siempre y necesariamente construcciones defensivas. Es más, en la mayor parte de los casos,

⁶⁰ En este caso preferimos emplear una traducción propia más literal que la propuesta en la edición de Crespo Güemes para Gredos, donde se traduce el verso: *lucharon por el muro fuera del recinto de las veloces naves*, y que parece implicar la idea de la existencia de un muro o vallado en torno a los barcos.

parecen diferenciadas, excluyéndose, y apreciándose el que entre ambos elementos se daría una gran separación.

Para completar el análisis del sentido y empleo de expresiones derivadas de νῆες Ἀχαιῶν cuando éstas se refieren al campamento, debemos por último referirnos a un episodio del final del canto IX, en el que Ulises da noticia a Agamenón del fracaso de la embajada conciliatoria enviada a Aquiles, desentendiéndose éste de la suerte que pueda sufrir la expedición aquea. Como forma de subrayar esa completa catástrofe, el autor de la *Ilíada*, no se conforma con hablar de la destrucción de las naves, sino de la destrucción de νῆας καὶ λαὸν (*Il.*, IX,681), de las naves que conforman el campamento y de los hombres del ejército que acampa. La expresión, además, se repite en el comienzo del canto X (*Il.*, X,14), quizá como forma de afianzar los nexos de unión entre ambos cantos. Lo que debemos subrayar aquí es cómo λαοί, en la *Ilíada*, se refiere siempre al pueblo en armas, aproximándose también mucho esta expresión por si misma al concepto de campamento (p. ej., *Il.*, I,382; II,163; 443; 450; IV,199).⁶¹

b) νηῶν ἐν ἄγῶνι.

Si seguimos con la narración de la *Ilíada* en el punto en el que nos hemos quedado del canto XV, veremos cómo la batalla progresa de manera favorable para el bando de Héctor, y los troyanos por fin logran empujar a los enemigos hasta la primera fila de naves varadas tierra adentro tras haber conquistado el muro aqueo y el espacio entre éste y las naves. El autor de la *Ilíada* desarrolla ahora una nueva expresión

⁶¹ Cfr. LATA CZ, 2000, p. 25: λαοί Bereits im Myk. vielverwendeter Terminus des öffentlichen Lebens, bezeichnet das Kollektivum λαός bei Homer das «Volk», die «Bevölkerung» in Frieden und Krieg, in der Ilias themabedingt weit überwiegend das «(männl.) Volk unter Waffen, Truppe, Heer, Kriegsvolk» (dagegen δῆμος entweder geschlechts-, alters- u. schichtenindifferent die «Wohnbevölkerung», das «Wohnquartier», oder sozial herabstufend das «niedere Volk», z.B. II,198); der Pl. λαοί bez. in der Ilias überwiegend als milit. t.t. die einzelnen «Männern unter Waffen, Kämpfer, Krieger, Soldaten» (oft am einfachsten wiederzugeben mit «die Leute»), nie etwa «Völker».

(νηῶν ἐν ἄγκωνι) para diferenciar el campamento propiamente dicho del espacio exterior en torno a las naves varadas, y que en estos momentos de la lucha aparecería ocupado por las tropas troyanas.⁶² La fórmula que ahora queremos analizar sólo se repite cinco veces en toda la *Ilíada*, y no aparece en la *Odisea*.

En *Il.*, XV,427-428, Héctor exhorta a sus compañeros a no abandonar el cuerpo de Calétor, que, durante la lucha en torno a la primera línea de naves, ha caído muerto entre esos primeros barcos, lo que podemos imaginarnos que sería más concretamente el espacio de acampada de los soldados griegos:

Salvad al hijo de Clicio y no consintáis que los aqueos

lo despojen de las armas caído en el recinto de las naves (νηῶν ἐν ἄγκωνι)

Idéntico uso se hace de la expresión, un poco más tarde, cuando Sarpedón pide a Glauco que le ayude al haber sido herido de muerte por Patroclo, también durante la lucha entablada en torno a la primera línea de navíos aqueos (*Il.*, XVI,498-500):

Pues para ti seré un constante escarnio y un oprobio

todos los días para siempre, si los aqueos me

despojan de las armas y caigo en el recinto de las naves (νηῶν ἐν ἄγκωνι).

Previo a estos sucesos, también había aparecido esta forma en referencia al espacio dentro del campamento donde permanece Aquiles, cuando Patroclo marcha a

⁶² En el *D.G.E.* “ἄγκων” se define como: “1. de cosas inanimadas lugar donde están reunidas del conjunto de las naves sobre la playa νηῶν ἐν ἄγκωνι, θεῶν ἄγκωνι lugar de reunión de los dioses (en el Olimpo, en el cielo), pero en una ciu. prob. lugar donde se halla el conjunto de las estatuas de los dioses”: cfr. RODRÍGUEZ ADRADOS, 1989.

rechazar a los troyanos que ya han logrado prender fuego a la primera línea de las embarcaciones (*Il.*, XVI,239-241):

*... yo me quedaré en el recinto de las naves (νηῶν ἐν ἄγκωνι),
pero envió a mi compañero junto con numerosos mirmídones
a batirse. Haz que la gloria le acompañe, Zeus de ancha voz,...*

Un tanto diferente es el caso de *Il.*, XX,32-38, cuando Homero, para indicar que los dioses se dirigen cada uno al bando al que son afines para participar en la lucha, emplea la misma estructura formular:

*Los dioses marcharon a la batalla con los ánimos divididos:
hacia el recinto de las naves (μετ' ἄγκωνα νεῶν), Hera y Palas Atenea, (...)
Y en dirección de los troyanos, Ares, de tremolante penacho.*

En esta ocasión la expresión podría entenderse como sinónimo de la más general νῆες Ἀχαιῶν, pero este es un ejemplo único, que además tampoco contradice la hipótesis que estamos planteado, según la cual νηῶν ἐν ἄγκωνι se emplearía para referirse estrictamente al espacio ocupado por los soldados acampados.⁶³

El último pasaje donde encontramos empleada esta fórmula está en relación con un momento completamente diferente en la acción de la *Iliada*. En *Il.*, XIX,42-46 podemos leer:

Hasta los que antes solían quedarse en el recinto de las naves (νεῶν ἐν ἄγκωνι),

⁶³ En la edición de Loeb (MURRAY, 1924) la traducción que se da a esta expresión es: *where the ships were gathered.*

*bien porque eran pilotos y estaban a cargo de los timones,
bien porque eran intendentes de las naves (παρὰ νηυσὶν) para repartir el pan,
también entonces éstos fueron a la asamblea, porque Aquiles
había aparecido tras su duradera renuncia a la dolorosa lucha.*

Si el sentido que proponemos es correcto, deberíamos entender que el lugar de la asamblea de los aqueos en Troya se encontraba fuera de ese interior del campamento, fuera de ese espacio más concreto, estrictamente delimitado por las naves varadas y las cabañas. Esta propuesta parece confirmarse con otros pasajes en los que se describe cómo se reúnen los soldados aqueos. Uno de los más bellos ejemplos de esto lo tenemos en *Il.*, II,87-93:

*Como las tribus de las espesas abejas salen
de una hueca roca en permanente procesión,
vuelan en racimos sobre las primaverales flores
y en multitud revolotean, unas aquí y otras allá,
tan numerosas tribus de guerreros desde las naves y las tiendas
(ὡς τῶν ἔθνεα πολλὰ νεῶν ἄπο καὶ κλισιάων)
delante de la profunda costa desfilaban
en compactas escuadras hacia la asamblea.*

Lo mismo podemos leer en *Il.*, II,207-210:

Así recorrió como caudillo el campamento (στρατόν). A la asamblea

de nuevo se precipitaron desde las naves y las tiendas
(νεῶν ἄπο καὶ κλισιάων)

entre ecos, como cuando la hinchada ola del fragoroso mar
*en una gran playa brama, y el ponto retumba.*⁶⁴

Aunque incidiremos otra vez en ello en el apartado dedicado a la estructura interna del campamento, resulta evidente que el lugar de asamblea de los guerreros griegos se situaría a la orilla del mar, fuera del espacio ocupado por las embarcaciones y las chozas. De ahí se concluye que la expresión νεῶν ἐν ἀγκῶνι se ajusta, como ya hemos visto, a un espacio topográfico limitado: el estrictamente ocupado por las naves y las cabañas, por los lugares de habitación de los soldados, definido espacialmente de forma nítida. Este sería el verdadero campamento, en su formulación más territorial o física del término.

c) στρατός.

El otro término que con más frecuencia se pone en relación en Homero con “campamento” es στρατός.⁶⁵ Según Chantraine,⁶⁶ la etimología de esta palabra provendría claramente del sánscrito *strá-* (“extendido, expandido”), relacionándose en primer lugar con “ejército instalado, que acampa” (lo que se distingue de στίχες, ejército en línea de batalla), y de ahí provendría el significado secundario del término

⁶⁴ Otro caso parecido lo encontramos en *Il.*, II,459-466: los aqueos salen de las naves y chozas para la revista antes del combate en la llanura, lo que sirve de prólogo para el *Catálogo de las naves*. También parece confirmarse esta idea en *Il.*, II,438, donde los heraldos convocan a la hueste aquea κατὰ νῆας. En la colección Gredos aparece una traducción un tanto forzada (*junto a las naves*), cuando lo más ajustado sería “frente a las naves”. Otra expresión muy similar es ἐν νηῶν ἀγυρῆι, que aparece una sola vez (*Il.*, XXIV,141).

⁶⁵ Aparece en 54 ocasiones en la *Iliada* y en tres ocasiones en la *Odisea* (II,30; II,42; XX,89).

⁶⁶ CHANTRAINE, 1983, s.v. στρατός, pp. 1001-1002.

como “ejército”.⁶⁷ Esto también es aceptado por la mayor parte de los autores. Janko, en el volumen IV del comentario a la *Ilíada* iniciado por G.S. Kirk, afirma que el significado original de la palabra sería “campamento”, remitiendo sin más al ya aludido diccionario de Chantraine.⁶⁸ También, en el comentario de Latacz a esta misma obra, se dice que στρατός se refiere primordialmente al ejército acampado, y después menos frecuentemente al ejército que combate.⁶⁹ Sin embargo, el análisis estadístico del empleo del término en Homero arroja un resultado diferente, como inmediatamente comprobaremos.

En primer lugar hay que señalar que en Homero encontramos el uso del término στρατός, tanto para referirse al ejército acampado, como aplicado a los soldados luchando en el campo de batalla. Por ejemplo, en II,778-779 el poeta de la *Ilíada* nos describe la inactividad de los compañeros de Aquiles, apartados del combate por su jefe, mientras los hombres de los restantes contingentes griegos se enfrentan a los troyanos fuera del campamento: *Y ellos, añorantes de su jefe, caro a Ares, /iban y venían aquí y allá por el campamento (κατὰ στρατὸν) sin luchar.*

Sin embargo, en *Il.*, XI,212 Héctor recorre el ejército troyano durante el combate enardecido a sus hombres, empleándose idéntica expresión: *Blandiendo las agudas lanzas, recorrió el ejército (κατὰ στρατὸν) por doquier.*

⁶⁷ Como veremos, uno de los compuestos más importantes de esta palabra sería στρατόπεδον, cuya etimología se refiere al lugar donde reposa el pie, el suelo. Cfr. CHANTRAINE, 1983, s.v. πῆδαν, p. 867. Ver pp. 265 y ss.

⁶⁸ JANKO, 1992, vv. 72-73, p. 325: stratos has, as often, its original sense «camp»; «army» evolved from this, like the use of polis for citizens.

⁶⁹ LATACZ, 2000, p. 25; ya tiempo antes, AUTENRIETH, 1920, s.v. στρατός, definía el término como Lager; Heer der Griechen und Troer. stratos lawn, übl. ein Kriegsheer; Zum Schiffslager der Griechen.

Los ejemplos de este último uso se podrían multiplicar.⁷⁰ Así, la acción durante todo el Canto I transcurre en el campamento aqueo y por consiguiente, todas las ocasiones en las que aparece el término στρατός sin duda se refieren al ejército acampado o campamento.⁷¹ Por el contrario, en los cantos XI, XII, XIII, XIV y XV, donde la acción fundamentalmente transcurre en el campo de batalla, de las doce ocasiones en las que se hace uso de στρατός, sólo en tres cabe entender que el término se refiere a un ejército acampado,⁷² mientras que las nueve restantes no pueden traducirse nunca así, sino como un contingente militar que está combatiendo.⁷³ La única interpretación posible en estos casos es simplemente “ejército”. Y esto sucede, sin embargo, no porque no surjan a lo largo de esos cinco cantos otras menciones al campamento aqueo; al contrario, el autor a lo largo de esos cantos se refiere en 35 ocasiones distintas al ejército aqueo acampado, pero empleando el término de “las naves de los aqueos” o “las naves y las cabañas”.⁷⁴ Si la acepción primera de στρατός fuera “campamento” o “acampada”, no tiene sentido que no sea éste el término más utilizado a lo largo de toda la *Iliada* para referirse al campamento de los soldados, y que por el contrario se utilicen todo tipo de formulaciones y circunlocuciones más complejas para transmitir esa misma idea.

⁷⁰ Otros ejemplos serían κατὰ στρατὸν como ejército también en V,495-496; XI,657-659; XIII,356-357 μετὰ στρατὸν, con significado de ejército V,589; ἀνὰ στρατὸν también en sentido exclusivamente de ejército: XIII,117; παντὸς στρατοῦ como ejército: XIII,307-309; ἐνὶ στρατῶ como ejército: XIV,370-373; XV,295-296.

⁷¹ *Il.*, I,10; 53; 229; 318; 384; 478; 484.

⁷² *Il.*, XI,730; XIII,38 (Posidón marcha al campamento aqueo); XV, 657 (los aqueos se mantienen firmes en la defensa del campamento sin dispersarse).

⁷³ *Il.*, XI,212; 658; XIII,117; 308; 326; 357; XIV,83; 371; XV,296.

⁷⁴ Situación bastante parecida podemos encontrarnos en los cantos IV,V y VI: de las siete veces que se emplea στρατός a lo largo de estos tres cantos, sólo en tres pasajes se puede traducir por “ejército acampado” o “campamento”, mientras en los cuatro restantes la palabra se refiere a “ejército”. El número total de referencias en estos tres cantos al campamento griego o troyano son nueve, es decir, que en seis ocasiones las construcciones referidas a “campamento” no emplean στρατός.

Hay que añadir, además, que tampoco una fórmula como τὸ στρατὸν εὐρὺν, que se suele traducir en general como “el vasto campamento”, y que podría pensarse *a priori* que debe estar relacionada directamente con soldados acampados, muestra un empleo exclusivamente relacionado con ese significado. Eso sucede pese a que un adjetivo como εὐρὺν debería entenderse como el complemento más natural, casi redundante, que subrayaría el sentido espacial del sustantivo στρατός, considerado éste como ejército acampado o campamento, según la tesis defendida por la mayor parte de los autores.⁷⁵ No obstante, de las diez ocasiones en las que adjetivo y sustantivo aparecen juntos, en dos se refieren sin duda a un ejército luchando en el campo de batalla (*Il.*, IV,209; 436).⁷⁶

Con todo ello lo que queremos decir es que, más que dar una solución *a priori*, la traducción del término debemos presentarla teniendo muy en cuenta el contexto, y sólo así podremos saber si Homero se refiere a un ejército acampado o a un ejército luchando en el campo de batalla. No podemos sin más partir de la idea de que es más probable que se refiera a un ejército acampado que a un ejército en batalla, teniendo en cuenta sólo la etimología del término más comúnmente aceptada.

La excepción la encontramos en el canto X: de las nueve ocasiones en que se usa el término, todas se refieren a un campamento o ejército acampado.⁷⁷ Pero aquí tenemos que tener muy en cuenta que la acción transcurre siempre de noche, en las idas y venidas de los héroes entre la base militar aquea y el campamento troyano, cuando el

⁷⁵ Por ejemplo: (...) *Las huestes / morían en rápida sucesión, y los venablos del dios recorrían / por doquier el vasto campamento* (ἀνὰ στρατὸν εὐρὺν) *de los aqueos* (*Il.*, I,382-384). Las diferentes ediciones y traducciones son bastante similares a la que aquí seguimos de CRESPO GÜEMES para la editorial Gredos. En GARCÍA BLANCO y MACÍA APARICIO la expresión se traduce como *el ancho ejército*; mientras, en Loeb es: *the wide camp*; LATA CZ lo traduce como *im Achaierheer, dem weiten*.

⁷⁶ Las ocasiones restantes en la que se refiere a contextos de ejércitos acampados son: I,384; 229; 478; 484; II,442; XIX,196; XXIV,199; y como expresión un tanto singular, IV,76 (στρατῶ εὐρεί λαῶν).

⁷⁷ *Il.*, X,66; 82; 141; 221; 336; 341; 347; 385; 562.

combate ha cesado. Pero, aun así, nos encontramos de nuevo con que la inmensa mayoría de las menciones al campamento aqueo o a las fuerzas militares acampadas que se hacen a lo largo de este canto, que son un total de 34, en 16 de ellas emplean fórmulas relacionadas con $\nu\eta\epsilon\varsigma$ Ἀχαιῶν, y que a su vez son más del doble de aquellas en las que aparecen soluciones formularias que hacen uso de στρατός.

De esta forma podemos concluir que el poeta de la *Ilíada* no concibe el término στρατός primordialmente como “ejército acampado” o “campamento”, sino como un concepto aplicado de forma genérica a una fuerza militar, tanto en combate como asentada en un territorio. Si el significado primero de στρατός en la épica fuera campamento o ejército acampado, entonces éste sería el término más frecuentemente empleado para referirse al establecimiento militar aqueo o troyano. Sin embargo, ya hemos comprobado como eso dista mucho de ser así. En la épica, según el uso que de él hace Homero, el término στρατός se relaciona con una fuerza armada, con un conjunto de soldados, unas veces acampados y otras luchando en el campo de batalla. La traducción más apropiada, por tanto, nos la dará siempre el contexto.

También debemos anotar que, entre las ocasiones en las que στρατός es empleado en su sentido de campamento, hay tres pasajes cuyo significado está estrechamente relacionado con la dimensión física de una acampada, como una forma indicar el espacio de terreno ocupado por los soldados. En *Il.*, X,65-66, Agamenón habla con Menelao, repartiéndose la tarea de ir convocando a consejo a los jefes aqueos con el fin de estudiar la situación surgida tras la negativa de Aquiles de deponer su cólera y ante las victorias de los troyanos ese mismo día. Así, Agamenón se dirige a Menelao:

αὐθι μένειν, μή πως ἀβροτάξομεν ἀλλήλοισιν
ἔρχομένω· πολλὰ γὰρ ἀνὰ στρατόν εἰσι κέλευθοι.⁷⁸

Evidentemente aquí traducir στρατός por “ejército” resultaría muy forzado, acercándose más a nuestro moderno concepto de “campamento”. Lo mismo ocurre en otros dos casos: *Il.*, II,778-779 y *XV*,655-657.⁷⁹

Por último, también debemos indicar que στρατός puede aparecer unido a λαός y a νῆες en formas un tanto peculiares y de difícil interpretación. En *Il.*, IV,75-78 se compara el descenso de Atenea del Olimpo hasta la llanura troyana a un astro del cielo que maravilla a navegantes o a los soldados de un ejército:

*Como el astro que lanza el hijo del taimado Crono,
portento para navegantes o para un vasto ejército de tropas
(στρατῶ εὐρέϊ λαῶν),
luminoso astro del que muchas chispas salen despedidas,
parecida a él se lanzó hacia la tierra Palas Atenea.*

La fórmula se repite de forma muy semejante en la descripción de una de las escenas que Hefesto graba en el escudo que fabrica a Aquiles (*Il.*, XVIII,509):

La otra ciudad estaba asediada por dos ejércitos de tropas (στρατοὶ λαῶν)

⁷⁸ *Quédate allí mismo para no extraviarnos uno de otro / en el camino, pues muchas rutas hay por el campamento.*

⁷⁹ *Il.*, II,778-779: *Y ellos, añorantes de su jefe, caro a Ares, / iban y venían aquí y allá por el campamento (κατὰ στρατόν) sin luchar; XV, 655-657: Los argivos se vieron forzados a retirarse de las naves / primeras y allí mismo junto a las tiendas los aguardaron, / juntos y sin dispersarse por el campamento (οὐδε κέδασθεν ἀνὰ στρατόν).*

que brillaban por sus armas. Contrarios planes les agradaban:.

El sentido de la expresión no resulta fácil de entender. En la traducción de Loeb se entiende como *a host of warriors*; sin embargo, en *Belles Lettres*, simplemente se traduce como *armée*. Quizá lo que pretende el poeta con esta expresión es incidir o subrayar la composición popular de los ejércitos (*dos ejércitos del pueblo*), que son los que componen la gran masa del ejército y los que, también, más se asombran ante los portentos celestes.

d) νῆες καὶ στρατός.

En cuanto a la relación existente entre στρατός y νῆες en contextos castrametales, el sentido con el que se utiliza puede ser, o bien como sinónimos, o bien como elementos complementarios. En *Il.*, XIX,352 se describe cómo se arman los aqueos en el campamento para partir hacia la batalla empleando στρατός: *Mientras, los aqueos se armaban sin demora por el campamento* (κατὰ στρατόν).

La misma idea se repite inmediatamente, variando un poco la fórmula (*Il.*, XX,1): *Así se armaban, los aqueos junto a las corvas naves* (παρὰ νηυσί).

De ahí que pudieran entenderse ambos como sinónimos. Tal equiparación también se reproduce en otros pasajes.⁸⁰ Pero más interesantes son los fragmentos en los que los dos términos aparecen incluidos en un mismo verso. En *Il.*, X,344-348, Ulises aconseja a Diomedes empujar a Dolón contra el campamento aqueo y evitar así que éste acabe huyendo y alcance el lugar donde sus fuerzas están acampadas:

⁸⁰ *Il.*, XIII,31 y XIII,38 (se equipara ἐς νηῶς con ἐς στρατόν); XVI,67 y XVI,73 (νήεσσι se equipara a στρατόν).

*Dejémosle primero pasar y alejarse por la llanura
un trecho. Después podemos capturarlo si caemos sobre él
con rapidez. En caso de que nos aventaje en la carrera,
ciérralo poco a poco contra las naves lejos del campamento
(ἐπὶ νῆας ἀπὸ στρατόφι).*

El mismo problema se encuentra el poeta un poco más adelante, durante el interrogatorio de Ulises a Dolón, y la solución por la que opta es la misma: *¿cómo es que vas así solo hacia las naves (ἐπὶ νῆας) lejos del campamento (ἀπὸ στρατοῦ)...?* (*Il.*, X,385).⁸¹

Por tanto, la mejor manera que encuentra el autor del canto X para referirse en el mismo verso a los dos ejércitos acampados en la llanura, aqueo y troyano, es introducir de forma consecutiva las dos palabras, νῆες y στρατός, ambas interpretadas en su significado de campamento o fuerza acampada.

Algo diferente, aunque también dentro de ese mismo canto, es la presentación de los dos términos como complementarios. Tras el fracaso de la embajada a Aquiles, Agamenón decide convocar a los jefes aqueos al consejo recorriendo él mismo el campamento para despertarlos. Al llegar donde está Néstor, éste se despierta sorprendido preguntando quién es el causante del alboroto (*Il.*, X,82-83): *¿Quién anda ahí sólo entre las naves por el campamento (κατὰ νῆας ἀνὰ στρατὸν) / en medio de la lóbrega noche, cuando los demás mortales duermen?*

La fórmula se repite poco después, esta vez en boca de Ulises (X,141-142): *¿Por qué vagáis solos entre las naves por el campamento (κατὰ νῆας ἀνὰ στρατὸν) / durante la inmortal noche? ¿Qué urgente necesidad ha llegado?*

⁸¹ Esta misma fórmula se repite en *Il.*, X,336.

Lo más significativo es que, fuera del canto X, sólo descubrimos un caso parecido: en *Il.*, XXIV,199 Príamo pide a su esposa opinión sobre el anuncio que Iris le ha hecho de parte de Zeus de acudir al campamento aqueo para pedir a Aquiles rescate por el cuerpo de Héctor (*Il.*, XXIV,197-199):

Ea, dime también esto: ¿qué te parece a ti en tus mientes?

Pues el ardor y el ánimo me mandan en todo trance ir allí

a las naves, dentro del vasto campamento de los aqueos
(ἐπὶ νῆας ἔσω στρατὸν εὐρὺν).

Curiosamente, los términos aquí no son realmente sinónimos, como hemos visto que sucedía en el canto X, sino complementarios, poniéndose de manifiesto un rasgo que parece singularizar el estilo de la *Dolonía* dentro de la *Ilíada*.

e) Las singularidades de la *Dolonía*.

Como estamos viendo, el canto X o *Dolonía*, presenta un gran número de peculiaridades en relación con el uso que se hace en ese canto del vocabulario referido al campamento y en comparación con el estilo del resto de la *Ilíada*. En primer lugar, debemos decir que este es el canto en el que más referencias encontramos a “campamento” o “ejército acampado” de todo el poema (34 ocasiones), seguido del canto XVI (21 ocasiones). Pero, además, es la parte del poema donde se da una mayor variedad de fórmulas para referirse a “campamento”, quedando claramente individualizado por ello del resto de la *Ilíada* y la *Odisea*.

Formulaciones que no hagan uso de στρατός o νῆες Ἀχαιῶν para referirse al “campamento” encontramos, fuera del canto X, únicamente con ocasión del duelo entre

Héctor y uno de los Ayantes en el canto VII. Finalizado el combate entre los dos héroes sin haber un vencedor, y tras el intercambio de regalos, Ayante Telamonio regresa a su ejército que le espera sentado en el campo de batalla (*Il.*, VII,306): *Se separaron, y éste se internó en la hueste de los aqueos* (μετὰ λαὸν Ἀχαιῶν).

Y lo mismo ocurre con Héctor, pero empleando el poeta una fórmula diferente para evitar la reiteración (*Il.*, VII,307): *y aquél se unió al tropel de los troyanos* (ἐς Τρώων). Estos son los únicos casos.

En el canto X, aparte de los dos pasajes citados un poco más arriba,⁸² encontramos en *Il.*, X,101 cómo el poeta pone en boca de Néstor una fórmula extraña y complicada, única en toda la *Ilíada*, para decir que los troyanos han acampado cerca de las naves aqueas:

Hostiles guerreros han asentado cerca su campo; y no sabemos,
(δυσμενέες δ' ἄνδρες σχεδὸν ἦαται;...)
pero hay riesgo de que deseen luchar durante la noche.

Ese verbo aparece en otras ocasiones en el poema, pero la construcción en sí resulta bastante extraña.

Otra paráfrasis singular para referirse al campamento de los troyanos la encontramos poco más adelante. En *Il.*, X,338-339 el poeta describe cómo Dolón se aleja de su campamento con una ingeniosa fórmula:

Tras abandonar la muchedumbre de caballos y de guerreros,
partió por el camino (ἵππων καὶ ἀνδρῶν ὄμιλον).

⁸² *Il.*, X,82-83; 141-142: κατὰ νῆας ἀνὰ στρατὸν.

También en *Il.*, X,355-356, el poeta vuelve a evitar reiteraciones, pero esta vez mediante una expresión que ya leímos en el canto VII, allí aplicada al ejército troyano en el campo de batalla, esperando el desenlace del duelo de Héctor, y aquí aplicado a una fuerza acampada:

[Dolón] *alentaba la esperanza de que fueran compañeros que salían del campo troyano (ἐκ Τρώων) para hacerlo regresar por orden de Héctor.*

La misma fórmula se repite otra vez en *Il.*, X,537. Otra composición ingeniosa es la circunlocución que, aunando elementos de esas dos formas que acabamos de ver, aparece en *Il.*, X,544-546:

*Ea, dime, preclaro Ulises, excelsa gloria de los aqueos, cómo habéis capturado esos caballos: ¿metiéndooos en la multitud troyana...? (ὄμιλον Τρώων).*⁸³

Y no se acaba ahí el repertorio de innovaciones. En *Il.*, X,470 aparece otra forma original para referirse al campamento tracio de Reso en el bando troyano: y *pronto llegaron [Ulises y Diomedes] en su marcha a la posición de los tracios (αἶψα δ' ἐπὶ Θρηκῶν ἀνδρῶν τέλος ἴξον ἰόντες).*

Dado el carácter formular que se halla en la base de la composición lírica de la épica, esas innovaciones, que pudieran parecer menores, son elementos muy destacables

⁸³ También en *Il.*, X,433.

y tanto más por concentrarse en un solo canto, el X, cuya autoría y datación han sido siempre objeto de vivos debates.

Tal originalidad y el cuidado con el que el poeta intenta evitar las repeticiones de las mismas, distinguen claramente este canto del resto de la *Ilíada* y la *Odisea*, individualizándolo dentro de la épica homérica.

f) Formas verbales referidas a la acción de “acampar”.

Por último, tan sólo queda fijarse en las formas verbales que aparecen para referirse a la acción de acampar. Son pocos los pasajes concernidos y en ninguno de ellos, como es de esperar, se emplea el verbo, posteriormente más habitual, de στρατοπεδεύω.

El verbo que más frecuentemente se usa es ἦμαι,⁸⁴ seguido por ἰαύω.⁸⁵ Además, también aparece una vez λέχομαι (*Il.*, IX,67) en relación con los guardias que pasan la noche a lo largo de la fosa del muro aqueo, y κοιμάω, también en un contexto nocturno en campaña y alerta, cada uno con sus armas (*Il.*, XI,731). Más relevante resulta el pasaje de *Il.*, IX,232-235, donde por primera vez en la épica se utiliza el término αὐλῖς⁸⁶ aplicado al vivac de los soldados en campaña y como precedente de αὐλίζομαι, muy habitual en ambientaciones castrametales desde Heródoto:⁸⁷

Cerca de las naves y del muro han acampado

(ἐγγὺς γὰρ νηῶν καὶ τείχεος αὐλιν ἔθεντο)

⁸⁴ *Il.*, VIII,553; X, 100; 161; XV,740; XVIII,509.

⁸⁵ *Il.*, XVIII,259; XIX,71.

⁸⁶ Habitualmente referido en la épica a los animales, por ejemplo, en *Od.*, XXII,470.

⁸⁷ También parece tener relación con la localidad de Áulide (Αὐλῖς), punto de reunión (y, por tanto, de acampada) de los soldados aqueos en su ruta hacia Troya: GARCÍA BLANCO, 1998, p. 232.

*los soberbios troyanos y sus aliados, cuya gloria viene de lejos,
encendiendo muchas hogueras por el campamento (κατὰ στρατόν), y aseguran
que ya no resistiremos y que caeremos en las negras naves.*

En realidad, la traducción más fiel sería “poner vivaque”. Lo que resulta claro es que la épica, igual que aún no ha desarrollado una forma para definir de forma específica el campamento militar, tampoco dispone de un término técnico para referirse a la acción de acampar. El poeta emplea verbos con un significado genérico y que no tienen por qué quedar circunscritos a un contexto militar.

g) Conclusiones.

La épica homérica carece de un término específico para referirse a “campamento”, “acampada” o para la acción de “acampar”. El sustantivo στρατός, que según la mayoría de los autores tiene como significado primero el de “ejército acampado”, no es el término ni más empleado para referirse a “campamento”, ni se aplica en la mayor parte de los casos con ese sentido. Por el contrario, la fórmula que más habitualmente es empleada, tanto en la *Iliada* como en la *Odisea*, y, tanto para aludir al campamento en su significado más físico (espacial), como personal (el ejército acampado), es νῆες Ἀχαιῶν. De ahí que podamos dudar de que en realidad στρατός pueda tener como primera acepción original “ejército acampado” o “campamento”, y debamos, por tanto, definirlo de manera más exacta, al menos en Homero, sencillamente como “ejército” o “fuerza armada”, tanto si ésta se encuentra acampada, como si se halla luchando en el campo de batalla. Sería, sin duda, el precedente más claro del posterior στρατόπεδον según lo emplean Tucídides o Jenofonte.

La ausencia de un vocabulario específico con el que designar el campamento, resulta muy significativo ya que deja patente el escaso papel que en el contexto militar de la épica juega éste. No cabe duda de que también dice mucho de la naturaleza de las campañas militares que sirven de inspiración al mundo creado por Homero. La Grecia reflejada en los poemas homéricos y hesiódicos parece estar al margen del tipo de guerra que se emprende en el resto de Oriente Próximo y Egipto, donde el campamento sí es una realidad omnipresente según queda patente en muchas expresiones artísticas.⁸⁸

Sin embargo, tal situación contrasta con la existencia de una fórmula como $\nu\eta\omega\upsilon\nu \acute{\epsilon}\nu \acute{\alpha}\gamma\omega\upsilon\nu$, propia de un vocabulario militar campamental más técnico. Esta expresión define un espacio de terreno claramente delimitado: sólo la zona que es ocupada por la acampada de los soldados, es decir, el campamento en su acepción más material. La fórmula surge de una necesidad puramente dramática: la de ubicar espacialmente y de forma nítida la acción y a los actores de la *Ilíada* cuando la lucha ha rebasado ya el muro defensivo aqueo, llega hasta la misma línea de los barcos y las tiendas, y los hombres de uno y otro bando pelean en esa zona imprecisa entre ambos hitos. La intensidad dramática de la lucha llega a su cima puesto que el empuje troyano es tal que los aqueos parecen a punto de sucumbir. De ahí que poéticamente sea trascendente si cada duelo se produce ya dentro, o aún fuera y en el límite del espacio de acampada. Como veremos más tarde, la expresión es un claro precedente del empleo de $\tau\grave{\alpha} \acute{\omicron}\pi\lambda\alpha$ en contextos castrametales de época clásica (*cfr.* p. 280 y ss.).

Por último, este análisis ha revelado que la *Dolonía*, el canto X de la *Ilíada*, se singulariza de forma evidente del resto de la obra homérica por el uso de las expresiones con las que referirse al campamento, mostrando una mayor riqueza en las fórmulas empleadas y una clara diferencia estilística. Esto se une a los demás datos que ya

⁸⁸ Ver ilustraciones recogidas en pp. 291; 307; 320; 325; 345; 348; 356; también, ERMAN, 1977, pp. 636-637; YADIN, 1963, pp. 65-66; 72-73; 98; 100-103; 113-114; 236-237; 396-397.

anteriormente la crítica ha puesto de manifiesto y que permitía albergar dudas tanto de la autoría como de la cronología de ese canto. Tras nuestro análisis, ese juicio se confirma, aportando más pruebas que permiten considerar la *Dolonia* como la obra de un autor diferente al del resto del poema y que fue, además, elaborada e interpolada posteriormente a la *Ilíada*.

3. Forma y estructuración del campamento militar en Homero.

Según nos lo presenta Homero, el campamento militar aqueo frente a Troya se extendía, con sus barcos y sus chozas, en las playas del Helesponto, entre dos altos promontorios y, debido al gran número de barcos y el insuficiente espacio de la bahía, las embarcaciones tuvieron que ser distribuidas en varias filas (*Il.*, XIV, 27-36). Aristarco, en el siglo III-II a.C., en su *Περὶ τοῦ ναυστάθμου*, describe el campamento en forma de media luna, con los barcos dispuestos escalonadamente en la playa, asemejándose en su disposición a un teatro.⁸⁹ Esta es la reconstrucción de la acampada aquea que se ha mantenido a lo largo del tiempo y que todos los autores posteriores han aceptado. Así lo hará por ejemplo E. Bucholz⁹⁰ en el siglo XIX o J. Latacz en el año 2000.⁹¹

El establecimiento en tierra de una fuerza armada marítima se llevaría a cabo con las naves siguiendo la línea de la playa en la que están varadas, y cuyos cascos se dispondría perpendiculares a la ribera del mar, lo más tierra adentro posible para mantener la madera de las embarcaciones seca, fuera del agua aún cuando subiera la marea. Por tanto, se dejaría el máximo espacio posible entre esa hilera de embarcaciones y el mar. Si analizamos el texto de la *Iliada* podemos comprobar cómo

⁸⁹ LEHRS, 1865, pp. 224-227. Ver ilustración del plano de la llanura de Troya según W. DÖRPFELD en p. 78.

⁹⁰ BUCHOLZ, 1881, pp. 336-339: los barcos estarían dispuestos en líneas y en forma de terrazas (*terrassenförmig*, πρόκροσσαί) ya que los primeros en llegar se situaban más tierra adentro, mientras que los que llegaban después por la inclinación del terreno hacia el mar, se disponían en un lugar más bajo. Además se situarían no en línea, sino en forma semicircular según *Il.*, VIII,222-226 y IX,5-9, sobre todo porque entre el muro y los barcos se produjeron luchas entre aqueos y troyanos. También el terreno entre el Sigeion y Rotheion es semicircular. Ver reconstrucción de la topografía de la zona en pp. 81 y 87, e imágenes actuales de la bahía en pp. 87 y 102 El escoliasta aclara en *Il.*, XIV,35: κλιμακῆδὸν τὴν ἑτέραν πρὸ τῆς ἑτέρας.

⁹¹ LATACZ, 2000, p. 28, v. 12: los barcos situados en la playa lo hacen en forma de un semicírculo bastante tierra adentro y encerrados por un muro protector (análogo al muro de una ciudad), dentro del cual se sitúan los alojamientos del campamento, siguiendo el modelo de una *polis* (con su lugar de asamblea, vías de unión, etc.).

es precisamente esta la imagen transmitida por el poema frente a la reconstrucción realizada por Aristarco. Homero indudablemente trasladaría al poema la forma de acampar de cualquier flota en una bahía, pretendiendo mantener una coherencia con la práctica real, aunque fuese tan solo en sus formas y características más genéricas, por lo que no habría porqué buscar en el poema la reconstrucción de ningún lugar histórico.

Las pruebas de esto son abundantes. En *Il.*, I,322-330, Agamenón ordena a los heraldos Taltibio y Euríbatos que marchen a la cabaña de Aquiles para tomar a Briseida y traérsela a su choza. Ambos no atraviesan el campamento entre las naves y las chozas, sino que marchan bordeando la orilla del mar, es decir, por la playa, en el espacio dejado entre la línea de barcos y la orilla del agua:

*Id ambos a la tienda del Pelida Aquiles,
y asid de la mano y traed a Briseida, la de bellas mejillas.
Y si no la entrega, yo mismo en persona puede que la coja
yendo con más; y eso será todavía más estremecedor para él.
Tras hablar así, los despachó con este riguroso mandato.
Ambos mal de su grado, bordeando la ribera del proceloso mar,
(τὼ δ' ἄέκοντε βάρην παρὰ θῖν' ἄλῳ ἀτρυγέτοιο)
llegaron a las tiendas y a las naves de los mirmídones,
y lo hallaron junto a la tienda y a la negra nave sentado.*

El hecho de que la cabaña se encuentre junto a la nave es ya prueba suficiente de la distancia a la que la embarcación se situaría del agua y, por tanto, de la existencia de un amplio espacio entre el mar y el terreno ocupado por los aqueos. En todo caso, también el camino de regreso es el mismo, lo que nos reafirma en la organización que

estamos describiendo (*Il.*, I,347-348): *Volvieron a las naves de los aqueos,/ (τὼ δ' αὐτίς ἴτην παρὰ νῆας Ἀχαιῶν)*⁹² *y la mujer marchó con ellos de mala gana.*

Esa misma vía recorrerán los enviados por el consejo de los aqueos de regreso desde la nave de Aquiles, al que han intentado convencer de que deponga su cólera, hasta la choza de Agamenón (*Il.*, IX,656-657):

Así habló, y cada uno tomó una copa de doble asa

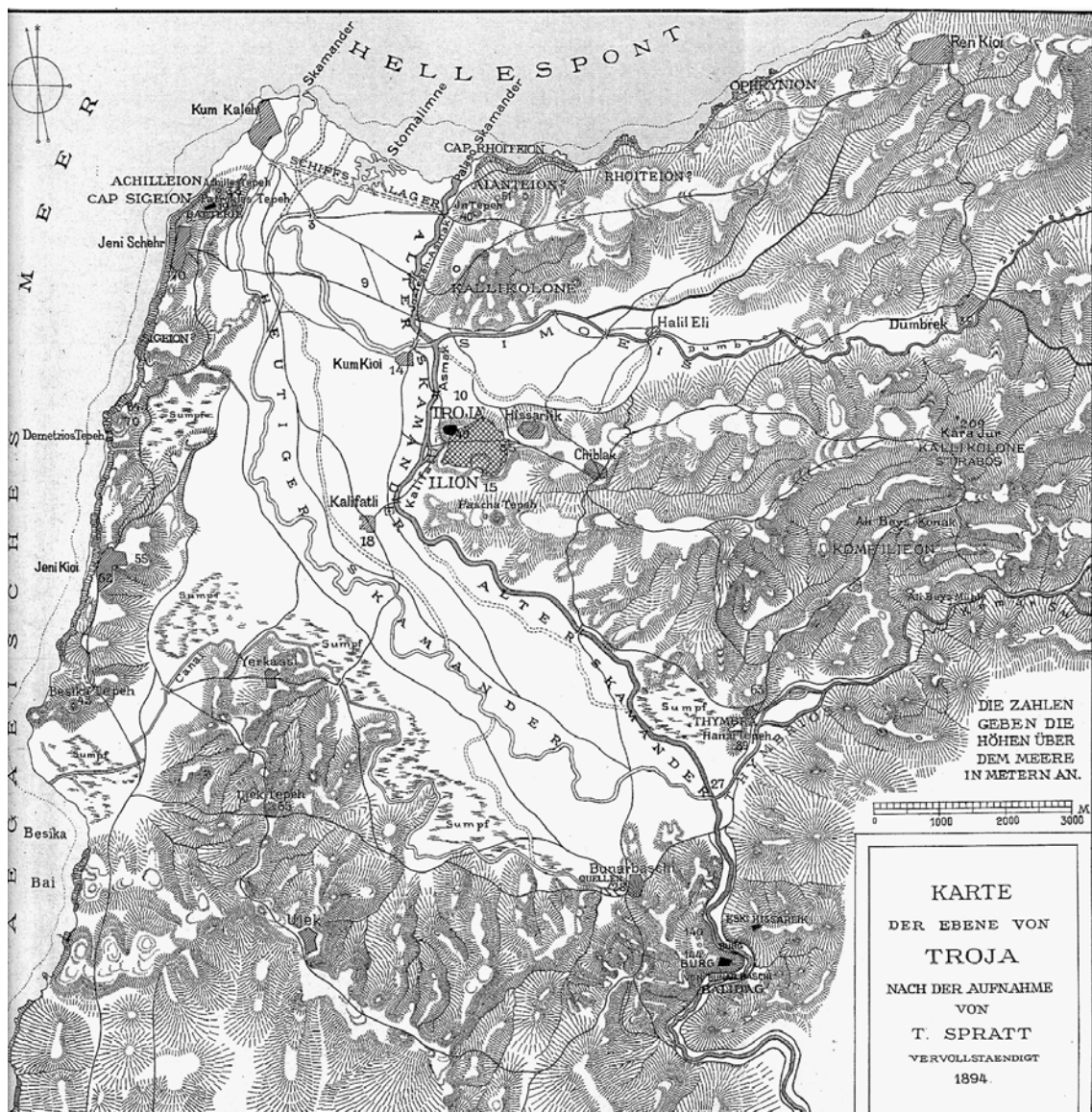
y tras una libación regresaron a lo largo de la fila de naves

(παρὰ νῆας ἴσαν πάλιν) con Ulises al frente.

Tal forma de moverse en el campamento adquiere todo su sentido si pensamos que el poeta tiene la imagen de un establecimiento militar conformado por naves varadas a lo largo de una gran playa, lo más tierra adentro posible, siguiendo una línea paralela a la costa, y estructurado internamente por contingentes diferenciados, de manera que la forma más sencilla de moverse de una a otra parte sería salir desde la propia cabaña hasta la línea de playa y desde allí moverse arriba o abajo del campamento bordeando embarcaciones y chozas.⁹³

⁹² Una traducción más ajustada podría ser: *ellos de nuevo marcharon a lo largo de las naves de los aqueos.*

⁹³ El verso se convierte en una forma habitual de expresar el poeta los movimientos a lo largo del campamento. Por ejemplo, en *Il.*, XIII,208 Posidón *echó a andar bordeando las naves y las tiendas del campamento* (παρὰ τε κλισίας καὶ νῆας). En este caso, por el contexto, nos damos cuenta de que Posidón no recorre el largo del campamento por el lado de la playa, sino que marcha por la espalda del ejército aqueo que combate en el espacio entre el muro y las naves. Por tanto, Posidón en este caso se encuentra arengando a los soldados desde la espalda del ejército y por delante de las líneas de barcos y chozas. Pero la idea es la misma. En otros casos el empleo de esta fórmula no es igual de feliz. En *Il.*, XIII,167-168, Meriones abandona el campo de batalla para ir a su choza recoger una nueva lanza y el poeta emplea esa misma expresión (παρὰ τε κλισίας καὶ νῆας), lo cual sorprende puesto que podría también haber echado mano de κατὰ νῆας ἀνὰ στρατὸν, atestiguada en el canto X y que podría resultar mucho más adecuada en este contexto puesto que Meriones evidentemente tiene que internarse en la masa de cabañas y naves del campamento, y no recorrer el largo de la acampada (*cf.*, *Il.*, XIII,247-249).



Plano de la llanura de Troya según W. DÖRPFELD, 1902 (Tafel I).

Dörpfeld situaba el campamento aqueo en el espacio comprendido entre el cabo Sigeion y el Rotheion, ocupando el espacio transversal completo de la llanura aluvial (unos 3 km) conformada por el Escamandro.

Dado que ese espacio no es suficiente para albergar a los 1186 barcos de la *Iliada*, Dörpfeld señala que ese número no es creíble y que variaría con el tiempo (*op.cit.*, pp. 615-616)

La idea de que el campamento aqueo se desplegaría en forma de media luna no tiene más fundamento que el testimonio de Aristarco. El único pasaje de la obra de Homero donde pudiera reflejarse esa disposición lo encontramos en *Il.*, II,333-334, al cerrarse la asamblea en la que se acuerda continuar el asedio a Troya y no regresar con las naves a Grecia. Los soldados, como es costumbre en estas reuniones, manifiestan sonoramente la ratificación de las propuestas:

*Así habló [Ulises], y los argivos gritaron –las naves alrededor (ἀμφὶ δὲ νῆες)
resonaron pavorosamente a causa del griterío de los aqueos.*

Estos dos versos podrían interpretarse como la imagen de una asamblea desarrollada en la escena de un teatro, con todas las naves alrededor. Sin embargo, no es más que un artificio poético para subrayar el estrépito provocado por los soldados a la hora de aprobar la propuesta. La confirmación de esta interpretación la encontramos en *Il.*, XVI,275-277 donde aparece la misma fórmula para describir la salida del ejército de los mirmídones comandados por Patroclo hacia el campo de batalla. En este caso la escena ocurre en el lado opuesto al de las asambleas y, por tanto, si los barcos rodearan en forma de media luna el lugar de la asamblea, la escena de estos últimos versos tendría lugar con los cascos de las embarcaciones a la espalda del ejército que sale a luchar y dispuestos en forma convexa y no cóncava, lo que impediría el efecto de eco producido en las asambleas. Como vemos, estos dos versos, realmente, el único sentido que tienen es recrear un marco épico en el que las naves varadas y silenciosas en tierra aumentan el efectismo de la descripción.⁹⁴

⁹⁴ BUCHOLZ, 1881, pp. 336-339, también arguye que esa disposición como la de un teatro sería obligada por la estructura propia de la bahía costera entre el Roteion y Sigeion. Pero esa localización no parece, a

En el campamento los diferentes contingentes no están mezclados, sino que cada uno de ellos ocupa una zona propia de acampada. Esa forma de organizarse resulta evidente a lo largo de todo el poema, por ejemplo, al finalizar la asamblea del canto I (*Il.*, I,306-307):

El Pelida fue a sus tiendas y a sus bien equilibradas naves

(ἐπὶ κλισίας καὶ νῆας εἴσας)

con el Menecíada y con sus compañeros.

Esa estructuración interna por contingentes juega también un importante papel en la trama de la *Iliada*. En *Il.*, IX, 649-655, Aquiles anuncia a los enviados de Agamenón que no depondrá su cólera hasta que Héctor no llegue a alcanzar la zona del campamento ocupado por el ejército de los mirmídones sobre los que él impera:

Vosotros id, pues, y manifestad mi mensaje:

no me ocuparé del sangriento combate

hasta que el hijo del belicoso Príamo, el divino Héctor,

llegue a las tiendas y a las naves (ἐπὶ τε κλισίας καὶ νῆας ἰκέσθαι) de los

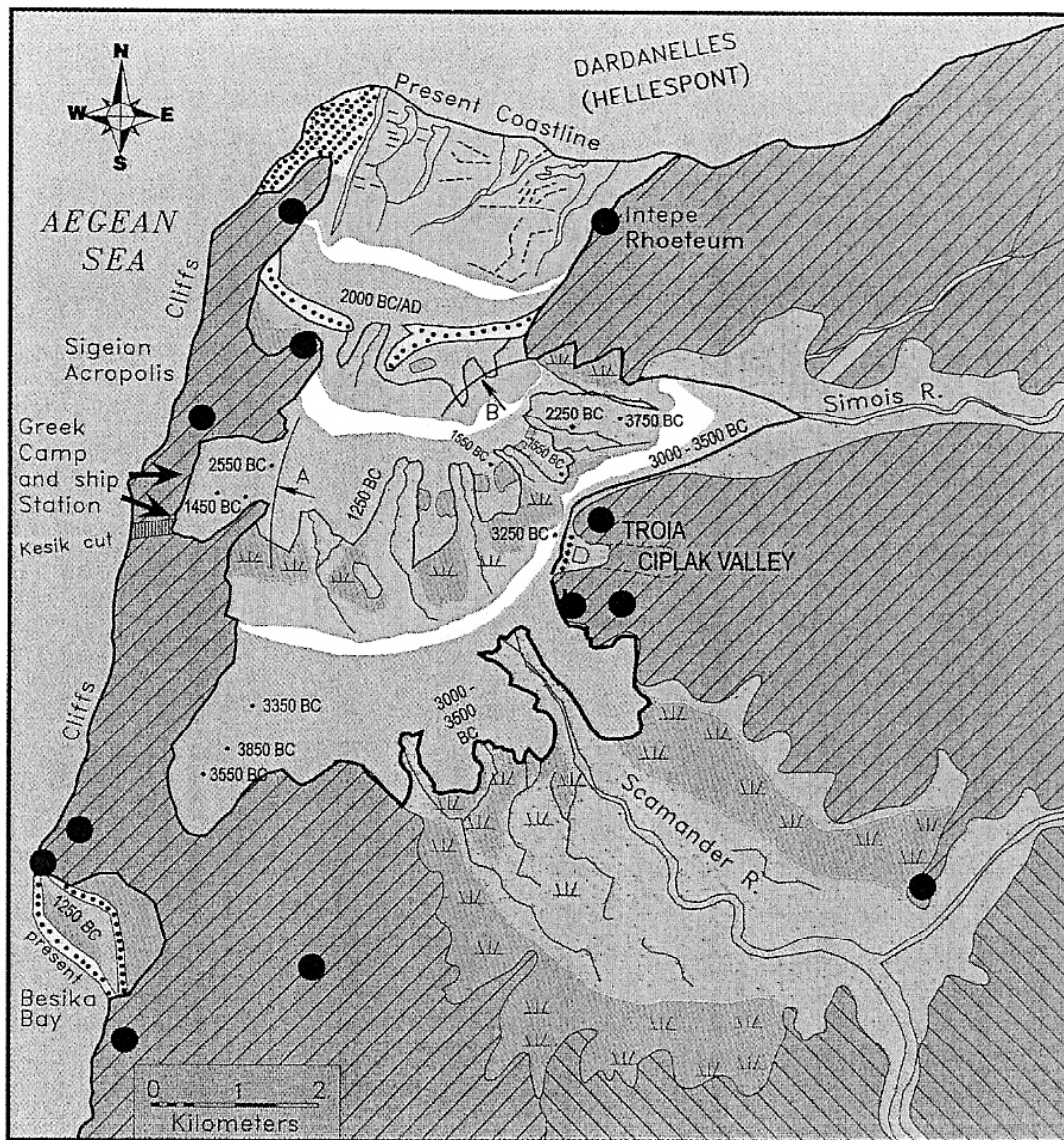
mirmídones

matando argivos y envuelva las naves de humo y de fuego.

Cerca de mi tienda y de mi negra nave, Héctor,

por furioso que esté, creo que renunciará a la lucha.

la luz de los últimos estudios geológicos emprendidos (ver mapa p. 81), un emplazamiento posible, con lo que el argumento de Bucholz deja de tener validez. No debemos olvidar que se trata de un poema y no tiene por qué identificarse con ningún emplazamiento exacto. La disposición escalonada (πρόκροσσαι, *Il.*, XIV,27-36) no es más que consecuencia de la común estructura en ascenso desde el mar hacia tierra firme de cualquier frente costero, como ocurre también, por ejemplo, en Artemisión (Hdt., VII,188,1).



Reconstrucción de la paleogeografía de la llanura de Troya, desde el 1250 a.C. hasta el presente (LUCE, 2003, p. 374, fig. 10).

Hacia el 1250, Troya se situaba en el interior de un profundo golfo, no existiendo la línea de costa entre el Rotheion y el Sigeion, donde los estudiosos han localizado habitualmente el campamento aqueo frente a Troya. El mejor emplazamiento para varar una flota se sitúa en la bahía de Besika, al SO de Troya, de apenas un kilómetro de ancho y donde sí se han encontrado restos arqueológicos desde el 3000 a.C., un pequeño cementerio y una escalera que une la playa con la costa (*cf.* KORFMANN, 1986, pp. 17-28).

Sin embargo, en la *Iliada* no se cita ningún elemento que delimite el terreno ocupado por la acampada de cada contingente. Más bien parece que cada espacio sería señalado e identificado por la nave de su jefe, que a su vez sería la situada más cerca de la orilla del mar, mientras los demás barcos y cabañas quedarían en torno a esta embarcación y por detrás de ella tierra adentro (*Il.*, XIV,27-32):

*Néstor coincidió con los reyes, criados por Zeus,
que, heridos por el bronce, subían de junto a las naves (πὰρ νηῶν):
el Tidida, Ulises, y el Atrida Agamenón.*

*Pues sus naves estaban varadas (εἰρύατο νῆες) muy distantes de la lucha
en la ribera del canoso mar: las primeras cerca de la llanura (πεδῖον)
estaban varadas, y habían edificado el muro junto a las últimas
(τείχος ἐπὶ πρύμνησιν ἔδειμαν).*

Las naves capitanas servirían como señal del lugar ocupado por cada contingente y como punto de referencia para los movimientos dentro del campamento a lo largo de la playa,⁹⁵ como vemos que sucede en XI,616-623, cuando Aquiles envía a Patroclo a averiguar quién es el herido que Néstor trae del campo de batalla:

Así habló, y Patroclo obedeció a su compañero

⁹⁵ Probablemente se podría identificar cada nave gracias a las enseñas situadas en la proa y popa de los barcos, los denominados como *episemon* o *parasemon*. En los barcos de guerra se ponía en ambos lados de la proa, esculpido o pintado o en la forma de una placa de bronce. La proa curva también facilitaba la colocación de decoraciones relacionadas con el titular del barco. La popa se empleaba también para colocar deidades u otras criaturas que servían como emblemas del Estado. Eurípides, al describir los barcos en Troya, asigna a cada contingente una decoración común, que servía para la identificación de ese contingente (*IA*, 239-241; 246-250; 251-258; 273-276). Después del siglo V, los griegos añadieron o lo sustituyeron con el *stylis*, que era un palo coronado por una pieza que lo cruzaba y puesto en el *aphlaston*, que portaba un elemento que simbolizaba la deidad que guardaba al barco: *cf.* CASSON, 1971, pp. 344-348. Para la reconstrucción de un barco de este periodo, ver ilustración p. 186.

*y echó a correr bordeando las tiendas y las naves (παρά τε κλισίας καὶ νῆας)
de los aqueos.*

*Aquellos, nada más llegar a la tienda del Néstor,
pusieron el pie sobre la tierra, nutricia de muchos,
mientras el escudero Eurimedonte desataba del carro las yeguas
del anciano. Se orearon el sudor de las túnicas
de pie cara a la brisa junto a la ribera del mar,
y luego entraron en la tienda y se sentaron en sillas.*

Patroclo corre por la playa desde la embarcación de Aquiles hasta la cabaña de Néstor, situada junto a su nave, en primera línea, donde los encuentra refrescándose con la brisa marina.⁹⁶ Toda esta escena sería difícil de entender si el barco no estuviera varado junto a la orilla. Esta hipótesis se confirma un poco más adelante, cuando Patroclo regresa a la nave de Aquiles con el encargo de Néstor de aplacar la cólera del Pélida y convencerle de que acuda a salvar al ejército panaqueo (*Il.*, XI,804-809).

*Así habló, y a él en el pecho se le conmovió el ánimo
y echó a correr bordeando las naves (παρὰ νῆας) en busca del Eácida Aquiles.
Pero cuando a la altura de las naves (ὄτε κατὰ νῆας) del divino Ulises
llegó en su carrera Patroclo, donde el consejo y la justicia
estaban y tenían construidos los altares de los dioses,*

⁹⁶ En *Il.*, XI,615 Aquiles afirma que el carro transportando al herido ha pasado delante de su cabaña, lo que debe interpretarse como que el carro ha entrado en el campamento por el extremo derecho de la acampada (donde se situaría la nave y la cabaña de Aquiles) y habría recorrido por la playa todo el espacio que lo separaba de su cabaña, y que ahora recorrerá Patroclo. Esto no resulta coherente con otros episodios en las que vemos a los soldados saliendo desde las naves directamente al campo de batalla, pero sí que muestra una vez más como esa era la forma más habitual y lógica de moverse a lo largo del campamento. Aquel sería quizá el caso de una fórmula típica mal empleada. De hecho, es también difícil imaginar un carro de ruedas avanzando por la arena de la playa.

allí se topó con el herido Eurípilo.

Pero, como es natural, no todos los movimientos dentro del campamento se realizan por la playa. En caso de que se trate de buscar a algún compañero en el interior de un mismo contingente, el personaje tendrá que ir en su busca entre el abigarrado conjunto de naves varadas. Éste es el caso de Agamenón cuando marcha al encuentro de sus heraldos para que convoquen la asamblea de los aqueos (*Il.*, II,41-52):

*Se despertó del sueño [Agamenón]; la divina voz aún se difundía alrededor.
se sentó incorporándose, se puso la suave túnica,
bella y recién fabricada, y alrededor se echó el gran manto.
En los lustrosos pies se calzó unas bellas sandalias
y se colgó a hombros la espada, tachonada de clavos de plata.
Cogió el paterno cetro, siempre inconsumible,
y con él fue por las naves (σὺν τῷ ἔβη κατὰ νῆας) de los aqueos, de
broncíneas túnicas.
La diosa Aurora subió al vasto Olimpo,
para anunciar la luz a Zeus y a los demás inmortales.
Él, por su parte, a los heraldos, de sonora voz, ordenó
convocar a asamblea a los aqueos, de melenudas cabelleras.
Aquellos fueron pregonándolas, y éstos se reunieron muy aprisa.*

Como vemos, en la imaginación del poeta los heraldos acampaban cerca de su jefe y, por tanto, lo natural es que éste vaya en su busca entre las embarcaciones que conforman su ejército, sin tener necesidad de salir a la zona de playa.

De forma similar, al regresar los enviados de Agamenón a Crisa con la misión de aplacar las iras de Apolo y devolver al sacerdote Crises a su hija, los marineros remolcan la nave a la playa (hemos de suponer que en su propia zona de acampada) y el aedo canta cómo éstos se dispersaron entre las naves y las chozas (*Il.*, I,484-487):

*Mas una vez llegados al vasto campamento (κατὰ στρατὸν) de los aqueos,
remolcaron la negra nave sobre tierra firme (ἐπ' ἠπίροιο ἔρυσσαν),
la vararon arriba en la arena (ἐπὶ ψαμάθοις) y la calzaron con largas escoras;
y luego ellos se dispersaron por las tiendas y las naves
(κατὰ κλισίας τε νέας τε).*

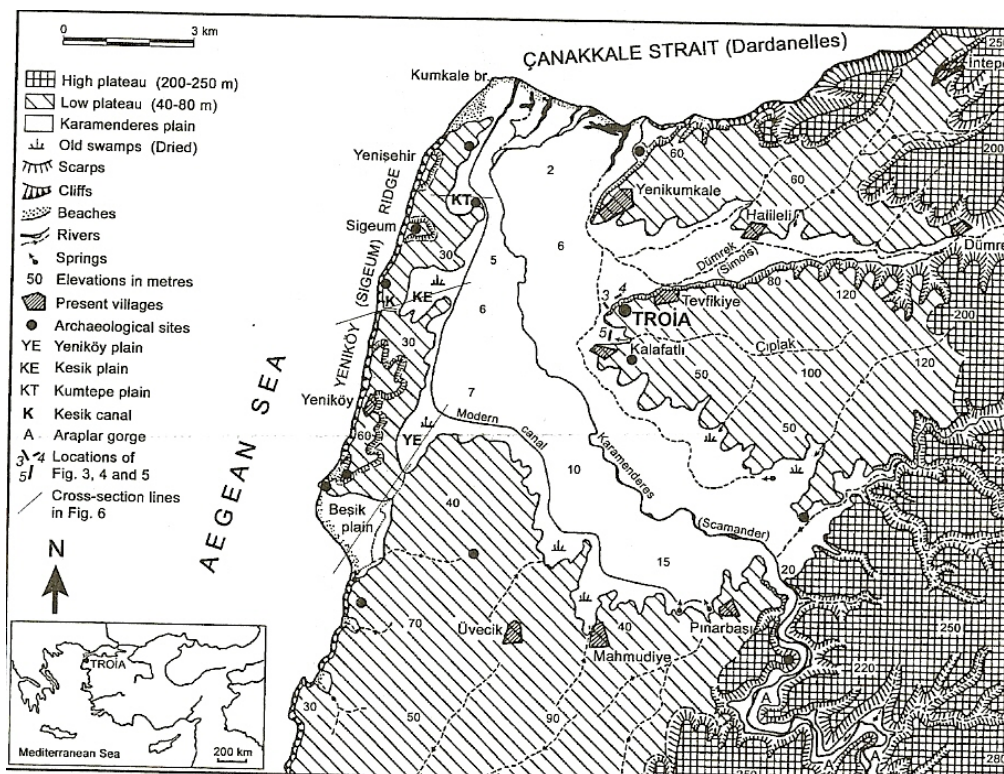
Es decir, que de nuevo la lógica de distribución en el campamento se impone en la escena y los marinos no se dispersan a lo largo de la playa, sino entre las naves y las cabañas de su propia zona de acampada.

Si aceptamos que la acampada aquea en la playa del Helesponto se realiza en filas siguiendo la línea costera, se nos plantea el problema de dónde se situaría otro elemento fundamental para la vida en campaña de un ejército griego: el lugar de la asamblea de los soldados aqueos. Evidentemente no podría ser en el centro del campamento, con todos los barcos varados en torno suyo formando un círculo, puesto que no habría ninguna playa que permitiera esa estructura, ni parece ser esa la imagen que el poeta guarda en su mente de la forma de establecerse un ejército en la costa, como ya hemos podido analizar. Así, en la *Iliada* algunos pasajes describen justamente lo contrario. En *Il.*, I,305 se pone fin a la primera asamblea aquea con el siguiente verso: *y dieron fin a la asamblea junto a las naves de los aqueos (παρὰ νηυσὶν).*

Resulta curioso que el poeta, disponiendo de la expresión νεῶν ἐν ἄγκῶνι, según ya vimos en el apartado del vocabulario, no la haya empleado en esta ocasión si el lugar de asamblea estuviera dentro del recinto de las naves. También durante el desarrollo de la asamblea del canto II, tenemos otro indicio de que en la mente del poeta, el lugar de la asamblea no se encontraba dentro de ese espacio ocupado por las naves y rodeado por ellas. Lo comprobamos también por los términos con los que Ulises amenaza a Tersites (*Il.*, II,257-264):

*Mas te voy a decir algo, y eso también quedará cumplido:
si vuelvo a encontrarte desvariando como en este momento,
ya no tendría entonces Ulises la cabeza sobre los hombros
ni sería ya llamado padre de Telémaco,
si yo no te cojo y te arranco la ropa,
la capa y la túnica que cubren tus vergüenzas,
y te echo llorando a las veloces naves (ἐπὶ νῆας ἀφήσω)
fuera de la asamblea (ἀγορήθεν), apaleado con ignominiosos golpes.*

En consonancia con lo visto hasta ahora, lo más lógico es pensar que las asambleas se producirían en la playa, en el amplio espacio alargado entre la primera línea de barcos y el agua, y tomando como referencia el contingente central de la línea de barcos varados en la ribera.



Mapa geomorfológico de la costa y la llanura de Troya, según WAGNER, 2003, p. 380, fig. 1.
 Con este estudio se confirma la imposibilidad de localizar el campamento aqueo donde tradicionalmente se le ha situado, entre los montes Rotheion y Sigeion.



Imagen de las playas de la bahía de Besika, hacia el sur. COOK, 1973, p. 18.
 Este sería el único lugar posible para el varamiento de naves frente a la ciudad de Hissarlik-Troya

En *Il.*, II,91-94 parece descubrirse una disposición semejante cuando los soldados, desde sus zonas de acampada, marchan por la orilla hacia el centro de la línea donde se les ha convocado:

...tan numerosas tribus de guerreros desde las naves y las tiendas

(ὡς τῶν ἔθνεα πολλὰ νεῶν ἄπο καὶ κλισιάων)

*delante de la profunda (βαθείης) costa desfilaban (ἔστιχόωντο)*⁹⁷

en compactas escuadras hacia la asamblea (εἰς ἀγορήν). En medio ardía la Fama (μετὰ δέ σφισιν Ὀσσα),

*mensajera de Zeus, instándolos a acudir, y ellos se reunieron (ἀγέροντο)*⁹⁸.

Debemos resaltar cómo también en la ciudad de los feacios las asambleas se desarrollaban en la playa junto a los barcos varados (*Od.*, VIII,1-5):

Al mostrarse la Aurora temprana de dedos de rosa,

de su lecho se alzaba el augusto e intrépido Alcínoo

a la vez levantábase Ulises, retoño de Zeus,

destructor de ciudades. Alcínoo guiólo a la plaza

*donde al pie de las naves se habían de reunir los feacios.*⁹⁹

⁹⁷ Para WILLCOCK, 1978, p. 198, v. 92, βαθείης significa «*deep*» from the point of view of the onlooker from the land, i.e. «*wide*»; por otro lado, στιχάομαι significa estrictamente “en columna”, a partir del significado de στιξ, por lo que el sentido será probablemente *in troops*, como contingentes avanzando por compañías a la asamblea de forma más o menos resuelta: *cf.* KIRK, 1985, pp. 125-126, vv. 92-93.

⁹⁸ KIRK, 1985, p. 125, vv. 92-93: «*In front of the deep shore*»: seen from the plain, that is — the ships are drawn up in ranks next to the sea, with the huts among them or close to them. The contingents must emerge from these on to the flat ground on the landward side, and proceed along it to the ἀγορή, the place of gathering literally, whose exact location is never described.

⁹⁹ ... Ἀλκινόοιο / Φαιήκων ἀγορήνδ', ἧ σφιν παρὰ νηυσὶ τέτυκτο. Frente a esta traducción de PABÓN, 1982, consideramos que sería más apropiado trasladarlo como “guiólo a la asamblea”, que es a lo que se refiere el texto puesto que no podemos suponer que se diera ningún tipo de construcción asimilable al

El emplazamiento para las asambleas debía de estar señalado, como hemos leído en el último texto citado de la *Iliada*, por la presencia del fuego sagrado. Junto a éste estarían los altares a los dioses para la realización de sacrificios, según un pasaje que acabamos de citar pero que no estará de más recordarlo aquí de nuevo (*Il.*, XI,806-809):

*Pero cuando a la altura de las naves del divino Ulises
llegó en su carrera Patroclo, donde el consejo y la justicia
estaban y tenían contruidos los altares de los dioses,
allí se topó con el herido Eurípilo.*

CRESPO GÜEMES, 1991, traduce ἵνα σφ' ἀγορή τε θέμις τε de forma genérica como *el consejo y la justicia*, lo que puede dar lugar a la confusión de dos instituciones importantes dentro de la vida campamental de los ejércitos griegos: el consejo (βουλή) y la asamblea (ἀγορή). Aquí se refiere, sin duda, al lugar donde se desarrollan las asambleas de soldados.

La localización del lugar de la asamblea en la ribera del mar, en un lugar donde se encuentran también el fuego sagrado para los sacrificios y los altares para los dioses, parece que se ve reflejado en el canto I, durante la purificación del ejército aqueo (*Il.*, I,313-317):

*El Atrida ordenó a las huestes purificarse (ἀπολυμαίνεσθαι);
y ellos se purificaron (ἀπελυμαίνοντο) y echaron al mar el agua lustral,
y sacrificaron (ἔρδον) en honor de Apolo cumplidas hecatombes*

concepto de “plaza” en una playa. En este sentido, MURRAY, 1995, para Loeb lo traduce como *led the way to the place of assembly of the Phaeacians, which was built for them close by their ships*; BÉRARD, 1968, para Belles Lettres: *leur montra le chemin pour gagner l' agora voisine des vaisseaux*.

de toros y de cabras junto a la ribera (παρὰ θῆν') del proceloso mar.

Y la grasa ascendió al cielo enroscándose en el humo.

Con idéntica escena nos topamos en la narración de la llegada de Telémaco a Pilos (*Od.*, III,4-32):

Arribaron a Pilo, la sólida villa de Neles,

donde a orillas del mar inmolando se hallaban los pilios

negros toros al dios peliazul que sacude la tierra.

nueve grupos había, quinientos varones por grupo,

y delante de sí cada grupo tenía nueve toros;

las entrañas estaban comidas, quemaban los muslos

para el dios, cuando aquellos llegaron. Plegada la vela,

atracaron la nave y saltaron a tierra los hombres.

(...)

Tal diciéndoles [a Telémaco] Palas Atenea, marchó por delante

con presteza; él siguió tras la huellas divinas y fueron

al lugar donde estaban los pilios en junta (ἄγυρίν): sentado

con sus hijos se hallaba allí Néstor. En torno sus hombres.

De todo este conjunto de pasajes parece lógico inferir que el lugar de la asamblea, donde se encontraban los altares y el fuego sagrado, se situaba junto a la orilla del mar.¹⁰⁰

¹⁰⁰ Según EDWARDS, 1991, p. 217, vv. XVIII,504-505, los altares públicos debían encontrarse cerca del lugar de la asamblea. Para LATACZ, 2000, pp. 47-48, el lugar de la asamblea estaría consagrado con altares a los dioses. De hecho, como hemos podido ver en *Od.*, III,4-32, los pilios aparecen reunidos al amanecer en asamblea en la playa, donde igualmente llevan a cabo sacrificios de toros. En el caso del

Este sería el espacio más lógico para que pudieran tener cabida todos los soldados del ejército sentados.¹⁰¹

El poeta de la *Iliada* emplaza el lugar frente a la nave de Ulises, en el centro de la línea de barcos aqueos, según hemos podido ver en *Il.*, XI,806-809. La correspondencia entre la nave de Ulises, el centro de la línea de barcos griega y el lugar de la asamblea y de los sacrificios, también se repite en el canto VIII. Ahí Homero nos describe cómo Agamenón se coloca frente a la nave de Ulises, varada en el centro de la fila de barcos griegos, para poder ser escuchado por todo el ejército griego que está combatiendo:

[Agamenón] *Echó a andar bordeando las tiendas y las naves de los aqueos
con el gran manto purpúreo en su recia mano
y se detuvo ante la negra nave, de enorme vientre, de Ulises,
que estaba en el centro (ἐν μεσσάτω), para que la voz llegara a ambos lados,
lo mismo a las tiendas de Ayante Telamoniada
que a las de Aquiles, que las equilibradas naves a los extremos
habían varado, fiados en su valor y en la fuerza de sus brazos.*

Desde ese lugar Agamenón pide a Zeus la salvación del ejército aqueo, que está sufriendo grandes derrotas frente a las armas troyanas. La respuesta de Zeus no se hará esperar (*Il.*, VIII,245-252):

campamento de la *Iliada*, también podemos pensar que en la playa estarían los altares para los sacrificios y que podría contarse con más de uno, quizá uno por cada contingente como mínimo.

¹⁰¹ *Cfr.* I,58-57; IX,13; XIX,238-257. Lo mismo ocurre en el caso de la asamblea para la celebración de los juegos fúnebres en honor a Patroclo en *Il.*, XXIII,257-258 y en la escena del juicio representado en el escudo de Aquiles en *Il.*, XVIII,503-506. Según LATACZ, 2000, pp. 47-48, el lugar estaría provisto de asientos, normalmente de piedra. Sin embargo esto sólo parece posible en el caso de los asientos para los jueces, como está descrito en el escudo de Aquiles. Para las asambleas de los soldados, éstos se conformarían con sentarse en el suelo.

*Así habló [Agamenón], y el padre [Zeus] se apiadó de las lágrimas que vertía
y asintió a que su hueste se mantuviera a salvo sin perecer.*

*Al punto envió un águila, el agüero de cumplimiento más seguro,
llevando en sus garras un cervatillo, cría de la veloz cierva.*

*Dejó caer el cervatillo junto al hermoso altar de Zeus,
donde los aqueos sacrificaban a Zeus, autor de todo presagio.*

*Y al ver que el ave había venido de parte de Zeus, atacaron
con renovado brío a los troyanos y recordaron su belicosidad.*

A diferencia de *Il.*, XI,804-806, aquí sólo se menciona un altar dedicado a Zeus, lo que a su vez podemos poner en relación con la referencia al fuego sagrado de Zeus en *Il.*, II,91-94.¹⁰² La falta de otros testimonios en la épica o en otras fuentes nos impide decidir si en el lugar de la asamblea existían varios altares entre los que destacaba uno dedicado a Zeus, o bien sólo existía uno consagrado a Zeus o a la divinidad protectora de la ciudad.¹⁰³

Esta homogeneidad que hasta ahora hemos visto sobre la localización y elementos constitutivos del lugar de la asamblea en un campamento militar en Homero, encuentra una nota discordante en *Il.*, VII,381-384, cuando Ideo, el enviado de los troyanos al campamento de los enemigos, descubre a éstos muy de mañana reunidos en el lugar de asamblea:

¹⁰² Para KIRK, 1985, p. 126, vv. 93-94, este fuego *it's Zeus's messenger, an embodiment perhaps of the role of the heralds, from whom the order to assemble had emanated back at 52*. No sabemos si era perpetuo, o quizá el encenderlo también pudiera ser la forma de anunciar a todo el campamento la convocatoria de una asamblea.

¹⁰³ LATACZ, 2000, pp. 47-48, habla de varios altares. Lo mismo EDWARDS, 1991, p. 217, vv. XVIII,504-505; BUCHOLZ, 1881, pp. 336-342, considera que habría un solo altar dedicado a Zeus. Pero varios altares existen en la playa donde se reúnen los pilios en *Od.*, III,1-35, lo que no extrañaría dada la profunda religiosidad griega.

...y al alba Ideo fue a las cóncavas naves.

Halló en el ágora (εἰν ἀγορῇ) a los dánaos, escuderos de Ares,

junto a la popa de la nave de Agamenón. Entonces,

(νηὶ πάρα πρύμνη Ἄγαμέμνονος)

de pie en medio (ἐν μέσσοισιν) de ellos, habló el heraldo, de potente voz:.

La primera dificultad que nos presenta el texto está en que, según las traducciones más habituales, Agamenón se encuentra junto a la popa de su nave. Los barcos en la antigüedad eran varados de espaldas, es decir, con la popa tierra adentro, mientras la proa quedaba mirando al mar para facilitar su posterior botadura. Este también es el sistema de varamiento de las naves según podemos verificar a lo largo de los versos de la *Iliada*.¹⁰⁴ De esta manera, siguiendo las traducciones habituales de este pasaje, la reunión de la asamblea del ejército tendría en esta ocasión lugar en el interior del recinto de las naves, contrariamente al uso que hemos estado viendo hasta ahora, ya que la popa sería el extremo del barco que quedaría más tierra adentro. Pero más que a una contradicción del poeta, pensamos que el problema radica en la forma tradicional de concebir la escena. En este pasaje el poeta nos coloca en el punto de vista de Ideo, que llega desde tierra adentro, desde las posiciones troyanas, y por tanto al emplear πρύμνη (es decir, el extremo de la nave) no se refiere a la popa, sino al extremo opuesto desde su punto de vista, es decir, la proa. Con ello queda resuelta la dificultad y una vez más nos encontraríamos con una reunión de los aqueos en la playa, fuera del recinto de las naves.

¹⁰⁴ *Cfr.*, *Il.*, XI,600; XV,704: Héctor se topa con las popas de los navíos al atacar el campamento.

La otra objeción que encontramos tampoco resulta difícil de resolver. Si interpretamos estrictamente el texto de Homero, debemos suponer que Agamenón está oficiando los sacrificios matutinos del campamento frente a su propio barco y no frente al de Ulises, cómo hemos visto que sucedía antes. Las respuestas posibles son varias. Por un lado, podría responder a un uso en sentido amplio, poco exacto, de lo que es el centro del campamento, estando la nave de Ulises tan cerca de la mitad de la línea de barcos aqueos como lo estaría la de Agamenón. La extensión de playa, que todo el ejército sentado en la asamblea debía ocupar, rebasaría sin duda el espacio de un solo contingente. Ya sabemos, además, por *Od.*, III,1-35, que es posible que haya varios altares dispuestos a lo largo de la costa y frente a cada contingente. Por otro lado, también podemos pensar que en estos versos se darían por supuestas y conocidas varias acciones habituales y cotidianas que se desarrollaban, según tenemos constatado en época clásica, a primera hora de la mañana en los ejércitos griegos, y que aquí se condensan todas ellas en unas pocas líneas. Así, frente a la cabaña de Agamenón se llevaría a cabo el consejo de los jefes aqueos que precedía a los sacrificios matutinos oficiados ante el ejército reunido en asamblea al alba, esta vez sí, frente a la cabaña y nave de Ulises, y probablemente también frente a la choza del resto de los jefes del bando pan-queo. Sería en este momento en el que Ideo presentaría su propuesta al ejército reunido en la asamblea. En último caso, bien podría también ser un simple *lapsus* del poeta al integrar diversos episodios.

En la *Iliada*, por el carácter formular de su composición y la falta de desarrollo de un vocabulario campamental más técnico, siempre es esencial el contexto para interpretar los versos correctamente. Esta dificultad se puede ejemplificar muy bien en el canto II, cuando los jefes aqueos deciden convocar al ejército para iniciar el combate contra los troyanos (*Il.*, II,434-440):

¡Gloriosísimo Agamenón Atrida, soberano de hombres!

*No sigamos hablando más otra vez, ni todavía largo rato
demoremos la acción que el dios pone en nuestras manos.*

*Los heraldos a la hueste de los aqueos, de bronceínas túnicas,
convoquen y congreguen junto a las naves*

(λαὸν κηρύσσοντες ἀγειρόντων κατὰ νῆας);

*Y nosotros, juntos como aquí, el ancho ejército (κατὰ στρατὸν εὐρὺν) de los
aqueos*

recorramos, cuanto antes para despertar al feroz Ares.

La reunión de los soldados no se produce en este caso en el lugar de la asamblea, sino en el extremo opuesto, frente a la llanura. Κατὰ νῆας debemos traducirlo en este caso como “frente a las naves”, “a lo largo de las naves”, mejor que “junto a las naves”. Los aqueos han de formar a lo largo de la línea de los barcos en la llanura troyana, teniendo el campamento y las naves a sus espaldas. Un poco más adelante Homero nos confirma la interpretación (*Il.*, II,459-468):

*Como las numerosas razas de las volátiles aves,
gansos o grullas o cisnes, de luengos cuellos,
en la asiática pradera a los lados de los cauces del Caistro
revolotean acá y allá gallardas con sus alas, posándose
más adelante entre gritos, y el prado se llena de algarabía,
tan numerosas eran las tribus de los que desde las naves y tiendas*

*afluían a la llanura escamandria;*¹⁰⁵.

Pero, a la hora de llevar a cabo la reconstrucción de la imagen de un campamento griego que se nos presenta en los poemas, también debemos tener en cuenta que el poeta comete errores, probablemente debidos a la mala integración de fragmentos poéticos de otras fuentes o a una mala reutilización de fórmulas o escenas. No son errores graves que rompan una visión o imagen de conjunto acerca de cómo era un campamento griego, sino que sencillamente pasan por alto algunas circunstancias que hacen que el desarrollo de la acción resulte poco consistente y algo embrollado en sus detalles. En realidad, lo que se pone de manifiesto nuevamente es que nunca debemos olvidar que nos hayamos ante una obra poética y no histórica. Esto lo podemos ilustrar con un texto ya citado (*Il.*, VIII,220-228):

[Agamenón] *Echó a andar bordeando las tiendas y las naves de los aqueos
con el gran manto purpúreo en su recia mano
y se detuvo ante la negra nave, de enorme vientre, de Ulises,
que estaba en el centro (ἐν μεσσήτω), para que la voz llegara a ambos lados,
lo mismo a las tiendas de Ayante Telamoniada
que a las de Aquiles, que las equilibradas naves a los extremos
habían varado, fiados en su valor y en la fuerza de sus brazos.
Y exclamó con penetrante voz, vociferando a los dánaos:
¡Vergüenza, argivos, malos baldones de aspecto admirable!*

¹⁰⁵ Un pasaje muy similar a este es *Il.*, IX,707-709, donde Diomedes aconseja a Agamenón formar a los soldados delante de las naves a primera hora para plantear batalla de nuevo a los troyanos, aunque sigan sin contar con Aquiles. La expresión empleada en este caso es πρὸ νεῶν. En ninguno de los dos textos parece que el poeta tenga en mente ningún elemento protector, muros o puertas que impida el acceso desordenado desde las naves a la llanura.

Homero nos presenta a Agamenón increpando desde la nave de Ulises a los aqueos que se encuentran acorralados entre el muro y el foso, sin reflexionar sobre la imposibilidad física de tal escena dado que Agamenón se encontraría en el lado del campamento que está más próximo al mar, separado de los dánaos que combaten no sólo por el conjunto de las naves, sino también por el muro del campamento construido en el canto VII.¹⁰⁶ Pero en esta escena lo principal es la fuerza plástica que comunican los versos, en una imagen quizá tomada de *Il.*, XI,3-9:¹⁰⁷

*... cuando Zeus envió a las veloces naves de los aqueos (ἐπὶ νῆας) la Disputa
dolorosa con la prodigiosa señal del combate en sus manos.
Se detuvo ante la negra nave, de enorme vientre, de Ulises,
que estaba en el centro (ἐν μεσσήτω), para que la voz llegara a ambos lados,
lo mismo a las tiendas de Ayante Telamoniada
que a las de Aquiles, que las equilibradas naves a los extremos
había varado, fiados en su valor y en la fuerza de sus brazos.*

Zeus envía a la Disputa a despertar a los guerreros aqueos y enardecerlos para la lucha de ese día. La Disputa se presenta aquí como un heraldo de Zeus y por ello se sitúa en el barco de Ulises, frente al lugar de la asamblea de los soldados, que es el lugar más apropiado para un heraldo.

¹⁰⁶ Problema parecido lo encontramos en *Il.*, X,11-14, episodio en el que Agamenón no podría ver la llanura desde su cabaña. La intención del poeta es representar la situación general: *cf.* HAINSWORTH, 1993, p. 158. Otro ejemplo es *Il.*, XI,599, donde la visión de Aquiles del combate desde su cabaña no deja de ser un elemento poético necesario para el desarrollo del drama, pero físicamente imposible.

¹⁰⁷ La fórmula puede ser tomada de aquí o, más probablemente, ambos pasajes tengan una fuente común, habiendo sido empleada en un lugar de forma adecuada y en el otro no.

Dentro del campamento aqueo no existen más lugares comunes que éste para las asambleas y sacrificios. No existe ningún lugar para guardar un botín común,¹⁰⁸ ni para depositar las armas,¹⁰⁹ los caballos o los carros.¹¹⁰ En ese sentido, la organización del ejército era muy individualista y los elementos o instituciones de administración común son todavía mínimos en el campamento como lo son en el ejército en su conjunto.

Aparte de las asambleas, la única actividad colectiva que se desarrolla en la *Iliada* son los funerales y juegos en honor a Patroclo. Su localización en el plano de distribución del campamento no resulta fácil de identificar, quizá porque Homero no tenía una idea clara de un lugar habitual para su realización o quizá por una mala integración de las fuentes de esa parte del poema en la estructura del campamento de la *Iliada*, lo que tampoco debía preocupar demasiado al poeta y a su público. Pese a las dificultades que plantean algunos pasajes, lo más lógico es localizar el túmulo y el lugar de los juegos en la playa. Por *Il.*, XXIII,125, sabemos que el túmulo se erige en la costa, en un lugar lo suficientemente amplio como para dar cabida a todo el ejército de los mirmídones sentado (*Il.*, XXIII,448-451). No podemos pensar que lo hiciese en el lugar de la asamblea general del ejército, por lo que debemos suponer que el poeta lo situaría frente al lugar de acampada de Aquiles.¹¹¹ También sería en ese tramo de playa, frente

¹⁰⁸ *Cfr. Il.*, I,123-126; I,345-348 (Patroclo saca a Briseida de la cabaña de Aquiles donde la guarda como parte de su botín); XIX,238-257 (Agamenón guarda el botín en su choza); XXIII,257-261 (Aquiles saca de las naves los premios para los vencedores en los juegos fúnebres. Allí se guardan mujeres, caballos, trípodes, calderos, etc.).

¹⁰⁹ Las armas las guarda cada uno de los héroes y guerreros en sus chozas: *Il.*, II,42-46 (Agamenón se coloca sus armas en su cabaña); X,148-156 (Diomedes y sus hombres duermen junto a sus armas); XIII,167-168; 256-269 (armas en la choza de Meriones e Idomeneo).

¹¹⁰ *Cfr. Il.*, II,773-779 (los caballos y los carros se guardan junto a las chozas); V,193-195 (los once carros de Pándaro se dice que han sido guardados con fundas y dejados en casa). Quedan dudas sobre la posibilidad real de guardar todo un contingente de carros bajo techo en las cabañas, aunque en algunos casos las cabañas (como la de Aquiles) sean descritas más bien como un *oikos* o un palacio (*μέγαρον*) que como una simple choza: *cfr.*, KIRK, 1985, p. 242, vv. 777-778; KIRK, 1989, p. 80, vv. 194-195.

¹¹¹ El problema es imaginar cómo se llevarían a cabo las carreras de carros que tenían en el lugar de la asamblea su salida y meta, pero que recorrían una larga pista fuera del recinto de las naves (*Il.*, XXIII,495-497; 507). Sin embargo el poeta no se preocupa en absoluto por intentar justificar ese trazado

al contingente de Aquiles, donde sus hombres pasarían el tiempo entrenándose y jugando mientras no participan en la lucha (*Il.*, II,773-775):

(...). *Junto al rompiente del mar sus huestes* [las de Aquiles]

(λαοὶ δὲ παρὰ ῥηγμῖνι θαλάσσης)

se recreaban lanzando discos y astas con correa o disparando

sus arcos. (...).

La playa sería siempre el lugar idóneo para todo este tipo de actividades cotidianas en un campamento naval.

Uno de los aspectos más discutidos en relación con el campamento de la *Iliada* ha sido la disposición de los diversos contingentes dentro del plano de acampada. Las propuestas han sido muy diversas desde Aristarco hasta hoy en día.

Aristarco establece una ordenación en dos filas que sería *grosso modo* el siguiente (de izquierda a derecha):¹¹²

Este

Centro

Oeste

ÁYAX TELAMÓN IDOMENEO AGAMENÓN ODISEO ÁYAX OILEO MEGES MENESTEO AQUILES
MENELAO NÉSTOR DIOMEDES PODARCES BEOCIOS

En el siglo XIX, Bucholz imagina el campamento griego dispuesto en líneas escalonadas. Según este autor, la primera fila estaría ocupada, entre muchos otros barcos, por Aquiles y Áyax. El último estaría en el ala izquierda tierra adentro, mientras

imposible de la pista. Tampoco una playa parece el lugar más factible para la realización de una carrera de carros.

¹¹² KIRK IV, pp. 131-132, v. 681; GOEDHARDT, 1879; LEHRS, 1865, pp. 221-224.

el primero estaría en el ala derecha junto al mar (*Il.*, X,113). En esa línea delantera estarían quizá también los barcos de Protesilao, Idomeneo de Creta al igual que el barco de Áyax Telamonio, muy próximo a éstos (*Il.*, XIII,679; X,113; 53). El centro de esa formación probablemente lo ocuparían los atenienses bajo Menesteo (*Il.*, XIII,687) y junto a ellos los beocios (*Il.*, XIII,685), y a la izquierda de estos últimos, los focenses (*Il.*, II,525). Aunque nos faltan datos, Bucholz supone que en la fila central se encontrarían los locrios de Áyax, hijo de Oileo, y los epeos. Las más retrasadas serían las líneas de barcos de la costa norte y de la colina de Rotheion, ocupada por Agamenón, Diomedes y Odiseo, ya que sus barcos eran los que más cerca del mar se encontraban, de modo que sus embarcaciones eran las más alejadas del campo de batalla (*Il.*, XIV,27). Ulises estaría en el centro, y quizá no muy lejos del medio del campamento, puesto que delante de su barco se producirían las asambleas y allí se habrían erigido los altares a los dioses. A Menelao lo localizaríamos sin duda junto a su hermano Agamenón, mientras que Néstor sabemos vararía su nave junto a la orilla, según *Il.*, XI,618. Hasta aquí la propuesta de Aristarco.

En 1940, J. Cuillandré también hizo un nuevo intento de reconstrucción de la distribución de los barcos aqueos en la playa del Helesponto, describiendo las posiciones de los principales jefes aqueos como sigue (de izquierda a derecha, en una sola fila):¹¹³

ÁYAX IDOM. MENEL AGAM. NÉSTOR ODISEO EURÍP. DIOMED AY.OILEO MEG. MENEST. PODARC. AQUILES

¹¹³ CUILLANDRÉ, *La Droite et la gauche*, París 1940, pp. 23-24. No hemos podido consultar esta obra, de la que tenemos noticias por HAINSWORTH, 1993, pp. 214-215, vv. 5-9.

En 1984, Willcock, en su segundo volumen de comentarios a la *Iliada*, prueba un esquema de distribución en forma de media luna (de izquierda a derecha).¹¹⁴

ÁYAX IDOM. MENEL.AGAM. NÉSTOR ODISEO EURÍP. DIOMED. BEOCIOS MEGES AQUILES

Filoctetes, Protesilao, el contingente ateniense y Áyax Oileo quedan localizados de forma indefinida hacia el ala derecha del campamento (en primera línea desde tierra adentro), por delante de Meges, los beocios, Diomedes y Eurípilo.

Por último, debemos también hacer notar que J. Latacz acepta la distribución de Aristarco con los comentarios de Janko en el volumen IV del comentario a la *Iliada* iniciado por Kirk.¹¹⁵

En realidad, los datos con los que contamos son muy pocos. Por un lado, la distribución y sucesión de los diferentes contingentes hecha en el Catálogo de las Naves del canto II responde, en primer lugar, a razones independientes a la propia *Iliada*. Pero, además, no pretende reflejar tampoco la disposición de los ejércitos en el plano del campamento, sino su despliegue en el campo de batalla.¹¹⁶ Esto mismo ocurre en otras descripciones de la posición de los diversos efectivos griegos en el poema y en todos esos casos el despliegue táctico está necesariamente viciado por la ausencia de Aquiles y sus mirmídones.¹¹⁷ Todos los datos contenidos en esos pasajes deberemos desecharlos, algo que muchos autores antes citados no han hecho. Emplear esos textos,

¹¹⁴ WILLCOCK, 1984, vol. II, p. 225.

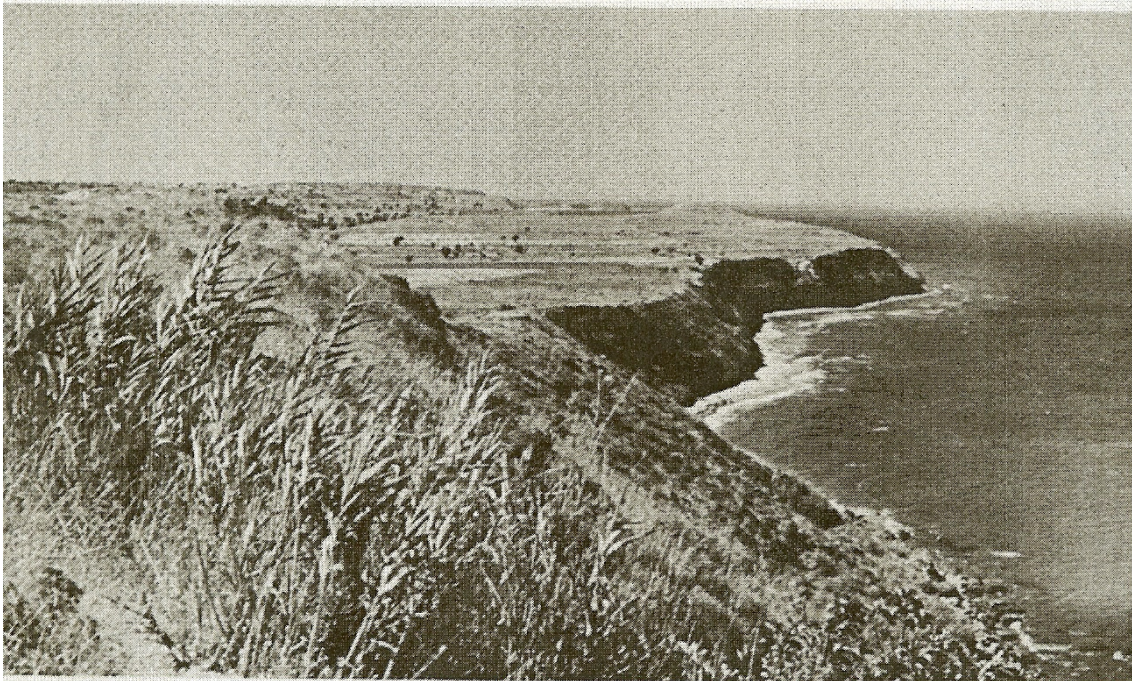
¹¹⁵ LATACZ, 2000, p. 28, v.12.

¹¹⁶ LATACZ, 2003. p. 168, v. II, 526. Todo ello se puede ver, por ejemplo, en la posición e importancia que se otorga a los beocios en el Catálogo (*Il.*, II,525-526) y que no se vuelve a repetir a lo largo de la *Iliada*. Cfr. GARCÍA BLANCO, vol. I, 1991, p. 133, vv. 557-558.

¹¹⁷ HAINSWORTH, 1993, vv. 5-9, pp. 214-215, hace un intento de reconstrucción del plano de acampada tomando como fundamento, entre otros pasajes, *Il.*, III,225 o IV,273, que se refieren a escenas en el campo de batalla y no en el campamento. Es claro que la posición en el campo de batalla no refleja la distribución de los barcos si nos fijamos, por ejemplo, en *Il.*, XIII,700-705, donde los dos Áyax, que siempre se les sitúa acampando lejos el uno del otro, aquí combaten juntos.

por otra parte, tampoco ha colaborado, como hemos visto, para lograr una imagen única del plano de acampada griego.

De haber existido un plano de acampada que se encuentre en el trasfondo del poema, éste sólo podría intentar descubrirse a través de unos pocos versos, los únicos fiables para ese fin.



Línea de costa en la zona del monte Rotheion, mirando hacia el sur. COOK, 1973, p. 9.
Esta es tradicionalmente considerada como la zona de emplazamiento del contingente de Ajax frente a Troya

Por *Il.*, VIII,220-226 sabemos que el contingente de Ulises se sitúa en el centro de la acampada, a igual distancia de los extremos, donde se despliegan las naves de Aquiles y Áyax Telamonio¹¹⁸. Un poco antes ya hemos comentado el texto de *Il.*, VII,381-384, del que podemos concluir que la cabaña de Agamenón se sitúa en el centro del campamento junto con la nave de Ulises, lo cual es lógico por ser el jefe supremo de todo el contingente aqueo. Además, eso también coincide con la imagen habitual en el poema de los mensajeros de Agamenón o de los enviados por el consejo aqueo recorriendo un largo trecho del campamento a lo largo de la playa en sus idas y venidas a la cabaña de Aquiles (*cfr.* *Il.*, I,322-330; 345-348), reafirmando la idea de que, según el poeta, éste se encontraría en uno de los extremos de la acampada.

La mayor abundancia de indicaciones acerca de la posición de los héroes en el campamento griego la encontramos en la *Dolonía*. En *Il.*,X,40-70, Menelao y su hermano Agamenón se reúnen rápidamente y, tras una breve conversación, Agamenón marcha en busca de Néstor, mientras a Menelao se le encarga ir a despertar a Ayante e Idomeneo. De ahí podríamos deducir que Agamenón y Menelao también se encontrarían próximos y que Ayante e Idomeneo se encuentran en una dirección opuesta o en una zona muy alejada a la ocupada por Néstor.

Pero el episodio continúa. Una vez que Agamenón llega donde pernocta Néstor, éste se levanta y piensa en ir a buscar a los jefes restantes (*Il.*, X,108-113):

*Estoy presto a acompañarte; más despertemos también a otros:
al Tidida, insigne por su lanza, y a Ulises,
al veloz Ayante y al fornido hijo de Fileo [Meges].*

¹¹⁸ Como ya hemos visto, los mismos datos se repiten en *Il.*, XI,5-9.

*Mas ojalá algún otro fuera también en su busca y convocara
a Ayante, comparable a un dios, y al soberano Idomeneo,
pues sus naves (νῆες) son las más lejanas y no están cerca.*

Congruentemente con lo dicho en los vv. 40-70, Agamenón aclara a Néstor que su hermano Menelao ya ha marchado con el encargo de avisar a los dos últimos héroes referidos que, una vez más, se nos dice que se encuentran en el otro extremo de la línea, muy alejados de donde se encuentra la choza de Néstor (*Il.*, X,120-127). Tras este diálogo ambos emprenden el camino de regreso para despertar a los demás caudillos, comenzando por Ulises y después al Tidida Diomedes, al que se le encarga ir en busca de Áyax Oileo y de Meges, reuniéndose todos ellos junto a los guardias del muro.

La imagen que nos transmite la *Dolonia* sería que Áyax Telamón e Idomeneo se encontrarían en la parte del campamento opuesta, o muy alejados al menos, a la ocupada por Néstor. Más cerca de éste, y también podríamos pensar que en su misma mitad del campamento, se encontrarían primero Ulises, después Diomedes y ya en el extremo (y, por tanto, más cerca a su vez de Aquiles) Áyax Oileo y Meges. Pero esto no es más que una interpretación posible de una serie de versos, que especialmente en relación con el conjunto de los contingentes del centro del campamento, no resulta especialmente clara.¹¹⁹

En el canto XI somos testigos de las idas y venidas de Patroclo por el campamento aqueo para poder informar a Aquiles del desarrollo de la batalla. Así, en *Il.*, XI,616-623 marcha desde la choza de Aquiles hasta la de Néstor para, en *Il.*, XI,804-809 regresar de nuevo a llevar las últimas nuevas a su compañero:

¹¹⁹ El poeta del canto X estaría familiarizado con la disposición de los aqueos en el resto de la obra, en la que Néstor está en el centro junto a Ulises, Áyax en el extremo izquierdo y junto a él Idomeneo: HAINSWORTH, 1993, p. 167. Sin embargo, en el resto de la obra Ulises parece mucho más cercano a la cabaña de Agamenón que lo que estarían Menelao y Néstor, al contrario de lo que ocurre aquí.

*Así habló, y a él en el pecho se le conmovió el ánimo
y echó a correr bordeando las naves en busca del Eácida Aquiles.
Pero cuando a la altura de las naves del divino Ulises
llegó en su carrera Patroclo, donde el consejo y la justicia
estaban y tenían construidos los altares de los dioses,
allí se topó con el herido Eurípilo.*

Podemos concluir que para alcanzar la cabaña de Néstor desde la de Aquiles había que ir más allá del centro del campamento, donde se encontraba el lugar de las asambleas, lo que coincide con el esquema que hemos visto que se sigue en el resto del poema.

Otro texto referido a la distribución de los barcos lo encontramos en *Il.*, XIII,679-682:

*[Héctor] Aún estaba donde había franqueado las puertas y el muro,
al quebrar las espesas filas de los escudados guerreros dánaos.
Allí estaban las naves de Ayante y de Protesilao
varadas sobre la ribera del canoso mar.*

El fragmento es de poca ayuda, puesto que en ninguna parte se deja claro por dónde ha traspasado Héctor el muro aqueo. Para el ataque, los troyanos se distribuyen en cinco contingentes, de los cuáles sólo podemos localizar con seguridad el de Asio Hirtácida, que fracasa en su intento de conquistar la puerta izquierda del muro (*Il.*, XII,110-120). De los cuatro grupos restantes no sabemos nada sobre su localización.

Podemos pensar que Héctor, como jefe supremo se situaría en el centro, pero es tan solo una suposición. De ser así, sin embargo, debería encontrarse con las naves de Ulises o de Agamenón o de Néstor. Pero tampoco sucede de esa manera, sino que lo descubrimos en el sector ocupado por Podarces (que ha sido el sustituto de Protesilao, tras la muerte de éste)¹²⁰ y por un Áyax, que según Willcock, también hemos de suponer que es el hijo de Oileo, en contra del uso habitual en Homero, que cuando emplea el nombre de Áyax sin más identificación, se suele referir al hijo de Telamón. Según Willcock, esa identificación se fundamentaría en que sabemos por *Il.*, VIII,224-226 (=XI,7-9) que el gran Áyax y Aquiles han tomado posiciones en los lugares extremos de la línea y Héctor, sin embargo, atravesaría por el centro (tomando este autor como fundamento el v. 679). Además, el hijo de Oileo acampaba en la misma dirección desde Néstor que desde Ulises (*cf.*, *Il.*, X,110) y el barco de Odiseo estaba en el centro (*cf.*, *Il.*, XI,5-6). Otra razón aducida por Willcock es que los locrios son descritos como defensores de esta área en el v. 686, como las tropas de Protesilao en v. 693, que también es nombrado en esta línea. Puesto que es el primer caído durante el desembarco lo lógico, según Willcock, es que sus barcos hubieran sido los situados más tierra adentro y así son los primeros a los que Héctor prende fuego según aparece en *Il.*, XV,704 y XVI,122.¹²¹

Pero no todas las razones que da Willcock son convincentes: en ningún sitio se nos asegura que Héctor atraviesa el muro por el centro y, si fuese realmente así, entonces se encontraría con las naves de Ulises, Agamenón o Néstor, que sí que sabemos con seguridad que durante el resto del poema el cantor las localiza siempre en

¹²⁰ *Cfr.* *Il.*, II,698-705.

¹²¹ WILLCOCK, vol. II, 1984, pp. 220-221, v. 681.

el centro de la acampada.¹²² Tampoco es decisivo el que se nombre a los locrios como el contingente que lucha en esa zona en defensa de las naves, puesto que ya hemos visto que las formaciones de combate y las de acampada no tienen por qué coincidir; es más, lo probable es que no coincidieran dada la ausencia de Aquiles de la lucha y los continuos movimientos de los héroes por la línea de batalla.

Tampoco resulta convincente la idea de que el barco de Podarces ha de estar en el centro y ser el que más tierra adentro se encontraba por ser el primero en desembarcar. En *Il.*, II,702 no se dice que sea el primero en desembarcar, sino que sería el primero en morir durante el desembarco.¹²³

No hay más pasajes que podamos emplear para reconstruir la situación de cada héroe y de sus hombres en el campamento. Con los que hemos visto lo único que podemos asegurar es que Aquiles y Áyax Idomeneo ocupaban los extremos del campamento, mientras Ulises y Agamenón quedaban situados en el centro.¹²⁴ Ni siquiera el que Aquiles ocupe el lado derecho de la acampada y Áyax el izquierdo aparece directamente reflejado en el texto homérico. Esa idea proviene de Aristarco, pero se sustenta en que durante las luchas los troyanos intentan evitar siempre ese lado. Además, también puede explicarse, como hace Willcock,¹²⁵ siguiendo los propios

¹²² JANKO, 1992, p. 131, vv. 679-680.

¹²³ *νηὸς ἀποθρόσκοντα πολὺ πρότιστον Ἀχαιῶν.* En ningún pasaje se explica el proceso de desembarco en una playa de un gran contingente. Lo que podemos suponer es que ese proceso se haría, o bien todos a la vez de forma caótica, ocupando cada uno de ellos el espacio que quisieran (lo que es contrario al principio de orden en la acampada sobre el que fundamentamos todo este análisis), o bien se seguiría un desembarco paulatino, comenzando por los primeros barcos de la columna de la flota que se corresponderían con el flanco derecho ocupado por Aquiles (el lugar de más honor y riesgo). Por otro lado, el barco de Protesilao, siendo el jefe del contingente, debería ocupar no el puesto situado más tierra adentro sino el más cercano a la playa. La única posible solución lógica a la incongruencia que nos plantea *Il.*, XV,704 (porque *Il.*, XVI,122 no explicita de qué barco se trata) es pensar que, muerto Protesilao, su lugar junto a los demás jefes en la línea de playa lo ocuparía Podarces. El barco de aquel se situaría, entonces sí, en el extremo opuesto del campamento.

¹²⁴ No hay banderas ni otro elemento que indique el centro de las fuerzas, y el comandante en jefe no tiene un lugar más especial que el de cualquier otro jefe: *cf.* SEYMOUR, 1907, p. 576.

¹²⁵ WILLCOCK, vol. I, 1978, p. 265, vv. 226.

criterios de distribución de los contingentes en el campo de batalla: Agamenón, como comandante supremo se encontraría en el centro de la acampada, igual que Ulises, por ser el héroe de mayor inteligencia práctica, el que siempre está en el centro de las cosas y que actúa como heraldo de Agamenón; Aquiles y Áyax se encontrarían en los extremos por ser las posiciones de mayor peligro, siendo el ala derecha (la ocupada por Aquiles) la que mayor honor conlleva en cualquier formación de combate.

La aparición del resto de los héroes en torno a Agamenón, sin especificar exactamente su posición ni su proximidad, responde a criterios narrativos y poéticos. Néstor destaca como consejero, y así aparece siempre cerca del comandante supremo que es el que toma siempre la decisión final, mientras al resto, dependiendo de su protagonismo en cada momento, les podemos hallar más o menos alejados de Ulises y Agamenón. El poeta se mueve bajo ese esquema fundamental, inspirado en claros principios épico-poéticos, y poco importa la exacta situación del resto de los personajes que quedan en un espacio brumoso e indefinible entre esos ejes inamovibles que coinciden con los personajes más importantes.

Pero, debemos recordar que durante las batallas, esta formación desaparece completamente y no se sigue ningún esquema fijo de distribución de los efectivos. Lo que sí resulta interesante es comprobar cómo esos criterios de distribución de los contingentes en la línea de batalla ya están presentes en la épica, en época tan temprana, aunque sea sólo para la distribución en el plano de acampada y no en la batalla. Lo temprano de este testimonio demuestra lo enraizados que estarían esos principios en el *ethos* griego, mientras que el hecho de que estén únicamente rigiendo la ordenación del campamento y no la de la batalla sí resulta muy chocante. Lo lógico sería justamente lo contrario, es decir, que en el plano de acampada no se siguiera ese criterio y sin

embargo sí lo hiciera en la ordenación de la línea de combate, tal y como ocurre en época clásica. La explicación más plausible en nuestra opinión sería que, en primer lugar, el campamento es sobre todo considerado como un emplazamiento en retaguardia para preparar la batalla, y no como lugar de asentamiento de un ejército sobre un territorio para su dominio. Por eso no puede extrañar el que mantenga esa formación propia de un campo de batalla. Además, también se puede aducir que, siendo el campamento aqueo fruto de la arribada de una flota de guerra, el orden de llegada a la costa puede continuar el propio de su orden de marcha y combate.

En segundo lugar, resulta lógico pensar que la ausencia de ese principio organizador tan propio de época clásica en la batalla, nos puede hacer sospechar que las escenas guerreras sobre la llanura de Troya son, en general, más antiguas que el conjunto de escenas que se desarrollan en el campamento, al menos con respecto a aquellas en que aparecen reflejados esos principios organizadores. Pero, en todo caso, la evidencia es bastante escasa como para poder asegurar ambas hipótesis.

En relación con la imagen que de la estructura interna de un campamento naval nos da Homero, sólo el canto X parece, una vez más, diferenciarse un tanto del resto del poema. Lo primero que destaca de ese canto es que en ningún momento vemos a los héroes recorriendo la playa para dirigirse a las posiciones de cualquier otro jefe de los aqueos, aunque los 179 primeros versos narran cómo, por mandato de Agamenón, los demás jefes van despertando uno por uno a los diferentes miembros del consejo. La fórmula empleada en la *Dolonia* no es $\pi\alpha\rho\acute{\alpha}\ \nu\eta\alpha\varsigma$, como en el resto de la *Iliada*, sino $\acute{\alpha}\nu\grave{\alpha}\ \sigma\tau\rho\alpha\tau\acute{\omicron}\nu$ o bien $\kappa\alpha\tau\grave{\alpha}\ \nu\eta\alpha\varsigma\ \acute{\alpha}\nu\grave{\alpha}\ \sigma\tau\rho\alpha\tau\acute{\omicron}\nu$. La idea que parece estar implícita es más bien que los personajes recorren el campamento moviéndose entre la muchedumbre caótica de soldados, chozas y barcos. Por ello, por primera y única vez en toda la *Iliada*,

se nos dice que el campamento está recorrido por numerosos caminos por los que transitar entre los diversos contingentes (*Il.*, X,65-66):

αὐθι μένειν, μή πως ἀβροτάξομεν ἀλλήλοισιν
ερχομένω· πολλὰ γὰρ ἀνὰ στρατόν εἰσι κέλευθοι.¹²⁶

La conclusión necesaria es que en este canto los jefes de los diferentes ejércitos coaligados no se localizarían en primera línea de playa, sino tierra adentro.¹²⁷ Esto parece coincidir especialmente con el caso de Diomedes, del que expresamente se dice que duerme fuera de la choza rodeado por sus compañeros, sin mencionarse en ningún caso la proximidad de su cabaña o de sus barcos (*Il.*, X,150-156):

*Fueron en busca del Tidida Diomedes y lo encontraron
fuera de la tienda con las armas. Alrededor sus compañeros
(ἐκτὸς ἀπὸ κλισίης σὺν τεύχεσιν. ἀμφὶ δ' ἑταῖροι)
dormían con los broqueles bajo las cabezas; sus picas
(εὔδον, ὑπὸ κρασὶν δ' ἔχον ἀσπίδας. ἔγχεα δέ σφιν)
estaban enhiestas, clavadas por el cuento, y el bronce brillaba
(ὄρθ' ἐπὶ σαυρωτῆρος ἔλήλατο, τῆλε δὲ χαλκὸς)
lejos, como el relámpago de Zeus padre. Por su parte, el héroe*

¹²⁶ *Quédate allí mismo para no extraviarnos uno de otro / en el camino, pues muchas rutas hay en el campamento.*

¹²⁷ En *Il.*, X,324-327, Dolón se compromete a marchar al campamento aqueo para espiar y llegar hasta la nave de Agamenón: *y yo no seré espía vano para ti ni defraudaré tu esperanza / pues iré dentro del campamento y lo atravesaré hasta llegar* (ἐς στρατόν εἶμι διαμπερές, ὄφρ' ἂν ἴκωμαι) / *a la nave de Agamenón, donde sin duda los próceres van / a deliberar y dar consejo de huir o continuar la lucha.* La expresión no es demasiado clara, pero es el único caso en el canto X donde se podría entender que el poeta sitúa la nave de Agamenón en la playa, en el extremo contrario a la llanura desde donde se supone que va a entrar Dolón en el campamento. De todas formas, también podría entenderse como atravesar el campamento para llegar al centro de la acampada, aunque esta interpretación parece menos plausible.

*dormía sobre la desplegada piel de un montaraz buey
y con una reluciente almohada extendida bajo su cabeza.*

La particularidad de que duerma fuera de la cabaña y rodeado por sus hombres podría intentar explicarse como una imagen empleada por el poeta para manifestar el momento de alarma y peligro que se vive en el campamento y que hace que algunos de ellos duerman fuera de las chozas junto a sus armas, preparados para el combate. Esta es la razón que Hainsworth esgrime para explicar por qué Néstor aparece durmiendo junto a la choza y a la nave (παρὰ τε κλισίῃ καὶ νηϊ).¹²⁸ Sin embargo, en el caso de Diomedes no se menciona ni la cabaña ni la nave y, además, la descripción parece coincidir bastante bien con la forma en la que se nos muestra que acampaba Reso, en una de las alas del ejército troyano, sin mencionarse ninguna choza, y situándose él en el centro con todos sus hombres rodeándole (*cf.*, *Il.*, X, 470-475; 482-506).

En ningún momento la acción de la *Dolonía* se refiere a la ribera del mar, aunque en algún caso sí se describe a los héroes durmiendo en la choza junto a su barco.¹²⁹ Pero del mar no hay noticia. En general, la imagen de la acampada aquea a lo largo de la *Dolonía* se asemeja más a la de un ejército de tierra que a la de un ejército localizado en una playa. En un contingente acampado tierra adentro el lugar ocupado por cada hombre en el campamento no se identifica con una choza, sino con el lugar que

¹²⁸ *Cfr.* *Il.*, X, 73-75. HAINSWORTH, 1993, p. 164, v. 74. Hainsworth también menciona cómo este verso es reutilización de una fórmula empleada para Aquiles en I, 329, allí de forma más coherente en su sentido que aquí. Realmente, en nuestra opinión, en consonancia con DANEK, 1988, pp. 78-79, resulta más probable pensar que se trata de la reutilización de una fórmula por su sentido emocional (de manera poco lucida, nos atrevemos a añadir nosotros), en el que se intenta subrayar la localización en un espacio privado frente al espacio público del ágora, mejor que intentar buscar razones más complejas y menos evidentes fundamentadas en interpretaciones de contexto. Si eso es así, el caso de la descripción de la forma de acampar de Diomedes resulta aún más insólita. También podemos ver la singularidad de este canto en relación con el resto de la *Iliada* si nos fijamos en lo diferente que resultan las descripciones de la forma de acampar de Néstor en este fragmento y en *Il.*, XI, 616-646.

¹²⁹ Sólo en tres ocasiones: *Il.*, X, 32-35 (Agamenón despierta a Menelao); X, 73-75 (Agamenón despierta a Néstor que duerme junto a su nave y a su cabaña, pero fuera de ella); X, 135-140 (Ulises sale de su cabaña, pero no se menciona ningún barco).

ocupan sus armas, como podemos leer en el interrogatorio que Ulises y Diomedes hacen a Dolón para conocer dónde duerme Héctor en el campamento troyano (*Il.*, X,406-407):

¿dónde has dejado al venir aquí a Héctor, pastor de huestes?,

¿dónde yacen sus marciales armas?, ¿dónde están sus caballos?

(ποῦ δὲ οἱ ἔντεα κείται ἄρῆϊα, ποῦ δὲ οἱ ἵπποι;).

Por tanto, el libro X se correspondería con un poema de origen radicalmente singular y diferente al resto de la *Iliada*, centrado en una campaña militar terrestre y no marítima, cuya introducción y adaptación al resto del poema de Homero es deficiente bien por la impericia de su autor, o bien porque éste desconocía realmente la forma de acampada griega descrita en el poema homérico. Con ello aumenta la certidumbre de que el Canto X es una interpolación tardía en la *Iliada*.

Por último, queda fijarnos en las evidencias en torno al campamento troyano con el fin de comprobar si el autor concibe ambos bandos de igual forma en este aspecto o existen diferencias destacables.

El ejército de Príamo es un ejército multiétnico, incluso con contingentes de diferentes lenguas, advertencia esta que, sin embargo, en la práctica a lo largo del poema no tiene ninguna consecuencia.¹³⁰ Los diferentes ejércitos, como ocurre entre los aqueos, no duermen mezclados, sino establecidos separadamente entre sí según sus

¹³⁰ *Cfr.* *Il.*, II,803-804; IV,437-438. La mayor parte de los autores consideran el pasaje como una forma de replicar en el bando troyano a las directrices organizativas de Néstor para los aqueos en II,362-368: *cf.* WILLCOCK, vol. I, 1978, p. 213, v. 803; KIRK, 1985, pp. 245-246, vv. 802-803; LATACZ, 2003, pp. 260-261, vv. 802-806.

procedencias (*cfr.*, *Il.*, X,424-435).¹³¹ Homero no nos proporciona ninguna descripción de la estructura interna ni de la forma de acampar de los troyanos. Tan sólo sabemos que para llevar a cabo las asambleas se sirven de cualquier espacio abierto suficientemente grande,¹³² cuando no del propio ágora de la ciudad.¹³³ La única referencia al lugar de acampada del ejército resulta tan oscura que nos imposibilita sacar ninguna conclusión.¹³⁴ La única descripción que se nos hace de su campamento es demasiado general, y más bien pretende dar una imagen de bullicio y de victoria frente a la situación de derrota de los griegos. Fuera de esto sólo podemos, además, referirnos a la descripción contenida en la *Dolonia* del campamento de Reso, muy similar al de Diomedes, y de escaso valor para llevar a cabo una comparación con el establecimiento aqueo en las playas del Helesponto (*Il.*, X,470-475).¹³⁵

En resumen, podemos decir que el poema de la *Iliada* transmite una descripción coherente y genérica de lo que debía de ser la estructura de un campamento militar naval. Pese a la imagen que propuso Aristarco, que ha sido aceptada de forma

¹³¹ En este pasaje, al enumerar Dolón la distribución de los troyanos en el campamento, se introduce casi un nuevo catálogo troyano que muestra ciertas diferencias con el libro II en relación con los pueblos que cita y con su origen geográfico: *cfr.* Willcock, vol. I, 1978, p. 392, vv. 428-434.

¹³² *Il.*, VIII,487-494.

¹³³ *Il.*, VII,414-417.

¹³⁴ *Il.*, VIII,553-554: *Llenos de soberbia, sobre los puentes de la batalla* (ἐπὶ πτολέμοιο γέφυρας) / *se asentaron* (ἦσαν) *toda la noche, y muchas hogueras suyas ardían.* La expresión la encontramos repetida en *Il.*, IV,371 y XI,160. Para KIRK, 1985, pp. 368-369, *Il.*, IV,371, evidentemente se refiere a los pasos abiertos en el campo de batalla, el espacio entre las líneas o grupos de combatientes. Según Hainsworth, aunque γέφυρα es una palabra de etimología incierta (quizá del semítico *gb* [*raised up*]), con un significado muy probablemente cercano a “terraplén”, según el símil de *Il.*, V,88, y se puede pensar que la fórmula pudo tener el sentido originario de construcciones militares de tierra: *cfr.* HAINSWORTH, 1993, p. 242, XI,160. Ninguna de las dos interpretaciones nos ayuda a entender mejor el pasaje con respecto al lugar donde se lleva a cabo la acampada.

¹³⁵ Resulta singular el que en el campamento de Reso las armas se coloquen todas juntas, en tres filas (τριστοιχί), circunstancia esta completamente diferente a la que hemos visto para el caso de los aqueos y también para el caso de los troyanos de Héctor. τριστοιχί es un término que sólo aparece aquí en la épica y en Hesíodo (*Theog.* 727): *cfr.* HAINSWORTH, 1993, p. 199, v. 473.

completamente acrítica por todos los autores hasta la fecha, y según la cual la distribución de los barcos en la playa del Helesponto adoptaría una forma de luna creciente, como en un teatro, mirando hacia el mar, la realidad es que en los cantos de la *Iliada* los barcos parecen estar dispuestos en líneas paralelas al mar a lo largo de la costa, tierra adentro, y bien lejos de las mareas, con el fin de mantener siempre en seco las maderas de los navíos. Entre éstos y el mar discurriría un amplio espacio de playa que se aprovechaba para que tuviera allí lugar cualquier evento que precisara de un cierto espacio libre de terreno para su desarrollo, como serían las actividades deportivas y, más especialmente, las asambleas. Ese lugar para la reunión de la asamblea del ejército estaría en el centro de la línea de barcos, que el poeta marca con la nave de Ulises y Agamenón, y que en todo caso, en la realidad, debía de estar señalado mediante la presencia de los altares a los dioses frente a cada uno de los contingentes y del fuego sagrado.

Dentro de la acampada, las diferentes fuerzas están perfectamente separadas y diferenciadas, como una reunión de barcos en torno a su nave capitana, identificable por sus símbolos en popa o proa. Al menos en la *Iliada*, las naves de los jefes de cada contingente ocupan un puesto destacado y son rápidamente reconocibles, situándose en la línea más próxima al mar. Este espacio de playa sería también, como es lógico, la vía habitual para moverse de un ejército a otro, evitando tener que sortear el caos y desorden que debía caracterizar la zona más interna del campamento, ocupado por los barcos varados y las chozas.

También hemos podido comprobar cómo los intentos de reconstrucción del plano de distribución de los diversos grupos de aqueos dentro del campamento, empleando las indicaciones que el mismo Homero nos proporciona, son un ejercicio estéril, en primer lugar porque no debemos nunca olvidar que nos encontramos ante una

obra poética y no histórica; de hecho, todos esos intentos han sido infructuosos y se topan con multitud de contradicciones y lagunas, no siendo posible reconstruir ningún escenario de distribución de los barcos que pudiera llegar a entenderse como trasfondo común (histórico o no) de todos los poetas que colaboraron a lo largo del tiempo en la composición del poema épico. En lo único en lo que existe acuerdo a lo largo de todos los cantos es en que Ulises y Agamenón ocuparían la zona central de la línea de barcos varados, mientras Aquiles se encontraría en el ala derecha por ser el puesto de mayor honor, a la vez que Áyax ocuparía el extremo izquierdo, el segundo en honor en un campo de batalla después del derecho, aunque aquí no estemos en una formación de combate sino en una acampada. Ese principio de organización tiene que ser necesariamente muestra de cómo la organización hoplítica del frente de batalla (y que tan típica es del *ethos* guerrero hoplítico de época clásica) ya se encuentra presente o esbozado en época homérica, aunque en un estadio ya avanzado o tardío de la composición. Al igual que el poeta aplica a su obra la forma de distribuirse realmente un ejército invasor en una playa, de la misma manera también nos transmite los principios de ordenación y jerarquización de la línea de frente de un ejército dispuesto a combatir. Esto es igualmente importante porque, en correspondencia con lo visto en el apartado dedicado al estudio del vocabulario, demuestra que el campamento aún no se concibe como asentamiento en un territorio, sino como el conjunto de guerreros preparados para la lucha. Pero esa distribución no se mantiene en el momento de la batalla porque el poeta se centra en las escenas de héroes enfrentándose unos a otros, y quizá también como resultado de los diferentes periodos cronológicos de la conformación del poema.

Por último, debemos igualmente resaltar cómo la *Dolonia* se vuelve a individualizar dentro de la *Iliada*, donde no está reflejado un campamento naval, sino más bien el de una fuerza terrestre cuyas acampadas responden, claro está, a esa

diferente naturaleza. El Canto X bebe de una tradición campamental distinta que se ha pretendido adaptar —de forma poco cuidada y exitosa—, al marco náutico de la *Iliada*, ratificándonos en la opinión de que la *Dolonia* es una interpolación tardía en el poema.

4. Barcos y chozas: la distribución de la acampada.

La épica homérica recoge de manera clara y pormenorizada la forma de varamiento de las naves tal y como la tenemos atestiguada en otras fuentes.¹³⁶ El proceso era sencillo.¹³⁷ Al aproximarse a la orilla, se recogía la vela y desmontaba el mástil, para finalmente arribar en la playa a remo, quedando la popa hacia tierra y la proa en dirección al agua.¹³⁸ Una vez en la playa, los marineros descendían del barco, bien directamente, bien mediante una pasarela. Después, la propia tripulación arrastraba la embarcación tierra adentro levantándola en vilo o ayudándose de rodillos.¹³⁹ Finalmente, en caso de preverse una larga estancia en la costa, el barco quedaba fijado, levantado sobre la arena mediante estacas, y sujeto desde la popa con maromas a rocas o piedras próximas.¹⁴⁰ Así lo tenemos descrito, por ejemplo, cuando Ulises llega a Crisa como enviado del ejército para aplacar la cólera de Apolo (*Il.*, 431-438):¹⁴¹

En tanto Ulises llegó a Crisa conduciendo la sagrada hecatombe.

Cuando arribaron al interior del puerto (λιμένος), de múltiples simas,

¹³⁶ Cfr. MARK, 2005, pp. 153-160.

¹³⁷ KURT, 1978, pp. 187-199; MORRISON, 1968, pp. 12-17; 28-37; 62-65.

¹³⁸ Cfr. *Il.*, XV,716-717; IX,241: por tanto, en ambos casos la popa de los barcos sería lo primero que se encontrarían los atacantes troyanos del campamento aqueo.

¹³⁹ Tal escena es habitual en la *Odisea*, sobre todo con ocasión de la aguada de los barcos (pequeñas paradas en un periplo para descansar, almorzar y recoger agua para la siguiente etapa del viaje en barco): IV,355-359; IX,85-91; X,56-57; XII,305-307. También debía ser habitual que en estas ocasiones las velas y aparejos se guardaran en tierra o escondidas en cuevas en la costa para no tener que mantener un grupo de vigilancia junto al navío: IV,576-580; IV,777-786; X,402-405; XIV,257-263.

¹⁴⁰ Para el calzo de las naves y un dibujo del mismo, cfr. MÜLLER, 1974, p. 68; un diagrama del barco en Homero se puede consultar en AUTENRIETH, 1877, plate IV. Para los diversos modos de anclaje de los barcos, cfr. MARK, 2005, pp. 154-159. También Hesíodo, *Trabajos y días*, 625-628 (varamiento de la nave en la playa con calzos); 628-629 (las naves en la playa se cubren para proteger la madera de las tormentas); 629-631 (el aparejo se guarda en casa).

¹⁴¹ KIRK, 1985, pp. 99-100; WILLCOCK, vol. I, 1978, pp. 194-195; LATACZ, 2000, pp. 148-149. Ver también, Hesíodo, *Trabajos y días*, 625-628, donde además recuerda la necesidad de proteger los barcos varados de las tormentas para evitar que se pudra la madera.

arriaron (στείλαντο) *velas* (ἰστία) *y las depositaron en la negra nave* (ἐν νηϊ),
abatieron el mástil (ἰστὸν) *sobre la horquilla* (ἰστοδόκη), *arriándolo con*
cables (πέλασαν προτόνοισιν ὑφέντες)

raudamente, y a remo (ἐρετμοῖς) *impulsaron el barco hasta el fondeadero*
(εἰς ὄρμον).

Echaron cameras anclas (εὐνᾶς) *y ataron las amarras a popa*
(κατὰ δε πρυμνήσι' ἔδησαν).

Saltaron ellos mismos sobre el rompiente del mar
y sacaron la hecatombe en honor del flechador Apolo.

Con ocasión del regreso al campamento aqueo de esta misma nave, se nos describe la segunda parte del proceso: la fijación en tierra del barco varado con calzos y amarras (*Il.*, I,484-488):

Mas una vez llegados al vasto campamento de los aqueos,
remolcaron la negra nave sobre tierra firme (ἐπ' ἠπείροιο ἔρυσσαν),
la vararon arriba en la arena (ἐπὶ ψαμάθοις) *y la calzaron* (τάνυσσαν)
con largas escoras (ὑπὸ δ' ἔρματα μακρὰ);
y luego ellos se dispersaron por las tiendas y las naves.

En el caso del campamento aqueo de la *Ilíada*, la labor de varamiento y botadura parece que se facilitaba mediante rieles (οὐρούς) por donde guiar la quilla del barco (*Il.*, II,149-154):¹⁴²

¹⁴² WILLCOCK, vol. I, 1978, p. 199, define οὐρούς como *furrows or channels in the sand, by which the ships were dragged up from, and down to, the sea.*

(...). *Entre alaridos* [los aqueos]

se lanzaron a las naves, y bajo sus pies una nube de polvo

se iba levantando y ascendiendo. Unos a otros se ordenaban

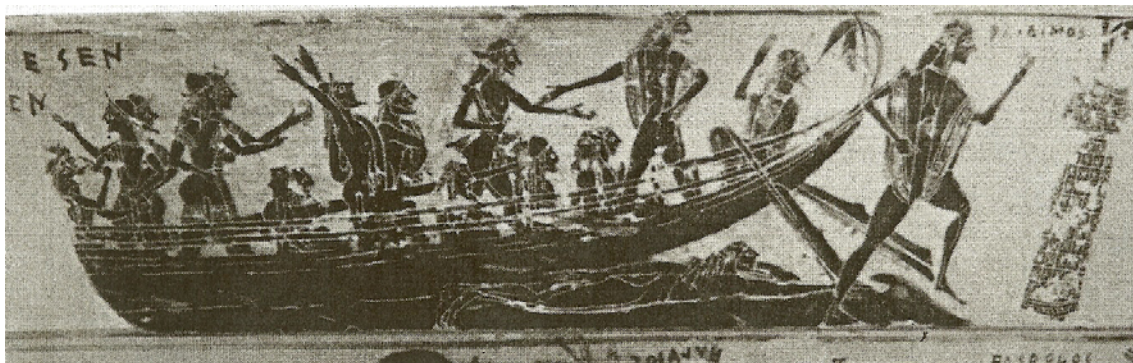
echar mano a las naves y remolcarlas a la límpida mar,

(ἄπτεσθαι νηῶν ἠδ' ἐλκέμεν εἰς ἄλα δῖαν)

y limpiaban los canales (οὐρούς τ' ἐξεκάθαιρον). Al cielo llegó el clamor de aquellos,

ávidos de regresar a casa. Y quitaban las escoras de las naves

(ὕπὸ δ' ἦρεον ἔρματα νηῶν).



Representación de un desembarco, en MORRISON-WILLIAMS, 1968, Plate II a.

Como vemos, el sistema de arribada está perfectamente atestiguado en la épica y la descripción de todo el proceso constituye una de esas escenas típicas que se repiten de forma más o menos prolija a lo largo de los poemas.¹⁴³ Es tal la exactitud y perfección del autor a la hora de describir esas técnicas que podemos pensar que todos

¹⁴³ Otros ejemplos de esta escena los encontramos en *Od.*, III,1 y ss.; IX,146 y ss.; XIII,93 y ss.; XV,491 y ss.; XVI,322 y ss.; 351 y ss.; en *Od.*, IV,777-786 encontramos descrito el proceso inverso de botadura, y de manera mucho más breve en IX,177. AREND, 1933, pp. 79-81.

esos pasajes tienen en común una poesía técnica marinera ahora perdida de la que beben *Ilíada y Odisea*.¹⁴⁴

Sin embargo, no contamos con ninguna descripción del proceso de desembarco de grandes contingentes, sino tan sólo con ejemplos de navíos singulares. La primera pregunta que surge es si el proceso de arribada de una columna de barcos a tierra respondía a un criterio determinado y bien establecido, o si por el contrario era un proceso caótico.

En este sentido, un primer principio lógico y fundamental debía de ser intentar mantener toda la flota unida, a ser posible, en una sola playa para evitar la dispersión de los soldados. De ahí que los barcos del campamento aqueo se distribuyan en varias filas tierra adentro. Esto hacía que después sólo se pudieran botar las naves situadas más al interior tras haber echado al agua las naves de las filas precedentes, según nos explica Homero por boca de Agamenón (*Il.*, XIV,75-80):

Cuantas naves están varadas en primera fila al borde del mar

(νήες ὅσαι πρῶται εἰρύαται ἄγχι θαλάσσης)

remolquémoslas y botemos todas a la límpida mar.

(ἔλκωμεν, πάσας δὲ ἐρύσσομεν εἰς ἄλλα δῖαν,)

Pongámoslas a flote fondeadas en anclas (ὔψι δ' ἐπ' εὐνάων ὀρμίσομεν),

hasta que llegue

la inmortal noche, a ver si con ella se apartan del combate

los troyanos; entonces podríamos botar (ἐρυσσίμεθα) todas las demás naves

No es vituperable huir del mal ni hacerlo durante la noche.

¹⁴⁴ KIRK, 1985, p. 104; GARCÍA BLANCO, vol. I, 1991, p. 30, advierte cómo, para la escena de desembarco en el campamento (*Il.*, I,484-492), podemos encontrar paralelos exactos en el Himno de Apolo, lo que no supondrían la imitación entre una y otra obra, sino la existencia de fórmulas alternativas y coetáneas como fuente de ambos poemas.

También, por tanto, era posible dejar las naves ancladas en la mar mediante grandes piedras,¹⁴⁵ pero ese método sólo era válido para periodos breves, no para estancias de varios días frente a la costa,¹⁴⁶ debido a los peligros del mar y la necesidad de secar la madera de los cascos de las naves para su buen mantenimiento.¹⁴⁷

Ya vimos cómo, en la épica de Homero, la nave del jefe de cada contingente es la situada en primera línea de playa, por lo que ésta necesariamente ha de ser la última en haber tocado tierra. Quizá también algún otro barco pequeño destinado a servir de correo o para misiones determinadas durante la estancia en tierra se colocaría también en esa primera línea, evitando así cualquier trastorno al resto del ejército dada la frecuencia de su uso.¹⁴⁸

En cuanto al proceso y orden de desembarco del resto de los contingentes no sabemos nada. Tan sólo en el canto XIII se nos asegura que Meriones, segundo en el mando del ejército cretense (*Il.*, II,650-651), tiene su barco localizado lejos del de Idomeneo (*Il.*, XIII,266-268), mientras que en el campo de batalla se sitúa en la retaguardia (*Il.*, IV,253-254). Como hipótesis podemos suponer que Meriones pudiera ser de los primeros en desembarcar, por ser jefe de la retaguardia del ejército, mientras

¹⁴⁵ Estas grandes anclas de piedra se denominan como *ἀννάι*. Están bien documentadas para el periodo cubierto por Homero gracias a la arqueología, por ejemplo, en el pecio del Ulu Burun, donde al menos se han identificado 12: *cfr.* SZEMERÉNYI, 1986, pp. 425-434; Bass, 1989, p. 12. Ver también ilustración p. 456, con anclas de un pecio del siglo IV.

¹⁴⁶ Ejemplos de estancias de la nave anclada frente a la costa los tenemos en *Od.*, IX,177-178; 562; X,91-97; XV,495-500.

¹⁴⁷ MARK, 2005, pp. 154-159.

¹⁴⁸ Este sería el caso de la nave enviada por Agamenón a Crisa al mando de Ulises para aplacar la ira de Apolo y restituir a Criseida (*Il.*, I,308-311). Es una nave más pequeña y ligera, de tan sólo 20 remeros, frente a lo más habitual que parecen ser los penteconteros (*Il.*, I,308-309). Sobre ambos tipos de barcos, ver CASSON, 1971, p. 44 ; MARK, 2005, pp. 134-136. Por la descripción que se nos hace de la arribada de nuevo al puerto aqueo y sabiendo que los barcos aqueos se sitúan en varias filas, podemos suponer que el barco queda fijo tierra adentro pero en primera línea de playa, dispuesto para ser de nuevo empleado en cuanto hiciera falta (*Il.*, I,484-487).

Idomeneo se situaría en primera línea de playa.¹⁴⁹ Así, la flota seguiría para su desembarco el orden inverso al de la marcha. Sin embargo, ya vimos en el apartado anterior cómo las indicaciones de la *Ilíada* sobre la distribución de los contingentes en el campamento no se siguen en el desarrollo de la batalla en la llanura, no existiendo evidencias de una conexión entre ambos ámbitos. Por eso, esto no deja de ser más que una mera hipótesis de trabajo, y ya comprobamos que con un muy débil fundamento.

Acerca de las habitaciones de los soldados y caudillos del ejército aqueo apenas sabemos algo. Lo primero que debemos subrayar es que el único término que aparece en la épica, tanto en la *Ilíada* como en la *Odisea*, para referirse a los lugares de habitación de los personajes en campaña es κλισία y nunca σκηνή. Por eso, más que de tiendas de campaña realizadas con lonas, cueros o pieles (σκηνή), debemos hablar de chozas de ramas y palos, lógicamente más convenientes para un ejército asentado durante un largo periodo.¹⁵⁰ Y eso pese a que, de forma habitual, la traducción por la que se opta suele ser la de “tienda” y no “choza”. Aún puede conducir a un error mayor cuando se traduce la expresión κλισίης εὐπήκτου, frecuente en la épica, como “la bien claveteada tienda” y no, como sería más apropiado, “la bien plantada choza”.¹⁵¹ La diferencia es sustantiva a la hora de imaginarnos como sería el aspecto del campamento aqueo frente a Troya.

¹⁴⁹ De ser cierta esta hipótesis, entonces la escena del encuentro de Idomeneo y de su escudero Meriones en el canto XIII, tendría un sentido aún más claro de parodia. La recriminación de Idomeneo resultaría tan justa, como tan injustificada sería la excusa aducida por Meriones, puesto que su posición en el campamento estaría mucho más cerca del campo de batalla que el de Idomeneo, localizado precisamente en el extremo opuesto, es decir, mucho más cerca de la llanura que el de Meriones (*cfr. Il.*, II,650-651; IV,253-254; XIII,266-268). Quizá un principio de organización tan básico, unido a la firme tradición del puesto de Meriones en el desembarco, se hallaría latente en la mente del poeta al componer este episodio. WILLCOCK, vol. II, 1984, p. 210, v. 268, ya interpretó este pasaje en clave humorística.

¹⁵⁰ *Cfr. LIDDELL-SCOTT, s.v. κλισία, “hut, shed, booth, 1. For use in peace, cot, cabin; 2. For use in war, hut (...) not common after Homer (σκηνή being used)”*. De hecho, σκηνή no se encuentra en la épica. Su primera aparición se produce en Eurípides, *Hécuba*, 1289. En Hesíodo el término empleado es κολιὰ (Hesíodo, *Trabajos y días*, 503).

¹⁵¹ *Cfr. LIDDELL-SCOTT, s.v. πήκτος*. El epíteto aparece repetido en *Il.*, IX,663; X,566 y XXIV,675.

Homero imagina estas chozas levantadas junto a las naves, pero cabe preguntarse si estarían intercaladas en la fila de naves o formando una fila propia entre las líneas de barcos varados.¹⁵² Ésta parece ser la respuesta correcta atendiendo a la descripción que se hace del ataque al campamento aqueo en el canto XV, 653-657:¹⁵³

Encararon las naves; formaban un parapeto con sus bordes

(Εἰσωποὶ δ' ἐγένοντο νεῶν, περὶ δ' ἔσχεθον ἄκραι)

las varadas en primera fila (νήες, ὅσαι πρῶται εἰρύατο); allí desembocaron los troyanos.

Los argivos se vieron forzados a retirarse de las naves

primeras (νεῶν τῶν πρῶτέων) y allí mismo junto a las tiendas [chozas]

(παρὰ κλισίησιν) *los aguardaron,*

juntos y sin dispersarse por el campamento (οὐδε κέδασθεν ἀνὰ στρατόν).

Como vemos, la imagen parece bastante clara, con los barcos puestos en línea y las chozas levantadas detrás,¹⁵⁴ junto a la proa, de forma que resulta fácil imaginar como

¹⁵² Los pasajes donde podríamos ejemplificar esto son incontables, hasta el punto de que choza y nave conforman una unidad: *Il.*, I,327-330; X,73-79; XI,599-604; *cfr.* DANEK, 1988, pp. 78-79.

¹⁵³ Hemos decidido, por simplificar, mantener íntegra la traducción de Crespo Güemes y no corregir en cada texto el término “tienda” por “choza”, una vez que se ha advertido ya que el término apropiado es el segundo y no el primero.

¹⁵⁴ De esta misma opinión es JANKO 1992, p. 273, vv. 406-409. No estamos de acuerdo, sin embargo, con su idea, fundamentándose en el texto *Il.*, XVI,173-175, de que se pueda inferir con seguridad que los barcos en el campamento aqueo estaban varados en cinco líneas: *cfr.* JANKO, 1992, p. 300, v. 656. El pasaje se refiere a cinco secciones en la flota de Aquiles y no en el campamento. Es posible que se intentase mantener esa estructuración en la disposición de las naves en el campamento, sobre todo si se seguía un orden de arribada a tierra, como parece lo más probable. Pero el problema está en que el deseo de mantener el contingente unido a ser posible en una misma playa, para evitar la dispersión de los soldados, así como la irregularidad de las costas, harían muy difícil lograr esto. Además, no tenemos ningún dato que avale tal hipótesis, ni que mínimamente permita suponerlo. Crespo Güemes traduce *Il.*, XI,657-659, como *los mejores yacen entre las naves (ἐν νηυσὶν) heridos por dardos o por picas*, lo que podría dar lugar a error en relación con el tema que estamos viendo. Como vemos, el original permite entender la expresión como “en los barcos”, es decir, en el campamento. Una vez más nos encontramos con el problema de la falta de un vocabulario preciso en Homero a la hora de referirse al campamento.

el casco alto y la popa curva con su mascarón sirven de muralla defensiva del campamento frente a los atacantes troyanos.¹⁵⁵ Igualmente, podemos imaginar que en el lado contrario del campamento, las chozas se habrían levantado detrás de los barcos varados en la primera línea de playa, de manera que en este caso éstas se colocarían detrás de las popas, y la proa sería lo que actuaría como “muro” defensivo, aunque en realidad por ese lado no fuera probable un ataque ni habría especial necesidad de defensa.¹⁵⁶ Más allá de esto no podemos decir nada y, como vimos en el apartado anterior, si en el canto X el interior del campamento parece dotado de una cierta estructuración y orden, con muchos caminos que lo cruzan (*Il.*, X,65-66), lo cierto es que en el resto de la *Ilíada* la imagen de la ordenación interna del campamento es caótica.

En relación con los alojamientos de los soldados, y en consonancia con el carácter aristocrático de nuestra épica, la atención del poeta se centra exclusivamente en aquellas habitadas por los grandes héroes y reyes del campamento aqueo, especialmente en la choza de Aquiles y Agamenón. De la primera contamos con una descripción en *Il.*, XXIV, 448-456:

Cuando llegaron a la tienda (κλισίην) del Pelida

¹⁵⁵ Una imagen muy similar encontramos en *Od.*, IX,54-61, cuando Ulises y sus compañeros son atacados en la playa por los cicones. Los barcos de este periodo muestran una proa y una popa muy elevadas, casi con forma de cornamenta. Además, en la popa se sitúa una decoración denominada como ἄφλαστον, mencionada en *Il.*, IX,241 y en XV,716-717, a unos 2,30 metros del suelo, lo que permite hacerse una idea de como sería ese “muro” defensivo formado por las popas de los barcos: *cfr.* MORRISON, 1968, pp. 47-61; MARK, 2005, pp. 97-137. Ver ilustración p. 186.

¹⁵⁶ En *Il.*, X,32-35, Agamenón encuentra a su hermano Menelao vistiéndose con las armas junto a la popa de la nave (νηὶ παρὰ πρύμῃ), lo que podemos interpretar como que la tienda se encuentra justo detrás de su nave. Es también en la popa de la nave donde Diomedes colocará los despojos de Dolón (*cfr.* *Il.*, X,570). Ambas naves se encontrarían en primera línea de playa con la proa mirando al mar. También en *Il.*, XI,599-604 se nos dice expresamente que la tienda se encuentra muy cerca y por debajo del barco de Aquiles, de forma que éste desde la cubierta puede avisar a Patroclo. También *Od.*, XII,31-32, donde los compañeros de Ulises se acuestan en la playa παρὰ πρυμνήσια νηός.

*elevada, que los mirmidones habían fabricado para su soberano
tallando vigas de abeto –por encima la habían techado
con frondoso cañizo recolectado de la pradera;
alrededor de un gran patio (αὐλήν) habían fabricado para su soberano
con espesas estacas; la puerta (θύρην) la sujetaba un único pasador (ἐπιβλήτης)
de madera de abeto, que entre tres aqueos solían encajar,
como tres eran los que abrían el gran cerrojo de las puertas,
de no ser Aquiles, que era el único que lo encajaba aun solo-.*

Ya vemos que se trata de algo más que la simple cabaña de un soldado. La descripción se corresponde más bien con una construcción de madera espaciosa, fuerte, con cercado y patio. Un poco más adelante (*Il.*, XXIV,673), en el mismo canto, se nos informa de que esta cabaña dispone además de μέγαρον con un pórtico (αἴθουσα) o vestíbulo (πρόδομος), lo suficientemente amplio como para cobijar lechos para invitados (*Il.*, XXIV,643-648):

*Dijo, y Aquiles ordenó a sus compañeros (ἐτάροισιν) y criadas (δμῶησι)
poner catres bajo el pórtico, bellas sábanas
(δέμνι' ὑπ' αἰθούσῃ θέμεναι καὶ ῥήγεα καλὰ)
purpúreas echar encima, extender sobre ellas mantas
y colocar capas de lana por encima para taparse.
Aquellas salieron de la sala (ἐκ μεγάρου) con antorchas en las manos
y al punto extendieron dos lechos, aplicándose con diligencia.*

Todos estos fragmentos del canto XXIV pertenecen a una escena típica de acogida de un huésped en la casa o palacio del héroe.¹⁵⁷ La integración de la escena dista de ser perfecta y en alguna ocasión parece como si Homero olvidara que no nos encontramos en la casa (οἶκός) del héroe, sino en una choza (σκηνή) frente a Troya (*Il.*, XXIV,571-574):

*Así habló [Aquiles], y el anciano [Príamo] sintió miedo y acató sus palabras.
El Pelida, cual león, saltó fuera de la casa (οἶκος) hacia la puerta (θύραζε);
no iba solo, que también le acompañaban dos escuderos (θεράποντες)
el héroe Automedonte y Alcimo, a quien más apreciaba.*

Como dice Richardson, es cierto que por necesidades dramáticas conviene como trasfondo una casa grande que permita mantener el cuerpo de Héctor fuera de la vista de Príamo, su padre, durante la entrevista con Aquiles;¹⁵⁸ y, en general, también es obligado a lo largo de todo el poema que el héroe principal disponga de una habitación acorde con su importancia, más amplia y grande que la del simple soldado. Pero eso, por sí sólo, no justifica que la descripción que tenemos en el canto XXIV sea más cercana a la casa o palacio de un héroe que a un refugio simple de un soldado en

¹⁵⁷ Poseemos algunas representaciones de tiendas, y no de chozas, en vasos y cerámicas de época clásica. Suelen relacionarse con la de algún personaje de la *Ilíada*, muestran una fuerte influencia persa y en ellas se puede suponer una idealización del marco en el que se desarrolla la escena. Son estructuras verticales hechas con postes y cubiertas o protegidas mediante telas. Se corresponden bastante bien con el tipo de tienda oriental que tanta influencia y admiración suscitó en Grecia. Bibliografía acerca de representaciones figuradas de tiendas, ver DAREMBERG-SAGLIO, s.v. *Tentorium*, vol. V, pp. 116-119. En la tragedia, las habitaciones de los griegos de Homero se describen ya como verdaderas tiendas de soldados.

¹⁵⁸ RICHARDSON, 1993, vv. 448-456, p. 318.

campaña,¹⁵⁹ de manera tal que los intentos de conciliar ambos aspectos dan en algunas ocasiones imágenes difícilmente asumibles (*Il.*, XXIV,673-675):

Allí mismo, en el vestíbulo de la morada (ἐν προδόμῳ δόμου), *se acostaron*
el heraldo y Príamo, llenos de sagaces ideas en sus mentes.

Aquiles se durmió en el fondo de la bien claveteada tienda
(κλισίης ἐϋπήκτου);¹⁶⁰.

Pocas dudas caben de que el episodio es la reutilización de una escena de recibimiento en palacio y que el poeta de la *Ilíada* reaprovecha aquí algún conocido episodio del ciclo épico, haciendo también uso de la dicción formular, los epítetos y las composiciones disponibles. Toda esta escena del rescate del cuerpo de Héctor se presenta como una unidad con un marco escenográfico propio, especialmente grandioso, muy diferente del resto de la *Ilíada*, donde Aquiles aparece habitando algo mucho más próximo a la idea que nos podemos hacer de una choza a la orilla del mar frente a la llanura del Escamandro. La diferencia es clara si comparamos la escena que acabamos de ver con el conjunto del canto IX, especialmente *Il.*, IX,658-666:

(...). *Patroclo ordenó a compañeros* (ἐταίροισιν) *y criadas* (δμῶησι)
extender para Fénix un espeso lecho (στορέσαι πυκινὸν λέχος) *cuanto antes.*
Dóciles, extendieron el lecho (στόρεσαν λέχος) *tal y como había encargado,*
pieles de oveja, sábanas y delicadas telas de fino lino.

¹⁵⁹ Un techo semejante al que se nos describe en estos versos para la cabaña de Aquiles aparece en el símil de los constructores de una casa en *Il.*, XXIII,712-713; también el ἔρεψα del v. 450 se emplea en *Il.*, I,39 referido a un templo. En el mundo de Homero son los dioses del Olimpo los que también habitan estas casas: *cfr. Il.*, I,606.

¹⁶⁰ Sería preferible, como ya hemos visto, la traducción por “la bien plantada choza”.

Allí se acostó el anciano y aguardó a la límpida Aurora.

Aquiles se durmió al fondo (μυχῶ) de la bien claveteada tienda

(κλισίης εὐπήκτου);

a su lado estaba acostada una mujer traída de Lesbos,

hija de Forbante, Diomeda, la de hermosas mejillas.

Patroclo se acostó al otro lado (ἐτέρωθεν), también junto a una mujer.

En este pasaje no encontramos referencias a un patio ni a un porche donde pernocta el invitado, ni aparece diferenciada una sala o μέγαρον del resto del habitáculo. Evidentemente podría deberse al empleo en esta ocasión de una versión simplificada de una escena típica que fuera también fuente para la escena del canto XXIV, pero el tono parece en sí diferente, como un espacio más sencillo y reducido en el que Patroclo duerme junto a la entrada, mientras Aquiles lo hace al fondo de la habitación. Cuál sea el lugar donde los criados disponen el lecho de Fénix no lo sabemos, pero parece sobrentenderse que también es dentro de la cabaña, sobre todo si atendemos a las instrucciones dadas por Aquiles a Patroclo, y la confesada intención de esta acción (*Il.*, IX,617-622):

Ésos transmitirán mi mensaje, tú quédate aquí y acuéstate

en una mullida cama (εὐνή). Al despuntar la aurora, decidiremos

si regresamos a nuestra patria o si nos quedamos.

Dijo [Aquiles], e hizo a Patroclo con las cejas una silenciosa seña

de extender para Fénix un espeso lecho (στορέσαι πυκινὸν λέχος), para que

cuanto antes

aquellos pensarán en salir de la tienda (ἐκ κλισίης) y regresar.

Cabe imaginarse que el espacio donde Aquiles se entrevista con la embajada de Agamenón será ahora donde se acueste Fénix, de forma que al ordenar extender el lecho para su invitado, ocupando el poco lugar libre, Aquiles “cortésmente” daba por terminada la discusión. Quizá el cantor contaba con que su público tenía una idea clara de qué características generales tendría cualquier habitáculo de los soldados, sin necesidad de dar más detalles adicionales. Sería, así, una cabaña amplia, pero en ningún caso disfrutando de un μέγαρον, porche y varias estancias como aparecía en el canto XXIV. También en el canto IX nos encontramos entonces con un alojamiento mucho más austero y sencillo, en el que simplemente podemos distinguir entre un espacio de habitación y otro de entrada, donde habitualmente descubrimos a Aquiles sentado ociosamente, mientras espera a que Agamenón le restaure en su honor, y donde recibe las diversas embajadas y visitas que a lo largo del poema se acercan a conversar con él (*Il.*, I,326-330; 488; IX,185-187).¹⁶¹ Esta tienda es también mucho más sencilla en cuanto al mobiliario. Apenas aparecen nombradas camas (εὐνή, λέχος: *Il.*, IX,617-622), mantas y ropa de cama (κῶας, λίνον: *Il.*, IX,661), un arcón (χηλός) donde guardar mantos y ropas (χιτῶν, χλαῖνα, τάπησ)¹⁶² y objetos especialmente valiosos como copas (δέπας) para las libaciones y cráteras (*Il.*, IX,201-225), sillas para él y sus

¹⁶¹ Para algunos autores se daría un pequeña incongruencia entre *Il.*, IX,185-187; 193 y 199, al considerar que Aquiles y Patroclo ya se encuentran desde un principio dentro de la choza: *cfr.* HAINSWORTH, 1993, v. 185, p. 87. En nuestra opinión no existe tal dificultad, puesto que, como es lógico y habitual, ambos personajes se encuentran sentados en la puerta. Nada en el texto impide pensar que sea así, y además de esta manera la escena adquiere pleno sentido. Lo podemos comparar también con *Il.*, XI,644-646 cuando Patroclo es recibido por Néstor a la puerta de su cabaña donde está sentado descansando del combate.

¹⁶² Arcones para guardar objetos de valor, también aparecen en el palacio de Príamo en *Il.*, XXIV,228; de ahí es de dónde éste saca el espléndido rescate que pretende presentar a Aquiles para recobrar el cadáver de Héctor; la multiplicación en este episodio del número de arcones evidentemente es acorde con la magnificencia y el carácter excepcional que se quiere dar al rescate y al conjunto de la escena del canto XXIV; también *Od.*, XIII,10-11.

invitados (ἔδος: *Il.*, IX,194; κλισμός y τάπις: *Il.*, IX,199-200)¹⁶³ y una forminge (φόρμιγξ) obtenida como botín (*Il.*, IX,185-189).

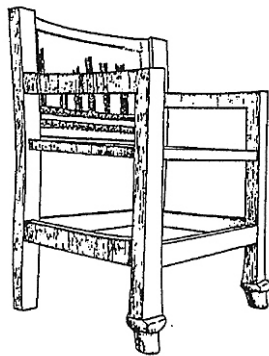
Tal simplicidad parece romperse de forma inopinada y singular en *Il.*, XVI,231, al rodearse la choza de Aquiles de un patio vallado con un altar: *Luego [Aquiles], de pie en medio del vallado (μέσῳ ἔρκει), oró y vertió el vino.*

La estructura parece similar a la casa de Ulises en la *Od.*, XXII,334 y 379, donde también dispone de un patio con un altar a Zeus. No volverá a aparecer ninguna mención, al menos directa, a estos dos elementos. El que exista un altar junto a la choza de Aquiles, o al menos un lugar para el fuego y los sacrificios, podría quizá entreverse en *Il.*, IX,201-224, donde tenemos largamente descrito el ritual de un banquete en la cabaña de Aquiles. Lo lógico es pensar en situar el fuego para el banquete fuera del habitáculo e imaginarse a Patroclo y Automedonte entrando y saliendo para servir durante toda la liturgia.¹⁶⁴ La presencia de un patio vallado tampoco se vuelve a mencionar ni directa ni indirectamente, aunque resultaría razonable su existencia dado que en diversas ocasiones se hace referencia a animales en el campamento, y ya que

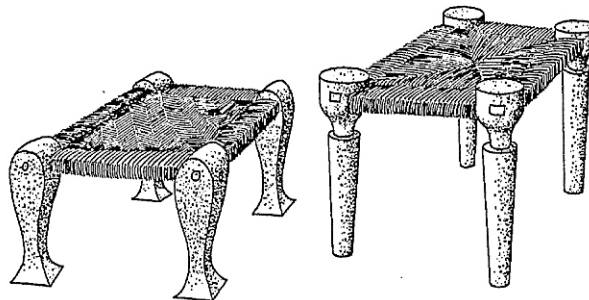
¹⁶³ El κλισμός es una silla sin brazos, a diferencia del θρόνος que, además, dispone de un alto respaldo. La primera es una silla más propia del ama de casa, mientras la segunda es para personajes de mayor categoría, como podemos comprobar en *Od.*, I,130-132. El κλισμός es, de todos modos, más cómodo que el δίφρος, la silla de cuatro patas. Los héroes griegos se sientan siempre, mientras que la costumbre de reclinarsse o tumbarse sólo llega a partir del 600 a.C., y sin un carácter universal. Para Hainsworth la elección entre θρόνος y κλισμός depende de cuestiones métricas. Sin embargo, θρόνος sólo aparece en la tienda de Aquiles en el canto XXIV, lo que refuerza la impresión del origen extra-castramental de ese episodio. También los tronos se multiplican en las casas de los dioses en el Olimpo. Otro ejemplo de esto lo tenemos en *Il.*, XI,616-623, donde Néstor, al llegar a su choza para descansar del combate, se sienta en un κλισμός, levantándose después de un θρόνος al sorprenderse ante la llegada de Patroclo a su cabaña (*Il.*, XI,644-646). En este caso también se produciría la integración imperfecta de dos escenas, una de recibimiento en una choza de campaña y otra de acogida del huésped en palacio. Evidentemente, el asiento propio de la vida en campaña ha de ser el κλισμός y no el θρόνος: *cfr.* KYRIELEIS, 1969, especialmente pp. 98-115; GARCÍA BLANCO, vol. II, 1998, p. 299; HAINSWORTH, 1993, v. 200, pp. 89-90; v. 623, p. 291; v. 645, p. 294. Ver ilustración de un *thronos* y dos *diphros* en p. 131

¹⁶⁴ Para HAINSWORTH, 1993, v. 201, p. 90, en este canto la imagen que se nos presenta de la choza de Aquiles sería especialmente sencilla, entre otras razones porque no aparecen los sirvientes y esclavos que sí tenemos trabajando en el servicio de Aquiles en otros pasajes. Patroclo, Automedonte y el propio Aquiles debían de ocuparse de todo.

también en algún lugar debían de recogerse éstos hasta ser empleados, sacrificados o consumidos.¹⁶⁵



Reconstrucción de un *thronos* y dos *diphroi*, según VAN WEES, 1995, pp. 152-153
La reconstrucción se consigue a partir de las representaciones de vasos geométricos



En relación con la sencillez de la habitación de Aquiles del canto IX, debemos también hacer notar otro elemento discordante más. Tanto para Aquiles, como para los demás héroes, la cabaña es el lugar para guardar sus pertenencias y el botín fruto de sus pillajes.¹⁶⁶ Lo desmesurado y diverso de su composición, fruto probablemente de la

¹⁶⁵ Aquiles dispone de cabras y ovejas (*Il.*, IX,207), caballos (*Il.*, XIX,281), mulas y otras reses (*Il.*, XXIII,257-261).

¹⁶⁶ Fruto de sus correrías por el Helesponto, Aquiles guarda en su cabaña a Briseida (*Il.*, I,345-348), en otra ocasión se menciona al menos a otras dos mujeres (*Il.*, IX,658-666); dispone de cabras y ovejas (*Il.*, IX,207); caballos (*Il.*, XIX,281); calderos, trípodas, mulas, reses, mujeres, hierro (*Il.*, XXIII,257-261).

exageración épica que pretende la magnificación de los héroes y de sus acciones, hace algunas veces muy difícil imaginarse lo que sería en realidad la cabaña de Aquiles si tomamos al pie de la letra los versos de Homero. En este sentido bastaría con preguntarnos por el tamaño que habría de tener, aunque sólo fuera para poder guardar todos los regalos que Agamenón le entrega como justo pago por la reconciliación entre ambos (*Il.*, XIX,42-48; 278-281):

Nada más dicha la palabra, la obra quedó cumplida:

cargaron de la tienda (ἐκ κλισίης) los siete trípodes que había prometido,

los veinte fogeados calderos y los doce caballos;

y sacaron luego a las mujeres, expertas en intachables labores;

eran siete y en octavo lugar Briseida, de hermosas mejillas.

Ulises pesó en total diez talentos de oro y partió delante,

y los demás jóvenes de los aqueos cargaron con los regalos.

(...)

y los magnánimos mirmidones se ocuparon de los obsequios

y se fueron cargados con ellos a la nave (ἐπὶ νῆα) del divino Aquiles.

Los depositaron en las tiendas (ἐν κλισίῃσι), instalaron a las mujeres,

y los admirables escuderos (θεράποντες) guiaron los caballos con la recua.

En esta circunstancia tan excepcional es normal que el poeta se deje llevar por un afán de magnificar el triunfo de Aquiles y que, por primera y única vez, haga mención no de la cabaña, sino de *las cabañas de Aquiles*. Pero es que una sola choza no sería suficiente para tal abundancia de presentes (*Il.*, XIX,278-281). Al margen de la

poesía, podemos pensar que habitualmente el botín y las propiedades personales serían bastante más reducidas y que, con el espacio de una cabaña y de las instalaciones anexas a ella en el campamento, habría espacio suficiente. Esto es lo que nos dice la lógica, pero en realidad no contamos con pistas fiables en la *Ilíada*, donde también este aspecto se subordina a los fines poéticos y narrativos.¹⁶⁷

Para el caso del alojamiento de Agamenón disponemos aún de menos datos. Igualmente nos encontramos con que en la mayoría de los pasajes se nos dice que el jefe del contingente aqueo habita una sola choza, pero en determinadas circunstancias, bien sea para la magnificación del héroe, bien por cuestiones métricas, las cabañas se multiplican y se pasa a hablar de *las cabañas de Agamenón*.¹⁶⁸ No disponemos de ninguna descripción de su choza y los pasajes son meras escenas de banquetes y de celebración del consejo del ejército. Siguen la estructura de esas escenas típicas y de allí no podemos deducir ningún dato relevante acerca de la estructura, tipo de construcción o dimensiones de la misma. La única singularidad con respecto a la de Aquiles es que en la de Agamenón se nos menciona un gran trébede para el baño (*Il.*, XXIII,38-41) tras

¹⁶⁷ Los barcos de la época, con excepción de los barcos destinados al comercio, apenas contaban con sitio para algo más que un poco de agua y víveres, siendo esta una de las razones por lo que resultaba tan dificultoso el pasar la noche en alta mar: *cfr.* CASSON, 1971, p. 44. El barco no podía ser un lugar apropiado para guardar el botín. Cuando Homero dice que Aquiles *sacó de las naves premios para los certámenes* en honor a Patroclo (*Il.*, XIII,257-261), no se refiere a las naves propiamente dichas, sino al espacio ocupado por la acampada de los mirmidones, el campamento aqueo por contraposición al lugar de asamblea donde éstos se encuentran reunidos (la playa): *cfr.* RICHARDSON, 1993, vv. 259-261, p. 201; también, cuando en *Il.*, XIX,279 los mirmidones cargaron con los regalos ofrecidos por Agamenón a Aquiles, y Homero nos dice que los llevaron al barco (ἐπὶ νῆα), se refiere al lugar ocupado por éste en el campamento, y por ello a las tiendas de Aquiles, como se aclara en *Il.*, XIX,280.

¹⁶⁸ *Il.*, II,8-9 ; XIX,189 ; 191; 241; 243; XXIII,38 (singular); VII,313; IX,71; 263; 669 (plural); *cfr.* KIRK, 1989, v. 313, p. 276: El plural κλισίησιν es utilizado a menudo para referirse a la habitación de un solo guerrero, algunas veces por conveniencias métricas y otras para dar impresión de grandeza.

el combate.¹⁶⁹ La misma falta de información tenemos en relación con las demás cabañas de los héroes mencionadas a lo largo de la *Ilíada*.¹⁷⁰

Sobre los materiales con los que se levantan las cabañas de los griegos frente a Troya sólo contamos con la descripción de Aquiles del canto XXIV, que ya hemos analizado anteriormente. Fuera de ese ejemplo, en *Il.*, IX,218-220, se califican las paredes de la tienda de Aquiles como τεῖχος (muro). Una idea parecida nos podemos formar por la descripción que se hace de la entrada de la choza de Idomeneo, cuando su escudero Meríones va a tomar de allí un par de lanzas (*Il.*, XIII, 259-261):

Idomeneo, capitán de los cretenses, le miró y le dijo:

Las lanzas que quieras, tanto si necesitas una como veinte,

están en la tienda apoyadas en la brillante pared de la entrada

(ἔσταότ' ἐν κλισίῃ πρὸς ἐνώπια παμφανόωντα).

Ἐνώπια se define como la parte interior del vestíbulo frente a la puerta, o como las paredes de un templo. Este sustantivo unido al adjetivo παμφανόωντα parece casar más con la lustrosa pared de una casa o un templo que con la choza de ramas de un soldado. Probablemente se trata de nuevo de la intromisión de elementos procedentes de fórmulas relacionadas con estructuras habitacionales diferentes a la cabaña que, sin embargo, son empleadas por corresponderse con la categoría que se le supone a uno de los héroes principales de la *Ilíada*. En general predomina una magnificación de la habitáculo del héroe convertido en casa o palacio, lo que hace muy difícil poder llegar a

¹⁶⁹ No es la única ocasión: también Diomedes dispone de baño, y también se menciona en el caso de Héctor en la ciudad de Troya (*Il.*, X,576; XXII,444).

¹⁷⁰ Néstor (*Il.*, X,73-79; XI,616-623; 644-646; XIV,10-15); Diomedes (X,148-156); Idomeneo (XIII,256-269).

conclusión alguna acerca de las estructuras de la forma de habitar real en campaña de los jefes.¹⁷¹

El problema de la falta de información es aún más acusado si nos referimos a los simples soldados. En la *Ilíada* no encontramos descripciones o referencias sobre esas chozas del $\lambda\acute{\alpha}\acute{o}\varsigma$. Apenas se nos insinúa que disponen de un fuego fuera de la tienda para cocinar y quizá de algún pequeño altar o lugar para los sacrificios y las oraciones personales de los que compartían una misma cabaña (*Il.*, II,398-401).¹⁷² Junto a ellas se ataban los caballos, donde se colocaba un pesebre (*Il.*, X,568),¹⁷³ mientras que los carros se guardarían desmontados y protegidos mediante lonas (*Il.*, II,773-779).¹⁷⁴ Pero nada más sabemos, lo cual es natural dado el carácter aristocrático del poema y la reutilización de escena provenientes de contextos extra-castramentales.

En cuanto a la cuestión de la distribución de los contingentes por zonas de habitación, lo primero que se trasluce en los poemas es que naturalmente a los principales héroes o jefes se les adjudican chozas individuales. Sólo Aquiles comparte su vivienda con Patroclo, su escudero y cochero (*Il.*, IX,658-666). La razón de esta

¹⁷¹ En la *Odisea*, Demódoco cuenta como los griegos prenden fuego a las cabañas justo antes de marchar de Troya de regreso a sus hogares (*Od.*, VIII,499-501).

¹⁷² Descripción similar para el campamento troyano lo encontramos en *Il.*, VIII,560-563.

¹⁷³ También los caballos de Posidón, al bajar a la llanura de Troya, quedan guardados en una cueva, con las patas sujetas con grilletes y junto a un pesebre (*Il.*, XIII,34-37). Evidentemente es una estructura formular que puede adaptarse tanto a la vida en campaña como a la vida civil.

¹⁷⁴ Las escenas o descripciones de cómo se desmontan y guardan los carros cubiertos por lonas para protegerlos del polvo se multiplican a lo largo de la *Ilíada* y la *Odisea*. Sin embargo se han puesto muchas objeciones a la posibilidad práctica de guardar todo un contingente de carros en una tienda de campaña. Es más, si nos fijamos, la mayor parte de los ejemplos se corresponden con contextos de palacios y casas (*Il.*, V,719-732; VIII,440-441; 432-435; *Od.*, IV,42), lo que nos puede llevar a suponer que, en realidad, en los casos en los que se mencionan carros guardados desmontados, son reutilizaciones de versos referidos a contextos de casas o palacios de héroes (por ejemplo, *Il.*, V,193-195). Por el contrario, en el campamento de Reso en el canto X, los carros parecen mantenerse montados con los caballos preparados junto a ellos (*cfr.*, *Il.*, X,470-475). Es de notar como en las tablillas de Lineal B de Cnosos aparecen carros desmontados. *Cfr.* KIRK, 1985, vv. 778; LATACZ, 2003, vv. 777-778, pp. 252-253.

excepción es obvia: los estrechos lazos afectivos y casi familiares que existían entre ambos. Pero esto debe responder a un artificio poético y no a la regla más habitual. En el caso de Idomeneo sabemos a ciencia cierta que su escudero y cochero, Meríones, habita una cabaña propia al otro lado del campamento (*Il.*, XIII,256-269). Y cuando Patroclo muera y sea sustituido por Automedonte (*Il.*, XVI,278-279), no se hace ninguna indicación expresa de que éste pase a convivir con Aquiles en su tienda.¹⁷⁵

En la *Ilíada* todos los miembros del ejército son considerados como ἑταῖροι¹⁷⁶ y asimismo todos los miembros de un contingente son θεράποντες del jefe del contingente,¹⁷⁷ independientemente de las otras funciones que cada uno pueda tener por añadidura dentro del ejército. El cochero (ἡνίοχον) del jefe de cada contingente es un θεράπον u ὀπάων¹⁷⁸ especialmente apreciado (*Il.*, XIX,315-316), y por ello distinguido, por el comandante de su contingente, quien le honra nombrándole su ayudante y servidor, tanto en la batalla conduciendo su caballo y su carro,¹⁷⁹ como en el

¹⁷⁵ Aunque quizá se podría suponer de *Il.*, XXIV,569-574, pero extrañaría entonces que, de ser así también, no se repita la imagen de Patroclo aplicada a Automedonte en *Il.*, XXIV,637-675.

¹⁷⁶ *Cfr. Il.*, IV,293-294; Patroclo es ἑταῖρός de Aquiles: *Il.*, I,345; IX,205.

¹⁷⁷ *Cfr. Il.*, V,48; en *Il.*, VIII,119-126 a Eniopeo se le denomina como θεράπων, ἡνίοχον y ἑταῖρος de su señor. Para Latacz θεράπων designa una persona libre de condición social inferior, en una escala que va desde los más humildes servidores al caso de Patroclo: *cfr. LATACZ*, 2000, p. 121; ver también HAINSWORTH, 1993, v. 322, p. 262. Esa diferencia social se manifiesta claramente en *Il.*, XI,101-104; XVI,737-739. También el escudero puede ser elegido como heredero de su señor: *cfr. Il.*, VII,148-149. *Cfr. CARLIER*, 1984, pp. 181-182.

¹⁷⁸ ὀπάων es un término micénico restringido en la *Ilíada* a 6 ejemplos, de los cuales 5 se aplican a Meríones, el escudero de Idomeneo, empleándose ὀπάων o θεράπων según criterios métricos. *Cfr. GARCÍA BLANCO*, vol. II, 1998, v. 165, p. 155; KIRK, 1989, v. 165, p. 257. Para RUIJGH, 1968, 109-155, es un vocablo que está dentro del conjunto de términos relativos a la vida social, más que a la militar.

¹⁷⁹ Por ejemplo, *Il.*, IV,226-230; V,580; VI,18-19; VI,52; VII,122; XI,47-51; 339-341; 399-400; 487-488; XII,110-113; XIII-384-386. No podemos confundir al ἡνίοχον (cochero o auriga de un héroe) con los ἱππεῖς que son el cuerpo de guerreros que luchan desde los carros y que se contraponen a los πέζοι (infantería): *Il.*, IV,293-302; XI,150-151; XI,714-732. Éstos forman un cuerpo militar que aparece y desaparece en las batallas, no habiendo ningún reflejo de su existencia en el campamento aqueo, más allá de que, como ya hemos dicho, Homero generaliza la imagen de la tienda del héroe donde se guardan los carros desmontados mientras no son usados. En el campamento aqueo no aparecen diferentes zonas de acampada según los cuerpos militares a los que pertenecen los soldados.

campamento,¹⁸⁰ sirviéndole de ayuda o delegando en él funciones en los rituales, banquetes y sacrificios,¹⁸¹ incluso disfrutando de cierta autoridad sobre criadas y demás θεράποντες de su señor (*Il.*, IX,658-662), lo que le asemeja a un mayordomo (*Il.*, XXIII,109-123). En caso de que ese φίλος θεράπων (*Il.*, VII,148-149) muera, entonces el jefe del contingente deberá elegir un sustituto entre los miembros de su ejército, probablemente siguiendo una jerarquía preestablecida.¹⁸² Dentro del clima aristocrático del poema, los grandes héroes se ven honrados al ser servidos por otros personajes de rango un poco inferior. Todos ellos, sin embargo, habitan su propia choza. Es, en definitiva, una imagen completamente idealizada de una supuesta sociedad de héroes.

Los héroes, además, se ven asistidos en el campamento por mujeres, criadas (*Il.*, XI,624; XXIV,643-648), escuderos, heraldos¹⁸³ y jóvenes (*Il.*, IX,173-178; XIX,189-194; XXIII,38-41; XXIV,122-125),¹⁸⁴ ninguno de los cuales se nos dice donde pernoctan, aunque desde luego no parece que lo hagan en la misma cabaña de su señor. Podemos suponer que ocupan alojamientos próximos al de éste y que todos ellos configuran otra zona de acampada, lo que Homero denomina como *sus cabañas*.¹⁸⁵

En el campamento, además, aparecen de manera puntual timoneles (κυβερνήται) y encargados de las vituallas (ταμίαι) (*Il.*, XIX,42-46).¹⁸⁶ Más menciones se producen acerca de la presencia de médicos y de los cuidados sanitarios

¹⁸⁰ Por ejemplo, *Il.*, VIII,109-114; IX,617-622; XI,616-623; 842-843.

¹⁸¹ Por ejemplo, *Il.*, IX,201-224; XIX,315-316.

¹⁸² Por ejemplo, *Il.*, XVI,145-146; 278-279; XXIII,563-564; XXIV,569-574. *Cfr.* WILLCOCK, vol. II, 1984, v.145, p. 246.

¹⁸³ También son θεράποντες los heraldos de Agamenón: *cfr.* *Il.*, I,321.

¹⁸⁴ Según HAINSWORTH, 1993, vv. 174-177, pp. 83-84, los κούροι son los jóvenes libres que se encuentran de servicio.

¹⁸⁵ Por ejemplo, *Il.*, XIX,278-281; XXIII,549-550.

¹⁸⁶ Los timoneles no participan en la lucha, probablemente por ser personajes cuya especialización y valía era tan valorada que no se justificaba el arriesgar su seguridad. *Cfr.* MARK, 2005, pp. 148-149.

en el campamento, tanto porque el poema se abre con la peste enviada por Apolo como castigo al ultraje recibido por Crises, como por la atención que se dedica al cuidado de los muchos heridos que se producen en batalla.

La peste se atribuye en su origen a la ira de Apolo, lo cual resulta completamente coherente con lo que podemos esperar de una obra poética épica de época arcaica.¹⁸⁷ Sin embargo, quizá podríamos entender, como signo de una cierta familiaridad del autor con enfermedades contagiosas entre grandes contingentes militares, el hecho de que los dardos de Apolo causen sus primeras víctimas entre las acémilas y los perros (*Il.*, I,48-53), para luego extenderse por todo el campamento (*Il.*, I,382-385).¹⁸⁸ Mucho tiempo después Esquilo, en su *Agamenón* (187), dirá que el viento y el hambre en Aulis fueron los que precedieron a la peste en el campamento, racionalizándose (no sabemos con qué fundamentos) así el mito.

También en la solución aparecen claros indicios de la existencia de conocimientos médicos avanzados. En primer lugar, claro está, la peste se soluciona aplacando la ira de Apolo, para lo que se envía a Odiseo con algunos compañeros más a fin de devolver al sacerdote Crises a su hija Criseida y restablecer la relación con la divinidad mediante una hecatombe (*Il.*, I,453-457). Pero de forma paralela Agamenón ordena a la hueste la purificación del campamento (*Il.*, I,313-318):

¹⁸⁷ [Agamenón] *Mas, ea, a algún adivino (μάντιν) preguntemos o a un sacerdote (ἱερεῖα) /o intérprete de sueños (ὄνειροπόλον) –que también el sueño procede de Zeus- / que nos diga por lo que se ha enojado tanto Febo Apolo (Il., I,62-64).* Poseemos también documentos escritos hititas de plegarias ofrecidas en tiempos de plagas por el rey hitita Mursilis (c. 1310 a.C.), donde se puede leer: *if, on the other hand, people are dying for some other reason, either let me see it in a dream, or let it be found or by an oracle, or let a prophet declare it, or let all the priests find out by incubation whatever I suggest to them;* el paralelismo es sorprendentemente cercano y demuestra como la influencia de Oriente está fuertemente impresa en la raíz de la *Ilíada*: *cfr.* PULLEYN, 2000, pp. 142-143.

¹⁸⁸ Sin embargo, la duración de nueve días de la peste (*Il.*, I,53) en el campamento no refleja un período de incubación de la enfermedad, sino que es una expresión numérica típica de la narración épica: *cfr.* KIRK, 1985, pp. 58-59; PULLEYN, 2000, p. 140.

El Atrida ordenó a las huestes purificarse;
(λαοὺς δ' Ἀτρείδης ἀπολυμαίνεσθαι ἄνωγεν)
y ellos se purificaron y echaron al mar el agua lustral,
(οἱ δ' ἀπελυμαίνοντο καὶ εἰς ἄλλα λύματα βάλλον)
y sacrificaron (ἔρδον) en honor de Apolo cumplidas hecatombes
de toros y de cabras junto a la ribera (παρὰ θῖν') del proceloso mar.
Y la grasa ascendió al cielo enroscándose en el humo.
De esto se ocupaban en el campamento (κατὰ στρατόν); (...).

Puede ser que aquí nos encontremos con ciertos indicios de cómo uno de los problemas habituales entre los grandes contingentes militares era el de la higiene del campamento y que la solución de los problemas que surgían por la aparición de enfermedades pasaba muchas veces por una limpieza general de los soldados y del lugar de acampada. Pero, de todo esto, nada se nos dice directamente en Homero.¹⁸⁹

En todo caso, la purificación de los soldados es más que un mero lavado de manos y tiene como objetivo el quitar toda polución o miasma, con lo que eso tiene de higiénico, pero también de acción simbólica. Sus cuerpos habían estado sometidos al peligro de la plaga y por ello debían de ser especialmente limpiados.¹⁹⁰ La idea de que la enfermedad provoca manchas que han de ser eliminadas mediante la limpieza es una

¹⁸⁹ El abastecimiento de agua y la sanidad en un campamento tan grande debieron de ser un grave problema, pero en Homero no aparece ni mínimamente reflejado: *cf.* SEYMOUR, 1907, pp. 570-571.

¹⁹⁰ KIRK, 1985, vv. 313-314, pp. 84-85.

idea universal que, lógicamente, también encuentra su eco en una obra como la *Ilíada*.¹⁹¹

Agamenón acepta como propia la responsabilidad por la salubridad en el campamento, según él mismo reconoce en la asamblea frente a todo el ejército (*Il.*, I,117): *Yo quiero que la hueste (λαὸν) esté sana y salva, no que perezca*. De aquí podemos deducir que dentro de las competencias de cualquier general de un ejército, ya en época tan temprana, entraría la elección del lugar de acampada.

Con todo, la peste que azota al campamento aqueo no deja de ser un mero instrumento dramático que tiene como fin el introducir el tema de la disputa entre Aquiles y Agamenón. De forma sorprendente, después de solventado el problema no vuelve a aparecer mencionado, como tampoco sus consecuencias. La embajada capitaneada por Ulises regresa de cumplir su misión sin ser recibidos con muestras de alegría y como salvadores del ejército.¹⁹² Quizá esto no sea imprescindible, pero para una mentalidad moderna extraña que Homero no mencione ni tenga nunca en cuenta las consecuencias que en la disminución de efectivos pudo tener la enfermedad en el ejército.

La otra gran cuestión médica en los campamentos era el tratamiento de los heridos en batalla, por otro lado bastante abundantes. Su cuidado se lleva a cabo en las tiendas y corre a cargo de los servidores y de los compañeros.¹⁹³ No se menciona en ningún caso la cauterización de heridas, aunque sí la extracción con cuchillos de las

¹⁹¹ Cfr. PARKER, 1983, especialmente p. 210; LATACZ, 2000, p. 118. LEAF, vol. I, 1900-1902, p. 27, da una interpretación diferente, que sin embargo, no nos parece tan adecuada, aunque pudiera ser complementaria. Según Leaf, los griegos se han abstenido de las abluciones durante la plaga en señal de duelo y ahora expulsan sus culpas una vez que se ha producido la restitución.

¹⁹² PULLEYN, 2000, p. 236.

¹⁹³ *Il.*, XI,825-828; XVI,23-24; XI,842-843

puntas de flecha de las heridas y los vendajes.¹⁹⁴ No existe en el ejército un cuerpo sanitario exclusivamente dedicado a esa actividad. Todos los guerreros en el campamento parecen tener conocimientos básicos de medicina, aunque a esto se añade la existencia de auténticos médicos, muy valorados por sus mayores conocimientos, y entre los que destaca Macaón (*Il.*, XI,512-520):¹⁹⁵

*¡Deprisa! Monta en tu carro y que a tu lado suba Macaón,
y conduce cuanto antes los solípedos caballos a las naves (ἔς νῆας).
Un hombre que es médico (ἰητρὸς) vale por muchos otros
para extraer saetas y espolvorear benignas medicinas (φάρμακα).
Así habló, y obedeció Néstor, anciano conductor de carros.
Al punto montó en su carro, y a su lado subió Macaón,
el hijo de Asclepio, el intachable médico (ἰητήρως).
Fustigó a los caballos, y los dos no sin ganas echaron a volar
hacia las huecas naves (νῆας ἔπι); pues allí los llevaba su querencia.*

Estos médicos no dejan de ser guerreros, presentes como los demás en el campo de batalla.¹⁹⁶ Sus cuidados con los heridos no se nos especifican, pero sí sabemos que hacen el reconocimiento de las heridas,¹⁹⁷ las lavan y espolvorean medicinas

¹⁹⁴ *Il.*, XI,829-836; XIII,598-599: en contra de la opinión de HAINSWORTH, 1993, vv. 842-848, p. 311.

¹⁹⁵ También es alabado como médico especialmente dotado Podalirio, hermano de Macaón, de donde podemos concluir que las artes médicas se transmitían y enseñaban especialmente en el ámbito familiar. A su vez también Patroclo tiene abundantes conocimientos médicos que le ha transmitido Aquiles, que a su vez los aprendió del centauro Quirón (*Il.*, XI,829-836). Otro médico de especial renombre será Peón: V,900-901. Sin embargo, en el campamento debían de existir muchos más (*Il.*, XIII,210-215; XVI,28-29).

¹⁹⁶ *Cfr. Il.*, IV,192-194; 198-209.

¹⁹⁷ *Cfr. Il.*, IV,190-191.

(φάρμακα) cuya principal virtud es lograr disminuir los dolores.¹⁹⁸ En algunos casos, el primer tratamiento consistente en succionar la herida, acción cuya finalidad y origen no resulta clara.¹⁹⁹

Otro grupo presente en el campamento es el constituido por los adivinos, a los que en la *Ilíada* se les reconocen diferentes modalidades (*Il.*, I,62-64):

*Mas, ea, a algún adivino (μάντιν) preguntemos o a un sacerdote (ἱερεῖα)
o intérprete de sueños (ὄνειροπόλον) –que también el sueño procede de Zeus-
que nos diga por lo que se ha enojado tanto Febo Apolo.*

Este texto no está exento de polémica sobre la clasificación en categorías y subtipos de adivinos que podría presentar aquí Homero dependiendo de la interpretación del texto. Aristarco consideraba que μάντις era la denominación genérica, mientras ἱερεῖς y ὄνειροπόλος serían subcategorías entre los adivinos según realicen el vaticinio mediante sacrificios o mediante sueños.²⁰⁰ Sin embargo, para interpretar correctamente el pasaje debemos también tener en cuenta cómo Aquiles nombra únicamente dos grupos, el de los adivinos y el de los sacerdotes (*Il.*, XXIV,221). En el campamento griego sólo aparecen los adivinos, a la vez que los sacerdotes están relacionados fundamentalmente con los templos, y por eso sólo se mencionan del lado

¹⁹⁸ *Cfr.* *Il.*, V,900-901; XI,829-836; XV,390-395; XVI,28-29; XXIII,38-41. Las medicinas debían de ser muy variadas, aunque ni en la *Ilíada* ni en la *Odisea* se nos especifican sus tipos (*Od.*, X,276; *Il.*, XVI,28-29). Φάρμακον es un término que aparece ya en micénico, lo que podría poner de manifiesto la antigüedad de todos estos fragmentos.

¹⁹⁹ *Il.*, IV,217-219: para algunos autores esta acción se debería al empleo de dardos y flechas impregnadas de veneno. Aunque esto no aparece en la *Ilíada* directamente, sí está constatado en la *Odisea* (*cfr.* *Od.*, I,259; II,328). *Cfr.* GARCÍA BLANCO, vol. II, 1998, vv. 217-218, p. 17; WILLCOCK, vol. I, 1978, v. 218, p. 226.

²⁰⁰ PULLEYN, 2000, pp. 142-143.

troyano.²⁰¹ La función de intérprete de sueños cae dentro de la competencia de los adivinos, como el caso de los intérpretes de los vuelos de los pájaros.²⁰²

Este último tipo es al que pertenece Calcante (οἰωνοπόλος), un adivino de especial relevancia en la narración de la *Ilíada*, y el único presente en el campamento aqueo, pero cuyas funciones son más amplias que la mera predicción por el vuelo de los pájaros.²⁰³ Calcante sería, de forma más general, un μάντις, pudiendo conocer el pasado, el presente y prever el futuro (*Il.*, I,68-73):

*Tras hablar así, se sentó; y entre ellos se levantó
el Testórida Calcante, de los agoreros (οἰωνοπόλων) con mucho el mejor
que conocía lo que es, lo que iba a ser y lo que había sido
y había guiado a los aqueos con sus naves hasta Ilio
gracias a la adivinación (διὰ μαντοσύνην) que le había procurado Febo Apolo.*

El papel de estos adivinos en los ejércitos debió de ser de gran relevancia, puesto que aparecen en las ocasiones más importantes, interpretando los sucesos de los tiempos, y sirviendo de guías y referencias para el ejército y para sus mandos. Sin embargo, a lo largo del poema nada se nos dice sobre su emplazamiento o elementos de prestigio de los que se hubieran rodeado en la acampada. No sabemos si ocupa algún lugar destacado, ni siquiera cómo era su tienda, ni si ésta, como cabría esperar, sería

²⁰¹ Además todos proceden de la zona de Asia Menor: Crises, Dares (*Il.*, V,9), Laógono (*Il.*, XVI,604), Téano, (*Il.*, VI,300) y Marón (*Od.*, IX,197). Cfr. GARCÍA BLANCO, vol. I, 1991, v. 63, p. 6.

²⁰² Zenódoto suprimía *Il.*, I,63, según KIRK, 1985, v. 63, p. 59, porque los intérpretes de sueños no aparecen en ningún otro lugar de la *Ilíada*, siendo a una categoría diferente de la de los profetas y sacerdotes. Sin embargo, estos interpretes de sueños sí que aparecen en *Il.*, V,149-150; ver también GARCÍA BLANCO vol. I, 1991, v. 63, p. 6. Para los intérpretes de los vuelos de los pájaros, ver LATACZ, 2000, pp. 51-52.

²⁰³ En el bando troyano se menciona a Heleno y a Ennomo, éste último dentro del contingente de Misia: *Il.*, VI,76; II,858; XVII,218.

individual. La solución a todas estas incógnitas no la podemos hallar en Homero, quien dedica poca atención a todo lo que no tenga relación directa con la trama del poema.

La última cuestión que queda aún por resolver es la distribución de la masa de los soldados en el campamento por grupos. El que los jefes de los contingentes habiten en cabañas individuales resulta lógico y coherente, pero no es posible que todos y cada uno de los soldados del ejército hagan lo mismo. La ausencia de menciones a esta cuestión en relación con la masa de soldados no se debe a que fuese la de los jefes la norma general, sino a que Homero centra su atención en los héroes y no en el pueblo.

Por otro lado, sabemos que el conjunto del ejército se distribuye por contingentes, y cada uno de ellos se distribuye a su vez por barcos. Es natural que todos los efectivos de un barco se mantengan próximos a éste y entre ellos mismos, tanto por cuestiones tácticas como logísticas.²⁰⁴ Dado que las tripulaciones de las embarcaciones oscilaban entre 20 y 120 en el contingente griego (considerándose que lo más habitual son 50 tripulantes por barco),²⁰⁵ no podemos pensar que todos los miembros de una tripulación compartiesen la misma choza; incluso es difícil imaginarlo para la marinería de los barcos más pequeños. La única hipótesis con una cierta lógica y apoyo en el texto homérico sería suponer que los alojamientos habitualmente eran de 10 soldados, es decir, que la unidad fundamental de estructuración del campamento militar era la década.

Un primer empleo de la década como unidad de organización militar en la *Ilíada* lo encontramos con ocasión de la subdivisión de las flotas de los contingentes griegos llegados a Troya, que aparecen enumerados en el *Catálogo* de las naves del canto II. Así

²⁰⁴ Cfr. *Il.*, II,398-401; XIX,160-162; XIX,275-277; XXIII,1-5; *Od.*, IV,426-430.

²⁰⁵ JANKO, 1992, vv. 168-172, p. 340; LATACZ, *Gesamtkommentar. Band 2.*, 2003, v. 719, pp. 232-233. MARK, 2005, p. 135.

lo podemos ver, por ejemplo, en el caso de Élide (*Il.*, II,618-619): *De éstos cuatro eran los jefes (ἀρχοὶ), y a cada uno diez / veloces naves (νήες) acompañaban con muchos epeos embarcados.*

Igual disposición muestran los beocios, con cinco jefes para cincuenta naves (*Il.*, II,494-510). También son cincuenta los barcos de Aquiles, que en el *Catálogo* aparece como único comandante. Sin embargo, en *Il.*, XVI,168-172, se nos aclara que bajo sus órdenes se encontraban otros cinco jefes, cada uno de ellos responsabilizándose del mando de diez naves y en la inmensa mayoría de los casos del *Catálogo*, la situación es similar: son contingentes de naves en múltiplo de diez a los que se asignan uno o dos jefes para su mando, lo que hace posible pensar que, como en el caso de Aquiles, debemos suponer que existen más subdivisiones en el mando por debajo de ese comandante supremo y que, al igual que en el caso de los mirmidones, siempre que sea posible será por décadas.²⁰⁶ En todo caso, es tan sólo un indicio más, puesto que ya vimos cómo el *Catálogo* tiene un origen diferente e independiente del resto de la *Ilíada*, y bien puede reflejar una realidad que no necesariamente sea generalizable al resto del poema. Además, se refiere a las embarcaciones que componen las flotas y no a la organización logística del ejército.²⁰⁷

Aún así, en el canto II, Agamenón pone un curioso ejemplo para ilustrar la superioridad numérica de los aqueos sobre los troyanos (*Il.*, II,126-128):

²⁰⁶ Las excepciones son Orcómeno con 30 naves y dos jefes; Salamina, con 12 naves y un solo jefe; Rodas, con 9 naves divididas en 3 grupos y con un solo jefe; Metona, con 7 naves bajo un solo comandante; y Trica con 30 naves y 2 jefes comandando la flota. También Janko y Latacz piensan que un líder por cada 10 barcos es la *ratio* habitual: *cfr.* JANKO, 1992, vv. 168-197, pp. 339-340; LATA CZ, 1977, p. 60.

²⁰⁷ Según LATA CZ, *Gesamtkommentar. Band 2.*, 2003, p. 154, las cifras de barcos del *Catálogo* parecen corresponderse con la importancia militar de la región a la que se refieren, representándose así su riqueza de población. La calificación media es de 40 barcos, subiendo de diez en diez hasta los cien barcos. Sin embargo, el mismo LATA CZ, 1977, pp. 60-62, considera que la división en cinco grupos de las fuerzas de Aquiles se refieren a la organización de la flota en tierra.

... y [si] *nosotros, los aqueos, nos distribuyéramos en grupos de diez*
(ἐς δεκάδας διακοσμηθῆμεν)
y cada grupo escogiéramos un troyano para escanciarnos vino,
muchas décadas (πολλάκι κεν δεκάδες) carecerían de escanciador.

Evidentemente se trata de un suceso que no se refiere directamente a la organización castramental del ejército, pero cabe recordar que en la cultura griega posterior existirán muchas relaciones entre la participación en banquetes de los miembros de unidades militares y la propia organización de la milicia, especialmente en el caso de Esparta. El que el sistema numérico griego tenga ya desde época micénica una base diez, tampoco obliga a invalidar esta opción. Sería, por el contrario, un indicio más de lo plausible de la hipótesis.²⁰⁸ El problema es que éste es el único ejemplo del empleo de décadas en la organización castramental en toda la *Ilíada*.

Hay tres casos más referidos a la organización logística de los ejércitos en campaña, que debemos destacar por emplear en todos ellos una misma fórmula (*Il.*, VII,380): *Tomaron luego la cena en el campamento divididos en grupos* (κατὰ στρατὸν ἐν τελέεσσιν). Los otros dos casos se refieren también al ejército troyano (*Il.*, XVIII,298) y a un ejército de tierra (*Il.*, XI,730). Pero el principal obstáculo es que la expresión utilizada resulta tan ambigua, que no permite afirmar o rechazar la hipótesis que estamos presentando.

Una última descripción de lo que podemos llamar la organización o distribución logística de un ejército se centra también en el ejército troyano, narración por otra parte

²⁰⁸ El sistema con base diez aparece ya desde la Lineal A y tiene raíces indogermánicas: *Cfr. Die Kleine Pauly*, V, Munich 1975, 1449-1452, s.v. *Zahlensysteme*; LATACZ, *Gesamtkommentar. Band 2.*, 2003, vv. 125-126, p. 123.

cargada de acentos poéticos, cuya finalidad es cerrar de forma muy bella el canto VIII (560-563):

... tantas eran, en medio (μεσηγύ) de las naves (νεῶν) y de las corrientes del Janto, las fogatas (πυρὰ) de los troyanos que se veían encendidas ante (πρό) Ílio. Mil hogueras (πυρὰ) ardían en la llanura (ἐν πεδίῳ), y junto a cada resplandor de ardiente fuego cincuenta (πεντήκοντα) hombres se hallaban sentados.

Es evidente que estos 50 hombres recuerdan a los 50 marineros que conforman la dotación más habitual de los barcos en la *Ilíada*, aunque la relación entre uno y otro aspecto no deja de ser una suposición con un frágil fundamento.²⁰⁹

Otro caso que pudiera servirnos de ilustración sobre una organización en décadas lo encontramos en la distribución de los efectivos griegos para guardar el muro en *Il.*, IX,80-88:

Los vigilantes (φυλακτῆρες) se precipitaron con las armas (σὺν τεύχεσιν) en torno (ἄμφι) del Nestórida Trasimedes, pastor de huestes, y en torno de Ascálafo y Yálmeneo, hijos de Ares, y en torno de Meríones, Afareo y Deípiro, y en torno del hijo de Creonte, Licomedes, de casta de Zeus. Siete eran los jefes de las guardias, y con cada uno cien (ἑπτ' ἔσαν ἡγεμόνες φυλάκων, ἑκατὸν δὲ ἑκάστῳ) muchachos (κοῦροι) se encaminaron con las lenguas picas en las manos.

²⁰⁹ También aparecen grupos de 50 hombres en la emboscada narrada en la historia de Tideo, que Agamenón cuenta en *Il.*, IV, 392-393.

Marcharon y se apostaron entre medias de la fosa y del muro

(κάδ δὲ μέσον τάφρου καὶ τείχεος ἴζον ἴοντες).

Y allí cada grupo encendió una hoguera y se preparó la cena

(ἐνθα δὲ πῦρ κήαντο, τίθεντο δὲ δόρπα ἕκαστος).

De esta manera, la única descripción real sobre la forma de organización de la acampada nos permite pensar que sería en décadas, lo cual casa bastante bien con la lógica de organización que en materia logística hemos comprobado a lo largo de la *Iliada*.²¹⁰ Eso no quiere decir que podamos afirmar lo mismo en cuanto a la estructuración del ejército en el campo de batalla.²¹¹ Pero la necesaria lógica de la organización logística nos permite suponer que esa subdivisión en décadas es, de las hipótesis posibles, la más razonable.²¹²

En resumen, el análisis que acabamos de realizar pone de relieve, una vez más, cómo la *Iliada* se configuró a través de la adaptación de tradiciones poéticas muy diversas, introducidas en el marco épico troyano unas veces de forma más acertada que otras, algunas con raíces muy profundas y antiguas, cuyas trazas se pueden rastrear en el Oriente, mientras en otros casos parecen reflejar momentos más tardíos y próximos al siglo VI.

²¹⁰ Los siete jefes de la guardia naturalmente no se corresponden con una década, sino con las siete puertas del campamento, probable influencia de la Tebaida: GARCÍA BLANCO, vol. II, 1998, vv. 79-88, p. 219.

²¹¹ En el campo de batalla los ejércitos se organizan en πύργος, στίχες o φάλαγγες como elementos tácticos fundamentales. Tales designaciones se emplean en formaciones, marchas y durante las batallas, pero, por el contrario, nunca cuando el ejército está acampado: *cfr.* LATACZ, 1977, pp. 51-55. La cuestión de la organización de los ejércitos de la *Iliada* en el campo de batalla se sale del campo de este estudio. En todo caso, se puede consultar la obra de Latacz, que acabamos de mencionar, y la propuesta contraria presentada por VAN WEES, 1986, pp. 285-303.

²¹² Tampoco cabe pensar que la división en fraternías y tribus, que propone Néstor a Agamenón en II,360-369, pueda haber sido el fundamento de organización del campamento aqueo: *cfr.* ANDREWES, 1961, pp. 129-140.

Así, hemos podido identificar tradiciones marineras que reflejan con gran exactitud lo que debió de ser la técnica de botadura y arribada de los barcos a la costa, y que casan perfectamente con el ambiente marítimo del poema; también la disposición de los barcos en la playa, la colocación de las cabañas protegidas entre las líneas de barcos, y el que éstas respondan originalmente a la idea de chozas y no de tiendas, como aparecen equívocamente en las representaciones de vasos de época clásica. Todo eso muestra que la épica se alimenta de elementos tomados de la experiencia militar de contingentes embarcados, asentados en playas de territorios extranjeros. Por el contrario, también hemos descubierto dentro de ese ambiente castrense la intromisión de escenas poéticas palaciegas, extrañas completamente al marco rudo y guerrero de la *Iliada*, y cuya finalidad es poética, embelleciendo y distinguiendo la vida de los héroes griegos en campaña, frente a la del común de los mortales. De esta forma, la cabaña de los jefes aqueos se ve transformada en algunos pasajes en un verdadero palacio donde recibir dignamente a otros grandes personajes o emisarios, dotadas de patios, antesalas, mégaron, cuerdas, etc. Esas incongruencias y faltas de consistencia resultante en la imagen de conjunto poco importan dada la finalidad esencialmente poética y no histórica de la obra.²¹³ Por eso, el espíritu aristocrático y poético en el que se desenvuelve la composición se convierten en un gran obstáculo para conocer cuál era la realidad de las acampadas griegas anteriores a la época clásica. El poeta sólo se centra en los grandes héroes y en sus relaciones, tanto con sus iguales como con sus servidores más allegados, pero apenas nos deja atisbar la vida de los soldados que luchan y mueren junto a sus jefes, o incluso de personajes más destacados como sacerdotes y adivinos.

Pero no todo en el poema pertenece exclusivamente a la construcción poética de su autor, sino que, por el contrario, también refleja un sustrato castrense, más o menos

²¹³ Por ejemplo, entre el canto IX y el XXIV en relación con la tienda de Aquiles.

fácil de identificar, que permite arrojar algunas luces sobre la organización de las acampadas de grandes contingentes previo a la época clásica. Así, por ejemplo, ya hemos indicado que todo el proceso de botadura y arribada de las naves a la orilla es reconstrucción fiel de lo que debió de ser esta práctica. De igual modo, la imagen del campamento constituido por grandes líneas de barcos varados tierra adentro, entre las que se sitúan las chozas de los soldados, sirviéndose de los propios barcos como defensa frente a los atacantes, también debe de responder a los usos habituales de este tipo de contingentes. Asimismo también respondería a los usos castrenses habituales la ordenación interna general de la acampada, con cabañas individuales y más grandes para los jefes militares, y con la década como principio organizador de la misma, particularmente en cuanto a la logística (aunque el fundamento para esta última propuesta no sea demasiado consistente y debamos calificarla como de mera hipótesis).

En Homero, junto a la idealización de muchas escenas, también podemos reconocer una realidad abigarrada y, en gran medida caótica, de hombres, mujeres, servidores, animales, cuyas vidas discurren en un constante ir y venir entre barcos, chozas, fuegos y armas descansando a la puerta de las cabañas.

5. Las estructuras defensivas del campamento.

El primer aspecto a considerar en este apartado es la posible existencia de algún tipo de construcción defensiva para el campamento aqueo previo al levantamiento del foso y del muro narrado en el canto VII. El fundamento de esta hipótesis no lo debemos buscar en los textos de Homero, sino en el conocido análisis que de la guerra de Troya hace Tucídides al comenzar su obra (*Il.*, I,11):

... ἐπειδὴ δὲ ἀφικόμενοι μάχη ἐκράτησαν (δηλον δέ· τὸ γὰρ ἔρυμα τῶ
στρατοπέδῳ οὐκ ἂν ἐτειχίσαντο)...²¹¹

Según la interpretación más común del texto, los aqueos habrían construido un muro para proteger el campamento nada más lograr vencer a los troyanos en la operación de desembarco, es decir, en el primer año de la guerra. Sin embargo, en la *Ilíada* la construcción del muro y el foso para la defensa se lleva a cabo en el canto VII por consejo de Néstor, al décimo año de la estancia de los griegos en las playas del Helesponto (*Il.*, VII,336-344; 435-441). Pero Tucídides no se refiere a ningún otro muro que fuese construido o ampliado más tarde. Además de este autor, tan sólo existe mención a la construcción de un muro para la defensa de las naves en el primer año de la guerra en el resumen de Proclo de los *Cypria*.²¹²

²¹¹ ...y una vez que, después de llegar [los aqueos] vencieron en batalla (es evidente, pues si no no hubieran construido la fortificación del campamento)... (Traducción RODRÍGUEZ ADRADOS, 1985).

²¹² Según otros estudiosos también encontraríamos referencias a ese muro en Hdt., II,118, y algún otro autor latino (Ovid., *Met.*, XIII,212; 149; *Ilias Latina*, 649), pero en estos dos últimos casos la tradición parece haberse formado más tardíamente y no haber jugado ningún papel en la discusión de los escoliastas griegos: *cfr.* DOLIN, 1983, p. 119, n. 1. En cuanto al texto de Heródoto, II,118, en nuestra opinión el verbo ἰδρύω no tiene por qué implicar la construcción de un muro.

El texto tucídideo se ha convertido en una *crux* de los estudios clásicos que se ha intentado solventar desde diversos ángulos sin ningún resultado convincente.²¹³ Algunos autores han intentado abordar el problema desde la óptica de la tradición textual proponiendo enmiendas y lecturas del pasaje más acordes con el contexto de la *Iliada*. Se ha llegando a negar que Tucídides se refiera a la construcción de un muro al inicio de la guerra, defendiéndose, por el contrario, que en realidad se referiría al construido en el décimo año de la contienda.²¹⁴ Sin embargo, forzar un texto para lograr una lectura más acorde con nuestros conocimientos no parece ser la mejor de las soluciones posibles.

Muy próximo a esta propuesta sería leer el pasaje, no como una afirmación, sino como una conclusión de Tucídides derivada de su propia experiencia militar.²¹⁵ Sin embargo, debemos todavía discutir si en el siglo V al desembarco de una tropa atacante le seguiría inmediatamente, en caso de victoria, la construcción de alguna forma de empalizada defensiva.²¹⁶

Otra posibilidad es la apuntada por D. L. Page, quien mantiene la lectura clásica del pasaje, pero concluyendo que el texto de la *Iliada* empleado por Tucídides era diferente al nuestro y en él no habría ningún rastro de la construcción del muro en el canto VII, es decir en el décimo año de la guerra. Además, Page argumenta de nuevo que Tucídides aplica la lógica militar de su propia época, asumiéndose la práctica de la construcción de defensas para el campamento inmediatamente después de la victoria en

²¹³ Un sencillo resumen de la cuestión podemos encontrarlo en KIRK, 1989, vv. 327-343, pp. 2776-278.

²¹⁴ Ver DAVISON, 1965, pp. 5-28, esp. 3, siguiendo la lectura de ἀνατείχισαντο, en vez de ἄν ἐτείχισαντο propuesta por COOK, 1954/5, p. 3, en contra de la antigua corrección οὐκ ἄν <ἐτείχισαντο por ROBERTSON, 1924, p. 7. Para una exhaustiva discusión del problema, más o menos similar a la propuesta por Cook o Davidson, ver DOLIN, 1983, 119-149. De la misma opinión es también SINGOR, 1992, pp. 401-402.

²¹⁵ DOLIN, 1983, pp. 119-124.

²¹⁶ Cfr. *Infra* p. 514 y ss.

el desembarco. Eso conduce a este autor a considerar el pasaje del canto VII como una interpolación de época clásica que no fue detectada por los filólogos alejandrinos.²¹⁷ En su opinión, además, habría rastros de ese muro primitivo en *Il.*, XIV,30-32.²¹⁸ Sin embargo, la narración de la construcción del muro y la lucha en torno suyo están perfectamente ancladas en el sentido y en el desarrollo dramático del poema y considerarlas como una interpolación es mutilar una parte sustancial del mismo.²¹⁹ Tampoco *Il.*, XIV,30-32 tiene por qué interpretarse exclusivamente como un muro pegado a las popas de los barcos varados y diferente del muro construido en VII.²²⁰

Otra propuesta de gran interés es la de West, quien defiende la autenticidad del pasaje de la construcción del muro aqueo en el canto VII y lo considera esencial en el desarrollo argumental de la obra de Homero.²²¹ La solución al problema radicaría en que la fuente de Tucídides no sería la *Ilíada*, sino el conjunto de la tradición épica en torno al desembarco inicial de las fuerzas aqueas que, evidentemente, no está recogido directamente en aquella, sino en los *Cypria*, fuente muy conocida en los siglos V y IV. De esa información Tucídides desarrollaría una deducción táctica que le sirve para racionalizar el mito, y según la cual la construcción defensiva inicial de los aqueos sería

²¹⁷ PAGE, 1959, pp. 315-324.

²¹⁸ Esta idea es también aceptada por GARCÍA BLANCO, vol. II, 1998, vv. 338-343, p. 166; también WILLCOCK, vol. I, 1978, v. 337, p. 257, añadiendo a su vez el caso de XIII,683; *cfr.* WILLCOCK, vol. II, 1984, v. 683, p. 221.

²¹⁹ *Cfr.* TSAGARAKIS, 1969, pp. 129-135, para una crítica a la visión de Page. También WEST, 1969, pp. 255-260; REINHARDT, 1961, pp. 190-206.

²²⁰ *Il.*, XIV,31-32: τὰς γὰρ πρώτας πεδίονδε / εἴρυσαν, αὐτὰρ τείχος ἐπὶ πρύμνησιν ἔδειμαν. La partícula ἐπὶ no significa necesariamente “pegado” o “contiguo”, sino también “cerca de” o “en torno a”. En cuanto a *Il.*, XIII,683, en nuestra opinión resulta bastante claro que se refiere al muro de VII y no a alguna otra posible construcción. Igualmente Janko está de acuerdo en que la referencia sería al muro construido en VII: *cfr.* JANKO, 1992, vv. 682-684, p. 132. Opinión contraria es la de WILLCOCK, vol. II, 1984, v. 683, p. 221.

²²¹ WEST, 1969, pp. 255-260.

el resultado lógico de su victoria en el desembarco.²²² Esta suposición, además, podemos nosotros completarla con el hecho de que Tucídides no se refiere, como hace Homero, a un τείχος, sino a un ἔρυμα, una construcción defensiva mucho más endeble y de más rápida construcción.²²³ De esa manera Tucídides, no se refiere nunca al muro aqueo, sino a otra construcción defensiva inicial ausente de la *Ilíada*, pero presente en la tradición épica que él estaba manejando.

No obstante, esta solución tampoco está exenta de dificultades. La más importante es que no existe ninguna referencia a un muro, ni grande ni pequeño, en la *Ilíada* antes del canto VII. Así, por ejemplo, no hay ninguna referencia a un τείχος como obstáculo para el despliegue en formación de los guerreros aqueos en la llanura Escamandría (*Il.*, II,441-482) antes del primer día de combate narrado en el poema. Tampoco cabe pensar que el muro del canto VII sería una reconstrucción o un recrecimiento del muro construido tras el desembarco, según podemos leer tanto en *Il.*, VII,336-344, como en VII,435-441.²²⁴ La última posibilidad sería pensar que Homero, dada la escasa entidad del muro erigido el primer año y la nula importancia para el desarrollo de los acontecimientos narrados hasta VII, no hace mención a esa primera construcción por considerar que era ya de todos conocida. Sin embargo, si Homero tuviera en mente ese muro como existente, entonces necesariamente tendría que haberlo mencionado en el canto XV, cuando las tropas de Héctor guiadas por Apolo superan de nuevo el foso y el muro del canto VII y obligan a retirarse a los aqueos hasta las naves, iniciándose directamente una lucha entre los aqueos, que pelean desde las popas de las

²²² Sobre la racionalización del mito por Tucídides, véase su *Arqueología* y la interpretación que hace de la talasocracia minoica, así como su lectura de la hegemonía de Agamenón al frente de la armada panaquea.

²²³ TSAGARAKIS, 1969, pp. 129-135. Sin embargo, el término ἔρυμα no aparece en la épica.

²²⁴ Según HAINSWORTH, *Il.*, XII,7, implica que el muro fue construido en el año décimo para defender el botín de Aquiles obtenido en sus salidas por la Tróade: *cf.* HAINSWORTH, 1993, v. 7, p. 318.

naves, y los troyanos, que llegan hasta allí en tropel y sin encontrar ningún obstáculo (Il., XV,381-389):

*Como el hinchado oleaje del mar, de anchos caminos,
se abate sobre la nave por encima de la borda, cuando arrecia
la fuerza del viento, que encrespa muchísimo las olas,
así los troyanos descendían con grandes alaridos por el muro
o, guiando adentro los caballos, luchaban junto a las popas
cuerpo a cuerpo con las picas, de doble moharra,
unos desde los carros, y otros encaramados en las negras naves
con las largas pértigas que yacían sobre los barcos, utensilios
de abordaje, de piezas ensambladas y puntas revestidas de bronce.*

No hay duda de que Homero no considera la existencia de una estructura defensiva previa al canto VII, lo que nos pone en una difícil situación frente a la tradición expuesta por Proclo en los *Cypria*, y probablemente también por Tucídides, y de la que no tenemos ningún rastro en Homero. Las conclusiones que de ese problema podemos sacar son dos: en primer lugar, que Homero compondría su poema siguiendo las líneas generales del episodio épico, sin tener en cuenta los detalles de los episodios anteriores, probablemente porque no estarían fijados en un texto canónico; y, en segundo lugar, también permite concluir que en la mentalidad del autor de la *Ilíada* no era considerado como algo necesario o automático que los ejércitos griegos fortificaran los campamentos nada más desembarcar en una tierra enemiga. En general, no parece que existiera una conciencia de las ventajas de tal acción en el mundo de Homero, puesto que en las diferentes acampadas realizadas por los troyanos y sus aliados no se

mencionan, ni directa ni indirectamente, ningún elemento de fortificación. Esto también parece ser común a la tradición que hereda el cantor de la *Odisea*, poema en el que tampoco queda consignada alguna práctica semejante, aunque siempre debemos mantener ciertas reservas, puesto que en esta tampoco se trata sobre grandes contingentes militares.²²⁵

La presencia del muro en el año décimo parte de la propuesta hecha por Néstor durante un consejo de los jefes del ejército en la tienda de Agamenón al finalizar el día (*Il.*, VII,336-344):

*Erijamos un túmulo alrededor de la pira para una tumba común,
amontonando tierra de la llanura. Construyamos al lado pronto*
(ποτὶ δ' αὐτὸν δεῖμομεν ὤκα)
altas torres, valladar para las naves y para nosotros mismos.
(πύργους ὑψηλοὺς, εἶλαρ νηῶν τε καὶ αὐτῶν)
*Fabriquemos en ellas puertas (πύλας) bien ajustadas,
para que a través de ellas haya un camino apto para carros (ἰππηλασίη ὁδὸς).*
*Cavemos cerca por el lado exterior una honda fosa (τάφρον),
que en todo el contorno detenga al caballo y a la hueste (ἵππον καὶ λαὸν)*
y evite un día el peso de la lucha con los altivos troyanos.
Así habló, y todos los reyes lo aprobaron (βασιλῆες).

El consejo es rápidamente puesto en marcha, como podemos leer unos pocos versos más adelante (*Il.*, VII,435-441):²²⁶

²²⁵ Por ejemplo, *Od.*, IX,54-61.

²²⁶ Esta descripción la podemos comparar con la que se hace de las defensas de Troya en *Il.*, XVIII,273-279, en donde no aparece ningún foso ni estacada exterior, y con la ciudad de los feacios en *Od.*, VII,43-

*Hicieron un túmulo alrededor de ella para una tumba común,
amontonando tierra de la llanura. Construyeron al lado un muro*
(ποτὶ δ' αὐτὸν τεῖχος ἔδειμαν)
y altas torres (πύργους), valladar (εἶλαρ) para las naves y para ellos mismos.
Fabricaron en ellas puertas bien ajustadas,
(ἐν δ' αὐτοῖσι πύλας ἐνεποίεον εὖ ἀραρυίας)
para que a través de ellas hubiera un camino apto para carros
(ἰππηλασίη ὁδός).
Cavaron apoyada en el muro por el exterior una honda fosa
(ἔκτοσθεν δε βαθεῖαν ἐπ' αὐτῷ τάφρον ὄρυξαν),
ancha y profunda, y en ella clavaron estacas (ἐν δὲ σκόλοπας κατέπηξαν).

Ya hemos visto que no es hasta este instante cuando el muro aparece en el horizonte narrativo de la *Ilíada*, y a partir de este momento no deja de estar presente, jugando un papel muy importante. El muro se configura como el límite de la seguridad de los aqueos, y la tensión por su suerte aumentará o disminuirá conforme la batalla se acerque, aleje o llegue a traspasar esa línea. De hecho el muro es uno de los escenarios más importantes de la narración hasta el punto de llegar a intitular un canto como *Τειχομαχία*.

Si lo analizamos desde el estudio de tácticas y técnicas militares, evidentemente lo primero que nos preguntamos es cómo es posible que no haya sido hasta el décimo año del asedio a Troya cuando los aqueos hayan llegado a la conclusión de la necesidad y de las ventajas que supone erigir un muro y un foso en defensa de las naves. Desde el

45, que igualmente dispone sólo de altas murallas coronadas por estacas, pero no se menciona ningún foso exterior.

punto de vista militar, es evidente que la razón sólo puede encontrarse en que no existe una tradición asentada acerca de la necesidad de construir defensas en un campamento militar, a no ser que la situación sobre el campo sea desfavorable a los acampados, sirviendo de refugio donde guardar las naves y el botín, es decir, para las pertenencias del ejército, y no como elemento táctico de un campaña.²²⁷ Evidentemente podemos discutir si tal situación es la que domina en el campo griego al llegarse al canto VII.²²⁸ Pero en realidad la razón de la aparición del muro debemos buscarla más en razones literarias o poéticas que en cuestiones tácticas o militares. Lo único que quizá resulte exigible es que puedan darse elementos suficientes que no hagan extraña o absurda la decisión de construir en ese momento la fortificación.

Desde el punto de vista poético, la aparición del muro entonces está plenamente justificada por dos razones. En primer lugar, el muro pretende ser el sustituto de Aquiles. Mientras éste estuvo participando en la guerra, los griegos no tuvieron necesidad de esa construcción, pero a partir de la disputa con Agamenón la única posibilidad que tienen de sobrevivir en las playas frente a Troya consiste en la construcción de una muralla defensiva (*Il.*, IX,348-353).²²⁹ Con todo, esa será una esperanza vana y, a la postre, ni el más fuerte de los muros será siquiera capaz de contener a Héctor y los troyanos, que únicamente huirán frente a Aquiles cuando éste deponga su cólera y reaparezca en el campo de batalla para vengar la muerte de Patroclo.

La segunda razón es de índole un tanto diferente. Si es cierto que la pretensión de Homero al componer el poema es la creación de una obra cumbre de la épica con

²²⁷ *Cfr.* *Il.*, VII,341-343; XII,1-9; 57; XIV,55-57; 65-70.

²²⁸ En contra de que los aqueos estén en una situación apurada encontramos a GARCÍA BLANCO, vol. II, 1998, vv. 338-343, p. 166; la posición contraria es defendida por WILLCOCK, vol. I, 1978, v. 337, p. 257 y TSAGARAKIS, 1969, pp. 129-135.

²²⁹ GRIFFIN, 1995, vv. 348-350, p. 116; WILLCOCK, vol. I, 1978, v. 337. p. 257.

todos los elementos más característicos de la tradición de la que bebe, entonces es imprescindible incluir también episodios que representen el episodio del ataque a un muro o a una ciudad que de otra manera no podrían hallarse presentes dentro de la temática y del espacio temporal cubiertos por el episodio épico de la *Cólera* de Aquiles dentro del conjunto del ciclo troyano.²³⁰

De esta forma nos encontramos otra vez con la impresión, que ya hemos podido constatar en los demás aspectos del poema, de que no se ha de interpretar la *Ilíada* primordialmente como una obra de historia, sino como una composición poética, que responde en su concepción a razones literarias, por más que refleje materiales y temas militares históricos de muy diversa procedencia que se deben intentar analizar, discernir y desentrañar.²³¹

Si nos fijamos en los dos textos del canto VII que ya hemos citado y que describen la construcción del muro aqueo, lo primero que resalta es que en el primer pasaje en el que Homero describe el muro por boca de Néstor, la construcción defensiva está compuesta de πύργοι, πυλᾶι (puertas) y τάφρος (foso), mientras que en la descripción de su construcción los elementos que lo componen se detallan más, y ya aparece un τεῖχος (muro) sobre el que se levantan los πύργοι, anchas puertas para

²³⁰ HAINSWORTH, 1993, pp. 316-317.

²³¹ Por ejemplo, disponemos de representaciones de escenas de asedios a ciudades en época minoica en frescos de Cnosos. Evans veía a hombres lanzando jabalinas hacia arriba, aunque más bien debían de ser honderos. La siguiente representación, cronológicamente hablando, es un vaso de plata en el que los atacantes llevan cascos micénicos. En la parte de abajo hay nadadores. La colina es defendida por arqueros y honderos y por un guerrero con lanza y escudo de torre. Varias mujeres miran desde la muralla. Los arqueros micénicos desembarcan desde un bote y disparan hacia arriba. Otros fragmentos del siglo XIV de los frescos de Micenas muestran a guerreros cayendo desde los muros mientras son vistos por las mujeres. Las representaciones se multiplican y es claro que el asedio y ataque a ciudades estaban dentro del repertorio de los frescos de los palacios micénicos, heredado desde los minoicos: *cfr.* WEBSTER, 1958, pp. 58-63. Posteriormente, destaca cómo tanto en la descripción de las escenas representadas en el escudo que Hefesto fabrica a Aquiles, como en la obra *Escudo*, atribuida a Hesíodo, no aparecen campamentos militares de las fuerzas que luchan en el llano, y sin embargo sí que aparecen episodios de asedio y asalto a ciudades. Hasta ese punto el tema del asalto a un muro tenía que ser importante en la experiencia militar griega y con ello en su reflejo en la épica. También en las representaciones de Oriente Próximo nos encontramos con escenas muy similares, como se recoge en la ilustración de la página 164. Sin duda que las conexiones entre ambos mundos también en este aspecto merecerían ser estudiadas en el futuro con más detalle.

permitir el paso de los carros, y un foso acompañado de σκολόπες (estacada). Es aceptado generalmente que *Il.*, VII,435-441, sería la forma original de descripción de una construcción defensiva y que ésta va a ser la fuente que emplee Homero para la composición de la descripción más breve de *Il.*, VII,336-344.²³²

El muro, siempre denominado como τεῖχος,²³³ será construido en un día (*Il.*, VII,421-482).²³⁴ Sus cimientos se formarían con troncos y piedras (*Il.*, XII,28-29),²³⁵ lo cual parece coincidir con la descripción del ataque que sufre este lado de las defensas aqueas en *Il.*, XII,175-179:

*Luchaban unos a un lado y otros al otro lado de la puerta;
pero difícil es para mí exponer todo eso como si fuera un dios,
pues por doquier maravilloso fuego (πῦρ) se alzaba alrededor del muro
(περὶ τεῖχος)
pétreo (λίθινον). Los argivos, aun agobiados por la necesidad,
defendían las naves.(...).*

Poéticamente resulta normal el calificar un muro como pétreo a fin de aumentar la impresión de la grandeza de la hazaña. Pero la mención al fuego con el que es atacado

²³² KIRK, 1989, vv. 338-340, pp. 279-280.

²³³ También se denomina τεῖχος al muro de Troya: *Il.*, VIII,532-533.

²³⁴ HAINSWORTH, 1993, vv. 258-260, pp. 345-346, considera esto como posible al compararlo con los dos días y medio que los atenienses emplearon en *Th.*, IV,90. En nuestra opinión, más allá de que sea un tiempo excesivamente breve para la construcción de un muro de las características del que Homero nos presenta, muy cercano como veremos a la muralla de una ciudad (en lo que también Hainsworth coincide), la exacta duración de este trabajo tampoco tiene especial relevancia para una obra épica poética.

²³⁵ LORIMER, 1950, pp. 433-433.

permite asegurar que, al menos en parte, en su construcción se ha de emplear también madera.²³⁶

En general, el muro se presenta como una construcción imponente que en algunas ocasiones recuerda mucho a los muros de una ciudad y no a una simple estructura de piedras y troncos levantada en un día para la defensa de un campamento (*Il.*, XII,256-266):²³⁷

*Éstos, fiados en los prodigios de Zeus y en su propia fuerza,
pugnaban por romper el alto muro (μέγα τεῖχος) de los aqueos.
Arrancaban los modillones de las torres y demolían las almenas
(κρόσσας μὲν πύργων ἔρυον, καὶ ἔρειπον ἐπάλξεις),
apalancaban las prominentes pilastras que los aqueos
(στήλας τε προβλήτας ἐμόχλεον, ἄς ἄρ' Ἀχαιοὶ)
habían fijado en tierra las primeras como sostén de las torres
(πρώτας ἐν γαίῃ θέσαν ἔμμεναι ἔχματα πύργων)
y las ahuecaban y minaban con la esperanza de romper el muro
(τὰς οἱ γ' αὐέρυον, ἔλπουτο δὲ τεῖχος Ἀχαιῶν ῥήξειν)
de los aqueos. Pero los dánaos no se replegaban aún de su ruta,
sino que desde las almenas, reforzadas con sus pieles de buey,
(ἀλλ' οἱ γε ῥινοῖσι βοῶν φράξαντες ἐπάλξεις)
disparaban contra los enemigos que llegaban al pie del muro (ὑπὸ τεῖχος).
Los dos Ayantes daban continuas órdenes y sobre las torres (ἐπὶ πύργων)*

²³⁶ Como dice WILLCOCK, vol. I, 1978, v. 177, p. 316, ésta es la única mención al uso por los atacantes de fuego contra el muro, pero interpretar el texto como una metáfora en torno al fragor de la batalla parece demasiado forzado e innecesario.

²³⁷ También la muralla de Troya se denomina como τεῖχος y posee idénticas características a la del campamento aqueo, como se puede ver en *Il.*, XVIII, 273-279.

iban y venían por doquier, estimulando la furia de los aqueos.

En esta descripción aparecen varios términos sobre los que merece la pena detenerse. El primero de ellos es κρόσσαι. Al vocablo no se le ha conseguido dar una clara interpretación o traducción. Heródoto lo destina también a describir la estructura escalonada de las pirámides (Hdt., II,125) y ya vimos cómo en *Il.*, XIV,35, se empleaba el término para referirse a la forma en la que las naves quedaban varadas en hileras en la playa. En *Il.*, XII,444, vuelve a aparecer como elemento de una muralla (*Il.*, XII,439-446):

Y exclamó [Héctor] con penetrante voz, vociferando a los troyanos:

¡Adelante, troyanos, domadores de caballos, rompед el muro (τείχος)

de los argivos y prended en las naves el maravilloso fuego!

Así habló para estimularlos; los oídos de todos le oyeron

y en compacto tropel marcharon derechos contra el muro (ἐπὶ τεῖχος). Y ya

iban ascendiendo a los modillones con las encastradas lanzas,

(κροσσάων ἐπέβαινον ἀκαχμένα δούρατ' ἔχοντες)

cuando Héctor agarró y levantó un peñasco que ante las puertas

se erguía (...).

La traducción de κρόσσαι como modillón por Crespo Güemes no nos parece completamente acertada, como tampoco suponer que Homero se refiriera con ese término a algún extraño tipo de escalas para poder asaltar el muro, táctica esta muy

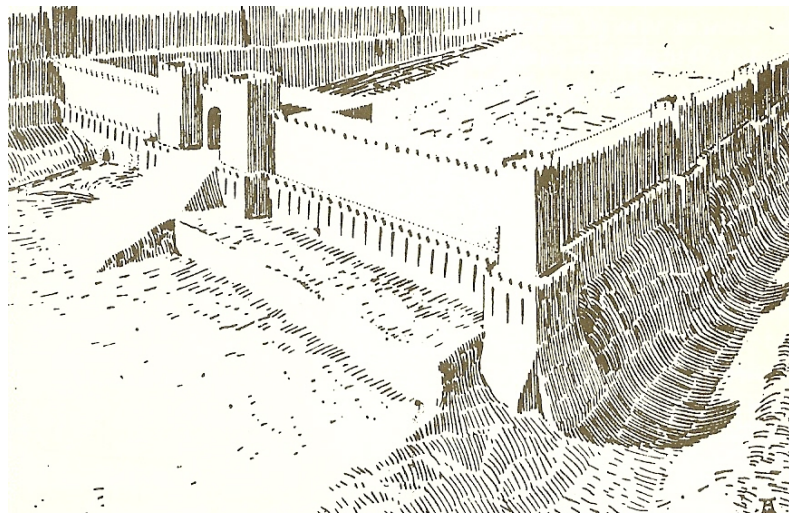
empleada en Oriente próximo.²³⁸ Por el contexto parece indicar algún elemento pétreo, dispuesto en forma escalonada, al pie del muro o de las torres y que posibilitaría el iniciar la ascensión del muro. Lorimer proponía que el muro tendría en sus fundamentos un gran talud.²³⁹ El asiento de las murallas de muchas ciudades griegas clásicas y arcaicas se extendían sobre una gran estructura escalonada.²⁴⁰ De ser esta hipótesis cierta, esto constituiría una clara prueba de que nos encontraríamos ante pasajes tomados fielmente de poesías de asalto a ciudades que son aplicadas aquí para las defensas del campamento aqueo.

El otro elemento fundamental que constituye en Homero el muro del campamento son los πύργοι. De nuevo nos situamos ante un término de significado poco claro. Lo más habitual es traducirlo por “torres”, aunque en la *Ilíada* se emplea también para referirse a algún tipo de unidad militar del ejército (*Il.*, IV,334; 347). En relación con las construcciones defensivas, se trata de un elemento esencial hasta el punto de que en *Il.*, VII,338, resume en sí mismo la enumeración más prolija de τεῖχος καὶ πύργοι de *Il.*, VII,436-437. No es el único ejemplo. También en *Il.*, VIII,213-215 se emplea como sustituto de τεῖχος. En ambos casos la traducción más habitual es “muro”. Pero también en el resto de la *Ilíada* πύργος más bien parece describir una estructura fortificada, no necesariamente una torre, que sobresale en la

²³⁸ Según el Diccionario de la Real Academia de la Lengua, modillón es un *miembro voladizo sobre el que se asienta una cornisa o alero, o los extremos de un dintel*. Cfr. DOLIN, 1983, pp. 119-124; HAINSWORTH, 1993, v. 257, pp. 344-345.

²³⁹ LORIMER, 1950, pp. 433-433.

²⁴⁰ También aparecen plintos en la base de las grandes murallas de Asia Oriental construidos con los materiales extraídos de la fosa exterior. A partir del siglo VI las ciudades griegas comenzaron a adoptar sistemas constructivos de Oriente Medio y a levantar grandes muros de adobe sobre grandes plintos de piedra: cfr. LAWRENCE, 1979, pp. 13-30; 32-37; 201-207. Ver reconstrucción de la muralla de Assur en p. 164.



Reconstrucción de la estructura de las murallas de Asur,
LAWRENCE, 1979, p. 27, fig. 13
 Aquí se puede ver el gran plinto que servía de base a los muros, típico de Oriente Medio y que parece inspirar la descripción del muro aqueo en Homero



Relieve asirio representando una escena de asedio a una ciudad, LAWRENCE, 1979, p. 27, fig. 12.
 Como en las escenas de *Il.*, XII,256-266, unos soldados arrancan las piedras de la muralla con el objetivo de derrumbar los muros, mientras algunos defensores caen desde las alturas. La representación de estos últimos recuerda vivamente a la forma en la que Homero describe cómo algunos héroes caen desde las alturas a la manera de nadadores zambulléndose en el agua (*cfr.*, *Il.* XII,385-386).

muralla.²⁴¹ Así sucede durante la narración del ataque en el canto XII (*Il.*, XII, 256-266; 331-340):

*Éstos, fiados en los prodigios de Zeus y en su propia fuerza,
pugnaban por romper el alto muro (μέγα τεῖχος) de los aqueos.
Arrancaban los modillones de las torres y demolían las almenas
(κρόσσας μὲν πύργων ἔρυσον, καὶ ἔρειπον ἐπάλξεις),
apalancaban las prominentes pilastras (στήλας) que los aqueos
habían fijado en tierra las primeras como sostén de las torres (πύργων)
y las ahuecaban y minaban con la esperanza de romper el muro (τεῖχος)
de los aqueos. Pero los dánaos no se replegaban aún de su ruta,
sino que desde las almenas, reforzadas con sus pieles de buey,
disparaban contra los enemigos que llegaban al pie del muro (ὑπὸ τεῖχος).
Los dos Ayantes daban continuas órdenes y sobre las torres (ἐπὶ πύργων)
iban y venían por doquier, estimulando la furia de los aqueos:
(...)
Al verlos [a Sarpedón y a Glauco], se estremeció el hijo de Peteo, Menesteo;
pues enfilaban su parapeto (πρὸς πύργον), llevando consigo el desastre.
Recorrió con la mirada el parapeto (ἀνὰ πύργων) aqueo con la esperanza de
ver a un príncipe capaz de apartar de sus compañeros la catástrofe.
Y divisó a los dos ayantes, insaciables de combate,
parados, y a Teucro, recién llegado de la tienda, cerca.
Mas no había medio de gritar como para que les llegara la voz:*

²⁴¹ En Palestina y Asia Menor, los muros de las fortificaciones mostraban unos salientes a intervalos para reforzar los muros, que hacían las veces de torre, aunque la presencia de auténticas torres eran muy poco frecuentes y siempre se emplazaban junto a las puertas: *cfr.* LAWRENCE, 1979, pp. 13-20.

*tanto era el ruido (y el griterío llegaba al cielo)
de los impactos en los escudos y yelmos, de cimeras con crines,
y en las puertas; pues todas estaban atrancadas, y detenidos
ante ellas trataban de irrumpir, rompiéndolas por la fuerza.*

Para Leaf y Hainsworth, en Homero πύργος se refiere más comúnmente a una fortificación que a una torre en sí misma.²⁴² De esa manera, en *Il.*, XII,257 los troyanos se dedicarían al minado de los paramentos del muro, mientras que encima de ellos los Ayantes irían y vendrían dando órdenes (*Il.*, XII,265-266). De igual manera Menesteo estaría defendiendo un sector del muro, su πύργος, y mira a lo largo de él (ἀνὰ πύργον), para buscar ayuda en los sectores de la muralla vecinos al suyo. Manteniendo ese sentido más general, también el resto de los pasajes adquieren un sentido más completo y adecuado.²⁴³

En la parte más elevada del τεῖχος aparecerían almenas (ἑπάλξις) y escudos de cuero (ῥινός) colocados para aumentar la altura de la muralla y permitir una más segura acción defensiva frente a los asaltantes, especialmente a la hora de lanzar objetos, piedras, flechas y lanzas (XII,256-266).²⁴⁴

*Éstos, fiados en los prodigios de Zeus y en su propia fuerza,
pugnaban por romper el alto muro (μέγα τεῖχος) de los aqueos.*

²⁴² HAINSWORTH, 1993, vv. 332-333, p. 355; WILLCOCK, vol I, 1978, v. 338, p. 257, propone como traducción *ramparts*. Esa es también la traducción adoptada por Crespo Güemes en muchos pasajes.

²⁴³ *Il.*, VII,338; 437; VIII,213; XII,36; 154; 373; 386; 430; XVIII,274; 277; XXIV,443. Referido a los muros de Troya: VIII,519. También se puede entender un poco mejor la aplicación del término a una unidad militar. Cada πύργος de soldados sería una parte del conjunto del ejército, como cada πύργος es una sección del muro defensivo.

²⁴⁴ Repetimos una vez más este texto que, junto al conjunto del canto XII, constituye nuestro *corpus* de poesía arcaica sobre asedios, como dice HAINSWORTH 1993, vv. 108-172, pp. 329-330.

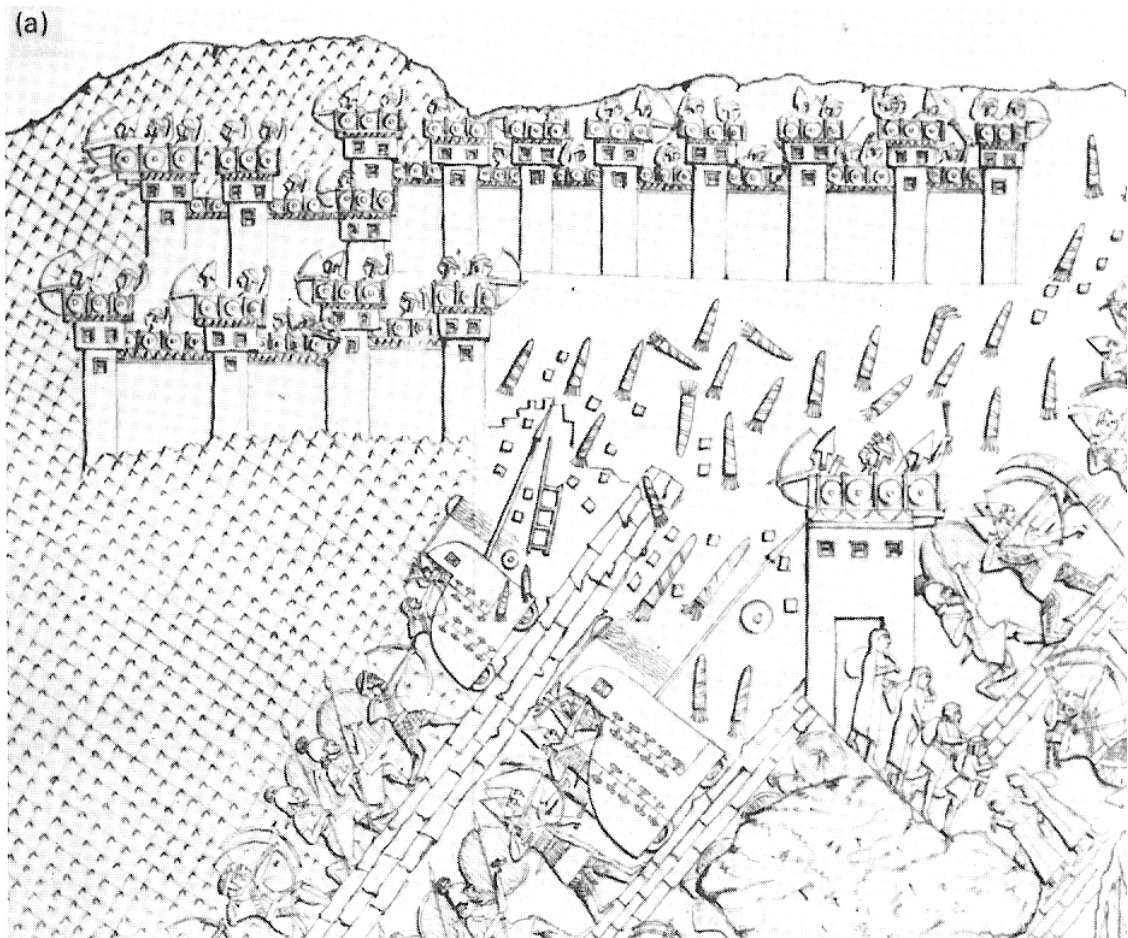
Arrancaban los modillones de las torres y demolían las almenas
 (κρόσσας μὲν πύργων ἔρυον, καὶ ἔρειπον ἐπάλξεις),
apalancaban las prominentes pilastras que los aqueos
 (στήλας τε προβλήτας ἐμόχλεον, ἄς ἄρ' Ἀχαιοὶ)
habían fijado en tierra las primeras como sostén de las torres (πύργων)
y las ahuecaban y minaban con la esperanza de romper el muro (τείχος)
de los aqueos. Pero los dánaos no se replegaban aún de su ruta,
sino que desde las almenas, reforzadas con sus pieles de buey
 (ἀλλ' οἱ γὰρ ῥίνοϊσι βοῶν φράξαντες ἐπάλξεις),
disparaban contra los enemigos que llegaban al pie del muro (ὑπὸ τείχος).
Los dos Ayantes daban continuas órdenes y sobre los parapetos (ἐπὶ πύργων)
iban y venían por doquier, estimulando la furia de los aqueos:.

En la edición de Loeb de la *Ilíada*, el ἔπαλξις se define como *battlement, which appears to be a wooden rampart*.²⁴⁵ Para Hainsworth son los muros almenados que le dan altura y defienden a los soldados.²⁴⁶ En nuestra opinión, la descripción de esta escena casa bien con los escenarios de fortalezas de Oriente Medio que cuentan en lo alto de sus murallas con almenas de piedra y, entre una almena y otra, maderos en los cuales se colocan escudos de los guerreros que están luchando desde lo alto.²⁴⁷

²⁴⁵ MURRAY, 1924, n. 1 pp. 562-563.

²⁴⁶ HAINSWORTH, 1993, vv. 258-260, pp. 345-346, no ve clara la traducción de este verso, considerando que las στήλαι προβλήταις deben ser elementos verticales de piedra o madera fina necesarios para mantener los materiales improvisados de la construcción o soportar la superestructura de un muro permanente. En nuestra opinión la traducción de Crespo Güemes resulta preferible.

²⁴⁷ En los relieves de Senaquerib aparecen los muros coronados y protegidos por líneas de escudos enganchados (no así las torres, que están protegidas con las formas habituales en escalera o triángulo). Estos bien pueden estar colocados sobre estructuras de madera, dejados allí por los guerreros hasta iniciar el combate hombre contra hombre, o bien pueden ser una forma de lograr una mejor defensa para que los arqueros puedan disparar desde allí: *cfr.* LAWRENCE, 1979, pp. 21-30. Ver representación del asedio a Lagash, recogido en p. 168.



Relieve asirio representando el asedio a Lagash, en LAWRENCE, 1979, p. 24

En la imagen se puede ver perfectamente la disposición de escudos en las partes altas de los almenares de muros y torres, tal y como se describe en Homero. Además, la escena en su conjunto sirve de muy buena ilustración para los textos homéricos donde se describen asaltos a muros. Esto nos evidencia la fuerte influencia o procedencia oriental de esos pasajes completos.

Estos muros cuentan con un adarve suficiente para el enfrentamiento entre pequeños grupos de tropas que defienden o intentan culminar el asalto.²⁴⁸ Esto es lo que parece que podemos entender en el siguiente fragmento, que vamos a reproducir a continuación pese a su extensión, de este mismo canto XII (373-471):

*Al llegar al parapeto (πύργου) del magnánimo Menesteo avanzando
por la cara interna del muro (τείχος ἔντος), los hallaron en gran aprieto.
³⁷⁵Ascendían ya las almenas (ἐπ' ἐπάλξεις), iguales a la tenebrosa borrasca,
los valientes príncipes y caudillos de los licios;
con ellos trabaron lucha frontal, y se elevó el griterío.
Ayante Telamonio fue el primero en matar a un hombre,
un compañero de Sarpedón, el magnánimo Epicles, a quien
³⁸⁰acertó con un aristado guijarro (μαρμάρω) que había dentro del muro
(τείχεος ἔντος),
enorme, en lo más alto de la almena (ἐπαλξιν). Con facilidad, ni siquiera
en plena juventud lo habría sujetado con ambas manos un hombre
de los mortales actuales. Mas él lo alzó y lo arrojó de lo alto.
Le machacó el morrión de cuatro mamelones y aplastó los huesos
³⁸⁵de la cabeza en una masa. Como acróbata que se zambulle
cayó del elevado parapeto (πύργου), y el ánimo abandonó sus huesos.
Teucro a Glauco, el esforzado hijo de Hipóloco,
lanzado al asalto del elevado muro (τείχεος), le acertó con una saeta
por donde le vio el brazo desnudo y lo dejó fuera de combate.*

²⁴⁸ Traducimos así *τείχεος ἔντοςθεν*, que Crespo Güemes interpreta de forma literal como la *parte interior del muro*.

³⁹⁰ Saltó atrás lejos del muro (ἀπὸ τείχεος), a escondidas para que ningún aqueo

notara que estaba herido y profiriera palabras jactanciosas.

(...)

Entonces Sarpedón agarró el almenar (ἔπαλξιϋ) con sus robustas manos y tiró de él, y éste siguió su impulso en toda su extensión.

El muro (τείχος) quedó desnudo encima, abriendo una avenida para muchos.

(...)

⁴¹⁵ Al otro lado, los argivos cerraron las filas de los batallones (φάλαγγας) en la cara interna del muro (τείχεος ἔντοσθεν). Una gran tarea se les presentaba;

pues ni los valientes licios eran capaces de romper

el muro (τείχος) de los dánaos y abrirse una senda junto a las naves,

ni tampoco los lanceros dánaos eran capaces de rechazar

⁴²⁰ del muro (τείχεος) a los licios, una vez que habían logrado acercarse.

Por el contrario, como dos hombres riñen por unos mojones

en un labrantío comunal con los instrumentos de medir en la mano

y en un reducido espacio disputan por una partición igual,

así a ellos sólo las almenas (ἐπάλξιες) les separaban, y encima (ὑπὲρ) de éstas

⁴²⁵ se destrozaban las bovinas pieles en torno del pecho,

los circulares broqueles y las aladas rodela unos a otros.

(...)

⁴³⁰ Por doquier las almenas y las torres (πύργοι καὶ ἐπάλξιες) estaban regadas de la sangre humana de ambos tropes, de troyanos y de aqueos.

(...)

⁴³⁶ así de equilibrada estuvo la lucha y el combate de éstos
hasta el momento en que Zeus otorgó gloria superior a Héctor
Priámida, que irrumpió el primero en el muro (τείχος) de los aqueos.

(...)

⁴⁴² Así habló para estimularlos; los oídos de todos le oyeron
y en compacto tropel marcharon derechos contra el muro (ἐπὶ τείχος). Y ya
iban ascendiendo a los escalones de la base (κροσσάων) con las encastradas
lanzas²⁴⁹,

⁴⁴⁵ cuando Héctor agarró y levantó un peñasco (λάαν) que ante las puertas
se erguía, ancho por la base y en la parte de arriba
puntiagudo.

(...)

así Héctor lanzó y llevó el peñasco (λάαν) derecho hacia las hojas (σανίδων)
que cerraban con solidez las puertas (πύλας), ajustadas de modo robusto
⁴⁵⁵ y hechas con elevados batientes (δικλίδας ὑψηλάς). En el lado interior dos
trancas (ὄχηες)

haciendo juego las sujetaban, y una sola llave las ensamblaba.

Fue y se detuvo muy cerca, y lo tiró al centro, bien asentado
y estribando sobre las piernas para hacer más eficaz el impacto.

Hizo saltar ambos quicios; la piedra (λίθος) cayó dentro con enorme peso,

⁴⁶⁰ y las puertas (πύλαι) rechinaron al abrirse de par en par. Ni las trancas
aguantaron, y las hojas (σανίδες) se separaron cada una por su lado
bajo el golpe del peñasco. El preclaro Héctor penetró impetuoso,

(...)

²⁴⁹ Hemos preferido esta traducción a la de modillones de Crespo Güemes.

⁴⁶⁷ *Se revolvió hacia la multitud y arengó a los troyanos
para que asaltasen el muro (τείχος), y ellos hicieron caso de su arenga.
Al instante, unos traspasaron el muro (τείχος ὑπέρβασαν) y otros por las
propias
fabricadas puertas (πύλας) penetraron como riada; y los dánaos huyeron
⁴⁷⁰ entre las huecas naves (ἀνὰ νῆας), y el bullicio se hizo insondable.*

El largo fragmento es una magnífica descripción del asalto al muro de una ciudad.²⁵⁰ Los soldados agresores escalan los muros desde el pie escalonado de la muralla (373-377), mientras los defensores intentan impedirselo con el lanzamiento de flechas, jabalinas y piedras (378-391). Esta escena y esa defensa de los muros arrojando piedras es algo recurrente en las representaciones de Oriente Próximo.²⁵¹ El momento clave se produce cuando Sarpedón logra llegar hasta el almenar y arrancarlo, tirando probablemente de las maderas que servían para enganchar los escudos (397-399).²⁵² El almenar no sería de piedra sino de adobes y de ahí la facilidad con la que consigue abrir un paso para las tropas que le siguen.²⁵³ Una vez logrado esto, se inicia la batalla sobre la muralla, que cuenta con un adarve suficiente para un pequeño contingente (τείχεος ἔντοσθεν) (409-420).²⁵⁴ Ahora la escena es como la de una batalla en campo

²⁵⁰ Según LAWRENCE, 1979, pp. 39-43, esta descripción se adapta muy bien al tipo de lucha se producía en los asedios a las ciudades griegas del siglo VI. Pero los trabajos de minado de las murallas que hemos visto en *Il.*, XII,256-266, son empleadas por los griegos a partir del siglo V, con técnicas aprendidas de los persas.

²⁵¹ En la *Ilíada* lo tenemos además presente en XII,154-156; 287-289. En la defensa de las fortalezas micénicas lo más efectivo era el empleo de piedras lanzadas desde la muralla, mejor que cualquier otra arma arrojadiza: *cfr.* LAWRENCE, 1979, pp. 4-13.

²⁵² Ejemplos de ello los tenemos en relieves de Senaquerib: *cfr.* LAWRENCE, 1979, pp. 21-30. Ver reproducciones de esos relieves en pp. 164 y 168.

²⁵³ En *Il.*, XII,18 se habla de τείχος ἀμαλδῦναι, que según HAINSWORTH, 1993, v. 18, pp. 318-319, debe referirse a un muro construido al menos en parte con ladrillos secados al sol. Muros de ladrillos con base de piedra son muy comunes en Oriente.

abierto. La toma de la muralla se completa con la ruptura de la puerta por Héctor mediante el lanzamiento de una gigantesca roca (445-465). Quizá detrás de este episodio de héroes dotados de fuerzas sobrehumanas se encuentra la descripción poética de la ruptura de la puerta empleando un ariete o algún otro artilugio. Como vemos, de nuevo la imagen que nos muestra Homero parece tomada directamente de poesías que narraban la toma de ciudades o murallas y el muro aqueo construido en un solo día con piedras y maderos se ha transformado por obra del arte de Homero en la muralla de una gran ciudad.²⁵⁵

Otro elemento importante de la construcción son las puertas de acceso que se abren en los muros. Éstas son lo suficientemente amplias como para permitir la entrada de los carros desde el campo de batalla (*cfr. Il.*, VII,339-340; 438-439):

Fabriquemos en ellas puertas bien ajustadas,

(ἐν δ' αὐτοῖσι πύλας ποιήσομεν εὖ ἀραρυίας)

para que a través de ellas haya un camino apto para carros

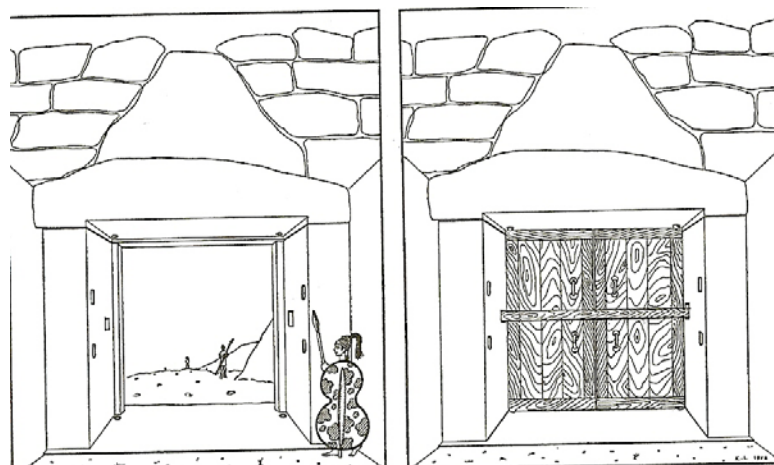
(ὄφρα δι' αὐτῶν ἵππηλασίη ὁδὸς εἴη).

En ningún lugar de la *Ilíada* se nos concreta el número de puertas con las que cuenta el muro defensivo del campamento. Sin embargo, la crítica suele coincidir en considerar que eran siete el número de esas aperturas, tomando como fundamento los siete grupos en los que se dividen las guardias del campamento (*Il.*, IX,79-88) y la antigua variante 'επτ' en *Il.*, VII,339. Tal hipótesis tiene sentido puesto que el muro del

²⁵⁴ En la arquitectura militar precedente a la época clásica en Palestina y Asia Menor, las fortificaciones cuentan con muros suficientemente fuertes como para permitir el movimiento de tropas encima suyo: *cfr. LAWRENCE*, 1979, pp. 13-20.

²⁵⁵ Para HAINSWORTH, 1993, vv. 54-57, pp. 323-324, el poeta describe una fortificación especialmente imponente por estar influenciado por las tradiciones de asalto a ciudades.

campamento aqueo no podía quedar retrasado con respecto a las siete puertas de Tebas.²⁵⁶



**Reconstrucción de las puerta de los Leones de Micenas, en
IAKOVIDES, 1977, pág. 189, fig. 30**

Esta puerta es idéntica en muchos aspectos a la descrita por Homero para el campamento aqueo. *Cfr. Il.*, XII,445-465.

Pero a lo largo de la acción no se nombran todas ellas; es más, apenas podemos distinguir una puerta a la izquierda del muro, atacada por Asio Hirtácida y que servía a los aqueos para reingresar en el campamento desde el campo de batalla (*Il.*, XII,110-123) y la puerta del centro que, presumiblemente, es la derribada por Héctor en el ataque que acabamos de comentar en el canto XII.²⁵⁷ En este caso el contingente troyano se divide en cinco grupos y dos de ellos —el de Asio Hirtácida y el de Héctor—, se dirigen cada uno hacia una abertura, de donde cabe deducir que en vez de

²⁵⁶ *Cfr.* GARCÍA BLANCO, vol. II, 1998, vv. 79-88, p. 219; TORRES GUERRA, 1995; GRIFFIN, 1995, pp. 85-86; SINGOR, 1992, 401-411; tampoco se especifican en la *Ilíada* el número de puertas de Troya. Por el empleo de πᾶσαι πύλαι en *Il.*, II,808-810, podemos pensar que Homero concibe la muralla de la ciudad con más de una puerta. Aristarco, por el contrario sólo considera la existencia de una puerta, la *Scea* (izquierda) lo que, sin embargo, demuestra la existencia de más de una. La Troya histórica en su fase VI/VIIa poseía cinco puertas: LEAF, 1900-1902 [Amsterdam 1960], vol. I, v. 809, p. 111; LATACZ, *Gesamtkommentar. Band 2.*, 2003, v. 809, p. 262. La estructura de estas puertas probablemente se asemejaría bastante a la de la Puerta de los Leones reconstruida en p. 174, comparándola con la descripción en *Il.*, XII,445-465.

²⁵⁷ *Il.*, XII,457-462.

siete serían cinco. Quizá nos encontramos con dos tradiciones diferentes, o bien muy probablemente para el poeta en realidad no tiene relevancia si son cinco o siete las puertas del campamento. Lo único que realmente interesa es la acción dramática y ésta depende de los héroes y no de las puertas.

Las puertas parece deducirse que son fabricadas en madera, de doble hoja y que se cierran mediante una tranca (ὄχεύς),²⁵⁸ aunque frente a Héctor, con el fin de multiplicar la impresión de su hazaña,²⁵⁹ o bien como fruto de una mala integración de unos versos provenientes de las grandes puertas de la muralla de una ciudad, las trancas se multiplican (*Il.*, XII,460-461).

El otro elemento esencial en la construcción defensiva del campamento aqueo es el τάφος, siempre presente y tenido en cuenta en las acciones en torno al muro. Homero caracteriza el foso como ancho y profundo.²⁶⁰ A diferencia de los fosos de los castillos medievales, carece de agua y se excava a una cierta distancia del muro, dejando un amplio espacio entre ambos denominado en inglés *berme* (*Il.*, IX,65-68):

[Néstor] *Pero ahora obedezcamos a la negra noche
y preparémonos la cena. Que los vigilantes en su puesto
hagan noche a lo largo de la cavada fosa fuera del muro
(λεξάσθων παρὰ τάφρον ὀρυκτὴν τείχεος ἔκτός).*
Este es el encargo que doy a los jóvenes. (...).

²⁵⁸ *Cfr.*, XII,291; 338. Los ὄχηες eran barras horizontales que trabajan desde direcciones opuestas (ἐπημοιβοί) y que quedaban aseguradas cuando están en posición por un pasador vertical (κλήϊς): *cfr.* HAINSWORTH, 1993, vv. 455-456, p. 364. Πύλαι no se encuentran en singular en Homero. Ver ilustración p. 174.

²⁵⁹ JANKO, 1992, vv. 124-125, p. 59.

²⁶⁰ βαθειαν τάφρον: *Il.*, VII,341; VIII,336.

Un poco más adelante se pone por obra el consejo de Néstor (*Il.*, IX,79-88):

Así habló, y le oyeron y obedecieron con gusto.

Los vigilantes se precipitaron con las armas

en torno del Nestórida Trasimedes, pastor de huestes,

y en torno de Ascálafo y Yálmeneo, hijos de Ares,

y en torno de Meríones, Afareo y Deípiro,

y en torno del hijo de Creonte, Licomedes, de casta de Zeus.

Siete eran los jefes de las guardias, y con cada uno cien

(ἔπτ' ἔσαν ἡγεμόνες φυλάκων, ἑκατὸν δὲ ἑκάστῳ)

muchachos se encaminaron con las lenguas picas en las manos.

Marcharon y se apostaron entre medias de la fosa y del muro

(καὶ δὲ μέσον τάφρου καὶ τείχεος ἴζον ἴοντες).

Y allí cada grupo encendió una hoguera y se preparó la cena.

Este es el pasaje donde más claramente describe este espacio entre el muro y la fosa,²⁶¹ donde se colocarían las guardias en el campamento.²⁶² Algunos autores han considerado la existencia de tal espacio de terreno como imposible, pero sin embargo

²⁶¹ El que en *Il.*, VII,341 se emplee el adjetivo ἐγγύθι no implica que debamos entender que el foso debe estar contiguo al muro. Lo mismo, lógicamente, cabe deducir de *Il.*, VII,440 (ἐπ' αὐτῷ τάφρον). También es clara la existencia de ese espacio entre muro y foso en *Il.*, XVIII,215 y XX,49.

²⁶² Para GRIFFIN, 1995, pp. 85-86, el que estos hombres reaparezcan en el canto X demuestra que la *Dolonia* está firmemente anclada en la *Iliada*. Sin embargo, en nuestra opinión eso no asegura que tengan un mismo autor, sino que el autor del canto X ha sabido tener en cuenta las circunstancias dramáticas del resto de la *Iliada*, pero sin realmente entender en profundidad el marco histórico que encuadra el poema. Por eso, en el canto IX, las guardias se colocan a lo largo del foso, mientras que en el canto X (vv. 126-127) lo hacen en las puertas. No son incompatibles ambas afirmaciones, pero tampoco son necesariamente idénticas, pudiendo ser que el poeta de la *Dolonia* no concibiera más posibilidades en torno al muro donde colocar las guardias que el espacio de la puerta.

esta forma de construcción está ampliamente atestiguada en la arquitectura antigua de las ciudades especialmente de Oriente Medio,²⁶³ y posteriormente también de Grecia.²⁶⁴

La contigüidad entre muro y foso tiene la ventaja y la función de simplificar el trabajo de realización del muro al emplearse el material de la excavación para levantar la construcción inmediata, a la vez que permite una mayor elevación de ésta. La única precaución que hay que considerar en ese tipo de obra es dejar un talud suficiente que evite el desmoronamiento.²⁶⁵ Pero en la *Iliada* no es ese el caso, sino que el muro lo concibe Homero como separado claramente del foso, aunque junto con éste es un elemento esencial para la defensa del campamento.

En el canto VIII aparece un complicado pasaje cuya traducción más lógica la encontramos considerando la existencia de ese espacio entre muro y foso (*Il.*, VIII,213-215):

Todo el espacio que desde las naves la fosa separaba del muro

(...ἐκ νηῶν ἀπὸ πύργου τάφρος ἕεργε)

se llenó a la vez de caballos y de escudados guerreros

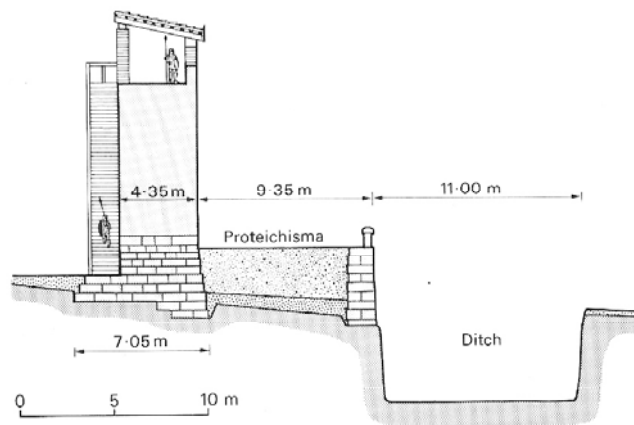
²⁶³ Según IAKOVIDES, 1977, pp. 119-221, el muro del campamento aqueo es claramente una construcción improvisada para una situación de urgencia. Sin embargo tiene todas las características fundamentales de una correcta fortificación en la que, a una importante construcción defensiva anterior al muro principal, se le añade el foso con la estacada, lo cual es un fenómeno desconocido en la cultura egea. El poeta dependería más para su inspiración en las tradiciones sobre construcciones de Jonia y del Oriente Próximo que del mundo micénico. Durante el Bronce Tardío, en la zona de Asia Menor y Palestina, las construcciones parecen haber estado mucho más desarrolladas que en Grecia. Lo importante en ellas no es la defensa de las puertas, sino la defensa de los caminos que conducen a las puertas. Frecuentemente estaban rodeadas las construcciones por fosos. A veces estos fosos se encontraban detrás de un muro no demasiado ancho pero fuerte. En tales casos existía un espacio entre el muro primero y el muro principal que se aterrazaba y que impedía cualquier forma de protección al atacante. Ver reconstrucción de las murallas de Asur en p. 164.

²⁶⁴ Ver figura 12, p. 178. El foso más antiguo descubierto en Grecia data del 650 y se corresponde con la fortaleza de Vrulia en Rodas, no tiene más de 3 m. de profundidad y parece haber proporcionado toda la piedra para el muro del promontorio. El espacio entre el muro y el foso es de 4-5 m. En la fortificación de Samos, que Heródoto asigna a Policrates en el 534, la anchura entre el foso y el muro varía entre 2,5 y 5 m. no estando finalizada la construcción. Su profundidad es de 2,20 m. y nunca tuvo agua: LAWRENCE, 1979, pp. 279-288. Ver reconstrucción en p. 178.

²⁶⁵ HAINSWORTH, 1993, v. 67, p. 69.

cercados. (...).

Esta interpretación es la más natural y coherente con el resto de la narración de la *Iliada*, donde es patente la existencia de un espacio entre la muralla y la fosa, y también entre el muro y los barcos, ambos escenarios de batallas campales.²⁶⁶



Reconstrucción de la fortificación de Atenas cerca de Dipilon, por LAWRENCE, 1979, p. 283, fig. 50.

Como en el caso de la fortificación descrita en Homero, las murallas de Atenas del s. IV contaban con ese espacio entre el foso y el muro, donde se sitúan a menudo las guardias en el texto de la *Iliada*.

Otra posibilidad es que, según algunos autores, en la *Iliada* convivirían pasajes en los que aparece el muro pegado al foso y otros en los que se encuentran más separados.²⁶⁷ Sin embargo, en nuestra opinión no es así, sino que la visión es

²⁶⁶ CRESPO GÜEMES, 1999, n. 127, p. 253; GARCÍA BLANCO, vol. II, 1998, v. 213, p. 190; KIRK, 1989, vv. 213-214, p. 316; WILLCOCK, vol. I, 1978, v. 213, p. 265. *Cfr. Il.*, XV,384-389: lucha en el espacio entre las naves y el muro.

²⁶⁷ Para HAINSWORTH, 1993, v. 67, p. 69, originariamente el muro y la trinchera estaban concebidos como adyacentes en *Il.*, VII,341 y VII,440, pero la imagen ha cambiado en *Il.*, VIII,213-215, donde la trinchera se ha convertido en una especie de trabajo defensivo exterior, protegiendo un considerable espacio para el ejército en frente del muro, una imagen que se mantiene a partir de este punto.

homogénea, aunque subrayándose más la amplitud del espacio entre foso y muro según convenga para las necesidades dramáticas.²⁶⁸

El foso tiene como elementos que lo completa los σκόλοπες.²⁶⁹ No está claro en Homero cuál es su posición con respecto al foso. La descripción más clara que tenemos se corresponde con el pasaje *Il.*, XII,49-59:

*así iba Héctor entre la multitud suplicando a sus compañeros
e instándolos a franquear la fosa (τάφρον). Ni siquiera sus caballos,
de ligeros cascos, se atrevían: relinchaban con potencia parados
en lo alto del borde, pues la fosa echaba atrás de miedo
(χείλει ἐφεσταότες. ἀπὸ γὰρ δειδίσσετο τάφρος)
por su anchura, y ni saltarla ni atravesarla en orden seguido
(εὐρεῖ , οὐτ' ἄρ' ὑπερθορέειν σχεδὸν οὔτε περῆσαι)
era fácil. En todo el contorno voladizos cortados a pico
(ῥηϊδίη· κρημνοὶ γὰρ ἐπηρεφέες περὶ πᾶσαν)
se hundían a ambos lados, y el borde interior con estacas
(ἔστασαν ἀμφοτέρωθεν, ὑπερθεν δὲ σκολόπεσσιν)
afiladas, fijadas por los hijos de los aqueos, estaba guarnecido,
espesas y largas, que servían de valladar (ἀλεωρήν) contra los enemigos.
Un caballo que tirase de un carro, de bellas ruedas, en la fosa
no entraría fácilmente, y los infantes (πεζοὶ) dudaban si lo lograrían.*

²⁶⁸ Sí parece mucho más estrecho ese espacio en XII,60-79, pero esto se debe únicamente a la necesidad de que la lucha se produzca a pie, añadiendo un elemento dramático a la escena, donde el foso y la estacada aparecen como un obstáculo formidable y de gran peligrosidad: *cfr.* WILLCOCK, vol. I, 1978, v. 64, p. 314.

²⁶⁹ También imagina el poeta una estacada en Troya coronando la muralla (*Il.*, XVI,176-177). No la menciona en *Il.*, XVIII,273-279. Igualmente existe un muro coronado de estacas en la ciudad de los reacios (*Od.*, VII,43-45).

Aquí se muestra de forma relativamente clara que las estacas están colocadas en la superficie del borde más hacia el interior del foso,²⁷⁰ pero en otros casos parece como si éstas estuvieran clavadas dentro del foso,²⁷¹ y en otras las emplaza en el borde externo de la fosa²⁷²; incluso en alguna ocasión parecen desaparecer.²⁷³ Este último caso se debe probablemente a la simplificación de la descripción poética más que a la ausencia de este elemento junto al foso, lo que además refuerza la idea de que sería connatural a él.²⁷⁴

Pese a las excepciones que acabamos de ver, lo más lógico es considerar que la empalizada se halla lindando con la fosa en el borde interior, en ese espacio existente entre ésta y el muro, haciendo de valladar inmediato para la excavación. Así también parece imaginárselo Homero en la mayor parte de los casos. En *Il.*, XV,1-2, los troyanos se ven obligados a huir del muro debiendo atravesar primero el obstáculo de estacas y después el foso:

²⁷⁰ *Il.*, VIII,343 (διὰ τε σκόλοπας καὶ τάφρον ἔβησαν); XII,55 (ὑπερθεν δε σκολόπεσσιν).

²⁷¹ *Il.*, VII, 441: ἐν δε σκόλοπας κατέπηξαν. También así lo entiende HAINSWORTH, 1993, vv. 63-64, p. 325, en *Il.*, XII,60-79, aunque en nuestra opinión también este texto habría que interpretarlo como que se encuentran situadas en el borde limítrofe con la fosa, entre ésta y el muro.

²⁷² *Il.*, VIII,343: los aqueos se retiran del campo de batalla empujados por los troyanos, cruzando la empalizada y la fosa (σκόλοπας καὶ τάφρον).

²⁷³ *Il.*, VIII,177-183. Una imagen completamente diferente a *Il.*, XII,49-59 la vemos en *Il.*, X,194-200, donde los jefes del ejército aqueo cruzan la fosa de un salto para reunirse en junta al otro lado del foso, fuera del campamento. El foso se convierte en un obstáculo muy pequeño que carece además de estacada, a no ser que ésta se encuentre enclavada dentro del foso. Parece como si el autor de este canto concibiera de forma diferente el obstáculo compuesto por foso y estacada, lo que de nuevo puede ponernos en la pista de un autor diferente al del resto de la *Ilíada*. Tampoco es comprensible que, si el foso es tan estrecho como para poder ser superado de un salto, las guardias se coloquen únicamente en las puertas (*Il.*, X,126-127), a no ser que el poeta considere que no existe apenas espacio entre el muro y el foso, y que el único lugar donde haya terreno suficiente para colocarlas y donde exista una necesidad defensiva sea la intermediación de las puertas. También desaparece de la acción en *Il.*, XVI,368-371.

²⁷⁴ En *Il.*, XIV,65-70, aparecen claramente el foso y la muralla concebidos como una unidad, como así sucedía con el *vallum* romano: *cfr.* JANKO, 1992, vv. 67-70, p. 158. En época clásica aparece el χάραξ como vallado formado por estacas clavadas sobre un terraplén o amontonamiento de piedras y que tanto Polibio como Tito Livio traducen como *vallum*: LAWRENCE, 1979, pp. 160-167.

Mas cuando [los troyanos] franquearon la empalizada y la fosa

(διά σκόλοπας καὶ τάφρον)

en su huida y muchos habían sucumbido a manos de los dánaos.

El camino de regreso siguiendo el orden inverso en la enumeración de los obstáculos aparece poco después, al ser rechazados los griegos de nuevo hacia las embarcaciones por los troyanos (*Il.*, XV,343-345):

Mientras les despojaban las armas, los aqueos,

chocando con la excavada fosa y con la empalizada (τάφρω καὶ σκολόπεσσιν),

huían acá y allá y se veían forzados a penetrar en el muro.

Tal disposición también parece la más lógica tácticamente.²⁷⁵ Los otros casos podrían explicarse como cambios necesarios por la métrica o descuidos del poeta, más preocupado por los demás aspectos de la obra literaria.

Como hemos visto en *Il.*, XII,49-59, foso y empalizada tienen en Homero una clara función dirigida a detener el avance del ejército enemigo y mantenerlo lejos de los muros (*Il.*, VII,342; XII,60-79). Especialmente para el caso del empleo de los carros. La superación del foso y de la estacada parece ser más sencilla a pie que en carro (*Il.*, XII,60-79),²⁷⁶ aunque no falten algunos ejemplos de esto último. Evidentemente esos episodios de carros saltando la amplia trinchera son resultado de la exageración épica

²⁷⁵ Resultaba habitual en las fortificaciones de Oriente Próximo el contar con muros bajos situados entre el muro de la fortificación y el foso exterior, pudiéndose incluso multiplicar: *cf.* LAWRENCE, 1979, pp. 10-16.

²⁷⁶ Aunque quizá haya que suponerse que se hace a pie para cruzar el foso por el corredor que da paso hacia la puerta del muro que posteriormente Héctor romperá con una gran piedra.

del autor, que pretende así magnificar las acciones de algunos grandes héroes que se sitúan, al igual que sus caballos, muy por encima de las posibilidades del resto de los mortales (*Il.*, VIII,177-183; XVI,380).²⁷⁷ En nuestra opinión, tales ejemplos no hay que darles importancia ni tenerlos en cuenta a la hora de reconstruir o polemizar sobre este aspecto concreto de la *Ilíada*.

La otra función de la empalizada y el foso es servir de obstáculo en las retiradas del ejército enemigo (*Il.*, XII,60-79; XVI,368-371), aunque también esto puede convertirse en una trampa para el propio ejército. Si bien en algunas ocasiones se tienen en cuenta las consecuencias o peligros tácticos que eso supone (*Il.*, VIII,335-336), en otros pasajes éstos quedan obviados (*Il.*, VIII,253-256; VIII,343-346).²⁷⁸

Para cruzar el foso, probablemente se contaría con puentes levadizos o gracias a terraplenes que cubren el espacio de la excavación. Esto parece descubrirse en la forma de atacar de Asio Hirtácida la puerta del lado izquierdo de la muralla aquea en *Il.*, XII,118-126.²⁷⁹

²⁷⁷ Aunque no son ejemplos tan espectaculares si los comparamos con las hazañas de otros héroes de la épica asiática: *cfr.* HAINSWORTH, 1993, vv. 49-50, p. 323.

²⁷⁸ Eso no quiere decir que no existan al desaparecer de la escena, como si se tratara de cantos de origen diferente. En nuestra opinión, más bien reflejan el interés prioritariamente dramático con el que se conciben las escenas y se eligen los elementos presentes. La primera preocupación de Homero no es la exactitud histórica o militar de los movimientos de los ejércitos, sino el crear una tensión dramática. Lo mismo ocurre con el muro, por ejemplo en *Il.*, VIII,343-346, y no por ello cabe dudar de que el muro exista o que Homero se haya olvidado de él.

²⁷⁹ Quizá los aqueos en *Il.*, VIII,253-256, se retiran por ese tipo de pasos que debían existir frente a las puertas, aunque no se las nombre: *cfr.* Seymour, 1907, p. 595. Lo mismo puede pensarse de *Il.*, VIII,343-346. También Odiseo debió de cruzar la fosa con el caballo por alguna de las puertas (*Il.*, X,564), que era donde se hallaban las guardias en la *Dolonía* y donde se congregan los jefes aqueos. De igual modo el ejército griego se despliega en orden de combate con la fosa detrás, habiendo salido a campo abierto por esos espacios en *Il.*, XI,47-51: *cfr.* HAINSWORTH, 1993, vv. 47-55, p. 224. Willcock considera que los jefes griegos usan los carros hasta la fosa, donde desmontan para cruzar a pie, dejando que los cocheros den la vuelta por otro lado y les encuentren en otro punto ya superada la fosa: *cfr.* WILLCOCK, vol. I, 1978, vv. 47-50, pp. 297-298. Pero ésta parece una interpretación demasiado compleja para las inquietudes que estos problemas parecen suscitar en Homero, y olvida asimismo el carácter predominantemente literario de la obra y las motivaciones en su construcción. Caso muy similar es el ataque del grupo de Héctor al muro en *Il.*, XII,60-79, siguiendo el consejo de Polidamante una vez que han dejado los carros en el borde de la fosa al cuidado de sus escuderos.

Enfiló hacia la izquierda de las naves (νηῶν ἐπ' ἀριστερά), justo por donde los aqueos retornaban de la llanura con los caballos y los carros.

(ἐκ πεδίου νίσοντο σὺν ἵπποισιν καὶ ὄχεσφι)

Por allí dirigió caballos y vehículos (ἵππους τε καὶ ἄρμα), y en las puertas no halló cerradas las hojas ni echada la extensa tranca;

(εὖρ' ἐπικεκλιμένας σανίδας καὶ μακρὸν ὀχῆα)

los hombres las tenían desplegadas por si a algún compañero fugitivo del combate podían salvar y llevar a las naves.

Por allí enderezó altivo los caballos, y otros le siguieron entre gritos estridentes, seguros de que los aqueos ya no resistirían y de que caerían en las negras naves.

Superar mediante esas acciones el foso parece una forma clásica de la poliorcética tanto de Oriente Medio como de Grecia.²⁸⁰ Otra de las tácticas más típicas quizá se esconda resumida bajo la acción de Apolo guiando a los troyanos (*Il.*, XV,355-361):

(...). *Por delante Febo Apolo sin fatiga*

hollaba con los pies los bordes del hondo dique (καπέτοιο) y los demolía y echaba la tierra en medio, hasta que formó un puente, calzada tan larga y ancha como el espacio que el disparo de un asta alcanza cuando la arroja un hombre que prueba su brío.

Por allí entró como riada el cerrado batallón. Apolo delante

iba con la muy venerable égida y demolía el muro (τείχος) de los aqueos.

²⁸⁰ HAINSWORTH, 1993, vv. 108-172, pp. 329-330.

Bien podría entenderse este pasaje como un eco de las tácticas poliorcéticas de construcción de rampas para la superación de una trinchera y el ataque con ariete a un muro, ampliamente ejemplificadas en numerosas representaciones de Oriente, pero que en Grecia no parecen emplearse hasta el siglo V.²⁸¹

Como creación poética que es, el muro desaparecerá con la propia poesía. Más que un intento de evitar la perplejidad de los hipotéticos turistas del mundo antiguo que visiten la zona y puedan comprobar la inexistencia del muro aqueo,²⁸² éste en nuestra opinión es destruido como símbolo de la desaparición de un mundo y el paso a otra era (*Il.*, XII,10-18).²⁸³ Homero aduce la envidia de los dioses como la causa de su ruina, un acto de justicia ante la impiedad cometida en su construcción, cuando no fueron ofrendadas a la divinidad las hecatombes prescritas para asegurar el buen fin de una obra de tan gran audacia (*Il.*, VII,448-451):²⁸⁴

¿No lo estás viendo otra vez? Los aqueos, de melenuda cabellera,

han construido un muro ante las naves y una fosa alrededor

han cavado, sin ofrendar a los dioses ínclitas hecatombes.

(οὐδὲ θεοῖσι δόσαν κλειτὰς ἑκατόμβας)

La gloria de este muro irá tan lejos como se esparce el alba.

²⁸¹ LAWRENCE, 1979, pp. 275-276. El regreso de Héctor a Troya en carro hemos de pensar que el poeta podría haberlo imaginado por ese mismo camino en *Il.*, XVI,368-371, mientras el resto de sus hombres caen al foso por el completo desorden de la retirada.

²⁸² GARCÍA BLANCO, vol. II, 1998, vv. 446-463, p. 173; HAINSWORTH, 1993, pp. 316-317, aunque también reconoce motivaciones poéticas.

²⁸³ FORD, 1994, pp. 147-157; SINGOR, 1992, 401-411; REINHARDT, 1961, pp. 268-269.

²⁸⁴ Ver también *Il.*, VII,459-463; XII,1-9; XII,25-36.

La unanimidad de los diversos pasajes relacionados con este episodio nos hacen pensar que para la construcción de un muro debió de ser preceptivo grandes ofrendas a los dioses para lograr su beneplácito.²⁸⁵

Como hemos visto los pasajes relacionados con el muro aqueo en la *Ilíada* parecen proceder de otros cantos que narraban escenas de asedio y asalto a los muros de grandes ciudades. El muro aqueo no es en ningún caso una construcción rápida y débil —el ἐρύμω de Tucídides—, sino las imponentes defensas de una gran ciudad. Esa transformación resulta lógica dentro del deseo de Homero de crear una obra que resuma lo mejor del género épico y está perfectamente anclada en la lógica narrativa de todo el poema. Además, el estudio pormenorizado de los diferentes aspectos de las acciones en torno a la muralla aquea parecen retrotraerse a tradiciones, tácticas, formas constructivas e imágenes de Oriente Próximo, aunque también sabemos que desde época minoica existe un interés por este tipo de escenas. A la luz de nuestros conocimientos, las narraciones en la *Ilíada* son más cercanas a lo que nos podemos encontrar en las representaciones de relieves del periodo de Senaquerib (s. VIII-VII) que al siglo VI en Grecia. Esto sería una muestra más de la comunicación entre Jonia y Oriente, pero con la particularidad de que quizá en este aspecto la literatura iba por delante de la técnica.²⁸⁶

En ningún caso parece haber una relación directa entre campamento y construcciones defensivas. Los ejemplos que poseemos son pocos, pero tan claros que

²⁸⁵ Opinión contraria es la de KIRK, 1989, v. 450, p. 289.

²⁸⁶ Como afirma BURKERT, 2004, pp. 46-47: *Affinities and similarities between oriental epic and Homeric poetry can no longer be ignored in interpreting Homer. This means that certain limits must be set to deriving Homer in his totality either from purely Indoeuropean stock or from Mycenaean pre-history. Homeric epic is a many sided phenomenon. (...) But never forget that we are dealing with civilizations which were close to each other in time and space and which had continuous demonstrable contact.* Sobre la influencia de las civilizaciones orientales en Homero, ver BURKERT, 2004, pp. 21-48. Pequeños apuntes sobre la influencia de Oriente en Grecia en la esfera de lo militar y la presencia de mercenarios griegos en Asiria y Egipto, *cfr.* BURKERT, 1992, pp. 39-40.

no parece posible pensar que los griegos de época de Homero tuvieran conciencia de las ventajas estratégicas que un campamento fortificado podría tener a lo largo de una campaña militar. La acampada se defiende mediante un muro exclusivamente para responder a una situación de emergencia, en el que las tropas precisan de un refugio. Hasta entonces Aquiles había sido el baluarte, pero su cólera les despoja de esa vital ayuda y es entonces cuando el muro hace su aparición. Es, por tanto, una creación dramática perfectamente integrada en el desarrollo de la acción, pero también una clara muestra del papel real que jugaban esas construcciones en el ámbito en el que surge la obra de Homero.

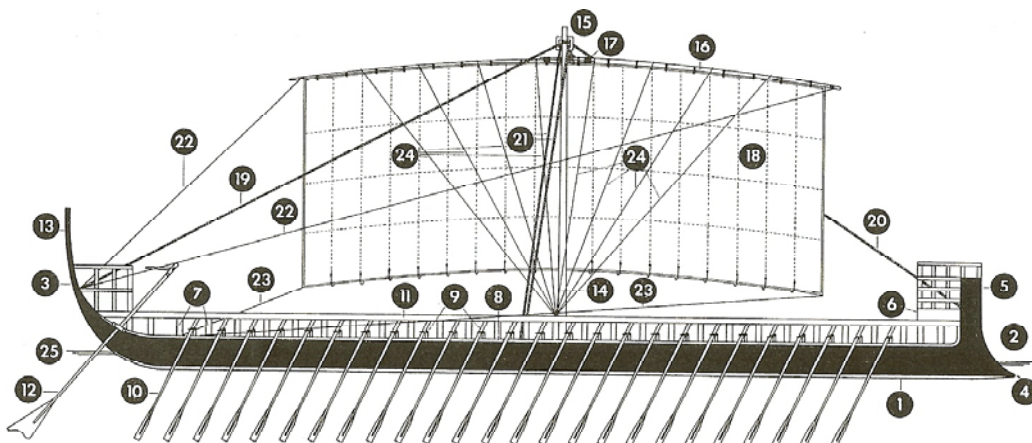


Abb. 29 Frühgriechisches Kriegsschiff

Reconstrucción de un barco de guerra de época homérica, Gray, 1974, fig. 29

En la reconstrucción destacan claramente las elevadas estructuras, tanto en proa como popa, que constituían el principal muro defensivo de los campamentos navales de la época. Desde esa torre de popa luchan los héroes aqueos con las picas de los barcos contra los soldados de Héctor que atacan el campamento.

6. Los sistemas de vigía y guardia en el campamento.

Homero proporciona poca información acerca de los sistemas de guardia y vigía. Lo que sí resulta claro es la existencia de una distinción entre sistemas de vigilancia o espionaje, llevado a cabo por σκόπιοι (exploradores o espías), y sistemas de seguridad conformado por φύλακες (guardias).

En el bando aqueo la primera mención a los dispositivos de guardias no se produce hasta el canto IX, cuando el pánico reina en el campamento griego (*Il.*, IX,2) y Néstor aconseja situar siete piquetes de vigilancia entre la fosa y el muro de protección del campamento (*Il.*, IX,65-68):

Pero ahora obedezcamos a la negra noche

y preparémonos la cena. Que los vigilantes en su puesto

(φυλακτῆρες δεῦκαστοι)

hagan noche a lo largo de la cavada fosa fuera del muro

(λεξάσθων παρὰ τάφρον ὀρυκτὴν τείχεος ἔκτός).

Este es el encargo que doy a los jóvenes (κούρουσι).

Con estas palabras prácticamente se pone fin a la asamblea del ejército, dándose paso a la descripción de cómo esto se pone por obra (*Il.*, IX,79-88):²⁸⁶

Así habló [Néstor], y le oyeron y obedecieron con gusto.

Los vigilantes (φυλακτῆρες) se precipitaron con las armas (σὺν τεύχεσι)

en torno (ἄμφι) del Nestórida Trasimedes, pastor de huestes,

y en torno de Ascálafo y Yálmeneo, hijos de Ares,

²⁸⁶ Sobre el origen y papel en la *Ilíada* de los jefes de los siete grupos de guardias, *cfr.* GARCÍA BLANCO, vol. II, 1998, v. 81, pp. 219-220; GRIFFIN, 1995, pp. 85-86.

y en torno de Meríones, Afareo y Deípiro,

y en torno del hijo de Creonte, Licomedes, de casta de Zeus.

Siete eran los jefes de las guardias, y con cada uno cien

(ἑπτ' ἔσαν ἡγεμόνες φυλάκων, ἑκατὸν δὲ ἑκάστῳ)

muchachos (κοῦροι) se encaminaron con las luengas picas en las manos.

Marcharon y se apostaron entre medias de la fosa y del muro

(καὶ δὲ μέσον τάφρου καὶ τείχεος ἴζον ἴοντες).

Y allí cada grupo encendió una hoguera (πῦρ) y se preparó la cena (δώρα).

Situar a estos guardias entre el foso y el muro no parece una práctica connatural a la instalación de un campamento, sino una decisión relacionada con las circunstancias de excepcional peligro que experimenta en esos momentos el ejército.²⁸⁷ La magnitud del contingente (700 hombres) no permite pensar que su función fuera la de mera vigilancia, sino que constituyen una fuerza suficiente para poder repeler por ellos mismos cualquier posible ataque que se produjera durante la noche.²⁸⁸

La existencia de estos guardias también se constata en el canto X. Aquí se les localiza más concretamente en las puertas de acceso al campamento. Así se lo explica Agamenón a Néstor (*Il.*, X,126-127):

Mas vayamos. Hallaremos a aquellos delante de las puertas (πρὸ πυλάων),

donde los guardias (ἐν φυλάκεσσ'): allí les he indicado que se congreguen.

²⁸⁷ SEYMOUR, 1907, pp. 595-596.

²⁸⁸ Compañero inseparable de cualquier guardia es siempre el fuego. Ver, por ejemplo, *Il.*, IX,66; 470-477; XXIV,443-447.

Al llegar allí, los defensores del campamento se mantienen en vela (*Il.*, X,180-193):

En el momento de unirse a la tropa de los guardias

(φυλάκεσιν ἐν ἀγρομένοισιν),

hallaron a los jefes de la guarnición no durmiendo,

(οὐδε μὲν εὔδοντας φυλάκων ἡγήτορας εὔρον)

sino en vela, todos apostados con las armas (σὺν τεύχεσιν).

Como los perros vigilan penosamente los rebaños en el establo

al oír a una fiera, de crueles entrañas, que por el bosque

cruza los montes, y un gran estruendo entonces se levanta

de hombres y de perros, y a ellos el sueño se les arruina,

así se les arruinó el dulce sueño a los párpados de los que

vigilaban aquella aciaga noche (νύκτα φυλασσομένοισι κακῆν): una y otra vez

a la llanura

se volvían, esperando oír en cualquier momento el ataque troyano.

Al verlos, se alegró el anciano y les dio palabras de ánimo.

Y dirigiéndose a ellos, pronunció estas aladas palabras:

Mantened así ahora, hijos, la guardia (φυλάσσετε). Que nadie sucumba

al sueño, para no convertirnos en irrisión del enemigo.

La continuidad entre el canto IX y la *Dolonia* podría parecer perfecta.²⁸⁹ Pero, en realidad, la conexión entre uno y otro canto, también en este aspecto tan concreto de la vida castrametral, muestra algunas dificultades.

²⁸⁹ GRIFFIN, 1995, v. 67. pp. 84-86.

En el canto IX no se ha especificado dónde se colocan las guardias, aunque parece muy lógico que a cada grupo se le sitúe en una de las puertas de acceso al establecimiento militar, defendiendo un sector de la muralla, y de ahí que se pueda suponer que son siete las puertas de entrada. Esta suposición se refuerza cuando, en el canto XXIV, vuelven a localizarse las posiciones de los guardias en las entradas al recinto de las naves griegas. Allí están cuando Príamo, guiado por Hermes, se introduce en el campamento para solicitar a Aquiles el cuerpo de Héctor (*Il.*, XXIV,443-447):

Al llegar a las fortificaciones de las naves y a la fosa

(πύργους τε νεῶν καὶ τάφρον),

ya los guardias (φυλακτῆρες) comenzaban a ocuparse de la cena.

El mensajero Argicida vertió el sueño sobre todos ellos

sin excepción; luego abrió las puertas (πύλας) y retiró las trancas (ὄχησας),

e introdujo a Príamo y sus espléndidos dones sobre el carromato.

No es una imagen aislada, puesto que Hermes las considera como el obstáculo fundamental para la misión encomendada de devolver a Príamo sano y salvo hasta la ciudad de Troya (*Il.*, XXIV,680-681):²⁹⁰

[Hermes] meditaba en su ánimo cómo escoltar al rey Príamo

fuera de las naves a escondidas de los sagrados centinelas

(ἱερούς πυλαωρούς)²⁹¹.

²⁹⁰ También Aquiles se maravilla de que Príamo haya logrado superar a los guardias y las trancas de las puertas del campamento: *Il.*, XXIV,565-567.

²⁹¹ ἱερός alaba la dignidad e importancia de esta guardia: *cfr.* WULFING VON MARTITZ, 1960, pp. 272-307. También se repite la misma idea en *Il.*, XXIV,680-681.

Sin embargo, cuando en la *Dolonia* se congregan los jefes aqueos junto a la guardia no se clarifica en cuál de todas las puertas se ha de producir el encuentro. De hecho, se actúa como si sólo existiera una única puerta de acceso al campamento (*Il.*, X,126-127).

La otra dificultad que se plantea es que, si en el canto IX aparece la guardia dividida en siete grupos comandados por siete jefes en posición de igualdad entre ellos, en el canto X aparecen únicamente dos (*Il.*, X,54-59), aunque el verso 59 quizá intente solucionar la discrepancia explicando que Meriones y Trasimedes tienen el mando supremo sobre la guardia. Luego estos dos abandonan sus puestos para reunirse con el resto de los jefes en junta al otro lado del foso. Sin embargo, su presencia en esta escena parece únicamente debida a que el poeta necesita dos personajes menores para ayudar a armarse a los dos héroes que van a marchar como espías al campamento troyano.²⁹²

Aquí concluyen las referencias directas a sistemas de guardia en el campamento aqueo.²⁹³ Sí que existen otros pasajes donde quizá se pueda plantear la duda sobre si se trata o no de menciones a esos dispositivos defensivos. La primera que vamos a citar tiene relación con los piquetes situados a las puertas del campamento. Durante el ataque del troyano Asio a la entrada situada a la izquierda del campamento griego, surgen dos personajes defendiendo la posición (*Il.*, XII,110-156), a los que Bowra denomina como “guardianes del campamento”.²⁹⁴ Sin embargo, en nuestra opinión, más que auténticos guardianes, estos individuos protagonizan una escena propia de la narración de asalto a

²⁹² DANEK, 1988, pp. 216-218.

²⁹³ También aparecen guardias en la narración que Fénix hace en la tienda de Aquiles sobre su huída de la casa paterna cuando durante nueve noches su padre lo confinó en su habitación al cuidado de unos guardias (*Il.*, IX,470-477).

²⁹⁴ BOWRA, 1979, p. 66.

ciudades.²⁹⁵ La intención sería, una vez más, introducir en la *Ilíada* otro de los temas típicos que componen el repertorio habitual de los aedos. Ambos defensores no se sitúan fuera de la muralla, sino que salen desde su interior con el fin de detener la huida de los griegos y el avance de los troyanos (*Il.*, XII,131-153).

Otro caso peculiar se localiza nuevamente en la *Dolonía*. Agamenón encarga a su hermano Menelao que recorra el campamento avisando a los jefes a junta y que mientras lo hace vaya exhortando a los aqueos a que se mantengan alerta y en vigilia (*Il.*, X,67-69):²⁹⁶

Habla en voz alta por donde vayas y manda continuar la vela

(ἐγρήγορθαι ἄνωχθι).

Llama a cada hombre con el nombre de su padre y de su linaje,

ensalzando a todos, y no muestres un ánimo demasiado altivo.

Si atendemos al contexto, nos damos cuenta de que Agamenón está pidiendo a Menelao que recorra el campamento durante la noche hablando en voz alta para asegurarse de que los soldados de la guardia se mantienen alerta. Esto trae rápidamente a la memoria disposiciones que, en relación con las rondas podemos leer mucho tiempo después en Eneas Táctico.²⁹⁷ Por eso, y por su carácter individual dentro de la *Ilíada*, podría pensarse que todo el episodio sería un desliz del autor de la *Dolonía* donde se trasluciría de nuevo un origen cronológicamente posterior al resto del poema.

²⁹⁵ HAINSWORTH, 1993, vv. 108-172, pp. 329-330.

²⁹⁶ Este también es el sentido con el que Willcock interpreta el texto: *cfr.* WILLCOCK, vol. I, 1978, v. 67, p. 286.

²⁹⁷ Aen. Tact., XXVI.

Por último, dentro de este apartado de pasajes excepcionales, volvemos al canto XXIV. Durante el camino hacia el lugar donde se encuentra Aquiles acampado, Príamo y su heraldo se ven sorprendidos por la presencia de un personaje que más tarde se revelará como Hermes, enviado por los dioses para ayudar al rey de Troya a rescatar el cuerpo de Héctor (*Il.*, XXIV,352-359):

*Al verlo de cerca, el heraldo (κῆρυξ) advirtió la presencia
de Hermes y se dirigió a Príamo y le dijo:
¡Atiende, Dardánida! Juicio atento requiere esta empresa.
Veo a un hombre y me figuro que pronto querrá destrozarnos.
Ea, emprendamos la huida sobre los caballos o, si no, pronto
vayamos a abrazarnos a sus rodillas para implorarle compasión.
Así habló; el anciano quedó confuso y presa de miedo atroz,
y los pelos se le pusieron de punta en los curvados miembros.*

Podríamos preguntarnos si lo que Príamo y su heraldo expresan es el temor a encontrarse con puestos de guardia avanzados (προφύλακες) del campamento griego, algo de lo que sólo tenemos constancia a partir de la época clásica. Tal dispositivo se organiza siempre como posiciones ocupadas, no por soldados individuales, sino por un grupo de ellos dado que su labor defensiva transcurre en periodos de día y noche completos. Sin embargo, aquí se contempla la posibilidad de toparse con algún soldado aislado, lo cual más bien debe corresponderse con soldados que de manera individual probaban fortuna volviendo al campo de batalla por la noche para intentar despojar a algún guerrero muerto y aumentar su botín, y no con esos puestos de guardia avanzados.

Esta misma perspectiva parece ser la que domina el ánimo de Odiseo y Menelao al encontrarse de noche con el espía troyano Dolón (*Il.*, X,341-343):

*¡Diomedes! Ahí viene uno alejándose del campamento (ἀπὸ στρατοῦ).
No sé si viene como espía (ἐπίσκοπος) de nuestras naves (νήεσσιν)
o si va a despojar el cadáver de algún muerto.*

Por el contrario, muy poco antes, Néstor, al pedir voluntarios para acercarse al campamento troyano, parece referirse esta vez sí, pero de manera velada, a esos puestos de guardias avanzados (*Il.*, X,204-207):

*¡Amigos! ¿No habría ningún hombre que confiara
en su audaz ánimo y que entre los magnánimos troyanos (μετὰ Τρωῶας)
se internara a capturar al enemigo que esté en la vanguardia
(ἐλθεῖν, εἴ τινα που δηίων ἔλοι ἐσχατόωντα)
o a enterarse de algún rumor que haya entre los troyanos...?.*

Igualmente quizá podamos pensar en este mismo dispositivo defensivo en otro pasaje de este mismo canto, cuando Ulises y Diomedes persiguen a Dolón arrinconándole hacia las naves (*Il.*, X,364-366):

*le cortaban el camino de su hueste (λαοῦ) y lo acosaban sin tregua.
Mas cuando ya pronto iba a toparse con los guardias (φυλάκεσσι)
en su huida hacia las naves (ἐς νῆας), entonces Atenea infundió furia.*

Si aquí se refiere el poeta de la *Dolonía* a los piquetes que ya hemos visto situados entre el foso y el muro, o si bien es un descuido y se describe el empleo de un primer anillo de seguridad conformado por guardias avanzados, no lo podemos asegurar. Lo cierto es que en el resto de la *Iliada* no aparece ni rastro de tales usos o de menciones equívocas, ni de forma directa ni indirecta.

En el bando troyano también aparecen puestos de soldados con la misión de guardar el campamento del ejército de Príamo que está a la espera de la llegada del alba para reiniciar el combate y lograr expulsar a los aqueos al mar (*Il.*, VIII,529-531; IX,1). En un primer pasaje parece que el objetivo de las guardias es evitar que sus enemigos huyan en los barcos sin ser advertidos por los troyanos, por lo que quizá son más bien asumibles al papel de espías o vigías que al de guardias (*Il.*, VIII,509-511). Sin embargo, en el canto XVIII, donde de nuevo Héctor ordena a los troyanos disponer puestos de guardia durante la noche, la intención es evidentemente la defensa y protección del campamento. Presenciamos, una vez más, la instalación de estos puestos no con un carácter sistemático, sino solamente para la protección del ejército durante la noche y como respuesta a las circunstancias concretas del desarrollo de la lucha. Ésta es la estrategia que también Dolón confiesa a Ulises y Diomedes (*Il.*, X,414-422):²⁹⁸

*Héctor, junto con todos los que son sus consejeros,
delibera en el consejo junto al túmulo del divino Ilo,
lejos del fragor. Sobre las guardias (φυλακᾶς) que preguntas, héroe,
no hay ninguna elegida que vigile y guarde el campamento
(οὐ τις κεκριμένη ρύεται στρατὸν οὐδὲ φυλάσσει).*

²⁹⁸ Hemos empleado este texto del canto X, pese a las reservas con las que creemos se deben utilizar todos los argumentos textuales procedentes de esta parte de la *Iliada*, únicamente porque consideramos que expresan y resumen muy bien el sentido que se haya latente en el resto del poema.

*Pues cuantos troyanos tienen hogar forzosa es la vigilancia,
y ellos están despiertos y se exhortan a mantener la guardia (φυλασσόμενάι)
mutuamente. Pero los aliados, procedentes de muchos lugares,
duermen, pues a los troyanos tienen encomendada la custodia (φυλάσσειν),
ya que no tienen ni niños ni mujeres que se hallen cerca.*

La situación que se encontrarán los dos héroes será tal y como la describe Dolón, y ambos espías griegos no hallarán ningún obstáculo que les impida entrar en el campamento de Reso y llevar a cabo la matanza (*Il.*, X,482-506).

En el bando troyano también debemos detenernos en las guardias de la propia ciudad, citadas más frecuentemente que las del campamento aqueo. La excepcional situación que vive su población lleva a mantener a todos sus habitantes en estado de alerta, a que las mujeres mantengan los fuegos de los hogares encendidos, y a que los muchachos y los ancianos ocupen los puestos dejados por los hombres que se han unido al ejército, ahora fuera de los muros, para intentar evitar así que la ciudad sea tomada por sorpresa (*Il.*, VII,370-371; VIII,502-522). También estos vigilantes mantienen una denominación idéntica a la de los guardias del campamento, y su presencia se debe igualmente a una situación excepcional.

Aunque en el horizonte histórico de los ejércitos de Homero no parece probable la posibilidad de un ataque nocturno al campamento por parte de todo un ejército;²⁹⁹ sí puede ser más habitual emplear la oscuridad para llevar a cabo emboscadas (*Il.*, VIII,521-522).

²⁹⁹ Los únicos pasajes donde expresamente se habla del peligro de un ataque nocturno, no de una emboscada, los encontramos de nuevo en la *Dolonia*: *Il.*, X,100-101; 192-193.

En Homero, más allá de los casos citados dentro de la *Dolonía*, no hay rastro de guardias avanzados (προφύλακες), es decir puestos situados a una cierta distancia de su base y compuesta por un número suficiente de hombres para que en caso de ataque enemigo sea posible detener el avance mientras se alerta al resto del ejército. Su función es cubierta en parte por exploradores y vigías situados en puestos estratégicos, cuya única misión es realizar labores de información, anunciando a los generales los movimientos del contrario. Son, además, posiciones cubiertas por un solo hombre. De ellos sí tenemos abundantes noticias y su empleo parece haber sido muy habitual. La primera mención la encontramos en el canto II (vv. 791-794):

[Iris] *Había tomado la voz Polites, hijo de Príamo,*
que fiado en su velocidad se apostaba (ἵζει) como vigía (σκοπὸς) de los troyanos
sobre la cúspide (ἐπ' ἀκροτάτῳ) de la tumba del anciano Esietes,
acechando cada vez que los aqueos partían de las naves
(δέγμενος ὀππότε ναῦφιν ἀφορμηθεῖεν Ἀχαιοί).

El pasaje es verosímil que proceda de algún canto sobre el desembarco de los aqueos en las costas troyanas,³⁰⁰ poniéndose de manifiesto la función esencialmente informadora de vigías y observadores.³⁰¹ Lo mismo podemos comprobar al final de la *Ilíada* cuando los troyanos, acabados los funerales por Héctor y Patroclo, temen un inminente ataque de los hombres de Aquiles (*Il.*, XXIV,799-800):

³⁰⁰ KULLMANN, 1960, pp. 272-273. También las primeras palabras de Iris (*Il.*, II,796-800) parecen más apropiadas para el primer año de la guerra que para el noveno.

³⁰¹ Esa misma función activa y esencial para un ejército la podemos ver en *Il.*, XVIII,513-523, en relación con una emboscada diurna. Muy destacado es el caso de *Od.*, XIV,257-263, XVI,365-368 y XVII,427-433.

*En seguida erigieron un túmulo y apostaron vigías (σκοπῶν) por doquier,
por si los aqueos, de buenas grebas, atacaban de antemano.*

Bajo el término σκόπος (o también ἐπίσκοπος) debemos entender no sólo una actividad pasiva de vigilancia,³⁰² sino también una función activa de espionaje.³⁰³ Ese es el término que se emplea en el canto X para las actividades que desarrollan tanto Dolón como los dos héroes aqueos (*Il.*, X,319-327):³⁰⁴

*¡Héctor! El corazón y el arrogante ánimo me instan
a ir cerca de las naves (νηῶν), de ligero curso, y averiguarlo.
Mas, ea, levanta este cetro delante de mí y júrame
darme el carro, centelleante de bronce, y los caballos
que transportan al intachable Pelida,
y yo no seré espía (σκοπὸς) vano para ti ni defraudaré tu esperanza.
pues iré dentro del campamento y lo atravesaré hasta llegar
(τόφρα γὰρ ἔς στρατὸν εἶμι διαμπερές, ὄφρ' ἂν ἴκωμαι)
a la nave de Agamenón, donde sin duda los próceres van
a deliberar y dar consejo de huir o continuar la lucha.*

Pero estos son los únicos testimonios con los que contamos, lo que nos impide afinar más en cuanto a su forma y funcionamiento.

³⁰² También en el caso de los juegos fúnebres por Patroclo: *Il.*, XXIII,359-361. El término ἐπίσκοπος como actividad pasiva de vigilancia lo podemos ver en *Il.*, XVIII,299.

³⁰³ Son también abundantes las citas a atalayas o lugares de observación (σκοπιᾶν): *Il.*, VIII,555-557; XIV,9; XVI,297-299; XX,136-137; XXII,145; XXIII,448-451. También aparecen mencionadas en *Od.*, X,91-97; 145-149.

³⁰⁴ *Cfr. Il.*, X,37-41; 204-217; 303-311; 308-313; 340-343; 388-389; 449-451; 526; 561-562. También se utiliza para expresar como los dioses vigilan los actos de los hombres: *Il.*, X,515-516; XIII,10; XIV,135.

En conjunto, en este breve apartado hemos podido comprobar cómo los sistemas de guardia y vigía en Homero son de una enorme sencillez. El vocabulario es muy rudimentario y apenas manifiesta una especialización de funciones más allá de las diferencias entre la labor de los guardias y la de los vigías y exploradores. No parece que la colocación de puestos de guardia haya sido un elemento omnipresente en las acampadas del mundo griego de Homero. Más bien, esta práctica se circunscribe a momentos de emergencia. Mayor uso parece haberse dado a los sistemas de información, situando vigías en puestos estratégicos para alertar con suficiente antelación al propio ejército de la proximidad o avances del enemigo.

Por último cabe decir que de nuevo parece el canto X diferenciarse del resto de la *Ilíada*, en primer lugar y de forma clara por el uso mucho más abundante que tanto de guardias como de espías se hace en ese canto en comparación con el resto del poema,³⁰⁵ y en segundo lugar, porque aparecen algunos textos de difícil interpretación, pero en los que es posible rastrear un uso diferente y más moderno de estos dispositivos de información y defensa de las acampadas, especialmente si nos referimos a guardias avanzados de los que tendremos cumplida constancia sólo ya entrada la época clásica.

³⁰⁵ Aparecen 25 pasajes en el canto X en relación con el uso de guardias, espías o vigías. El siguiente canto por el número de veces en los que es referido este tema sería el canto IX y XXIV, ambos con tan solo cuatro pasajes cada uno.

7. La vida cotidiana en el campamento.

Homero proporciona abundantes indicaciones sobre los diversos hechos que van marcando el día y las actividades que les acompañan. Es un sencillo recurso literario que tiene como fin establecer el ritmo dramático del poema. De ahí que esos momentos queden congelados en fórmulas, no muy diversas, pero de gran altura poética en muchas ocasiones (*Il.*, XIX,1-2):

*La Aurora, de azafranado velo, de las corrientes de Océano
se levantaba para llevar la luz a los inmortales y a los humanos.*

El día comienza muy temprano en el campamento, con los primeros rayos del sol o incluso un poco antes. Un buen ejemplo del inicio del día en el ejército acampado lo tenemos con la narración del despertar del sueño de Agamenón en su tienda (*Il.*, II,41-55):

*Se despertó del sueño [Agamenón]; la divina voz aún se difundía alrededor.
se sentó incorporándose, se puso la suave túnica,
bella y recién fabricada, y alrededor se echó el gran manto.
En los lustrosos pies se calzó unas bellas sandalias
y se colgó a hombros la espada, tachonada de clavos de plata.
Cogió el paterno cetro, siempre inconsumible,
y con él fue por las naves (σὺν τῷ ἔβη κατὰ νῆας) de los aqueos, de
broncíneas túnicas,
La diosa Aurora subió al vasto Olimpo,
para anunciar la luz a Zeus y a los demás inmortales.*

*Él, por su parte, a los heraldos, de sonora voz, ordenó
convocar a asamblea (κηρύσσειν ἀγορήνδε) a los aqueos, de melenudas
cabelleras.*

Aquellos fueron pregonándolas, y éstos se reunieron muy aprisa.

Mas antes citó a sesión al consejo de magnánimos ancianos

(Βουλὴν δὲ πρῶτον μεγαθύμων ἴζε γερόντων)

junto a la nestórea nave (παρὰ νηϊ) del rey nacido en Pilo

A éstos convocó y les expuso su sagaz plan.

Como vemos, la primera actividad del ejército es la reunión en asamblea (ἀγορή). En esto la vida cotidiana en el campamento aqueo o en el Olimpo no se distinguen (*Il.*, VIII,1-3):

La aurora, de azafranado velo, se esparcía por la tierra,

cuando Zeus, que se deleita con el rayo, convocó la asamblea

(θεῶν ἀγορὴν ποιήσατο)

de los dioses en la cima más alta del Olimpo, lleno de riscos.

Para García Blanco y Macía Aparicio no tiene sentido que los griegos se encontraran tan temprano reunidos en asamblea, como también ocurre en *Il.*, VII,421, donde Homero dice que los troyanos y aqueos comienzan a recoger los cadáveres cuando *los primeros rayos de sol acariciaban el labrantío.*³⁰⁷ Pero este no es un ejemplo aislado entre los ejércitos griegos en época de Homero, que se reúnen en

³⁰⁷ GARCÍA BLANCO, vol. II, 1998, v. 381, p. 169. También duda sobre lo procedente de una reunión a esas horas Kirk, aunque reconoce que no sería extraño teniendo en cuenta *Il.*, VII,421: *cfr.* KIRK, 1989, p. 283.

asamblea al iniciarse el día, es decir, con las primerísimas luces de la Aurora. Así hemos visto que sucedía en el caso de *Il.*, II,41-55, y también en *Il.*, VII,433-434, cuando los aqueos se reúnen para iniciar la construcción de un túmulo para los soldados caídos en batalla *cuando la aurora no había llegado y era noche entre luces*.³⁰⁸

Aún antes de la asamblea general matutina, los jefes de cada contingente se reúnen en consejo (βουλή) junto a su comandante para acordar las órdenes que se van a dar a los soldados (*Il.*, II,53-55).³⁰⁹ Después, se dirigen al lugar de la asamblea de los soldados para comunicar las órdenes del día. En la *Ilíada* esto supone habitualmente comunicar el mandato de prepararse para formar en la llanura y enfrentarse a los troyanos (*Il.*, VIII,53-54). Pero también puede servir como ocasión para dar otro tipo de anuncios, como advertir a los soldados sobre las consecuencias que les acarrearía un comportamiento cobarde frente al enemigo con el que se van a enfrentar ese día. Esto hace Aquiles ante la proximidad del combate final que decidirá la suerte de Héctor y en el que el Pelida espera saciar su sed de venganza (*Il.*, XIX,235-236):

*... no habrá otra orden, sino la desgracia para el que se quede
junto a las naves de los aqueos (λίπηται νησὶν ἐπὶ Ἀργείων).*

De la misma manera, esta reunión a primera hora permite también a los mensajeros de otros ejércitos hacer público a la asamblea de los soldados embajadas del enemigo. Así aparece Ideo, el mensajero de los troyanos, muy de mañana ante la reunión de los aqueos (*Il.*, VII,381-384):

³⁰⁸ Ἡμος δ' οὐτ' ἄρ' πω ἦώς , ἔτι δ' ἀμφιλύκη νύξ (*Il.*, VII,433).

³⁰⁹ Por la *Odisea* parece que incluso los reyes tenían la obligación de abandonar por las mañanas sus casas para dirigirse a ocupar su puesto en el consejo donde actuaban por el bien de la comunidad (*Od.*, VI,50; VIII,390; XIII,14; XIX,197). *Cfr.* GSCHNITZER, 1991, pp.182-204. Sería un ejemplo más de la estrecha vinculación entre vida civil y vida en campaña.

... y al alba Ideo fue a las cóncavas naves

(ἤωθεν δ' Ἰδαίος ἔβη κοίλας ἐπὶ νῆας).

Halló en el ágora (εἰν ἀγορῇ) a los dánaos, escuderos de Ares,

junto a la popa de la nave de Agamenón (νηὶ πάρα πρύμνη Ἀγαμέμνονος).

Entonces,

de pie en medio (ἐν μέσσοισιν) de ellos, habló el heraldo, de potente voz:

No hay duda de que este era un momento importante en el día a día de los campamentos. Lo que no aparece recogida es ninguna fórmula para ordenar su disolución. Lo más habitual parece ser emplear la orden de almorzar para dar por concluida la asamblea, como hace Agamenón y ponen por obra sus hombres al final de la asamblea del canto II (*Il.*, II,381-390; 398-401):³¹⁰

Ahora id a comer, para que luego trabemos marcial lucha.

(νῦν δ' ἔρχεσθ' ἐπὶ δεῖπνον, ἵνα ξυνάγωμεν Ἄρηα)

Bien cada uno afile la lanza, bien colóquese el escudo,

bien dé cada uno el pienso a los caballos, de ligeros cascos,

e inspeccione bien los lados del carro con miras al combate,

porque todo el día tomaremos como árbitro al abominable Ares.

Pues no habrá entre tanto ni siquiera el más mínimo descanso,

sino la noche, que al llegar separará la furia de los guerreros.

Sudará alrededor del pecho el tahalí del broquel, que cubre

³¹⁰ Aunque no de forma necesaria, es Agamenón quien, como comandante supremo, es responsable último de dar las órdenes en el campamento (*Il.*, XXIII,158-165). Incluso Aquiles reconoce su mayor capacidad de mando (*Il.*, XXIII,156-167). También, *Il.*, VIII,53-54.

*entero al mortal, y se fatigará la mano de empuñar la pica;
y sudará el caballo por el esfuerzo de tirar del pulido carro.*

(...)

Y, levantándose, partieron y se dispersaron por las naves

(ἀνστάντες δ' ὀρέοντο κεδασθέντες κατὰ νῆας).

Ahumaron con el fuego las tiendas y tomaron la comida.

(κάπνισσάν τε κατὰ κλισίας, καὶ δεῖπνον ἔλοντο)

*Cada uno hizo un sacrificio (ἔρεξε) a uno de los sempiternos dioses,
implorando huir de la muerte y del fragor de Ares.*

Es un lugar común en el poema recordar lo necesario que es comer antes de iniciar un combate, para luego poder soportar el peso de todo el día en el campo de batalla y no desfallecer. Este principio tan básico es olvidado por Aquiles en el canto XIX debido a sus deseos de venganza por la muerte de Patroclo, lo que nos da oportunidad de escuchar a Ulises desgranando las razones de esa costumbre, prolija y públicamente, ante la asamblea de soldados (*Il.*, XIX,155-172):

A pesar de tu valía, Aquiles, semejante a los dioses,

no impulses a los hijos de los aqueos a ir a Ilio en ayunas

(νήστιας ὄτρυνε προτὶ Ἴλιον υἱᾶς Ἀχαιῶν)

a luchar contra los troyanos, porque no durará breve tiempo

la contienda, una vez que entren en contacto los batallones

de guerreros y la divinidad insufla furor a ambos bandos.

Manda más bien a los aqueos sobre las veloces naves (ἐπὶ νηυσὶν) gustar

comida y vino (σίτου καὶ οἴνοιο), pues en ello están la furia y el coraje.

*No hay hombre que todo el día hasta la puesta del sol
sea capaz de afrontar la lucha sin haber probado pan (σίτοιο).
Por mucho que en su ánimo anhele el combate,
sus articulaciones se abotargan sin darse cuenta, le asaltan
el hambre y la sed, y las rodillas se le doblan al andar.
En cambio, el hombre que harto de vino y de comida
combate durante todo el día con los adversarios
tiene un corazón audaz en sus mientes, y los miembros
no se le fatigan hasta que todos cejan en el combate.
Mas, ea, manda a la hueste romper filas y el desayuno
(λαὸν μὲν σκέδασον καὶ δεῖπνον)
preparar.*

Cada soldado prepara la comida principal del día con sus compañeros de barco y choza (*Il.*, XIX,275-277):

*Id ahora a comer (ἐπὶ δεῖπνον) y luego trabaremos la marcial lucha.
Así habló y dio fin a la asamblea (ἀγορῆν), que se disolvió rauda.
Los demás se dispersaron y cada uno marchó a su nave (ἐπὶ νῆα ἕκαστος).*

Los héroes principales ya vimos que no suelen compartir la cabaña, sino que los servidores les preparan el almuerzo a cada uno individualmente en su alojamiento. Así aparece en la *Ilíada* con el característico aire aristocrático del poema (*Il.*, XXIV,122-125):

... y [Tetis] *llegó a la tienda* (κλισίην) *de su hijo. Allí lo halló*
exhalando reiterados suspiros, rodeado de sus compañeros (ἑταῖροι),
que se afanaban con premura en preparar el desayuno (ἄριστον)
y que tenían una grande y velluda oveja sacrificada.

El día en Homero no aparece dividido de forma sencilla en mañana y tarde, sino en tres periodos. Primero está el tiempo anterior a la primera comida; después vendrá la gran parte del día ocupada en actividades; y, por último, el final del día, marcado por la llegada de la oscuridad. Las comidas con propósitos alimenticios determinan, por tanto, los diversos periodos de cada jornada.³¹¹ La primera comida por la mañana se denomina en Homero como ἄριστον, mientras que para la cena se hace uso del término δόρπον. De todas formas hay una forma más general de referirse a la comida, y que muchas veces sustituye a ἄριστον, como es δεῖπνον.³¹²

En caso de no dedicar el día a combatir, las actividades de los soldados en el campamento debían de ser muy variadas. Como ejemplo tenemos la descripción que el poeta nos hace de cómo los compañeros de Aquiles ocupaban su tiempo en el campamento mientras el héroe sigue ausente de la lucha. Es, sin duda, un magnífico cuadro de lo que en parte podía constituir la vida diaria en un campamento (*Il.*, II,773-779):

³¹¹ Es decir, diferentes de los banquetes o δαίς.

³¹² Cfr. *Il.*, II,381-390; XXIV,124; *Od.*, IV,426-430; XII,305-307; XVI,2. Ver también KIRK, 1985, pp. 155-156. LATACZ, *Gesamtkommentar. Band 2.* 2., 2003, v. 381, p. 116. Δεῖπνον también es empleado para la comida de los animales (*Il.*, II,383). Los escoliastas nos presentan una visión confusa sobre las comidas de los héroes homéricos, en unas ocasiones hablando de tres comidas al día (*ariston*, *deipnon* y *dorpon*) y en otros casos hablando de sólo dos, puesto que *ariston* sería sinónimo de *deipnon*. En el *Lexikon* de SNELL, 2004, *deipnon* es usada como una comida primaria antes de actividades que requieren mucho trabajo. Bucholz o West han mostrado su disconformidad con el empleo de *deipnon* para una comida por la tarde, y se sugiere que el único texto en el que así aparece (*Od.*, IV,61) estaría corrupto, siendo una palabra normalmente usada para comidas durante el día. Cfr. RUNDIN, 1996, 179-215.

(...). *Junto al rompiente del mar sus huestes*

(λαοὶ δὲ παρὰ ῥηγμῖνι θαλάσσης)

se recreaban lanzando discos y astas con correa o disparando

(δίσκοισιν τέρποντο καὶ αἰγανέησιν ἰέντες)

sus arcs. Los caballos, cada uno junto a su carro,

estaban ronzando el loto y el palustre apio

quietos. Yacían los bien ensamblados carros de los soberanos

(ἄρματα δ' εὖ πεπυκασμένα κείτο ἀνάκτων)

en las tiendas (ἐν κλισίῃς). Y ellos, añorantes de su jefe, caro a Ares,

iban y venían aquí y allá por el campamento (κατὰ στρατὸν) sin luchar.

No eran las únicas ocupaciones posibles, y también podemos contemplar a Aquiles y Patroclo distrayéndose con cantos en la tienda (*Il.*, IX,185-187).³¹³ Igualmente, sin duda, algún tiempo diariamente deberían dedicar los soldados al cuidado de sus armas. De entre esos cuidados necesarios, Homero menciona mantener las lanzas afiladas, el cuidado de los caballos y la revisión de los carros (*Il.*, II,382-390):

Bien cada uno afile la lanza (δόρυ θηξάσθω), bien colóquese el escudo

(ἀσπίδα θέσθω),

bien dé cada uno el pienso (δειπνον) a los caballos, de ligeros cascos,

e inspeccione bien los lados del carro (ἄρματος ἀμφίς) con miras al combate,

porque todo el día tomaremos como árbitro al abominable Ares.

³¹³ Probablemente también habría tiempo dedicado al deporte y la caza, dado que son actividades muy unidas entre sí: *cfr.* LATACZ, *Gesamtkommentar. Band 2.*, 2003, vv. 774-775, p. 251. Para BUCHOLZ, 1973, p. 75, la alegría de la caza pertenecen en Homero de tal manera al ser del héroe y caballero que se da una completa unión entre todos ellos. También al cuidado y reparación de las naves, *cfr.* MARK, 2005, 59-60.

*Pues no habrá entre tanto ni siquiera el más mínimo descanso (παυσωλή),
sino la noche, que al llegar separará la furia de los guerreros.
Sudará alrededor del pecho el tahalí (τελαμών) del broquel (ἀσπίδος), que
cubre
entero al mortal, y se fatigará la mano de empuñar la pica (ἔγχει);
y sudará el caballo por el esfuerzo de tirar del pulido carro (ἄρμα).*

El cuidado de la lanza ha sido uno de esas ocupaciones habituales de los soldados acampados en toda la historia militar griega, desde antes de Homero hasta por lo menos, el siglo IV (X., Cyr., IV,5,3).³¹⁴

Las cuestiones de intendencia también ocupan bastante tiempo en la vida cotidiana de los soldados al ser un aspecto clave en cualquier campaña militar. De esto es consciente el mismo Tucídides cuando analiza, racionalizando el mito, el aspecto logístico de la aventura aquea frente a Troya (Th., I,11):

... pues por falta de víveres reunieron un ejército menor, con no más tropas que las que pudieran vivir del país mientras luchaban (...), sino que se dedicaron al cultivo del Quersoneso y a la piratería por falta de víveres.

³¹⁴ Incluso desde antes de Homero. En el cementerio de Paria Perivolia, se hallaron piedras de afilar en el ajuar de guerreros de época micénica. Este es un cementerio en torno a Xeropolis, la pira 1 y 16 fueron equipadas con una espada, una hoja de espada y lo que parece una piedra de afilar, que no pueden ser datadas: *cf.* POPHAM, 1993, tablas 3-4, imágenes 420-421. Citado en 1995, p. 25, n. 44. Lo que no acabamos sin embargo de entender bien es a qué se refiere la indicación sobre el escudo (ἀσπίδα θέσθω). *Cfr.* LATACZ, *Gesamtkommentar. Band 2.*, 2003, v. 382, p. 116. Otra actividad diaria ha de ser el baño después del combate y antes de la cena que tenemos recogido en *Il.*, X,570-579 y XXIII,40. En *Il.*, XXII,444, también aparece referido a Héctor dentro de Troya.

Para Tucídides, el aprovisionamiento de aquellos ejércitos antiguos se aseguraba mediante la complementariedad de diversas actividades como son la agricultura, el comercio y la piratería. Efectivamente, mercado y depredación eran las dos formas adquisitivas habituales en el mundo arcaico, según los estudios de A. Mele, y el autor ateniense las traslada punto por punto al marco de la *Iliada* como método para explicar la razón de la prolongación de aquella empresa bélica.³¹⁵

Sin embargo, de posibles actividades agrícolas en campaña no tenemos ningún rastro en el texto de la *Iliada*, lo que no ha de extrañar dado el carácter eminentemente bélico y aristocrático del poema. Igualmente es cierto que, a la vez que disponemos de abundantes testimonios de un constante flujo de bienes que entran y salen del campamento, entre ellos no aparece nunca el grano, aunque sí, por ejemplo, el vino.³¹⁶ De hecho, como ha explicado Mele, el comercio aristocrático no es un comercio de exportación de cereal, lo que casa perfectamente con el tenor del poema.³¹⁷ Pero justamente éste debía de ser *de facto* el caso de cualquier expedición militar, también la recreada frente a Troya por Homero, de manera que dentro de todo el flujo comercial que alimenta a cualquier ejército debemos suponer que también estaría incluido el comercio de grano y de otros productos básicos, aunque no contemos con testimonios sobre ello. Lo que sí encontramos es la mención a unos ταμίαι, encargados del reparto del grano en las naves (*Il.*, XIX,44): καὶ ταμίαι παρὰ νηυσὶν ἔσαν, σίτοιο δοτῆρες.

Esta breve referencia nos abre enormes perspectivas sobre cómo debía de organizarse la intendencia en los ejércitos homéricos, pero que a falta de más datos

³¹⁵ El conocimiento bastante exacto de Tucídides de la manera de funcionar el comercio arcaico, probablemente se derive de Antíoco de Siracusa, una de las fuentes del historiador ateniense: *cf.* MELE, 1979, p. 60.

³¹⁶ Otra actividad casi cotidiana tenía que ser la recogida de leña, pero esta sólo se menciona en una ocasión solemne, como son los preparativos de la pira funeraria de Patroclo: *Il.*, XXIII,109-123. Es fácil imaginar cómo esa misma imagen podría ser trasladada a un día cualquiera en el ejército acampado frente a Troya.

³¹⁷ MELE, 1979, p. 78.

apenas podemos esbozar. De hecho, estos ταμίαι serán posteriormente los administradores de las posesiones de los reyes y de las cajas financieras de las ciudades, actuando tanto de funcionarios públicos como privados.³¹⁸ En el poema aparecen con un papel muy similar, pero a menor escala, como administradores de los suministros del ejército, y muy probablemente de manera independiente en cada contingente (παρὰ νηυσίν). Es fácil pensar que existe, por tanto, una centralización en la organización de la intendencia del ejército, al menos para los productos básicos. En época clásica, las fuerzas militares espartanas en campaña cuentan también con unos responsables de vender el botín y redistribuir las ganancias entre los participantes en la acción militar, los λαφυροπώλαι, de suerte que, además de adquirir bienes básicos (como es el cereal) en condiciones más ventajosas, los jefes y la tropa quedan liberados de toda preocupación mercantil.³¹⁹ En el ejército de Agamenón la intendencia debía de funcionar de forma no muy diferente.³²⁰

Otros bienes menos esenciales para la vida en campaña son adquiridos por cada soldado de forma individual, gracias a la arribada al campamento de naves dispuestas a aprovecharse económicamente de la guerra en Troya, como será tradición en la historia militar griega posterior (*Il.*, VII,467-475).

Había allí unas naves que habían traído vino de Lemnos.

Eran muchas y las había despachado el Jasónida Euneo (...)

reservadas para los Atridas, Agamenón y Menelao,

el Jasónida había dado mil medidas de vino para llevarlas.

De ese vino compraron los aqueos, de melenuda cabellera,

³¹⁸ Cfr. VOLKMANN, *Der kleine Pauly*, s.v. “Tamias”, cols. 505-507.

³¹⁹ X., *Lac.*, XIII,1.

³²⁰ *Il.*, XXI,40-42; XXIV,751-753.

*unos con bronce, otros con fogueado hierro,
otros con bovinas pieles, otros con vacas vivas
y otros con esclavos.*

A la inversa de lo que hacía Euneo, también podemos suponer que cada uno de los héroes troyanos enviaría sus barcos cargados con el botín adquirido frente a Troya para comerciar con él y obtener los suministros que precisan. De tales actividades no se ocupan los mismos señores, sino que son otros personajes delegados los que llevan a cabo esas expediciones, como Patroclo lo hace para Aquiles, no como emisario de la comunidad, sino en empresas privadas e individuales (*Il.*, XXIII,740-747):

*El Pelida al momento propuso otros premios de velocidad:
una argénteo crátera labrada, que tenía seis medidas
de capacidad y en belleza superaba a todas las de la tierra
en mucho (...)
En pago por Licaón, hijo de Príamo, se la había entregado
al héroe Patroclo el Jasónida Euneo.*

En ese comercio arcaico, los esclavos eran la mejor y más usada moneda de cambio empezando por el campamento aqueo, mientras la forma más habitual de tasar los bienes se realizaba en bueyes.³²¹ Otros productos como los metales (hierro o cobre, más que plata u oro), el ganado, las pieles, o productos manufacturados, servían asimismo para mantener un constante flujo económico y convertir los establecimientos militares en focos de desarrollo comercial. El guerrero homérico, por tanto, también

³²¹ MELE, 1979, p. 61 y ss.

debía dedicar parte de su tiempo a acciones depredatorias, destinadas a adquirir botín en los territorios circundantes y en las aguas próximas al campamento (por ejemplo, en detrimento de las naves de paso), sin excluir incursiones piráticas ocasionales contra poblaciones costeras algo más alejadas del campamento aqueo.³²² La piratería no estaba considerada como un baldón para el aristócrata, ni siquiera para el traficante, sino un complemento natural de toda prexis.³²³ Al margen ya de la ficción, por tanto, el ejército acampado frente a Troya constituye para el investigador actual una espléndida metáfora de la guerra como generadora y distribuidora de riqueza a lo largo de la Historia, empezando por el arcaísmo griego.

Dentro de las actividades cotidianas, y especialmente antes de iniciarse la batalla, la religión también tenía un lugar propio. Las actividades relacionadas con el culto o los sacrificios aparecen en la *Ilíada* con ocasión de circunstancias públicas o solemnes, fundamentalmente en la forma de banquete con ofrendas a los dioses. Un ejemplo destacado por lo prolijo de sus detalles lo encontramos en *Il.*, II, 402-431:

Por su parte, Agamenón, soberano de hombres, sacrificó un buey

pingüe, cincoño, en honor del prepotente Cronión

e invitó a los ancianos paladines del bando panaqueneo:

(...)

De pie en torno del buey cogieron los granos de cebada majada

y en el centro pronunció una plegaria el poderoso Agamenón: (...).

Tras hacer la súplica y espolvorear los granos de cebada majada,

³²² En el *Escolio a Homero (Ilíada, VI,35)*, se dice expresamente que Aquiles, durante la guerra de Troya, devastaba las ciudades vecinas a Ilión.

³²³ MELE, 1979, pp. 43-44. Otra cosa bien distinta, claro está, era el tráfico *ergon*, defendido por Hesíodo.

*echaron atrás las cabezas de las víctimas, y las degollaron
y desollaron; despiezaron los muslos y los cubrieron con grasa
formando una doble capa y encima pusieron trozos de carne cruda.
Los fueron quemando con astillas sin hojas, pincharon
las entrañas en espetones y las dejaron al fuego de Hefesto.
Después de consumirse los muslos al fuego y catar las vísceras,
trincharon el resto y lo ensartaron en brochetas,
lo asaron cuidadosamente y retiraron todo del fuego.
Terminada la faena y dispuesto el banquete (δαῖτα),
participaron del festín, y nadie careció de equitativa proporción.*

El banquete (δαῖς) se celebra en la tienda de Agamenón, después de la asamblea y antes de salir a la llanura a combatir. En él participan los jefes aqueos, con la excepción lógica de Aquiles, que en otras circunstancias también debía de tomar parte. Este banquete está estrechamente vinculado a la institución del consejo (βουλή), uno de los principales órganos de dirección del ejército. Así aparece en *Il.*, IX,89-94:

*El Atrida condujo en grupo compacto a los ancianos
de los aqueos a su tienda y les sirvió un apetitoso banquete.
Tendieron las manos a los manjares preparados que había delante
y después de saciar el apetito de bebida y de comida,
el primero que comenzó a urdir un ingenio fue el anciano
Néstor, cuyo plan también antes se había revelado el mejor.*

En la épica el banquete es una división de comestibles, especialmente de porciones de carne.³²⁴ Es importante subrayar que la distribución de la carne en los sacrificios griegos era una cuestión de enorme importancia por reflejar la jerarquía social. Δαίς no se emplea generalmente para referirse a la acción de alimentarse los animales, sino que se aplica a las comidas de dioses y de hombres. De esta forma, la δαίς separaría a hombres y animales, y, por eso, la participación en banquetes y en la política son equivalentes a la hora de definir la condición humana.³²⁵

La participación en tales banquetes es también un regalo debido a algún hecho especial, como pago por los servicios, como acto de reciprocidad, estando atendidos por personas de alto rango, para denotar igualdad y excelsitud entre los participantes. Dentro de estos, además, existe una tendencia al empleo de *isos* entre individuos de alto estatus o en ocasiones en las que individuos de clases inferiores se quieren igualar con los superiores. Así, el banquete establece relaciones entre iguales que exigen reciprocidad. Pero también igualdad entendida en el sentido de dar de forma diferente a cada uno según sus merecimientos. En *Il.*, IX,225-227, Ulises lo primero que hace es recordar a Aquiles durante la embajada el que ambos han sido iguales en los banquetes en la tienda de Agamenón o en cualquier otro lugar y, por tanto, ambos disfrutaban del mismo rango pudiendo actuar de mediador. También en la sugerencia que Néstor hace a Agamenón de que organice un banquete para celebrar un consejo, se muestra

³²⁴ *Od.*, XVII,331-332; XX,280; III,65-66; XIV,427-441

³²⁵ La excepción son las mujeres que, salvo en el caso de las diosas, no parece que hayan participado habitualmente (*Il.*, XVIII,496). En la *Odisea* sí que están presentes Helena (IV,120-305) y Arete (VII,140-347), pero la presencia de esta última es tan anómala que Odiseo es instruido sobre cómo dirigirse a ella y no a su marido en sus peticiones. Quizá tanto ella como Helena sean tan próximas a los dioses que les esté permitida su presencia. Por el contrario, Penélope evita el banquete de los pretendientes en su casa. Quizá, de tomar parte en él, lo haría sentándose junto a su marido, como Arete y Helena. Pero en todo caso parecen haber estado al margen de la bebida y del reparto de carne, no así de grano (*Od.*, I,147; IV,55; VII,175; XV,138).

claramente esa unidad entre consejo y banquete, y cómo Agamenón queda en el centro como distribuidor para todos.³²⁶

Sobre el ritual de sacrificio inicial ya hemos visto que tenemos también cumplida descripción en Homero. Éste se celebra con todos los participantes en pie en torno al animal; está oficiado por Agamenón y realizado por los servidores³²⁷. En sí la descripción compone una escena típica que encontramos repetida de forma más o menos prolija en otros pasajes. En líneas generales el ritual completo se iniciaría reuniéndose todos en círculo en torno al altar, espacio que adquiere así un carácter de sagrado. Los que offician se purifican simbólicamente lavándose las manos para lo que alguien trae un recipiente de agua (*Od.*, III,440 y ss.). Entonces levantan los granos que son esparcidos

³²⁶ De forma paralela, los *sisitá* en Esparta y Creta se ha dicho que se establecían sobre la igualdad de los participantes y de la distribución como reminiscencia de estos banquetes igualitarios. Tampoco nos ha de sorprender que esas comidas comunes aparezcan en el estado ideal de Platón, ya que las conexiones entre los banquetes espartanos y homéricos son inmediatamente evidentes. El banquete igualitario en Homero definía al estrato social alto, lo que le pone en conexión con los *homoioi* espartanos. Pero también en los banquetes espartanos se dotaba de una porción mayor a los reyes (*X., Rep. Lac.*, V) e igualmente la asignación de porciones honoríficas era un elemento fundamental de la etiqueta de esas comidas (Hdt., VI,57; *X., Rep.Lac.*, XV). Asimismo, en Esparta tenemos constancia de la presencia de un *kreodaites*, es decir, el que dividía las porciones de carne. El nombre es ciertamente oscuro y podría corresponderse con el *mageiros* de Hdt., VI,60, de carácter hereditario, lo que subraya la trascendencia del cargo. Aristóteles remarca que estas comidas comunes son una antigua institución, habitual en la política griega (*Polit.*, 1329b). Formas parecidas las tenemos recogidas de muchos lugares del mundo griego (Mégara, Tebas, Jonia,...), e incluso fuera del mundo griego (1329b, 1272b). Pero donde más noticias tenemos es de Creta (Ateneo, IV,143 a-f). Allí las comidas públicas eran aprovisionadas a través de un impuesto para cada ciudadano y por una participación del Estado, dándose partes iguales a los participantes, aunque los más jóvenes sólo recibían la mitad. Porciones honoríficas se daban a aquellos que se habían distinguido en la guerra o en el saber. Después del banquete se hablaba de los asuntos del Estado, alabándose después a todos aquellos que hubieran hecho grandes acciones por el Estado. Aristóteles las juzga como mejores que las espartanas (1272 a). Tales banquetes en Creta y Esparta mantenían, aunque fuese de forma idealizada, los elementos de la homérica y eran de gran influencia en la teoría política griega. *Cfr.* RUNDIN, 1996, 179-215. MACKIE, 1996, pp. 127-135, explica bien el carácter de comunidad que implica la participación en el banquete. Un artículo clásico sobre el tema es el de MOREAUX, 1894, pp. 133-145.

³²⁷ En el caso de una ofrenda o un sacrificio en nombre de la comunidad, entonces el acto se convierte en un rito colectivo. El rey se rodea de su pueblo en asamblea, especialmente para las hecatombes (*Il.*, I,314-317; *Od.*, III,3-10), *soit au moins d'un groupe de basilees* (*Il.*, II,402-418). Los ancianos juegan un papel activo. Ellos echan los granos sobre las víctimas (*Il.*, II,410) y pronuncian juntos la oración al dios (*Od.*, XIII,185). Dentro de las fórmulas tradicionales para los sacrificios todos los verbos son en plural, lo que indica que en general diversas personas participan en el despiezado y cremación de las partes de las víctimas destinadas a los dioses. Es también posible que el rey o el oficiante se contenten con presidir el acto. Sólo en dos casos el poeta muestra cómo el rey participa en el despiezado de las víctimas (*Il.*, III,270-297; XIX,249-269). En ambos casos el sacrificio se ve acompañado de un sermón en el que deja claro que él asume la responsabilidad ante los hombres y ante los dioses: *cfr.* CARLIER, 1984, pp. 162-165.

sobre la víctima, obviamente de un cesto que se menciona específicamente en *Od.*, III,442; mientras cogen el grano pronuncian la oración. Desollan el animal, haciendo dos montones (como una especie de *sandwich* con los huesos en el centro). Toman pedazos de carne que, por lo que vemos en *Od.*, XIV,427, son cogidos de las vísceras para significar el conjunto del animal. Es entonces cuando el oficiante las quema sobre una tabla de madera y vierte vino sobre ellas. Cuando la porción de los dioses se ha consumido, cada uno toma la parte que le corresponde, que ha sido mientras tanto asada. Lo propio se hace con el resto, también en brochetas; retiran las piezas cuando están bien cocinadas y se aprestan al festín. En este momento el sacrificio en sentido estricto ha finalizado.³²⁸ En la descripción que hemos recogido, bastantes acciones típicas son omitidas: el adorno de los cuernos del animal (*Od.*, III,436-438), el golpe con el hacha acompañado de un ritual antes de desollarlo (*Od.*, III,449), cortar un mechón de pelo de su cabeza (*Il.*, III,273) y echarlo al fuego (*Od.*, III,446; XIV,442).³²⁹ Pero la visión de conjunto que se nos da de esta ceremonia en la *Iliada* resulta completamente acorde con lo que tenemos constatado en la épica.³³⁰

Tales sacrificios se realizan en momentos de especial importancia en el desarrollo de la historia del ejército aqueo como forma de propiciar a los dioses ante una campaña inminente.³³¹ Así también lo encontramos en Áulide, al comenzar la aventura militar (*Il.*, II,301-332), o en Crisa, para aplacar la cólera de Apolo y lograr que cese la

³²⁸ Como vimos en el apartado de los barcos y las tiendas en el campamento, Agamenón debía de disponer, al igual que expresamente se dice de Aquiles, de un altar frente a su choza para llevar a cabo estos ritos. Lo mismo cabe pensar que podemos encontrar frente a la choza de los soldados comunes (*Il.*, II,398-401). El altar a Zeus que se encuentra en el lugar de la asamblea debía de quedar restringido para los sacrificios públicos en los que participa todo el campamento.

³²⁹ KIRK, 1985, vv. 447-468, pp. 100-101.

³³⁰ Otro ejemplo muy clarificador y completo lo podemos ver en *Il.*, I,442-474, en el sacrificio de Crisa para aplacar la ira de Apolo contra los aqueos.

³³¹ Esto es lo que parece que podemos entender que se describe en *Il.*, XI,714-732.

peste en el campamento (*Il.*, I,442-474); también como forma de sancionar los acuerdos de tregua antes de iniciar el duelo entre Paris y Menelao (*Il.*, III,110-274), los juramentos (*Il.*, XIX,196-197; 238-257) o, en general, como forma de eludir la envidia de los dioses siempre que se plantean grandes hazañas o construcciones, como sería el caso del muro aqueo que rodea el campamento (*Il.*, XII,1-9).

El culto a los dioses es una de las principales responsabilidades de los reyes en el ejército. El rey (*basileus*), como todo señor de una casa, celebra los sacrificios destinados a asegurar a su familia, o a sus hombres, la protección de los dioses. Para eso tiene que respetar escrupulosamente el calendario religioso. Una negligencia por parte del rey expone a todo el pueblo a terribles represalias. En la *Ilíada* se confirma la visión de Aristóteles (*Polit.*, III, 14, 1285 b 10) de que el rey es para su pueblo el sacerdote por excelencia, y con ello también en el ejército en campaña.³³²

Aparte de esas ocasiones públicas, en la esfera de lo privado también la religión tenía su espacio en la vida cotidiana. De esto nos han llegado escasas noticias, pero suficientes como para mostrar la importancia y omnipresencia de la religión en los ejércitos. Por ejemplo, antes de entrar en batalla (*Il.*, II,398-401):

Y, levantándose (ἀνστάντες), partieron y se dispersaron por las naves

(κεδασθέντες κατὰ νῆας).

Ahumaron con el fuego las tiendas y tomaron la comida.

(κάπνισσάν τε κατὰ κλισίας, καὶ δεῖπνον ἔλοντο)

Cada uno hizo un sacrificio (ἔρξε) a uno de los sempiternos dioses,

implorando huir de la muerte y del fragor de Ares.

³³² CARLIER, 1984, pp. 162-165.

También los soldados son descritos orando de forma individual y privada, cuando los sucesos públicos van a tener una gran trascendencia para el futuro propio y común (*Il.*, VII,177-179):

Así habló y cada uno hizo una marca en su suerte (κλήρον)

y las echaron en el morrión del Atrida Agamenón.

Las huestes (λαοὶ) rogaron y extendieron las manos a los dioses,

y así decía cada uno con la mirada puesta en el ancho cielo:

¡Zeus padre! ¡Que le toque a Ayante o al hijo de Tideo,

o al propio rey de Micenas, rica en oro!

Así decían mientras Néstor, el anciano conductor de carros,

las agitaba; y saltó del morrión justo la suerte (κλήρος) que querían,...

Pero no son sólo los soldados los que presentan sus cuitas a los dioses, también Aquiles rogará por la suerte de su compañero Patroclo (*Il.*, XVI,220-249) en privado en su cabaña. De ahí que podamos afirmar que la religión y la piedad eran elementos presentes de forma permanente tanto en el ámbito público como privado del transcurrir de los días en el campamento de la *Ilíada*.

De todas formas, en el estación aquea, la actividad cotidiana era la guerra. Lo más habitual, es que tras hacer la comida principal del día las fuerzas se preparen para entrar en combate de nuevo. En algunos casos, antes del combate se produciría una revista de tropas que serviría también para que los jefes militares lanzaran arengas a sus soldados. De una *epipólesis* tenemos una completa descripción en el libro IV, la lleva a cabo Agamenón en la llanura Escamandria (*Il.*, IV,226-232):

*Dejó allí los caballos y el carro, centelleante de bronce.
Resoplando los mantenía aparte su escudero (θεράπων),
Eurimedonte, hijo de Ptolomeo Piráida, a quien encargó
con insistencia mantenerlos cerca, para cuando se cansaran
sus miembros de recorrer la multitud actuando como caudillo;
y él fue a pie pasando revista (ἐπεπωλεῖτο) a las hileras de guerreros
(στίχας ἀνδρῶν).*

La escena se prolonga hasta el verso 421. Extrañamente esta acción se sitúa, no al iniciarse la batalla, sino tras la ruptura de tregua acordada para la celebración del duelo entre Paris y Menelao. Tampoco tiene mucho sentido si tenemos en cuenta que los ejércitos debían de estar bastante próximos entre sí. Todo esto nos lleva a pensar que de nuevo nos encontramos con una escena introducida por Homero para incorporar a su obra otro de esos fragmentos típicos que debían de estar presentes en una obra maestra del género épico y para reflejar una de las principales funciones de los reyes en campaña.³³³

Dentro de la lógica dramática, además, esta escena de la revista de las tropas sirve para retardar más la acción e incrementar paulatinamente la tensión ante el próximo combate. Después llegará la lucha, que ocupará la mayor parte de la jornada.

Con la llegada de la oscuridad se pone fin a cualquier actividad (*Il.*, VIII,487-488),³³⁴ también a la guerra, y así cada bando regresa a su campamento. Ese término también está indisolublemente unido a una última reunión de los miembros del consejo para cenar, dar las últimas órdenes y discutir las acciones de la jornada siguiente en la

³³³ CARLIER, 1984, pp. 165-172. Son también una ocasión para alabar o vituperar las acciones de los héroes.

³³⁴ Situación contraria es el canto X, donde toda la acción transcurre durante la noche.

choza de alguno de los jefes, habitualmente en la del comandante supremo del ejército, aquí el panaqueo (*Il.*, IX,89-94).³³⁵

*El Atrida condujo en grupo compacto a los ancianos (γέροντας)*³³⁶

de los aqueos a su tienda (ἐς κλισίης) y les sirvió un apetitoso banquete

(δαίτα)

Tendieron las manos a los manjares preparados que había delante

y después de saciar el apetito de bebida y de comida,

el primero que comenzó a urdir un ingenio fue el anciano

*Néstor, cuyo plan antes también se había revelado el mejor*³³⁷.

El banquete se cierra con las libaciones a los dioses y el regreso de cada uno a su lugar para dormir, habitualmente indicándose mediante el empleo de alguna fórmula común (*Il.*, VII,480-482):³³⁸

Derramaron el vino de las copas al suelo, y nadie osó

beber antes, hasta hacer una libación (λείψαι) al prepotente Cronión.

A continuación se acostaron y recibieron el regalo del sueño.

³³⁵ También *Il.*, VII,311-320.

³³⁶ Γέροντας, al menos en este contexto, se refiere a los consejeros. Así también en *Il.*, II,53. La βουλή, es por el nombre un consejo de ancianos, pero también incluye a Diomedes y otros jefes en activo. *Cfr.* HAINSWORTH, 1993, v. 89, p. 70.

³³⁷ El consejo en la cabaña finaliza en *Il.*, IX,707-709, tras el fracaso de la embajada enviada a Aquiles y con el consejo de Diomedes de retornar al combate a la mañana siguiente.

³³⁸ También *Il.*, IX,651-658 (los enviados como embajada a la cabaña de Aquiles se despiden); XXIV,1-3; en el caso de la *Odisea* las referencias a libaciones son más frecuentes (por ejemplo, *Od.*, III,338-340; XXI,270-273) y entre ellas podemos ver una formulación distinta en *Od.*, IV,426-430.

La importancia de este ritual en la vida diaria de la cultura y religiosidad griegas aparece perfectamente mostrado por Hesíodo (*Erga*, 338-342):

*... otras veces concíliatelos con libaciones y ofrendas [a los dioses],
cuando te vayas a la cama y cuando salga la sagrada luz del día,
para que te conserven propicio su corazón y su espíritu y puedas
comprar la hacienda de otros, no otro la tuya.*

En cuanto al bando troyano, el horario es muy similar.³³⁹ La gran diferencia estriba únicamente en que son habituales las asambleas nocturnas del ejército fuera de los muros de la ciudad y presididas por Héctor (*Il.*, VIII,487-494):

*Los troyanos vieron con disgusto ocultarse la luz, y los aqueos
acogieron con agrado la tenebrosa noche, mil veces imprecada.
El preclaro Héctor convocó la asamblea (ἀγορὴν ποιήσατο) de los troyanos,
llevándolos lejos de las naves, junto al turbulento río,
(νόσφι νεῶν ἀγαγὼν ποταμῷ ἔπι δινῆεντι)
en un claro (ἐν καθαρῷ) donde el terreno (χωρὸς) aparecía libre de cadáveres
Se apearon de los carros (ἐξ ἵππων) a tierra y escucharon las palabras
que Héctor, caro a Zeus, pronunciaba en público (ἀγόρευε). En la mano
sostenía la pica, de once codos; y en el extremo del asta lucía...*

El que la asamblea se desarrolle fuera de los muros de la ciudad se debe a que se trata de un ejército en campaña, por lo que la reunión incumbe únicamente a esas

³³⁹ El fin del día y el establecimiento de las guardias en la ciudad tras el consejo nocturno frente a las puertas de Príamo: *Il.*, VII,370-380.

fuerzas, cuyos miembros son los únicos que pueden tomar parte en ella. Esto está enraizado en un concepto, que pese a que pueda resultar extraño desde una óptica moderna, encontraremos también presente en época clásica, siendo una manifestación clara del espíritu que anima la concepción griega de lo que es un ejército en campaña.

Tras la asamblea es Héctor el que, como Agamenón entre los aqueos, disuelve la reunión y da las órdenes pertinentes para la noche y el comienzo del día siguiente (*Il.*, VIII,502-522):

Pero ahora obedezcamos a la negra noche

*y preparémonos la cena (δόρπά). Los caballos, de bellas crines,
desatadlos de los carros y echadles el pienso.*

(λύαθ' ὑπέξ ὀρέων, παρὰ δέ σφισι βάλλετ' ἔδωδήν)

Traed de la ciudad (ἐκ πόλιος) bueyes y cebado ganado

con presteza. Proveeos de vino (οἶνον), dulce para las mientes,

*y de trigo (σῖτόν) de vuestras casas (ἐκ μεγάρων). Recoged gran cantidad de
leña,*

para que toda la noche hasta la aurora, hija de la mañana,

ardan muchas hogueras (πυρὰ), y el resplandor llegue hasta el cielo,

por si durante la noche los aqueos, de melenuda cabellera,

se lanzan a la fuga sobre los anchos lomos del mar.

(...)

Los heraldos, caros a Zeus, den por la ciudad (ἀνὰ ἄστυ) el anuncio de que

*los muchachos de primera edad (παῖδας) y los ancianos (γέροντας), de
canosas sienes,*

pernocten en la ciudad sobre los muros, edificados por dioses,

(λέξασθαι περὶ ἄστυ θεοδημάτων ἐπὶ πύργων)

de que las féminas mujeres, cada una en su casa (ἐνὶ μεγάροισιν),

enciendan una gran hoguera (πῦρ); y de que la guardia (φυλακὴ) esté alerta,

por si una emboscada (λόχος) entra a la ciudad (πόλιν) en ausencia de las

tropas (λαῶν).

Esta asamblea troyana tiene su paralelo en el canto IX, cuando igualmente los aqueos, siguiendo el consejo de Néstor, deciden situar los siete grupos de guardias entre el muro y el foso (*Il.*, IX,79-88). Sin embargo, en el caso aqueo le sigue la reunión del consejo en la choza de Agamenón (*Il.*, IX,89-94), actividad ésta que no aparece nunca recogida en el bando troyano. La razón puede estar en una menor atención a los detalles en general hacia el bando troyano por parte del poeta, puesto que normalmente las actitudes e instituciones de ambos no se diferencian. Una asamblea al finalizar el día en el bando troyano se repetirá en *Il.*, XVIII,245-247. Esta asamblea es denominada como ἀγορή, y como tal, incluye, parece ser, a todo el ejército, aunque por sus formas y circunstancias se asemeja mucho a los consejos en la cabaña del comandante del bando aqueo al finalizar el día (*Il.*, XVIII,298-299). Sin embargo, en la *Odisea* Néstor expresamente reconoce lo extraño de una actitud semejante en el relato que de los sucesos ocurridos en Troya tras la toma de la ciudad le hace éste a Telémaco (*Od.*, III,137-139):

Convocáronnos ambos en ágora (ἀγορῆν) a todos los dánaos

a la puesta del sol, contra norma y prudencia. Vinieron

los argivos allá trastornados al peso del vino.

Por eso nos inclinamos a pensar que XVIII,245-247 se trata de un lapsus o de una escena mal integrada, describiendo un consejo (βουλή) y no una asamblea (ἀγορά). El único caso de un consejo nocturno en el bando aqueo será el que se desarrolla en el canto X, que de forma extraña tiene lugar fuera del muro y la fosa (*Il.*, X,194-195). La *Dolonía* vuelve a mostrarse en cierto modo singular dentro de un poema que, por los demás, resulta muy claro y coherente en cuanto al discurrir de los días de soldados y jefes en campaña, desde las primeras luces del alba hasta que todas la actividades se paralizan por la llegada de la noche.

En resumen, el gran obstáculo que se nos presenta es el carácter épico y aristocrático del poema que lleva a que toda la atención se concentre en acciones guerreras y en la vida de los héroes. Aún así, pequeñas indicaciones a lo largo del poema nos permiten atisbar algo de luz sobre lo que pudo haber sido la vida cotidiana de los soldados de época homérica en campaña, ocupados en cuestiones de intendencia, de entrenamientos y ejercicios físicos, de comercio, etc. Con todo esto podemos reconstruir a grandes rasgos la vida diaria en campaña, con un esquema que resulta completamente convincente y coherente con lo que veremos en épocas posteriores. Homero, en este caso, no parece apartarse de la más prosaica realidad de una jornada entre los soldados griegos en campaña. Aún así, la vida cotidiana en la acción de la *Ilíada* se centra más en las asambleas de soldados, en los consejos de los jefes, en banquetes, sacrificios y libaciones, y en el discurrir de los días luchando frente a los troyanos en la llanura del Escamandro.

8. La asamblea y el consejo.

La asamblea (ἀγορά) y el consejo (βουλή) son dos instrumentos esenciales en la vida de un ejército en campaña. Dada la trascendencia social, política y militar que tienen para cualquier milicia acampada, en el poema juegan también un papel fundamental y habitual en el desarrollo de la narración.

Las asambleas son el órgano de reunión y decisión fundamental sobre todos los aspectos que conciernen al conjunto del ejército. Es su carácter político, público y universal, el que mejor define su naturaleza, de ahí que sea el escenario fundamental de la vida pública de la comunidad del ejército.³³⁰ Bajo la denominación de ἀγορή en relación con un ejército acampado debemos entender reuniones públicas de sus miembros con muy diversos fines.³³¹ En primer lugar aparecen como forma de transmitir y ordenar la vida diaria del ejército. En segundo lugar, como lugar para el recibimiento público de embajadores y enviados extranjeros,³³² siendo una institución fundamental para el mantenimiento de relaciones diplomáticas en campaña.³³³ En tercer lugar se convierte en el lugar esencial para la discusión y toma de decisiones en el ejército.³³⁴ En cuarto lugar, es también el marco para la celebración o el duelo público.

³³⁰ Con ocasión del regreso de Aquiles a la asamblea para deponer su cólera y reconciliarse con Agamenón, Homero apunta que incluso los timoneles y los encargados de las provisiones acudieron en aquella ocasión a la asamblea ante la expectación levantada (*Il.*, XIX,42-46). Esto nos muestra que es una asamblea pública, abierta a todos, pero cuya participación no es obligatoria. En contra de la opinión de GEDDES, 1984, pp. 17-36, de que la asamblea no es una reunión de guerreros sino un órgano de una sociedad asentada, en nuestra opinión sí que es una reunión de guerreros, en tanto que conforman una comunidad, pese a no estar asentados, dado que la πόλις no la define el territorio ni los edificios, sino los miembros de la comunidad. Sobre el carácter estatal de la asamblea y el consejo en Homero, *cfr.* GSCHNITZER, 1991, pp.182-204; HÖLKESKAMP, 1997, pp. 1-15.

³³¹ También en la *Iliada* se menciona la asamblea con fines de justicia en el mercado de la ciudad representado por Hefesto en el escudo de Aquiles (*Il.*, XVIII,497-508).

³³² Dentro de este apartado podría incluirse el recibimiento del sacerdote Crises ofreciendo rescate por su hija (*Il.*, I,14-32; 366-379).

³³³ Sobre el procedimiento y las funciones del *basileus* en este aspecto, ver CARLIER, 1984, pp. 165-172.

Llega a ser, en general, el eje fundamental de la vida social y política de cualquier comunidad griega, que permite mantener en campaña el espíritu y unidad de esa comunidad social y política, haciendo del ejército acampado una auténtica ciudad griega (πόλις) en movimiento.³³⁵ En este sentido, en la *Odisea* aparece esta institución como rasgo esencial que distingue a los pueblos civilizados de los que no lo son, como sería el caso de los cíclopes (*Od.*, IX,112-113):

*Los cíclopes no tratan en juntas (ἀγοράϊ) ni saben de normas (θέμιστες)
de justicia; las cumbres habitan de excelsas montañas.*

Las asambleas se reúnen de forma obligada al iniciarse el día frente a la cabaña del jefe supremo del ejército. Esta sirve para establecer las actividades y dar las órdenes pertinentes para ese día. Su convocatoria corre siempre a cargo del general, que es el que tiene la potestad y autoridad sobre el conjunto de los soldados.³³⁶ Pero también puede darse el hecho de que se produzca por la convocatoria de otro de los jefes principales del ejército.³³⁷ Nunca se desarrolla a petición o por presión de los soldados. Ya en asamblea, la decisión final corresponde siempre al comandante supremo del

³³⁴ Por ejemplo con relación de la necesidad de buscar la causa de la peste del campamento (*Il.*, I,53-58), o también para la resolución pública de conflictos como en *Il.*, XIX,172-183.

³³⁵ También los dioses en el Olimpo forman una comunidad y se reúnen en asamblea exactamente igual que griegos y troyanos: *Il.*, IV,1-3; VIII,1-3; XX,4.

³³⁶ En este caso, Agamenón, a quien están confiadas todas las huestes, según podemos leer en *Il.*, II,24-25 y 61-62; esa supremacía también la reconoce Ulises al intentar devolver el orden al ejército tras la huida de la asamblea a las naves en *Il.*, II,149-154, Diomedes en IX,32-33, y Néstor en IX,98-99. En este pasaje Néstor vincula ese poder supremo a la responsabilidad que tiene frente a la tropa. Ulises claramente reconoce un principio aristocrático y monárquico por el que existe una radical diferencia entre el pueblo, los reyes y Agamenón, que es el que posee la mayor dignidad y el mayor poder por concesión de Zeus (*Il.*, II,188-211).

³³⁷ Aquiles: *Il.*, I,53-58; XIX,34-35. Para WILLCOCK, vol. I, 1978, p. 188, cualquier jefe puede reunir la asamblea del ejército. También sobre este aspecto y en general las relaciones del rey y la asamblea y el consejo *cfr.* CARLIER, 1984, pp. 185-187.

ejército, que tiene plena libertad a la hora de decidir, siguiendo o no el parecer de la asamblea (*Il.*, I,22-30):³³⁸

*Entonces todos los demás aqueos aprobaron unánimes
respetar al sacerdote y aceptar el espléndido rescate,
pero no le plugo en su ánimo al Atrida Agamenón,
que lo alejó de mala manera y le dictó un riguroso mandato:
«Viejo, que no te encuentre yo junto a las cóncavas naves
(παρὰ νηυσὶ κιχέϊω),
bien porque ahora te demores o porque vuelvas más tarde,
no sea que no te socorran el cetro (σκῆπτρον) ni las ínfulas del dios.
No la pienso soltar, ...».*

Ahora bien, el comandante debe también sopesar el peligro de la pérdida de autoridad, de la escisión o del motín en el ejército.³³⁹ El equilibrio político no es siempre fácil, como resulta sencillo de ver tanto con ocasión de la peste en el campamento como en el discurrir de las relaciones entre Aquiles y Agamenón y las consecuencias que para el resto de la fuerza armada se derivan de todo ello.³⁴⁰ El riesgo

³³⁸ *Il.* I,376-379.

³³⁹ Pero no solamente corre ese peligro Agamenón como jefe supremo del ejército, sino también cada uno de los reyes que tienen responsabilidad sobre un contingente. En *Il.*, XVI,200-207, Aquiles recrimina a sus mirmidones la actitud de crítica, cercana al motín, que se vivía en su ejército mientras duró su cólera contra Agamenón.

³⁴⁰ En *Il.*, I,14-32 Agamenón se había atrevido a expulsar a Crises del campamento, en contra de la opinión del resto de la asamblea. Las consecuencias de eso (la peste) y la clara responsabilidad que en opinión de todo el ejército tiene Agamenón en los males que les afligen hacen que el Atrida se vea obligado a llegar a una transacción que permita poner el bien de la comunidad por encima de sus intereses, pero a la vez salvaguardar los mismos y su reputación y dignidad ante el ejército (*Il.*, I,117-119), especialmente frente a su gran rival que es Aquiles, que había sido el que había convocado la asamblea que condena al rey. De ahí que Agamenón decida aceptar la opinión de la asamblea mandando de vuelta a casa a la hija del sacerdote de Apolo, pero a la vez quiera mantener su honor intacto y por

de defección de una parte está siempre presente e incluso cabe la posibilidad de que la asamblea acabe en una lucha abierta entre los contendientes (*Il.*, I,188-194):

*Así habló, y la aflicción invadió al Pélida, y su corazón
dentro del velludo pecho vacilaba entre dos decisiones:
o desenvainar la aguda espada que pendía a lo largo del muslo
y hacer levantarse a los demás y despojar él al Atrida,
o apaciguar su cólera y contener su furor.
Mientras revolvía estas dudas en la mente y en el ánimo
y sacaba de la vaina la gran espada, llegó Atenea del cielo.*

No aparece ningún mecanismo de votación democrática, y la participación del resto de la comunidad se limita a la aclamación, la murmuración o el silencio ante las intervenciones que se producen en la asamblea. Habitualmente sólo tienen posibilidad de intervenir los jefes de los contingentes, los reyes y aquellos que forman parte del grupo de los ancianos aqueos. La única intervención pública en asamblea de un personaje que no pertenece a estos grupos sociales es la de Tersites (*Il.*, II,212-282) que

encima del de Aquiles, arrebatándole a Briseida, que había sido el premio de honor de Aquiles. Queda así intacto el botín que le correspondía por encima de todos los demás y especialmente con respecto al de aquel. Esta será la raíz de la disputa entre ambos, de la cólera de Aquiles y, por tanto, de la trama de la *Iliada*. En el fondo es una cuestión de honor que tiene como marco escénico la asamblea y la disputa por quién es al que le corresponde un mayor honor, manifestado en el reparto del botín, que se lleva a cabo siempre frente a la asamblea de los soldados. Aquiles no se puede oponer a quien ostenta el mando supremo del ejército (*Il.*, I,275-279), y enfrentarse a una decisión que se toma por el bien del ejército, pero tampoco puede aceptarla sin más, por lo que se produce la ruptura con el ejército de Agamenón hasta que no sea restituido en su honor. Tal restitución se producirá de nuevo cuando el daño y el peligro al que están sometidos los soldados no deje a Agamenón otra salida, por el bien del ejército y por salvar su posición preeminente. Aquiles tampoco era del todo inocente, dado que se había negado a un primer intento de reconciliación al rechazar la asamblea en IX, por lo que se hacía así también co-responsable del mal que aflige al ejército. De ahí que, finalmente, ambos recuperen su posición jerárquica tal y como se encontraba al principio. Al final todo el mal se pueda imputar a las argucias de Zeus que les volvió locos. Se evita con ello buscar culpables entre los dirigentes de la sociedad. Es por eso un poema aristocrático, centrado en la disputa por la preeminencia y el honor, pero sin poner en riesgo el orden social establecido. Sobre el problema del honor que se platea en torno al reparto del *geras*, *cfr.* CARLIER, 1984, pp. 151-154.

rápida­mente es acallado por no ser uno de los príncipes del ejército y, por tanto, su intervención no es admisible ni posee peso alguno, independientemente de la veracidad de sus razonamientos o argumentos.³⁴¹ Ulises no le acusa de mentir, sino de ser indigno para opinar sobre los reyes, y de expresarse ante la asamblea (*Il.*, II,245-250). El conjunto de la comunidad parece estar plenamente de acuerdo con este ordenamiento aristocrático (*Il.*, II,270-276).

Excepción se hace en el caso de que, por petición de alguno de los reyes, intervengan los enviados, vigías, embajadores de otros ejércitos o algún miembro del ejército (como, por ejemplo, el adivino Calcante) en razón de que su participación resulte necesaria para el fin con el que se ha convocado la asamblea.³⁴²

Sólo pueden estar presentes en la asamblea aquellos que toman parte en la vida del ejército, que están unidos al comandante supremo y luchan en la guerra. Abandonar la asamblea es abandonar el ejército, situarse completamente al margen de la comunidad militar, de la πόλις griega en campaña (*Il.*, I,488-492):³⁴³

Velaba su cólera sentado junto a las naves, de veloz curso,

el hijo de Peleo, descendiente de Zeus, Aquiles, de pies ligeros,

y ni frecuentaba la asamblea (εἰς ἄγορην), que otorga gloria a los hombres,

³⁴¹ Parece claro que el autor de la *Iliada* conocía la historia de la enemistad entre Tersites y Aquiles-Ulises, que finaliza con la muerte de Tersites a manos de Aquiles en la *Etiópica*: *cfr.* KULLMANN, 1960, pp. 303-305. Todo su discurso presenta algunos problemas de integración, pero especialmente de concomitancias con las intervenciones de Aquiles en el canto I: *cfr.* GARCÍA BLANCO, vol. I, 1991, pp. 125-126. En nuestra opinión nos encontraríamos nuevamente con dos discursos que siguen un mismo patrón, empleados por el autor en situaciones y con personajes diferentes, lo que pondría de manifiesto una vez más la forma en la que Homero construye su poema. Como dato revelador sobre el carácter del poema hemos de señalar que es el único hombre de la tropa citado por su nombre a lo largo de todo el poema.

³⁴² *Il.*, VII,381-384; *Il.*, I,62-67 (Calcante interviene a petición de Aquiles y bajo la responsabilidad y protección de éste); *Il.*, I,109.

³⁴³ Muy interesante en este sentido es el artículo de HÖLKEKAMP, 1997, pp. 1-15, donde se explica perfectamente tanto la importancia y papel que la asamblea juega en la configuración de una verdadera comunidad política griega, como el puesto que ocupa Homero en ese proceso hacia la *polis* del siglo IV.

*ni el combate, sino que iba consumiendo su corazón
allí quieto y añoraba el griterío de guerra y la batalla.*

Esto nos muestra la importancia social y política de las asambleas ya desde época arcaica y el sentido de comunidad que surge y simboliza la participación en las mismas.

El desarrollo de las asambleas parecen seguir un mecanismo de funcionamiento único:³⁴⁴

- La asamblea es convocada por los heraldos que recorren el campamento.³⁴⁵

Ante esta llamada los soldados acuden al lugar de reunión que debe ser ante la tienda del jefe supremo (en el caso de la *Ilíada*, Agamenón). El inicio de la asamblea es, evidentemente, algo tumultuoso y los heraldos deberán esforzarse por conseguir que la asamblea mantenga el silencio y la calma suficiente que permitan el inicio de la sesión.³⁴⁶

- Todos ellos se sientan en el ágora. En las ciudades, los jueces y personajes más distinguidos ocupan asientos de piedra que sirve para distinguirlos.³⁴⁷

³⁴⁴ LATACZ, 2000, pp. 47-48.

³⁴⁵ *Il.*, II,50-52; también para llamar a la hueste al campo de batalla: II,441-446; Agamenón ordena a los heraldos convocar a cada hombre por su nombre a la asamblea: IX,9-12. Tal forma de convocatoria parece más propia de un consejo que de una asamblea, pero las indicaciones que da claramente se refieren a la celebración de una asamblea. Nuevamente nos encontramos con un verso formular inadecuadamente empleado.

³⁴⁶ *Il.*, II,95-100; 209-211; en II,278-281, Atenea toma la forma de un heraldo para intervenir durante el desarrollo de la asamblea, y lograr que se restaure el silencio y todos puedan escuchar a los que intervienen. Según WILLCOCK, vol I, 1978, p. 201, cuando alguna figura prominente se levantaba para hablar, un heraldo se situaba al lado suyo, dándole el cetro. Sin embargo no tenemos más que este texto en la *Ilíada*, que no es del todo claro, para atestiguar tal práctica. Sí que aparece una forma de actuación semejante en *Od.*, II,37. Esa misma tarea desempeñan los heraldos durante el juicio representado en el escudo de Aquiles: *Il.*, XVIII,502-503. También actúan así con ocasión de los juegos fúnebres en honor de Patroclo, *Il.*, XXIII,568-569.

³⁴⁷ Según KIRK, 1985, p. 60, probablemente la terminología y la asunción de estar sentados en frases formularias aplicadas al ejército acampado (como καθ' ἕδρας) se derivan de las condiciones en tiempos de paz. Por ejemplo en *Od.*, VIII,16, cuando los fenicios se dirigen hacia el ἀγορά τε καὶ ἕδραι. Otro

Esto podría reproducirse también en el campamento, pero no es seguro.³⁴⁸

Lo que podemos descartar es que todos y cada uno de los soldados tomaran asiento sobre piedras. Más probablemente se acomodarían en el suelo, junto con sus armas, situándose los reyes y príncipes en la primera fila y los contingentes sobre los que ejercen su poder detrás.³⁴⁹

- El turno para hablar lo inaugura el que ha hecho la convocatoria,³⁵⁰ pero en todo caso son los heraldos los que otorgan el derecho en cada momento de participar mediante el acto de poner en sus manos un cetro.³⁵¹

ejemplo en tiempo de paz lo tenemos en el escudo de Aquiles, en *Il.*, XVIII,503-505. También ver *Il.*, II,99; 210-211.

³⁴⁸ Así lo piensa KIRK, 1985, p. 60.

³⁴⁹ *Il.*, I,188-194; 306-307; IX,13; XIX,50. En las treguas, sin embargo, los soldados se sientan en el suelo desarmados: III,67-70; 113-115; 132-135; 326-327; VII,49-50; 57; 61-66. También se sientan en círculo con ocasión de la asamblea en la que se celebran los juegos fúnebre en honor a Patroclo: XXIII,257-258. En el campo de batalla, durante la tregua, se sientan por tribus: VII,115. Las conversaciones en la tregua siguen el procedimiento de una asamblea ordinaria, salvo en que no portan armas: VII,123. *Cfr.* LATACZ, 2000, v. 305, p. 116.

³⁵⁰ *Il.*, I,58; IX,13-14.

³⁵¹ El cetro representa el poder político, la capacidad jurídica de decisión y la dignidad sacerdotal. Por eso es un elemento imprescindible en todos los momentos solemnes en los que existe un intercambio de palabras (asambleas, juramentos, treguas, etc.). *Cfr.*: *Il.*, I,233-239 [descripción del cetro]; I,245-248 [cetro tachonado con clavos de oro]; II,46-47 [Agamenón recorre el campamento portando el cetro para convocar la asamblea y el consejo]; VII,412-413 [Agamenón emplea el cetro para jurar la tregua ante el embajador troyano]; X,319-328 [Héctor jura con el cetro levantado]). Es un elemento omnipresente en los principales momentos de la vida social, política y religiosa. Sirve como objeto que acompaña en la declamación (III,209-224), como instrumento contundente con el que golpear (II,198-199) y para apoyarse al caminar. Para Émile Benveniste, la palabra derivaría de *skepto* (*lean or press upon with all one's weight*) sugiriendo que significaría bastón para apoyarse o para caminar. Si esto es correcto entonces la principal función del cetro es la de *staff of a messenger*, el atributo de un viajero que avanza con autoridad, no para llevar a cabo un acto, sino para hablar, un personaje sagrado cuya misión es transmitir un mensaje de autoridad. Por eso los heraldos aparecen portando un cetro, al igual que los reyes aqueos y Crises. El de Agamenón es singular porque proviene directamente de Zeus, fue fabricado por Hefesto (*Il.*, II,101), y esa especial dignidad hace que se le denomine como σκηπτουχος βασιλεύς, lo que significa que es el portador del mando supremo, simbolizado en ese cetro. Así lo expresa claramente Ulises en *Il.*, II,204-206. Éste se lo pide a Agamenón en *Il.*, II,185-187 para representar que va a actuar en nombre del jefe máximo: *cfr.* LATACZ, *Gesamtkommentar. Band 2.*, 2003, pp. 62-63; LEAF, 1900-1902 [Amsterdam 1960], p. 61. El cetro como símbolo de poder y gobierno sobre una comunidad, aparece claramente expuesto en *Il.*, VI,158-159; IX,38; 98-99; 156. Para CARLIER, 1984, pp. 190-194, hay dos tipos de cetros: el que poseen los heraldos y que pasa de mano en mano en la asamblea y en el tribunal, y aquel que porta continuamente el rey. La presentación del cetro como insignia del poder del dios es también propio de Oriente Próximo desde el IIIº milenio a.C.: *cfr.* WEST, 1997, pp. 17 y 134. Se ha discutido mucho si durante las asambleas los heraldos son los únicos que portan el cetro y lo van pasando de uno a otro de los reyes según hablan, o bien si cada uno de ellos es portador de su propio cetro

- El que va a hablar debe ponerse en pie y quizá dirigirse al centro de la asamblea. La intención es facilitar el ser escuchado por todos y lograr que se sepa quién es el que habla y cuándo comienza a hablar.³⁵² Una vez terminada la intervención se vuelve a sentar de forma que se da pie a la participación de otro ponente.³⁵³ El único caso que sirve de excepción es una intervención de Agamenón, que sin que se nos diga la causa, permanece sentado.³⁵⁴
- Las intervenciones son completamente libres y está permitida la crítica,³⁵⁵ pero de forma pública sólo por parte de los reyes.³⁵⁶ La adhesión del conjunto de los soldados a las intervenciones resulta de gran importancia y se muestran por el silencio, los murmullos o las aclamaciones de la asamblea a lo dicho.³⁵⁷
- La discusión, en caso de existir, termina con un discurso de consenso, o bien una intervención final de los más críticos para fijar la postura final de cada uno.³⁵⁸

que sirve como marca de que es señor de su casa. Los textos de Homero no son concluyentes y probablemente nos encontramos con pasajes de diferente procedencia y que muestran costumbres distintas. *Cfr.* CRESPO GÜEMES, 1999, n. 8, p. 110; PULLEYN, 2000, págs. 191-192; LATACZ, 2000, p. 99; KIRK, 1985, p. 77; LEAF, 1900-1902 [Amsterdam 1960], p. 21; WILLCOCK, vol. I, 1978, pp. 197 y 201; GARCÍA BLANCO, vol. I, 1991, vv. II,101-109, pp. 44-45; EASTERLING, 1989, pp. 104-121.

³⁵² Así lo explica Agamenón en *Il.*, XIX,76-82.

³⁵³ *Il.*, I,68; 101-102; 247-248; IX,52. En *Il.*, II,277-278, Ulises se levanta para hablar ante la asamblea. Sin embargo el héroe ya estaba de pie (*Il.*, II,244). Se trata de un descuido del poeta al emplear un verso formular con el que, además, pretende restablecer el orden habitual de una asamblea después de la ruptura que ha significado la intervención de Tersites: *cfr.* KIRK, 1985, p. 145.

³⁵⁴ *Il.*, XIX,76-77, aunque también se puede entender que se levanta de su asiento pero no se sitúa en el centro de la asamblea para hablar: *cfr.* WILLCOCK, vol. II, 1984, v. 77, p. 273.

³⁵⁵ *Il.*, IX,32-33.

³⁵⁶ Incluso críticas a las formas de la oratoria o por la falta de educación mostrada en las intervenciones: *Il.*, II,337.

³⁵⁷ *Il.*, II,142-144; 149; *Il.*, II,270-277; 333-334; 394; IX,50-51; XIX,74-75.

³⁵⁸ *Il.*, I,293-303 (Aquiles transige en que Agamenón tome a la muchacha de su tienda, pero eso significará la ruptura entre ambos; cualquier otra cosa que le arrebate Agamenón significaría una reacción

- No existe, o al menos no se nos ha transmitido, una fórmula de cierre de la reunión.³⁵⁹ El final de la asamblea se hace de manera informal cuando se levantan los jefes y se disuelve la reunión, poniéndose por obra lo decidido o bien dispersándose los soldados por el campamento.³⁶⁰

No hay constancia de reuniones o asambleas por contingentes, aunque es fácil pensar que también debían de producirse. El procedimiento que se sigue en estas asambleas es idéntico al que tenemos constatado en las ciudades en la *Odisea*.³⁶¹

El consejo (βουλή), al contrario que la asamblea, es un órgano de discusión y decisión de carácter esencialmente restringido y mucho menos formal en sus procedimientos.³⁶² Está muy vinculado en la *Ilíada* al banquete (δαίς) y muy a menudo se desarrolla dentro de éste.³⁶³ Sus miembros (βουλευφόροι)³⁶⁴ son únicamente los reyes (βασιλεῦς)³⁶⁵ y el grupo compuesto por los guerreros destacados entre los aqueos

belicosa por parte de los mirmidones); II,370-372 (Agamenón alaba los consejos de Néstor y pone fin a la asamblea).

³⁵⁹ LATACZ, *Gesamtkommentar. Band 2.*, 2003, p. 120.

³⁶⁰ *Il.*, I,304-311; II,149-154 (también dispersándose los soldados de manera repentina); 398-399; IX,79-80; XIX,275-277.

³⁶¹ *Od.*, II,6-10 (Telémaco ordena a los heraldos convocar la asamblea); 35-39 (el que participa se levanta para hablar, se coloca en el centro y el heraldo pone el cetro en sus manos).

³⁶² También en la *Odisea* se recuerda la existencia de estas dos instituciones: *Od.*, III,125-127.

³⁶³ Excepción es *Il.*, II,53-85.

³⁶⁴ En opinión de CARLIER, 1984, pp. 145-150, éstos son los miembros más restringidos del consejo.

³⁶⁵ Según CARLIER, 1984, pp. 142-150, éste es un título que se aplica tanto al individuo como al grupo. En ningún caso es aplicado a los dioses. En singular es empleado fundamentalmente para referirse a los jefes hereditarios de una comunidad, *autrement dit de ceux qui selon des critères modernes sont pleinement des rois*. Cuando se emplea en personajes que no son reyes (*Il.*, IV,96; *Od.*, XXIV,179; XVIII,65; I,394) se hace en discursos. Todos ellos parecen deseosos de ser tratados como reyes, por lo que de estos cuatro casos no podemos inferir que *basileus* tenga en Homero el sentido más general de jefe, noble o notable. Así el término designa al rey, o cuando menos al jefe supremo de una comunidad política. En el plural colectivo hace referencia al grupo de personajes que se distingue de la masa de sujetos (*laoi*) y que participan con el rey de los banquetes, de la elaboración de las decisiones y de la dirección de la comunidad. Aunque no estemos de acuerdo, debemos apuntar también que para GEDDES, 1984, pp. 17-36, la imagen de los reyes en Homero es completamente inconsistente.

(γερωντης), aunque a él también pertenecen personas jóvenes como Diomedes. Tal denominación tiene más que ver con la dignidad que con la edad.³⁶⁶

Entre ellos existe una solidaridad interna basada en la reciprocidad y una especial dignidad que los asemeja entre ellos y los distingue con respecto a los demás. Por ello son también los encargados de las misiones más delicadas.³⁶⁷ Pero esa relación está siempre en tensión con respecto a sus deberes y la dependencia con respecto a su pueblo o la comunidad o ejército que dirigen y gobiernan.

El consejo no parece mostrar un ordenamiento para su funcionamiento tan estricto como la asamblea. Más bien responde a criterios espontáneos,³⁶⁸ no existiendo un orden de intervención.³⁶⁹ Pero, lógicamente, también en su manera de desarrollarse se debe tener en cuenta la diferencia de dignidad entre unos y otros y, por tanto, las opiniones de unos y otros no poseen el mismo valor. Como sucede en la asamblea, la última palabra la ha de manifestar la persona de mayor dignidad, el jefe supremo del contingente.³⁷⁰

³⁶⁶ Γέροντες evoca la idea de privilegio (γέρας) aunque también el de la ancianidad (γῆρας). Γέρας designa en la *Ilíada* la elección privilegiada sobre el botín en beneficio del rey o de un guerrero eminente: *cfr.* CARLIER, 1984, pp. 149-152.

³⁶⁷ Un consejero ha de ser el que guíe la expedición a Crisa para devolver a la hija del sacerdote de Apolo y restablecer las relaciones con el dios (*Il.*, I,144-147). Es finalmente Ulises el designado para ello (*Il.*, I,311).

³⁶⁸ Así, por ejemplo, la casual reunión de Agamenón, Néstor, Diomedes y Ulises camino del campo de batalla (*Il.*, XIV,27-132) parece convertirse en un consejo improvisado en el que se debaten las futuras acciones del ejército, planteando Agamenón la posibilidad nuevamente de la retirada del Helesponto y del regreso a casa.

³⁶⁹ Tan sólo en *Il.*, II,76-77 aparece descrito que el que habla se levanta y cuando termina su intervención se sienta de nuevo. Probablemente se trate del empleo descuidado de un verso formular; *Il.*, II,421-433 (Néstor es el primero en hablar tras el banquete en la tienda de Agamenón); *Il.*, IX,89-94; X,202, el consejo localizado fuera del campamento a queo se celebra con todos sus miembros sentados.

³⁷⁰ *Il.*, IX,70-78. Según podemos leer en *Il.*, II,24-25 y 61-62, Agamenón es un βουλευφόρος pero a cuyo cargo está todo el ejército, teniendo más responsabilidad que los demás. Esta realidad se la recuerda Néstor en *Il.*, IX,98-99 y Ulises en XIV,90-94.

Los miembros que participan en el consejo no son fijos y, atendiendo a las circunstancias, pueden ser reuniones más o menos restringidas.³⁷¹ Esto depende de la decisión del que hace la convocatoria.³⁷² Sobre esta cuestión el texto más problemático lo encontramos en el canto II, durante la asamblea convocada tras el sueño de Agamenón y la reunión del consejo en la cabaña de Néstor, donde se decide poner a prueba la disponibilidad del ejército para continuar la lucha. La primera intervención de Agamenón aconsejando la huida obtiene como resultado la desbandada de los soldados de la asamblea, cada uno de los cuales se dirige a su barco con la intención de remolcarlo al agua. Ulises, siguiendo lo acordado en el consejo, intenta hacerles regresar a la asamblea (*Il.*, II,188-211):

A cada rey y sobresaliente varón (βασιλῆα καὶ ἕξοχον ἄνδρα) que encontraba, con amables palabras lo retenía, deteniéndose a su lado:

¡Infeliz! No procede infundirte miedo como a un cobarde;

sé tu mismo quien se siente (κάθησο) y detenga a las demás huestes (λαούς).

Pues aún no sabes con certeza la intención del Atrida.

Ahora nos prueba, mas pronto castigaré a los hijos de los aqueos.

¿No hemos escuchado todos en el consejo (ἐν βουλῇ) qué ha dicho?

Cuida de que su ira no cause daño a los hijos de los aqueos.

Grande es la animosidad de los reyes (βασιλῆος), criados por Zeus.

Su honra (τιμῆ) procede de Zeus, y el providente Zeus lo ama.

³⁷¹ De esta opinión también es CARLIER, 1984, pp. 148-150.

³⁷² En el consejo nocturno que se convoca en el canto X, además de los ancianos aqueos habituales en estas reuniones, también Agamenón ordena llamar a los dos jefes de la guardia (*Il.*, X,196-197). Su única función parece ser la de servir de ayudantes para la escena en la que los dos héroes aqueos enviados a espiar el campamento troyano se tienen que vestir. Parece una excepción motivada únicamente por necesidades dramáticas.

*Mas al hombre del pueblo (δήμου ἄνδρα) que veía y encontraba gritando,
 con el cetro le golpeaba y le increpaba de palabra:
 ¡Infeliz! Siéntate sin temblar y atiende a los demás,
 que son más valiosos. Tú eres inútil y careces de coraje:
 ni en el combate nunca se te tiene en cuenta ni en la asamblea (ἐνὶ βουλῇ).
 De ninguna manera seremos reyes (βασιλεύσομεν) aquí todos los aqueos.
 No es bueno el caudillaje (πολυκοιρανίη) de muchos; sea uno solo el caudillo
 (κοίρανος),
 uno solo el rey (βασιλεύς), a quien ha otorgado el taimado hijo de Crono
 el cetro (σκῆπτρόν) y las leyes (θέμιστας), para decidir con ellos en el consejo
 (βουλεύησι).
 Así recorrió como caudillo (κοιρανέων) el campamento (στρατόν). A la
 asamblea (ἀγορῆνδε).
 de nuevo se precipitaron desde las naves y las tiendas
 entre ecos, como cuando la hinchada ola del fragoroso mar
 en una gran playa brama, y el ponto retumba.
 Todos se fueron sentando (ἔζοντο) y se contuvieron en sus sitios (καθ' ἕδρας).*

Este texto es de un enorme interés, aunque muestra ciertos problemas de comprensión a los que intentaremos proponer una solución. En primer lugar el pasaje debe ser destacado porque nos muestra la gran diferencia que se establece entre los hombres del pueblo y los reyes y ancianos del campamento, especialmente claro por el trato que Ulises da a cada uno de ellos, a los primeros golpeándoles con el cetro y a los segundos exhortándoles de palabra. Así es patente el carácter aristocrático del poema y de la sociedad en la que se inscribe, con una perfecta pirámide social en cuya cúspide se

sitúa Agamenón, cuya autoridad proviene de Zeus, lo que se simboliza en su cetro; después vendrán los reyes, cuya especial honra también procede de Zeus; y, en último lugar, el λαός o δήμος.

Sobre estos últimos Ulises dice que ἐναρίθμιος οὐτ' ἐνὶ βουλῇ (*Il.*, II,202).³⁷³ En nuestra opinión la expresión tiene más sentido si traducimos βουλή como “consejo” y no como “asamblea”.³⁷⁴ Tampoco tendría lógica decir que el pueblo no juega ningún papel en la asamblea, puesto que la razón fundamental de esta institución, es convencer sobre las bondades de las propuestas de los reyes aqueos, acordadas con anterioridad, al resto de los soldados, reforzando la cohesión entre los jefes y el pueblo. Si no fuese así la asamblea carecería de sentido.

Dicho esto, Ulises comienza la descripción de la jerarquía social que acabamos de comentar, de estructura piramidal, con objeto de explicar la razón por la que no todos pueden estar presentes en el consejo, al igual que sólo a uno de esos reyes le corresponde tomar la decisión final, por ser él el que ostenta la mayor dignidad transmitida por Zeus.

De esta cuestión surge la otra gran dificultad de este pasaje: el verso 194. El problema estriba en intentar decidir si la frase debe ser interpretada como interrogativa o bien es un verso con un sentido afirmativo. En el primer caso, eso supondría que todos los reyes habrían participado del consejo, y en caso contrario debemos leerlo como si no todos los reyes participasen en los consejos, siendo su composición muy restringida. En ambos casos existe una tercera posibilidad que es que el consejo sea un organismo de

³⁷³ Su traducción más habitual es *ni en la asamblea*, como así lo hacen Crespo Güemes y LATACZ, *Gesamtkommentar. Band 2. 2.*, 2003, p. 67. Sin embargo, la interpretación más literal sería *ni en el consejo*. Debemos subrayar que con escasas excepciones el poeta es muy cuidadoso en diferenciar una y otra institución.

³⁷⁴ Esta es la traducción aceptada por García Blanco y Macía Aparicio, Loeb y Belles-Lettres.

composición variable, por lo que de nuevo tenemos el problema de si el v. 194 debemos traducirlo como frase interrogativa o afirmativa.³⁷⁵

Si aceptamos la propuesta de traducirlo como una interrogación,³⁷⁶ suponiéndose que todos los reyes habían oído la propuesta y la argucia aprobada en la *boulé*, entonces resulta difícil entender la huida de los reyes con sus hombres, a no ser que se tratara de un auténtico motín. Por el contrario, si interpretamos el texto como que Ulises avisa a los reyes de que todo se debe a un plan urdido en el consejo, no habiendo estado todos presentes,³⁷⁷ el pasaje, en nuestra opinión posee un sentido más claro en su conjunto,³⁷⁸ dejando claro que dentro del ejército existe una estructuración jerárquica en la que a cada uno le toca participar en distinta medida del mando, pero que se fundamenta en la confianza hacia los superiores jerárquicos dada su mayor dignidad concedida por Zeus y su mayor valentía demostrada en el combate.³⁷⁹

Así el texto es crucial para entender ciertos aspectos del consejo y la asamblea aqueos. La *boulé* tendría siempre un carácter restringido por encima de la asamblea, y su composición sería variable, en relación con las circunstancias.³⁸⁰ No todos los reyes participarían siempre en él, sino que eso dependería de la decisión de quién lo convocara. Pero, al igual que el consejo ha de buscar el consenso y la aprobación de sus

³⁷⁵ LATA CZ, *Gesamtkommentar. Band 2. 2.*, 2003, p. 65.

³⁷⁶ Así lo hacen Crespo Güemes para Gredos, también en Loeb y el comentario de Latacz.

³⁷⁷ Esta es la lectura que siguen García Blanco y Macía Aparicio y la edición de Belles-Lettres.

³⁷⁸ La idea es también apuntada por GARCÍA BLANCO, vol. I, 1991, p. 49.

³⁷⁹ Para CARLIER, 1984, pp. 148-150, Ulises lo que pretende es minimizar las diferencias entre los reyes y así excusar su ausencia del consejo. En nuestra opinión Ulises no tiene razón alguna para minimizar esas diferencias, como tampoco lo hace al hablar sobre Agamenón. Al contrario, pretende mostrar claramente las diferencias existentes en esa sociedad aristocrática y las ventajas que se derivan de ella siempre y cuando cada uno ocupe su lugar y acepte su posición.

³⁸⁰ El grupo más habitualmente reunido para el consejo es Agamenón, Néstor, Idomeneo, los dos Ayantes, el hijo de Tideo, Ulises y Menelao (*Il.*, II,402-411). También lo sería Aquiles sino hubiera roto su vinculación con el ejército: *cfr.* WILLCOCK, vol. I, 1978, p. 203. El orden en el que se citan los invitados en este banquete y consejo no se deben a cuestiones honoríficas sino métricas: LATA CZ, *Gesamtkommentar. Band 2. 2.*, 2003, p. 121.

decisiones por parte de la asamblea de los soldados, si no se quiere arriesgar a que se produzca un motín, también entre todos los reyes debe darse la confianza mutua, reconociendo que no todos son iguales en dignidad y que por encima siempre se encuentra Agamenón, quien a la postre tiene la última palabra.

La convocatoria del consejo tampoco se hace mediante heraldos, sino de forma personal y nominal a través de los propios consejeros.³⁸¹ Parece existir una completa libertad en este apartado.³⁸² De ahí que no exista tampoco un lugar fijo y único para su celebración.³⁸³

En el consejo se toman resoluciones en un ámbito más restringido que en la asamblea.³⁸⁴ Su función es adoptar decisiones sobre cuestiones en las que no es necesaria la comunicación o la publicidad al resto del ejército,³⁸⁵ la puesta en común de puntos de vista con el fin de preparar un frente común ante la asamblea favorable a los intereses del grupo dirigente,³⁸⁶ y fomentar los lazos de solidaridad entre las cabezas de la comunidad, para lo que resulta importante su trabazón con la institución del banquete (*Il.*, IX,70-78):³⁸⁷

³⁸¹ *Il.*, II,23-25 (Agamenón convoca al consejo); X,54-59 (los consejeros se van avisando unos a otros).

³⁸² Así se lo explica Aquiles a Príamo en *Il.*, XXIV,650-655. *Cfr.* CARLIER, 1984, pp. 145-150.

³⁸³ Se reúne el consejo frente a la cabaña de Néstor (*Il.*, II,53-55), aunque lo más habitual es en la choza de Agamenón, durante la celebración de los banquetes. En la *Dolonia* el consejo aqueo se reúne extrañamente fuera de las líneas de acampada, más allá del muro y la fosa: *Il.*, X,194-200.

³⁸⁴ GARCÍA BLANCO, vol. II, 1998, p. 219.

³⁸⁵ *Il.*, II,437-446; VII,331-335.

³⁸⁶ *Il.*, II,72-75: sobre este caso, tenemos que recordar que la prueba a los soldados es una práctica habitual del mando en los ejércitos antiguos, como podemos ver en X., *An.*, I,3; Frontino, *Stratagemata*, I,11,1. *Cfr.* LATACZ, *Gesamtkommentar. Band 2.*, 2003, pp. 29-30; *Il.*, II,142-144: donde se muestra la reacción de la asamblea del ejército ignorante de las artimañas de sus jefes.

³⁸⁷ Sobre la relación entre el banquete y el consejo, y las normas de reciprocidad entre los miembros de ambas instituciones, *cfr.* CARLIER, 1984, pp. 154-157. En contra de la idea de que el banquete se configura para estrechar los lazos entre los hombres y que no crean grupos militares sino sociales, WEES, 1995, pp. 147-182. Sin embargo, en la comunidad del campamento aqueo, política, sociedad y guerra están tan estrechamente entrelazados que no consideramos correcta la apreciación de van Wees, al menos

*Ofrece un banquete (δαῖτα) a los ancianos (γέρονσιν): a ti te cuadra y procede
llenas están tus tiendas del vino que las naves de los aqueos
diariamente te traen desde Tracia sobre el vasto ponto.
Tienes todo para dar agasajos y eres el soberano de muchos.
De los muchos congregados podrás hacer caso al que el mejor
plan proponga. Gran necesidad tienen todos los aqueos
de uno bueno y sagaz, porque los enemigos cerca de las naves
tienen encendidas muchas hogueras. ¿Quién se alegraría de esto?
Esta noche traerá al ejército la ruina o la salvación.*

Néstor resume aquí muchos de los elementos fundamentales que definen la βουλή, no sólo su relación con el banquete y sus funciones, sino también el papel que desempeña en el gobierno de la comunidad, así como la responsabilidad última de Agamenón, que es el que ha de ordenar la puesta en marcha del mejor consejo.³⁸⁸

Dentro de la comida en común el punto final de esos consejos suelen ser las libaciones a los dioses, no teniendo tampoco ninguna fórmula de disolución formal (*Il.*, II,83-86):

*[Néstor] Ea, veamos cómo logramos que los hijos de los aqueos se armen.
Tras hablar así, fue el primero en salir del consejo (βουλῆς),
y se levantaron e hicieron caso al pastor de huestes
los reyes, portadores de cetro (σκηπτουχοὶ βασιλῆες).*

para el caso de la épica. Van Wees reconoce que la única excepción es el *sysition* espartano (*op. cit.*, n. 66, p. 178), que muy probablemente sea una reminiscencia de los banquetes reflejados en la épica.

³⁸⁸ *Il.*, II,444-446. *Cfr.* CARLIER, 1984, n. 36, p. 148.

En el bando troyano también se producen asambleas. Homero, en el caso de que el ejército se encuentre en la ciudad, presenta la reunión ante las puertas del rey Príamo.³⁸⁹ Allí acude toda la comunidad, jóvenes y ancianos (*Il.*, II,788-789):³⁹⁰

Estaban celebrando una asamblea ante las puertas de Príamo

(οἱ δ' ἀγορὰς ἀγόρευον ἐπὶ Πριάμοιο θύρησι)

todos reunidos, tanto jóvenes como ancianos.

En caso de que el ejército se encuentre fuera de la ciudad, en el campo de batalla. Héctor asume el mando como jefe supremo. Su elección no se debe a que sea el primogénito, sino a su mayor valía en la guerra.³⁹¹ Como jefe del ejército fuera de la ciudad, es el que dirige y convoca las asambleas en el campo de batalla (*Il.*, VIII,487-494):³⁹²

Los troyanos vieron con disgusto ocultarse la luz, y los aqueos

acogieron con agrado la tenebrosa noche, mil veces imprecada.

El preclaro Héctor convocó la asamblea (ἀγορὴν ποιήσατο) de los troyanos,

llevándolos lejos de las naves, junto al turbulento río,

³⁸⁹ En Oriente la puerta del templo, la ciudad o el palacio tenían un importante papel en la vida pública como lugar para el encuentro diario y de reunión política o jurídica: Hdt., III,117,5; III, 120,2; X., *Anab.*, I,9,3; *Cyr.*, VIII,8,13. Cfr. LATACZ, *Gesamtkommentar. Band 2.*, 2003, pp. 256-257.

³⁹⁰ Ver también, VII,345-346; en VII,414-417, la asamblea se produce en el ágora, lo que probablemente se identifique también con el espacio frente a las puertas de Príamo. Igualmente *Il.*, XI,319.

³⁹¹ CARLIER, 1984, pp. 165-172.

³⁹² Esto supone que el estado de guerra (y el derecho de guerra), imponen cambios en la presidencia de los órganos de gobierno de la comunidad: así, no es Príamo, sino Héctor, el que preside el consejo, mientras en el bando contrario, no lo hace Peleo, sino Aquiles. Como nos ha sugerido D. Víctor Alonso Troncoso, en Homero sucede como en Roma: existe una diferencia fundamental entre el *imperium domi* y el *imperium militiae*.

(νόσφι νεῶν ἀγαγῶν ποταμῶ ἔπι δινήεντι)

en un claro (ἐν καθαρωῖ) donde el terreno (χωῶρος) aparecía libre de cadáveres

Se apearon de los carros (ἐξ ἵππων) a tierra y escucharon las palabras

que Héctor, caro a Zeus, pronunciaba en público (ἀγόρευε). En la mano

sostenía la pica, de once codos.

El ejército troyano se configura como una entidad política autónoma fuera de la ciudad.³⁹³ Esta es una idea profundamente enraizada en la idea y en la praxis de la mentalidad militar griega que en Homero vemos plasmada por primera vez. Héctor se convierte en la máxima dignidad política y la guerra se transforma en la lucha entre dos ejércitos, que mediante la celebración de asambleas se transmutan casi en dos *polis*. A partir de ese momento el papel de la ciudad de Troya pasa a ser secundario.

Es muy destacable el hecho de que el poeta simplifica enormemente la descripción de la celebración de estas asambleas troyanas.³⁹⁴ Las intervenciones y discusiones son más breves. Héctor es quien más interviene y en algunos casos es incluso el único en hacerlo. En ellas no aparecen ni heraldos ni cetros,³⁹⁵ ni se citan otros elementos característicos de estas reuniones.³⁹⁶ Muchas asambleas troyanas presentes en la *Ilíada* son de pie, lo que quizá se debe únicamente a la situación de

³⁹³ Si *Il.*, XVIII,273-279, lo interpretamos como que Polidamante aconseja a los troyanos volver a la ciudad y mantener el ejército unido durmiendo en el ágora hasta la mañana siguiente (lo cual en nuestra opinión parece lo más probable), entonces se daría una dualidad entre la ciudad y el ejército, cada uno de ellos con su propia asamblea, aunque también éste se encuentre dentro de la ciudad. Sobre las posibles formas de traducir *Il.*, XVIII,274-276, *cfr.* EDWARDS, 1991, vv. 274-276, p. 178.

³⁹⁴ Un estudio sobre las diferencias entre las asambleas aqueas y troyanas en Homero, *cfr.* MACKIE, 1996, pp. 21-26.

³⁹⁵ Con excepción de un caso en el canto X, lo cual resulta muy significativo.

³⁹⁶ Tampoco hay una fórmula fija para poner fin a las asambleas: *Il.*, II,807-810. Sí que sirven para recibir embajadas extranjeras: *Il.*, III,209-224; parece existir una asamblea vespertina y otra matutina: *Il.*, VIII,487-494 y 523-525.

emergencia en la que se producen generalmente.³⁹⁷ Aunque menos frecuentemente, el papel del pueblo (es decir, de los soldados, que es el pueblo en armas) parece aquí idéntico al que posee en las asambleas del campamento aqueo.³⁹⁸

En el bando troyano sólo existe un ejemplo de la celebración de un consejo en el Canto X. Pero es un consejo un tanto peculiar, entre cuyos miembros se encuentra Dolón, personaje que no parece corresponderse por su dignidad con lo que entenderíamos como un noble o consejero troyano,³⁹⁹ pero dotado, eso sí, de grandes riquezas (*Il.*, X,314-317) (probablemente con el fin de justificar el que luego suplique que pidan rescate por él).⁴⁰⁰ Su intervención, sin embargo, es fundamental en el desarrollo posterior de los acontecimientos. A esto debemos añadir que el consejo se celebra bajo la forma de una asamblea, portando un cetro aquel que interviene en cada momento.⁴⁰¹ Pese a eso, el poeta de la *Dolonía* identifica esta reunión como un consejo de forma reiterada, como por ejemplo cuando Dolón es interrogado por Ulises y Diomedes (*Il.*, X, 414-416):

*Héctor, junto con todos los que son sus consejeros (ὄσοι βουλευφόροι εἰσί),
delibera en el consejo (βουλὰς βουλεύει) junto al tímulo del divino Ilo,
lejos del fragor. Sobre las guardias que preguntas, héroe.*

³⁹⁷ Así es en *Il.*, XVIII,246, que KIRK, 1985, p. 60, piensa es debido al pánico que invade al ejército troyano en esas circunstancias. En *Il.*, VII,414-417, están sentados esperando el regreso de la embajada de Ideo.

³⁹⁸ *Il.*, VIII,542 (los troyanos en junta aclaman lo dicho por Héctor); XVIII,310.

³⁹⁹ Entre el ejército de Reso se cita la existencia de consejeros, de origen noble y emparentados con el rey de los tracios: *Il.*, X,517-519.

⁴⁰⁰ HAINSWORTH, 1993, vv. 314-315, p. 186.

⁴⁰¹ *Il.*, X,321-328. WILLCOCK, vol. I, 1978, v. 321, p. 290.

Parece lógico pensar que el poeta confunde aquí ambas instituciones, quizá por un empleo poco meditado y desafortunado de los versos formularios de los que disponía, sin conocer realmente en profundidad las características de ambas instituciones, cosa que no se repite en el resto de la *Ilíada*.

Aunque no existan más ejemplos de su actuar, el órgano político del consejo existe también entre los troyanos,⁴⁰² como podemos ver por las diversas menciones que a lo largo de la *Ilíada* se hace del mismo.⁴⁰³ Entre esos pasajes debemos destacar uno por su difícil interpretación (*Il.*, XII,210-214):

Entonces Polidamante se presentó ante el audaz Héctor y le dijo:

¡Héctor! Siempre en las asambleas (ἀγορήσιν) hayas cómo censurar

los buenos proyectos que expongo, porque no es adecuado

que uno del vulgo (δῆμον) exponga opiniones discrepantes en el consejo

(ἐνὶ βουλῇ)

o en el combate (ἐν πολέμῳ), sino que incremente constantemente tu poder

(κράτος).

La escena transcurre en el campo de batalla, cuando Polidamante se acerca a Héctor para proponerle una retirada de las naves a la ciudad ante los auspicios tan desfavorables que se han visto en el campo de batalla. La escena va preparando la muerte de Héctor, que cegado por los dioses, olvidará la prudencia en el combate, desoír a los consejeros y todo eso le llevará a morir a manos de Aquiles. A partir de

⁴⁰² Según MACKIE, 1996, pp. 26-27, dotado de unas formas políticas muy poco sofisticadas, especialmente si lo comparamos con el caso aqueo.

⁴⁰³ Aunque fuera de ese canto sí se habla de consejeros de Príamo, denominados como ἀγορητὰί (de buenos o bellos discursos) en *Il.*, II,146-150. También se menciona un consejo de ancianos en *Il.*, VI,113-114; otra mención la hallamos en *Il.*, XIII,726-728.

aquel momento la soberbia manifiesta de Héctor irá en aumento.⁴⁰⁴ A esos elementos de la trama responde perfectamente este fragmento del poema. Pero si nos paramos en los detalles, las dificultades emergen rápidamente.⁴⁰⁵ La primera de ellas es por qué Polidamante se incluye a sí mismo en el *demos*, cuando es un miembro de la nobleza. No cabe duda de que la visión que éste da del consejo y la asamblea subraya más la independencia de criterio de Héctor frente a los demás miembros de la comunidad, al tiempo que plasma una imagen que establece una mayor distancia entre los nobles y Héctor. Quizá el hecho de que Polidamante se considere a sí mismo un miembro del vulgo responde a un deseo de mostrar el aislamiento y la gran distancia que se abren entre Héctor y los nobles, y que llevan a la ceguera de éste, a su muerte y a la destrucción de la comunidad que dirige.⁴⁰⁶ En todo caso no parece que el pasaje lo podamos interpretar en clave de diferenciación de clases sociales.⁴⁰⁷

Pero también tenemos el problema de las menciones mezcladas en un mismo párrafo, tanto sobre la asamblea como sobre el consejo, que no nos permiten saber de forma clara a qué institución realmente se refiere el conjunto del texto. La salida que creemos más sencilla y lógica a este laberinto es tratar como referencias diferentes las citas a esas instituciones en este texto, considerando que Homero hablaría de ambas de forma tan descuidada que el resultado sería muy poco claro. De esta manera, con respecto a la asamblea, institución en la que todos los troyanos participarían, Héctor impondría su parecer a todos llevado por su soberbia, tomando sus decisiones al margen de la opinión expuesta por los demás en ese mismo foro. En cuanto a la mención al

⁴⁰⁴ Esta censura se repite un poco más adelante *Il.*, XIII,726-728.

⁴⁰⁵ HAINSWORTH, 1993, v. 213, p. 341.

⁴⁰⁶ Odiseo también se refiere a sí mismo y a sus compañeros como el *laos* de Agamenón en *Od.*, IX,263.

⁴⁰⁷ GEDDES, 1984, pp. 17-36.

consejo deberíamos entender que Homero lo presenta no con los caracteres griegos, sino más cercano a una corte asiática, un cortejo en el cual los reyes y jefes troyanos no se reúnen para aportar ideas y escuchar propuestas, sino que su voz se limita a alabar las decisiones del rey, personaje indiscutido en su poder.⁴⁰⁸ De nuevo estaríamos ante el deseo de Homero de mostrar la ceguera del héroe troyano y el desastre a los que se ve abocado al no contar con el resto de la comunidad a la hora de tomar decisiones que afectan necesariamente a todos. Pero esta solución es tan solo una propuesta frente a un texto de muy difícil interpretación.

En resumen, hemos visto cómo la asamblea, el consejo y el banquete son tres instituciones esenciales en la narración épica, en perfecto acuerdo con su importancia y funciones para la vida social, militar y política de la comunidad de los soldados en campaña. Pero, además, el destacado papel que adquieren en el conjunto de la narración homérica se debe al carácter esencialmente aristocrático del poema. Asambleas y consejos transmiten al oyente (o lector) claves esenciales para entender la trama más profunda del drama que se produce frente a Troya. Honor, preeminencia social y orden jerárquico son motivaciones profundas que explican la actitud de los personajes en relación con los problemas afrontados en las luchas entre aqueos y troyanos, y en el acontecer diario en el campamento. Por eso, Homero describe con todo cuidado estas instituciones y se alarga en narrarnos los acontecimientos que se suceden durante sus celebraciones. Y por eso mismo, también, el cuidadoso estudio de la poesía homérica en este sentido resulta de un gran valor para entender mejor los valores y el funcionamiento de la sociedad griega arcaica.

⁴⁰⁸ MACKIE, 1996, pp. 31-36, aunque este autor no menciona el pasaje que estamos refiriendo.

Conclusiones

La intención primera con la que afrontamos el estudio del campamento militar en Homero era doble: por una parte, establecer una base firme sobre la que asentar el análisis de esta cuestión en época clásica, teniendo en cuenta la importancia e influencia capital que la épica y la tradición en torno a la guerra de Troya tienen en toda la historia de la cultura griega posterior; por otro lado, también parecía muy conveniente tomar un referente externo con respecto al periodo central de nuestro estudio, que nos sirviera de atalaya desde donde adquirir la perspectiva imprescindible para valorar de la forma más acertada posible la evolución de la tradición castrametral griega de los siglos VI al IV. Junto a todo eso, resultaba difícil abstenerse y no afrontar un reto tan apasionante como es el de los estudios homéricos, y quizá cabe incluso reconocer que habría sido poco honesto desarrollar una investigación acerca de la tradición campamental griega eludiendo el análisis del testimonio homérico y de la guerra de Troya.

Al final, los resultados obtenidos no sólo justifican esa decisión, sino que además superan con creces las limitadas expectativas que razonablemente abrigábamos en un principio. El análisis de la *Ilíada*, unido a los testimonios de la *Odisea* y de Hesíodo, nos han permitido no sólo reconstruir de forma bastante coherente y completa la forma de acampar de fuerzas marítimas griegas en un periodo previo al siglo VI, sino además profundizar en el proceso de configuración del poema, con aportaciones fundamentales procedentes del mundo oriental, y en el que la *Dolonía* destaca claramente como una interpolación bastante posterior al resto de la obra.

Con todo, lo primero que debemos concluir es que los campamentos militares debían de tener un escaso papel en el desarrollo de las campañas militares del mundo griego en este periodo. Eso se deduce de la ausencia en la épica de términos técnicos, específicos, para designar un campamento militar o la acción de acampar, como será en época clásica στρατόπεδον y su forma verbal correspondiente. La manera más habitual de referirse Homero a la acampada de los aqueos es haciendo uso de la expresión νῆες Ἀχαιῶν que, aparte de identificar la realidad física de los elementos fundamentales que componen el asentamiento militar en las playas de Troya, en algunas ocasiones alcanza un mayor grado de conceptualización englobando también a los soldados que componen ese establecimiento castrense, y adquiriendo así el sentido más propio de “campamento”. Además, tras el detenido análisis del término στρατός, no cabe considerar a éste como el sustantivo más apropiado en el vocabulario de la épica para referirse al *castra* griego, tal y como defiende Chantraine en su diccionario etimológico, y como es habitualmente aceptado por los demás autores. Por el contrario, en Homero στρατός es un concepto más amplio, que identifica simplemente a un ejército, y sólo después, a la luz del contexto, se puede entender como referido a una fuerza militar acampada, subrayándose en todo caso siempre el sentido más personal y no los elementos físicos que se incluyen en la idea de “campamento”.

Sin embargo, a lo largo del poema también aflora una interesante expresión, νηῶν ἐν ἄγκωνι, que se emplea únicamente en ámbitos castrametales, y gracias a la cual el cantor puede definir espacialmente los límites estrictos de la acampada aquea, el campamento propiamente dicho, frente a las definiciones más difusas implícitas en las otras formas de referirse al establecimiento de la fuerza pan-aquea.

La falta de un vocabulario especializado para designar un campamento militar muestra a las claras qué peso tenía esta realidad militar en el engranaje de las campañas bélicas del momento, así como la naturaleza de las mismas. Han de ser empresas cortas, dirigidas a solventar la disputa en pocos días, sin contemplar la opción de situar bases militares más permanentes con las que dominar el territorio del rival. Esto está, por otro lado, en perfecta consonancia con el hecho de que ni en la descripción del escudo que Hefesto fabrica para Aquiles, ni en la obra *Escudo* atribuida a Hesíodo, aparezca mención alguna a un campamento militar. En ambos casos, se describen formaciones de soldados enfrentados en la llanura, ciudades que en la retaguardia siguen de cerca el combate o que son ellas mismas asediadas por ejércitos, pero está fuera de su horizonte bélico un campamento que sirviera de base para las operaciones militares, tal y como aparece en las crónicas visuales de las campañas militares de egipcios o asirios. Sólo presenciamos el comienzo del desarrollo de un vocabulario más técnico, propio de un periodo de nacimiento, y en el que conviven formas antiguas que van adquiriendo un nuevo significado, con formulaciones más originarles que intentan captar y describir esas nuevas realidades.

A pesar de que la *Ilíada* es una obra primordialmente poética y no histórica, pese a que responde a un dilatadísimo periodo de formación, y aunque refleja un estadio de preformación de la técnica castrametral griega, eso no impide que se pueda a través de sus versos reconstruir un modelo de campamento griego coherente y bastante completo, así como de la vida en campaña de sus soldados, teniendo que advertirse, eso sí, de que se trata de un campamento militar de una fuerza marítima y no terrestre.

El campamento de los hombres de Agamenón no adopta una forma de media luna, con las naves dispuestas escalonadamente, como en un teatro, según la reconstrucción

tradicionalmente aceptada desde Aristarco, sino que en la mente del poeta los barcos se encuentran varados tierra adentro, siguiendo la línea de costa. Sorprende, sin duda, cómo la imagen transmitida en el poema es completamente fiel y congruente con la lógica que debía regir la forma de acampar de una fuerza marítima en cualquier costa del Mediterráneo. Las naves se colocarían lo más tierra adentro posible, para evitar que las subidas y bajadas de las mareas afectaran a las maderas de los barcos y a las chozas dispuestas entre ellos. Esos barcos quedarían perfectamente sujetos en tierra con calzos e incluso podían contar con rieles que hicieran más fáciles las botaduras y arribadas de los mismos al campamento, dada la larga estancia que se preveía. De igual forma, las escenas de llegadas y salidas de barcos, tal y como aparecen descritas en la *Ilíada* y la *Odisea*, recogen perfectamente un proceso que podemos reconstruir y tenemos atestiguado por otras fuentes. En este aspecto más particular, el aedo utiliza una poesía de tradición marinera, que era fiel reflejo de las técnicas náuticas griegas anteriores a la época clásica.

Una vez en tierra, las naves se disponen en líneas, distribuidas a lo largo de la playa por contingentes, cada uno de los cuales puede ser identificado sin dificultad gracias a los emblemas que lucirían las proas de los barcos (que es la parte de la embarcación que en la playa está mirando hacia el mar) y también gracias a que las unidades navales que componen cada una de las fuerzas militares quedan varadas en torno a su nave capitana, la cual era asimismo la fijada más próxima a la orilla del mar. Entre esa primera línea de naves y el mar, se abriría un amplio espacio de playa, lugar habitual para desarrollar las asambleas de los soldados, llevar a cabo revistas de tropas, y donde también sitúa Homero los funerales de Patroclo. En general, esta era la zona más apropiada para cualquier función pública en un ejército.

Ya en el interior de la acampada, la falta de espacio parece ser un elemento predominante, como resulta también lógico imaginarse. Un criterio esencial a la hora de elegir un lugar para varar las naves y establecer un campamento obligatoriamente será el procurar aprovechar al máximo el espacio de playa, intentando evitar la dispersión de barcos y hombres a lo largo de muchos kilómetros de costa. Por eso, cualquier movimiento de los héroes de un contingente a otro no se realiza por el escaso espacio dejado entre barcos y chozas. Los soldados bajarían desde sus posiciones hasta la orilla y, una vez allí, avanzarían o retrocederían por la línea de playa hasta alcanzar el contingente al que se dirigen e internarse de nuevo en el espacio de acampada. Allí dentro no existe ningún terreno central libre, ni calles ni corredores, aunque un mínimo orden tenía que existir.

Los esfuerzos por reconstruir el plano de distribución de los diferentes grupos de aqueos en las playas de Troya han sido siempre infructuosos, y eso, fundamentalmente, porque en nuestra opinión los estudiosos acaban olvidado que la *Ilíada* no es una obra histórica sino poética. Por tanto, tenga o no un fundamento más o menos real en una supuesta expedición aquea contra un gran emporio en Asia Menor, desde luego no cabe esperar que la obra atribuida a Homero, por su propia lógica constructiva conserve tal tradición.¹ Los únicos datos invariables sobre la distribución de los ejércitos, como son la posición de Agamenón y Ulises en el centro de la línea de barcos, así como quiénes son los situados en las alas derecha e izquierda, responden a criterios poéticos y no históricos. Así, Agamenón estaría en el centro por ser el comandante supremo del contingente; Ulises, por su *mentis*, por su saber estar en el centro de las cosas, también le ha de corresponder un

¹ El Catálogo de las Naves es diferente, puesto que está enraizado en listas de contingentes de las que tenemos noticia ya desde época micénica como forma de conocimiento geográfico. Éste, sin embargo, está completamente al margen de la distribución de los distintos grupos de aqueos en el campamento o en el campo de batalla.

lugar destacado, hacia el centro del campamento y cerca de Agamenón; la posición en los extremos derecho e izquierdo sería resultado lógico de la preeminencia de uno u otro héroe. De esta forma, Aquiles, el de más honor después de Agamenón, ha de ocupar el ala derecha de la acampada. Así tenemos un esquema de acampada que sigue en sus aspectos más generales y fundamentales una forma de distribución de las fuerzas militares en la línea de batalla propias de época clásica. Esa coincidencia no puede ser meramente casual. Parece evidente que, al menos en parte, el establecimiento militar se concibe como un lugar de parada del ejército preparado para la batalla, y donde ya los principios clásicos de preeminencia y honor que definen la naturaleza del combate hoplítico se encuentran presentes. Todo eso se olvida después en el campo de batalla, donde la lucha se lleva a cabo en forma de duelos entre héroes o grupos de héroes. Es muy probable, por tanto, que cada uno de esos aspectos proceda o haya cristalizado dentro del poema en fechas diferentes. En ese sentido, las líneas básicas de la organización del plano de acampada responderían a una costumbre plenamente griega y a un periodo más tardío y próximo a la época clásica, mientras los duelos en la llanura reflejarían una realidad más antigua y lejana.

En el campamento no encontramos tiendas (σκηνή) sino chozas o cabañas (κλισίαι), las cuales, por imperativo poético pueden adquirir el aspecto de casas o palacios de héroes. Tal metamorfosis es resultado evidente de la reutilización de escenas de embajadas y recibimiento en palacios y grandes estancias, magníficas por sus riquezas, que si en verdad se corresponden con la alta dignidad de los personajes que las habitan, en ningún caso reflejan la realidad de la dura y mucho menos exquisita vida en campaña. Teniendo en cuenta esto, es posible aceptar que en la realidad los jefes de cada ejército ocuparían un habitáculo individual, donde estarían constantemente atendidos por sus sirvientes, y donde guardarían su botín, bienes muebles, mujeres y esclavos. Además, también contarían en

algunos casos con un vallado donde guardar sus animales, con un espacio a la entrada para las armas, con un fuego a la puerta, y con algún pequeño altar para llevar a cabo plegarias y sacrificios de forma más personal. El carácter eminentemente aristocrático del poema hace que no podamos reconstruir la vida en campaña de los soldados rasos. Quizá compartirían cabañas, probablemente en grupos de diez, ayudándose y colaborando mutuamente para hacer más sencilla su prolongada estancia lejos de su patria, hasta llegar a conformar algo muy próximo a una unidad logística. También ellos disponían de un fuego, un pequeño altar y un cierto espacio para colocar sus posesiones y los bienes adquiridos durante la campaña. Sus viviendas serían una versión más humilde de aquellas propias de los jefes.

Aunque no poseemos ninguna noticia sobre el particular, lo que cabe pensar es que cada choza se plantaría en torno (o en el lugar más próximo posible) al barco al que cada uno está adscrito, por lo que junto a esa distribución por contingentes, tendríamos también una organización por barcos, siguiendo un principio completamente lógico con independencia de tiempo y cultura. Dado que no tenemos ninguna referencia en Homero contraria a este planteamiento, esa estructuración nos parece la más coherente y plausible a la hora de describir la manera de distribuirse los ejércitos de la *Ilíada* en el campamento.

En cuanto al día a día, parece estar regido por un horario sencillo, que comienza poco antes del amanecer con la reunión de los jefes para el sacrificio de la mañana, tras el cual se inicia la vida en el campamento, marcada por dos comidas (una por la mañana y otra al anochecer). Según el testimonio épico, la única actividad cotidiana serían las revistas de tropas, las arengas, los banquetes, los sacrificios y, por supuesto, las acciones guerreras en la llanura del Escamandro. En realidad, ese periodo central del día debía de estar ocupado en muchas otras actividades necesarias e ineludibles para la vida en el campamento, y que no sólo serían logísticas, o de mantenimiento de los barcos y las

instalaciones, sino que también incluirían ejercicios físicos, entrenamientos u otras labores más específicas que muchos de ellos tendrían encomendadas para hacer funcionar mínimamente un engranaje tan complejo como es un ejército en campaña.

El aprovisionamiento se hacía gracias a un constante flujo económico entre el campamento y empresarios comerciales dispuestos a hacer fortuna de la desgracia del largo asedio a Troya. Pese a lo atinado del juicio de Tucídides en cuanto a la forma de aprovisionarse los ejércitos arcaicos, en el caso de los aqueos, los bienes más básicos no serían suministrados por actividades agrícolas llevadas a cabo por los propios soldados, sino gracias a comerciantes que, además de trigo y vino, ofrecerían a los soldados productos más refinados como armas, animales, esclavos o mobiliario. Para el pago, los soldados deberían ocuparse diariamente en acciones de pillaje por la llanura del Escamandro y por las zonas costeras limítrofes. Esclavos, animales domésticos y cosas de menor valor, servirían para mantener ese flujo económico hacia dentro y hacia fuera, convirtiendo el campamento en un gran foco mercantil. Además, la logística parece poseer un cierto grado de centralización, haciéndose mención a unos encargados de distribuir el grano entre la tropa (ταμίαι), probablemente por contingentes, lo que nos pone sobre la pista de una organización centralizada para la adquisición de los bienes básicos del ejército, probablemente bajo las órdenes del comandante supremo de cada grupo militar, con la clara finalidad de obtener mejores precios y garantizar este aspecto básico para el éxito de una expedición. En gran medida, estos ταμίαι nos recuerdan a los encargados de vender el botín en los ejércitos de época clásica. Pero, en todo caso, son sobre todo testimonio de un importante grado de organización y conciencia de unidad militar desarrollada, alejada de la imagen individualista de los simples duelos entre héroes.

Sobre la defensa del campamento, es claro, por el análisis del poema, que los griegos de Homero no consideraban la construcción de estructuras defensivas (fosos, muros o empalizadas) como algo inmediato y connatural al hecho de establecerse en un territorio. Pese a que la tradición de construcción de estructuras defensivas más o menos imponentes en los campamentos de otros pueblos de Oriente Medio es evidente, no parece haber sido así entre los griegos. Hasta el año décimo de la guerra, la única defensa del campamento aqueo la constituyen las popas elevadas y alineadas de sus barcos, que por su altura se levantarían desafiantes frente a cualquier ataque enemigo y permitirían a sus defensores luchar desde allí ventajosamente en caso de necesidad. Eso parece haber bastado habitualmente a los griegos en campaña.

Aún con todo, la gran obra defensiva construida en el año décimo no responde a criterios tácticos, sino principalmente poéticos. Además, según está descrito en la *Ilíada*, deberíamos calificarla apropiadamente como una gran e imponente construcción urbana defensiva. El τεῖχος aqueo dispone de un basamento de piedra, elevado con ladrillos más endebles de barro cocido y coronado por estructuras en madera reforzadas con escudos, idéntico a los muros de las ciudades que podemos contemplar en relieves de Oriente Medio. La *Ilíada*, como obra cumbre de todo un género, necesariamente también debía recoger famosas escenas de lucha y ataques a los muros de grandes ciudades, introduciendo un canto entero donde se reprodujera lo mejor de ese género, a pesar de que desde un punto de vista lógico y táctico no encaje fácilmente en el desarrollo de las acciones descritas en la guerra. Todo el episodio de la *Teichomachía* se revela como un claro e importante rasgo orientalizante de la *Ilíada*, siguiendo la expresión empleada por Walter Burkert.

Por todo ello cabe descartar que Tucídides se refiera a este muro cuando habla en su *Arqueología* del ἔρυμα del campamento aqueo en Troya. Puede ser que, o bien el autor se

esté refiriendo a un muro diferente proveniente de una tradición de la guerra de Troya que nosotros desconocemos, o bien se trate de una deducción lógica que responda a los usos de su propio tiempo o a sus propias conclusiones tácticas. Aunque el asunto está lejos de estar completamente claro, nosotros nos inclinamos por esta última opción: Tucídides habría concluido por su propia experiencia militar que lo más lógico, dada la superioridad táctica y la mayor sabiduría que se les ha de presumir a los héroes de tan importante guerra, que tras el desembarco habrían protegido su acampada con una pequeña construcción defensiva (ἔρυμα), sin referirse, por tanto, al muro (τείχος) aqueo del décimo año de la guerra. Este mismo proceso se deduce de sus comentarios sobre la manera de avituallarse el ejército de Agamenón, como ya hemos tenido ocasión de analizar.

Esa protección de las tropas acampadas incluía unos rudimentarios servicios de guardia y espionaje. No parece existir ningún temor a un ataque por sorpresa al campamento, bien porque no fuera esa la forma de actuar de los ejércitos en campaña, bien porque fuera considerado como algo muy poco heroico y de escaso interés estratégico. En todo caso, ese aspecto de la defensa del campamento se limita a la existencia de algunos puestos de guardias y a la actividad de ojeadores y espías que previenen al campamento de los movimientos del enemigo en el campo de batalla.

También el campamento y su estudio son importantes desde un punto de vista social. Por eso nos hemos referido largamente a los consejos y asambleas, dos instituciones fundamentales para el funcionamiento del mismo, y que poseen una gran importancia en el poema por el carácter aristocrático del mismo. Es en este ámbito donde se desarrolla realmente la trama fundamental de *La cólera de Aquiles*, en el que la disputa por el honor que cada uno cree que debe recibir en el ejército tiene su lugar más apropiado. Debido a esa centralidad del tema en la obra, los versos de Homero nos pintan una muy detallada imagen

de estas instituciones, de su funcionamiento y su importancia. En su desarrollo, en su liturgia, en los miembros presentes en cada momento, en la forma en la que participan en ellas, obtenemos no una fotografía, sino incluso una radiografía de una sociedad griega esencialmente aristocrática, y donde se evita poner en entredicho la dignidad, el valor y la posición de sus dirigentes, puesto que incluso aunque sus disputas por una mera cuestión de honor han supuesto tantos dolores a los aqueos, el culpable último nunca son los estratos dirigentes, sino los dioses que los han cegado por sus disputas y envidias, conduciéndoles a tan doloroso desastre.

Esa imagen tan coherente surgida de los versos homéricos, se ve distorsionada por el libro X, la *Dolonía*. Aquí descubrimos un mundo diferente y más tardío. El vocabulario relacionado con el campamento es más rico, variado y perfecto; la acción ya no se enmarca en un campamento de una fuerza marítima, sino de una fuerza terrestre; no aparecen barcos ni chozas, sino que los griegos acampan al raso en torno a su comandante, con las armas junto a ellos; la planimetría es más ordenada, gracias a corredores y calles que separan los contingentes; además, los sistemas de guardias y vigías son más complejos, variados y perfectos, mucho más cercanos a lo que serán en época clásica. Con todo esto, también nosotros podemos asegurar con Danek que, a la luz del estudio del campamento, la *Dolonía* es una interpolación tardía, probablemente del siglo VI, deficientemente integrada en el conjunto de la *Ilíada*.

En evidente contraste con lo que sucedía en los pueblos de su entorno, la épica homérica trasluce un estadio de escaso desarrollo del campamento militar en Grecia, como demuestra especialmente la falta de un vocabulario específico. Las campañas habían de ser, por tanto, más breves, y de una naturaleza completamente diferente a las que llevaban a cabo asirios o egipcios, que sí conocen una tradición castrametral más compleja y

evolucionada. Sin embargo, hacia el s. VI la evolución es ya evidente, como se comprueba en la *Dolonía*. Al igual que hacia el final del s. VII la influencia egipcia en la arquitectura y el arte es clarísima en Grecia, también en lo castramental, el ir y venir de mercenarios griegos que desde el s. VII participan en campañas militares encuadrados en ejércitos asirios y egipcios debió de influir decisivamente en ese proceso.² Como en muchos otros campos, la influencia de Oriente fue uno de los elementos claves en la evolución de los campamentos militares griegos.

² BOARDMAN, 1973, pp. 37-61; 98-102; 108-145.

Capítulo 3: El campamento militar griego en el periodo de las Guerras Médicas

1. Introducción.

Nuestra fuente principal para el estudio de la vida en los ejércitos durante el periodo de las guerras persas (del 490 al 479 a.C.) es Heródoto.¹ También contamos con las obras de Esquilo, con referencias en Tucídides, en Diodoro, Pausanias y Plutarco, pero es el escritor de Halicarnaso nuestra fuente más completa y fiable. Con este autor se da la paradoja de que nos encontramos ante el primer y verdadero historiador,² que hace girar su investigación en torno a un gran conflicto bélico, no siendo nunca él mismo un historiador militar ni encontrándose la historia de la milicia, de la estrategia o de la táctica entre sus principales áreas de atención. Esa falta de interés conduce a imprecisiones, a la escasez de datos o de elementos para emplear en una auténtica historia de la guerra. Sin embargo, la vastedad de su obra, así como la fiabilidad que como investigador nos ofrece, hace que su estudio sea la fuente fundamental y esencial para el periodo que pretendemos tratar, siendo los restantes testimonios su apoyo o complemento.³

El periodo es también interesante en sí y claramente diverso a lo que podremos encontrar más tarde, en los años en los que se desarrolla la Guerra del Peloponeso. Ahora contemplamos un ejército griego, la infantería hoplítica que en grandes batallas

¹ Las traducciones al español de los textos herodoteos están tomadas de SCHRADER, 1977-1985.

² Para tener una visión general sobre Heródoto, su obra, así como sobre la apasionante discusión sobre sus aptitudes como historiador, la génesis de su obra, o la fiabilidad de su método histórico, se puede acudir, entre otros muchos, a HOW-WELLS, vol. I, 1912, pp. 1-51; POWELL, 1939; HIGNETT, 1963, pp. 25-40; FORNARA, 1971; RODRÍGUEZ ADRADOS, 1977, pp. 7-67; WATERS, 1985; más recientemente, CARTLEDGE, 2007, pp. 243-286; Especialmente interesantes resultan las reflexiones de POHLENZ, 1961 y REGENBOGEN, 1961, pp. 57-100. Una visión crítica sobre Heródoto la encontramos en Fehling, 1989, con la que, sin embargo, estamos en desacuerdo.

³ HIGNETT, 1963, pp. 25-40.

decide su suerte frente a un contrincante de carácter y táctica muy diferentes como es el persa. El encuentro entre ambas civilizaciones no dejará al mundo militar griego, ni a la práctica castrametral indiferente, como sucederá también en los demás aspectos de la cultura helena.

2. Estudio del vocabulario en torno al campamento militar en la *Historia* de Heródoto.

a) La forma sustantiva: στρατόπεδον.

El vocabulario herodoteo en relación con el campamento militar no plantea excesivos problemas, lo que no está en contradicción con el hecho de que éste sea amplio y variado. Para referirse a un campamento militar, Heródoto emplea fundamentalmente el término clásico de στρατόπεδον del que proviene el verbo στρατοπεδεύω, también muy presente en el siglo V y ampliamente constatado en su obra.

Sin embargo, no es Heródoto el primer autor que utiliza el sustantivo. Poco tiempo antes que en su *Historia* lo encontramos en la obra de Esquilo *Los Siete contra Tebas*, 79-80, en lo que sí que constituye la primera ocasión de la que tenemos constancia en las fuentes de su empleo:

*Avanza la hueste (στρατος) enemiga, pues ya ha abandonado su campamento (στρατόπεδον λιπών). Corriendo en vanguardia viene en oleadas esa innumerable hueste de jinetes.*⁴

De igual modo, Sófocles, casi contemporáneo a Heródoto, se sirve de este sustantivo en *Filoctetes*, 10. Pero, sin duda, es el escritor de Halicarnaso el que, por el abundante empleo que hace del término, lo consagra en las fuentes como el más habitual para referirse al campamento en griego.⁵ De hecho, resulta muy llamativo el

⁴ Traducción PEREA MORALES, 1986.

⁵ Se contabilizan en su *Historia* unos ochenta pasajes en los que se emplea στρατόπεδον y veintisiete στρατοπεδεύω.

que Eurípides, no haga uso del término, especialmente en dos de sus obras cuya acción transcurre en el marco de un campamento militar, como son *Ifigenia en Áulide* y *Las Fenicias*. Allí es todavía στρατός la única y misma forma de referirse a un ejército y a un campamento.⁶

El testimonio herodoteo es, además, especialmente relevante porque en sus escritos tenemos atestiguado el que podría ser el más antiguo empleo del término. En Hdt., II,154,1, se recoge la noticia de que el lugar donde el faraón Psamético I establece a sus mercenarios griegos en las bocas del río Nilo era conocido habitualmente con el nombre de los Στρατόπεδα. Si aceptamos que ésta era la denominación original del lugar, y no una traducción posterior del término, nos encontraríamos con que a mediados del s. VII ya estaría en boga el empleo de este sustantivo de forma general fuera de la Hélade, entre los mercenarios griegos que luchaban en aquel país.

La hipótesis más adecuada y lógica, pese a lo que en un primer momento pueda pensarse, es que el nacimiento de este neologismo se hubiera producido entre tropas griegas en el extranjero y no en el propio territorio de la Hélade. Para los soldados griegos que, al menos desde el s. VII, comenzaron a pelear junto a asirios y egipcios, los grandes campamentos militares que encontrarían y en los que vivirían durante aquellas largas campañas serían en un primer momento una completa sorpresa para la que no contarían, tal como vimos al estudiar el vocabulario épico relacionado con el campamento, con un término adecuado para describirlo. De ahí que tuvieran que ser ellos mismos los que se vieran en la necesidad de acuñar un neologismo con el que transmitir a sus compatriotas aquella novedad. Nacería así el sustantivo στρατόπεδον. Esta hipótesis casa también perfectamente con la etimología de la palabra que, según

⁶ Cfr. E., *Ph.*, 720; 732.

Chantraine, encontraría su origen al menos en parte fuera de la Hélade.⁷ El sustantivo sería el resultado de unir el término griego στρατός con πέδον, el cual procede de la raíz hitita *pedan* (lugar o emplazamiento). El compuesto resultante (στρατόπεδον) sería una solución sencilla y lógica para describir aquella novedad: “lugar o emplazamiento del ejército”.⁸ Pero, entonces, cabe concluir que este neologismo no habría sido compuesto en Egipto sino en Asia Menor, donde el contacto griego con asirios, persas, y otros pueblos de larga tradición castrense en el empleo de campamentos habría sido también más intenso y prolongado. Allí nacería y allí se popularizaría haciendo posible que los mercenarios griegos a las órdenes del fundador de la XXVI dinastía egipcia ya pudieran nombrar con ese sustantivo nuevo el lugar donde quedaron establecidos protegiendo al nuevo poder mediterráneo.⁹ Pero debemos suponer que el sustantivo στρατόπεδον en realidad hubo de nacer poco antes del siglo VII para que transcurriera el tiempo suficiente y se generalizara su uso, haciéndose también común entre los mercenarios de Psamético a mediados del siglo VII. Podríamos incluso pensar en el siglo VIII, momento de especial importancia y vigor en las relaciones y contactos culturales de todo tipo entre Grecia y Oriente.¹⁰ Entonces aún la palabra estaría confinada al ámbito de la vida de aquellas tropas mercenarias que guerreaban con los grandes imperios al oriente; mientras, la diferente naturaleza de la guerra en la Hélade haría innecesario su importación y empleo, tal y como testimonia la épica. Es igualmente natural que al final de ese proceso nos encontremos con Heródoto, quien por su origen jonio sería más sencillo que estuviera muy familiarizado con él y

⁷ CHANTRAINE, 1983, s.v. πέδον, p. 867.

⁸ No sería el único caso. Gracias a los estrechos contactos de los mercenarios griegos con las culturas de Oriente los préstamos lingüísticos en el ámbito militar son abundantes. *Cfr.* BURKERT, 1992, pp. 39-40.

⁹ LLOYD, 1975, pp. 14-23.

¹⁰ BURKERT, 1992.

que pudiera emplearlo abundantemente en sus escritos, logrando popularizarlo en el resto de Grecia.

El sentido con el que Heródoto lo emplea tiene un carácter bastante genérico, refiriéndose a cualquier fuerza armada que acampa de forma temporal en un territorio durante el transcurso de una campaña militar. Así lo podemos ver, por ejemplo, en el propio libro I, durante la narración de la historia de Creso (Hdt., I,75,3-5):

Y cuando llegó al río Halis, Creso, en mi opinión, hizo pasar al ejército por los puentes allí existentes, si bien, según la versión más difundida entre los griegos, fue Tales de Mileto el que le facilitó el paso. En efecto, se cuenta que, cuando Creso se hallaba ante el problema de cómo podría su ejército atravesar el río (ya que en aquella época no existían todavía los puentes en cuestión), Tales, que se hallaba en el campamento, hizo que el río que corría a mano izquierda del ejército, corriera también a la derecha; y lo hizo como sigue: a partir de un punto sito curso arriba del campamento mandó cavar un profundo canal, prolongándolo en semicírculo, de modo que el río, desviado de su antiguo cauce en aquel punto por el canal, rodeara por detrás el lugar en el que el ejército estaba acampado y, una vez rebasado el campamento, desembocara nuevamente en su cauce.¹¹

¹¹ Ὡς δὲ ἀπίκετο ἐπὶ τὸν Ἄλυν ποταμὸν ὁ Κροῖσος, τὸ ἐνθεῦτεν, ὡς μὲν ἐγὼ λέγω, κατὰ τὰς εὐσῆσας γεφύρας διεβίβασε τὸν στρατόν, ὡς δὲ ὁ πολλὸς λόγος Ἑλλήνων, Θαλῆς οἱ ὁ Μιλήσιος διεβίβασε. ἀπορέοντος γὰρ Κροῖσου ὅπως οἱ διαβήσεται τὸν ποταμὸν ὁ στρατός (οὐ γὰρ δὴ εἶναί κω τοῦτον τὸν χρόνον τὰς γεφύρας ταύτας) λέγεται παρεόντα τὸν Θαλῆν ἐν τῷ στρατοπέδῳ ποιῆσαι αὐτῷ τὸν ποταμὸν ἐξ ἀριστερῆς χειρὸς ῥεόντα τοῦ στρατοῦ καὶ ἐκ δεξιῆς ῥεῖν, ποιῆσαι δὲ ὧδε: ἄνωθεν τοῦ στρατοπέδου ἀρξάμενον διώρυχα βαθέαν ὀρύσσειν, ἄγοντα μνηοειδέα, ὅπως ἂν τὸ στρατόπεδον ἰδρυμένον κατὰ νώτου λάβοι, ταύτη κατὰ τὴν διώρυχα ἐκτραπόμενος ἐκ τῶν ἀρχαίων ῥεέθρων καὶ αὐτὶς παραμειβόμενος τὸ στρατόπεδον, ἐς τὰ ἀρχαῖα ἐσβάλλοι, ὥστε, ἐπεῖτε καὶ ἐσχίσθη τάχιστα ὁ ποταμός, ἀμφοτέρη διαβατὸς ἐγένετο.

El término sirve en su *Historia* tanto para designar el campamento de los griegos, como el de los bárbaros persas o de cualquier otro pueblo.¹² También se usa indistintamente tanto para fuerzas terrestres como marítimas desembarcadas, lo que podemos comprobar, por ejemplo, cuando el persa Aquemedes aconseja a Jerjes no dividir el ejército tras la victoria de las Termópilas (Hdt., VII,236,2):

*Si, tras los recientes contratiempos, que han supuesto el naufragio de cuatrocientas naves, privas a la flota (ἐκ τοῦ στρατοπέδου) de otras trescientas, para enviarlas a costear el Peloponeso...*¹³

Eso explica por qué, en alguna ocasión, Heródoto se ve obligado a introducir aclaraciones acerca de si se trata del campamento persa de la fuerza naval o el de la fuerza terrestre. Por ejemplo, Hdt., VI,45,1:

Entretanto, mientras se encontraban acampados en Macedonia, a Mardonio y al ejército de tierra (Μαρδονίῳ δὲ καὶ τῷ πεζῷ στρατοπεδευομένῳ) los atacaron durante una noche los tracios brigos, que mataron a muchos soldados e hirieron al propio Mardonio.

Así, el sustantivo designa la tropa acampada, de infantería o embarcada, asentada en un territorio durante un campaña. En unas ocasiones puede corresponderse con un contingente particular y en otras con la base central de mando de un gran poder

¹² Griegos, por ejemplo, Hdt., IX,39,2; 53,1; 54,2, etc.; persas, por ejemplo, Hdt., I,207,6; IV,203,2; IX,16,3, etc.; otros pueblos: Hdt., I,75,4 (lidios); III,11,2 (egipcios); IV,112,1 (escitas); VII,167,1 (cartagineses).

¹³ Hemos preferido mantener la traducción de Schrader, pese a no ser literal, introduciendo eso sí el término griego original.

militar conformado con tropas de origen diverso. En Hdt., IX,17,2 podemos comprobar cómo los griegos medizados forman un campamento propio dentro del ejército persa:

...el caso es que no muchos días después de la llegada de Mardonio a Tebas, se presentaron mil hoplitas focenses a las órdenes de Harmócides, uno de sus ciudadanos más prestigiosos. Y, al llegar también esos efectivos a Tebas, Mardonio les envió unos jinetes con la orden de que se acantonasen en la llanura al margen de los demás. Nada más hacerlo, se les aproximó toda la caballería, de ahí que, a raíz de ello, se propagara, por el campamento de los griegos aliados (διὰ τοῦ στρατοπέδου τοῦ Ἑλληνικοῦ) de los medos, el rumor de que iban a acabar con los focenses a flechazos, rumor que también se propagó entre las filas de estos últimos.

Un poco más adelante, Heródoto se refiere con el término στρατόπεδον al campamento de las fuerzas centrales del ejército persa, por lo que Schrader, cuya traducción estamos aquí empleando, sucumbe a la tentación de interpretarlo como “cuartel general”, lo que es el resultado de un intento lógico de que el lector entienda mejor los desarrollos tácticos que se están narrando. Pero el empleo del vocabulario herodoteo no llega a tal grado de especialización (Hdt., IX,89,3):

[Artabazo] les dijo a los tesalios lo siguiente: Como veis, tesalios, me apresuro a dirigirme a Tracia a marchas forzadas y con arduo empeño, pues, en unión de las tropas que aquí me acompañan, se me ha enviado desde el cuartel general (ἐκ τοῦ στρατοπέδου) a cumplir cierta misión.

Insistimos en que ni la naturaleza del ejército ni su papel en la campaña se ponen de manifiesto directamente y por sí mismo con este término, y que esas diferencias sólo se aprecian como resultado de una atenta reflexión sobre el conjunto del pasaje. Así, también, los contingentes que componen la coalición griega en Platea son todos ellos calificados de la misma manera (Hdt., IX,53,1):

Mientras esos efectivos acampaban en las inmediaciones del Hereo (περὶ τὸ Ἡραίων ἔστρατοπεδεύοντο), Pausanias (que, al verlos abandonar el campamento (ἀπαλλασσομένους ἐκ τοῦ στρατοπέδου), había creído que se dirigían al lugar convenido) ordenó a los lacedemonios que recogiesen, así mismo, sus armas y que marchasen tras los pasos de los aliados que ya habían partido.

Ese sentido es tan genérico que en muchas ocasiones στρατόπεδον también sirve como sustitutivo de “ejército”, aunque con la particularidad de que, mientras en la mayoría de los casos στρατός tiene una connotación de “ejército que combate”, en movimiento, por el contrario στρατόπεδον se refiere más comúnmente al “ejército asentado”, que ocupa un espacio de terreno.¹⁴ Este es el caso, por ejemplo, del pasaje en el que se describen las formaciones de soldados dispuestos para la lucha antes de la batalla de Maratón (Hdt., VI,111,3):

¹⁴ Los ejemplos en los que στρατόπεδον es traducido por la mayor parte de los autores como “ejército” son abundantes, por ejemplo, en I,77,1; I,82,3; III,11,2; V,63,3; V,74,2; V,87,2; IX,100,1; etc. Su traducción como “campamento” es, en esos casos, también perfectamente válida y, en nuestra opinión, es incluso preferible por poseer un sentido más pegado a la literalidad del texto y por expresar un concepto más global de una fuerza armada antigua.

*Y por cierto que, ante la formación que entonces adoptaron los atenienses, en Maratón se dio la siguiente circunstancia: como su frente tenía la misma extensión que el de los medos, el centro del ejército constaba de pocas filas, y constituía el punto más débil del mismo, mientras las dos alas se hallaban profusamente reforzadas.*¹⁵

Pero no siempre es así, y también los στρατόπεδα pueden avanzar y entablar una batalla. Como ejemplo podemos citar el episodio donde se describe la toma de Chipre por los persas. Aquí, el combate sólo se inicia tras la permanencia de ambos ejércitos de tierra y mar durante algún tiempo frente a frente, tras haber recibido ayuda de sus aliados y haber celebrado consejo entre sus generales (Hdt., V,112,1):

... y, poco después, los ejércitos trabaron combate por tierra y por mar (Ταῦτα εἶπε, καὶ μεταυτίκα συνέμισγε τὰ στρατόπεδα πεζῆ καὶ νηυσί).

Pues bien, por mar, los jonios, que ese día se comportaron magníficamente, destacando en especial los samios, se impusieron a los fenicios. Entretanto, por tierra, cuando las tropas (πεζῆ δέ, ὡς συνῆλθον τὰ στρατόπεδα) entraron en acción, se enzarzaron en una batalla cuerpo a cuerpo.

El empleo de στρατόπεδον quiere aquí recalcar que los ejércitos han estado en situación de espera durante un cierto tiempo. No ha sido un ataque por sorpresa, ni fruto de un rápido avance. Por el contrario, ha transcurrido un lapso de tiempo suficiente para que ambos puedan medir las fuerzas, asentados uno frente al otro, en un *impasse* de

¹⁵ Τότε δε τασσομένων τῶν Ἀθηναίων ἐν τῷ Μαραθῶνι ἐγένετο τοιόνδε τι· τὸ στρατόπεδον ἐξισούμενον τῷ Μηδικῷ στρατοπέδῳ, τὸ μὲν αὐτοῦ μέσον ἐγένετο ἐπὶ τάξιαις ὀλίγαις, καὶ ταύτη ἦν ἀσθενέστατον τὸ στρατόπεδον, τὸ δὲ κέραις ἑκάτερον ἔρωτο πλήθει.

espera en el que los contingentes han establecido sus campamentos. Sólo después ambos στρατόπεδα se enzarzan en la lucha (Hdt., V,108-110).

A pesar de esa amplitud semántica de στρατόπεδον, Heródoto no asimila el vocablo a cualquier establecimiento militar. El στρατόπεδον no es el τεῖχος, la base fortificada con funciones de refugio y almacén para la impedimenta, los animales o las tropas en circunstancias de necesidad extrema. Así se pone de manifiesto claramente con el στρατόπεδον persa en Platea, diferenciándose entre el espacio ocupado por la tropa y el fuerte de madera anejo al mismo (Hdt., IX,65,1):

Entretanto, en Platea, al darse a la fuga ante los lacedemonios, los persas huyeron sin orden alguno hacia su campamento y hacia el fuerte de madera (ἐς τὸ στρατόπεδον τὸ ἐωυτῶν καὶ ἐς τὸ τεῖχος τὸ ξύλινον) que habían erigido en territorio tebano.

De esta forma vemos como, el στρατόπεδον es para la tropa, mientras el τεῖχος está pensado para la guarda de los enseres.

Un caso más peculiar, aparentemente, de uso del término lo vemos en Egipto. En el libro dedicado a ese país, Heródoto habla de un barrio de tirios en la ciudad de Menfis, empleando al designarlo el sustantivo que estamos analizando (Hdt., II,112,2):

En los alrededores de ese recinto [recinto sagrado de Proteo en Menfis] habitan fenicios de Tiro y el conjunto de ese lugar se llama «barrio de los tirios» (Τυρίων Στρατόπεδον).

Muy poco más adelante volvemos a encontrar la palabra empleada en el contexto ya mencionado, prácticamente idéntico al anterior, de la colonia de mercenarios griegos en una de las bocas del Nilo. Para cuando el escritor de Halicarnaso pudo haberlos visitado, se encontraban ya completamente abandonados (Hdt., II,154,1):

Por su parte, a los jonios y a los carios que le habían ayudado en su empresa, Psamético les dio, para que se establecieran en ellos (δίδωσι χώρους ἐνοικῆσαι), unos terrenos que están frente por frente los unos de los otros [ya que el Nilo pasa por en medio] y que recibieron el nombre de «Campamentos» (τοῖσι οὐνόματα ἔτεθη Στρατόπεδα). Les dio, pues, esos terrenos (τοὺς χώρους) y les concedió todo cuanto les había prometido.

Los dos ejemplos de establecimientos fijos de población se originan en campamentos militares que se convierten en asentamientos permanentes, pero que mantienen, como ocurre muy frecuentemente, la antigua denominación que denuncia su raíz castrense.¹⁶ Una vez que el establecimiento pierde ese carácter fundamentalmente militar y se constituye como poblamiento permanente en un territorio, entonces Heródoto lo expresa de manera diferente, no haciendo uso del verbo στρατοπεδεύω, sino de οἰκίζω (fundar, colonizar, instalar, establecer).¹⁷ Un pasaje muy ilustrativo sobre esa diferenciación lo encontramos en la historia racionalizada del mito de los escitas y las amazonas, donde se narra cómo se pone fin al conflicto entre ambos pueblos gracias a la aproximación de campamentos, cuando la vecindad conduce a la

¹⁶ (...) *the alien quarter in a town was of the nature of a camp: cfr. HOW-WELLS, vol. I, 1912 [reimpr. 1967], p. 223.*

¹⁷ *Cfr. Hdt., II,154,1-5.* En la historia romana tenemos numerosos ejemplos sobre este proceso de transformación de un asentamiento militar en uno civil, siendo el origen de multitud de ciudades a lo largo de todo el imperio y, especialmente, en las fronteras del mismo.

convivencia, y a través de ella surge la unión estable entre ambos (Hdt., IV,111,2; IV,112,1; 114,1):

Ante ello, estudiaron [los escitas] el caso y decidieron no matarlas en lo sucesivo bajo ningún concepto, sino enviar a su campamento a los soldados más mozos (ἐωυτῶν δὲ τοὺς νεωτάτους ἀποπέμψαι ἐς αὐτάς) con los mismos efectivos con que, según sus cálculos, contaban las amazonas. Los jóvenes debían acampar cerca de ellas (τούτους δὲ στρατοπεδεύεσθαι πλησίον ἐκείνῶν) y hacer lo mismo que hicieran ellas; si los perseguían no debían aceptar el combate, sino darse a la fuga; y cuando pusieran fin a la persecución, los mozos volverían a acampar en las proximidades (πλησίον στρατοπεδεύεσθαι) (...). Pero cada día un campamento se acercaba más y más al otro (προσεχώρειν δὲ πλησιαιτέρω τὸ στρατόπεδον τῷ στρατοπέδῳ ἐπ' ἡμέρῃ ἑκάστη) (...). Posteriormente, acabaron por unir los campamentos y por vivir juntos, teniendo cada cual por mujer a aquella... (μετὰ δὲ συμμείξαντες τὰ στρατόπεδα οἶκεον ὁμοῦ...).

Así, según hemos visto, el στρατόπεδον se define esencialmente por su carácter militar, designando fundamentalmente al conjunto de soldados que conforman el ejército. Su uso más común es para fuerzas asentadas en un territorio, pero también se emplea para ejércitos que combaten. Esos casos son los menos frecuentes, pero resultan muy significativos para la definición del concepto στρατόπεδον. Además, también debemos recordar cómo Heródoto diferencia con claridad éste del τεῖχος, y el acampar la tropa de otras formas de asentamientos de naturaleza o misión civil.

b) Las diversas formas verbales:

Al igual que ocurre con el sustantivo, στρατοπεδεύω es el verbo más empleado por Heródoto para referirse a la acción de acampar o establecer un campamento, detentando un sentido amplio aplicable de forma paralela a como puede hacerse con el sustantivo.¹⁸ Así, por ejemplo, no se aplica únicamente a los ejércitos de tierra. También la flota que llega a Artemisio no se dice sólo que fondea (ὀρμίζω) en la costa, sino que también acampa (στρατοπεδεύω), lo que implica que los soldados descienden de las naves y establecen un campamento en la costa. Lo mismo comprobamos en Hdt., VII,124,1, mientras la flota persa descansa en la desembocadura del río Axio:

La flota (ναυτικὸς στρατὸς), en definitiva, ancló (ἔστρατοπεδεύετο) en ese paraje -en las inmediaciones del río Axio (περὶ Ἄξιον), de la ciudad de Terme y de las localidades situadas entre ambos puntos- y aguardó al monarca.

El empleo de ese verbo se realiza de forma consciente puesto que Heródoto también podía echar mano, y en muchas otras ocasiones así lo hace, de ὀρμίζω (anclar, fondear). Sin embargo, en la mente de nuestro autor ambos conceptos se refieren a acciones diferentes, como podemos comprobar, por ejemplo, en la narración de la llegada de la flota persa a Maratón (Hdt., VI,107,2):¹⁹

¹⁸ Es empleado en veintisiete ocasiones.

¹⁹ También al llegar a Magnesia: Hdt., VII,108,1 y 3.

Acto seguido, a medida que las naves fueron arribando a Maratón, mandó echar anclas (ὄρμιζε) y, cuando los bárbaros hubieron bajado a tierra, les indicó la formación a adoptar (διέτασσε).

Esto no quiere decir que ὄρμιζω sea completamente ajeno al campo semántico de στρατοπεδεύω. De hecho éste es otro término estrechamente ligado con el estacionamiento de ejércitos griegos (entiéndase, claro está, circunscrito a las fuerzas navales).

De forma similar a la relación que existe entre στρατόπεδον y στρατοπεδεύω, junto a ὄρμιζω también encontramos el sustantivo ὄρμος, es decir el puerto donde fondea un ejército, donde establece como su base de operaciones, su campamento, como ocurre en el caso de la costa de Eubea y Áfetos para griegos y persas en la batalla de Artemisio (Hdt., VIII,18,1): *Al retirarse, ambos bandos se apresuraron, jovialmente, a regresar a sus bases (ἐς ὄρμον).*

Pero, además, los verbos que son empleados para referirse a la acción de fondear una flota o de acampar un ejército se multiplican y varían a lo largo de la *Historia* escrita por Heródoto. En cuanto a la primera posibilidad también debemos al menos mencionar el empleo de ἀνακωχεύω (Hdt., VI,116,1) y de ἀνερύω (Hdt., IX,97). En cuanto a la acción de acampar contingentes terrestres, además de στρατοπεδεύω, es bastante frecuente que aparezca el verbo ἵζω, que en la mayor parte de los casos se traduce por “acampar”,²⁰ como se atestigua en la narración del intento de la toma de Cirene por los persas en Hdt., IV,203,2-3:

²⁰ Cfr., Hdt., III,11,1; IV,203,3; VI,5,3; 17,1; 77,1; VIII,52,2; 71; IX,17,2; 26,3.

... y, al llegar ante la ciudad de Cirene, los cireneos, en cabal cumplimiento de cierto oráculo, los dejaron pasar a través de la ciudad (διὰ τοῦ ἄστεος). Pero, mientras el ejército la estaba atravesando, Badres, el jefe de la fuerza naval, sugirió tomar la ciudad, cosa a la que se opuso Amasis, el jefe del ejército de tierra, ya que Barca era la única ciudad griega contra la que habían sido enviados. Con todo, poco después, cuando ya la habían cruzado y estaban instalados sobre la colina de Zeus Liceo (ἰζομένοισι ἐπὶ Διὸς Λυκαίου ὄχθον), se arrepintieron de no haberse apoderado de Cirene, así que trataron de entrar en ella por segunda vez, si bien los cireneos no lo permitieron. Entonces, y a pesar de que no se había librado combate alguno, los persas fueron presa del pánico y huyeron a una distancia de unos sesenta estadios, donde asentaron sus reales (ἰζοντο). Pero, cuando el ejército había establecido su campamento (ἰδρυθέντι δὲ τῷ στρατοπέδῳ) en aquel lugar, compareció un mensajero...

El uso del término es tan genérico que apenas podemos decir nada más para acotar su significado, relacionándose tanto con establecimientos prolongados, más estables, como más efímeros.

En el texto que acabamos de citar aparece otro de los verbos relacionados de manera general con este campo semántico, también de los más usuales en Heródoto: ἰδρύω. Éste se relaciona de la misma manera con ejércitos que acampan, convirtiéndose en sinónimo de στρατοπεδεύω (Hdt., VII,127,1):²¹

²¹ Cfr., Hdt., I,75,4; II,118,2; IV,124,1; 203,3.

Cuando Jerjes llegó a Terme, ordenó a su ejército que acampase allí (ἴδρυσε αὐτοῦ τὴν στρατιήν). Y, al asentar sus reales, sus tropas ocuparon (στρατοπεδεύόμενος) toda la zona costera que se extiende, desde la ciudad de Terme y la Migdonia, hasta los ríos Lidias y Haliacmón, que unen sus caudales en un mismo cauce y que sirven de frontera entre Botiea y Macedónide. Los bárbaros, como digo, acamparon (ἔστρατοπεδεύοντο) en esos parajes; y, de la serie de ríos que he enumerado, el Equidoro, que procede del territorio de los crestoneos, fue el único que no bastó para satisfacer las necesidades del ejército y se secó.

Con un significado un poco más específico podemos referirnos a τάσσω que tiene un sentido de ordenar y distribuir las tropas, pero por eso mismo también puede adquirir el sentido de acampar, en tanto en cuanto que las tropas son ordenadas y distribuidas en un territorio donde paran temporalmente, según está descrito en relación con el campamento tebano en Tanagra (Hdt., IX,15,3):

Su campamento (τὸ στρατόπεδον), por cierto, se extendía a partir de Eritras, y, pasando por Hisias, se prolongaba hasta territorio plateo, hallándose emplazado (τεταγμένον) a lo largo del río Asopo.

El matiz semántico de este verbo hace que Heródoto lo emplee de forma habitual a lo largo de la descripción de la batalla de Platea, con el fin de determinar las diferentes posiciones que ocupan los contingentes durante el duelo táctico de los días previos a la batalla, cuando los ejércitos están continuamente en alerta, sin perder el orden de

combate, ante un posible e inminente inicio de la lucha.²² Curiosamente Heródoto prefiere este verbo a στρατοπεδεύω, quizá por comportar una idea más efímera de asentamiento.

Mucho menos habitual resulta el empleo de προσκαθίζω (Hdt., V,104,3), ἀναμένω (Hdt., VII,42,2) y de ἀυλίζομαι, este último más destacable que los dos verbos anteriores porque preconiza su futuro y abundante empleo en autores como Jenofonte, ya en el siglo IV. Pero aquí todavía se limita su presencia a sólo dos pasajes.²³

c) La expresión ἔθεντο τὰ ὄπλα.

Una expresión peculiar, relativamente frecuente en Heródoto, y que posteriormente veremos profusamente utilizada en Jenofonte, es ἔθεντο τὰ ὄπλα. Sobre ella vamos a detenernos ahora. Es importante resaltar la conexión que existe entre los pasajes que aparecen en Homero y los de Heródoto, que nos van a permitir entender mejor la raíz de su significado y el sentido de su posterior empleo en el siglo IV. En primer lugar acudiremos a la narración de Néstor, en lo que se conoce como épica pilia (Hom., *Il.*, XI,714-732):²⁴

*Y cuando ya habían atravesado la llanura entera, ante nosotros
llegó de noche Atenea como mensajera, corriendo desde el Olimpo
para dar la alarma, y reunió en Pilo a la hueste (κάτα λαὸν ἄγειρεν), que no
sólo*

²² Cfr., Hdt., IX,19,3; 21,1; 25,3; 33,1; 55,1.

²³ Cfr., Hdt., VIII,9,1 y IX,15,2

²⁴ Traducción por CRESPO GÜEMES, 1991.

no mostró desgana, sino gran ansia por combatir.

(...)

Desde allí, equipados con las armas (σὺν τεύχεσι), en masa

llegamos a mediodía al sagrado caudal del Alfeo.

Allí hicimos bellos sacrificios en honor del prepotente Zeus,

así como un toro al Alfeo, otro toro a Posidón

y una vaca de la manada a la ojizarca Atenea.

Tomamos luego la cena en el campamento divididos en grupos

(δóρπον ἔπειθ' ἐλόμεσθα κατὰ στρατὸν ἐν τελέεσσι,)

y nos acostamos, cada uno con sus armas,

(καὶ κατεκοιμήθημεν ἐν ἔντεσιν οἷσιν ἕκαστος)

a ambas orillas del río.

Néstor presenta a un gran contingente terrestre que, llegada la hora de acampar, deja sus armas en el suelo y cada uno junto a ellas descansa esperando el combate del próximo día. No es el único ejemplo. También en el canto X, que ya vimos refleja un campamento de una fuerza terrestre y no naval, podemos encontrar una descripción similar (Hom., *Il.*, X,148-156):²⁵

Así habló, y el muy ingenioso Ulises entró en la tienda (κλισίην),

se echó a la espalda el centelleante escudo (σάκος) y salió tras ellos.

Fueron en busca del Tidida Diomedes y lo encontraron

fuera de la tienda con las armas. Alrededor sus compañeros

(ἐκτὸς ἀπὸ κλισίης σὺν τεύχεσιν. ἀμφὶ δ' ἑτάϊροι)

²⁵ Traducción por CRESPO GÜEMES, 1991.

dormían con los broqueles bajo las cabezas; sus picas

(εὔδον, ὑπὸ κρασὶν δ' ἔχον ἀσπίδας. ἔγχεα δέ σφιν)

estaban enhiestas, clavadas por el cuento, y el bronce brillaba

(ὄρθ' ἐπὶ σαυρωτῆρος ἐλήλατο, τῆλε δὲ χαλκός)

lejos, como el relámpago de Zeus padre. Por su parte, el héroe

dormía sobre la desplegada piel de un montaraz buey

y con una reluciente almohada (τάπης) extendida bajo su cabeza.

Se podría decir que los héroes duermen “en sus armas” o “sobre sus armas”, en una traducción más literal de la expresión citada en Hom., *Il.*, XI,731: καὶ κατεκοιμήθημεν ἐν ἔντεσιν οἷσιν ἕκαστος.

Esta imagen de la épica se continuaba en Heródoto quien, en algunas ocasiones, sustituye el verbo στρατοπεδεύω con la expresión ἔθεντο τὰ ὄπλα. Por ejemplo, resulta muy clarificador su uso en la narración de la campaña espartana contra el Ática (Hdt., V,74,2):

Entonces los atenienses, pese a que se veían atacados por dos frentes, aplazaron para más adelante las medidas a adoptar contra beocios y calcideos, y asentaron sus reales frente a los peloponesios, que se encontraban en Eleusis (ἐν Ἐλευσίνι ἀντία ἔθεντο τὰ ὄπλα). Pero, cuando se disponían a enfrentar a las tropas en el campo de batalla (Μελλόντων δὲ συνάψειν τὰ στρατόπεδα), los corintios se dieron cuenta de que no procedían con arreglo a la justicia y fueron los primeros que cambiaron de opinión y se retiraron.

También durante los movimientos de los ejércitos en Platea (Hdt., IX,52,1):

...y, en el curso de su huida, [los griegos] llegaron al templo de Hera, que se encuentra delante de dicha ciudad, a veinte estadios de distancia de la fuente Gargafía. Y, a su llegada, acamparon delante del templo (ἔθεντο πρὸ τοῦ ἱεροῦ τὰ ὄπλα).

De la misma manera se puede emplear esta expresión para indicar el levantamiento del campamento, según otro pasaje perteneciente a la narración de la batalla de Platea (Hdt., IX,25,2-3):

Acto seguido decidieron [los griegos] bajar (ἐπικαταβῆναι) a Platea, pues en su opinión, la zona de Platea era mucho más idónea que la de Eritras para establecer en ella su campamento (ἐνστρατοπεδεύεσθαι), sobre todo por su mayor abundancia en agua. Decidieron, pues, que había que alcanzar esa zona, llegando hasta la fuente Gargafía -que se encuentra en ella-, y acampar en formación de combate (διαταχθέντας στρατοπεδεύεσθαι); así que recogieron sus armas (ἀναλαμβάνοντες δὲ τὰ ὄπλα) y, bordeando las estribaciones del Citerón, se dirigieron, por las inmediaciones de Hisias, a la región de Platea.

Es decir, la acción en la que cada uno de los soldados coloca sus armas en el suelo se identifica la acción de acampar, quizá como el eco de esa costumbre de los soldados, descrita en Homero, según la cual cada uno utilizaba su escudo para

recostarse al dormir, situando sus armas junto a él. Esta expresión no es la más frecuente, pero tampoco podemos calificarla de extraña dentro del texto herodoteo.²⁶

d) Conclusiones.

Gracias al testimonio de Heródoto hemos podido llegar a concluir que el término στρατόπεδον, el primer vocablo en griego que específicamente designa el campamento militar, debió de originarse como un neologismo entre los mercenarios griegos que luchaban en Asia Menor hacia el s. VIII o principios del VII. Su aparición, en un momento de fuerte influencia oriental sobre Grecia, se debe vincular a la falta de un término griego apropiado del que echar mano para describir los campamentos militares en los que estos soldados de fortuna desarrollarían sus vidas cuando empezaron a entrar al servicio de asirios, persas o egipcio, imperios con imponentes maquinarias bélicas que, a diferencia de lo que ocurría en la Hélade, sí emprendían grandes y prolongadas campañas militares cuyo cotidianidad transcurría en campamentos. No fue, de hecho, el único caso de préstamo lingüístico introducido en Grecia de la mano de aquellos mercenarios contratados por los grandes poderes de Oriente. El sustantivo, mientras, quedó confinado en ese ámbito militar y externo a la Hélade hasta finales del siglo VI o inicios del V, cuando nuestro historiador jonio lo popularizaría gracias a su *Historia* en toda Grecia.

Por lo demás, el vocabulario campamental en Heródoto vemos que no plantea grandes dificultades. El sentido del sustantivo στρατόπεδον es amplio, pero relacionado únicamente con el ámbito castrense. Su significado se vincula directamente con los soldados que componen la fuerza armada y, por eso, en algunos casos podemos

²⁶ Cfr., Hdt., I,62,3; V,78; VII,208,2; IX,46,3; 53,1; 57,1. Mucho menos frecuente, pero con un sentido en su empleo muy próximo a esas expresiones, es el verbo κατατίθημι (Hdt., V,1,2; IX,39,1) y la frase αναζεύξαντας τὸν στρατόν (Hdt., IX,41,2; 58,3). Su uso es sencillo y diáfano, por lo que no requiere más aclaración.

ver como Heródoto emplea στρατόπεδον y no στρατός para referirse a milicias combatiendo. No tiene ninguna connotación en relación con los elementos que configuran el establecimiento militar (es decir, si el campamento posee estructuras defensivas o no, si es la base fundamental de las tropas o no, la nacionalidad o el tamaño del contingente, etc.), de ahí que en algunos casos pueda emplearse como sinónimo de ejército, comprendido éste en su totalidad, es decir, contando los soldados y los no combatientes, así como todos los elementos de intendencia y organización de una fuerza militar. Lo que también es claro, es que se distingue este concepto perfectamente de otros establecimientos militares como el τεῖχος, que sería un lugar fortificado para guardar enseres y refugio de urgencia de las tropas, o de fundaciones civiles de poblamiento, que se relacionan con el verbo οἰκίζω y no con στρατοπεδεύω.

Pero el vocabulario herodoteo en relación con el campamento no se agota ahí, sino que muestra una cierta riqueza, especialmente en el caso de la narración de los continuos movimientos de las tropas durante la batalla de Platea o en la batalla de Maratón. Así se hace uso de ὀρμίζω, ἰδρύω, τάσσω o ἵζω. También destaca la cierta profusión con la que Heródoto emplea la imagen de los soldados dejando sus armas en el suelo para indicar que el ejército acampa, en un uso que tiene un eco y claros precedentes en Homero y que evolucionará hasta cristalizar en la expresión técnica τὰ ὄπλα para referirse al lugar de acampada en las obras de Jenofonte, un militar profesional y auténtico teórico de la milicia y la castrametación.

3. El lugar de establecimiento de los campamentos militares durante el período de las Guerras Médicas.

Esquilo, Heródoto y Diodoro Sículo (reflejo de muchos otros autores anteriores) son nuestras fuentes principales para el período que estamos analizando. Los tres comparten una gran falta de interés y atención por los detalles relacionados con las cuestiones de estrategia y táctica militar. Por eso, los datos que podemos entresacar de ellos en relación con la cuestión de los criterios seguidos para el establecimiento de un campamento por un ejército griego son bastante escasos. Pese a todo, Heródoto siempre se va a revelar como una importante y valiosa fuente.

Para el caso del ejército persa, el escritor de Halicarnaso se limita a ir marcando las diferentes escalas de las campañas militares nombrando los ríos, lagos o ciudades por donde pasa o se detiene el contingente de infantería y la flota (Hdt., VII,26,3):

Tras haber franqueado el río Halis, los expedicionarios penetraron en Frigia y avanzaron por dicha región llegando a Celenas, en donde manan las fuentes del río Meandro.

Hemos de suponer que cada una de estas localizaciones se corresponde con un lugar de parada y descanso de los ejércitos, es decir, con un lugar de acampada más o menos prolongado. Un poco más adelante también podemos leer un pasaje semejante (Hdt., VII,30,1):

Jerjes prosiguió su avance. Pasó, entonces, por los alrededores de una ciudad de Frigia, denominada Anava, y de un lago del que se extrae sal, y llegó a

Colosas, una importante ciudad de Frigia. (...) Partiendo de Colosas, el ejército llegó (ὁ στρατὸς ὀρμώμενος) a la ciudad de Cídrara, en la frontera entre Frigia y Lidia.

Tales indicaciones son una constante en gran parte del trabajo de Heródoto y nos muestran, en primer lugar, que las fuentes de las que parte fueron algún tipo de periplo recogido durante las campañas persas a las que, de forma más o menos directa, pudo tener acceso. Responden, además, a la lógica preocupación por la logística que mostraron los jefes persas. Las campañas contra Grecia, dadas las distancias geográficas que se debían cubrir y el tamaño del ejército que se debía poner en movimiento, llevaban a que la cuestión de la intendencia, tanto de víveres como de agua, fueran fundamentales a la hora de elegir rutas y lugares de parada del ejército. Y de eso parece ser plenamente consciente Heródoto. La innovación no es pequeña, si tenemos en cuenta la completa ausencia de tales problemáticas en Homero.

Pero Heródoto no fue el primero en tomar conciencia de su importancia. El decisivo papel que jugó este aspecto en la derrota final de los medos debió de quedar ya claramente impreso en el ánimo de los griegos que vivieron la campaña de Darío contra Grecia. El primero de entre ellos, Esquilo, como al menos parece poner de manifiesto en su obra *Los Persas*. Allí podemos leer como, al llegar la noticia de la derrota en Salamina a la corte, la Sombra de Darío se aparece en palacio invocada por la gran tristeza que sacude la capital del Imperio y, una vez enterado de la noticia, recuerda a los presentes la imposibilidad de vencer en tierra griega debido a una simple cuestión logística (A., *Persae*, 790-794):

Sombra de Darío: Si no hicierais campañas dirigidas a las regiones griegas, aunque el ejército medo fuera mayor todavía, porque tienen por aliada a su propia tierra.

Corifeo: ¿Cómo es eso que has dicho? ¿De qué manera es su aliada?

*Sombra de Darío: Matando de hambre a quienes constituyen un número demasiado excesivo.*²⁴

Al igual que Esquilo, Heródoto también está convencido de la trascendencia del problema, y por eso en su obra se profundiza sobre ese aspecto de las campañas persas. Las menciones se multiplican, así como las explicaciones sobre cuestiones que atañen directa o indirectamente a la logística.²⁵ Es natural, por tanto, que se ocupe en citar cuidadosamente el movimiento de las tropas persas desde Asia hasta Grecia, siguiendo rutas en las cuales había emplazado de antemano depósitos de víveres, donde existen ciudades y ríos junto a los cuales descansar, y donde el ejército podía avituallarse de comida y agua. Este es un aspecto que constantemente subrayaré a lo largo de todo el trayecto de las fuerzas persas. Prueba de la dependencia que los persas mantenían con respecto a la logística es Hdt., VIII,22,1:

²⁴ Traducción PEREA MORALES, 1986.

²⁵ *Cfr.*, por ejemplo, Hdt., III,9 (establecimientos de depósitos de agua a lo largo del desierto entre Gaza y Egipto por los persas para llevar a cabo la campaña contra los etíopes, a la vez que se emplean camellos para portar odres con el agua); III,25,1-2 (Cambises, en su locura, marcha contra los etíopes sin haber ordenado ningún preparativo de víveres, fracasando la campaña); III,25,4-7 (al ejército de Cambises se le acaban los víveres y el alimento de las bestias de carga durante la campaña militar); III,136,1 (los persas trazan planos de las costas griegas para preparar la futura campaña, donde se anotarían los lugares para poder fondear y hacer provisión de agua); III,150,2 (los babilonios se sublevan contra Darío y matan a todas las mujeres menos a una por soldado para evitar el exceso de consumo de víveres); IV,122,1 (los escitas practican una táctica de tierra quemada venciendo así al ejército de Darío que no encuentra dónde abastecerse de víveres); IV,128,2 (los escitas atacan a los persas mientras éstos salen a buscar víveres por el territorio); IV,130 (los persas tienen que robar el ganado a los escitas para poder sobrevivir); IV,134,1 (el hambre sacude a las tropas persas en tierra escita); IV,134,3-136,1 (éxito de la táctica de tierra quemada escita); IV,140,3 (los escitas persiguen a los persas siguiendo las rutas por donde se puede encontrar agua y forraje); V,49 (Aristágoras presenta a Cleómenes un mapa de toda la tierra para mostrarle la extensión y riquezas del imperio persa contra el que debían de luchar); VII,187,2 (medida de las raciones diarias de los soldados del ejército persa); VIII,68,2 (la falta de víveres de los griegos que se encuentran en Salamina supone un elemento favorable a los persas para lograr la rendición sin luchar).

Entonces Temístocles escogió las naves atenienses más veleras y recorrió los lugares donde había agua potable, haciendo grabar en las piedras unas inscripciones que pudieron leer los jonios cuando, al día siguiente, arribaron al Artemisio.

Temístocles probablemente hace grabar esos mensajes en piedras que jalonaban los pozos y manantiales, pretendiendo que fuesen leídas por los contingentes de griegos jonios que acompañaban al ejército persa.²⁶

Como elemento menor pero muy significativo podemos subrayar que Heródoto repite una misma fórmula para ir marcando las diversas estaciones a lo largo de la marcha de los medos hacia Grecia, evidenciando la dependencia de los medos de fuentes y ríos, mientras magnifica las dimensiones de la fuerza militar enviada a subyugar a Grecia (Hdt., VII,58,3):²⁷ *...y cruzó el río Melas, cuyo caudal se agotó, sin que en aquellos momentos bastara para las necesidades de las tropas (τῆ στρατιῆ).*

Esta fórmula la copiará un siglo más tarde Jenofonte con el mismo objetivo en su narración de la campaña del ejército de Ciro el Joven, en la que él mismo participó.

Que el mantenimiento de las líneas de aprovisionamiento era una preocupación fundamental en la toma de decisiones de Jerjes, se puede comprobar de forma sencilla, por ejemplo, cuando el rey decide la precipitada huida de gran parte de su ejército y el regreso a Persia tras la debacle en Salamina, intentando así adelantarse a la posibilidad de que los griegos destruyan los puentes sobre el Helesponto, y con ello vieran cortadas sus vías de suministro y de retirada (Hdt., VIII,97). En tal coyuntura, el ejército sufriría

²⁶ SCHRADER, 1989, n. 113, p. 48.

²⁷ La misma fórmula o similar la encontramos repetida en Hdt., VII,108,2; 109,2; 127,1.



Campamento circular asirio (s. IX), BARNETT, 1975

Los campamentos asirios eran circulares, fortificados y con una sola entrada. Estructuras muy similares debieron de ver los griegos que lucharon contra los medos en tierras helenas. En la representación se destaca una tienda de campaña, la del jefe militar.

una durísima prueba debido a la falta de víveres, estando en riesgo de padecer, por tanto, un descalabro militar aún mayor. Quizá fue esta una de las circunstancias que quedaron fijas en la mente de los griegos y que enseñó a Heródoto la importancia de la logística para la guerra (Hdt., VIII,115,2-3):

En el curso de su avance, fuera cual fuese el lugar en que se hallaran y el pueblo con que se encontrasen, los soldados [persas], para alimentarse, se

apoderaban de sus productos agrícolas; y, si no daban con producto alguno, cogían la hierba que crece en el campo, o arrancaban la corteza o las hojas de los árboles -tanto de los frutales como de los silvestres-, y lo devoraban todo, sin dejar nada de nada, pues el hambre los obligaba a hacerlo. Además, una epidemia que se declaró en el ejército (τὸν στρατὸν),²⁸ unida a la disentería, iba diezmado a las tropas por el camino. Jerjes también dejaba tras de sí a los soldados enfermos, ordenando a las ciudades por las que iba pasando en su retirada que los cuidaran y los alimentasen.

Otro claro ejemplo lo podemos ver cuando Artabazo en Platea decide trasladar la posición del ejército en la llanura, y acampar junto a los muros de Tebas para garantizar una base de suministros a sus hombres (Hdt., IX,41,2):

Según Artabazo, había que levantar cuanto antes el campamento (ἀναζεύξαντας τὸν στρατὸν), a fin de que todas las tropas se dirigieran al recinto amurallado (τείχος) de Tebas (donde se habían introducido abundantes víveres [σίτων] para los hombres, así como forraje para las bestias de carga [χόρτον τοῖσι ὑποζυγίοισι]).

²⁸ Probablemente la enfermedad que aquí se menciona sea la disentería bacilar o sigelosis, que aparece sobre todo en otoño y afecta a aglomeraciones humanas que viven en condiciones de hacinamiento, suciedad e hipoalimentación. Sobre su tratamiento en la Antigüedad, *cfr.* Celso, *De med.*, IV,22. *Cfr.* Schrader, 1989, n. 592, p. 189. La elección de los lugares de acampada también era importante desde un punto de vista sanitario, evitándose largas permanencias en un mismo lugar para impedir la aparición de enfermedades. Además, era importante que las fuentes de agua no estuvieran contaminadas, cosa que no siempre se podía conocer de antemano. Eso mismo les ocurre a los griegos que se quedan custodiando el Helesponto durante la campaña de Jerjes en tierras helenas. Hdt., VIII,117,2: *Mientras permanecían detenidos (κατεχόμενοι) en aquella zona, contaron con más víveres que durante el viaje, pero, por atiborrarse sin moderación alguna, además de por cambiar de aguas, muchos soldados de lo que quedaba del ejército (τοῦ στρατοῦ) encontraron la muerte.*

La idea que subyace en este texto no es que los soldados deban buscar refugio dentro del recinto amurallado de la ciudad, sino que el ejército debe asentarse cerca de la ciudad de Tebas, donde pueden disponer de víveres suficientes para continuar afrontando el largo *impasse* de la batalla de Platea.²⁹

Esa táctica del establecimiento del ejército junto a depósitos de víveres que sirvan, además, de lugares de refugio, no es nueva. Así lo indica Heródoto en algunas ocasiones en que los persas construyen recintos fortificados junto a sus zonas de acampada, que se establecen como almacenes para la intendencia y como lugar último de refugio de las tropas.³⁰ Estos serían los casos del fortín persa en Dorisco (Hdt., VII,59), el de la flota persa en Mícala (Hdt., IX,96-97; D.S., XI,34,3) o el de Escolio en territorio tebano (Hdt., IX,15).³¹

Otra solución posible para el problema del abastecimiento del ejército de los persas era acampar en la proximidad de ciudades o aldeas. El temor que suscitaba entre los vecinos prevenía cualquier forma de resistencia frente a los requerimientos del rey para servir a sus tropas. Lo que ya no resultaba tan habitual era la colaboración espontánea y de buen grado con el invasor (Hdt., VII,29,1):

Jerjes (...) le respondió: Amigo lidio, desde que abandoné Persia, yo no me he topado hasta la fecha con nadie, salvo tú, que quisiera ofrecer dones de hospitalidad a mi ejército o que compareciera espontáneamente ante mí, dispuesto a contribuir con dinero a mi campaña. Tú, en cambio, no sólo has

²⁹ SCHRADER, 1989, n. 262, p. 326; HOW-WELLS, vol. II, 1912 (reimpr. 1998), p. 306.

³⁰ Tan familiar le resulta a Heródoto esa práctica que no le extraña ni recela cuando recibe la información de que Darío había dejado a medio terminar ocho fortines (τείχεα) tras su breve parada en Olbia, junto al río Oaro (*cf.* Hdt., IV,124,1-2), fortines que probablemente se identifiquen con túmulos prehistóricos, pero que posteriormente la población local asoció con construcciones de los persas: *cf.* HOW-WELLS, vol. I, Oxford 1912 [reimpr. 1967], p. 342.

³¹ *Cfr.* D.S., XI,30,1; 31,3.

acogido espléndidamente a mis tropas, sino que me ofreces elevadas sumas de dinero.

Voluntaria o involuntariamente, el paso del gran ejército de Jerjes dejaba exhaustos a los habitantes de las localidades (Hdt., VII,118,1):

Por otra parte, los griegos que hospedaban a las tropas (οἱ δὲ ὑποδεκόμενοι), y que agasajaban a Jerjes con banquetes, quedaban sumidos en una completa miseria, hasta el extremo de que se veían prácticamente en la calle; por ejemplo, cuando los tasioi albergaron y agasajaron a las tropas de Jerjes debido a las ciudades que poseían en el continente, Antípatro, hijo de Orgeo, un hombre que, entre sus conciudadanos, gozaba de tanto prestigio como el que más, y que había sido elegido para tal menester, les demostró que los gastos del banquete habían ascendido a cuatrocientos talentos de plata.

Todo eso hacía necesario el movimiento continuado del ejército en un plan de acción muy bien pensado y trazado por los intendentes y organizadores de la logística de Jerjes.

En cuanto a la fuerza naval de los persas, las posibilidades de elección de puerto donde arribar las naves eran escasas. En lo posible se habría de buscar un lugar donde varar juntos todos los barcos. Evidentemente, un requisito previo sería que el lugar también permitiera hacer acopio de víveres o, al menos, que dispusiera de fuentes de agua suficientes para la flota. Un emplazamiento con tantos condicionamientos no era fácil de hallar, lo que obligó a Jerjes a arriesgar en el aspecto táctico para asegurar la

estrategia marcada para la campaña. Esto fue causa fundamental de algunos de los más sonados desastres persas, como el de Artemisión.

Pero lo que más nos importa ahora es subrayar cómo Heródoto supo reflexionar sobre tales problemas, y así lo pone en boca de Artábano, consejero de Jerjes (Hdt., VII,49,1):

Entonces, Artábano le respondió (...): Pues esos dos inconvenientes son la tierra y el mar: En efecto, según mis cálculos, no hay en el mar un puerto (λιμὴν) lo suficientemente grande como para albergar, si se levanta una tempestad, a esa flota que has reunido y garantizar la seguridad de tus naves, y, por otra parte, a lo largo de todas las tierras que vayas costeando, no ha de haber un sólo puerto de esas características, sino muchos. Por consiguiente, como no vas a disponer de puertos apropiados para fondear, ten en cuenta que son los avatares del destino los que se imponen a los hombres, y no los hombres a los avatares del destino.

El destino predicho por Artábano se cumplirá en las difíciles costas de Magnesia, donde la flota persa, sin buenos fondeaderos a los que acogerse, se verá diezmada por una gran tormenta (Hdt., VII,188,1 y 3):

Como decía, después de hacerse a la mar, la fuerza naval (ναυτικὸς στρατὸς) proseguía su singladura y, cuando arribó (κατέσχεε) a la costa de Magnesia comprendida entre las ciudades de Castanea y el cabo Sepiade, las naves que llegaron en primer término como es natural fondearon arrimadas (ὄρμεον) a la orilla, mientras que las demás anclaron (ἀγκυρέων) a

continuación de aquellas (pues, como la playa no era amplia, tuvieron que fondear (ὄρμεον) de ocho en fondo, con sus proas orientadas a mar abierto). (...) Pues bien, todos aquellos que se percataron de que la fuerza del viento iba en aumento, y estaban fondeados (ὄρμου) en una posición que se lo permitía, sacaron a tierra sus naves (ἀνασπίασαντες) antes de que se desencadenase el temporal, con lo que tanto ellos como sus naves quedaron a salvo. Pero por lo que se refiere a todos aquellos navíos a los que la tempestad sorprendió en el mar, el viento arrastró a unos a la zona de Pelión...

Gracias a estos textos queda claro que Heródoto fue capaz de descubrir la trascendencia que para la suerte final de la campaña tuvo la elección del lugar de acampada, yendo más allá de la mera advertencia general de Esquilo sobre la importancia de la logística en una campaña en tierras griegas.

Aunque no sea lo más habitual, en algunas ocasiones Heródoto describe algunos elementos de la topografía del lugar de acampada, lo que permite explicar la razón de tal elección, al margen de los elementos relacionados con la logística. Un ejemplo es el caso del campamento persa en Maratón, cuyo emplazamiento fue seleccionado por Hippias, y en el que vemos detalladas las ventajas tácticas y estratégicas de esa elección (Hdt., VI,102,1; 107,2-3):

Y como Maratón era la zona del Ática más apropiada para emplear la caballería y la más próxima a Eretría, allí los condujo Hippias, el hijo de Pisístrato. (...)

Acto seguido, a medida que las naves fueron arribando a Maratón, mandó echar anclas (ὄρμιζε) y, cuando los bárbaros hubieron bajado a tierra, les indicó la formación a adoptar (διέτασσε).

En este caso no se menciona la proximidad de fuentes de agua y de lugares para la obtención de víveres. Ese aspecto se da por supuesto y, en cambio, se subrayan las ventajas tácticas perseguidas.³² Curiosamente, los factores señalados por Heródoto no tendrán importancia durante el desarrollo de la batalla, puesto que la caballería desaparece y, sin embargo, la zona pantanosa que no menciona Heródoto, o también la existencia o no de cauces de agua que corran a lo largo de la llanura, sí que serán factores fundamentales ignorados en su narración. En todo caso, lo que interesa es comprobar cómo sí existe también aquí una reflexión sobre la importancia que los elementos tácticos tienen en la decisión sobre el lugar de instalación de un campamento, aunque en general el análisis se detiene más sobre cuestiones de logística que de táctica.³³

La situación en el bando griego es bastante diferente a lo que hemos visto para los persas. Los griegos no se hayan tan limitados por la necesidad de asegurar los víveres. Ellos se encuentran en su propio territorio, la duración de las campañas es mucho más corta, y las fuentes y lugares para el avituallamiento están siempre próximas. Tan sólo el acceso al agua puede constituir un problema. Por esa razón, la decisión sobre los lugares de acampada puede responder más a cuestiones de táctica que de logística.

³² Para un estudio más detallado, ver nuestra reconstrucción de la batalla recogida en el Apéndice de este estudio.

³³ Otro ejemplo que se podría citar lo encontramos durante la campaña de Darío contra Libia: Hdt., IV,203,2-3.

Lo más habitual es que Heródoto localice los campamentos indicando elementos relevantes próximos como ciudades,³⁴ templos,³⁵ ríos³⁶ o simplemente señalando que acamparon frente a la posición del enemigo.³⁷ En muy pocas ocasiones nos proporciona otros datos que permitan una localización más concreta del campamento en la topografía, o que posibilite entender los criterios tácticos que determinaban la elección de cada posición, así como discernir cuáles eran los principios en la selección de los lugares de acampada y, de ser así, cuáles eran éstos.

Uno de esos pocos casos en los que se nos proporcionan más datos es en las Termópilas. Allí los griegos se sitúan junto al muro focense, que reconstruyen, como medio para mejorar las defensas, a la vez que disponían en las proximidades de una ciudad de la que aprovisionarse (Hdt., VII,176,5).³⁸

Como digo, el muro (τείχος) primitivo había sido construido hacía mucho tiempo y, en su mayor parte, se hallaba ya derruido por el paso de los años; no obstante, los griegos decidieron reconstruirlo a fin de rechazar en ese paraje al bárbaro y obligarlo a abandonar Grecia. Además, muy cerca de la ruta hay una aldea, cuyo nombre es Alpeno; y los griegos tenían pensado abastecerse en ella (ἐπισιτεῖσθαι).

Aunque los datos que nos proporciona el escritor de Halicarnaso no sean muchos, al menos dejan claro que los generales griegos tenían en cuenta las

³⁴ Hdt., I,62,1; 76,1; 76,3; V,63,3; 74,2; VI,77,1; 95,1; IX,114,1.

³⁵ Hdt., I,62,3; VI,116,1; IX,25; 52,1; 53,1; 57,2; 69,1; 96,1.

³⁶ Hdt., I,75,3; IX,57,1.

³⁷ Hdt., I,76,3; V,74,2; VI,77,1; IX,19,21; 26,3.

³⁸ Ver también, Hdt., VII,207-209.

consideraciones tanto tácticas como logísticas a la hora de situar un campamento. Sin embargo, entre las primeras, la existencia de un muro no sabemos hasta qué punto era tenido en cuenta como un factor defensivo. Muros aparecen probablemente cerca de los campamentos cuando se nos indica que los griegos acampan en el *τέμενος* de un templo, como ocurre también en Maratón y en la mayor parte de las batallas descritas en Heródoto.³⁹

Pero también es posible que la mención de templos sólo tenga sentido como solución para situar en un punto fijo y conocido de la topografía los movimientos de los ejércitos y las batallas. Sobre toda esta cuestión trataremos con mayor profundidad un poco más adelante, en el apartado dedicado a las estructuras defensivas del campamento.

En el caso de la batalla de Platea, Heródoto se extiende algo más en sus descripciones sobre los lugares en los que los griegos se van instalando y las razones que explican algunos de esos movimientos. Nada más llegar a orillas del Asopo, los lacedemonios deciden situarse al pie del Citerón, es decir, frente a los bárbaros y en pendiente (Hdt., IX,19,2). Heródoto no nos aclara más, aunque es evidente que los generales lacedemonios buscaban con ello la mejor posición para una inminente batalla. Por eso se sitúan frente a sus enemigos, en una cierta altura, que les diera una importantísima ventaja a la hora de producirse el choque entre las formaciones militares. Mardonio lo sabía, y por eso decidirá evitar entonces el combate.

Como la lucha definitiva se demoraba, los generales griegos tuvieron que tomar la decisión de mover el campamento a un lugar mejor provisto de agua y víveres. Heródoto nos lo explica (Hdt., IX,25,2-3):

³⁹ Templo de Heracles: Hdt., VI,108,1: *τεταγμένοισι ἐν τεμένει*. Cfr. KRENTZ, 2007, pp. 162-163. La acampada en recintos sagrados tenía la ventaja adicional de contar con abundantes fuentes de agua. Para la batalla de Maratón, ver Apéndice.

Acto seguido decidieron bajar (ἐπικαταβῆναι) a Platea, pues en su opinión, la zona de Platea era mucho más idónea que la de Eritras para establecer en ella su campamento (ἐνστρατοπεδεύεσθαι), sobre todo por su mayor abundancia en agua (εὐρύτερος). Decidieron, pues, que había que alcanzar esa zona, llegando hasta la fuente Gargafia -que se encuentra en ella-, y acampar en formación de combate (διαταχθέντας στρατοπεδεύεσθαι); así que recogieron sus armas (ἀναλαμβάνοντες δὲ τὰ ὄπλα) y, bordeando las estribaciones del Citerón, se dirigieron, por las inmediaciones de Hisias, a la región de Platea. Y, a su llegada, formaron por naciones (ἐτάσσοντο κατὰ ἔθνεα), cerca de la fuente Gargafia y del recinto del héroe Andrócrates, (τοῦ τεμένου τοῦ Ἀνδροκράτους) en un terreno llano jalonado por unas colinas de escasa altura.

De nuevo se repiten los elementos esenciales y lógicos de disponibilidad de agua, quizá también la presencia de algún muro en el que apoyar la defensa del campamento, y cercanía de colinas que puedan favorecer al propio bando en caso de batalla campal. El lugar, además, permitía mantener abierta una ruta de aprovisionamiento de víveres mediante una caravana que cruzará de noche las líneas y que facilitaría a los griegos poder resistir en esa posición el tiempo que hiciera falta (Hdt., IX,39), aunque tácticamente su situación fuera más desventajosa, por ser más vulnerables a los ataques de la caballería y de la infantería ligera persa (Hdt., IX,51,3). Heródoto presenta la batalla de Platea como una lucha táctica por cortar las fuentes logísticas del contrario y mantener a salvo las propias con el fin de obligar al enemigo a

tener que iniciar el enfrentamiento en un terreno desfavorable o iniciar una huida que resultaría desastrosa.

Los primeros en actuar al final serán los persas, cuando consiguen interrumpir la llegada de víveres al campamento griego e impidan el acceso de los soldados a la fuente Gargafia (Hdt., IX,39; 49,2). Por esa razón los generales se verán obligados a volver a cambiar la posición de su campamento en un intento de mantener en lo posible las ventajas tácticas y, a la vez, asegurar agua y víveres (Hdt., IX,51,1). El repliegue tuvo lugar de noche (Hdt., IX,51,3):

A ese paraje, pues, fue al que proyectaron trasladarse (μεταναστήναι), para poder disponer de agua en abundancia y para que los jinetes no les causaran bajas, como ocurría cuando se encontraban a tiro. Y decidieron replegarse justo cuando montara guardia el segundo turno de noche, a fin de evitar que los persas advirtieran su partida.

De nuevo el campamento se localiza junto a un templo, esta vez el de Hera, donde se disponían de manantiales seguros (Hdt., IX,52,1; 57,1-2).

La lectura del desarrollo de la batalla de Platea resulta de enorme interés. En ella juega un papel esencial y se pone claramente de relieve cómo los generales griegos y persas conocen la importancia de una adecuada decisión en este ámbito de la táctica.

Como fuente complementaria, debemos señalar que en Diodoro Sículo hay pocas menciones al lugar de acampada de los ejércitos. En general se ratifican los principios que hemos visto subrayados en Heródoto. Así, en 491 a.C., tras la victoria de Hipócrates, tirano de Gela, en la batalla de Heloro contra los cartagineses, localiza el

campamento de los griegos en el templo de Zeus (D.S., X,28).⁴⁰ No precisa ni comenta la razón o las ventajas que suponen para el ejército esa posición, pero ya vemos que sigue en la línea de lo presentado por el escritor de Halicarnaso. Sí analiza, sin embargo, la desventaja que para los persas supuso el que su flota no pudiera fondear en un solo puerto en la batalla de Artemisión (D.S., XI,12,5), no por el peligro de tormentas, como hemos leído en la *Historia* de Heródoto, sino por las dificultades que planteaba a los persas la dispersión de su flota para enfrentarse después en batalla naval a los griegos.

También encontramos un ejemplo de la importancia con la que los ejércitos han de asegurar el abastecimiento de los soldados y del campamento. En D.S., XI,20,3-5, los cartagineses sitúan su base en un punto próximo al mar y lo fortifican para asegurar la llegada de suministros desde la costa hasta allí.⁴¹

Cuando llegó [Amilcar] a las cercanías de dicha ciudad [Hímera], estableció dos campamentos, uno para el ejército de tierra y otro para las tripulaciones de las naves. Tras poner en seco todas las naves de guerra, las rodeó con un profundo foso y una empalizada (τάφρω βαθεία καὶ τείχει ξυλίνῳ περιέλαβε); fortificó el campamento de las tropas de tierra (τῶν πεζῶν παρεμπολήν), instalándolo enfrente de la ciudad y extendiéndolo desde el muro que protegía la flota hasta las alturas que dominaban el lugar. En suma, ocupó toda la zona situada al oeste de la ciudad, después de lo cual hizo descargar de los barcos de transporte todos los víveres (τὴν μὲν ἀγορὰν ἅπασαν ἐκ τῶν φορτίδων νεῶν ἐξείλετο) y despachó a

⁴⁰ D.S., X,28: κατεστρατοπέδευσεν εἰς τὸ τοῦ Διὸς ἱερόν.

⁴¹ Traducción por OLDFATHER, 1961.

*toda prisa estas embarcaciones con la orden de traer grano y otras provisiones (σίτον καὶ τὴν ἄλλην ἀγορὰν κομίζειν) de Libia y Cerdeña.*⁴²

Asimismo aparecen descritos ejemplos de cómo una mala organización del aspecto logístico de una aventura militar puede conducir a la derrota y la rendición sin posibilidad de lucha. Así les sucederá a los cartagineses supervivientes de la batalla frente a los siracusanos, que buscarán defensa en una colina sin posibilidad de acceder a ninguna fuente ni curso de agua (D.S., XI,22,4):

*Los supervivientes consiguieron refugiarse en un lugar fortificado y al principio pudieron rechazar los asaltos, pero aquel lugar que habían ocupado no tenía agua y, atormentados por la sed, se vieron forzados a entregarse a los vencedores.*⁴³

De mayor interés resulta la descripción que Diodoro nos da acerca de la segunda posición ocupada por los griegos en Platea tras su primer encuentro victorioso con la caballería persa. Heródoto había explicado que el movimiento del campamento se debió a la necesidad de encontrar una posición donde hubiera una mayor abundancia de agua (Hdt., IX,25), es decir, por razones logísticas. Sin embargo, para Diodoro Sículo el traslado tendrá su fundamento en la búsqueda de una mejor posición táctica para asegurar una victoria definitiva frente a Mardonio en el siguiente enfrentamiento (D.S., XI,30,4-5):

⁴² Traducción de TORRES ESBARRANCH, 2006.

⁴³ Traducción de TORRES ESBARRANCH, 2006.

*Así pues los griegos, habiéndose mostrado netamente superiores en lo que podría considerarse una especie de prelude, alimentaron la esperanza de obtener una victoria decisiva; después de este encuentro abandonaron la falda de la montaña y trasladaron su campamento a otro lugar más favorable para una victoria completa. Tenían a su derecha una colina elevada y a su izquierda el río Asopo; su campamento ocupó el espacio intermedio, fortificado naturalmente gracias a la seguridad que el propio lugar ofrecía.*⁴⁴

Este texto es de enorme interés, en primer lugar porque sustituye la causalidad logística por otra de carácter primordialmente táctico. Eso supone que los generales griegos, según la imagen que nos propone Diodoro, adjudicaban más importancia a las cuestiones tácticas de lo que podría desprenderse de la simple lectura de la obra de Heródoto. Pero, además, este texto recuerda inmediatamente el juicio que Polibio, VI,42,2, hace de la forma de acampar griega, según el cual los griegos buscaban primordialmente la protección de los accidentes del terreno para defender su campamento a la hora de elegir los lugares de establecimiento de los soldados y evitarse así las labores de atrincheramiento.

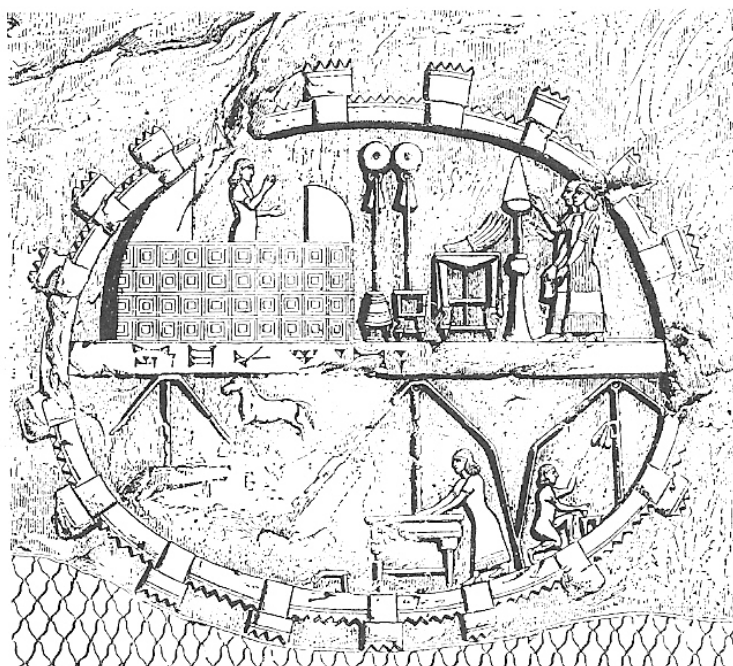
A través de los testimonios analizados podemos concluir, en primer lugar, que las campañas persas contra Grecia hicieron patente a los escritores griegos la importancia de la logística para la comprensión de los resultados obtenidos por cada bando. Hemos visto cómo, al menos desde Esquilo, el mundo griego tomó conciencia de la necesidad de tener que considerar de forma muy atenta esos condicionamientos que se reflejaban habitualmente en los puntos en los que se localizan los campamentos.

⁴⁴ ...τὸν δ' ἀνὰ μέσον τόπον ἐπέιχεν ἡ στρατοπεδεία, πεφραγμένη τῇ φύσει καὶ ταῖς τῶν τόπων ἀσφαλείας. La traducción empleada es obra de TORRES ESBARRANCH, 2006.

La buena o mala elección de rutas y, por tanto, de posibles puntos para acampar o para fondear una flota, podían determinar el éxito o el fracaso de toda una gran campaña. Esa conciencia parece que está presente de forma clara en Heródoto según podemos comprobar en el momento de explicar episodios como Artemisión o batallas como la de Platea. La logística es esencial y en ella se pone un gran énfasis como elemento de análisis, y eso pese a las carencias que de forma general muestra como historiador militar. En este marco, el encuentro greco-persa en Platea debe ser subrayado y presentado como un episodio principal de esa nueva conciencia militar que resalta los aspectos logísticos y campamentales.

4. Forma y estructuración interna del campamento militar griego durante el periodo de las Guerras Médicas.

No hay ni en Esquilo, ni en Heródoto, ni en los capítulos dedicados a este periodo en Diodoro Sículo, ninguna referencia útil sobre la forma de los campamentos griegos. De ello, se podría concluir que lo más probable es que no existiera una forma regular en las acampadas, aunque también podría deducirse lo contrario; es decir, que por tener siempre una forma regular el historiador no se detiene en ofrecer detalles sobre algo universalmente sabido. De ahí que, en esta cuestión, la decisión más acertada sea dejar en suspenso cualquier juicio.



Campamento ovalado de Sargón II de Asiria (s. VIII), YADIN, 1963, p. 292

Este campamento fortificado está recorrido por una calle central, lo que indica una cierta organización del espacio interno. También se observa el lujo con el que los jefes militares podían vivir en campaña (parte superior) y la mayor austeridad de los soldados (parte inferior). Las tiendas son estructuras sencillas, probablemente de lona, sostenidas por palos y tirantes agarrados al suelo con estacas, como en las modernas tiendas de campañas. También se puede apreciar como los animales se encuentran atados, junto a las tiendas de los soldados.

Sobre la estructura interna del campamento tampoco disponemos apenas de datos fiables. La falta de interés que las fuentes muestran sobre la vida cotidiana de los ejércitos, difícilmente permite tener unas pocas certezas y establecer algunas hipótesis, fundadas exclusivamente en la práctica militar de periodos anteriores y posteriores.

Lo que primero destaca, y sobre lo que sí que tenemos seguridad y abundantes ejemplos, es que los diversos contingentes que conforman un ejército acampan separados entre sí. No hay ningún ejemplo de contingentes de diversa procedencia que se establezcan mezclados, ni entre las fuerzas griegas, ni entre bárbaros. Así, durante la batalla de Platea los soldados de las distintas ciudades griegas forman contingentes y campamentos diferenciados y sencillamente identificables. Eso, al menos, parece desprenderse de textos como Hdt., IX,48,1, pasaje perteneciente a los preámbulos de la batalla de Platea, cuando Mardonio envía un heraldo con ánimo de provocar a los espartanos, obligándoles a presentar combate y así dividir a los griegos:

Una vez que unos y otros se hubieron situado en sus primitivas posiciones (ἐς τὰς ἀρχαίας τάξεις), Mardonio envió un heraldo a los espartiatas y les dijo lo siguiente.

También de forma clara podemos comprobar ese principio básico organizativo en otro pasaje, correspondiente a ese mismo episodio, donde Heródoto se refiere explícitamente a cómo los tegeatas constituían un campamento propio de 500 hoplitas (Hdt., IX,78,1).⁴⁵

Esa forma de asentarse en campamentos separados también parecen respetarla los griegos aliados de los medos, según podemos leer en Hdt., IX,17,2:

⁴⁵ *Por cierto que en Platea, en el contingente egineta (ἐν τῷ στρατοπέδῳ τῶν Αἰγινητέων)...*

...el caso es que no muchos días después de la llegada de Mardonio a Tebas, se presentaron mil hoplitas focenses a las órdenes de Harmócides, uno de sus ciudadanos más prestigiosos. Y, al llegar también esos efectivos a Tebas, Mardonio les envió unos jinetes con la orden de que se acantonasen en la llanura (ἰξεσθαί) al margen de los demás. Nada más hacerlo, se les aproximó toda la caballería, de ahí que, a raíz de ello, se propagara, por el campamento de los griegos aliados de los medos (διὰ τοῦ στρατοπέδου τοῦ Ἑλληνικοῦ τοῦ μετὰ Μήδων), el rumor de que iban a acabar con los focenses a flechazos, rumor que también se propagó entre las filas de estos últimos.

El principio rector es el deseo de mantener la independencia de cada grupo, salvaguardando una cierta autonomía gracias al mantenimiento de una unidad de acampada y de organización que les hiciera más sencilla la vida en campaña y, más tarde, la preparación inmediata de un frente de batalla. Esta forma de distribución era coherente con la idiosincrasia griega, con el deseo de independencia y con la rivalidad existente entre las diversas ciudades-Estado helenas, elementos estos que no se dejaban a un lado ni ante un inminente enfrentamiento a un enemigo común, según comprobamos en los prolegómenos del encuentro en Platea (Hdt., IX,26,1):⁴⁶

Justo entonces -mientras se asignaban las diferentes posiciones (ἐν τῇ διατάξει ἐγένετο λόγων πολλὸς ὠθισμὸς)- se produjo un violento

⁴⁶ En opinión de SCHRADER, 1977, n. 549, p. 449, la separación mediante el Nilo de los campamentos de jonios y carios en la boca Pelusia de este río (Hdt., II,154,1-5) se debía también a la rivalidad existente entre ellos. También HOW-WELLS, vol. I, 1912 (reimpr. 1967), p. 244. Sobre la presencia de carios y jonios en Egipto, ver, LLOYD, 1976, pp. 45-61; *id.*, 1978, pp. 107-112.

altercado verbal entre tegeatas y atenienses, pues unos y otros, alegando recientes y antiguas gestas, se consideraban con derechos para ocupar con sus efectivos una de las alas.

El ala derecha incuestionablemente estaba ocupada por los espartanos, a los que siempre se les otorgaba el lugar de mayor honor y la dirección de la guerra por tierra y mar. Pero sí podía ser objeto de caluroso debate quién debía ocupar el siguiente puesto en honor, que era el ala izquierda. La argumentación que explica por qué los atenienses lo ocuparon en detrimento de los tegeatas la prolonga Heródoto desde IX,26 hasta IX,28, teniendo que ser, finalmente, el ejército lacedemonio el que actúe como árbitro (Hdt., IX,28,1):

Esta fue la respuesta que dieron los atenienses. Entonces todo el ejército lacedemonio manifestó por aclamación que los atenienses contaban con más méritos que los arcadios para ocupar el ala. Así fue, en definitiva, como los atenienses ocuparon dicho puesto en detrimento de los tegeatas.

Estos ejemplos se corresponden con una forma peculiar de acampar: el campamento en orden de batalla o en formación de combate (Hdt., IX,25; 31,1). En este siglo V, el campamento griego no es una base de operaciones para el dominio o la destrucción de un territorio, sino tan sólo el lugar de descanso durante un periodo más o menos prolongado para un ejército que se mueve continuamente en campaña, o también la estación previa a la confrontación en el campo de batalla.⁴⁷ Es precisamente este caso el que hemos visto ejemplificado en los últimos textos citados. En tales movimientos la

⁴⁷ Cabe recordar que este es el principio de organización que parece distribuir los diferentes contingentes en el campamento de la *Iliada*, como ya vimos anteriormente (cfr. p. 76 y ss.)

acción de acampar se limitaría a dejar las armas en el suelo, donde cada soldado se encuentra, y esperar en formación la señal de ataque o de partida. Esa dilación podía durar pocas horas o varios días, como nos muestra, una vez más, otro suceso tomado del desarrollo de la batalla en Platea (Hdt., IX,25,2-3):

*Decidieron, pues, que había que alcanzar esa zona, llegando hasta la fuente Gargafia -que se encuentra en ella-, y acampar en formación de combate (διαταχθέντας στρατοπεδεύεσθαι); así que recogieron sus armas (ἀναλαμβάνοντες δὲ τὰ ὄπλα) y, bordeando las estribaciones del Citerón, se dirigieron, por las inmediaciones de Hisias, a la región de Platea. Y, a su llegada, formaron por naciones (ἐτάσσοντο κατὰ ἔθνεα), cerca de la fuente Gargafia y del recinto del héroe Andrócrates, en un terreno llano jalonado por unas colinas de escasa altura.*⁴⁸

Este pasaje resulta muy clarificador a la hora de ilustrar todo lo que acabamos de afirmar. Cabe añadir, volviendo a la cuestión de la separación de zonas de acampada, que la diferenciación entre campamentos no sólo se producía en razón del origen político o étnico, sino que también probablemente ejércitos terrestres y navales no se mezclarían entre sí. Ejército terrestre y flota poseían cada uno de ellos un cuadro de mandos diferente y la unión de ambos podía provocar rivalidades entre sus jefes; además, tenían circunstancias logísticas diversas, y debían de responder a objetivos tácticos distintos.⁴⁹ Por eso, cada cual, hemos de suponer, mantendrá una completa

⁴⁸ Ver también Hdt., IX,46,3.

⁴⁹ Los barcos, como en época homérica, se seguían varando con la proa mirando al mar sobre la arena (Hdt., I,1,3-4), aunque en caso de bases militares navales permanentes, se contaba con instalaciones más adecuadas para el mantenimiento de los barcos, como son varaderos y lugares de reparación de los barcos

autonomía, aunque todos ellos se instalaran físicamente muy próximos buscando el apoyo y la defensa mutua. Ejemplos en Heródoto que muestren esa forma de acampada no los tenemos en lo concerniente al bando heleno, pero sí en diferentes pasajes relacionados con las fuerzas persas (Hdt., IX,96,1):⁵⁰

Se iban a retirar [la flota persa], pues, con rumbo al continente, a fin de ponerse al amparo de sus fuerzas terrestres, que se encontraban en Mícala y que habían sido destacadas, a instancias de Jerjes, del grueso del ejército para vigilar (ἐφύλασσε) Jonia. Los integrantes de dicho ejército ascendían a sesenta mil hombres y se hallaban a las órdenes de Tigranes, el persa que más descollaba por su apostura y físico. Los jefes de la flota persa habían resuelto, en definitiva, recurrir a la protección de esas tropas y, acto seguido, varar sus naves y rodearlas con una empalizada que salvaguardara los navíos y constituyese un refugio para ellos.

En ciertas ocasiones ambos contingentes pasan a actuar en unión, como es el caso del ataque persa a Mileto (Hdt., VI,6,1):

Entretanto, era inminente la llegada de nuevas fuerzas, navales y terrestres, para atacar la propia Mileto, pues los generales persas habían reunido sus efectivos, y con un único cuerpo de ejército (ἐν ποιήσαντες στρατόπεδον), se dirigían contra Mileto.

(por ejemplo, en el campamento de los mercenarios jonios y carios en Egipto: Hdt., II,154,5: οἱ τε ὄλκοι τῶν νεῶν καὶ τὰ ἐρείπια).

⁵⁰ En D.S. XI,20,3 y XI,22,1-2, los cartagineses que atacan Himera se encuentran divididos en dos campamentos (παρεμβολές), uno para el ejército terrestre y otro para la fuerza naval.

Tal afirmación hay que entenderla siempre en su justo marco, puesto que parece difícil que se diera un mando común para las dos fuerzas. Las rivalidades emergen, por ejemplo, con ocasión de las discusiones sobre la oportunidad de tomar o no la ciudad de Cirene aprovechando que sus habitantes habían permitido el paso del ejército persa por ella (Hdt., IV,203,2-3):

...y, al llegar ante la ciudad de Cirene, los cireneos, en cabal cumplimiento de cierto oráculo, los dejaron pasar a través de la ciudad (διὰ τοῦ ἄστεος). Pero, mientras el ejército la estaba atravesando, Badres, el jefe de la fuerza naval, sugirió tomar la ciudad, cosa a la que se opuso Amasis, el jefe del ejército de tierra, ya que Barca era la única ciudad griega contra la que habían sido enviados. Con todo, poco después, cuando la ya habían cruzado y estaban instalados sobre la colina de Zeus Liceo (ἰζομένοισι ἐπὶ Διὸς Λυκαίου ὄχθον), se arrepintieron de no haberse apoderado de Cirene, así que trataron de entrar en ella por segunda vez, si bien los cireneos no lo permitieron.

Esta sí que parece una imagen más aproximada a la realidad cotidiana del ejército medo, pero quizá fuera también la que se vivía en los ejércitos griegos, pese a que no contemos con testimonios directos que así lo avalen.

Podemos suponer que el principio ordenador del campamento griego y que determina su planificación interna debía corresponderse con un orden fundamentado en la estructuración jerárquica militar. Esta se adaptaría perfectamente al sentido que dentro del territorio de la Hélade tiene habitualmente el campamento en una campaña

militar, como mera detención provisional antes de iniciar un combate. Con el fin de facilitar la parada, la marcha, el orden y la rapidez de respuesta ante cualquier ataque, lo más conveniente sería siempre mantener ese orden de marcha y de batalla, también en el campamento militar. Un pasaje de Heródoto permite sospechar que así era. En Hdt., IX,25, los generales griegos hacen recorrer en un carro el cuerpo de Macisto, uno de los grandes guerreros persas, a través de los contingentes griegos acampados para que todos ellos puedan contemplar el cadáver, en un lógico intento de elevar el ánimo de la tropa griega (Hdt., IX,25,1):

Y la primera medida que adoptaron [los griegos] fue depositar el cadáver en un carro que hicieron circular a lo largo de sus filas (παρὰ τὰς τάξεις). (El cadáver merecía contemplarse por sus estatura y su prestancia; de ahí que llegarán, incluso, a romper filas (ἐκλιπόντες τὰς τάξεις) para ir a contemplar a Masistio).

Como vemos, los griegos estarían dispuestos por τάξεις, lo que abona la teoría de la existencia de un orden en la castrametación del ejército. El principal problema que tiene el texto que acabamos de citar, es que se refiere a esa circunstancia especial de acampada que es el “campamento en formación de combate”, es decir manteniendo el orden como si se estuviera esperando de forma inminente la batalla. Siguiendo esa lógica tampoco sería extraño que en cualquier campamento la organización interna trasluciera asimismo la organización política de la cada πόλις, así como su organización para la leva de soldados. De esta forma, al menos entre los ejércitos de Atenas y desde la reforma de Clístenes, es posible que encontráramos el espacio interno de la acampada distribuido en diez zonas acotadas, una por cada tribu.

Al mismo tiempo podemos suponer que, aunque el ejército no acampara en orden de batalla, no se desharían las diferentes unidades tácticas. Es decir, aun no disponiéndose las unidades en el plano de acampada según el orden de batalla, los soldados pertenecientes a una misma unidad táctica sí se mantendrían juntos. Eso tiene evidentes ventajas en todos los órdenes, por lo que parece difícil pensar que no fueran reconocidas y aprovechadas por los mandos y los soldados griegos. Pero eso no implica necesariamente aceptar una planificación regular de las acampadas.

Del último texto citado se desprende la posible existencia de caminos entre los contingentes, entre las unidades del ejército, lo cual resulta en sí mismo lógico. Eso se corresponde perfectamente con la descripción que ya vimos del campamento aqueo en la *Dolonía* (*Il.*, X,65-66) recorrido por múltiples caminos. Sin embargo, eso no quiere decir que estemos afirmando la existencia de una regularidad planimétrica. Un cierto orden en la distribución espacial de los contingentes es natural, lógica e incluso imprescindible para el normal desarrollo de la vida en campaña, lo que no está reñido con la variación constante en las planimetrías campamentales, más si tenemos en cuenta el escaso tiempo con el que contaban permanecer en una misma posición esas fuerzas militares y que hace difícil imaginarse que afrontaran los trabajos previos de ordenación topográfica necesarios para una distribución regular y siempre idéntica allá donde se estableciera el campamento, tal y como ocurre en Roma.

El principio aportado aquí es el más lógico y, aun no disponiendo de textos que nos permitan fundamentar firmemente la hipótesis, consideramos que lo más razonable es pensar que ese ordenamiento táctico se mantenía también en las diversas situaciones de acampada. No debemos tampoco olvidar que la práctica de asirios, persas y egipcios era la de mantener una regularidad en las planimetrías, y la experiencia de las ventajas

que eso suponía para la vida en campaña era fácil que se trasladaran también rápidamente a los ejércitos griegos.

Con las diferencias propias de cada *polis*, el campamento se estructuraría por unidades en orden jerárquico y número de soldados que lo componen igualmente descendente. La unidad más básica sería la conformada por los que comparten una misma tienda, y probablemente sumen una misma unidad, es decir, los que cooperan y se coordinan en cuestiones de víveres y de transporte de enseres. Es difícil imaginar que cada uno de los soldados pudiera disponer de una bestia de carga, y quizá no siempre contarían todos con servidores. Lo más sensato sería que entre ellos se pusieran de acuerdo para hacer más liviano y menos costoso el acarreo de víveres y de los diversos enseres necesarios para la vida en campaña. Sobre estos compañeros de tienda, o *συσκήνιοι*, no tenemos referencia alguna en Heródoto, Esquilo o Diodoro Sículo, como sí ocurre en periodos posteriores. En el ejército espartano, lo más probable es que esa unidad campamental pudiera esconderse bajo la denominación de *συσσίτιον*, es decir, los que comparten una misma mesa (Hdt., I,65,4-5). Eso no presupone que el *συσσίτιον* o los *συσκήνιοι* sean la unidad básica táctica en los ejércitos griegos;⁵¹ más bien, lo único que cabe afirmar, en vista de las fuentes disponibles y de la lógica que parece regir en el ejército y en la castrametación de los soldados griegos, es que resulta fácil de admitir que ésta pudiera ser la unidad básica más aceptable de organización de un *στρατόπεδον*.

A diferencia de lo que podíamos ver en la épica, ahora la tienda de campaña (*σκηνή*) sí es el elemento más propio y característico de un ejército que acampa, como expresamente dice Heródoto cuando narra el motín de la flota jonia antes de la batalla

⁵¹ Que en el ejército espartano no es en ningún caso el *συσσίτιον*, sino la *ἐνωμοτία*: Th., V,68,3; X., HG., VI,4,12.

de Lade. Los jonios, bajo el mando del foceo Dionisio y hartos de los continuos trabajos y ejercicios a los que se les sometía, deciden sublevarse y poner fin a tantos sudores (Hdt., VI,12,4):

(...) desde aquel mismo instante, nadie quería obedecer sus órdenes [las de Dionisio]; todo lo contrario, como si constituyeran un ejército de tierra, plantaron tiendas de campaña en la isla (ἀλλ' οἶα στρατιῆ σκηνάς τε πηξάμενοι ἐν τῇ νήσῳ) y se dedicaron a gozar de la sombra (ἐσκητροφέοντο), negándose a embarcar en las naves y a efectuar maniobras (ἐσβαίνειν οὐκ ἐθέλλεσκον ἐς τὰς νέας οὐδ' ἀναπειρᾶσθαι).

Rasgo propio de un ejército de tierra es el establecimiento con tiendas, mientras que en el caso de una flota cabía la posibilidad de pernoctar en el propio navío o junto al mismo al raso. También el historiador de Halicarnaso recoge otro ejemplo muy similar durante la reunión de generales griegos en la noche previa a la batalla de Salamina. En Hdt., VIII,56, se pone fin al consejo de los generales, que ha debido de tener lugar en tierra, diciéndonos Heródoto que *cada uno de ellos embarcó en su propia nave (ἐσέβαινον ἐς τὰς νέας)*. No se trata de un *lapsus* del escritor, sino una escena reiterada a lo largo de los párrafos siguientes, cuando Mnesífilo disuade a Temístocles de la necesidad de dar marcha atrás en la decisión adoptada en el *synedrion* de los generales de retirarse al istmo, y de las ventajas que tendría el intentar convencer a Euribíades de la conveniencia de permanecer en Salamina (Hdt., VIII,57). Aceptada la propuesta, Temístocles se dirige a tratar del asunto con aquel, el cual se halla embarcado en su nave (Hdt., VIII,58):

A Temístocles le pareció perfecta la sugerencia y, sin responder nada a sus palabras, se dirigió hacia el navío de Euribíades (ἐπὶ τὴν νέα τὴν Εὐρυβιάδεω). Y, a su llegada, manifestó que deseaba conferenciar con él de cierto asunto de interés general. Euribíades, por su parte, le invitó a subir a bordo (εἰς τὴν νήα) para que dijese lo que quería. Entonces Temístocles se sentó a su lado y, haciéndolas suyas, le repitió todas las consideraciones que le había oído a Mnesífilo (a las que añadió otras muchas), hasta que, a fuerza de insistir, lo convenció para que abandonara la nave (ἐκ τε τῆς νεὸς ἐκβῆναι) y convocase a junta a los generales (συλλέξαι τε τοὺς στρατηγούς εἰς τὸ συνέδριον).

En el caso de una flota de guerra, la unidad fundamental de organización parece lógico que sean los compañeros de navío, aunque dado el elevado número de marineros que componían cada dotación, también sería lógica la subdivisión de las dotaciones de cada navío en unidades más pequeñas. En tal caso, lo más razonable es suponer que los marinos se albergarían en tiendas como cualquier otra fuerza militar.⁵²

La cuestión que queda por resolver, y que surge de forma inmediata, es el número de los soldados que componían esa unidad básica del campamento, es decir, el número de soldados que compartían una tienda de campaña. Para responder a esa pregunta no disponemos de ningún testimonio en las fuentes que permita resolverla de manera convincente, ni directa ni indirectamente. Sin embargo, sí que cabe la

⁵² La estrechez de los barcos, la inseguridad de los amarres y la necesidad de hacer la aguada y de secar el barco, con la finalidad de hacerlo más ligero, hacen que sólo en circunstancias muy concretas los marineros no saltaran a tierra y se mantuvieran en el barco para pernoctar allí. De las dificultades, peligros e inseguridades del amarre de los barcos por la noche en puertos que no estuvieran bien acondicionados, tenemos cumplidas descripciones en Esquilo, que durante su vida y como consecuencia al menos de su participación en la batalla de Salamina, cuenta con experiencia suficiente de primera mano para describirlo. Así, por ejemplo, lo tenemos en *Las Suplicantes*, 713-724 y 765-770 (sobre la labor de desembarco de las naves) o en el *Agamenón*, 185-205 (sobre la dilación en desembarcar las dotaciones) y 650-660 (descripción de los efectos de una tormenta sobre una flota anclada en la costa).

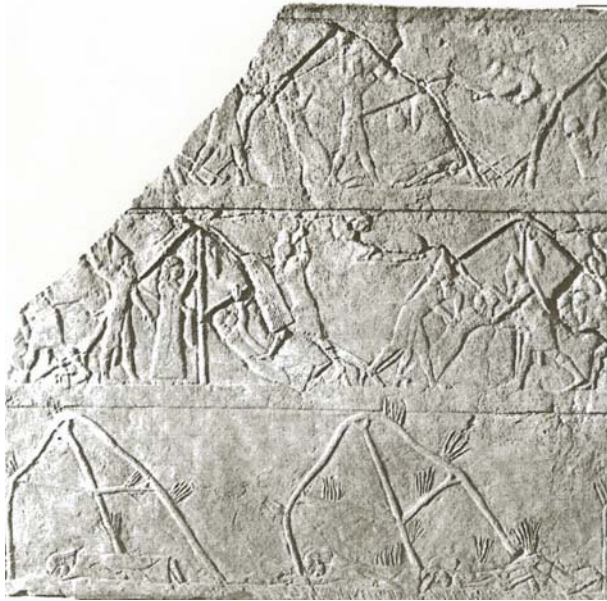
posibilidad de pensar que cada tienda estaba ocupada por diez soldados, o dicho de otro modo, que la década era la unidad básica de la organización campamental griega.

Un posible indicio a favor de esta propuesta lo encontramos en la narración de la fracasada expedición de Cambises contra los etíopes. Durante esa aventura, las fuerzas del rey persa, entre las que también se encuentran mercenarios griegos, sufrirán enormes penalidades, especialmente al intentar atravesar el desierto (Hdt., III,25,6-7):

...pero cuando llegaron al desierto, algunos de ellos cometieron una acción horrible: se jugaron a uno de sus propios camaradas, de entre un grupo de diez (ἐκ δεκάδος γὰρ ἓνα), y lo devoraron. Al tener noticia de ello, Cambises, por temor a que cundiera la antropofagia, renunció a la expedición contra los etíopes y emprendió el regreso, llegando a Tebas tras haber perdido el grueso de su ejército. Acto seguido, bajó desde Tebas a Menfis y licenció a los griegos, permitiéndoles que se hicieran a la vela.

Evidentemente este episodio carece de cualquier base histórica, tratándose de una anécdota que sencillamente reflejaba la situación extrema a la que condujo la locura de Cambises, y que nuestro autor probablemente traslada a su obra bajo una *interpretatio graeca*. Ni siquiera queda claro si se refiere a soldados griegos o persas. Pero, aunque lo más lógico parece ser entender que se los protagonistas son griegos, eso en sí mismo no tiene una especial trascendencia.

Lo cierto es que la mención a la década como unidad resulta de relevancia, más aún si se hace dentro del marco de un ejército persa, cuya organización se estructuraba con una base sexagesimal, lo que nos reafirma en la idea de que se trataría de una *interpretatio graeca* de un aspecto de la logística de los ejércitos medos.



Ataque a un campamento. Relieves del Palacio de Assurbanipal, BARNETT, 1960, plate XXXIII

Las tiendas de los soldados son estructuras sencillas en madera y lonas, sostenidas por palos en estructura de "T" y tirantes atados a estacas para las lonas, como se puede comprobar en la primera línea del relieve. A las tiendas se las prende fuego, según se muestra en el relieve inferior. Dentro de ellas aparecen colgados los alimentos y los utensilios para uso diario de los soldados. También destaca cómo el espacio entre las tiendas es muy pequeño, de forma que estacas y tirantes de tiendas contiguas se cruzan, no dejando un espacio libre para pasar entre ellas. Eso implica que se situarían formando largas calles bien definidas y conformando "manzanas" cuyo ancho sería igual al largo de dos tiendas

Además, esta no es la única ocasión en la que Heródoto cae en ese tipo de confusión. En Hdt., VII,81,1 se anota una descripción de la organización del ejército de Jerjes también con una estructuración fundamentada en un sistema decimal y cuya unidad más básica es la década:

Ésos eran los pueblos que, en la campaña, formaban parte de los efectivos terrestres, constituyendo la infantería (ἐς τὸν πεζόν). Pues bien, al frente de esas fuerzas se hallaban los jefes que he citado, y fueron ellos quienes las organizaron y procedieron a su recuento, y quienes designaron quiliarcas y

miriarcas (χιλιάρχας τε καὶ μυριάρχας) (estos últimos, por su parte, hicieron lo propio con hecatonarcas y decarcas [ἑκατοντάρχας δὲ καὶ δεκάρχας οἱ μυριάρχαι]). Además, había otros oficiales al mando de diversas unidades y de grupos étnicos.

Pese a que no contamos con más textos que avalen o desmientan esta hipótesis, la lógica intrínseca a este razonamiento y los dos pasajes que acabamos de citar, parecen avalar la posibilidad de que la década fuera la unidad básica de un campamento, por ser la cifra de los componentes habituales de los compañeros de una tienda de campaña.

En todo caso, aún nos quedan muchas preguntas a las que dar una respuesta si queremos llegar a tener una descripción pormenorizada de la estructuración interna de un campamento griego. El problema, de nuevo, es la falta de interés de nuestras fuentes por estos aspectos. Por ejemplo, no contamos con ninguna descripción de las tiendas de los griegos, ni tan siquiera de la presencia de hogueras, que sin duda se encenderían por la noche en el campamento. Quizá el siguiente texto que vamos a recoger, referido a la campaña de Darío contra los escitas, pueda servir también para hacernos una idea de la vida en campaña de los griegos, y comprobar una vez más cómo Heródoto pudo adaptar la forma de acampar griega a una escena que transcurre en el marco de un ejército persa en campaña (Hdt., IV,134,3-136,1):⁵³

[Gobrias:] *Por consiguiente, mi opinión en las actuales circunstancias es que, en cuanto se haga de noche, encendamos las fogatas, como solemos hacer de ordinario, y que, después de engañar con cualquier pretexto a los soldados menos capaces de soportar nuevas fatigas y de dejar bien atados a todos los*

⁵³ También Hdt., IV,128,2-129,3.

asnos, emprendamos la marcha antes de que los escitas se dirijan de una vez hacia el Istro para destruir el puente o de que los jonios tomen alguna decisión que pueda determinar nuestra ruina.

Este fue el consejo que dio Gobrias; poco después se hizo de noche y entonces Darío puso en práctica ese plan: abandonó allí mismo en el campamento (ἐν τῷ στρατοπέδῳ), a los hombres que estaban agotados y a aquellos cuya pérdida menos trascendencia suponía, así como a todos los asnos (ὄνους), estos últimos bien atados. Y abandonó a los asnos y a los soldados maltrechos con el objeto de que los animales siguieran dejando oír sus rebuznos; por su parte, los hombres fueron abandonados debido a la debilidad de su estado, aunque lo hicieron con el convincente pretexto de que el monarca, con la élite del ejército, iba a atacar personalmente a los escitas, mientras que ellos, durante ese tiempo, tendrían que defender el campamento (τὸ στρατόπεδον). Tras persuadir a los que se quedaban de que esas eran sus intenciones, Darío mandó encender fogatas y, a marchas forzadas, partió en dirección al Istro. Entretanto, los asnos, aislados del resto de los animales, se pusieron a rebuznar mucho más fuerte que nunca, por lo que los escitas, al oír a los asnos, estaban firmemente convencidos de que los persas seguían en sus posiciones. Pero al llegar el día, los que se habían quedado en el campamento comprendieron que habían sido traicionados por Darío y, tendiendo las manos a los escitas, les explicaron lo que sucedía.

No muy diferente debía de ser el aspecto que presentaban los ejércitos griegos al llegar la oscuridad.⁵⁴ Los soldados se sentarían junto al fuego, mientras los animales para el transporte de los enseres, agua y víveres, se mantenían atados junto a la tienda de los soldados. En el caso de un ejército que acampara en formación de combate, sirvientes y animales no se situarían junto a cada hoplita, ni tampoco se desplegarían las tiendas. Eso estaría en contradicción con el principio que daba razón a esa formación de acampada, es decir, con la predisposición organizativa para entrar en batalla de forma inmediata. En ese caso, lo más lógico es considerar que todos ellos formarían un acampada aparte, por detrás del campamento de los soldados, y en algún lugar que les mantuviera lo más lejos posible del peligro. Ese tren de equipajes quedaría al cuidado algunos soldados, probablemente los de las clases de edad más avanzadas, por ser los menos aptos para el combate.

La vida en campaña no debía de ser especialmente cómoda. Esquilo, en su obra *Agamenón* (555-565), nos describe por boca de un heraldo que ha vivido los diez largos años del asedio a Troya las incomodidades a las que el soldado común se debía de acostumbrar durante tales campañas:⁵⁵

¡Si yo os contara las fatigas, las noches al relente, el limitado espacio en la nave, la cama molesta...! ¿En qué momento del día nos faltó ocasión de gemir? Pero luego, ya en tierra, hubo incluso un mayor horror: estaban nuestros lechos (εὐνὰι) junto a los muros del enemigo; caía del cielo el rocío, y las humedades

⁵⁴ Tras la lectura de este texto viene también inmediatamente a la memoria la dramática descripción que Tucídides hace de la huida de la expedición ateniense en Sicilia y de cómo éstos se ven obligados a abandonar a los heridos en el campamento (*cf.* Th., VII,75). Las similitudes aumentan nuestra sensación de que una vez más Heródoto ha trasladado la experiencia griega al ámbito oriental.

⁵⁵ Traducción por PEREA MORALES, 1986.

de las praderas que hay en la tierra iban goteando sobre nosotros, daño permanente para nuestra ropa, y nos llenaba el pelo de bichos.

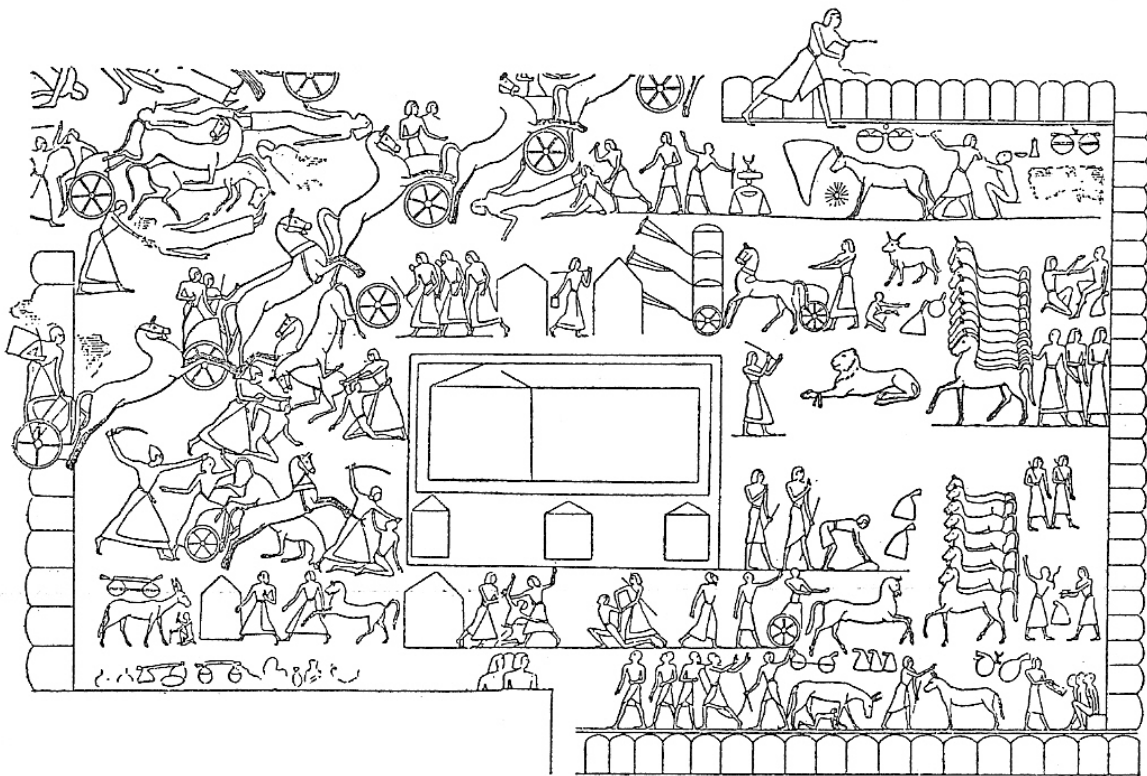
¡Y si uno hablara del invierno, causa de muerte para las aves –qué insoportable nos lo hacía la nieve del Ida-, o del calor, cuando en su lecho, al mediodía, cae el mar y duerme sin olas, sin que siquiera sople la brisa...!.

La situación de los oficiales y, sin duda la del general del ejército, debía de ser algo mejor. Tampoco disponemos de una descripción al respecto, pero sí de la prolija enumeración que Heródoto nos hace de los privilegios que el rey espartano disfrutaba en campaña (Hdt., VI,56,1):

Los espartiatas, en ese sentido, han otorgado a sus reyes los siguientes privilegios: dos sacerdocios, el de Zeus Lacedemón y el de Zeus Uranio; y, además, la facultad de declarar la guerra al país que quieran, sin que ningún espartiatata pueda impedirselo, ya que, si lo intenta, dicho sujeto incurre en sacrilegio. Durante las operaciones bélicas los reyes van a la vanguardia, siendo los últimos en retirarse; y, mientras están en campaña, cien soldados de élite constituyen su guardia personal. Asimismo, en el transcurso de las expediciones militares, tienen a su disposición todas las reses que deseen, y reciben las pieles y los solomillos de todas las víctimas que se sacrifican.

La descripción no es real, dado que sabemos que en tiempos de Heródoto los reyes espartanos, por ejemplo, ya no disponían de la facultad de declararla, sino que esa prerrogativa correspondía a los éforos. Pero podemos imaginarnos que, dentro de las posibilidades que ofrecía una campaña, los reyes persas o los generales de los ejércitos

griegos dispondrían de comodidades vedadas a la inmensa mayoría de sus soldados. Parece muy probable que se alojaran en una tienda de campaña individual,⁵⁶ y que dispusieran de un cierto número de personas, reses y alimentos en mayor abundancia que el resto, con los que agasajar a los posibles invitados y embajadores que se presentaran en el campamento.



Ataque a un campamento (Ramses II), ERMAN, 1977, p. 635

El campamento es defendido por los escudos de los soldados colocados en el perímetro de la acampada, probablemente sobre un pequeño montículo de arena. Las representaciones egipcias de campamentos son siempre muy parecidas: muestran un plano rectangular, con ese murete de escudos; también se destaca un espacio central ocupado por una gran tienda, a la que acompañan otras tres, rodeado todo ello por un nuevo muro. Como en Persia, hombres y animales comparten el espacio de acampada (destaca la presencia de un león atado) aunque también se descubren zonas reservadas exclusivamente para carros y caballos. Por último, también sorprende la cantidad de representaciones de ataques a campamentos en el mundo egipcio.

⁵⁶ *cfr.*, Hdt., VI,72,1-2; VIII,56-58.

La localización de su tienda en el plano de la acampada la desconocemos. Lo más razonable es considerar que se mantendría junto al lugar de la asamblea de los soldados, que estaría situada en alguna posición central dentro del plano de acampada. Pero tampoco tenemos ninguna confirmación de esto en nuestras fuentes. Sólo en una ocasión se habla de un posible centro del campamento, aunque de nuevo en un pasaje que enmarcado en el ejército de Cambises (Hdt., III,62,1):

...y, en concreto, el [heraldo] que había sido encargado de Egipto (por cierto que encontró a Cambises y al ejército instalados en Ecbatana de Siria) se situó de pie en medio del campamento y proclamó las órdenes que había recibido del mago.⁵⁷

Lo más plausible es que nos encontremos ante una nueva *interpretatio graeca* por parte de Heródoto, que traslada las condiciones castrametales que conoce del mundo griego al marco persa.

Corroborando esta idea, Eurípides, en la introducción a su *Ifigenia en Áulide*, ambienta la acción de su tragedia en un espacio abierto frente a la tienda de Agamenón, lo que parece reflejar la existencia de un lugar central y público en los campamentos militares, donde también se levantaría la tienda del general.

En ese centro del campamento o en algún lugar próximo a la tienda del jefe del ejército se situaría el lugar de los sacrificios, así como las estatuas de los Dióscuros que acompañaban al ejército espartano en campaña y que debían presidir el campamento y

⁵⁷...εὔρισκε γὰρ Καμβύσεα καὶ τὸν στρατὸν ἔοντα τῆς Συρίας ἐν Ἀγβατάνοισι προηγόρευεσθὰς ἐς μέσον.

las acciones públicas y políticas que allí se desarrollaran.⁵⁸ De ahí que podamos imaginar que tanto altares como estatuas deberían emplazarse en el centro del campamento y junto a la tienda del general. Ahí también debía encontrarse el fuego sagrado que acompaña a los espartanos en campaña (Hdt., VIII,6,2), y quizá la misma tienda del πυρφόρος. Del mismo modo cabe suponer, al menos en el caso del ejército espartano, que las tiendas de los cien hombres que compondrían la guardia personal del rey (*hippeis*) se levantarían próximas a ese centro del campamento y a la tienda real.⁵⁹

Posiblemente otros personajes destacados en la vida diaria de los establecimientos militares debieron tener reservado un espacio privilegiado, como sería el caso de los adivinos,⁶⁰ de los dos éforos que acompañan al rey espartano,⁶¹ e incluso también los heraldos. Sin embargo nada de esto aparece reflejado ni en Heródoto ni en ninguna de las otras fuentes históricas de las que disponemos para este periodo.

No sabemos nada del lugar ocupado por los sirvientes, por los periecos y los hilotas, si acampaban junto a sus señores o bien se establecían en un campamento aparte. Apenas se nombra su existencia y las fuentes no les prestan atención durante las campañas. Lo que sí que sabemos con certeza es que debían constituir un número

⁵⁸ Cfr., Hdt., V,75,2: *Por cierto, que a raíz de esa discrepancia, se promulgó en Esparta una ley según la cual, cuando un ejército salía en campaña, los dos reyes no podían acompañar a las tropas, cosa que hasta entonces hacían ambos monarcas. Y al tiempo que uno de los dos reyes se veía eximido de ello, la ley disponía también que uno de los dos Tindáridas se quedara en Esparta; pues resulta que, con anterioridad a dicho incidente, también ambas estatuas, cuya protección invocaban las tropas, las acompañaban en sus campañas.*

⁵⁹ Cfr., Hdt. VI,56,1.

⁶⁰ Cfr., Hdt., I,62-64,1 (un χρησμολόγος); VII,219,1 (un μάντις en el ejército espartano en las Termópilas); VIII,27,3-4 (un adivino que acompaña al ejército focense); IX,33,1 (el adivino del ejército de Mardonio); IX,35,1 (presencia de un adivino entre las tropas espartiatas); 38,1; IX,92,2 (adivino de la flota griega). Es destacable cómo Heródoto consigna los nombres de todos los adivinos que cita en su obra, lo que nos habla del honor y consideración especial en los que se les tenía. También en las obras de Esquilo (*Th.*, 24-30; 375-384; 769; A., 185).

⁶¹ Hdt., IX,71,3.

elevado y ocuparían un amplio espacio en la acampada, ocupándose del grueso de las labores auxiliares.⁶²

Nos queda sin resolver la duda del lugar dentro del campamento en el que se guardaría el botín,⁶³ los esclavos,⁶⁴ los enemigos apresados,⁶⁵ si existía un lugar especial para las bestias que componían el tren de los bagajes, si contaban con algún encargado de los mismo, dónde se custodiaban a los prisioneros, si las fuerzas armadas ligeramente constituían un campamento aparte de los hoplitas, si se permitía la entrada a la zona de acampada al mercado que habitualmente acompañaba a los ejércitos en las campañas militares con todo su acompañamiento de mercaderes, bestias, mujeres e incluso niños.⁶⁶ Incluso podían ser seguidos por rebaños que permitieran la alimentación del ejército o que hubieran sido tomados en los saqueos.⁶⁷

Sobre este último aspecto nos atrevemos a afirmar que lo más seguro es que mercaderes y cualquier otro tren de seguidores del ejército compondrían un campamento separado, aunque siempre próximo, para responder a las necesidades que tuvieran los soldados. Por ejemplo, los griegos encargados de construir el canal del Atos al iniciarse los preparativos para la invasión de Grecia, disponían de un mercado y una lonja para abastecer sus necesidades (Hdt., VII,23,4): *Y por cierto que, en dicho lugar,*

⁶² Hdt., IX,10,1; 11,3; 28,2; 29-30; VI,79-81, VII,229-230,1; IX,49,2-51,1; 51,4.

⁶³ Era práctica habitual el reunir el botín en un solo lugar para después proceder a su reparto. *Cfr.*, Hdt., I,89,3; IX,80,1; 81,1-2; 106,1; D.S., XI,33,1.

⁶⁴ Hdt., VII,181,3, que igualmente es aplicable a los griegos. Las representaciones de campamentos orientales o egipcios no resultan para este aspecto de ayuda ya que en el primer caso todos estos elementos parecen encontrarse mezclados, mientras en el segundo se ve una mejor y más perfecta acotación de espacios. Ver, por ejemplo, ilustraciones pp. 291, 307, 348, 356.

⁶⁵ D.S., IX,21,1.

⁶⁶ No tenemos textos que ejemplifiquen esto para el caso griego en esta época, pero sí que en Hdt., III,139,1 se habla de griegos que participan en la campaña de Cambises contra Egipto como mercaderes, como mercenarios o como meros turistas.

⁶⁷ Hdt., VIII,19,1.

hay una pradera (λειμών) donde los obreros disponían de un mercado (ἀγορή) y de una lonja (πρητήριο).

Para E. Legrand el πρητήριο debía de ser algo así como una cantina, como un lugar de venta organizado por la dirección de los trabajos en oposición y concurrencia con el mercado dependiente de privados que encontramos habitualmente junto a los ejércitos.⁶⁸

En resumen, las fuentes apenas permiten hacernos una cierta e insegura idea de la estructura interna del campamento. Partiendo del único dato que sabemos con seguridad, es decir, que los diversos contingentes acampaban de forma individual, cabe suponer que la organización de la acampada seguía la estructura básica de organización jerárquica militar de los ejércitos y la política de cada πόλις, intentando evitar que los soldados que pertenecieran a la misma unidad táctica y a la misma tribu acamparan separados. La posibilidad real de tal hipótesis se fundamenta en las ventajas de todo tipo que esa distribución tendría para un mejor orden y preparación del ejército. Además, debemos contar con la influencia que asirios, persas y egipcios, cuyos campamentos aparecen bien estructurados y distribuidos, pudieron haber ejercido sobre los griegos en este aspecto. Una forma particular lo constituye la acampada en “formación de combate” que determinaba la situación de mayor alerta en la que podía vivir un ejército griego establecido sobre un territorio.

Dentro de esa estructuración jerarquizada, la década pudo haber sido la unidad básica que, no siendo una unidad táctica, sí que serviría como unidad fundamental para la organización logística de los ejércitos y que probablemente se identificaría igualmente con los compañeros de tienda (συσκῆνοι) y quizá también con el συσσίτιον

⁶⁸ LEGRAND, 1963, n. 1, p. 73, traduce el término como *un magasin de vente*.

espartano. Así, cabe la hipótesis de que las tiendas se agruparían en diez espacios acotados, uno por cada tribu (τάξις), reproduciéndose en la guerra la organización civil de la πόλις, de forma que se reflejara de forma perfecta la comunidad griega que defienden y encarnan.

Además, el campamento debía de constituir un complicado engranaje, como lo era el propio ejército o la propia ciudad griega, con lugares para la religión, para la política, para el comercio, y en el que de una forma u otra se expresarían también los diferentes órdenes jerárquicos.

5. Estructuras defensivas del campamento militar griego durante el periodo de las Guerras Médicas.

La aparición de trabajos defensivos en ciudades y campamentos durante el período de las Guerras Médicas no es para nuestras fuentes una absoluta novedad. Por ejemplo, Heródoto da su propia interpretación sobre las posibilidades defensivas de las que disponían los babilonios al ser asediados en su ciudad por Ciro (Hdt., I,191,5), mostrando un cierto conocimiento sobre tácticas de asedio y defensa de ciudades amuralladas:

Ahora bien, si los babilonios hubieran sabido de antemano lo que Ciro pretendía hacer o se hubiesen percatado de ello, hubiesen dejado entrar a los persas en la ciudad y hubieran podido causarles una terrible mortandad, pues, con cerrar todas las poternas que llevan al río y subirse ellos a los contramuros levantados a lo largo de las márgenes del mismo, los hubieran cogido como en un buitrón.

No es, evidentemente, una simple y espontánea ocurrencia del autor. Existe una conciencia sobre el empleo desde antiguo de fortificaciones,⁶⁴ sobre la defensa de las mismas, y huellas del conocimiento de formas de asalto a las murallas.⁶⁵

⁶⁴ Heródoto describe en III,39,4 cómo la ciudad de Samos estaba rodeada de murallas y de un foso. A menor escala, también debemos referirnos a la fortaleza de Mesad Hashavyahu, en la costa palestina. El lugar, ocupado brevemente por mercenarios griegos a las órdenes de Psamético, contaba con gruesos muros de piedra y adobes para defender la costa desde una posición elevada. Su espacio, de unas 6 hectáreas, permitía alojar una guarnición de más de 500 hombres. Si bien no podemos considerarlo como un campamento, sino como un *τείχος*, lo que sí demuestra es que los ejércitos de mercenarios griegos conocían bien el empleo y uso de fortificaciones en la guerra al menos desde finales del siglo VII. La fortaleza debió de caer en manos enemigas en 609 a.C., desapareciendo también la guarnición griega que la defendía. Cfr. NAVEH, 1962, pp. 89-99; WALDBAUM-MAGNESS, 1997.

⁶⁵ No sólo en la *Iliada*, sino también, por ejemplo, cuando Heródoto menciona cómo el medo Harpago conquistó las ciudades amuralladas de Jonia mediante terraplenes (I,162; 168); también en su explicación del

Pese a conocerla, pese a formar parte de su tradición militar, arquitectónica y cultural,⁶⁶ pese a ser algo extendido en todas las civilizaciones de su entorno, sin embargo, se da la curiosa situación de que la fortificación de campamentos no debió de ser una práctica habitual o sistemática entre los griegos de Grecia continental.

Durante el período que nos ocupa, los ejemplos que nos presentan las fuentes no son muchos. En primer lugar destaca la fortificación de Escoló, construida en los preliminares de la batalla de Platea como refugio para el campamento que establecen los persas en las inmediaciones del río Asopo (Hdt., IX,15):

...los beotarcas habían hecho que acudieran los asopios de las cercanías, y estos últimos lo guiaron [a Mardonio] hasta Esfendaleas y, desde allí, hasta Tanagra. Tras pernoctar (νύκτα ἐναυλισάμενος) en la citada ciudad, al día siguiente se dirigió a Escoló, alcanzando territorio tebano. En dicha zona, y pese a que los tebanos abrazaban la causa de los medos, mandó talar los campos, no porque abrigara animadversión alguna hacia ellos, sino por absoluta necesidad: quería dotar a su campamento de un muro defensivo (ἐρυμάτε τῷ στρατοπέδῳ ποιήσασθαι), para que, si el resultado del combate no era el que anhelaba, la obra constituyera un refugio (κρησφύγετον). Su campamento (τὸ στρατόπεδον), por cierto, se extendía a partir de Eritras, y, pasando por Hisias, se prolongaba hasta territorio plateo, hallándose emplazado

asedio persa a Samos (III,56,1), a Naxos (V,34), o a la ciudad de Barca, así como los intentos de minado de los muros (IV,200,2-3).

⁶⁶ Por ejemplo, A., *Th.*, 159 (empleo de piedras para defender una ciudad almenada); 465-466 (ataque con escalas a una fortaleza).

(τεταγμένον) a lo largo del río Asopo. No obstante, el muro (τείχος) propiamente dicho no se erigió con tales dimensiones: cada lado tenía como máximo unos diez estadios poco más o menos. Mientras los bárbaros se consagraban a esa faena, Atagino de Tebas, hijo de Frinón, realizó suntuosos preparativos e invitó a un banquete de hospitalidad al mismísimo Mardonio y a los cincuenta persas más importantes, que aceptaron la invitación.

Esta descripción debemos completarla con la narración del final de la batalla, cuando los medos, que han sido vencidos frente a Platea, buscan refugio en el fuerte de madera (Hdt., IX,70):

Entretanto, una vez refugiados en el fuerte de madera (ἐς τὸ ξύλινον τεῖχος), los persas y el resto de sus tropas se apresuraron a subir a las torres (ἐπὶ τοὺς πύργους) antes de que llegaran los lacedemonios; y, ya en ellas, reforzaron la fortificación lo mejor que pudieron,⁶⁷ por lo que, al presentarse los lacedemonios, unos y otros entablaron por la posesión del fuerte (τὸ τεῖχος) una batalla bastante reñida. A decir verdad, hasta que no acudieron los atenienses, los persas se defendieron con una neta superioridad sobre los lacedemonios, dado que estos últimos carecían de experiencia en expugnar fortificaciones (τειχομαχίη); pero, al sumárseles los atenienses,⁶⁸ fue cuando la lucha por la posesión del fuerte

⁶⁷ Como señala R.W. Macan, *the exact nature of the operation here recorded is obscure. The time was past for «strengthening» their wall by additional fortifications, nor would the ascent of the towers be the natural preliminary to such work. Phrássein can hardly be watered down so as merely to phylássein, but might perhaps be translated, «put into a posture of defence».* Cfr. SCHRADER, 1989, n. 405, p. 368.

⁶⁸ Como, en general, les sucedía a todos los griegos por estas fechas. La referencia a la mayor habilidad poliorcética de los atenienses (cfr. Th., I, 102, 2) resulta anacrónica, motivada porque, a mediados del siglo V,

(ΤΕΙΧΟΜΑΧΕΙΝ) se tornó encarnizada, prolongándose durante largo tiempo. Finalmente, merced a su valor y tenacidad, los atenienses escalaron el muro (ΤΟΥ ΤΕΙΧΕΟΣ) y abrieron una brecha por la que, acto seguido, irrumpieron los griegos. Los primeros que penetraron en el fuerte (Τὸ Τείχος) fueron los tegeatas, siendo ellos quienes saquearon la tienda (τὴν σκητὴν) de Mardonio, de la que, entre otras cosas, se llevaron el pesebre de sus caballos, una destacada pieza, toda de bronce.⁶⁹ (Por cierto, que los tegeatas consagraron el citado pesebre de Mardonio en el templo de Atenea Alea, pero el resto de su botín lo llevaron al mismo lugar en que depositaron el suyo los demás griegos). Por su parte los bárbaros, al sucumbir la fortificación (ΤΟΥ ΤΕΙΧΕΟΣ), ya no se reorganizaron y a ninguno de ellos se le ocurrió defenderse; al verse encerrados en un reducido espacio decenas y decenas de miles de hombres, iban aterrados de un lado para otro. Por ello, los griegos pudieron causar tantas bajas que, de un ejército de 300.000 hombres, ni siquiera sobrevivieron (sin contar a los cuarenta mil con los que huyó Artabazo) tres millares de soldados.

Uniendo los dos pasajes la imagen que queda es la de un potente fuerte de madera con planta cuadrada, reforzado mediante torres. Se le denomina como ἔρυμα, en lo que parece un intento de diferenciarlo del στρατόπεδον, es decir, del espacio ocupado por todo

Atenas se hallaba amurallada, cosa que no ocurría con Esparta. Su palestra para el aprendizaje de estas técnicas será las revueltas de los aliados en tiempos de la Liga Delo-ática: *cfr.* Plu., *Pericles*, 27; D.S., XII,28,3. SCHRADER, 1989, n. 407, p. 368.

⁶⁹ Probablemente Heródoto se está haciendo eco de dos tradiciones diferentes que no armonizó (los atenienses habrían actuado como zapadores y el asalto al muro habría corrido a cargo de los de Tegea), pues resulta poco verosímil que hubiesen sido los atenienses quienes escalaran el muro y abrieran una brecha, pero que luego fueran los tegeatas los primeros en irrumpir en el fuerte, cosa que parece plausible ya que son ellos los que saquean la tienda de Mardonio, y por ello pueden conservar el pesebre: *cfr.* SCHRADER, 1989, n. 407, p. 369.

el ejército persa asentado junto al Asopo, dentro del cual se levanta esa construcción, también calificada en otras ocasiones como *τείχος*.

En la obra muy posterior a estos acontecimientos de Diodoro Sículo a esta misma fortificación se la denomina de dos maneras deferentes: en una ocasión es descrito como *τὸ ξύλινον τεῖχος* (D.S. XI,32,1), mientras que en otros dos pasajes se emplea el sustantivo *παρεμβολή* (D.S., XI,30,1; 32,3), término que no aparece en las fuentes hasta época más tardía y que, por supuesto, es completamente extraño a Esquilo y Heródoto. Sin embargo, este parece ser el vocablo más habitual en Diodoro para referirse a una fortificación dentro de un campamento o para un campamento fortificado.

Es importante el testimonio de este autor porque permite completar la imagen de este campamento fortificado que, además del muro de madera y las torres, contaba con una profunda fosa que lo rodeaba.⁷⁰ La fama de este fuerte será tanta que originará que el lugar pase a conocerse como *Σκόλος*, es decir, el lugar de las estacas.

Sumando todos los testimonios debemos concluir que se trataría de un fuerte de madera (*ἔρυμα*), construido dentro del espacio ocupado por el asentamiento del ejército persa. Tendría una planta cuadrada, con diez estadios de longitud por cada lado. Su función es eminentemente defensiva (Hdt., IX,65,1; D.S. XI,32,1) y su existencia la interpreta Heródoto, en cierta manera, como una manifestación de debilidad por parte del ejército medo. Era su falta de confianza en la victoria lo que les habría movido a la construcción de ese gran refugio al que las fuerzas de Mardonio acuden cuando todo esté perdido en el campo de batalla.

⁷⁰ D.S., XI,30,1: καὶ παραγενόμενος ἐπὶ τὸν Ἄσωπον ποταμὸν ἔθετο παρεμβολήν, ἣν ὠχύρωσε τάφρω βαθεῖα καὶ τείχει ξυλίνῳ περιέλαβεν.

La narración de la última fase de la batalla de Platea, la que se desarrolla en torno a este fuerte de madera (Hdt., IX,70), es también importante porque transmite claramente la valoración y utilidad que, a juicio de Heródoto, merecen tales construcciones: la reunión de un gran número de soldados en un espacio pequeño inevitablemente iba a conducir, tarde o temprano, a la derrota total. En cuanto los griegos consiguen penetrar en el muro, los persas y sus aliados se encuentran encerrados como en una jaula a merced del enemigo, sin poder desplegar sus tácticas por la estrechez del espacio, y condenados a huir en desbandada o perecer dentro de la fortificación. Por eso podemos afirmar que el fuerte de madera es valorado más como un obstáculo o signo de debilidad que como una ventaja en el desarrollo de las batallas.⁷¹

Otro caso es el de la protección mediante una empalizada de la flota persa en Micala (Hdt., IX,96-97). Aquí es únicamente un muro (τείχος) el que parece proteger las naves, y sólo por el lado de tierra. Su función es defender los barcos varados en la orilla y servir, si se da la necesidad, como refugio de los soldados de Mardonio (Hdt., IX,97):

...vararon en dicho lugar sus naves (ἀνείρυσαν) y las rodearon con una empalizada, hecha de piedras y de troncos (para lo cual cortaron árboles frutales), a cuyo alrededor clavaron estacas (περιεβάλοντο ἔρκος καὶ λίθων καὶ ξύλων, δένδρεα ἐκκόψαντες ἡμερα, καὶ

⁷¹ La descripción de esta fase de la batalla en Diodoro es muy breve pero permite pensar que su juicio es más positivo que el de Heródoto, puesto que los griegos tendrán que luchar muy bravamente, y sólo tras un prolongado combate y soportando un importante número de bajas, conseguirán entrar en la fortificación. Pero una vez logrado esto, los griegos sí llevarán a cabo la matanza entre las tropas allí refugiadas (D.S., XI,32,3-4). Es difícil saber si esta disparidad se debe a que la fuente de Diodoro está mejor informada que la de Heródoto, o bien a que ambos proyectan sobre un episodio poco conocido en sus detalles su propio juicio y experiencia con la pretensión de rellenar las lagunas que les quedan sobre la forma en la que se había desarrollado la acción.

σκόλοπας περὶ τὸ ἔρκος κατέπηξαν). *Y estaban preparados para sufrir un asedio* (πολιορκησόμενοι) [*y alzarse con la victoria, pues sus preparativos contemplaban ambos objetivos*].

La descripción de esta fortificación es más completa que la que hemos visto en el caso anterior, pero de nuevo Heródoto parece desconocer, o quizá da por supuesta, la existencia junto a la empalizada y la estacada de un foso, que, sin embargo, de nuevo consigna Diodoro Sículo (XI,34), quien califica la estructura defensiva como τεῖχος,⁷² παρεμβολή y στρατόπεδον.⁷³

La razón por la que Heródoto puede dar por supuesta la existencia del foso, y por tanto no aludir a él, puede estar en juzgar esto como algo connatural a la construcción de la empalizada, e incluso no distinguirlo de ésta. La excavación de un foso junto al vallado sirve, en primer lugar, para dar una mayor altura a la construcción defensiva al elevar las estacas sobre un muro de tierra conformado con la extracción de material del foso, lo que además supone mayores facilidades para la construcción. Aunque tampoco se pueden descartar posibles inexactitudes de las fuentes informantes de Herodoto, probablemente todas las fortificaciones persas contarían con ese esquema de foso, estacada y muro de piedras y madera.⁷⁴

⁷² D.S., XI,34,3: ξυλίνῳ τείχει καὶ τάφρῳ βαθεῖα περιέβαλον.

⁷³ D.S., XI,36,5-6. También emplea este sustantivo en XI,34,4, pero ahí referido a los soldados que conforman el bando persa y localizados en las playas, fuera de la fortificación, y preparados para la batalla, de forma muy similar a como Heródoto también aplica el término en algunas ocasiones.

⁷⁴ Pero no en todas las acampadas se construiría una fortificación aneja. En algunos episodios parece difícil que las tropas hubieran dispuesto de algún tipo de muro defensivo, como por ejemplo, cuando los tracios brigos atacan de noche el campamento de Mardonio en Macedonia, sorprendiendo a los soldados dormidos, y causando un gran número de bajas al ejército. El propio Mardonio resulta herido durante la batalla (Hdt.,

La suerte de esta construcción es similar a la anterior. La batalla se plantea en el llano, en campo abierto, fuera del recinto fortificado que protege las naves. La embestida griega es imparable y las tropas persas huyen hacia el refugio que han levantado (Hdt., IX,102,2):

...forzaron la barricada de escudos (τὰ γέρρα) y, en masa, se lanzaron a la carga contra los persas, que, aunque aguantaron su embestida y estuvieron resistiendo durante bastante tiempo, acabaron por huir en dirección a la fortificación (τὸ τεῖχος). Entonces los atenienses, en unión de los corintios, los sicionios y los trecenios (pues ese era el orden en que se hallaban alineados) se lanzaron con todos sus efectivos en su persecución, irrumpiendo con ellos en la fortificación (ἐς τὸ τεῖχος). Al ser también conquistada dicha posición (τὸ τεῖχος), los bárbaros renunciaron a seguir haciéndoles frente y se dieron a la fuga todos ellos salvo los persas, quienes, en grupos pequeños, continuaron combatiendo con los griegos que no dejaban de irrumpir en la fortificación (τὸ τεῖχος).

En este episodio la fortificación no sirve ni para detener temporalmente a las fuerzas atacantes. La batalla se produce tan cerca del recinto de las naves, que persas y griegos llegan a la vez a sus puertas, y los primeros no tienen tiempo ni tan siquiera para cerrar detrás de ellos el acceso al fuerte.

VI,45,1); tampoco parece existir fortificación alguna en el ataque de Leonidas al campamento persa en las Termópilas, según D.S., XI,10,1-4.

La presencia de este muro defensivo, de un fuerte, es presentado esencialmente como una forma de cortar la retirada, con lo que eso puede tener de positivo para la moral y el espíritu de lucha de una fuerza militar que se defiende y que, estando acorralada, no le restan más opción que la huida hacia delante; pero también implica el grave riesgo de que se produzca un pánico entre los soldados al verse encerrados y sin salida posible, como explica Heródoto en los pasajes que hemos transcrito anteriormente.⁷⁵

De esta forma, en general, la imagen que queda a través de Heródoto de estas fortificaciones persas es la de unas construcciones que suponen un ingente esfuerzo de hombres y de material, que tienen una función exclusivamente defensiva (como depósito de los bagajes y lugar último de refugio para las tropas), pero cuya utilidad real es nula.⁷⁶ Los griegos logran finalmente la victoria siempre sin que esas fortificaciones hayan jugado ningún papel esencial. Son más bien una excentricidad persa, que en el fondo denota la falta de confianza de los medos en la victoria en el campo de batalla, y cuya construcción es posible gracias a las incontables reservas humanas y materiales con las que cuenta el Rey. Paradójicamente, al final colaboran únicamente en demostrar la superioridad militar de la infantería griega, pese a la inferioridad numérica de éstos, sobre Oriente.

⁷⁵ Lo mismo vale la presencia de un río a la espalda de una formación militar en el campo de batalla.

⁷⁶ El texto de Nepote, *Milcíades*, V sobre la batalla de Maratón (*Y fue tal el arrojamiento de los atenienses, que derrotaron a un enemigo diez veces mayor, y lo aterrorizaron de manera que los persas huyeron, no a su campamento, sino a sus naves*, traducción de BAUTISTA XURIGUERA, 1963) parte de la suposición de que el campamento persa en Maratón estaría fortificado, o bien que poseía una fortificación. Esto puede ser debido a que los campamentos del s. I d.C. eran siempre fortificados o a que permanecía la tradición de la existencia de una fortificación donde guardar los bagajes en las acampadas persas. Sin embargo, de él no hay ninguna noticia en Heródoto y no parece probable que su ausencia de la narración herodotea se deba a un olvido, ya que eso no se da en ningún otro pasaje. Pero lo más interesante es cómo aún subyace la idea, también en esta narración tardía de la batalla, de que las estructuras campamentales fortificadas persas cumplían únicamente la función de refugio último de las tropas para su defensa.

De otra naturaleza es el papel jugado por el muro construido por los peloponesios para la protección del Istmo. Su presencia es constante durante el libro VIII y IX.⁷⁷ Heródoto lo califica siempre como τεῖχος y lo describe como una obra realizada con piedras, ladrillos, troncos y arena, a la que se dota de almenas.⁷⁸

Su juicio sobre esta fortificación es muy claro. La construcción, que responde a una mentalidad eminentemente defensiva, expresaba, además, el egoísmo de los peloponesios que, hasta que no vieron terminada su construcción (Hdt., VIII,71), y, por tanto, aseguradas sus posiciones, no se decidieron a apoyar realmente al bando heleno.⁷⁹ Los peloponesios siempre pretendieron arrastrar al resto de los griegos hacia un enfrentamiento último contra el persa desde esa posición, aspirando a que las demás *polis* griegas sacrificaran así sus territorios (Hdt., VII,207). Este muro se convertía en algo parecido a un símbolo de la insolidaridad de aquellos. Además, según el pensamiento muy acertado de Heródoto, la elevación del muro en el Istmo de Corinto era un trabajo inútil, puesto que las vías de acceso a la península, que estarían a disposición de los persas si se hacían dueños absolutos del mar, convertían en inútil todos esos trabajos y aseguraban la derrota griega, tanto por la defección de muchos griegos al verse abandonados a su suerte por los peloponesios, como por las limitaciones tácticas de una defensa únicamente terrestre (Hdt., VII,139,3-4):

⁷⁷ Diodoro Sículo nunca menciona este muro, probablemente porque luego no jugó ningún papel durante las acciones militares entre persas y griegos.

⁷⁸ Hdt., VIII,71,2: καὶ γὰρ λίθοι καὶ πλίνθοι καὶ ξύλα καὶ φορμοὶ ψαμμου πλήρεις ἐσεφορέοντο; IX,7,1: καὶ ἤδη ἐπάλξις ἐλάμβανε.

⁷⁹ Hdt., VIII,40,2: *...más aún tenían noticias de que estos últimos, preocupados sobre todo por la salvación del Peloponeso -y con ánimo de mantenerlo a buen recaudo (ἐν φυλακῇ)-, estaban construyendo un muro (τειχέοντας) en el Istmo, sin cuidarse del resto de Grecia. Al tener noticias de ello fue por lo que solicitaron a los aliados que fondeasen en Salamina (σκεῖν πρὸς τὴν Σαλαμῖνα); IX,7,1,b.; 8,2.*

...aunque los peloponesios hubiesen levantado a través del Istmo muchas fortificaciones defensivas (τειχέων) (...). Y, por lo tanto, en uno u otro caso, Grecia habría caído en poder de los persas, pues no alcanzo a comprender cuál habría sido la utilidad de las fortificaciones (τειχέων) erigidas a través del Istmo, si el rey hubiese sido dueño del mar.⁸⁰

Al final, el muro se convierte únicamente en un elemento de tensión entre los propios griegos y una baza más en el juego político de las diferentes opciones. No se trata de un muro de defensa de un campamento, aunque sí muestra una cierta predisposición de las comunidades del Peloponeso al empleo de muros y construcciones defensivas.

No es un caso singular. En la obra del escritor de Halicarnaso, aparecen otros dos ejemplos del empleo entre los griegos de este tipo de construcciones defensivas. El primero de ellos lo encontramos durante la narración del episodio de las Termópilas, donde se aprovecha la presencia de un antiguo muro construido por los focenses y que ellos reparan cuando sitúan allí su base como forma de defender el paso (Hdt., VII,208-209). Sin embargo, no nos sirve como ejemplo de fortificación de un campamento, puesto que lo que hacen los soldados de Leónidas es situarse aprovechando simplemente las características de la topografía del terreno, no introduciendo nuevas construcciones.

El otro episodio lo protagonizan los pocos atenienses que se atrincheran en la Acrópolis para hacer frente a la toma de la ciudad por los persas. Es casi un intento ridículo de un pequeño número de ciudadanos, confundidos sobre cómo interpretar los oráculos en relación con la defensa del Ática y la derrota del persa (Hdt., VIII,51,2):

⁸⁰ Cfr., Hdt., IX,9,2.

El caso es que se apoderaron [los persas] de la ciudad (τὸ ἄστυ), que se hallaba desierta, si bien se encontraron, refugiados en el santuario (ἐν τῷ ἱρῶ), con unos cuantos atenienses (se trataba de tesoreros del santuario y de personas pobres), que habían fortificado (φραξάμενοι) la Acrópolis con una barricada de planchas y troncos de madera (θύρησί τε καὶ ξύλοισι) para intentar rechazar a los invasores. No se habían trasladado a Salamina tanto por su falta de recursos como porque creían que sólo ellos habían comprendido el significado del oráculo que les había vaticinado la Pitia (que el muro de madera (τεῖχος) sería inexpugnable); es decir, consideraban que, según el oráculo, el refugio (κρησφύγετον) lo constituía justamente la empalizada, y no las naves.⁸¹

Aquí concluyen los ejemplos de fortificación de campamentos o de fuerzas armadas griegas en la Hélade estacionadas sobre un territorio durante el periodo de las Guerras Médicas en Heródoto. Diodoro Sículo, por el contrario, nos da noticias de otros episodios en este mismo periodo en los que aparecen fortificaciones de campamentos, pero localizados en Sicilia, durante las luchas entre griegos siciliotas y cartagineses.

Estos últimos, nada más desembarcar junto a Hímera, nos cuenta Diodoro (XI,20,3) que establecieron dos campamentos fortificados (παρεμβολής), uno para la flota y otro

⁸¹ Las defensas parecen haberse construido mediante puertas arrancadas de las casas. La barricada pudo levantarse en el flanco occidental de la Acrópolis (donde, posteriormente, se construyeron los Propíleos), la única zona por la que el promontorio rocoso (de 156 m. de altura) presenta una pendiente accesible: *cfr.* SCHRADER, 1989, n. 267, p. 89.

para el ejército terrestre.⁸² La construcción es compleja, pensada para asegurar su estancia en el territorio y la línea de suministros para el ejército (D.S., XI,20,3-5):

All the warships he hauled up on land and threw about them a deep ditch and a wooden palisade (καὶ τάφρω βαθεία καὶ τείχει ξυλίνω περίελαβε), and he strengthened the camp of the army (τῶν πεζῶν παρεμβολήν), which he placed so that it fronted the city, and prolonged so that it took in the area from the wall extending along the naval camp as far as the hills which overhung the city. Speaking generally, he took control of the entire west side, after which he unloaded all the supplies from the cargo vessels (τὴν μὲν ἀγορὰν ἅπασαν ἐκ τῶν φορτίδων νεῶν ἐξείλετο) and at once sent off all these boats, ordering them to bring grain and the other supplies (σῖτον καὶ τὴν ἄλλην ἀγορὰν κομίσειν) from Libya and Sardinia.

De nuevo nos situamos ante una construcción conformada por una empalizada de madera y rodeada de un profundo foso. Debió de responder a una buena planificación de la campaña y a un tipo de guerra en el que el establecimiento sobre el territorio y su dominio se conciben sólo gracias a la instalación de una base militar fortificada en territorio enemigo. En esto, la táctica cartaginesa parece similar a la persa, previéndose también todos los problemas logísticos a la hora de planificar una campaña.

⁸² A ambos los denomina de forma indistinta como παρεμβολή y στρατόπεδον (cfr., D.S., XI,21-22). La narración de Heródoto sobre este episodio es difícil de conciliar con el testimonio de Diodoro y de Polieno (I,27), que sí son coincidentes entre sí. Los dos autores hablan de dos campamentos, uno para las tropas de tierra y otro para la marina, lo que parece derivarse de una tradición oral local: cfr. HOW-WELLS, vol. II, 1912 (reimpr. 1998), pp. 201-202.

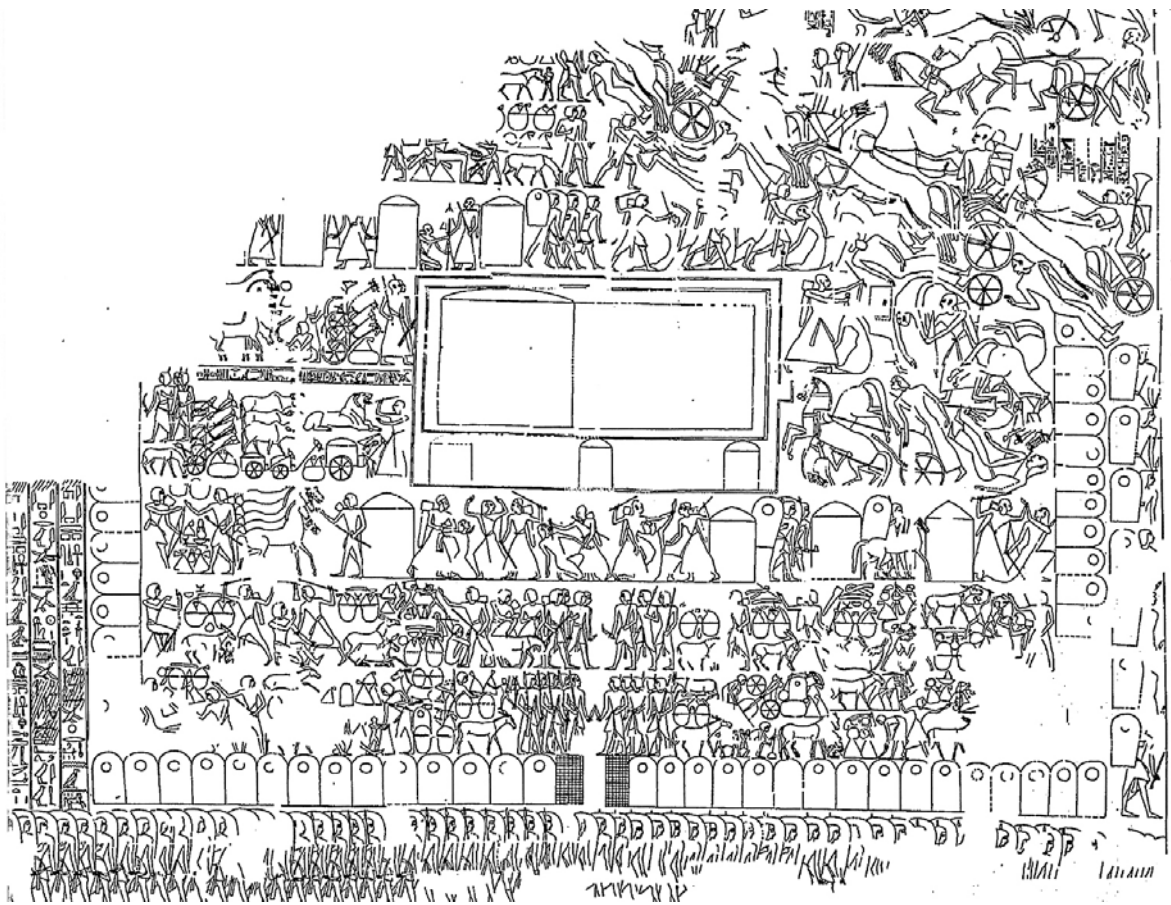
La gran diferencia con respecto al escenario de la Hélade estriba en que aquí la respuesta de las fuerzas griegas es similar a la de los cartagineses, levantando también ellos una fortificación en el campamento. Así, Gelón de Siracusa marcha en ayuda de los himerenses y lo primero que lleva a cabo, nada más llegar a las inmediaciones de la ciudad, es la fortificación del campamento gracias una empalizada y un profundo foso (D.S., XI,21,2):

*Estableció [Gelón] su campamento en un lugar adecuado de los alrededores de la ciudad y lo fortificó rodeándolo con un profundo foso y una empalizada; luego lanzó toda su caballería contra los enemigos que vagaban por la región en busca de botín.*⁸³

La lucha se salda con la victoria griega gracias a la estratagema de una pequeña fuerza siracusana, que penetra en el campamento de Hamílcar y convierte en inútil la fortificación (D.S., XI,21-22). De todo este episodio Heródoto (VII,165-167) apenas ofrece información, no mencionando en ningún caso las operaciones militares que, en torno a Hímera, tuvieron lugar entre siracusanos y cartagineses.

Con estos textos hemos completado la revisión de los ejemplos que las fuentes nos presentan en relación con el empleo o presencia de fortificaciones en las operaciones militares del periodo de las Guerras Médicas.

⁸³ Traducción por de TORRES ESBARRANCH, 2006.



Campamento de Ramses cerca de Qadesh, YADIN, 1963, p. 107

La defensa del campamento se hace mediante escudos colocados en su perímetro. El plano es, como siempre entre los egipcios, rectangular. Parecen existir cuatro entradas con puertas de madera o mimbre, que dan paso a las cuatro calles principales que organizan ortogonalmente el campamento. En el centro se encuentra un espacio reservado con una gran tienda, y tres más pequeñas. Parecen descubrirse zonas reservadas para guardar los caballos y animales de tiro (bueyes), así como carros, algunos de los cuales aparecen desmontados junto a los equipajes.

La primera cuestión que debemos resaltar es la diferencia entre el mundo griego del continente y los griegos de Occidente. Aquellos no parecen haber hecho uso de fortificaciones en sus acampadas, ni en las campañas militares que llevan a cabo. Resulta

difícil pensar que Heródoto pase por alto o eluda mencionar (ya sea voluntariamente, ya sea por desconocimiento o por darlo por supuesto) la realización de construcciones defensivas en los campamentos griegos. Más bien parece que éstas no se producían. Prueba de ello está en que ni Esquilo ni Diodoro Sículo mencionan tales construcciones en el bando griego durante las acciones militares de las Guerras Médicas y, sin embargo, sí que todos ellos coinciden al mencionar las fortificaciones de los medos.

Además, Heródoto también refiere la presencia, en ciertos casos, de muros o construcciones defensivas y, como hemos visto al principio de este apartado, no le son extrañas las tácticas poliorcéticas. Pero para Heródoto, como bien pudo ocurrir en general entre los griegos de la Hélade de su tiempo, el juicio que le merecen esas fortificaciones es bastante negativo. De la experiencia de las Guerras contra los persas la conclusión final que parece que alcanzaron los griegos fue que el esfuerzo constructivo no resultó en ningún caso rentable para los intereses tácticos de sus enemigos; es más, se mostraban como contraproducentes, ya que los griegos, gracias a esas mismas estructuras defensivas, pudieron infligir graves daños entre la fuerza armada persa que quedaba allí encerrada al buscar en ella refugio. Quizá un conocimiento más profundo de los sucesos en Sicilia hubiera podido llevar a Heródoto a matizar tales juicios y a profundizar en las diferentes causas que determinaron el fracaso de esas imponentes construcciones.

En todo caso, en el continente, las guerras se decidían en campo abierto, y allí las armas ofensivas y defensivas griegas, unidas a la táctica hoplítica, se demostraron claramente superiores a la capacidad militar persa. Pudiera ser que con una mayor igualdad en armamento y tácticas, el final de la guerra hubiera sido otro y entonces las fortificaciones habrían jugado un papel mucho más importante.

Es probable que fuera esta la experiencia en Sicilia, donde ambos ejércitos consideran el apoyo en un campamento fortificado como una premisa esencial antes de la batalla, y donde la victoria no se obtiene únicamente gracias a una mejor táctica sobre el campo de batalla, sino también mediante el empleo de estratagemas que permiten desequilibrar de forma decisiva la balanza.

La siguiente cuestión es por qué se produce esa diferencia entre los griegos sículos y los griegos del continente, y cómo es que la comunicación entre ambos escenarios no trajo consigo la asunción de las tácticas bélicas empleadas por los otros griegos. En este campo concreto, ambas zonas parecen mundos completamente aparte. Quizá la respuesta esté en que ésta sería únicamente una innovación de Gelón de Siracusa y que el resto de las comunidades de griegos de Sicilia siguieron las mismas pautas que los griegos de la Hélade, no fortificando sus campamentos. Pero la falta de testimonios nos impide asegurarlo, aunque asimismo parece difícil pensar que en un mundo tan pequeño como Sicilia, el exitoso comportamiento de Gelón no fuera inmediatamente copiado por sus vecinos.

En relación con esto, también cabe plantearse el origen de esas innovaciones y hasta qué punto se deben más a factores endógenos o exógenos, o si el mundo púnico influyó más decisivamente que el persa. La falta de descripciones más pormenorizadas y de un mayor interés de las fuentes por estas cuestiones nos impide ni tan siquiera llegar a hipotetizar sobre ello. En todo caso, no cabe duda de que el contacto con Oriente en las Guerras Médicas y la evolución que se produce en Sicilia tuvo que influir en los desarrollos tácticos posteriores de los griegos de la Hélade.



**Interior de un campamento fortificado asirio y tiendas de campaña,
BARNETT, 1962, plate LXVI**

Las tiendas de campaña de los soldados asirios del siglo VIII está realizadas con lonas, sostenidas por postes, y clavadas en el suelo mediante estacas que permiten sostener los tirantes. En este relieve podemos observar como dentro de las mismas se guardaban todos los instrumentos de uso cotidiano, las armas y los alimentos. Eran numerosos servidores los que se ocupaban de las labores cotidianas. La tienda del extremo inferior derecho del relieve debe corresponderse con la tienda de algún personaje distinguido, de ahí su estructura peculiar y decoración exterior más rica.

6. Los sistemas de información, guardia y vigía en torno a las tropas acampadas.

La imagen que en conjunto muestra Heródoto sobre los sistemas de información, comunicación, guardia y vigilancia en las campañas militares es muy completo y permite entrever que en este momento ya se ha alcanzado un alto grado de desarrollo. Estos aspectos interesaron enormemente a los jefes militares, quienes pronto comprendieron la necesidad de coordinar sus fuerzas, recibir rápidamente información sobre sus propias tropas o sobre la evolución del enemigo, y la importancia del factor sorpresa.

Dentro de esta área de la teoría castrametral, los textos referidos a este periodo que mencionan la presencia de φυλακῆς en muy diversas labores y circunstancias son los más abundantes. Guardias aparecen protegiendo el palacio del rey persa (Hdt., III,72,1), así como en las murallas (Hdt., I,89,2; VIII,53,1) y puertas de las ciudades griegas (Hdt., I,89,3). Así son también denominados los soldados responsables de mantener el asedio a las ciudades (Hdt., III,48,3) y también de guardar rutas y caminos en el imperio aqueménida (Hdt., V35,2-3). Pero de mayor importancia para nosotros son los centinelas protegiendo campamentos (Hdt., IX,44), vigilando prisioneros (Hdt., VIII,23,1; IX,120,1) y guardando naves fondeadas en los puertos (Hdt., V,33,2).

Como vemos por su variedad, las labores de vigilancia debían ocupar a bastantes hombres durante bastante tiempo en los ejércitos de este periodo.⁸⁴ Aunque contamos sólo con un texto que nos sirva de ejemplo, sí que parece lo más verosímil que en las acampadas de los ejércitos griegos durante el período de las Guerras Médicas se emplearan de forma

⁸⁴ *Cfr.*, A., A., 330-348.

habitual sistemas de guardia para protegerse, tanto si se trata de contingentes terrestres como de escuadras de barcos fondeados en un puerto o varados en la orilla.

En el caso concreto de los campamentos se establecían puestos de guardia al llegar la noche, al menos en situaciones de emergencia y ante la proximidad del enemigo. Así parece mostrarlo el siguiente texto enmarcado en la batalla de Platea y que narra cómo Alejandro de Macedonia intenta aproximarse de noche al campamento griego para hablar con los generales y congraciarse con ellos mediante la transmisión de valiosa información sobre los persas (Hdt., IX,44):

...cayó la noche y los centinelas ocuparon sus puestos (φυλακὰς ἐτάσσοντο). Y, una vez bien entrada la noche, cuando parecía que la calma reinaba en ambos campamentos (ἀνὰ τὰ στρατόπεδα) y que las tropas se hallaban sumidas en el más profundo de los sueños, justo entonces Alejandro, hijo de Amintas, el caudillo y monarca de los macedonios, se dirigió a caballo a los cuerpos de guardia (πρὸς τὰς φυλακὰς) atenienses al objeto de entrevistarse con sus generales. La mayoría de los centinelas (τῶν φυλάκων) permanecieron en sus puestos (παρέμενον), pero unos cuantos corrieron a alertar a sus generales; y, a su llegada, les notificaron que, procedente del campamento (ἐκ τοῦ στρατοπέδου) medo, se había presentado un individuo a caballo que, sin dar ninguna otra explicación, manifestaba su deseo de entrevistarse con los generales, a quienes citaba por sus nombres. Los generales, entonces, al oír esta noticia, acompañaron de inmediato a los centinelas a los puestos de guardia (εἰς τὰς φυλακὰς). Y, a su llegada, Alejandro les dijo lo siguiente:...

Cada contingente parece ser responsable de la seguridad de su propia zona de acampada, lo cual es lógico teniendo en cuenta que, como ya hemos dicho, los diversos grupos de ejército constituían campamentos diferentes. También parece adivinarse a través de este episodio que el sistema se asentaba en la presencia de unidades de vigilancia establecidas justo delante del perímetro de la acampada. Eso es lo que explicaría el que sólo unos pocos soldados de entre esos vigilantes fueran a avisar a los mandos militares de la llegada del macedonio, mientras los demás miembros del piquete se mantenían en sus posiciones, vigilando al recién llegado, e impidiendo su acceso al campamento. La rapidez con la que los jefes atenienses parecen alcanzar desde sus tiendas el lugar donde se encuentra el macedonio Alejandro demostraría que tales piquetes de guardias se localizaban bastante próximos a los lugares de descanso de los soldados.

Lo que no sabemos es cuántos soldados conformaban en este periodo un puesto de guardia, ni tampoco si eran siempre el mismo número o éste variaba dependiendo de las circunstancias de cada momento. También desconocemos si existían uno o varios jefes o responsables de la guardia, ni si conformaban un cuerpo especializado. Igualmente carecemos de la descripción de alguno de esos piquetes, pero lo más probable, casi podemos decir que seguro, es que lógicamente se ayudarían en su labor mediante hogueras, uno de los rasgos distintivos más característicos de esa actividad en periodos posteriores.

Sobre la existencia de un sistema de rondas para asegurar la buena marcha de las guardias durante la noche, disponemos de un único pasaje referido a una flota fondeada en puerto (Hdt., V,33,2):

Con ocasión de una ronda que llevó a cabo por los cuerpos de centinelas apostados en las naves, Megábatas se encontró con que a bordo de una nave mindia, no había nadie que montara guardia.⁸⁵ Entonces el persa, considerando que aquello constituía una falta grave, ordenó a los miembros de su escolta (τοὺς δορυφόρους) que fueran en búsqueda del capitán (τὸν ἄρχοντα) de aquella nave, cuyo nombre era Escíλαx, y que lo ataran, medio colgando por una tronera de la línea inferior de la nave.

Dado que el suceso está referido a la flota meda, y que se trata de una revista inopinada de las guardias, no podemos afirmar con rotundidad que fuera un procedimiento habitual u ordinario el llevar a cabo esa ronda, ni por los jefes militares o ni por algún otro encargado de ese servicio. Aunque, lo más lógico, es que así fuera. Sí podemos afirmar con mayor seguridad que las penas impuestas a aquellos soldados que se descuidaban en sus guardias eran ciertamente severas, siendo el jefe de cada contingente el único que tenía potestad para decidir y ejecutar el castigo.⁸⁶

En cuanto a los turnos de guardia nocturna, la mayor parte de los autores considera que serían tres, pero el único fundamento para esta afirmación es la mención a la existencia de, como mínimo, dos turnos (Hdt., IX,51,3):⁸⁷

⁸⁵ Περιόντος Μεγαβάτεω τὰς ἐπὶ τῶν νεῶν φυλακὰς ἐπὶ νεὸς Μυνδῆς ἔτυχε οὐδεὶς φυλάσσω.

⁸⁶ Incluso se pueden calificar como castigos extremos si atendemos a la pena recibida por Evenio (arrancándole un ojo) tras haberse dormido durante la vigilancia nocturna de un rebaño: Hdt., IX,93,3; ver también, V,33-34.

⁸⁷ Esa es la opinión de SCHRADER, 1989, n. 315, p. 341, por lo que el segundo turno se iniciaría en torno a las 11 de la noche, aunque todo eso depende, evidentemente, de la duración de la oscuridad.

A ese paraje, pues, fue al que proyectaron trasladarse (μεταναστήναι), para poder disponer de agua en abundancia y para que los jinetes no les causaran bajas, como ocurría cuando se encontraban a tiro. Y decidieron replegarse justo cuando montara guardia el segundo turno de noche (ἡ δευτέρα φυλακή), a fin de evitar que los persas advirtieran su partida.

Los sistemas de guardia de los campamentos no se limitaban a lo hasta aquí visto. Tenemos constancia de una gran diversidad de tipos de exploradores, vigías, guardias avanzados, etc., que completaban las redes de información y seguridad del campamento, llevando a cabo todos ellos labores muy diversas. Lo que no sabemos, por la falta de suficientes testimonios, es si se hacía un uso sistemático de todos ellos o bien si respondían a circunstancias concretas o excepcionales.

En primer lugar, debemos detenernos en cómo, en torno a las acampadas, se establece un anillo de seguridad conformado por vigías avanzados denominados como ἡμεροσκόποι. Se situaban en alturas próximas al campamento para anunciar la aproximación o el movimiento de las tropas enemigas, bien gracias a un sistema de señales, bien corriendo al campamento portando las noticias, como podemos ver que sucede durante los movimientos de las flotas persa y griega en torno a Artemisio (Hdt., VII,192,1): *Por su parte, un día después de que la tempestad comenzara a desencadenarse, los vigías (οἱ ἡμεροσκόποι) allí apostados bajaron a toda prisa de las alturas de Eubea e informaron a los griegos del alcance del naufragio.*

Estos vigías llevaban a cabo su tarea no solamente durante las horas de luz,⁸⁸ regresando al anochecer al campamento, sino que probablemente su nombre procede del hecho de que sus turnos se extendían a lo largo de un día completo, lo cual es lógico ya que se emplazaban bastante alejados del lugar ocupado por el στρατόπεδον, en posiciones para las que se precisaba de varias horas para llegar. Esto también se comprueba durante la batalla de las Termópilas. Allí serán los ἡμεροσκόποι los que al amanecer trasladen la noticia del avance de los persas por la retaguardia a los hombres de Leónidas allí apostados (Hdt., VII,219,1):

A los griegos que se hallaban en las Termópilas el primero que les anunció que iban a morir al rayar el día fue el adivino Megistas, pues lo había observado en las entrañas de las víctimas; posteriormente, hubo asimismo unos desertores que les informaron de la maniobra envolvente de los persas (esos sujetos dieron la alarma cuando todavía era de noche); mientras que, en tercer lugar, lo hicieron los vigías, que bajaron corriendo de las cumbres cuando ya alboreaba el día (ἡμεροσκόποι καταδραμόντες ἀπὸ τῶν ἄκρων ἤδη διαφαινούσης ἡμέρης).

Si esos vigías llegaron con las primeras luces al campamento, no es posible pensar que hubieran tenido tiempo para salir esa misma mañana, alcanzar las cumbres, observar la aproximación de la tropa persa y regresar con tiempo al campamento. La única posibilidad es que hubieran estado allí apostados desde el día anterior, hubieran pasado en esas alturas la noche, con las primeras luces descubrieran el avance persa y bajaran al instante ellos

⁸⁸ Esta es la opinión de HOW-WELLS, vol. II, 1912, (reimpr. 1998), p. 210 : ἡμεροσκόπους: *look-out men stationed on heights to observe the enemy's movements, which was of course only possible by day.*

mismos corriendo y llevando el aviso al campamento de que iban a ser rodeados. De ahí que más probablemente su actividad no se reduzca a las horas de luz, sino a una labor de vigilancia durante un día completo. Se conforman así como una segunda línea de seguridad y un primer frente de observación para el mando central del στρατόπεδον.

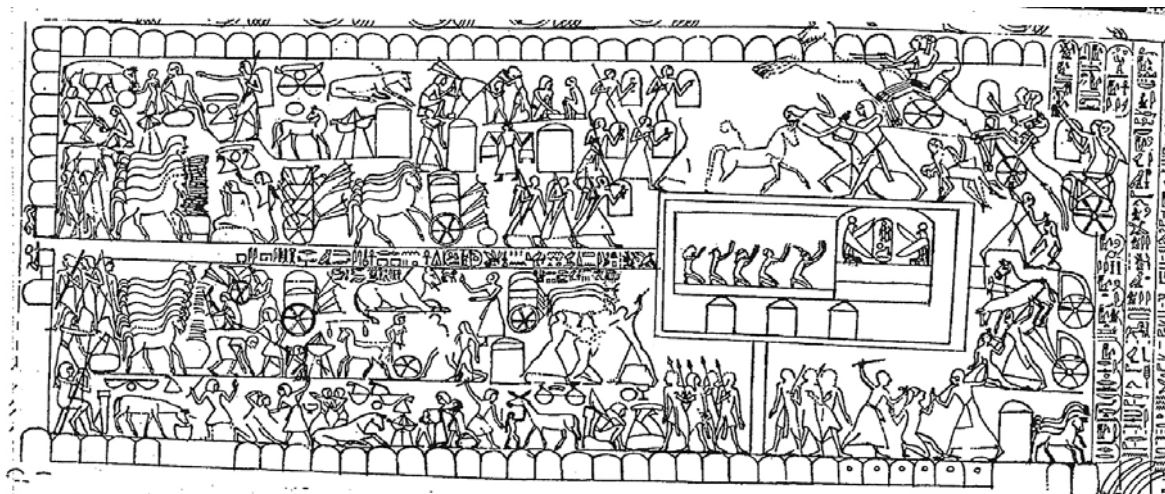
También en las flotas podía disponerse de un anillo avanzado de seguridad e información semejante mediante el destacamento de algunas naves. Así lo vislumbramos durante los preámbulos de la batalla de Salamina, cuando se produce el apresamiento de una nave encargada de esa labor en Escíatos (Hdt., VIII,92,1): *...(se trataba, precisamente, del que había capturado a la nave egineta que montaba guardia en Escíatos (προφυλάσσουσιν ἐπὶ Σκιάθω) y en la cual figuraba Píteas, hijo de Isquénoo...)*.⁸⁹

Diferente es la naturaleza de la labor que realizan los demás miembros que completan el sistema de información y seguridad de las tropas. Si hasta ahora hemos visto guardias y vigías con funciones pasivas, todos los que veremos a continuación poseen una función de naturaleza más activa. Con labores de vigilancia, observación e información sobre las actividades del enemigo identificamos a diversos personajes denominados como σκόποι, κατασκόποι, κατόπτης y προδρόμοι. Todos ellos son exploradores que avanzan hasta posiciones donde puedan observar al enemigo y, una vez adquirida la información que se les ha requerido, llevan la noticia al campamento o la envían mediante algún sistema de comunicación.

Los σκόποι aparecen únicamente mencionados en Esquilo y Diodoro Sículo, pero en ambos casos sus labores son muy similares. En *Los Siete contra Tebas*, Eteocles envía σκόπους καὶ κατοπτῆρας a espiar al enemigo en su acampada, alcanzando un punto en el

⁸⁹ También, Hdt., VII,179 y VIII,6,1.

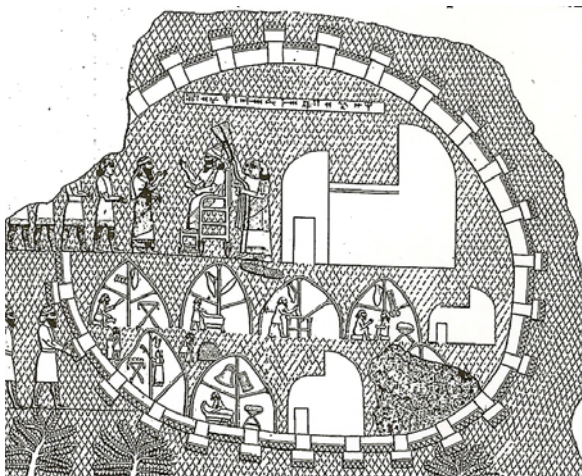
que pueda escuchar cuáles son sus planes (A., *Th.*, 36-38). Una vez obtenida la información deben éstos regresar al campamento. Es decir, que nos encontramos frente a un tipo de espía o explorador cuyo cometido es fundamentalmente adquirir información sobre el enemigo con el deseo de poderse adelantar a sus movimientos.



Alto. Chab. I. C.

Campamento egipcio de Ramses, YADIN, 1963, p. 108

Una nueva escena de ataque a un campamento, pero en esta ocasión podemos comprobar de forma más clara la estructura ortogonal del plano de acampada egipcio, así como la distribución de los diferentes elementos del ejército en zonas de acampada propias. La gran tienda central parece reservada a servir de templo de las tropas en campaña. Las defensas de escudos en el perímetro de acampada eran completamente inútiles ante el ataque del enemigo. Más bien servirían de defensa frente a las alimañas.



Campamento fortificado de Senaquerib (s. VIII), YADIN, 1963, p. 292

En el centro del campamento aparece una estructura destacada que probablemente se corresponda con la tienda del jefe del ejército

La misma imagen la tenemos descrita en Sicilia. En D.S., XI,21,4-5, Gelón de Siracusa pone en marcha una estratagema para poder introducir a algunos soldados de su ejército en el campamento fortificado de los cartagineses frente a Himera. Con el fin de coordinar ese movimiento con el ataque de sus tropas al campamento enemigo y así sorprender a los cartagineses e impedir que puedan cerrar las puertas, sitúa en unas elevaciones cercanas a la fortificación a unos σκόποι que han de mandar la señal al campamento siracusano cuando sea el momento apropiado para iniciar el ataque:

Asimismo [Gelón] envió vigías a las alturas circundantes, a los que ordenó dar la señal convenida una vez que vieran la caballería en el interior del campamento enemigo. Y el mismo, al amanecer, con sus fuerzas en orden de batalla, se puso a esperar la señal.⁹⁰

Como vemos, pese a la distancia cronológica de ambas fuentes, la labor de los σκόποι en los dos textos resulta muy similar. En Heródoto esa misma función de espionaje y observación del enemigo la llevan a cabo los denominados como κατασκόποι. Así se denomina al soldado persa que se acercó a caballo a observar la situación del campamento lacedemonio en las Termópilas (Hdt., VII,207-209). Pero también son así designadas las naves persas que exploran las costas griegas y Tarento con el fin de recopilar información para preparar la campaña del medo en Occidente (Hdt., III, 136,2; 138,4).

⁹⁰ Traducción de TORRES ESBARRANCH, 2006.

Σκόπτοι son también en Heródoto los emisarios de un país que llevan a cabo una labor de espionaje, entendido esto en un sentido mucho más moderno y sofisticado. Por ejemplo, así se designan a los enviados griegos a la corte de Sardes cuya misión consiste en averiguar cuál es la situación del imperio persa y las posibilidades reales que se tenían en caso de un enfrentamiento contra ellos (Hdt., VII,146,1); Sin embargo, los agentes medos enviados por el Rey a la corte etiópica con la misma finalidad de espionaje son identificados con el término κατόπτης (Hdt., III,17):

Posteriormente, Cambises planeó una triple expedición: una contra los cartagineses, otra contra los amonios y una tercera contra los etíopes macrobios, que están asentados en Libia, a orillas del mar del sur. Y, de acuerdo con sus planes, decidió enviar contra los cartagineses su fuerza naval, contra los amonios un selecto contingente de su infantería, y contra los etíopes, ante todo, unos espías (κατόπτας), para que, so pretexto de llevar unos presentes al rey de ese pueblo, se cercioraran de si existía realmente la Mesa del Sol que, según la tradición, se hallaba en el país de los susodichos etíopes y, así mismo, para que se fijasen cuidadosamente en todo lo demás.

Tanto unos emisarios como los otros serán descubiertos, y a todos se les permite regresar a sus países sin sufrir daño, con la confianza de que la información recabada por estos espías frustrados disuadiera a sus Estados de iniciar campaña bélica alguna. Como vemos, ya en éste periodo, información y propaganda pueden llegar a convertirse en las dos caras de una misma moneda y el sabio empleo de ambos es un instrumento siempre muy valorado por los diferentes gobiernos.

Por último, las menciones a προδρόμοι son muy escasas en las fuentes de este periodo. De los dos textos que podemos citar, el más importante está relacionado con la campaña persa contra los escitas. La misión de estos jinetes es controlar e informar a su base de la situación y movimientos del enemigo persa y poder llevar a cabo un más efectivo trabajo de acoso sobre el grupo expedicionario que se encuentra en territorio enemigo (Hdt., IV,122,1).⁹¹ Es llamativo que sólo aparezca un ejemplo durante este periodo de este tipo de explorador, que conocerá una gran difusión y empleo en los ejércitos griegos de los periodos posteriores.

Hay dos episodios que, a primera vista, no encajan con el cuadro que acabamos de reconstruir. Ambos se suceden durante la narración de la batalla en las Termópilas. El primero se refiere a la acción de exploración de un jinete (κατάσκοπον ἵππέα) enviado por Jerjes al campamento griego en las Termópilas (Hdt., VII,208), quien podrá acercarse sin ser detenido ni advertido por ningún guardia, llegando hasta un punto en el cual es capaz de contemplar a su gusto la situación de las fuerzas lacedemonias estacionadas en el paso, regresando a su campamento e informando luego a sus comandantes del estado del ejército griego con gran detalle. La narración, tal y como la recoge el historiador de Halicarnaso, parece haberse conformado con el fin expreso de alabar la heroicidad de los hombres que dieron su vida por Grecia y exaltar el carácter estoico de los espartanos, de ahí que sólo se mencione al contingente lacedemonio y se obvие cualquier referencia al resto de las fuerzas apostadas en el paso. Pero la verosimilitud de la anécdota se ve empañada por la ausencia completa de sistemas de seguridad y guardia en torno al campamento que

⁹¹ También Hdt., VII,203, pero en este caso el término se emplea para calificar al ejército griego situado en las Termópilas de *avanzadilla de los griegos* frente a los persas con el fin de animar al resto de los griegos a participar en la resistencia contra el ejército de Jerjes.

impidieran la aproximación del espía, lo cual resulta difícil de aceptar dada, en primer lugar, la práctica habitual entre los ejércitos griegos de la época; en segundo lugar, la trascendencia de la ocasión; y, aún más, si consideramos la profesionalidad del ejército espartano. El hecho parece sorprender al propio Heródoto, quien despide la escena comentando cómo el jinete *regresó con absoluta tranquilidad, pues nadie lo persiguió y se benefició de la despreocupación general, por lo que, a su vuelta, le contó a Jerjes todo lo que había visto* (Hdt., VII,208,3). Lo cierto es que, además, en las Termópilas los griegos sí que han seguido la forma habitual de conducirse cuando acampan y podemos afirmar sin dudar que en torno al campamento de las Puertas Calientes existe un cordón de seguridad e información. Tenemos certeza de ello porque en Hdt., VII,219,1, un ἡμεροσκόπος llega al campamento al romper el día para anunciar a Leónidas que los persas han logrado superar a los focenses en Anopea y que ya están próximos a alcanzar la retaguardia del ejército. De ahí que quepa abrigar dudas acerca de la historicidad de la acción de espionaje del jinete persa.

El segundo episodio se sucede en este mismo marco, pero teniendo como protagonistas a los mil hoplitas focenses encargados de proteger el paso de Anopea y la retaguardia griega en las Termópilas. Esta considerable fuerza griega jugaba un papel fundamental en la estrategia de Leónidas, y de la defensa que hicieran de esta ruta dependía la suerte de los griegos apostados en el paso. Su elección para esta misión no era casual. Los focenses conocían perfectamente el terreno y, además, desde el punto en el que habían sido destacados cubrían no sólo la retaguardia de los griegos en las Termópilas, sino igualmente la ruta de acceso a su territorio.⁹² Sin embargo, pese a la evidente importancia de su misión, los focenses son sorprendidos durmiendo por los persas que avanzan de

⁹² HIGNETT, 1963, pp. 361-370.

noche por la ruta Anopea para rodear y atacar por retaguardia el paso central de las Termópilas (Hdt., VII,217,2-218,3):

Los focenses se percataron de que el enemigo había subido por el sendero merced a la siguiente circunstancia: la ascensión de los persas pasó inadvertida, porque toda la montaña estaba llena de encinas, pero, debido a la hojarasca esparcida por el terreno que pisaban (a pesar de que el viento se hallaba en calma), sus efectivos, como era lógico, organizaban mucho ruido, por lo que los focenses se incorporaron y ciñeron sus armas en el mismo instante en que se presentaban los bárbaros. Cuando los persas vieron a unos soldados que estaban ciñendo sus armas, se quedaron desconcertados, pues esperaban no encontrarse con obstáculo alguno y se toparon con un contingente armado.

(...) Sin embargo los focenses, en vista de la cerrada lluvia de flechas con que eran atacados, emprendieron la huida en dirección a la cima de la montaña, creyendo que el ataque iba dirigido expresamente contra ellos, y se dispusieron a morir.

Según la descripción del episodio que acabamos de leer, los focenses carecerían de un sistema de guardias y vigías en torno al campamento, como el que disfrutaban el resto de aliados en las Termópilas, y eso pese a que ambas posiciones resultaban igual de importantes. El hecho resulta tan relevante para el conjunto de la batalla que para muchos estudiosos fue la ineptitud focense en este punto el elemento clave de la derrota final y de la necesidad del sacrificio de Leónidas y sus hombres: *If Thermopylai fell, it fell because Leonidas made a serious mistake when he left the defence of all-important Anopaia path*

*entirely in the hands of the Phokians. (...) but Leonidas should have stiffened their ranks with a more trustworthy troops and in particular have sent some Spartiate officers with them to ensure that a vigilant defence was maintained.*⁹³

La responsabilidad que se carga sobre los hombros de los focenses es tal que parece oportuno esclarecer si un juicio tan duro es cierto o no, más allá de las consecuencias que este caso particular pueda tener en el conjunto de nuestra investigación. Lo que parece descartable *a priori* es que los focenses hubieran dispuesto de un sistema de vigías avanzados en torno al campamento. Ya hemos visto que el servicio de los *ημεροσκόποι* se desarrollaba en turnos de veinticuatro horas y por eso la nocturnidad del ataque no es una excusa aceptable para explicar la sorpresa que se produce entre las fuerzas focenses ante la llegada de los hombres de Hidarnes. Un contingente como el de los persas, probablemente compuesto por varios miles de hombres, no podría haber pasado desapercibido a un vigía bien dispuesto. En la tranquilidad de la noche los sonidos se multiplican, las armas reflejan destellos de luna o bien se anuncian con las antorchas que dirigen sus pasos. Todo eso era difícilmente evitable en una larga marcha por una ruta desconocida como es la que emprenden las fuerzas escogidas de Jerjes para rodear el paso de las Termópilas. Además, el mismo Heródoto asegura que los persas se sorprendieron al encontrarse con las fuerzas focenses, por lo que se puede descartar que durante la marcha hubieran tomado algún tipo de precaución para disminuir los riesgos de ser descubiertos antes de tiempo.

Si podemos desechar que los focenses hubieran situado puestos de vigilancia avanzados, lo que sí parece más probable es que el *στρατόπεδον* focenses habría colocado puestos de guardia que serían los que avisaron con escasísimo margen de respuesta a los

⁹³ HIGNETT, 1963, p.141.

soldados dormidos. Esos φύλακας serían los que, antes de llegar a ver al enemigo, habrían podido escuchar el ruido provocado por el ejército bárbaro avanzando.⁹⁴

Pero ¿podemos aceptar que los focenses hubieran sido tan poco diligentes como para no haber tomado unas precauciones tan elementales como son situar puestos de vigilancia avanzados para protegerse de una acometida meda? Esa idea nos parece que carece de cualquier tipo de fundamento lógico. Los sistemas de seguridad y guardia ya hemos visto que se encontraban perfectamente desarrollados y eran empleados de manera habitual por los ejércitos griegos del periodo. De hecho, ya hemos podido cerciorarnos de que los demás griegos situados en las Termópilas sí que toman ese tipo de precauciones; además, los focenses conocían mejor que nadie el terreno y sin tener que distraer muchos hombres en esa labor habrían sido capaces de guardar cuidadosamente los caminos y no ser sorprendidos por los persas; por último, debemos asimismo recordar que de vencer el bando medo, los primeros en sufrir la acometida de los bárbaros serían ellos, y ante tal perspectiva toda medida preventiva sería poca. Resulta, por tanto, muy difícil aceptar que los focenses hubieran sido tan negligentes.

Pero, por otro lado, la ausencia ημεροσκόποι resulta incontestable a la luz de la narración herodotea. La falta es tan chocante que resulta lícito que surja la duda sobre la lealtad de los defensores del camino de Anopea. Pronto viene el recuerdo de que tanto focenses como locrios sólo acudieron a la llamada del resto de Grecia cuando se les dieron suficientes garantías de que ellos iban a colaborar en repeler en aquel punto el avance de Jerjes (Hdt., VII,203,1). Aun así nadie le podría resultar extraño que los focenses, tras varios días de batalla en las Termópilas sin que hubieran llegado los prometidos refuerzos del resto de los aliados, y ante el cariz pésimo que estaban tomando los acontecimientos,

⁹⁴ Cfr., Hdt., VII,218,3.

hubieran decidido cambiar su posicionamiento en la guerra y, quizá sin llegar a abrazar la causa del medo abiertamente, descuidaran su guardia y se abstuvieran de afrontar al ejército atacante, para mostrarse como un poder neutral y así disminuir las terribles consecuencias que la inminente victoria persa podría traer para su comunidad. Pero toda esta hipótesis de la traición focea se desmiente no sólo con la posterior destrucción causada por los persas en la Fócide, sino por su explícito rechazo de la protección ofrecida por los tesalios (ahora poderosos aliados de los persas) para evitarlo, que ahora eran poderosos aliados de los persas, por lo que sin duda que en sus manos estaba el librar a los foceos o no del desastre que se avecinaba (Hdt., VIII,27,1; 29).⁹⁵

Una posición muy distinta fue la que adoptaron los locrios, quienes, justo después de la batalla de las Termópilas, tomaron partido por los medos (Hdt., VIII,66,2) haciendo que la suerte de su territorio fuera completamente diversa a la sufrida por los foceos. Ante destinos tan dispares cabe preguntarse cómo es posible tal cosa y qué fue lo que marcó la diferencia entre ellos. Heródoto no nos da ninguna pista. Sólo sabemos que al igual que los focenses, se mostraron un tanto remisos a unirse a la alianza anti-persa y sólo lo harán cuando se les hayan proporcionado seguridades sobre el abundante apoyo que posteriormente iban a recibir del resto de Grecia. Pero, a diferencia de lo que ocurre con los focenses, no sabemos ni el número de los que integraban su contingente ni qué misión se les encomendó. La hipótesis más plausible es que, por las mismas razones que aducimos en el caso de los foceos, el mando griego dispusiera que fueran los locrios los encargados de custodiar los pasos alternativos y mandar aviso de cualquier avance persa en ese sector del campo de batalla. El tamaño de su territorio y su población hacen difícil pensar en que

⁹⁵ También el propio Heródoto ya hemos leído que asegura que los foceos de Anopea se retiran a una colina ante la llegada persa, dispuestos a morir (VII,218,3).

hubieran podido reunir unas fuerzas suficientes como para ser destinados a enfrentarse incluso al más pequeño de los destacamentos de las fuerzas de Jerjes. Su labor sería sin duda más útil como fuerza de avanzadilla, guardando los pasos y avisando a los aliados de cualquier novedad en ese flanco del campo de batalla. Los locrios, por tanto, cumplirían la labor de *ημεροσκόποι* del resto de los aliados, lo que explicaría que los focenses no hubieran despachado hombres a cubrir ese necesario servicio, mientras sí tenían colocadas las pertinentes guardias inmediatas a su acampada. Además, su traición de última hora tiene muchos visos de ser cierta. En primer lugar, porque Heródoto los incluye en la lista de los griegos que habían decidido unir su suerte al Rey (Hdt., VIII,27,1). Pero, además, nos parece muy significativo el que los persas, al llegar a la altura donde estaban los foceos se hubieran sorprendido por la presencia de éstos. Resulta muy llamativo que los hombres de Hidarnes pensaran encontrar el camino completamente expedito, sin ninguna fuerza ni destacamento vigilando. La sorpresa de los persas sólo se explicaría si se les habían dado seguridades de que así era, probablemente porque sabían de ante mano que los locrios habían abandonado su puesto dejando a su suerte a los foceos y al resto de los aliados griegos. Esta hipótesis nos parece lo suficientemente plausible como para aceptar que serían ellos y no los foceos los que deberían cargar con la sangre de Leónidas y de sus hombres, caídos por la traición no sólo del espartano Epialtes, sino también de los traicioneros locrios.

Pero tener un buen sistema de vigilancia y exploración carece de utilidad si las noticias y mensajes no pueden alcanzar el cuartel general del ejército de manera rápida y fiable. Este aspecto de las comunicaciones también parece haber sido bien atendido y cuidado por los ejércitos griegos. Dado que durante las Guerras Médicas, la coordinación

entre diversos grupos de ejército, y aún más importante, entre flota y ejército terrestre en ambos bandos, resultó fundamental para su organización táctica, no nos puede extrañar que esos dispositivos hayan dejado un claro rastro en nuestras fuentes, aunque quizá no con la profusión y exhaustividad que hubiéramos deseado.⁹⁶

La comunicación de mensajes a larga distancia, entre unos puntos de vigilancia y otros, hasta cubrir un amplísimo territorio, son transmitidos de dos formas: durante el día, bien mediante señales luminosas empleando el reflejo del sol en escudos metálicos, o bien con señales de humo; y, durante la noche, gracias de nuevo a señales luminosas, pero esta vez realizadas con fuegos o antorchas.

Del primer método tenemos constancia durante la batalla de Maratón. Heródoto recoge la versión según la cual desde Atenas el partido pro persa envió al ejército de los medos la señal para que avanzaran hacia la ciudad (Hdt., VI,115-116):

En Atenas, por cierto, circuló, a modo de acusación, el rumor de que los bárbaros se habían decidido por esta maniobra a instancias de los Alcmeónidas, que habrían llegado a un acuerdo con los persas para hacerles una señal, levantando un escudo, cuando éstos se encontraran ya a bordo de sus naves.

Los persas, en suma, doblaron Sunio. Entretanto, los atenienses se dirigieron a marchas forzadas en socorro de la capital y consiguieron llegar antes de que se presentasen los bárbaros.

⁹⁶ Por ejemplo, Hdt., VIII,7,2, en la que la coordinación entre la flota y el ejército persa se realiza mediante señales que debían anunciar a los barcos la llegada del ejército terrestre al Euripo, con el fin de no iniciar el ataque hasta poder contar con una fuerza combinada de mar y tierra. Lo mismo sucede entre las fuerzas griegas en las Termópilas y Artemisio (Hdt., VIII,21,1).

La noticia del avance persa hacia Atenas, no cabe duda de que llegaría a Maratón gracias a ἡμεροσκόποι situados en las alturas existentes entre ambos emplazamientos, lo que demuestra el grado de desarrollo que habían adquirido los ejércitos griegos en este campo.

Sobre el empleo de antorchas para enviar avisos de un ejército a otro también podemos tomar un ejemplo de otro de las grandes episodios de las Guerras Médicas. A la flota fondeada en Artemisio le llega la noticia de la retirada del ejército del valle del Tempe mediante este sistema (Hdt., VII,183,1):

Los griegos fondeados (στρατοπεδεύομενοι ἐπ' Ἀρτεμισίῳ) en Artemisio se enteraron de lo ocurrido por señales que, con antorchas (διὰ πυρσῶν), les hicieron desde Escíatos. Y, ante aquellas noticias, levaron anclas (μετορμίζοντο), abandonando aterrorizados el Artemisio, y pusieron proa a Calcis, para custodiar el Euripo, si bien dejaron vigías en las alturas (ἡμεροσκόπους περὶ τὰ ὑψηλὰ) de Eubea.

La nueva debió, por tanto, transmitirse durante la noche, con tiempo suficiente como para que, al rayar el alba, la flota estuviera ya completamente dispuesta para abandonar el fondeadero y retirarse de esa posición.⁹⁷ Tanto el empleo de escudos como el fuego de antorchas debió de ser la forma más habitual de comunicación entre puestos de vigilancia. Sería, además, imprescindible que existiera algún tipo de código preestablecido

⁹⁷ Por supuesto, también cabe la posibilidad de transmitir la información durante el día mediante señales de humo, como dice Clitemestra en A., A., 494-500.

para multiplicar las posibilidades de transmisión, aunque de tal código no tenemos el menor rastro.

Las noticias así enviadas podían recorrer grandes distancias, incluso desde Atenas alcanzar Sardes, tal y como pensaba hacer Mardonio cuando tomara de nuevo la capital (Hdt., IX,3,1):

En su corazón había anidado un irresistible deseo de tomar por segunda vez Atenas, motivado, en parte, por una estúpida arrogancia y, en parte, porque, mediante señales transmitidas, de isla en isla, con hogueras (πυρσοῖσι), tenía pensado comunicarle al monarca, a la sazón en Sardes, que se había apoderado de Atenas.

Esquilo parece copiar el procedimiento para su *Agamenón*. En esta obra se describe con detalle el camino seguido por el fuego que porta la noticia de la toma de Troya y que se transmite hasta el palacio de Clitemestra. El pasaje es de una gran belleza poética, por lo que no vamos a ahorrarnos su transcripción (A., A., 281-315):

Clitemestra: Hefesto, enviando un brillante fulgor desde el Ida. Desde el fuego que fue el primero en dar la noticia, cada hoguera fue enviando otra hoguera hasta aquí: el Ida al Hermeo, monte de Lemnos. En tercer lugar, recibió de esta isla una gran hoguera la altura de Atos consagrada a Zeus, y se elevó por aquellas alturas, como para venir por encima del mar para nuestro gozo, el vigor de la antorcha viajera <...>, y la ardiente resina del pino dio aviso a los vigías del monte Macisto con la brillantez de un dorado fulgor semejante al del sol. No se anduvo en demoras

el monte, ni vencido del sueño de modo insensato pasó por alto la parte que a él le tocaba en el mensaje, antes, al contrario, llegó allá lejos la luz de su hoguera, hasta las corrientes del Euripo y dio la señal a los centinelas (φύλαξι) de Mesapio. Estos encendieron, a su vez, otra hoguera, para que la señal siguiera adelante, prendiéndole fuego a un montón de brezo seco ya. La vigorosa llama, sin apagarse siquiera un momento, franqueó de un salto las tierras bajas del río Asopo, como luna resplandeciente, hasta la roca del Citerón y provocó un nuevo relevo del fuego encargado de traer la noticia. El puesto de guardia (φρουρά) no descuidó el encender una luz que llegara a lo lejos, más intensa aún de lo que se le había ordenado. Y la luz cruzó por encima del lago Gorgopis y alcanzó hasta el monte Egiplanto, donde incitó a no omitir la orden que había de encender un fuego. Lo encendieron con ardor diligente y enviaron una enorme barba de fuego como para sobrepasar, iluminándolo, el promontorio desde cuya cumbre se divisa el golfo Sarónico. Luego saltó y al punto llegó al monte Aracneo, puesto de observación (σκοπός) ya vecino a nuestra ciudad, y a continuación alcanzó esta morada de los Atridas esa luz que no deja de ser descendiente del fuego prendido en el Ida. Tales eran mis instrucciones a los portadores de las antorchas: cada uno releve al otro, y vence el primero y el último en esta carrera.⁹⁸

También gracias a Esquilo disponemos de otra magnífica descripción de lo que debió de ser la espera de esos vigías encargados desde sus atalayas de aguardar noticias para transmitir las hasta la siguiente guarnición. El fragmento sirve de igual modo para

⁹⁸ Traducción por PEREA MORALES, 1986. Ver también A., A., 281-315.

hacerse una idea de cómo debían vivir en general su servicio guardias, observadores y vigías en los siglos V y IV a.C. (A., A., 1-30):

Suplico a los dioses la liberación de este penoso trabajo: una vigilancia que se alarga ya todo un año, durante la cual, echado sobre la azotea del palacio de los Atridas, apoyándome sobre los codos lo mismo que un perro, he llegado a reconocer las constelaciones de las estrellas que se ven de noche y las principales por su fulgor, que invierno y verano traen a los mortales, los luceros que más se destacan en el cielo, con sus ocasos y con sus ortos.

Ahora estoy acechando la señal de una antorcha, destello del fuego que traiga noticias de Troya y el anuncio de su conquista. Así lo manda un corazón de mujer previsor y tan decidida como un varón.

Siempre que ocupo este lecho húmedo por el rocío, que no permite el nocturno reposo y que nunca visita el sueño, el miedo, no el sueño, está a mi lado, para que de sueño no cierre del todo mis párpados; y cuando pienso en cantar o tararear, sirviéndome de este canto como remedio contra el sueño, me echo a llorar, lamentando el infortunio de esta morada que ya no se rige del mejor modo como tiempo atrás. ¡Ojalá que ahora mismo se produjera la dichosa liberación de mis penas, porque en medio de la oscuridad brillara el fuego portador de buenas noticias!

(Breve pausa. En lontananza se advierte una luz)

Alegre te saludo, antorcha que en plena noche anuncias ya la luz del día y la institución de innúmeros coros de Argos por este suceso.

*¡Victoria! ¡Victoria! A gritos doy la señal a la mujer de Agamenón, para que cuanto antes salte del lecho y, en el palacio, prorrumpe en gritos de alegría y victoria, dando la bienvenida a la luz de esa antorcha, si es verdad que ha sido tomada la ciudad de Ilio, según lo anuncia la tea con su resplandor.*⁹⁹

En circunstancias más difíciles y para recorrer distancias más cortas, los griegos también desarrollaron un sistema para la coordinación entre las diversas unidades de su ejército en el campo de batalla. Esa comunicación se lograba mediante enseñas y banderas. Con tales medios se podía comunicar la orden de ataque a otros cuerpos del ejército distantes (Hdt., IX,59,2):

Dicho esto [Mardonio], hizo que los persas cruzaran el Asopo y los condujo, a la carrera, tras las huellas de los griegos, convencido de que realmente se daban a la fuga; y lanzó a sus hombres sólo contra los lacedemonios y los tegeatas, porque las colinas le impidieron advertir que los atenienses se habían dirigido a la llanura. Por su parte, todos los jefes de las demás unidades bárbaras, al ver que los persas se habían puesto a perseguir a los griegos, mandaron enarbolar de inmediato las enseñas (τὰ σημήια) y, a la máxima velocidad posible, iniciaron la persecución sin orden ni concierto alguno.

⁹⁹ Traducción por PEREA MORALES, 1986.

También debió de ser este el método por el cual los griegos acampados junto al templo de Hera, durante el desarrollo de la batalla de Platea, tuvieron conocimiento de que Pausanias vencía en la lucha (Hdt., IX,69,1).

Otro instrumento del que se hizo uso entre algunos pueblos fue la trompeta para anunciar el inicio de un ataque. Diodoro Sículo lo anota como la forma empleada por los cartagineses para tocar a alarma en el campamento (D.S., IX,22,1-2), al igual que lo hace Esquilo entre los persas (A., *Persae*, 395-396). Pero entre los griegos de este periodo no tenemos ningún episodio similar. Sólo contamos con dos pequeñas noticias de incierta interpretación. En Artemisio (Hdt., VIII,11,1) se dice que las naves griegas al llegarles una señal pusieron sus proas hacia fuera, formando un círculo para evitar el sufrir el δῖεκπλους por los barcos enemigos que luchaban frente a ellos. Lo que no se nos dice es de qué tipo de aviso se trataba; un poco antes, en Hdt., VI,77-78, Cleómenes utiliza las señales dadas por el heraldo del campamento enemigo anunciando el comienzo de las diferentes actividades, para sorprenderle desprevenido cuando se disponen a iniciar el almuerzo. Si en el primer suceso es posible que la comunicación entre los barcos se realizara mediante algún código de banderas, mejor que con el empleo de trompetas cuyos sonidos no siempre serían audibles en alta mar, en el segundo episodio citado, es muy probable que se tratara de algún tipo de señal acústica y que gracias a eso pudiera llegar a ser también escuchada en el campamento enemigo. Con ello, también en este aspecto, se igualaría la práctica griega a la de otros ejércitos más experimentados en lo campamental como el persa.¹⁰⁰

¹⁰⁰ Aunque suponga adelantarse en lo cronológico al discurso que estamos siguiendo, es bueno señalar aquí que el ejército de los Diez Mil dispone de un joven encargado de la trompeta, con la que evidentemente debía de anunciar a todo el στρατόπεδον las órdenes apropiadas para cada momento (X., *An.*, VII,4,16). *Cfr. supra* p. 386.

Ya dentro del fragor de la batalla, los generales griegos acordaban para sus hombres contraseñas que les permitieran reconocer a amigos y enemigos. Un ejemplo lo podemos leer en las órdenes que Leotíquidas da a sus hombres durante la arenga que les dirige momentos antes de la batalla de Micala (Hdt., IX,98,3): [Leotiquidas]: *cuando trabemos batalla, todo el mundo debe tener presente, ante todo, su libertad, y, en segundo término, nuestra contraseña* (συνθήματος): *Hera*.

Lo que no nos explicitan nuestras fuentes es si la práctica era la misma entre los bárbaros.¹⁰¹ El problema, de todas formas, no se solucionaba completamente tampoco entre las tropas de la Hélade mediante ese sistema. En primer lugar porque tras el reiterado empleo de una contraseña, cabía la posibilidad de que el enemigo la aprendiera y se convirtiera en una trampa mortal para los soldados del propio ejército. Pero, además, era de escasa utilidad en un ataque nocturno, cuando lo que se pretendía era el acercamiento sigiloso y la sorpresa. En nuestra opinión, es con el fin de solucionar este problema por lo que el focense Telias de Élide idea la estratagema de pintar a todos los soldados de un mismo ejército de blanco, tanto los cuerpos como las armas, y de esa guisa llevar a cabo el ataque a los guardias que asediaban la posición durante una noche de luna llena. Probablemente, la argucia tuvo además el efecto de crear una situación de pánico en el ejército contrario, como explica Heródoto, pero no cabe duda de que también facilitó a los soldados la distinción entre amigos y enemigos, haciendo más mortífero el ataque (Hdt., VIII,27,3-4):

¹⁰¹ Es más, en D.S., XI,10,1-4, se nos propone un ejemplo justamente contrario: en el supuesto ataque nocturno de los lacedemonios de Leonidas contra el campamento persa, estos sufrirán múltiples bajas por carecer de una contraseña que les permitiera reconocerse entre ellos.

Los focenses que tenían consigo al adivino (μόντιν) Telias de Élide, habían sido bloqueados en el Parnaso, cuando, en esa tesitura, el tal Telias los salvó con la siguiente estratagema: hizo que los seiscientos soldados focenses más valerosos se embadurnasen el cuerpo, así como las armas, con yeso, y los lanzó de noche contra los tesalios después de haberles ordenado que matasen a todo el que no vieran pintado de blanco. Pues bien, los centinelas tesalios (ὅι τε φυλακὰι), que fueron los primeros en verlos, creyeron que se trataba de un extraordinario prodigio y huyeron aterrorizados; y, tras los centinelas, hizo lo propio el ejército (τὰς φυλακὰς αὐτῆ ἡ στρατιῆ), de manera que los focenses se apoderaron de cuatro mil cadáveres y otros tantos escudos, la mitad de los cuales...

Por último, para completar este análisis, debemos anotar que asimismo existe un interés en nuestras fuentes por mostrar formas seguras de enviar información, a través de personajes que transmiten mensajes o que los portan de forma secreta, bien sea mediante tatuajes en la cabellera (Hdt., V,35,2), como en tablillas de cera (Hdt., VII,239,3-4) o en animales muertos (Hdt., I,123,4).¹⁰² Con esta breve mención tan sólo queremos subrayar cómo todos los aspectos que conciernen a los servicios y necesidades de vigilancia, observación y transmisión de información entre ejércitos o unidades militares conocían ya un importante desarrollo durante este período.

Si pudimos comprobar que la cuestión de la logística interesó vivamente a los escritores griegos que nos sirven de fuente para este período, posiblemente como

¹⁰² Son los denominados como ἀγγέλοι: Hdt., VII,203; A., *Persae*, 15-16; Th., 284-285.

consecuencia de la reflexión sobre el papel jugado por esta faceta de la preparación y desarrollo de una campaña militar durante las guerras entre griegos y bárbaros, lo cierto es que los aspectos que acabamos de tratar aquí están recogidos de manera mucho menos prolongada. Pese a lo escaso de la evidencia, sí que podemos afirmar que existe un complejo y desarrollado sistema de guardia, vigilancia e información, y que sorprendentemente no eran una novedad para esos ejércitos. Los generales lograba con ellos coordinar sus ejércitos y tropas, así como evitar ataques y sorpresas del enemigo. Además, cabe decir que en esto el éxito griego fue grande e impidió de forma habitual verse sorprendidos o incapacitados para reaccionar frente al potente y experto ejército persa.

7. La vida diaria en un campamento militar griego durante el periodo de las Guerras Médicas.

Bajo este epígrafe vamos a tratar tanto de la organización del campamento, como del horario habitual en el que se ordenaba la vida diaria de los soldados. De forma general, para Heródoto el día se distribuye en cinco períodos: el alba, cuando el mercado está concurrido, el medio día, el atardecer y la noche.¹⁰³ El alba se corresponde con el momento en que comienzan a verse los primeros rayos de sol, justo al finalizar la noche o casi cuando aún reina la oscuridad. Después se inicia el “momento en el que el mercado está lleno”, es decir, desde la mañana hasta el medio día. Tras esto le sigue la tarde, cuyo final se reconoce por el encendido de las candelas o antorchas, dando paso de nuevo a la noche.¹⁰⁴ Como ya vimos en el apartado anterior, a su vez, la duración de la noche se divide en guardias, que probablemente fueron en tiempo de las Guerras Médicas tres, pero que varían en duración y horario según la estación del año en la que nos encontramos.

El horario en el campamento sigue la misma estructura que hemos visto en Homero y que luego se observará a lo largo de toda la época clásica. La vida en los campamentos comenzaba al rayar el alba. Las noticias sobre estos primeros momentos del día son pocas, pero parece que la primera actividad era la realización de sacrificios por parte del adivino del ejército (Hdt., IX,92,2), el fin de las guardias o su relevo, y la apertura del campamento (Hdt., VII,219,1):

¹⁰³ SCHRADER, 1985, n. 1017, p. 281.

¹⁰⁴ Hdt., VII,215,1.

A los griegos que se hallaban en las Termópilas el primero que les anunció que iban a morir al rayar el día fue el adivino Megistas (ὁ μάντις), pues lo había observado en las entrañas de las víctimas; posteriormente, hubo asimismo unos desertores que les informaron de la maniobra envolvente de los persas (esos sujetos dieron la alarma cuando todavía era de noche); mientras que, en tercer lugar, lo hicieron los vigías, que bajaron corriendo de las cumbres cuando ya alboreaba el día.¹⁰⁵

A esto le continuaba una primera comida (ἄριστον) tras la cual se daba paso a las actividades del día. Éstas podían ser muy variadas. Un ejemplo de cómo podía ser la cotidianidad en un campamento lo descubrimos con ocasión de la aproximación de un espía persa al campamento espartano en las Termópilas (Hdt., VII,208,2-3):

Cuando el jinete llegó a las inmediaciones del campamento, no pudo, desde su posición, contemplarlo en su totalidad, pues, desde donde estaba, le resultaba imposible ver a quienes se hallaban apostados al otro lado del muro, obra que los griegos habían restaurado y que mantenían vigilada. No obstante, pudo divisar a los que estaban acampados fuera, con las armas diseminadas en la parte exterior del muro (τοῖσι πρὸ τοῦ τείχεος τὰ ὄπλα ἔκειτο) (en aquellos momentos se daba la circunstancia de que quienes estaban apostados fuera eran los lacedemonios). Pues bien, el jinete vio que una parte de los soldados estaba realizando ejercicios atléticos (γυμναζομένους), mientras que los demás se peinaban la cabellera. Como es natural, ante aquel espectáculo, se quedó perplejo, pero se fijó en su número. Y,

¹⁰⁵ ἡμεροσκόποι καταδραμόντες ἀπὸ τῶν ἄκρων ἤδη διαφαινούσης ἡμέρης.

tras haberse fijado detenidamente en todo tipo de detalles, regresó con absoluta tranquilidad, pues nadie lo persiguió y se benefició de la despreocupación general, por lo que, a su vuelta, le contó a Jerjes todo lo que había visto.

Heródoto, en este caso, con el deseo de subrayar el valor y la libre y consciente decisión con que los héroes de las Termópilas afrontaron la muerte, debió exagerar un tanto la escena, presentando a los soldados espartanos en actitud de completa tranquilidad estoica ante la cercanía ineludible del sacrificio supremo. Pero eso permite hacernos una idea de cómo la vida en los campamentos también estaría llena de pequeñas ocupaciones diarias, y cómo el mantenimiento de una vida civil lo más normal posible también era una parte de la vida castrense.¹⁰⁶ Ciertamente es que muchas de esas actividades no recaerían sobre los hoplitas, sino que de ellas se harían cargo los servidores y esclavos que marchaban con ellos de campaña, lo que dejaba a muchos soldados gran parte del tiempo diario libre, o bien les permitía ocuparse de sus obligaciones militares sin perjuicio de esas otras necesidades.

Entre estas últimas se encontraría el entrenamiento militar y el ejercicio físico (Hdt., VII,208,3), lo que incumbía tanto a los soldados de la flota como a los de tierra, aunque mucho más habitual sería el caso entre la marinería que entre la infantería. En la guerra en el mar, la habilidad con el remo y la rapidez en obedecer al unísono las órdenes significaba una ventaja mucho mayor que en el caso de los ejércitos de tierra. En la falange hoplítica, las órdenes que se debían ejecutar eran pocas, bien conocidas, y la suerte de toda la masa dependía más de la fuerza física y de la simple cohesión que de la habilidad con las armas. Aún así, algunos ejércitos contaban con profesionales para el adiestramiento, como era el

¹⁰⁶ CARTLEDGE, 2007, pp. 155-156, explica con detalle el sentido de cada uno de los elementos que componen el cuadro descrito por Heródoto.

caso del general jonio Onésilo, quien disponía de un ὑπασπιστῆς cario, experto en cuestiones militares (Hdt., V,111,1).

De todas maneras, lo habitual debía ser dedicar a ello solamente algo del tiempo de la mañana y no ocupar en ello el día entero, lo que en parte puede explicar el motín de los soldados griegos contra Dionisio antes de la batalla de Lade (Hdt., VI,12,1-4):

Al oír esto, los jonios se pusieron a las órdenes de Dionisio. Éste hacía que las naves ganaran todos los días mar abierto en columna; y, tras ejercitar a los remeros (realizando con las naves la maniobra de evolucionar unas por entre las otras (δίεκπλοον)) y adiestrar con las armas en la mano a los soldados de abordó (ἐπιβάτας ὀπλίσειε), mantenían anclados los navíos (ἔχεσκε ἐπ' ἀγκυρέων) durante el resto de la jornada, de manera que obligaba a los jonios a trabajar todo el día. Pues bien, por espacio de una semana le obedecieron e hicieron lo que se les ordenaba; pero, a los ocho días, los jonios, como no estaban acostumbrados a sufrir semejantes fatigas, y agotados por la dureza de los entrenamientos y los rigores del sol, empezaron a murmurar entre sí en los siguientes términos: «¿A qué divinidad hemos ofendido para tener soportar estas penalidades? Desde luego, estábamos locos, estábamos fuera de nuestros cabales, cuando nos pusimos a las órdenes de un foceo charlatán, que sólo coopera con tres naves; porque desde que se ha hecho cargo de nosotros, nos mortifica con implacables atropellos, hasta el punto de que muchos de nosotros han caído ya enfermos y otros muchos se hallan expuestos a sufrir la misma suerte. Antes que seguir con estas calamidades, es preferible, por nuestro propio bien, sufrir cualquier otra cosa, incluso arrostrar la esclavitud que nos espera, sea la que sea, en lugar de continuar siendo víctimas de

la actual. ¡Ea, en lo sucesivo rehusémonos a obedecerle!». Tales eran los comentarios que hacían; y, desde aquel mismo instante, nadie quería obedecer sus órdenes; todo lo contrario, como si constituyeran un ejército de tierra, plantaron tiendas de campaña en la isla (ἀλλ' οἷα στρατιῆ σκηνάς τε πηξάμενοι ἐν τῇ νήσῳ) y se dedicaron a gozar de la sombra (ἔσκιητροφέοντο), negándose a embarcar en las naves y a efectuar maniobras (ἔσβάνειν οὐκ ἐθέλεσκον ἐς τὰς νέας οὐδ' ἀναπειρᾶσθαι).

No es que los remeros no estuvieran acostumbrados a ocupar parte de su tiempo en entrenamientos dentro del campamento, sino que el exceso de celo de Dionisio es lo que no pueden soportar. Por supuesto, toda esta anécdota debemos entenderla dentro de la crítica de Heródoto a los jonios y la denuncia de su carácter regalado e impropio para sobrellevar los rigores de la guerra y la milicia.

También sería la mañana el momento más adecuado para llevar a cabo otras actividades militares necesarias, como el recuento de las tropas o la revista de las mismas. Aunque los ejemplos que disponemos sobre esta actividad no nos dicen el momento del día en el que se producen, y sólo están consignados entre fuerzas persas (Hdt., VII,59,1; 60,2; VIII,7,2), es evidente que también debían realizarse entre los ejércitos griegos, y que para ello el mejor momento sería ese largo período del mediodía. La revista podía tener como sujeto paciente tanto a fuerzas navales como terrestres. Así lo lleva a cabo Jerjes según nos describe Heródoto (Hdt., VII,100,1-3):

Entretanto, una vez que se hubo procedido al recuento y a la formación del ejército (ἐπεὶ ἠριθμήθη τε καὶ διετάχθη ὁ στρατός), Jerjes sintió deseos de

recorrer personalmente las filas para pasar revista. Y así lo hizo poco después: subido a un carro (ἐπὶ ἄρματος), pasó, uno tras otro, ante los diversos grupos étnicos recabando informaciones, mientras sus secretarios iban tomando nota, hasta que hubo inspeccionado, de un extremo al otro, tanto los contingentes de caballería como los de infantería. Cuando había concluido ya su revista, se botaron los navíos al mar (τῶν νεῶν κατελκυσθεισέων) y, acto seguido, el monarca se trasladó desde su carro a una nave sidonia, tomó asiento bajo un palio de oro (ὑπὸ σκηνῆ) y, a bordo del navío, pasó junto a las proas de las naves, formulando preguntas ante cada una, como había hecho con el ejército de tierra, y cuidando que se anotaran las respuestas.

Por cierto que los navarcas pusieron rumbo a mar abierto y anclaron las naves, formando una sola línea, a unos cuatro pletros de la orilla,¹⁰⁷ después de haber dirigido todas sus proas hacia tierra y de haber armado hasta los dientes a sus soldados de a bordo (τοὺς ἐπιβάτας), como si fuesen a entrar en combate. Jerjes, pues, pasó revista navegando (ἐθηεῖτο) entre las proas y la orilla.

Es probable que esta descripción tome como modelo la forma en la que los propios almirantes griegos pasaban revista de sus fuerzas marítimas, introduciendo apenas algunos rasgos persas exóticos.

En otros casos ese amplio espacio temporal que conforma el grueso del día, simplemente se convertiría en un tiempo para descansar o jugar. Pero la indolencia puede traer consecuencias. En Hdt., I,63,1, el ejército de Pisístrato aprovecha ese momento de

¹⁰⁷ Lo que supone unos 120 m de distancia hasta la orilla.

descuido para atacar por sorpresa al campamento de los atenienses de la ciudad contrarios a la tiranía:

Entonces Pisístrato, que comprendió la profecía y dijo que aceptaba el vaticinio, lanzó su ejército (τὴν στρατιήν) al ataque. Justamente en aquel preciso instante los atenienses de la capital se habían puesto a almorzar (πρὸς ἄριστον) y algunos otros, tras el almuerzo, se hallaban jugando a los dados o durmiendo. Las tropas de Pisístrato cayeron, entonces, sobre ellos y los pusieron en fuga.

En muchas ocasiones sería un periodo libre de toda preocupación, o bien el momento ideal para ocuparse de obtener los víveres, la madera, ir al mercado o ir a por agua. Eso lo hacía especialmente adecuado para lanzar un ataque por sorpresa, como acabamos de ver, o para hostigar a los soldados que han salido del campamento, dificultando o impidiendo el forrajeo y cualquier otra actividad de recogida de víveres. Todos los ejércitos saben aprovechar esta circunstancia en su propio beneficio, como también los escitas en contra de los persas (Hdt., IV,128,2):

A su vez, las fuerzas que permanecieron en Escitia decidieron no hacer vagar más a los persas, sino atacarlos siempre que estuviesen haciendo provisiones de víveres (σῖτα δὲ ἐκάστοτε ἀναίρεομένοισι ἐπιτίθεσθαι). En consecuencia, acechaban el momento en que los soldados de Darío se dedicaban a proveerse de víveres (σῖτα) y ponían en práctica su nueva estrategia. Pues bien, la caballería de los escitas solía poner siempre en fuga a la del enemigo; pero, en su huida, los

jinetes persas se replegaban sobre su infantería (ἐς τὸν πεζόν) y ésta los protegía; por su parte los escitas, después de haber rechazado la caballería persa, volvían grupas por temor a la infantería. Y también de noche realizaban los escitas ataques semejantes.

En el caso de las flotas, las ocupaciones se multiplicaban, puesto que era necesario atender también al cuidado de los barcos, al calafateado de sus cascos, hacer las reparaciones necesarias y dejar secar sus maderas para mantenerlos ligeros y ágiles. Además, la llegada o salida del ejército supone el varar las naves o botarlas al agua, con lo que eso implica de trabajo extra para sus dotaciones.

Para las flotas el horario varía un poco, puesto que el esfuerzo que implicaba la travesía llevaba a que se intentara aprovechar el amanecer y el atardecer para realizar la navegación con menos esfuerzo, mientras que el mediodía era más adecuado para emplearlo en descansar, comer en tierra, y cualquier otra labor de mantenimiento de los barcos (Hdt., VIII,23,2):

Una vez que los tripulantes de las mismas confirmaron lo que sucedía fue cuando, al rayar el sol, toda la flota zarpó en masa rumbo al Artemisio. En dicho paraje hicieron escala hasta mediodía y, acto seguido, zarparon con destino a Histiea. A su llegada, tomaron la citada ciudad y efectuaron correrías por todas las aldeas costeras de la comarca de Elopia, concretamente por las del territorio de Histiea.

Es evidente que tanto para los soldados del ejército de tierra como para los marineros de una flota, era necesario conocer a primera hora del día cuál iba a ser el orden de ese día, y qué obligaciones y tiempos libres existirían a lo largo de la jornada. Por ello, el comandante en jefe del contingente debía anunciarlo temprano a todos los soldados. Pero de esto no tenemos ejemplos directos.¹⁰⁸ No tenemos tampoco noticias de que se produjeran cambios de guardia o que se distribuyeran las funciones y obligaciones del día, pero es también lógico pensar que todo eso se realizaría, estaría dispuesto y sería conocido por los soldados desde primera hora de la mañana.

Al finalizar la jornada cada soldado marcharía a su tienda, se encenderían los fuegos en el campamento, se atarían los animales, se instalarían los puestos de guardia y se haría silencio en el campamento, quedando prohibida la entrada o salida del perímetro de acampada, según podemos contemplar en la narración de la visita nocturna de Alejandro de Macedonia al campamento ateniense en Platea (Hdt., IX,44):

...cayó la noche y los centinelas ocuparon sus puestos (φυλακὰς ἐτάσσοντο). Y, una vez bien entrada la noche, cuando parecía que la calma reinaba en ambos campamentos (ἀνὰ τὰ στρατόπεδα) y que las tropas se hallaban sumidas en el más profundo de los sueños, justo entonces Alejandro, hijo de Amintas, el caudillo y monarca de los macedonios, se dirigió a caballo a los cuerpos de guardia

¹⁰⁸ Tan sólo en VIII,83,1 los ἐπιβάται se reúnen al alba en el campamento y allí Temístocles les lanza una arenga antes de la batalla. Podemos suponer que ésta se corresponde con la asamblea habitual a primera hora de la mañana que vimos en el apartado dedicado a la época arcaica y que también veremos posteriormente. Pero lo cierto es que este es el único ejemplo, en una circunstancia excepcional antes de la lucha. En nuestra opinión nos inclinamos a pensar que habitualmente (como tenemos constancia antes y después de Heródoto) habría una reunión de los soldados del campamento. Ésta se daría por supuesta y sólo en algún caso extraordinario, como es el que nos ocupa debido a la brillantez del discurso de Temístocles, Heródoto lo indica. El texto griego tampoco permite saber si se da una reunión por contingentes o es una asamblea más general. Lo más lógico es que cada campamento, cada estratego y cada contingente celebraran su propia asamblea con sus soldados.

(πρὸς τὰς φυλακὰς) *atenienses al objeto de entrevistarse con sus generales. La mayoría de los centinelas (τῶν φυλάκων) permanecieron en sus puestos (παρέμενον), pero unos cuantos corrieron a alertar a sus generales; y, a su llegada, les notificaron que, procedente del campamento (ἐκ τοῦ στρατοπέδου) medo, se había presentado un individuo a caballo que, sin dar ninguna otra explicación, manifestaba su deseo de entrevistarse con los generales, a quienes citaba por sus nombres. Los generales, entonces, al oír esta noticia, acompañaron de inmediato a los centinelas a los puestos de guardia (εἰς τὰς φυλακάς). Y, a su llegada, Alejandro les dijo lo siguiente:...*

De ser posible la entrada al campamento por la noche, los centinelas habrían acompañado a Alejandro hasta el lugar de reposo de los generales griegos, lo que hubiera sido más sencillo y en absoluto peligroso. Pero tal comportamiento sólo se explica si por la noche la entrada al campamento estaba prohibida.

La imagen de la noche en el campamento, rota la oscuridad por la luz de las hogueras de los soldados, es habitual desde Homero y también aparece en Heródoto, convirtiéndose en la escena más representativa de la noche en una acampada. Y, también desde siempre, los ejércitos han aprovechado ese momento y el fuego de las hogueras para poner en marcha sus estratagemas o huir sin que el contrario se de cuenta (Hdt., IV,135-136,1).

Toda esta organización diaria y el comienzo de las diversas actividades comunes en el campamento lo marcaría y anunciaría el heraldo.¹⁰⁹ Esta práctica debía de ser tan común que no era extraño que los ejércitos lo aprovecharan en su propio beneficio, poniendo en

¹⁰⁹ Cada uno de esos momentos los debía de marcar, probablemente, el toque de trompeta: *cf. Infra* p. 372.

marcha algunas conocidas estratagemas, como la llevada a cabo por Cleómenes contra los argivos (Hdt., VI,77,3-78,2):

Como es natural, la concurrencia de todas esas circunstancias inspiraba temor a los argivos; de ahí que, en ese trance, decidieran valerse del heraldo de los enemigos. Y, una vez tomada dicha determinación, actuaban de la siguiente manera: cada vez que el heraldo espartiatá transmitía una orden a los lacedemonios, los argivos, por su parte, la seguían a raja tabla.

Pero, cuando Cleómenes se percató de que los argivos seguían todas las indicaciones de su propio heraldo, ordenó a sus hombres que, en el momento en el que el heraldo diera la señal de almorzar (σημήνη ἄριστον), tomaran sus armas y se lanzaran sobre los argivos. Los lacedemonios cumplieron puntualmente sus órdenes, ya que atacaron a los argivos mientras éstos, conforme a la señal dada por el heraldo, se hallaban almorzando, y mataron a un elevado número de enemigos, en tanto que a un número considerablemente superior, que se habían refugiado en el bosque consagrado a Argos, los cercaron (περιζόμενοι) y los mantuvieron vigilados (ἐφύλασσον).

Las batallas se solían iniciar por la mañana, cuando los soldados se han levantado ya, han tenido tiempo de armarse, comer bien para resistir todo el esfuerzo del día y tener tiempo para formar en la llanura frente al enemigo (Hdt., VII,223,1; D.S., XI,9,4). La decisión para prepararse o no para el combate en la llanura la tomaban los generales y dependía mucho de la valoración que se hiciera de los movimientos observados en el campo enemigo (Hdt., VIII,108,1). Aunque también cabe la posibilidad de atacar al

enemigo en otro momento, buscando el factor sorpresa. Lo que sí es regla universal es que, con la llegada de la noche, se ha de poner fin a la lucha (Hdt., I,76,3-4):

Entretanto Ciro, al llegar, acampó frente a Cresos y allí, en la región de Pteria, ambos bandos midieron sus fuerzas encarnizadamente. Como la batalla fue reñida y muchos cayeron por ambas partes, al fin, al llegar la noche, se separaron sin que ningún bando se hubiese alzado con la victoria.¹¹⁰ Con esta suerte contendieron ambos ejércitos.

Con la oscuridad los combates cesan hasta la mañana siguiente. Esta es la costumbre, más debida a una imposición por las circunstancias en las que se desarrollaba la guerra en el siglo V, que a cualquier razón de otro tipo. Se dan casos de ataques nocturnos, de bárbaros o entre griegos, pero las dificultades que planteaban eran tantas que estos ejemplos realmente son excepciones (por ejemplo, Hdt., IV,128,5).¹¹¹ Eso es lo que el mismo Heródoto explica en relación con las luchas entre medos y lidios (Hdt., I,74,1): *Y durante esos años hasta libraron un combate nocturno.*¹¹²

Tampoco es habitual mover el campamento por la noche, ni realizar marchas nocturnas debido a los problemas que implican para asegurar que nadie se desorienta durante la marcha y lograr hacer llegar a todo el ejército unido al punto previsto. Pero eso no impide que, si los estrategos evalúan como mayores las ventajas de aprovechar la noche

¹¹⁰ τέλος οὐδέτεροι νικήσαντες διέστησαν νυκτὸς ἐπελθούσης.

¹¹¹ D.S., XI,10,1-4 (de todas formas, las dudas que surgen sobre la verosimilitud de este episodio son muchas y la mayor parte de los autores lo consideran falso); XI,30,2.

¹¹² Otro ejemplo es Hdt., VII,167 entre griegos y cartagineses; también para las flotas: Hdt., VIII,11,3; 70,1; D.S., XI,12,6.

que los riesgos a los que se exponen, esas marchas, o el cambio de emplazamiento del campamento, se pueda llevar a cabo (Hdt., IX,51,3):

*A ese paraje, pues, fue al que proyectaron trasladarse (μεταναστήναι), para poder disponer de agua en abundancia y para que los jinetes no les causaran bajas, como ocurría cuando se encontraban a tiro. Y decidieron replegarse justo cuando montara guardia el segundo turno de noche (ἡ δευτέρη φυλακή), a fin de evitar que los persas advirtieran su partida.*¹¹³

En relación con el consejo de los mandos del ejército y la asamblea de los soldados, parece ser que es aquel que ostenta su presidencia el único que puede convocarlo. Pocas dudas caben sobre esto dada el claro testimonio de Heródoto con ocasión del siguiente episodio (Hdt., VIII,58,1-2):

A Temístocles le pareció perfecta la sugerencia¹¹⁴ y, sin responder nada a sus palabras, se dirigió hacia el navío de Euribíades. Y, a su llegada, manifestó que deseaba conferenciar con él de cierto asunto de interés general. Euribíades, por su parte, le invitó a subir a bordo para que dijese lo que quería. Entonces Temístocles se sentó a su lado (παριζόμενος) y, haciéndolas suyas, le repitió todas las consideraciones que le había oído a Mnesífilo (a las que añadió otras muchas), hasta que, a fuerza de insistir, lo convenció para que abandonara la nave y

¹¹³ Ver también Hdt., IX,52,1.

¹¹⁴ Hdt., VIII,57,1.

convocase a junta a los generales
(συλλέξει τε τοὺς στρατηγοὺς ἐς τὸ συνέδριον).

Esa convocatoria puede producirse en cualquier momento, mediante heraldos.¹¹⁵ Lo más lógico y, por tanto, probable, es que hubiera también al menos una reunión diaria al finalizar el día. Con ella parece corresponderse el siguiente texto de Heródoto (Hdt., VIII,56,1): *El caso es que cayó la noche y levantaron la sesión, embarcándose en sus respectivas naves* (ἐκ τοῦ συνεδρίου ἐσέβαινον ἐς τὰς νέας).

También, siguiendo la práctica de periodos anteriores y posteriores, es muy probable que se reunieran al comenzar el día y para presenciar el primer sacrificio de la mañana en algún punto de reunión. Sin embargo, apenas se pueden descubrir menciones a un centro del campamento, lo que de nuevo extraña mucho debido al carácter tan helénico de este lugar.¹¹⁶ Su carácter general e incluso imprescindible en todos los ejércitos griegos se puede aducir como la circunstancia que explica su ausencia de los textos herodoteos, mejor que su inexistencia.

En cuanto a la asamblea de los soldados, los ejemplos recogidos por Heródoto son muy pocos. Se denominan como συλλογή.¹¹⁷ Sería convocada por el mando del ejército, pero también los soldados pueden presionar para su convocatoria en cualquier momento (Hdt., VIII,74,1-2):

¹¹⁵ Ver también Hdt., IX,45,3-46,1; 50.

¹¹⁶ La única posibilidad, en absoluto clara, es Hdt., VIII,74,2 (τέλος δὲ ἐξεργάγη ἐς τὸ μέσον).

¹¹⁷ Hdt., VIII,83,1, y quizá también se esconda en IX,28,1.

Por su parte, los griegos que se hallaban en Salamina, pese a tener noticias de las tareas de fortificación, estaban asustados, si bien no temían tanto por sus propias vidas como por la suerte del Peloponeso. El caso es que, durante un cierto tiempo, los soldados se reunían entre sí y murmuraban en voz baja, extrañándose de la insensatez de Euribíades. Pero, finalmente, el descontento estalló abiertamente (τέλος δὲ ἔξερράγη ἔς τὸ μέσον); de ahí que tuviera lugar una asamblea (σύλλογός τε δὴ ἐγίνετο) en la que habló largamente sobre el mismo tema: los unos aducían...

En este caso, la ambiente reinante en el campamento obliga a reunir a los soldados y, tras pedir calma, los jefes del ejército se retirarían a debatir en privado, con la promesa de atender sus peticiones. Los jefes militares comenzarían a sentir la presión de sus subalternos y a verse en la obligación, no solamente de mandar, sino también de convencer y tener que rendir cuentas de las decisiones que toman en campaña. Este aspecto parece ser el único en el que probablemente se dé una evolución, porque en el resto de la vida en campaña de los soldados la cotidianeidad poco había cambiado y poco cambiará.

Conclusiones.

Pese a que Heródoto no es un historiador militar, ni en su narración existe un interés por los pequeños acontecimientos que suceden en las campañas militares, el análisis de su *Historia* resulta imprescindible para este estudio. Él es nuestra mejor fuente para las Guerras Médicas, periodo esencial en la historia militar griega. Ahora, por primera vez, asistimos al desarrollo de grandes campañas, con importantes contingentes de soldados que deben afrontar largas y distantes operaciones, por lo que los campamentos adquieren una nueva relevancia. Además, este periodo supone el enfrentamiento del mundo militar griego con el persa, una lucha que necesariamente tendrá que dejar su poso en los posteriores desarrollos polemológicos griegos.

Del estudio del vocabulario campamental en Heródoto hemos podido llegar a la conclusión de que muy probablemente el término clásico para designar el campamento en griego (στρατόπεδον) surgió como un neologismo entre tropas mercenarias griegas en Asia Menor hacia finales del s. VIII o inicios del s. VII. Ante la falta de un término griego para designar los campamentos militares de asirios o egipcios, surge un vocablo compuesto del griego στρατός y πέδον, procedente del hitita *pedan*, que conforma el término clásico στρατόπεδον, cuya noticia de su uso por primera vez se produce en Egipto a mediados del s. VII. Sin embargo, la génesis del término parece denunciar, más bien, que su cuna debemos localizarla en el Asia Menor, entre las tropas mercenarias griegas que desde tiempo antes luchan y mueren bajo las ordenes de los imperio orientales en Asia Menor. En esas aventuras llegarían a conocer la realidad de los campamentos, para los que el griego, según vimos en Homero, no contaba con ningún término aplicable. Por eso tampoco cabe extrañarse de que sea Heródoto, con su

origen Jonio, el primer autor griego que hace un uso sistemático del sustantivo y consagre su utilización en griego clásico.

Heródoto entiende el concepto de στρατόπεδον en un sentido muy amplio, refiriéndose primordialmente a ejércitos establecidos en un territorio, las más de las veces, pero también a contingentes militares en medio de una batalla, lo que lo vincula estrechamente con el sustantivo στρατός que vimos en Homero. Este último también evoluciona empleándose de manera aún más habitual como “ejército” más que “ejército acampado”.

Esa evolución del vocabulario campamental desde la épica hasta Heródoto es signo evidente de una transformación en la naturaleza de la guerra en Grecia. Del siglo VIII al VI no sólo se ha producido un contacto más frecuente e intenso con otras potencias militares que hacen un uso sistemático y avanzado de los campamentos militares, sino que, además, la naturaleza de la guerra en Grecia ha tenido que cambiar lo suficiente como para conseguir que la semilla de esa influencia externa arraigue y los establecimientos militares de los soldados griegos en campaña dentro de la propia Hélade tengan una entidad e importancia suficiente como para divulgar el neologismo. Los transmisores de tales innovaciones debieron ser probablemente los mercenarios griegos que vemos luchando dentro de los confines del imperio asirio o egipcio, y que a su regreso a Grecia comunicarían a sus colegas sus experiencias. Todos esos pequeños cambios esconden una importantísima transformación en cuanto al tipo de operaciones bélicas que se llevan a cabo, cada vez más prolongadas y alejadas de la propia ciudad.

El vocabulario herodoteo no se agota con el término στρατόπεδον, y ya hemos podido ver cómo aparecen otras expresiones y formas de referirse a la acampada. Entre todas ellas es importante destacar ἔθεντο τὰ ὄπλα. Esta expresión, genuinamente griega, hunde sus raíces en Homero, estando dotada de una lógica intrínseca ya evidente

en Heródoto. Para un griego el acampar se definiría esencialmente como la acción de dejar cada soldado sus armas en el suelo. No es necesaria la construcción de elementos defensivos o la organización de un establecimiento militar, sino que en este estadio de la historia castrametral son sencillamente las armas dejadas por cada soldado junto a sí las que construyen el espacio de acampada. De ahí se deriva el que Tucídides y Jenofonte, poco tiempo después, hagan uso del término τὰ ὄπλα como sinónimo de campamento.

En cuanto a la imagen propiamente dicha de los establecimientos militares griegos durante este periodo, las informaciones que nos proporciona Heródoto son bastante exiguas. Sí debemos subrayar, sin embargo, que las suposiciones que podemos hacer concuerdan perfectamente con la imagen que vimos en Homero y que podremos ver en Tucídides y Jenofonte. En ningún caso los indicios que nos aporta Heródoto nos desvían del camino que comenzamos, sino que por el contrario nos aseguran y sirven de puente entre un periodo y otro, por lo que pese a la densa niebla que cubre la investigación en este periodo, las pocas señales que podemos atisbar nos reafirman en la senda marcada y ya conocida.

Tras el análisis del vocabulario, hemos estudiado cuáles eran los criterios fundamentales seguidos por los generales griegos a la hora de elegir el emplazamiento de sus campamentos. Esto nos ha permitido sacar a la luz la existencia de una honda preocupación por las cuestiones de logística en la planificación de una campaña militar. Por primera vez encontramos en Heródoto un interés profundo por las consecuencias que una buena o mala elección de rutas, emplazamientos y fuentes de aprovisionamiento tienen para el éxito o el fracaso de las campañas militares. No hay duda de que la maquinaria bélica persa que se dirigió contra Grecia tuvo que sacrificar intereses estratégicos por salvaguardar necesidades logísticas y que, en opinión de Heródoto, una gran parte del fracaso de éstos se debió a los fallos y a las dificultades

que en cuestión de aprovisionamiento tuvieron que afrontar los ejércitos del Rey. Los griegos, por su parte, supieron emplear aquellas circunstancias en su favor, mostrando una gran pericia a la hora de aprovecharse de ellas y superar así la desventaja que suponía su inferioridad numérica. Es por eso por lo que a través de Heródoto podemos conocer cómo los generales griegos se preocupaban por buscar lugares bien abastecidos de agua y víveres para situar sus campamento, y cómo son constantes las referencias a estos problemas valorándose como aspectos esenciales en el desarrollo de las campañas. Gracias a Diodoro Sículo, también hemos podido ver cómo los generales griegos dominaban otros muchos aspectos de la táctica, poniendo especial cuidado en la elección de los lugares en los que ordenar acampar a sus soldados. El mejor paraje era aquel que contaba con abundancia de agua (gracias a fuentes o ríos), de víveres (o, en su defecto, con la posibilidad de establecer rutas para el abastecimiento), que permita además aprovecharse de una topografía favorable para la defensa del asentamiento, con la presencia de muros o de ríos en la retaguardia, y aún mejor en una colina. Igualmente, el campamento junto al *témenos* de los templos, tan abundantes en Grecia, es otra de las indicaciones típicas que se suceden en Heródoto para localizar emplazamientos en los que estacionar el ejército, bien sea porque en los templos se dispone habitualmente de fuentes de agua y de un muro en el que apoyar la defensa; o bien porque es una forma sencilla de localizar sobre el territorio griego las campañas; y, más probablemente aún, por las dos razones a un tiempo.

En cuanto a la forma del campamento, estamos completamente ayunos de indicaciones en las fuentes. También son escasas las referencias a la estructura interna de las acampadas. Pese a esa escasez, hemos podido ir viendo cómo los campamento se distribuían internamente siguiendo la organización jerárquica del propio ejército y plasmando la propia estructura política de sus sociedades, comenzando por la

separación de acampadas entre flotas y ejércitos terrestres, siguiendo por la diferenciación entre los contingentes de diferentes polis, y hasta llegar muy probablemente a una distribución en diez espacios acotados, uno para cada τῶξις, al menos en la Atenas clisténica. Es fácil suponer que ese principio se extendería también a los λόχοι y a las ἐνωμοτίαι, hasta llegar a la συσκηνία, de los cuales no tenemos noticia en Heródoto. La ausencia de referencias a esas unidades menores no extraña en tanto que Heródoto únicamente se refiere, y de forma deficiente, a grandes contingentes y unidades que son los que realmente desempeñan papeles destacados en las batallas. De ese nivel jerárquico se pasa directamente a las hazañas o aventuras protagonizadas por individuos, anécdotas destacadas que le sirven para amenizar y embellecer su discurso. Pero de ese complejo estrato intermedio, no nos da ninguna pista.

Tampoco disponemos de una imagen completa o incompleta de las tiendas de campaña, aunque algunos pequeños episodios nos llevan a suponer que de nuevo, los soldados que comparten una misma tienda de campaña (συσκήνοι) conforman la unidad básica de funcionamiento de los campamentos, y que su número más probable era de diez soldados. Aunque no se nos describa ninguna de ellas, el cambio de denominación de κλισία a σκηνή permiten suponer que cada vez con mayor frecuencia se trataba de verdaderas tiendas de campaña y ya no tanto de chozas como las que habitaban los héroes de la *Ilíada*.

Sobre esa vida en campaña, lógicamente, apenas tenemos información. Sí que aparece, con ocasión de la narración de algún episodio nocturno de la guerra, la imagen de los soldados, junto a sus enseres, a los animales de carga y a los fuegos de campamento, que llegan a ser un elemento tan prototípico de ese género de vida como lo son las propias tiendas. Esa descripción se completaría con la presencia de sirvientes

y esclavos, y de tiendas más amplias para los jefes, aunque tales composiciones se refieren siempre a ejércitos lacedemonios, y no a contingentes de otras procedencias.

Heródoto no menciona ni tan siquiera una plaza central (el denominado más tarde por Jenofonte como “centro del campamento”), que hiciera el papel de ágora en los establecimientos militares, aunque eso no es prueba de que no existiera. De forma coetánea, sí hemos podido encontrar en Eurípides una posible referencia a la misma. Ese sería el lugar donde se llevan a cabo las asambleas y actos públicos, donde aparece un fuego sagrado y también, lógicamente, las estatuas de los dioses que, como en el caso de los espartanos, acompañaban al ejército. Es también probable que ahí se situaría igualmente la tienda del general. Su ausencia en la narración del escritor de Halicarnaso no es probable que se deba a su inexistencia, sino que más bien se supondría dado su carácter esencial y connatural a cualquier campamento militar. Por otro lado, el mercado que acompaña al campamento, las mujeres e incluso los niños, sí parecen formar una acampada aparte.

En cuanto a la defensa del campamento, ésta no parece suponer la presencia necesariamente de fosos, muros o cualquier otro tipo de construcción. Por el contrario, los griegos, según la información que nos aporta Heródoto, continúan confiando más en las características del terreno que en cualquier otro elemento para su defensa una vez acampados. Esto también debe ser consecuencia de que no se esperan ataques por sorpresa a los campamentos, ya que las guerras se deciden mediante batallas en campo abierto a plena luz del día, siendo la toma del campamento enemigo tan sólo una consecuencia de la victoria en la llanura, la forma de completar la victoria mediante la toma del botín que se encuentra en la retaguardia que es el campamento.

Sin embargo, las referencias a construcciones defensivas en las acampadas no son extrañas en su *Historia*, eso sí, circunscritas al bando persa. Heródoto no rechaza la

descripción pormenorizada de fortines persas, que sirven a las tropas del Rey como lugar para guardar sus bagajes y como refugio último de las tropas en caso de derrota en la batalla. Lo detallado de las descripciones que incluye responden a su deseo de subrayar la inutilidad e incluso lo contraproducente de esas defensas. En todos los casos los persas son aniquilados dentro de los fuertes al verse rodeados por los griegos que les atacan aprovechando el haber quedado encerrados dentro de los muros, como en un buitrón. Es, sin duda, una visión parcial del problema, que defiende la inutilidad de ese tipo de defensa frente al más tradicionalmente griego fundamentado en la orografía del territorio.

Por el contrario, Diodoro Sículo nos presenta una visión más positiva de muros y fortificaciones en la defensa de campamentos, pero circunscribe tal práctica a los ejércitos persas y a Gelón de Siracusa. La ausencia de menciones a la construcción de fortificaciones entre los griegos de la Hélade nos reafirma en la idea de que ésta no era una costumbre arraigada entre ellos. Pero, a la vez, nos lleva a cuestionarnos la razón y el origen de esa diferencia entre pueblos griegos de Oriente y Occidente (¿la influencia púnica?), así como a preguntarnos qué tipo de consecuencias tuvo en los propios griegos de la Hélade el empleo exitoso por Gelón de la fortificación de los campamentos. Cabe señalar que Heródoto calla completamente esos episodios, bien por desconocerlos (lo que no parece probable), bien por no considerarlos trascendentes llevado por sus prejuicios ante la experiencia persa. De ser así, quizá el desastre medido en las guerras contra los griegos jugó un papel fundamental en el rechazo consciente a semejantes novedades venidas de las colonias de Occidente.

La seguridad del campamento descansa, por el contrario, sobre los sistemas de guardia, vigilancia e información, que han sufrido una portentosa evolución con respecto a lo que pudimos ver en Homero. Sin que nos atrevamos a afirmar que la

instalación de guardias en torno a los campamentos sea sistemática (fuera de los casos de más peligro, al igual que ocurre en las murallas de las ciudades), sí que es muy corriente ver en las acampadas grupos de guardias establecidos poco más allá del perímetro del campamento, que vigilan los accesos del mismo y los cierran durante la noche. Además, también se suelen disponer puestos de guardia avanzados (ἡμεροσκόποι), organizados en turnos de 24 horas completas y localizados bastante alejados de la base del ejército a fin de vigilar e informar puntualmente a la base militar de los movimientos del enemigo. Junto a éstos, aparecen mencionados un variado ramillete de diferentes tipos de espías y ojeadores cuya acción impide de forma muy eficaz el que el ejército pueda verse sorprendido.

Pero la misión de esos guardias resultaría completamente inefectiva si no fuera por el gran desarrollo que alcanzan los sistemas de comunicación a larga distancia, bien gracias a señales luminosas, de humo, o mediante antorchas. Con ellas, las noticias podían recorrer rápida y eficazmente grandes distancias, como queda constatado no sólo en Heródoto sino también en Esquilo. Como contrapartida, todo eso supone una gran inversión en hombres distribuidos a lo largo y ancho del territorio dedicados a servir exclusivamente de enlaces a los generales y sus ciudades, con lo que la complejidad del engranaje militar de las *polis* griegas en este siglo VI-V debió de alcanzar ya un grado muy destacable.

De forma paralela, también aparecen muy desarrollados los sistemas de comunicación secreta de mensajes y el uso generalizado de señales y contraseñas para identificar a amigos y enemigos. Para distancias más cortas, para dar órdenes a los soldados dentro del campamento, o como forma de coordinar los movimientos de los barcos o las unidades de infantería en el campo de batalla, también se utilizan señales de

banderas o de toques de trompeta, de forma semejante a lo que sucedía en los ejércitos persas.

Por último, Heródoto también nos ha permitido, aunque sea de forma muy general, introducirnos en el día a día de los ejércitos. La jornada se inicia, como ya vimos en Homero, al rayar el alba e incluso un poco antes, con la reunión de los polemarcos y la práctica de los sacrificios rituales que dan paso a la apertura del campamento. Ya de día, los soldados se entretienen en múltiples ocupaciones tanto de carácter privado o lúdico, como de entrenamiento u otras obligaciones impuestas por el desarrollo de la campaña. Más que ejemplos positivos, contamos en Heródoto con algunos pasajes en los que se subraya cierta indolencia entre los soldados griegos, poco dispuestos a los trabajos y a la disciplina, salvándose, eso sí, los siempre ejemplares lacedemonios. Las actividades del día, o la batalla, finalizan con la llegada de la oscuridad, cuando los soldados toman la cena y los jefes vuelven a reunirse para, probablemente, concretar las órdenes del día siguiente.

La imagen del campamento griego en Heródoto es, como acabamos de ver, ciertamente deficiente y escasa, llena de lagunas, dejando apenas entrever sus líneas más básicas. Sin embargo, como ya dijimos, el testimonio herodoteo es de gran valor por aportarnos luces esenciales en aspectos básicos del desarrollo de la historia de la castrametación griega y por confirmarnos en las líneas de desarrollo que pudimos dibujar en Homero. Por eso es, sin duda, un puente imprescindible y de gran valor entre ambos periodos, entre la edad oscura y la época clásica.

Capítulo 4: El campamento militar griego durante la Guerra del Peloponeso

1. Introducción.¹

La obra de Tucídides no presenta, como en el caso de otros autores clásicos, profundos problemas y debates en torno a cuestiones de cronología, autoría o génesis.² De acuerdo con la inmensa mayoría de los estudiosos consideramos que la Historia de la Guerra del Peloponeso fue escrita íntegramente por Tucídides y se halla completa.³ Eso no quiere decir que estuviera acabada. Aparte del abrupto final de la obra, los libros V y VIII están faltos claramente de una revisión e incluso el VIII muestra, de forma más patente que el V, una falta de elaboración final. Probablemente Tucídides se hallaba trabajando en ambos libros a la vez cuando, por causas que desconocemos, y muy probablemente en torno al año 395, murió repentinamente y dejó la obra tal y como la conocemos hoy en día.

Sobre su vida, los datos de los que disponemos son también escasos, pudiendo descartarse como inverosímiles la mayor parte de las tradiciones incluidas en las biografías que algunas fuentes clásicas nos han legado.⁴ Debemos, por tanto, confiar casi exclusivamente en los datos autobiográficos contenidos en su obra. De entre ellos,

¹ Salvo en los casos en los que se indique otra cosa, todas las traducciones de los textos de Tucídides proceden de RODRÍGUEZ ADRADOS, 1987; estudios histórico-militares del periodo imprescindibles para entender el marco de este trabajo, *cfr.* KAGAN, 1981 y LAZENBY, 2004.

² No queremos decir con ello que todas las cuestiones en torno a la obra de Tucídides estén resueltas, o que no existan discusiones. Pero problemas como el saber si la guerra Arquidámica constituyó un primer trabajo que luego decidió prolongar al contemplar los resultados de la paz de Nicias, la forma de interpretar los discursos, o la ideología del ateniense, son todas ellas cuestiones de gran interés, pero cuya solución no afectan a este estudio.

³ RODRÍGUEZ ADRADOS, vol. I, 1987, pp. 7-83; CALONGE RUIZ, 1990, pp. 7-149; DE STE. CROIX, 1972, pp. 1-49; GOMME, vol. I, 1956, pp. 1-87; GOMME-ANDREWES-DOVER, vol. V, 1981, pp. 361-444; de ROMILLY, 1964, pp. vii-lix; SMITH, 1980, pp. vii-xix.

⁴ WILAMOWITZ, 1877, pp. 326-367.

lo que más nos interesa es, en primer lugar, el hecho de que Tucídides, desterrado de Atenas durante la mayor parte del conflicto que va a narrar, tuvo acceso privilegiado a fuentes de información de los dos bandos para elaborar su investigación, preocupándose por conocer de la forma más detallada y certera posible, el desarrollo de los sucesos que ocurrieron en ambos bandos.⁵ En segundo lugar, es de destacar el hecho de que Tucídides tuvo un profundo conocimiento de la vida en campaña, habiendo sido estratego ateniense e incluso habiendo participado personalmente en alguno de los episodios que narra.

Sin embargo, la obra de Tucídides no es un prontuario militar, sino un análisis político-militar. Aunque haya sido él mismo militar, las cuestiones relacionadas con los ejércitos, las tácticas, estrategias o los detalles de la vida en campaña son escasos. La preocupación de Tucídides se centra más en explicar las causas de la guerra, los desarrollos políticos que han definido el conflicto, o la psicología de personajes tanto individuales como colectivos que han tenido un papel en las luchas por el poder. Ese carácter fundamentalmente histórico-político, unido al estilo sobrio de su prosa, y al hecho de que se dirige a un público contemporáneo, y por tanto al que supone conocedor de las normas y leyes que rigen los aspectos que más nos podrían interesar (la milicia, la economía, o la religión) lleva a que en la obra de Tucídides apenas encontremos pistas que nos permitan analizar la vida en campaña de los ejércitos en este periodo.⁶ Si este estudio dependiera exclusivamente del testimonio de Tucídides como

⁵ Como ROMILLY, 1964, pp. vii-xv, explica breve, pero brillantemente, el joven Tucídides estuvo claramente influido por el pensamiento racional y científico que aparece en esos momentos en autores como Hipócrates de Cos, y fundado en la observación de los fenómenos y en la idea de las leyes naturales. Por eso el autor se preocupa primero por establecer correctamente la cronología con un valor universal, lo que permite la interpretación. La verdad histórica pierde su carácter anecdótico, y la historia deviene en una adquisición para siempre.

⁶ GOMME, vol. I, 1956, p. 1-9.

fuentes históricas, habría sido imposible saber apenas nada de los campamentos militares griegos en época clásica.⁷

Pero no todo está perdido. En general, la narración de la guerra del Peloponeso, con sus escasos comentarios sobre la vida en campaña, lo que sí nos aporta es la confirmación de muchas de las propuestas y reconstrucciones que hemos ido haciendo a lo largo de este estudio. La imagen que nos ofrece, aunque muy tenue en sus contornos, encaja perfectamente con los datos que nos aportan los autores anteriores y posteriores sobre la organización y vida en los campamentos griegos de época clásica. Pero, además, también podemos hallar ciertos elementos puntuales, pero valiosos, sobre aspectos concretos de esa vida castrametral griega. Y todo ello con la confianza de proceder de un autor del nivel de exigencia histórica en sus análisis, y de un militar con experiencia como es Tucídides.

Junto a la obra del ateniense, también haremos uso de las comedias de Aristófanes, en el que descubrimos comentarios o situaciones donde quedan reflejados aspectos de la experiencia cotidiana de los soldados en las campañas militares. De ahí que, aunque la guerra no es el tema central de ninguna de sus obras, sí sea su trasfondo, haciendo muy valioso su testimonio para completar algunas carencias de la obra del estratega ateniense. Pero Aristófanes será siempre únicamente un auxilio para completar nuestra fuente fundamental para el periodo que es, claro está, Tucídides.

⁷ Un claro ejemplo que nos permite ilustrar esto es la descripción del episodio del ataque de Cimón a un campamento persa, que aparece en Th., I,100,1, comparándolo con la más extensa narración en D.S. XI,61.

2. Vocabulario campamental en Tucídides.

En Tucídides se reúnen dos condiciones que hacen muy importante el análisis del empleo del vocabulario relacionado con los campamentos militares. Por un lado, como ya hemos dicho, Tucídides era un militar cuya experiencia y conocimiento personal se ponen al servicio de su *Historia*; por otro lado, es el autor griego más sobrio y meticoloso por el uso del lenguaje, empleando un estilo muy cuidado en la narración de cada episodio. Con todo ello podemos confiar plenamente en que el empleo del vocabulario castramental se corresponderá con una cuidadosa selección de los términos, siendo también seguro que éste reflejará la realidad de la práctica militar de su momento histórico.

En líneas generales, el vocabulario campamental de Tucídides, muestra una gran variedad. Los vocablos y expresiones de los que se sirve son prácticamente idénticos a los de Heródoto, pero añadiendo multitud de variantes que enriquecen la expresión. Por eso no cabe hablar de evolución sino de continuidad y profundización.

a) Στρατόπεδον.

Στρατόπεδον es también en Tucídides el término más habitual y común para referirse de forma específica al campamento militar.⁸ Pero también sigue siendo un término que mantiene una cierta ambigüedad por abarcar un espectro semántico más amplio que nuestro moderno sustantivo “campamento”. En la obra del estratego ateniense, στρατόπεδον lo podemos definir como el conjunto de soldados en campaña,

⁸ A lo largo de la obra también aparecen otras formas, perífrasis, que sirven para referirse a un “campamento” o a un “ejército asentado sobre un territorio”, como son: παρὰ ταῖς ναυσὶ μένοντες (permanecer junto a las naves del campamento de una flota, preparados para el ataque) en II,89,9; τοῖς Ἀθηναίοις (el colectivo se emplea para referirse al bando enemigo acampado) en I,53,1; 107; VI,46,1; VIII,64,4; o también ἐπὶ ταῖς εὐνάϊς (junto a los lechos, el campamento) en VI,67,3. Pero por la escasa relevancia que para este estudio tienen, valga con dejarlas aquí así consignadas.

estacionados o no en un territorio, por lo que asimismo aparece empleado con un sentido muy similar a “ejército”.⁹ Un buen ejemplo de ello podemos verlo en Th., II,65,11:

... y entre ellos, sobre todo, la expedición a Sicilia, que fue un fracaso no tanto por un error de cálculo respecto al poder de aquellos contra quienes iba, como porque los que la enviaron no tomaron las disposiciones más provechosas para los que partieron, sino que, a causa de las difamaciones de que individuos particulares hacían objeto a otros por obtener la jefatura del partido popular, debilitaron las fuerzas del ejército (τὰ τε ἐν τῷ στρατοπέδῳ ἀμβλύτερα ἐποίουν), y por primera vez promovieron disturbios por causa de los asuntos públicos.

Al στρατόπεδον se le atribuyen acciones, operaciones o reacciones propias de los soldados que componen un ejército, tal y como hace Formión en su discurso al dirigirse a sus tropas (Th., II,89,7): *Son muchos los ejércitos (πολλὰ στρατόπεδα) que han sucumbido ante un número inferior por ser bisonos (ἀπειρία), y a veces también por falta de audacia (ἀτολμία).*

A lo largo de la narración de la guerra del Peloponeso, podemos encontrarnos con que es el στρατόπεδον al que se le encarga la vigilancia del enemigo (Th., I,62,3; III,22,4-5); igualmente un στρατόπεδον se puede prestar al combate (Th., VII,3,3), avanza por el campo de batalla (Th., V,70; 71,1; VI,69,1), ataca al enemigo (Th., III,98,3; VII,54) o es atacado por él (Th., III,5,2); también puede ser derrotado y sus

⁹ Tucídides habla del mayor o más lucido στρατόπεδον jamás reunido durante la contienda (Th., II,31,2; V,60,3; 68,1). Ver, también, Th., II,65; 89; III,112,1; IV,26,1; VI,68,1; 86; VII,44,1; 59,2; 71,4; VIII,72,1; 76,1; 97,3.

fuerzas restantes pueden emprender entonces la huida para buscar refugio tras los muros de alguna ciudad amiga (Th., I,62,6; IV,90; V,60,3; V,72); de la misma forma, en alguna ocasión, la batalla se dice que se entabla entre dos στρατόπεδα (Th., V,59,4; VII,44,1); y como cualquier στρατός, el στρατόπεδον se desmoraliza en las duras y largas campañas militares (Th., VII,47,1); o sufre pánicos (Th., IV,125,1), como le ocurre a los restos del contingente ateniense durante su intento de huida del bloqueo siracusano en Sicilia (Th., VII,80,3):

Así pues, encendieron muchos fuegos y caminaron durante la noche. Y al modo como en todos los ejércitos (στρατοπέδοις), sobre todo en los más grandes, suelen producirse terrores y pánicos, y más cuando marchan en la noche a través de tierra enemiga y no teniendo lejos a los enemigos, se produjo entre ellos un tumulto.

Otro de los fragmentos más conocidos de Tucídides sobre los problemas tácticos de los ejércitos griegos durante los combates, nos puede servir para ilustrar el problema que estamos tratando (Th., V,70-71):

Seguidamente tuvo lugar el encuentro, marchando los argivos con resolución y ardimiento y los lacedemonios despacio y al son de muchos flautistas que iban con ellos, no por un motivo religioso, sino para que avanzaran igualados andando al compás de la música y no se abrieran sus filas, como suele acontecer a los grandes ejércitos (τὰ μεγάλα στρατόπεδα) al ir al choque.

En tanto que aún marchaban al encuentro, el rey Agis decidió hacer lo siguiente. A todos los ejércitos (τὰ στρατόπεδα) les sucede que al entrar en combate se desvían de preferencia hacia su ala derecha, y unos y otros desbordan con su ala derecha la izquierda del enemigo,....

Así es natural que en las traducciones de esos textos muchas veces se opte por emplear “ejército” en vez de “campamento”, lo que resulta completamente legítimo en muchos episodios, dado que, cómo estamos viendo, no existe en nuestro moderno lenguaje un concepto idéntico que abarque el campo semántico de στρατόπεδον. Por ejemplo, cuando Tucídides quiere recordar la Atenas que alcanza la cima de su poder en 430 a.C. bajo el mando de Pericles, nuestro autor emplea el sustantivo στρατόπεδον, que se ha de entender como “ejército” y no como “campamento” (Th., II,31,2): *Este fue el mayor ejército (στρατόπεδόν) ateniense que se reunió nunca, pues la ciudad estaba aún en la cima de su poder y todavía no había sufrido la peste.*

En otras ocasiones resulta más difícil dar con el vocablo más adecuado para la traducción. Así sucede en la narración del intento de huida de los platenses asediados por las fuerzas peloponesias a través de los muros que circundan la ciudad (Th., III,22,4-5):

Pero cuando ya hubo más plateenses arriba, se dieron cuenta los centinelas de las torres, pues un plateense, al agarrarse de las almenas, desprendió una teja, la cual metió ruido al caer. Y al punto se elevó un gran griterío, y el ejército peloponesio se dirigió hacia la muralla (τὸ δὲ στρατόπεδον ἐπὶ τὸ τεῖχος ὥρμησεν), pues en medio de la oscuridad de la noche y de la tormenta no sabía cual era el peligro que sobrevenía, y

además los plateenses que habían quedado en la ciudad, haciendo una salida, atacaron la muralla de los peloponesios por el lado opuesto a aquel por donde sus compañeros de armas intentaban salvarla, a fin de que los peloponesios les prestaran la menor atención.

En este pasaje Rodríguez Adrados opta por traducirlo como “ejército”, mientras en la versión de la colección Loeb, la palabra que se usa es *garrison*.¹⁰ Por supuesto, la diferencia semántica es mínima y no afecta a la comprensión del texto. Pero eso no siempre es así. En algunas ocasiones el mantener la traducción como “campamento” en vez de emplear el recurso más sencillo de “ejército” quizá lo haría más fiel al texto original tucidídeo. Por ejemplo, en Th., VII,3,3, podemos leer:

Seguidamente, unos y otros tomaron sus disposiciones como para reñir batalla. Pero Gilipo, viendo que los siracusanos estaban en desorden y que no se formaban con facilidad, retiró su ejército (τὸ στρατόπεδον) hacia un lugar más abierto, y Nicias no llevó tras él a los atenienses, sino que permaneció quieto junto a su muro.

En este caso, si traducimos τὸ στρατόπεδον como “campamento”, hemos de suponer que el movimiento estratégico de Gilipo va más allá del mero cambio de posición de las tropas, llevando a cabo una retirada táctica de mayor calado y dificultad.

Pero στρατόπεδον, usado en el sentido de acampada llevada a cabo en un lugar en despoblado donde se establecen temporalmente las fuerzas del ejército, y por tanto, vinculado a estructuras materiales y construcciones de algún tipo para el servicio de los

¹⁰ SMITH, 1975.

soldados, también lo encontramos en Tucídides. El problema es que la forma general en que suele emplear el término y la falta de datos que nos lo contextualicen hace que el número de veces en las cuales se pueda asegurar el empleo de στρατόπεδον con este significado sea muy exiguo.¹¹

El que el sustantivo vaya acompañado de determinados verbos también puede permitirnos alcanzar ese mayor grado de certeza acerca del tipo de establecimiento militar al que se refiere el autor, como por ejemplo con ocasión del discurso de Atenágoras en la asamblea siracusana en la que se discute la mejor manera de afrontar la amenaza ateniense a la isla (Th., VI,37,2):

En estas circunstancias me parece [...] que apenas escaparían al total aniquilamiento si trajeran una ciudad tan grande como Siracusa y, estableciéndose cerca, nos hicieran la guerra; y con mucho más motivo lo sufrirían en medio de una Sicilia enemiga toda ella (pues se coaligará) en un campamento formado a base de materiales sacados de las naves, de unas pobres tiendas y de unas defensas improvisadas (στρατοπέδω τε ἐκ νεῶν ἰδρυθέντι καὶ ἐκ σκηνιδίων καὶ ἀναγκαίας παρασκευῆς) y sin poder alejarse mucho por causa de nuestra caballería.

Este no es el único caso. También en otros pasajes στρατόπεδον aparece definido como una estructura material al estar limitado en su significado por verbos como σκευάζω (Th., VI,44,3; 51,3) o κατάληψις (Th., VI,65,3),¹² o cuando

¹¹ Th., I,11,1; III,6,2; VI,74,2; 88,3; VII,42,4.

¹² Diodoro Sículo, refiriéndose justamente a este pasaje, dice que los atenienses desembarcaron y construyeron un campamento (D.S., XIII,6,4: παρεμβολήν ἐποίησαντο). Es curioso como Diodoro emplea παρεμβολή siempre que se refiere a los campamentos atenienses en torno a Siracusa, evitando en

directamente se aclara que al campamento se le dota de estructuras defensivas. Esto sucede, por ejemplo, en Th., VI,74,2:

[Los atenienses], *al cabo de trece días de espera, como estaban expuestos a la inclemencia del invierno y carecían de víveres y no tenían ningún éxito, se volvieron a Naxos y construyeron dársenas y empalizadas alrededor del campamento e invernaron allí* (καὶ ὄρια καὶ σταυρώματα περὶ τὸ στρατόπεδον ποιησάμενοι αὐτοῦ διεχέιμαζον).

Sin embargo, lo que también podemos asegurar es que el término no implica por sí mismo y siempre la existencia de ciertos elementos constructivos propios de nuestra moderna forma de entender un campamento. Cuando las fuerzas atenienses se encuentran invernando en Naxos, los siracusanos aprovechan para atacar y destruir el antiguo campamento ateniense en Catana (Th., VI,75,1-2):

Los siracusanos, por su parte, construyeron este invierno en las inmediaciones de la ciudad una muralla a lo largo de todo el lado que mira a las Epípolas y dejando dentro al Temenites, a fin de que Siracusa no fuera fácil de circunvalar desde cerca si sufrían una derrota, y también construyeron un fuerte en Megara y otro en el Olimpion; además, sembraron de estacadas el mar en todos los lugares donde se podía desembarcar. Y como sabían que los atenienses invernaban en Naxos (ἐν τῇ Νάξῳ χειμάζοντες), marcharon con todas sus fuerzas contra Catana y devastaron una parte de su territorio, e

este contexto el empleo de στρατόπεδον. Παρεμβολή es una palabra un poco posterior, apareciendo por primera vez en las obras del cómico Dipilo del s. IV-III a.C.: *cfr.* LIDDLE-SCOTT, s.v., “παρεμβολή”.

incendiando las tiendas y el campamento (σκηναὶς καὶ τὸ στρατόπεδον) ateniense se volvieron a su ciudad.

Tucídides aclara que las fuerzas enemigas incendian el στρατόπεδον y las tiendas de campaña o barracas ocupadas por los soldados. Evidentemente, si para la mentalidad griega el uso común de στρατόπεδον hubiera supuesto la inclusión en el concepto de la existencia de barracones o tiendas de campaña, la aclaración hubiera carecido completamente de sentido.¹³ Sin embargo, es absolutamente necesario que esta acampada tuviera, a parte de esas tiendas, otras construcciones que pudieran ser incendiadas y que hubieran quedado en pie tras la retirada de los soldados a Naxos. Pero, aún así, podemos afirmar que el término στρατόπεδον no se identifica con la existencia de tiendas de campaña o lugares de habitación de la tropa.

También es cierto que en muchos casos, la palabra se emplea sin un contexto que permita realmente acertar a saber si su sentido es más cercano a la idea de ejército o a la idea de un campamento militar que cuente con ciertas infraestructuras. Entonces tan sólo podemos definirlo como una base de una fuerza militar en campaña, pudiendo ser tanto terrestre como marítima.¹⁴

En cualquier caso, el sustantivo tampoco se concreta como la definición de un espacio de acampada. En realidad, desde un punto de vista topográfico es también un término escasamente delimitado, como podemos comprobar en Th., II,25,1-2:

¹³ Caso similar es el de Th., VIII,40,3 aunque esta vez referido a la construcción de unas fortificaciones más extensas para el campamento.

¹⁴ Terrestre: Th., I,51,4; 137; II,12; 81,4; IV,15,1; 30,4; 131,2; V,55,1; 59,1; 66,4; VI,88,3; VII,8; 23,2; 25,8; 36,5; 44,1; 47,1; 50,3; 53,3; 69,4; 71,4; 73; 75,2; 78,7; 79,6; VIII,51,1; marítimo: Th., I,117,1; II,25,2.

[Los atenienses] *desembarcaron en Metonia de Laconia y atacaron las murallas; se trataba de una ciudad mal fortificada y sin habitantes. Pero en aquella comarca se encontraba Brasidas, hijo de Télide, un espartano, como jefe de una guarnición, y al enterarse marchó con cien hoplitas en socorro de los de la ciudad. Pasando a través del ejército ateniense (διαδραμῶν δὲ τὸ τῶν Ἀθηναίων στρατόπεδον), que estaba disperso por los campos y vuelto hacia las murallas, penetró en Metona, y perdiendo pocos de los suyos en la incursión, salvó la ciudad y fue alabado en Esparta por este rasgo de audacia, el primero de la guerra.*

Si el στρατόπεδον pudiera identificarse con una zona limitada de acampada, donde los soldados duermen y donde están colocadas sus pertenencias, la acción llevada a cabo por un centenar de hoplitas que atraviesan el στρατόπεδον para alcanzar la ciudad carecería de sentido. Tratándose únicamente cien soldados es cierto que podrían atravesar un campamento, pero más fácil sería aún el evitarlo para alcanzar con más seguridad su objetivo. Sin embargo, Tucídides emplea στρατόπεδον, probablemente porque el término se refiere a toda la zona de queda bajo la influencia de la acampada de los soldados, todo aquel terreno ocupado por sus actividades y no únicamente el lugar mismo de descanso. Este es el sentido que también Diodoro Sículo da al episodio (D.S., XII,43,2):

Fue entonces cuando el espartiatas Brasidas, que, pese a su juventud, destacaba por su fortaleza y valor, viendo que Metone corría peligro de ser tomada al asalto, tomó consigo a algunos espartiatas y tuvo la audacia de pasar

*a través de los enemigos, que se encontraban desplegados, matando a un gran número y logrando penetrar en la plaza.*¹⁵

Lo que queda claro, por lo hasta aquí visto es que στρατόπεδον es un concepto más claramente relacionado en Tucídides con una definición más personal que material de lo que es un ejército acampado. De esa manera, el στρατόπεδον se vincula con un conjunto de soldados que comparten una vida en campaña, ocupan un espacio de terreno, apareciendo en algún caso estructuras materiales de las que se sirven. Por ello, no cabe extrañarse de que el historiador compare el στρατόπεδον ateniense en Sicilia con una πόλις sitiada por los siracusanos (Th., VII,75):

Había un abatimiento general y muchos reproches de los atenienses contra sí mismos, pues no semejaban otra cosa que una ciudad (ἡ πόλει) sitiada que huía furtivamente, y una ciudad no pequeña, ya que marchaban juntos no menos de 40.000 hombres en total. De ellos, los demás llevaban las cosas de utilidad que cada uno podía, y los hoplitas y jinetes, contra lo acostumbrado, sus propios víveres, unos por falta de esclavos y otros por desconfianza de ellos. Ni siquiera los víveres llevaban en cantidad suficiente; pues ya no había provisiones en el campamento (ἐν τῷ στρατοπέδῳ).

Ni una πόλις ni un στρατόπεδον lo definen las estructuras materiales, aunque puedan disponer de ellas, y por eso se comprende la comparación que Nicias hace entre ese mismo ejército ateniense en Sicilia y una πόλις griega en movimiento (Th., VII,77):

¹⁵ Todas las citas en español de Diodoro Sículo proceden de la traducción de TORRES ESBARRANCH, 2006.

...y contemplándoos a vosotros mismos (viendo cuántos y cuán excelentes hoplitas marcháis correctamente formados) no os abatáis en exceso, sino pensad que vosotros solos sois una ciudad (πόλις) en cualquier lugar en que os asentéis (καθέζησθε) y que ninguna otra de las de Sicilia resistiría fácilmente si la atacarais ni os expulsaría si os establecierais en algún punto. (...) Y en conclusión, daos cuenta, soldados, de que os es forzoso ser valientes, puesto que no hay cerca ningún lugar donde podáis salvaros si flaqueáis, y de que si ahora lográis huir de los enemigos, conseguiréis volver a ver aquellas cosas que deseáis, y los atenienses restauraréis el gran poderío de nuestra ciudad, ahora caído en tierra; pues una ciudad consiste en sus hombres y no en unas murallas ni unas naves sin hombres.

De ahí se sigue que el στρατόπεδον también pueda adquirir un carácter político si se independiza de su πόλις, como cualquier colonia (Th., VIII,76,1-3):

En este tiempo los atenienses quedaron enfrentados entre sí, exigiendo los unos que la ciudad se rigiera democráticamente y los otros que el ejército (τὸ στρατόπεδον) lo hiciera oligárquicamente. Y los soldados celebraron inmediatamente una asamblea (ἐκκλησίαν), en la cual destituyeron a los anteriores generales y a los trierarcos de los que tenían sospechas y eligieron en su lugar otros trierarcos y generales, de los cuales fueron Trasíbulo y Trasilo. Y levantándose a hablar, dirigieron otras varias exhortaciones y principalmente que no había que descorazonarse porque la ciudad hubiera desertado de su campo...

De hecho, en caso de que un ejército esté compuesto por soldados aliados de ciudades diferentes, cada uno se identifica con un στρατόπεδον propio, aunque todos ellos pertenezcan u obedezcan a una misma alianza, y por tanto sean también un solo ejército. Por ejemplo, los soldados corcirenses aparecen formando una entidad con voz propia dentro del conjunto de los aliados atenienses: *Esto es lo que dijeron; y los del ejército de los corcirenses que lo oyeron* (τὸ στρατόπεδον τῶν Κερκυραίων), *pidieron a gritos que al instante los cogieran y los mataran* (Th., I,53,3).¹⁶

Στρατόπεδον es en Tucídides un término completamente diferente a nuestra idea de “campamento”. El sustantivo designa simplemente a una fuerza militar en campaña, aplicándose a menudo al asentamiento de esos soldados en un territorio, e incluso al conjunto de estructuras materiales con las que hayan dotado una acampada. En gran medida el término στρατόπεδον es en lo castrense lo mismo que πόλις en lo político. En ambos casos la realidad que dota de significado al sustantivo es de carácter personal, los ciudadanos en armas o simplemente ciudadanos, respectivamente, y sólo después se puede entender que queden englobados en su significado otros elementos que acompañan e identifican materialmente esa comunidad.

¹⁶ Otro ejemplo lo encontramos en Th., VII,43 donde los distintos contingentes aliados de los siracusanos son identificados como diferentes στρατόπεδα. El que esa diferenciación política se muestre también en una separación de cada espacio de acampada es un problema al que nos referiremos en el apartado dedicado al estudio de la estructuración interna de los campamentos. Tanto en la edición de Loeb como en la de Belles Lettres se traduce el término como “ejército”.

b) Στρατοπεδεύω, ποιέω στρατόπεδον, τεύχω στρατόπεδον, σκευάζω στρατόπεδον, ἀνορθώω στρατόπεδον y otras expresiones verbales.

La forma verbal correspondiente al sustantivo στρατόπεδον es στρατοπεδεύω, también de uso muy habitual a lo largo de la narración de Tucídides.¹⁷ Se define sencillamente como la acción de acampar, de establecerse una fuerza militar en un territorio. El verbo se emplea de forma indistinta, tanto para infantería como para fuerzas navales, que necesariamente debían descansar y parar en la costa, estableciendo sus campamentos junto a las naves varadas.¹⁸ Tucídides emplea esta forma verbal tanto en estancias cortas como más prolongadas. Pero tampoco el mero análisis de su uso permite saber si se halla necesariamente ligado a la construcción de estructuras materiales para la acampada o no. Probablemente, como ocurre con su sustantivo, posee un sentido general que permite que se aplique tanto en uno como en otro caso.

Un significado más estrechamente ligado con la construcción de estructuras materiales parece ser el de la expresión ποιέω στρατόπεδον. Este giro conlleva la idea de construcción u ordenación de la acampada, como puede entenderse en Th., I,46,3-4:

Y una vez que viniendo de Leúcade llegaron a la costa continental que está enfrente de Corcira, anclaron en Quimerion (ὀρμίζονται), en Tesprotia. Se trata de un puerto encima del cual hay una ciudad llamada Efire, situada lejos del mar, en la región del puerto de Elea, en Tesprotia. Cerca de ella desemboca en el mar la laguna Aquerusia; el río Aqueronte, que corre a través de Tesprotia, desemboca en ella y le da nombre; también corre allí el río Tiamis, que limita Tesprotia y Cestrina, y entre uno y otro río se eleva el cabo

¹⁷ Th., I,30,3; 47,1; 51,4; 61,5; 62,1; II,81,2; III,105,2; 107,2; IV,23,2; 26,3; 54,1; 78,5; 124,2; 125,2; 129,5; 131,2; V,64,5; 65,6; VIII,25,1.

¹⁸ Th., V,84,3; VIII,79,4.

Quimerion. En aquel punto del continente anclaron, pues, los corintios y acamparon (ὀρμίζονται τε καὶ στρατόπεδον ἐποιήσαντο).¹⁹

También existe una forma paralela a esta construcción para el caso de las fuerzas de infantería, precedido por el verbo καθίζω (Th., II,19,2; III,107,1) y que podría entenderse como que la acampada presupone algo más que un mero asentarse simplemente en un terreno (Th., III,107,1): *Una vez reunidos* [peloponesios y ampraciotas], *al llegar el día tomaron posiciones y acamparon en el lugar llamado Metrópolis* (καθίζουσιν ἐπὶ τὴν Μητρόπολιν καλουμένην καὶ στρατόπεδον ἐποιήσαντο).

De forma más fidedigna con la literalidad del texto, el pasaje podríamos traducirlo por “se asentaron y construyeron un campamento”. Lo cierto es, también, que la sobriedad de la narración de Tucídides nos impide saber lo que στρατόπεδον ἐποιήσαντο presupone, algo que sin duda estaría claro para los oyentes contemporáneos de nuestro autor. Pero el contexto y sucesión de acciones permite asegurar que al lugar en el que los soldados se asientan se le añadirían algún tipo de construcciones o infraestructuras. De esta forma la expresión podría ser algo equivalente a la idea de “instalar un campamento”, aunque no podamos saber qué implica eso exactamente.

El estudio del vocabulario tucidídeo nos muestra otras formas similares a ποιέω στρατόπεδον. En primer lugar, τεύχω στρατόπεδον, que aparece una única vez en toda la obra (Th., III,6,1); otra fórmula es σκευάζω στρατόπεδον, empleada solamente en dos ocasiones, pero de forma consecutiva (Th., VI,44,3; 51,3); por último, debemos mencionar ἀνορθόω στρατόπεδον, que también nos encontramos una única vez (Th., VI,88,5). En todas estas expresiones podemos entender que en estos episodios

¹⁹ Cfr., Th., III,33,3, para un caso también similar.

la acción de acampar está acompañada por algún tipo de actividad constructiva o de ordenación, lo que puede resultar de gran importancia a la hora de estudiar la evolución del campamento militar griego. Pero eso será tema de reflexión para un apartado posterior dentro de este capítulo.

Además de las que acabamos de apuntar, también podemos identificar otro conjunto de expresiones referidas a la acción de acampar que podríamos agrupar simplemente bajo la idea de la ocupación de una extensión de terreno por una fuerza militar en campaña (un στρατόπεδον). Sería el caso de στρατόπεδον κατάληψις (Th., VI,65,3), στρατόπεδον ἐπέχω (Th., II,81) o στρατόπεδον καταλαμβάνω (Th., VI,64), todas ellas empleadas una sola vez por Tucídides, siendo también desconocidas en otros autores griegos. En ellas al στρατόπεδον se le identifica también por otro rasgo material y no personal, por su extensión sobre un terreno. Además, sirven para mostrar la creatividad de Tucídides y su búsqueda de formas nuevas de expresión para evitar duplicaciones que hicieran pesada una narración en la que muchas veces se ve obligado a repetir la misma idea una y otra vez.²⁰

c) καθίζω.

Otro verbo vinculado habitualmente en Tucídides a ejércitos en campaña que se asientan en un territorio es καθίζω. Las veces que se repite a lo largo de la obra del ateniense casi iguala al de στρατοπεδεύω,²¹ pero con la particularidad de que lo acompaña en algunos pasajes, completándose en su significado. Por ejemplo, resulta

²⁰ Muy significativamente, la mayor parte de ellas aparecen en el libro VI, y alguna en el II y en el III (ninguna de ellas en el V o en el VIII) lo que muestra que estos libros fueron objeto de una revisión estilística más profunda por Tucídides.

²¹ Th., I,11; 26,5; 30; 61,4; III,1; IV,2,2; 90,1; 93,1; 110,1; 124,4; 130; V,6; 61,5; 49; VI,98,2; VII,73,3; 82,3.

muy ilustrativo el siguiente fragmento de la narración sobre la campaña Arquidámica en Th., II,19:

Sin embargo, una vez que después de atacar Énoe y probar toda clase de medios no pudieron tomarla, y que los atenienses no enviaron heraldos, levantaron el campo (ὀρμήσαντες ἀπ' αὐτῆς) de allí, y a los ochenta días aproximadamente de los sucesos de Platea, en el centro del verano, y cuando el trigo estaba en su madurez, penetraron en el Ática bajo el mando de Arquidamo, hijo de Zeuxidamo, rey de los lacedemonios. Y primero acamparon (καθεζόμενοι) y arrasaron el territorio de Eleusis y la llanura de Tría, y pusieron en fuga a la caballería ateniense junto a los arroyos llamados Ritos; luego avanzaron a través de Cecropia, teniendo a mano derecha el monte Egaleo, hasta que llegaron a Acarnas, el mayor de los llamados demos del Ática, y deteniéndose en él hicieron un campamento (καὶ καθεζόμενοι ἐς αὐτὸν στρατόπεδόν τε ἐποίησαντο) y, permaneciendo allí mucho tiempo, se dedicaron a devastar el país.

En el territorio de Eleusis, Tucídides simplemente indica que el ejército lacedemonio se asienta en la zona para llevar a cabo una acción de destrucción del territorio, sin querer implicar ningún trabajo adicional de castrametación, y probablemente porque permanecieron allí el tiempo imprescindible para llevar a término su tarea de arrasar los campos. Eso es lógico, puesto que una vez destruidos árboles y cosechas la región quedaría inhóspita, y ni ellos ni sus enemigos podrían encontrar abastecimientos suficientes sobre el propio terreno.

Pero, sin embargo, en la siguiente parada del ejército de Arquidamo, la situación varía considerablemente. En Acarnas no sólo se asientan o paran en la región (καθίζω), sino que a esa decisión le continúa una premeditada ordenación o construcción de una acampada (στρατόπεδόν τε ἐποίησαντο), haciendo evidente el que existe un claro matiz de diferenciación entre καθίζω y στρατοπεδεύω.²²

Lo más adecuado parece ser el definir el verbo καθίζω simplemente como “asentarse” un ejército en un territorio, sin ningún connotación adicional. No indica la realización de trabajos de ordenación o constructivos de cualquier tipo, sino que parece querer trasladar una idea de provisionalidad y de ausencia de cualquier forma de “infraestructura castrametral”.

d) ἀλίζομαι.

Muy próximo al significado de καθίζω, y también relacionado con la acción de acampar, encontramos el verbo ἀλίζομαι que se traduce como “dormir al raso, vivaquear”. Su uso en contextos militares, ya hemos ido viendo que es tan antiguo como el griego, y Tucídides también lo emplea, pero más frecuentemente que autores griegos anteriores como, por ejemplo, Heródoto.²³

Al igual que καθίζω, no se circunscribe a ejércitos de tierra, sino que igualmente se emplea con fuerzas navales que pasan la noche en tierra.²⁴ Lo podemos encontrar precedido de στρατοπεδεύω (Th., III,91,5) o de ορμίζω (Th., IV,45,1).

A la hora de pretender conocer qué tipo de acampada tenemos en cada episodio y si existen algún tipo de estructuras que acompañan ese asentamiento militar, la

²² Es más, en Th., VIII,77, καθίζω se emplea para el asentamiento de un στρατόπεδον como una ciudad, lo que relaciona su significado de nuevo con un asentamiento más permanente.

²³ Th., III,5,2; 112; IV,71; VI,50,3; 65,1; 66,3; VII,3,3; 29,3; 35,2; 78,4; 79,5.

²⁴ Th., IV,13,3; 54,4; VIII,26; 33,2.

primera idea que surge es la de que este verbo se emplearía exclusivamente en contextos en los que se entiende que los soldados duermen al raso. Por ejemplo, cuando los soldados pasan la noche en el mismo terreno en el que durante ese día se ha producido una batalla, implicando que los soldados no regresan a su campamento, a su base (Th., IV,134); también es el verbo del que Tucídides echa mano para describir la forma de pernoctar los soldados de guardia en el exterior de los muros de una ciudad (Th., VII,4,3-4); más extrañamente, también se relaciona con soldados que pasan la noche fuera de su στρατόπεδον, en la ciudad próxima, alojándose en casas (Th., VI,64,2-3):

Enviaron a Siracusa a un individuo de su confianza y en apariencia no menos amigo de los generales siracusanos (...). Contó a continuación que los atenienses solían pasar la noche en la ciudad lejos del campamento (αὐλίζεσθαι ἀπὸ τῶν ὀπλῶν ἐν τῇ πόλει), y que si los siracusanos querían marchar a la aurora con todas sus fuerzas contra el ejército ateniense, ellos encerrarían en la ciudad a los que se hallasen allí y quemarían las naves, y los siracusanos podrían fácilmente atacar el campamento y hacer prisionero a todo el ejército.

Este texto también lo analizaremos por aparecer empleada la expresión ἀπὸ τῶν ὀπλῶν, pero lo que ahora nos importa es que el verbo αὐλίζομαι parece haber evolucionado en su significado de tal manera que puede ya ser empleado para referirse no sólo a hombres que pasan la noche al raso, vivaqueando, sino también a aquellos que pernoctan bajo techo, en las casas de la ciudad. Lo que sí parece deducirse gracias a un único ejemplo es que αὐλίζομαι y στρατοπεδεύω poseen ciertas

connotaciones que diferencian la acción definida por cada verbo. Así lo podemos comprobar en la narración de la retirada ateniense de Siracusa (Th., VII,78,4):

Durante este día los atenienses hicieron unos cuarenta estadios y vivaquearon en una colina (ηὔλισσαντο πρὸς λόφῳ). (...) y al siguiente se pusieron en marcha de mañana y avanzaron unos veinte estadios, bajando a una llanura donde acamparon (ἔστρατοπεδεύσαντο) con intención de obtener en las casas víveres (pues el lugar estaba habitado) y llevarse agua. (...) Durante largo tiempo los atenienses sostuvieron el combate, pero luego se volvieron al mismo campamento (ἐς τὸ αὐτὸ στρατόπεδον). Ya no tenían víveres igual que antes, pues ahora era imposible alejarse del campamento por causa de la caballería.

Este es el único ejemplo en el que aparecen ambas formas verbales juntas, y por el sentido general de la escena parece poderse adivinar que mientras en la colina el ejército apenas se detiene a descansar para retomar la marcha al día siguiente, en su siguiente parada en la llanura su intención es la de permanecer más tiempo por lo que instalan una acampada. De ahí que ἀλύζομαι pueda entenderse de manera general como un mero pasar la noche, tanto al raso como bajo techado y con un cierto carácter de provisionalidad.

e) ἰδρύω.

Menos frecuente, pero de significado muy similar, tenemos también el verbo ἰδρύω. En las pocas veces que nos aparece en la narración, lo encontramos relacionado con contextos muy distintos. Así, mientras en Th., IV,104,3 y VI,131 no se pone en

relación con ninguna infraestructura de acampada, teniendo que ser simplemente traducido como “instalarse” o “acampar”, en Th., VI,37,2 se une al sustantivo στρατόπεδον, y se traduce como “asentar o construir un campamento”, aludiendo a formas más complejas de acampada que la mera pernocta. La ocasión citada tiene como contexto las discusiones que en Siracusa se celebran ante la inminente llegada de la fuerza ateniense. En ese pasaje, al mero asentamiento (ἰδρύω) le continua la construcción de fortificaciones para la defensa de la acampada:

...que apenas escaparían al total aniquilamiento si trajeran una ciudad tan grande como Siracusa y, estableciéndose cerca, nos hicieran la guerra; y con mucho más motivo lo sufrirían en medio de una Sicilia enemiga toda ella (pues se coaligará) en un campamento formado a base de materiales sacados de las naves, de unas pobres tiendas y de unas defensas improvisadas y sin poder alejarse mucho por causa de nuestra caballería. (στρατοπέδω τε ἐκ νεῶν ἰδρυθέντι καὶ ἐκ σκηνιδίων καὶ ἀναγκαίας παρασκευῆς). En conclusión, no creo ni que pudieran establecerse firmemente en tierra: tan superiores considero nuestros recursos militares.²⁵

De nuevo, por tanto, nos topamos con el mismo problema que hemos visto en los casos anteriores, es decir, que el sentido general y en absoluto especializado del término nos impide, sin el contexto adecuado, avanzar más en el conocimiento de la forma que adopta en este ejemplo concreto el asentamiento de los soldados.

²⁵ El mismo verbo se relaciona con la construcción de fortificaciones para la defensa de una acampada en Th., VIII,40,

f) ὀρμίζω

También empleado como forma referida al estacionamiento de un ejército, a la acampada, tenemos ὀρμίζω, aunque evidentemente sólo relacionado con ejércitos embarcados y con la actividad de las flotas griegas. Existe un gran número de casos en los que el empleo de este verbo se puede poner en conexión directa con la pernocta de la tripulación en tierra puesto que las flotas griegas, de ser posible, al final del día anclaban y los marineros se trasladaban a tierra firme para descansar y reparar fuerzas de forma más cómoda. Desde ese punto de vista el anclaje (ὀρμίζω) puede implicar el establecimiento de alguna forma de acampada en el territorio costero o en la playa (Th., I, 52,1-2):²⁶

Al día siguiente, las treinta naves áticas y las corcirenses que estaban en disposición de navegar, se hicieron a la mar y se dirigieron hacia el puerto (λιμένω) de Sibota, en el que estaban anclados (ᾠρμου) los corintios, queriendo saber si estaban dispuestos a luchar. Pero estos llevaron sus naves de tierra a alta mar (τὰς μὲν ναῦς ἄραντες) y permanecieron inmóviles, con la intención de no trabar batalla voluntariamente, pues veían que se habían sumado al enemigo naves frescas venidas de Atenas, y que, en cambio, ellos sufrían muchos entorpecimientos, tanto por lo relativo a la custodia de los prisioneros como a que no había posibilidad de hacer reparaciones en un lugar desierto.

Aún sin nombrarlo directamente, los corintios tenían establecido un campamento en tierra firme, donde varaban y reparaban sus naves y desde donde les resulta posible

²⁶ Otros casos son, Th., II,86,2; 89,9; III,32,2; 76; IV,25,3; 75; V,6,3; VI,44,2; 50,5; VII,30,2; 34,1; VIII,10,3; 17,3; 33,2; 43,1; 75,1; 79,2; 92,3; 103,3; 107,1.

vigilar al enemigo. Por supuesto, no siempre tiene por qué ser así. También existen más ejemplos en los que ὀρμίζω no implica la acampada, ya que entonces Tucídides no habría necesitado hacer más aclaraciones posteriores. Este es el caso de Th., I,46,3-5:²⁷

Y una vez que viniendo de Leúcade llegaron a la costa continental que está enfrente de Corcira, anclaron en Quimerion (ὀρμίζονται ἐς Χειμέριον), en Tesprotia. Se trata de un puerto encima del cual hay una ciudad llamada Efire, situada lejos del mar, en la región del puerto de Elea, en Tesprotia. Cerca de ella desemboca en el mar la laguna Aquerusia; el río Aqueronte, que corre a través de Tesprotia, desemboca en ella y le da nombre; también corre allí el río Tiamis, que limita Tesprotia y Cestrina, y entre uno y otro río se eleva el cabo Quimerion. En aquel punto del continente anclaron, pues, los corintios y acamparon (ὀρμίζοντάι τε καὶ στρατόπεδον ἐποίησαντο).

Por tanto, acerca del sentido exacto de las expresiones que emplea Tucídides para describir la forma de asentarse un ejército en tierra durante una campaña militar, mucho queda omitido y dado por supuesto, considerando al lector conocedor de la mejor y más apropiada forma de asentarse en cada caso, campaña y ocasión, la cual sería seguida naturalmente por las fuerzas militares.

g) Levantar el campo: αἶρω, ἀνάστασις, ἀπανίστημι y ἀναζευγνύω.

En cuanto a la forma de expresar la acción de “levantar el campamento”, cambiar de emplazamiento, o poner fin a una acampada, también comprobamos cierta

²⁷ Otros ejemplos son, Th., IV,26; VI,42; VII,49. También, en VII,41, ὄρμος es tan sólo el punto de amarre, dentro del conjunto de las instalaciones del campamento de una flota. En otros pasajes, el verbo es completado y a la vez limitado en su sentido con el uso a continuación de ἀυλίζομαι (Th., IV,45) o στρατόπεδον (Th., VIII,11).

variedad en las expresiones empleadas. El verbo al que más recurre Tucídides es ἀΐρω, tanto para un ejército terrestre como para una flota²⁸.

Otra posibilidad, pero exclusivamente relacionada con operaciones militares de infantería, es ἀνάστασις τὸ στρατόπεδον. Esta es la segunda forma más común de referirse a levantar el campo a lo largo de toda la obra de Tucídides.²⁹

En una sola ocasión aparecen empleados los verbos ἀπανίστημι (Th., VII,48,2), y ἀναζευγνύω (Th., VIII,108,3), lo que sorprende especialmente en este último caso.

h) Usos relacionados con τὰ ὄπλα.

Por último, en Tucídides encontramos por primera vez empleadas para referirse al campamento militar expresiones relacionadas con el plural τὰ ὄπλα. Su uso se relaciona con un espacio de acampada claramente definido y delimitado. Un primer ejemplo puede ser Th., I,111,1, donde la caballería Tesalia obliga a los atenienses a quedar confinados en su zona de acampada:

... y los atenienses avanzaron hasta Fársalo de Tesalia en unión de los beocios y foceos, sus aliados. Y eran dueños del país en no alejándose mucho de sus campamentos (προϊόντες πολὺ ἐκ τῶν ὀπλῶν) –pues los jinetes tesalios les cerraban el paso-, pero no tomaron la ciudad ni les salió bien ninguna otra cosa.

También la traducción de la colección Loeb del texto tucidideo coincide en este caso en traducirlo como campamento.³⁰ El significado es evidentemente diferente al de

²⁸ Para un ejército terrestre: Th., II,23,1; 25,3; III,96,2; 106,1; VII,79,1; para una flota: III,32; IV,129,3; V,3,2; VIII,28; 79,1.

²⁹ Th., I,62,3; IV,93,1; V,58,2; VII,49,2; VIII,27,6.

στρατόπεδον puesto que lo que aquí define el sentido del concepto no es un vínculo personal, de la fuerza armada asentada en un territorio (στρατόπεδον), sino una metonimia con la que aludir al espacio limitado y definido por el lugar ocupado por los soldados y sus armas. Muy ilustrativo resulta el siguiente texto en el que Tucídides narra la huida del ejército ateniense en Sicilia, perseguido por los siracusanos y sus aliados (Th., VII,83,4-5):

Sin embargo, se disponían [los atenienses de Nicias] a esperar la hora del descanso nocturno (τῆς νυκτὸς φυλάξαντες τὸ ἡσυχάζον) y ponerse en marcha. Cogieron sus armas (ἀναλαμβάνουσί τε τὰ ὄπλα) en efecto, pero los siracusanos se dieron cuenta de ello y entonaron un peán. Y viendo los atenienses que no pasaban inadvertidos, las dejaron de nuevo (κατέθεντο), salvo unos trescientos, los cuales se abrieron paso a través de la guardia siracusana y marcharon de noche por donde pudieron.

Por ello, τὰ ὄπλα es el espacio concreto de acampada, terreno donde los soldados han ido depositando sus armas y bagaje personal. Este es el final de un proceso en el uso de esta expresión que hemos ido describiendo desde Homero y continuado en Heródoto. Ya claramente τὰ ὄπλα se emplea como referencia espacial, por ejemplo en Th., III,1:

En el verano siguiente, los peloponesios y sus aliados, en la época en que maduraban los trigos, hicieron una incursión contra el Ática al mando de Arquidamo, rey de los lacedemonios, y, acampando allí (καὶ ἐγκαθεζόμενοι),

³⁰ SMITH, 1980 (Loeb): *without going far from their camp...*; ROMILLY, 1964, (*Belles Lettres*), lo traduce más ajustadamente como *à condition de ne pas trop s'écarter des cantonnements*.

comenzaron a devastar el país. Hubo, como de costumbre, algunas incursiones de la caballería ateniense en los lugares en que parecía oportuno, impidiendo que el grueso de las tropas ligeras, alejándose del campamento (εἶργον τὸ μὴ προεξιόντας τῶν ὀπλων), causara daños en los alrededores de la ciudad. Permanecieron en el Ática los peloponesios el tiempo que les duraron las provisiones, y luego se retiraron y se volvieron a sus ciudades respectivas.

Es evidente que τὰ ὄπλα, de nuevo, no puede aludir directamente a las armas de los hoplitas, puesto que no tendría sentido el que devastaran el territorio enemigo desarmados.³¹

Una situación muy similar encontramos en Th., II,81,8 durante la narración de la campaña lacedemonia en Acarnania. Allí los hoplitas se verán en grandes aprietos frente a la infantería ligera de los acarnanios, hasta el punto de quedar recluidos en sus zonas de acampada:

...permanecieron allí durante el día [los lacedemonios y sus aliados], ya que los de Estrato no les atacaron de cerca porque aun no habían ido en su ayuda los demás acarnanios, sino que les disparaban con ondas desde lejos y les ponían en aprieto, pues no era posible dar un paso sin armas (ἄνευ ὀπλων κινηθῆναι). Los acarnanios pasan, en efecto, por ser los más hábiles en este arte.

³¹ En la traducción de Loeb (SMITH, 1975) de este texto se busca una referencia espacial fija propia de un campamento para explicar el sentido de la expresión: *And sallies were made as usual by the Athenian cavalry wherever opportunity offered, thus preventing the great mass of the enemy's light armed troops from going beyond their watch-posts (...)*; por el contrario, ROMILLY, 1975, lo traduce como *Il exposa que le Athéniens bivouaquaient dans Catane, à distance du camp.*

Al igual que la traducción de Rodríguez Adrados, también la colección Loeb decide interpretarlo como *to stir without armour*, lo que sin embargo no nos parece una traducción completamente convincente.³² ¿Es posible imaginar que los soldados griegos, en territorio enemigo iban a salir de sus campamentos sin armas? Desde luego, los forrajeadores podrían nutrirse de miembros de los cuerpos de infantería ligera sin armamento hoplítico, y por tanto sería posible entender que Tucídides les aplicara la expresión ἄνευ ὀπλων, pero, teniendo en cuenta los precedentes vistos, cabe dudar de si la traducción correcta sería esa o bien “fuera de la plaza de armas”.

Τὰ ὄπλα se convierte, por tanto, en algunos contextos en un sinónimo de στρατόπεδον al igual que la acción de recoger o dejar las armas lo es de asentarse o levantar el campamento.³³ Pero siempre debemos recordar que entre ambos términos también existen importantes diferencias de matiz, puesto que mientras τὰ ὄπλα subraya el carácter físico, de espacio geográfico ocupado por los soldados, στρατόπεδον incide por el contrario en la relación personal, en el carácter de conjunto de soldados en campaña.

La raíz de la expresión es clara, como se puede comprobar en el caso de la asamblea de soldados en un teatro, cuando para participar en ella, se sientan dejando cada uno las armas junto a él. Esta es una forma de manifestar que se encuentran a la espera (Th., VIII,93,1):

³² En el comentario de Gomme, 1969, p. 216, también se suscribe esa traducción y se aclara que el texto lo que quiere decir es que los soldados quedaron confinados en su campamento y no podían salir a forrajear excepto con las armas y en línea.

³³ El dejar las armas en el suelo (κείμεναι τὰ ὄπλα) implica una acción de asentarse y descansar, y con ello de acampar (IV,91; 130,3). Esas acampadas pueden ser en el ágora de una ciudad enemiga (II,2,3), en una colina (IV,44,1; 90,4), en la formación prevista para la batalla (IV,93,3), antes de la batalla y como sinónimo de στρατοπεδεύω (VII,3,3), o frente a una ciudad como vencedores (VIII,25,4).

...y los hoplitas del Pireo (...), dirigiéndose al teatro de Dionisos en Muniquia y dejando las armas junto a sí cada uno, celebraron una Asamblea (θεμένοι τὰ ὄπλα ἐξεκλησίασαν) y, tomando esta decisión, inmediatamente se dirigieron a la ciudad (ἐς τὸ ἄστυ) y se detuvieron ahora en el Anacion, haciendo de nuevo alto en armas (καὶ ἔθεντο αὖ ἐν τῷ Ἀνακείῳ τὰ ὄπλα).

Un poco más adelante, en Th., IV,91, encontramos otro pasaje que nos permite ejemplificar una vez más el valor semántico de la expresión que estamos analizando:

Durante estos días los beocios se concentraron en Tanagra; y una vez que se reunieron las tropas de todas las ciudades y que tuvieron noticia de que los atenienses se retiraban a su país, aunque los demás beotarcas –son once- no aprobaban que se presentara batalla, ya que los atenienses ya no estaban en Beocia (cuando los atenienses hicieron alto (ἔθεντο τὰ ὄπλα) se hallaban exactamente en la frontera con Oropo), Pagondas, hijo de Eóladas, que era beotarca designado por Tebas, en unión de Ariántidas, hijo de Lisimáquidas, y que tenía el mando, como quería dar la batalla y creía preferible arrostrar aquel riesgo, convocó a los soldados por compañías, a fin de que no abandonaran todos a la vez la plaza de arma (ὅπως μὴ ἄθρόοι ἐκλίποιεν τὰ ὄπλα), y persuadió a los beocios a marchar contra los atenienses y entablar la lucha, hablando así:...

Resulta evidente que τὰ ὄπλα no se refiere a las armas sino en sentido figurado. Por eso mismo, Gomme, haciéndose eco de Steup, remarca que τὰ ὄπλα *means here not their arms but their posts.*³⁴

Sin embargo, esto no es siempre entendido así por todos los traductores, y en Th., VI,64,3, no teniendo en cuenta el análisis del término en las fuentes griegas que hasta aquí hemos podido ir viendo, la edición Loeb vuelve a identificar τὰ ὄπλα, no con una metonimia referida a la acampada de un ejército, sino con los instrumentos mismos del combate:

He said that the Athenians were in the habit of passing the night in the city away from their arms (αὐλίζεσθαι ἀπὸ τῶν ὀπλῶν ἐν τῇ πόλει), and if the Syracusans would come in full force at dawn on an appointed day against their army, they would close the gates on the Athenians in their city and set fire to the ships, and the Syracusans could attack the stockade and easily take the whole army.

La expresión griega resulta bastante elocuente por si misma, pero, debemos reiterar que no parece muy lógico que los soldados atenienses abandonaran sus armas en el campamento para pernoctar en la ciudad en territorio enemigo.³⁵ Por el contrario,

³⁴ GOMME, 1962, p. 561. Para ROMILLY, 1973 el texto se debe traducir como *pour éviter de leur faire abandoner leur faction tous ensemble.*

³⁵ GOMME, 1962, p. 563, también rechaza esa idea, pero tomando como argumento Th., IV,93,3: *This is the decisive passage which proves that the phrase does not mean «pilled their arms» in any fashion; for clearly the men were drawn up ready to charge.* Sin embargo, estos son los únicos pasajes en su magnífico comentario en los que se hace mención a este problema, sin llegar nunca a relacionarlo con el sentido de acampada que aquí se defiende; KAGAN, 1981, n. 2, p. 229, sin embargo, sigue la traducción de Loeb, indicando que los soldados pasarían la noche en la ciudad, dejando sus armas en el campamento. D.S., XIII,6,2, casi cita textualmente este pasaje empleando la misma expresión, y de nuevo la edición Loeb lo traduce como *away from their arms.*

todo el episodio adquiere más sentido si entendemos la expresión como campamento o lugar de acampada:

Contó a continuación que los atenienses solían pasar la noche en la ciudad lejos del campamento, y que si los siracusanos querían marchar a la aurora con todas sus fuerzas contra el ejército ateniense, ellos encerrarían en la ciudad a los que se hallasen allí y quemarían las naves, y los siracusanos podrían fácilmente atacar el campamento y hacer prisionero a todo el ejército.

Por tanto, Tucídides hace un evidente empleo de τὰ ὄπλα como sinónimo de acampada pero aludiendo estrictamente al espacio limitado y ocupado por los soldados, armas y bagajes.

i) Conclusiones.

En Tucídides στρατόπεδον designa fundamentalmente al ejército en campaña y por tanto el vocablo se aplica tanto para acciones de combate, tropas en movimiento como para la acampada protagonizada por esos mismos soldados en un territorio.³⁶ Frente a ese sentido tan general, expresiones como ποιέω στρατόπεδον trasladan la idea de formas de acampada más complejas en las que debía de emprenderse trabajos de organización, construcción o planificación del asentamiento de los soldados. Pero el sustantivo en sí mismo (al igual que su forma verbal correspondiente: στρατοπεδεύω) posee un valor muy general que nos trasmite la idea de una realidad campamental muy simple.

³⁶ Especialmente, ver Th., V,70-71.

Junto a eso, es importante señalar que por primera vez aparece el empleo de τὰ ὄπλα como sinónimo de campamento, pero más particularmente aludiendo a la zona de acampada, limitada y claramente definida. Esta metonimia convierte la expresión en ciertos contextos en un tecnicismo, el primero existente en griego en relación con la castrametación de los ejércitos.

3. El lugar de acampada.

En la narración de las operaciones bélicas, Tucídides gusta de ir indicándonos los lugares recorridos por las diferentes fuerzas militares y, por tanto, los lugares en los cuales los ejércitos acampan de forma más o menos prolongada. Pese a que el estilo sobrio y la escasa preocupación del ateniense por los detalles cotidianos o por lo anecdótico impiden conocer la mayor parte de las veces datos importantes acerca del tipo de establecimiento militar o las características del lugar donde se acampa, también es cierto que en algunos pasajes sí que encontramos pequeñas indicaciones acerca de las razones o aspectos favorables o desfavorables de algunos de esos emplazamientos. Gracias a tales comentarios podemos concluir algunos de los criterios que determinaban, desde el punto de vista de este autor, la buena o mala elección de los lugares de acampada.

Como veremos a través de este análisis, en Tucídides se mantienen los mismos criterios ya probados en los autores anteriores, lo cual es completamente comprensible puesto que la elección de un lugar de establecimiento de un ejército tiene que responder lógicamente a argumentos logísticos, estratégicos o tácticos, definidos así mismo por la naturaleza y características del tipo de guerra desarrollado en cada momento. Por eso, en tanto que la naturaleza de los ejércitos durante el periodo de la guerra del Peloponeso y el tipo de operaciones desarrolladas durante la misma varía poco con respecto a periodos anteriores, estos criterios deberán ser necesariamente idénticos o muy similares a los ya vistos en los autores anteriores. Lo que sí nos aporta el análisis de la obra de Tucídides es la profundización en la lógica intrínseca a algunos de esos criterios.

a) Criterios logísticos.

Un primer criterio para la elección de un lugar de acampada viene determinado por las necesidades de abastecimiento de los ejércitos. Las campañas se realizan en su mayor parte dentro del marco de la Hélade, pero también ahora recorriendo distancias mayores (desde Macedonia hasta el extremo de Esparta, o la gran expedición a Sicilia), alejándose de los límites de cada ciudad, y a lo largo de periodos más prolongados. Eso hace que los generales tengan que resolver las dificultades que se plantean en torno al abastecimiento del ejército, tanto de alimentación como de fuentes de agua.³⁸ Por ello la elección del lugar de acampada juega un papel principal. Así, por ejemplo, al inicio de la campaña ateniense contra Sicilia, su fuerza militar es dividida en tres secciones, comandada cada una de ellas por un general distinto con objeto de que, a la hora de acampar, fuera más fácil encontrar lugares adecuados para satisfacer las necesidades logísticas (Th., VI,42,1):

Ya estaban en Corcira los atenienses y todos sus aliados. Y primeramente los generales pasaron una revista en conjunto al ejército y fijaron el orden en que habían de anclar y acampar (ὀρμειῖσθαί τε καὶ στρατοπεδεύεσθαι), y, distribuyéndolo en tres divisiones, asignaron por suertes una a cada general, a fin de que las tropas no tuvieran falta de agua, de puertos ni de víveres en los desembarcos (ὕδατος καὶ λιμένων καὶ τῶν ἐπιτηδείων ἐν ταῖς καταγωγῶ- γαῖς) por causa de navegar todas juntas, y de que en todo lo demás fueran más disciplinadas y fáciles de mandar al depender cada división de un general.

³⁸ Cabe señalar, refrendando esta idea, cómo todos los fuertes y torres de vigilancia estudiados por CHANDLER, 1926, pp. 1-21, a lo largo de la frontera del Ática tienen en común su vecindad con fuentes de agua.

La solución primera y más habitual es fijar el emplazamiento próximo a una ciudad o un conjunto de aldeas. El nombre de tal población es una de las indicaciones más comunes en Tucídides para referirse al lugar de acampada.³⁹ Esto responde tanto a que esa es la manera más sencilla de marcar el recorrido de los ejércitos, como a que en la proximidad de ciudades y aldeas es donde más fácilmente se pueden hallar fuentes de agua, lugares para abastecerse y mercado para los soldados y, por tanto, es un lugar habitual y sencillo para resolver los problemas más acuciantes e inherentes al establecimiento de una acampada. Así se dice expresamente en Th., VII,78,4, cuando los restos del ejército ateniense de Sicilia huyen, perseguidos por los siracusanos y sus aliados a través del país:

... y al siguiente [día] se pusieron en marcha de mañana y avanzaron unos veinte estadios, bajando a una llanura donde acamparon (ἔστρατοπεδεύσαντο) con intención de obtener en las casas víveres (ἐδώδιμον) (pues el lugar estaba habitado) y llevarse agua (ὔδωρ).

Pero, también, el asentamiento junto a una ciudad puede deberse a necesidades tácticas: establecer un asedio o para llevar a cabo la devastación del territorio mientras sus habitantes se encuentran encerrados entre sus muros.⁴⁰ En ese caso siempre es importante alcanzar a instalarse junto a la ciudad antes de que se de la voz de alarma y evitar que sus pobladores puedan poner a buen recaudo sus bienes.⁴¹ Esto precisamente

³⁹ Th., I,26 (junto a Epidamno); 61 (junto a Pidna); 62 (junto a Olinto); 137 (Naxos); III,6 (Mitilene); 107,1 (Metrópolis); IV,54,1 (Citera); 104,2 (Amfipolis); 129,5 (Menda); V,61 (Orcómeno); VI,7 (Orneas); 74 (Mesena); VIII,100 (Ereso).

⁴⁰ Cfr., Th., III,91; I,26; D.S., XII,41,7.

⁴¹ Para Chandler, también las pequeñas fortificaciones a lo largo de la frontera del Ática, responderían a esta función de refugio de la población en caso de peligro: cfr. CHANDLER, 1926.

lo explica Lámaco a sus colegas en el mando durante las discusiones sobre la táctica a seguir en Sicilia (Th., VI,49,3):

Es además de esperar (decía) que muchos siracusanos sean sorprendidos fuera de la ciudad, en los campos, por creer que los atenienses no van a ir allí, y que, al intentar meter dentro sus cosas, el ejército, si acampa vencedor junto a la ciudad (ἦν πρὸς τῇ πόλει κρατούσα καθέζηται), no sufrirá escasez de medios de subsistencia.

Asentar a los soldados junto a un lugar habitado es también parte del plan para asegurar un alto grado de destrucción en todo el territorio circundante (Th., III,91,4-5):

[Los atenienses] levaron anclas de Melos y se dirigieron a Oropo, en el país de Graica, y desembarcando de noche, inmediatamente los hoplitas se pusieron en marcha a pie hacia Tanagra de Beocia. Al tiempo, los atenienses de la ciudad [de Atenas], a una señal convenida, se dirigieron por tierra al mismo lugar al mando de Hipónico, hijo de Calias, y de Eurimedonte, hijo de Teucles, y acampando (στρατοπεδευσόμενοι) en Tanagra aquel día, devastaron la comarca y pasaron allí la noche (ἐνηλίσαντο).

Tales operaciones tienen también como objetivo minar la moral del enemigo y, con idea de evitar los costosos trabajos de asedio, incitar a las tropas resguardadas en la ciudad a afrontar una lucha en campo abierto. Esta es la táctica empleada por el rey espartano Arquidamo durante las primeras invasiones del Ática (Th., II,20,1-4):

*Se dice que el plan de Arquidamo al permanecer en Acarnas con el ejército ordenado como para una batalla y no bajar a la llanura en aquella incursión, era el siguiente: esperaba que los atenienses, que poseían una juventud numerosa y estaban más preparados que nunca para la guerra, quizá salieran a hacerle frente y no consintieran que la campiña fuera arrasada. Así pues, una vez que no le salieron al encuentro en Eleusis y la llanura de Tría, acampó en Acarnas (περὶ τὰς Ἀχαρνὰς καθήμενος) para probar si salían a su encuentro; pues no sólo el lugar le parecía a propósito para acampar (ἐνστρατοπεδεῦσαι), sino que...*⁴²

En la táctica seguida queda patente una honda preocupación logística. La espera frente a una ciudad no puede ser indefinida, dado que los víveres disponibles son siempre limitados. Esa era la ventaja fundamental con la que contaban los moradores de la ciudad, por lo que la estratagema muchas veces fallaba, quedando el ejército invasor obligado a cambiar de emplazamiento o retirarse de la región.

Otra solución consistía en dejar una pequeña guarnición de asedio y trasladar el grueso del ejército a posiciones donde se dispusiera de más víveres. Pero eso implicaba un debilitamiento del cerco e igualmente se corría el riesgo de fracasar. Era, sin duda alguna, un difícil juego de equilibrios.

En relación con el primer caso, podemos citar el ejemplo de la flota ateniense que intenta reducir Mesena (Th., VI,74), pero que, por falta de víveres y encontrarse en un lugar desprotegido, debe abandonar el asedio y trasladarse a Naxos para poder pasar el invierno; por otro lado, tenemos el ejemplo del fracaso ateniense en Orneas, cuyos moradores logran huir de la ciudad de noche gracias a que la guarnición encargada de su

⁴² Caso muy similar es el de Brasidas en Th., IV,104,2-3.

asedio era insuficiente y a que el στρατόπεδον ateniense se encontraba demasiado alejado de la ciudad (Th., VI,7,2). Siempre, esas necesidades logísticas resultaban fundamentales a la hora de establecer un lugar de acampada, delimitando el tiempo de permanencia en una misma zona.⁴³ La falta de organización inmediata de líneas de abastecimiento para los ejércitos de forma automática al iniciarse las campañas hacía que los asentamientos de los ejércitos griegos fueran necesariamente efímeros.

Pero, fuera de los muros de un poblamiento encontramos situados, no solamente a los ejércitos enemigos, sino también a los propios defensores. En algún caso, éstos plantaban cara al enemigo fuera de los muros. Pese a que los soldados entran y salen de la ciudad desde el lugar donde se encuentran concentrados, e incluso llegan a abandonar al ejército para pernoctar en sus casas, la fuerza armada que defiende la ciudad tiene su base en el exterior. Por ello se constituye y denomina como στρατόπεδον. De esta forma se intentan conjurar los diferentes peligros que hemos estado examinando: que el enemigo pueda poner asedio a la ciudad, que pueda disponer libremente de los recursos extramuros de ésta, o que lleve a cabo impunemente la devastación del territorio. La estrategia funcionará a la perfección en la defensa de Menda, disuadiendo a los atenienses de Nicias de mantener el bloqueo a la ciudad (Th., IV,129,5).

Tal decisión también logra limitar las posibilidades de abastecimiento del enemigo. La actitud constituía, sin duda, una forma de retar al ejército invasor, pero también da idea sobre cuál es la valoración táctica que de los muros y fortificaciones se tiene en estos momentos, y que estudiaremos en el apartado correspondiente. Cabe apuntar que, por los ejemplos que nos proporciona Tucídides, la mayor parte de los casos en los que los ejércitos de una ciudad se establecen fuera de sus muros para enfrentarse al invasor, la batalla acaba siendo favorable al extranjero y los soldados

⁴³ Este es el dilema al que se enfrentan las naves peloponesias cercadas en Espireon: *cfr.*, Th., VIII,11,2.

terminan por huir y refugiarse intramuros en cuanto la batalla comienza a decantarse en su contra.⁴⁴ Quizá la presencia de la ciudad y del refugio de las murallas inmediatamente a sus espaldas sea un elemento psicológico en nada favorable a los intereses del bando defensor.⁴⁵

Además de agua y víveres, las necesidades logísticas de los ejércitos también incluían contar en las proximidades de leña, madera para la reparación o construcción de barcos, o para equipos militares o de asedio, así como, en algunas campañas, la disponibilidad de piedras y otros materiales para levantar fortificaciones. Todo esto permite que la acampada pueda ser más permanente y que el lugar pueda convertirse en una base de operaciones estable.⁴⁶

El caso de Pilos, pese a corresponderse a un ejemplo de ἐπιτειχισμός, sirve perfectamente para ilustrar este aspecto de la forma de organizar las acampadas. Los argumentos que Demóstenes emplea para convencer a su ejército de la conveniencia de fortificar el lugar y establecer luego allí una guarnición ateniense son los que acabamos de ver: la abundancia y facilidad de los materiales necesarios, así como las ventajas tácticas que ofrece la posición (Th., IV,3,2).

Demóstenes quiso que los atenienses amurallaran (τειχίξεισθαι) inmediatamente la plaza (τὸ χωρίον) –pues dijo que con esa intención se había unido a la escuadra- y les hizo ver que había mucha facilidad para procurarse

⁴⁴ Cfr., Th., IV,54,1-2.

⁴⁵ En D.S., XII,79,1-2, los atenienses convocan a una nueva campaña y por ello se establece el campamento de la tropa fuera de la ciudad. Por tanto, el ejército se congrega formando un campamento, fuera de los muros.

⁴⁶ Cfr., Th., IV,52, los exiliados de Mitilene toman como base de operaciones la ciudad de Antandro por la abundancia de madera para construir barcos y equipos militares, y debido a su proximidad a Lesbos, un atractivo objetivo para actividades de pillaje.

maderas y piedras (ξύλων καὶ λίθων) y que era una plaza con buenas defensas naturales y desguarnecida, al igual que la región circundante en una gran extensión. (...) Pero a él [Demóstenes] le parecía que aquella plaza ofrecía ventaja sobre otra cualquiera porque tenía un puerto (λιμένος) y porque además los mesenios, que la poseían antiguamente y hablaban igual dialecto que los lacedemonios, podrían causar a éstos muchos daños apoyándose en ella y además serían fieles defensores de la plaza.

Pero Demóstenes hábilmente no refiere las desventajas que ofrece el lugar, como son la falta de agua, las dificultades para obtener suministros dado que están en un lugar despoblado, y el limitado espacio con el que contarán los soldados, todo ello también importante para la elección del mejor lugar de instalación de un ejército.⁴⁷ Esas carencias, al final, pondrán en peligro toda la acción militar, por suponer un gran obstáculo, especialmente con la llegada del invierno, para continuar el asedio a los soldados lacedemonios confinados en Esfactoría (Th., IV,26,1-2):

El bloqueo resultaba molesto para los atenienses por falta de víveres y de agua, pues no había más fuente que una sola situada en la ciudadela de Pilos y ésta poco abundante, y la mayoría de los soldados escarbaban en la arena de la playa y bebían el agua propia de aquel lugar. Además como acampaban (στρατοπεδευομένοις) en un espacio reducido (στενοχωρία ἐν ὀλίγῳ), estaban poco holgados de sitio, y como las naves no tenían puerto (ὄρμον), las

⁴⁷ Una descripción sobre la situación de la costa y el lugar de establecimiento de los ejércitos ateniense y lacedemonio, podemos verlo en WILSON, BEARDSWORTH, 1970, pp. 42-52.

*tripulaciones tomaban la comida en tierra por turnos mientras el resto de las naves estaba anclado en alta mar.*⁴⁸

No cabe asegurar que Tucídides presente la elección de este emplazamiento como un error de cálculo de Demóstenes. Más bien, Demóstenes utiliza la retórica con el fin de presentar inteligentemente las circunstancias favorables y silenciar las desventajas.

Es bien distinto el caso de Nicias al recomendar Plemirion como lugar para el establecimiento del campamento y de los fuertes atenienses en Sicilia. Aquí también Tucídides desgrana las razones que llevaron a Nicias a elegir esa posición y entre ellas nos encontramos con que lo que predominan son los criterios tácticos y la facilidad para acceder a medios para la construcción de fortificaciones. Sin embargo, el lugar presentaba graves dificultades en cuanto a la obtención de víveres y agua y, al final, se demostró por eso también como una pésima elección (Th., VII,4):

Así, pues, llevó allá un ejército y la escuadra y construyó tres fuertes; en ellos se guardaba la mayor parte del material (σκεύη) y allí estaban anclados (ῥορμει) en adelante los barcos de transporte y los de la guerra. De resultas de ello, fue entonces especialmente cuando comenzaron a sufrir las tripulaciones, pues como el agua de que disponían era escasa y muy lejana, y también cuando los marineros salían por leña, eran diezmados por la caballería siracusana, que era dueña del campo.

⁴⁸ La descripción de la difícil situación por la que atraviesa el ejército ateniense se completa en Th., IV,27,1, cuando comprueban que los víveres continúan entrando en la isla mientras ellos sufren un sinnúmero de penalidades por las deficientes condiciones de sus posiciones. De continuar la situación toda la operación se iría al traste, por lo que el fuego que asola la isla difícilmente resultó muy oportuno.

El juicio negativo resulta rotundo hasta el punto de que, según Tucídides, fue esa mala elección del lugar de acampada, por lo que las tripulaciones atenienses comenzaron a sufrir en Sicilia.

b) Criterios topográficos.

Otro importante criterio a tener en cuenta para la correcta elección de un lugar de acampada es de tipo topográfico. Bajo esa etiqueta podemos incluir un gran número de argumentos diferentes. En primer lugar, aunque sólo se menciona en una ocasión —y de nuevo en relación con el desastre ateniense en Sicilia—, podemos inferir que la salubridad del lugar era un criterio omnipresente en la mente de los generales antes de decidir el lugar exacto del establecimiento de sus soldados, con el fin de evitar enfermedades y la consiguiente desmoralización y pérdida de capacidad de combate (Th., VII,47,1-2):

Entre tanto, los generales atenienses deliberaban a la vista de la derrota sufrida y de la completa desmoralización del ejército (ἐν τῷ στρατοπέδῳ). Veían, en efecto, que sus tentativas no tenían éxito y que los soldados llevaban mal la prolongación de su estancia en Sicilia, pues les abrumaban las enfermedades, tanto porque era la época del año en que más las padecen los hombres, como porque el lugar en que acampaban (τὸ χωρίον ἅμα ἐν ᾧ ἔστρατοπεδεύοντο) era pantanoso y malsano.⁴⁹

⁴⁹ Según GOMME, 1970, p. 424, las enfermedades que sufriría la tropa serían malaria y dolencias intestinales debido al lugar pantanoso donde se habían asentado. D.S., XII,58,3-4, menciona todos estos aspectos a la hora de explicar la causa de la segunda peste que azota Atenas. Según él, esta se habría producido por la conjunción de aguas pantanosas, falta de alimentos de calidad, el calor incrementado por la falta de vientos ese verano y la insalubridad que, en general, producen todos esos elementos unidos.

El razonamiento es perfectamente coherente con las características de la cuenca del Mediterráneo, cuyos hombres —como afirmó Braudel — son el fruto de la montaña y no de las llanuras, puesto que éstas fueron *primitivamente el reino de las aguas estancadas y de la malaria*, de modo que el avance de las sociedades en torno al mar común corrió parejo siempre a la conquista de la planicie, al *triunfo sobre el agua malsana* y el *acabar con la malaria*, y *después utilizar de nuevo el agua viva, corriente, para el riego*.⁵⁰

También la naturaleza de la guerra se adapta a esos prerequisites topográficos. Tácticamente, lo más adecuado siempre es el emplazamiento en una elevación o colina. Esta es la situación considerada como la más ventajosa por los generales griegos para sus acampadas.⁵¹ Alturas y colinas aportan ventajas inigualables para la seguridad de la tropa: en caso de enfrentamiento contra otra falange, pero también permitiendo una mejor defensa frente a la caballería y a tropas ligeras que hostigaran a los acampados, como es el caso de los corintios frente a la caballería ateniense en Th., IV,44,1.⁵² A eso hay que unir que desde las elevaciones se podían controlar los accesos y los movimientos o posibles aproximaciones del enemigo. Por ejemplo, en Th., V,64,5-65,1, comprobamos como una colina se convierte en la posición elegida para la defensa del territorio por los argivos frente al ataque de los lacedemonios y sus aliados:

⁵⁰ BRAUDEL, 1976, vol. I, pp. 64 y 81.

⁵¹ Th., II,20,1-3; III,97,2-3; 112,1-2; IV,44,1; 46,1; 57,2; 93,1; 124,2-3; 129,3; 131,1; V,7,4; 58,2; 65,1; VII,3,3; 78,4; 82,3; curiosamente es también la elegida por los ejércitos de Roma, por esas mismas fechas, según D.S., XII,24.

⁵² Los etolios también saben emplear las alturas para atacar desde ellas a un ejército tan potente como el ateniense de Demóstenes, no limitándose a utilizar las colinas como refugio: *cfr.*, Th., III,97.

En tanto, los lacedemonios engrosaron su ejército con los aliados arcadios que se presentaron y penetraron en el territorio de Mantinea; y estableciendo su campo junto al templo de Heracles (στρατοπεδευσάμενοι πρὸς τῷ Ἡρακλείῳ), comenzaron a devastar la región.

Al verles, los argivos y sus aliados tomaron posiciones en una colina (καταλαμβάντες χωρίον) bien defendida por la naturaleza y de difícil acceso, y adoptaron la posición de combate (παρετάξαντο ὡς ἐς μάχην).

Más interesante aún es el hecho de que Tucídides recoja la noticia de cómo los generales argivos cambian de táctica, abandonando un plan defensivo para adoptar una posición ofensiva, demostrada en el movimiento del στρατόπεδον desde esa elevación a la llanura (Th., V,65,6-66,1):

Los generales [argivos] se embarullaron de momento, y después hicieron bajar al ejército de la colina y adelantándose hasta la llanura establecieron su campo (ἔστρατοπεδεύσαντο), decididos a marchar contra el enemigo.

Al día siguiente los argivos y sus aliados adoptaron la formación de combate, dispuestos a reñir batalla si encontraban al enemigo; y los lacedemonios al regresar de la desviación de las aguas hacia el templo de Heracles a su campamento (τὸ αὐτὸ στρατόπεδον), vieron a corta distancia a sus enemigos, ya todos formados (ἐν τάξει) y lejos de la colina. Fue en esta ocasión cuando más miedo tuvieron los lacedemonios hasta donde alcanzaba su memoria (pues tenían que hacer sus preparativos en un corto espacio de tiempo).

Podríamos decir que desde el punto de vista táctico, la colina es para los ejércitos griegos de la época refugio, lugar de acampada y descanso, mientras la llanura será siempre el escenario de la batalla.⁵³ Incluso, Tucídides nos dice que una guarnición lacedemonia prefiere acampar en una colina a buscar refugio en las murallas de una ciudad (Th., IV,57,1-2):

Estando aún en camino la escuadra ateniense, los eginetas abandonaron la muralla que estaban construyendo junto al mar, y se retiraron hacia la ciudad del interior, en la cual vivían y que distaba unos diez estadios del mar. Una de las guarniciones (φρουρά) lacedemonias de la comarca, que les ayudaba a construir la muralla, no quiso entrar con ellos en el recinto fortificado (ἐς τὸ τεῖχος) aunque los eginetas se lo pidieron, pues les parecía peligroso dejarse encerrar en la plaza; así pues, se retiraron hacia las alturas y se mantuvieron inactivos por no considerarse en condiciones de combatir.

Aunque no todo son ventajas. Las colinas suponen un problema para el avituallamiento de comida y agua, y por eso pueden también volverse en contra del propio ejército, obligado a mover su campamento al llano donde es más vulnerable pero donde encuentra los suministros necesarios. En aquellas largas y tensas esperas de los ejércitos frente a frente, las alturas de la geografía griega se presentan ante los ojos de los generales en excelentes bases militares (Th., V,58,1-2):

⁵³ Una discusión sobre las razones por las que la llanura se convierte en el centro de la batalla y no se desarrollan formas de lucha más acordes con la montañosa topografía que predomina en Grecia, se puede ver en GOMME, 1945, pp. 10-24.

Los argivos se habían enterado ya antes de los preparativos de los lacedemonios, y cuando éstos se encaminaron hacia Fliunte para unirse con los demás aliados, también ellos entraron en campaña. Acudieron en su ayuda los mantineos con sus aliados, y tres mil hoplitas eleos. En su avance se encontraron con los lacedemonios en Metridón de Arcadia. Cada ejército ocupó una colina (καταλαμβάνουσιν ἑκάτεροι λόφον) y los argivos se dispusieron a entablar combate con los lacedemonios, ahora que estaban solos; pero Agis levantó de noche el campo (ἀναστήσας τὸν στρατὸν) y se dirigió sin ser visto hacia Fliunte, a reunirse con los demás aliados. Los argivos se dieron cuenta a la aurora y se dirigieron primeramente a Argos y después al sitio por donde esperaban...⁵⁴

A la inversa, también resulta útil la proximidad de cerros si son empleados como pantalla para esconderse de la vista del enemigo (Th., IV,93,1):⁵⁵

Con esta arenga dirigida a los beocios, Pagondas les persuadió a marchar contra los atenienses. Levantó, pues, el campo (ἀναστήσας) inmediatamente (pues ya estaba el día muy avanzado) y cuando llegó a un punto próximo al ejército ateniense (στρατεύματος), tomó posiciones (καθίσας) en un lugar desde el cual, por haber una colina intermedia, los dos ejércitos no se veían el uno al otro, y formó a sus tropas e hizo los preparativos como para entrar en combate.

⁵⁴ Otros ejemplos son Th., III,112,1-4; IV,124,2-3; 129,3; 131; V,7,4; 10; VII,3,3; 78,4; 82,3.

⁵⁵ También entre flotas, como en Th., VIII,33,2.

No cabe duda de que los generales griegos sabían cómo emplear en su favor la orografía y eran plenamente conscientes de su importancia. El beocio Pagondas primero se sirve de los accidentes del terreno para ocultar el mayor tiempo posible su posición, lanzando desde allí el ataque contra los atenienses formados en la llanura para, finalmente, ocultar de nuevo a las tropas de reserva que se abalanzarán por sorpresa contra el ala vencedora ateniense de Hermócrates, conduciendo al ejército a una gran victoria (Th., IV,93-96).

Lo ventajoso de hallarse en un lugar elevado puede incrementarse si además el sitio se encuentra protegido naturalmente por barrancos, una orografía que dificulte el acceso, u otro tipo de construcciones.⁵⁶ Ese es el lugar, por ejemplo, elegido, esta vez muy acertadamente, por los generales atenienses en el gran puerto de Siracusa (Th., VI,66,1):

Entre tanto, los atenienses, como la distancia que tenían que recorrer los siracusanos era larga, con toda tranquilidad hicieron acampar al ejército en un lugar a propósito (καθίσαν τὸ στράτευμα ἐς χωρίον ἐπιτήδειον), en el que podían comenzar la batalla cuando quisieran y la caballería siracusana no les molestaría ni antes de la acción ni después de ella; pues por una parte les protegían unos cercados, unas casas, árboles y una laguna, y por la otra, unos barrancos.

⁵⁶ Cfr., Th., III,107,1-3 (los campamentos de ambos bandos están separados por un gran barranco).

c) El lugar de acampada de las flotas.

Al igual que en el caso de la infantería, la elección de un lugar de acampada con una topografía favorable puede ser clave para salvaguardar una flota.⁵⁷ Las fuerzas navales de la época precisan de playas amplias para poder llevar los barcos a tierra y para que puedan acampar holgadamente las tripulaciones. Además, deben buscarse emplazamientos costeros que resguarden a las flotas de los vientos. Por último, es también evidente que siempre son preferibles las localizaciones con poblaciones próximas, por las razones ya aducidas y, además, para asegurarse la disposición de los medios adecuados para llevar a cabo las reparaciones que fueran necesarias en las naves, según pudimos leer en Th., I,52. También era conveniente que se pudiera lograr fácilmente agua y leña o madera. Los lugares que cumplían con todos esos requisitos no eran muchos, y en realidad acababan reducidos a unos cuantos puertos bien conocidos, muy frecuentados por naves y ejércitos desde tiempo inmemorial. Este era el caso de la zona de costa donde nos dice Tucídides que fueron a desembarcar los atenienses en el Quersoneso (Th., IV,42,1-3):

... los atenienses hicieron una expedición contra el territorio de Corinto con ochenta naves y dos mil hoplitas de su ejército y con doscientos jinetes llevados en naves especiales para el transporte de caballos; iban con ellos sus aliados los milesios, andrios y caristios; y mandaban las fuerzas Nicias, hijo de Nicérato, en unión de otros dos generales. Se hicieron a la mar y al amanecer desembarcaron entre el Quersoneso y el arroyo Rito, en un punto de la playa que está situado al pie del monte Soligea, sobre el cual se asentaron antiguamente los dorios y hacían la guerra a los corintios de la ciudad, que

⁵⁷ GOMME, 1933, pp. 16-24.

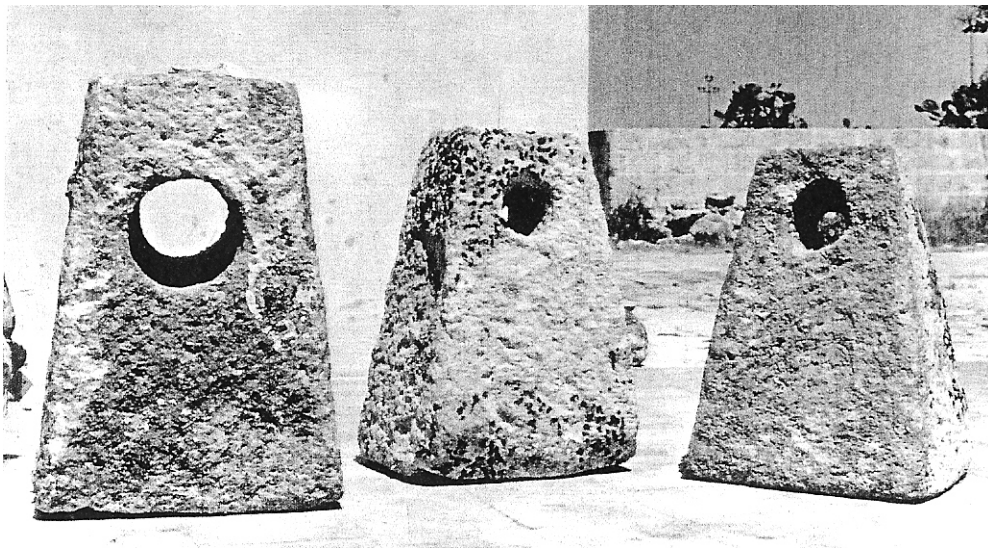
eran eolios; y ahora hay en él una aldea llamada Soligea. La aldea dista doce estadios de esta playa donde arribaron las naves, la ciudad de Corinto sesenta y el Istmo veinte. Los corintios se enteraron con mucha anticipación por noticias de Argos de que iba a venir el ejército ateniense, y marcharon todos al Istmo para defenderlo, excepto los que viven al norte de él; además, les faltaban quinientos soldados que estaban de guardia en Ampracia y Leúcade. El resto estaba a la expectativa para ver donde desembarcarían los atenienses. Así pues, cuando éstos desembarcaron de noche pasando inadvertidos y los corintios vieron las señales con que les era anunciada la noticia,...

Este pasaje resulta interesante puesto que nos resume bien algunos de los problemas que debían afrontar las fuerzas navales a la hora de seleccionar el lugar de acampada. En primer lugar, precisaban de un lugar apto para anclar las naves, con espacio suficiente para toda la flota, y protegido de los vientos. Las playas, a su vez, debían de contar con espacio suficiente, a ser posible, no sólo para los barcos, sino también para el establecimiento del campamento en tierra. De ahí que, como ya vimos, una flota tan grande como la ateniense que marcha a Sicilia deba dividirse en tres grupos con el fin de hacer más fácil el encontrar lugares adecuados para desembarcar todos los días (*cfr.* Th., VI,42,1).

Un ejemplo distinto es el lugar elegido por las cien naves atenienses enviadas por Pericles para costear y atacar el Peloponeso y contrarrestar las incursiones de Arquidamo en el Ática (Th., II,25,3-4):

Los atenienses levantaron el campo (ἄρουντες) y continuaron su navegación costera, y deteniéndose en Fía de Élide arrasaron la campiña durante dos días y

derrotaron en batalla a trescientos hombres escogidos de los eleos, de los de allí mismo de los alrededores. Mas como se levantara un fuerte viento y las naves fueran bamboleadas en aquel lugar carente de puerto, la mayoría se embarcó en ellas y doblaron el cabo llamado Ictis, llegando al puerto de Fía...



Anclas de piedra procedentes de un pecio de en torno al 350 a.C., CASSON, 1971, fig. 187

Como ocurría con las tropas de infantería, la elección de un mal lugar de acampada puede llevar a modificar profundamente los planes de campaña. En el caso de las flotas, dados los muchos requisitos necesarios para la elección de fondeadero, la cuestión requiere de mayor pericia aún por parte de los generales.

Pero, además, se tiene que seguir atendiendo el problema de los suministros de víveres y agua, por lo que la presencia de fuentes, poblaciones próximas, o las desembocaduras de los ríos, siempre es una buena solución. La cuestión es que las ciudades, como es natural, no siempre aceptaban de buen grado el que una flota extraña

fondeara en sus puertos, aunque fuera sólo de paso. Los ejemplos de las diversas posiciones que las poblaciones adoptan son muy variados, desde aquellas ciudades que abren sus puertas a las flotas permitiendo la aguada y el mercado, a aquellas que sólo ofrecen el colocar un puesto de venta para los soldados en las proximidades del fondeadero, o aquellas que cierran completamente sus puertas a las flotas. Así es como, en algunas ocasiones, las fuerzas navales eligen islotes o zonas desiertas para establecer sus campamentos.⁵⁸ Este es el caso de las naves atenienses que, tras vencer en Espireon a las peloponésicas, establecen en un islote frente a la flota enemiga un campamento para asediar a los restos del ejército enemigo vencido (Th., VIII,10,3-11,1):

Espireon es un fondeadero (λιμήν) desierto, el último en dirección a la frontera con Epidauró. Los peloponésicos perdieron una nave en alta mar, pero lograron reunir a las demás y anclaron (ὀρμίζουσιν). Y como los atenienses les atacaran por mar con las naves y por tierra desembarcando (ἀποβάτων), se produjo una gran confusión y desorden, y los atenienses averiaron en tierra a la mayor parte de las naves y mataron al almirante enemigo, Alcámenes; también de entre ellos murieron algunos.

Terminado el combate, los atenienses dejaron un número suficiente de naves para que bloquearan a las del enemigo y anclaron (ὀρμίζονται) con las demás en un islote no muy distante de allí, en el cual establecieron su campamento (στρατοπεδεύοντο).

⁵⁸ En Th., VIII,17, la flota ateniense enviada a sofocar la sublevación de Mileto llega demasiado tarde a la ciudad y, al no ser admitida, establece su campamento en la isla de Lada, inmediata a la costa de Mileto; también en Th., IV,13, la flota de Atenas enviada a enfrentarse a Brasidas en Zacinto, al no poder desembarcar en tierra y dado que tampoco los lacedemonios les hacen frente en alta mar, deciden desembarcar y acampar en la isla próxima de Prota. Pero la isla sólo les servirá para pernoctar.

Al final, Tucídides afirma que el bloqueo no se prolongó mucho, puesto que en aquella posición la flota ateniense carecía de los víveres y el agua necesarios para mantener por largo tiempo un asedio.

Las desembocaduras de los ríos eran otro lugar donde fácilmente se podía encontrar agua dulce en abundancia, y con la ventaja añadida de ser puntos geográficos fácilmente reconocibles, tanto desde el mar como desde tierra, facilitando el encuentro entre tropas terrestres y embarcadas en los casos de operaciones combinadas.⁵⁹ Sin embargo, también pueden convertirse en lugares peligrosos por las crecidas repentinas que pueden destruir flotas enteras. Esa sería la suerte que corrieron las diez embarcaciones con las que Lámaco se había adentrado en el Mar Negro, fondeando en la desembocadura del río Calete (Th., IV,75,2):

No mucho después Lámaco, que había penetrado en el Mar Negro, ancló (ὄρμίσσας) en el territorio de Heraclea junto al río Calete y perdió sus naves porque había llovido y se produjo una crecida repentina. Lámaco y su ejército (στρατιὰ) llegaron a pie a través del país de los tracios bitinios...

Por último, en la descripción del desembarco ateniense en el Quersoneso, también se menciona un último problema que debía afrontarse a la hora de elegir el lugar de desembarco y establecimiento de un campamento por una flota, como es lograr un arribada en tierra sin oposición.⁶⁰ Esto es especialmente importante si ese campamento se ha de convertir en una base permanente para una campaña militar, como

⁵⁹ Por ejemplo, en Th., VII,35 en la desembocadura del río Hiliás, donde la infantería de Demóstenes y Eurimedonte acude a encontrarse de nuevo con sus barcos para continuar viaje a lo largo de la costa. Otros ejemplos de campamentos junto a ríos, son Th., IV,78,5; VI,65,3, en este caso por tropas de tierra y con el probable fin de abastecerse de agua.

⁶⁰ Para lograr un desembarco tranquilo se optaba, en algunas ocasiones, por desembarcar en fondeaderos desiertos (como en Th., VIII,10,3), por hacerlo al amanecer o incluso de noche (Th., III,91,3).

era el caso de la campaña ateniense en Sicilia. Así, los generales idearán una estratagema, explotando las tácticas de espionaje, ya ampliamente empleadas en la época, para distraer la atención de los siracusanos sobre su lugar de desembarco, según también vimos anteriormente, a la hora de hablar del vocabulario, en Th., VI,64,1. Según habían previsto los mandos, el ejército siracusano morderá el cebo, reuniendo todas sus tropas y enviándolas a donde se habían concentrado los atenienses. Esto les permite desembarcar tranquilamente junto a la ciudad, en el lugar más a propósito para plantear la batalla a Siracusa (Th., VI,66).

d) La proximidad del enemigo al campamento.

Otro caso habitual que nos describe Tucídides en relación con el lugar de acampada es el de fuerzas enemigas establecidas frente a frente, controlándose mutuamente y dispuestas a enfrentarse en batalla en cualquier momento, situación que en muchas ocasiones se prolongaba durante un periodo largo de tiempo.⁶¹ Tal forma de actuar es una clara muestra de que en el arte de la guerra de la Grecia clásica, más que la sorpresa cuentan la paciencia, el saber sobrellevar la guerra de nervios, y el acierto táctico en cuanto a la elección de un lugar que permita obtener las mayores ventajas posibles frente al enemigo para poder decidir el dónde y el cuándo de la batalla. La situación se repetía tanto entre ejércitos terrestres como entre flotas enemigas.⁶² Los campamentos se situaban a corta distancia, desde donde ambos podían vigilarse constantemente (Th., II,86,4):

⁶¹ También lo podemos ver como práctica entre los griegos de Sicilia, según D.S., XII,8,4.

⁶² Por ejemplo, Th., VII,19; 25; VIII,75,1.

Los peloponesios, por su parte, después que vieron a los atenienses hacerlo, anclaron (ὠρμίσαντο) en Río de Acaya, que dista no mucho de Panormo, donde estaba su infantería. Y durante seis o siete días estuvieron anclados frente a frente (ἀνθρώρμου), perfeccionando su adiestramiento y preparando la batalla.

Es una guerra de nervios en la que el general debía atender no sólo a las circunstancias impuestas por el rival, sino también mostrar sus dotes de mando para mantener la disciplina, la confianza en él, y el espíritu de combate de sus hombres a lo largo de un periodo indeterminado de tiempo. Y no siempre esa guerra fría termina en una batalla abierta, sino que tras un largo periodo, los contendientes pueden retirarse sin haber luchado en campo (o mar) abierto, como sucede entre las fuerzas navales de corintios y corcirenses establecidas en Action y Leucimna (Th., I,30,3-4):

...hasta que éstos [los corintios], ya avanzado el verano, viendo que sus aliados sufrían pérdidas, enviaron una escuadra y un ejército y acamparon en Action, junto a Quimerion (ἔστρατοπεδεύοντο ἐπὶ Ἀκτίῳ καὶ περὶ τὸ Χειμέριον), promontorio de Tesprotia, para servir de protección a Leúcade y a las demás ciudades amigas. A su vez, los corcirenses acamparon en (ἀντεστρατοπεδεύοντο ἐπὶ τῇ Λευκίμμῃ) Leucimna con su infantería y estacionaron allí su escuadra. Y no se atacaron los unos a los otros, sino que permanecieron frente a frente (ἀντικαθεζόμενοι), y ya en el invierno cada bando se retiró hacia su patria.

e) El campamento junto a templos.

Por último, otro lugar habitual para llevar a cabo las acampadas entre los ejércitos que participan en la guerra del Peloponeso son los templos, sus alrededores o los terrenos sagrados que los circundan. Por un lado, la alusión a la proximidad de templos no significa necesariamente que los soldados ocupen los recintos sagrados. Puede responder tan solo a que sirven como referencia geográfica para poder seguir el recorrido de las fuerzas armadas a lo largo de una campaña mediante localizaciones conocidas y fáciles (entonces) de identificar por el lector contemporáneo.⁶³

Pero también contamos con dos ejemplos en los que los soldados no hay duda de que ocupan el templo así como el conjunto de su recinto sagrado para acampar.⁶⁴ Así lo hace el ejército de Demóstenes en el templo de Zeus Nemeo en Acarnania (Th., III,96,1),⁶⁵ mientras que los atenienses llegan incluso a fortificar el templo de Apolo en Delion (Th., IV,90,1-2). Este último episodio da lugar a un interesantísimo debate entre el heraldo beocio enviado al campamento y los generales atenienses acerca de la licitud o no de que los soldados atenienses hayan tomado el recinto del templo como campamento, conminándoseles a abandonar esa posición. Por el lado delio, la argumentación para denunciar la acción se fundamenta en el respeto que se ha de mostrar siempre por los santuarios ajenos, y porque tal ocupación profanaba un espacio sagrado (Th., IV,97,2-4):

...que no obraban conforme a la justicia transgrediendo las tradiciones de los griegos; pues era uso general al ir contra un territorio extraño respetar los

⁶³ Por ejemplo, Th., II,91,1.

⁶⁴ También Plutarco asegura que Agesilao acampaba habitualmente en los santuarios: ἐν τοῖς ἱεροῖς (Plu., Ages., 14,2).

⁶⁵ ... ἀυλίσσόμενος δὲ τῷ στρατῷ ἐν τοῦ Διὸς τοῦ Νεμείου τῷ ἱερῷ

santuarios del país, mientras los atenienses habían fortificado y ocupado Delion, y todas las cosas que los hombres hacen en un lugar profano, ocurrían allí, y sobre todo se aprovisionaban de agua cogiendo una que los beocios no tocaban excepto para con ella hacer las abluciones para los sacrificios. En consecuencia, en nombre propio y del dios, los beocios, invocando a Apolo y a los demás dioses del templo, les conminaban a retirarse del recinto sagrado (τοῦ ἱεροῦ) llevándose todas sus cosas.

La argumentación contraria que nos presenta con cierta extensión Tucídides, es que el templo ya había cambiado de dueños al haber sido ocupado el territorio, y por tanto no se producía ninguna usurpación. Además, el empleo del templo como campamento se correspondía con una acción de justicia, e incluso de piedad, dado que era como acogerse a sagrado. En todo caso aseguraban, además, que no se cometía ninguna profanación puesto que el empleo que se hacía del mismo no suponía perjuicio alguno para las propiedades del dios permitiéndose el mantenimiento del culto (Th., IV,98,1-6):

Ante estas manifestaciones del heraldo, los atenienses enviaron a su vez a los beocios un heraldo y dijeron que no habían profanado ninguna cosa perteneciente al recinto sagrado (ἱεροῦ), y tampoco causarían daños de su grado en el futuro; pues no habían penetrado en él con aquella intención, sino, por el contrario, para defenderse desde allí contra ellos, que les habían hecho agravio. Afirmaron que la tradición griega era que los dueños de un territorio, grande o pequeño, eran también señores de sus templos y que debían continuar el culto en la forma que antes se usara dentro de lo posible. De esta forma los

beocios y la mayoría de los demás pueblos que habían expulsado a una población y habitaban su territorio, poseían ahora como propios los templos que ocuparon, que antes eran de otro pueblo. Ellos, por su parte, si hubieran podido apoderarse de una mayor porción del territorio beocio, serían ahora dueños de ella; y en el momento actual no se irían de grado de la región en que estaban. Además, dijeron que habían usado el agua por necesidad, necesidad que no se habían buscado con su insolencia, sino que se habían visto forzados a usarla para defenderse de los beocios, que habían invadido los primeros su territorio. Por otra parte, según ellos, era justo que todo aquello que era impuesto por la guerra y por algún grave peligro tuviera disculpa incluso ante los ojos del dios. Porque, en efecto, los altares daban refugio en las faltas involuntarias, y el término de «violación de las leyes» se aplicaba a los que siendo malvados no lo son por una fuerza mayor, y no a los que por causa de circunstancias desgraciadas incurrían en algún atrevimiento.

La extensión que Tucídides otorga a esta discusión y lo pormenorizadamente con la que lo recoge, permite pensar que el asunto llegó a convertirse en tema de debate público entre sus contemporáneos. Del cruce de argumentos entre los heraldos, parece evidente que la ocupación temporal del espacio sagrado de los templos por ejércitos griegos en campaña se consideraba lícita siempre y cuando se debiera a la fuerza defensora y no a la invasora, porque en caso contrario eso podía ser considerado como la profanación de un recinto sacro. Por un lado, parece que la práctica más habitual seguida por los generales era ordenar acampar, no dentro del *τέμενος*, sino junto a los recintos de culto.⁶⁶ Sin embargo, no era una regla inamovible.⁶⁷ Como habíamos visto

⁶⁶ Por ejemplo: Th., IV,110,1; V,64,5; VI,44,1; VII,29,3.

un poco más arriba, también Tucídides nos da cuenta de cómo Demóstenes había hecho noche en el recinto de un templo (Th., II,96,1), lo cual causaría ciertas controversias acerca de la licitud de tal acción, como vemos reflejado en este diálogo.

En todo caso, lo que disfrutaba de un consenso generalizado era la obligación de respetar las propiedades del dios y de que, en caso de ocupación necesaria del templo, eso no supusiera una merma en sus posesiones ni una interrupción de su culto.⁶⁸ Respetando tales criterios podemos pensar que la utilización de los recintos sagrados como lugar de acampada debía de contar con el aceptación generalizada y ser práctica habitual entre los pueblos de la Hélade. De ahí el agrio y prolongado debate que nos recoge Tucídides para lo que, por otro lado, podría entenderse como un tema menor en el conjunto del desarrollo de la guerra.

f) Conclusiones.

Tucídides no desdeña la ocasión de mostrarnos la importancia de la buena elección de los lugares de acampada del στρατόπεδον, y, sin que sea un asunto fundamental en su obra, sí que se refleja claramente que, como experimentado militar, reflexionó largamente sobre la trascendencia que una buena o mala elección podía tener para el conjunto de una campaña militar. Dicho esto, debemos resaltar un pasaje que puede servirnos como resumen de los principios que han de regir ese buen gobierno en relación con el asunto que nos ocupa. Sirve, a la vez, para que Tucídides ensalce la valía

⁶⁷ Aunque también las preposiciones empleadas son ambiguas y pueden entenderse tanto “dentro de” como “junto a”. Por ejemplo, IV,67,2: ... *en tanto, las tropas ligeras plateenses y algunos destacamentos de frontera que iban al mando de Demóstenes, el otro general, se emboscaron en el templo de Enialio* (ἐνῆδρευσαν ἐς τὸ Ἐνυάλιον), *que está menos distante aún.*

⁶⁸ Así lo hacen los atenienses de Nicias durante el periplo de su huida por territorio siciliano, según narra Tucídides (Th., VI,71,1) y confirmado por Pausanias en *Nicias*, X,28,6. Hay también una anécdota en D.S., X,28 sobre la forma en que Hipócrates de Gela previno a los siracusanos de tocar los tesoros del templo, utilizando políticamente sus escrúpulos.

de Demóstenes como general, también gracias a su buen hacer en estos temas. La ocasión se produce durante las discusiones entre los generales atenienses acerca de si retirarse o no de Sicilia (Th., VII,49,2):

... y si era preciso no retirar el ejército sin un decreto de los atenienses, sino agotar a los siracusanos permaneciendo allí, dijo que debían hacerlo levantando el campo (ἀναστάντας) y yendo a Tapso o a Catana; desde allí podrían, haciendo incursiones con las tropas de tierra contra muchas partes del país, procurarse subsistencias devastando los campos del enemigo y causarle daños; y, además, luchar con la flota en mar abierto y no en un lugar angosto que favorecía más al enemigo, sino en uno espacioso, en el cual las ventajas de la experiencia naval estarían de su lado y podrían realizar sus retiradas y sus ataques sin partir o recogerse a un fondeadero pequeño y bien terminado. Y, en resumen, dijo que en forma alguna le placía continuar en el mismo sitio, sino levantar el campo cuanto antes y no perder tiempo.

Como vemos, el fragmento es un prontuario donde se recogen breve, pero certeramente, los principales argumentos logísticos, tácticos, topográficos y estratégicos que deben gobernar la elección del lugar de acampada.⁶⁹ Podemos decir que éstos no muestran ningún cambio con respecto a lo ya conocido de periodos anteriores. Esto es natural, dado que las características esenciales y la naturaleza misma del ejército y de la guerra no han sufrido cambios que pudieran imponer transformaciones. El acierto en este aspecto sigue siendo una de las manifestaciones más patentes sobre la inteligencia en el mando de los generales sobre sus ejércitos. Era el arte de evaluar y hallar el mejor

⁶⁹ Otro ejemplo, más breve, y con el espartano Brásidas como protagonista, lo encontramos en Th., V,6,3.

balance en cada caso entre las necesidades logísticas, las conveniencias estratégicas y tácticas, y las opciones topográficas disponibles en cada circunstancia. Tucídides hace uso de esta área tan importante de la castrametación para ensalzar y alabar a Demóstenes y, de la misma forma, para sembrar la duda sobre la capacidad y conocimientos militares de Nicias.

Por último, lo que el texto de Tucídides sí que nos aporta de forma singular son explicaciones más amplias acerca de los criterios y argumentos que se seguían a la hora de elegir determinados lugares para acampar. Entre ellos destaca el estacionamiento de la tropa dentro de recintos sagrados, lo que pudo ser práctica habitual entre los ejércitos griegos durante la Guerra del Peloponeso, pero que sembraba ciertas dudas sobre su licitud. El problema debió de convertirse en este momento en un debate más agudo que durante ningún otro periodo anterior. El conflicto ahora no es en territorio extranjero, en relación con templos de dioses extraños, ni contra bárbaros cuyo comportamiento impío no extrañaría a nadie. En esta ocasión, era sin embargo en territorio de la Hélade y entre griegos, todos ellos vinculados por los mismos principios y costumbres. La conclusión final a la que llega el historiador es que resulta lícito emplear los recintos sagrados para acampar la tropa, siempre, claro está, que no eso no fuera en detrimento de las propiedades de la divinidad y con ello tampoco se interrumpiera su culto.

4. Estructura interna del campamento.

La sobriedad de la narración tucidídea impide hacerse una idea cabal y bien fundamentada de la estructura interna de los campamentos griegos durante el período de la Guerra del Peloponeso.

En primer lugar, debemos señalar que a lo largo de toda la obra no se nos da ni una sola referencia acerca de si existía alguna forma regular de acampada o no.⁶⁷ No podemos ni afirmar ni negar que los campamento tuvieran planimetrías regulares, o si por el contrario esto no sucedía nunca. Tucídides lo único que hace es mencionar que las tropas acampan o levantan el campo, y como mucho dar una referencia general sobre la topografía de la zona donde lo hacen. Eso es todo.

La única excepción es la referencia al κύκλος, el fuerte circular que servía de base de operaciones y almacén, construido por los atenienses en las Epípolas (Th., VI,98,2). Esta construcción resulta problemática en cuanto a su función, e incluso se ha cuestionado si su forma tendría que ser necesariamente circular.⁶⁸ Pero, de todas formas, de un único ejemplo no se puede inferir una regla común sobre la forma de los planos de acampada.⁶⁹

⁶⁷ Torres de vigilancia u otros tipos de fortificaciones cuyos restos se conservan, siendo la mayor parte de ellos del siglo IV, no muestran ningún tipo de forma regular, sino adaptadas a la topografía del lugar: *cfr.* CHANDLER, 1926. Sin embargo, ya es conocida y empleada entre los colonos griegos la planimetría hipodámica, como se describe en Diodoro Sículo para la fundación de Turios (D.S., XII,10,7).

⁶⁸ GOMME, 1970, pp. 473-474, rechaza que necesariamente se haya de entender como un fuerte de planta circular, dado que el adjetivo también se emplea para referirse a las murallas de ciudades, las cuales no tienen por qué ser necesariamente circulares; también seguido por KAGAN, 1981, p. 262.

⁶⁹ De hecho, no es mencionada por Diodoro Sículo, lo que nos hace pensar que en modo alguno sería una estructura especial o peculiar. De haber sido así, lo más probable es que se guardara en el recuerdo y fuera mencionado por autores posteriores, como el mismo Diodoro.

a) El principio organizador de la acampada.

En cuanto a la estructura interna de los campamentos, la primera pista de la que disponemos son los muchos pasajes donde se describen cómo los trabajos de construcción de fortificaciones o sistemas de asedio de ciudades son repartidos entre las diferentes ciudades que componen los contingentes aliados de una campaña. Ejemplos sobre el particular sería los casos de la construcción del cerco de Platea (Th., II,78,1), la fortificación de Decelía (Th., VII,19,1) o la circunvalación de Melos (Th., V,114):

Los embajadores atenienses volvieron a reunirse con el ejército (ἐς τὸ στράτευμα); y sus generales, en vista de que los melios no se les sometían, se dispusieron a hacerles la guerra, y dividiéndose el terreno por ciudades circunvalaron la capital de Melos. Después, los atenienses dejaron por tierra y por mar una fuerza de sitio integrada por tropas suyas y de sus aliados, y se volvieron a Atenas con el grueso del ejército. Los que quedaron permanecieron allí asediando la plaza.

Gracias a otros dos pasajes podríamos afirmar que quizá la división según criterios étnicos o de procedencia es la forma primera de organización de los espacios de acampada. En el primer texto, Tucídides recoge la noticia de cómo siracusanos y aliados se hallan repartidos en tres campamentos diferentes con ocasión del ataque ateniense a las Epípolas (Th., VII,43,3-4):

[Los atenienses] no fueron vistos por la guardia siracusana y tomaron al asalto el fuerte (τὸ τεῖχος) siracusano que había allí y mataron a algunos soldados; pero la mayoría escapó inmediatamente hacia los campamentos

(πρὸς τὰ στρατόπεδα) (*había tres en las Epípolas: uno de los siracusanos, otro de los demás sicilianos y el tercero de los aliados*), *llevando noticia del ataque y se la dieron también a los seiscientos siracusanos que eran la primera guardia de aquella zona de las Epípolas.*

Sin embargo, anteriormente, Tucídides había mencionado un solo campamento siracusano (Th., VII,42,4):

Y viendo [Demóstenes] que el muro transversal de los siracusanos, con el cual habían impedido que los atenienses los circunvalaran, era sencillo, y que si se apoderaban de la subida de las Epípolas y del campamento instalado en ellas (καὶ αὐθις τοῦ ἐν αὐταῖς στρατοπέδου), sería tomado con facilidad...

Parece claro, en todo caso, que por referirse aquí Tucídides a un determinado campamento (el siracusano) no cabe decir que exista una única zona continua de acampada.

Un segundo ejemplo, nos servirá para corroborar lo que estamos sosteniendo. Durante la incursión terrestre del gran ejército de peloponesios, aliados griegos y bárbaros en Acarnania, las fuerzas combinadas avanzan en tres columnas, probablemente para facilitar las acampadas, asegurar los suministros y simplificar las labores de mando. Una columna correspondería a los peloponesios y ampraciotas, otra al resto de aliados griegos (leucadios, anactorienses y demás contingentes) y la última a los bárbaros aliados de los griegos. Cada una de estas divisiones se establece por separado (Th., II,81,2-8):

En tanto, los peloponesios y sus aliados se repartieron en tres cuerpos de ejército y marcharon contra la ciudad de Estrato, a fin de acampar cerca (ἐγγὺς στρατοπεδευσάμενοι) y, si no convencían con palabras a sus defensores, hacer una intentona contra la muralla. Y los caones y los demás bárbaros avanzaban ocupando el centro; a su derecha marchaban los leucadios, anactorienses y sus aliados, y a la izquierda, Cnemo y los peloponesios y ampraciotas; distaban mucho unos de otros, y a veces ni siquiera se veían. Los griegos avanzaban en formación y manteniéndose en guardia, hasta que acamparon en un lugar apropiado (ἔστρατοπεδεύσαντο ἐν ἐπιτεδείῳ); mientras que los caones, confiados en sí mismos y como eran considerados muy valientes por los habitantes de aquella región del continente, no se detuvieron para establecer un campamento (ἐπέσχον τοῦ στρατόπεδου), y, avanzando con ímpetu con los demás bárbaros, creyeron que tomarían la ciudad al primer ataque y la acción sería de ellos solos. (...) Atemorizándose los caones, fueron muertos muchos de ellos, y los otros bárbaros, al verles retirarse, no hicieron frente, sino que emprendieron la fuga. Ninguno de los dos campamentos griegos (τῶν δὲ Ἑλληνικῶν στρατοπέδων οὐδέτερον) se dio cuenta de la batalla, porque sus aliados se habían adelantado mucho y los griegos habían creído que se daban prisa para establecer un campamento (στρατόπεδον). Pero cuando los bárbaros se echaron encima en su fuga, les prestaron protección y, reuniendo los campamentos (ξυναγαγόντες τὰ στρατόπεδα), permanecieron allí durante el día, ya que los de Estrato no les atacaron de cerca porque aun no habían ido en su ayuda los demás acarnanios,...

La descripción que Tucídides nos hace de la situación la podemos resumir en la existencia de dos acampadas, la de los peloponesios y ampraciotas por un lado, y la del resto de griegos aliados por otro. El anillo militar que se quería conformar rodeando la ciudad de Estrato debería haberse completado con el establecimiento de un tercer campamento, el de los caones del Épiro, a los que denomina como bárbaros pese a que éstos también eran miembros de la comunidad helena. Esa despectiva caracterización es la aducida veladamente como explicación de su indisciplinada actitud y que les conduce a actuar al margen del resto de los aliados griegos, y que asimismo exculpa a éstos del estrepitoso y costoso fracaso de la aventura.

Tales diferencias de origen son las que, de la misma forma, determinan la separación de los cuerpos de ejército en tres campamentos separados. Sólo la necesidad lleva a la reunión en una acampada conjunta, lo que no quiere decir que compartieran entremezclados una misma zona de acampada.⁷⁰ Lo más razonable es que, pese a la continuidad espacial entre todos ellos para lograr una defensa más efectiva, la separación interna se siguiera manteniendo. Cada una de las columnas en las que se organiza el avance se ha configurado desde el principio de la campaña como una entidad diferente y de funcionamiento autónomo con respecto a las otras dos y por ello, pese a las circunstancias bélicas del momento, la distinción debió de mantenerse.

La posibilidad de que a un nivel inferior la organización campamental dentro de cada columna respetara también una distribución interna en espacios diferentes según la procedencia de cada contingente que compone una unidad militar queda tan sólo como la hipótesis más probable. Tucídides no nos aporta ningún indicio acerca de ello. Pero así lo aconsejaría la lógica de la organización logística y de la cadena de mando de una

⁷⁰ En D.S., XI,91, podemos ver como acragantinos y siracusanos en sus luchas contra los siculos, primero acampan separadamente, para después, debido a la precariedad de su situación, decidirse por unir sus campamentos.

expedición militar. Además, como ya hemos visto, que nuestro autor hable de un solo στρατόπεδον no impide la existencia de más de una zona de acampada claramente delimitada y separada del resto. Es fácil suponer que leucadios, anactorienses, peloponesios y ampraciotas se organizarían cada uno de ellos en espacios de acampada individualizados, donde se reflejarían también las particularidades de cada polis, lo que no es óbice para que Tucídides pueda aludir a ellos como un solo στρατόπεδον al configurarse como un solo ejército en campaña. Esa es la organización que parece traslucirse de aquel episodio ya referido en el que los corcirenses aliados de los atenienses, con los que conforman un στρατόπεδον, piden a gritos acabar con los emisarios corintios que han llegado al campamento ateniense (Th., I,53,3).⁷¹

La separación en distintas zonas de acampada no sólo responde a las diferencias de origen de cada uno de los grupos que configuran un ejército de ciudades aliadas, sino que también es coherente con la cadena de mando. Por eso, los tres grupos de ejército en que se divide la fuerza ateniense enviada contra Sicilia conforma tres campamentos distintos y autónomos. Cada campamento se situaría en torno al jefe militar o comandante supremo de cada división (Th., VI,42,1):

Ya estaban en Corcira los atenienses y todos sus aliados. Y primeramente los generales pasaron una revista en conjunto al ejército y fijaron el orden en que habían de anclar y acampar (ὀρμιεῖσθαί τε καὶ στρατοπεδεύεσθαι), y, distribuyéndolo en tres divisiones, asignaron por suertes una a cada general, a

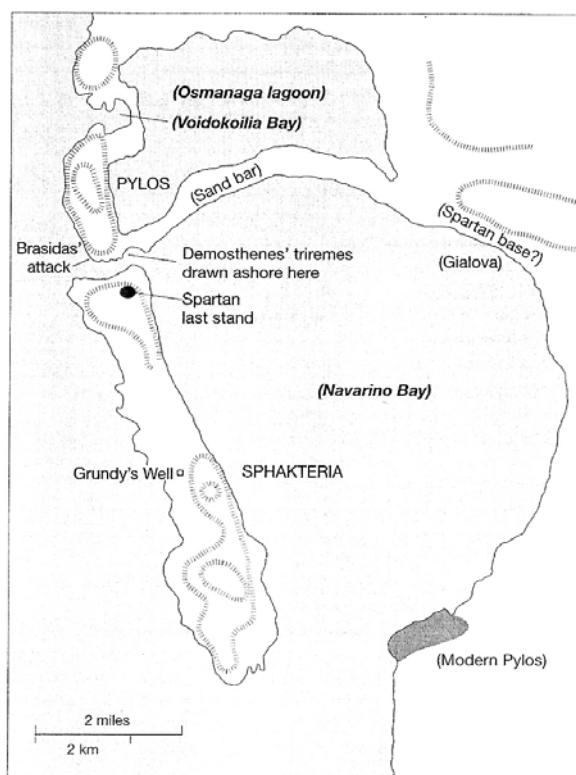
⁷¹ Esto es lo que dijeron; y los del ejército de los corcirenses (τῶν δὲ Κερκυραίων τὸ μὲν στρατόπεδον) que lo oyeron, pidieron a gritos que al instante los cogieran y los mataran.

fin de que las tropas no tuvieran falta de agua, de puertos ni de víveres en los desembarcos (ὔδατος καὶ λιμένων καὶ τῶν ἐπιτηδείων ἐν ταῖς καταγωγῶ- γαῖς) por causa de navegar todas juntas, y de que en todo lo demás fueran más disciplinadas y fáciles de mandar al depender cada división de un general (στρατηγῶ).

Sin ser pruebas definitivas, este conjunto de textos parecen mostrar que los campamentos griegos se estructuraban internamente tanto por un criterio de procedencia como por la estructuración jerárquica de mando, lo cual, por otro lado, resulta completamente lógico y en consonancia con lo hasta ahora visto que era la práctica común de los ejércitos griegos. De hecho, es la presencia del jefe del contingente lo que marca el lugar de la acampada. Así sucede cuando los soldados lacedemonios organizan su ocupación de la isla de Esfacteria. Aunque éstos se distribuyen por toda la isla para vigilar cualquier posible intento de desembarco ateniense, la zona central, donde mana la única fuente de agua, es el lugar donde se encuentra el jefe del contingente y lo que podemos llamar como campamento-base de los soldados en la isla. Los demás puestos ocupados por los hoplitas serían, como así lo denomina Tucídides, puestos avanzados o de vigilancia (Th., IV,31,2):

La distribución de los efectivos lacedemonios era como sigue. En este puesto de guardia (ἐν φυλακῇ) había unos treinta hoplitas, mientras que el mayor número de ellos con su jefe Epitadas (ὁ ἄρχων) ocupaban la parte central y más llana de la isla, que estaba inmediata al manantial de agua; y una tropa poco numerosa defendía el extremo de la isla que mira a Pilos, que era escarpado desde el lado del mar y difícil de tomar desde tierra, pues había allí

una antigua fortificación (ἔρυμα) construida con piedras amontonadas, que los lacedemonios esperaban que les fuese de utilidad si sobrevenía una retirada ante fuerzas superiores.



Mapa de Pilos y Esfacteria, LAZENBY, 2004, p. 68

Los jefes militares, sean estrategos o navarcas, parecen tener, además, un papel fundamental a la hora de establecer el orden de acampada de los ejércitos. En el caso de las fuerzas lacedemonias, Tucídides nos dice que es el rey el que decide todos los detalles e indica a los polemarcos lo que se ha de hacer.⁷² Lo lógico es que esto sea así

⁷² Cfr., Th., V,66,2; todavía más claramente, en Isócrates, VI,81, donde Arquídamo compara el gobierno de Esparta a un campamento militar. Cfr. DE STE. CROIX, 1972, p. 112.

de forma general en Grecia y también en relación con la estructuración interna de los campamentos.⁷³

b) Los otros componentes del ejército y su lugar en el campamento.

Las fuerzas militares seguían siendo conjuntos abigarrados y de gran complejidad, aunque, por supuesto, no era lo mismo en todos los casos, y mientras algunas campañas las llevaban a cabo pequeñas fuerzas homogéneas, en otros los ejércitos eran por sus dimensiones y complejidad auténticas ciudades en movimiento (Th., VII,77,4). Como regla general los campamentos, al menos, tenían que acoger a los hoplitas, a sus servidores, muy a menudo también a los jinetes y la caballería, los arqueros y lanzadores de dardos, al igual que por primera vez oímos también que se menciona al cuerpo de los peltastas.⁷⁴ Es igualmente habitual en la guerra del Peloponeso las acciones combinadas de fuerzas terrestres y marítimas, por lo que hombres, jinetes, animales, y barcos aparecerían coordinados bajo un mismo principio estratégico.

La pregunta que necesariamente surge es si cada uno de ellos ocupaban su propia zona en el campamento o forman un único conjunto. Evidentemente, dentro de

⁷³ Lo habitual es que los ejércitos nombren un comandante supremo de la fuerza (Th., II,10; III,107,2-3), y después haya estrategos encargados de cada división, sin por eso impedirse el que además cada ciudad tenga su propio jefe (por ejemplo, Th., I,46: en la flota de los corintios y sus aliados, cada ciudad cuenta con su propio jefe, mientras los corintios tienen a Jenócrides y otros cuatro navarcas; también, Th., II,75-77). Asimismo se suele dividir el mando entre la caballería, la infantería y la fuerza naval (Th., I,62,1). Se tiende siempre a limitar el número de generales para facilitar el mando y el orden en el ejército, haciéndolo más efectivo (Th., VI,72,4: Hermócrates explica que una de las causas de la primera derrota siracusana frente a los atenienses es el gran número de generales que había en el ejército siracusano). En caso de que disminuya el ejército o falte alguno de los generales nombrados, el mando se centraliza aún más (Th., VI,62,1; 103,3: de los tres generales inicialmente nombrados para dirigir la campaña en Sicilia, la muerte de sus colegas hace que al final sea Nicias el que quede como jefe único de un ejército muy mermado). Lo más razonable y probable es que todo eso se reflejara inmediatamente en la organización interna de los campamentos, aunque Tucídides no nos ofrezca ninguna pista.

⁷⁴ Th., II,56 (la flota ateniense transporta 400 jinetes); III,97-98 (el ejército de Egition dispone de lanzadores de dardos [ἀκοντιστῶν], arqueros [τοξόται], y hoplitas); IV,101 (soldados ligeramente armados). La enumeración de los diferentes contingentes y personal encuadrado en la expedición siciliana: Th., VI,43. La primera referencia a los peltastas en la historia de Grecia se produce en Th., IV,93,3.

una lógica militar profesional y moderna (y por moderna entiéndase incluso romana) cada grupo se mantendría unido y ocupando una zona común de acampada. Pero los ejércitos griegos de esta época aún no pueden considerarse como profesionales, sino que por el contrario son milicias de ciudadanos que se ven obligados a servir al Estado. Lamentablemente, sólo sabemos que cada unidad militar tenía sus propios jefes,⁷⁵ aunque eso no suponga en absoluto una respuesta definitiva para la pregunta que nos hacíamos.

A todo este conjunto de personal militar le debemos agregar otros personajes como los adivinos (muy raramente mencionados por Tucídides),⁷⁶ los heraldos, los flautistas y otros cargos que aparecen sólo en muy contadas ocasiones. Éstos debieron de ser soldados encargados de esas funciones más específicas, pero sin componer un cuerpo aparte dentro de los ejércitos. Lo que no sabemos es si por esa especial misión que cumplían dentro del engranaje del στρατόπεδον ocupaban un lugar determinado propio dentro del plano de acampada.⁷⁷

Además, a partir de algunos pocos textos se puede pensar que en algunos ejércitos, especialmente los lacedemonios, existirían cuerpos de élite o guardias de *corps*. De ser así, sería lógico, como respuesta a su propia naturaleza y función, que éstos ocuparan alguna posición especial y destacada en las acampadas. Por ejemplo, Pausanias, en su calidad de regente, disponía de todo un conjunto de servidores orientales y una guardia de *corps* (Th., I,130,1); también es habitual la mención a

⁷⁵ En Th., III,97-98, los arqueros del ejército ateniense de Demóstenes tienen su propio jefe.

⁷⁶ Pese a que Tucídides no los mencione en contextos castrametales, sin embargo, sí debían de ocupar un puesto destacado en la vida diaria, teniendo en cuenta que, por ejemplo, Nicias era profundamente supersticioso, sacrificaba todos los días a los dioses y siempre tenía un adivino en su casa para consultarle continuamente sobre cualquier asunto (*cfr.*, Th., VII,50,4; Plu., *Nic.*, IV). También Diodoro Sículo dice que, al producirse el eclipse de luna justo en el momento en el que el ejército ateniense iba a comenzar la marcha, Nicias convoca a los adivinos (μάντις) para que le aconsejen acerca de qué es lo que debe hacer (D.S., XIII,12,6).

⁷⁷ *Cfr.*, Th., V,70 (flautistas en el ejército lacedemonio); VI,32,2 (heraldos); III, 20,1; VI,69,2 (adivinos).

grupos distinguidos de soldados que cabe reconocer por su número, habitualmente trescientos, como sucede en el caso de los soldados escogidos de Brasidas (Th., IV,127-128).

En cuanto a otros personajes como los éforos en los ejércitos lacedemonios, o en general, los mandos intermedios en las fuerzas militares en campaña, Tucídides los ignora completamente en su narración y contamos con muy escasas referencias a ellos (y con absolutamente ninguna en contextos castrametales).

c) Esclavos y servidores.

Sí que estamos mejor informados sobre la presencia de esclavos y servidores, en las acampadas. Aunque algunos autores han discutido su presencia generalizada en los ejércitos griegos de la época, desde luego, en la obra del ateniense suelen aparecer como un elemento más de la vida en campaña. Como un primer ejemplo podemos referirnos al sitio de Potidea, donde los soldados atenienses cobran dos dracmas diarias, explicando Tucídides que una se correspondía a la manutención del soldado y la otra a la de su esclavo (Th., III,17,4):

...los que sitiaban Potidea eran hoplitas pagados con dos dracmas diarias (cada uno cobraba por día una dracma para sí y otra para su esclavo), tres mil al principio –y no eran menos los que la tomaron-, y además mil seiscientos que fueron con Formión y se retiraron antes de la conquista; y todas las tripulaciones de las naves cobraban la misma soldada.

Gomme, en su comentario a este pasaje, rechaza la idea de que los atenienses, como los lacedemonios, llevaran siempre consigo un servidor puesto que, según él,

raramente aparecen mencionados junto a los atenienses. Además, también esgrime el que en algunas ocasiones podemos encontrar descrito cómo los hoplitas de Atenas llevan a cabo tareas que serían más propias de los esclavos o servidores, si éstos se encontraran en el campamento, que de ciudadanos soldados, citando como ejemplo los trabajos de construcción de fortificaciones o edificaciones para el asedio de ciudades que son obligados a llevar a cabo los hoplitas en numerosas ocasiones.⁷⁸ Sin embargo, estos argumentos chocan con los episodios en los que también soldados lacedemonios son obligados a trabajar en la construcción de fortificaciones o asedios, sin que por eso se dude de la presencia de servidores en las acampadas de los espartanos.⁷⁹

El hecho de que los hoplitas llevaran a cabo esos trabajos no indica una ausencia de servidores o esclavos, sino la premura por acabar la obra. Esto se comprueba en la descripción de la construcción de los muros largos de Argos, donde Tucídides para mostrar lo excepcional de la situación señala que, no sólo los hombres, sino también las mujeres y los esclavos, participan en la construcción. (Th., V,82,5-6):

...se dedicaron a construir unos muros largos que llegaban al mar, a fin de que si eran bloqueados por tierra, pudiera aliviar su situación la importación de víveres por mar con ayuda de los atenienses. Algunas de las ciudades del Peloponeso veían con complacencia la construcción de los muros. Los argivos trabajaban en los muros todos ellos, tanto los ciudadanos como sus mujeres y esclavos (οἰκέται); y de Atenas vinieron en su ayuda carpinteros y canteros.

⁷⁸ GOMME, 1962, p. 275.

⁷⁹ Por ejemplo en Th., II,75-77, durante la construcción del asedio a Platea. Además, a lo largo de toda la obra de Tucídides sólo encontramos una referencia a los servidores de los soldados espartanos en un contexto campamental: en Th., IV,8,9 cuando se menciona la presencia de ilotas junto a los soldados destinados a Esfacteria.

Además, el *θεράπων* de cada soldado debía ocuparse de lo que podríamos denominar las tareas domésticas en campaña⁸⁰. No componían una fuerza de trabajo esclava al servicio del ejército en su conjunto, lo cual no impide que pudieran participar también directamente en algunas misiones o en los mismos combates, puesto que su suerte también corría pareja a la del resto de los soldados.⁸¹ Por eso, yaciendo enfermo Nicias en uno de los fuertes construidos por los atenienses en torno a Siracusa, no dispone de otro recurso para salvarse que acudir a la ayuda de los esclavos (Th., VI,102,1-3):

...y enviaron [los siracusanos] una parte de sus fuerzas contra el fuerte de las Epípolas con la esperanza de encontrarlo desguarnecido y tomarlo. Tomaron, en efecto, una obra defensiva avanzada, cuya longitud era de diez pletros, y la destruyeron; pero Nicias impidió que hicieran lo mismo con el fuerte propiamente dicho (pues se había quedado en él por hallarse enfermo); cuando vio que no iban a poder salvarse de otro modo por falta de soldados, mandó a los esclavos (τοὺς ὑπηρέτας) prender fuego a los útiles de albañilería y las maderas que estaban colocadas delante del muro. Y así sucedió, en efecto; pues

⁸⁰ Esclavos que ayudan a sus amos a llevar a cabo los preparativos de campaña, aparecen frecuentemente en las obras de Aristófanes. En *Los Acarnienses*, 1095-1141, el esclavo de Lámaco ayuda a su señor no sólo con las viandas, sino con la parte más delicada de la posesión de un soldado, como son sus armas, perfectamente guardadas, conservadas y cuidadas. Es difícil pensar que durante las campañas, el cuidado del escudo, coraza, casco, lanza, se pudiera descuidar. Por el contrario, ésta debió de ser una de las actividades principales también durante la marcha, por lo que, la presencia de un esclavo era de enorme utilidad. Además del macuto con las ropas, manta y comida, se portaban también las armas, bien guardadas en fundas, y las plumas del penacho del casco custodiadas en una caja, según nos describe Aristófanes.

⁸¹ Hay portadores de equipajes que, por ejemplo, participan en batallas. En Tanagra, muchos de éstos son muertos en el bando beocio (Th., IV,101). En la traducción de la obra de Tucídides por SMITH, 1986, para Loeb, el autor duda de que los acompañantes de los atenienses en su expedición a Sicilia puedan ser considerados como esclavos, sino que más bien debían tratarse de hombres libres ya que los trirremes atenienses hasta el 408 eran manejados por hombres libres. Sin embargo, eso no impide que los hoplitas no pudieran llevar consigo esclavos en la expedición. *Cfr.* SMITH, 1986, p. 388.

los siracusanos no siguieron avanzando por causa del fuego, sino que se retiraron. Además, venía ya hacia el fuerte (τὸν κύκλον) desde el llano...

En nuestra opinión, en los ejércitos atenienses la presencia de estos servidores es generalizada. El problema estriba en que Tucídides sólo se refiere a este aspecto, como a cualquier otro referido a la cotidianeidad de la vida en campaña, cuando, por alguna causa extraordinaria, interfieren en los grandes procesos político-militares. Otro ejemplo lo hallamos durante la marcha de las tropas atenienses vencidas por territorio siciliano (Th., VII,75,5):

Había un abatimiento general y muchos reproches de los atenienses contra sí mismos, pues no semejaban otra cosa que una ciudad sitiada que huía furtivamente, y una ciudad no pequeña, ya que marchaban juntos no menos de 40.000 hombres en total. De ellos, los demás llevaban las cosas de utilidad que cada uno podía, y los hoplitas y jinetes, contra lo acostumbrado, sus propios víveres, unos por falta de esclavos (ἀπορία ἀκολούθων) y otros por desconfianza de ellos. Ni siquiera los víveres llevaban en cantidad suficiente; pues ya no había provisiones en el campamento (ἐν τῷ στρατοπέδῳ).⁸²

Como acabamos de leer, sus funciones son de gran relevancia durante las campañas y, por eso, Nicias se queja por carta a los atenienses de que a la desgracia de las derrotas en batalla frente a los siracusanos se le une el que los esclavos (θεράποντες) de los atenienses están desertando ante la catástrofe que ya entonces se podía vislumbrar en el horizonte (Th., VII,13). Otro problema lo conforman la presencia

⁸² La expresión ἀπορία ἀκολούθων puede ser quizá mejor traducida, según SMITH, 1986, como *some for want of attendants*.

de albañiles, carpinteros, molineros y otros personajes encuadrados en la denominación de los portadores de equipajes.⁸³ Ellos, junto con las mujeres y niños que viajaban con los ejércitos en algunas ocasiones, debía de conformar el tren de equipajes, también designado simplemente como “la multitud” (ὄχλος).⁸⁴

El que todos o alguno de estos grupos fueran hombres libres, no supone rechazar la presencia de esclavos en los campamentos, que sabemos debió de ser numerosa. Su número además aumentaba y disminuía a lo largo de las campañas gracias a la victoria frente al enemigo, mediante la compra en los mercados que surten al campamento, o por su venta como parte del botín de guerra hecho por el ejército.⁸⁵

Lo que no aparece referido ni directa ni indirectamente es el lugar que ocupaban en el campamento. Es lógico pensar que los esclavos y servidores se encontraran próximos a los soldados a los que servían. ¿Ocuparían, por tanto, unos lugares específicos en los campamentos? No lo sabemos. Nos inclinamos a pensar que toda esa multitud vivía fuera de la zona ocupada por los soldados, para evitar el desorden y la confusión, por no ser parte integrante del ejército, o como dice posteriormente Jenofonte aplicado al caso de los ejércitos espartanos, por seguridad.

d) Mercado e impedimenta.

Probablemente a una cierta distancia del campamento, se situaría la caravana de los mercaderes (ἐμπόριον), imprescindible para el abastecimiento durante las campañas. A todo eso hay que añadir un zona para guardar los caballos, y otra para los

⁸³ Los molineros (σιτοπόιος) eran habitualmente en Atenas mujeres esclavas, pero sin embargo los que participan en la campaña contra Siracusa son tenidos por hombres libres, según GOMME, 1970, p. 259.

⁸⁴ *Cfr.*, Th., VII,78,2.

⁸⁵ En Th., I,54-55, se nos refiere como, de los 550 prisioneros corcirenses que los corintios hacen tras la batalla de Sibota, 300 de ellos son esclavos que venden en el mercado. También algunos mercenarios que se habían unido a la expedición contra Sicilia, compran esclavos (ἀνδράποδα) en el mercado para que les sustituyan en las naves atenienses como remeros (Th., VII,13,2).

bueyes y los carros, con los que eran trasladados los víveres y el resto del material. Testimonio de su presencia en los ejércitos griegos de la época y de las dificultades que implicaban para el movimiento en campaña lo encontramos cuando los soldados de Brásidas, furiosos por la traición de los macedonios que han huido de noche de su posición abandonándoles en plena campaña, se desquitan atacando el tren de los bagajes de aquellos, que naturalmente se tenía que mover más lentamente que el cuerpo de los soldados: *E indignados los soldados [de Brásidas] por la precipitada retirada de los macedonios, los que se encontraban en el camino carros de bueyes suyos o bagajes caídos al suelo, desenganchaban y mataban a los bueyes y se apropiaban de los bagajes* (σκεύει) (Th., IV,128,4).

Un ejército más profesional en comparación con el macedonio, como era el lacedemonio, contaba igualmente con ese pesado y lento cortejo. En la batalla de Mantinea los enemigos rompen la línea espartana avanzando hasta el tren de equipaje que, como es norma, espera en retaguardia el fin de la confrontación (Th., V,72,3):⁸⁶

Pues tan pronto como llegaron a las manos con los enemigos, el ala derecha de éstos, formada por los mantineos, puso en fuga a los esciritas y a los soldados de Brasidas, y lanzándose los mantineos y sus aliados y los mil soldados escogidos de Argos por el sitio indefenso en que no se había cerrado la línea, causaron estragos en los lacedemonios y, haciendo un movimiento envolvente, les pusieron en fuga y les persiguieron hasta los carros (ἐς τὰς ἀμάξας), matando a algunos de los soldados de más edad que montaban guardia allí.

⁸⁶ Lo mismo, en el caso de las flotas: Th., I,49 (cuando el ala de la flota corcirese vence y rompe la línea de barcos del enemigo, avanzan hasta desembarcar en la costa atacando y expoliando el campamento corintio situado en la orilla).

Ese tren con la impedimenta tuvo que ser una de los rasgos más característicos de la vida y de la estructuración de los campamento griegos, pero Tucídides no nos transmite ningún dato relevante.⁸⁷ Únicamente gracias a Th., VII,60,1-2 sabemos que la impedimenta queda muchas veces incluida dentro del espacio de acampada protegido (como, por otra parte, es lógico dada su importancia) por los soldados atenienses:⁸⁸

Al darse cuenta los atenienses del cierre del puerto por los siracusanos y de sus planes en general, resolvieron deliberar. Y reuniéndose los generales y los taxiarcos, en vista de la mala situación actual en otros varios aspectos y en el de que no tenían víveres de momento (pues pensando retirarse por mar habían previamente enviado órdenes a Catana de que no se los trajeran), ni iban a tenerlos en adelante a no ser que vencieran en combate naval, decidieron abandonar los muros del interior y, defendiendo junto a las naves con un muro transversal el espacio más reducido posible que fuera suficiente para la impedimenta (σκέυεσι) y los enfermos,...

La localización del mercado era decidida por un magistrado dentro del ejército, pero situándose siempre fuera del límite de acampada de los soldados. Así, mientras en Th., I,62,1 los potideatas y peloponesios ordenan colocarlo junto a la ciudad de Olinto, en Th., VII,39,2-4, el corintio Aristón logra convencer a los responsables del ágora de que sería más conveniente emplazarlo junto a la orilla del mar, como parte de la

⁸⁷ El traslado del botín, que sería parte de ese tren de los bagajes, puede ser tan complicado para el ejército (especialmente en el caso de las flotas), que Frínico da orden de no embarcarlo, dejando más espacio libre para los soldados, los heridos y el equipo de guerra (Th., VIII,27,4).

⁸⁸ También, en Th., VII,24,2, se dice que parte de las pertenencias de esos comerciantes se guardaban junto al resto del material del ejército ateniense en Sicilia en los almacenes construidos a tal efecto en Plemirion.

estratagema diseñada con el fin de sorprender a los atenienses atacándoles mientras están comiendo:

...hasta que el corintio Aristón, hijo de Pírrico, que era el mejor piloto de la flota siracusana, persuadió a los jefes de la misma a enviar un mensaje a los que en Siracusa tenían la magistratura correspondiente, ordenándoles que trasladaran cuanto antes el mercado (τὴν ἀγορὰν) a la orilla del mar y obligaran a todos los vendedores a llevar y vender todos los comestibles que tuvieran, a fin de desembarcar allí los marineros, comer junto a las naves y atacar de nuevo en breve espacio a los atenienses aquel mismo día, cogiéndoles desprevenidos.

Los jefes, convencidos por él, enviaron un mensajero (ἄγγελον), y el mercado (ἡ ἀγορὰ) quedó instalado; entonces los siracusanos comenzaron de repente a remar hacia atrás en dirección a la ciudad, y desembarcando allí, comieron en seguida. Los atenienses, en tanto, pensando que se volvían a la ciudad considerándose derrotados por ellos, desembarcaron con toda calma y se ocuparon de otras varias cosas necesarias y también de la comida, en la creencia de que aquel día ya no habría más batalla naval. Pero, de repente, los siracusanos embarcaron su gente y se dirigieron de nuevo contra ellos, y los atenienses, en medio de una gran confusión y sin haber comido la mayoría, se embarcaron en desorden y al fin se hicieron a la mar con mucho trabajo. Durante cierto tiempo, ni unos ni otros atacaron, manteniéndose a la defensiva...

De este pasaje se infiere que el mercado se situaba próximo al lugar de acampada de los soldados, aunque fuera del campamento; igualmente, resulta evidente que los mercaderes pretenderían siempre marcar distancias con respecto a los campos de batalla y a aquellas zonas donde pudieran producirse los encuentros bélicos, por salvaguardar su seguridad. Por eso, recordando lo descrito por Tucídides en el pasaje que acabamos de citar, podemos concluir que la decisión de los generales del ejército sobre la posición que debían ocupar estos mercaderes en relación con el ejército debía de ser vinculante. Esto se transmitiría después a los encargados del mercado, quienes indicarían exactamente la posición que debían ocupar aquellos.

Las conclusiones que se pueden derivar son varias. En primer lugar, se puede concluir que el negocio entre esos mercaderes y los soldados debía de ser lo suficientemente importante o interesante como para llevarles a correr algunos riesgos importantes, no sólo para su mercancía, sino para su propia integridad física; en segundo lugar, comprobamos de nuevo que los jefes militares tenían una amplia capacidad de decisión sobre la distribución interna de los diferentes cuerpos del ejército en las acampadas, aunque no sabemos si esas prerrogativas las empleaban habitualmente o no en relación con el mercado que acompaña al ejército; y, en tercer lugar, parece derivarse del pasaje que acabamos de citar, que el mercado se encontraba fuera del área de acampada y que no poseía un lugar fijo. Su localización era resultado de múltiples circunstancias, que determinaban el que fuera aconsejable su posición en uno u otro lugar.

e) El lugar de la asamblea y la revista de la tropa.

En cuanto a las asambleas y las revistas de las tropas, tenemos muy pocas pistas sobre dónde se celebraban. En Th., IV,91, se dice que los beotarcas arengan a sus soldados antes de la batalla convocándolos fuera del campamento, por compañías:

Durante estos días los beocios se concentraron en Tanagra; y una vez que se reunieron las tropas de todas las ciudades y que tuvieron noticia de que los atenienses se retiraban a su país, aunque los demás beotarcas –son once- no aprobaban que se presentara batalla, ya que los atenienses ya no estaban en Beocia (cuando los atenienses hicieron alto se hallaban exactamente en la frontera con Oropo), Pagondas, hijo de Eóladas, que era beotarca designado por Tebas, en unión de Ariántidas, hijo de Lisimáquidas, y que tenía el mando, como quería dar la batalla y creía preferible arrostrar aquel riesgo, convocó a los soldados por compañías (κατὰ λόχους), a fin de que no abandonaran todos a la vez la plaza de arma (ἐκλίποιεν τὰ ὄπλα), y persuadió a los beocios a marchar contra los atenienses y entablar la lucha, hablando así:...

Al ser llamados, como dice el texto, por turnos, las compañías saldrían de la zona de acampada (τὰ ὄπλα) para ser arengados por su general. Dónde se llevaría a cabo, no lo sabemos. Hornblower, supone que la reunión de soldados en Th., II,86, se lleva a cabo fuera del campamento, a la orilla del mar, pero sin aportar fundamento alguno del texto.⁸⁹

En cuanto a las revistas de tropas, en Th., VI,96,3, sí parece seguro que sería fuera del límite de acampada:

⁸⁹ HORNBLOWER, 1997, p. 367.

*Y como Hermócrates y los demás generales acababan de hacerse cargo del mando, al despuntar el día los siracusanos se dirigieron con todas sus fuerzas a la pradera que bordea el Anapo y revistaron sus tropas (ἐξέτασίν τε ὀπλων), comenzando por separar a seiscientos hoplitas escogidos al mando de Diómilo, un desterrado...*⁹⁰

Pero la existencia de una plaza central en las acampadas que estructurara la planimetría o donde se situaran el altar de los sacrificios, la tienda del comandante, etc., no está recogida en Tucídides, como sí veremos que lo está en Jenofonte.⁹¹ Tampoco sabemos dónde se guardaría el botín, ni dónde se custodiaría a los prisioneros (que podían llegar a ser muy numerosos),⁹² así como a los esclavos recogidos como botín para ser vendidos más tarde,⁹³ los carros, bagajes y animales de tiro. Pese al silencio de

⁹⁰ También, previsiblemente, lo mismo sucedería para el desarrollo de actividades gimnásticas. Acerca de este particular, sólo disponemos de Th., V,80,3. En la narración de ese episodio hay que subrayar que se trata de un fuerte al que se le ha puesto sitio. En una situación diferente, y ante la posibilidad de salir fuera de la zona de acampada, es lógico suponer que los ejercicios gimnásticos y cualquier otro tipo de entrenamiento se harían fuera de la zona de acampada.

⁹¹ Por el contrario, D.S., XIII,18,1 menciona una vez la existencia de tiendas para los jefes del ejército ateniense en Siracusa.

⁹² Unos 500 se mencionan custodiados por un solo ejército en Th., I,55,1. Los prisioneros podían convertirse en una grave dificultad a lo largo de las campañas puesto que requerían una constante atención y vigilancia. Éste es el problema que se encuentran, por ejemplo, los corintios según Tucídides, I,52,2-3 tras la batalla de Sibota. Por esta razón en muchos pasajes los prisioneros son muertos (Th., I,30,1; III,32,1) o rápidamente vendidos en ciudades próximas (Th., VI,62,4-5). A las mujeres se las dispensaba un trato más humanitario y nunca se acababa con ellas con un método tan expedito, sino que de ser necesario eran vendidas como esclavas (Th., IV,48,4). Para una descripción del proceso de venta de los prisioneros como esclavos por un ejército, *cfr.* Plu., *Ages.*, 9,8. En los ejércitos se procura mantener bajo recaudo durante largo tiempo a aquel prisionero del que se pudiera servir políticamente el general (Th., IV,41,1), o cuando el rescate susceptible de ser obtenido supusiera una cantidad superior a su valor de ser vendido como esclavo (Th., I,55). El empleo de δῆσσαντες no implica necesariamente el que los soldados vencidos estén encadenados, como se comprueba también en Th., I,55, acerca del trato que los corintios dispensan a los prisioneros de Anactorion.

⁹³ *Cfr.*, Th., I,49,5; III,114,1; VII,82. Resulta patente por estos textos que el botín era tomado como algo propio del conjunto del ejército y que no era hasta bastante después (habitualmente al final de la campaña) cuando todo era vendido por los encargados por el ejército (οἱ λαφυροπωλῶται), siguiendo órdenes del general, para dar a cada miembro de la fuerza militar su parte correspondiente, no directamente proporcional, puesto que a los jefes militares se les otorga siempre una parte más importante

las fuentes, es evidente que tendría que existir un espacio en las acampadas para cada una de estas cosas.

f) Almacenes y arsenales.

En ciertas ocasiones los ejércitos recogen el material de guerra y los víveres en fortificaciones construidas en los campamentos, las cuales a su vez sirven de refugio último para las tropas. El ejemplo más palmario de esta práctica lo encontramos en la acampada ateniense en Sicilia, donde el material de guerra, aparejos de los barcos y víveres eran celosamente guardados en fuertes construidos con ese propósito (Th., VI,97,5):

...y al día siguiente [los atenienses] bajaron a la ciudad, y como los siracusanos no salieron contra ellos, se retiraron y construyeron en la altura de Lábdalon, en la zona más escarpada de las Epípolas, un fortín (φρούριον) orientado hacia Megara, con el fin de tener un sitio donde guardar sus útiles y provisiones (σκεύεσι καὶ τοῖς χρήμασιν) cuando avanzaran para dar batalla o para construir el muro de circunvalación.

Uno de esos arsenales caerá posteriormente en manos de los siracusanos, lo que da ocasión a Tucídides de describirnos detalladamente lo que allí se guardaba (Th., VII,24):

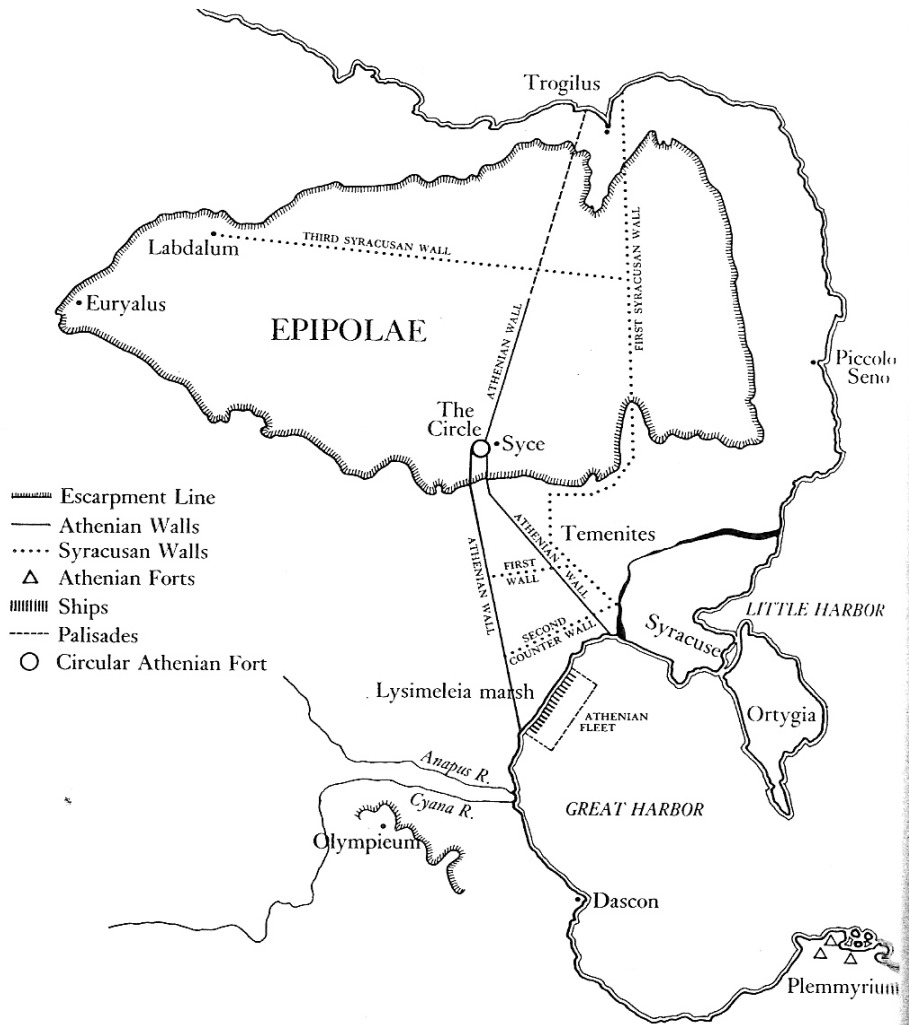
que al resto (Th., III,114,1). Por supuesto, durante las operaciones todos los soldados tomarían para sí pequeñas piezas durante ese pillaje que se sustraerían del botín común. También, en caso de que el ejército fuera conformado por varias ciudades aliadas, al final de la campaña era dividido el botín y repartido a partes iguales, para después venderlo. Aunque no tenemos testimonios, es lógico pensar que también podía ser a la inversa: primero llevar a cabo la venta de todo y después repartir el dinero. En cualquier caso, el problema que nos interesa, y que no podemos resolver, es dónde se guardaba mientras tanto todo ese botín. Quizá, como veremos inmediatamente, en los almacenes o pequeñas fortificaciones construidos en los campamentos.

... en cambio, ahora tenían en su poder los fuertes (τείχη) de Plemirion, y levantaron tres trofeos por su conquista. Uno de los dos fuertes que conquistaron últimamente lo demolieron, y los otros dos los reforzaron y los ocuparon con una guarnición. Fueron muchos los soldados que murieron o fueron hechos prisioneros en la toma de los fuertes, y fue cogido todo el equipo de guerra, que era mucho; pues como los atenienses utilizaban los fuertes como almacén (ταμείω) había dentro mucho trigo (σίτος) y demás mercancías de los comerciantes (ἐμπόρων χρήματα), y también mucho material de los trierarcos; fueron cogidas cuarenta velas de trirreme con el aparejo correspondiente, y tres trirremes que habían sido sacados a tierra. Pero lo que más y principalmente perjudicó al ejército ateniense fue la toma de Plemirion, pues en adelante era peligroso entrar en el puerto para llevar provisiones (τῶν ἐπιτηδείων) (los siracusanos lo estorbaban con sus naves, que anclaban allí, y la llegada de las mismas se realizaba en adelante mediando un combate naval) y además produjo en el ejército consternación y desánimo.

Dadas las dificultades para recibir abastecimientos, mucho debió de pesar en el ánimo de los soldados el ver perdidos todos sus víveres, material de guerra y las más importantes de sus pertenencias.

Las estructuras fortificadas a las que nos estamos refiriendo no eran unas instalaciones exclusivamente aparejadas a campamentos más permanentes o de fuerzas excepcionalmente grandes o numerosas. Por el contrario también las descubrimos como almacenes y refugio de ejércitos más pequeños. Ese es el caso, por ejemplo, del campamento lacedemonio en Esfacteria (Th., IV,31,2) donde una antigua fortificación

es aprovechada como lugar para guardar las provisiones y como resguardo para casos de extrema necesidad. También los atenienses, nada más desembarcar en Sicilia, lo primero que hacen es construir un amparo de ese tipo dentro del campamento (Th., VI,66,2) con las mismas funciones. Debía de ser, por tanto, un elemento habitual (aun-



**Mapa reconstruyendo el asedio ateniense a Siracusa,
KAGAN, 1981, p. 232**

que no podemos afirmar que estuviera siempre presente) de las acampadas griegas.

Lo que sí merece la pena resaltar es que esa práctica no debe extrañarnos en absoluto. También en las ciudades se construyen arsenales para guardar material de guerra, o cuentan con acrópolis que sirven de último refugio en caso de necesidad. Así, una vez más se comprueba que la planificación de un campamento puede seguir en muchos aspectos la lógica de construcción y planificación de las ciudades griegas.⁹⁴

g) Las fuerzas navales.

En cuanto a los campamentos de las fuerzas navales, sabemos que seguían las mismas pautas que hemos estado viendo hasta ahora. Al fin y al cabo no eran otra cosa, en muchos aspectos, que infantería embarcada. Los barcos necesitaban ser secados frecuentemente para mantener su capacidad maniobrera, al igual que las tripulaciones que, no disponiendo de un espacio holgado dentro de las embarcaciones, desembarcaban siempre que podían para comer, cenar y dormir, obligando por ello a la instalación de un campamento en la orilla, más o menos permanente. Esta es la premisa por la que los siracusanos asumen y aceptan, a la hora de planificar sus ataques contra el campamento ateniense, que durante las horas de inactividad los barcos atenienses habrán sido llevados a tierra (Th., VI,64,3).

En sus periplos, las flotas griegas no siempre encontraban costas adecuadas para llevar los navíos a tierra, bien por falta de suficiente espacio o bien por lo inadecuado de la playa para sacar a tierra los barcos. En tales casos, éstas quedaban ancladas en formación y con las proas mirando al mar.⁹⁵ Esto implicaba importantes riesgos, como

⁹⁴ *Cfr.*, Th., III,92,6: los lacedemonios que fundan Heraclea de Triquinia dotan a la ciudad de murallas y un arsenal.

⁹⁵ En Th., II,90,1-2 los barcos quedan anclados en formación de cuatro en fondo; en Th., II,91,1 se describe como las naves están ancladas con las proas mirando a alta mar.

leemos en la narración de la travesía de la primera flota enviada por Atenas para hacer incursiones en territorio peloponesio al inicio de la guerra (Th., II,25,3):

Los atenienses levantaron el campo (ἄρουντες) y continuaron su navegación costera, y deteniéndose en Fía de Élide arrasaron la campiña durante dos días y derrotaron en batalla a trescientos hombres escogidos de los eleos, de los de allí mismo de los alrededores. Más como se levantara un fuerte viento y las naves fueran bamboleadas en aquel lugar carente de puerto, la mayoría se embarcó en ellas y doblaron el cabo llamado Ictis, llegando al puerto de Fía...

Dejar las naves ancladas frente a la costa no podía ser más que una situación transitoria a la espera de encontrar buenos puertos donde secar las naves; otra cosa supondría una grave merma para la capacidad de combate de esa flota. Esa es otra de las grandes dificultades que Nicias tiene que afrontar en Sicilia y de la que informa cumplidamente a los atenienses (Th., VII,12,3-5):

A ninguno de vosotros le parezca increíble que también [nos venzan] por mar. Porque nuestra escuadra (ναυτικόν), como ellos saben bien, en un principio estaba en pleno esplendor por estar secas (τῆ ξηρότητι) las naves y las tripulaciones (πληρωμάτων) intactas; mientras que ahora las naves hacen agua (διάβροχοι) por encontrarse en el mar desde hace tanto tiempo, y las tripulaciones han sufrido mucho. Y no nos es posible sacar a tierra (ἀνεγκύσαντας) las naves y secarlas (διαψύξει) porque las del enemigo, que son dignas rivales de las nuestras, e incluso superiores en número, constantemente nos hacen temer que vendrán contra nosotros. Se las ve hacer

prácticas navales, y la iniciativa está en manos de ellos y tienen más posibilidades para secar (ἀποξηρᾶναι) sus naves, puesto que no bloquean a nadie.

En muchas ocasiones, a lo largo de estos años de guerra, las operaciones las podemos calificar como anfibas, es decir, llevadas a cabo coordinadamente entre fuerzas de infantería y una flota o fuerza desembarcada. Como ya vimos en el apartado dedicado al estudio del lugar de acampada, es frecuente encontrar flotas y ejércitos de tierra acampando en un mismo lugar. Lo que, sin embargo, ignoramos es el tipo y organización de la acampada en esos casos. Lo lógico es suponer que, al depender de comandantes diferentes, los campamentos estarían separados. Pero esto es una mera hipótesis sin que Tucídides nos aporte pista alguna, ni a su favor ni en su contra.

h) La tienda de campaña.

Por último, queda por tratar el elemento básico de las acampadas: la tienda de campaña (σκηνή). Disponemos de relativamente abundantes ejemplos de la presencia de tiendas de campaña en las acampadas griegas en los años de la Guerra del Peloponeso. Su empleo generalizado aparece reflejado de forma muy clara, por ejemplo, en las discusiones que tienen lugar en Siracusa sobre la forma de afrontar la expedición ateniense enviada contra ellos: στρατοπέδω τε ἐκ νεῶν ἰδρυθέντι καὶ ἐκ σκηνιδίων καὶ ἀναγκαίας παρασκευῆς, οὐκ ἐπὶ πολὺ ὑπὸ τῶν ἡμετέρων ἰππέων ἐξιόντες... (Th., VI,37,2)

Lo que no parece fácil de averiguar son las características de esas tiendas o refugios (dimensión, forma, materiales).⁹⁶ Sí sabemos que estaban realizadas en materiales combustibles, ya que son varios los pasajes en los que se narra cómo el campamento y las tiendas son incendiadas por el ejército enemigo. En unas ocasiones esto sucede tras una derrota en batalla, mientras en otros se produce porque la tropa ha abandonado el campamento, trasladándose a otra posición y dejando atrás las tiendas. Eso nos lleva a pensar que no siempre éstas debían de ser transportables y que, en ciertos casos, más que de tiendas de campaña se tratarían de construcciones sólidas en madera y ramajes, como barracas o chozas.⁹⁷ El primer caso se ejemplifica en la batalla de Sibota entre corcirenses y corintios (Th., I,49,4-5):

El extremo derecho de los corintios era el que estaba en mayor dificultad, pues los corcirenses, con veinte naves, los pusieron en fuga, y persiguiéndolos ya dispersos llegaron a tierra firme y a su campamento (τοῦ στρατοπέδου), y desembarcando quemaron sus tiendas abandonadas y se apoderaron del botín (τὰς σκηνὰς ἐρήμους καὶ τὰ χρήματα διήρπασαν).

El segundo caso, lo podemos ilustrar con la narración de los sucesos en Sicilia. Allí los siracusanos incendian las tiendas de los campamentos atenienses en Catana, cuando éstos se han retirado a invernar en Naxos, como ya vimos anteriormente en Th., VI,75.

⁹⁶ Lo que queda claro, gracias a las comedias de Aristófanes, es que la presencia de chinches era algo muy habitual en la vida de los soldados, infectando sus catres y tiendas de campaña, *cfr.* Ar., *Nu.*, 631-632; 709-710; 719-720.

⁹⁷ *Cfr.* GOMME, 1970, p. 349.

Finalizado el invierno, los soldados regresarán al mismo lugar y reconstruirán las barracas y el campamento (Th., VI,88,5). En opinión de Gomme, tampoco debía de tratarse de una tienda hecha de tela o cuero, al modo de las romanas o más actuales, la σκηνή que se dispone en Atenas para honrar a los muertos en la guerra según está descrita por Tucídides en II,34,2:⁹⁸

...hicieron las ceremonias fúnebres en honor de los que primero habían muerto en esta guerra, procediendo del modo siguiente: Exponen durante tres días los huesos de los muertos en una tienda (σκηνήν) que instalan, y cada uno lleva al suyo la ofrenda que quiere...

De todas formas, los soldados, siempre que pueden, evitan pernoctar en esas tiendas o cabañas, encontrando preferible abandonar la acampada y buscar un acomodo más apropiado en las casas de alguna ciudad amiga próxima al campamento. Esto es una práctica tan habitual que los mismos generales griegos cuentan con que así encontrarán normalmente al enemigo, pudiendo aprovechar la circunstancia para sorprender y atacar cuando menos preparado se encuentren el enemigo (Th., III,30,2):

...pues, como es natural que suceda dado el poco tiempo que hace que tomaron la ciudad, la hallaremos insuficientemente defendida, sobre todo por mar, por donde el enemigo no espera que nadie la ataque y donde reside principalmente nuestra fuerza; y es de esperar, además, que sus tropas de tierra (τὸ πρῆζον) estén dispersas por las casas (κατ' οἰκίας) sin precaución alguna, en la idea de que están victoriosos.

⁹⁸ Sobre esta costumbre ver, GOMME, 1969, p. 102; HORNBLLOWER, 1997, p. 293.

Lo mismo hicieron los persas muchos años antes en la propia Atenas (Th., I,89,5), como vencedores frente a los griegos que han abandonado en su mayoría la ciudad. Sin embargo, entre los griegos esta práctica no es exclusivamente resultado de una victoria sino que incluso en medio de una campaña los jefes militares siracusanos cuentan con que muchos atenienses pernoctarán fuera del campamento, en las ciudades próximas, según ya hemos podido leer en un texto anotado un poco más arriba (Th., VII,60,1-2). Todo esto no es más que una clara manifestación del carácter todavía poco profesional de estos ejércitos de ciudadanos.⁹⁹ Pero no debemos pensar que esto era un defecto exclusivamente ateniense, sino nos encontramos ante un mal que afectaba a la disciplina de todos los ejércitos griegos por igual. También las tropas siracusanas, que se están enfrentando al gran peligro de la invasión ateniense, pasan todo el tiempo que pueden, despreocupadamente, en las casas de su ciudad, algo que ahora también saben utilizar en su favor los estrategos atenienses (Th., VI,100,1):

... y los atenienses cortaron las conducciones de agua potable que iban a la ciudad por debajo de tierra y, aprovechando el momento en que por ser mediodía muchos de los siracusanos estaban en sus tiendas (κατὰ σκηναὺς ὄντας), otros habían ido a la ciudad y los de la empalizada montaban guardia con negligencia, colocaron en vanguardia a trescientos de los mejores soldados atenienses y una tropa escogida de infantería ligera armada pesadamente, y les ordenaron que corrieran de improviso contra el muro transversal; el resto del ejército avanzó dividido en dos partes:...

⁹⁹ Muy ilustrativo de esta práctica es que, según recoge Plutarco, la caballería siracusana se mofaba de los atenienses acampados en Catana, preguntándoles si habían venido a Sicilia para compartir las casas de los catanienses (συνοικήσοντες) o para restaurar en las suyas a los leontinos (Plu., Nic., XVI,1).

Pese a todo, las tiendas de campaña eran uno de los elementos más característicos de los campamentos griegos de este periodo, como lo habían sido en el pasado.

De esa estructura física surgiría lo que hemos visto otras veces, la unidad y camaradería entre los que comparten un mismo techo, el equivalente al *contubernium* romano. Los *συσκήννοι* son mencionados una sola vez a lo largo de toda la narración de la Guerra del Peloponeo, aunque la detallada imagen que transmite ese único episodio permite hacernos una idea bastante aproximada de la fuerza que, al menos en el plano de las relaciones humanas y de la camaradería, supondría esa unión para los que compartían un mismo refugio a lo largo de los penosos días de una campaña militar. El episodio se enmarca en la descripción de la dramática huida de los restos del *στρατόπεδον* ateniense enviado a Sicilia (Th., VII,75,4): *y cuando ya se marchaban sus compañeros de tienda (ξυσκήνων), [los heridos o enfermos que quedaban en el campamento] se colgaban de ellos y les seguían todo el trecho que podían, y si a alguno le traicionaban sus fuerzas y su cuerpo, no quedaba atrás sin muchas invocaciones a los dioses y muchos gemidos.*

La crudeza de la narración nos muestra cómo los soldados heridos y enfermos depositaban sus últimas esperanzas de salvación en los sentimientos de lealtad debidos por sus compañeros de tienda, los cuales no podían sino, en condiciones normales, aceptar la responsabilidad de la suerte de sus compañeros. El texto no permite ir más allá de lo dicho, pero sin duda permite atisbar que tras ese episodio se oculta con seguridad todo un conjunto de relaciones de dependencia en aspectos organizativos y de

intendencia (y quizá también militares)¹⁰⁰ que compondrían la columna vertebral de los ejércitos en campaña y de la vida en los campamentos militares a lo largo de la historia de Grecia.

i) Conclusión.

Como conclusión podemos decir que Tucídides apenas aporta datos concretos sobre los que reconstruir la estructuración interna de los campamentos griegos. En este aspecto resulta mucho más parco incluso que en otros apartados estudiados hasta el momento. Su objetivo al escribir la Historia es primordialmente explicar las causas y desarrollos político-militares de la misma, no habiendo espacio, salvo rarísimas excepciones, a cuestiones menores, a detalles o a los personajes que son, sin embargo, los protagonistas de un στρατόπεδον.

Pero tampoco encontramos pasajes o textos que contradigan las conclusiones que hemos ido viendo en autores anteriores. En esto, como en la mayoría de los aspectos se debió de dar una continuidad. Las acampadas siguen teniendo como elemento básico la tienda (barraca o choza) y al conjunto de soldados que comparten ese alojamiento (συσκήνιοι); en ellos se refleja la estructura social y política de sus ciudades de origen, manifestada de alguna forma que no tenemos completamente clara en la propia planificación del asentamiento militar y del conjunto de la vida en campaña. Junto a los soldados encontramos una gran muchedumbre que vive de las necesidades de lo que no deja de ser una ciudad movilizada, más o menos grande, que ofrece un gran número de necesidades y, por ello, de oportunidades para el negocio. Quizá ahora sí

¹⁰⁰ Un ejemplo de ello podría ser la relación entre Alcibiades y Sócrates, que según Plutarco fueron compañeros de tienda durante la campaña de Potidea; al caer Alcibiades herido, fue Sócrates el que se mantuvo junto a él y lo defendió, recuperando incluso sus armas. Tal cosa sólo podía darse si ambos ocupaban puestos muy próximos también dentro de la falange de soldados (Plu., *Alc.*, VII,2: καὶ Σωκράτη σύσκηνον εἶχε καὶ παραστάτην ἐν τοῖς ἀγῶσιν).

podemos contar con que aparecerían de forma más generalizada estructuras fortificadas donde se guardarían materiales y bienes comunes del ejército, y que también servirían como último refugio de las tropas, de forma paralela a lo que se hacía en las ciudades y también a lo que vimos que era práctica común entre los ejércitos persas que participaron en las batallas de las Guerras médicas. Sólo cabe afirmar que probablemente los campamentos poseerían algún tipo de organización, vida y distribución, dirigida y controlada por los generales, y que estaría en consonancia con la misma naturaleza, estructura y jerarquización de las fuerzas militares que lo crean y de la propia naturaleza del Estado al que defienden.

5. Fortificación de los campamentos.

La cuestión de si los griegos fortificaban sus acampadas de forma sistemática o no, ya hemos visto en capítulos anteriores que ha sido uno de los temas por los que más interés han mostrado desde siempre los estudiosos. En este periodo, además, la cuestión parece ganar en relevancia puesto que la guerra del Peloponeso fue, más que en cualquier periodo anterior de la historia de la Hélade, una guerra de fortificaciones. A lo largo de la narración de Tucídides nos encontramos descripciones más o menos prolijas sobre la construcción de algunas fortificaciones (por ejemplo, Platea), desempeñando algunas de ellas, además, un papel que es esencial en los episodios más importantes de la guerra, como sería el caso de los Muros Largos de Atenas o la guerra de fortificaciones durante la campaña de Sicilia. En general, son un elemento omnipresente a lo largo de toda la narración, desde la denominada como *Arqueología* hasta los últimos compases del conflicto.

El problema con el que nos encontramos para estudiar este aspecto radica de nuevo, por un lado, en el carácter histórico-político de la narración tucidídea que nos impide contar con detalles, fundamentales para nuestro estudio, de cómo serían las estructuras defensivas de los campamentos. Por otro lado, las escasas menciones a fortificaciones en relación con acampadas son difícilmente interpretables debido a las dificultades que plantea el vocabulario. La cuestión se puede ilustrar con el siguiente ejemplo extraído de la narración sobre la sublevación de Mitilene en 428-427 (Th., III,5,2): *Los mitilenios hicieron una salida con todas sus tropas contra el campamento ateniense (ἐπὶ τὸ τῶν Ἀθηναίων στρατόπεδον), y se libró una batalla, en la que los mitilenios no llevaron la peor parte, a pesar de lo cual no se atrevieron a acampar para pasar la noche, sino que se retiraron.*

Como pudimos comprobar en el apartado de vocabulario, en Tucídides, στρατόπεδον es esencialmente un ejército en campaña. De ahí que ni por la literalidad del texto, ni por su contexto, podamos saber si aquí el autor se refiere a un ataque al campamento, lo que no es en absoluto frecuente entre ejércitos griegos, o a una batalla entre dos fuerzas militares en campo abierto. Podríamos pensar que, de ser un ejemplo del ataque a una base militar, en éstos habrían podido existir estructuras defensivas que colaborarían en su seguridad, o que dado que se producían acciones bélicas contra las acampadas, los generales debieron necesariamente de prevenir tales situaciones, siendo lógico pensar que de forma habitual se construyeran fortificaciones en torno a los mismos. Sin embargo el texto no permite llegar a concluir tal cosa, y no sabemos si στρατόπεδον se refiere aquí a un campamento o a un ejército.

Otro ejemplo de estos problemas sería la descripción que Tucídides hace de la devastación del Ática llevada a cabo por Arquidamo en Th., II,19,1-2:

Sin embargo, una vez que después de atacar Énoe y probar toda clase de medios no pudieron tomarla, y que los atenienses no enviaron heraldos, levantaron el campo de allí, y a los ochenta días aproximadamente de los sucesos de Platea, en el centro del verano, y cuando el trigo estaba en su madurez, penetraron en el Ática bajo el mando de Arquidamo, hijo de Zeuxidamo, rey de los lacedemonios. Y primero acamparon (καθεζόμενοι) y arrasaron el territorio de Eleusis y la llanura de Tría, y pusieron en fuga a la caballería ateniense junto a los arroyos llamados Ritos; luego avanzaron a través de Cecropia, teniendo a mano derecha el monte Egaleo, hasta que llegaron a Acarnas, el mayor de los llamados demos del Ática, y deteniéndose en él hicieron un campamento

(καθεζόμενοι ἐς αὐτὸ στρατόπεδόν τε ἐποίησαντο) y, *permaneciendo allí mucho tiempo, se dedicaron a devastar el país.*

La expresión στρατόπεδόν ἐποίησαντο, evidentemente nos sitúa ante la existencia de alguna forma de organización o construcción que no podemos concretar en su naturaleza exacta dado que en ningún caso llegan a ser descritas. Eso impide de nuevo alcanzar una conclusión sobre el sentido exacto de la fórmula.

Igual de vaga a este respecto resulta la descripción del ataque a las fuerzas lacedemonias y a sus aliados griegos y bárbaros durante la campaña en Acarnania y el asalto a la ciudad de Estrato (Th., II,81) que ya recogimos con ocasión del análisis sobre los principios que gobernaban la estructuración interna de las acampadas. En ese pasaje se describía cómo la derrota de los griegos epirotas (que Tucídides califica como bárbaros) tras intentar tomar al asalto la ciudad, lleva a que las tres columnas en que se había dividido el ejército se reúnan en un solo campamento. Por eso surge la duda de si sería posible una reunión de los tres campamentos en uno solo con la celeridad con la que parece que esto se produce según el texto de Tucídides en caso de que realmente los griegos fortificaran sus acampadas con algún tipo de muro o empalizada. Pero, por otro lado, en el caso de que el campamento carezca de defensas ¿cómo es posible que los acarnanios no atacaran u hostigaran a las tropas mientras éstas están acampadas en caso de no haber dispuesto ninguna forma de defensa exterior? ¿Sería entonces suficiente con los escudos de los soldados y la formación en falange para proteger a todo el στρατόπεδον? ¿Cómo debemos entender entonces que los acarnanios sólo son capaces de atacar a los griegos y bárbaros cuando se alejan de la zona de acampada?¹⁰¹

¹⁰¹ Preferimos interpretar ἄνευ ὀπλων κινεθῆναι como “alejarse de la plaza de armas”, más que “alejarse sin armas”, En primer lugar, por las razones de empleo de τὰ ὄπλα que ya estudiamos en el apartado de vocabulario (*cf.* p. 431 y ss.) y dado que la preposición ἄνευ con genitivo permite ambas traducciones; y, en segundo lugar, porque salir del campamento desarmado mientras se está rodeado de enemigos resulta

Sin embargo, no todo está perdido. La concepción estratégica de la guerra en general y la idea táctica que sobre muros y fortificaciones nos presenta Tucídides pueden darnos alguna pista sobre la que fundamentar una hipótesis según la cual, pese a no ser generalizado, al menos ya desde las fases finales de la guerra del Peloponeso la construcción de fortificaciones, la defensa de acampadas y, especialmente, de las zonas de desembarco de las flotas, es algo cada vez más habitual y manifestación concreta, según Tucídides, de inteligencia militar por parte de los estrategas griegos, y en particular de los atenienses.

a) Los presupuestos teóricos.

Ya en el inicio de su Historia, Tucídides presenta la construcción de fortificaciones y muros como un síntoma de desarrollo, modernidad y riqueza; por el contrario, su ausencia es manifestación de retraso en lo político y económico, dado que además ambas cosas difícilmente pueden dissociarse.

Por otra parte, las ciudades que fueron fundadas (ὠκίσθησαν) recientemente, y, por ser mejores ya las circunstancias de la navegación, tuvieron mayor abundancia de dinero, eran construidas en la misma costa (ἐπ' αὐτοῖς τοῖς αἰγιαλοῖς τείχεσιν), y cerraban los istmos con murallas con el fin de facilitar el comercio y de tener protección contra los vecinos: mientras que las antiguas, tanto las continentales como las insulares, fueron fundadas

algo tan suicida que parece extraño que Tucídides se pare a aclararlo dado lo obvio de la cuestión. Incluso para un hoplita con toda su panoplia resulta muy peligroso enfrentarse él solo a grupos de infantería ligera. La única forma de luchar contra esos grupos armados con flechas, jabalinas u hondas, es mediante una formación compacta. Por tanto, es evidente que Tucídides no pretende aclarar que los hoplitas pueden salir sin armas, sino que no pueden alejarse del campamento por el riesgo que corren.

más bien lejos del mar a causa de la piratería (...) y hasta hoy día están construidas en el interior (Th., I,7).

Este juicio de Tucídides no tiene, como es evidente, ninguna base histórica. Las primeras colonizaciones griegas no seguían en absoluto el patrón que aquí presenta Tucídides y, como apunta Hornblower, la visión que propone responde únicamente a su propia percepción contemporánea de las cosas.¹⁰² Según ésta, es el desarrollo del comercio el que ha hecho posible y necesario la aparición de murallas y defensas en las ciudades, que son, asimismo, testimonio de la grandeza, modernidad y esplendor de esas sociedades. Lógicamente, su ausencia deja patentes las carencias de tales polis en esos ámbitos (Th., I,2,2): *... cada pueblo cultivaba su tierra sólo en la medida indispensable para vivir de ello, y no tenía sobra de recursos ni plantaba vides y olivos (ya que no se sabía cuando vendría otro a quitarles lo suyo, y más que no tenían murallas) (ἀτειχίστων).*

Este juicio se repite casi inmediatamente en Th., I,5,1: *...y cayendo sobre comunidades que carecían de murallas y vivían distribuidas en aldeas (ἀτειχίστοις καὶ κατὰ κώμας οἰκουμέναις), las saqueaban y sacaban de allí los más de sus recursos...*

Según la teoría de desarrollo histórico que parece quedar formulada en las palabras de Tucídides, después de una fase de subdesarrollo, el comercio y la prosperidad harán surgir en Grecia las fortificaciones. De esta manera, los muros de las ciudades son prueba de la evolución, de la existencia de un floreciente comercio y de opulencia (Th., I,8,3): *...comenzaron a vivir con más seguridad e incluso algunos*

¹⁰² HORNBLOWER, 1997, p. 29.

construyeron murallas (τείχη περιεβάλλοντο), como gentes que se hacían más ricas de lo que eran antes...

Para Tucídides era evidente que, incluso en su propio tiempo, esa diferenciación seguía existiendo. Por ejemplo, los mesenios esgrimen este razonamiento con el fin de convencer a Demóstenes de atacar a los etolios en vez de acudir en auxilio de los acarnanios en su lucha contra los leucadios. Los etolios serían siempre una presa más fácil de cazar dado ese sub-desarrollo del que dan muestra al carecer de murallas (Th., III,94,4):

Argumentaban [los mesenios] que los etolios era un pueblo numeroso y guerrero, pero que vivía en aldeas sin fortificar (οἰκοῦν κατὰ κώμας ἀτειχίστους) y muy distantes entre sí; y mostraron que los etolios, al usar armas ligeras, no eran difíciles de someter antes de que se reunieran para defenderse. Le aconsejaron que atacara primero a los apodotos, luego a los ofioneos y después de éstos a los euritanes, que constituyen la mayor tribu de los etolios y son los de lengua más ininteligible y comen carne cruda, según se dice.

Según vemos, los mesenios consideran la vida en aldeas sin fortificar, la ininteligibilidad de la lengua y el comer carne cruda, como manifestaciones igual de reveladoras de lo que es la barbarie.

Los muros eran, según Tucídides, símbolo e imagen de la grandeza de una ciudad, fundamentada en el comercio. El mejor ejemplo, y posiblemente la fuente de inspiración de Tucídides para el desarrollo de toda esta teoría, debieron ser los Muros

Largos de Atenas, orgulloso estandarte de la época dorada de Pericles, cuando la ciudad alcanza su cenit político, militar y económico.

La otra cara de la moneda la constituía Esparta, defensora acérrima de los valores y formas ancestrales, donde el comercio y toda clase de manufactura estaban prohibidas, así como la posesión o acumulación de oro o plata. Su estructura urbana mantenía el aspecto de las más antiguas formas de organización urbana de Grecia, en poblados dispersos y, claro está, sin murallas, todo lo cual contradecía su auténtico poder (Th., I,10).

La valoración que desde el punto de vista táctico se hace de los muros es también lógica. Un muro disfruta de un carácter ambivalente. Muros y fortificaciones se pueden emplear como un lugar de refugio o como una prisión en la cual queda rodeada y encerrada esa misma población por el enemigo. Todo depende del punto desde el que se mire el problema y, especialmente, como mostrará la historia de la guerra del Peloponeso, de la habilidad de los generales para saber aprovechar a favor o no de sus intereses unas mismas circunstancias. Eso es lo que pretende, por ejemplo, Arquidamo al mandar devastar el Ática a la vista de la población refugiada dentro de los Muros Largos y transmutar en su favor la estrategia de Pericles (Th., II,20,1-3):

Se dice que el plan de Arquidamo al permanecer en Acarnas con el ejército ordenado como para una batalla y no bajar a la llanura en aquella incursión, era el siguiente: esperaba que los atenienses, que poseían una juventud numerosa y estaban más preparados que nunca para la guerra, quizá salieran a hacerle frente y no consintieran que la campaña fuera arrasada. Así pues, una vez que no le salieron al encuentro en Eleusis y la llanura de Tría, acampó en Acarnas (περὶ τὰς Ἀχαρνᾶς καθήμενος) para probar si salían a su encuentro.

Con todo esto, ya en un nivel inferior, no nos ha de extrañar que las escasas referencias a construcciones defensivas en torno a los campamentos parecen relacionarse con ejércitos atenienses, mientras prácticamente no hay ejemplos entre fuerzas lacedemonias, siendo claro que el juicio general táctico que los generales lacedemonios siguen haciendo del empleo de muros y fortificaciones en el campo de batalla es negativo. En su visión más conservadora, ellos siguen confiando su seguridad en la muralla que componen los escudos de una falange de soldados bien trabada. Un ejemplo muy clarificador lo encontramos en Th., IV,57,1-2:

Estando aún en camino la escuadra ateniense, los eginetas abandonaron la muralla (τείχος) que estaban construyendo junto al mar, y se retiraron hacia la ciudad del interior, en la cual vivían y que distaba unos diez estadios del mar. Una de las guarniciones (φρουρά) lacedemonias de la comarca, que les ayudaba a construir la muralla, no quiso entrar con ellos en el recinto fortificado (ἐς τὸ τεῖχος) aunque los eginetas se lo pidieron, pues les parecía peligroso dejarse encerrar en la plaza (κατακλήεσθαι); así pues, se retiraron hacia las alturas y se mantuvieron inactivos por no considerarse en condiciones de combatir.

La guarnición espartana evita verse encerrada entre unos muros y prefiere buscar las ventajas que ofrece una colina para protegerse. Las alturas permitían una defensa que podríamos denominar “dinámica”, frente a las fortificaciones que no permitían otra cosa que una defensa “estática”, por agotamiento bien de los cercados, bien de los que establecían el cerco. En cambio, la colina dejaba libertad de movimientos y daba al

general la opción de afrontar una batalla para proteger el territorio o la retirada con las menores bajas posibles.

Por el contrario, muros y fortificaciones son útiles tan solo como refugio último de las tropas o de la población, pudiendo también transmutarse en arma favorable al enemigo, cosa que difícilmente ocurría si el ejército se defendía desde una colina. Eso será lo que le ocurra a la población ateniense o a los plateenses. Para ambas poblaciones, lo que había sido una forma de defenderse del enemigo, se transforma en una valiosa herramienta de la que dispone el contrario para vencer.

Especialmente el caso de Platea nos permite disfrutar de esa doble perspectiva del empleo de fortificaciones en la guerra. A lo largo de ese episodio, ambos bandos se afanan por poner en marcha su propia estrategia. Los peloponesios saben que cuanto más tiempo pase, más se reducen sus opciones de victoria, ya que las necesidades de tener ocupado allí un gran ejército suponen un grave gasto y unas enormes dificultades logísticas que el paso del tiempo no hacen sino agravar. A su vez, los plateenses, aunque saben que un larguísimo asedio acabaría con sus reservas de víveres y eso obligaría a la ciudad a rendirse por hambre al enemigo, también son conscientes de que la prolongación de ese cerco pone igualmente al adversario en una difícil situación. De ahí que Tucídides se entretenga en describirnos las estratagemas de los dos bandos: los lacedemonios intentando forzar los muros y los plateenses buscando cómo evitarlo. Dado que ni siquiera pueden pensar en obligar por la fuerza a que se levante el cerco de la ciudad, al menos tratan de que éste se prolongue y haga desistir a los peloponesios (*cfr.* Th., II,75-77). Finalmente, Platea caerá, pero ese no será el fin más habitual de estos episodios.

Caso parecido es el de los atenienses que fortifican Pilos y establecen el asedio a los lacedemonios de Esfacteria. Tan difícil es la situación para unos como para los otros (Th., IV,26,1-3):

Todavía continuaban los atenienses el asedio (ἐπολιόρκουν) de Esfacteria y el ejército (ἐν τῇ ἡπείρῳ στρατόπεδον) peloponesio de tierra firme se mantenía en sus posiciones. El bloqueo (ἡ φυλακὴ) resultaba molesto para los atenienses por falta de víveres y de agua, pues no había más fuente que una sola situada en la ciudadela de Pilos y ésta poco abundante, y la mayoría de los soldados escarbaban en la arena de la playa y bebían el agua propia de aquel lugar. Además como acampaban (στρατοπεδευομένοις) en un espacio reducido (στενοχωρία ἐν ὀλίγῳ), estaban poco holgados de sitio, y como las naves no tenían puerto, las tripulaciones tomaban la comida en tierra por turnos mientras el resto de las naves estaba anclado en alta mar.

Pese a todo eso, Tucídides, como ateniense que es y habiendo experimentado los frutos que los Muros Largos produjeron a la ciudad, parece seguir defendiendo la ventaja táctica de muros y fortificaciones, tanto para las ciudades como para la defensa de los ejércitos. Ni la peste que sufre Atenas, ni las dificultades por las que atraviesa la expedición a Sicilia, le lleva a cambiar su juicio. Para él el problema no reside en el uso de muros y fortificaciones, sino que son otros los errores de las campañas que hacen que toda la estrategia se venga abajo. Ese es también el razonamiento que siguen los partidarios de Atenas, y así, por ejemplo en Argos, pese a la experiencia ya conocida de las dificultades por las que atraviesa la ciudad protegida de Palas Atenea, también se

iniciará la construcción de unas grandes murallas defensivas para conectar la ciudad con el puerto y hacerlo invulnerable frente a la Liga del Peloponeso (Th., V,82,5-6):

...se dedicaron a construir unos muros largos que llegaban al mar, a fin de que si eran bloqueados por tierra, pudiera aliviar su situación la importación de víveres (ἐπιτεδείων) por mar con ayuda de los atenienses. Algunas de las ciudades del Peloponeso veían con complacencia la construcción de los muros (τὸν τειχισμὸν). Los argivos trabajaban en los muros todos ellos, tanto los ciudadanos como sus mujeres y esclavos; y de Atenas vinieron en su ayuda carpinteros y canteros.

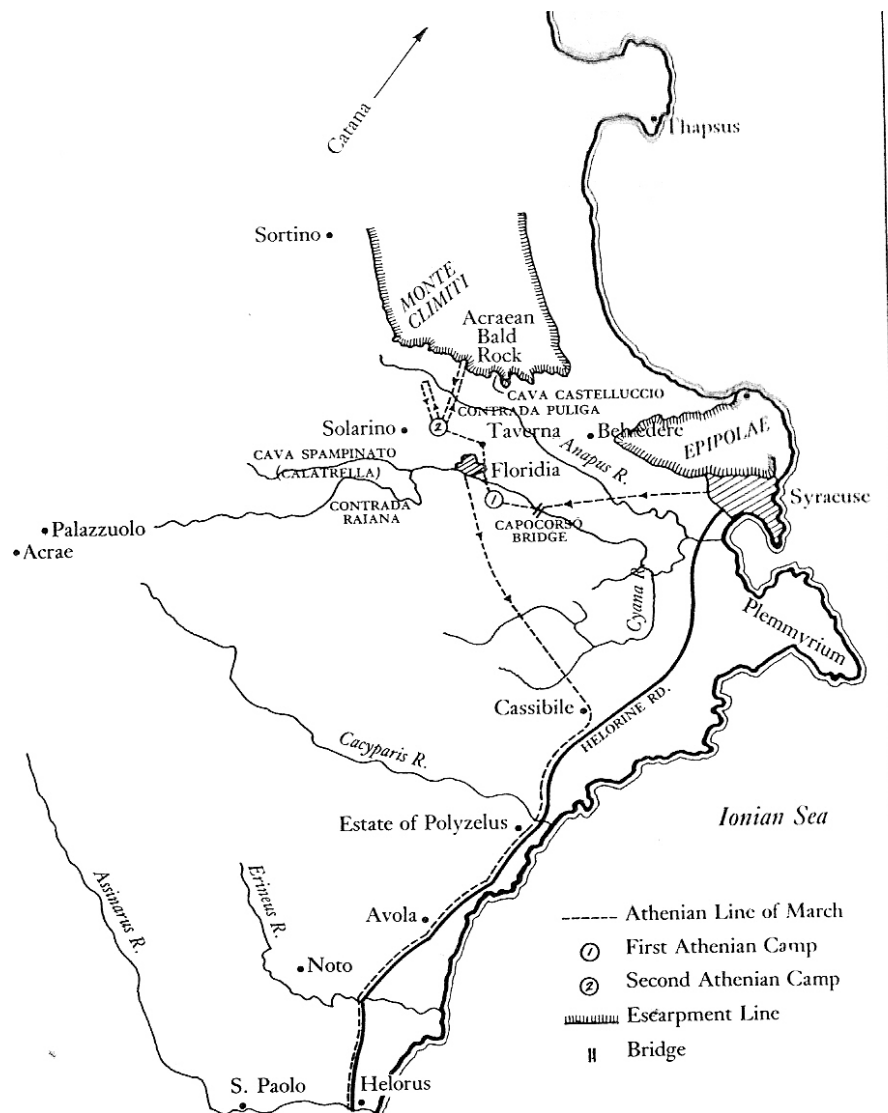
Pero este periodo conoce además una innovación en cuanto al uso táctico de las fortificaciones. Éstas dejan de ser necesaria y únicamente lugares de defensa estática para transformarse en instrumentos con los que llevar a cabo acciones ofensivas.¹⁰³ Las fortificaciones pueden servir como bases para emprender la devastación del territorio enemigo, disminuir sus capacidades económicas y minar la moral de combate de las poblaciones que contemplan impotentes cómo campos, cultivos y bienes son arrasados por pequeñas o medianas partidas de soldados enemigos instalados en su territorio en la seguridad de una plaza fortificada.¹⁰⁴ Ese sería el objetivo buscado con la fortificación ateniense de Pilos o la de los lacedemonios en Decelía.¹⁰⁵ Sin duda, que el empleo de fortificaciones como instrumento de guerra debió de ser una innovación no pequeña

¹⁰³ A ambas estrategias responderían, según Chandler, las fortificaciones que estudia en la frontera NW del Ática: *cfr.* CHANDLER, 1926.

¹⁰⁴ *Cfr.* Plu., *Pericles*, XXXIII, sobre los problemas de Pericles para contener a la población dentro de los muros de Atenas y evitar que presenten batalla a las fuerzas de Arquidamo que están arrasando el Ática a la vista de la población ateniense.

¹⁰⁵ *Cfr.* WESTLAKE, 1983, pp. 12-24.

dentro de la mentalidad espartana sobre las tácticas militares. Pero, al igual que ocurrió en Atenas con la experiencia no siempre positiva del empleo de muros y fortificaciones, tampoco la aventura de Decelía varió realmente su concepción táctica y el juicio sobre los muros como instrumento de guerra.



Retirada ateniense de Siracusa, KAGAN, 1981, p. 341

Los límites reales que pueden tener esas bases fortificadas en territorio enemigo en la guerra la explica perfectamente Pericles a sus conciudadanos (Th., I,142,1-4):

Y, sobre todo, les será obstáculo [a los lacedemonios] su escasez de dinero, pues sufrirán demoras al procurárselo con dificultad: y las oportunidades que ofrece una guerra no esperan. Tampoco en verdad se debe tener miedo a que hagan fortificaciones en el Ática, ni a su marina. Pues aun en la paz es difícil que una ciudad de igual poder lo lleve a término, y mucho menos en territorio enemigo y estando nosotros por nuestra parte tan fortificados como puedan estarlo ellos; y aunque construyan un fuerte (φρούριον), podrán dañar una parte del país con incursiones y acogiendo a esclavos fugitivos, pero no bastará para impedir que nosotros, mediante expediciones navales nos fortifiquemos en su país y que nos defendamos con la escuadra.

Al final, la única resolución posible del conflicto provenía de la victoria sobre el enemigo en campo de batalla, que era lo que realmente permitía el control sobre el territorio. Las fortificaciones empleadas como base para acciones de destrucción de cosechas o de los bienes de las poblaciones no implicaban ese imprescindible dominio. Servían tan solo al propósito de intentar acelerar la rendición del rival, debilitarle, o bien incitarle a presentar batalla en campo abierto en las circunstancias más desfavorables posibles. Sólo allí se podía dar una verdadera victoria con consecuencias reales y duraderas.

Es desde esos presupuestos teóricos más amplios sobre el valor y uso de las fortificaciones del que debemos partir para poder avanzar en el análisis de la posible

existencia de estructuras fortificadas en los campamentos militares griegos durante los años del conflicto entre Atenas y Esparta.

b) Campamentos fortificados y muros.

El primer texto de Tucídides acerca de la fortificación de campamentos es un pasaje de la conocida como *Arqueología*, referido precisamente a la supuesta construcción por los aqueos de defensas en torno a su campamento nada más desembarcar frente a Troya que ya vimos en el capítulo dedicado a la obra de Homero (Th., I,11,1) (*cfr.* p. 151 y ss.). Entonces tuvimos ocasión de reflexionar sobre las enormes dificultades que presenta el pasaje, puesto que la descripción de los acontecimientos no casa con el texto homérico del que nosotros disponemos hoy día. En la narración del asedio de Troya que nos ha sido legada no existe ningún muro fortificando en el campamento hasta pasados diez años del desembarco de las tropas de Agamenón, y sin embargo aquí parece mencionarse como inmediato al desembarco y conocido por el público.¹⁰⁶

Las soluciones que se han propuesto son variadas, pero ninguna de ellas completamente convincente. Si consideramos que la fuente de información de Tucídides son los *Cipria* y no la *Ilíada*, entonces no se entiende cómo Tucídides habría pasado por alto la incongruencia entre ambos textos; si enmendamos el texto griego para que case con la sucesión de los acontecimientos como los tenemos descritos en la *Ilíada*, entonces la cita carece de lógica; y si consideramos que Tucídides lleva a cabo una extrapolación de su propia experiencia contemporánea de la práctica habitual de los

¹⁰⁶ Frente a τεῖχος, Tucídides emplea el sustantivo ἔρυμα. En el diccionario de Liddell-Scott se define ἔρυμα como *fence, guard*, lo que da idea de lo sencillo de esas defensas. Frente al ἔρυμα, el σπάρωμα sería, según también Liddell-Scott, *palisade, stockade*, una construcción un poco más compleja y de más entidad. *Cfr.* GOMME, 1945, pp. 114-116.

ejércitos griegos del siglo V a la Grecia de Homero, entonces estaríamos afirmando que los griegos, generalmente, nada más desembarcar construían una fortificación para defender sus campamentos, lo cual es una afirmación que todavía se debe demostrar.

Si acudimos a las fuentes, en muchos casos parece muy poco probable el que, siguiendo la narración de los sucesos, el campamento estuviera fortificado. Por ejemplo, ese es el escenario probable durante la batalla de la isla Sibota, cuando el ala derecha de la flota corcirese, venciendo al ala opuesta de los corintios, avanza hasta desembarcar en tierra y atacar y quemar el campamento enemigo (Th., I,49,5):

El extremo derecho de los corintios era el que estaba en mayor dificultad, pues los corcirenses, con veinte naves, los pusieron en fuga, y persiguiéndolos ya dispersos llegaron a tierra firme y a su campamento (τοῦ στρατοπέδου), y desembarcando quemaron sus tiendas abandonadas y se apoderaron del botín (τὰς σκηναὺς ἐρήμους καὶ τὰ χρήματα διήρπασαν).

No parece que los corcirenses tuvieran que superar ningún tipo de dificultad una vez en tierra, ni se vieran obligados a asaltar ninguna fortificación o muro defensivo. Es cierto que la forma tan poco detallada de Tucídides de narrar las batallas también permite dejar abierta esa posibilidad, pero desde luego en este caso no parece traslucirse tal circunstancia en modo alguno.

Igual de revelador es también el caso contrario, cuando Tucídides sí que menciona cómo los soldados construyen fortificaciones para defender sus acampadas, como sucederá en Pilos (Th., IV,3,2-4,3):

Demóstenes quiso que los atenienses amurallaran (τειχίζεσθαι) inmediatamente la plaza (τὸ χωρίον) –pues dijo que con esa intención se había unido a la escuadra- y les hizo ver que había mucha facilidad para procurarse maderas y piedras (ξύλων καὶ λίθων) y que era una plaza con buenas defensas naturales y desguarnecida, al igual que la región circundante en una gran extensión. (...) Pero a él [Demóstenes] le parecía que aquella plaza ofrecía ventaja sobre otra cualquiera porque tenía un puerto (λιμένος) y porque además los mesenios, que la poseían antiguamente y hablaban igual dialecto que los lacedemonios, podrían causar a éstos muchos daños apoyándose en ella y además serían fieles defensores de la plaza (τοῦ χωρίου φύλακας).

Pero aunque no convenció a los generales ni a los soldados –pues posteriormente había comunicado sus planes a los taxiarcas-, la flota permanecía sin navegar por el mal tiempo; hasta que a los mismos soldados, que estaban ociosos, les vino el deseo de amurallar (ἐκτειχίσειν) la plaza. Se pusieron pues a la obra y comenzaron a trabajar. No tenían instrumentos para labrar la piedra y amontonaban las piedras colocándolas de modo que ajustaran; y cuando hacía falta mortero, por falta de cuezos, lo llevaban a la espalda encorvándose para que se sostuviera lo mejor posible y cogiéndose las manos por detrás para que no se cayera. Por todos los procedimientos se daban prisa para adelantarse a fortificar los puntos más vulnerables antes de que acudieran los lacedemonios; pues la mayor parte de la plaza era fácilmente defendible y no había precisión de murallas.

Este no sería una simple defensa improvisada, sino un muro realizado en piedra, madera y adobes, aunque no de muy buena factura. Por eso Tucídides calificará la obra

como poco sólida y dirá que no era previsible que resistiera un asalto de las tropas lacedemonias (Th., IV,9,2).

Tampoco los jefes siracusanos piensan en la posibilidad de que los atenienses vayan a fortificar su campamento nada más tocar tierra según podemos deducir de Th., VI,37,2:

...que apenas escaparían al total aniquilamiento si trajeran una ciudad tan grande como Siracusa y, estableciéndose cerca, nos hicieran la guerra; y con mucho más motivo lo sufrirían en medio de una Sicilia enemiga toda ella (pues se coaligará) en un campamento formado a base de materiales sacados de las naves, de unas pobres tiendas y de unas defensas improvisadas y sin poder alejarse mucho por causa de nuestra caballería. En conclusión, no creo ni que pudieran establecerse firmemente en tierra: tan superiores considero nuestros recursos militares.

La mención a *unas defensas improvisadas* no permite imaginar fortificaciones de muros de piedra o madera, sino como mucho parapetos bajos hechos con tierra, pequeñas empalizadas o estacadas. Quizá no constituyeran construcciones más fuertes que las formadas con escudos en los campamentos asirios o egipcios. También sería algo habitual, como alude Eurípides en *Las Fenicias*, emplear los carros que acompañan al ejército como instrumento útil para resguardar de forma provisional a los soldados acampados.¹⁰⁷

Desde una perspectiva más general acerca de lo que eran las campañas militares griegas, parece completamente lógico y no tiene por qué ser achacable a una falta de

¹⁰⁷ E., *Ph.*, 733: κάκει πέφρακται λαὸς ἄρμασιν περίξ.

espíritu de trabajo o de ardor guerrero la ausencia de fortificaciones más imponentes. La cuestión es que la construcción de muros en campamentos sólo se justificaría, como en el caso de las ciudades, cuando se diera una auténtica necesidad. Su edificación presentaba un alto coste económico, también en mano de obra, ya que, como vemos por la descripción de los muros de asedio de las ciudades, no se emplean trabajadores esclavos, sino que la labor la emprenden los propios soldados (*cfr.* Th., II,75-77). Hay que contar también con que un muro debe ser defendido y eso obliga a restar fuerzas de otras actividades en esas labores.¹⁰⁸ Por esa razón los atenienses que atacan Potidea en un principio sólo levantan la parte imprescindible del muro para comenzar el sitio a la ciudad (Th., I,64,1):

Los atenienses entonces construyeron un muro paralelo a la muralla del lado del istmo y montaron guardia (ἀποτειχίσαντες ἐφρούρου), mientras que la parte que mira a Palena no estaba bloqueada con muro (ἀτείχιστον), pues no creían ser lo bastante numerosos para montar guardia (φρουρεῖν) en el istmo y pasar a Palena y construir otro muro (τειχίζειν).

Sólo después, con el refuerzo de las tropas de Formión, se cierra el cerco (Th., I,64,2). Por tanto, sólo cabe pensar en ello cuando se prevé una larga estancia en el mismo emplazamiento; de ningún otro modo podría resultar rentable militarmente su construcción.

¹⁰⁸ *Cfr.*, Th., VI,99-101: los siracusanos tienen que disponer continuamente soldados para la defensa de los muros. Como la guardia no es lo suficientemente fuerte, los atenienses logran por dos veces hacerse con ellos y derruirlos con lo que eso supone de pérdida, no sólo táctica, sino también en material y tiempo empleado. Ese material, además, puede ser reutilizado por el enemigo, con lo que su derrota es doblemente perjudicial (Th., VII,5,1). También el bando ateniense sufrirá semejantes reveses por no poder disponer de suficientes hombres para guardar los muros y fortificaciones construidos (Th., VI,102). Nicias se quejaba de ello por carta amargamente a los atenienses, intentando hacerles comprender lo difícil de su situación en Sicilia (Th., VII,11,3).

Pero una larga permanencia en una misma posición conlleva graves problemas. El primero de ellos es el logístico, como ya hemos visto, puesto que se precisa de lugares bien comunicados con los aliados o un buen funcionamiento de líneas de suministro desde el propio territorio para tener aseguradas las provisiones. De otra forma es imposible mantener de forma prolongada esos grandes ejércitos en un mismo lugar, haciendo a su vez que sea poco probable que los generales vayan a gastar tiempo y esfuerzo en trabajos de cierta entidad para la fortificación. A eso hay que añadir que no siempre resultaría fácil encontrar materiales adecuados para la construcción, y que había que aumentar el tren de bagajes y el ejército con canteros o carpinteros especializados, en detrimento también de la propia ciudad. Probablemente no habría problema para llevar a cabo pequeñas construcciones con los recursos de hombres, herramientas y materiales con los que habitualmente contaba un ejército en campaña, como serían las *defensas improvisadas* a las que se alude en las discusiones dentro de la asamblea siracusana; pero, para labores de fortificación más importantes, se precisaba material y hombres expertos que habitualmente no formaban parte de los ejércitos y que sí se encontraban en la ciudad (Th., IV,69,1):

*Dándose cuenta los generales atenienses de que había surgido algún impedimento y de que no podrían tomar la ciudad por asalto, comenzaron inmediatamente a rodear a Nisea de un muro, pensando que si lograban tomarla antes de que acudiera nadie en su ayuda, Megara tardaría menos en rendirse; y les llegaron de Atenas rápidamente hierro, obreros y las demás cosas necesarias.*¹⁰⁹

¹⁰⁹ También el ejército lacedemonio que decide la fortificación de Decelia, necesitó pedir el envío de los materiales necesarios desde Esparta: Th., VII,18,4.

De todas formas, teniendo en cuenta el tipo de guerra que se desarrolla por entonces, la opción de fortificar el campamento no presenta grandes ventajas tácticas que compensen los inconvenientes ya descritos. Debemos también recordar que muros, fosos, estacadas, pueden transformarse en el mejor aliado del enemigo al impedir los movimientos de la falange hoplítica y dejarles a merced del enemigo (Th., I,106,1):

Los corintios se retiraron vencidos y una parte no pequeña, empujada por el enemigo y errando el camino, se metió en una posesión de un particular que tenía un gran foso cercándola (ὄρυγμα μέγα περιεῖργον) y carecía de salida. Los atenienses, al darse cuenta, les cerraron el paso por delante y, colocando en círculo la infantería, lapidaron a todos los que entraron, cosa que fue un mal golpe para los corintios.

Así, en la mayor parte de las ocasiones, los ejércitos acampados no tienen un motivo real ni una facilidad de medios que den razón al inicio de la construcción de fortificaciones. Sólo si coincidían tales circunstancias excepcionales, los griegos llevarían a cabo los trabajos necesarios. Esto es lo que sucede con los atenienses en Sicilia, pero sólo cuando se aproxima el invierno (Th., VI,74,2):

[Los atenienses que iban a tomar Mesena], al cabo de trece días de espera, como estaban expuestos a la inclemencia del invierno y carecían de víveres y no tenían ningún éxito, se volvieron a Naxos y construyeron dársenas y empalizadas alrededor del campamento e invernarón allí (καὶ ὄρια καὶ σταυρώματα περὶ τὸ στρατόπεδον ποιησάμενοι αὐτοῦ διεχίμαζον).

Tucídides nos da cuenta de esos trabajos, no por ser la práctica habitual, sino al contrario, porque muestra lo atípico de la situación: están en territorio enemigo, van a pasar una larga temporada en el mismo lugar, etc.

También responde a unas circunstancias excepcionales el muro que más tarde levantan los restos de ese ejército ateniense en Sicilia junto a las naves, por el lado de tierra, al objeto de proteger la impedimenta (Th., VII,60,1-2):

Al darse cuenta los atenienses del cierre del puerto por los siracusanos y de sus planes en general, resolvieron deliberar. Y reuniéndose los generales y los taxiarcos, en vista de la mala situación actual en otros varios aspectos y en el de que no tenían víveres de momento (pues pensando retirarse por mar habían previamente enviado órdenes a Catana de que no se los trajeran), ni iban a tenerlos en adelante a no ser que vencieran en combate naval, decidieron abandonar los muros del interior y, defendiendo junto a las naves con un muro transversal el espacio más reducido posible que fuera suficiente para la impedimenta (σκεύεσι) y los enfermos, poner en él una guarnición (φρουρεῖν) y con las tropas sobrantes equipar la totalidad de las naves...

Aquí el fin es lograr un mejor amparo de los miembros del tren de equipajes con el menor número de hombres posible y disponer así de la mayoría de sus fuerzas para un intento final de romper el bloqueo al que estaban sometidos junto a Siracusa. Es de nuevo una situación extraordinaria y de urgencia, no la práctica habitual del ejército que hasta entonces habría dispuesto de suficientes recursos humanos como para hacer frente a un ataque contra el στρατόπεδον en campo abierto.

Por el contrario, el modo más normal de conducirse es fundamentar la seguridad del ejército acampado en la elección de un lugar de fácil defensa por las propias características del terreno y por los sistemas de guardia y vigilancia. Como ya vimos anteriormente, los lacedemonios retenidos en Esfacteria organizan bajo ese criterio su acampada: establecen puntos de guardia para defenderse de posibles desembarcos y aprovechan los restos de una antigua fortificación en la parte más alta de la isla como lugar de refugio en caso de necesidad extrema (Th., IV,31,2). En el asalto final a la posición lacedemonia de la isla, los atenienses comprobarán de nuevo las ventajas de la inteligente elección táctica hecha por Epitadas (Th., IV,35,2-4). Aprovechar la características del terreno y buscar lugares en altura seguía siendo la forma más adecuada para lograr una defensa eficaz.¹¹⁰ De hecho, la derrota de la guarnición de Esfacteria se produjo por el descuido de la guardia en uno de los flancos de la posición, lo que fue aprovechado por los atenienses para rodear y obligar a rendirse a los espartanos (Th., IV,36,2-3).

Sólo hay tres casos en los que los griegos (atenienses) llevaron a cabo la fortificación de sus acampadas. El primero ya vimos que se produce durante la expedición a Sicilia, cuando el ejército se asienta en Naxos para invernar (Th., VI,74,2). El siguiente ejemplo lo descubrimos al leer la descripción que del campamento que han construido los atenienses en Catana hace el espía enviado a Siracusa y su plan para atacar a los atenienses y tomar el campamento aprovechando el que muchos de ellos pasaban la noche en la ciudad próxima (Th., VI,64).

Del proyecto que allí se expone se deduce que, dado que los mismos que encierran a los atenienses en la ciudad son los encargados de quemar las naves, éstas

¹¹⁰ Probablemente, sería también una buena solución, según ya explicamos en el apartado dedicado al lugar de emplazamiento de los campamentos (*cf.* pp. 461 y ss), aprovechar las construcciones de los templos: Th., IV,67,2; 76,4; 90,1; o también cualquier otro tipo de edificación que exista en el lugar: Th., IV,114,2.

estarían varadas en la playa vecinas a la ciudad y algo alejadas del campamento ateniense. También debemos pensar que la empalizada a la que allí se alude no estaría levantada para proteger las naves, sino en torno a la propia zona de acampada de los soldados.¹¹¹ Este no es un campamento provisional o temporal. Se trata, por el contrario, de la base de operaciones ateniense y el lugar donde la fuerza del Ática pasa todo el verano (*cfr.*, Th., VI,62). Eso explicaría que hubieran decidido emprender esos trabajos extraordinarios para defender el campamento y que se pueda dar por supuesta la presencia de una empalizada protegiendo el asentamiento.

El segundo ejemplo es muy similar a éste y lo encontramos en los últimos capítulos de la Historia de Tucídides, cuando el ejército ateniense, para establecer una base firme con la que apoyar el asedio de Quíos, comienza a fortificar la zona ocupada por los soldados y sus naves (Th., VIII,40,2-3):

...una vez que el ejército ateniense pareció firmemente establecido gracias a sus fortificaciones (μετὰ τείχους ἰδρῦσθαι), muchos de ellos [de los esclavos] desertaron inmediatamente, pasándoseles, y fueron éstos quienes, conociendo bien el país, mayores daños causaron. Les decían, pues, los quiotas que acudiera [Astíoco] en su ayuda mientras aún había esperanza y posibilidad de estorbar los trabajos de fortificación (τειχιζομένου) de los atenienses, pues Delfinion se hallaba en trance de ser amurallado pero aún no lo estaba completamente y, además, se construía alrededor del campamento y de las naves un recinto fortificado más extenso (καὶ στρατοπέδῳ καὶ ναυσὶν ἐρύματος μείζονος προσπεριβαλλομένου).

¹¹¹ Según GOMME, 1970, p. 342, el empleo del artículo en τῷ σταυρώματι reflejaría que se asume que el campamento temporal de una fuerza militar estaría naturalmente protegido por una empalizada. Pero ya vemos que en realidad el cercado no se refiere al área de las naves, sino a la ocupada por soldados e impedimenta.

La fortificación del campamento y las naves no ha sido una acción que haya seguido inmediatamente al desembarco, sino que primero los atenienses llevaron a cabo la construcción de unos fuertes desde los que apoyar el asedio de Quíos, y después comienzan una obra de envergadura para la protección de su acampada, sin duda con intención de defender la posición y permanecer allí largo tiempo. De ahí que Tucídides denomine, poco más adelante, esa construcción como τείχος (Th., VIII,55,2-3):

...el cual hizo saber a los peloponesios que el fuerte (τὸ τείχος) de los atenienses [Delfinion] estaba ya terminado y que, a menos que acudieran con toda la flota, Quíos se perdería. Ellos pensaban marchar allá; pero, entre tanto, el propio Pedarito, al frente de sus mercenarios y de los quiotas, atacó con todo su ejército las fortificaciones construidas por los atenienses en torno a sus naves (τῶ περὶ τὰς ναῦς ἐρύματι) y tomó una parte de ellas y se apoderó de algunas de las naves que estaban en tierra.

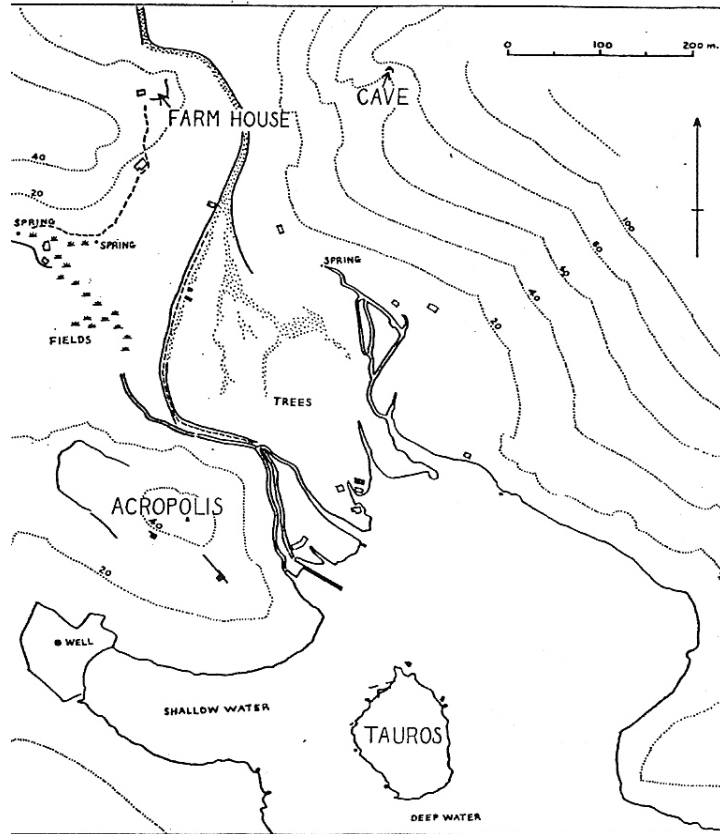
Las investigaciones que a principios de los cincuenta llevó a cabo J. Boardman permitieron reconocer sobre el terreno lo exacto de la descripción de Tucídides.¹¹² El puerto de Delfinion muestra una zona de aguas poco profundas y arenosas, bien protegida, ideal para ser empleadas como puerto para las trirremes griegas.

En torno a esa zona creyó descubrir ciertos restos de muros que podrían corresponderse con las construcciones defensivas atenienses descritas en Th., VIII,40,3:

No sure signs of it remains and much of the original harbour here has silted up, but there are a number of large boulders forming a short wall-line at the south of the

¹¹² BOARDMAN, 1956, pp. 41-54.

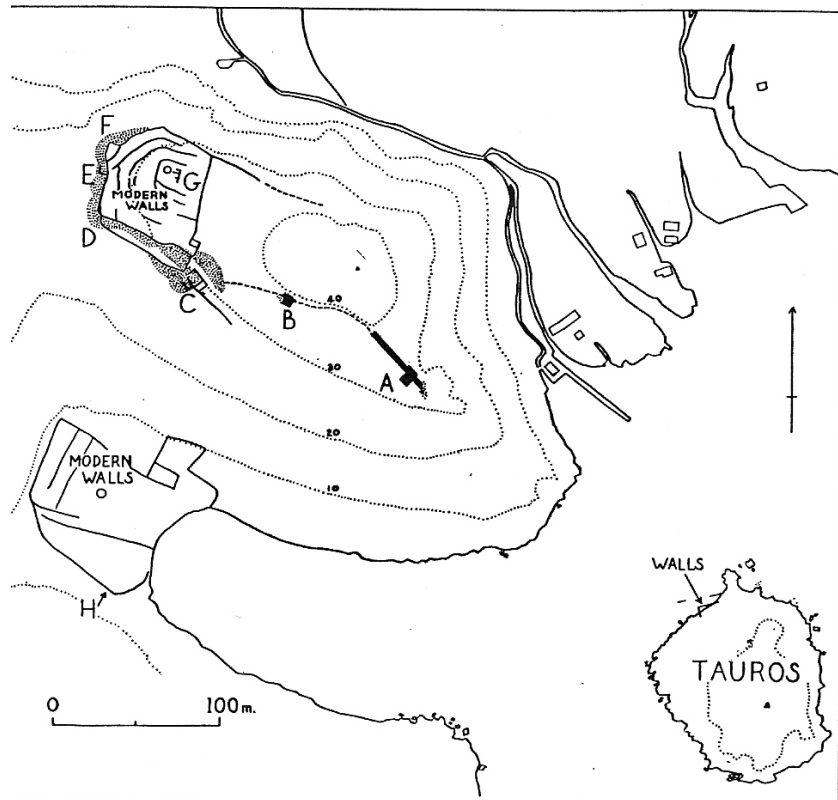
harbour (H on fig. 3), which seem too massive for ordinary terrace or field walls, and which may therefore preserve part of the line of the Athenian «long wall» to the sea.¹¹³



Área del puerto de Delphinion (Quíos), BOARDMAN, 1956, p. 43, fig. 2

Desafortunadamente, Boardman no nos proporciona más detalles sobre este primer caso de fortificación de un campamento que haya podido ser identificado y que claramente se diferencia de otras obras constructivas, situadas en la acrópolis que, como el mismo autor afirma, tendrían una función diferente y relacionada con acciones de ἐπιτειχισμός.

¹¹³ BOARDMAN, 1956, p. 44.



Campamento ateniense en Delfini3n y acrópolis
BOARDMAN, 1956, p. 46, fig. 3

En los tres ejemplos que acabamos de ver, la fortificaci3n responde a una situaci3n excepcional que casa con todo lo que aqu3 hemos ido viendo: no es una obra que autom3ticamente se pone en marcha nada m3s desembarcar las tropas, pretende responder a la necesidad de dar seguridad a un ej3rcito lejos de la patria y donde piensan asentarse para un periodo de tiempo prolongado, y en la mentalidad de Tuc3dides, con la construcci3n de esas defensas, el campamento ($\sigma\tau\rho\alpha\tau\acute{\omicron}\pi\epsilon\delta\omicron\nu$) queda transformado en un fuerte ($\tau\epsilon\acute{\iota}\chi\omicron\varsigma$).

El caso del fuerte en Delfini3n es, desde otro punto de vista, una construcci3n singular dentro de los desarrollos que hemos ido viendo. Al fin y al cabo, la situaci3n militar que viven all3 los atenienses no es tan urgente como en otras fortificaciones que

hemos visto anteriormente. Se acerca mucho más a la idea de un campamento fortificado con una misión clara de servir de base para la dominación del territorio circundante, cuestión esta completamente novedosa. No es de extrañar, sin embargo, que esa “revolución” la protagonice, en ambos episodios, un ejército ateniense.¹¹⁴

Lo que parece resultar mucho más habitual, y que también está descrito en este último texto, es la defensa de los barcos mediante muros o empalizadas (ἔρυμα o σταύρομα).¹¹⁵

El general ateniense, Demóstenes, por ejemplo, no descuida este aspecto en Pilos, y ante el previsible ataque lacedemonio para intentar expulsar a sus tropas del enclave que acaba de fortificar, decide llevar las naves a tierra y resguardarlas mediante la construcción de una empalizada (Th., IV,9,1):

Al ver Demóstenes que los lacedemonios estaban a punto de atacarles simultáneamente por tierra y por mar, hizo también él sus preparativos, y sacando a tierra (ἀνασπάσας) al pie de las fortificaciones los trirremes que le quedaban de los que le habían dejado, los defendió con una empalizada (προσεσταύρωσε) y armó a los marineros de su tripulación...

¹¹⁴ Otro caso de campamento fortificado podría ser el que Diodoro Sículo menciona en XIII,6, cuando los atenienses que desembarcan en el Olimpieon construyen un campamento para defenderse dentro del gran puerto de Siracusa (παρεμβολήν ἐποίησαντο) y que, poco después, los siracusanos atacan al descubrir que han sido engañados (προσέβατων τῇ παρεμβολῇ). Sin embargo, la expresión, que es paralela a la tucidídea de ποιέω στρατόπεδον, es ambigua, al igual que el contexto de la acción, por lo que pensamos que no puede ser un caso que debamos tener aquí en cuenta. De todas formas la lógica de una guerra moderna nos llevaría a pensar que los atenienses al desembarcar frente a la ciudad de Siracusa llevarían a cabo labores de fortificación del campamento aunque no aparezcan recogidas por Tucídides (cfr. Th., VI,66-67).

¹¹⁵ Un ἔρυμα puede ser tanto una construcción en piedra como una empalizada de madera. Es, por tanto, difícil definir exactamente que es lo que la distingue de un τεῖχος y de un σταύρομα.

La defensa de las naves es más importante que la de los soldados, puesto que su pérdida supone un grave daño para el conjunto del ejército. De ahí que podamos aceptar lógicamente que, a diferencia del campamento, los generales no escatimarían esfuerzos con el fin de asegurarlas. Era algo de una importancia tal que eso justificaba cualquier trabajo y todos los gastos que se precisaran. El que Tucídides haga mención expresa de este aspecto nos pone sobre la pista de que, cuando menos, esa forma de actuar era cada vez más habitual entre los ejércitos griegos.¹¹⁶ Las negligencias en este punto ya no parecen ser fácilmente disculpables.

La confirmación de esta hipótesis la podemos encontrar en la narración del desembarco de los atenienses en Siracusa (Th., VI,66,1-2) que, como hemos comprobado un poco más arriba, nada más descender a tierra y establecer el campamento en una zona de fácil defensa por las propias características del terreno (rodeados de casas, árboles, una laguna, barrancos), construyen una empalizada junto a las naves (παρὰ τε τὰς ναῦς σταύρωμα ἔπηξαν). A esa defensa, además, luego se añadirán diversos artificios para impedir el ataque desde el mar (Th., VII,38,2-3 y 41,1-3). Pero eso ya son medidas añadidas y extraordinarias.

Sin embargo, las naves peloponesias fondeadas en Espireón (Th., VIII,10) no parecen haber sido protegidas por su lado de tierra de ninguna manera, con lo que los atenienses serán capaces de *averiar en tierra a la mayor parte de las naves y matar al almirante enemigo, Alcámenes*, dejando en muy mala situación a la flota. De aquí podemos concluir que la defensa de las naves varadas en tierra era algo bastante habitual (más cuando nos referimos a flotas atenienses que en el caso de los

¹¹⁶ Incluso quizá eran ya connaturales a las acciones de desembarco. Otro ejemplo muy ilustrativo serían los restos de fortificación de un puesto de vigilancia con un muro que llega hasta la playa para servir también en la defensa de los navíos varados en la playa lo podríamos encontrar en Boudorion, según MCLEOD, 1960, pp. 316-323.

lacedemonios) y propio de cualquier almirante avezado, ya que la negligencia en este aspecto podía conllevar el pago de un alto precio.

Por esta razón cabe argüir que Tucídides muy probablemente hubiera interpretado bajo un prisma contemporáneo los sucesos que siguieron al desembarco de los aqueos frente a Troya, mencionados en Th., I,11,1, y que el ἔργον al que alude no permita identificarlo con el gran muro construido diez años más tarde, sino con la lógica edificación de unas mínimas defensas nada más varar las naves en tierra enemiga. Si tal sería la decisión de cualquier general precavido, cuanto más de los héroes de la epopeya homérica, demostrando, además, por el éxito de su desembarco y su capacidad para resistir con todas las naves durante diez años frente al enemigo.

c) Conclusiones.

Los años de la guerra del Peloponeso son una época dorada en cuanto al empleo de fortificaciones. Pese a los presupuestos teóricos que sobre el uso de fortificaciones pudieron dominar el pensamiento de la época, y pese a los problemas y desventajas que implicaban para el combate hoplítico (ya subrayadas en Heródoto), Tucídides se muestra como un ferviente abogado de su empleo. Para él, en general, los muros son la expresión del esplendor de una ciudad y un instrumento bélico propio de la labor de un general prudente.

Pero, si tenemos en cuenta el uso real que se hace de ellos, debemos rechazar que los ejércitos se fortificaran mediante grandes muros. Esto sólo sucede en ocasiones excepcionales, como hemos visto que son los casos del asentamiento del ejército ateniense en Catana (Th., VI,51,3) y del establecimiento de una base para el asedio de Quíos (Th., VIII,40,2-3). Lo que sí parece mucho más común, incluso nos atreveríamos a decir que generalizado, es la defensa de las naves varadas en las playas con muros o

empalizadas (ἔρυμα ο σταύρομα). Es también probable que de forma habitual cualquier asentamiento militar contara, además, con pequeñas estructuras defensivas, aunque no tengamos constancia directa de ello a través de las fuentes.

Por tanto, podemos constatar con cierta seguridad que en este periodo se ha producido un importante cambio en la tradición campamental griega: la construcción de defensas para las acampadas comienza a ser una práctica generalmente adoptada por los ejércitos griegos, aunque no sea homogénea ni universal, y adopte formas y desarrollados muy diferentes según las circunstancias propias de cada caso. Por esto, cabe pensar que el ἔρυμα al que se refiere Tucídides en sus comentarios a la aventura de los aqueos frente a Troya, puede reflejar de forma inconsciente ese cambio en la mentalidad y en la práctica militar, siendo bastante probable que los generales griegos, al desembarcar las tropas en la costa llevaran a cabo ya en este periodo trabajos defensivos dirigidos a la protección, al menos, de las naves varadas en la playa. La mención al muro aqueo en el comienzo de su *Historia*, se trataría, por tanto, de una proyección anacrónica más del historiador, tan frecuentes en su *Arqueología*.

6. Guardias, vigías y sistemas de señales de los ejércitos en campaña.

La Guerra del Peloponeso conoce un uso continuo de los sistemas de guardias avanzados, vigías y comunicación mediante señales para la planificación táctica de las campañas, adquiriendo un papel muy destacado a lo largo de todo el periodo que estamos estudiando en este capítulo. Su empleo podemos ya asegurar que no es algo extraordinario, sino habitual y manifestación de un mayor y más alto grado de profesionalidad de los ejércitos griegos de este periodo.

La información sobre el enemigo (su posición, su ruta, su número, etc.) se convierte un aspecto esencial para la planificación táctica de las campañas. La narración de Tucídides revela el continuo esfuerzo de los estrategas griegos por intentar sorprender al enemigo, y no verse sorprendidos por él. De ahí que abunden en el texto las noticias directas o indirectas a sistemas de señales para transmitir la información, de la actividad de vigías dispuestos a lo largo de muchos kilómetros de costa, de la necesidad de establecer puestos de guardia avanzados, y, muy frecuentemente, de los fallos que en estos sistemas se producen y que llevan a derrotas en batallas, a la toma de ciudades y a los fracasos de las campañas. Esas empresas frustradas no se presentan como la regla general de las acciones militares, sino que por el contrario nos demuestran que lo habitual era la presencia y el buen funcionamiento de los mismos. Como veremos, también parece que Tucídides analiza los fallos en los sistemas de guardias y vigías, según las noticias que él puede recoger. Su deseo es, por un lado encontrar una explicación a lo que debería haber sucedido de otra manera, y por otra también quizá obtener de esos episodios una enseñanza militar, reminiscencias probables de su pasado castrense.

De todos los elementos que componen los sistemas de información y seguridad en torno a las fuerzas militares griegas en campaña, el más destacable es el sistemático empleo de vigías (σκοπός). Ciudades y ejércitos hacen un uso general y abundante de éstos, instalándolos a lo largo de amplias rutas, territorios y costas para evitar ser sorprendidos por un ataque enemigo.

Su presencia depende, eso sí, del posible riesgo de ataque. Así, cuando, al iniciarse las hostilidades, los generales peloponesios deciden dirigirse contra el Pireo, Tucídides advierte que aquel golpe habría sido un completo éxito dado que, *no había en él ninguna escuadra de vigilancia, ni sospecha alguna de que el enemigo fuese a atacar nunca tan rápidamente, ya que pensaban que no se atrevería a hacerlo tan abiertamente, y que si lo planeaba con calma sería imposible que no se dieran cuenta a tiempo* (Th., II,93,3).

Existe, por una parte, una evaluación de la situación de la guerra entre Atenas y Esparta errónea, pero a la vez una gran confianza en que los sistemas de información “exterior” de Atenas, librarían a ésta de cualquier golpe repentino desde el Peloponeso. De ahí que la seguridad en torno a la ciudad estuviera más relajada de lo aconsejable, dadas las circunstancias. Pero Tucídides nos continúa diciendo que los estrategas peloponesios deciden inopinadamente cambiar el objetivo y dirigirse contra las naves atenienses que bloquean Mégara, dado el peligro que un ataque contra el Pireo conllevaría. Eso será lo que salve a la ciudad (Th., II,94,1): *Se hicieron a Atenas [desde Mégara] señales por medio de fuegos (φρυκτοί) indicando la presencia de enemigos, y se produjo un pánico no inferior a ninguno de los de la guerra.*¹¹⁷

De este episodio podemos constatar que existía ya una práctica extendida de vigilancia y del empleo de canales de información sobre la situación y movimientos del

¹¹⁷ Ver también la narración del suceso en D.S., XII,49.

enemigo, aunque su grado de implementación (y por ello su eficacia) depende fundamentalmente de la evaluación que se haga del peligro existente. Una vez conocido éste, se pone en marcha el dispositivo necesario para asegurar la polis (Th., II,94,2):

Con el día, los atenienses en masa marcharon en ayuda del Pireo y sacaron al mar algunas naves, y embarcándose en ellas rápida y tumultuosamente marcharon en dirección a Salamina, en tanto que con la infantería establecieron puestos de guardia (φυλακὰς καθίσταντο) en el Pireo.

El que el dispositivo sólo se active cuando existe un peligro inmediato se corresponde bien con la naturaleza del ejército griego del periodo, un ejército de ciudadanos, movilizadas sólo en caso de necesidad. Por eso, mientras la situación no imponga otra cosa, la vigilancia se limita a lo estrictamente necesario. En tiempo de paz no se disponen puestos de vigilancia permanentes sobre rutas, pasos o sobre la actividad de potenciales enemigos. Es más, ni tan siquiera las ciudades disponían guardias en sus murallas mientras no se detectara un peligro real de ataque. De eso se aprovechan los tebanos para intentar hacerse con Platea (Th., II,2,3):

Pues los tebanos, previendo que iba a haber guerra, se decidieron a apoderarse de antemano de Platea, que siempre estaba en malas relaciones con ellos, mientras aún permanecían en paz y no había comenzado oficialmente la guerra, razón por la cual pasaron inadvertidos más fácilmente al entrar, ya que no se había montado guardia (φυλακῆς οὐ προκαθεστηκίως).

Pero, ya iniciado el conflicto, cada ciudad pone los medios necesarios para no verse sorprendida (Th., II,24,1): *Una vez que se retiraron [la expedición peloponesia enviada contra el Ática], los atenienses establecieron puestos de guardia para ejercer vigilancia por tierra y por mar (φυλακὰς κατεστήσαντο κατὰ γῆν καὶ κατὰ θάλασσαν), en la forma en que proyectaban montar guardia (φυλάσειν) durante toda la guerra.*

Con todo, y como hemos visto en Th., II,94,1, todavía mostrará fallos el dispositivo y no será capaz de impedir el ataque por sorpresa contra Mitilene y el pánico consiguiente en Atenas.

Sin embargo no sólo era cuestión de vigilar la aproximación del enemigo, sino también controlar sus movimientos e incluso impedir en lo posible la comunicación entre las ciudades aliadas de aquél. Esa es la razón por la que los atenienses sitúan una pequeña flota en Malea, con la que intentan impedir toda petición de auxilio hacia el exterior por parte de los mitilenios. La medida era previsible, y los enviados a Esparta logran salvar sin ser vistos el bloqueo de la ruta hacia Lacedemonia (Th., III,4,5): *Pero al tiempo [los mitilenios] enviaron también embajadores a Esparta, burlando en un trirreme en dirección norte la vigilancia de la escuadra ateniense (Ἀθηναίων ναυτικόν), que estaba anclada en Malea.*

Además de barcos fondeados en lugares estratégicos, los generales griegos harán uso cada vez más frecuentemente de puestos de vigías en puntos determinados con los que seguir puntualmente la evolución del rival. De este tipo de sistemas tenemos buenas descripciones en Tucídides, habitualmente porque por alguna razón han fallado y no se ha logrado impedir el paso del enemigo. Un ejemplo muy ilustrativo lo encontramos en el libro VIII, cuando Tucídides narra pormenorizadamente la estrategia de Trasilo para intentar evitar que Míndaro alcance el Helesponto y se una a las fuerzas de

Tisafernes.¹¹⁸ Para ello, dispone una red de vigías a lo largo de la costa entre Lesbos y el continente, mientras él se dirige a Metimna y vigila la ruta hacia el norte por alta mar (Th., VIII,100,1-2):

Cuando Trasilo se enteró de que Míndaro había salido de Mileto, zarpó al punto de Samos con cincuenta y cinco naves, apresurándose para que no se adelantara a penetrar en el Helesponto. Pero enterándose de que estaba en Quíos y creyendo que se quedaría allí, estableció vigías (σκοπούς) en Lesbos y en la costa de enfrente, para que si las naves se movían en alguna dirección, no le pasaran inadvertidas; y él costeó hasta Metimna y ordenó que le proporcionaran cebada y demás provisiones, a fin de, si transcurría más tiempo, poder organizar desde Lesbos operaciones navales contra Quíos.

Al discurrir el tiempo sin tener noticias de Míndaro, Trasilo, confiado en el sistema de vigilancia dispuesto, inicia el ataque contra la ciudad de Éreso, en la costa oeste de Lesbos, lo que le permitía seguir controlando la ruta hacia el norte por alta mar y acudir con prontitud contra la flota de Míndaro en caso de que avanzara hacia el Helesponto por el canal entre la isla y el continente. Trasilo no era, por tanto, un neófito en el empleo de sistemas de vigías, de ahí que confiara tanto en tales dispositivos, incluso hasta el punto de decidirse a no perder el tiempo y, sabiendo que podría conocer rápidamente cualquier movimiento del enemigo, iniciar otra empresa militar mientras aguarda a Míndaro. Fue un exceso de confianza, pero su fracaso nos demuestra que los

¹¹⁸ Cfr. LAZENBY, 2004, pp. 195-196. La navegación completó 349 km en dos días.

sistemas de vigilancia e información de los ejércitos habían logrado ya un notable desarrollo.¹¹⁹

En tanto, Míndaro y las naves peloponesias de Quíos, aprovisionándose durante dos días y recibiendo de los quiotas tres tesaracostas por soldado, al tercer día zarparon apresuradamente de Quíos, pero no en dirección a alta mar, a fin de no encontrarse con las naves de Ereso, sino que dejando Lesbos a su izquierda pusieron rumbo al continente. Se detuvieron en el puerto de Carterias, en el territorio de Focea, y tras almorzar costearon el territorio de Cumas y cenaron en las Arginusas <y> en la parte del continente que está en frente de Mitilena. Desde allí costearon, todavía en plena noche y llegando a Armetunte, en la parte del continente que está en frente de Metimna, almorzaron rápidamente y costearon Lecton, Larisa, Amáxito y las demás ciudades de aquella región, llegando a Reteon, ya en el Helesponto, antes de media noche. También hubo algunas naves que anclaron en Sigeon y en otras ciudades vecinas.

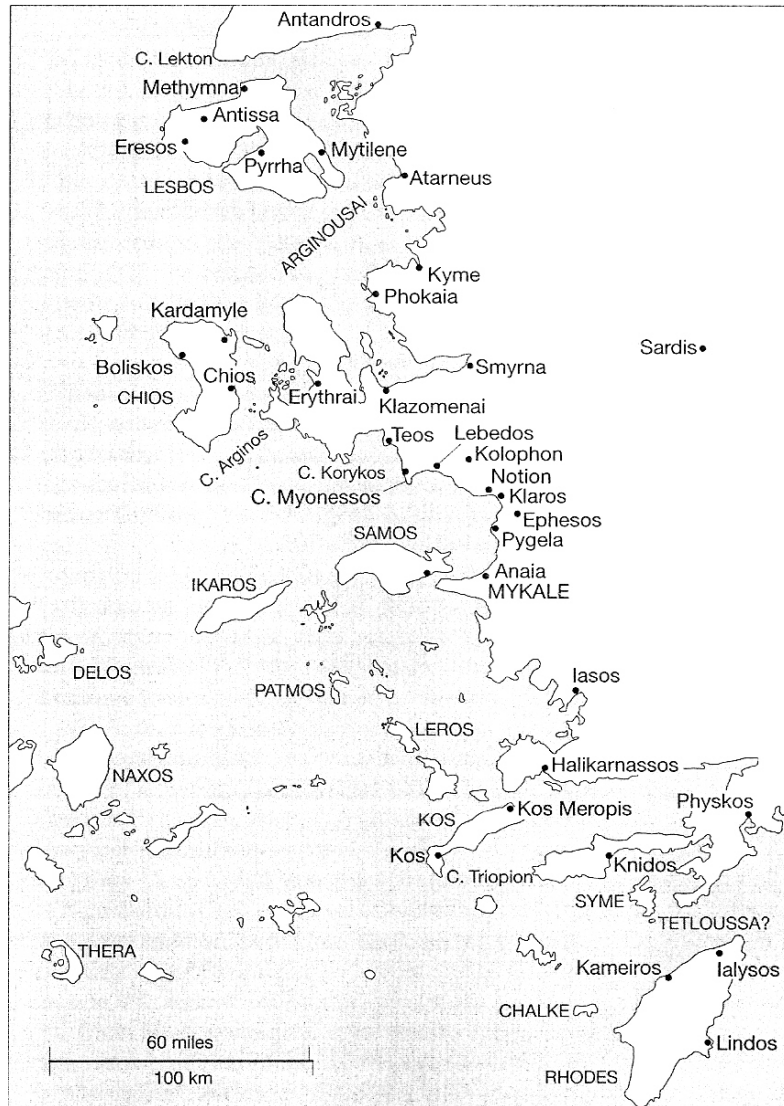
Los atenienses que estaban en Sesto con dieciocho naves, cuando los vigías hicieron fuegos de señales (φρυκτοροὶ ἐσήμαινον) y vieron que de repente aparecían muchas hogueras en la costa enemiga, se enteraron de que los peloponesios se disponían a entrar en los estrechos (Th., VIII,101,1-102,1).

¹¹⁹ Plutarco también achaca a un exceso de confianza por parte de Nicias, el que la vigilancia en torno a Sicilia no se establezca adecuadamente y eso permita a Gilipo reorganizar a los siracusanos sin que el general ateniense se de cuenta, lo que finalmente conducirá a la derrota en Siracua (Plu., *Nic.*, XVIII,6). Como vemos, de nuevo, el error no se achaca a una falta de un sistema de vigías y guardias, sino por la negligencia en su disposición.

El sorprendente detalle con el que Tucídides reconstruye la ruta seguida por las naves peloponésicas parece indicar un gran interés por comprender cómo fue posible que escaparan al bloqueo establecido por Trasilo en el estrecho de Lesbos. En el comentario de Gomme el fracaso se explica porque se supone que los vigías han sido colocados por Trasilo de forma negligente, a demasiada distancia para poder vigilar el paso entre la isla y el continente.¹²⁰ Sin embargo, tal error no parece corresponderse con la confianza y experiencia militar de Trasilo, ni tampoco explica una descripción tan detallada y tan poco usual en Tucídides.

Si nos atenemos al texto, lo primero que queda claro es que Míndaro disponía también de abundante información acerca de la posición de Trasilo en Ereso y por ello evita esa ruta de alta mar. Es evidente que, además, contaba también con noticias acerca del establecimiento de vigías en la costa guardando el estrecho, lo que se confirma por la estrategia que sigue para superar el brazo de mar sin ser descubierto. Para ello parte de Quíos con tiempo para llegar antes de que anochezca a la entrada del paso, poder descansar, y reiniciar la navegación hasta completar la travesía por el estrecho entre la isla y el continente durante la noche. Al amanecer sus naves se encontraban ya fuera del paso y tras una breve detención continúa con la mayor celeridad posible su ruta hacia el norte. El punto central de su estrategia consistía en que, aún en el caso de que fuese descubierto al amanecer, hubiera puesto ya suficiente mar de por medio para que fuera muy difícil a cualquier escuadra darles alcance. Y el plan tuvo éxito.

¹²⁰ GOMME, 1981, pp. 344-345.



Costa del Asia Menor, LAZENBY, 2004, p. 175

De forma muy inteligente, Míndaro había logrado burlar el bloqueo aprovechando la oscuridad para pasar por la zona controlada por los vigías más próxima a Trasilo y después, con ese terreno ganado, navegar lo más deprisa posible hacia el Helesponto. Míndaro sabía que sería imposible lograr pasar completamente desapercibido, pero se trataba de que la información llegara lo suficientemente tarde como para hacer ya inútil el dispositivo. Podemos, por tanto, estar en completo acuerdo con el juicio que finalmente emite Tucídides acerca de este episodio: no es que los sistemas de vigías fallaran, sino que éstos no eran completamente infalibles (Th., VIII,103,2):

Y los atenienses, llevados a error por sus vigías (τῶν σκοπῶν) y no creyendo que la navegación de las naves enemigas a lo largo de la costa pudiera pasarles inadvertida, sino que continuaban el asedio con toda tranquilidad (...); pero cuando recibieron la noticia abandonaron inmediatamente el asedio y acudieron a toda prisa en ayuda del Helesponto.

Todo esto no puede ser sino resultado de un conocimiento profundo de ambas estrategias sobre la forma de actuar de los ejércitos de esa época y sobre el valor y las limitaciones en el funcionamiento de los puestos de vigías.

Esencial para completar su funcionamiento y asegurar su eficacia era el sistema de transmisión de las noticias entre ellos. Esto se realiza mediante el empleo de señales (σημείον), una expresión un tanto vaga que sirve tanto para las señales nocturnas como diurnas, las cuales necesariamente debían de ser de naturaleza completamente diferente.

Además, las referencias que hace Tucídides a su empleo apenas permite saber ni cómo funcionaban, ni qué tipo de mensajes podían ser transmitidos.

De noche es evidente que las señales se realizaban mediante antorchas o fuegos que, como hemos visto desde tiempos de Homero, eran fácilmente divisables desde largas distancias y permitían una rápida transmisión de la información. Eran denominados como φρυκτόροι y de ellos ya hemos tenido ocasión de leer algunos ejemplos en los textos precedentes.

Este tipo de señal luminosa debía de ser muy habitual para la comunicación a largas distancias. Por ejemplo, es el sistema que las fuerzas que se encuentran asediando Platea tienen previsto emplear para comunicarse con Tebas. El sistema de alerta se pone en marcha cuando los plateenses que intentan romper el cerco de la ciudad de noche son descubiertos (Th., III,22,7):

En tanto, los trescientos peloponesios cuya misión era ir en socorro allí donde hiciera falta, salieron fuera del muro ante el griterío, y se encendieron fuegos (φρυκτοὶ ἤροντο) indicando la proximidad del enemigo para avisar a Tebas; pero los plateenses de la ciudad encendieron también muchos fuegos (φρυκτοὺς πολλοὺς), que habían sido preparados antes precisamente para que los avisos por medio de fuegos (τὰ σημεῖα τῆς φρυκτωρίας) fueran ininteligibles para el enemigo, y éste, por creer que ocurría alguna otra cosa que lo sucedido, no acudiese en socorro antes de que los que intentaban romper el cerco huyeran y se pusieran a salvo.

Es bastante sintomático del empleo tan habitual de tales sistemas en este periodo que los plateenses que inician la fuga hubieran preparado contra-medidas para

interrumpir la comunicación. Además, podemos inferir del texto que las posibilidades que ofrecía el sistema eran algo más complejas que la mera señal de alarma; de otra forma, al encenderse las hogueras en Platea al tiempo que en los puestos de comunicación de los tebanos, lo único que se habría logrado habría sido amplificar la señal de alarma. Debía de existir algún código para distinguir el fuego de las señales de, por ejemplo, los fuegos de las hogueras. En este caso, las señales realizadas desde las fortificaciones de asedio habrían sido invisibles para los otros puestos de señales en medio de un número mayor de hogueras en el fondo del horizonte; por eso, se puede intuir que existía la posibilidad de transmisión de mensajes más complejos mediante algún código, y que la presencia de muchos fuegos junto a la señal verdadera neutralizaría la comunicación del mensaje enviado, haciéndolo indescifrable.

El empleo de esos sistemas de señales para la transmisión de mensajes complejos parece también poderse deducir del siguiente pasaje de la intervención peloponesia en la guerra civil de Corcira en 427-426 (Th., III,80,2):

Pero los peloponesios, después que arrasaron la campiña hasta el mediodía, se retiraron, y a la noche los fuegos de señales les avisaron (ἐφρυκτωρήθησαν) de que venían de Leúcade sesenta naves atenienses, que los atenienses habían enviado al enterarse de la revolución de Corcira y de que la escuadra de Alcidas se disponía a ir contra la isla.

En su comentario a este pasaje, Gomme se cuestiona igualmente si el contenido del mensaje era tan completo como parece indicar Tucídides o si simplemente el ateniense anota el mensaje para explicar por qué las tropas peloponias huyen

precipitadamente del lugar sin atacar Corcira.¹²¹ Es cierto, como dice Gomme, que una señal de alerta desde Leúcade tenía que anunciar inevitablemente la aproximación desde allí de barcos enemigos. Pero, tal y como lo presenta Tucídides, el aviso parece incluir tanto el número de las naves como su procedencia, porque, como acabamos de ver en el episodio de Platea, existen razones para pensar que las señales mediante fuegos transmitían algo más que una simple señal de alarma. Pero, de nuevo, la parquedad del testimonio de Tucídides impide asegurar nada más.

También durante el día Tucídides atestigua la existencia de comunicaciones a larga distancia entre diversos cuerpos del ejército y la transmisión de órdenes a los soldados mediante señales. El problema está en cuál es el tipo de señales empleadas, puesto que el término con el que se aluden (σημείον) es demasiado genérico para saberlo con exactitud.¹²²

No sorprende que Tucídides en las batallas mencione el izado y arriado de una señal para anunciar la orden de ataque, del final del combate o la retirada. Un ejemplo de señal de retirada de un ejército lo encontramos en Th., V,10,3, aunque no sepamos bien a qué se refiere (si era una señal luminosa o acústica); no es de extrañar, por tanto, que también se aludan a señales para ordenar el levantamiento del campamento y el inicio de la marcha (*cf.* Th., VII,50,3; D.S., XIII,12,5), aunque no se describe ni quién es el encargado de realizarlas, ni por orden de quién, ni cómo se realizaban. Probablemente se utilizarían trompetas u otros instrumentos que sirvieran para dar a conocer a un vasto ejército al mismo tiempo una misma orden. El ejemplo más cercano a esto lo encontramos en la partida de la flota ateniense hacia Sicilia, cuando un heraldo

¹²¹ GOMME, 1962, p. 367.

¹²² Bajo ese mismo término también se incluyen las señales mediante fuegos nocturnos, que aunque habitualmente denominados como φρυκτόροι, al menos a lo largo de la narración de Th., IV,110-111 son empleados como sinónimos e indistintamente.

ordena silencio a toda la escuadra mediante toques de trompeta (σάλπιγγι: Th., VI,32,1).

Por último, también es interesante anotar el caso del ataque nocturno del ejército de Cimón al campamento persa, narrado en D.S., XI,61, donde, para evitar la dispersión de las tropas y el caos propio de los combates en la oscuridad, se acuerda levantar una señal luminosa y que a su vista los soldados atenienses se retiren hacia el lugar establecido por los generales.

Cómo vemos, el empleo de señales era algo muy habitual en la vida cotidiana de los ejércitos y se refería a múltiples funciones tanto de la vida cotidiana como en el fragor de una batalla (Th., I,49,1):

Una vez que unos y otros levantaron las banderas de señales (τὰ σημεῖα ἑκατέροις ἦρθη), trabaron batalla y comenzaron la lucha. Llevaban las dos escuadras muchos hoplitas, arqueros y lanzadores de dardos en los puentes, pues aún estaban equipados con cierta impericia, a la manera antigua.

Esto también tiene su paralelo en los combates entre fuerzas de infantería (Th., I,63,2):

En tanto, los auxiliares de los potideatas que habían de venir de Olinto (pues dista unos 60 estadios y se puede ver desde Potidea) avanzaron un poco con intención de ir en su ayuda cuando empezó la batalla y fueron levantadas las banderas de señales (τὰ σημεῖα ἦρθη), y los jinetes macedonios se colocaron en frente para impedirselo; pero cuando la victoria fue con toda

rapidez de los atenienses y fueron arriadas las banderas de señales (καὶ τὰ σημεῖα κατεσπάσθη), *se retiraron de nuevo a la muralla y los macedonios fueron al encuentro de los atenienses.*

La expresión empleada por Tucídides (τὰ σημεῖα ἤρθη [elevar la señal] y καὶ τὰ σημεῖα κατεσπάσθη [bajar la señal]) es probablemente la causa de que algunos autores entiendan que lo que aquí está describiéndose es una bandera y así lo traduzcan. Sin embargo, en la edición de Loeb y en el comentario de Gomme al texto que acabamos de citar, se argumenta que tales señales no eran para indicar el inicio del ataque, sino para ordenar a los auxiliares de Olinto que avanzaran hacia el campo de batalla.¹²³

El empleo de señales para iniciar una batalla o para indicar su conclusión entre ejércitos terrestres sólo lo tenemos atestiguado aquí. Sin embargo, sí que es habitual descubrir el uso de insignias en combates navales. Lo mismo que hemos visto en el encuentro naval entre corintios y corcirenses frente a la isla de Sibota, también lo encontramos descrito en la narración de la batalla entre la flota de Formión y la flota corintia en el golfo de Acaya (Th., II,84,1; 90,4), o en el combate entre corintios y atenienses en Erineo de Acaya (Th., VII,34,4). Por eso, mientras que entre las fuerzas navales parece suficientemente constatado el uso de algún símbolo para transmitir la orden de combate, en el caso de las fuerzas terrestres la falta de ejemplos no deja el cuadro tan claro.

Volviendo al caso de la batalla en torno a Potidea, lo que parece difícil de aceptar es que se tratara de una bandera empleada únicamente para dar a los auxiliares de Olinto la orden de avanzar hacia el campo de batalla, como interpreta Gomme y la

¹²³ SMITH, 1980, n. 1, p. 103; GOMME, 1945, p. 220.

edición de Loeb.¹²⁴ Potidea y Olinto distan entre sí unos 11 kilómetros, por lo cual sería imposible ver a tanta distancia una enseña alzada.¹²⁵ Una solución sería colocar una línea de comunicación entre los dos puntos para ir transmitiendo el aviso mediante movimientos con un estandarte; la otra opción es descartar el uso de una bandera y pensar que bien podía emplearse una señal luminosa, por ejemplo, un escudo alzado a modo de espejo. Pero en este caso, no se entendería que Tucídides afirme que las señales se levantan al inicio de la batalla y se arrían al final de la misma.

Por tanto, lo que parece más lógico es que esas señales sirvieran únicamente para ordenar a los soldados el inicio y fin del ataque (señal que podía además ser completada mediante toques de trompeta,¹²⁶ al menos para aprestar a los soldados a marchar al combate), al igual que parece que se hacía entre los barcos de guerra. Habiéndose levantado las banderas que ordenaban a la tropa el comienzo de la batalla, y comprobando los comandantes de la tropa auxiliar en Olinto cómo los soldados avanzaban por el campo de batalla (algo que sí se podría distinguir desde esa distancia), iniciarían entonces la marcha hacia allí, según pudo haberse acordado de antemano. Sin embargo, impedidos por la caballería macedonia, no pudieron más que, dada también la rapidez de la victoria, volver a retirarse a la ciudad sin haber podido tomar parte en la lucha.

Esa capacidad de coordinar fuerzas militares no es algo extraordinario en estos momentos. La coordinación entre diferentes grupos del ejército o en ataques combinados de infantería y flota parece convertirse en algo habitual de este periodo de

¹²⁴ *Cfr.* LAZENBY, 2004, p. 27.

¹²⁵ Lo mismo ocurre en un movimiento combinado de flotas en Th., VIII,95,4: en Eretria se levanta una señal para que la flota en Oropo supiera cuándo tenía que hacerse a la mar. Tucídides indica que la distancia por mar entre los dos puntos es también de sesenta estadios.

¹²⁶ Hay un único caso en el que se menciona el uso de trompetas como forma de dar la orden de ataque a los soldados de infantería (Th., VI,69,2).

la historia militar griega. Esos movimientos tácticos más complejos eran posibles gracias a que los generales griegos son necesariamente cada vez más expertos en el arte de la guerra: no sólo en la dirección de las batallas, sino en el conjunto de los elementos que componen su organización y preparación, entendida ésta en un sentido amplio (logística, topografía, etc.).

Para ese tipo de operaciones es necesario disponer de sistemas de vigías y señales muy fiables y desarrollados. El empleo de un sistema tal lo tenemos recogido durante el ataque ateniense combinado de infantería y marinería desembarcada contra Tanagra de Beocia (Th., III,91). La flota que ha partido con anterioridad de Atenas con dirección la isla de Melos, es capaz de cambiar sobre la marcha la campaña y establecer nuevos objetivos, no de manera autónoma, sino incluso coordinándose con la infantería ateniense que ha permanecido en la ciudad, para lanzarse a un mismo tiempo contra la ciudad de Tanagra. Eso supone una acción militar de bastante complejidad y asegura que entre la flota y la ciudad existía una constante comunicación, siendo capaces de mantener líneas de transmisión, tanto de día como de noche. Además, la acción requiere un profundo conocimiento de la topografía de la región que permita calcular el tiempo que cada contingente precisa para poder llegar a tiempo (probablemente ambos al amanecer, tras una marcha nocturna) al mismo punto.

Más modesta es la acción de Gilipo en Siracusa al emprender el ataque simultáneo con su flota y la infantería los fuertes atenienses en Plemirion (Th., VII,22,1):

Gilipo, una vez que la escuadra (τὸ ναυτικόν) estuvo presta, haciendo salir a favor de la noche a todo el ejército terrestre (τὴν στρατιάν τὴν πεζήν), se disponía a atacar por tierra los fuertes de Plemirion; y los trirremes de los

siracusanos, simultáneamente y a una señal dada (Ξυσθήματος), treinta y cinco de ellos bogaron en línea recta desde el Gran Puerto, y cuarenta y cinco costearon desde el Pequeño Puerto, donde estaba su arsenal; su intención era unirse a los de dentro y atacar juntos Plemirion, a fin de que los atenienses se desconcentraran por el doble ataque.

Uno de los problemas que nos encontramos en estos episodios es que las acciones bélicas se realizan procurando sorprender al enemigo con los primeros rayos de sol y tras hacer los movimientos de las tropas de noche para, además, evitar ser detectados por el oponente (Th., IV,42,1-4):

...los atenienses hicieron una expedición contra el territorio de Corinto con ochenta naves y dos mil hoplitas de su ejército y con doscientos jinetes llevados en naves especiales para el transporte de caballos; iban con ellos sus aliados los milesios, andrios y caristios; y mandaban las fuerzas Nicias, hijo de Nicérato, en unión de otros dos generales. Se hicieron a la mar y al amanecer desembarcaron entre el Quersoneso y el arroyo Rito, en un punto de la playa que está situado al pie del monte Soligea, sobre el cual se asentaron antiguamente los dorios y hacían la guerra a los corintios de la ciudad, que eran eolios; y ahora hay en él una aldea llamada Soligea. La aldea dista doce estadios de esta playa donde arribaron las naves, la ciudad de Corinto sesenta y el Istmo veinte. Los corintios se enteraron con mucha anticipación por noticias de Argos de que iba a venir el ejército ateniense, y marcharon todos al Istmo para defenderlo, excepto los que viven al norte de él; además, les faltaban quinientos soldados que estaban de guardia en Ampracia y Leúcade. El resto

estaba a la expectativa para ver donde desembarcarían los atenienses. Así pues, cuando éstos desembarcaron de noche pasando inadvertidos y los corintios vieron las señales (τὰ σημεῖα) con que les era anunciada la noticia,...

Este pasaje es un buen ejemplo de la conjunción de un sistema de información y de seguridad puesto al servicio de un mismo objetivo, y donde también quedan patentes las limitaciones del procedimiento. Los corintios habían obtenido información precisa de los planes atenienses, habían puesto en práctica las medidas oportunas tanto de movilización de sus fuerzas como de establecimiento de puestos de vigías para prevenir a la ciudad del desembarco de las tropas. Sin embargo, también los atenienses sabrán sacar el mejor provecho de las circunstancias más favorables para sus objetivos militares y por ello, previendo esas circunstancias, llevarán a cabo el movimiento de sus tropas y el desembarco durante la noche. De esta manera burlan durante todo el tiempo que les es posible las defensas corintias. Más tarde, con las primeras luces, su posición es descubierta y la información se transmite rápidamente a la ciudad.¹²⁷ Pero los atenienses ya habían ganado una posición preciosa en el continente y habían logrado llevar a cabo sin problemas el difícil proceso de desembarco de una fuerza tan grande en la que también se incluía caballería. Los atenienses pudieron situarse en la mejor posición posible en el territorio, y enfrentarse y vencer en batalla campal a los corintios (*cfr.*, Th., VI,43-44).

Lo habitual que resultan a lo largo de la guerra del Peloponeso los movimientos nocturnos de tropas, pese a lo complejo que era para los grandes ejércitos de infantería y

¹²⁷ No queda claro por el texto de Tucídides el desarrollo temporal de la acción, pero el escoliasta dice que ya había amanecido cuando se transmite la alerta a la ciudad: *cfr.* TORRES ESBARRANCH, 1991, n. 224, pp. 269-270. El episodio es también interesante porque la información transmitida con la alarma tendría que incluir la posición exacta de la tropa desembarcada. No podía ser una alarma genérica, sino que, dado que se está vigilando toda la costa, desde la ciudad debían de ser capaces de identificar el punto exacto o bastante aproximado en el que se ha producido el desembarco para enviar a aquel lugar sus tropas sin dilación.

para las escuadras griegas, son una muestra clara de la eficacia de los sistemas de guardia y vigilancia, que en este momento se convierten en un elemento común y regular entre los ejércitos griegos. Incluso la oscuridad de la noche no es siempre una garantía de éxito para lograr burlar esa vigilancia y, por ejemplo, lograr desembarcar sin ser detectado por el enemigo (Th., II,83,3):

... y, cuando más tarde, al disponerse a hacer la travesía de Patras de Acaya al continente que está enfrente, con dirección a Acarnania, descubrieron que los atenienses venían a su encuentro desde Cálcide y el río Eveno, y aunque anclaron de noche, no les pasaron desapercibidos.

Pero, de todas formas, este sería un caso excepcional y, pese al interés puesto por los estrategos, la noche era una circunstancia muy ventajosa para las fuerzas atacantes y frente a la cual los vigías resultaban de escaso valor.

Con todo lo hasta aquí visto, podemos asegurar que los sistemas de vigías y señales en la guerra se encuentran en un estadio de avanzado desarrollo. En ese marco también debemos introducir el estudio del campamento y de sus dispositivos de información y vigilancia.

Tan importante como el empleo de vigías y sistemas para asegurar la defensa de las tropas en campaña era la utilización de puestos de guardia avanzados en torno a las acampadas (προφύλαξης). Las noticias que nos aporta Tucídides sobre este punto son bastante parcas, pero creemos que lo suficientemente significativas como para poder concluir que el establecimiento de guardias avanzados en torno a los campamentos navales y terrestres es algo habitual ya en este periodo, tanto durante el día como

durante la noche.¹²⁸ Dadas las características de la narración de Tucídides, lo importante no es el número de ejemplos con los que contemos, sino que tales episodios se presenten como excepcionales o como modos de proceder habituales entre los ejércitos griegos. Por ejemplo, los soldados que embarcados llevan a cabo el bloqueo de Esfacteria, al bajar a tierra a descansar, instalan inmediatamente en torno a esa acampada puestos de vigilancia avanzados según menciona casualmente el historiador ateniense (Th., IV,30,2):

Pero como los soldados atenienses se vieran obligados por la falta de espacio (τὴν στενοχωρίαν) a detener sus naves en los puntos apartados de la isla para comer protegidos por los centinelas (διὰ προφυλακῆς), y uno de ellos incendiara involuntariamente un trozo de bosque...

No es este un hecho excepcional, fruto de su posición en territorio enemigo y expuestos a sufrir un ataque en cualquier momento, sino que es realmente el medio habitual para defender el campamento.¹²⁹ Muy revelador resulta, en este sentido, la descripción del ataque de Demóstenes contra un campamento de ampraciotas cerca de la ciudad de Idomene (Th., III,112,1-4):

En tanto, los ampraciotas de la ciudad llegaron a Idómena. Esta ciudad está formada por dos cerros elevados, el mayor de los cuales tomaron sin ser vistas y a favor de la noche las tropas del grueso del ejército (ἀπὸ τοῦ στρατοπέδου)

¹²⁸ Guardias avanzados nocturnos deben de ser los que avisan a los siracusanos del intento del ejército de Nicias de ponerse en marcha de noche para intentar despistar a sus perseguidores (cfr., Th., VII,83,4-5).

¹²⁹ También, probablemente, sean guardias avanzados los que desde la costa vigilan la aproximación de cualquier flota a las proximidades del campamento instalado en la orilla del mar, los que pongan en alerta el campamento corcireño tras la batalla contra los corintios en Th., I,51,4-5.

enviadas por Demóstenes; mientras que los ampraciotas habían tomado antes el pequeño y pasaron allí la noche (ηὐλίσαντο). Después de cenar, Demóstenes y el resto del ejército (τὸ ἄλλο στράτευμα) se pusieron en marcha en cuanto cayó la noche. (...) Y con el día cayó sobre los ampraciotas, que aún estaban acostados (ἐν ταῖς εὐναῖς) y que no sabían nada de lo sucedido, sino que, por el contrario, creían que eran los suyos, pues Demóstenes puso adrede a los mesenios a la cabeza y les ordenó que saludaran a los ampraciotas, pues hablaban un dialecto dorio y con ello tranquilizaban a los centinelas (προφύλαξι) y además no se les distinguía a la vista por ser aún de noche. Tan pronto como cayeron sobre el ejército ampraciota, lo pusieron en fuga, matando a la mayoría, mientras que los demás se dispersaron...

La estrategia urdida por Demóstenes demuestra que cuenta de antemano con la presencia de puestos de guardia avanzados para evitar ataques por sorpresa sobre la tropa acampada. Como vemos por este episodio, el empleo de προφύλακῆς no es algo excepcional o poco usual, sino un comportamiento previsible e incluso un medio empleado sistemáticamente por los generales griegos de este periodo.¹³⁰

Es también probable que sea a estos guardias avanzados a los que los enviados de Hermócrates se dirigen con informaciones falsas para que sean transmitidas a Nicias

¹³⁰ Aunque no se mencione de forma explícita, probablemente al aproximarse un soldado a un puesto de guardia avanzado se le requeriría una contraseña, por lo que contar con soldados que hablaban el mismo dialecto en la vanguardia de las fuerzas era una clara ventaja para sorprender a esos guardias. Cfr. LAZENBY, 2004, n. 62, pp. 269-270, donde rechaza el hipercriticismo de algunos estudiosos que niegan que fuera esta táctica posible dado que ampraciotas y mitilenios no compartían exactamente el mismo dialecto; como en periodos anteriores también se menciona en Tucídides el empleo de contraseñas para distinguir a amigos y enemigos durante la noche, bien mediante fórmulas verbales (por ejemplo, Th., VII,44, en el ataque nocturno a los fuertes de las Epípolas y que acaba siendo un fracaso por la dificultad de distinguir a amigos de enemigo en la batalla nocturna), bien mediante algún artificio que hiciera a los aliados fácilmente reconocibles entre sí. Por ejemplo, en Th., IV,68,5, los megarenses favorables a los atenienses acuerdan frotarse con aceite todo el cuerpo para ser reconocidos cuando las tropas del Ática tomen la ciudad, lo que no deja de ser un sistema poco fiable, como reconoce GOMME, 1962, p. 531; también en D.S., XI,61, los soldados de Cimón atacan en una noche sin luna un campamento persa disfrazados al modo oriental para no despertar suspicacias al aproximarse a la acampada.

y lograr de esta forma evitar que los restos del ejército ateniense emprendan la huida por la noche (Th., VII,73,3-4):

Envió a algunos de sus amigos, en unión de unos jinetes, al campamento (στρατόπεδον) de los atenienses cuando oscurecía; y ellos se acercaron a caballo hasta un punto desde el cual podían ser oídos, y llamando a algunos como si fueran amigos de los atenienses (pues Nicias tenía espías que le informaban de lo que ocurría en Siracusa), les dijeron que comunicaran a Nicias que no levantasen el campo de noche, pues los siracusanos guardaban (φυλασσόντων) los caminos, sino que se retirasen de día, después de hacer sus preparativos con tranquilidad. Los mensajeros, después de hablar, se retiraron, y los que oyeron sus palabras se las comunicaron a los generales atenienses.

El sistema no era infalible, como estamos viendo. Por la noche, la oscuridad limitaba enormemente su eficacia, y durante el día un exceso de confianza por parte de los guardias podía ser fatal. Eso es lo que debió de suceder para que los cien hombres de Brásidas lograran atravesar el campamento ateniense en torno a Metona de Laconia y lograran salvar la ciudad del asedio, según ya pudimos ver en Th., II,25,2. Aquella audacia de Brásidas se vio recompensada por la negligencia de los soldados, pero habitualmente su empresa podía considerarse suicida, y de ahí las alabanzas recibidas posteriormente. Años más tarde, de nuevo Brásidas intentará convencer a sus soldados, recluidos en Amfípolis, de la posibilidad real de sorprender a los atenienses que rodean la ciudad desprevenidos y sin cuidar las guardias (Th., V,9,3): *Conjeturo que es por menosprecio de nosotros y por no creer que nadie es capaz de salirles al encuentro, por*

lo que los enemigos se han aproximado a la ciudad y ahora se han desparramado para explorar el terreno sin cuidarse de nosotros.

Sin embargo, el general ateniense Cleón había dispuesto con todo cuidado la protección del campamento y la vigilancia del enemigo, hasta el punto de que probablemente sus exploradores llegaron hasta las puertas mismas de la ciudad (Th., V,10,2):

Y cuando se le vio [a Brásidas] que bajaba de Cerdilión y que sacrificaba en la ciudad, que se divisaba bien desde fuera, junto al templo de Atena, y hacía los preparativos citados, le fue comunicado a Cleón (éste se había adelantado en el curso de la exploración) que el ejército completo de los enemigos era visible en la ciudad y que se entreveían debajo de las puertas muchos cascos de caballos y pies de hombre, como si fueran a salir.

La derrota de Cleón no estará originada porque Brásidas hubiera logrado sorprender al ejército ateniense, sino en la mala táctica seguida por Cleón que en vez de enfrentarse al enemigo, optará por procurar evitar el encuentro entre ambos ejércitos.

Una milicia tan profesional como la espartana también podía incurrir en esos errores y deficiencias, incluso en las situaciones más angustiosas. Es difícil de comprender cómo los espartanos del puesto avanzado en Esfactería descuidaron la guardia de la isla, pero el hecho es que el desembarco de las tropas atenienses de noche por esa zona les sorprenderá durmiendo (Th., IV,32,1):

Los atenienses destrozaron inmediatamente a los hombres del primer puesto (τοὺς πρώτους φύλακας) que atacaron, al sorprenderlos aún acostados

(ἐν ταῖς εὐνάϊς) o cogiendo las armas y pasarles inadvertido el desembarco, pues habían creído que las naves atenienses se dirigían como de costumbre a establecer el bloqueo nocturno.

Logrado lo más difícil, el desembarco,¹³¹ las posibilidades de rechazar el ataque eran nulas, de manera que, finalmente, los lacedemonios supervivientes, refugiados en un extremo de la isla y rodeados por los atenienses, se rindieron (Th., IV,38,1). Pero no siempre era así de fácil o los soldados griegos no eran tan descuidados en sus guardias. Por ejemplo, los atenienses en Siracusa protegen los muros, que tan costosamente levantan para intentar completar el asedio de la ciudad, no sólo con soldados en los muros, sino también con pequeños grupos de hombres por delante de las líneas de defensa que actúan como primer anillo de alarma y seguridad (Th., VII,4,2):

Los atenienses habían vuelto ya a las alturas tras acabar el muro inmediato al mar, y Gilipo, como una parte del muro de los atenienses era poco sólida, se puso al frente de su ejército y marchó de noche contra él. Pero los atenienses que vivaqueaban fuera del muro (ἔξω ἀλιζόμενοι), al darse cuenta de ello, salieron a su encuentro, y Gilipo lo vio y sin dilación hizo retirarse a los suyos.

Esta táctica defensiva es idéntica a la que se sigue en torno a los campamentos. En ella lo que cuenta es el elemento disuasorio al actuar como campana de alarma para poner en alerta al grueso del ejército a tiempo y evitar que el campamento sea atacado

¹³¹ La dificultad de los desembarcos frente a tropas enemigas está bien descrito en Th., IV,10,5:y además os pido que ya que sois atenienses y sabéis por experiencia que nadie puede realizar un desembarco contra un defensor que hace frente y no retrocede atemorizado por el ruido de los remos y lo que impone una nave que se echa encima, hagáis frente al enemigo, y luchando al borde mismo del acantilado, os salvéis a vosotros mismos y a la plaza (τὸ χωρίον).

por sorpresa. Por eso, estos puestos avanzados cuentan con pocos hombres. En el caso concreto del puesto avanzado sorprendido por el desembarco ateniense en Esfactería, está tan solo formado por 30 hombres de los 420 espartanos que había recluidos en la isla; el otro puesto situado en el extremo contrario, contaba aún con menos efectivos, dado que se pensaba que por la naturaleza del terreno las posibilidades de que los atenienses intentaran allí un desembarco eran más remotas (*cfr.* Th., IV,31,2). Todo eso responde cabalmente al tipo de función que deben desempeñar: sólo retener al enemigo el tiempo suficiente como para dar la señal de alarma al campamento.¹³²

Los errores en la vigilancia de muros y fortalezas son muchos. Ya vimos que en algunas ocasiones eso se debió a que sus labores se restringen únicamente a los periodos de peligro inminente, pero en otras ocasiones la razón se encuentra en que los guardias únicamente se disponen en aquellas zonas que se consideran expugnables, descuidando casi completamente las partes más defendidas por la orografía del lugar. Así sucede, en parte, con la disposición de las guardias por los espartanos en la isla de Esfactería (*cfr.* Th., IV,36,2) o en el caso de la toma de Torona por las fuerzas de Brásidas, que como es habitual desarrolla, un completo plan para la coordinación de las fuerzas y lograr sorprender al enemigo, evitándose todo el largo proceso de un asedio (Th., IV,110,1-2): *Llegó siendo aún de noche, al despuntar el alba, y acampó con el ejército (τῶ στρατῶ ἐκαθέζετο) junto al templo de los Dióscuros, que dista de la ciudad unos tres estadios. Pasó inadvertido a la generalidad de la población de Torona y a los atenienses que la guarnecían.*

Como vemos, Brásidas hace uso de nuevo de las marchas nocturnas para situar a su ejército, sin ser avistado por los guardias de la ciudad a una distancia de apenas 500

¹³² Tanto en Platea como en las Epípolas, peloponesios y siracusanos disponen además de una pequeña fuerza móvil, que podríamos denominar “de acción rápida”, siempre dispuestos a dirigirse con celeridad al lugar donde se produjera el ataque, dando más tiempo al campamento para aprestarse a la defensa (Th., III,22,6-8; VII,43,3-6).

metros (tres estadios) de sus muros. Siendo aún de noche, espera allí a que un destacamento de tropas, enviado por delante para que entre en la muralla y abra las puertas de la ciudad en connivencia con los partidarios de los peloponesios, logre su objetivo: *Esta tropa se infiltró a través de la muralla del lado del mar, pasó inadvertida a los soldados del puesto de guardia (φιλακψηρίου φρουρούς) más elevado de la ciudad (que está junto a una colina), y subiendo a él los mataron* (Th., IV,110,2).

La negligencia a la hora de proteger todo el perímetro de la ciudad, limitando los guardias únicamente a las zonas consideradas como problemáticas, será lo que provoque que ésta caiga en manos de los peloponesios. A partir de ese momento, los siete hombres que han alcanzado el interior de la fortaleza, ayudados por un grupo de traidores, abrirán el paso al pequeño contingente que se encuentra a los pies del muro esperando, y ya amaneciendo, hacen la señal acordada a Brásidas para que lance el ataque contra los muros y las puertas de la ciudad.

A la toma de la urbe también colabora el exceso de confianza del grupo de atenienses que estaba en el interior, durmiendo en el ágora, siendo allí donde son sorprendidos por el ataque peloponesio. Pero éste no es el único caso en el que los soldados de guardia se duermen o descuidan su servicio con consecuencias más o menos importantes.¹³³ En cualquier caso, este parece haber sido desde siempre el talón de Aquiles de todos los sistemas de guardia y vigilancia, no sólo en el cuidado de los

¹³³ Cfr. por ejemplo, Th., V,115; VI,7,2; 51,1. También Aristófanes testimonia el descuido de los soldados a la hora de hacer sus guardias, cuando, por ejemplo, en *Nubes*, 719-720, Estrepsiades se queja de que ha sido sorprendido cantando mientras hacía guardia, lo que ha estado a punto de costarle muy caro: *Estrepsiades: (...) y para colmo de todos mis males, cantando en la atalaya, por poco no me voy yo a la mierda*” (trad. RODRÍGUEZ ADRADOS, 1999). Para el traductor, *cantando en la atalaya* sería literalmente *cantando una canción de guardia*, refiriéndose a las que entonaban los centinelas para hacer la espera más soportable: RODRÍGUEZ ADRADOS, 1999, n. 147, p. 73. Este texto también nos pone sobre la pista de que las penas sufridas por los que descuidaban las guardias debían de ser muy duras, ratificándonos en la idea de que este aspecto de la milicia tenía un importante peso en la organización de la vida castrense. El mismo temor se encuentra detrás de la estratagema narrada por Frontino en III,12,1, y que tiene como protagonista a Alcibíades.

muros de las ciudades, sino igualmente en la protección de los campamentos (Th., VI,100,1-2):

Una vez que los siracusanos estimaron que el muro transversal y la empalizada eran ya suficientes, y que los atenienses no vinieron a estorbarles en su trabajo (pues tenían miedo de que si se dividían en dos partes, los siracusanos lucharan más cómodamente contra ellos, y además querían apresurar la construcción de su muro), los siracusanos dejaron un batallón para guardar su muro y se volvieron a su ciudad; y los atenienses cortaron las conducciones de agua potable que iban a la ciudad por debajo de tierra y, aprovechando el momento en que por ser mediodía muchos de los siracusanos estaban en sus tiendas (κατὰ σκηναὺς ὄντας), otros habían ido a la ciudad y los de la empalizada montaban guardia con negligencia (τοὺς ἐν τῷ σταυρώματι ἀμελῶς φυλάσσοντας), colocaron en vanguardia a trescientos de los mejores soldados atenienses y una tropa escogida de infantería ligera armada pesadamente, y les ordenaron que corrieran de improviso contra el muro transversal; el resto del ejército avanzó dividido en dos partes: la primera, al mando de uno de los generales, en dirección a la ciudad, para el caso de que los siracusanos acudieran a defender el muro; y la segunda, al mando de otro general, hacia la empalizada situada junto al postigo. Los trescientos atacaron y tomaron la empalizada, y los defensores (οἱ φύλακες) la abandonaron y se refugiaron en el muro avanzado que rodeaba el Temenites.

Como forma de evitar tales negligencias, en Potidea se empleaba una campanilla que iba recorriendo la muralla para asegurar que los hombres en los puestos no estaban dormidos. Pese a eso, el general espartano de nuevo no dudará en ingeniárselas para intentar asaltar de noche la muralla, aunque en esta ocasión no logre su propósito y tenga que hacer retroceder al ejército cuando ya está reunido bajo los muros de la ciudad (Th., IV,135).

Según Gomme, Brásidas no estaría escuchando la campanilla, sino que confiaría en asaltar la muralla sorprendiendo a los vigilantes haciendo su guardia de forma indolente.¹³⁴ Sin embargo, ni es eso lo que nos dice el texto, ni la trayectoria del general espartano nos llevaría a pensar que hubiera planificado tan poco certeramente el asalto a la ciudad. Como hemos podido comprobar, éste es destacado en la narración de Tucídides como un general de gran habilidad e inteligencia que sabe prever con astucia y valentía las dificultades que se puedan presentar. Sería natural que planificara la acción contra la muralla después de haberse informado bien de sus sistemas de guardia y cuál podía ser el punto más vulnerable. En este caso, la mejor opción era subir a lo alto del parapeto en el breve momento en el que sabía que estaba descuidado porque el encargado de llevar la campanilla habría pasado ya y aún no habría tenido tiempo de volver. Eran un periodo corto, aunque suficiente si se aprovechaba bien. Pero el plan fallará y la decisión más sensata será la retirada.

Por último, debemos también señalar que los guardias debieron llevar a cabo otras labores en el interior de las acampadas, de las que apenas tenemos breves referencias. Entre ellas se encontrarían la custodia de los prisioneros hechos a lo largo de la campaña,¹³⁵ quizá también de los esclavos y servidores,¹³⁶ y la protección del tren

¹³⁴ GOMME, 1962, p. 626.

¹³⁵ *Cfr.*, Th., I,52; IV,38,4; 46,3.

de los bagajes.¹³⁷ Probablemente también se dispondrían en torno al perímetro del campamento, o cuidando el botín común de los soldados, trasladado por el ejército antes de venderlo, pero de eso Tucídides no nos ofrece ninguna noticia.

En todo caso, los soldados griegos que comenzaban una campaña, sabían que iban a dedicar gran parte de su tiempo a llevar a cabo servicios de guardia, de una manera o de otra. Por eso, en *Los Acarnienses*, el corifeo canta a la suerte dispar de Lámaco y Diceópolis, cuando el primero marcha en campaña y el segundo queda en la ciudad (Ar., *Ach.*, 1144-1150):

[Corifeo]

¡Qué diferentes caminos tomáis!

Ése, el de beber coronado;

tú, el de hacer la guardia tiritando,

mientras él se va a dormir

*con una requetebuena moza*¹³⁸

Pese al silencio del historiador ateniense, parece difícil que los ejércitos al avanzar por el territorio no contaran también con un sistema de exploradores que fueran descubriendo el terreno. Un caso curioso, a este respecto, es el de los preámbulos de la batalla de Mantinea (Th., V,65,6-66,3), donde Tucídides dice que los lacedemonios se encontraron de forma repentina, a corta distancia y ya preparados para el combate, a los argivos, siendo esta la ocasión en la que más miedo tuvieron los lacedemonios.

¹³⁶ GOMME, 1945, p. 190, opina que los trabajos de vigilancia, además de ocuparse de los prisioneros, también se extendería a otros servidores, como por ejemplo a los remeros. Pero no tenemos ninguna indicación sobre eso en el texto de Tucídides.

¹³⁷ *Cfr.*, Th., V,72,3-4.

¹³⁸ Traducción por GIL FERNÁNDEZ, 1995.

Los generales [argivos] se embarullaron de momento, y después hicieron bajar al ejército de la colina y adelantándose hasta la llanura establecieron su campo (ἔστρατοπεδεύσαντο), decididos a marchar contra el enemigo.

Al día siguiente los argivos y sus aliados adoptaron la formación de combate (ξυνετάξαντο), dispuestos a reñir batalla si encontraban al enemigo; y los lacedemonios al regresar de la desviación de las aguas hacia el templo de Heracles a su campamento (τὸ αὐτὸ στρατόπεδον), vieron a corta distancia a sus enemigos, ya todos formados (ἐν τάξει) y lejos de la colina. Fue en esta ocasión cuando más miedo tuvieron los lacedemonios hasta donde alcanzaba su memoria (pues tenían que hacer sus preparativos en un corto espacio de tiempo) e inmediatamente adoptaron a toda prisa su peculiar dispositivo de combate, disponiendo el rey Agis todos los detalles, conforme a la ley. Pues cuando el rey va a la cabeza del ejército, de él dependen todas las decisiones y él mismo indica a los polemarcos lo que han de hacer.

El episodio ha suscitado encendidas discusiones, puesto que la descripción que hace el autor ateniense del suceso es tan sintética que da pie a muy diferentes interpretaciones.¹³⁹ Puede explicarse como que se vieron sorprendidos por no esperar a encontrárselos allí, como que se vieron sorprendidos no tanto por encontrarlos allí, o como porque ya estaban dispuestos para la batalla cuando el día anterior habían rechazado el enfrentamiento y los generales lacedemonios por tanto estarían confiados en que ese día tampoco les harían frente. En ambos casos, la presencia de vigías o de exploradores que hubieran debido de informar al ejército con antelación es muy

¹³⁹ GOMME, 1970, pp. 99-102; KAGAN, 1981, pp. 120-133; LAZENBY, 2004, pp. 120-121.

discutida y habitualmente negada.¹⁴⁰ Sin embargo, en tanto que el contacto visual entre ambos ejércitos se produce a primera hora de la mañana es probable que hubiera impedido a los vigías descubrir la posición del enemigo. En ese caso, los exploradores habrían sido los primeros en poder poner sobre aviso al ejército de la cercanía del enemigo. Lo que parece más difícil, por no decir imposible, a la vista de lo que aquí hemos ido comprobando, es que ambos ejércitos no hubieran contado también en esta ocasión con vigías, o que no hubieran desarrollado sistemas de exploración del territorio con el fin de asegurar la marcha del ejército.

Como resumen final de este apartado, podemos decir que en Tucídides, pese a lo sobrio de su narración, descubrimos unos ejércitos griegos que desarrollan y emplean de forma habitual elaborados sistemas de seguridad, vigilancia e información. La seguridad del campamento y del ejército en campaña se establece mediante el empleo abundante de vigías y guardias avanzados, que mantienen constantemente informados, mediante sistemas de señales, tanto nocturnos como diurnos, a los estrategos de los movimientos y datos más relevantes acerca del enemigo.¹⁴¹

Gracias a esos sistemas de información, que debieron adquirir una cierta complejidad, los comandantes griegos son ya capaces de poner en marcha operaciones combinadas de infantería y tropa coordinándolos desde grandes distancias para intentar sorprender al enemigo. En este sentido, la frecuencia con la que se dan movimientos nocturnos de tropas o de escuadras claramente muestra la preocupación constante por

¹⁴⁰ LAZENBY, 2004, p. 121: *We should not be surprised that they had evidently not left pickets on the hills flanking the plain, not that their advance was not screened by scouts, for this is to credit even the Spartans with a kind of professionalism they probably lacked.*

¹⁴¹ También Atenas disponía en el s. IV de un completo sistema de información, vigilancia y transmisión de información, al menos en su frontera NW, de estructura muy parecida a la que acabamos de describir para los campamentos militares: *cfr.* CHANDLER, 1926, pp. 1-21.



Plano de la batalla de Mantinea, KAGAN, 1981, p. 112

intentar eludir y sorprender al enemigo. Eso da lugar a tácticas y contra-tácticas que dibujan una imagen de este periodo de la historia militar de Grecia de una elevada complejidad. Todo eso no impide que también se produzcan errores y deficiencias graves, las cuales denotan que todavía nos encontramos ante una guerra de ciudadanos-soldados no siempre bien dispuestos ni entrenados para soportar largas campañas y largos servicios de guardia. Las luces y las sombras de este capítulo de la vida militar griega son compartidas por ambos bandos, también destacándose algunos generales por su pericia a la hora de saber aprovechar las debilidades del enemigo o se atreven a

emprender complejas y arriesgadas operaciones con el fin de evitar los encuentros, asedios, y batallas a la vieja usanza. Entre ellos destacará, sin duda Brásidas, y también Demóstenes, aunque en esto parece que el general lacedemonio aventajó mucho a sus colegas atenienses.

7. Vida cotidiana del campamento: horario, la logística de la campaña y la vida política de los ejércitos.

Si bien Tucídides apenas menciona aspectos de la vida cotidiana de los ejércitos en campaña, las pocas pinceladas que nos presenta casan perfectamente con la imagen que hemos podido ir reconstruyendo durante los capítulos anteriores, e igualmente con lo que podremos ver posteriormente en Jenofonte.

La única diferencia real con periodos anteriores y posteriores es la abundancia de menciones a acciones militares nocturnas: marchas y travesías de ejércitos y escuadras se multiplican en razón, probablemente, de la mayor eficacia y uso continuo de sistemas de guardia y vigía por las fuerzas militares griegas del momento, tal y como acabamos de ver. Es frecuente que el escritor de la guerra del Peloponeso nos indique que una flota o una fuerza de infantería se ponen en marcha al anochecer. Así, lo vimos ya en el ataque, por ejemplo, de Demóstenes a la ciudad de Idómena (Th., III,112,2-3): *Después de cenar, Demóstenes y el resto del ejército (τὸ ἄλλο στράτευμα) se pusieron en marcha en cuanto cayó la noche. (...) Y con el día cayó sobre los ampraciotas, que aún estaban acostados (ἐν ταῖς εὐνάϊς) y que no sabían nada de lo sucedido,...*

El objetivo de estas marchas nocturnas es siempre alcanzar el destino previsto con las primeras luces del alba, cuando aún casi es de noche, los soldados están durmiendo y probablemente las guardias se llevan a cabo con mayor negligencia. Es el momento de las primeras luces, cuando ya ha dejado de ser de noche, pero todavía no es de día. Por esa razón, describiendo un ataque ateniense contra Corinto, es natural que Tucídides primero señale que el desembarco de las tropas se produjo al amanecer y muy poco después diga que era aún de noche cuando hombres y caballos bajaron de los

barcos en la costa frente a la aldea Soligea (Th., IV,42,2). Es fácil imaginarse que el desembarco de las tropas por la noche (en el caso que acabamos de citar, incluyendo también caballería), o la navegación durante las horas de oscuridad, no sería una tarea sencilla, sino que requeriría gran pericia y profundo conocimiento de la costa. Sin embargo, Tucídides lo presenta como algo habitual, siendo de todas maneras él mismo consciente de las dificultades y problemas que para un ejército entrañaban, según el propio autor describe en VII,80,3.¹⁴³

Las batallas siguen siendo habitualmente a la luz del día. Se evitan así los graves problemas que suponen los encuentros militares nocturnos, tanto por la dificultad que implica para el desenvolvimiento de las falanges, multiplicándose los riesgos de que se rompan, como porque resulta entonces muy difícil distinguir amigos de enemigos. La experiencia durante este periodo, con una única batalla nocturna entre falanges, lo demuestra (Th., VII,44,1). Es, además, en este caso una empresa cuya razón de ser está en la emergencia, casi desesperación, en la que se encuentra el ejército ateniense en Sicilia.

Todo esto explica el interés de los generales griegos por que la marcha nocturna concluya alcanzando el destino justo poco antes del amanecer. De esta forma, también, la lucha puede alargarse si es necesario desde esas primeras horas hasta la llegada de la noche. Sigue siendo habitual que con la llegada de la oscuridad se ponga fin a la contienda (Th., IV,134,2).¹⁴⁴

Más directamente relacionado con las acampadas, durante la noche siguen colocándose guardias como defensa del campamento, al igual que ocurre durante el día

¹⁴³ Ejemplos de este tipo de operaciones son el ataque a Esfacteria (Th., IV,31-32); Brásidas contra Torona (Th., IV,110,1); las tropas atenienses en Sicilia para mover el campamento desde Catana al Olimpeion (Th., VI,65); también, Th., VII,22-23 (ataque siracusano a los fuertes de Plemirion). Las mismas dificultades podemos pensar que se plantearían en el caso de que los generales tomen la decisión de levantar el campo de noche para iniciar la marcha (Th., V,58; VII,80; VIII,27).

¹⁴⁴ *Cfr.*, III,79; 108,3; D.S., XI,80,2.

(Th., III,112,1-4). Ese periodo de oscuridad debía de estar perfectamente tasado, aunque en la obra de Tucídides no se mencionan los turnos de guardia para dividir la noche, sino que sólo se menciona un primer periodo, definido como la hora del “primer sueño”. No podemos por eso saber si en estos momentos se ha producido algún cambio con respecto a lo visto durante las guerras persas (Th., II,2,1):...*entraron armados, a la hora del primer sueño* (περὶ πρῶτον ὕπνον), *en Platea de Beocia, que era aliada de los atenienses.*¹⁴⁵ Pese a todo, lo más habitual siguen siendo los movimientos diurnos. Con las primeras luces se levantaría el campo, o se embarcarían las tropas intentando aprovechar la claridad para completar marchas y travesías (Th., II,90,1):

Y los peloponesios, en vista de que los atenienses no iban contra ellos navegando hacia el golfo y el estrecho, queriendo llevarlos hacia dentro aun contra su voluntad, se hicieron a la mar con el alba y se pusieron en marcha disponiendo las naves de cuatro en cuatro, según estaban ancladas, llevando a la cabeza a lo largo de la costa y en dirección al interior del golfo la división de la derecha.

Al llegar la tarde se pararía a acampar, cenar y descansar.¹⁴⁶ Este esquema es igual de válido para la infantería como para los ejércitos embarcados, que siguen tocando tierra cuando pueden para pasar la noche, cenar o comer (Th., IV,54,4).¹⁴⁷

¹⁴⁵ Encontramos la misma expresión en Th., VII,43,2.

¹⁴⁶ *Cfr.*, Th., IV,93,1. También, Th., VIII,28,1. Asimismo, en algún caso se puede continuar la marcha tras la cena obligando a los soldados a un esfuerzo extraordinario, como Brásidas obliga a hacer a sus hombres en Th., IV,103,1. En otra ocasión Demóstenes intenta engañar a los siracusanos que persiguen al resto del ejército ateniense, poniéndose en marcha después de la cena, cuando se supone que ambos ejércitos iniciarían el descanso: Th., VII,83,4-5.

¹⁴⁷ *Cfr.*, Th., IV,26,1-3; 30,2; 45,1; la excepción que confirma la regla es Th., III,49,3-4, cuando la tripulación de la trirreme enviada por Atenas para detener la orden de masacrar a la población de Mítilene, duerme y come en el barco por turnos para llegar lo antes posible al destino.

Al igual que ocurre con la división de la noche, Tucídides es tan escueto en estos aspectos que tampoco menciona la forma en la que se dividía el día. Sólo aparece una comida (ἀριστον) y una cena (δειπνον).¹⁴⁸ Habitualmente en los ejércitos en campaña, los diversos periodos del día, especialmente diana y retreta, son anunciados a todo el campamento. De ello no tenemos noticia por Tucídides; sin embargo, Plutarco menciona que los atenienses, durante la paz de Nicias, volvieron a recordar un dicho: *En la paz el que duerme es despertado no por la trompeta (σάλπιγγες), sino por el gallo* (Plu., Nic., IX,5).¹⁴⁹ Esto nos hace pensar que también en los campamentos griegos los diversos periodos del día se anunciarían mediante toques de trompeta, y que existiría una ordenación del conjunto de la vida campamental mucho más compleja de lo que las fuentes permiten pensar.

El resto de la jornada se emplea en acciones militares, o aprovisionarse de agua o leña, ir al mercado o a la ciudad, y al mediodía descansar en las tiendas. Una excepción dentro de los habituales silencios del historiador ateniense sobre la cotidianidad de los ejércitos lo descubrimos durante las operaciones militares en Sicilia (Th., VI,100,1):

... y los atenienses cortaron las conducciones de agua potable que iban a la ciudad por debajo de tierra y, aprovechando el momento en que por ser mediodía muchos de los siracusanos estaban en sus tiendas (κατὰ σκηνῶς ὄντας), otros habían ido a la ciudad y los de la empalizada montaban guardia con negligencia, colocaron en vanguardia a trescientos de los mejores soldados atenienses y una tropa escogida de infantería ligera

¹⁴⁸ Cfr., Th., IV,103,1; VIII,95; 108.

¹⁴⁹ También Frontino menciona en una estratagema, que tiene como protagonista a Alcibíades, el empleo de los trompeteros (III,9,6).

armada pesadamente, y les ordenaron que corrieran de improviso contra el muro transversal.

El esquema parece seguir siendo muy parecido al que vimos en Heródoto, y que también comprobaremos en Jenofonte, como forma general de ordenar el día entre los ejércitos griegos. Sólo así se explica la estratagema que ponen en marcha los eritreos contra los atenienses (Th., VIII,95,1-4):

... y, doblando el cabo de Sunion, anclaron (ὀρμίζονται) entre Tórico y Prasias, llegando después a Oropo. (...) pues Hegesándridas, en cuanto comió (ἀριστοποιησάμενος), hizo zarpar de Oropo a sus naves; Oropo dista de la ciudad de Eretria unos sesenta estadios de mar. Al venir Hegesándridas contra ellos, los atenienses a su vez comenzaron a embarcar a su gente, creyendo que sus soldados estaban junto a las naves; pero en realidad estaban proveyéndose de víveres para la comida no en el mercado (τῆς ἀγορᾶς ἄριστον), pues nada se vendía allí por estratagema de los eretrieos, si no en las últimas casas de la ciudad, a fin de que, al embarcarse lentamente, los enemigos se adelantaran a caer sobre ellos y de forzar a los atenienses a levar anclas en la situación en que se encontrarán. En Eretria se levantó una señal para que la vieran ellos en Oropo, indicando cuando debían hacerse a la mar.

Porque todos los ejércitos seguían unas mismas pautas de distribución de las tareas a lo largo del día es por lo que Hegesándridas cuenta con que los atenienses estarían en esos momentos avituallándose muy lejos de la orilla y de los barcos.

Durante el día son muy frecuentemente mencionados episodios en los que los soldados son descritos llevando a cabo ejercicios y entrenamientos militares, especialmente en el caso de las flotas (Th., II,86,4):¹⁵⁰

Los peloponesios, por su parte, después que vieron a los atenienses hacerlo, anclaron (ἀγκυρίσσαντο) en Río de Acaya, que dista no mucho de Panormo, donde estaba su infantería. Y durante seis o siete días estuvieron anclados frente a frente, perfeccionando su adiestramiento y preparando la batalla.

Es muy posible que estos ejercicios de adiestramiento también se dieran entre los soldados de infantería,¹⁵¹ pero eran mucho más importantes para los soldados embarcados debido a la ventaja fundamental que otorgaba la pericia técnica y una mejor capacidad de maniobra para enfrentarse a escuadras enemigas.¹⁵² Así los siracusanos, enfrentados con las fuerzas navales atenienses de gran tradición militar, especialmente en el mar, se ven en la obligación de adquirir rápidamente la instrucción militar necesaria para poder ponerse a la altura de la primera polis de Grecia si quieren evitar la derrota. Todos los estrategos griegos reconocían que tan importante como el número era la calidad técnica de la tropa. En este aspecto siempre se podía mejorar y de ahí que los generales siracusanos quisieran atajar la indisciplina entre sus soldados y perfeccionar su adiestramiento antes del enfrentamiento con los soldados atenienses, mucho más tras

¹⁵⁰ También, Th., VII,7,4; 51,2.

¹⁵¹ Ejercicios gimnásticos parecen ser habituales entre las tropas griegas, o al menos eso suponemos por la forma en la que Demóstenes logra que las tropas de Epidauro abandonen el fuerte, al invitarles a tomar parte en una competición gimnástica fuera del τείχος (Th., V,80,3). Pero no hay mención a ejercicios militares para mejorar tácticas o técnicas de combate.

¹⁵² Tucídides nos lo explica a través de Nicias, en el informe que envía a Atenas. *Cfr.* Th., VII,14,1: *Escribo a quienes lo saben ya que es breve el período de mayor eficacia de una tripulación y son pocos los marineros que son capaces de poner en movimiento una trirreme y de remar al ritmo marcado.*

la primera derrota en batalla (Th., VI,72,4). El pasaje resulta muy revelador sobre la importancia que en general se debe conceder al entrenamiento militar, poniéndolo en boca de Hermócrates en un discurso compuesto, entre otras cosas, para levantar el estado de ánimo de los siracusanos. No cabe duda de que, pese a las muchas máculas que se pueden encontrar al analizar la profesionalidad de los ejércitos griegos todavía en este periodo, también se presentan rasgos evidentes de métodos y conocimientos muy avanzadas y profesionales sobre cómo dirigir la guerra. De hecho, los siracusanos continuamente harán ejercicios navales a la vista de los atenienses, según informa Nicias a Atenas (Th., VII,12,5): *Se las ve hacer prácticas navales* (ἀναπειρώμενοι), *y la iniciativa está en manos de ellos y tienen más posibilidades para secar* (ἀποξηρᾶναι) *sus naves, puesto que no bloquean a nadie.*

Otra de las actividades diurnas en los ejércitos acampados era la revista de las tropas por los generales con la intención de comprobar el estado de las fuerzas y sus carestías, particularmente al inicio de las campañas o antes de un combate.¹⁵³ Así se preparan no sólo atenienses, sino también siracusanos (Th., VI,45). Esta era llevada a cabo fuera de las zonas de acampada, en lugares amplios donde había espacio suficiente para que quedara formado todo el ejército (Th., VI,96,3):

Y como Hermócrates y los demás generales acababan de hacerse cargo del mando, al despuntar el día los siracusanos se dirigieron con todas sus fuerzas a la pradera que bordea el Anapo y revistaron sus tropas (ἐξέτασιν τε ὄπλων), *comenzando por separar a seiscientos hoplitas escogidos al mando de Diómilo, un desterrado...*

¹⁵³ Th., VI,42,1 (revista de la flota ateniense en Corcira antes de continuar la navegación hacia Sicilia) o Th., VII,35,1 (los atenienses junto al río Sibarís antes de iniciar la marcha).

Otro rasgo característico de Tucídides es la ausencia casi completa de referencias a la vida religiosa en campaña.¹⁵⁴ Sólo tenemos dos casos donde son mencionadas actividades culturales en el marco del campamento y que nos permiten, eso sí, comprobar que las formas más tradicionales de religiosidad en campaña, como es el caso de los sacrificios antes de la batalla, siguen siendo lo acostumbrado (Th., V,10,1; VI,69,2). También el peán y las libaciones se mantienen como ritos imprescindibles al comenzar una campaña o iniciar un ataque, como comprobamos en la descripción de la partida de la flota ateniense hacia Sicilia (Th., VI,32,1).¹⁵⁵ Pero acerca de otros momentos o prácticas religiosas no se dice absolutamente nada.

Hay otros aspectos relacionados con la vida diaria en los campamentos que hemos estado viendo en otros autores, como serían el cierre del acceso a la zona de acampada por llegar la noche y la apertura del mismo una vez que se han llevado a cabo los sacrificios diurnos, que no aparecen reflejados ni directa ni indirectamente en el texto tucidídeo. Tan solo en Th., I,51,4, podría entenderse que tras la batalla de la isla de Sibota entre corcirenses y corintios, naves llegadas de Atenas acceden pese a ser de noche al campamento corcirenses:

Y cuando los corcirenses estaban estacionados en Leucimna, estas veinte naves de Atenas, que mandaban Glaucón, hijo de Leagro, y Andócides, hijo de Leógoras, pasando a través de las naves destrozadas y los cadáveres, llegaron al campamento (ἐς τὸ στρατόπεδον) poco después de ser divisadas. Los

¹⁵⁴ HORNBLLOWER, 2004, p. 296.

¹⁵⁵ *Cfr.*, Th., I,50,5 (el peán señala a la flota el momento de iniciar el ataque); Th., VII,83 (el peán que entonan los siracusanos que persiguen al ejército ateniense en Sicilia, les hace ver que han sido descubiertos en su intento de marchar de noche sin ser vistos).

corcirenses temieron que fueran enemigas (pues era ya de noche), pero luego las reconocieron y anclaron (ὠρμίσαντο).

Sin embargo, es difícil por este único ejemplo llegar a ninguna conclusión. Parece que aún no debía de ser noche completa, dado que los vigías son todavía capaces de divisarlas en la lejanía. Pero, en cualquier caso, es imposible llegar a formular más que meras hipótesis de escasísimo fundamento.

Dentro de la organización diaria de la vida en campaña, era necesario asegurar un tiempo libre para que los soldados pudieran aprovisionarse.¹⁵⁶ El avituallamiento se realiza gracias a la compra de víveres en el mercado que suele acompañar al ejército, mediante el pillaje del territorio, la adquisición de víveres en las aldeas o en los mercados de las ciudades próximas al lugar donde se ha asentado la tropa. Además, diariamente sería necesario ir a por agua y también frecuentemente recoger leña (Th., VII,13,1-2). Cabe pensar, aunque no tengamos huellas en el texto de Tucídides de ello, que los soldados se pondrían de alguna forma de acuerdo para ayudarse en esas labores y hacerlas menos gravosas. Probablemente, para todo esto, la unidad de los compañeros de tienda fuera esencial.

Durante el día los soldados de las flotas debían de ocupar parte de su tiempo en labores de mantenimiento y reparación de las naves,¹⁵⁷ al igual que también de los carros, pese a que no se mencione en nuestras fuentes este aspecto. Asimismo sería

¹⁵⁶ Tucídides utiliza diversos términos para referirse a los víveres o abastecimientos en un contexto militar. Τροφή es el vocablo más genérico, y que parece incluir todo lo necesario para la subsistencia en campaña (*cf.* Th., I,11,2; IV,6,1; 83,6; VI,34,2; 47,1; 93,4; VIII,57,2; 87,1); σιτίον, aunque la palabra se refiere directamente al grano o al trigo (*cf.* Th., IV,6,1; VII,24,2), de forma más habitual adquiere una connotación general haciendo referencia a alimentos para el sostenimiento del ejército (*cf.* Th., I,48,1; III,1,1; 20,1; 26,4; IV,26,9; 27,1; V,47,6; VI,88,4; VII,43,2; 75,5), pero no a la bebida (*cf.* Th., IV,26,1); ἐπιτήδεια es un concepto muy cercano a τροφή, aunque parece quizá más exclusivamente relacionado con lo alimenticio y no con pagos de las soldadas en los ejércitos (*cf.* Th., VI,22; 50,2; 74,2; VII,24,3; 60,2; 78,6); ἐφοδίωv y ἐδώδιμος aparecen una única vez en Th., VI,34,5 y VII,78,4, respectivamente.

¹⁵⁷ *Cfr.*, Th., I,29,3; 52,2; VI,104,3; VIII,107,1.

imprescindible que los soldados salieran a forrajear, tanto para la caballería, como para bueyes y otros animales de carga que ya hemos visto que transportaban los enseres del ejército (*cfr.* Th., IV,128,3-4; V,72,3-4). Lo más lógico es pensar que cada contingente debía de contar con una sección de bagajes que se cuidaba de esas labores, aunque no tiene por qué estar compuesta por los mismos hombres que en algunas ocasiones aparecen defendiendo o cuidando los bagajes durante las batallas (Th., II,79,5):

Y la infantería ligera de Espartolo, al verlo, llena de ánimo por los que se le unían y porque antes no había sido vencida, atacó de nuevo a los atenienses, en unión de la caballería calcídica y de los refuerzos; y los atenienses se retiraron en dirección a las dos compañías (δύο τάξεις) que habían dejado con los bagajes (παρὰ τοῖς σκευοφόροις).

Por los pocos ejemplos de los que disponemos, el número de los defensores del tren de equipajes y su composición varía.¹⁵⁸ Probablemente los soldados menos aptos y de los que se pudiera prescindir en la lucha serían los encargados de esa labor. Eso es lo que parece que ocurre en el caso de la batalla de Mantinea (Th., V,72):

Pues tan pronto como llegaron a las manos con los enemigos, el ala derecha de éstos, formada por los mantineos, puso en fuga a los escirtas y a los soldados de Brasidas, y lanzándose los mantineos y sus aliados y los mil soldados escogidos de Argos por el sitio indefenso en que no se había cerrado la

¹⁵⁸ En el caso de las flotas, suelen acompañar a los barcos de transporte de soldados embarcaciones más ligeras para el transporte de enseres y víveres, conformando lo que sería el equivalente al tren de equipajes. Como en el caso de las tropas terrestres, en vistas a su mejor defensa se suelen situar al margen del campo de batalla o bien en el centro de la formación, protegidas por el resto de las unidades (*cfr.*, Th., II,83,2; VI,30,1). LAZENBY, 2004, p. 90, defiende que los portadores de los equipajes serían los mismos esclavos que se hallaban al servicio de los hoplitas.

línea, causaron estragos en los lacedemonios y, haciendo un movimiento envolvente, les pusieron en fuga y les persiguieron hasta los carros (ἐς τὰς ἀμάξας), matando a algunos de los soldados de más edad que montaban guardia allí (καὶ τῶν πρεσβυτέρων). En este lado eran vencidos los lacedemonios; pero en la otra parte del ejército y sobre todo en el centro, donde estaba el rey Agis y junto a él los llamados trescientos jinetes, cayeron sobre los argivos de más edad...

Pero todo dependería de las necesidades tácticas de cada momento.¹⁵⁹ Incluso, aunque las fuentes no lo aclaren suficientemente, en algunos casos es natural que se echara mano de los servidores encargados de los equipajes para completar las fuerzas militares en situaciones especialmente críticas de las campañas (Th., VI,67,1). Lo que no sabemos es cómo se organizaría esta importante sección de los ejércitos dentro de los campamentos y a lo largo de las marchas.

En *Los Acarnienses*, Aristófanes nos pinta con vivos colores el tumulto organizado por los preparativos militares en Atenas al iniciarse una campaña militar (Ar., Arch., 544-555):

Muy al contrario, inmediatamente hubierais votado trescientas naves, y la ciudad se habría colmado del tumulto de los soldados, de gritos alrededor de los trierarcos, del pago de las soldadas, del estofado de los paladios; del alboroto de la lonja, del reparto de raciones, de odres, de estorbos de gente comprando cántaros; de ajos, aceitunas, cebollas en redes; de coronas, de anchoas, de

¹⁵⁹ GOMME, 1970, p. 93, sin aportar realmente ninguna prueba, piensa que desde el principio de la campaña de Mantinea son los soldados más mayores, los periecos y los hilotas los que se ocupan de la vigilancia de los bagajes.

*flautistas, de caras contusionadas. El arsenal, a su vez, de maderos aplanados para hacer remos, de martillazos en los toletes, de taladros de escobenes, de flautas, de cómitres, de pífanos, de silbatazos.*¹⁶⁰

Como vemos, dentro de esos preparativos era esencial el que cada uno dispusiera sus propios víveres. En una época de continuas movilizaciones, la estricta dieta en campaña fundamentada en ajos, cebollas, y algo de pan, se convierte en lugar común en Aristófanes para sus chistes.¹⁶¹ Por ejemplo, contamos, también en *Los Acarnienses* (1095-1141), con otra detallada y colorista descripción de esos preparativos:

Lámaco: ¡Qué desdichado de mí!

Diceópolis: Claro (señalando el escudo) ¡Te hiciste pintar encima esa Górgona tan grande! (a un esclavo) Cierra la puerta y que alguien coloque la comida en la cesta.

Lámaco: Chico, chico, sácame a fuera el macuto.

Diceópolis: Chico, chico, sácame a fuera la cesta.

L: Trae sal con tomillo y cebollas, chico.

D: Y a mí unas lonchas de pescado, aborrezco las cebollas.

L: Chico, trae acá una hoja de higuera con algo de conserva rancia.

D: Y a mí una hoja de higuera con un trozo de manteca. Guisaré allí.

L: Trae las dos plumas del casco.

D: Y a mí sácame las torcaces y los tordos.

L: ¡Qué hermosa y blanca, la pluma del avestruz!

¹⁶⁰ Traducción por GIL FERNÁNDEZ, 1995.

¹⁶¹ Como se puede comprobar por la lista de alimentos descrita en el texto, todos ellos son alimentos que permiten una larga conservación, mostrando así la tradicional preocupación en los ejércitos de todos los tiempos por adaptar la dieta a las necesidades de campañas prolongadas.

D: ¡Qué hermosa y dorada, la carne de la torcaz!

L: ¡Hombre! deja de reírte de mis armas.

D: ¡Hombre! ¿Quieres dejar de mirar a los tordos?

L: Saca el estuche de los tres penachos.

D: Y a mí dame una fuente de tajadas de liebre.

L: ¿Se habrá comido la polilla los penachos?

D: ¡Vaya! ¿Me comeré el estofado de liebre antes del banquete?

L: Buen hombre, ¿quieres hacerme el favor de no dirigirte a mí?

D: No va contigo la cosa. El chico y yo llevamos un rato discutiendo (Al esclavo) ¿Quiéres apostar y dejar decidir a Lámaco qué sabe mejor, los saltamontes o los tordos?

L: ¡Ay! ¡Cómo te cachondeas!

D: (al esclavo) Prefiere con mucho los saltamontes...

L: Chico, chico, descuelga la lanza y sácala aquí.

D: Chico, chico, saca del fuego la longaniza y tráela acá (les traen una lanza enfundada y una longaniza ensartada en un pincho).

L: ¡Ea!, voy a quitar la funda de la lanza. Ten, sujeta, chico (le tiende un extremo).

D: (Señalando el pincho) Y tú, chico, sujeta esto.

L: Trae los soportes del escudo, chico.

D: Saca también los... (golpeándose el vientre) chuscos del mío.

L: Trae acá la gorgonífera rodela.

D: Y a mí la quesífera rodela de una torta.

L: ¿No es esto lo que la gente estima una burla desatenta?

D: ¿No es esto lo que la gente estima una torta succulenta?

L: Echa, chico, aceite en el escudo. En la bronceína superficie veo a un viejo que será procesado por cobardía.

D: Echa tú la miel en la torta. También en ella se ve a un viejo que manda a paseo a Lámaco, el hijo de... Górgaso.

L: Trae acá, chico, el peto guerrero.

D: Sácame también, chico, la jarra que me “es-peto”.

L: (Poniéndose el peto) Con el me acorazaré contra los enemigos.

D: (Levantando las jarra) Con ella me aco... gorzaré contra los que beban conmigo.

L: Ata las mantas, chico, al escudo, que yo cargaré con el macuto.

D: Ata la comida a la cesta, que, en cogiendo el manto, arranco.

L: Levanta el escudo y camina, chico. Nieva, ¡maldición! ¡de invierno se pone al cosa!

D: Coge la comida. ¡De cuchipanda se pone la cosa!¹⁶²

Al inicio de una campaña parece que a los soldados se les ordena asegurar el portar tres días de vituallas consigo, aunque su bagaje acogía mucho más que comida y agua. En Tucídides sólo encontramos un texto similar que mencione preparativos de víveres para tres días, y este debía de ser el uso más habitual (Th., I,48,1): *Una vez que los corintios tuvieron hechos sus preparativos, tomaron víveres (σιτία) para tres días y se hicieron a la mar desde Quimerion, con intención de librar batalla.*¹⁶³

¹⁶² Traducción por GIL FERNÁNDEZ, 1995.

¹⁶³ En Th., VII,43,2, los soldados toman víveres para cinco días, pero es un caso especial porque los víveres están calculados sólo con el fin de poder llevar a cabo la operación militar y de construcción del muro de asedio de Siracusa. No es en el inicio de una campaña militar. También Aristófanes lo atestigua en *Los Acarnienses* (198-200) cuando pone en boca de Diceópolis: *¡Fiestas de Dioniso! éstas sí huelen a néctar y ambrosía y no a guardar la orden de «víveres para tres días»...* (Traducción por GIL FERNÁNDEZ, 1995).

A partir de ahí los soldados debían adquirir los víveres durante la campaña. Se cobraba además una soldada fija en dinero metálico (μισθός). Lo que no sabemos es si el pago lo recibían desde el primer día o no. Lo más lógico parece ser que lo recibieran desde el primer día, puesto que la soldada no es más que una forma de pago a los ciudadanos y para que no les resulte tan gravosa su participación en la defensa de su ciudad (Th., III,17,3-4):

Era esto, en unión del sitio de Potidea, lo que más dinero hacía gastar; pues los que sitiaban Potidea eran hoplitas pagados con dos dracmas diarias (cada uno cobraba por día una dracma para sí y otra para su esclavo), tres mil al principio –y no eran menos los que la tomaron-, y además mil seiscientos que fueron con Formión y se retiraron antes de la conquista; y todas las tripulaciones de las naves cobraban la misma soldada.

Esa identificación o unión entre el soldado y su servidor en relación con el abastecimiento en campaña, se subraya también con ocasión del cerco a los espartanos en Esfacteria. Atenas y Esparta acuerdan un régimen de suministro de víveres a esas tropas, donde también se tiene en cuenta para los cálculos la presencia de los esclavos (Th., IV,16,1):

... y se comprometían a no atacar las obras fortificadas ni por tierra ni por mar. Los atenienses se comprometían a permitir que los lacedemonios enviaran a los de la isla por cada soldado una cantidad fija de harina ya amasada (dos

*quénicas áticas de cebada), dos cótilas de vino y carne y la mitad de esta cantidad a sus esclavos personales.*¹⁶⁴

En el caso del acuerdo de Esfacteria, más que considerar que el esclavo necesita la mitad que el hoplita para vivir, podemos pensar que la lógica del acuerdo se fundamenta en que por el esclavo hay que gastar la mitad de lo que se paga por un hoplita.

Al anunciar la futura campaña se harían públicos los pagos que iban a recibir los soldados, quizá como método publicitario para atraer el mayor número de soldados y de mercenarios posible. Eso es lo que ocurrió en el caso de la campaña contra Sicilia, por el informe que Nicias envía a su ciudad (Th., VII,13,2):

...de entre los demás, los esclavos (θεράπωντες), desde que hemos llegado a una situación de equilibrio, desertan, y los extranjeros embarcados por la fuerza se escapan a las ciudades en cuanto pueden, en tanto que los que primero se dejaron convencer por una gran soldada (μισθοῦ) y creyeron que iban a enriquecerse más que a luchar, ahora que ven una escuadra y los demás elementos de combate prestos contra nosotros en el lado enemigo, unos se marchan como desertores, otros como puede cada cual (pues Sicilia es muy extensa), y hay también algunos que comprando aquí mismo esclavos

¹⁶⁴ Un quénice es la ración mínima diaria de grano para vivir, según Hdt., VII,187,2. Los reyes espartanos disponían de entre dos a cuatro quénicos diarios (Hdt., VI,57,3). Dos quénicos son un poco más de dos litros; y dos cótilas de vino son algo más de medio litro, siendo normalmente mezclado con dos o tres partes de agua. La ración del soldado romano era de 32 quénicos al mes de trigo, mientras que un quénice diario de cebada era la ración propia del esclavo (*cfr.*, Polyb., VI,39,13; Athen., VI,272B). A los prisioneros atenienses en Siracusa se les proporciona la mitad de la ración de los espartanos en Esfacteria, nada de vino y sólo una cótila de agua (Th., VII,87,2). La tripulación de la nave enviada a Mitilene para evitar la masacre de la ciudad, dice Tucídides que se alimentaba de pan de cebada mojado en vino y aceite (Th., III,49,4), aunque GOMME, 1962, p. 234, asegura que estas ἄλφιτα no eran necesariamente cebada, sino trigo cocido o grañón.

(ἀνδράποδα) de Hícaras y convenciendo a los trierarcos a embarcarlos a cambio de ellos, han corrompido la disciplina de la escuadra.

También tenemos ejemplos en los que se establecen acuerdos entre aliados en una campaña para compartir lo oneroso de la movilización. Era esta un arma de gran valor político, tanto para ejercer fuerte influencia sobre los objetivos de la campaña como sobre las decisiones de los generales que, en caso de conflicto entre los aliados, podían verse puestos en graves aprietos por la presión de unos soldados que cobraban menos de lo acordado y la imposibilidad de imponer su voluntad a ciudades enteras o a volubles gobernantes como el rey macedonio Perdicas (Th., IV,83,6): *Después de este incidente, Perdicas pagaba la tercera parte de la manutención (τροφή) del ejército en vez de la mitad, considerando que se le había inferido un agravio.* Alcibíades, incluso, hará que Tisafernes se retrase en los pagos y disminuya su cuantía con objeto de desmoralizar al ejército peloponesio (Th., VIII,45 y 57).

Esa entrega puede ser en metálico,¹⁶⁵ pero también en especie, como se recoge en el tratado entre Atenas y los argivos, eleos y mantineos en Th., V,47,6:

La ciudad que envíe las tropas de socorro les suministrará víveres (σίτων) durante treinta días a partir de su llegada a la ciudad que haya solicitado su ayuda, e igualmente al regreso; pero si quieren disponer del ejército durante más tiempo, la ciudad que le haya llamado le sostendrá, pagando por día tres óbolos eginéticos a los hoplitas, infantería ligera y arqueros, y una dracma eginética a los jinetes.

¹⁶⁵ Por ejemplo, Nicias cuenta con que Egesta apoye la campaña con dinero para el sostenimiento del ejército (Th., VI,47); en Ar., Eq., 1075-1080, el Demo pregunta por su soldada, y el Morcillero asegura que se la proporcionará para tres días.

¿Supone eso una ruptura con la tradicional forma de pago en metálico a los soldados? No lo sabemos. Quizá pudieran emplearse ambos métodos o quizá los generales mantuvieran el pago de la soldada en dinero, pero recobrarán esos gastos al ser ellos los que vendían en el mercado el grano que les aseguraba la ciudad. Es decir, que siendo el general el que recibe el grano o los víveres de las ciudades que se han comprometido a pagar el mantenimiento de la fuerza militar, luego recuperaban el dinero que pagan a los soldados mediante la venta directa a los mismos de esas provisiones. Guardar y repartir diariamente durante un periodo prolongado víveres a todos los soldados parece de una complejidad poco propia de la manera tradicional de organizar el funcionamiento de estos ejércitos. Esta es la forma más sencilla de explicar cómo se repartirían el grano que es embarcado junto a la tropa en Atenas camino de Sicilia.

Tucídides pone en boca de Nicias la necesidad de procurar y asegurar los víveres necesarios para una larga campaña y frente a la multitud de adversidades que necesariamente habrían de encontrar a lo largo de ella (Th., VI,22):

... y que llevemos los víveres de aquí (trigo y cebada tostada) en barcos de carga, así como molineros (σιτοποιούς) reclutados obligatoriamente en los molinos en número proporcional, pero cobrando su salario, a fin de que si nos retiene el mal tiempo, el ejército tenga víveres (τὰ ἐπιτήδεια) (pues al ser muy numeroso, no todas las ciudades podrán recibirle).

Los generales parece que también se ocupan de guardar otros enseres del ejército, e incluso las propiedades de los mercaderes, o también se ocupan del botín y reparten las ganancias que producen, etc.¹⁶⁶

La labor de los generales en relación con la logística es muy importante, debiendo asegurar las fuentes de abastecimiento de los soldados, no sólo de agua o leña, sino también de víveres. Las soluciones eran variadas y probablemente complementarias.

En primer lugar, los estrategos debían prever la presencia de un mercado (ἀγορά) donde abastecerse los soldados, bien porque desde el principio acompañaba al ejército, bien por acuerdo con las poblaciones cercanas al lugar por donde marchará la fuerza militar (Th., I,62,1): *Los potideatas y los peloponesios de Aristeo, por su parte, acamparon en el istmo del lado de Olinto, esperando a los atenienses, y establecieron un mercado fuera de la ciudad (ἀγορὰν ἔξω τῆς πόλεως ἐπεποίηντο).*

Aristeo no sabía cuánto tiempo tendrían que esperar a los atenienses a las puertas de Olinto, ni cuándo aparecerían. Por eso, la forma más adecuada de asegurar los comestibles al στρατόπεδον durante todo el tiempo que hiciera falta era el establecer un mercado que se surtiría de los productos de la propia ciudad de Olinto y de Potidea.¹⁶⁷ En otras ocasiones era imposible el colocar un mercado tan cerca, y como les ocurre a los atenienses que asedian Mitilene, el acceso al mercado sólo se podía hacer por barco hasta la base (ναύσταθμον) de abastecimiento de la flota, situada en Malea (Th., III,6):

¹⁶⁶ Th., VII,24,2. El ejército ateniense en Sicilia vende los esclavos que han ido haciendo en la campaña y obtiene 120 talentos por ellos (Th., VI,62,4); los argivos llevan a cabo una campaña contra Tirea obteniendo de los lacedemonios un botín cuyo valor era de 25 talentos (Th., VI,95,1). En Plu., Ages., 9,8, se nos describe como es Agesilao el que ordena a los vendedores del botín (οἱ λαφυροπωλῶσι) poner a la venta a los prisioneros.

¹⁶⁷ GOMME, 1945, p. 219.

En tanto, los atenienses, a los que favoreció mucho la inactividad de los mitilenios, llamaron a algunos aliados, que se presentaron tanto más pronto cuanto que no veían en los lesbios ninguna garantía de éxito, y, extendiendo el bloqueo a la parte de la ciudad que mira al Sur, construyeron dos campamentos, a uno y otro lado de la ciudad, y bloquearon ambos puertos. De este modo impidieron a los mitilenios el uso del mar, mientras que éstos y los demás lesbios que habían ido en su ayuda eran dueños de la isla excepto la pequeña región en torno a los campamentos, que ocupaban los atenienses, los cuales usaban más bien Malea como base naval y mercado (ναύσταθμον...καὶ ἀγορᾶς).

Sobre el propio mercado, no contamos con información. En las ciudades el espacio que ocupa, donde se permitía comerciar, estaba perfectamente delimitado mediante postes y cuerdas, a juzgar por lo que nos dice Aristófanes (*Los Acarnienses*, 719-725):

*(Saliendo [Diceópolis] con cuatro postes y tres enormes correas). Éstos son los mojones de mi mercado. Aquí le está permitido comerciar a todos los peloponesios, megarenses y beocios, a condición de que me vendan a mí y no a Lámaco. Como ediles del mercado instituyo a quienes les ha correspondido el cargo en el sorteo.*¹⁶⁸

¹⁶⁸ Traducción por GIL FERNÁNDEZ, 1995.

Pero acerca de ese método para delimitar el mercado o sobre tales ediles, Tucídides de nuevo no menciona nada, ni el resto de nuestras fuentes nos aporta alguna pista acerca de si ese mismo era el comportamiento en la guerra.

Los acuerdos con la polis iban desde permitir la entrada libre de los soldados al recinto fortificado, hasta prohibirlo pero, a cambio, se situaba un mercado a sus puertas para que los soldados pudieran gastar su dinero y adquirir todo aquello que precisaran. En el peor de los casos, y como muestra de completa animosidad, las ciudades podían negarse a colaborar completamente con el ejército. Los expedición ateniense en su ruta en torno a la costa sur de Italia hacia Siracusa encontrará ejemplos de todas estas actitudes (Th., VI,44,3):

...las ciudades no les permitían la entrada ni les vendían víveres, pero les dejaban hacer aguada y anclar en el puerto; y Tarento y Locros, ni esto siquiera. En Region, finalmente, se concentraron y establecieron un campamento fuera de la ciudad (dentro no se les admitía) junto al templo de Artemis, donde los reginos pusieron un mercado para ellos; y sacando a tierra las naves, descansaron.¹⁶⁹

Aunque también, como ya hemos visto, los generales de grandes ejércitos cuentan con que no siempre una ciudad puede ser capaz de cubrir las necesidades de los miles de hombres que componían los ejércitos (Th., VI,22). Por eso habría que contar con varias fuentes de abastecimiento. Lo más conveniente era que este mercado se colocara lo más cercano posible al campamento con el fin de evitar que las tropas se

¹⁶⁹ En Sicilia, Naxos será fiel aliado ateniense y permite a los soldados entrar en la ciudad, mientras Catana se negó a abrirles las puertas (Th., VI,50); también en Sicilia, las aldeas del interior de la isla, apoyarán a los atenienses como forma de luchar contra los siracusanos y defender su independencia, llevando víveres y dinero al ejército (Th., VI,88).

alejaban y no pudieran estar preparadas inmediatamente en caso de un ataque enemigo a destiempo, circunstancia que ya vimos en algún texto era propicia para poner en marcha ciertas estratagemas con las que sorprender desarmado al enemigo (*cf.* Th., VII,39-40; VIII,95,3-4).

Otra opción habitualmente empleada era, en caso de largas campañas, y particularmente si el ejército tiene que operar en lugares poco poblados o donde escasean los víveres, situar bases de abastecimiento próximas o líneas de avituallamiento para hacer llegar los víveres al campamento. Los atenienses que cercan a los soldados de Esfacteria recibían los suministros por mar,¹⁷⁰ dado que no podían alejarse a buscar víveres al estar en territorio enemigo y tener que mantener el bloqueo de la isla. Por eso, la prolongación de la situación era tan mala tanto para los espartanos de la isla como para los atenienses que la bloquean, hasta el punto de que en Atenas comienzan a preocuparse seriamente por el fin de esa aventura. Todo esto es sintomático de hasta qué punto se tiene ya conciencia de la importancia de este aspecto de la organización militar (Th., IV,26,1):

Todavía continuaban los atenienses el asedio de Esfacteria y el ejército peloponesio de tierra firme se mantenía en sus posiciones. El bloqueo resultaba molesto para los atenienses por falta de víveres (σίτου) y de agua, pues no había más fuente que una sola situada en la ciudadela de Pilos y ésta poco abundante, y la mayoría de los soldados escarbaban en la arena de la playa y

¹⁷⁰ También los atenienses frente a Siracusa dependían de los suministros que les llegaban por mar desde las ciudades aliadas cercanas y desde la propia Atenas (Th., VII,60); en D.S., XI,80,3, se nos narra el ataque de los tesalios a un convoy ateniense con víveres para sus soldados en Tanagra, del que Tucídides no nos dice nada. Eso hace que no podamos saber si este tipo de formas de abastecimiento era habitual o para casos excepcionales. El convoy es denominado como ἄγορά, lo que además nos hace dudar del carácter de este convoy, si serían abastecimientos enviados por la ciudad o bien parte de los suministros para el mercado adjunto al ejército, y que dada su importancia vital para éstos se encontraba protegido por soldados atenienses.

bebían el agua propia de aquel lugar. Además como acampaban en un espacio reducido, estaban poco holgados de sitio, y como las naves no tenían puerto, las tripulaciones tomaban la comida (σῆτον) en tierra por turnos mientras el resto de las naves estaba anclado en alta mar.

De ahí que quepa dudar del carácter fortuito del fuego que se inicia en la isla, que permite poner al descubierto la táctica defensiva lacedemonia y comenzar a preparar la operación de asalto con la que romper el *impasse* de espera.

Pero, además, es conveniente que los generales pongan a disposición de los soldados, o hagan factible, que éstos puedan tener otras fuentes de ingresos adicionales durante la campaña. Esa sería la razón última de algunos ejemplos de devastación de territorios, aldeas o ciudades, la toma de las poblaciones como esclavos, y en general cualquier forma de pillaje. Con ello se asegura un mejor abastecimiento y engrosar el botín, tanto propio como común del ejército.¹⁷¹ De las posibilidades que ofreciera el territorio sujeto a pillaje dependía muchas veces la duración de la campaña, como explícitamente aclara Tucídides en la operación peloponesia contra el Ática en 428-427, narrada en Th., III,1.

Ya vimos, al hablar de los sistemas de aprovisionamiento de los ejércitos en Homero que según Tucídides todo esto era una actividad tradicional, en la misma raíz de las acciones guerreras de los pueblos griegos, método habitual de obtener sus suministros en campaña (Th., I,5,1).

En cualquiera de sus formas, un punto esencial a tener en cuenta en relación con el avituallamiento de los στρατόπεδα es siempre que el general elija bien sus rutas, prevea con tiempo suficiente las fuentes de agua y de abastecimiento mediante acuerdos

¹⁷¹ En este sentido, Aristófanes en *Los Caballeros* (1076) llama a los soldados “zorrillos”, porque se comen las uvas en los campos (traducción por MACÍA APARICIO, 1993).

con las ciudades, y en general debe contar de antemano con todos los problemas que se puedan presentar para asegurar el abastecimiento del ejército. Así es como Astíoco encuentra al ejército peloponesio en Mileto, cuando además la soldada era pagada de forma puntual y completa, y cada soldado había podido atesorar un importante botín (Th., VIII,36,1).

Igual de importante es tener en cuenta la época del año en la que se realiza la campaña, con el fin de encontrar los campos maduros para poder abastecerse sobre el terreno. Así lo llevó a cabo Arquidamo en las primeras incursiones en el territorio del Ática en 428-427 (Th., III,1). Sin embargo, años más tarde Agis se encontrará un marco completamente diferente, cuando invada el Ática mientras la estación estaba aún poco avanzada y el trigo verde en los campos no podía servir de alimento a los soldados. Eso, unido al mal tiempo llevará al traste toda la campaña (Th., IV,6). Pero es difícil pensar que este error a la hora de elegir el momento de iniciar el ataque contra el territorio ateniense se debiera a un mal cálculo del calendario. Podemos sospechar, más bien, que la causa estaría en que la intención fundamental consistía en adelantar un poco el inicio de la campaña militar como forma de sorprender al enemigo. Pero, si ese año la estación llegó con más retraso del habitual, toda la estrategia del rey se volvió contra los propios lacedemonios obligándoles a una humillante retirada.

En el bando opuesto, la labor del enemigo consiste en cortar las líneas de suministro e impedir la actividad de forrajeadores o de los soldados que salen a abastecerse en los campos próximos. Es una labor de hostigamiento en la que la caballería y la infantería ligera tiene un papel fundamental. Así pretenden conducirse los siracusanos cuando los atenienses intenten establecer sus reales en la isla, según tenemos constancia por Th., VI,37, texto que ya hemos citado en repetidas ocasiones. Y así lo llevarán a cabo, poniendo en grave aprieto constantemente a los invasores, que

quedan confinados en los campamentos por el continuo hostigamiento de la caballería siracusana (Th., VII,4,6-7). De todo ello, ya hemos visto que Nicias da rendida cuenta en la carta que envía a Atenas pretendiendo lograr concitar apoyos para iniciar una nueva estrategia u obtener refuerzos (Th., VII,13; 78,6). El caso extremo es el completo cerco a una ciudad, a una guarnición (en Esfacteria) o a un στρατόπεδον (como el ateniense en Sicilia). En tales casos, del comandante depende completamente el reparto y el racionamiento de los alimentos. Eso se deduce del testimonio de Tucídides sobre la organización de la distribución de los suministros entre las tropas asediadas en la isla frente a Pilos (Th., IV,39,2):

...y durante los demás se alimentaban de los víveres que entraban clandestinamente. Sin embargo, había en la isla cierta cantidad de trigo, y fueron encontrados también otros alimentos, pues el general en jefe Epidatas daba a cada soldado menos de lo que permitían las existencias.

La cuestión logística resultó fundamental durante la guerra del Peloponeso. Tucídides abunda en datos y en referencias a este problema, y por eso extraña que en su análisis sobre la guerra de Troya, al racionalizar el *epos*, vea en la cuestión de la logística un elemento clave que explica el desarrollo de aquella guerra (Th., I,11,1). En ese texto, ya tantas veces señalado, se recoge la gran enseñanza: sólo por las malas disposiciones de los jefes griegos en relación con el abastecimiento de los soldados se prolongó tanto la guerra. Al igual que sucedía en su propio tiempo, el que los soldados tuvieran habitualmente que buscar para sí los víveres suponía una gran merma en la capacidad militar de una fuerza armada. La tropa se dispersaba y sus fuerzas disminuían, en algunos casos con consecuencias desastrosas, pero en general

provocando al menos que los ejércitos perdieran capacidad de reacción y consiguiendo que las campañas se alargaran o no fueran todo lo eficaces que pudieran haber sido. Tucídides parece aconsejar a los generales griegos asegurar los suministros llevando éstos consigo, de manera que la tropa pueda concentrarse en las acciones militares y esté continuamente dispuesta para la acción, teniendo que recaer, como ocurre en los ejércitos modernos, todo o la mayor parte de la carga que supone la organización logística en el mando militar. De otra forma, las posibilidades de fracasar en la guerra son muchas.

Entre las intervenciones de los líderes siracusanos durante las discusiones acerca de cómo enfrentarse al peligro ateniense que se cierne sobre la ciudad, Tucídides pone en boca de Hermócrates un juicio muy parecido a éste, y que podemos entender como profético sobre lo que va a ocurrir en los meses siguientes en Sicilia (Th., VI,33,5):

Son pocas, en efecto, las expediciones marítimas de los griegos y los bárbaros que, dirigiéndose lejos de su patria, tuvieron éxito. Es que los expedicionarios nunca van en número superior a los indígenas y sus vecinos (pues todos se unen por el temor), y si por falta de víveres sufren un fracaso en tierra extraña, procuran gloria a aquellos a que atacaban, aunque hayan sucumbido principalmente por sus propias faltas.

En las palabras de Hermócrates podemos entender tanto un cierto juicio crítico a todo aquello que sucedió entorno a Siracusa, como una profecía de lo que le sucederá a los atenienses y que Nicias describe por carta a Atenas (Th., VII,14,1-3).

En muchos aspectos, más que los aciertos de los siracusanos y de sus aliados peloponesios, la victoria final de aquellos se debió a los errores de los estrategos

atenienses, y en ello fue clave la logística. Las dificultades con las que los barcos de suministro se fueron encontrando de forma creciente para poder hacer llegar sus cargamentos al campamento ateniense, el fuerte mazazo que supuso la pérdida de las fortificaciones del Plemirion y las Epipípolas donde estaban guardados todos sus suministros, y la imposibilidad de obtener nuevas fuentes de abastecimiento, hicieron que Nicias y Demóstenes tuvieran que adoptar medidas desesperadas que condujeron a la aniquilación final del ejército.¹⁷² Y esta lección quedó bien impresa en la inteligencia que sobre el episodio tuvo Tucídides.

En cuanto a la forma de llevar a cabo y organizarse los consejos de los generales, asambleas de soldados o las arengas de los estrategos, la situación en la que nos encontramos es igual de difícil. Parece que en algún caso podemos intuir la celebración de consejos entre los generales a última hora del día para tratar sobre las órdenes y la estrategia a seguir al día siguiente. Pero realmente los indicios que nos brinda la obra de Tucídides son muy escasos. Un ejemplo podría ser la reunión nocturna entre Nicias y Demóstenes, los dos generales que quedaban vivos comandando la expedición ateniense a Sicilia, según se describe en Th., VII,80,1:

Durante la noche Nicias y Demóstenes resolvieron, en vista de que su ejército estaba en situación apurada por carecer de toda clase de provisiones y porque muchos soldados habían resultado heridos en los numerosos ataques de

¹⁷² Th., VII,24,2-3: ...pues como los atenienses utilizaban los fuertes como almacén (ταμείω) había dentro mucho trigo (σίτος) y demás mercancías de los comerciantes (ἐμπόρων χρήματα), y también mucho material de los trierarcos; fueron cogidas cuarenta velas de trirreme con el aparejo correspondiente, y tres trirremes que habían sido sacados a tierra. Pero lo que más y principalmente perjudicó al ejército ateniense fue la toma de Plemirion, pues en adelante era peligroso entrar en el puerto para llevar provisiones (τῶν ἐπιτηδείων) (los siracusanos lo estorbaban con sus naves, que anclaban allí, y la llegada de las mismas se realizaba en adelante mediando un combate naval) y además produjo en el ejército consternación y desánimo.

los enemigos, encender muchos fuegos y llevarse de allí el ejército, pero no por el camino que habían pensado, sino en la dirección contraria a la que esperaban los siracusanos, hacia el mar.

En otros casos los consejos de los generales estarían abiertos a la participación de otros mandos intermedios, quizá como medio de alcanzar un consenso mayor que fortaleciera la disciplina y el orden en el ejército. Por ejemplo, es el caso de Th., VII,60, en una situación angustiosa en el que el ejército ateniense en Sicilia ya se confiesa derrotado. Por eso en la reunión participan no sólo los generales sino también los *taxiarcos*. Posiblemente, la situación y la importancia de la decisión para la supervivencia de todos requería que ésta fuera tomada y compartida por la base más amplia posible del ejército, de manera que no se produjeran fisuras. De mantener la disciplina y la obediencia en esos momentos tan difíciles dependían las pocas posibilidades de éxito que los jefes atenienses todavía podían abrigar. De ahí, quizá, que la decisión se tomara en un consejo abierto a otros oficiales (los *taxiarcos*) que podrían transmitir con mayor cercanía y obtener una mayor adhesión de los soldados a las órdenes decididas por los generales. El problema está en que Tucídides no nos dice ni el lugar ni el momento en el que se convocan esos consejos y, por tanto, apenas nos sirven para conocer algo más sobre la vida diaria en campaña.¹⁷³

En algunos casos las decisiones tomadas requerirían, además, la aprobación por votación en el consejo o la ratificación de la asamblea de los soldados. El sistema de votación sería habitualmente a viva voz entre los espartanos, ganado el grupo que,

¹⁷³ En la narración de Diodoro Sículo de las discusiones entre los generales atenienses en Sicilia sobre la necesidad de abandonar o no el campamento, al contrario que en Tucídides, parece que las decisiones eran tomadas en consejos en los que asistían más miembros del ejército y no sólo los dos mandos supremos (D.S., XIII,12,2; 18,1-2). Probablemente fue así, y Tucídides, fiel a su estilo sobrio, se centra únicamente en los personajes más relevantes de cada acción.

mediante su sonora oposición o aceptación, se mostrara más numeroso, mientras que, en consonancia con la práctica civil, en Atenas se haría uso de piedras (Th., I,87,1-2).¹⁷⁴

Pero más importante que la relación entre los generales que compartían el mando en el ejército, era la relación de éstos con los soldados y su capacidad para sostener la disciplina y obediencia en el seno del στρατόπεδον. Esto era fruto, no del acatamiento temeroso de un ordenamiento y una disciplina militar, sino sobre todo de mantener el convencimiento de los soldados de la conveniencia de la obediencia por el bien general del ejército y de los intereses de la ciudad que están defendiendo. En caso de que el general no cumpla con lo que de él se espera, corre el riesgo de concitar la animadversión de los soldados y que se produzca la fractura en la confianza entre mandos y subordinados. Ese era un trabajo diario, penoso, compuesto por multitud de detalles que irán fortaleciendo la confianza de los soldados hacia sus jefes o minándola. Instrumento fundamental para mantener esa relación fluida y la constante confianza en el mando eran las arengas y discursos a los soldados. Éstos incluso llegaban a quejarse si su comandante no se mostraba diligente en su uso, en lo que constituía una clara manifestación de desidia en el mando (Th., II,18,3). Lo cierto es que, una vez caído en desgracia ante sus hombres, un comandante difícilmente podía restaurar su fama (Th., V,65,2-3).

Probablemente se debió a las circunstancias especiales que atravesaba la ciudad de Atenas, pero la ruptura de entre la masa de los soldados y sus mandos podía llegar a

¹⁷⁴ El sistema de votación a voces podía tener sus aspectos negativos, pero también garantizaba cierto anonimato al voto y la seguridad del votante. De ahí que el método que Esteneladas pone en marcha, pueda también interpretarse como una forma de presión política a favor de su propuesta al obligar a partidarios y contrarios a abandonar la masa y retratarse en cada bando. HORNBLLOWER, 1997, p. 131; Gomme, 1945, p. 252. Por el contrario, para STE CROIX, 1972, pp. 348-349, la toma de decisiones por los gritos de los miembros presentes en la asamblea es la forma más antigua de llevar a cabo las votaciones en asamblea, y es propia de todas las sociedades antiguas. Su permanencia en Esparta demostraría para este autor la falta de una verdadera *isegoría*. El recuento de votos en Esparta se empleaba únicamente para solventar desacuerdos entre éforos, para las decisiones oficiales de la *gerusia*, y en las sesiones del congreso de la liga del Peloponeso.

tal extremo que éstos decidieran, reunidos en asamblea, deponer a sus jefes (Th., VIII,76,1-3):

En este tiempo los atenienses quedaron enfrentados entre sí, exigiendo los unos que la ciudad se rigiera democráticamente y los otros que el ejército (τὸ στρατόπεδον) lo hiciera oligárquicamente. Y los soldados celebraron inmediatamente una asamblea (ἐκκλησίαν), en la cual destituyeron a los anteriores generales y a los trierarcos de los que tenían sospechas y eligieron en su lugar otros trierarcos y generales, de los cuales fueron Trasíbulo y Trasilo. Y levantándose a hablar, dirigieron otras varias exhortaciones y principalmente que no había que descorazonarse porque la ciudad hubiera desertado de su campo...

No queremos decir que esto fuera lo habitual, ni siquiera un riesgo cercano, pero en determinadas ocasiones, si la situación se deterioraba lo suficiente, no era descabellado pensar que se pudiera llegar a esos extremos.¹⁷⁵

Del general se esperaba tanto capacidad estratégica como táctica, manifestada en las grandes ocasiones como en las pequeñas necesidades del día a día. De él depende la elección de las rutas, el lugar de acampada, la posibilidad de disponer de un mercado donde abastecerse y su emplazamiento, probablemente incluso la estructuración interna del mismo. Así lo resume explícitamente Tucídides al recoger las quejas de los soldados

¹⁷⁵ Tucídides (VIII,76,6) explica claramente, con ocasión de la defección del ejército de Atenas, que también el gobierno de la ciudad sobre las fuerzas en campaña se ve sometido a presiones semejantes: *Era pequeña y sin valor la medida en que la ciudad les resultaba útil para vencer al enemigo, y nada habían perdido con su defección; pues los atenienses de la ciudad no tenían ya ni dinero que mandarles, sino que los soldados se lo procuraban, ni ningún buen consejo, que son las razones por las cuales una ciudad mantiene el mando sobre los ejércitos (πόλις στρατοπέδων κρατεῖ).*

atenienses de Samos, durante el largo enfrentamiento con su ciudad, que no olvidan el mal trato recibido anteriormente por sus generales (Th., VIII, 83).¹⁷⁶

Entre todos estos aspectos, debemos destacar también que entre sus responsabilidades se encontraba asegurar las buenas condiciones de salubridad en el campamento. También Diodoro Sículo (XIII,12,3-4) afirma que fue la presión de los soldados atenienses, que sufrían de una epidemia en el campamento y de grandes dificultades para aprovisionarse, lo que llevó a Nicias y a los demás generales decidirse por cambiar de opinión y aceptar la necesidad de intentar abandonar el campamento junto a Siracusa para buscar un lugar más favorable. Sin embargo, Tucídides (VII,47-48), deja todo el peso en la toma de esta decisión al exclusivo juicio y debate entre los generales atenienses.

A esto se sumaba, que el jefe del ejército debía cumplir con las virtudes militares que se le presuponen por su cargo pero que no siempre encarnaban, siendo sin embargo esenciales para lograr la adhesión de sus hombres y mantener su moral de combate alta. Por eso era esencial convencer, transmitir y explicar las razones de la propia estrategia al ejército. Disponían para ello, entre otras cosas, de las arengas antes de las batallas o en cualquier otro momento de la campaña, tanto dirigiéndose de forma general a todo el ejército, como a grupos más reducidos, o también únicamente con discursos cuyos receptores eran sólo los jefes del ejército. Esto, lógicamente, es especialmente importante justo antes de las batallas, para aumentar la confianza de los soldados en el éxito de la difícil tarea que tenían por delante (Th., II,86,6). Lo común y necesario de estas arengas se pone de manifiesto en cómo las palabras casi se repiten en Th., II,88,1, pero en este momento aplicadas a los soldados de Formión que, no viendo claro el

¹⁷⁶ También, Th., VII,47,1-2.

desenlace del encuentro militar que está a punto de iniciarse, comenzaban a desalentarse llevados de los rumores y comentarios que entre ellos se hacían.

Como buen general, Formión se da cuenta a tiempo del peligro que el miedo entre los soldados conllevaba, decidiéndose a enfrentarse abiertamente a las críticas de los soldados. Era en el mando también en el campamento, fuera del campo de batalla, donde el general debía demostrar su valía para dirigir el ejército, y lo que distingue los buenos de los malos generales, más aún que en la inteligencia táctica en el campo de batalla.¹⁷⁷

Especialmente en los momentos de mayor peligro y desánimo, las palabras de aliento de los generales eran más necesarias e importantes que nunca. Es en los instantes en los que el ejército ateniense huye a través de territorio siracusano, cuando la capacidad de Nicias y Demóstenes como generales y jefes del ejército ateniense se pone a prueba y exige más desvelos que en cualquier otra ocasión anterior de la campaña (Th., VII,78,1): *Nicias, mientras dirigía esta exhortación, recorría el ejército, y si en algún punto le veía con las filas separadas y marchando en desorden le devolvía a la unidad y le formaba correctamente; y lo mismo hacía Demóstenes con los suyos diciendo cosas semejantes...*

No saber mandar al propio ejército o dejarse llevar por las presiones de los soldados para no perder la adhesión de éstos a sus mandos podía tener graves consecuencias, como experimentó Cleón, quién, ante la presión y críticas de sus soldados por su inactividad, lanza al combate a sus falanges en una situación sólo favorable para su contrincante Brásidas (Th., V,7,2). Era imprescindible que los generales supieran hacer valer su mando e imponer su autoridad, no dudando de

¹⁷⁷ Sorprende cómo incluso el ejército de Formión se muestra reticente a embarcarse para la batalla pese a lo ordenado por su general, lo que subraya aún más ese límite natural en el mando que los comandantes griegos tenían en campaña aún en estos momentos. Pero Formión, uno de los más grandes generales atenienses, impondrá su mando y obligará a los marineros a embarcarse contra su voluntad (Th., II,90,1).

convencer a sus hombres mediante formas más rotundas de persuasión de ser necesario, como deja claro el genial general espartano a sus soldados antes de una batalla (Th., II,87,9):

Nosotros, por nuestra parte, no prepararemos la batalla peor que los almirantes de antes y no daremos pretexto a nadie para ser cobarde; y si acaso alguno quiere serlo, será castigado con la pena correspondiente (κολασθήσεται τῇ πρεπούση ζημίᾳ), mientras que los valientes serán recompensados con los premios al valor que merezcan.

Sin duda que encontrar el equilibrio adecuado y saber entender los tiempos no eran cosa fácil ni estaban al alcance de cualquier general. Un exceso de celo o de demostración de fuerza podían resultar fatales, como tuvo ocasión de comprobar Astíoco (Th., VIII,84,2-3).

Tucídides, que también había tenido experiencia de lo que era el mando, estaba claramente convencido de que la labor del general no era exclusivamente de dirección táctica, sino también política. Esta habilidad era esencial para ejercer la guía en campaña, más aún por tratarse de un ejército de ciudadanos-soldados a los que es necesario convencer de la valía de sus mandos. Para ello, la vida cotidiana del στρατόπεδον, con sus muchas vicisitudes, se demostraba como un escenario privilegiado para los generales donde desplegar las capacidades que cada cual poseía y convencer a los hombres de lo justificado que resultaba confiar en ellos sus vidas.

Al fin y al cabo, el ejército en campaña (στρατόπεδον) era imagen de la sociedad griega, definiéndose muchas veces como una ciudad en movimiento, y esto

también es válido para el aspecto político de la vida de estas sociedades que, estando militarizadas, no pierden por ello su carácter y modos civiles.

Conclusiones.

Pese a la sobriedad de la obra de Tucídides, que apenas se detiene en aspectos de la cotidianeidad de los ejércitos, su testimonio es esencial por cubrir un periodo de gran trascendencia en los desarrollos polemológicos griegos. La guerra en Esparta y Atenas fue una guerra de desgaste, con grandes ejércitos movilizados durante prolongados periodos, en el que las cuestiones de logística pasan a ser un elemento de gran importancia en los cálculos de los generales, en el que el empleo de muros y fortificaciones aparece como uno de los rasgos más señalados de la época, y en el que las operaciones militares se sofistican gracias al empleo de complejos sistemas de transmisión de información de día y de noche a largas distancias. Por eso, si bien en Tucídides apenas encontramos noticias sobre el funcionamiento diario interno de los ejércitos en campaña, su obra se convierte en testigo excepcional de esas actividades externas de los ejércitos que tanta influencia tienen en la organización de la vida en campaña.

Todo eso también se refleja en el vocabulario, que con tanto cuidado emplea Tucídides a lo largo de toda su obra. En primer lugar destaca cómo sigue haciendo uso habitual de στρατόπεδον, pero ya no primordialmente vinculado (según la estadística que de su uso hemos podido hacer) a un sentido de “ejército acampado”, sino de forma más general como “ejército en campaña”, esté o no acampado (Th., V,70-71). Enlaza de esta manera con un uso tradicional del lenguaje y se asocia estrechamente al sentido del vocable στρατός según era empleado en la épica.

Pero también es noticia la aparición de formas verbales como ποιέω στρατόπεδον ο σκευάζω στρατόπεδον que dejan intuir una complejización en las acampadas, en las que podemos contar ya con la construcción de infraestructuras y

algún tipo de labor de ordenación de sus espacios. Igualmente, hay que destacar que por primera vez nos topamos con el uso de τὰ ὄπλα como sinónimo de campamento. Con esta expresión se quiere indicar la zona de acampada de los soldados estrictamente delimitada, en contraposición con el sentido más general de στρατόπεδον. De ahí que el lenguaje que emplea a lo largo de su Historia manifiesta claramente el que se ha producido un avance en los desarrollos, en la complejidad y en la forma de organización de las acampadas griegas.

El στρατόπεδον pasa a ser el marco cada vez más frecuente de la vida de unos ciudadanos griegos que han de dedicar cada vez más tiempo a la guerra. La prolongación del conflicto lleva a que éste se transforme en una guerra de desgaste, y a que las cuestiones logísticas (que sirven tanto para la propia supervivencia, como para dificultar o rendir al enemigo) aparezcan muy destacadas dentro del cálculo estratégico y táctico de los generales. Por eso no extraña el que, a la hora de explicar los movimientos de los ejércitos y sus posiciones a lo largo de las campañas, Tucídides dé abundantes razones de tipo logístico que explican el porqué de los movimientos o localizaciones de los στρατόπεδα. El asegurar agua y víveres sigue siendo primordial, y más en cuanto que los ejércitos son cada vez más grandes y la duración de las campañas más prolongadas. El ejemplo paradigmático sería la prolija descripción de los preparativos de la operación ateniense contra Sicilia; pero sin irnos tan lejos, también podemos encontrar abundantes casos en la propia Hélade de esas dificultades que encuentran los generales para mantener el abastecimiento de enormes contingentes. En todos ellos, tanto un bando como el otro tenía que cuidarse mucho de cómo administrar sus reservas, lo que conllevaba frecuentes cambios en la localización de las acampadas, poner una extrema atención en la elección de sus emplazamientos, una rigurosa planificación de las campañas, la búsqueda de la proximidad de aldeas o ciudades, o

bien el establecimiento de líneas de abastecimiento que desde la ciudad y en caravanas de bestias de carga proveyeran constantemente de avituallamiento al ejército.

Pero, junto a los víveres y al agua, la complejidad que adquiere la guerra y que se traslada a la técnica campamental, hace que esa elección de los lugares de establecimiento de los ejércitos tenga también que observar el cubrir otras necesidades que ahora se hacen cada vez más necesarias, como sería la disponibilidad de piedra o madera para la construcción de defensas, fortines, muros de asedio o para la reparación de las naves, en el caso de las flotas, o de los carromatos del transporte de víveres en el caso de la infantería.

Todo eso se ha de conjugar con otras necesidades tácticas que no cambian con respecto a periodos previos.¹⁸² Alturas y colinas siguen siendo el lugar ideal para el establecimiento de un campamento, antesala de la lucha en la planicie de los valles. Durante largo tiempo pueden estar dos ejércitos frente a frente acampados, cada uno en una colina, sin esconderse, intentando encontrar el mejor momento para la batalla, en una guerra de nervios que se podía prolongar varios días, y acabar o no en confrontación directa. Pero la evolución táctica hace que ahora los generales no se detengan ahí en sus planificaciones y sepan aprovechar mejor, por ejemplo, las montañas para intentar esconder su posición al enemigo y evitar así el combate. Eso nos indica que existe una amplia experiencia y un profundo conocimiento del arte de la guerra para llegar a emplear cada circunstancia de la orografía de un territorio o de unas costas en beneficio propio.

Dentro de todo ese abanico de necesidades que han de cumplir los emplazamientos de los στρατόπεδα, los templos se convierten en un lugar recurrente y muy apto para solventar las necesidades tácticas y logísticas de un ejército. La

¹⁸² También debemos señalar que siguen existiendo razones de salubridad esenciales para la supervivencia de los soldados acampados y que los generales conocían, aunque no siempre se dejaron guiar por ellos poniendo en peligro campañas militares enteras.

frecuencia con la que los recintos sagrados fueron ocupados por soldados durante la guerra del Peloponeso debió de provocar un encendido debate entre los griegos sobre la licitud de esa práctica. El deseo de aprovechar las instalaciones de los templos (fuentes de agua, muros del τέμενος, o incluso las riquezas o productos del dios) no era una novedad, pero la diferencia estriba en que ahora la guerra se produce fundamentalmente en territorio heleno y entre fuerzas griegas, aumentando la frecuencia de esa práctica. Además, cabe pensar que a nadie le extrañaría un comportamiento impío por parte de ejércitos bárbaros en suelo griego, pero no así entre ejércitos de otras ciudades griegas avasallando templos de dioses venerados por toda la Hélade. Ese encendido debate quedaría reflejado en la discusión sobre la licitud de la fortificación que los atenienses realizan del templo de Apolo Delion en Th., IV,90. El juicio de Tucídides no resulta muy concluyente, pero al final parece que se debe aceptar esa práctica siempre y cuando se permita mantener el culto del dios y se respeten sus posesiones.

Sobre la forma o estructuración de los campamentos, Tucídides también se muestra muy parco en las noticias que nos ofrece. Lo único que parece claro es que, por los pocos pasajes en los que se hace alguna alusión a estas cuestiones, la práctica sigue siendo la habitual hasta el momento. La organización interna mantiene la pauta de jerarquización de los ejércitos, reflejando igualmente los usos políticos que identifican a cada polis. Es comprensible que podamos afirmar que las acampadas de estos ejércitos se organizan distribuyéndose internamente sin mezclar contingentes de diferente procedencia y después descendiendo en esa separación hasta llegar a la célula más básica que sería la unidad formada por los compañeros de tienda. Si nos atenemos a las escasísimas referencias que nos brinda el texto tucidídeo, lo más probable es que estas unidades más básicas fueran compuestas de diez hombres. Si entre las diferentes unidades existían corredores o calles que organizaban el espacio no tenemos ninguna

evidencia, aunque parece natural que así fuera. Siempre debemos de recordar que el silencio de Tucídides no es una prueba en contra, sino que mientras no se demuestre lo contrario tal silencio es más probablemente una afirmación de una continuidad con respecto a los usos tradicionales, que justamente por eso no merecen una aclaración o mención por Tucídides.

Sabemos que en esos campamentos abundarían los esclavos, llevando a cabo la mayor parte de la carga de los trabajos cotidianos e incluso integrándose, en ocasiones extraordinarias, en las fuerzas de combate. Pero no sabemos qué lugar ocupaban en los campamentos, ni cómo era el devenir de su vida en esos ejércitos. Esos aspectos que tanto nos interesarían sobre la cotidianeidad de los ejércitos, quedan completamente velados, como también todo lo relacionado con la impedimenta, el mercado, los animales de carga o incluso con un problema tan básico como las expresiones de religiosidad tanto privadas de los soldados como propias del culto público de todo el ejército.

Tan sólo sabemos que todos estos aspectos eran tan importantes y característicos de la vida diaria en campaña que el tren de equipajes (formado tanto por animales de tiro como por carros de bueyes) era uno de los rasgos más característicos de un στρατόπεδον. Caso similar es el del mercado que acompaña siempre al ejército, del que apenas sabemos nada, pese a que su relevancia era tal que existía un encargado dentro del contingente de preocuparse de todos los problemas relacionados con su funcionamiento.

Mucho más fructífero ha sido el análisis sobre la fortificación de los campamentos. La Guerra del Peloponeso es una guerra de muros y fortificaciones y, en cuanto a los campamentos, podemos afirmar que las construcciones defensivas ya no son un fenómeno extraordinario. No podemos pensar en grandes estructuras de muros

con foso y empalizada, que sólo aparecen en contados casos. Pero, sí es más probable que se generalizara el uso de pequeñas estructuras o construcciones en torno a los campamentos, o que se emplearan los propios carros de transporte para proteger a los soldados.

Fortificaciones más imponentes de un campamento suponen un gran gasto en dinero, hombres y material, y sólo pueden ser fruto de un deseo de permanencia y de conquista de un territorio enemigo. El ejército así fortificado demuestra que está allí para quedarse, y el campamento deja de ser una parada breve antes de una batalla, para ser una base de dominio o conquista de un territorio. De estos últimos hemos podido identificar algunos casos en la narración de la Historia de Tucídides, lo que supone y evidencia un cambio sustancial en cuanto al papel del campamento y los objetivos de la guerra.

Más habitual, incluso probablemente ya como práctica sistemática, es la construcción de empalizadas para la defensa de barcos y de fuerzas desembarcadas. La razón parece evidente. En caso de verse sorprendidos por un ataque enemigo, la única posibilidad de salvación está en proteger las naves para poder regresar a casa. Si éstas se pierden, el contingente quedaría aislado en tierra enemiga. Es ya una norma de prudencia elemental el que el almirante se esfuerce por defender los barcos lo mejor posible. A tal actitud es a la que muy probablemente hace referencia Tucídides (I,11) cuando menciona la construcción de una empalizada (τὸ ἔρυμα) por los aqueos nada más desembarcar frente a Troya, en un ejemplo más de su tendencia a los anacronismos en sus análisis del pasado y que no es un ejemplo único dentro de su *Arqueología*.

Quizá esta práctica sea resultado de la experiencia en la lucha contra los persas en el periodo anterior, como lo sería también la frecuencia con la que los griegos construyen junto a sus acampadas almacenes y arsenales. No sería raro que, también

debido a esa influencia, los griegos construyeran esos pequeños muretes o empalizadas rodeando sus campamentos de forma habitual, a los que nos hemos referido anteriormente.

Pero para la seguridad del campamento siguen siendo fundamentales los sistemas de guardia, observadores y dispositivos de información de los que se rodean los στρατόπεδα. No tenemos descripción de ellos, pero la complejidad de las acciones que ponen en marcha las ciudades, combinando los movimientos de grandes ejércitos desde puntos diferentes para atacar a un mismo enemigo a la vez, también la coordinación de tropas y flota separadas por grandes distancias, las marchas nocturnas y diurnas, el estrecho cerco y vigilancia que ahora los jefes militares son capaces de implementar frente al enemigo y a lo largo de grandes áreas, o el hecho de que apenas haya algún caso a lo largo de todo el conflicto en el que un ejército se ve sorprendido por el ataque de otro, muestra bien a las claras el nivel de desarrollo y el perfeccionamiento de esta parte de la teoría militar.

No hay duda de que los sistemas de transmisión de información se perfeccionaron mucho, siendo capaces de enviar mensajes complejos a larga distancia, tanto de día como de noche. Pero también en el propio campo de batalla y para distancias más cortas, los generales parecen haber estado constantemente informados sobre cualquier novedad. La otra cara de la moneda la componen las muchas horas y vigilias que numerosos soldados debieron de gastar en esas labores y que, más que en Tucídides, ya vimos reflejado en Esquilo y ahora en Aristófanes.

Logística, fortificaciones y sistemas de guardia e información son los tres aspectos que, en relación con el campamento están mejor desarrollados en Tucídides. En cambio, el horario que organizaba el día a día es de los aspectos que peor aparecen recogidos. Igualmente se sugiere que la acampada en su conjunto se rige por un horario

común, señalado y ordenado de forma centralizada gracias a órdenes y avisos anunciados mediante trompetas. Esto es importante porque manifiesta una centralización y un importante grado de orden en la vida en campaña. Ese horario debió de seguir el mismo esquema visto en Heródoto. La mayor profesionalización condujo, eso sí, a una más habitual actividad de entrenamiento de la tropa, forzada por unos generales que saben que, enfrentados a un ejército de su misma naturaleza y características, las pequeñas diferencias pueden ser muy significativas en el resultado final. Lo mismo ocurre con la capacidad de los generales de mantener unidos a sus hombres, de lograr imponerse mediante una autoridad que fructifica día a día en decisiones sobre aspectos nimios pero de gran trascendencia para los soldados, como la decisión ante la batalla, saber transmitir la información precisa a sus subordinados, mantener los suministros y pagar las soldadas puntualmente, etc. Todo ello es uno de los aspectos sobre los que Tucídides también reflexiona, y que destaca para bien o para mal en los diversos episodios de la guerra. Sin embargo, apenas aparecen reflejadas asambleas de soldados o consejos de comandantes en la tienda del jefe militar. Sabemos que se siguen produciendo, sabemos que siguen siendo el mecanismo esencial de comunicación entre los jefes y los soldados, pero pese a eso Tucídides de nuevo pasa en silencio sobre ese aspecto de la vida en campaña. Es, una vez más, el resultado de su estilo sobrio, falto de detalles, centrado en los desarrollos políticos y militares, y que deja completamente al margen cualquier otro elemento de la vida cotidiana de esos ejércitos en campaña. Aun así, Tucídides sigue siendo una buena fuente para la reconstrucción de la historia de los campamentos militares.

Capítulo 5: El campamento militar griego en Jenofonte

1. La obra de Jenofonte.¹

Jenofonte es la fuente fundamental para el estudio del campamento militar griego.² Al margen de cualquier discusión sobre el carácter y valor de sus obras, Jenofonte fue siempre un soldado y la milicia la referencia constante de sus trabajos.³ Ningún otro autor nos refleja la vida militar como él lo hace. Quizás una de sus mayores virtudes es la facilidad con la que, a través de sus narraciones, nos adentramos en la vida diaria, en las dificultades y sentimientos de un soldado de la Grecia del s. IV. La narración histórica y la historia política no tienen la profundidad o el rigor que podemos encontrar en Tucídides, pero nadie ha descrito mejor que él la experiencia vital de una batalla, la vida del campamento, el *ethos* de un hoplita. Para darnos cuenta de ello bastaría recordar su descripción de la batalla de Cunaxa (*An.*, I,8,1-I,10,19).

Mientras en Heródoto y Tucídides resulta difícil rastrear la vida en campaña de los soldados griegos, en Jenofonte ésta se convierte en uno de los temas fundamentales de sus escritos. Por eso, como estratega, la táctica ocupa un lugar destacado en sus reflexiones; pero, como militar experimentado, considera a aquélla sólo como una parte más, y no la más importante, del arte de la guerra. Así nos lo explica el mismo

¹ Las traducciones de los textos en español están tomadas, si no se indica lo contrario, de las realizadas para la colección de la *Biblioteca Clásica Gredos* por BACH PELLICER, 1982; GUNTIÑAS TUÑÓN, 1984; 1985; VEGAS SANSALVADOR, 1987.

² A lo largo de este capítulo seguiremos las líneas planteadas en nuestra Memoria de Licenciatura, publicada como resumen en ÁLVAREZ RICO, 2002. Ahora incluimos fundamentalmente discusiones y aportaciones realizadas a lo largo de estos últimos ocho años sobre la obra de Jenofonte, el estudio del campamento, y la vida en campaña de los Diez Mil presentes en autores como HUTCHINSON, 2000, o LEE, 2007, así como una ampliación en la visión que sobre el problema podemos llegar a tener gracias a la aportación de nuevas fuentes no tenidas en cuenta en nuestra Memoria de Licenciatura.

³ Para una visión completa de la vida y obra de Jenofonte ver DELEBECQUE, 1957 y ANDERSON, 1974, con juicios contrapuestos sobre la figura de Jenofonte; BREITENBACH, 1950, pp. 11-16, más especialmente sobre su obra y el carácter de la misma.

Jenofonte a través de Ciro: ...y, *recogiendo uno por uno los puntos anteriores, me preguntaste de qué serviría a un ejército la táctica sin recursos (τῶν ἐπιτηδείων), sin la salud, sin el conocimiento de las artes inventadas para la guerra y sin la disciplina (ἄνευ τοῦ πείθεσθαι).*⁴

La visión de Jenofonte de la guerra, por tanto, no se queda en la mera *ars militaris*, sino que es labor del buen estratega el considerar el conjunto de elementos que componen la vida diaria del soldado y velar por ellos.

No nos ha de extrañar que Jenofonte se convierta en la base firme de nuestro estudio sobre los campamentos militares, porque ningún otro autor ha prestado tanta atención como él a la vida cotidiana del soldado, que se articula y tiene como marco el campamento.

La camaradería entre los soldados, las asambleas, los discursos de los jefes militares, las reuniones de los jefes militares, las veladas en las tiendas donde se bromea, se dan las instrucciones para el día siguiente y se descansa de las fatigas de la jornada, aparecen en Jenofonte perfectamente caracterizadas. El elogio que Gobrias hace en la *Ciropedia* de la vida en el campamento como superior a todas las comodidades que puedan encontrarse en su palacio, tiene mucho de la añoranza de un viejo militar por esa vida en campaña:

Por Zeus, sé bien que vosotros tenéis más cubiertas y lechos, y que vuestra casa es mucho mayor que la mía, puesto que os servís de la tierra y del cielo como casa, que vuestros lechos son todos los lugares de reposo que pueda

⁴ Cyr., I, 6, 14; y más claramente expresado en Mem., III, 1.

*haber en la tierra, y que tenéis como cubierta no toda la lana que producen los rebaños, sino toda la maleza que hacen brotar montañas y praderas.*⁵

Jenofonte es el autor que mayor interés muestra por la vida en campaña en toda la literatura griega anterior a Polibio. Sólo en su *Ciropedia* y en la *República de los Lacedemonios* encontramos capítulos dedicados exclusivamente al campamento militar. Estas dos obras son de enorme interés para nuestro estudio, entendidas como manuales teóricos del arte militar y como resultado de la experiencia adquirida por Jenofonte durante la guerra del Peloponeso y en la conducción de los Diez Mil.⁶ En segundo plano quedarían las obras menores en las que se reflejan muchas de sus concepciones polemológicas, pero que para este estudio resultan de un valor secundario.⁷

En la *República de los Lacedemonios* se nos describe con tintes de admiración e idealización el mundo militar y político que siempre inspiró las acciones del ateniense. En esta pequeña obra se nos describe una Esparta que no es ya la contemporánea de Jenofonte, que tan de cerca pudo conocer, sino una polis lacedemonia idealizada y modélica, propia de un afán didáctico-moralizante muy propio del ateniense, y cuyas

⁵ Ὑμῖν νῆ Δί' εὖ οἶδ' ὅτι, ἔφη, καὶ στρώματα πλείω ἐστὶ καὶ κλῖναι, καὶ οἰκία γε πολὺ μείζων ἢ ὑπετέρα τῆς ἐμῆς, οἳ γε οἰκία μὲν χρῆσθε γῆ τε καὶ οὐρανῶ, κλῖναι δ' ὑμῖν εἰσιν ὅποσαι εὐναὶ γένοιντ' ἂν ἐπὶ γῆς· στρώματα δὲ νομίζετε οὐχ ὅσα πρόβατα φύει, ἀλλ' ὅσα ὄρη τε καὶ πεδία ἀνίησι (Cyr., V, 2, 15).

⁶Paralelamente a las motivaciones políticas y morales que se encuentran en la *República de los Lacedemonios*, la referencia a lo militar es algo constante a lo largo de la obra: de forma directa, en los últimos capítulos (XI-XV), y en el fondo, o como marco, de los restantes (I-X).

⁷*Memorabilia, Económico, Apología de Sócrates, Symposion, Hierón, Agesilao, Los ingresos públicos, El hipárquico, De la equitación, De la caza.*

formas se engrandecen ante la crisis que vive toda la Grecia del siglo IV a.C. pero, más especialmente, Esparta.⁸

La fecha de redacción de la *República de los Lacedemonios* ha sido una cuestión debatida durante mucho tiempo, sin que se haya llegado realmente a ninguna conclusión, al menos sobre la cronología del conjunto de la obra. Para las cuestiones que en este caso nos interesan nos centraremos en los capítulos XII y XIII, considerando los datos allí contenidos como escritos en la década de los setenta del siglo IV a.C.⁹

Del conjunto del texto debemos destacar la descripción, recogida en el capítulo XII, sobre la forma de acampar espartana y según unas supuestas normas dictadas por Licurgo. Esta descripción posee, como el resto de esta obra, ese carácter de realidad ya pretérita que es presentada por Jenofonte como un ideal al que aspirar, por lo que quizá

⁸ Para el estudio de las motivaciones políticas que también podemos encontrar en la obra, ver el resumen de REBENICH, 1998, pp. 3-33.

⁹ Datos dentro del texto que nos permitan su datación sólo contamos con dos, ambos en el capítulo XIV. Por un lado está la referencia a los *harmostas* (XIV,2), que pertenecen a una época entre el 412 y el 386 a.C. Después del 386 hay *harmostas*, pero su número es ya muy reducido. En el 371 a.C. Esparta se comprometió a repatriar a todos ellos (HG.,VI,3,18). El otro pasaje se encuentra en XIV,6 donde Jenofonte nos dice que en ese momento la mayoría de los griegos intentaban impedir la vuelta del dominio de Esparta, lo que se puede poner en conexión con la fundación de la Segunda Liga ateniense en 377. El deseo espartano de volver a regir sobre toda Grecia difícilmente se puede compatibilizar con una datación posterior a su derrota en Leuctra (371). Por todo ello, probablemente, el capítulo XIV se pueda datar entre el 378 y el 371. En el resto del texto no tenemos ningún otro dato que nos permita fijar una fecha. El problema surge por el distinto carácter que estos últimos capítulos poseen y que ha llevado a muchos autores a considerar la posible existencia de dos etapas distintas en su redacción, o incluso la presencia de otra mano para los últimos capítulos. Para MARCHANT, 1925, pp. xx-xxv, se pueden distinguir en la obra diversas fases de redacción, componiendo los capítulos I al X una unidad que después se ve completada, de forma tardía, por los restantes capítulos, que califica de epílogos; OLLIER, 1934, pp. xiv-xviii y xxviii-xxix, fecha el cuerpo principal de la obra en el 394, como primera obra de Jenofonte, aunque más tarde se vería corregida al redactar los últimos capítulos, fechados en el 378 a.C.; sin embargo, otros autores, empezando por MOMIGLIANO, 1936, pp. 170-173 y acabando por REBENICH, 1998, pp. 14-34, la consideran como una obra unitaria, por lo que la fecha de redacción que es aceptada por todos para el capítulo XIV (entre el 378 y el 371 a.C.) serviría para datar el conjunto de la obra. En nuestra opinión, la obra parece tener un núcleo más antiguo y completo en sí mismo, compuesto por los capítulos I al X, al que continuarán posteriormente los capítulos XI al XV, donde claramente se nota la mano de un soldado bien experimentado y donde los temas y las soluciones propuestas se acercan mucho a lo que podemos leer en la *Anábasis*. En esa segunda fase de redacción, que se corresponde con el periodo entre el 378 y el 371, la obra habría sido revisada en su conjunto, por lo que las diferencias formales y estilísticas entre ambas redacciones no podríamos ahora distinguirlas, ni son realmente relevantes, como demostró Momigliano. Sin embargo aparece, en nuestra opinión, entre el capítulo X y el XI un corte temático y conceptual, que dota a la segunda parte de la obra de un tono diferente, puesto de relieve por muchos autores. También hay que tener en cuenta que primeras redacciones y posteriores revisiones de un escrito es algo también supuesto para otras obras de Jenofonte.

se corresponde más con lo que debe ser un modelo ideal de campamento militar, que con lo que realmente eran los campamentos militares lacedemonios del siglo IV a.C. y que Jenofonte conoció. Aun así, este ejemplo nos sirve como una referencia básica para construir el modelo teórico de στρατόπεδον griego del siglo IV que buscamos.

Relevante para nuestros intereses es también el capítulo XIII que nos aporta valiosas indicaciones sobre la logística y organización de las campañas militares en Esparta. El núcleo de las ideas de Jenofonte sobre las cuestiones de intendencia a tener en cuenta por un gran ejército las tenemos ya aquí presentes como anticipo de lo que en la *Ciropedia* (VI,2,25-3,4) se expondrá más extensamente.

En la *Ciropedia* se compendia toda la experiencia del mismo Jenofonte.¹⁰ Esta obra de madurez es acaso el mejor resumen del carácter y del pensamiento del ateniense y, como ocurre con el autor mismo, su clasificación dentro de un determinado género literario ha sido una cuestión muy debatida.¹¹ Quizá la opinión general que la

¹⁰ ADCOCK, 1957, p. 23.

¹¹ Las problemáticas que se plantean en torno a esta obra son muy numerosas, pero las que aquí nos interesan podemos reducirlas a dos, muy parecidas a las ya vistas para la *República de los Lacedemonios*: fecha de composición y carácter unitario o no de la obra, ambas estrechamente relacionadas. Como en el caso de la *República de los Lacedemonios*, encontramos al final del escrito un cambio en el talante de la narración que lleva a muchos estudiosos a considerarlo como un epílogo añadido por otra mano o por el mismo Jenofonte en un momento posterior. El carácter novelesco de la *Ciropedia* impedía datar la obra con seguridad, excepto en el caso de esta última parte, en la que la referencia a las revueltas internas en las satrapías occidentales del imperio (*Cyr.*, VIII,8,4) posibilita el suponer una fecha de redacción hacia el 362 a.C. De ahí la importancia que la decisión sobre la unidad o no de la obra adquiría, de forma paralela a lo ya visto para la *República de los Lacedemonios*. En nuestra opinión la solución más acertada al problema es la expuesta por MUELLER-GOLDINGEN, 1995, pp. 45-55 que considera la obra como una narración unitaria, compuesta con bastante probabilidad entre el 366-361 y el 359 a.C., siendo por tanto una composición tardía de Jenofonte. Esta datación no se basa en la evidencia interna del llamado “Epílogo”, sino en la relación del conjunto de la obra y los temas en ella expuestos con las de Platón, cuya cronología conocemos con cierta precisión. MUELLER-GOLDINGEN, 1995, p. 278, apunta también el hecho de que Jenofonte, más que en ninguna otra obra, trabajó aquí con numerosas citas propias, tomando bloques de pensamientos de composiciones anteriores e introduciéndolos en nuevos contextos con pequeños cambios. Sobre el carácter unitario ver también DUE, 1989, pp. 16-22, y en contra de HIRSCH, 1985, pp. 91-97; de una opinión opuesta es HIGGINS, 1977, p. 48.

caracteriza como la primera novela histórica de Occidente sea la más acertada.¹² Este concepto es tan amplio como la variedad temática que allí nos encontramos. Podemos considerar la *Ciropedia* como una obra histórica, como una obra filosófica y como una novela, puesto que todos estos temas están ampliamente representados. Para los fines de este estudio la contemplaremos dentro de su carácter de manual del arte militar, como resultado del conjunto de la experiencia acumulada por Jenofonte en sus años de servicio.¹³

Con su ahistórico Ciro, Jenofonte trataría de construir un personaje en el que encarnar el ideal del general-gobernante, muy próximo a lo que era el rey espartano. Sus huestes no son las de un ejército bárbaro, sino la fuerza armada griega ideal, en muchos aspectos lacedemonia.¹⁴ Persia será la ambientación que dote a esta novela del exotismo y riqueza siempre admirados por Jenofonte. Pero es tan solo eso, la ambientación, y no una imagen real de un gobernante persa o de un ejército bárbaro.¹⁵

De forma consciente o no, el ateniense escribe algo muy parecido a lo que se podría entender como un manual militar del siglo IV a. C., en el que se repasan todos los problemas relacionados con un ejército de tierra en campaña (defensa y ataque de ciudades, asedios, mercados, estratagemas, formaciones de combate, cuestiones de

¹² La *Ciropedia* ha sido descrita al mismo tiempo como una novela histórica, la descripción de una época exótica, una utopía política, un manual del soldado, una obra de propaganda panhelénica para la conquista de Asia, y como un tratado pedagógico: *cfr.* TIGERSTEDT, 1965, vol. I, p. 177.

¹³ VEGAS SANSALVADOR, 1987, p. 8: [La *Ciropedia*] *constituye una sistemática summa de las ideas de su autor sobre educación, caza, equitación, política, moral y arte militar, que el propio Jenofonte había plasmado o iba a expresar más sistemáticamente en tratados especializados*; ANDERSON, 1974, p. 3: [la *Ciropedia*] *contains much else, including remarks on the training of recruits, the organization of armies, and military tactics, that must once have been of real practice value*; en el mismo sentido, MILLER, 1914 [reimpr. 1968], p. ix.

¹⁴ MILLER, 1914 [reimpr. 1968], p. viii.

¹⁵ Otro de los principales puntos de discusión es el carácter realmente persa o no de los elementos contenidos en la *Ciropedia* y las razones que movieron a Jenofonte para situar allí su “gobierno ideal”. Sobre este tema ver HIRSCH, 1985, especialmente pp. 76-87, quizá excesivo en sus conclusiones sobre el peso de lo persa en la narración, pero interesante por la perspectiva que plantea. También muy útil, de nuevo, MUELLER-GOLDINGEN, 1995, p. 274.

intendencia, etc.) y que son solucionados de forma perfecta (ideal) por Ciro.¹⁶ Por eso, las referencias que aparecen en la *Ciropedia* en relación con cuestiones de logística y de campamentos (horarios, elementos esenciales de una tienda de campaña, artículos necesarios para llevar en una campaña, alimentos, guardias, órdenes de marcha, o el capítulo dedicado a la distribución de los emplazamientos para los distintos cuerpos de ejército en el campamento de Ciro) serán la otra fuente esencial para el acercamiento a la teoría militar y castrametral existente en el siglo IV a.C.

Por supuesto, se nos plantea como primera dificultad diferenciar los elementos realmente persas, que aparecen en las descripciones y en la acción de la *Ciropedia*, de lo realmente griego y, para el caso de la *República de los Lacedemonios*, lo auténtico de la fabulación, la leyenda o el ideal buscado por Jenofonte. Las experiencias reales que encontramos recogidas en las *Helénicas* o en la *Anábasis* nos ayudarán a solucionar esta cuestión.

En las *Helénicas* volvemos a encontrarnos con los problemas habituales: finalidad del escrito, datación y diversa valoración de la obra. En realidad ninguno de ellos es importante para el tema que nos ocupa. Nosotros nos interesaremos por las cuestiones puramente militares que, una vez más, vemos tratadas con largueza.¹⁷ El

¹⁶ Por ejemplo, *Cyr.*, VII,5; VI,2,23-41; IV,5,42; V,3,44; VII,1.

¹⁷ En nuestra opinión, las *Helénicas* son una obra de historia con la que Jenofonte quiso continuar la saga que se inicia al menos con Heródoto y que se continúa con Tucídides. La mejor prueba de ello es, en nuestra opinión, la invitación que al final de la narración hace Jenofonte en este sentido (*HG.*, VII,5,27). Si ésta fue su idea desde un inicio o no, es más difícil de afirmar. De todas formas, a la vista de los argumentos hasta ahora presentados por los distintos autores que han tratado el problema, nos inclinamos a pensar que Jenofonte pretendió, en un momento temprano, proseguir o completar la obra de Tucídides. A este deseo se correspondería la primera parte de la obra (I-II,3,10), de clara influencia tucididea. Con seguridad sólo sabemos que Jenofonte estuvo trabajando en la obra, al menos para III,5,25, después de 381, y que VI,4,37 podemos datarlo algún tiempo después del 357/356 pero antes de 353. Más allá de esto no podemos decir nada con certeza. Sin embargo, las características de la narración hacen pensar que probablemente se puede datar la composición de la primera parte de la obra en la década de los 90 del siglo IV a.C., tras la expedición de Ciro. La composición de la segunda parte se produciría en la década de los 60 ó 50. En ésta el abandono del estilo de Tucídides es muy claro, desarrollando Jenofonte el tipo de narración que le es más propio, muy probablemente a causa del éxito obtenido con la *Anábasis*, y en el

deseo pedagógico de Jenofonte se extiende también por esta obra de historia en la que se demuestra gran interés por el individuo, con un deseo constante por poner de relieve las buenas cualidades que deben estar presentes en un jefe militar, manifestadas en sus acciones y mediante la comparación con los defectos y fracasos de otros generales.¹⁸ Volvemos a encontrarnos con numerosos ejemplos acerca de la preparación y del cuidado en la formación de las tropas, la vida en el campamento, los sistemas de vigilancia, las mejores disposiciones de un ejército en movimiento, etc. Muchas de estas anécdotas y narraciones fueron retomadas posteriormente, tal y como aquí se nos presentan o con ligeras variaciones, para la redacción de la *Ciropedia*.

La *Anábasis* es la obra más alabada de Jenofonte. En ella se recoge de manera magistral el periplo (o, más correctamente, *períodos*) del ejército de mercenarios griegos de Ciro hasta el interior del imperio persa, la batalla de Cunaxa donde Ciro es muerto, y la huida de los restos del ejército hacia Grecia. Se acepta de manera generalizada que esta obra se redactó a partir de las anotaciones que durante la marcha fue haciendo el propio Jenofonte en una especie de diario.¹⁹ Además, es también bastante probable que existiera algún otro tipo de cuaderno del ejército donde se recogerían, al menos, el número de fuerzas existentes en cada momento y las bajas que

que la influencia de Heródoto tiene un mayor peso. Si en la primera parte el estilo analítico buscaba claramente recoger los datos históricos con los que recomponer la historia de Grecia en ese periodo, en esta segunda parte encontramos más variedad de temas y finalidades, siendo mucho más fácil reconocer la mano del ateniense en su preocupación por enseñar, en su religiosidad, en sus valores morales, en los intereses fundamentales que definen la elección de unos hechos y la omisión de otros, etc. Estamos ya entonces ante una obra claramente jenofontea y, por tanto, debemos evitar la perspectiva tucididea en su enjuiciamiento.

¹⁸ Fundamental para la comprensión del pensamiento e intenciones de Jenofonte, no sólo para esta obra sino para el conjunto de su producción, es el capítulo que W. JAEGER, vol. III, 1955, p. 226-254, dedica a Jenofonte y en el que, de forma magistral, pone de relieve la finalidad educativa como un elemento constante y primario en su obra. Ver también BREITENBACH, 1950, pp. 17-28, para el carácter histórico de la obra, y 29-104, para el peso e importancia que los individuos tienen a lo largo de la narración y el ideal del jefe militar que va desgranando durante la misma.

¹⁹ LEE, 2007, p. 4: *the first soldier's memoir in world literature*.

se fueran produciendo durante el recorrido. Estas listas resultan imprescindibles si pensamos en las necesidades administrativas, logísticas y económicas de un ejército de más de diez mil mercenarios.²⁰ La obra de Jenofonte surge gracias a todos estos elementos y a las narraciones de otros protagonistas de la historia (Ctesias de Cnido, médico de Artajerjes o Sofeneto de Estinfalo) que proliferaron durante aquellos años al calor de la admiración profesada en toda Grecia por la hazaña de aquellos soldados en el interior del, hasta entonces, tenido por invencible imperio persa.²¹

Otra vez parece que nos encontramos con una primera parte, o quizá edición, que el autor de las *Helénicas* atribuye a un tal Temistógenes (*HG.*,III,1,2) y que probablemente esconda la figura del propio Jenofonte. Esta parte llegaría hasta *An.*,V,3,6 y habría sido escrita en la década de los 80 del siglo IV a.C. Después aparecería una edición más extensa, que es con la que nosotros actualmente contamos, compuesta después del 370 a.C. La obra original se completaría con la narración de las vicisitudes del ejército desde su arribada a territorio griego hasta su paso definitivo al servicio de los intereses de Esparta. En este punto se introduciría ya en el relato de las *Helénicas*.²²

²⁰ Prueba de la existencia de tales listas es, en nuestra opinión, que en Bizancio Anaxibio exhorta a los mercenarios a abandonar la ciudad, amenazando a los que no se presentaran a la revista y el recuento, lo que sólo podría llevarse a cabo si existen listas del ejército (*An.*,VII,1,11). Sobre el origen del nombre de los Diez Mil, *cfr.* BONNER, 1910, pp. 97-99.

²¹ BREITENBACH, 1967, cols. 1644-1655; JACOBY, 1927, nº 108 y 109; ANDERSON, 1974, pp. 80-84.

²² Siguiendo a STRONK, 1995, pp. 3-10, *An.*,V,3,6 parece ser un adecuado final para la historia, y por tanto podríamos pensar que ahí se encontraría el final de la primera parte o edición de la *Anábasis*. Este mismo autor cree posible datar esta primera parte en 394 o muy poco después, tomando como fundamento *An.*,V,3,6. La segunda parte de la obra, y la edición definitiva con la que contamos, se fecha hacia el 370 por la evidencia interna (p.ej., *An.*,VI,6,9); BREITENBACH, 1967, cols. 1639-1644, toma la década de los 80 del siglo IV a.C. como término *post quem* de la obra; también Anderson, 1974, p. 173, n. 1, tomando como fundamento *An.*,V,3,6-13, la fecha después del 371 a.C., entendiendo que los hijos de Jenofonte ya tenían que ser lo suficientemente mayores como para organizar partidas de caza y si pensamos que las celebraciones a las que se refiere son ya cosa del pasado.

La pregunta acerca de la finalidad del escrito ha sido también respondida de manera diversa.²³ Por un lado la obra posee un cierto carácter de memorias de un protagonista de excepción sobre un suceso conocido por toda Grecia. Pero tampoco se puede negar que, en muchos pasajes, adquiere un carácter de apología del papel del propio Jenofonte en un ejército mercenario al servicio del persa Ciro, e incluso de justificación ante sus propios soldados de las decisiones allí tomadas. Las implicaciones políticas de carácter panhelénico parecen más alejadas del verdadero objetivo de la obra. Todos esos posibles fines están en relación, por un lado, con esa probable primera edición de la *Anábasis* por Jenofonte bajo el pseudónimo de Temistógenes de Siracusa, de cuya existencia sólo tenemos constancia por el testimonio del propio autor y, por otro lado, con la polémica suscitada entre la narración de Jenofonte y la de Sofeneto de Estinfalo, la cual no reflejaba el papel predominante que el ateniense se adjudica en su propia narración. Esta versión daría lugar a las recogidas por Éforo y Diodoro Sículo sobre los mismos acontecimientos, en las que el protagonismo de Jenofonte es también silenciado.

En cualquier caso, la narración del ateniense nos interesa por responder a unos sucesos vividos y anotados directamente por el autor acerca de las circunstancias y de los acontecimientos militares que durante la marcha se van sucediendo. La historia nos introduce de forma necesaria en el acontecer cotidiano del ejército de mercenarios de Ciro, siendo el campamento donde se encuentran las tropas el marco necesario de todos los sucesos allí escritos. Es por tanto una fuente incomparablemente rica y fiel de los temas y cuestiones planteados para esta investigación.

Estas dos obras, las *Helénicas* y la *Anábasis*, son, en cuanto a lo que aquí nos interesa, en parte iguales y en parte distintas. Ambas se nos presentan como el reflejo

²³ HIRSCH, 1985, pp. 14-16; BREITENBACH, 1967, cols. 1644-1699.

práctico de lo que podemos estudiar a través de la *Ciropedia* y de la *República de los Lacedemonios*. Son, en última instancia, la fuente fundamental de la que entresacar la estructura, vida y funcionamiento de los campamentos y ejércitos griegos del siglo IV a.C.

Pero entre ambas también existen grandes diferencias que debemos resaltar por ser importantes desde el punto de vista de este estudio:

1) En la *Anábasis* nos encontramos ante un gran ejército de mercenarios con representantes de toda la Hélade, que no luchan entre sí, sino unidos frente al bárbaro. La diversidad interna siempre estará latente, pero las posibles diferencias existentes en cuanto a forma de actuar y vivir tendrán que ser superadas, dando lugar a una vida en común, una vida castrametral única que supere, y a la vez asuma, las características propias de cada polis.

Esto no está presente en las *Helénicas*, donde la lucha se establece entre ejércitos de ciudadanos griegos, tendiéndose de forma natural a subrayar cualquier elemento de diferenciación entre ellos.

2) El ejército de los Diez Mil es un ejército fundamentalmente terrestre y en territorio bárbaro. Los contactos con el mar son irrelevantes, no teniendo lugar apenas episodios de lucha anfibia. Igualmente las relaciones con otros griegos son muy escasas (reducidas a los libros VI y VII), surgiendo de forma más habitual la dualidad griego-bárbaro en los comentarios y comparaciones.

Las *Helénicas* tienen en este caso una mayor amplitud de horizontes. La guerra se plantea en territorio griego y con numerosas acciones de ejércitos divididos entre tierra y mar. Estas fuerzas anfibas tienen sus propias particularidades y necesidades que se han de reflejar en su vida campamental.

3) Por último, las acciones descritas en la *Anábasis* son las de un ejército que se encuentra en grandes dificultades, dentro de un medio completamente hostil y desconocido, y durante un periodo de tiempo muy largo. Los ejércitos de la guerra del Peloponeso, son en cambio, tropas mejor equipadas y conocedoras del terreno, que pueden prever sus necesidades y que suelen realizar campañas mucho más cortas de duración, con todo lo que esto significa en relación con las necesidades logísticas.

Leído todo lo anterior, podría parecer que con las fuentes jenofontea la reconstrucción de lo que era un campamento griego ya está en gran parte hecha gracias a la mera acumulación de citas. Sin embargo, nada más alejado de la realidad que eso. Los textos son ricos en referencias a la vida en el campamento en comparación con lo que hemos podemos ver en los otros autores, sobre todo cuando tratamos de la *Anábasis*. Pero existe el problema de que tales referencias son bastante reiterativas en cuanto a los asuntos referidos. Así, poco se nos dice del desarrollo diario de la vida de los soldados griegos, y sólo tenemos noticias de aquello que les pone en relación con los hechos importantes o con los personajes que deciden los acontecimientos. Incluso de la misma vida cotidiana de éstos apenas se nos dice algo.

En todo caso, desde el principio, la narración jenofontea es diametralmente opuesta a la tucidídea. La diferencia entre ambos historiadores es manifiesta, especialmente si nos fijamos en la atención prestada por cada uno de ellos a la cuestión de la vida en campaña. Frente a la generalizada parquedad del segundo, Jenofonte es incapaz de evitar anotar pequeñas noticias y comentarios cuyo marco es la vida en campaña, que sin dudar es para él el centro más natural y propio de la guerra.

2. Estudio del vocabulario.

Jenofonte utiliza cinco términos fundamentalmente para referirse al campamento o a la acción de acampar, habitualmente traducidos como:

1) στρατόπεδον: campamento y las formas verbales derivadas de στρατοπεδεύω, significando acampar.

2) σκηνέω: como verbo, plantar la tienda, y como sustantivo plural, σκήναι, el conjunto de tiendas que conforman un campamento.

3) τὰ ὄπλα: lugar donde se reúnen las armas.

4) ἀλίζομαι: en diversas formas verbales, pernoctar, dormir al raso, vivaquear.

5) στράτευμα: el ejército, tomado como el lugar donde éste se encuentra.

Tras el estudio de su uso en las obras de Jenofonte, y de forma paralela a lo que hemos podido ir viendo en los autores anteriormente tratados, algunos de estos conceptos precisan de una redefinición con el fin de obtener una mejor comprensión de las acciones que se describen y de pequeños matices que son esenciales para la investigación que estamos realizando.

En primer lugar es necesario llamar la atención sobre el hecho de que la mayor riqueza de vocabulario castramental la encontramos con gran diferencia en la *Anábasis*. Jenofonte cuida de manera muy especial el mostrar durante su narración las situaciones y las dificultades por las que atraviesa el ejército de los Diez Mil en su marcha, poniendo gran interés en describir cuáles son las condiciones de acampada y descanso del ejército como un elemento más que añade dramatismo a la narración. Se pone así de manifiesto cómo en la *Anábasis* Jenofonte nos habla de una experiencia vivida de cerca y de la que aún tiene un recuerdo preciso. Por eso, esta obra será nuestra principal referencia a la hora de desarrollar el estudio del vocabulario.

Por el contrario, en las *Helénicas* destaca el uso constante de la denominación genérica de στρατόπεδον a lo largo de la narración de los sucesos. Un término muy abundante en la *Anábasis*, como es ἀλύζομαι (vivaquear o pernoctar), no es utilizado ni una sola vez en toda la obra.²⁴

En la *Ciropedia* la situación es muy similar, aunque aquí debemos subrayar la abundante utilización de σκηνέω para referirse a la vida en común en el ejército de Ciro y, especialmente, a las reuniones de los estrategos en la tienda al acabar el día.²⁵ Esto es comprensible porque el interés de Jenofonte es situar, como escenario de sus diálogos didácticos, la vida militar, la vida en campaña, que encontraba el lugar de esparcimiento, camaradería y conversación en esas reuniones nocturnas en los alojamientos de campaña. Teniendo en cuenta esto, ya podemos pasar a examinar más detenidamente cada uno de los términos.

a) τὸ στρατόπεδον.

Como sucedía en Heródoto y Tucídides, ésta es la forma más habitual en Jenofonte de referirse al campamento. En el *Greek-English Lexicon* de Liddell-Scott el término aparece definido como “campamento”, “ejército”, “flota” y, en época romana, “legión”.²⁶ Todos estos valores los podemos encontrar también en las obras de Jenofonte.²⁷

Por ejemplo, los perintios, nos narra Jenofonte en *Helénicas* I,1,21, acogieron en su territorio al στρατόπεδον ateniense mandado por Alcibíades, lo que se suele

²⁴ Τὰ ὄπλα es utilizado en cuatro ocasiones (II,4,6; IV,5,6; VI,5,17; VI,5,30); σκηνέω en tres ocasiones (IV,5,2; IV,6,7; V,1,20); στράτευμα, en dos (VI,2,29; VI,5,18).

²⁵ Por ejemplo, *Cyr.*, II,1,25; II,1,26; II,2,1; II,2,29; III,1,38; III,2,25; IV,2,11.

²⁶ LIDDELL-SCOTT, 1940 (1961²), s.v., “στρατόπεδον”.

²⁷ STURZ, 1964, define στρατόπεδον en Jenofonte como *castra*, *locus castrorum*, *exercitus*, *classis*; y H.L.STRACK, 1971, como *Lager*, (*gelagertes*) *Heer*.

traducir como “ejército”.²⁸ También un poco antes se designa como στρατόπεδον a la flota ateniense que se encontraba en Mádito,²⁹ y unas páginas más adelante nos encontraremos con que Trasilo intentará tomar Éfeso lanzando al amanecer contra la ciudad a los dos στρατόπεδα en los que había dividido su contingente militar, uno compuesto por los hoplitas y otro por el resto de los soldados.³⁰ Otro episodio en el que sin duda debemos entender στρατόπεδον como “campamento” lo podemos tomar también de las *Helénicas* cuando, tras la batalla de las Arginusas, Eteónico retira sus fuerzas a Metimna después de incendiar el στρατόπεδον.³¹

La decisión de traducir τὸ στρατόπεδον como campamento, flota o ejército se ha de fundamentar, como ocurría en Tucídides, en el contexto, lo que no siempre permite resolver la duda de qué valor otorgarle al término, pudiéndonos encontrar con diversas soluciones para un mismo texto dependiendo del traductor: en *HG.*,I,6,36, Jenofonte vuelve a emplear el vocablo para referirse a las fuerzas de Eteónico estacionadas en Mitilene,³² pero en este caso el contexto permite aceptar tanto flota (así se traduce en la colección de Loeb)³³ como campamento (tal y como aparece en la

²⁸ ... καὶ Περὶνθιοὶ μὲν εἰσεδέξαντο εἰς τὸ ἄστῦ τὸ στρατόπεδον.

²⁹ *HG.*,I,1,3: ἐγγὺς δὲ γενομένων τῶν Ἀθηναίων ἐμάχοντο ἀπὸ τε τῶν νεῶν καὶ τῆς γῆς μέχρι οἱ Ἀθηναῖοι ἀπέπλευσαν εἰς Μάδυτον πρὸς τὸ ἄλλο στρατόπεδον οὐδὲν πράξαντες.

³⁰ *HG.*,I,2,7: ἅμα τῇ ἡμέρᾳ προσῆγε δύο στρατόπεδα.

³¹ *HG.*,I,6,38: αὐτὸς δὲ τὸ πεζὸν ἀπῆγεν εἰς τὴν Μήθυμναν, τὸ στρατόπεδον ἐμπρήσας.

³² ὁ δὲ αὐτὸν πάλιν ἐξέπεμψεν εἰπὼν τοῖς ἐνούσι σιωπῇ ἐκπλεῖν καὶ μηδενὶ διαλέγεσθαι, παραχρῆμα δὲ αὐθις πλεῖν εἰς τὸ ἑαυτῶν στρατόπεδον ἐστεφανωμένους καὶ βοῶντας ὅτι Καλλικρατίδας νενίκηκε ναυμαχῶν καὶ ὅτι αἱ τῶν Ἀθηναίων νῆες ἀπολώλασιν ἅπασαι.

³³ *He, however, sent the boat out again, telling those who were in it to sail out of the harbour in silence and not talk with anyone, and then to sail back immediately to his fleet, wearing garlands and shouting that Callicratidas had been victorious in battle and that all the ships of the Athenians had been destroyed* (traducción de BROWNSON, 1918).

traducción de la editorial Gredos).³⁴ Este ejemplo lo podríamos trasladar a multitud de casos en los que tanto vale la traducción utilizando el término “campamento”, como “ejército”, “fuerza militar”, “armada”, o “flota”, lo cual tiene unas implicaciones más o menos importantes, dependiendo del caso concreto, para el estudio que nos ocupa. Más complejo aún se nos presenta el siguiente texto del tratado sobre el jefe de la caballería (*Eq.Mag.*, VII,9-10)³⁵:

φιλοῦσι δὲ πῶς στρατιῶται ὅσω ἂν πλείους ᾶσι, τοσούτῳ
πλείῳ ἀμαρτάνειν. ἢ γὰρ ἐπὶ τὰ ἐπιτήδεια ἐπιμελεία σκεδάννυνται
ἢ πορευομένων ἀταξία οἱ μὲν προέρχονται, οἱ δ' ὑπολείπονται
πλέον τοῦ καιροῦ. τὰ οὖν τοιαῦντα ἀμαρτήματα οὐ χρὴ παρίεναι
ἀκόλαστα· (εἰ δὲ μή, ὅλη ἡ χώρα στρατόπεδον ἔσται).

Las distintas interpretaciones que podemos encontrar de este texto nos confirman la dificultad anotada.³⁶ En nuestra opinión, el problema radica en que nuestra definición de campamento tiende a subrayar el aspecto territorial o físico (tiendas, barracas, fortificaciones, etc.) de la acampada, mientras que para Jenofonte el στρατόπεδον se refiere principalmente a las tropas, y sólo después, por asimilación, al espacio de terreno que ocupan o las construcciones que habitan. Entendiendo este

³⁴ *Pero éste la despachó de nuevo ordenando a los que estaban dentro salir en silencio y no hablar con nadie, e inmediatamente volver de nuevo a su campamento coronados y gritando que Calicrátidas había vencido en una batalla naval y que las naves atenienses habían perecido todas.*

³⁵ *Los soldados cuanto más numerosos son, tanto más suelen incurrir en fallos. En efecto, o se dispersan atentos al aprovisionamiento o marchan en desorden adelantándose unos y retrasándose otros más de lo conveniente. En consecuencia, no hay que dejar tales fallos sin castigo (de lo contrario, el territorio entero sería un campamento)...*

³⁶ *It happens that, the greater number of soldiers, the more they are apt to blunder. Either they scatter deliberately in search of provisions, or they are so careless of order on the march that some get too far ahead, while others lag too far behind. So he must not let such blunders go unpunished, or the whole country will be occupied (trad. de MARCHANT, 1925, [reimpr. 1971]).*

extremo, τὸ στρατόπεδον deja de ser un sustantivo ambiguo, para convertirse en un concepto que resultaba preciso, pero para el que, sin embargo, no tenemos una traducción directa y que debemos tratar con exquisito cuidado si no queremos caer en errores a la hora de su traducción.

Con esto podemos llegar a la conclusión de que la existencia de un στρατόπεδον no va a depender de que en éste existan o no construcciones de tipo defensivo (τάφρον καὶ σταύρωμα). En caso de que tales estructuras aparezcan, Jenofonte hablará más concretamente de un στρατόπεδον al que se le dota de un atrincheramiento.³⁷ Tampoco es necesaria la existencia de tiendas de campaña.³⁸ Incluso la dispersión física de los soldados, por la distribución de los distintos cuerpos de un ejército por diferentes aldeas, no supone una multiplicación de campamentos (στρατόπεδα), hablándose en tales circunstancias de un sólo campamento (στρατόπεδον) por corresponderse con un sólo y mismo ejército.³⁹ Por supuesto, si existen edificaciones en las que desarrollan la vida los soldados, éstas pasarán a designarse, por asimilación, como “campamento”, lo que, como ya hemos visto, permite a Eteónico mandar sus tropas a Metimna e incendiar el στρατόπεδον (HG., I,6,38).

Tampoco debemos perder de vista que, tal y como ya vimos en Heródoto y Tucídides, el στρατόπεδον hay que distinguirlo del establecimiento de tropas con carácter permanente y funciones de vigilancia, asedio o acoso en territorio enemigo,

³⁷ HG., VI,2,23: *Después de matar a Mnasipo, persiguieron los de Corcira a todos. Incluso habrían cogido el campamento con el atrincheramiento* (τὸ στρατόπεδον σὺν τῷ χαρακώματι), *de no haberse vuelto los perseguidores...*; HG., III,2,2-5: los odrisios acampan y fortifican el campamento (στρατοπεδεσάμενοι καὶ περισταυρωσάμενοι); An.,VI,5,1: campamento en un lugar de fácil defensa natural al que se le dota de foso y empalizada; Cyr., III,3,26-28: descripción de un campamento asirio rodeado de una fosa (τάφρον περιβάλλονται).

³⁸ HG.,VII,5,22; An.,IV,4,8-22.

³⁹ An.,IV,4,9; IV,4,22; IV,6,1.

como serían el φρούριον o el τείχος;⁴⁰ mientras que, por otro lado, tampoco posee el rango de campamento cualquier establecimiento de soldados en un territorio durante una marcha, que se sitúe fuera del grueso del ejército.⁴¹

En realidad, στρατόπεδον en Jenofonte es, tal y como ocurría en Tucídides, el ejército en campaña, asentado o no, pero en relación de dependencia con el comandante del ejército.⁴²

La forma verbal de στρατόπεδον es στρατοπεδεύω, que sí posee un valor más cercano a nuestro verbo “acampar”, aunque en realidad su definición más exacta sería sin embargo algo más general: “ocupar o asentarse un ejército en un territorio”. De esta forma, Jenofonte no describe en la *Ciropedia* el campamento de Ciro, sino que expone cómo Ciro ordenaba sus efectivos al asentarse en un territorio durante sus operaciones militares (*Cyr.*, VIII,5,2); y tampoco Licurgo dibuja el campamento lacedemonio, sino que da unas normas acerca de cómo acampar o, dicho de un modo más preciso para la mentalidad griega, acerca de cómo se ha de asentar el ejército lacedemonio en el territorio.⁴³

En cuanto a ἀναξευγνύω, verbo utilizado por Jenofonte para referirse a la acción de levantar el campamento, su significado original se refiere a la acción de

⁴⁰ Lawrence, 1979, pp. 159 y 172-173. Fortificaciones de asedio: τείχος (*HG.*, I,3,14; *HG.*, IV,4,16); establecimiento de vigilancia o guarnición es el φρούριον (*HG.*, III,2,11; IV,7,7); plaza fuerte es τείχος (*HG.*, IV,8,25); para establecimientos cuyo objetivo es el acoso dentro de territorio enemigo se emplea ἐπιτειχισμός (*HG.*, V,1,2).

⁴¹ Por ejemplo, *An.*, I,2,21-22 (no es un campamento, sino sólo las tiendas de la guarnición de vigilancia en la Puerta de Cilicia); en *HG.*, IV,5,3, Agesilao acampa (ἔστρατοπεδεύετο) en la zona de aguas termales del Pireo en Corinto mientras manda a una compañía pernoctar en las zonas altas para vigilar (ἐνυκτέρευσεν).

⁴² Es la proximidad física al estratega o jefe del ejército la que define la pertenencia a tal campamento y la dependencia con respecto a tal comandante: *An.*, I,3,7; y más claramente en *Cyr.*, IV,2,26.

⁴³ *Lac.*, XII,1: Ἐρῶ δε καί ἡ στρατοπεδεύεσθαι ἐνόμισε χρῆναι Λυκούργος.

“volver a enganchar los caballos o los bueyes” y de ahí, “levantar el campo”, “poner el ejército en marcha” (*An.*,III,4,37).⁴⁴

b) σκηνέω.

Σκηνέω se convierte ahora en un término muy habitual para referirse al campamento de tropas griegas. Se suele traducir como “acampar”, aunque su significado posee un carácter más preciso en relación con la vida en común de los soldados que comparten una misma tienda,⁴⁵ extendiéndose su sentido al alojamiento general de las tropas de un ejército, con o sin tiendas.⁴⁶ Es un verbo que en Esparta adquiere un pleno significado a través de la institución de la συσκηνία,⁴⁷ la tienda común donde reunirse para comer en campaña y que tiene su equivalente civil en el συσσίτιον.⁴⁸

Su traducción más ajustada suele ser “alojamiento” o “alojarse”, ya sea en tiendas, en torno a poblados o en barracones (στέγαι).⁴⁹ Como forma derivada es frecuente el uso en Jenofonte de διασκήνηω, que podemos definir como “asentamiento disperso”, normalmente aludiendo al acantonamiento de las tropas por batallones entre diversos poblados, siendo típica la utilización de la expresión

⁴⁴ RODRÍGUEZ ADRADOS, *DGE*, vol.II, Madrid 1986: *levantar el campo, poner el ejército en marcha*.

⁴⁵ STURZ, 1964, s.v.: *castra locare et ibi commorari; tentoria habere; militare; convivari*; LIDDELL-SCOTT, 1940⁹, s.v. σκηνέω: *to be or dwell in a tent, encamp, also, generally, to be quartered or billeted*; σκηνή, *tent; pl. camp*. Con este mismo sentido lo define STRACK, 1971, s.v. σκηνέω: (*sich*) *lagern; übh. sich aufhalten oder Quartier haben (v. Truppen)*, añadiéndole también el sentido de banquetear (*schmausen*). Igualmente σκηνή lo traduce como *Zelt; Pl. zuw.= das Lager*. Sturz da una tercera forma: σκήνωμα, que se traduciría como *Zelt; Behausung*.

⁴⁶ *HG*,V,1,20, donde se utiliza σκηνέω para referirse al alojamiento de los marineros de las flotas en las ciudades o en los barcos.

⁴⁷ *Lac.*,V,2; VII,4; IX,4; XIII,1; XV,5.

⁴⁸ Ver REBENICH, 1998, n. 60.

⁴⁹ En poblados, por ejemplo, *An.*,III,4,32; IV,5,23; IV,4,8-14; en barracones, *An.*,V,5,20.

διασκηνηῆσαι τὰς τάξεις.⁵⁰ Tal forma de acampada supone la separación física de las tropas, pero no la fragmentación en distintos στρατόπεδα, como podemos ver en *An.*,IV,4,7-22.

Pero σκηνέω hace, sobre todo, referencia a la vida en común de los soldados en campaña y a la camaradería existente entre los miembros de la misma tienda que llegan a conformarse como la unidad logística (y quizás también táctica) más pequeña del ejército (muy similar al *contubernium* romano). Más adelante trataremos más detenidamente esta cuestión.

c) τὰ ὄπλα

Τὰ ὄπλα es otra de las formas que encontramos en Jenofonte para referirse a la acampada de un ejército, pero ahora utilizada de forma mucho más habitual que en todos los autores vistos anteriormente, de ahí que tengamos que entrar a discutir en profundidad los diversos valores que los traductores han otorgado a la expresión. Aun así, es menos frecuente que στρατόπεδον.⁵¹ Los principales sentidos señalados por los distintos autores son: “armas”, “depósitos de armas”, “plaza de armas”, “campamento” y “alojamiento de los soldados”. Pero, como en el caso de στρατόπεδον, nos encontramos con ciertas dificultades para encontrar en cada episodio concreto la traducción más correcta. La complejidad de este problema se aclarará mejor con algunos ejemplos:

En *Helénicas* II,4,6, para resaltar cómo la sorpresa era la baza fundamental con la que contaban los hombres de Trasíbulo en su ataque a la guarnición lacedemonia situada en torno a File, Jenofonte describe el amanecer de las tropas espartanas en el

⁵⁰ *An.*,IV,4,8; IV,5,23.

⁵¹ *HG.*,II,4,6; IV,5,6; IV,5,17; VI,5,30; VII,5,22; *An.*,II,2,20; II,4,15; III,1,3; III,1,33; III,1,40; IV,2,20; V,4,14; V,7,21; *Lac.*,XII,1-5; XII,7; *Cyr.*,IV,5,3; VII,2,5.

campamento con las siguientes palabras (HG.,II,4,6):

ἐπεὶ δὲ πρὸς ἡμέραν ἐγίγνετο, καὶ ἤδη ἀνίσταντο ὅποι ἐδεῖτο ἕκαστος ἀπὸ τῶν ὀπλων, καὶ οἱ ἵππκόμοι...

Guntiñas Tuñón, en la traducción de la colección de la editorial Gredos, traduce el pasaje de la manera siguiente: *Más cuando se hacía de día y ya se estaba levantando cada uno a su quehacer sin las armas y los palafreneros...*

Krentz, 1993, da una solución un tanto distinta: *When it was almost day, and the enemy were already getting up and going where each man needed to go away from the arms, and the grooms...*

Strasburger y Brownson traducen τὰ ὄπλα como “campamento” y así podemos leer en la versión de Loeb: *Then when it was drawing towards day and the enemy were already getting up and going away from their camp wethersoever each one had to go, and the grooms...*

Una solución “conciliadora” la encontramos en Hatzfeld (Belles Lettres): *Quand le jour fut proche, que chacun, dans le camp, commença à se lever pour aller à sa corvée, laissant là ses armes...*

Este texto de las *Helénicas* es importante por acercarnos un poco más a la vida diaria en un campamento lacedemonio pero, como vemos, el texto original griego dificulta llegar a saber cual es la traducción más correcta de los acontecimientos.

Otro ejemplo lo podemos tomar de la *Anábasis*, II,4,15: μετά δὲ τὸ δεῖπνον ἔτυχον ἐν περιπάτῳ ὄντες πρὸ τῶν ὀπλων Πρόξενος καὶ Ξενοφῶν· καὶ προσελθὼν ἄνθρωπός τις ἠρώτησε τοὺς προφύλακας...

Para Masqueray se ha de entender por πρὸ τῶν ὀπλων los “depósitos de armas”. Con este significado lo traduce Brownson en Loeb: *Proxenus and Xenophon chanced to be walking in front of the place where the arms were stacked, when a man*

came up... Algo distinta es la traducción de Bach Pellicer: *Después de la cena se hallaban paseando frente al campamento Próximo y Jenofonte. Se acercó un hombre y preguntó a los centinelas de vanguardia...*

Como vemos, la diferencia no es pequeña y no podemos ser capaces de saber si el suceso se produce fuera, en las inmediaciones o en algún lugar determinado dentro del campamento de los Diez Mil, reconocible de forma inmediata por un lector griego.

Otro ejemplo similar a éste lo podemos encontrar un poco más adelante con ocasión de la reunión nocturna de capitanes y algunos soldados en la noche siguiente a la muerte de los estrategos: Ἐπεὶ δὲ πάντες συνῆλθον, εἰς τὸ πρόσθεν τῶν ὀπλῶν ἐκαθέζοντο... (*An.*,III,1,33).

Bach Pellicer propone la siguiente traducción: *Cuando todos estuvieron reunidos, se sentaron en el campamento...*; Masqueray: *Lorsque tous furent assemblés, ils s'assirent devant les faisceaux d'armes...*; y para Brownson: *They seated themselves at the front of the encampment...* Nuevamente nos quedamos con la duda de dónde se produjo realmente tal reunión.

Ya vemos que, en general, los traductores no se ponen de acuerdo a la hora de interpretar el término τὰ ὀπλά en relación con el campamento, y esto es importante dado que τὰ ὀπλά parece tener un carácter físico, como un terreno o espacio bien delimitado dentro de las acampadas griegas.⁵²

Τὰ ὀπλά ha sido traducido en algunos casos como los depósitos de armas existentes en los establecimientos militares griegos, lo que, de ser cierto, sería de gran importancia para el trabajo que estamos desarrollando. El primer autor del que hemos

⁵² Así lo podemos ver si nos fijamos en la forma en la que se utiliza la expresión: ἀπὸ τῶν ὀπλῶν (*HG.*,II,4,6; *IV.*,5,6; *An.*,II,4,15; *Lac.*,XII,4), πρὸς τὰ ὀπλά (*HG.*,VI,5,17), καταλείποντες δὲ τὰ ὀπλά (*HG.*,VI,5,30), εἰς τὰ ὀπλά (*An.*,II,2,20; *VI.*,4,27), ἐπὶ τὰ ὀπλά (*An.*,II,5,34; *III.*,1,3; *III.*,1,40), εἰς τὸ πρόσθεν τῶν ὀπλῶν (*An.*,III,1,33), διὰ τῶν ὀπλῶν (*An.*,V,4,14), ἔξωθεν τῶν ὀπλῶν (*An.*,V,7,21), παρὰ τὰ ὀπλά (*Lac.*,XII,2), ἐπὶ τῶν ὀπλῶν (*Lac.*,XII,7).

tenido noticia que haya adoptado esta traducción es Droysen en su descripción del campamento lacedemonio siguiendo el texto de Jenofonte en la *República de los lacedemonios*: *In dem meist kreisformigen Lager blieben die Moren zusammen, bei jeder war ein Waffenplatz (τὰ ὄπλα), auf dem die Waffen ausser den Lanzen (...) zusammengelegt waren und den die Heloten nicht betreten durften, weshalb auch bei Tage Posten auf demselben aufgestellt waren. Auf dem Waffenplatz fanden die Leibsübungen statt, über den Waffenplatz seiner Mora durfte keiner hinausgehen.*⁵³

La noción la retomó Ollier en su comentario a esta misma obra, asegurando que entre los griegos existía la costumbre de reunir en algún lugar del campamento o en varios lugares todas las armas.⁵⁴ La propuesta aparece de forma fija en las traducciones de los textos de Jenofonte realizados para Belles Lettres, en cuyo volumen dedicado a la *Anábasis*, en nota a pie de página, se puede leer: *Dans la langue de l'Anabase l'expression ta hopla (II,2,20; III,1,40) désigne souvent, comme ici, une partie spéciale du camp où les soldats réunissaient leurs armes avant d'aller se reposer.*⁵⁵

También Lendle es de la misma opinión y para él *der Waffenplatz (τὰ ὄπλα) war das organisatorische Zentrum des unbefestigten Lagers, da die einzelnen Einheiten in unmittelbarer Nähe ihrer in Reih und Glied abgelegten Waffen, vor allem der grossen Hoplitenschilder (nach denen der Waffenplatz als τὰ ὄπλα bezeichnet wurde) Biwak bezogen und im Alarmfall schnell einsatzbereit waren.*⁵⁶

Para comprobar la consistencia de la propuesta tendremos que acudir al texto de Jenofonte que ha servido de fundamento para tal aseveración (*Lac.*,XII,1-4):

⁵³ DROYSEN, 1889, p. 89.

⁵⁴ OLLIER, 1934, p. 62.

⁵⁵ MASQUERAY, 1988, p. 170.

⁵⁶ LENDLE, 1995, p. 103.

Ἐρωῶ δὲ καὶ ἥ στρατοπεδεύεσθαι ἐνόμισε χρῆναι Λυκούργος . διὰ μὲν γὰρ τὸ τὰς γωνίας τοῦ τετραγώνου ἀχρήστους εἶναι εἰς κύκλον ἐστρατοπεδεύσατο, εἰ μὴ ὄρος ἀσφαλὲς εἴη ἢ τεῖχος ἢ ποταμὸν ὀπίσθεν ἔχοιεν. φυλακὰς γέ μὴν ἐποίησε μεθήμερινὰς τὰς μὲν παρὰ τὰ ὄπλα εἰσω βλεπούσας· οὐ γὰρ πολεμίων ἕνεκα ἀλλὰ φίλων αὐταὶ καθίστανται. τοὺς γέ μὴν πολεμίους ἰππεῖς φυλάττουσιν ἀπὸ χωρίων ὧν ἂν ἐκ πλείστου προορωῶεν εἰ [δέ] τις προσίοι νύκτωρ < δε>ἔξω τῆς φάλαγγος ἐνόμισεν ὑπὸ Σκιριτῶν προφυλάττεσθαι· (νῦν δ' ἤδη καὶ ὑπὸ ξένων... αὐτῶν τινες συμπάροντες). τὸ δὲ ἔχοντας τὰ δόρατα ἀεὶ περιιέναι, εὖ καὶ τοῦτο δεῖ εἰδέναι, ὅτι τοῦ αὐτοῦ ἕνεκά ἐστιν οὐπὲρ καὶ τοὺς δούλους εἴργουσιν ἀπὸ τῶν ὄπλων, καὶ τοὺς ἐπὶ τὰ ἀναγκαῖα ἀπιόντας οὐ δεῖ θαυμάζειν ὅτι οὔτε ἀλλήλων οὔτε τῶν ὄπλων πλεον ἢ ὅσον μὴ λυπεῖν ἀλλήλους ἀπέρχονται· καὶ γὰρ ταῦτα ἀσφαλείας ἕνεκα ποιοῦσιν.

Como vemos en *Lac.*, XII,2 no se habla de depósitos de armas, sino tan sólo de armas (παρὰ τὰ ὄπλα), pese a lo cual la mayor parte de los traductores entienden que en este caso Jenofonte se referiría a lugares donde éstas se encontrarían reunidas y, por tanto, se precisaría una especial vigilancia sobre ellas para evitar que fueran tomadas por los siervos en un levantamiento contra sus señores, según se reflejaría en *Lac.*, XII,4: καὶ γὰρ ταῦτα ἀσφαλείας ἕνεκα ποιοῦσιν.

Si aceptamos la existencia de tal lugar, en el que se encontrarían reunidas todas las armas, deberíamos entonces también afirmar que éste no sería único en el campamento, tendrían que existir más de un lugar reservado a este fin. La razón la

encontramos un poco más adelante, en el mismo capítulo (*Lac.*,XII,5):
δει δὲ οὔτε περίπατον οὔτε δρόμον μάσσω ποιείσθαι ἢ ὅσον ἂν ἡ μόρα ἐφήκῃ,
ὅπως μηδὲς τῶν αὐτοῦ ὀπλων πόρρω γίγνηται.

Habría, pues, como mínimo, un depósito de armas por cada una de las *moras* del ejército. El pasaje se completa un poco más adelante (*Lac.*, XII,7):
μετά γε μὴν ταῦτα δειπνοποιεῖσθαι κηρύττεται, καὶ ἐπειδὴν ἄσωσιν εἰς τοὺς θεοὺς οἷς ἂν κεκαλλιερηκότες ὦσιν, ἐπὶ τῶν ὀπλων ἀναπαύεσθαι.

La traducción que se suele adoptar para esta referencia a τὰ ὄπλα es la de “descansar junto a las armas”, forma menos habitual para ἐπὶ que la de “sobre” o “encima de” y que, de todas formas, no parece muy lógica si aceptamos que en cada *mora* existirían unos lugares comunes donde dejar las armas, puesto que entonces los soldados estarían obligados a dormir en un espacio de terreno muy reducido.

Muy clarificador para la correcta interpretación del cuadro que Jenofonte nos presenta es el texto de la *Dolonía* (*Hom.*, *Il.*, X,150-154), ya referido con anterioridad. Según la descripción que allí se recoge del campamento de Diomedes, —que ya vimos que no se refiere a una fuerza naval sino terrestre—, no existe ningún lugar donde todas las armas se encontrasen reunidas. Al contrario, cada soldado se mantiene junto a ellas y, como el mismo Jenofonte expresa, casi podemos afirmar que duerme sobre las mismas, utilizando el escudo como lugar sobre el que apoyar la cabeza. El texto expresa bien la definición que J. Classen da de la expresión τὰ ὄπλα en su acepción como campamento: *Folge des* τίθεσθαι τὰ ὄπλα.⁵⁷ Esta misma explicación también la encontramos directamente expuesta por Jenofonte (*HG.*,VII,5,22): (Epaminondas)

⁵⁷ CLASSEN, vol.I, 1963, p.289.

καὶ γὰρ δὴ ὡς πρὸς τῷ ὄρει ἐγένετο, ἐπεὶ ἐξετάθη αὐτῷ ἡ φάλαγξ, ὑπὸ τοῖς ὑψηλοῖς ἔθετο τὰ ὄπλα, ὥστε εἰκάσθη στρατοπεδευομένῳ.⁵⁸

Una vez colocadas las armas en el suelo se conformaría un campamento. Ese sentido general se concreta también en diversidad de formas. Quizás sea bueno aquí recordar como en la descripción que hace Heródoto del campamento lacedemonio en las Termópilas, no parece que fuera un depósito de armas lo que descubriera el espía enviado por Jerjes al lugar donde se encontraban las tropas griegas (Hdt., VII,208,2).

De no ser correcta la traducción habitual de τὰ ὄπλα como depósitos de armas, el conjunto del capítulo XII de la *República de los Lacedemonios* exigiría una revisión. Pero también sería necesario realizarlo en el caso de la narración de la marcha de los Diez Mil, donde repetidamente algunos traductores toman este significado a la hora de enfrentarse con pasajes en los que τὰ ὄπλα aparece referido a contextos campamentales. Algunos de esos casos ya los hemos visto antes.

En ellos, a las anteriores dificultades se añade que en tales ejércitos los hoplitas contaban con sus propios sirvientes (σκευοφόροι) que se ocupan, entre otros muchos menesteres, de guardar, cuidar y portar las armas de sus señores. Parece poco probable y poco lógico que, al acampar, los sirvientes dejaran lejos o descuidaran las armas de sus amos, o que éstos permitieran descuidos en la atención a propiedades privadas tan importantes y valiosas.⁵⁹

En nuestra opinión, con τὰ ὄπλα, Jenofonte indica el puesto que a cada soldado le corresponde en el campamento, por ser allí donde se encuentran sus armas, queriendo significar el lugar o emplazamiento propio del soldado o del grupo de soldados en el

⁵⁸ Ver también Th.,IV,44,1.

⁵⁹ Es de notar también que en los campamentos romanos tampoco existen tales depósitos de armas. Según Ps.-Higinio, I, cada tienda de campaña romana contaba con un espacio delantero, de la misma anchura y de la mitad de la longitud que el resto de la tienda, para guardar las armas.

campamento. Al presentarse solamente en plural parece evidente que la expresión se relaciona con el conjunto del espacio ocupado por los soldados, sus armas y sus bagajes, conformando así un concepto que describe el espacio estricto de acampada.⁶⁰

En la *Anábasis* τὰ ὄπλα es traducido en algunos pasajes como campamento y más concretamente el sitio donde duermen los soldados. Así en III,1,3, Jenofonte describe el estado de ánimo de los soldados tras la muerte de los comandantes con las siguientes palabras: ἐπὶ δὲ τὰ ὄπλα πολλοὶ οὐκ ἦλθον ταύτην τὴν νύκτα, ἀνεπαύοντο δὲ ὅπου ἐτύχχανον ἕκαστος...

Masqueray traduce el texto de la siguiente forma: *et beaucoup n'allèrent pas déposer en commun leurs armes cette nuit-là. Ils se couchèrent, chacun où il se trouvait...*; Bach Pellicer lo traduce como: *Sólo unos pocos al atardecer probaron la comida, y algunos encendieron fuego, y la mayoría no acudieron al campamento aquella noche. Cada cual se acostaba donde buenamente le cogía la noche.* En nuestra opinión una interpretación más lógica es la adoptada por Brownson: *few kindled a fire, and many did not come that night to their quarters, but lay down wherever they each chanced to be...*

Si reflexionamos sobre el marco de esta escena podemos desechar la idea de que los soldados habrían dormido cada uno “donde les cogiera la noche” fuera del campamento. Por el contrario, si antes de la muerte de los estrategos su situación en medio de territorio enemigo haría peligroso el alejarse o pernoctar fuera del establecimiento militar, tras los sucesos de aquel día y el sentimiento de derrota que se había apoderado de los soldados, se hace aún menos probable el que éstos pasaran la

⁶⁰ LEE, 2007, p. 177, n. 27, acepta que el empleo que Jenofonte hace de la expresión se refiere a un componente específico del campamento, y fundamentándose en *Lac.* XII,1-6, claramente significaría el límite de la acampada, donde se colocan los soldados de guardia, mejor que una traducción por “campamento”, como referencia general a su conjunto. Sin embargo, no da ningún paso más en el desarrollo de la idea y al final incluso acaba aceptando, en su reconstrucción del campamento militar griego, que en ese límite se situarían las armas de los soldados apiladas por tiendas: *cf.* LEE, 2007, pp. 180-181, y figura 7.2 con la reconstrucción esquemática de una sección de un campamento, que nosotros reproducimos en la p. 734.

noche fuera y que no buscaran la protección de sus compañeros. En nuestra opinión, Jenofonte busca manifestar una cosa distinta. Intenta hacer ver el desánimo y la dejadez en la que estaban sumidos los griegos mediante una clara contraposición entre la situación que se da esa noche en el campamento, cuando cada griego no ocupa el puesto que le corresponde en la acampada, sino que duerme, dentro del espacio ocupado por las tropas, allí donde le coge la oscuridad (ἀνεπαύοντο δὲ ὅπου ἐτύγχανον ἕκαστος), y una situación más habitual en la que reinase la serenidad y la disciplina y en el que cada cual fuera a dormir a su puesto, junto a sus armas (ἐπὶ τῶν ὀπλῶν ἀναπαύεσθαι).

Un poco más adelante Jenofonte vuelve a describir la misma situación pero con otras palabras: νῦν γὰρ ἴσως καὶ ὑμεῖς αἰσθάνεσθε ὡς ἀθύμως μὲν ἦλθον ἐπὶ τὰ ὄπλα, ἀθύμως δὲ πρὸς τὰς φυλακὰς (An., III, 1, 40).

Y nuevamente nos encontramos con diversas traducciones:

- Masqueray: *Actuellement, sans doute, vous comprenez aussi bien que moi en quel abattement ils sont allés déposer leurs armes, en quel abattement...*

- Bach Pellicer: *Porque ahora, posiblemente, os dais cuenta también vosotros de que han acudido a las armas con desaliento y sin ánimo hacen también las guardias.*

- Brownson: *in what dejection they came to their quarters and in what dejection they proceeded to their picket duty.*

La interpretación de Brownson es la que, de nuevo, parece más acorde con la situación que se vive en el campamento y con las intenciones de Jenofonte a la hora de describir el estado de ánimo de los soldados.

Pero éstos no son los únicos casos en los que Jenofonte, utilizando el término τὰ ὄπλα, se refiere a este problema de disciplina en el στρατόπεδον (HG., VI, 5, 30):

καὶ οἱ μὲν Θηβαῖοι, ὅπου στρατοπεδεύοιντο, εὐθύς ὦν ἔκοπτον
δένδρων κατέβαλλον πρὸ τῶν τάξεων ὡς ἐδύναντο πλεῖστα, καὶ
οὕτως ἐφυλάττοντο. οἱ δὲ Ἀρκάδες τούτων τε οὐδὲν ἐποίουν, κα-
ταλειπόντες δὲ τὰ ὄπλα εἰς ἀρπαγὴν ἐπὶ τὰς οἰκίας ἐτρέποντο.

No parece en absoluto lógico que los arcadios fueran a dedicarse al pillaje abandonando sin cuidado sus armas en el campo o que pensarán que no las iban a necesitar durante el saqueo. Sin embargo, ésa es la traducción que nos presentan Guntiñas Tuñón o Strasburger.⁶¹ Por el contrario, tanto Brownson como Hatzfeld dan una versión, en nuestra opinión, más lógica: *The Arcadians, however, did nothing of this sort, but left their camp behind them and turning their attention to plundering the houses.*

En nuestra opinión, Jenofonte pretende contraponer la disciplina y prudencia tebanas, al mantenerse cada soldado en el puesto que le correspondía y tomando todas las precauciones posibles para defenderse en el campamento, frente a la indisciplina y bajeza de los soldados arcadios, preocupados únicamente por el saqueo y el robo.⁶² No olvidemos la importancia que da Jenofonte al mantenimiento de la disciplina entre las tropas durante las acciones de saqueo y cómo este tipo de actividad la considera como más propia de esclavos que de hombres libres.⁶³

⁶¹ *Los tebanos en cualquier lugar que acampaban echaban los árboles que talaban delante de las líneas, todos los que podían, y así se guardaban. Los arcadios no hacían nada semejante, sino que se dedicaban al pillaje por las casas dejando las armas* (trad. GUNTIÑAS TUÑÓN). Esta idea es también aceptada por Hanson, 1983, p. 106, que considera ésta como una de las razones principales por las que los grupos de soldados dispersos por el territorio en busca de botín resultaban tan fáciles de atacar por la caballería al haber abandonado sus armas antes de dedicarse al saqueo.

⁶² También *Cyr.*, VII,2,5.

⁶³ *Cyr.*, IV,2,25.

Bajo esta perspectiva también podemos ver en la referencia a τὰ ὄπλα en *Lac.*, XII,5 otra intencionalidad, que sería la de dar cuenta al lector de que la disciplina y orden de los ejércitos lacedemonios también se manifiestan durante las campañas militares en la prohibición de pernoctar fuera del puesto que a cada uno le corresponde.⁶⁴

La propuesta hecha puede adquirir aún más peso si volvemos a mirar bajo ese prisma algunos textos de Jenofonte. Uno de los primeros pasajes a los que nos hemos referido era el que describía las primeras horas de la mañana en el campamento lacedemonio en torno a File, cuando es atacado por sorpresa por Trasíbulo (*HG.*,II,4,6): Ἐπεὶ δὲ πρὸς ἡμέραν ἐγίγνετο, καὶ ἤδη ἀνίσταντο ὅποι ἐδεῖτο ἕκαστος ἀπὸ τῶν ὄπλων, καὶ οἱ ἵπποκόμοι...

Si aceptamos la idea de que τὰ ὄπλα no se refiere a las armas, ni a arsenales con las armas, ni al στρατόπεδον, sino al terreno ocupado en el campamento por cada soldado, el texto adquiere una dimensión más lógica, en la que los soldados lacedemonios al amanecer se moverían por el campamento abandonando sus puestos y los lugares donde habían dormido, en un momento de cierta dejadez y falta de disciplina que es aprovechado por los hombres de Trasíbulo.⁶⁵

También, aplicando nuevamente este mismo significado, el asno que habría provocado el pánico en el campamento de los Diez Mil no se habría soltado entre las armas o los depósitos de armas, sino que se encontraría entre los mismos soldados que duermen en el campamento (*An.*,II,2,20). Tampoco el enviado de Arieo encontraría a

⁶⁴ Amm.Marc., XXII,4,6 recoge una antigua normativa lacedemonia, según la cual los soldados espartanos en campaña no podían pernoctar bajo techo (*sub tecto*), lo que también se puede entender como la obligación de no abandonar por la noche el campamento. Lo estricto de esta normativa lacedemonia contrastaría con la costumbre e indisciplina griega que pudimos ver en el caso del ejército ateniense en Catana (*Th.*, VI,64,3).

⁶⁵ También en Lisias, XIII,12, podemos ver la utilización de τὰ ὄπλα con este claro sentido: πρόφασιν μὲν ὅτι οὐκ ἦλθεν εἰς τὰ ὄπλα ἀναπαυσόμενος...

Próxeno y Jenofonte paseando lejos del campamento o entre los depósitos de armas, sino por alguno de los espacios que separaban los distintos cuerpos del ejército en el campamento o en el mismo límite del espacio ocupado por los soldados para las tiendas o para vivaquear (*An.*,II,4,15). La reunión de los capitanes y soldados en la noche que siguió a la captura por Arieo de los generales griegos (*An.*,III,1,33) no parece lógico pensar que se produjera fuera del campamento. Lendle opina que tal reunión se produciría en el centro del campamento que, como ya hemos visto, identifica con τὰ ὄπλα o el lugar donde se depositaban las armas, y que, en su opinión, serviría de centro organizativo del campamento. Este lugar estaría siempre iluminado con fuegos, lo que facilitaría el desarrollo de la reunión.⁶⁶ Sin embargo, Jenofonte no dice que la reunión tuviera lugar εἰς τὰ ὄπλα sino εἰς τὸ πρόσθεν τῶν ὀπλων, es decir delante o a la cabecera de (o de los) ὄπλα. La asamblea, desde luego, se tendría que producir en algún espacio dentro del campamento lo suficientemente amplio como para congregarse, al menos, a cien personas sentadas y, siguiendo la interpretación que proponemos, este espacio estaría a la cabecera o delante de donde duermen los soldados. La solución nos la ofrece el mismo Jenofonte al identificar el lugar donde se produce la reunión con el centro del campamento (*An.*,III,1,46): Quirísofo despide la reunión de capitanes y estrategos enviándoles a elegir nuevos jefes para las tropas y convocándoles de nuevo en el mismo lugar para llevar a cabo una asamblea con todo el ejército.

Lendle tiene, por tanto, razón al situar la reunión en el espacio libre existente en el centro del campamento de los Diez Mil, pero en nuestra opinión se equivoca al identificarlo con el τὰ ὄπλα y al otorgarle un papel estructurador del campamento. Este papel sería, en todo caso, el desempeñado por el τὸ μέσον τοῦ στρατοπέδου.

⁶⁶ LENDLE, 1995, p. 156.

Tras este último ejemplo se hace un poco más difícil aceptar la existencia de un lugar común para depositar las armas denominado como τὰ ὄπλα dentro del στρατόπεδον griego, dado que un emplazamiento con tal finalidad precisaría de un amplio espacio libre, como sería el centro del campamento, que como vemos no se puede identificar con τὰ ὄπλα.

Hay que advertir que también Jenofonte utiliza otra expresión para referirse a cómo los soldados vuelven u ocupan su posición dentro del campamento. Por ejemplo, en la narración de la campaña de Agesilao contra Mantinea (HG., VI,5,17-18).

Sorprendieron a Agesilao sacrificando delante del campamento (πρὸ τοῦ στρατοπέδου) al amanecer y provocaron a los demás a armarse a la carrera (εἰς τὰς τάξεις δραμεῖν) y a Agesilao a retirarse al campamento (ἐπαναχωρήσαι πρὸς τὰ ὄπλα). Cuando se dieron cuenta que eran amigos y Agesilao consiguió un sacrificio favorable, después del almuerzo avanzó con el ejército. Al caer la tarde acampó (στρατοπεδευσάμενος) sin que fuera advertido en un valle cerrado detrás de Mantinea, que está rodeado de unos montes muy próximos. Al otro día por la mañana se puso a sacrificar delante del campamento (πρὸ τοῦ στρατεύματος); mas al ver que se iban concentrando desde la ciudad de Mantinea en los montes contiguos a la retaguardia de su propio ejército, decidió que debía salirse inmediatamente del valle cerrado.

Εἰς τὰς τάξεις describe cómo los soldados lacedemonios correrían a sus lugares en el campamento, donde tienen las armas y en el que pasarían la noche. Sería

una expresión similar a τὰ ὄπλα, que vemos es utilizada inmediatamente después para referirse a Agesilao que, al encontrarse desprotegido fuera del campamento, debe buscar cobijo entre sus soldados. Los sacrificios se hacen fuera del τὰ ὄπλα, delante de los soldados acampados (πρὸ τοῦ στρατεύματος; πρὸ τοῦ στρατοπέδου).

También a los embajadores cerasuntios se les recibe fuera del lugar ocupado por los soldados (*An.*, V,7,21: Συγκαθήμενοι δ' ἔξωθεν τῶν ὀπλων).

Otra pasaje donde aparecen ambas formas (τὰ ὄπλα y εἰς τὰς τάξεις) lo encontramos con ocasión de la alianza entre los Diez Mil y los mosinecos. Jenofonte describe cómo, al día siguiente de jurar los acuerdos, se produce la llegada de los mosinecos en barcas hasta el lugar donde acampaban los soldados griegos que les esperan para iniciar la marcha: *Entonces uno de ellos inició un canto y todos los demás se pusieron en marcha cantando al compás, y atravesando las filas y el campamento de los griegos, al punto se dirigieron contra los enemigos.*⁶⁷

En este caso por τάξεις deberíamos entender a los soldados colocados en formación fuera del campamento a la espera de iniciar la marcha, como era costumbre hacer y tenemos descrito en otro episodio de las *Helénicas*.⁶⁸ Siendo así, los mosinecos, tras atravesar por donde se encontraban los griegos formados, cruzarían el campamento. No resulta muy lógico pensar que τῶν ὀπλων se refiera a los depósitos de armas cuando los griegos se encuentran ya preparados para la marcha fuera del campamento, como así ocurre en la traducción de Masqueray: *puis, après avoir traversé les rangs des Grecs et leur dépôt d'armes...*

⁶⁷ *An.*, V,4,14: καὶ διελθόντες διὰ τῶν τάξεων καὶ διὰ τῶν ὀπλων τῶν Ἑλλήνων...

⁶⁸ *HG.*, IV,1,23.

Tan sólo queda repasar el texto de la *República de los lacedemonios* para poder comprobar si tal propuesta es también aceptable para el texto que nos ha servido de punto de partida.

El fragmento *Lac.*, XII,1-4 describe el sistema de seguridad en los campamentos lacedemonios, distinguiendo entre las guardias diurnas y las nocturnas, y entre las que se realizan en el campamento para la seguridad interna, de las que se llevan a cabo a distancia y realizadas con vistas a garantizar la seguridad exterior (*Lac.*, XII,2):
φιλακάς γε μὴν ἐποίησε μεθήμερινὰς τὰς μὲν παρὰ τὰ ὄπλα εἴσω βλεπούσας· οὐ γὰρ πολεμίων ἔνεκα ἀλλὰ φίλων αὐταὶ καθίστανται.

Prescindiendo de la existencia de lugares para el almacenamiento de armas en el campamento, la traducción seguiría teniendo sentido. En ese caso los guardias se colocarían a lo largo de la línea formada por las tiendas o los lugares donde duermen los soldados en el campamento (παρὰ τὰ ὄπλα) mirando hacia el interior. La guardia se situaría en su puesto habitual, pero con la particularidad de que lo haría vigilando hacia el interior y descuidando la vigilancia del exterior. La razón para esto estaría en que durante el día los esclavos tendrían que trabajar y ocuparse de todo lo necesario en el campamento, también de las armas. Así se entendería bien que Jenofonte deba aclarar el porqué de su existencia y las particularidades de su funcionamiento. De avisar de la proximidad de enemigos a la acampada se ocuparían jinetes que, apostados en lugares de gran visibilidad, podrían traer rápida noticia de cualquier suceso.

Por el contrario, durante la noche tanto los extranjeros como los esclavos estarían excluidos del espacio de acampada de los soldados (τὰ ὄπλα). Éstos llevarían entonces a cabo la labor realizada durante el día por los jinetes, mientras que de asegurarse de que no entraban los extranjeros ni los siervos al lugar ocupado por los soldados (τὰ ὄπλα) se encargarían hoplitas lacedemonios, quienes realizarían las

rondas portando la lanza. Para ello se situarían en los mismos lugares ocupados durante el día por los soldados destinados a vigilar el interior del campamento.⁶⁹ Éste no es el único caso en el que tenemos atestiguado el cierre de un campamento durante la noche.⁷⁰

En resumen, podemos decir que τὰ ὄπλα parece referirse al espacio ocupado por los soldados en el campamento, limitado al terreno mismo de las tiendas o de las diversas unidades en que se organiza el espacio de acampada de un ejército griego. Por ello puede ser en ocasiones presentado como campamento, pero a diferencia de στρατόπεδον, su significado es más físico y restringido. El empleo de esta expresión en Jenofonte está, pues, en perfecta consonancia con lo que pudimos intuir a lo largo de todos los autores anteriormente estudiados y nos confirma las hipótesis entonces expuestas.⁷¹

4) ἀλίζομαι

El verbo parece referirse simplemente a pernoctar, y de forma más particular, a pasar la noche al raso, vivaquear.⁷² El término está presente en situaciones muy diversas, tanto en referencia a condiciones muy difíciles como a situaciones normales de acampada.⁷³

⁶⁹ Cfr., Lac., XII,4.

⁷⁰ Cyr., IV,2,6.

⁷¹ Posteriormente, Plutarco, en su vida de Agesilao (19,1), emplea la misma expresión para describir cómo el general espartano esperó herido en el campo de batalla hasta que todos los cadáveres de los espartiatas que acompañaban al rey en Coronea fueron trasladados al interior del campamento (ἰδεῖν ἐντὸς τῶν ὀπλων).

⁷² STURZ, 1964, traduce este término como *pernoctare, commorari cum exercitu, castra metari*; STRACK, 1971: *im Freien lagern, biwakieren, über Nacht*; LIDDELL-SCOTT, 1940⁹: *esp. as military term, encamp, bivouac*; DGE, vol. III: como verbo intransitivo, *pasar la noche, pernoctar*, y para un ejército, *acampar, vivaquear*; con verbo transitivo en voz activa, *hacer acampar*.

⁷³ An., IV,5,11-29, donde la retaguardia dirigida por Jenofonte debe pasar la noche sin fuego y sin cenar; An., IV,3,1, se dice expresamente que el ejército pasa la noche en unas aldeas con muchos víveres.

5) στράτευμα

El sustantivo, se refiere al ejército acampado. Como ya hemos visto, el στρατόπεδον lo definen las propias tropas (*Eq. Mag.*, VII,10), y por ello se puede identificar el campamento con el ejército y viceversa.⁷⁴

6) Conclusión.

Resumiendo, podemos decir que el concepto στρατόπεδον en Jenofonte se refiere a, y es definido por, las tropas que ocupan un territorio y por ello en determinadas ocasiones equivale a στράτευμα. Bajo στρατόπεδον se incluye también cualquier forma de pernoctar (αὐλίζομαι) y acuartelarse los soldados (σκηνέω), incluso cuando se produce una separación física de los distintos cuerpos del ejército (διασκήνηω), no implicando con ello una multiplicación de los campamentos. Cuando el στρατόπεδον se encuentre físicamente unido, entonces tendremos una plaza de armas (τὰ ὄπλα), que probablemente haya de entenderse estrictamente como el espacio ocupado por las tiendas o el lugar de descanso de los soldados. El concepto de στρατόπεδον englobaría en sí todas estas categorías.

En los escritos de Jenofonte no encontramos ninguna innovación en cuanto al vocabulario campamental. Sigue en todo a los autores precedentes que le sirven de modelo e inspiración en su obra, pero con la ventaja de que la mayor atención que presta a todos los aspectos relacionados con la vida castrametral nos permite definirlos de forma más precisa y segura. Jenofonte nos permite captar una imagen más nítida de la castrametación de los ejércitos griegos en el conjunto de la época clásica,

⁷⁴ Por ejemplo, *HG.*, VI,2,29; VI,5,18; *An.*, I,5,12.

convirtiéndole, aunque sólo fuera por esta razón, en el autor más importante a la hora de estudiar los campamentos militares griegos.

3. El lugar de acampada.

a) Criterios generales.

La primera pregunta que cabe hacerse es dónde podemos buscar el emplazamiento de un campamento o, mejor, cuál era considerado como el lugar idóneo para situar un campamento. En la *República de los Lacedemonios* (XII,1), las normas de Licurgo sólo se refieren a que el campamento debía ser circular siempre que no existiera un monte seguro, una muralla o un río detrás. Preocupaciones distintas a la hora de elegir los emplazamientos las encontramos en la *Ciropedia*. En esta obra podemos leer cómo Cambises recomendará a su hijo no descuidar la salubridad del lugar de acampada (*Cyr.*,I,6,15). Ciro seguirá tales consejos y, cuando tenga que elegir un establecimiento más permanente para su ejército a fin de disponer de tiempo suficiente para construir las máquinas con las que demoler los muros de Babilonia y preparar a sus tropas para la batalla final contra el asirio, asentará el ejército en el lugar que, en su opinión, era más saludable y accesible para transportar allí cuanto iban a precisar (*Cyr.*,VI,1,23).

Pero los factores a tener en cuenta a la hora de decidir un lugar para acampar no parece posible que se quedaran ahí. El abastecimiento de comida y agua es una necesidad primordial que de ningún modo cabe pensar que pudiera ser descuidada. Ejemplo de esto también lo vemos en la *Ciropedia*, cuando Gádatas, decidido a apoyar al ejército persa en su lucha contra los asirios, guiará por su territorio a Ciro y sus tropas teniendo en cuenta este principio elemental: *Era Gádatas quien indicaba el camino y los lugares con más abundancia de agua, forraje y trigo para acampar en ellos* (*Cyr.*,V,4,40).⁷⁸

⁷⁸ καὶ τὸν μὲν Γαδάταν εὐθὺς ὁ Κύρος ἐν τοῖς περὶ αὐτὸν ἦει ἔχων καὶ ὄδων φραστήρα καὶ ὑδάτων καὶ χιλοῦ καὶ σίτου, ὡς εἶη ἐν [τοῖς] ἀφθονωτάτοις στρατοπεδεύεσθαι.

Las necesidades logísticas de un ejército se resumen fundamentalmente en esos tres elementos: agua, abundancia de forraje para las bestias de carga y para la caballería, y trigo para la alimentación de los soldados. A esto se ha de añadir la facilidad defensiva que de forma natural posea el emplazamiento y la salubridad que prevenga a los soldados de enfermedades. Conjugadas estas necesidades logísticas y defensivas tendríamos el emplazamiento ideal de un ejército en campaña.

La intendencia había de condicionar enormemente la elección del lugar de acampada y fue un elemento imprescindible a la hora de elegir rutas y emplazamientos, al menos en el caso del ejército de los Diez Mil.⁷⁹ En la *Anábasis* la mayor parte de las indicaciones sobre el lugar de establecimiento de las tropas se refieren al emplazamiento cerca de ríos y aldeas.⁸⁰ Éstas se convirtieron en la gran solución para el aprovisionamiento de los griegos en su huida,⁸¹ faltos completamente de provisiones, como lo expone Jenofonte a sus compañeros a la hora de preparar la marcha tras la muerte de los estrategos (*An.*,III,2,34): *Es evidente que debemos encaminarnos a donde tengamos víveres, y tengo entendido que hay aldeas hermosas a no más de 20 estadios de distancia.*

La referencia a la parada en aldeas con abundantes víveres va marcando en la *Anábasis* las diferentes etapas en el camino de los griegos. En ellas se encontraba trigo, forraje, pan, bienes para

⁷⁹ En *An.*,I,5,7 Jenofonte dice que el ejército de Ciro tuvo que soportar algunas etapas muy largas cuando quería llegar a lugares donde hubiese agua y forraje. Un resumen del viaje de los Diez Mil y las condiciones climatológicas y geográficas que pudieron haber encontrado en su marcha podemos verlo en LEE, 2007, pp. 18-42.

⁸⁰ En *An.*I,4,9, se dice que los griegos llegan al río Calo, y un poco más abajo, como de pasada, se refiere Jenofonte a las aldeas en las que acampan. Con mucha probabilidad el emplazamiento del campamento griego en poblados cerca del río es también el caso para las otras referencias en las que únicamente se nos da cuenta del nombre del río: río Psaro (I,4,1); río Píramo (I,4,1); río Dardas (I,4,10, en este caso junto al palacio de Belesis); río Zapatas (II,5,1); río Centrites (en la misma orilla del río, pero muy cerca hay aldeas, IV,3,1 y 6); río Teleboas (IV,4,3, con muchas aldeas). Referencia directa a la aplicación de este principio para la elección del lugar de acampada la podemos leer en *Arr.*, *An.*,VI,25,5.

⁸¹ También es práctica habitual entre los persas, como se puede comprobar en *An.*,II,2,16.

engrosar el botín y, sobre todo, vino, bebida mucho más apreciada por los griegos que el agua.

Hay que tener en cuenta que la alimentación diaria de cada soldado ha de ser como mínimo de 1,360 kg. de grano y casi 2 litros de agua. A esto hay que sumar las necesidades de los animales: 4,5 kg. de forraje y 30 litros de agua al día. Si son bestias de carga hay que añadirle 4,5 kg. de grano más a su alimentación.⁸² Solamente los casi 13.000 soldados que componían el ejército mercenario de Ciro antes de la batalla de Cunaxa (sin contar la masa de los no combatientes, de los cuales no tenemos datos para calcular sus necesidades con seguridad)⁸³ supondrían 17.680 kg. diarios de grano y 26.000 litros de agua. Las bestias de carga, contabilizando como mínimo una por cada 50 hombres para transporte de enseres, sumarían unos 260 animales, con unas necesidades diarias en alimentación de 1.170 kg de forraje y otros 1.170 kg. de grano, así como 7.852 litros de agua.⁸⁴

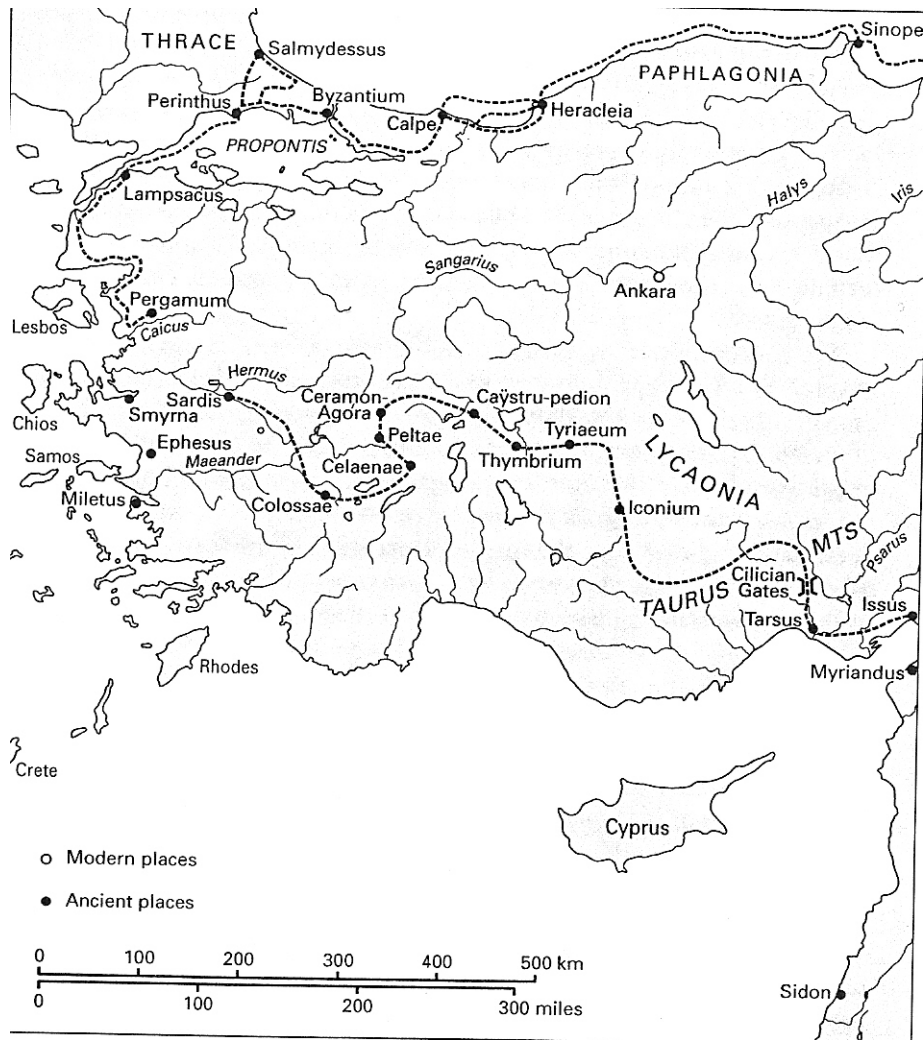
Tales cantidades de agua y alimento necesarios para el sostenimiento de un ejército que ha de vivir de lo que encuentra en el propio territorio, suponían un rápido agotamiento de las reservas de una región, con la consiguiente devastación y necesidad continua de cambiar el emplazamiento del campamento. El mismo Jenofonte lo explica en la *República de los Lacedemonios: Asimismo* [los lacedemonios], *cambian de campamento con frecuencia para causar daños a sus enemigos y ayudar a sus amigos.*⁸⁵

⁸² ENGELS, 1978, pp. 18-19 y 123-130.

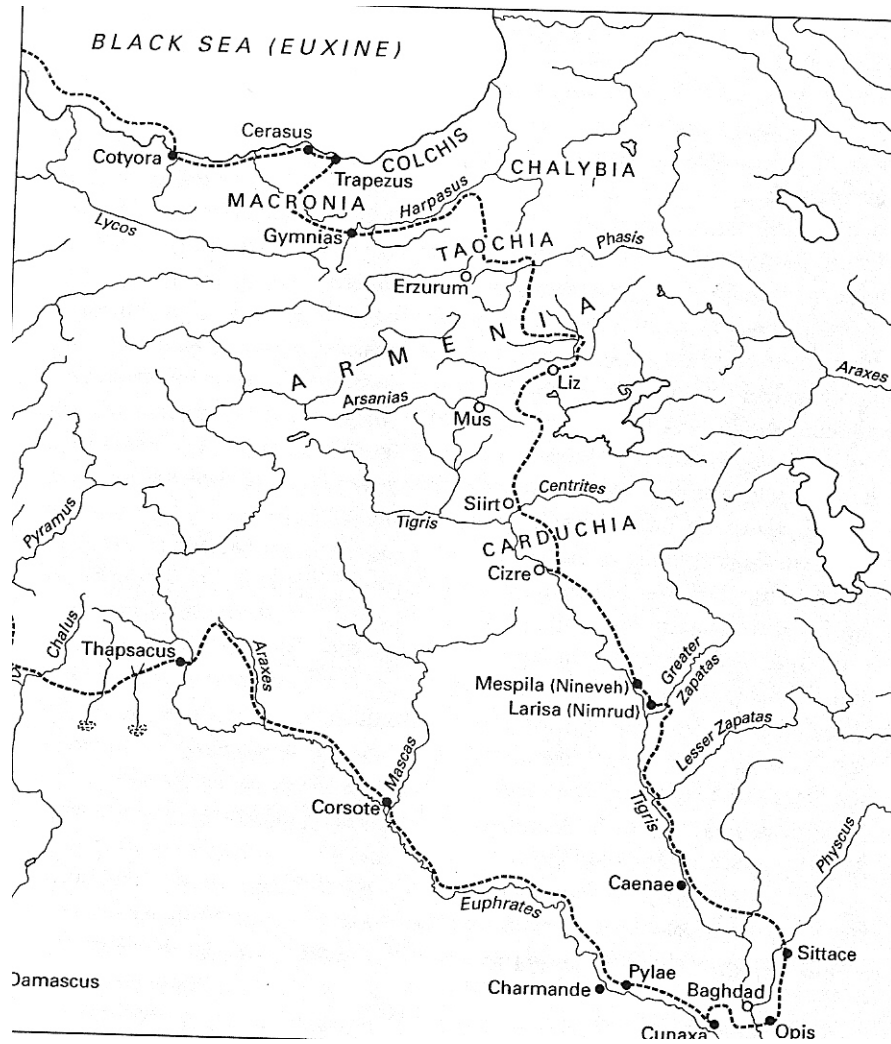
⁸³ Por *An.*, IV,1,13 podemos suponer que su número era al menos igual al de los soldados, doblando las necesidades logísticas del ejército. Para el número de mercenarios que componían el ejército, ver ROY, 1967, pp. 287-323.

⁸⁴ ENGELS, 1978, pp. 17-18: es un cálculo que considera como mínimo para los ejércitos de Alejandro. Por tanto, en el ejército de la *Anábasis*, donde aún no se ha producido la gran reforma de Filipo II dirigida a disminuir la impedimenta y hacer más ágil el movimiento de la fuerza armada, el número de bestias de carga debía de ser muy superior en proporción, quizás incluso una por cada tienda para acarrear los enseres de los agrupados en esa unidad.

⁸⁵ *Lac.*, XII,5: δεῖ δε οὔτε περίπατον οὔτε δρόμον μάσσω ποιεῖσθαι ἢ ὅσον ἂν ἡ μόρα ἐφήκη, ὅπως μηδεὶς τῶν αὐτοῦ πόρρω γίγνηται.



**Mapa de la ruta de los Diez Mil por el corazón del Imperio persa,
 LEE, 2007, p. 20**



Mapa de la ruta de los Diez Mil por Asia Menor, LEE, 2007, p. 21

Los daños que suponían para una región ver establecido un στρατόπεδον en el territorio eran conocidos por todos. Según nos cuenta Polieno (II,1,21), Agesilao realizaba continuos cambios de emplazamiento como arma para esquilmar el territorio de los enemigos.⁸⁶ V.D. Hanson considera la instalación de campamentos fortificados como una forma típica de devastación de los campos en época clásica. En la mayoría de los casos, los ejércitos sólo emprendían tareas de devastación una vez establecido un campamento que les proporcionara la seguridad necesaria. A diferencia de los romanos, los griegos no portaban estacas con las que construir la empalizada de defensa de los campamentos, por lo que los cultivos y los árboles del entorno eran el primer objetivo de las tropas para hacerse con los materiales necesarios para fortificarlo, si así lo decidían.⁸⁷ En Jenofonte no encontramos una preocupación por la provisión de madera a la hora de elegir emplazamientos, como comprobamos que sí ocurre en Roma (Veg., I,22,1; III,8). Si bien es cierto que la existencia de construcciones defensivas (τάφος καὶ σταύρομα) no es condición necesaria para el establecimiento de un στρατόπεδον, y que, como más adelante veremos, Jenofonte no es partidario de tales construcciones, la existencia de madera en el entorno debió de ser otro de los factores tenidos a menudo en cuenta a la hora de establecer a las tropas en un territorio, ya que el campamento fortificado no es algo extraño en este momento en el mundo griego.

Otro de los criterios era de carácter topográfico. A ser posible, el emplazamiento debía buscar el aprovechamiento de accidentes naturales del terreno para facilitar su defensa. Muy probablemente, guiado por tal principio, recomendó Jenofonte al ejército durante la estancia en Calpe de los Diez Mil, ocupar el promontorio que tan buenas disposiciones naturales

⁸⁶ También *Cyr.*, III,3,23.

⁸⁷ HANSON, 1983, pp. 25-28.

(τὸ ἔρυμνὸν χωρίον) ofrecía para la defensa del στρατόπεδον pero, debido al temor de los soldados a que el establecimiento se convirtiera en una colonia permanente, las tiendas fueron levantadas en la playa y sólo ocuparon aquella posición, reforzándola con un atrincheramiento, cuando las circunstancias les obligaron a ello (*An.*, VI,4,1-VI,5,4). También en las *Helénicas*, durante la batalla de Leuctra, tenemos otro caso de buen uso de las características del terreno. En esta acción, el campamento lacedemonio se sitúa en una pendiente y detrás de un foso (τάφρος) (*HG.*, VI,4,14).⁸⁸

Más elementos para la defensa de un campamento podían ser una montaña segura, un muro o un río a la espalda de los soldados, que sirviese para asegurar la retaguardia (*Lac.*, XII,1).

El establecimiento de un στρατόπεδον en la cima de una montaña suponía contar con las ventajas de una posición elevada sobre posibles atacantes desde la llanura o el valle, escenario tradicional del combate hoplítico, pero esta situación también comportaba ciertos riesgos. Si los soldados acampaban en alguna altura, se aventuraban a verse rodeados y asediados, con dificultad para el acceso a los víveres y al agua. Esto es lo que le ocurrió al ejército arcadio segregado de los Diez Mil en la zona de Calpe:

Al amanecer, [los tracios] se formaron en círculo alrededor de la colina, donde los griegos estaban acampados.(...) Los griegos tenían muchos heridos, los tracios ninguno, de manera que no pudieron moverse del lugar y, al fin, los tracios les

⁸⁸ *HG.*, VI,4,14: ὁμως δε πολλῶν τεθνεῶτων καὶ ἠττημένοι ἐπεὶ διέβησαν τὴν τάφρον ἢ πρὸ τοῦ στρατοπέδου ἔτυχεν οὕσα αὐτοῖς. MARCHANT-UNDERHILL, 1906 [reimpr. 1979], p. 248, en su comentario de las *Helénicas*, opinan que en este caso τάφρος debe entenderse como un accidente natural del terreno, como lo indicaría el uso de ἔτυχεν. Pese a ello, como ya veremos en el apartado dedicado al estudio de las construcciones defensivas en el campamento, puede que la presencia de un foso justo delante del campamento no sea algo casual o fortuito.

*impidieron el acceso al agua. Y como las dificultades eran muchas, entablaron conversaciones para una tregua (An.,VI,3,6-9).*⁸⁹

Pero tampoco colocar el campamento en la falda de la montaña, estaba libre de peligros y la experiencia que se saca de los episodios en los que los ejércitos se sitúan a media altura, buscando el abrigo de una colina, no parecen recomendar tal situación.⁹⁰ Aquí el problema podía surgir porque las fuerzas enemigas llegaran a tomar posiciones por encima del campamento, quedando continuamente expuestos a una acometida en desventaja de una formación hoplítica enemiga o, simplemente, a ser un blanco fácil para los peltastas y arqueros enemigos allí situados.

Sin embargo, la práctica habitual parece ser ésta, y los inconvenientes comentados no son tenidos en cuenta. Jenofonte, con el ejército acampado en la aldea más alta de una montaña, cree más seguro cambiar de posición el campamento, no por la posibilidad de verse rodeado o atacado desde las alturas próximas, sino por encontrarse bajo techo (ἐν τοῖς στεγνοῖς).⁹¹

La razón radica en que lo previsible no eran situaciones de enfrentamientos a contingentes de soldados ligeros o, como veremos más adelante, no se contaba con la posibilidad de que el enemigo buscara el ataque directo y la toma del campamento. Pesaría más, en las previsiones tácticas de los estrategos, la idea del combate tradicional, en campo abierto y entre formaciones hoplíticas, donde la toma del campamento era el resultado de la derrota en el campo de batalla. Por este motivo, tácticamente, lo más ventajoso era la colocación de las tropas en la falda de las montañas, lo que

⁸⁹ Ver también Polyæn., I,38,2, para un caso similar ocurrido al ejército de Brásidas.

⁹⁰ *HG.*, IV,6,7.

⁹¹ *An.*,VII,4,11-12; finalmente, los indígenas descienden desde las alturas y atacan las posiciones de los griegos (*An.*,VII,4,13).

permitía contar, en caso de enfrentamiento con otra falange, con la ventaja de un desnivel que diera fuerza y empuje a la propia formación.⁹²

Lo habitual de esta práctica lo podemos comprobar tanto en la simulación de acampada que hace Epaminondas en las *Helénicas* (VII,5,22), desplegando la formación en la falda de una montaña y dejando las armas en el suelo, de modo que parecía que estaba acampando, como en la localización de los campamentos tebano y lacedemonio en la batalla de Leuctra (*HG.*, VI,4,4 y 14).

Ahora podemos comprender mejor cómo la recomendación que podemos leer en la *República de los Lacedemonios* sobre la necesidad de buscar un monte seguro (ὄρος ἄσφαλές) para el establecimiento del campamento, no es gratuita. Las normas de Licurgo presentadas por Jenofonte siguen la visión tradicional del combate hoplítico, pero advirtiendo de los peligros que la práctica había mostrado sobre las consecuencias de la mala elección de una colina. Según vaya aumentando en importancia el uso de los peltastas y de la infantería ligera, más peligrosa se volverá la elección de los montes como lugar para asentar a las tropas. El final de la evolución de este pensamiento lo encontramos en Vegecio, que avisa sobre el peligro de situar a los soldados bajo alturas próximas que pudieran ser tomadas por un ejército enemigo: *Cavendum etiam, ne mons sit vicinus aut altior locus, qui ab adversariis captus posit officere* (I,22,2).⁹³

Otra posibilidad consistía en aprovechar muros o ríos para defender la retaguardia del campamento, según podemos leer en *Lac.*, XII,1. De esta manera las tropas acampadas podrían

⁹² Ejemplos muy claros de esta táctica los podemos ver en D.S., XV,32,3 y 34,1, donde Cabrias logra por dos veces la victoria táctica sobre Agesilao al ocupar unas alturas y esperar allí el avance lacedemonio.

⁹³ Ps.-Higinio (56) da una clasificación de los lugares de acampada: el mejor lugar sería el establecimiento en una zona en pendiente; después, el establecimiento en llano; en tercer lugar, sobre una colina; en cuarto lugar, sobre una montaña; y, por último, los *castra necessaria* o de localización forzada por las circunstancias. No muy lejos de estas ideas se encuentra la práctica griega, lo que de nuevo nos presenta posibles puentes de comunicación entre ambas épocas y tradiciones.

descuidar la vigilancia de este lado del campamento y concentrar sus esfuerzos defensivos en los demás frentes. Como claro ejemplo de la utilización de muros para establecer un στρατόπεδον podemos referirnos al campamento griego en el paso de las Termópilas (Hdt., VII,208), episodio al que ya hemos aludido con anterioridad. En Jenofonte no encontramos indicaciones directas del aprovechamiento de muros preexistentes para la defensa del campamento. Pero quizá debamos entender tal empleo en los casos en los que se toma la decisión de instalar al ejército en gimnasios, beneficiándose de las construcciones de estos establecimientos, o junto a templos, que normalmente cuentan con un muro rodeando el *témenos*.⁹⁴

Los ríos, además de asegurar una fuente de agua, necesidad logística principal, podían ser aprovechados o elegidos por su valor táctico en relación con la seguridad del campamento o con vistas a un posible enfrentamiento.⁹⁵ Artajerjes muestra ser consciente de esta posible ventaja cuando pretende, enviando mensajeros falsos al campamento griego, evitar que los griegos permanezcan acampados al otro lado del Tigris y que corten los puentes que unían ambas orillas y a ambos ejércitos, lo que hubiera posibilitado a los mercenarios de Ciro quedar fuera del alcance de las tropas del Rey (*An.*, II,4,18-20).

La última posibilidad, en cuanto a la defensa natural de un campamento, la componía la ocultación y la sorpresa, en opinión de Jenofonte, mucho más valiosas que cualquier otro medio de defensa para un campamento:

⁹⁴ *HG.*, II,2,8: campamento del rey Pausanias en la Academia de Atenas; V,2,25: campamento lacedemonio en el gimnasio de Tebas. Se aprovechaban así grandes espacios abiertos y llanos en las proximidades de las ciudades, muy a menudo junto a fuentes o ríos. En el caso de la Academia en Atenas, se hallaba además rodeado de un muro: *cf.* DAREMBERG-SAGLIO, II, 2, 1963, pp. 1684-1685, s.v. "Gymnasium"; en templos, *HG.*, I,3,7; IV,1,41; VI,5,27.

⁹⁵ Por ejemplo en la batalla de Nemea: *HG.*, IV,2,15.

Y cuando en su avance distaban aproximadamente una parasanga, los asirios acamparon, como se ha dicho, en terreno rodeado de una fosa, pero a la vista; en cambio, Ciro acampó en el lugar más escondido que pudo encontrar, ocultándose tras aldeas y colinas, con el convencimiento de que asusta más a los contrarios la aparición repentina de los efectivos enemigos.⁹⁶

Un poco más adelante trataremos con mayor amplitud esta cuestión.

En la *Anábasis*, las situaciones en las que el elemento defensivo está expresamente indicado como decisivo a la hora de elegir un emplazamiento para el campamento son muy escasas.

- en III,4,32 los griegos irán buscando el abrigo de las aldeas para poder permitir el descanso de los hombres, de los heridos y lograr un respiro frente al continuo asedio de las tropas de Tisafernes.

- en V,7,31, ante la situación de indisciplina en la que ha caído el ejército, Jenofonte recomendará tomar las medidas necesarias para recuperar el orden o que cada hombre se establezca por separado procurándose la seguridad de una altura.

- en VI,3,6, los arcadios que se han separado del cuerpo principal se encontrarán acampados en una colina rodeados de tracios que forman un círculo en torno al campamento. La situación se volverá muy complicada cuando se vean impedidos por los enemigos para llegar hasta el lugar de donde obtenían el agua. La colina había sido elegida ya de antemano como lugar de reunión de los diferentes grupos del ejército (VI,3,3). Las tropas de Jenofonte que marchan en ayuda de los

⁹⁶ *Cyr.*, III,3,28:

ἐπεὶ δὲ προσιόντες ἀπείχον ὅσον παρασάγγην, οἱ μὲν Ἀσσύριοι οὕτως ἐστρατοπεδεύοντο ὥσπερ εἰρηται, ἐν περιτεταφρευμένῳ μὲν καταφανεῖ δέ, ὁ δὲ Κύρος ὡς ἐδύνατο ἐν ἀφανεστάτῳ, κώμας τε καὶ γηλόφους ἐπίπροσθεν ποιησάμενος, νομίζων πάντα τὰ πολεμια ἐξαίφνης ὀρώμενα φοβερώτερα τοῖς ἐναντίοις εἶναι.

arcadios optarán también por acampar en lo alto de una colina como medida de defensa (VI,3,20).

- en Calpe, la falta de víveres obliga a los griegos a tener que salir del campamento situado en la playa para hacer una incursión en el territorio de los tracios. Ante la inseguridad de la situación, deciden dejar una parte del ejército cuidando de los bagajes en una posición segura que además fortifican (VI,4,21-5,4).

Como vemos, con excepción del primer caso, la solución elegida es ocupar una altura que dificulte los ataques y permita, en caso de necesidad, aprovechar la ventaja de una posición superior para defenderse. En el resto de los ejemplos que encontramos en la *Anábasis* la proximidad a fuentes de agua y lugares de abastecimiento era tenido como el elemento más importante a tener en cuenta por los Diez Mil, enfrentados continuamente a la falta de víveres. Probablemente, dentro de los diferentes emplazamientos posibles, se elegiría aquel cuyas condiciones naturales de defensa fueran las más propicias.

Las localizaciones de campamentos en las *Helénicas* son más diversas. Los ejércitos no se ven obligados a tener como principal razón de su elección la satisfacción de las necesidades de víveres, como veíamos en la *Anábasis*, y por ello el elemento táctico adquiere una mayor relevancia. Hay una más amplia diversidad de emplazamientos, y las consideraciones estratégicas en torno a la situación de las acampadas son también algo más abundantes.⁹⁷ Lo más destacable quizá sea la alabanza que Jenofonte hace de Pelópidas al establecer su campamento dentro de las murallas de Tegea, dando una mayor seguridad al ejército y un mayor secreto a sus planes (*HG.*, VII,5,15).

En cuanto a las indicaciones sobre la salubridad del lugar de acampada que hemos visto en la *Ciropedia*, éstas son, en opinión de Breitenbach, reflejo de alguna obra de medicina, como por

⁹⁷ *HG.*, II,4,2-7; IV,6,7; VI,4,4-14; VI,5,17-18.

ejemplo el *Corpus Hippocraticum*.⁹⁸ Los principios que regulaban este aspecto no debían de ser algo nuevo entre los estrategas griegos; por el contrario, el cuidado de la salubridad del lugar de acampada debía de estar presente en la mente de todos los generales, tanto para utilizarlo en beneficio propio como para aprovecharlo contra los enemigos. Polieno nos proporciona un ejemplo muy claro para ilustrar ese último caso, en lo que Anderson califica como el primer ejemplo de guerra bacteriológica de la Historia (Polyaen.,II,30,3):⁹⁹

Clearco, decidido a matar a muchos ciudadanos, como no tenía un pretexto, reclutó hombres desde los dieciséis años hasta los sesenta y cinco para una campaña en plena canícula, como si fuera a sitiar la ciudad de Ástaco. Y cuando llegó cerca de Ástaco, ordenó a los ciudadanos que acamparan en un lugar pantanoso, sin aire y lleno de aguas estancadas, con el encargo de prestar atención, no fueran a aparecer los tracios por la región. Y él, como si fuese a cargar con la parte penosa del asedio, ocupando con los extranjeros lugares altos y con buena sombra y corrientes de agua, acampó y prolongó el asedio hasta que lo pantanoso y nocivo del campamento mató a los ciudadanos en el verano. Y cuando todos murieron, entonces levantó el campo con los mercenarios y atribuyó la culpa de la muerte de los ciudadanos a la peste.

La salubridad del emplazamiento debió de ser un principio tenido en cuenta de forma habitual en la fundación de ciudades y colonias. Así nos lo muestra Estrabón (VI,2,4) en el episodio

⁹⁸ BREITENBACH, 1950, p. 73 y n. 110.

⁹⁹ ANDERSON, 1970, p. 61. El texto que sigue a continuación se refiere a Clearco, el tirano de Heraclea del siglo IV.

de la consulta del οἰκιστής de Siracusa al oráculo de Delfos.¹⁰⁰ Por último, debemos apuntar que, en opinión de Anderson, en el continuo movimiento del campamento también se ha de ver una medida sanitaria tendente a evitar el convivir con un exceso de suciedad y basuras en el campamento.¹⁰¹

La elección del lugar donde sentar los reales tenía en Grecia como primer y más fundamental objetivo el buscar una localización que permitiera cubrir las necesidades de agua y víveres de los soldados y bestias de carga. Esto se resolvía fundamentalmente con la presencia de grandes ríos y la proximidad a aldeas. Pero una vez solucionadas estas necesidades, era el criterio estratégico y defensivo el que determinaría el lugar de asentamiento del ejército, buscándose, al margen de cualquier construcción defensiva adicional con la que aumentar las defensas del campamento, el terreno más apto para ello o aprovechando construcciones o accidentes naturales que facilitaran las labores defensivas. El terreno considerado como más favorable eran las colinas y alturas por permitir a las tropas disponer de una ventaja en caso de confrontación con otra fuerza hoplítica en el llano, que sigue siendo el peligro más habitual y real al que hacer frente en los campamentos. Sin embargo, según aumente la efectividad y el uso de las tropas ligeras y peltastas, la colocación del campamento en alturas o en las faldas de las montañas perderá ese carácter ventajoso para pasar a considerarse como una situación a evitar. Por último, las consideraciones de tipo sanitario también estaban presentes a la hora de elegir el lugar de acampada, como lo estaban en el caso de la fundación de colonias y ciudades.

¹⁰⁰ También Arist., *Pol.*, 1327a y 1330a., trata sobre las condiciones ideales del lugar donde se ha de instalar una ciudad, dando especial relevancia a la salubridad del lugar y la abundancia de agua.

¹⁰¹ ANDERSON, 1970, p. 161. Más previsor en relación con la elección del lugar de acampada era Alejandro Magno que, según nos cuenta Arriano (*An.*, VI,25,6), establecía el campamento siempre a 20 estadios de distancia del agua para evitar que el calor y las prisas por beber de los soldados provocaran enfermedades entre las tropas. En el caso de los campamentos de fuerzas romanas, ver Veg., III,8.

b) El acantonamiento en aldeas.

El estudio del campamento en aldeas tiene su razón de ser en el hecho de que las relaciones entre el ejército y los diversos pueblos se van a manifestar también en el lugar elegido para acampar, en las casas de las aldeas o en la proximidad a las mismas.

Pero, antes de aceptar sencillamente que en muchas ocasiones los griegos ocupaban las casas de las aldeas, tenemos que tener presentes las dificultades que esto traería consigo.¹⁰² Por un lado, hay que tener en cuenta que una sola aldea no puede ser suficiente para albergar a los contingentes de todo un ejército. Se precisa de un conjunto de poblaciones próximas entre sí para tener un número de casas suficiente como para cobijar a todas las tropas. Esta distribución de las soldados se realizaba normalmente por compañías, adjudicándose las aldeas por sorteo. Jenofonte se suele referir a este tipo de acuartelamiento utilizando la expresión *διασκηνῆιν κατὰ τάξεις*. En estos casos lo único seguro es que el comandante del ejército, por tener el rango más alto, se aloja en la casa más importante del lugar, normalmente la del jefe de la aldea, y es presumible que el criterio de distribución de los alojamientos para los demás soldados siga siempre este principio.

El que el texto haga mención de que un ejército buscó alojamiento bajo techado no significa necesariamente un alojamiento en las casas. Como en *An.*,VII,4,12, ese alojamiento bajo techo puede ser en barracones o construcciones más sólidas que unas simples tiendas, denominadas como *στεγνά*. Este tipo de refugio debió de ser bastante habitual en los casos de estancias prolongadas en un mismo lugar, por ejemplo, para pasar el invierno junto a alguna ciudad (*D.S.*, XVIII,25,1).¹⁰³

¹⁰² LEE, 2007, pp. 198-204, dedica una pocas páginas a reflexionar sobre este tipo de acampada, pero sin llegar a ser un análisis sistemático del problema, aunque sí que puede resultar útil como introducción.

¹⁰³ También *Oec.*,VII,19. En una inscripción de época helenística recogida por C. B. WELLES, 1934, 51, 2, 15, se

La distribución de un ejército por aldeas supone también una situación de alto riesgo para el campamento que, con sus cuerpos divididos, se puede ver sorprendido por un ataque en un momento de gran vulnerabilidad. Los estrategos sólo adoptarán esta medida debido a causas mayores que obliguen a buscar refugios contra las inclemencias del tiempo, o cuando exista una gran confianza en la seguridad del emplazamiento. A esto hay que añadir que el alojamiento bajo cubierto y en lugares cercados traía graves inconvenientes para la defensa de los hoplitas griegos, como más adelante comprobaremos.¹⁰⁴

El campamento en aldeas cumple principalmente la función de abastecer a los ejércitos en campaña de agua, víveres y botín. Las referencias que aparecen en Jenofonte sobre este tipo de acuartelamiento no permiten saber exactamente si nos encontramos con el establecimiento de las tropas en el entorno de unas aldeas o con el alojamiento de los soldados en las propias casas. Naturalmente ambos casos son considerados por Jenofonte como στρατόπεδον. Pero tampoco el uso de σκηνέω permite averiguar qué tipo de alojamientos ocupan los soldados, puesto que este verbo no es aplicable exclusivamente al alojamiento en casas, sino que es válido tanto para acuartelamiento bajo techo como en tiendas de campaña. Para saber si un ejército se ha aposentado en las mismas casas de la aldea o no, deberemos tener en cuenta algún tipo de indicaciones directas o, indirectamente, mediante el estudio de las relaciones entre el ejército y las poblaciones por las que éstos van atravesando.

Tras la batalla de Cunaxa griegos y bárbaros juran un armisticio con Artajerjes II que incluye

distingue a los soldados que habitan en las casas, de los que habitan aún en στεγνά. A los primeros se les conceden más tierras y viñedos que a los otros, intentándose así favorecer la fundación de una colonia.

¹⁰⁴ También cabe aquí citar la noticia que tenemos recogida en Amm. Marc., XXII,4,6, sobre una antigua ley espartana que prohibía a los soldados lacedemonios en campaña pernoctar *sub tecto*. Sobre los problemas que plantea durante la guerra del Peloponeso el alojamiento de los soldados en casas durante una campaña, ver p. 444.

un convenio de concesión de libre retirada por el que el Gran Rey les proporcionaría guías para evacuar al ejército de su territorio y mercado para su avituallamiento (*An.*,III,4,26).¹⁰⁵ Esto supone para el ejército tener que comportarse como si se encontraran en territorio amigo, sin posibilidad de coger más víveres que los estrictamente necesarios y permitidos por los persas. Sólo en el caso de las aldeas de Parisátide (*An.*,II,4,27) Tisafernes dejará que los griegos saqueen las casas. Lo habitual es que a los Diez Mil se les consienta tomar las reservas que en cada villa se encuentran preparadas para el sátrapa. En tal caso, los griegos acamparían con absoluta seguridad fuera de las aldeas, instalándose el ejército en las proximidades de los pueblos.

Pero cuando la tregua se rompa se producirá un cambio en la situación: los griegos ya no contarán con un mercado seguro, teniendo que abastecerse de lo que encuentren a su paso, pero, eso sí, ya sin restricciones en cuanto a las cantidades (*An.*,III,2,24). A partir de este momento el territorio es territorio enemigo y las aldeas el objetivo de saqueo del ejército, que suele buscar, siempre que sea posible, el cobijo y el descanso en su entorno o en las mismas casas de las poblaciones (*An.*,III,4,18; III,4,30; III,4,32; III,5,1).

Desde entonces se van a repetir las situaciones en las que los griegos tendrán que decidir si establecen relaciones amistosas o no con los distintos pueblos por los que transcurra la marcha. Ambas situaciones tenían sus ventajas y sus inconvenientes. El considerar un territorio como enemigo suponía tener que mantener una constante lucha con sus habitantes, lo cual entorpecía al ejército en su camino de regreso, pero también les dispensaba de cualquier miramiento a la hora de

¹⁰⁵ FERNÁNDEZ NIETO, 1975, pp.188-195 y 231-233. DESCAT, 1995, pp. 99-108 realiza un estudio muy acertado sobre las modalidades legales de aprovisionamiento de los Diez Mil. Para este caso habla de un avituallamiento mediante los impuestos reales y los almacenes de los poblados y de un claro intento de los soldados por cambiar este acuerdo por un contrato estable que les posibilite la obtención de una soldada (*An.*,II,5,12-14). Sobre el pago a los mercenarios en general y los diferentes contratos y pagas que se acuerdan entre los Diez Mil y Ciro, ver ROY, 2004, pp. 268-269.

saquear las aldeas, pudiendo así volver a avituallarse sin limitaciones de ningún tipo. En caso contrario, lograrían un paso tranquilo por el territorio pero una mayor dificultad a la hora de adquirir víveres, teniendo que depender de lo que ellos mismos hayan obtenido hasta entonces o de lo que los habitantes del territorio les ofrezcan de mercado. En el caso del establecimiento de un campamento, la primera posibilidad permite suponer un alojamiento en las casas y aldeas, y la segunda el que el ejército necesariamente permanezca fuera de las mismas, no dañando con su presencia ni el territorio ni los bienes guardados en las aldeas.

Con los carducos los Diez Mil fracasarán en su intento de establecer relaciones de amistad para asegurarse el paso tranquilo por el territorio tras las agotadoras jornadas de lucha contra los persas. Los griegos tomarán de los poblados los víveres imprescindibles para su mantenimiento, puesto que se encuentran completamente faltos de alimentos, intentando, eso sí, respetar al máximo las propiedades de este pueblo bárbaro con la esperanza de lograr establecer relaciones de amistad con sus habitantes y garantizarse un trayecto seguro por el territorio. Pero para los carducos esta acción resultó suficiente afrenta como para no plantearse la posibilidad de una tregua con las tropas invasoras, aun cuando también ellos eran enemigos de los persas (*An.*,IV,1,8-9). A partir de entonces las tropas griegas acamparán en las aldeas de los carducos y aprovecharán al máximo las reservas allí contenidas. Podemos aquí entender que los soldados establecieron sus cuarteles en las casas (*An.*,IV,2,22), aunque no siempre esto sea seguro, y bien pudiera ser que únicamente se limitaran a instalar el campamento en algún punto próximo a las mismas (*An.*,IV,1,11; IV,3,1).

La llegada a Armenia supondrá una nueva situación. Tiribazo, gobernador del territorio, procurará salvaguardar los bienes de sus habitantes cerrando un convenio de paso con los griegos por el que no les perjudicaría y les permitiría coger de las aldeas los bienes que precisaban si ellos no quemaban las casas, acto habitual con el que se solían terminar los episodios de saqueos

(*An.*,IV,4,6).¹⁰⁶ Volvemos a encontrarnos aquí el campamento griego instalado junto a una población dispersa en varios núcleos. Sin embargo, o bien el convenio con Tiribazo era tenido por ambos bandos como una mera solución momentánea en espera de mejores circunstancias para entablar una lucha, o bien la necesidad de un buen alojamiento debido al mal tiempo, unido a la aparente seguridad del lugar, invitó a los estrategos griegos a romper con la situación y acantonar a sus hombres por compañías en las casas (*An.*,IV,4,8).¹⁰⁷ Por la descripción que nos hace Jenofonte de los bienes que allí encuentran, los griegos toman ya más de lo estrictamente acordado (*An.*,IV,4,9), por no decir que este exceso acaba en un episodio de saqueo.¹⁰⁸ Esto rompía definitivamente la tregua con Tiribazo.

El comportamiento en las aldeas armenias es uno de los pocos en los que tenemos la seguridad de que los soldados se cobijan en las casas de las aldeas donde se encontraba estacionado el ejército. Sigue existiendo un sólo στρατόπεδον (*An.*,IV,4,9; IV,4,22), pero con un carácter particular debido a que el alojamiento es disperso (δισκοηνέω). El gran problema de esta situación eran los riesgos que suponían para la seguridad del campamento tal separación, teniendo en cuenta que la fortaleza de la falange hoplítica descansaba en el número de sus componentes. Por ello, temiendo un ataque de Tiribazo (después corroborado por el testimonio de un prisionero: *An.*,IV,4,18), deciden los estrategos volver a reunir el ejército en un sólo lugar (se conforma un τά ὄπλα). Pero la experiencia les demuestra que ante las pésimas condiciones climatológicas y la falta de tiendas donde resguardarse, era más temible el frío que el propio Tiribazo, y los jefes griegos

¹⁰⁶ Como anota FERNÁNDEZ NIETO, 1975, pp. 229-231, porque probablemente Tiribazo no tenía la seguridad de que los habitantes fueran a abrir mercado a los griegos.

¹⁰⁷ Los griegos ya no disponían de tiendas de campaña donde cobijarse dado que, para aligerar la marcha, habían decidido deshacerse de ellas y de los carros quemándolos (*An.*,III,3,1).

deciden volver a dispersar el ejército por las aldeas (διασκηνέω). La única solución, y rota ya la tregua, será adelantarse al sátrapa tomando la iniciativa y atacando su campamento (*An.*,IV,4,19-22).

La situación de enfrentamiento se mantendrá a partir de entonces hasta llegar al territorio de los macrones (*An.*,IV,8,1). Con éstos se cierra otro convenio de paso, pero esta vez con mayor éxito, permitiendo a los Diez Mil un trayecto rápido y seguro hacia el mar. Durante estas jornadas no hay ninguna indicación de acampada en las aldeas de los macrones. Esto no sorprende, pues lo contrario hubiera sido una ruptura de lo acordado. En este tipo de acuerdos bélicos una de las condiciones previstas es que se ofrecerá mercado a los ejércitos que se hallan de paso para evitar episodios de pillaje. Jenofonte mismo reconoce la buena voluntad de los macrones que les ofrecían *el mercado que podían* (*An.*,IV,8,8 y V,5,18), aunque muy probablemente no fuera suficiente para las necesidades de sus hombres. Sin embargo los Diez Mil, tras la travesía por el país de los taocos, cálibes y escitenos, debían de contar con suficientes reservas de víveres como para estar en condiciones de aceptar unos acuerdos que les impedían el pillaje pero les agilizaban la marcha hacia la costa.

De todas formas, tales provisiones no debían de ser muy abundantes pues nada más abandonar el país de los macrones y entrar en territorio de los colcos se ven de nuevo obligados a luchar y a vivir de lo que pueden encontrar en los poblados. Aquí volvemos a encontrarnos con menciones sobre el establecimiento de campamentos en aldeas donde hallarán víveres en abundancia (*An.*,IV,8,19).

Habiendo agotado las posibilidades del territorio, el ejército de mercenarios continuará su camino de regreso a Grecia, cerrando con los mosinecos un acuerdo de συμμαχία (*An.*,V,4,8). El botín capturado a colcos y drilas, y las posibilidades de aumentarlo en compañía de los mosinecos,

¹⁰⁸ En algunos casos incluso seguido de la quema de las casas, contraviniendo directamente lo acordado (*An.*,IV,4,14).
666

empujarán a los estrategos griegos a buscar este acuerdo que se extiende también a los cálibes, súbditos de los mosinecos (*An.*,V,5,1). Como en el caso de los macrones, no se nos refiere durante este trayecto ningún ejemplo de acantonamiento. En territorio de los tibarenos continuamos sin tener referencias a campamentos en aldeas. Con este pueblo los generales volverán a cerrar un acuerdo de paso, no por deseo propio, sino por consejo de los adivinos, que pondrán en conocimiento de los jefes del ejército los malos augurios obtenidos, y la conveniencia de aceptar los dones de hospitalidad que éstos se habían apresurado a ofrecer al ejército al entrar en su territorio (*An.*,V,5,2).

Como vemos con estos ejemplos, el acantonamiento de los soldados en las casas es considerado como un acto de pillaje y, por tanto, sólo puede darse cuando el ejército se encuentre en enemistad con esa población. En caso contrario, los ejércitos se situarán en torno a aldeas en las que se les ofrecerá aprovisionamiento o mercado, cogiendo tan sólo lo necesario para la marcha.

Los ejemplos seguros de alojamiento de los soldados en aldea sólo los tenemos presentes en la *Anábasis* debidos a circunstancias muy excepcionales en las que la falta de alimentos, la enemistad con las tribus locales y las dificultades meteorológicas aconsejan a los estrategos olvidar cualquier otra consideración y ordenar a sus tropas el buscar refugio en las casas. Los demás pasajes aportados por Tánzer en relación con el establecimiento de las tropas bajo techado no pueden asegurarse como tales. Teniendo en cuenta los problemas y peligros que tal acción podía acarrear para un ejército, parece más probable el pensar que las fuerzas griegas no acostumbraban a acantonarse durante las campañas en las aldeas, como el mismo Tánzer reconoce que sería lo más habitual para el periodo anterior al referido en la *Anábasis*.¹⁰⁹

¹⁰⁹ TÄNZER, 1912, p. 32.

c) El campamento y la ciudad.

Las relaciones entre el campamento y la ciudad están gobernadas por muchos de los principios vistos para las aldeas. Las ciudades son primordialmente centros de aprovisionamiento de los ejércitos y por ello son buscadas como puntos de parada durante las marchas.¹¹⁰ Su mayor tamaño en población y recursos hacen que sean más aptas para las necesidades de los grandes ejércitos. Durante el trayecto hasta Cunaxa, Ciro busca en su ruta continuamente las ciudades como punto de abastecimiento.¹¹¹ El mayor tamaño permite una mayor permanencia de los ejércitos en las cercanías de éstas y da la oportunidad de llevar a cabo otras actividades relacionadas con la preparación del ejército y la vida en campaña:¹¹² reunión de tropas y revista (por ejemplo: *An.*, I,2,4; I,2,6; I,2,7; I,2,14), celebraciones (*An.*, I,2,10; IV,8,25; V,5,5), venta del botín (*An.*, V,3,2; VI,6,38), reparto de los beneficios obtenidos (*An.*, V,3,4), rendición de cuentas (*An.*, V,7,34), o la purificación del ejército (*An.*, V,7,35).

Como ocurría en el caso de las poblaciones pequeñas, el establecimiento del campamento en torno a grandes centros urbanos suponía un enorme gasto para sus habitantes y un constante peligro de caer en manos de un poder extranjero o sufrir episodios de saqueo. Por ello, evidentemente, las fuerzas extranjeras debían acampar extramuros. Los acuerdos de paso no obligaban a abrir las puertas a los contingentes que estaban de paso por el territorio, lo que también ocurría en relación con la apertura de un centro de avituallamiento (*ágora*) para la tropa, que poseía también un carácter completamente discrecional en consonancia con la simpatía, pero también con el temor, que quién lo

¹¹⁰ No entramos aquí en las campañas de asedio a poblaciones en las que la ciudad se convierte en el objetivo mismo del ejército y en las que entre ciudad y campamento la relación es simplemente de hostilidad, sin posibilidad alguna de relación entre ambos.

¹¹¹ *An.*, I,2,4; I,2,6; I,2,7; I,2,10; I,2,11; I,2,13; I,2,14; I,2,19; I,2,20; I,2,23; I,4,1; I,4,6; I,4,11; I,5,4; I,5,5; I,5,10.

¹¹² Desde 3 días (en la mayor parte de las ciudades) hasta 45 días en Cotiora.

solicitaba despertaba en el anfitrión.

La apertura de las puertas de la ciudad al ejército poseía un significado más importante: era manifestación de estrechos lazos entre ambos, normalmente en relación con la existencia de una *συμμαχία*. Lo mismo ocurría con la acogida de una flota dentro del ἄστυ o de la zona portuaria.¹¹³ El consentir que una flota fondeara en las playas o radas próximas a la ciudad era algo propio de unas relaciones de no beligerancia entre los bandos, pero las zonas accesibles a la ciudad desde los puertos sólo eran abiertas en caso de que existiese una alianza entre ambos y de que las autoridades locales lo estimasen oportuno. La ciudad siempre se reservaba el derecho de admisión y, en caso de que un aliado no hubiera sido llamado, no existía obligación jurídica de abrirle las puertas o recibirlo en puerto. Por eso aquí, las conversaciones y buenas relaciones entre el campamento y la ciudad tienen más importancia que en el caso de las aldeas. Entre ellos se creaba una situación de mutuo respeto que solía conducir al entendimiento y la colaboración.¹¹⁴

La mejor solución era siempre lograr desarrollar relaciones de amistad entre la fuerza armada y la ciudad, iniciadas por el ofrecimiento de dones de hospitalidad y el establecimiento de un mercado. La situación peculiar que concurría en el ejército de los Diez Mil conducía además a la acogida de los soldados enfermos en la ciudad y a mantener abiertas las puertas a cualquier necesidad del ejército acampado junto a las murallas.¹¹⁵ Por su parte el ejército se comprometía a no saquear la población ni su *χώρα* y a adquirir los bienes en el mercado o en territorios no aliados de la ciudad. Ésta es la relación que encontramos entre el campamento de los Diez Mil y la ciudad de

¹¹³ Éste es el caso de la flota ateniense y la ciudad de Perinto, que acoge a la flota dentro del ἄστυ (*HG.*, I,1,21).

¹¹⁴ ALONSO TRONCOSO, 1987, pp. 97-98.

¹¹⁵ ALONSO TRONCOSO, 1984, p. 98 y n. 20.

Trapezunte, en una situación que se prolongó por espacio de 30 días (*An.*,IV,8,22-V,2,32).

Ese equilibrio de miedos podía ser utilizado, como en el caso de los mercenarios de Ciro, para mantener a la población receptiva a posibles nuevas exigencias de los “huéspedes”. Así logró el ejército que Trapezunte les entregara dos barcos de 50 y 30 remos para organizar una flota de transporte para los soldados (*An.*,V,1,11). También la hospitalidad debía mostrarse en las facilidades para guiar al ejército fuera del territorio, asignándoles guías y procediendo a la mejora de los caminos por los que tuviesen que transitar (*An.*,V,5,15; V,1,13). Como el mismo Jenofonte pone de manifiesto, era el temor y el deseo de librarse de la presencia de una gran masa de soldados a las puertas lo que facilitaba el progreso y el buen entendimiento en estas conversaciones.¹¹⁶

Pero no siempre era así y los mercenarios de Ciro encontraron la ciudad de Cotiora cerrada (*An.*,V,5,3), no se les proporcionó mercado, ni se acogió a los enfermos en las casas. La necesidad obligó a los soldados a tomar la ciudad y guardar sus puertas para poder introducir en las casas a los enfermos. Y ya que no se les ofreció mercado, pudieron legítimamente tomar lo que precisaban del territorio de los propios cotiorotas.¹¹⁷ En todo caso, previendo las posibles consecuencias futuras que para el ejército pudiera tener el saqueo de una ciudad griega, los daños infligidos a la colonia fueron los mínimos:¹¹⁸ el ejército, intentando evitar cualquier suspicacia de las autoridades griegas,

¹¹⁶ *An.*,V,1,13; en Sínope los soldados presionaron a sus comandantes para alcanzar de la ciudad una asignación para alimentos, ya que con los presentes de hospitalidad que habían recibido no llegaría para alimentar a la tropa ni tres días. Jenofonte y Quirísofo se negaron en rotundo a hacer tales peticiones, alegando que no se podía obligar a una ciudad griega y amiga a dar algo que no quería dar (*An.*,VI,2,4-6). Más éxito tuvieron en sus peticiones los soldados de Eteónico instalados en Quíos (*HG.*,II,1,1).

¹¹⁷ Como en el caso de la prohibición de paso, la denegación de mercado al beligerante podía ser interpretada por éste como un acto de mala fe y hasta merecedor de represalias, si había fuerza y oportunidad para ejecutarlas. Los incidentes y protestas de los Diez Mil son justos teniendo en cuenta que el ejército mercenario no participaba en ninguna campaña contra el rey persa, acababa de salir de una contienda, no estaba ni había estado en guerra con ninguna ciudad griega y el itinerario elegido por los Diez Mil era el apropiado para una fuerza terrestre que quería abandonar cuanto antes territorio aqueménida. Por ello tenían todo el derecho a ser tratados como amigos y gozar de las leyes de la hospitalidad: *cfr.* ALONSO TRONCOSO, 1987, pp. 100-101.

¹¹⁸ Recuerda mucho a la actitud del ejército hacia los carducos, intentando ganarse la confianza de éstos, no dañando sus

permaneció en el exterior de la ciudad. Sólo los enfermos, costeándose ellos mismos el alojamiento y manutención, ocuparon algunas de las casas de Cotiora. Esta situación irregular la salvó la intervención de embajadores de la metrópoli de Cotiora, Síbaris, que lograron desbloquear la situación y restablecer las relaciones de hospitalidad entre la ciudad y el campamento, que se manifiestan en la entrega de dones de hospitalidad y la apertura de mercado (*An.*,V,5,24-25).

La temida situación del asalto a una ciudad por un ejército de mercenarios la encontramos descrita en el caso de Bizancio. La mala acogida que se dio al ejército llevó a los soldados a intentar solucionar la situación por la fuerza, introduciéndose por las puertas y atacando la muralla (*An.*,VII,1,7-32). Como podemos ver en este episodio, el temor y las precauciones que las poblaciones tomaban ante la presencia de un campamento en la proximidades no eran infundados. Aun cuando el problema se solucionó y los soldados depusieron su actitud, abandonando la ciudad e instalándose fuera de las murallas, los recelos se mantuvieron e incluso pareció peligroso a las autoridades que Jenofonte, como estratega del ejército, accediese al recinto amurallado de la polis estando el campamento griego tan próximo (*An.*,VII,1,39).

El respeto a la ciudad y el mantenimiento de relaciones de amistad obligaba siempre a instalar a la tropa extramuros, a una prudente distancia, que diera seguridad a sus habitantes ante un posible intento de los soldados de tomar la población. Con vistas a facilitar la situación, sus habitantes sacaban al exterior de las murallas el mercado o se acercaban ellos mismos hasta el campamento. Durante el viaje con Ciro lo habitual fue que la separación entre la ciudad y el ejército de mercenarios la asegurara un río. A orillas de éste se colocaba el mercado, facilitando así el acceso de los soldados a los víveres o incluso cruzando los habitantes en balsas el río para acercarles los

propiedades más allá de lo estrictamente necesario (*An.*,IV,1,8).

viveres al mismo establecimiento militar.¹¹⁹ En Trapezunte los soldados se situaron sobre una colina, en la cercanía de unas aldeas colcas, a no mucha distancia de la ciudad, y procurándose una salida al mar (*An.*,IV,8,22-V,1,17); en Perinto el ejército acampó al lado de la muralla (*An.*,VII,2,11). Ya hemos hecho mención a que las inmediaciones de templos y los gimnasios podían ser también buenas soluciones para el establecimiento dentro de la Hélade de campamentos al ser terrenos llanos, próximos a la ciudad y, normalmente, también a fuentes de agua.

Pero la propia seguridad del ejército demandaba que el στρατόπεδον no se emplazara excesivamente lejos de un centro urbano, para evitar que los soldados se alejaran demasiado del campamento en sus salidas en busca de víveres. Este error fue la causa de la derrota ateniense en Egospótamos, cuya flota se encontraba anclada a quince estadios de Sestos, mientras Lisandro se situó en Egospótamos, en un puerto junto a la ciudad que les proveía de todo lo necesario. Los lacedemonios aprovecharon un momento en el que las tropas se hallaban dispersas en busca de aprovisionamientos para atacar un campamento completamente desguarnecido (*HG.*, II,1,22-26).

Sólo en un caso tenemos constancia del establecimiento del ejército dentro de las murallas de la ciudad. En *HG.*, VII,5,8 Jenofonte destaca la habilidad y el ingenio de Epaminondas por situar el στρατόπεδον dentro de la muralla de Tegea, donde tenía mayor seguridad, no podían ser vistos los preparativos de su ejército y, en cambio, podía observar los movimientos del enemigo.¹²⁰ El ejército tebano, encontrándose en una ciudad aliada, pudo acampar intramuros sin que por eso existiera

¹¹⁹ *An.*,I,5,10; II,4,13; II,4,28.

¹²⁰ En realidad tenemos en Jenofonte dos casos más de acampada dentro de un recinto amurallado. En la *Ciropedia*, Ciro tras tomar Sardes, saquea la población y hace acampar al ejército en la ciudad (*Cyr.*, VII,2,8). Pero existe gran diferencia entre esta acción, resultado de la conquista, y la decisión de Epaminondas, de carácter defensivo. El segundo episodio es el establecimiento del cuartel general de un pequeño destacamento de la caballería ateniense en Mantinea (*HG.*, VII,5,15), pero, como bien anota KROMAYER, 1903, n. 5, p. 43, el que una pequeña fuerza de aliados tome una ciudad como cuartel general, es algo completamente distinto a que lo haga todo un ejército.

temor entre los habitantes de Tegea.¹²¹ Pero eso no quiere decir que fuese una acción habitual entre los ejércitos griegos. La alabanza de Jenofonte en esta ocasión, más dirigiéndola a un tebano, sorprende y nos confirma en la idea de que los ejércitos no establecían sus cuarteles en el interior de las murallas de las ciudades, ni aun tratándose de ciudades aliadas.

¹²¹ En opinión de KROMAYER, 1903, p. 37, tal elección no sólo venía determinada por la ventaja que iba a suponer el mantener a sus tropas a cubierto y por la facilidad para adquirir todo tipo de víveres, sino también porque la ciudad ofrecía a sus soldados un mejor cobijo contra el calor que a mediados de junio ataca la llanura (28°-42°), aumentando así la capacidad de movimiento del ejército. Puso Epaminondas por delante los intereses militares a los de las normas que guardaban celosamente las ciudades. Todo lo que no fuera completamente necesario para una corta expedición podía ser abandonado de forma segura dentro de los muros de la ciudad. Para el autor alemán, el sistema de fortificación de campamentos entre los griegos aún no se había desarrollado y tal estratagema permite al tebano operar con *legiones expeditae*, según expresión latina, para llevar a cabo sus rápidas marchas hasta Esparta y, tras el fracaso, hasta Mantinea .

4. Jurisdicción y separación de campamentos.

En el apartado del vocabulario hemos definido στρατόπεδον como el ejército en campaña reunido en torno al jefe del ejército. Esta definición introduce como característica fundamental del στρατόπεδον griego un vínculo personal y no territorial o espacial para el campamento, en el que la subordinación al mando es un elemento decisivo a la hora de definir la pertenencia o no a un determinado campamento.¹²² El materialización física del στρατόπεδον será una consecuencia de la identificación, por asimilación, de este concepto al territorio y a los elementos físicos ocupados por los soldados.

La mejor prueba la encontramos en la *Anábasis*. Las fuerzas con las que Ciro pretende la conquista del trono persa, compuestas por diversos ejércitos de mercenarios griegos con sus propios jefes y de tropas bárbaras unidas a la empresa, se definen, hasta la muerte de Ciro en la batalla de Cunaxa, como un sólo στρατόπεδον. Esto no quiere decir que todos ellos ocupen un territorio continuo cada vez que acampen. Por el contrario, existe una clara separación y división, no sólo entre las tropas griegas y bárbaras, sino incluso entre los mismos ejércitos griegos.

En el episodio de las trece etapas desérticas hasta la ciudad de Pilas, Jenofonte nos dice que llegó a faltarle el trigo al ejército (στράτευμα), en este caso se refiere sólo al griego, mientras el trigo únicamente podía adquirirse en el mercado lidio, que se encontraba entre las tropas extranjeras de Ciro (ἐν τῷ Κύρου Βαρβαρικῷ). Aquí no se distinguen campamentos sino ejércitos, el de los griegos y el de los bárbaros (*An.*, I, 5, 6).¹²³

¹²² Una visión somera de este problema, aunque interesante, pero fijándose más en los lazos étnicos que jurídicos que llevaban a la unión o separación de los diversos contingentes griegos entre sí a lo largo de la *Anábasis*, se puede leer en LEE, 2007, pp. 43-79.

¹²³ τὸ δὲ στράτευμα ὁ σῆτος ἐπέλιτε, καὶ πρίασθαι οὐκ ἦν εἰ μὴ ἐν τῇ Λυδία ἀγορᾷ ἐν τῷ Κύρου βαρβαρικῷ, τὴν καπίθην ἀλεύρων ἢ ἀλφίτων τεττάρων σίγλων.

Otro episodio interesante es el de la disputa entre los ejércitos de Menón y Clearco en Carmande (*An.*,I,5,11-17). De la narración de los sucesos que nos hace Jenofonte se desprende que las tropas de Menón y Clearco acampaban por separado, en un espacio perfectamente definido y reconocible, mediando entre ellos cierta distancia (*An.*,I,5,13). Eran, por tanto, dos zonas de acampada diferentes, pero Jenofonte no se refiere a ellas en ningún momento como στρατόπεδα sino como στράτευμα ο χώρα. De ser dos términos idénticos en su significado, en este pasaje, por obvias razones estilísticas, Jenofonte habría alternado ambos términos, lo que, sin embargo, no hace.

Durante la batalla de Cunaxa gran parte de la narración transcurre en el campamento de Ciro. Al ceder el ala en la que se encontraba el aspirante al trono, las fuerzas del Rey tienen vía libre para marchar más allá de las líneas enemigas, llegando en su persecución hasta el campamento de éste. La descripción que recoge Jenofonte de los acontecimientos no es del todo clara, refiriéndose unas veces al campamento de Ciro (*An.*,I,10,1), otras al de Arieo (*An.*,I,10,1), otras al de los griegos (*An.*,I,10,8) y otras, sencillamente, habla de un solo campamento (*An.*,I,10,5) y, en todos los casos, emplea el término στρατόπεδον. Sin embargo, se trata indefectiblemente del mismo campamento, el de los ejércitos de Ciro. La identidad entre todos ellos la prueba la presencia del Rey en el campamento: cuando los primeros llegan a saquearlo, provocando la huida de Arieo, siendo a ese mismo punto a donde Tisafernes se dirige, encontrándose con el Rey, y a donde marchan los griegos al oír decir que sus bagajes estaban siendo saqueados, como así resultó (*An.*,I,10,18), y eso pese a la resistencia y la defensa que hicieron las tropas encargadas de los bagajes, pudiendo únicamente salvar lo que se les había encomendado custodiar (*An.*,I,10,3).¹²⁴ Esta defensa heroica de los griegos la pone Jenofonte en contraste con la cobarde huida de Arieo y sus hombres a través del

¹²⁴ LENDLE, 1995, pp. 87-88.

campamento, perseguidos por las tropas del Rey. Se anuncia ya el carácter mentiroso y desleal del jefe bárbaro, que poco más tarde también abandonará a los griegos, pasándose al bando del Rey (*An.*,II,4,8).

Si, como hemos visto, el campamento lo conforman los distintos cuerpos unidos por un mismo jefe militar superior a todos ellos, al desaparecer éste desaparecerá también la unidad del στρατόπεδον. Esto también lo vemos confirmado en la *Anábasis* con la muerte de Ciro en Cunaxa. Si hasta la batalla griegos y bárbaros compartían un mismo campamento, la muerte de Ciro rompe con esta situación, hablándose a partir de ese momento de dos campamentos (*An.*,II,4,1), el de Arieo y el de los griegos que se mantienen unidos, como compatriotas en tierra extraña, aceptando a Clearco como jefe del nuevo ejército (*An.*,II,2,5).¹²⁵ La muerte de Clearco a manos de Tisafernes (*An.*,II,5,32) no va a suponer la desintegración del campamento griego, puesto que el ejército mantiene su unidad de mando en la forma del colegio de generales con una cabeza que actuará de portavoz y que, en un primer momento, será el lacedemonio Quirísofo (*An.*,III,3,3).

Mientras se mantenga la unidad entre los jefes se mantendrá la unicidad del στρατόπεδον,¹²⁶ y, conforme a tal principio, la aparición de disensiones se plasmará también en su

¹²⁵ La división del poder de Ciro entre Arieo y Clearco es la más natural y se preanuncia durante todo el primer libro de la *Anábasis*. Arieo era tenido por Ciro como jefe de las tropas bárbaras y se sitúa comandando el ala de los bárbaros en la batalla de Cunaxa (I,8,5). También a él se dirigieron los griegos como natural heredero del poder de Ciro al enterarse de la muerte del hermano del Rey (II,1,4). La predilección de Ciro por Clearco también se pone de manifiesto a lo largo de la narración hasta el encuentro con las tropas de Artajerjes. En un primer momento es Menón el que ocupa el puesto de preferencia de entre todos los griegos y, en la revista a las tropas que se hace en Tiro, Menón forma en el ala derecha (la de mayor honor) mientras Clearco lo hace en la izquierda (I,2,18). En la siguiente formación de la que tenemos noticia, como preparación para la batalla, los puestos son invertidos y Clearco ocupa ahora el ala derecha mientras Menón lo hace en la izquierda, situación que se mantiene en la batalla (I,7,1; I,7,4). Las causas que llevan a este cambio no las sabemos, pero debieron de irse forjando durante el motín de Tarso (I,3,2), la asamblea de Tápsaco, en la que los jefes del ejército deben comunicar a los soldados que la verdadera finalidad de la campaña es la lucha contra el Rey (I,4,11), y en la disputa en Carmande entre ambos (I,5,10-14). Esta rivalidad explica las diversas posturas adoptadas por cada uno de ellos a lo largo de este periodo.

¹²⁶ Lugares donde se habla de un solo campamento griego son, por ejemplo, *An.*,IV,4,9; IV,4,22; y IV,5,22.

fragmentación. El primer caso lo encontramos con la escisión de los griegos en tres ejércitos: uno formado por arcadios y aqueos, otro guiado por Quirísofo y un tercero comandado por Jenofonte (*An.*, VI,2,16), conformando también campamentos distintos (*An.*, VI,3,6 y VI,3,18). Pero más claro resulta con la segregación de las tropas de Menón en Perinto, que establecen su acuartelamiento a unos 10 estadios de distancia de donde estaban el resto de los griegos (*An.*, VII,2,11; VII,3,2). Al conformar un ejército distinto, Menón no estará presente en las conversaciones con Seutes, y sus soldados no participarán en la asamblea que después se convoca para decidir el futuro del ejército (*An.*, VII,2,17 y VII,3,2).

Nuevamente con Seutes volvemos a ver el mismo proceso de integración y desintegración del στρατόπεδον que vimos con Ciro. Aprobado por la asamblea de los soldados el combatir a las órdenes del rey, acamparán con éste en la llanura de los tinios (*An.*, VII,4,2), no distinguiéndose más entre el campamento del rey odrisio y el de los griegos hasta que las relaciones entre ambos se rompan y Seutes ceda el ejército a Cármino de Lacedemonia (*An.*, VII,6,3). A partir de ese momento se volverá a diferenciar el campamento de Seutes del de los griegos de Jenofonte (*An.*, VII,6,42; VII,7,2).

Todo este cuadro sólo encuentra una excepción en *An.*, VII,3,34, donde, pese a que el acuerdo con Seutes ya había sido ratificado por la asamblea de soldados (*An.*, VII,3,14), los estrategos griegos le solicitan, al despedirse de su tienda para montar las guardias y dar el santo y seña, que dé la orden de que ningún tracio entre en el campamento griego por la noche a causa de la enemistad que mantenían con ellos.¹²⁷ En nuestra opinión este último caso no desdice todo lo hasta aquí afirmado, dada la clara aplicación de los términos hecha hasta ese momento y después por Jenofonte. La razón

¹²⁷ *An.*, VII,3,34: καὶ Σεῦθην ἐκέλευον παραγγεῖλαι ὅπως εἰς τὰ Ἑλληνικὰ στρατόπεδα μηδεὶς τῶν Θρακῶν εἴσεισι νυκτός.

de esta divergencia puede estar en un error del propio Jenofonte, o por considerarse que el trato comenzaba a tener vigencia a partir del día siguiente, que es cuando Seutes empezaría a pagar al ejército.

Como hemos podido comprobar, a lo largo de la *Anábasis* queda patente el carácter personal del vínculo que define la pertenencia al στρατόπεδον. Esto también explica el hecho de que en algunas ocasiones se identifique la persona del jefe del ejército con el propio campamento.¹²⁸

El vínculo personal que define el στρατόπεδον no significa que exista una anarquía en cuanto al espacio que cada soldado debe ocupar. Internamente el στρατόπεδον está claramente ordenado. Como veremos en el estudio de la estructuración interna de los campamentos griegos, la división del espacio dentro de una acampada plasma y concreta esa vinculación personal dentro de una escala de mando. El ejemplo más ilustrativo en este sentido lo hallamos en los sucesos de Carmande, cuando dos mil mercenarios de Jenias y Pasión, convencidos por los argumentos expuestos en la asamblea de los soldados por Clearco, decidieron abandonar a sus estrategos para pasar a formar parte del ejército de éste: *Los soldados, los suyos y los demás, al oír que decía que no marchaba contra el Rey, aprobaron su decisión. Más de dos mil hombres de Jenias y Pasión cogieron las armas y los bagajes y acamparon al lado de Clearco (An.,I,3,7).*¹²⁹

La proximidad al jefe del ejército era quizá el elemento decisivo en la forma primitiva de acampada (Hom., *Il.*,X,150-154). Los grandes ejércitos, en razón de las necesidades logísticas y tácticas, no podían pensar en mantener una unidad física entre todos sus cuerpos en torno a su comandante, de ahí que, como hemos visto también en el estudio del vocabulario, la unidad del

¹²⁸ Por ejemplo *An.*, I,3,12.

¹²⁹ παρὰ δὲ Ξενίου καὶ Πασίωνος πλείους ἢ δισχίλιοι λαβόντες τὰ ὄπλα καὶ τὰ σκευοφόρα ἔστρατοπεδεύσαντο παρὰ Κλεάρχῳ.

στρατόπεδον se mantenga a pesar del distanciamiento que pueda darse entre los soldados de un mismo ejército (διασκήνηω). La idea de pertenencia al mismo campamento se mantiene al permanecer la subordinación al general, siendo más importante el lazo personal que el territorial.

Tal subordinación tiene también su expresión en el campo jurisdiccional. El jefe del ejército posee igualmente el máximo poder jurisdiccional castrense.¹³⁰ En varias ocasiones en la *Anábasis* podemos ver cómo es Ciro quien tenía la última palabra en conflictos de jurisdicción surgidos entre los comandantes griegos. Por ejemplo, en el último episodio que hemos visto del paso de los soldados de Jenias y Pasión al ejército de Clearco.

No hay duda de que la decisión de aquellos soldados se mantuvo. Ambos acuden a Ciro con intención de lograr que éste exija a Clearco la devolución de sus soldados, dado que él era la instancia jurídica superior a ambas partes. Pero la resolución que adopta el aspirante al trono persa es la de permitir a Clearco mantener a los soldados bajo su subordinación, lo cual crea una ruptura insalvable entre los dos estrategos y Ciro, que lleva a que, poco después, Jenias de Arcadia y Pasión de Mégara abandonen el campamento, embarcándose en Miriando en unas naves (*An.*,I,4,7). En realidad las exigencias de restitución de ambos no tenían razón de ser. Rotos los acuerdos que habían suscrito inicialmente los soldados mercenarios de marchar contra los Písidias y no hacia el interior de Asia Menor, estaban libres de las obligaciones contraídas con sus antiguos jefes, pudiendo suscribir ahora otro acuerdo con cualquier estratego y pasar a formar parte de un nuevo ejército.¹³¹

Otro caso en el que Ciro debe que intervenir como poder máximo en el campamento para

¹³⁰ *La potestad jurisdiccional no es compartida, sino que reside en un sólo general, el comandante en jefe o autokrátor; cuando en un ejército o flota están presentes varios estrategos (o rey y generales en el caso de Esparta) y se suscitan conflictos de competencia, éstos se resuelven siempre a favor del máximo jefe militar:* FERNÁNDEZ NIETO, 1988, p. 115.

¹³¹ DESCAT, 1995, pp. 100-102.

resolver otra disputa entre estrategos lo encontramos en el conato de enfrentamiento entre los soldados de Menón y Clearco en Carmande (*An.*,I,5,10-14). Tiene que ser Ciro el que con su presencia detenga el conflicto.

Este caso también sirve para comprobar que entre las distintas tropas griegas del campamento de Ciro existe total libertad de paso. Cada unidad ocupa una zona concreta y separada del resto, pero ésta se encuentra abierta a los demás miembros del propio στρατόπεδον. En el último ejemplo que hemos citado, Clearco atraviesa sin ninguna traba las tropas de Menón, y probablemente entre todos los cuerpos del ejército que conformaban el campamento, fueran griegos o bárbaros, existía la misma libertad. De no ser así, los griegos tampoco hubieran podido acceder al mercado lidio que se encontraba entre las tropas bárbaras de Ciro (*An.*,I,5,6). Por tanto, existe libertad de tránsito entre los distintos espacios de acampada para los soldados de distintos cuerpos del ejército.

Dos ejércitos unidos por un tratado de *symmachía* no compondrán un mismo campamento. Esto es consecuencia natural de que el elemento definitorio de la pertenencia a un στρατόπεδον es la subordinación a un mando supremo. En un acuerdo de *symmachía*, ambos ejércitos se encuentran en un mismo plano y poseen diferentes jefes, aunque el acuerdo pueda contemplar una cabeza única para la dirección de las operaciones, mediante una cláusula de hegemonía¹³². Pero tal acuerdo no

¹³² En Th.,IV,125 podemos ver cómo el acuerdo entre Brásidas y Perdicas no supone la unión entre los campamentos. Distintos campamentos entre aliados también tenemos en Th.,VII,43,4, que menciona tres campamentos en las Epípolas: uno de los siracusanos, otro de los demás sicilianos y el tercero de los aliados; también D.S.,XVIII,70,4, donde Poliperconte construye dos campamentos, uno para los macedonios y el otro para los aliados. Igualmente parecen componer campamentos distintos las diferentes fuerzas griegas reunidas para defender el paso de las Termópilas (Hdt.,VII,208,1-2). Ejemplo contrario es la unión de dos ejércitos bajo un sólo jefe militar que sí supone la unión de campamentos, como sucede en *HG.*,I,2,15: *Al intentar Alcibíades reunir todo el ejército en Lámpsaco, los soldados del primero no querían formar con los de Trasilo, porque ellos no habían sido vencidos y aquellos llegaban derrotados.* Plutarco (*Alc.*,XXIX,2) nos da más detalles diciéndonos que las tropas del ateniense no querían compartir ni ejercicios ni lugar en el campamento con los de Trasilo (γυμνασίων μήτε χώρας ἐν στρατοπέδῳ).

lleva consigo una unión tal que pueda crear un espacio común de acampada.

En estrecha relación con esto hay que subrayar el hecho de que la calidad de las relaciones con otros ejércitos o contingentes se manifiesta también en la distancia de separación entre campamentos: a mayor distancia, menor cordialidad y mayores recelos entre ambos.

Como ya hemos visto, la muerte de Ciro supuso la desintegración de un campamento en dos: el de los griegos y el del bárbaro Arieo, ambos unidos por un acuerdo de *symmachía* (*An.*,II,2,8) que establecía una relación de confianza mutua que se manifestaba en la vecindad de los establecimientos (*An.*,II,4,1). Pero esa confianza dura poco (*An.*,II,4,2) y, según van creciendo las suspicacias, también aumenta la distancia que va separándoles. Jenofonte se preocupa de irnos señalando cómo esa separación va manifestando claramente la creciente hostilidad entre ellos: si en un principio acampaban muy cerca los unos de los otros (*An.*,II,4,1), poco después Arieo deja una parasanga o más de distancia entre ambos e instala su campamento con el de Orontas y Tisafernes (συνεστρατοπεδεύετο: *An.*, II,4,9-10). El proceso culmina en Sítaca, cuando los griegos se instalan junto a la ciudad, a quince estadios del Tigris, mientras los bárbaros (no se nombra a Arieo pero, por lo anteriormente narrado, se asimila a este grupo) lo hacen más allá del río, en un lugar donde ni siquiera se les podía ver (*An.*,II,4,14).

El argumento de la proximidad de campamentos (στρατόπεδα) o alojamientos (σκηναί) es utilizado con cierta frecuencia por Jenofonte como un termómetro para medir el grado de buenas relaciones o voluntad entre dos ejércitos (*An.*,III,1,28):

El Rey, después de la muerte de Ciro, orgulloso por este hecho, nos transmitió la orden de entregar las armas. Y puesto que nosotros no las entregamos, sino que vinimos armados y acampamos a su lado ¿qué no hizo, enviando embajadores,

*pidiendo treguas, suministrando víveres hasta que consiguió las treguas?*¹³³

Es claro, por el texto, que la vecindad de campamentos es un signo necesario para expresar deseos de buena voluntad.¹³⁴ También en la *Ciropedia* encontramos otro caso muy ilustrativo. Deseando Ciro congraciarse con Ciaxares, receloso por los muchos éxitos de aquél, utiliza la invitación a acampar junto a él como muestra de su buena voluntad y cortesía (*Cyr.*, V,5,1):

*Ciro envió un mensaje a Ciaxares pidiéndole que fuera al campamento para deliberar acerca de la utilización de las fortalezas conquistadas, y para que, después de pasar revista al ejército, diera su opinión respecto de las acciones posteriores. Y dile, que si él me invita, iría yo a acampar con él.*¹³⁵

Como aliados deben acampar junto a él, pero como ejércitos con jefes distintos, conforman distintos campamentos (*Cyr.*, IV,1,7). Es la confianza que existe entre ambos lo que se quiere expresar mediante la mayor o menor proximidad. Así se lo recuerda Jenofonte a Medósades en la *Anábasis*: *Y tú, siempre que venías a vernos como embajador, acampabas (ἡύλίζου) a nuestro lado sin ningún temor a los enemigos* (VII,7,6).

Aún más claramente expuesto lo tenemos en las *Helénicas* con el campamento de los aliados odrisios enviados por Seutes a Dercílicas. Si en un primer momento se instalan a 20 estadios de

¹³³ ἐπεὶ δὲ ἡμεῖς οὐ παραδόντες, ἀλλ' ἐξοπλισάμενοι ἐλθόντες παρασκηθήσασμεν αὐτῶ...

¹³⁴ En este sentido cabe recordar cómo Tucídides anota la gran distancia que separaba los campamentos de Perdicas y Brásidas poco antes de la ruptura completa entre macedonios y espartanos (*Th.*,IV,125).

¹³⁵ ἐὰν δὲ κελεύῃ, εἰπέ, ἔφη, ὅτι ἐγὼ ἂν ὡς ἐκείνον ἰοίην συστρατοπεδευσόμενος.

distancia del de Dercíidas (III,2,2), tras el ataque que sufren por parte de los tracios bitinios buscarán la protección de los griegos. Jenofonte dice que a partir de ese momento los odrisios acampaban con los griegos.¹³⁶

A través de las obras de Jenofonte parece mostrarse un concepto de στρατόπεδον con un claro significado jurisdiccional personal. La subordinación a un mando se manifiesta en la pertenencia a su στρατόπεδον, del que queda excluido cualquier otro individuo que no tenga tal relación. De tal manera que, en el caso de que el jefe supremo de un contingente aglutine en torno a sí más de un ejército, στράτευμα y στρατόπεδον no serán entonces términos equivalentes, al quedar el primero subordinado como una parte constituyente del segundo. Pero el aspecto territorial o físico de la acampada resulta también de la máxima importancia. La mayor o menor confianza entre dos fuerzas se manifiesta en la proximidad de campamentos, siendo esta separación un factor más en las relaciones diplomáticas entre diferentes poderes.

¹³⁶ HG.,III,2,5: τοῖς Ἑλλησι στρατοπεδευσάμενοι ἦγον καὶ ἕκασον τὴν Βιθυνίδα. En la traducción de Brownson aparece como *making common camp with the Greeks*. En nuestra opinión esta traducción es errónea, y no existiría un sólo campamento (στρατόπεδον) sino dos. El término griego utilizado no lo indica necesariamente así y lo cierto es que estas fuerzas odrisias no son parte del ejército, sino fuerzas enviadas por Seutes como aliadas (*symmachoi*) al ejército de Dercíidas (HG.,III,3,2).

5. La forma del campamento.

El στρατόπεδον no tenía por qué poseer una estructura o forma determinada, puesto que, como ya hemos dicho en el estudio del vocabulario, se designa con este término a las tropas en campaña. Por ejemplo, podemos encontrar que se califica como στρατόπεδον el acuartelamiento de los soldados en diversas aldeas (*An.*,IV,4,8-14), o su distribución en círculo conformando un anillo en torno al enemigo vencido o con objeto de establecer un asedio a una ciudad.¹⁴¹ Igualmente podemos ver en la *Anábasis* cómo, en ciertas ocasiones, el στρατόπεδον se configura sin romper el orden de marcha de una columna de soldados, a los que no se les permite abandonar la formación durante el descanso nocturno con objeto de mantener a las tropas en situación de alerta y preparadas para reiniciar la marcha en cuanto sea necesario.¹⁴²

Sin embargo, al tratar a lo largo de este trabajo sobre la forma del campamento griego, lo que pretendemos averiguar es si, ordinariamente, al asentarse el στρατόπεδον durante una campaña, seguía una estructura regular que determinase una forma (o formas) típicamente griega, como ocurre en el mundo romano con la estructura cuadrangular de los *castra*. Y Jenofonte es el único autor griego que se detiene a considerar este aspecto de la castrametación de los ejércitos.

El historiador ateniense plantea el problema partiendo de cómo la forma habitual de acampar lacedemonia era en círculo (*Lac.*,XII,1). Ése es también el caso del campamento del Ciro ideal (*Cyr.*,VIII,5,1-16). En la *República de los Lacedemonios*, lo que inmediatamente se plantea qué forma regular es la más útil, la circular o la tetragonal.¹⁴³ Jenofonte entonces se para a explicar las ventajas defensivas que el plano

¹⁴¹ *HG.*,III,4,24; IV,7,1; *Cyr.*,III,1,6; IV,2,32-33.

¹⁴² *An.*,II,2,8.

¹⁴³ También LEE, 2007, p. 177, n. 27, opina que el texto de Jenofonte lo que denota es la existencia de formas regulares de acampada entre las fuerzas griegas.

circular de los campamentos lacedemonios ofrece frente al plano tetragonal (que en sí incluye tanto el rectángulo como el cuadrado), lo cual nos inclina a pensar que la polémica se plantea porque la forma habitual de acampar los demás ejércitos no es circular, sino rectangular. El plano circular se presenta en el texto como algo originario y genuinamente lacedemonio, procedente de su más antigua tradición, y en la que se demuestra una vez más la superioridad laconia sobre el resto de las ciudades griegas. Este juicio es reafirmado en la *Ciropedia*, donde ya parece darse por supuesta la forma circular como la más apropiada para un campamento, no entrando si quiera a discutir la cuestión. En todo ello resulta evidente el filo-laconismo del ateniense.

Sin embargo, la cuestión fundamental es si tenemos razones o no para aceptar su testimonio, que es el único que poseemos, acerca de que los lacedemonios al acampar adoptaban una planimetría circular. No resulta en absoluto descabellado considerar que, como asegura el propio Jenofonte, los espartanos bien pudieron adoptar y mantener la planta circular en sus acampadas como una expresión más de su conservadurismo y su apego a los rasgos más ancestrales de su cultura. Lo cierto es que acampar en círculo es la forma más común, simple y primitiva de los asentamientos nómadas, y es la que siguen más frecuentemente los ejércitos en Oriente Medio.¹⁴⁴ La instalación del ejército en una planta cuadrangular supone la expresión de una mayor deseo de organización castrametral y, probablemente, se da en estadios posteriores de evolución. Es, la forma habitual de asentarse los ejércitos egipcios.

Junto a eso pudieron existir otras razones que hacían ventajosa la acampada en círculo. Como ya apuntó Ollier, un argumento muy lógico para explicar la adopción del plano circular entre las tropas lacedemonias sería su mayor facilidad defensiva.¹⁴⁵ Por

¹⁴⁴ FINKELSTEIN, 2003, pp. 124-126.

¹⁴⁵ OLLIER, 1934, p. 62.

ello cabe pensar que, aunque las fuentes no nos lo indiquen, los espartanos pudieron mantener como seña de identidad frente al resto de los griegos y signo externo de la antigüedad de su tradición castrense la planta circular en sus acampadas.

Qué objetos o elementos marcarían ese espacio, tampoco los podemos encontrar descrito en las fuentes. Para Gilbert, ese plano circular asegura la presencia de un empalizada que definiría los límites de la acampada.¹⁴⁶ Sin embargo, como veremos a la hora de estudiar la estructuras defensivas de los campamentos, la presencia de estacadas o zanjas, si bien no fue algo extraño a los campamentos griegos, tampoco se puede ver como un elemento siempre presente.¹⁴⁷

Otra posibilidad que debemos tener presente nos la brinda la *República de los Lacedemonios*. Siguiendo la interpretación de este texto que en el apartado dedicado al término τὰ ὄπλα ya hicimos, en la misma línea de las tiendas aparecerían los puestos de guardia que durante el día vigilarían cualquier posible peligro que proviniese de los esclavos que estuvieran en el campamento y, por la noche, mediante patrullas armadas con lanzas, vigilarían que ningún escirita o extranjero se introdujese en el lugar ocupado por los soldados. También, en el capítulo dedicado a los servicios de guardia, veremos cómo en esta línea se colocaban los fuegos de las guardias. De ahí que no sea difícil aceptar que bien un murete, bien la misma línea de las guardias o ambas cosas a un tiempo pudieron ser los elementos de definían el límite del estacionamiento de los soldados.

¹⁴⁶ GILBERT, 1881, p. 81, nota 3.

¹⁴⁷ Aunque siempre cabe la posibilidad de pensar en que toda acampada fuera protegida por un pequeño murete de tan escasa entidad y tan connatural al campamento que no llegue a ser ni tan siquiera considerado como una estructura defensiva, según pasaremos a ver en el capítulo dedicado a las estructuras defensivas de los campamentos. También, como ya hemos apuntado más arriba que queda reflejado en E., *Ph.*, 733, se podían disponer los carros para el transporte de enseres en torno a la acampada, lo que también explica que lo más habitual fueran los campamentos de planta circular.

En resumen, teniendo siempre presente la parquedad de las fuentes sobre la materia que estamos aquí tratando, parece que la cuestión que la teoría militar jenofontea plantea es si los establecimientos castrenses en campaña debían tener un trazado tetragonal o circular. Este último caso sería el seguido habitualmente por los lacedemonios, como un rasgo más del conservadurismo que caracteriza la forma de muchas de sus instituciones, mientras el resto de las polis probablemente adoptarían un plano más o menos rectangular. Sobre los elementos que definirían y limitarían ese espacio regular de acampada tampoco tenemos noticia en las fuentes, aunque la propuesta más lógica que se nos presenta es la de que sería algún murete de escasa entidad, como es habitual en los campamentos de todas las culturas de Oriente Medio, o el mismo establecimiento de las guardias la que lo definiría, con su característica línea formada por los fuegos nocturnos.¹⁴⁸

¹⁴⁸ En opinión de LEE, 2007, pp. 177 y 180, el campamento de los Diez Mil no debió de mostrar una forma regular, por tenerse que adaptar al terreno. Sin embargo, acepta como la más plausible la formación circular de las acampadas, fundamentándose en el texto de la *Ciropedia* y en los antecedentes persas. La línea que marcaría el espacio de acampada sería la conformada por las armas apiladas en el perímetro exterior del campamento, a lo largo de las cuales se situarían los guardias. El apilar las armas en el perímetro exterior de la acampada contravendría los más sencillos principios de seguridad y defensa de un campamento. En nuestra opinión, la idea de Lee se debe a que no ha entendido realmente el concepto de τὰ ὄπλα en los textos de Jenofonte.

6. Empalizadas y defensas del campamento.

Para el planteamiento de este problema, debemos recordar, en primer lugar, que el concepto de στρατόπεδον, evidentemente, no incluye en sí necesariamente la existencia de construcciones defensivas. En caso de que éstas sí estén presentes, Jenofonte hablará de un στρατόπεδον al que se le ha dotado de defensas, empalizadas, muros o trincheras, como ya dijimos en la sección dedicada al vocabulario.

Los campamentos de la *República de los lacedemonios* y de la *Ciropedia* no poseen ningún tipo de fortificación. En el primer caso, los únicos elementos defensivos a los que se hace referencia son los presentes en el propio terreno,¹⁴⁹ pudiéndose confiar la defensa del asentamiento a un monte seguro, un muro o un río y, sobre todo, a los sistemas de vigilancia y guardias que avisen al campamento cuándo se aproxima el enemigo.¹⁵⁰ En el campamento de Ciro la seguridad se organiza mediante el orden en la distribución de los distintos cuerpos del ejército (*Cyr.*, VIII,5,8-14):

Él mismo [Ciro] se instaló primero en el centro del campamento (ἐν μέσῳ κατετίθετο τοῦ στρατοπέδου) en la idea de que este lugar (τῆς χώρας) es el más seguro. A continuación, tenía a su alrededor (περὶ ἑαυτὸν), como de costumbre, a los hombres de su confianza, y después de éstos, colocados en círculo (ἐν κύκλῳ), los caballeros y conductores de carros. Pues, además, juzgaba que también éstos

¹⁴⁹ OLLIER, 1934, p. 63, opina que tal forma circular se debía a que las esquinas eran indefendibles; por contra, el campamento romano, debido a su plano cuadrangular, sí debía de disponer de empalizadas. De la opinión contraria es GILBERT, 1881, p. 76, n. 2, para quien la forma circular del campamento obliga a la existencia de una estacada.

¹⁵⁰ ANDERSON, 1970, p. 60: *But the Spartans trusted to their lookouts against surprise. Their camp was normally a fixed base for holding down conquered territory; it was merely a temporary halting place for the army, whose movements were intended to bring the enemy to battle in the open field.*

necesitan un lugar seguro, porque acampan (στρατοπεδεύονται) sin tener a mano sus armas de combate y necesitan mucho tiempo para armarse, si deben estar en condiciones de prestar servicio. A derecha e izquierda de Ciro y de los caballeros, tenían su emplazamiento (χώρα) los peltastas, y el de los arqueros se encontraba delante y detrás de él y de la caballería. Tenía a los hoplitas y a los soldados provistos de grandes escudos dispuestos alrededor de todo el conjunto a modo de muralla (ἔχοντας κύκλω πάντων εἶχεν ὡσπερ τεῖχος), para que, si los caballeros se tenían que equipar, situados delante los cuerpos más firmes les proporcionarían seguridad en el momento de armarse.

Dormían en el propio puesto (ἐν τάξει) peltastas y arqueros, como hacían los hoplitas, para que, después del anochecer, si fuera preciso, como los hoplitas están preparados para golpear a quien venga a trabar combate, también los arqueros y lanceros, si se aproximaba alguien, le dispararan inmediatamente lanzas y flechas por encima de los hoplitas. (...) Con esta disposición, Ciro estimaba que, si se producía un ataque de noche o de día, los atacantes caerían en el campamento (στρατόπεδον) como en una emboscada.

La defensa se completaría mediante las guardias y puestos de vigías y la elección de lugares ocultos donde realizar la acampada. Es lugar común a lo largo de toda la *Ciropedia* el comparar el sistema asirio, basado en las construcciones

defensivas, con el sistema seguido por Ciro, fundamentado en la seguridad proporcionada por el orden, las guardias y lo escondido de sus posiciones.¹⁵¹

Jenofonte no desconocía las fortificaciones y los campamentos fortificados. Como manual militar que también es la *Ciropedia*, el autor ateniense enfrenta a Ciro con todas las situaciones posibles para mostrar las tácticas ideales a llevar a cabo en cada momento que, como es obvio, serán las que el rey de los persas adopte durante la narración. Por eso Ciro tendrá primero que construir y organizar una plaza fortificada (φρούριον: *Cyr.*, III,2,11 y III,3,1), más tarde le contemplaremos atacando un campamento fortificado (*Cyr.*, III,3,26-28 y III,3,60-70) y, finalmente, atacará y tomará el campamento (en esta ocasión no fortificado) del enemigo (*Cyr.*, IV,2,32-33).¹⁵²

El campamento atrincherado asirio de la *Ciropedia* lo conforman una zanja y un muro, que se resumen bajo el concepto de τάφος (*Cyr.*, III,3,26). El muro, provisto de varias entradas, es de la anchura y tamaño suficiente como para permitir a los defensores subir a la muralla y disparar desde ahí a los agresores (ἐπὶ τῆς κεφαλῆς τῆς τάφρου).¹⁵³ Al conjunto de esta fortificación también lo

¹⁵¹ Y cuando en su avance distaban aproximadamente una parasanga, los asirios acamparon (ἔστρατοπεδεύοντο), como se ha dicho, en terreno rodeado de una fosa (περιτεταφρευμένω), pero a la vista; en cambio, Ciro acampó en el lugar más escondido que pudo encontrar, ocultándose tras aldeas y colinas, con el convencimiento de que asusta más a los contrarios la aparición repentina de los efectivos enemigos (*Cyr.*, III,3,28). También *Cyr.*, III,3,26-28; III,3,33; IV,5,5; VIII,5,2-16.

¹⁵² Para completar el conjunto Ciro también tendrá que tomar la ciudad amurallada de Sardes (*Cyr.*, VII,2,1-4), así como, establecer y organizar un asedio para conquistar la ciudad de Babilonia (*Cyr.*, VII,5,7-25).

¹⁵³ *Cyr.*, III,3,66. En las descripciones que Jenofonte nos hace de otras construcciones defensivas en las *Helénicas* sí que distingue la empalizada (σταύρωμα) del foso (τάφος) (por ejemplo, en *HG.*, IV,4,9; V,4,38-40) o nos habla sólo de la existencia de una empalizada (*HG.*, III,3,2-5). La causa más probable para explicar la falta de tal diferenciación en este texto de la *Ciropedia* puede estar en los materiales de construcción utilizados por los asirios. El τάφος no era solamente la zanja defensiva sino también el muro levantado junto a la zanja, procedente de la tierra de la misma excavación. El σταύρωμα se tratarían más propiamente de empalizadas realizadas en madera, colocadas en algunos casos sobre ese murete. Las fortificaciones del campamento asirio estarían realizadas con barro cocido, lo que provoca que Jenofonte tome el conjunto del muro defensivo asirio, más el foso que lo precede, como un mismo conjunto en el que la muralla habría sido formada por la tierra levantada con la excavación del τάφος.

denomina como ἔρυμα, que distingue del conjunto de personas que se encuentran dentro, para el que utiliza el término de στρατόπεδον (*Cyr.*, III,3,63 y 67).

Jenofonte nos explica las tres razones que tienen los bárbaros para construir tales defensas:

a) En primer lugar, sus ejércitos tenían como fuerza principal la caballería, que precisa siempre de cierto tiempo para poder prepararse antes de estar dispuestas para entrar en la lucha. Por tanto, eran unidades muy vulnerables en caso de un ataque repentino (*Cyr.*,III,3,26-27). Como ya hemos visto, Jenofonte resolvía tal problema en el campamento de Ciro sin la necesidad de llevar a cabo construcciones defensivas, sino mediante la instalación de la caballería en el centro del στρατόπεδον. De esta manera quedaban protegidos por el cuerpo de hoplitas que actúan como muralla ante un ataque imprevisto, dando tiempo a los restantes cuerpos a prepararse para el combate (*Cyr.*,VIII,5,8-12).

b) La segunda razón que nos propone Jenofonte es la existencia de abundante mano de obra en los ejércitos orientales para llevar a cabo tales trabajos (*Cyr.*,III,3,26). En este aspecto, Jenofonte se contradice, puesto que, por ejemplo, el ejército de los Diez Mil en Calpe tardará un sólo día en realizar una fortificación dotada de un τάφος καὶ σταύρωμα (*An.*,VI,5,1).

c) En tercer lugar, supone que tal posición daba al ejército situado dentro de la fortificación la ventaja de poder elegir el momento óptimo para iniciar la confrontación (*Cyr.*,III,3,27). Sin embargo, la valoración que de esa situación hace Ciro es la contraria: estando encerrados a los asirios en una fortificación podrán elegir ellos contra cuántos oponentes quieren presentar batalla, dado que la salida del ejército desde la fortificación es necesariamente más lenta que la formación de la falange estando en campo abierto (*Cyr.*,III,3,46-47, refrendado luego por Ciaxares en *Cyr.*,IV,1,18). Que

Jenofonte no considera tal solución como la más apropiada para un ejército en campaña nos lo muestra el hecho de que Ciro, en cambio, *acampó en el lugar más escondido que pudo encontrar* (Cyr.,III,3,28).

El desarrollo de la batalla entre persas y asirios en la *Ciropedia* sigue estos mismos principios. Los asirios permanecen dentro de los muros sin presentar batalla hasta el momento que consideran más oportuno (Cyr.,III,3,29). Sin embargo, en realidad es Ciro el que decide cuándo ha de comenzar la lucha, esperando que haya el número adecuado de soldados a los que enfrentarse (Cyr.,III,3,32 y 56). Una vez iniciado el combate, los asirios no podrán superar el ímpetu de las fuerzas persas. Si hasta entonces la fortificación se había convertido en la mejor baza del ejército asirio, ahora es su peor enemigo, ya que en su huida las defensas se convierten en obstáculos para ellos mismos. Finalmente, la fortificación no es tomada. En el momento en el que las tropas están a punto de atravesar las puertas, Ciro ordena la retirada (Cyr.,III,3,60-70). Jenofonte, como veremos más adelante, conocía perfectamente, por su experiencia con los Diez Mil, los peligros que las aberturas podían suponer para las falanges hoplíticas que, obligadas a descomponer la formación por la estrechez del acceso, se convertían en blanco fácil para los defensores.

El resultado es que la fortificación sólo será conquistada por la huida de las tropas asirias que, tras perder a sus mejores hombres en la defensa, no se creen capaces de aguantar un nuevo ataque (Cyr.,IV,1,8-10). El planteamiento táctico que se mantiene es el del combate de dos fuerzas hoplíticas en campo abierto, y en el que la presencia de muros o zanjas puede ser utilizado en beneficio de cualquiera de los dos contendientes. La base de la argumentación táctica es aprovechar o evitar las circunstancias topográficas para deshacer la falange contraria o establecer la lucha contra un número inferior de enemigos. La fortificación no se convierte en un elemento decisivo en la

guerra, es sólo un lugar de refugio que puede traer más ventajas al enemigo que las que proporciona al propio ejército.¹⁵⁴

Ante un campamento sin fortificar la táctica será completamente distinta. En ese caso el obstáculo a superar son las guardias, y la principal arma es la sorpresa. Habiéndose ganado a su causa a los hircanios, que componían la retaguardia del ejército de los asirios, Ciro sólo tendrá que llegar al campamento al despuntar la mañana para aprovechar el desconcierto de las primeras horas del día y lograr la mayor sorpresa posible con su llegada, impidiendo cualquier reacción defensiva durante la toma del campamento (*Cyr.*,IV,2,27-28).

Como vemos en la *Ciropedia*, la teoría militar que allí se expone se sigue encuadrando en una visión táctica tradicional en el que las fortificaciones no poseen un valor decisivo e incluso pueden convertirse en un obstáculo para el propio ejército que las ocupa. La mejor defensa de un campamento será siempre la vigilancia y la elección de lugares ocultos al enemigo.

Si volvemos la mirada a la fuente de la que brotan los planteamientos militares de Jenofonte podremos entender un poco mejor la razón de los mismos. En primer lugar hay que decir que en toda la marcha de los Diez Mil sólo encontramos un caso de fortificación del campamento, no existiendo ninguna razón para creer que éstos se atrincheraban, dadas las condiciones en las que se realizaba el avance.¹⁵⁵

Ese único ejemplo de fortificación aparece con ocasión de la prolongada estancia del ejército en el promontorio de Calpe. Su razón de ser está en la necesidad de buscar un lugar de fácil defensa para la impedimenta al tener que salir la mayor parte

¹⁵⁴ *The early hoplite army did not, in battle, rely upon the moral and material support of a fortified camp which is so prominent in Roman warfare. We are not well informed for the fourth century: cfr. ADCOCK, 1957, p. 4, nota 8.*

¹⁵⁵ PRITCHETT, 1970, vol. II, p. 141.

del ejército a luchar contra las fuerzas de Farnabazo que se encuentran en las proximidades.¹⁵⁶ Para ello trasladan el campamento desde la playa hasta una roca escarpada (χωρίον), lugar de fácil defensa natural, que refuerzan con la construcción de una zanja en la parte frontal de la posición y con una empalizada (τάφρος καὶ σταύρωμα) con tres accesos (An.,VI,5,1). Esta posición fortificada (ἔρυμα) se levanta en un día, finalizando las obras antes de la hora del almuerzo. A cargo del campamento (στρατόπεδον) quedará solamente Neón (VI,5,4).¹⁵⁷

Nada más sabemos de esta fortificación, que no se menciona más en la narración debido al éxito de la empresa que llevan a cabo. Parece más bien que esta referencia la hace Jenofonte para poner de manifiesto la dificultad y peligro en el que se encontraban las fuerzas griegas, subrayándose una vez más el carácter defensivo y extraordinario de tales construcciones.¹⁵⁸

Su experiencia en cuanto a fortificaciones no se limita a este suceso. Hay en la *Anábasis* varios episodios bélicos en relación con fortines y estructuras defensivas. El primero de ellos está en conexión con la toma de la metrópoli de los drilas, fortificada (χωρίον) y protegida con un foso (τάφρος), una estacada y numerosas torres de madera (An.,V,2,5). Además, un torrente y difíciles accesos protegían de forma natural la posición (An.,V,2,3). La táctica empleada por Jenofonte, que dirige la operación, será un ataque frontal de los hoplitas protegidos por el fuego de arqueros, honderos y peltastas en un rápido movimiento coordinado contra las puertas (An.,V,2,12-15). Tomada la posición, Jenofonte comprenderá que estar dentro de la fortificación era una

¹⁵⁶ Lo mismo ya vimos que hicieron las tropas atenienses en Sicilia en Th., VII,60,1-2.

¹⁵⁷ Esta misma diferenciación entre el στρατόπεδον y las construcciones defensivas del campamento la hemos visto también en el campamento fortificado asirio (Cyr., III,3,63 y 67).

¹⁵⁸ *Considering that the Ten Thousand had no intention (...) to stay longer than needed at Calpes Limen, these precautions showed their fear and respect for the agility of their adversaries: cfr. STRONK, 1995, p. 104.*

ventaja para los drilas que podían, desde la altura de las casas y aprovechando la estacada que rodea la ciudad, convertir la fortificación en una jaula para los soldados dedicados al saqueo. Por ello, tras un día de intensa lucha dentro de la estacada, la solución que encontrará Jenofonte para lograr una retirada segura será el arrancar la empalizada y quemar las casas, permitiendo a los hoplitas luchar en un campo lo más expedito posible (*An.*,V,2,21-27).

Una situación mucho más difícil se vive en el poblado de los tinos al sufrir un repentino ataque nocturno. Alojados en casas rodeadas de estacas, éstas se convierten en una trampa para los hoplitas, que se ven rodeados de enemigos y en peligro de que incendien las construcciones con ellos dentro. La solución será, en este caso, una rápida salida que provoca la huida de los enemigos, para los que ahora la empalizada se convierte en el obstáculo que les impide la huida, tanto que algunos de ellos son atrapados al quedar colgados de las maderas de la fortificación (*An.*,VII,4,14-19). Jenofonte ya antes había pedido a Seutes, para el que ahora trabaja el ejército, abandonar los refugios en los que se encuentran y trasladarse a *posiciones más seguras, en vez de permanecer bajo techado* (ἐν τοῖς στεγνοῖς) (*An.*,VII,4,12).

Sólo en una ocasión durante la marcha de los Diez Mil, la protección de las aldeas se convierte también en situación ventajosa para los hoplitas, como lugares de fácil defensa y que permiten al ejército salir a luchar en el momento oportuno y retroceder a la seguridad de la posición defendida. Pero esto sólo es debido a la necesidad que los soldados tenían de descanso y por su situación de clara inferioridad, lo que les obligaba a intentar evitar la confrontación directa (*An.*,III,4,32-33).

La experiencia de la *Anábasis* condujo a Jenofonte a considerar que la fortificación de los campamentos poseía más inconvenientes que ventajas para un ejército de hoplitas. Estas fortificaciones sólo podían ser útiles para casos de extrema

necesidad. Como hemos visto, esta enseñanza es la que encontramos expuesta en la *Ciropedia* y que podemos resumir como la superioridad de la defensa activa, que busca la confrontación por sorpresa y en las mejores condiciones para el atacante, frente a la defensa pasiva en una fortificación, muy cercana a la visión que ya vimos también nos propone Heródoto y que después también se trasluce en la narración de Tucídides en la manera de concebir la defensa de sus tropas por los generales espartanos. En esto también Jenofonte es un admirador y seguidor de la tradición militar lacedemonia.

En la narración de las *Helénicas* sí encontramos ejemplos de construcciones defensivas en los στρατόπεδα griegos. Un primer ejemplo es de los odrisios en Tracia, rodeado de una empalizada.¹⁵⁹ Mucho más importante es la noticia que, casi de pasada, se recoge durante la narración de la invasión de tebanos y arcadios de Lacedemonia, según la cual los tebanos siempre que acampaban protegían sus líneas mediante árboles que talaban (*HG.*,VI,5,30).¹⁶⁰ No extraña, por tanto, que Epaminondas estableciera el στρατόπεδον dentro de las murallas de Tegea (*HG.*,VII,5,8), algo insólito hasta la fecha. Además, también contamos con ejemplos en los que, junto al campamento, existen plazas fuertes para la protección de las tropas, como las fortificaciones a las que huyen los soldados atenienses ante el ataque de Lisandro en Egospótamos (*HG.*,II,1,28, denominadas como τὰ τευχύδρια) o el del campamento de Mnasipo en Corcira, que disponía asimismo de un atrincheramiento, probablemente para proteger la impedimenta (*HG.*,VI,2,23). De un orden diferente es la mención a construcciones de muros con fines de defensa de un territorio o asedio a una ciudad y el atrincheramiento construido por el

¹⁵⁹ *HG.*,III,2,2-5: στρατοπεδευσάμενοι καὶ περισταυρωσάμενοι.

¹⁶⁰ ...καὶ οἱ μὲν Θηβαῖοι, ὅπου στρατοπεδεύοιντο, εὐθύς ὡν ἔκοπτον δένδρων κατέβαλλον πρὸ τῶν τάξεων ὡς ἐδύνατο πλείστα, καὶ οὕτως ἐφυλάττοντο.

lacedemonio Praxitas dentro de la muralla de Corinto, compuesto por una empalizada y un foso.¹⁶¹

Su proliferación y uso generalizado por parte de los ejércitos de ciudades tan diferentes como Tebas, Esparta o Atenas, muestra a las claras que, pese a la imagen que transmiten las obras de Jenofonte, el recurso a este tipo de construcciones defensivas es ya muy generalizado en el conjunto de la Grecia de la primera mitad del s. IV. No nos atrevemos a asegurar que sea sistemático, pero desde luego ya no resulta ninguna extravagancia y en casos como el tebano parece ser muy habitual.

Sin embargo, la valoración táctica que Jenofonte hace del conjunto de estos episodios no resulta favorable a los atrincheramientos. El peor de todos es el pasaje del ataque al campamento fortificado de los odrisios, que se saldará con la muerte de la mayor parte de los hoplitas atenienses allí destacados para guardar el campamento (*HG.*,III,2,3-4):

Los bitinios se informaron de cuántos salían y cuántos guardias griegos dejaban, se reunieron muchísimos peltastas y jinetes y al amanecer atacaron a los hoplitas, que eran unos doscientos. Cuando estuvieron cerca, unos lanzaban dardos, otros jabalinas contra ellos. Éstos, como eran heridos y morían y no conseguían nada por estar encerrados en la empalizada (ἐν τῷ σταυρώματι) que era de la altura de un hombre, arrancaron su propio atrincheramiento (τὸ αὐτῶν ὀχύρωμα) y se lanzan contra ellos. Éstos cedían terreno allí donde los griegos salían y con facilidad huían de los hoplitas como

¹⁶¹ Construcción de una empalizada de madera por Alcibiades para bloquear Calcedón (*HG.*,I,3,4) o las defensas en territorio beocio (*HG.*,V,4,38-40). Sobre el atrincheramiento de Praxitas en la ciudad de Corinto: *HG.*,IV,4,9: σταύρωμά τ' ἐποίησαντο καὶ τάφρον...

peltastas que eran, y de un lado y otro les lanzaban jabalinas y abatieron a muchos de ellos en cada salida; por fin, encerrados como en un redil fueron abatidos por las jabalinas.

Tampoco el campamento atrincherado de Mnasipo en Corcira resultará efectivo y los corcireos hubieran llegado a tomar ambos de no haber temido el ataque de la población que acompañaba al ejército (*HG.*,VI,2,23).

La expresión de Jenofonte, con la que acaba el episodio del ataque al campamento odrisio, resume perfectamente el problema que las empalizadas suponían para la táctica hoplítica. Más importante que una empalizada o un foso será, según la visión del ateniense, la búsqueda de la sorpresa, mediante la elección del momento en el que el ejército se encontraba menos vigilante (*HG.*,III,2,3; VI,2,17).

Tampoco el atrincheramiento de Praxitas dentro de los muros de Corinto le servirá de suficiente defensa, siendo ya derrotado en el primer encuentro. Hay que anotar que la razón de esta construcción defensiva era la inferioridad numérica de las fuerzas de Praxitas y la necesidad de lograr un refugio a la espera de la llegada de tropas de auxilio. Jenofonte no la denomina nunca como στρατόπεδον (*HG.*, IV,4,9-10).

En conjunto, podemos considerar el papel de los atrincheramientos en la narración de las *Helénicas*, según lo refleja Jenofonte, como neutral o incluso negativo, paralelamente a lo visto en la *Anábasis*. Dentro de su afán didáctico, el ateniense juzga las estructuras defensivas de los campamentos como elementos inútiles y, en todo caso, le parece necesario señalar los riesgos que su empleo implican. Para Jenofonte la solución se encuentra, por el contrario, en una buena utilización del factor sorpresa en los desarrollos de las batallas, aportando ejemplos tanto de su buen empleo, como casos

en los que el descuido y el haber bajado la guardia habría sido causa de sonadas derrotas.¹⁶²

En semejante contexto no debe extrañarnos que en la descripción que Jenofonte hace del campamento naval de Ifícrates no se refiera en ningún momento a la construcción de empalizadas para la protección del στρατόπεδον, como vimos que parece que acostumbraba a llevar a cabo siempre que acampaba, algo que se compadece perfectamente con la práctica habitual entre los generales griegos según parece atestiguar en la obra de Tucídides.¹⁶³ En vez de eso, Jenofonte pone el acento en los ejercicios con los que Ifícrates mantenía preparada a sus tropas y en los sistemas de vigías utilizados en el campamento.¹⁶⁴

Dentro del conjunto de la imagen que Jenofonte nos dibuja sobre la cuestión de la fortificación de las acampadas, debemos hacer mención aún a dos elementos más, discordantes con todo lo hasta aquí visto. Nos referimos, en primer lugar, a la noticia, anotada casi de pasada durante las acciones tebanas y arcadias en territorio lacedemonio en VI,5,30, según la cual los tebanos siempre situaban troncos de árboles cortados delante de sus acampadas para protegerse. La mención en sí es completamente neutra en cuanto a su papel en las acciones militares anteriores o posteriores. Su función parece ser, más bien, como ya vimos anteriormente, la de contraponer la disciplina tebana al desorden arcadio, cuyos soldados se dedicaban al pillaje por las poblaciones próximas abandonando el campamento. Lo reseñable parece ser más la disciplina, como camino cierto para el éxito militar, que el propio hecho de la aparición sistemática de una

¹⁶² Este es también la visión que en esta parcela del arte militar defendería Agesilao, según recoge Plu., *Ages.*, 38,5-5 (sobre la importancia de la sorpresa) y 39,4-6 (sobre el papel de muros y fortificaciones en la guerra).

¹⁶³ Polyæn., III,9,17: *Ifícrates levantaba la empalizada (χώρακα) incluso en tierra amiga, diciendo: No es propio de un general eso de «no creía yo»* (traducción de VELA TEJADA y MARTÍN GARCÍA). También, Plu., *Moralia*, 187a. *Cfr. infra* pp. 525 y ss.

¹⁶⁴ *HG.*, VI,2,27-31 y 33-34.

empalizada para proteger el στρατόπεδον. El pasaje se puede interpretar incluso como una alabanza hacia el ejército de Tebas, algo que sí es muy notable en Jenofonte.

El otro pasaje destacable es la sorprendente alabanza que Jenofonte hace de Epaminondas por haber instalado su campamento dentro de las murallas de Tegea. En nuestra opinión, no puede considerarse el episodio como un deseo de poner la fortificación de campamentos como un modelo a seguir. En la visión de Jenofonte la decisión de Epaminondas sería, parafraseando a este mismo autor, ejemplo para el buen general del “cómo acampar” por saber aprovechar bien las circunstancias y características del terreno, que en este caso se pueden resumir en la seguridad, secreto y facilidad para obtener lo que necesitara, aspectos que son los que únicamente resalta en ese suceso (*HG.*, VIII,5,8).¹⁶⁵

Por último, cabe también considerar la más que probable existencia de algún murete rodeando el asentamiento militar, pero de tan escasa entidad y tan connatural al campamento que no llegue a ser ni tan siquiera considerado como una estructura defensiva y por eso no sea mencionado en nuestras fuentes. Pero sólo así se explicaría el que los campamentos puedan cerrarse de noche a cualquier extraño (tal y como comprobaremos que sucedía en el apartado dedicado a la seguridad y el horario en el campamento) y también el que quedara bien delimitado el espacio propiamente de la acampada, definido en el vocabulario griego, y especialmente jenofonteo, como τὰ ὄπλα.¹⁶⁶

¹⁶⁵ Teniendo en cuenta todo lo hasta aquí visto cabe preguntarse si realmente era casual, según la expresión utilizada por el propio Jenofonte, que en la batalla de Leuctra hubiera un foso delante del campamento lacedemonio, tras el cual se retiraron las tropas para intentar contener la embestida tebana (*HG.*, VI,4,14: ἐπεὶ διέβησαν τὴν τάφρον ἢ πρὸ τοῦ στρατοπέδου ἔτυχεν οὐσα αὐτοῖς).

¹⁶⁶ También disponiendo los carros en círculo en rededor del campamento (*E.*, *Ph.*, 733).

En resumen, podemos decir que el atrincheramiento poseía dentro de las concepciones tácticas de Jenofonte un papel poco relevante o incluso negativo a la hora de considerar los medios de defensa de un campamento. Esto es resultado primordialmente de su propia experiencia militar al mando de los Diez Mil, quedando reflejado a su vez en las demás obras jenofonteadas, donde las referencias a la utilización de estructuras defensivas en στρατόπεδα griegos parecen ser menos habituales de lo que realmente parece que fueron, y en todo caso poseen una nula trascendencia en los desarrollos tácticos o son puestos como ejemplos de las nefastas consecuencias que su empleo ha tenido para los ejércitos que se han aventurado en ese camino. Esa falta de objetividad podemos achacarla a la intención didáctica que subyace continuamente en todos sus escritos de una manera más o menos evidente.

Pero su juicio no parece ser del todo objetivo, sino que en gran medida muestra una sospechosa complicidad con las teorías tácticas castrametales espartanas inmediatamente anteriores a su obra. La práctica real entre los ejércitos de la primera mitad del siglo IV parece ser otra. Tebanos, atenienses, incluso espartanos hacen uso cada vez más (por no decir de forma habitual) de fosos, empalizadas y atrincheramientos tanto para la protección de las acampadas como de las flotas de guerra varadas en las playas, siguiendo así una tendencia que ya vimos se apuntaba claramente en el periodo cubierto por la Historia redactada por Tucídides.¹⁶⁷ Jenofonte es muy conservador también en este aspecto. Se mantiene dentro de esquemas tácticos que optan únicamente por una defensa activa basados en dispositivos de guardias y vigías dispersos en torno al στρατόπεδον, en lograr sorprender al enemigo y en el aprovechamiento de las características naturales del terreno como elementos tácticos

¹⁶⁷ Se suele aceptar que en el siglo III el uso de fortificaciones en los campamentos griegos es algo usual: *cfr.* PRITCHETT, 1970, vol. II, p. 135; o también LIERS, 1895, pp. 151-154, lo cual parece contradecir la afirmación de Polibio en VI,42.

fundamentales. A eso debemos añadir el sentido didáctico de todas sus obras, que le lleva a enmascarar la realidad, poniendo el acento en aquellos aspectos que considera más útiles y silenciando en este caso, el abundante uso que ya en el siglo IV se hace de los atrincheramientos. Consecuentemente, sigue también la idea acerca de la necesidad de que cada polis implemente una defensa activa del territorio y no mantener una postura pasiva al resguardo de los muros de una ciudad.¹⁶⁸ Jenofonte es un hombre de acción y probablemente haría también suyo el dicho recogido por Platón en las *Leyes* (778d): *En lo que hace a las murallas, Megilo, yo estaría de acuerdo con Esparta en que hay que dejarlas dormir tendidas en la tierra y no levantarlas.*¹⁶⁹

¹⁶⁸ *Oec.*,6,6-7; *Mag. Eq.*,7,3-13; *Vect.*,4,43-48.

¹⁶⁹ Traducción Lisi, 1999. El juicio de Platón es comparable a Alceo, fr., 112 (10 LP), Esquilo, *Persas*, 349 (*pues mientras hay hombres, eso constituye un muro inexpugnable* [traducción PEREA MORALES, 1986]), Licurgo, *Contra Leocrates*, 44 y 47, o Plu., *Lyc.*,19,12; la posición justamente contraria está representada por Arist., *Pol.*,1330b: *No es honroso, sin duda, ante un enemigo de valor igual y no muy superior en número, intentar salvarse al abrigo de las murallas fortificadas. Pero, puesto que ocurre y puede ocurrir que la superioridad de los atacantes esté por encima del valor humano y del de unos pocos, si es preciso salvarse y no sufrir daño ni ultraje, se ha de pensar que las murallas más sólidamente fortificadas constituyen la más segura protección militar* (traducción GARCÍA VALDÉS, 1994). Sobre la controversia existente en el siglo IV sobre la mejor defensa del territorio y la fortificación de ciudades, ver MUNN, 1993, pp. 14-15.

7. La seguridad del campamento.

En conformidad con lo dicho acerca de la valoración que Jenofonte hace de las empalizadas y construcciones defensivas del campamento, encontramos en sus obras un tratamiento y preocupación por los sistemas de guardia y exploración mucho más importante que el hasta entonces seguido por los demás autores.¹⁶⁷ No lleva a cabo una exposición sistemática del tema pero, como viene siendo habitual, sí contamos con cierto número de referencias a la cuestión. Tal tratamiento sistemático, aunque aplicado a la seguridad de una ciudad, lo encontraremos muy poco después en la obra de Eneas Táctico, *Poliorcética*.

Para ambos autores, los sistemas de guardias son algo intrínseco al estudio del campamento. En la *Ciropedia* se presenta entre las cuestiones importantes que tiene que tener en cuenta un general y justo después del cómo acampar.¹⁶⁸ Igualmente Eneas Táctico remite a su tratado acerca del establecimiento de las tropas en un territorio (ἐν τῇ Στρατοπεδευτικῇ βίβλῳ) para un estudio más exhaustivo sobre el tema de los centinelas y patrullas (Aen. Tact., XXI,2). Sin embargo, en el siglo IV las guardias no eran algo inmediatamente connatural al establecimiento de un campamento. La situación nos la describe muy bien Jenofonte en el *Económico* (XX,8):

Lo mismo ocurre en algunos aspectos del arte militar, en el cual unos generales son mejores que otros, y se diferencian, sin duda, no por su inteligencia, sino por su interés. (...) Todos saben que es mejor poner centinelas

¹⁶⁷ Por ejemplo, en este sentido, en su estudio del vocabulario sobre los exploradores (σκοποί), PRITCHETT, 1970, vol. I, p. 129-133, llega a la conclusión de que a partir de Jenofonte las funciones que desempeñan éstos en los ejércitos griegos pasan a ser mucho más activas, no de simple observación, sino ya de reconocimiento del terreno.

¹⁶⁸ Cyr., I,6,43: *Cómo se ha de ordenar el ejército para la batalla, cómo conducirlos de día o de noche, por caminos angostos o desahogados, montañosos o llanos, cómo acampar* (ἢ ὅπως στρατοπεδεύεσθαι), *cómo disponer los centinelas nocturnos y diurnos* (ἢ ὅπως φιλακὰς νικτερινὰς καὶ ἡμερινὰς καθιστάναι)...

(φυλακᾶς) *día y noche delante del campamento*
(ἡμερινᾶς καὶ νικτερινᾶς πρὸ τοῦ στρατοπέδου), *pero unos procuran que se*
*haga así y otros no se preocupan.*¹⁶⁹

Por su parte, Eneas Táctico comienza su parte del tratado dedicado a esta cuestión advirtiendo de la necesidad de establecer guardias nocturnas en la ciudad o campamento cuando se encuentre cerca el enemigo, lo que indica que en las demás ocasiones no se veía como imprescindible el establecimiento de este servicio de armas: *En tiempo de guerra y cuando el enemigo se encuentra cerca de la ciudad o del campamento hay que establecer guardias nocturnas* (Aen. Tact., XXII,1).¹⁷⁰

La instalación de guardias en un campamento parece, por tanto, que en un principio sólo era propia de momentos de necesidad, cuando se conocía o se suponía la proximidad del enemigo. De no ser así, probablemente se procuraría evitar a los soldados desempeñar tales enojosos servicios.¹⁷¹ Todavía en el siglo IV a.C., pese a la profesionalidad alcanzada por los ejércitos griegos, el uso sistemático de guardias debía de encontrarse en una fase de transición. Quizás Ifícrates, siguiendo su máxima de que no es propio del buen general eso de “no creía yo...”, y en consonancia con su

¹⁶⁹ Traducción por ZARAGOZA, 1993. Testimonio de lo habitual de esta práctica lo podemos ver también en la exhortación que dirige Jenofonte a los soldados sobre la necesidad de instalar guardias en torno al campamento griego en Trapezunte, en una asamblea de las tropas que debió de tener lugar varios días después de establecerse el ejército cerca de la ciudad: *Me parece, por tanto, que hay que montar guardias* (φυλακᾶς) *alrededor del campamento* (περὶ τὸ στρατοπέδον). *Así, pues, si por turnos montamos guardia y estamos atentos, menos posibilidades tendrán los enemigos de cazarlos* (An., V,1,9). De aquí se concluye que los Diez Mil no organizan un sistema de guardias para asegurar el campamento hasta varios días después de haber acampado.

¹⁷⁰ Νυκτοφυλακεῖσθαι ἐν μὲν τοῖς κινδύνοις καὶ προσκαθημένων ἤδη ἐγγὺς πολεμίων πόλει ἢ στρατοπέδῳ.

¹⁷¹ Las guardias siempre han sido una enojosa obligación de la vida en campaña de cualquier soldado en cualquier ejército. A ese sentimiento tan universal responden las quejas de uno de los mercenarios del ejército de los Diez Mil: *Yo, compañeros, ya estoy cansado de recoger los bagajes, de caminar, de correr, de llevar las armas, de ir en formación, de montar guardias* (καὶ φυλακᾶς φυλάττων) *y de combatir...* (An., V,1,2).

costumbre de levantar empalizadas aun en tierra amiga, puede que ya hiciera uso sistemático de los centinelas, aunque Jenofonte nos lo describa bajo una óptica más tradicional y para él mucho más familiar.¹⁷²

A través de las obras del ateniense podemos ver cómo los sistemas de seguridad y defensa de un ejército griego acampado tenían dos componentes diferentes, complementarios, pero no siempre presentes al mismo tiempo: las guardias (φύλακες) y los observadores o exploradores (σκοποί). La misión de las guardias era impedir la entrada de personas extrañas al ejército a la zona de seguridad del campamento, mientras la tarea de los observadores o exploradores era avisar con tiempo al cuartel general de los movimientos o de la proximidad de los enemigos, sin llevar a cabo labores de interceptación. Si el segundo posee un carácter preventivo y pasivo, el primero compone el verdadero sistema de seguridad, con un papel mucho más activo.

Dentro del servicio de guardias del campamento podemos distinguir dos tipos: φύλακες y προφύλακες (guardias y puestos avanzados de guardia), dependiendo de su alejamiento con respecto a los alojamientos de los soldados. Los primeros se sitúan en el mismo límite del campamento, suelen corresponderse con el servicio nocturno y realizarse en torno a hogueras cuya luz permite ver a quienes se aproximan.¹⁷³ Por el contrario, el servicio de los προφύλακες suele ser el correspondiente a las guardias diurnas y situarse a cierta distancia de la línea de tiendas de los soldados.¹⁷⁴ Con ello se ganaba en espacio defensivo para el campamento, pudiéndose prever con más tiempo cualquier aproximación del adversario. El papel de éstos está a medio camino entre el

¹⁷² Polyæn., III,9,17; *HG.*,VI,2,29. En la *Ciropedia*, mientras el ejército se prepara para la campaña, no se menciona la existencia del establecimiento de guardias al final del día (*Cyr.*,II,3,1) y esto sólo aparece, ya de forma habitual cuando ha dado comienzo la lucha contra los asirios (*Cyr.*,III,3,25; III,3,28).

¹⁷³ *Cyr.*,III,3,33; IV,5,14; *An.*,VII,2,17-18; *HG.*,VI,2,29.

¹⁷⁴ *Cyr.*,VI,3,9; *An.*,II,1,7-8 y II,3,1-3 (en ambos casos, los guardias avanzados no permiten el paso a los embajadores del Rey que vienen a negociar con los estrategos, teniéndose que dirigir alguno de los centinelas a los estrategos para dar noticia de los requerimientos de los embajadores).

de los φύλακες, que se sitúan en la inmediación misma de las tiendas, y el de los observadores o σκοποί.

Hay que advertir que la línea de προφύλακες en ningún caso se constituye como un segundo anillo defensivo del establecimiento militar. Nunca tenemos mencionada la actividad de φύλακες y προφύλακες a un mismo tiempo. En Jenofonte sí que encontramos, por el contrario, referencia a la labor desarrollada por las guardias nocturnas y diurnas,¹⁷⁵ a tareas de guardia y tareas de observación,¹⁷⁶ pero nunca se distinguen en un mismo momento guardias y puestos avanzados de guardia.¹⁷⁷ Esto es natural, pues lo contrario supondría un enorme gasto de hombres para llevar a cabo una misma función. Son sólo las circunstancias las que llevarán a los generales a decidirse por una defensa exclusiva del campamento o bien por una ampliación del territorio cubierto.

La colocación de puestos avanzados de guardia busca un mayor espacio de visión y, por tanto, de defensa para el campamento, de ahí que su servicio sea más apropiado para ser desarrollado durante el día, mientras que por la noche la defensa se limitará a la misma línea del asentamiento. En la *Anábasis* contamos con un episodio que podemos entender como el paso de una defensa nocturna basada en φύλακες, a una

¹⁷⁵ El que en ambos casos se trate de la misma función también se muestra por la forma general con que son denominadas: ἡ φυλακὰς νικτερινὰς καὶ ἡμερινὰς (*Cyr.*, I, 6, 43) o bien νυκτοφύλακας (*Cyr.*, VII, 3, 34). Sólo tenemos un caso de ἡμεροφυλάκας (*HG.*, VII, 2, 6), pero no referido a un campamento, sino a la guardia diurna de Fliunte. La existencia de puestos de guardia avanzados (προφύλακες) durante la noche sólo está atestiguada en *Cyr.*, III, 3, 25, y III, 3, 28, ambos en relación con el desarrollo de una misma estratagema, y en la descripción del sistema de guardias del campamento lacedemonio (*Lac.*, XII, 1-4), cuyas particularidades explicaremos más adelante.

¹⁷⁶ *Cyr.*, IV, 1, 1; *An.*, V, 1, 9; *HG.*, VI, 2, 29.

¹⁷⁷ Siempre queda la duda de si éstos últimos quedarían englobados en el concepto general de φύλακες. No podemos tener la seguridad de que bajo este concepto no se haga referencia a ambos servicios. Los detalles en cuanto al desarrollo de la narración (si es una gran distancia la que separa a los grupos de guardia de los estrategos) pueden permitir reconocer si se trata de φύλακες o guardias avanzados. Pero, en líneas generales, cuando durante las operaciones no se menciona directamente a προφύλακες debemos entender que se trata de φύλακες. Más difícil resulta cuando sólo se hace alusión a los exploradores (σκοποί), porque en tales casos no podemos saber si el campamento contaba o no con el establecimiento de guardias.

defensa diurna basada en προφύλακες. En *An.*,III,1,40, Jenofonte recuerda a los demás generales la necesidad de actuar y recuperar la moral del ejército tras la muerte de los estrategos: *Porque ahora, posiblemente, os dais cuenta también vosotros de que han acudido a sus puestos en el campamento con desaliento y sin ánimo hacen también las guardias.*¹⁷⁸

Esta reunión sucedía durante la noche. Al amanecer, *los jefes se dirigieron al centro del campamento y decidieron poner puntos de guardia avanzados y convocar a los soldados.*¹⁷⁹

La función estática, de mero ojo avanzado del campamento, es lo que distingue al puesto de observación (σκοπός) del puesto de guardia avanzado (προφύλακες). En el caso de los σκοποί, ante la proximidad de alguien al campamento, se limitarán a dar la novedad al general. Por el contrario, la misión del προφύλακες es observar e interceptar al extraño, impidiéndole aproximarse más al espacio ocupado por el ejército, e inmediatamente mandar noticia del suceso a los estrategos.¹⁸⁰ Jenofonte concibe la tarea del puesto de guardia avanzado como una actividad de observación y guardia,¹⁸¹ por lo que no encontraremos referencia de σκοποί y προφύλακες funcionando conjuntamente. Más lógico resulta el que en algunos casos se utilicen

¹⁷⁸ νῦν γὰρ ἴσως καὶ ὑμεῖς αἰσθάνεσθε ὡς ἀθύμως μὲν ἦλθον ἐπὶ τὰ ὄπλα. En este caso hemos preferido optar por una traducción propia siguiendo las ideas expuestas en el apartado del vocabulario dedicado al término τὰ ὄπλα.

¹⁷⁹ *An.*,III,2,1: ...καὶ ἔδοξεν αὐτοῖς προφυλακὰς καταστήσαντας....

¹⁸⁰ *Cyr.*,VI,1,46, frente a la acción de los προφύλακες en *An.*, II,1,7-8 y 3,1-3.

¹⁸¹ *Eq. Mag.*, IV,10: *Por otro lado, cada vez que sea preciso mantener un puesto de guardia avanzado (προφυλάττειν), yo siempre apruebo a los observadores y centinelas ocultos (τὰς κρυπτὰς σκοπὰς καὶ φυλακὰς), pues de este modo se protege a los aliados y, al mismo tiempo, se tienden emboscadas a los enemigos.*

complementariamente los servicios de los φύλακες y σκόπιοι durante las guardias de día.¹⁸²

Sólo contamos en Jenofonte con dos descripciones completas del sistema de guardia de un campamento: el campamento de Ifícrates en las *Helénicas* (HG.,VI,2,27-31) y el de los espartanos en la *República de los Lacedemonios* (XII,1-4 y 6).

*Por supuesto, si durante la comida se encontraban en tierra enemiga, establecía guardias, unas en tierra como convenía, a su vez en las naves levantando los mástiles vigilaba desde ellos, pues estos podían observar mucho más que los del suelo, utilizando un lugar mucho más elevado. Cuando cenaba y dormía de noche no encendía fuegos en el campamento, sino que ponía una luz delante del ejército para que nadie pasara inadvertido si se acercaba.*¹⁸³

En este texto de las *Helénicas* se muestra claramente cómo el sistema que aquí Jenofonte adjudica a Ifícrates cumple las características que acabamos de ver. La defensa se compone de guardias en tierra (denominados explícitamente como φυλακάς), con una función activa defensiva, y observadores (σκόπιοι, mencionados implícitamente a través del verbo ἐσκοπεῖτο) con una función pasiva de vigilancia desde la altura de los mástiles de las naves. Cabe pensar que éstos dirigían más su

¹⁸² Cyr.,IV,1,1: (Ciro) se retiró a la distancia que le pareció conveniente y acampó (ἐστρατοπεδεύσατο). Después de colocar puestos de guardia (φυλακάς) y enviar por delante observadores (σκοπούς), reunió a sus soldados y, en pie en medio de ellos, les habló. Esto se produce durante el día, tras el ataque a la fortaleza asiria, de donde Ciro les ha ordenado retirarse, cuando ya estaban a punto de superar las puertas.

¹⁸³ HG.,VI,2,29: φυλακάς γε μήν, εἰ τύχοι ἐν τῇ πολεμίᾳ ἀριστοποιούμενος, τὰς μὲν ἐν τῇ γῆ, ὥσπερ προσήκει, καθίστη, ἐν δὲ ταῖς ναυσὶν αἰρόμενος αὐτὸς τοὺς ἰστοὺς ἀπὸ τούτων ἐσκοπεῖτο. πολὺ οὖν ἐπὶ πλέον οὗτοι καθεώρων ἢ οἱ ἐκ τοῦ ὀμαλοῦ, ἀφ' ὑψηλοτέρου καθορῶντες. ὅπου δὲ δειπνοποιεῖτο καὶ καθεύδοι, ἐν μὲν τῷ στρατοπέδῳ νύκτωρ πῦρ οὐκ ἔκαε, πρὸ δὲ τοῦ στρατεύματος φῶς ἐποίει, ἵνα μηδεὶς λάθῃ προσιών .

atención hacia el mar que hacia tierra, intentando defenderse de un posible ataque de una flota enemiga. Jenofonte no menciona en ningún caso la existencia de empalizadas, como hacen otros autores, y concentra su atención en el uso de las guardias y los observadores como base del sistema defensivo del campamento.

El caso del texto de la *República de los Lacedemonios* (XII,1-4) resulta un poco más complejo. Ollier, en su edición de esta obra, afirma que Jenofonte nos da una visión caótica del sistemas de guardias, cayendo en errores inadmisibles y no existiendo una perspectiva lógica desde la que poder entender el sistema de seguridad allí expuesto.¹⁸⁴ Los demás autores que hemos podido consultar se han limitado a recoger, sin más reflexión, el texto de Jenofonte.¹⁸⁵ Esto probablemente se deba a que realmente el pasaje nunca se ha comprendido completamente. En la sección dedicada al vocabulario castrametral, ya hicimos un pequeño comentario sobre este texto (*cfr.* p. 630). En este caso partiremos de una traducción propia según las tesis allí defendidas (*Lac.*,XII,1-4):

Diré también cómo piensa Licurgo que se debe establecer el ejército.

Lógicamente por ser los ángulos del tetrágono inútiles, estableció él a los soldados de forma circular si no había un monte seguro o no tenía una muralla o un río detrás. A su vez colocó durante el día puestos de guardia que miran hacia el interior a lo largo del espacio ocupado por los soldados, pues esos no se montan a causa de los enemigos, sino de los amigos. A los enemigos los vigilan jinetes desde lugares en que se pueda ver con anticipación a una gran distancia si alguien se acerca. De noche, fuera de la formación, estableció que las guardias fueran

¹⁸⁴ OLLIER, 1934, pp. 62-63.

¹⁸⁵ Por ejemplo, ANDERSON, 1970, p. 60; BAUER, 1893, p. 318.

realizadas por los escirtas (ahora, por supuesto, también por extranjeros si es que algunos están con ellos). La obligación de hacer rondas, constantemente provistos de lanza, debe saberse bien que sirve para lo mismo, para dejar a los esclavos fuera del campamento. No hay que extrañarse tampoco de que, los que se retiran por alguna necesidad, no se alejen de los demás ni de las armas más de lo imprescindible para no molestarse mutuamente. Naturalmente proceden así por seguridad.

La descripción del sistema de vigilancia del campamento de Licurgo se completa un poco más abajo (*Lac.*,XII,6): *Después almuerzan y, rápidamente, envían los puestos avanzados de observación.*¹⁸⁶

En el texto se trasluce claramente la existencia de unos servicios de centinelas diurnos (*Lac.*, XII,1-2 y 6) y otros nocturnos (*Lac.*, XII,3-4). El primero estaría compuesto por una línea de soldados colocada en el límite del campamento, peculiar por preocuparse, no de mirar hacia el exterior de las líneas de acampada para controlar el acceso al campamento, sino hacia el interior para vigilar cualquier posible levantamiento de los siervos que se encontrasen en el campamento ocupados en servir a los soldados espartanos y cuidar de sus armas.

Siendo esto así, cualquier griego se preguntaría cómo se defendería entonces el campamento, si los encargados de esta labor debían cumplir con la tarea de vigilar a los “amigos”. Jenofonte responde inmediatamente con la mención a los jinetes avanzados situados en puestos elevados. A estos los denomina como προσκόποι (*Lac.*, XII,6), y su función sería la de avisar rápidamente al campamento de la aproximación o

¹⁸⁶ Ἐκ τούτου δε ἀριστοποιεῖσθαι καὶ ταχὺ τὸν πρόσκοπον ἀπολύεσθαι.

movimientos del adversario. De ahí que se traten de tropas de caballería, situadas en elevaciones desde donde tienen una gran visibilidad.

La seguridad nocturna del campamento es responsabilidad de patrullas de soldados armados con lanzas, situados en torno a la línea de acampada, y cuya misión es impedir el acceso de los servidores o los aliados al espacio ocupado por los soldados. Todos los esclavos y fuerzas no espartiatas tendrían prohibido permanecer en el campamento durante la noche con objeto de impedir que se produjeran levantamientos o motines aprovechando el descanso de los soldados.

Las tropas aliadas tienen también su papel en la seguridad del campamento. Obligadas a permanecer a cierta distancia de los soldados lacedemonios, servirían, por su mismo emplazamiento, de προφύλακες nocturnos para el campamento espartano. En caso de aproximación del enemigo, estas tropas actuarían de barrera, impidiendo un mayor acercamiento al campamento lacedemonio.¹⁸⁷ Su actividad, por tanto, sería comparable a la de los guardias avanzados diurnos.

El principio de organización del servicio de centinelas descrito por Jenofonte en la *República de los Lacedemonios* sigue las líneas ya vistas en los demás ejemplos. La diferencia estriba en que, debido al carácter particular de la sociedad espartana, durante las campañas tan importante era el cuidarse de los “amigos” como de los enemigos, lo que determina ciertas peculiaridades. Éstas se resumen en la necesidad de crear dos anillos de seguridad en el campamento: uno en torno al límite mismo del establecimiento, para vigilar a los servidores durante el día e impedir su acceso al campamento durante la noche, y otro compuesto de guardias avanzados de día y de noche para vigilar a los enemigos.

¹⁸⁷ Ésta es exactamente la función desarrollada por los hircanios del ejército asirio en la *Ciropedia* (IV,2,1-27), que muestran muchas semejanzas con las tropas escritas del auténtico ejército lacedemonio. En esta novela, el paso de estas tropas a las filas persas permite al ejército de Ciro tomar por sorpresa el campamento enemigo.

Acerca del número y funcionamiento de los servicios de guardia, Jenofonte nos aporta escasos datos. Lo poco que podemos saber lo tendremos que tomar del tratado de Eneas Táctico y suponer que existirían muchas similitudes en cuanto al funcionamiento y organización entre campamentos y ciudades amuralladas.¹⁸⁸

Las guardias ya hemos visto que se dividían de manera general, y para todas sus formas, en un servicio nocturno y otro diurno. Entre ambos turnos no parece existir más diferencia de funcionamiento que un distinto santo y seña (σύνθημα):

*Cuando el sol estaba a punto de ponerse, los griegos se levantaron y dijeron que era momento de montar vigilancias nocturnas y dar el santo y seña. Pidieron también a Seutes que diera la orden de que ningún tracio entrara por la noche en el campamento griego (An.,VII,3,34).*¹⁸⁹

Durante la noche podía decidirse el cierre completo del campamento como medida de seguridad y, entonces, una de las misiones fundamentales de los centinelas nocturnos era impedir la entrada antes del día. Como veremos más adelante al tratar sobre el horario en el campamento, el día no comenzaba con el amanecer, sino tras los sacrificios del polemarca y al transmitir la orden a los soldados de desayunar. Hasta entonces el campamento debía estar cerrado a cualquier persona:

¹⁸⁸ La semejanza entre ambos sistemas la afirma el propio Eneas Táctico en XXI,2 y XXII,1.

¹⁸⁹ Ως δ' ἦν ἥλιος ἐπὶ δυσμαῖς, ἀνέστησαν οἱ Ἕλληνες καὶ εἶπον ὅτι ὥρα νυκτοφύλακας καθιστά-
ναι καὶ σύνθημα παραδιδόναι. Eneas Táctico recomienda también el uso de diferentes contraseñas para
el día y la noche (Aen. Tact., IV,5-6): *Por consiguiente, en tiempo de guerra y cuando están próximos los
enemigos, hay que dar a las tropas enviadas fuera de la ciudad en alguna empresa militar, tanto terrestre
como naval, contraseñas (συσσήμων) convenientes con quienes queden atrás, diurnas y nocturnas*
(καὶ ἡμερινῶν καὶ νυκτερινῶν).

Entonces el mensajero (de Ciaxares) partió con sus caballeros —en número de alrededor de cien—, disgustado por no haberse ido también él con Ciro. (...) Así, después de vislumbrar las hogueras del campamento llegaron alrededor de la media noche. Cuando estuvieron próximos al campamento (πρὸς τῷ στρατοπέδῳ), los centinelas (οἱ φύλακες), siguiendo las órdenes que Ciro había dado, no los dejaron entrar antes del día (Cyr.,IV,5,13-14).¹⁹⁰

Los guardias nocturnos se ayudaban de hogueras para descubrir a cualquiera que intentara aproximarse.¹⁹¹ Encender fuegos para las guardias o para cocinar tenía el inconveniente de descubrir al adversario la posición exacta del campamento y de las guardias. A fin de evitarlo muchos estrategos ordenaban al ejército cenar antes de que anocheciera y así lograban que los soldados no tuvieran que hacer uso de fuegos cuando ya hubiera anochecido (Cyr.,III,3,25; HG.,V,2,29). Licurgo prohibía a los soldados caminar por la noche en la guardia incluso a la luz de una lamparilla (Lac.,V,7). Igualmente Eneas Táctico (XXVI,2) recomienda que las patrullas se hagan sin lucerna a menos que la noche sea demasiado fría y oscura.

Jenofonte, a la vez que recomienda no encender fuegos en el campamento por la noche, propone el aprovecharlos como auxilio de los guardias contra el enemigo que se aproxime mediante diversas stratagemas. La más estimada por él es la que aprendió de las tropas de Seutes, y que recoge en la *Anábasis* con gran admiración (VII,2,17-18):

¹⁹⁰ También Cyr.,IV,2,26.

¹⁹¹ Polyæn.,III,11,15 dice que por la noche el campamento de Cabrias estaba rodeado de fuegos.

...y se fue por la noche (Jenofonte) al campamento (στράτευμα) de Seutes que estaba a 60 estadios. Cuando estuvieron cerca de allí se encuentra con unas hogueras abandonadas. Al principio creyó que Seutes se había ido a otra parte, pero cuando oyó barullo y que los soldados de Seutes se hacían señales unos a otros, comprendió que por este motivo tenía Seutes las hogueras encendidas delante de los centinelas nocturnos (πρὸ τῶν νυκτοφυλάκων), para que éstos, en medio de la oscuridad, no fuesen vistos, ni cuántos eran, ni dónde estaban, pero, en cambio, no les pasaran inadvertidos los que se acercaban, sino que fueran visibles gracias a la luz.

Esta idea la reaprovecha en la *Ciropedia* (III,3,25):

Siempre cenaban de día para no encender fuego dentro del campamento (ἐν τῷ στρατοπέδῳ) por la noche. Sin embargo, sí lo encendían delante del campamento (ἐν μέντοι τοῦ στρατοπέδου) para, gracias al fuego, ver a quienes se aproximaran sin ser vistos por ellos, y muchas veces también alimentaban fuego detrás del campamento (ὀπίσθεν τοῦ στρατοπέδου) para engañar a los enemigos; así, hubo veces que espías (κατάσκοποι) enemigos cayeron en poder de los puestos de avanzada (εἰς τὰς προφυλακὰς) persas: porque debido a estar el fuego encendido detrás, ellos se creían todavía lejos del campamento (τοῦ στρατοπέδου).

Por último, cabe la posibilidad de intentar engañar al enemigo sobre el número de los efectivos en la acampada encendiendo gran cantidad de fuegos. Esta táctica la empleó el propio Jenofonte durante la expedición de los Diez Mil (*An.*,VI,3,21) y también la podemos encontrar en Polieno (IV,8,4):

Eúmenes (...) ordenó a sus jefes que, recorriendo de noche a caballo en compañía de sus hijos las partes elevadas y visibles de la región en una extensión de setenta estadios, con fuego en vasijas, quemasen suficiente leña, separados unos de otros como veinte brazas, de la siguiente forma: que a la primera guardia hiciesen grandes fuegos, a la segunda menores y a la tercera muy pequeños, de suerte que se asemejara a un campamento de verdad.

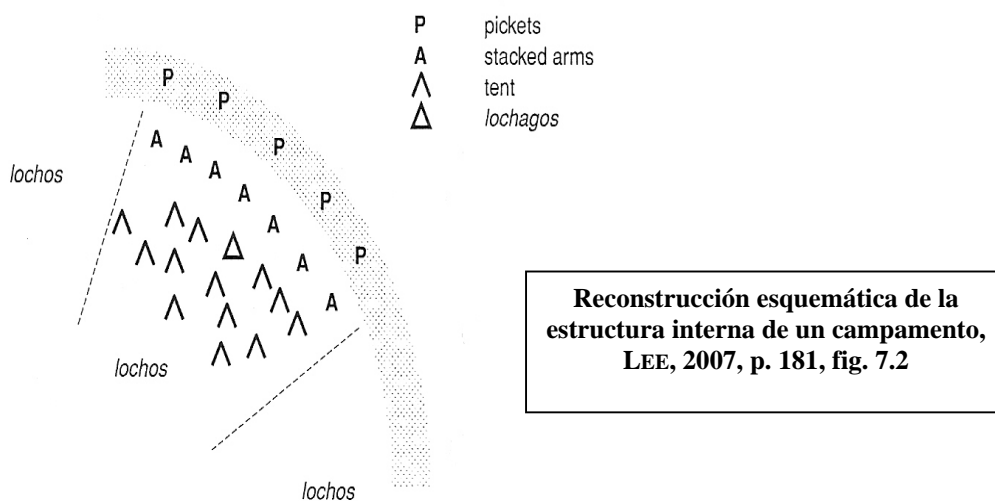
Éste es el único texto en el que tenemos referida la distancia de separación entre los distintos fuegos de las guardias de un campamento, aunque no podamos asegurar que siempre fuera así.¹⁹²

Como vemos, el texto de Polieno da una división en tres del número de turnos de las guardias nocturnas, lo que algunos autores toman como la división más habitual de este servicio.¹⁹³ Sin embargo, en Jenofonte, en la única ocasión en la que se menciona el número de guardias, éste es de cuatro y no de tres.¹⁹⁴

¹⁹² El mismo episodio lo recoge de forma más amplia Diodoro Sículo (XIX,38,3). Éste aclara que los fuegos de la primera guardia debían de ser mayores para dar la impresión de que los hombres aún estaban levantados y ocupados en preparar la cena. El perímetro a cubrir con los fuegos nos dice Diodoro que era de setenta estadios, dejándose un intervalo de espacio entre ellos de veinte codos. Los setenta estadios se corresponderían con unos 12,5 km., mientras veinte codos son unos 9 m. Sobre los problemas en relación con el fuego, cómo mantenerlo, transportarlo o producirlo, ver LEE, 2007, pp. 210-214.

¹⁹³ Así lo afirma BACH PELLICER, 1982, p. 143, n. 106: *tres guardias se sucedían a lo largo de la noche.*

¹⁹⁴ *HG.*,VII,2,5-6. Hay que advertir que Jenofonte aquí se está refiriendo a los guardias de la muralla de Fliunte y no a un campamento. Eneas Táctico también afirma que son cuatro el número de turnos de los



Ni tan siquiera podemos asegurar si el número de turnos era fijo o podía variar. Al menos, en la *Ciropedia* se recomienda ajustar éste a la duración de las noches y, particularmente si se tiene previsto llevar a cabo una marcha nocturna, haciéndolas más numerosas y breves para evitar que la mucha vigilia de los soldados perjudique luego el avance (*Cyr.*,V,3,44).¹⁹⁵

Un elemento imprescindible para el funcionamiento de las guardias es el establecimiento de contraseñas que permitan distinguir a los miembros del ejército de

guardias nocturnos de una ciudad (XVIII,21). En Arriano (*An.*,V,24,2) son también cuatro el número de las guardias nocturnas. Esto se suele interpretar como una transposición de la costumbre romana a época de Alejandro por Arriano. Por contra, BOSWORTH, 1995, vol. II, p. 333, considera que eran cuatro el número de turnos en las guardias nocturnas en el siglo IV a.C., correspondiéndose a un periodo de tres horas para cada turno en el equinoccio. Ver también BERVE, 1926, p. 176, tomando los testimonios de Arriano, Diodoro Sículo y Quinto Curcio.

¹⁹⁵ También en la *Poliorcética* de Eneas Táctico se puede suponer que el número de turnos debía de ser variable (I,8: *debe ser repartido según la duración de las noches y el número de guardias* [πρὸς τὸ μῆκος τῶν νικτῶν καὶ τῶν φυλάκων]; y XXII,4-5: en el que se aconseja que las guardias sean numerosas y breves para evitar el que los soldados se cansen excesivamente en el servicio y se ponga en peligro la seguridad de la ciudad). Eneas dedica un apartado en su obra a explicar cómo se puede ajustar el tiempo de las vigias a la diferente duración de las noches mediante el uso de una clepsidra (XXII,24-25).

posibles espías o enemigos que intenten acercarse al campamento.¹⁹⁶ En las obras de Jenofonte no encontramos mencionada la cuestión, pero sí en Polieno que recoge un gran número de estratagemas con este tema como elemento fundamental.¹⁹⁷ También Eneas Táctico le dedica varias secciones de su tratado.¹⁹⁸ Una recomendación que se recoge en la *Poliorcética* y que parece seguirse en los hechos que nos narra Jenofonte es el tipo de contraseñas elegidas, al menos para las batallas, siempre fáciles de recordar y relacionadas con la empresa o las circunstancias a realizar:¹⁹⁹ en la batalla de Cunaxa, por ejemplo, la consigna de las tropas griegas será *Zeus Salvador y Victoria* (*An.*,I,8,16), y en Timbrara *Zeus Salvador y Guía* (*Cyr.*,VII,1,10).²⁰⁰

Si las evidencias sobre el funcionamiento de las guardias nocturnas son escasas, aún más lo son en relación con el servicio diurno. Sí parece que la labor en los puestos de guardias avanzados y de los exploradores no era llevada a cabo por un sólo hombre, sino que se realizaba en grupos. Al menos eso parece desprenderse de la narración acerca de la llegada de los embajadores persas al campamento de los Diez Mil para pedir treguas:

¹⁹⁶ Jenofonte da una gran importancia al uso de espías (κατασκοποί) para obtener información sobre la situación y movimientos del ejército contrario. En la *Ciropedia* nos ofrece una amplia gama de posibles métodos de espionaje: mediante observadores-espías (III,1,2), espías que realizan un doble juego (como Araspas, VI,1,31), a través de embajadas enviadas al campamento (VI,2,2) o mediante esclavos (VI,2,11).

¹⁹⁷ Por ejemplo: I,11; I,40,3; III,13,1; V,15,5.

¹⁹⁸ Capítulo IV (dedicado a las señales visuales o *semeía*), capítulo XXIV (*synthema* o consigna oral) y el capítulo XXV (trata de las señales físicas o de los sonidos de respuesta a una consigna, denominados como *parasynthema*, empleadas para prevenir las situaciones de pánico y reconocer mejor a los aliados): cfr. VELA TEJADA, 1991, p. 92, nota 132.

¹⁹⁹ *Al transmitir las consignas, si se da la circunstancia de que el ejército lo constituyen hombres de diferentes ciudades y pueblos, es preciso tomar medidas para evitar que, si un mismo concepto puede expresarse con dos palabras, ello de lugar a confusión en el transcurso de una transmisión* (Aen. Tact.,XXIV,1). *Lo cierto es que se debe transmitir una señal que sea fácil de recordar y lo más apropiada a los hechos que van a tener lugar: por ejemplo, para los que van a cazar «Artemis la cazadora»; para una empresa clandestina, «Hermes el artero»; para los ataques abiertos, «Sol y Luna»; y, en tanto sea posible, palabras similares a éstas y de uso común* (Aen. Tact.,XXIV,14-15). Traducción por VELA TEJADA, 1991.

²⁰⁰ En Aen. Tact.,XXIV,16, se pone también *Zeus Salvador* como ejemplo de consigna.

...a la salida del sol les envió heraldos para negociar una tregua. Cuando éstos llegaron a los vigías de vanguardia (προφύλακας) preguntaron por los jefes (ἄρχοντας). Una vez que los centinelas (προφύλακες) transmitieron la orden, Clearco, que se hallaba entonces revistando las formaciones, les dijo (εἶπε τοῖς προφύλαξι) que ordenaran a los heraldos esperar hasta que tuviese un rato libre (An.,II,3,1-2).

Era sin duda necesario que, mientras alguno de los guardias se dirigía al campamento, los demás se mantuvieran en el puesto reteniendo a los recién llegados. Por otro lado, su funcionamiento debía de ser muy similar al de los observadores (σκοποί), de los que, en una ocasión, Jenofonte nos da su número (Cyr.,VI,3,12):

Nosotros conjeturamos que (los caballeros asirios que se acercan) avanzan con la intención de ver nuestro ejército, pues muy por delante de este contingente, alrededor de otros treinta caballeros avanzan sin duda contra nosotros, quizá con la intención de tomar nuestro observatorio si les es posible. Y nosotros, los que estamos en esa atalaya somos una decena (μία δεκάς οἱ ἐπὶ ταύτης τῆς σκοπῆς).

Eneas Táctico aconseja igualmente que los puestos de observación situados en puntos elevados estén siempre compuestos de, al menos, tres hombres, todos ellos experimentados, para que sepan distinguir cuáles son las noticias importantes y cuáles no, intentando evitar alarmar a la población innecesariamente (Aen. Tact.,VI,1). El

hombre más experimentado debía de ser el jefe del puesto, denominado en Jenofonte como σκόπαρχος, aunque de tal oficial sólo tenemos noticia por la *Ciropedia* (Cyr.,VI,3,5-6 y 12).

El complemento natural de los servicios de guardia (περιοδεῖαι) son las rondas a las que Eneas Táctico dedica el capítulo XXVI de su tratado al completo. En Jenofonte sólo tenemos una referencia directa a tal actividad en la *República de los Lacedemonios*, XII,4: *La obligación de hacer rondas, constantemente provistos de lanza, debe saberse bien que sirve para lo mismo, para mantener a los esclavos lejos de las armas.*²⁰¹

Dado que Eneas Táctico se refiere en la *Poliorcética* a los servicios de guardia y rondas unitariamente y a ambos como pertenecientes al estudio del στρατόπεδον,²⁰² cabe deducir que tal servicio estaría estrechamente relacionado con el de las guardias, no siendo mencionado por Jenofonte debido a su falta de importancia para el desarrollo de los acontecimientos que narra y por suponerse como algo ya conocido por el lector. Pero, debido a la falta de más datos, nada más se puede decir de ellos.²⁰³

Tampoco nos informa Jenofonte de algún otro lugar donde se dispusieran guardias dentro del campamento. Al menos, debían de existir en torno al botín común, custodiar a los prisioneros, y guardar los bagajes y el campamento mientras el grueso de

²⁰¹ En *HG.*,II,4,24, tenemos el caso de los partidarios de los Treinta en Eleusis, que llevan a cabo rondas a caballo. Pero son rondas en las murallas y no en un campamento.

²⁰² *Por lo que se refiere a la disposición de las guardias y rondas (φυλάκων καταστάσεως καὶ περιοδειῶν), los pánicos, las señas y contraseñas, la mayor parte de las explicaciones debe reservarse para ser anotadas en mi tratado «Sobre el establecimiento de un campamento» (Aen. Tact., XXI,2). Traducción por VELA TEJADA, 1991.*

²⁰³ En la *Poliorcética* (XXIV,16), Eneas Táctico nos informa de que Ifícrates tenía también por costumbre utilizar los servicios de guardia y rondas: *Ifícrates ordenó que el soldado de ronda y el centinela (τὸν περίοδον τε καὶ φύλακα) no tuviesen la misma consigna (σύνημα), sino una diferente para cada uno, a fin de que el primero respondiera cuando se le preguntaba Zeus Salvador y el otro, a su vez, respondiera Posidón. De esta manera correrían menor riesgo de ser engañados por los enemigos y de que la consigna fuera difundida por los desertores.*

la tropa estaba luchando en el campo de batalla.²⁰⁴ Lo cierto es que en el ejército de los Diez Mil el número de soldados dedicados a vigilar a los prisioneros debió de ser importante, por lo que los estrategos decidirán libertar a los prisioneros para poder aprovechar todas las fuerzas disponibles en los combates (*An.*,IV,1,13).²⁰⁵ De estas actividades se ocupaban los soldados de mayor edad, probablemente los que superaban los cuarenta años, al igual que los más jóvenes eran los que debían desempeñar las actividades auxiliares.²⁰⁶

Las debilidades del sistema de seguridad de los campamentos son también patentes para Jenofonte. En *El hipárquico* nos expone los principios tácticos fundamentales a tener en cuenta a la hora de preparar un ataque a un campamento. Éstos se pueden resumir en acceder al territorio del campamento teniendo en cuenta la existencia de puestos de guardia avanzados que hay que tomar con antelación, y aprovechar los momentos del día en los que los soldados están desarmados para atacar por sorpresa al ejército (*Eq. Mag.*,VII,12-14):

A veces, es también una ocasión magnífica emprenderla contra el enemigo mientras está acampado, almorzando o cenando o, incluso, levantándose del lecho; porque, en todos esos casos, los soldados están desarmados (ῥοπλοῖ) (por menos tiempo los hoplitas y por más la

²⁰⁴ *An.*,V,1,12: ἀπὸ κοινοῦ. Sólo en Polyæn.,II,31,3(2) encontramos una mención directa de guardias custodiando prisioneros.

²⁰⁵ Todo parece indicar que el cuidado de los prisioneros le correspondía a la sección de equipajes, lo cual es natural habida cuenta de que éstos eran considerados como parte del botín. De todo ello se debían de cuidar las clases de soldados mayores de cuarenta años, menos útiles en el combate en campo abierto. Ver también Polyæn.,III,12,15. ROY, 2004, p. 272, opina que los mercenarios en el ejército de los Diez Mil mayores de 40 años eran pocos. Sin embargo, el número de actividades que debían desarrollar y la importancia de las mismas, parece contradecir esa suposición. No serían las clases de soldados más abundantes, pero desde luego tampoco compondrían un número desdeñable.

²⁰⁶ Por ejemplo, se menciona a un chico de 18 años como el encargado de dar las señales con la trompeta (*An.*, VII,4,16). Cfr. ROY, 2004, pp. 271-272.

caballería).²⁰⁷ Naturalmente, nunca se debe atacar sin contar con observadores y puestos avanzados (σκοποῖς καὶ προφυλακᾶς), ya que éstos están siempre apostados en número escaso pero están muy lejos, a veces, del grueso de las fuerzas. Y cuando los enemigos están ya bien guardados con tales medidas, es bueno penetrar sin ser visto en la zona enemiga, con ayuda del dios, procurando observar cuántos hay de cada lado y en qué lugar están los puestos de guardia (οἱ φύλακες).

Estas indicaciones se cumplen al pie de la letra en los casos en los que tenemos constancia de un ataque a un campamento griego o persa. El ataque de Herípidas al campamento de Farnabazo se produce al amanecer, haciendo notar Jenofonte que la mayor parte de los persas que cayeron durante la lucha fueron προφύλακες (HG.,IV,1,20-24). También los tebanos llevan a cabo una acometida contra la guarnición del Oneo al amanecer, sorprendiendo a los lacedemonios en el momento en el que terminaban las guardias de noche y cuando aún algunos estaban levantándose del lecho (HG.,VII,1,15-16). Trasíbulo y sus compañeros aprovecharán el amanecer para sorprender desarmados a los lacedemonios que hacen guardia en torno a File (HG.,II,4,4-6). En el ataque de Lisandro al campamento ateniense en Egospótamos, su principal arma será también la sorpresa y el saber aprovechar el momento de mayor debilidad del ejército, cuando están dispersos buscando aprovisionamiento (HG.,II,1,22-30). La mención que Jenofonte hace en su descripción del campamento espartano sobre la rapidez con la que debían instalarse por la mañana los grupos de observadores (Lac.,XII,6), vemos que está fundamentalmente dirigida a reducir al máximo este

²⁰⁷ Éste es exactamente el principio que tiene en cuenta Jenofonte a la hora de distribuir los distintos cuerpos en la construcción ideal del campamento de Ciro (Cyr.,VIII,5,1-16).

momento de especial peligro para un ejército acampado, no siendo en modo alguno una afirmación gratuita del ateniense.

También la forma en la que se suceden estos episodios nos confirman en la idea de que normalmente no se instalarían durante la noche puestos avanzados de guardia. La sorpresa con la que se producen los ataques y el que en algunas ocasiones se nos diga expresamente el que las tropas esperaron a la llegada del amanecer muy próximas al campamento para iniciar el asalto son buena prueba de ello.²⁰⁸

Los ataques o batallas nocturnas son sucesos muy poco frecuentes entre los ejércitos griegos.²⁰⁹ La confusión que se crea en esos momentos y la dificultad para reconocer a los amigos y a los enemigos solía disuadir a los generales griegos de tales empresas, en las que la utilización de contraseñas para reconocer a los hombres del propio ejército no resultaba suficiente, puesto que, rápidamente, al tratarse de contraseñas orales, el enemigo podía hacer uso en su favor de las mismas. Una solución habitual era el blanqueo de los escudos y las armas para facilitar el reconocerse en la oscuridad.²¹⁰ Ni este tipo de estrategias las encontramos en la *Anábasis* o en las *Helénicas*, ni tampoco en la *Ciropedia* se considera la posibilidad de llevar a cabo ataques nocturnos.²¹¹

²⁰⁸ En el caso del ataque a la guarnición laconia en torno a File por Trasíbulo, éstos aguardarán a tres o cuatro estadios del campamento (*HG.*,II,4,5). En *Eq. Mag.*,VII,13 ya hemos visto que habitualmente los centinelas avanzados se apostaban bastante lejos del grueso de las fuerzas.

²⁰⁹ Sobre los ataques nocturnos ver PRITCHETT, 1970, vol. II, pp. 162-171.

²¹⁰ Como ya vimos en *Hdt.*,VIII,27; *HG.*,II,4,25; también, *Polyaen.*,VI,18,1.

²¹¹ Sin embargo, sí se hace referencia a la posibilidad de realizar marchas nocturnas. Característica del buen soldado es, según Jenofonte, el saber conducirse de noche como los demás lo hacen de día, soportando las fatigas del sueño (*Cyr.*,I,5,12; *Agés.*,VI,6; *HG.*,VI,1,15; *Lac.*,III,2). También tenemos en la *Ciropedia* muchos pasajes en los que se explica la mejor forma de colocar el ejército para realizar marchas nocturnas y que se pueden resumir con el principio táctico de colocar los elementos más lentos del ejército en el primer lugar de la marcha para obligar a todo el ejército a mantener la velocidad de esos cuerpos (*Cyr.*,II,4,26-29; *An.*,VII,3,37).

Aun cuando los ataques a los campamentos tenían bastantes posibilidades de éxito, el problema era que el balance entre riesgos y resultados no siempre era realmente positivo. El ataque a los campamentos provocaba la huida de los soldados abandonando sus pertenencias, pero no una victoria decisiva sobre un ejército que podía volver a reunirse en cualquier otro lugar y contraatacar aprovechando los momentos de desorden, mientras los soldados vencedores se dedicaban al pillaje. El saqueo tras la victoria en campo abierto era el verdadero valor y fruto de un ataque a un campamento²¹².

La solución que propone Jenofonte en su modelo teórico de ataque al campamento asirio de la *Ciropedia* es rodear rápidamente el στρατόπεδον para evitar la huida del ejército y llevar a cabo un toma ordenada del botín:

Ciro ordenó a los caballeros que había reservado a su lado que dieran una vuelta alrededor del campamento enemigo y mataran a quien vieran salir armado. Y a los que se quedaban en el campamento les dio a conocer por medio de un heraldo la proclama de que los soldados enemigos, fueran caballeros, peltastas o arqueros, sacaran sus armas bien atadas y dejaran los caballos junto a la tienda, y que aquél que no lo hiciera le cortarían la cabeza inmediatamente. Los persas los rodearon en formación con los cuchillos en mano. Los que tenían armas

²¹² *HG.*,IV,1,20-24; VII,2,5-6; *An.*,IV,4,20; casos más particulares son: Egospótamos, donde sólo algunos hombres lograrán huir a las pequeñas fortificaciones que había en las zonas próximas (*HG.*,II,1,22-30), y el asalto a la guarnición laconia de File, donde morirán más de 120 hoplitas, pero no en el ataque mismo, sino en la consiguiente persecución (*HG.*,II,4,4-6). En el caso de la ofensiva contra el campamento odrisio, que acaba con la muerte de todos los hoplitas griegos que lo guardaban, la causa de la matanza, como hemos visto al estudiar las construcciones defensivas en los campamentos, fue la imposibilidad de los hoplitas de salir a campo abierto para formar la falange, y así hacer frente a los agresores o poder huir (*HG.*,III,2,2-5).

*las sacaban y las tiraban en el lugar que les habían mandado, donde soldados designados para ello las quemaban (Cyr.,IV,2,32-33).*²¹³

El secreto del éxito en todos estos episodios lo resume Jenofonte en un principio táctico fundamental que pone en boca de Cambises:

Pues bien, replicó Cambises, ingéniateles como puedas para procurar sorprender con tus hombres bien ordenados a los enemigos en desorden, con tus hombres bien armados a los enemigos desarmados, con tus hombres despiertos a los enemigos dormidos, y para procurar recibir su ataque cuando ellos sean visibles para ti, mientras tú seas invisible para ellos; cuando ellos estén en terreno desfavorable, mientras tú estés en lugar bien defendido (Cyr., I,6,35).

²¹³ Igual procedimiento se sigue para organizar el saqueo de Babilonia (Cyr.,VII,5,34) o del ejército del rey armenio vencido (Cyr.,III,1,6). PRITCHETT, 1970, vol. V, pp. 157-160, también ha estudiado el campamento como objeto de botín. Frente a la idea de Polibio del desorden griego en el momento del reparto (idea aceptada también por Pritchett), Jenofonte muestra un gran interés en la *Ciropedia* por mostrar normas y orden en esta actividad (IV,2,38-47; VII,2,5-7), aunque quizás se deban más a un deseo que a una realidad. En Jenofonte, el reparto del campamento como botín se realiza por tiendas (Cyr.,IV,5,39) al igual que ocurre con el saqueo de las ciudades y de las aldeas, que también se realiza por casas (Cyr.,VII,5,35). Aparte de que Jenofonte califica en la *Ciropedia* esta actividad como algo propio de esclavos (Cyr.,IV,2,25; VII,2,11), existía siempre el peligro de que, aprovechando el desorden y la dispersión del ejército durante la toma del botín, el enemigo aprovechara para contraatacar y convertir la, hasta entonces, victoria en una derrota.

8. Estructura interna del campamento.

El único texto conservado sobre la disposición interna de un campamento sería el de Ciro en la *Ciropedia* y éste se suele considerar como ejemplo de un campamento oriental. Ya hemos visto al hablar de la separación de campamentos cómo los distintos cuerpos de ejército que componen un στρατόπεδον se hallan claramente diferenciados; al menos así nos lo presenta Jenofonte al narrarnos el incidente de Carmande entre los ejércitos de Menón y Clearco (*An.*,I,5,10-14). Entre los soldados acampados de ambos ejércitos mediaba una separación suficiente como para permitir el desarrollo de una formación en falange y como para que Jenofonte nos diga que la caballería tracia de Clearco llegó a avanzar contra las tropas de Menón (*An.*,I,5,13) antes de que Proxeno detuviera el combate, situándose con un batallón de sus hoplitas entre ambos contendientes (*An.*,I,5,14).²¹⁶

A lo largo de la *Anábasis* parece entenderse que los estrategos acampan en lugares diferentes y en torno a ellos se sitúan sus soldados.²¹⁷ Los estrategos no ocupan un lugar común en el στρατόπεδον, donde todos se encuentren reunidos, ni comparten una sola tienda. Acampan separadamente, dentro del espacio ocupado por sus soldados. Es decir, que en el caso de que varios ejércitos compongan un campamento, los soldados de los diversos ejércitos no estarán mezclados entre sí, sino que se establecerán como unidades diferentes y diferenciadas.²¹⁸

²¹⁶ De la misma opinión es LEE, 2007, p. 180.

²¹⁷ Por ejemplo, en *An.*,IV,3,10-14 vemos cómo Jenofonte y Quirísofo acampan necesariamente en lugares separados. También en *Cyr.*,III,3,40.

²¹⁸ Por el contrario, para LEE, 2007, pp. 80-96, la unidad fundamental de organización de los ejércitos acampados griegos en la *Anábasis*, es el λόχος. Incluso su esquema de organización y distribución de los contingentes en las acampadas se fundamenta en él como unidad fundamental (ver, por ejemplo, p. 179, fig. 7.1). Por supuesto compartimos la idea de que éste sería la unidad táctica fundamental para el combate hoplítico, pero, no creemos que Lee aporte pruebas suficientes como para pensar que el λοχάγος era más importante que el στρατεγός en cuanto a la definición fundamental de los lazos que unen a los soldados entre sí y a la organización básica de las acampadas, o que el λόχος fuera una unidad

Pero la existencia de un principio de ordenación y separación no parece que se quedara sólo ahí. En la descripción del campamento lacedemonio que nos hace Jenofonte, nos dice que los soldados espartanos no podían ir más allá del espacio de su *mora* para no alejarse demasiado de las armas: *No se pueden hacer paseos o carreras más allá del espacio que ocupa su mora, para que nadie se encuentre lejos de sus armas (Lac.,XII,5).*²¹⁹

Es decir, en el campamento lacedemonio los soldados acampan distribuyéndose por unidades militares que tienen un territorio claramente delimitado del que no pueden salir. Nos encontramos, entonces, con el mismo principio de separación interna de los distintos cuerpos de un ejército pero en un nivel jerárquico inferior. La pregunta que debemos formularnos en este momento es si tal afirmación se aplicaba realmente en los ejércitos lacedemonios y si, de ser así, ésta era también común a los demás griegos. Pero en Jenofonte no encontramos más pistas que claramente nos permitan responder a esta pregunta. Es Polieno (II,3,11) el que en este caso acuden en nuestra ayuda:

Epaminondas se enfrentaba a los lacedemonios, y tras un violento combate en el que cayeron muchos de ambos lados, como la noche les privara de un desenlace victorioso, unos y otros se retiraron a su campamento. Los lacedemonios, por supuesto, al acampar por compañías (κατὰ λόχους), batallones (μόρας), escuadrones (ἔνωμοτίας) y unidades de compañeros de mesa (συσσίτια), se enteraron de los muchos que habían muerto, y así, se entregaron desanimados al sueño. Epaminondas, en cambio, ordenó a los tebanos que cada uno acampase como

administrativa y social más importante en la vida castramental que la formada por los compañeros de tienda, como pasaremos inmediatamente a comprobar.

²¹⁹ δεῖ δὲ οὔτε περίπατον οὔτε δρόμον μάσσω ποιεῖσθαι ἢ ὅσον ἂν ἡ μόρα ἐφήκη, ὅπως μηδεὶς τῶν αὐτοῦ ὄπλων πόρρω γίγνηται.

se encontrara, y que no buscara su compañía ni batallón (τοὺς λόχους μηδὲ τὰς τάξεις), sino que se acostara tan pronto hubiese cenado, ayudándose uno a otro con las provisiones que tuviese a mano.

Este texto no solamente confirma lo dicho por Jenofonte en la *República de los Lacedemonios*, sino que sirve para completarnos el cuadro. Frente a la visión de caos que Polibio, VI,42,3-4, parece presentarnos, el campamento lacedemonio, muy al contrario, tenía una organización interna definida que continua la ordenación jerárquica del propio ejército. Las distintas unidades en las que se subdivide el ejército estructuraban también el espacio campamental.

La preocupación por el orden y la profesionalidad del sistema militar espartano abonan esta teoría sobre la división interna del campamento griego basada en las unidades jerárquicas en las que se divide el ejército, pero igualmente la peculiaridad del *nómos* espartano justifica la duda de si también el resto de los ejércitos griegos utilizaban un sistema tan ordenado y profesional como el laconio. En nuestra opinión la respuesta es afirmativa.

La enseñanza propuesta en la estratagema que acabamos de citar sugiere que ambos contendientes utilizan el mismo sistema de distribución de sus soldados a la hora de acampar, pero que en este caso, inteligentemente, Epaminondas sabe reaccionar a tiempo, ordenando a sus soldados que no se conduzcan normalmente, buscando su lugar habitual de acampada, cada uno dentro de su propia unidad, sino que se sitúen allí donde cada uno se encuentre en ese momento. Esto se ve confirmado con la siguiente estratagema, que tiene al ejército de Cares como protagonista:

Sospechando que había espías en el campamento, Cares, tras rodear la

empalizada por fuera con centinelas, les ordenó prender a cualquiera que se les acercara y no soltarlo hasta que dijera quién era y de qué compañía (τίνος τάξεως). Y así ocurrió que los espías, como no podían decir ni batallón (τάγμα), ni compañía (λόχον), ni tienda (συσσίτιον), ni contraseña (σύνθημα) fueron cogidos (Polyaen.,III,13,1).

El texto no dice directamente que el ejército ateniense de Cares siguiera esta distribución a la hora de acampar pero, dado que ambos textos coinciden en referirse a unidades jerárquicas militares en un mismo contexto, podemos pensar que tal principio es también en este caso el utilizado.

En otros muchos textos jenofonteos descubrimos que la división interna en τάξεις era tan habitual que llega casi a convertirse en sinónimo de campamento.²²⁰ Entre ellos podemos destacar un texto ya mencionado en el apartado dedicado a la fortificación de los campamentos, donde se recoge la noticia de que los tebanos defendían sus acampadas situando árboles πρὸ τῶν τάξεων (HG., VI,5,30). El problema estriba en que habitualmente nuestras fuentes no descienden a dar detalles sobre cuestiones que se desarrollan a un nivel inferior a la τάξις. Por eso, los pocos ejemplos citados anteriormente podemos considerarlos de un enorme valor.

Si en la *Anábasis* ya hemos comprobado que los distintos ejércitos que conforman el campamento se encuentran separados entre sí, un poco más adelante encontramos otro texto que permite entrever que, si aceptamos lo hasta aquí dicho, probablemente el mismo principio de subdivisión interna del campamento por unidades era también aquí aplicado (*An.*,III,1,32): *Los demás recorrían las filas y llamaban al estratega, donde éste seguía con vida. Si había muerto, a su*

²²⁰ Por ejemplo, HG., VI,5,17-18; *An.*, V,4,14; IV,4,8 (el acantonamiento en aldeas se realiza κατὰ τάξεις).

*lugarteniente y donde el capitán seguía con vida, al capitán.*²²¹

¿Quiere esto decir que la afirmación de Polibio es gratuita o incluso falsa y que los griegos, a semejanza de los romanos, poseían una forma fija de estructurar los campamentos? La respuesta a esta pregunta la podemos encontrar en Jenofonte. Para el mundo griego no tenemos una descripción de la estructuración de un campamento como la que encontramos en la obra de Polibio para los *castra* romanos. Lo más cercano es el texto de la *Ciropedia* en el que Jenofonte expone los principios que su ahistórico Ciro impuso a los persas a la hora de acampar (*Cyr.*, VIII,5,2-16):

Expondremos también como ordenó los efectivos, a pesar de su elevado número, organizó la recogida y distribuyó rápidamente posiciones en el lugar debido. En efecto, donde el rey acampe (στρατοπεδεύηται), allí marcha su séquito equipado con sus tiendas tanto en verano como en invierno.

Ciro en seguida introdujo la costumbre de orientar la tienda a Levante; a continuación estableció, en primer lugar, el trecho (πόσον) que debía separar las tiendas de los lanceros (σκηνοῦν τοὺς δοριφόρους) de la tienda real (τῆς βασιλικῆς σκενῆς); luego adjudicó a los panaderos (σιτοποιοῖς) el terreno (χώραν) de la derecha, a los reposteros (ὀψοποιοῖς) el de la izquierda, a las caballerías (ἵπποις) el de la derecha, y al de las demás bestias de carga (ὑποζυγίοις) el de la izquierda; por lo demás, distribuyó los efectivos de modo que cada uno supiera su posición tanto en extensión como en emplazamiento (ἕκαστον τὴν ἑαυτοῦ χώραν καὶ μέτρῳ καὶ τόπῳ). Cuando recogen, cada uno

²²¹οἱ δὲ ἄλλοι παρὰ τὰς τάξεις ἴοντες, ὅπου μὲν στρατηγὸς σώος εἴη, τὸν στρατηγὸν παρεκάλουν, ὅπου δὲ οἴχοιτο, τὸν ὑποστράτηγον, ὅπου δ' αὖ λοχαγὸς σώος εἴη, τὸν λοχαγόν.

reúne el equipo cuyo uso les ha sido encomendado, otros, a su vez, lo cargan sobre las acémilas, de manera que todos los encargados de los bagajes se dirigen al mismo tiempo a las bestias ordenadas para el transporte y todos al mismo tiempo las cargan, cada uno la suya. Así, basta el mismo tiempo para levantar una sola tienda que para todas. Del mismo modo se organiza también la acción de desplegar las tiendas (κατασκευῆς). A fin de tener todas las provisiones (τὰ ἐπιτήδεια) en el momento oportuno, la tarea es distribuida a cada uno de igual manera, por lo cual basta el mismo tiempo para disponer una parte de las provisiones como la totalidad de ellas.

Como los encargados de las provisiones tenían el puesto que convenía a cada uno (οἱ περὶ τὰ ἐπιτήδεια θεράποντες χώραν εἶχον), así también los efectivos armados tenían el puesto que convenía a cada arma durante la instalación del campamento (οἱ ὄπλοφόροι αὐτῶ ἐν τῇ στρατοπεδεύσει χώραν τε εἶχον), y sabían cuál era y todos se colocaban en sus puestos sin titubeos. (...)

Él mismo se instaló primero en el centro del campamento (ἐν μέσῳ κατετίθετο τοῦ στρατοπέδου), en la idea de que este lugar (τῆς χώρας) es el más seguro. A continuación, tenía a su alrededor, como de costumbre, a los hombres de su confianza, y después de éstos, colocados en círculo, los caballeros y conductores de carros. Pues, además, juzgaba que también éstos necesitan un lugar seguro, porque acampan (στρατοπεδεύονται) sin tener a mano sus armas de combate y necesitan mucho tiempo para armarse, si deben estar en condiciones de prestar servicio. A derecha e izquierda de Ciro y de los caballeros, tenían su emplazamiento los peltastas (πελτασταῖς χώρα ἦν), y el de los arqueros

(τοχοτῶν) se encontraba delante y detrás de él y de la caballería. Tenía a los hoplitas y a los soldados provistos de grandes escudos dispuestos alrededor de todo el conjunto a modo de muralla (ὡσπερ τεῖχος), para que, si los caballeros se tenían que equipar, situados delante los cuerpos más firmes les proporcionarían seguridad en el momento de armarse.

Dormían en el propio puesto peltastas y arqueros (ἐκάθειδον δὲ αὐτῶ ἐν τάξει ὡσπερ οἱ ὀπλίται, οὕτω δὲ καὶ οἱ πελτασταὶ καὶ οἱ τοξόται), como hacían los hoplitas, para que, después del anochecer, si fuera preciso, como los hoplitas están preparados para golpear a quien venga a trabar combate, también los arqueros y lanceros, si se aproximaba alguien, le dispararán inmediatamente lanzas y flechas por encima de los hoplitas.

Todos los comandantes tenían enseñas en sus tiendas (εἶχον δὲ καὶ σημεῖα πάντες οἱ ἄρχοντες ἐπὶ ταῖς σκηναῖς); y, como en las ciudades los sirvientes avisados saben la dirección de la mayoría de la gente y sobre todo de las personas importantes, así también los ayudantes de campo de Ciro conocían las posiciones dentro del campamento de los comandantes y sabían la enseña de cada uno, de suerte que no perdían tiempo buscando a quien Ciro necesitara, sino que corrían a él por el camino más corto. Y, debido a que cada cuerpo del ejército estaba bien separado de los otros, era mucho más evidente cuando había disciplina y si alguien no cumplía las órdenes. Con esta disposición, Ciro estimaba que, si se producía un ataque de noche o de día, los atacantes caerían en el campamento (στρατόπεδον) como en una emboscada. (...) En cambio, al

acampar (στρατοπεδεύσει), *los ordenaba las más de las veces como ha quedado dicho.*

La *Ciropedia* no es sólo, en su sentido de manual militar, el resultado de las experiencias adquiridas por Jenofonte, sino que también se vierten propuestas más o menos factibles encaminadas a mejorar las condiciones y funcionamiento de los ejércitos griegos. Con esta idea clara es con la que hay que abordar el texto. La cuestión de si se trata de un campamento persa o no, adquiere a la luz de lo anteriormente dicho una importancia secundaria, dado que, aun cuando ya sabemos que durante toda la obra el elemento persa en el ejército de Ciro y en el desarrollo de la *Ciropedia* posee más bien el papel de marco de lo que en realidad es un dibujo griego, la cuestión importante es poder distinguir los elementos reales de lo que son puramente propuestas que Jenofonte intenta aportar. Por esta razón no hemos comenzado la exposición de este epígrafe con este texto de la *Ciropedia*, pese a su evidente importancia, sino que, una vez conocido el principio que gobernaba la disposición de los campamentos, podemos pasar a aprovechar lo que de real o de irreal nos presenta el campamento de Ciro.

Pero antes debemos señalar la sorpresa ante el hecho de que Jenofonte dedique un capítulo exclusivamente a discutir y aportar ideas sobre la mejor forma de acampar, algo inédito hasta entonces. Poco más tarde debió de aparecer el *Stratopedutiké biblos*, tratado hoy perdido de Eneas Táctico sobre el στρατόπεδον, es decir, sobre el campamento y la conducta de los ejércitos en campaña. Es, por tanto, evidente que a mediados del siglo IV existe un interés enorme por la castrametación, y que el campamento griego debió de conocer en estos momentos un empuje y desarrollo como no se había dado hasta la fecha. Ese florecimiento de obras teóricas encaja perfectamente con una técnica campamental mucho más desarrollada y compleja que en periodos

734

anteriores, tal y como la que hemos estado aquí descubriendo.

Pero, volviendo a la *Ciropedia*, este texto de Jenofonte no es una disección de la estructura interna de los establecimientos militares griegos como lo es la descripción de Polibio para los ejércitos romanos. Jenofonte no lleva a cabo una descripción sistemática, sino que tan sólo hace hincapié en unos cuantos aspectos de la forma de acampar y de la logística, dejando muchos otros sin aclarar, probablemente porque los considera como ya conocidos por el lector. El pasaje trata únicamente del orden en la disposición de los distintos cuerpos de un ejército acampado con dos finalidades: obtener una mayor seguridad para su defensa y un orden tal que permita una mayor eficacia y disciplina entre las tropas. El principio rector propuesto por Jenofonte para la distribución es dotar a cada arma de un lugar y un espacio fijo y que éste resulte el más apropiado según las características de ese cuerpo para la defensa del campamento (*Cyr.*, VIII,5,6).

Las propuestas de Jenofonte no están en contradicción con la distribución vista hasta ahora en ejércitos, batallones, compañías, secciones y tiendas. Él se refiere a la disposición de los distintos cuerpos (caballería, hoplitas, peltastas, arqueros), al lugar donde cada uno de ellos debía situarse durante la instalación del campamento, algo que no tenemos reflejado en ningún otro pasaje de las fuentes, probablemente porque no existía ningún principio que lo rigiera. Por eso es por lo que Jenofonte ve la necesidad de mejorar la situación y realiza su propuesta.

A falta de otros testimonios, el texto de la *Ciropedia* más parece el resultado de un deseo de Jenofonte, que la descripción de un sistema real puesto en práctica por los ejércitos griegos. Además, como el mismo Polibio indica, no resultan compatibles el sistema griego basado esencialmente en el aprovechamiento de las características del terreno, y que supone la adaptación del plano del campamento al medio, y un esquema fijo de acampada. Los griegos sacrificaron las ventajas de un

plano fijo de acampada por las ventajas que ofrecía la adaptación del campamento al terreno y a las circunstancias. Jenofonte propone justo lo contrario: un esquema fijo para lograr la primacía del orden, la disciplina y la eficacia también a la hora de acampar. En realidad, el mismo Jenofonte está dando la razón a Polibio. Solamente si entendemos el texto de Polibio de una manera radical y no distinguimos diversos planos de ordenación podremos ver una contradicción entre Polibio y los demás autores griegos.

La solución adoptada por Ciro supone la creación de una forma regular de castrametación en que cada cuerpo sabe dónde debe colocarse y cuánto espacio debe ocupar. Con tal esquema se colmarían los deseos de orden de Polibio y de cualquier romano, y se haría realidad también entre los griegos el disponer de una solución práctica y de una instalación única, familiar e invariable (Plb., VI,42,5). La propuesta de la *Ciropedia* no está, sorprendentemente, muy lejos de esa posterior realidad romana. Posee sin duda su mismo espíritu y llega a la misma solución que hallaron los romanos, aunque le falte la concreción metódica que alcanza en Roma. Pero también en algunas pequeñas cosas Jenofonte preanuncia a los romanos, como es dotar a cada tienda de los estrategos de una insignia identificativa. En todo caso, y pese a lo adelantado de sus ideas, nuestro Ciro sigue siendo un griego y esta novedosa idea, nos confiesa el mismo Jenofonte, era aplicada las más de las veces, pero no siempre (*Cyr.*, VIII,5,16).

Como vamos viendo, la estructura interna de un στρατόπεδον griego no sería asimilable a la simetría de los campamentos consulares romanos, pero tampoco se establecían como una caótica e informe distribución, como el texto de Polibio leído sin más puede darnos a entender. Por los textos ya comentados (especialmente *An.*, I,5,10-14 y *Rep. Lac.*, XII,5), podemos también aceptar que cada unidad ocupaba un espacio definido y separado de las demás, pese a que su posición con respecto al resto de las partes no fuera siempre la misma. Existía un orden, pero éste variaba. Esa distribución

crearía una red interna de calles cuya regularidad no podemos conocer. Cabe recordar, de nuevo, como en la *Dolonía* se nos dice que la acampada griega está cruzado por muchas calles (Hom., *Il.*,X,66).²²²

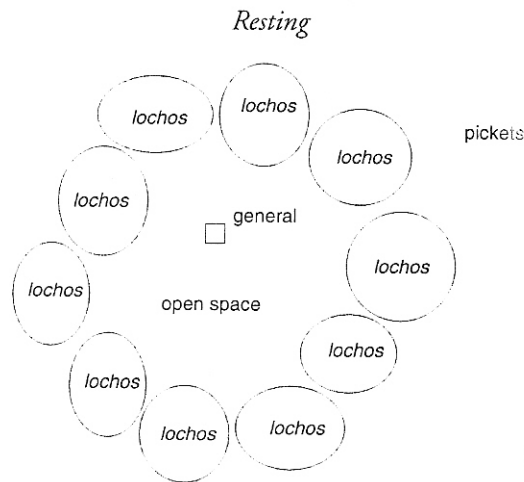
De otros elementos de la estructura interna de un campamento tenemos muy pocas noticias. Parece lógico que el centro lo ocupara la tienda del jefe del ejército, como ocurre en el texto de la *Ciropedia* con la tienda de Ciro.²²³ Eneas Táctico recomienda que el jefe del ejército y su estado mayor ubiquen en el ágora de la ciudad sus dependencias y, si no, en el lugar más inexpugnable. Tanto en la descripción de la *Ciropedia* como en la *Poliorcética*, el criterio para decidir su localización es el dotar al general de la mayor seguridad posible. Igualmente Eneas Táctico recomienda que junto al estratego se alojen siempre el heraldo y los mensajeros para facilitar el que estén disponibles a la mayor brevedad siempre que el estratego los necesite.²²⁴ Pero de esto no tenemos más noticias.²²⁵

²²² También el hecho de que Clearco decida atravesar el ejército acampado de Menón, como el camino más corto para llegar a su propio ejército (*An.*,I,5,12), permite pensar que la distribución de las partes debía darse con la suficiente regularidad y orden como para permitir una travesía fácil por ese espacio.

²²³ Polyæn., IV,8,2, también sitúa la tienda de Alejandro en el centro del campamento.

²²⁴ Aen. Tact., XXII,2-3.

²²⁵ *An.*,II,2,20: Κλέαρχος δε Τολμίδην Ἡλείου, ὃν ἐτύγγχανεν ἔχων παρ' ἑαυτῷ κήρυκα ἄριστον τῶν τότε... Aquí podemos entender tanto que el heraldo se encontraba casualmente en aquel momento junto a Clearco, como que Tólmides, el heraldo más famoso de su tiempo, formaba parte de su ejército. También en *HG.*, IV,5,7 puede interpretarse que junto a Agesilao se encuentra siempre el heraldo esperando órdenes.



Propuesta de diagrama esquemático de la acampada de un ejército griego por LEE, 2007, p. 179, fig. 7,1

En el campamento de la *Ciropedia* se delimitaba el espacio existente entre la tienda de Ciro y las de los δορυφόροι. No sabemos si esto era también así entre los griegos, pero lo cierto es que parece existir de manera general un terreno libre delante de la tienda del estratega que solía ser utilizado como lugar de reunión y como forma de separar al comandante del resto de las tropas.²²⁶ Noticia directa de la existencia de tal espacio frente a la tienda del comandante no aparece en la narración sobre la marcha de los Diez Mil.

Sí se menciona, sin embargo, por primera vez en nuestras fuentes de forma directa un amplio espacio en el centro del campamento griego donde tenía lugar la asamblea de los soldados, que en una ocasión se denomina τὸ μέσον o “centro del campamento”. Éste debía de ser un espacio

²²⁶ HG., I, 1, 30: *Y particularmente los que trataron a Hermócrates añoraban su preocupación, celo y camaradería; pues cada día por la mañana y por la tarde reunía ante su tienda (πρὸς τὴν σκηνὴν) a los más discretos de aquéllos que conocía, tanto trierarcas como pilotos y soldados de cubierta, y trataba en común lo que iba a hacer o realizar y los formaba también al ordenarles exponer unos temas de improviso, otros después de reflexionar.* En el reglamento general del ejército macedonio, hallado en Amfípolis y perteneciente a fines del s. III, en el apartado titulado περὶ στεγνοποιίας (col. II, 5-8), se trata sobre la instalación del acuartelamiento del rey, perfectamente definido y en cuyo límite se ha de construir el alojamiento de su cuerpo de guardia (Ὅταν δὲ τὸν φραγμὸν συντελέσωσιν τῶ[ι] βασιλεῖ |⁶ καὶ τὴν ἄλλην σκηνοποιίαν καὶ γένηται διάστασις, | εὐθύ τοῖς ὑπασπιστάις ποιείτωσαν ἐκκοίτιον); *cfr.* ROUSSEL, 1934, pp. 44-45; *cfr.* FERNÁNDEZ NIETO, 1995, pp. 240-242.

suficientemente amplio como para dar cabida a todos los soldados del ejército sentados: *Los jefes se dirigieron al centro del campamento (εἰς τὸ μέσον) y decidieron poner puntos de guardia avanzados y convocar a los soldados (An.,III,2,1).*

Aunque en este momento Jenofonte sólo utiliza el término τὸ μέσον, un poco antes, en *An.,III,1,46*, se había nombrado el lugar de forma más completa: *Salid ya y elegid a los jefes que faltan y, una vez elegidos, venid al centro del campamento (ἦκετε εἰς τὸ μέσον τοῦ στρατοπέδου) y traedlos.*²²⁷

El problema es que ésta es la única alusión directa a tal lugar. Al menos entre los Diez Mil debieron existir varios espacios amplios que sirven para llevar a cabo reuniones y asambleas similares. Hay que tener en cuenta que cada estratego tenía la potestad de convocar a sus propias tropas. Esto es lo que, por ejemplo, hará Menón para adelantarse a la decisión del resto de los soldados de seguir a Ciro y, con ello, intentar conservar su posición preeminente ante Ciro entre todos los estrategos griegos que componían su ejército: *Menón, antes de ser evidente qué harían los demás soldados, si seguirían a Ciro o no, reunió a su ejército aparte de los demás y les dijo esto...* (*An.,I,4,13*).²²⁸

En el ejército de los Diez Mil las asambleas de los soldados podían ser generales, es decir convocadas por todos los estrategos, o bien particulares, puesto que parece que cada estratego sólo podía llamar a reunión a sus propios soldados, pudiendo, eso sí, anunciarlas públicamente como

²²⁷ NUSSBAUM, 1967, p. 55, sólo dice al respecto que las asambleas se desarrollarían con los soldados sentados y sin armas en algún lugar conveniente. Lee, 2007, p. 192, opina que habría un espacio central por cada ejército, siendo suficiente con que midiera 100 metros por cada lado para poder reunir a todos los hombres de un contingente. Como hemos visto en el estudio del vocabulario, un poco antes Jenofonte denomina de manera diferente este espacio, al situar la asamblea de los estrategos y capitanes supervivientes en lo que él describe como el espacio existente delante de los τὰ ὄπλα, y que sería también el centro del campamento (*An.,III,1,33*).

²²⁸ Μένων δὲ πρὶν δῆλον εἶναι τί ποιήσουσιν οἱ ἄλλοι στρατιῶται, πότερον ἔψονται Κύρω ἢ οὐ, συνέλεξε τὸ αὐτοῦ στρατεύμα χωρὶς τῶν ἄλλων καὶ ἔλαξε τάδε.

abiertas a cualquiera que quisiera acercarse. Este último es el caso de la convocatoria realizada por Clearco ante el primer motín de los soldados en Tarso (*An.*,I,3,9).²²⁹ Ni en este caso ni en el anterior se nos dice dónde tuvo lugar la asamblea. En el episodio protagonizado por Menón, el secreto con el que desearía llevar a cabo sus planes hacen suponer que esta reunión no se produciría en el centro del campamento, sino en otro lugar idóneo para ello, probablemente dentro del espacio ocupado por sus soldados en el campamento. El lugar más apropiado para todas estas reuniones, que no suponían la convocatoria general del ejército, es lógico pensar que sería el terreno libre existente delante de la tienda de cada estratega. El centro del campamento sería el lugar utilizado únicamente para llevar a cabo las asambleas generales. Los sacrificios parece que se realizan fuera del campamento,²³⁰ al igual que las revistas de armas. En cuanto al recibimiento y conversación con embajadas tenemos ambos casos, tanto dentro como fuera del campamento.²³¹ Pero en ningún caso se nos aclara si esas conversaciones tienen lugar en el μέσον o bien delante de la tienda del comandante. Otro problema

²²⁹ NUSSBAUM, 1967, pp. 54-57, opina que la convocatoria de las asambleas estaba principalmente en manos de los generales, que las convocaban a su discreción, aunque también habría casos de asambleas debidas a la iniciativa de capitanes o surgidas de forma espontánea, como resultado de un rumor. En nuestra opinión, solamente los generales podían convocar a los soldados, eso sí, pudiendo hacerse a petición de algún otro miembro del ejército o debido a la presión ejercida por la tropa para resolver alguna cuestión, como serían los casos que Nussbaum nos presenta como iniciativa de otros miembros del ejército. Probablemente la llamada a asamblea era siempre realizada por medio de un heraldo (*cfr.*, NUSSBAUM, 1967, p. 54, nota 3). Por otro lado, el que un general sólo pueda convocar a sus propios soldados, parece una consecuencia lógica del carácter jurídico de las decisiones que allí se toman y del hecho de que un estratega sólo tenía jurisdicción sobre sus propios hombres (*An.*,I,5,11-13) y, por tanto, las decisiones adoptadas en esa asamblea sólo podían ser vinculantes para esa comunidad. Lo otro sería una intromisión jurídica inaceptable (*An.*,I,4,7). El texto de la *Anábasis* I,3,9 muestra, en nuestra opinión, tal circunstancia. Justo antes (*An.*,I,3,3) se había producido otro caso de lo que podemos denominar como “asamblea abierta”. Las propuestas y decisiones allí aportadas convencen no sólo a los propios soldados de Clearco, sino a muchos otros que deciden así pasarse al ejército de Clearco (I,3,7). En la lucha entre éste y Menón por obtener el mando del ejército griego y el favor de Ciro, Clearco optará por una estrategia basada en lograr el apoyo del ejército para, de esta forma, ganarse el favor del pretendiente al trono. Para ello se servirá de este tipo de asambleas como la mejor forma de hacer campaña entre sus soldados. Menón, seguirá la estrategia contraria, buscando ganarse primero el favor de Ciro, mostrándole la disciplina de sus soldados y actuando al margen de los demás estrategas (*An.*,I,4,13) para, mediante su apoyo, lograr el dominio sobre todos los contingentes de mercenarios griegos.

²³⁰ *HG.*,VI,5,15-18.

²³¹ *An.*,V,5,7. Podría tratarse de unas conversaciones ante todo el ejército en asamblea (*An.*,V,5,13) y, por ello, llevarse a cabo en el centro del campamento; *An.*,II,1,8; V,7,20-21.

es que desconocemos si este “centro del campamento” es un lugar común a todos los campamentos griegos o tan sólo existente en el de los Diez Mil, dada su peculiar conformación como amalgama de varios ejércitos y, por tanto, también extrapolable a todos los στρατόπεδα conformados como συμμαχία.

Para guardar el botín y los prisioneros tenía que existir también algún lugar apropiado y seguro. Lo más lógico es pensar que fuera dentro del campamento y probablemente en el centro del mismo.²³² Las caballerías parece que se dejaban junto a la tienda, pero el grupo de los animales de carga quizás ocupase algún otro lugar en el campamento.²³³

Tampoco sabemos si todos los cuerpos podían pernoctar en el campamento o si algunos, como sucede en la *República de los Lacedemonios* con los escirtas, esclavos y tropas aliadas, eran intimados a abandonar por la noche el espacio reservado para el alojamiento de los soldados y obligados a permanecer fuera de allí hasta el día siguiente. En realidad, no hay ninguna razón para pensar que cuerpos como el de los peltastas o la infantería ligera formaran un campamento aparte.

El mercado sabemos que estaba siempre fuera del lugar ocupado por el ejército, pero no si el conjunto de la población que acompañaba al ejército hacía un mismo campamento con él o se

²³² Según LONIS, 1969, pp. 47-48, los prisioneros no tenían por qué estar guardados en “campos de concentración”, como opinaba BURN, 1962, p. 252, sino que sencillamente estarían encadenados. En el caso de los prisioneros de los Diez Mil, serían solamente guardados a la vista, dados los continuos desplazamientos del ejército. Además servirían de esclavos a los soldados, como portadores de los bagajes, como conductores de las bestias de carga, etc. (*An.*,IV,1,12-13). Entre las tropas de Alejandro Magno hay un oficial encargado de todo lo relacionado con la impedimenta denominado como σκοῖδος, palabra de origen macedonio: *cfr.* BERVE, 1926, p. 170; HOFFMANN, 1906, pp. 19-22 y 83-84. Hesiquio (*s.v.*) define a este oficial como *el que se sitúa en el lugar de los juicios* y Pollux, X,16 lo hace sinónimo de σκευοφύλαξ y σκευωρός. En el caso del ejército de Alejandro Magno, los juicios se llevaban a cabo delante de la tienda de éste, la cual se situaba en el centro del campamento macedonio. Por tanto, si el σκοῖδος es el encargado de vigilar el σκεῦος y el que se sitúa en el lugar de los juicios, éste será el que se encuentre en el centro del campamento, delante de la tienda de Alejandro, que será a su vez el lugar donde se colocaría el bagaje del ejército.

²³³ Polyæn., III,11,15; IV,4,1.

situaba aparte de los soldados.²³⁴

La elección del lugar y el momento de la acampada eran prerrogativas del rey espartano o del jefe del ejército (*Lac.*,XIII,10), anunciándose por medio de un toque de cuerno, al igual que se hacía para levantar el campo o reiniciar la marcha.²³⁵ La instalación de un campamento traía consigo siempre ciertos trabajos preparatorios del terreno, como la tala de árboles en la zona donde se iban a situar las tropas (*Polyaen.*,II,1,21).

Sabemos de la existencia, al menos en el ejército espartano, de un jefe encargado de la sección de los bagajes,²³⁶ pero no sabemos las responsabilidades que sobre él podrían recaer a la hora de instalar un campamento.²³⁷ Bauer opina que tal oficial sí tenía como responsabilidad la instalación del campamento, basándose en *HG.*,III,4,21-22, donde se narra la batalla del río Pactolo.²³⁸ Ahí se menciona que el guía del ejército ordena al jefe de los bagajes acampar después de cruzar el río Pactolo. Sin embargo, el sujeto de la acción parecen ser los persas y no los griegos,

²³⁴ Por Arriano (*An.*,VI,25,5) parece que el conjunto de la población que acompañaba al ejército de Alejandro y las bestias de carga se situaban aparte de los soldados. Sólo así se explicaría el que, en este episodio, Arriano no mencione la muerte de ningún soldado por la riada que provoca la muerte de la mayor parte de los acompañantes del ejército.

²³⁵ El que sólo para estas órdenes se utilizara el cuerno y no la trompeta preludia, en opinión de ANDERSON, 1965, pp. 1-4, la posterior costumbre romana de dar a cada instrumento un diferente significado. Sin embargo, ya hemos visto que en Tucídides también podemos rastrear el empleo de trompetas con este fin. En los ejércitos griegos, como en los romanos, la orden de instalar o levantar el campamento se daba mediante tres toques.

²³⁶ *Lac.*,XIII,4: στρατοῦ σκευφορικῶν ἄρχοντες. También en *Cyr.*,V,3,40 se habla de οἱ ἄρχοντες σκευφόροι.

²³⁷ LEE, 2007, pp. 109-172 y 208-276, y fig. 6.1, p. 142, niega en la práctica la existencia de un tren de equipajes. En su concepción general de la logística de los ejércitos griegos del s. IV, eran los propios soldados los que transportaban sus propios enseres, repartiéndose entre los compañeros de tienda el transporte de los enseres que empleaban en común, desde las tiendas de campaña hasta los molinillos de mano. Los más afortunados dispondrían de alguna mula, que iría junto a ellos en la marcha. Niega, además, el empleo generalizado de sirvientes y esclavos en los ejércitos. Su propuesta resulta difícil de aceptar tanto desde un punto de vista la simple lógica dada la disponibilidad de mano de obra servil, como desde el testimonio de las fuentes que, en nuestra opinión, unánimemente sitúan junto a los soldados a grupos de servidores o esclavos también en las campañas militares. Por lo demás, es claro también que en esos ejércitos en marcha existía un tren de equipajes para facilitar los movimientos y la organización de la fuerza armada. Sin embargo, sí cabe destacar la cuidadosa reconstrucción que Lee hace de los diferentes utensilios, armas y bagaje en general portado por los soldados griegos durante la *Anábasis*.

²³⁸ BAUER, 1893, p. 318.

refiriéndose por tanto al jefe de los bagajes de los persas y no de los hombres de Agesilao.²³⁹

Tendremos que esperar hasta la época helenística, y ya después de Alejandro, para encontrar mención de un oficial a cargo del campamento o de la distribución del alojamiento de los soldados.²⁴⁰

En todo caso, el conjunto de los escritos de Jenofonte son suficientemente claros acerca de cómo los griegos al acampar, en esta primera mitad del siglo IV, seguían ya un orden y una estructuración en sus acampadas. Sin llegar al grado de profesionalidad del mundo romano, lo que no cabe duda es de que el interior de los campamentos mostraban una organización interna que iba desde la diferenciación de ejércitos hasta el nivel de la tienda de campaña, lo que muy probablemente conllevaba la existencia más o menos regular de corredores entre las diversas secciones que componen el ejército. No es que cada uno de ellos se sitúe siempre en el mismo lugar en el plano de acampada, sino que se adaptan a las condiciones del terreno, pero desde luego su estructuración estaba muy alejada de la idea de caos que parece transmitir Polibio. Las propuestas de Jenofonte en la *Ciropedia* parecen columbrar ya una conciencia sobre la necesidad de mejorar aún más los asentamientos militares, preconizando lo que será la práctica castrense romana. Además, esta obra, junto a la hoy perdida de Eneas Táctico sobre el στρατόπεδον demuestra que el desarrollo alcanzado por este aspecto de la milicia es ya tan avanzado como para fructificar en una sistematización y reflexión acerca del cómo acampar.

²³⁹ De esta opinión es KRENTZ, 1989, p. 190, que comenta en este pasaje: *This addition (their commander) from the Agesilaos makes the sentence's subject be the Persian commander rather than Agesilaos. The sentence then runs more smoothly and the sense fits the location of the Persian camp in III,4,24.*

²⁴⁰ Plu., *Demetr.*, XXIII,4: σταθμοδότης.

9. Las tiendas del campamento.

Aunque se ha dejado claro que dentro del concepto de στρατόπεδον las tiendas de campaña no son un elemento indispensable, como tampoco lo son las estructuras defensivas o cualquier otra construcción, sí podemos considerarlas como el elemento más representativo de cualquier acampada, de manera tal que, de la misma palabra σκηνή, procede la forma verbal más usual para referirse al alojamiento de un ejército en campaña (σκηνέω), sea en casas, barcos, tiendas o en cualquier otro lugar.

Así como tenemos constancia de las medidas y características de las tiendas de campaña empleadas por los legionarios romanos,²⁴⁵ acerca de las utilizadas por los griegos, nuestros conocimientos son muy limitados. Anderson opina que, en la mayoría de los casos, las tropas no utilizarían ningún tipo de refugio, protegiéndose del frío con sólo unas mantas y durmiendo a la intemperie, en una región como la de Grecia en la que considera que no es necesario un mayor refugio que ése. En otros casos en los que expresamente se menciona la existencia de tiendas, piensa que éstas más bien serían construcciones de brezo y ramas, como chozas, pero nunca como las tiendas de campaña romanas.²⁴⁶

Sin embargo, en Jenofonte, por σκηνή se ha de entender un refugio hecho con postes y cubierto por pieles que sirven de lonas,²⁴⁷ que se coloca en cada parada y se vuelve a recoger al ordenarse el levantamiento del campamento. Éstas debían de resultar bastante pesadas y

²⁴⁵ La descripción clásica de una tienda de campaña romana la podemos encontrar en RICHMOND, 1934, p. 62.

²⁴⁶ ANDERSON, 1970, pp. 61-62.

²⁴⁷ *An.*, I,5,10: las pieles que sirven de lonas son atadas y rellenas de paja, lo que es aprovechado por los soldados como balsas improvisadas con las que cruzar el río. La misma práctica la podemos encontrar entre las tropas de Alejandro Magno (*Arr.*, *An.*, I,3,6; III,29,4; *Curt.*, VII,5,17-18). Son los denominados *keleks*, habituales en aquella región y de cuyo uso tenemos constancia al menos hasta el siglo XIX: *cfr.* LENDLE, 1995, pp. 49 y 121; BARNETT, 1958, pp. 220-221; LEHMANN-HAUPT, 1910, vol. 1, pp. 340-341. Ver ilustración p. 744.

trabajosas de acarrear.²⁴⁸ En tiempos de Alejandro Magno sabemos que se reforzaban con clavijas de metal, de una forma bastante similar a como se hace actualmente con las tiendas de campaña.²⁴⁹

Todo parece indicar que los jefes del ejército ocupaban tiendas individuales y que éstas eran de mayores dimensiones que las demás,²⁵⁰ equipadas con todo tipo de comodidades y suficientemente amplias como para poder ofrecer en ellas banquetes y celebrar reuniones. Quizás éstas sí se asemejaran más a los modelos persas.²⁵¹

Aun en el caso de que este tipo de σκηνή se correspondiese con la tienda utilizada por los comandantes militares, seguiríamos sin saber cómo era la forma de la tienda más habitual, es decir, la tienda de los soldados, de la que no hemos encontrado ninguna descripción.

Sí que contamos en la *Ciropedia* con una enumeración de lo que Jenofonte consideraba como los elementos necesarios que se debían allí reunir para permitir un cómodo alojamiento (*Cyr.*,IV,5,39):

Haced la distribución del botín, y quien haya recibido una tienda (σκηνήν) provista de suficiente comida, bebida, servidores, cena, ropa de cama (στρωμνήν), vestidos y todos los demás detalles con los que una tienda militar se

²⁴⁸ *An.*,III,2,7 y III,3,1, donde los estrategos deciden quemar las tiendas y carros para aligerar la marcha. En *An.*,III,5,7 se vuelven a nombrar las tiendas de campaña como si éstas no hubiesen sido abandonadas o como si el ejército se hubiera provisto de nuevas tiendas. Pero más parece un *lapsus* de Jenofonte.

²⁴⁹ *Arr.*, *An.*,IV,19,1.

²⁵⁰ *HG.*,I,1,30; *Cyr.*,IV,5,2, la distribución de los soldados se hace dando a los jefes las mayores tiendas.

²⁵¹ *Cyr.*,II,1,30; II,2,3: aunque referidas a Ciro, no parece que se alejara demasiado del modo de vida de los reyes espartanos que contaban con numerosos servidores. También en la *Anábasis* y en las *Helénicas*, como más adelante veremos, tenemos referencias a las reuniones en la tienda del jefe del ejército.

habita confortablemente, entonces el que la recibe no debe añadir nada más que la conciencia de que debe ocuparse de ello como si fuera propio; pero, a quien haya ocupado una tienda con alguna deficiencia vosotros debéis averiguar lo que le falta y luego suplirlo.

También, como hemos visto que explica Anderson, los griegos podían prescindir de las tiendas y en caso de necesidad pasar la noche al raso, protegidos sólo con las mantas para dormir ο στρωμνὰι, probablemente de lana. Éstas se guardaban dentro de fundas hechas de lino y ocupaban bastante espacio entre el equipaje de cada soldado.²⁵² De colchón o lecho (στιβᾶς) servían pajas o ramas.²⁵³

Más interesante que la constitución física de las tiendas de campaña es el desarrollo de la σκηνή como verdadera comunidad de soldados y el papel que juega en la vida campamental griega. El conjunto de soldados que habitan una misma tienda se denomina συσκηνία. Generalmente se designa con este vocablo a los compañeros de tienda que, sobre todo, comen juntos²⁵⁴, por lo que la expresión σύσσιτοι en ocasiones es su sinónimo²⁵⁵.

²⁵²An.,IV,4,11; Cyr.,V,2,15; An.,V,4,13 (ὡς λινοῦ στρωματοδέσμου); Cyr.,VI,2,30.

²⁵³Cyr.,V,2,15 (lechos hechos de hojas y ramas).

²⁵⁴Esa comunidad se extendería no sólo a comer, sino también al conjunto de la vida en campaña, como aparece en Plu., Alc., IV,4, y Pl., Symp., 219e-220b. De forma lógica, también el rechazo hacia un soldado por el resto de sus compañeros se manifiesta en primer lugar en el ámbito de sus compañeros de tienda, como aparece reflejado en Lys., 13,79.

²⁵⁵POLAND, “σύσσιτοι”, RE, IV, A2, Stuttgart 1932, cols., 1833-1834; KAHRSTEDT, “syssitia”, RE, IV, A2, Stuttgart 1932, cols., 1832-1833: Son las comidas de hombres en Esparta y Creta. También ver POLAND, “σύσκηνοι”, RE, IV, A2, Stuttgart 1932, cols., 1829-1831. La identificación entre *syssition* y *andréia* en Str., X,4,18. Hesiquio (s.v.) hace equivaler la *syskenia* al *syssition*. La razón profunda de esa equivalencia parece explicarla Platón en *Leyes*, 625e.



**Nadadores asirios sobre
pellejos de cabra hinchados
(BARNETT, 1971, pl. 23)**

Representa el cruce de un río
por las tropas del rey.
Esta misma escena la vivirán
los Diez Mil durante su
Anábasis

Jenofonte pone gran énfasis en esta vida en común entre los soldados, siendo en el marco idealizado y didáctico-moralizante de la *Ciropedia* donde más a menudo podemos comprobar la importancia de esta institución para la vida castrense. Desde el punto de vista de la moral militar, la estrecha convivencia entre los soldados permitía un mayor conocimiento mutuo, un espíritu de superación y una mayor solidaridad interna entre los miembros del ejército (*Cyr.*,II,1,25 y II,1,28).²⁵⁶

Esta convivencia tenía una de sus expresiones más típicas en las reuniones de taxiarcos y estrategos en la tienda al anochecer, donde se comentaba el día, se hacían juegos y se descansaba de la jornada, poniéndose fin a todo ello con las libaciones a los dioses. Gran parte de la acción de la *Ciropedia* se desarrolla en este marco, y a partir de esta narración podemos tener una idea más completa de cómo serían dichas reuniones.²⁵⁷

También la tienda tenía su papel en la diplomacia. Compartir la tienda era una manifestación muy importante de buenas relaciones y de la hospitalidad que debía darse entre embajadores. En las *Helénicas* Jenofonte nos expone un caso extremo, en el que Timágoras encontrará la muerte, *acusándolo León de que ni siquiera quería estar en su tienda* (σουσκηνὸν) y *trataba todo con Pelópidas* (*HG.*,VII,1,38).²⁵⁸

²⁵⁶ Esa camaradería podía también llevar a situaciones difíciles en la convivencia, como podemos ver en *Arr.*, *An.*,I,21,1. Sobre el reflejo que la institución de la *syskenía* tiene en la sociedad civil como una forma más de asociación de soldados, sólo hemos podido encontrar el estudio de M. Launey referido a época helenística: *cfr.* LAUNEY, 1950, vol. I, pp. 1001-1036. Los soldados que han compartido una misma campaña militar y una misma tienda pueden mantener esa unión en la sociedad civil con el fin de erigir estelas a compañeros muertos o realizar dedicaciones en templos (ej: *SEG*,II,60; *IG*,XII,2,640).

²⁵⁷ Por ejemplo: *Cyr.*,II,2,1-3; II,3,1; VIII,7,14; *cfr.*, Lee, 2007, pp. 97-98.

²⁵⁸ También *Polyaen.*,IV,8,2; un caso de relaciones más normales lo encontramos en *HG.*,III,2,8. En *Cyr.*,II,1,30, *Ciro* pide una tienda lo suficientemente amplia como para albergar a todos los que invitará a cenar, mostrando cómo

La unidad de la *συσκηνία* era también importante en relación con el funcionamiento logístico de los campamentos. Ese funcionamiento unitario de los compañeros de tienda en cuanto a logística e intendencia en la marcha de un ejército de este periodo y en la vida de un campamento, parece encontrar base en dos pasajes de Jenofonte. En *Anábasis* V,8,5-7, se menciona el caso de un mulero que transportaba los enseres de sus compañeros de tienda como responsable de ellos. Es natural que, dado que siempre compartían la misma tienda, no dispersaran su equipaje y utensilios, sino que también en la marcha permanecieran sus pertenencias juntas para facilitar y acelerar el proceso de plantar y recoger el campamento.²⁵⁹ Dadas las especiales circunstancias en las que se desarrolla la marcha de los Diez Mil, al cargo de todo ello queda uno de los mismos compañeros de tienda aunque, en realidad, esta labor de conducir y cuidar de los equipajes de todos la realizarían generalmente esclavos, como también se nos dice expresamente en este texto de la *Anábasis* y se nos confirma en el siguiente de la *Ciropedia*:

[Ciro] recuerda la necesidad imperiosa de que todos los que salen de campaña tengan alguien que se ocupe de la tienda (*σκηνή*) y tengan preparadas las provisiones cuando ellos vuelvan. Y comprendió que era natural que hubieran sido éstos los capturados (*κατειληφθαι*), de entre todo el ejército (*ἐν τῷ στρατοπέδῳ*), por estar ocupados en los preparativos del viaje. Entonces

también el Ciro de Jenofonte consideraba de extrema importancia para mantener buenas relaciones con los demás miembros del ejército y de otros ejércitos el invitar y recibir en la propia tienda. Ésta es una institución fundamentalmente espartana: *HG.*,V,3,20.

²⁵⁹ Lo mismo parece existir en las flotas donde, según Jenofonte, cada *συσσίτιον* de marineros ha de llevar todas las cosas de las que se sirven en casa los hombres (*Oec.*,VIII,12).

Ciro proclamó por medio de un heraldo que todos los intendentes (ἐπιτροπὸι) se presentaran ante él y, en caso de faltar el encargado, lo hiciera el más veterano de la tienda (τὸν πρεσβύτατον ἀπὸ σκηνῆς); y anunció penas severas para aquel que no obedeciera sus órdenes. Pero ellos, como veían que sus amos (δεσπότης) obedecían, enseguida obedecieron también. Cuando se encontraron en presencia de Ciro, éste ordenó que tomaran asiento primero cuantos tuvieran en su tienda provisiones para más de dos meses. Cuando hubo visto cuántos eran, volvió a dar la misma orden, esta vez dirigida a cuantos tuvieran provisiones para un mes. Entonces casi todos se sentaron. Cuando tuvo conocimiento de las provisiones que había, les habló de la siguiente manera: Vamos, señores, aquellos de vosotros que odiéis las penalidades y queráis obtener algún beneficio de nuestra parte, ocupaos resueltamente de que en cada tienda (ἐν τῇ σκηνῇ) haya preparado el doble de comida y bebida del que cada día preparáis para vuestros amos y sus criados (τοῖς δεσπότηις καὶ τοῖς οἰκέταις) (Cyr.,IV,2,34-37).

En este pasaje vemos cómo la unidad de los compañeros de tienda no solamente funcionaba en relación con el transporte de los equipajes, sino también en cuanto a la organización de la intendencia en el campamento.²⁶⁰ Como un συσσίτιον, los compañeros de

²⁶⁰ LEE, 2007, 96-109, estudia las funciones desempeñadas en el campamento y en el ejército por la institución de la συσκηνία, así como la relación de ésta con el συσσίτιον. Pese a eso, muy sorprendentemente, sigue considerando el λόχος como la institución fundamental del στρατόπεδον frente a la συσκηνία. Aunque destaca la importancia de Cyr., II,1,25-28, entiende al revés el texto jenofonteo. En nuestra opinión, Jenofonte, con la imagen de las tiendas para cien hombres previstas por Ciro para reforzar la unidad entre sus hombres, lo que hace es proponer un medio a través del cual la solidaridad entre compañeros de tienda pueda trasladarse a la unidad fundamental táctica que es el λόχος. Lo que hace es subrayar cómo, mientras en el campo de batalla la unidad del λόχος es esencial, fuera de allí

tienda comparten sus provisiones, habiendo un encargado de cuidar de todas estas cuestiones, probablemente un esclavo, aunque, como hemos visto en la *Anábasis*, faltando éste, tal responsabilidad recaería en cualquier otro miembro de la tienda.

Algunos autores han planteado la posibilidad de que la *συσκηνία* desempeñara también un papel en la organización militar, como unidad táctica básica del ejército.²⁶¹ De hecho, ya hemos anotado anteriormente cómo sabemos por Plutarco que los compañeros de tienda pueden ser compañeros también en la falange hoplítica, luchando hombro con hombro, y extendiendo la camaradería y la solidaridad castrense al campo de batalla (*Alc.*, VII,3).

Pero para el siglo IV no tenemos ningún ejemplo de utilización táctica de la *συσκηνία* ni de su introducción en el ordenamiento jerárquico de los ejércitos como unidad diferenciada.²⁶²

Lo más aproximado a tales usos lo hemos visto ya en dos textos de Polieno al estudiar la forma de organización interna de los campamentos. En II,3,11, las tropas lacedemonias acampan por *λόχοι*, *μόραι*, *ἔνωμοτία* y *συσσίτια*, y en III,13,1, el ejército de Cares organiza su

(en lo social, disciplinario, logístico, etc.), en la vida en campaña, esa unidad básica de funcionamiento y solidaridad se encuentra en el nivel de los compañeros de tienda. Proponiendo tiendas que albergaran a *λόχοι* completos lograría que la solidaridad de los compañeros de tienda se trasladara también al campo de batalla. Por lo demás, no solamente resulta claro a través de los textos clásicos cómo la *συσκηνία* es esencial en la organización social y logística de un ejército acampado, sino que igualmente la lógica y la experiencia universal de los soldados dejan patente cómo la unidad con los compañeros de tienda ha de ser siempre mayor que con cualquier otro nivel jerárquico del ejército. El mismo LEE, 2007, pp. 101 y 103, realmente también subraya ese carácter fundamental de la *συσκηνία* en el funcionamiento de los ejércitos al tratar el tema de la logística: *The lack of formal logistical and medical support made the informal suskenic structure vital to survival; (...) Without his suskenoi, a man was lost.* Sin embargo, pese a eso, insiste hasta el final en ese esquema preconcebido.

²⁶¹ BERVE, 1926, p. 175, como mera suposición fundamentada en Arr., *An.*,IV,21,10; TOYNBEE, 1969, p. 369, sugiere que cada *ἔνωμοτία* consistiría en un par de *συσσίτια* debido al carácter militar de esta institución y por la necesidad de tener las *ἔνωμοτία* una base fija para su estructuración. LAZENBY, 1985, p. 13, rechaza que la *ἔνωμοτία* esté formada por dos *συσσίτια* con 15 miembros cada una por no adecuarse con el resto de la organización militar espartana, pero califica al *συσσιτίου* como una institución de rancio sabor militar. LAUNEY, 1949, p. 1003, acepta como algo probable que la *συσκηνία* constituyera una unidad militar, basándose en *SEG.*, I, 378 y en la opinión de Berve.

²⁶² En *SEG.*, I, 378 se hace referencia a *σκηναρχός* (s. II-I a.C.).

acampada en τάξις, τάγμα, λόχος y συσσίτια. Fuera de un contexto castramental, sólo encontramos referencia a los compañeros de tienda como componentes de una unidad militar en Heródoto (I,65,5), que divide el ejército espartano en ἐνωμοτιαί, τριηκάδες y συσσίτια.²⁶³

La falta de menciones a la συσκηνία, de ser ésta una unidad táctica, no debe extrañarnos dado que las posibilidades que tenía una fuerza tan pequeña de actuar de forma autónoma y, por tanto, de forma relevante para las narraciones de las grandes batallas son nulas. En este sentido hay que advertir que la forma básica de agrupación de los soldados de infantería en algunos ejércitos griegos es la δεκάς (unidad de diez hombres),²⁶⁴ y sin embargo ésta no es mencionada ni a la hora de describir la estructuración de los ejércitos griegos, ni a la hora de narrar los sucesos militares, no descendiendo más allá de la ἐνωμοτία en las referencias al ordenamiento orgánico militar griego.

La única posibilidad de que la συσκηνία compusiera también una unidad táctica estaría en que δεκάς y συσκηνία fueran dos términos referidos a una misma unidad, lo cual parece posible a la luz de los textos de Polieno y Heródoto arriba mencionados y si recordamos que el συσσίτιον y la συσκηνία son también términos sinónimos. En realidad, parece lógico que la συσκηνία tuviera su papel en el plano táctico, como ya hemos visto que lo tenía en el logístico y castramental, sobre todo porque carecería de sentido el énfasis puesto en la creación de una solidaridad y camaradería entre los compañeros de tienda si luego esto no fuese aprovechado en

²⁶³ μετὰ δὲ τὰ ἔς πόλεμον ἔχοντα, ἐνωμοτίας καὶ τριηκάδας καὶ συσσίτια.

²⁶⁴ DROYSEN, “Δεκάς”, *RE*, IV, 2, Stuttgart 1901, col. 2422; ROBERT, 1938, pp. 118-126, sobre una inscripción hallada en Quíos, fechada a fines del siglo V, en el que está recogida una lista de esclavos agrupados por *dekadai* para llevar a cabo una movilización militar de urgencia. También en el ejército persa de la *Ciropedia* tenemos ejemplos de formas posibles de utilización de esta unidad (*Cyr.*, II,3,21; IV,2,27; VI,3,12; VIII,1,14).

el momento del combate y dentro de la falange hoplítica que, desde esta perspectiva, basaría su fortaleza en la solidaridad y unidad de los compañeros de tienda.

La gran dificultad para aceptar este razonamiento está en que, de ser cierta la equiparación entre δεκάς, συσκηνία y συσσίτιον, todas estas formas de organización deberían contar con un mismo número de miembros, diez. Si bien sabemos que la tienda militar romana estaba concebida para dar cabida a ocho legionarios, en el caso del mundo griego no tenemos ningún pasaje que nos indique directamente su número. Sólo en la *República de los Lacedemonios* se enumeran los miembros de la tienda del rey lacedemonio en campaña, y éstos son también diez.²⁶⁵ La igualdad y austeridad de los espartanos en la visión idealizada de Jenofonte podría permitirnos suponer que el ateniense quisiera presentarnos una tienda que en nada se diferenciara de las tiendas de los soldados comunes y que estuviera formada únicamente por 10 hombres.²⁶⁶

Más problemático se presenta aceptar que fueran diez los miembros de un συσσίτιον, dado que la mayor parte de los autores modernos, fundamentándose en el testimonio de Plutarco (*Lyc.*,XII,2), consideran que sería quince el número de los componentes de cada una de estas

²⁶⁵ *Lac.*,XIII,1: el rey, los polemarchas de cada una de las seis *mórai* y tres *homoioi* encargados de ocuparse de todo lo que fuera necesario en la tienda. Estos tres *homoioi* bien podrían ser tres jóvenes espartanos elegidos de entre los 300 *híppeis*, lo cual parecería aún más probable de dividirse estos 300 *híppeis* en tres compañías de 100 hombres cada una, como opina LAZENBY, 1985, p. 53. En *Lac.*,XV,5, se unen también a la tienda real dos compañeros más, denominados como “pitios”. Sin embargo, no parece que estos dos personajes acompañaran también al rey en campaña: *cf.* REBENICH, 1998, pp. 131-132. En *Cyr.*,II,1,26-27, Jenofonte se refiere a la posibilidad de agrupar en cada tienda una *táxis* de 100 hombres completa con el fin de tener un mayor control por el *taxiárco* de sus hombres y un mayor orden en el ejército. Esto manifiesta sólo los deseos de Jenofonte de lograr imponer el orden y la disciplina entre las tropas griegas, y no necesariamente una realidad histórica concreta-

²⁶⁶ En *Arr.*, *An.*,IV,21,10 la distribución de alimentos se lleva a cabo por tiendas que, se podría suponer, estaban conformadas por diez personas (καὶ ταῦτα δούς οὐκ ἔφασκεν ἀναλώσαι τῶν παρεσκευασμένων ἐς τὴν πολιόρκιαν οὐδὲ τὴν δεκάτην μοῖραν). LEE, 2007, p. 99, defiende un número entre 10 y 15 miembros, aceptando que variarían mucho en tamaño. Sin embargo, nos parece evidente que el número de compañeros de tienda debía de depender únicamente del tamaño de la tienda, y que éste sería probablemente siempre el mismo al menos al iniciarse la campaña y organizarse el ejército. No compartimos la idea de Lee de que este número dependería del número de soldados que pudieran participar de la comida en torno a un fuego de campaña.

mesas comunes espartanas. Sin embargo, como ya notó Lazenby, por el mismo Plutarco sabemos que este número no permaneció invariable con el tiempo, a la vez que debemos tener en cuenta que sus obras están escritas cuatro siglos más tarde.²⁶⁷ No parece que el testimonio de este autor por sí solo pueda ser tomado como definitivo a la hora de preguntarnos por el número de componentes de la *συσκηνία* del siglo IV.²⁶⁸

Por último, cabe preguntarse por qué habrían de existir dos términos para referirse a una misma unidad. La razón podría estar en que el uso del término *δεκάς* aludiría fundamentalmente al papel que la unidad de los compañeros de tienda tendrían en relación con la división táctica en unidades de combate de los ejércitos, mientras el segundo término (*συσκηνία*), lo estaría con el papel desempeñado como unidad básica del funcionamiento logístico en campaña. También debemos recordar que *συσσίτιον* y *συσκηνία* son dos términos equivalentes, pero para ámbitos diferentes (civil y militar). En resumen, y pese a que los argumentos son escasos, creemos que se puede aceptar como muy probable y lógica la identificación de la *δεκάς* con la *συσκηνία*, unidad de diez hombres, base del funcionamiento táctico y logístico de muchos ejércitos griegos del siglo IV.

Por último, también tenemos que fijar nuestra atención en un personaje de singular importancia dentro del marco de la *συσκηνία*, el *presbýtatos apò skénes*. Éste actuaba en muy

²⁶⁷ Agis IV intentó resucitar las instituciones espartanas en el siglo III creando unas *συσσίτια* de 200 a 400 hombres (Plu., *Agis*, VIII,1-2). LAZENBY, 1985, p. 13.

²⁶⁸ En *Oec.*, VIII,13 (πάντα οὐκ ἐν πολλῶ τινι μείζονι χώρῳ ἔκειτο ἢ ἐν δεκακλίνω στέγη συμμετρῶ) Jenofonte menciona un espacio de habitación de diez lechos para las comidas en común en los barcos. Una vez más es diez la unidad básica de ordenación logística. Muchos autores corrigen el texto como ἐν <ἐν>δεκακλίνω... al entender que existiría un error del copista y dado que la capacidad de un comedor normal es de once lechos: *cfr.* POMEROY, 1994, pp. 288-289. Sin embargo, Pollux (I,80) cita este texto de Jenofonte anotando también ἐν δεκακλίνω. El que Jenofonte anote diez lechos en vez de once, como sería lo habitual, refuerza el argumento. Algunos autores consideran que la *dekakliné* sería una medida común en el mundo antiguo, correspondiendo a unos 25 m². Sobre la *kliné* como unidad de medida, ver MCCARTNEY, 1934, pp. 30-35.

diversos niveles como cabeza visible de sus compañeros de tienda, ocupando según el texto *Cyr.*, IV,2,34-37, ya antes reseñado, un puesto de cierta responsabilidad frente al mando.²⁶⁹ La veneración y el reconocimiento de la dignidad del más veterano son algo común a los ejércitos griegos y, por ejemplo, en las asambleas de soldados o en cualquier otra reunión se le reconoce el derecho a ser el primero en tomar la palabra.²⁷⁰

En resumen, el funcionamiento del campamento y del ejército del siglo IV parece fundamentarse en gran medida en la unidad de hombres que compartían una tienda (συσκηνία). Tanto para las comidas, los servidores, el aprovisionamiento y el funcionamiento en general de la logística de un campamento, las tiendas parecen funcionar como entidades autónomas. Muy probablemente también en cuanto a la organización táctica de la milicia griega. La solidaridad entre los “compañeros de tienda” es un lugar común en los comentarios sobre disciplina y valentía en el ejército dentro de las obras de Jenofonte. Incluso en el caso de la *República de los Lacedemonios*, los compañeros de tienda son equiparados a los compañeros de mesa en Lacedemonia, en cuanto a compañerismo, acción común en la batalla y disciplina exigida a éstos como conjunto. Entre ellos existía también una organización jerárquica en la que el más antiguo de la tienda ocupaba el lugar de representación de todos los demás.

²⁶⁹ Quizá bajo este concepto se podría esconder el *skenarchós* que aparece en *SEG*, I, 378.

²⁷⁰ *An.*,II,1,10; III,1,34; VI,5,13; También entre los miembros de la tienda real en los ejércitos lacedemonios ocupa un lugar preponderante el πρεσβύτατος τῶν περὶ δαμοσίαν (*Lac.*,XIII,7), quién en opinión de REBENICH, 1998, p. 134, debía de ser el primer polemarcha

10. La vida diaria en el campamento.

El funcionamiento de un campamento se regía por un horario que en su forma ideal tenemos descrito en la *República de los Lacedemonios*. Todos los autores que han tratado algo la cuestión de los campamentos griegos han considerado en sus estudios este tema, recogiendo el texto de Jenofonte.²⁷¹ Pero ninguno de ellos se ha ocupado de comprobar hasta qué punto ese horario era cumplido realmente por las tropas lacedemonias y si se trataba de un esquema común a las demás fuerzas griegas. Ésta será nuestra labor. Pero, en primer lugar, debemos recordar aquí cómo regula Jenofonte la vida en los campamentos lacedemonios (*Lac.*, XII,5-7):

- Las primeras actividades de la mañana eran ejercicios físicos, seguidos de una revista de las tropas, llevada a cabo por el primer polemarcha y anunciada a todos por el heraldo.

- Le seguían el desayuno y el envío de los vigías avanzados.

- Después, la mayor parte del día quedaba libre para pasatiempos y descanso antes de los ejercicios vespertinos.²⁷²

- Al final de la jornada, los heraldos anuncian la cena, tras lo cual hay canciones a los dioses cuyos sacrificios resultaron favorables y después da comienzo el descanso cada uno en su puesto con sus armas.

El ejército persa de la *Ciropeia* muestra en su funcionamiento diario una organización muy similar, tanto en la forma como en el espíritu, a la del campamento lacedemonio. Por ejemplo, el Ciro de Jenofonte también muestra gran preocupación por la práctica de los

²⁷¹ Por ejemplo, DROYSEN, 1889, pp. 88-90 o ANDERSON, 1970, pp. 60-61.

²⁷² Un ejemplo muy iluminador de cómo podía ocuparse ese tiempo libre aparece descrito en *Dem.*, LIV,3-6.

ejercicios físicos para mantener siempre bien dispuestas a sus tropas (*Cyr.*, II,1,29): *Ciro se ocupaba también de que nunca entrarán (sus soldados) a desayunar o cenar sin haber sudado previamente.*²⁷³

Al menos en la *Ciropedia*, tales ejercicios físicos eran fundamentalmente de carácter táctico, en algunos casos en forma de juegos, con los que los oficiales mantenían a sus tropas entrenadas y en forma.²⁷⁴

Por supuesto, éste es el esquema fundamental del funcionamiento del ejército acampado que luego debemos matizar en muchos aspectos, por las mismas necesidades y actividades de obligado cumplimiento dentro de un establecimiento militar, y por las mismas circunstancias que rodean cada campaña militar. Pero el estudio de las *Helénicas* y la *Anábasis* nos confirman este ordenamiento general.

La primera actividad de los polemarcas, antes incluso de desayunar, era la realización de sacrificios a los dioses, sin los que no se tomaba ninguna decisión ni se daba ninguna orden a los soldados. Tras esto, el jefe del campamento transmitía las órdenes pertinentes para ese día, una vez que los sacrificios resultaban favorables.²⁷⁵

²⁷³ Comienzo del día con los sacrificios antes del desayuno: *Cyr.*, III,3,34; IV,5,13-18; VI,4,1; final del día: II,3,1; III,3,28; III,3,33; IV,1,17; V,3,51; VI,3,37.

²⁷⁴ *Cyr.*,II,1,20-24; II,2,6-10 (clase de instrucción táctica en la tienda de Ciro); II,3,17-20 (juego de las cañas y bolas de barro; similar al que podemos ver en *Plu.*, *Alex.*,XXXI,1-2); II,3,21 (ejercicio táctico antes de la cena); II,3,22-24 (ejercicio de retirada). Probablemente tales ejercicios físicos se dirigían únicamente a mantener la capacidad física y combativa de las tropas, no a lograr un entrenamiento básico militar, al menos si hablamos de los mercenarios del siglo IV (*cfr.* ROY, 2004, pp. 270-271). En la conducción de los ejercicios parecen tener los taxiarcos gran independencia. En el caso de las flotas, son ejercicios navales: *HG.*,I,1,16. También los soldados de Trasilo realizaban ejercicios físicos, según *Plu.*, *Alc.*,XXIX,2; Ifícrates aprovechaba la misma navegación para entrenar y mantener en forma a sus hombres, *HG.*,VI,2,27-31. También Cabrias en *Polyaen*, III,11,7.

²⁷⁵ *HG.*,VI,5,17; *An.*,IV,3,9; V,4,22.

Después, los oficiales daban la orden de desayunar por medio del heraldo. Es en este momento cuando comenzaba realmente el día, abriéndose el campamento y permitiéndose la entrada o salida del mismo. Es también el momento del fin de las guardias nocturnas.²⁷⁶

En caso de tener previsto el continuar la marcha, tras el desayuno se recogía el campamento y se reiniciaba el viaje.²⁷⁷ También para las marchas nocturnas se seguía este esquema. En *An.*,III,5,18, podemos ver cómo los estrategos, decididos a llevar a cabo un avance nocturno, hacen los sacrificios para emprender la marcha en el momento oportuno, tras lo cual transmiten la orden a los soldados de cenar, recoger los bagajes y acostarse después, preparados para ponerse en movimiento en cuanto oyeran la señal. Como vemos, se sigue exactamente el mismo esquema de funcionamiento que para iniciar la marcha durante el día.

La revista de las tropas realizada por el primer polemarcha que se menciona en la *República de los Lacedemonios* no aparece reflejada, salvo casos excepcionales, en las demás obras. No podemos saber si se trataba de una práctica cotidiana o únicamente realizada a discreción por el estratego ante determinadas circunstancias.²⁷⁸

Cuando el ejército se encuentra establecido en algún punto durante un cierto periodo de tiempo, las actividades de los soldados en campaña durante la mayor parte del día parecen haber

²⁷⁶ *HG.*,VII,1,16; *An.*,III,2,1 (al despuntar el día acaban las guardias nocturnas y se colocan los puestos avanzados); *Lac.*,XII,6.

²⁷⁷ *An.*,IV,1,12-14; III,3,1 (en este episodio, se queman los carros y tiendas y a la vez se recoge lo que van a llevar, para luego desayunar e iniciar la marcha. La inversión del orden es lógica por las especiales circunstancias). Lo mismo ocurre en el caso de los contingentes marítimos: *HG.*,II,1,22. Anderson opina, por el contrario, que el ejército iniciaba las marchas sin haber hecho una comida regular cocinada antes (*cooked meal*), tomando su primera comida (*first meal*) al finalizar la marcha al mediodía (ANDERSON, 1974, p. 90). Sin embargo, esto no parece haber sido así. Las fuentes, y también la lógica, nos dicen que antes de iniciar la marcha los soldados debían de haber desayunado.

²⁷⁸ *An.*,II,3,1-3: Clearco se encuentra revistando las formaciones al amanecer. Una vez más, el hecho de que Clearco sea el que pase revista a los soldados muestra como *de facto* él era el jefe del ejército, coincidiendo, por tanto, con lo que se dice en la *República de los Lacedemonios* de que es el primer polemarcha el encargado de llevar a cabo la revista de los soldados. Liers, 1895, p. 154, opina, tomando como fundamento este pasaje, que tal revista sería diaria al objeto de comprobar que no faltaba nadie en el campamento.

estado encaminadas a obtener víveres, realizar incursiones en busca de botín o llevar a cabo salidas para forrajear.

Las comidas se realizaban en cada tienda por separado. La cena reunía en el alojamiento del jefe del ejército a los mandos en una comida común. Se aprovechaba este momento para tomar las decisiones precisas y recibir las órdenes para el día siguiente. Acababa siempre con libaciones a los dioses. Luego, cada mando se dirigía a su tienda, se establecían los puestos de guardia, se daba el santo y seña y comenzaba el descanso en el campamento. Esta sucesión de acontecimientos se llega a convertir en Jenofonte en una fórmula estereotipada para poner fin a la narración de los acontecimientos de esa jornada.²⁷⁹

El comienzo o el final de tales periodos era señalado en muchas ocasiones por toques de cuerno a todo el campamento.²⁸⁰

Lo cierto es que todos los ejércitos conformaban su horario y actividades a este esquema general. Esto era algo conocido por el buen estratega y debía ser aprovechado para atacar con ventaja al enemigo: en el campo de batalla, no mandando a sus soldados a luchar sin haber realizado antes la primera comida e intentando sorprender en ayunas al adversario; y al atacar un ejército acampado, en el momento de menor atención de los centinelas, mientras preparan la comida, mientras la mayor parte de ellos se encuentra fuera del campamento durante el tiempo libre, cuando han salido en busca de botín, o al amanecer en el momento en el que comienzan las actividades en el στρατόπεδον.²⁸¹

²⁷⁹ Además de los pasajes vistos de la *Ciropedia*, también *HG.*, IV,6,7; IV,7,3; *An.*, VII,3,34.

²⁸⁰ En el caso de las tropas embarcadas o flotas, mediante un sistema de señales entre los barcos: *HG.*, II,1,22; *Polyaen.*, III,9,63; V,32,2. También en Eneas Táctico encontramos diversas señales para la ciudad, que van marcando el horario de regreso al atardecer para los que estén dispersos por la campiña (VII,2), el momento de preparar la cena y montar guardias (VII,3; XVIII,1), cierre de la ciudad y comienzo de la noche (X,14).

²⁸¹ Salida en busca de botín: *HG.*, I,2,5; III,2,2-5; aprovechando el tiempo de la comida: *HG.*, I,6,21; *Polyaen.*, I,48,4;

El principio que ha de regir este aprovechamiento táctico del horario común en los ejércitos lo tenemos nuevamente enunciado en la *Ciropedia*:

Hijo mío -replicó Cambises- tanto vosotros como vuestros amigos inevitablemente tenéis que pasar por muchas situaciones de este tipo, pues es inevitable que ambos bandos hagáis la comida y es inevitable que ambos descanséis y que, al alba, casi todos a la vez tengáis que retiraros para hacer vuestras necesidades, y es inevitable también hacer uso de los caminos sea cual sea el estado en el que estén. Tienes que percartarte de todas estas situaciones, y en lo que tú sepas que sois más débiles, a ello sobre todo dedica tu atención, y en lo que notes que los enemigos son fáciles de dominar, por allí sobre todo debes atacarlos (Cyr.,I,6,36).

VI,27,1; en el momento en el que se va en busca de víveres: *HG.*,II,1,27-28 (batalla de Egospótamos); en las primeras horas de la mañana: *HG.*,II,4,4-6; IV,1,24; VII,1,16; *Polyaen*, IV,6,8.

Conclusiones.

Jenofonte es la principal fuente para el estudio del campamento militar griego en época clásica y, de forma absoluta, en cualquier periodo de la historia de Grecia. Su interés por reflejar con fidelidad las penurias y dificultades que atravesó heroicamente el ejército que él mismo ayudó a comandar desde el corazón del imperio persa hasta las costas occidentales de Asia Menor hacen de la *Anábasis* un completo prontuario sobre la forma de acampar de los ejércitos griegos. Sus reflexiones sobre los aspectos más prácticos del mando militar, que tienen su marco de desarrollo en el campamento, nos aporta valiosísima información para poder llevar a cabo esta investigación.

De nuevo el vocabulario campamental ha sido la primera parada en nuestro estudio. Jenofonte sigue la línea marcada por Tucídides, haciendo uso del sustantivo στρατόπεδον y de la expresión τὰ ὄπλα con el mismo sentido que vimos en el autor de la Historia de la Guerra del Peloponeso. La diferencia estriba en que aquí su empleo es más sistemático y abundante, por lo que podemos delimitar y definir mejor su significado. En el autor de la *Anábasis* στρατόπεδον es el conjunto de los soldados en campaña, estén o no asentados en un territorio, adoptando tanto un sentido espacial o físico (espacio ocupado por esos soldados), como más abstracto y cercano al concepto de “ejército” (o el griego στρατός). Por el contrario, τὰ ὄπλα se refiere sin ninguna duda al espacio de acampada, definido bien por el conjunto de tiendas, bien por el vivac de los soldados, o bien por alguna pequeña estructura que en forma de murete pudiera rodear las acampadas. En todo caso, es un espacio definido y limitado, por lo que siempre se vincula con referencias espaciales en relación con el campamento. Además, también destaca el uso de σκηνέω y de ἀυλίζομαι como formas verbales muy habituales en Jenofonte para señalar la acción de acampar en las tropas. Pese a que cada

una de ellas se refiere de forma explícita a la acampada en tiendas o al raso, en realidad, dada la generalización de su uso, ambos términos han acabado siendo en la práctica sinónimos, desvinculándose de sus referentes directos. De esta forma ambos verbos pueden pasar a definirse únicamente como acampar o acuartelar las tropas.

En cuanto a los lugares de acampada, la experiencia de Jenofonte como jefe militar de los Diez Mil le lleva a subrayar la importancia de la elección de los emplazamientos de sus soldados y de la organización del abastecimiento del στρατόπεδον. La mejor manera de asegurar esto es, sin duda, el acantonamiento en ciudades o aldeas que puedan suplir de todo lo necesario. La larga marcha del ejército por Asia lleva a que Jenofonte acumule una amplia colección de anécdotas y experiencias que conforman un valioso testimonio de los diferentes tipos de relación que pueden desarrollarse entre ejércitos, ciudades y aldeas, sus manifestaciones posibles y el significado claro que cada tipo de relación conllevaba: desde la amistad y alianza, hasta el rechazo, todo ello matizado por la situación de miedo, respeto o cálculos de todo tipo que pueden encontrarse en la base de esa relación. Todas las posibles combinaciones tienen su manifestación en la distancia que separa al ejército de esas poblaciones, a la apertura o cierre de puertas, a las decisiones acerca del lugar donde situar el mercado para el ejército, etc. Además, desde un punto de vista táctico, Jenofonte aconseja la acampada en colinas, aprovechando la orografía del terreno, la presencia de muros o de cualquier otro elemento en el terreno que asegure lo más posible la defensa del campamento. La defensa se debe fundamentar, según sus personales postulados tácticos, no en construcciones (muros, empalizadas o fosos), sino en un sabio aprovechamiento de las características del terreno y en los sistemas de guardia y vigía.

Como en el caso de Heródoto, Jenofonte juzga de forma bastante negativa la defensa mediante fortificaciones, lo que es fruto de su experiencia directa en la lucha con los persas. Ambos historiadores muestran una estrecha coincidencia en sus juicios y en las razones que parecen estar latentes para rechazar la construcción de fortificaciones para defender las tropas griegas. Encerrado entre muros, el hoplita pierde su mejor baza, la cohesión y capacidad ofensiva y defensiva de la falange. En sus largas jornadas por Asia Menor, la formación hoplítica se mostró siempre superior, eso sí, evolucionando sus métodos para dotarla de una mayor flexibilidad que la permitiera acomodarse a los movimientos del enemigo. Pero esta visión de las cosas parece chocar con la tendencia táctica de la primera mitad del siglo IV, cuando fosos, muros y empalizadas parecen ser ya elementos bastante habituales para defender los campamentos. Tebanos, lacedemonios, atenienses, y quizá también beocios, suelen dotar de este tipo de construcciones a sus campamentos, y ya no solamente en casos de estancias prolongadas o para la defensa de los barcos varados en la playa, como se constataba en Tucídides. Grandes generales como Ifícrates o Epaminondas siempre cavaban fosos y levantaban empalizadas allí donde se asentaba el στρατόπεδον.

La defensa del ejército en campaña se completaba con la instalación de guardias (φύλακες), guardias avanzados (προφύλακες) y exploradores (σκόποι). Para Jenofonte, no son los muros o los fosos, sino el buen empleo de estos instrumentos donde realmente debe fundamentarse la seguridad y defensa del στρατόπεδον. Dado su interés por este aspecto, del conjunto de su obra podemos entresacar episodios y consejos suficientes como para componer un prontuario. El esquema básico de la distribución y funcionamiento de estos dispositivos podría ser el siguiente: en primer lugar aparece siempre un conjunto de puestos de guardia en el límite mismo de la acampada que controlan entradas y salidas del campamento. Después, hay que disponer

puestos de guardia avanzados que avisen con tiempo suficiente al grueso del ejército en caso de ataque o aproximación del enemigo, y en último lugar es necesario disponer en lugares adecuados puestos de observación que permitan a los generales poder anticiparse a los movimientos del enemigo. Todos estos han de funcionar durante las 24 horas del día puesto que de ellos depende la seguridad del ejército en su conjunto, esté acampado o no.

La cuestión de si los campamentos griegos seguían algún tipo de plano regular y forma en sus acampadas no resulta fácil de dilucidar. Por un lado, no tenemos ningún ejemplo de la descripción de una forma ni regular ni irregular de los campamentos y, asimismo, la defensa que Jenofonte hace de la adaptación de los soldados al terreno al acampar parece desmentir la existencia de cualquier posible disposición regular de esos establecimientos. Pero, por otro lado, el texto de la *República de los lacedemonios*, donde Jenofonte describe la acampada espartana como circular, por ser más ventajosa que la rectangular, nos permite albergar serias dudas acerca de si no nos encontramos con una propuesta de Jenofonte de transformar una forma regular habitual entre los demás ejércitos griegos por otra cuadrangular, la clásica en Esparta. Por eso no cabe extrañarse de que en la *Ciropeia* defienda otra vez esa forma para el plano de acampada de un ejército ideal y perfecto. Desde luego, la planta circular en una acampada es la forma más abundante y más antigua de la que tenemos constancia, por lo que casaría perfectamente con el carácter espartano el que hubiera sido mantenida como un elemento más de su tradicionalismo. Se habría podido convertir en una señal de distinción de los ejércitos lacedemonios frente a las demás ciudades-Estado, que muy probablemente entonces adaptarían sus plantas a formas más cuadrangulares. Pero, como vemos, los argumentos no son lo suficientemente contundentes.

En cuanto a su estructuración interna, en las acampadas se reproduce la organización jerárquica del propio ejército. El campamento se configura como el conjunto de los soldados que se establecen en torno a su general. Es más, es esa forma de vinculación al general lo que denota la pertenencia a un determinado ejército.

Las fuerzas hoplíticas griegas se distribuirían diferenciando con claridad las zonas de acampada de cada ejército o general. Después, cada soldado acamparía junto a los miembros de su unidad o tribu (τάξις, τάγμα, λόχος), hasta llegar a la unidad básica conformada por los compañeros de tienda (συσκηνία). Los soldados que comparten una misma tienda son la célula básica del funcionamiento logístico de los campamentos, pero, como novedad, ahora algunas fuentes no-jenofonteas permiten pensar que quizá también tuvieran algún papel en la táctica, dentro de la falange hoplítica. El paralelo que se establece entre συσκηνία y συσσίτιον abona todo tipo de hipótesis sobre las funciones que pudieron cubrir este tipo de unión de soldados, que por lógica era la que creaba vínculos más fuertes y duraderos dentro de los ejércitos. Esta realidad no podía pasar desapercibida a los generales griegos, por lo que no sería extraño que hubieran intentado aprovecharlo de alguna forma a fin de incrementar la efectividad de sus fuerzas en el campo de batalla.

No nos debe sorprender que el interior de los campamentos sea ya una realidad más ordenada y mejor distribuida. Entre unas unidades y otras descubrimos espacios suficientes para permitir el movimiento de los soldados por el interior de la zona de acampada. Aparece un espacio central, abierto y amplio, al menos en los campamentos formados por ejércitos coaligados. En ese lugar preeminente o en otro similar es donde también se localiza la tienda del jefe del ejército, y se celebran sacrificios y asambleas. Todo esto no es más que la natural consecuencia de un más alto grado de organización y

perfección en la forma de acampar, que aunque no siempre podría cumplirse, era cada vez más acostumbrado entre las ejércitos griegos en campaña.

Pese a todo esto, aún tenemos muchas dudas acerca de aspectos básicos de organización de esas acampadas, como es el lugar ocupado por los servidores y esclavos, por los seguidores del ejército, por el mercado, la localización del botín común del ejército, el emplazamiento a los animales, etc. Nos atrevemos a suponer que mientras el mercado se hallaría fuera y sería independiente del campamento militar, servidores y esclavos compartirían la misma zona de acampada, mientras que los animales se encontrarían en alguna zona al margen del resto de los soldados; el botín y las pertenencias, que de alguna forma pueden considerarse como comunes a todos, serían guardadas en el centro del campamento. Allí también encontraríamos los altares para los sacrificios, el fuego sagrado y probablemente la tienda de los adivinos.

Los soldados emplean, cuando la climatología lo demanda, tiendas de campaña, aunque, gracias a lo benigno de las temperaturas de Grecia, muchas veces no serían necesarias. De ellas, poco sabemos sobre su estructura, más allá de que debían ser realizadas en algún material ligero y combustible (probablemente pieles curtidas). Ligero porque tenemos constancia de que entre los Diez Mil eran transportadas y vueltas a colocar cada jornada, y combustibles porque en algún caso tenemos constancia de que se les prende fuego. Tampoco sabemos sus dimensiones. Una hipótesis probable es que, según podemos conjeturar por algunos textos jenofonteos, éstas servirían para albergar a diez soldados ya que la *década* aparece de nuevo, aquí y allá, como una probable unidad de funcionamiento logístico del στρατόπεδον.

En cuanto al horario habitual, hemos podido hacernos idea de lo que era la organización del día a día en campaña. Se iniciaban las actividades bien temprano, con los sacrificios rituales llevados a cabo por el jefe del ejército. Finalizada esta liturgia, se

pasaban las instrucciones pertinentes a la tropa, que se congregaría en torno al lugar de los sacrificios. A partir de ese momento se abría el campamento, que durante la noche había permanecido cerrado y guardado por piquetes en todo el entorno de su perímetro. Es el tiempo del relevo de las guardias, tanto de las que circundan el campamento, como de los puestos avanzados. Después se da la orden de comer a los soldados y se permite el libre tránsito por dentro y por fuera del campamento. Durante este periodo del día, los miembros del ejército se ocupan de todas las actividades diarias de avituallamiento, acopio de leña, forrajeo de las bestias, cuidado de las armas, ejercicios físicos y entrenamientos. El final del día lo marca el fuego de las hogueras frente a las tiendas, pero oficialmente se cumple con la reunión de los oficiales en la tienda del general, con el consejo de oficiales, el banquete, las libaciones, y el traslado de las últimas órdenes, concluyendo todo con el cierre, de nuevo, de la acampada.

Por último, señalar que las instituciones de asamblea de los soldados y el consejo de los generales se convierte en fundamentales y omnipresentes en la vida de los ejércitos. Las asambleas son lugares de discusión pública y política de las decisiones que afectan a la comunidad. Esto es especialmente verdad en los casos de ejércitos de mercenarios, cuya volubilidad y capacidad para cambiar lealtades ponen en graves aprietos a los jefes militares.

En resumen, Jenofonte es la mejor fuente para el estudio del στρατόπεδον, la que nos permite conocer, aunque no sea de forma detallada y perfecta, la vida de los soldados en el siglo IV. El campamento vive ahora un momento álgido en su desarrollo y en su papel en las campañas militares, lo que se evidencia y compadece con la importancia que Jenofonte le otorga en sus obras y en su reflexión sobre la guerra, así como en la aparición muy pocos años después del primer tratado sobre el στρατόπεδον escrito por Eneas Táctico. Todo eso nos hace rechazar la idea de Polibio de que los

griegos, al acampar no seguían ningún orden ni mostraban ningún grado de profesionalidad en la organización de sus acampadas.

Apéndice:

Análisis y reconstrucción de la batalla de Maratón (490 a.C.).

1. Introducción.¹

La lucha y victoria de atenienses y platenses en Maratón en el 490 a.C. frente a los persas de Darío se convirtió en uno de los más grandes símbolos de la libertad de Grecia, del triunfo de Occidente sobre Oriente y de la fuerza de la *polis* de ciudadanos libres sobre la tiranía de un imperio. La victoria fue mayor si cabe por inesperada, dada la desigualdad entre sus contrincantes. Para la Historia quedó como si todo un mundo se hubiera jugado en una batalla, en la llanura de Maratón, y en ella hubieran triunfado los pocos que defendían la libertad y la igualdad sobre los muchos que encarnaban un mundo de esclavitud, despotismo y tiranía.² Una victoria angustiosa pero gloriosa que difirió por diez años la confrontación total y la victoria definitiva de Grecia sobre Oriente en las aguas de Salamina, tras el gran sacrificio de las Termópilas.

Ese fue el cuadro general, en cierta medida superficial y maniqueo, que se fue tejiendo con el paso del tiempo y en razón de necesidades políticas posteriores, también como fruto de encendidos escritos patrióticos y por esa ley no escrita según la cual los sucesos del pasado tienden a sublimarse e idealizarse. La evolución de los acontecimientos en Grecia en época clásica (e incluso después no sólo en Grecia sino también en todo Occidente) hizo que muy frecuentemente se volviera la vista a la llanura de Maratón y se recordara aquel primer encuentro y aquella primera victoria.³

¹ En general, sobre Maratón se pueden consultar las siguientes obras: HOW-WELLS, vol. II 1912 (reimpr. 1998), pp. 353-363; BALIL, 1961-1962, pp. 32-92; HIGNETT, 1963, pp. 3-74; HAMMOND, 1968, pp. 13-57; BURN, 1984, pp. 238-257; GREEN, 1996, pp. 3-41.

² GREEN, 1996, p. 3, califica las guerras médicas como el primer conflicto ideológico del que tenemos noticia.

³ SCHRADER, 1981, "El mito de Maratón", pp. 17-21.

Eso evitó su olvido pero también, evidentemente, lo desdibujó y lo alejó de la verdad. Hasta qué punto todo eso fue verdad es una cuestión sobre la que constantemente se vuelve en Occidente, intentando averiguar si la fama fue acorde con la realidad de lo contado. Por eso, nuestra atención se tendrá que dirigir, en primer lugar, a las fuentes de que disponemos para estudiar la batalla de Maratón.

2. Las fuentes sobre la primera Guerra Médica y la batalla de Maratón.

La principal fuente es Heródoto (VI,94-117) dado que su narración de los sucesos es la más completa y la más próxima en el tiempo al momento de la batalla.⁴ El escritor de Halicarnaso debió de servirse, entre otros medios, del testimonio de veteranos atenienses presentes aquella mañana en la llanura de Maratón. Heródoto era consciente de que éstos mismos también se encontrarían después entre los principales jueces y críticos de su obra, lo que le impedía falsificar la narración. Esa circunstancia es para nosotros una garantía de la validez y veracidad de los hechos contados sobre este episodio. Además, Heródoto, tan denostado en otros tiempos, se muestra cada día más como una fuente muy fidedigna de los sucesos que narra. Es cierto que no nos da una descripción pormenorizada y detallada, que la comprensión, explicación e interés por la táctica y la estrategia militar de las batallas y campañas en general está bastante lejos de nuestros estándares o del interés y profundidad alcanzados por Tucídides,⁵ pero de lo que sí podemos estar seguros es de que los diferentes datos y elementos aportados por sus fuentes para la reconstrucción de la batalla de Maratón, como también en el resto de su obra, fueron sometidos a un análisis tan riguroso como él fue capaz y que, aun dejando muchas cosas sin mencionar, las que sí están contenidas en su obra fueron por él aceptadas como ciertas y casi con seguridad podemos también nosotros así juzgarlas. Quizá, como tendremos ocasión de comprobar, los sucesos son simplificados, pueden haberse fundido varios episodios en uno solo, otros casos pueden ser calificados benévolamente como demasiado inconcretos, o incluso puede haber errores, aunque

⁴ Sobre el valor de la fuente herodotea, ver HIGNETT, 1963, pp. 3-40; HOW-WELLS, vol. II 1912 (reimpr. 1998), pp. 353-363.

⁵ Por ejemplo, GOMME, 1952, p. 77, dice de Heródoto que *no sabía nada sobre la guerra*, no hizo una *revisión rigurosa de la información que le llegaba* y, en general, la narración de la batalla de Maratón es *inconsistente en sí misma*.

siempre puntuales, pero eso no tiene por qué ser debido exclusivamente a la responsabilidad de Heródoto, sino también a las propias fuentes de las que el escritor de Halicarnaso disponía.

La *Historia* de Heródoto no se caracteriza en primer lugar por un deseo de recoger hechos maravillosos o extraordinarios de los sucesos históricos, como algún autor ha apuntado, sino, por el contrario, por su deseo de investigar y dejar fijada para la posteridad la verdad de lo acaecido entre griegos y bárbaros.⁶ Es cierto que para los estudiosos de Heródoto no es la narración de las batallas ni la descripción de la táctica militar el campo más valioso de sus indagaciones, ni es aquél por el que el escritor suele mostrar más interés, pero la batalla de Maratón no era un episodio menor, sino por el contrario un suceso de enorme trascendencia e importancia para la historia, frente al que su curiosidad no podía pasar de largo ni de forma superficial. Conociendo su forma de trabajar, si la narración de la batalla de Maratón no es más larga y detallada, no debió de ser por un desinterés del autor, sino más bien porque esa era la versión más adecuada teniendo en cuenta el enorme caudal de muy diversa información del que dispondría. Aún diríamos más, a cualquier conocedor en profundidad de las formas de trabajar e investigar del historiador le ha de resultar difícil pensar que Heródoto no hubiera visitado el escenario de la batalla, como se afirma de forma generalizada, siendo un suceso de tanta relevancia y con una localización tan próxima a Atenas, donde él mismo residió. Quizá fue esta una de esas excepciones que confirman una regla y, pese a todo, Heródoto nunca pisó la llanura de Maratón, y con eso además se expliquen algunos detalles topográficos que parece olvidar o desconocer en su descripción de la batalla; o quizá sí que lo visitó, pero, o no consideró útil y necesario mencionar ciertos monumentos que sí anotan otros autores, o bien, cuando él inspeccionó el lugar, todavía

⁶ HAMMOND, 1968, pp. 47 y 57.

no estaban allí. Es difícil saber cuál de estas posibilidades es la correcta, pero en realidad, tampoco es un elemento esencial para el estudio de esta batalla. En cualquier caso, el que no conociera de primera mano el lugar no anula su valor como fuente histórica ni su narración sobre este episodio en concreto, ya que seguiría siendo la principal fuente para el estudio de la campaña de la primera guerra médica y de la confrontación sucedida en la llanura de Maratón.⁷

Otra fuente esencial para la investigación sobre este episodio es Pausanias, no por su proximidad cronológica con el suceso, sino por la descripción pormenorizada que hace sobre el escenario de la batalla, siendo también de gran trascendencia por ser el único autor que recoge una descripción de la pintura de Polignoto en la Stoa Pokile, donde se representaba el episodio resumido en tres momentos diferentes.⁸ Con su descripción podemos hacernos una idea de cómo fue el desarrollo de la lucha tal y como lo recordaban los atenienses o éstos quisieron que fuera recordada por los griegos.

También, el testimonio de Pausanias (I,32,3) es importante por su descripción del *demo* de Maratón. Estos pasajes son de utilidad para la reconstrucción del marco topográfico de la batalla, así como de otros elementos importantes de su desarrollo.

Además de estos dos autores (en realidad, de estas tres fuentes históricas, diferenciando a Pausanias y la pintura de Polignoto y Micón) que ya hemos mencionado, debemos referirnos también a algunos otros en cuyas obras se contienen narraciones de la batalla o referencias más o menos extensas sobre aquel encuentro militar de griegos y persas, pero que se diferencian esencialmente de los hasta aquí vis-

⁷ Esta opinión es también compartida por HOW-WELLS o HIGNETT. *Cfr.*, HOW-WELLS, vol. II, 1912 [reimpr. 1998], pp. 353-354; HIGNETT, 1963, pp. 7-40.

⁸ Su ejecución se llevó a cabo hacia el 460 a.C. por Polignoto y Micón. Su descripción la encontramos en Paus., I,15,3.

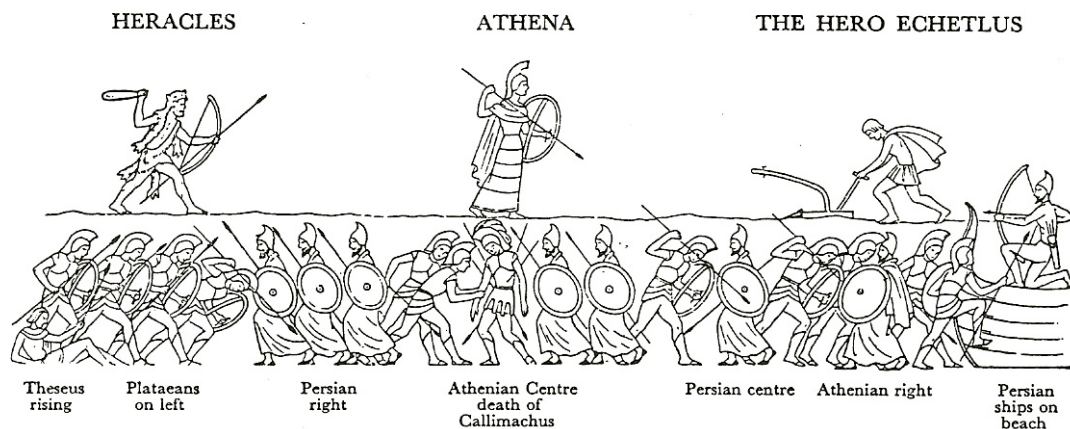


FIG. 12. MARATHON PANEL IN THE PAINTED PORCH (STOA POIKILE) AT ATHENS:
RECONSTRUCTED FROM PAUSANIAS

Reconstrucción de la Stoa Poikile de Atenas, MYRES, 1968, p. 300

tos en que no parten de fuentes que conozcamos ni que sepamos que proceden de testigos contemporáneos al episodio, sino de otros escritores cuyas obras se han perdido y que ellos parecen limitarse a resumir o emplear sin citar. Es seguro que sus fuentes son distintas de las de Heródoto, lo cual es una ventaja porque nos completarían lo recogido por éste. Pero también suponen un problema, porque no conociendo ese origen y, por tanto, el grado de fiabilidad que posee, esos testimonios habrán de ser tratados y empleados con mucha cautela, y difícilmente pueden ser preferidos al de Heródoto o Pausanias. Nos referimos aquí a Nepote y a Plutarco, el primero en su obra sobre Milcíades (especialmente, IV-VI) y el segundo en su *Vida de Arístides*, aunque también aparezcan menciones a este episodio diseminadas a lo largo de sus otras composiciones. Menos importante que estos dos serían el testimonio de la Suda y de Justino (II,9).⁹

No se ha conseguido hasta ahora identificar con claridad la fuente o fuentes de las que beben estos autores. Parece que, en general, son de procedencia ática, aunque tampoco sabemos si es la misma para todos ellos o si cada uno toma la descripción del

⁹ Su texto para este estudio lo hemos tomado de HAMMOND, 1968, pp. 39.

episodio de lugares diferentes. Se suele defender que tanto Nepote como Plutarco pueden haber aprovechado para sus narraciones la obra de Éforo, aunque según otros autores no sería éste sino algún o algunos atidógrafos la fuente común de los tres. El tema es de gran complejidad e interés.¹⁰ Sin embargo, dado que parece difícil identificar con seguridad completa su origen histórico, será mejor considerar, de forma general, que todas ellas recogen datos o versiones que pudieron haber circulado en Atenas sobre la batalla, transmitidas por una vía oral o escrita desconocida para nosotros, y que por tanto han de tener siempre un valor menor que los ya citados Heródoto y Pausanias. De esta forma, para ser empleadas con seguridad deberemos siempre comprobar que no contradicen el testimonio de aquellos. Además, deberán ser coherentes tanto con el resto del marco histórico general del período, como con el más concreto de la campaña que estamos estudiando.

No queremos dejar de recordar que, a la hora de desarrollar esta investigación, no podemos únicamente quedarnos en lo que las fuentes dicen, sino que igual de importante es introducir esos testimonios dentro de nuestros conocimientos sobre la teoría militar griega y castramental del momento. Esto es especialmente importante dado que en Heródoto, como ya hemos indicado, faltan muchos elementos que nos gustaría conocer y que no están explícitamente citados, no quizá por su falta o por la malignidad de Heródoto, sino porque probablemente los consideró en su momento como superfluos y ya sabidos por su audiencia. Pedir a Heródoto algunas aclaraciones que ahora a nosotros nos pueden resultar importantísimas es cometer un anacronismo de los más burdos. Al mismo tiempo, cubrir esas lagunas y conectarlas con el testimonio de las fuentes, será una de las más importantes tareas de este trabajo y una de las labores

¹⁰ Para un estudio más pormenorizado sobre estas fuentes se puede acudir al resumen de HAMMOND, 1968, pp. 26-28 y 50-57.

más fascinantes e interesantes que se puedan presentar a cualquier estudioso de la Antigüedad.

3. La campaña militar de la primera Guerra Médica: presupuestos estratégicos de la batalla de Maratón.

Para comenzar el análisis debemos establecer en primer lugar el marco en el que se inserta el acontecimiento. Para conocer y comprender la táctica hemos de partir siempre del conjunto más general de la estrategia que define la campaña y que nos proporciona elementos básicos para entender posteriormente las razones de esa forma concreta de disponer y mover las fuerzas en el campo de batalla.

La campaña militar de Darío del 490 a.C. parece pivotar sobre dos fundamentos que nos definen la estrategia que se quería seguir. El primero es el objetivo de la expedición. Según Heródoto, la orden dada por el rey persa a Datis y Artáfnes era únicamente castigar y esclavizar Atenas y Eretría como venganza por su participación en la revuelta Jonia, pero, sin embargo, Heródoto reitera que el objetivo real no declarado era conquistar y someter toda Grecia (Hdt., VI,94,1-2).

El segundo elemento importante a tener en cuenta es la forma en la que se concibe y prepara la campaña. Todo parece apuntar a que no se trataría de un ataque masivo con todas las fuerzas y capacidades del imperio, de un ataque fundamentado en el arrollador poderío y medios que tenía a su disposición Darío, sino de una fuerza militar limitada pero suficiente para sus objetivos, autónoma de cualquier apoyo de tierra firme en cuanto a sus necesidades logísticas y, por tanto, también planificado con el objetivo de lograr un éxito rápido y rotundo. Las pruebas de esto son, desde nuestro punto de vista, bastantes contundentes:

- Toda la fuerza militar de la expedición es embarcada en 600 naves (más un número no determinado de navíos para el transporte de la

caballería), no existiendo contingentes que sigan a la flota por tierra (Hdt., VI,95).

- La ruta que se sigue no es por la costa, sino que directamente marchan de isla en isla hacia sus objetivos en Eubea y Ática (Hdt., VI,96-100).
- No se mencionan navíos de mercancías, ni depósitos en tierra o en las islas preparados con anterioridad a la campaña.
- No aparece ninguna mención a preocupaciones logísticas entre los persas a lo largo de la campaña, ni en Heródoto ni en ninguno de los demás autores.
- Es una fuerza limitada, hasta el punto de que no puede mantener un asedio a Eretría y paralelamente iniciar la campaña contra Atenas.

En fin, más que continuar enumerando indicios que sostengan esta propuesta quizá baste con fijarnos y establecer comparaciones con la siguiente campaña meda contra Grecia, meticulosamente planificada en sus aspectos logísticos por Jerjes, y en la que se pretende arrollar a Grecia empleando todas las fuerzas disponibles del imperio. Probablemente, el fracaso de esta primera expedición que estamos analizando, fue decisivo para planificar una segunda campaña bajo presupuestos completamente contrarios: someter Grecia empleando todo el poderío persa disponible en una operación tan prolongada como fuera necesario.

Esto nos devuelve al primer argumento del que hemos hablado un poco más arriba. Heródoto asegura que la motivación más pública aducida por el rey persa era la de castigar a Eretría y Atenas, pero también parece sugerir que en la mente de Darío y en el fondo de toda su planificación se encontraba un horizonte más ambicioso, oculto, como sería la subyugación de toda la Hélade.¹¹ No todos los estudiosos han estado de

¹¹ Cfr., Hdt., VI,48,2; 94,1 (con ese sentido de conquista total entendemos en este pasaje la frase de Heródoto de que *Darío, además, quería someter a aquellos griegos que no le habían entregado la tierra*

acuerdo con esa posible segunda lectura dentro del texto de Heródoto.¹² Pero es que, en realidad, parece difícil que los persas consideraran únicamente un objetivo limitado, tan alejado de sus costas, y que se movieran exclusivamente por un deseo de venganza. La expansión imperial y el objetivo de someter Grecia parece razonable que fuera la motivación más profunda y el objetivo último confiado a Datis y Artáfrenes por Darío.

Esa hipótesis nos impone dos preguntas. En primer lugar, ¿podemos considerar lógico o resulta posible concebir una campaña militar con un objetivo tan amplio y ambicioso empleando unos medios conscientemente limitados? Además, si aceptamos esa hipótesis, ¿cómo se explica la insistencia persa en proclamar de forma pública y clara ese objetivo más limitado de la campaña?

En una primera consideración puede parecer mucho más cabal afrontar una meta tan ambiciosa con unos medios acordes al tamaño de la empresa que se pretende lograr, más aún si, como era el caso, se podía fácilmente disponer de ellos. Ese es un argumento razonable, aunque tal estrategia no aseguraría el éxito de esa empresa, como demuestra la siguiente expedición de Jerjes contra Grecia en la Segunda Guerra Médica. Pero la verdadera pregunta es si era posible pensar en cumplir ese objetivo con los medios que se deciden emplear. La respuesta en este caso sería, en nuestra opinión, también afirmativa. El envío de un gran contingente mostraría claramente las intenciones últimas de los persas y haría muy probable una alianza de todos los griegos

y *el agua*); 106,2. En nuestra opinión, leyendo todos estos pasajes podemos llegar a ver cómo Heródoto tiene en mente, al igual que el resto de las ciudades griegas, que realmente era la libertad de toda Grecia la que entonces estaba en juego. Así también aparece claramente expuesto en Plutarco, *Vida de Arístides*, V,1: *Cuando Datis fue enviado por Darío con el pretexto de imponer un castigo a los atenienses por haber incendiado Sardes, pero con la intención real de subyugar a los griegos, se apoderó de Maratón, con todo su ejército expedicionario y saqueó la región* (traducción CONTI JIMÉNEZ, 2003). Esta opinión es compartida por SCHRADER, “El mito de Maratón”, 1981, p. 36, n. 56, para quien las causas de las guerras médicas estaban en la aspiración al dominio del mundo tal y como les prometía su dios supremo, Auramazdah. En esa gran estrategia, el dominio de la Hélade era condición imprescindible para la seguridad de sus dominios occidentales.

¹² *Cfr.* SCHRADER, 1981, p. 341, n. 460. El pasaje aducido VI,100-101, no pensamos que permita defender la idea de que Eretría habría sido abandonada después de ser tomada la ciudad, lo que por otra parte no tendría sentido desde ningún punto de vista.

contra un peligro común inminente. Sin embargo, un contingente pequeño enviado contra puntos esenciales de Grecia tendría más posibilidades de tener éxito en cuanto que podría llevar a las demás *polis*, que no eran el objetivo declarado del ataque, a mantenerse neutrales con la esperanza de no ser tocadas por el temporal que se avecinaba. La unión de las fuerzas de Atenas y Esparta podía ser temible,¹³ pero si se proclamaba para la expedición claramente un objetivo limitado al castigo de dos Estados, Atenas y Eretría únicamente, y las fuerzas enviadas eran acordes a esa publicidad, las posibilidades de evitar una confrontación con una fuerza griega superior aumentaban mucho.

Pero ¿esa campaña centrada en la conquista de Eretría y Atenas podía suponer un peligro real para la independencia de Grecia? En realidad, sí. El periplo de Datis y Artáfrenes desde Cilicia supuso, no una navegación con un objetivo definido y único, sino, en nuestra opinión, la construcción de una ruta segura por las islas hasta la Hélade. Los dos generales persas, de hecho, no marcharon directamente contra Eretría y Atenas, sino que completaron lo que, en nuestra opinión, parece ser una perfecta campaña planificada para la construcción de una ruta de comunicación directa por mar entre Asia Menor y el Ática, con el dominio de las principales islas dentro de esa ruta.¹⁴ Se abrió así paso a la preparación de una cabeza de puente que conectaría el Imperio con los nuevos territorios que se esperaban conquistar, una vía de comunicación que podemos pensar que se completó con la toma de Eretría en la isla de Eubea. La vía de conexión y

¹³ Darío podía conocer con bastante exactitud las capacidades bélicas de las distintas ciudades griegas gracias, sobre todo, a la información de muchos emigrantes griegos, que como Hípias, buscaron amparo y ayuda en la corte de Susa: *cfr.* HAMMOND, 1968, p. 43.

¹⁴ Hammond, aún considerando que la campaña persa se limitaría en un primer momento únicamente a intentar infligir un castigo a Atenas y Eretría, opina que la conquista de las islas durante el camino hacia Eretría tenía como objetivo asegurar las líneas de aprovisionamiento para esta campaña y para una posible continuación de las operaciones durante el invierno del 490 dirigidas a la toma de Grecia central: *cfr.* HAMMOND, 1968, p. 31, n. 83, y p. 44.

del posible futuro mantenimiento de los lazos entre un lado y otro del Egeo estaría así lista. Tan sólo quedaría pendiente la conquista del continente.¹⁵

El gran peligro para la consecución de ese objetivo hubiera sido que los griegos de la Hélade se unieran frente al persa. Pero si evitaban esa situación y se adueñaban de Atenas, engañando a los griegos acerca de su verdadero propósito, entonces, las posibilidades de que el resto de Grecia, pudiera vencer al imperio persa serían remotas y, por el contrario, las posibilidades de que esa situación fuera aceptada como un mal menor y que la mayoría de las ciudades-Estado griegas se sometieran sin lucha al persa, serían realmente muy elevadas.

Bajo esta hipótesis en absoluto resulta descabellado pensar que una acción con unos medios limitados no pudiera esconder unos objetivos más amplios que los confesados y, además, las posibilidades de éxito de esa estrategia parecen haber sido muy elevadas. Heródoto parece que fue consciente de esto más que muchos de sus contemporáneos.¹⁶

Pero, entonces, ¿por qué Heródoto recoge la insistencia persa en ese objetivo más limitado de la campaña? En realidad, el testimonio de Heródoto casa perfectamente con las suposiciones que hemos presentado hasta ahora. Heródoto reflejaría la fuerza de la publicidad persa en Grecia, de la campaña de engaño a la que Darío sometió a las fuerzas de la Hélade y que tan importante tendría que ser para la consecución del éxito de su expedición. La apuesta estratégica era fuerte, los beneficios que reportaría el éxito

¹⁵ Schrader opina que los persas no perseguirían este objetivo dado que después de conquistada la ciudad y esclavizada su población, los persas no mantienen el dominio de la ciudad. Cabe, más bien pensar, que los persas esclavizarían a parte de la población de Eretría para intentar deshacerse de todos los posibles elementos subversivos y poder dejar una ciudad amiga de los persas. Eretría no desaparece del mapa. Tan sólo se verá muy reducida en su importancia para el resto de su historia. No sabemos que ocurrió tras el desastre de Maratón, pero desde luego, el fracaso ante Atenas, obligó a los persas a una retirada total del Egeo. El dominio de la ruta de las islas ya no tendría sentido alguno. *Cfr.*, Hdt., VI,101,3; VI,119-1-2; SCHRADER, 1981, p. 341, n. 460; p. 352, n. 501

¹⁶ Esa idea aparece claramente expuesta en la embajada de Filípides en Esparta: *cfr.*, Hdt., VI,106,2.

de una maniobra así también serían muchos y, por tanto, el esfuerzo puesto por toda la maquinaria persa en este punto sería acorde a la importancia que tendría ese aspecto dentro del conjunto del plan trazado. Los persas estuvieron a punto de lograrlo y Heródoto parece darnos algunas claves de toda esa campaña, del pensamiento estratégico que la anima y de lo cerca que se estuvo de tener éxito. Según esta perspectiva, el padre de la Historia habría sido más perspicaz de lo que en una primera lectura se puede pensar, habiendo entendido en profundidad el desarrollo de lo que estaba presentando. Pero, siendo fiel a su método crítico, no oculta ninguna información relevante ni las diferentes versiones que sobre un mismo suceso podían existir, dejando un amplio margen al estudio y reflexión de su público.

Pero aún debemos fijarnos en un arma más con la que contaban los persas para lograr su objetivo. Junto a Datis y Artáfrenes viajaba con la expedición el viejo Hippias. Su presencia era pública y bien conocida, así como su deseo de servir de guía de la expedición para lograr castigar a la ciudad y, evidentemente, volver a controlar Atenas.¹⁷ ¿Es posible pensar que Hippias viajara solo, sin haber contado de antemano con un grupo de apoyo a sus intenciones dentro de la propia ciudad, y con los que tanto él como los persas estuvieran en connivencia? Parece difícil pensar así. Sin duda la estrategia del bárbaro contaría también con que los apoyos de Hippias dentro de los muros de Atenas les ayudarían en el logro de sus objetivos, facilitando su entrada pronta en la ciudad y maniobrando políticamente desde el interior para lograr la consecución de una alianza. La traición debía de entrar en los cálculos estratégicos de los persas y en la decisión de enviar una expedición militar limitada, lo suficientemente fuerte como para intimidar a los enemigos, pero sin grandes alardes que alertaran excesivamente a las demás ciudades-Estado griegas. Esa fue también la estrategia que se aplicó en el

¹⁷ Hdt., VI,94,1.

caso de Eretría¹⁸. Tras varios días de asedio, la ciudad fue tomada por la traición llevada a cabo por ciudadanos eretrieos. Ninguna de nuestras fuentes nos dice si la traición venía fraguándose desde mucho antes o bien si fue el resultado de la presión interna junto a la situación de asedio a la que se vio sometida la ciudad. La explicación que nos parece más probable es la primera. De no haber previsto el apoyo desde dentro de la ciudad, los persas hubieran enviado una expedición más numerosa en previsión de que se tuviera que mantener el cerco a la ciudad de Eubea durante un periodo prolongado de tiempo y que a la vez pudiera iniciar el ataque contra Atenas. Quizá el partido pro-persa no era tan fuerte como se esperaba y la acción tuvo que demorarse durante algunos días más de lo calculado en un principio, viéndose obligados a establecer el cerco, tomar después la ciudad, descansar un tiempo, y con todo esto producirse un retraso en la reanudación de la expedición hacia el Ática.

Eretría fue castigada duramente. No sabemos si ese castigo entraba en los planes iniciales de la campaña de publicidad para convencer a Grecia de sus intenciones meramente vengativas contra Atenas y Eretría, o si bien aquello respondió sencillamente a la falta de una rápida colaboración de sus habitantes. En todo caso, de haber existido una quinta columna en la ciudad, la esclavización de una parte de su población, de los contrarios al nuevo régimen pro-persa que se quería instaurar, era algo más que aconsejable para las intenciones futuras de Darío. Desde luego, la noticia de la forma de actuar de los persas con su población, con los templos y los edificios, llegaría pronto a los oídos de todos los atenienses, y quizá no precisamente favorecería las intenciones del partido pro-persa dentro de la ciudad frente al resto de sus conciudadanos. O quizá sí. Podía también emplearse políticamente para presentar la opción de una rápida sumisión al persa como una forma de apaciguar su ira. En política,

¹⁸ Hdt., VI,100-101.

cualquier argumento es susceptible de ser aprovechado a favor de una causa propia si es inteligentemente presentado.

La estrategia puesta en marcha por los persas durante esta campaña se fundamentó así, en nuestra opinión, en elementos más políticos que militares: una buena campaña de publicidad que confundiese los verdaderos objetivos buscados, una fuerza militar reducida que convenciese de esa publicidad y que permitiese evitar un conflicto general largo y costoso, y la búsqueda de apoyos desde el interior de las ciudades que facilitara la campaña militar y evitara grandes pérdidas materiales y humanas. Se establecían, por tanto, unos presupuestos completamente contrarios a los que fundamentarán el próximo intento persa de incluir Grecia entre los territorios del imperio en el 480 a.C.

4. La puesta en marcha de la estrategia: la expedición por las Cícladas hasta Maratón.

La campaña, al menos, contó con un año de organización previa.¹⁹ Durante ese tiempo se llevaron a cabo los preparativos materiales necesarios, especialmente la construcción de la flota que iba a transportar al ejército. El punto de partida y base de reunión de los contingentes y de los tributos necesarios para la expedición fue la llanura de Aleo, al este de la ciudad de Tarso, en Cilicia. Desde allí marcharon a Samos e Ícaro, con el fin de tomar rumbo a Naxos, isla que todavía no había sido conquistada.²⁰ Una expedición que tuviera como único fin una simple operación de castigo, no sería lógico que hubiera pretendido hacerse ahora con la polis, más cuando la última intentona en 499 a.C. había fracasado tras cuatro meses de asedio. Sin embargo, en este momento los naxios no ofrecieron resistencia, abandonando la ciudad y huyendo a las montañas.²¹ La razón de ese cambio de actitud frente al persa, dice Heródoto, que se debió al recuerdo del anterior episodio casi diez años antes. Quizá la causa del actual fracaso de los naxios estuvo en la disminución del potencial de la isla a lo largo de ese periodo, o que la sumisión de la Jonia había desanimado a los isleños ante cualquier intento de resistencia, o también pudo ser debido a un episodio de traición de un partido pro-persa. No lo sabemos, pero, lo que está claro es que esta etapa de la expedición se mantiene más en consonancia con una bien planificada operación de conquista de las Cícladas para la creación de una vía de comunicación rápida desde la costa central de Asia

¹⁹ Hdt., VI,95,1.

²⁰ Hdt., VI,95,2.

²¹ Hdt., VI,96.

Menor hasta Grecia, que con una mera acción puntual de venganza contra Atenas y Eretría.

A la conquista de Naxos le siguió Delos, cuya población se rindió, y donde la reacción de Datis fue completamente diferente. En vez de atacar la isla de Delos y los lugares próximos que servían de refugio a su población, el general persa optó por una política de buena vecindad y apaciguamiento, respetando y honrando el culto que allí se profesaba a Apolo.²² Bien pudo ser esta una medida publicitaria, que sirviera para animar a los griegos a entregar la tierra y el agua a los persas, y para poner buenos fundamentos para la nueva etapa de relación entre Grecia y Persia que pretendía inaugurar la expedición de Datis.

Desde Delos, la flota persa prosiguió la conquista de las islas que unían la ruta marítima entre Grecia continental y Asia Menor. A la isla del templo de Apolo, le continuó el resto de las pequeñas islas de su ruta hacia Caristo y Eretría. Sólo Caristo pretendió oponer resistencia a los requerimientos del ejército de Darío, pero tras comprobar cómo se saqueaban sus campos y se cercaba su ciudad, también los habitantes de la isla se plegaron a la voluntad de Datis y Artáfrenes.²³ Tampoco parecen responder estas acciones a una mera actividad de castigo, sino que se presentan como una acción dirigida a instalar un dominio estable en las islas del Egeo. Aparte de que la expedición no pasa de largo sobre estos obstáculos menores en su camino hacia el Ática, debemos fijarnos en cómo el ejército persa no se limitaba a la toma de la ciudad y a arrasar sus campos, sino que se aseguraba la fidelidad de sus poblaciones reclutando tropas y tomando rehenes. El número de los mismos no sería muy elevado dada la limitada población de esas islas y, por tanto, no era una forma de conformar un gran

²² Hdt., VI,97.

²³ Hdt., VI,99.

contingente para atacar Grecia, sino más bien una forma de asegurarse la fidelidad de su retaguardia.

La arribada de la flota a las costas de Eubea había sido prevista con antelación por sus dirigentes. Heródoto destaca las disensiones internas que vivía la ciudad en torno al difícil dilema de someterse al nuevo poder persa o resistirle buscando la ayuda del resto de Grecia. Las noticias que sobre este episodio tenemos son muy escasas. Lo que podemos sacar en claro de la narración herodotea es que los persas se sorprendieron al encontrar resistencia a su llegada a la ciudad, en contra de lo que parece haber sido lo planeado por ellos. Ese juicio parece que podemos inferirlo por el hecho de que, nada más tomar tierra en la costa, desembarcaron la caballería y, sin perder tiempo esperando a formar a la tropa de infantería, se dirigieron a la ciudad.²⁴ Esas prisas no se debieron a un intento de sorprender a la ciudad, que conocería desde hacía largo tiempo el envío de la expedición y el objetivo declarado de atacarles. Tampoco resulta lógico pensar que de esta manera pretendían enfrentarse lo antes posible a los eretrios, en su propio campo, empleando la caballería y sin contar con la infantería que era la mayor parte de la fuerza que transportaban. Evidentemente el modo de proceder persa aquí contrasta con la tranquilidad con la que se procedió a conducir toda la fase anterior de la campaña militar. No es lógico concluir del texto herodoteo que los persas pretendieran presentar batalla nada más desembarcar, sino que realmente pensaron que encontrarían el trabajo hecho de la entrega de la ciudad por parte de las facciones pro-persas aliadas y bien relacionadas con Hippias.

Heródoto da a esta versión el mayor espacio e importancia en las explicaciones de su narración sobre la parada en Eretría. Desde el principio parece presentar a la ciudad como condenada a ser entregada por una parte de sus habitantes que estaban en

²⁴ Hdt., VI,101,1.

connivencia con el persa. En cierta forma, la toma de Eretría adquiere tintes de tragedia, más todavía que en los casos anteriores. Heródoto presenta esta resistencia de parte de la población sin ninguna posibilidad de triunfo.²⁵ El partido defensor de la ciudad parece contar con la derrota (y así se lo habría comunicado Esquines a los cuatro mil clerucos supuestamente enviados por Atenas para colaborar en la defensa de la ciudad) y los seis días que duró la resistencia tan sólo sirvieron para que en ambos bandos se produjeran numerosos muertos. Pero la suerte estaba echada y al séptimo día el partido pro-persa de Euforno y Filagro, relacionados con Hípias y los Alcmeónidas,²⁶ entregaron la ciudad. Aquella anterior resistencia, realmente, fue un gesto inútil. Es más, parece haber aumentado el deseo de revancha de los persas que saquean e incendian la ciudad, sometiendo a parte de la población a la esclavitud y la deportación. Probablemente fue ese el mensaje que los generales persas deseaban mandar a los griegos de Atenas.

El episodio de Eretría supuso un necesario parón de unos cuantos días antes de continuar la campaña. En la continuación del texto de Heródoto, surge ahora un pasaje (Hdt., VI,102,1) de difícil lectura, entre el término *katorgontes* (que siguen Ph.-E. Legrand) y *katérgontes* (que sigue Hude). Aún no siendo esencial para la hipótesis interpretativa de esta campaña que estamos defendiendo, sin duda que la lectura de Ph.-E. Legrand se ajusta mejor a nuestra imagen: los persas zarparían a los pocos días de tomar Eretría hacia el Ática en medio de una gran euforia. No era para menos. La campaña estaba siendo un éxito y los pequeños conatos de resistencia que habían encontrado en su camino habían sido resueltos rápidamente. Quedaba tan sólo la última

²⁵ Hdt., VI,101,2-3.

²⁶ SCHRADER, 1981, p. 350, n. 495.

fase y la más difícil del plan, la toma del Ática, pero ya más de la mitad del mismo había sido llevado a efecto con gran éxito.

5. Los condicionamientos tácticos de la batalla de Maratón.

La base de operaciones elegida para llevar a cabo el ataque contra Atenas fue la llanura de Maratón. Heródoto responsabiliza a Hippias de la elección del lugar, aduciendo que esta era la zona del Ática más apropiada para el empleo de la caballería y por su proximidad a Eretría.²⁷ El desembarco de las tropas parece que se produjo a lo largo del día 8 del mes de Boedromion. La noticia de la arribada de los persas pudo llegar ese mismo día a Atenas que, sin duda alguna, y conociendo las intenciones de las fuerzas de Darío, habría dispuesto vigías a lo largo de la costa para mandar aviso inmediato a la ciudad del lugar y momento del desembarco.²⁸ Los sistemas de señales tanto diurnos como nocturnos eran conocidos por los griegos desde antiguo y en estos momentos poseían el grado necesario de desarrollo que permitiría la comunicación a distancia de mensajes de cierta complejidad.

No sabemos exactamente el desarrollo cronológico de los acontecimientos en Atenas. Heródoto dice que no fue hasta que se tuvo noticia del desembarco persa en Maratón cuando se envió a los diez estrategos con el ejército allí, al tiempo que se enviaba un mensajero a Esparta para pedir ayuda. Igualmente se debieron de enviar a otras ciudades aliadas, entre ellas Platea. Si nos atenemos estrictamente a lo que nos dice Heródoto, entonces las fuerzas atenienses llegarían como muy pronto al atardecer del día en que desembarcaron los persas o bien al amanecer del día siguiente. Es decir, que los persas al menos habrían contado con todo un día para desembarcar y tomar posiciones en la bahía y la llanura de Maratón. Pero parece difícil que la reacción ateniense pudiera haber sido tan rápida como algunos autores afirman.²⁹ Debió de ser

²⁷ Hdt., VI,102.

²⁸ GREEN, 1996, p. 31.

²⁹ HAMMOND, 1968, p. 34, da un plazo máximo de 24 horas para la llegada de los atenienses a Maratón.

necesario primero una discusión sobre la táctica a emplear, que se prolongaría más o menos en razón de la división de fuerzas en la ciudad, donde tenemos que recordar una vez más que debía existir un grupo pro-persa aliado de Hippias; una vez tomada la decisión de avanzar al encuentro de los persas a Maratón y teniendo en cuenta las noticias que desde allí llegaban, era necesario convocar la leva y dar un cierto tiempo para los preparativos de la movilización (no menos de un día) de una fuerza que no estaba compuesta por soldados profesionales, sino por ciudadanos. Sólo después podemos contar con que se pusieran las fuerzas atenienses en marcha (muy probablemente al amanecer) y que llegaran al final de esa misma jornada a Maratón. Lo más razonable en nuestra opinión es contar con un lapso de tiempo de tres días, nunca menos de dos completos y no más de cuatro.³⁰ Este hecho es importante puesto que los persas de Datis contaron entonces con al menos dos o tres jornadas para instalarse tranquilamente en la llanura y llevar a cabo los preparativos que consideraran necesarios para la aplicación de la táctica que pensaban emplear en ese momento de la campaña. Al contrario de lo que ocurrió en Eretría, aquí no desembarcaron en un lugar próximo a las puertas de la ciudad, ni enviaron a su caballería o a su ejército frente a los muros para retar en batalla a las fuerzas griegas. En este caso esperaron la llegada de los atenienses e incluso permitieron sin ningún hostigamiento que se posicionaran en el lugar más acorde, como inmediatamente veremos, para la defensa de la ciudad y para lograr un *impasse* en el desarrollo de los acontecimientos. No parece que los persas tuvieran prisa ni que temieran por la llegada de grandes contingentes griegos aliados de los atenienses. Es más, parece como si en esos momentos los generales persas contarán con el tiempo como un elemento que jugara a su favor.

³⁰ Para GRUNDY, 1901 [reimpr. 1968], p. 181, los persas habrían desembarcado con dos días de antelación con respecto a la llegada de los atenienses a la llanura.

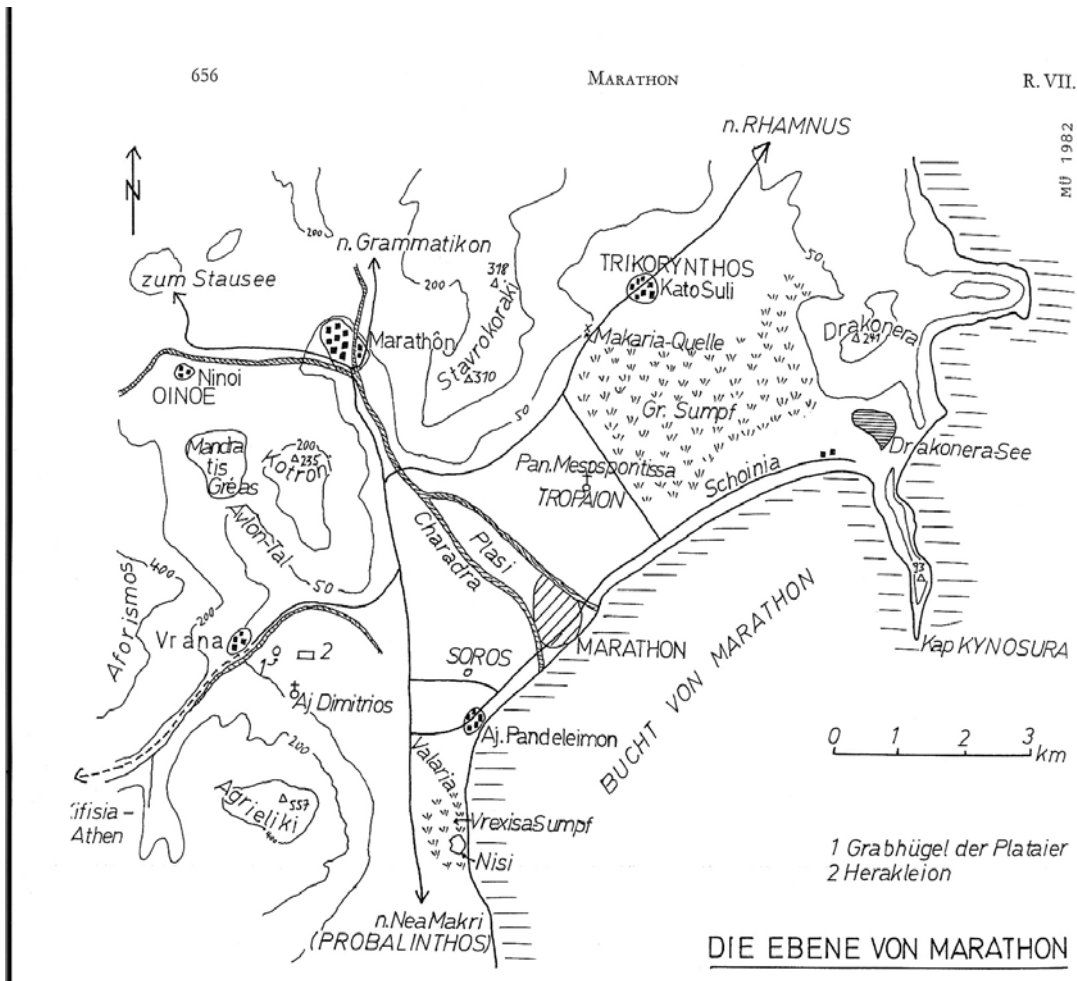
- La topografía de Maratón.³¹

Entramos así en el propio desarrollo táctico de la batalla, donde los elementos topográficos y logísticos han de ser nuestro primer punto de atención. La llanura de Maratón reunía unas excelentes condiciones para el desembarco de un gran contingente y para la preparación de un combate en campo abierto donde se hiciera uso de la caballería. La llanura es de carácter aluvial, con unos 10 km de largo y en torno a los 3 km de ancho de media. En la actualidad el nivel del mar se halla más elevado que en el siglo V a.C, en unos dos metros, pero también es cierto que durante estos 2500 años el continuo aluvión de sedimentos ha hecho que la llanura se eleve (en algunas zonas seguro que al menos unos 3 metros)³² y que cambie un tanto en su morfología. En la zona norte de la costa, la playa ha ganado terreno al mar, cerrando la bahía y creando un pequeño lago de agua salada junto al promontorio de Cinosura, conectado hoy en día con el mar por un pequeño canal.

El pequeño cabo de Cinosura es uno de los elementos más relevantes y que confieren a esta zona sus óptimas características para servir de puerto a las flotas de la Antigüedad. Tiene casi dos kilómetros y medio de largo y una altura de entre 20 y 90 metros en su cota más elevada. Sirve de malecón que protege eficazmente a la bahía de las corrientes y de los vientos procedentes del noreste, haciendo de esta zona de costa un lugar ideal para el desembarco. Cuenta, además, esta bahía con otro elemento muy favorable: sus amplísimas playas y su costa arenosa de escasa profundidad. La existencia de muchas fuentes de agua a lo largo de las faldas de las colinas que bordean

³¹ Sobre la topografía de Maratón, ver: PRITCHETT, 1960, pp. 137-190; PRITCHETT, 1965, pp. 83-93; PRITCHETT, 1969, pp. 6-9; GRUNDY, 1901 [reimpr. 1968], pp. 163-165; WOODWARD, 1927, pp. 253-254; VANDERPOOL, 1958, pp. 321-322; HAMMOND, 1968, pp. 14-26.

³² Pritchett considera que la llanura se habría elevado por sedimentación unos 3 m con respecto a su nivel en el 490. Para Hammond, esa elevación no sería de ningún modo homogénea en toda la llanura: *cfr.* HAMMOND, 1968, p. 16.



Mapa de la llanura de Maratón, MÜLLER, 1987, p. 656.

la llanura y la presencia de cuatro pequeñas poblaciones en el siglo V a.C. que conformaban la Tetrápolis de Maratón, sin duda que permitían pensar en este lugar como una localización muy favorable para la estancia de una flota durante un tiempo indefinido, si surgía la necesidad.³³

La llanura, actualmente, está atravesada por un torrente cuyas riberas forman un obstáculo importante en el centro de la llanura. Su presencia, no citada por Heródoto durante el desarrollo de la batalla, trajo durante muchos años de cabeza a los estudiosos que intentaron reconstruir la batalla. Sin embargo, desde los magníficos estudios de

³³ Sobre la cuestión de las fuentes de agua para las tropas, *cfr.* PRITCHETT, 1965, pp. 83-93.

reconstrucción de la topografía histórica realizados por W. K. Pritchett, sabemos que en el momento de la batalla el torrente llamado de Charadra no existió, o si existía no suponía ningún obstáculo y podía ser atravesado sencillamente a pie.³⁴ Ha sido el proceso de colmatación de la llanura y la excavación de su superficie durante dos mil años por el agua del torrente la que ha hecho que actualmente éste sí aparezca como un importante obstáculo que divide en dos el campo de batalla.

La imagen física de la zona la debemos completar refiriéndonos a la actual existencia de dos áreas pantanosas, una muy grande en el extremo norte y otra mucho más pequeña en el límite sur. Esta última no estamos seguros de que existiera en el momento en el que se produjo la batalla, y desde luego Heródoto no se refiere en ningún momento a ella.³⁵ Tampoco tiene especial trascendencia para el estudio del encuentro entre persas y griegos, por lo que podemos omitir cualquier juicio o hipótesis acerca de este aspecto de la topografía.

Sí que es más importante el caso de la zona pantanosa al norte de la bahía. Su existencia es asegurada tanto por Heródoto como por Pausanias y jugó un importante papel en el desarrollo de la batalla, destacándose su papel en la pintura de la Stoa Poikile.

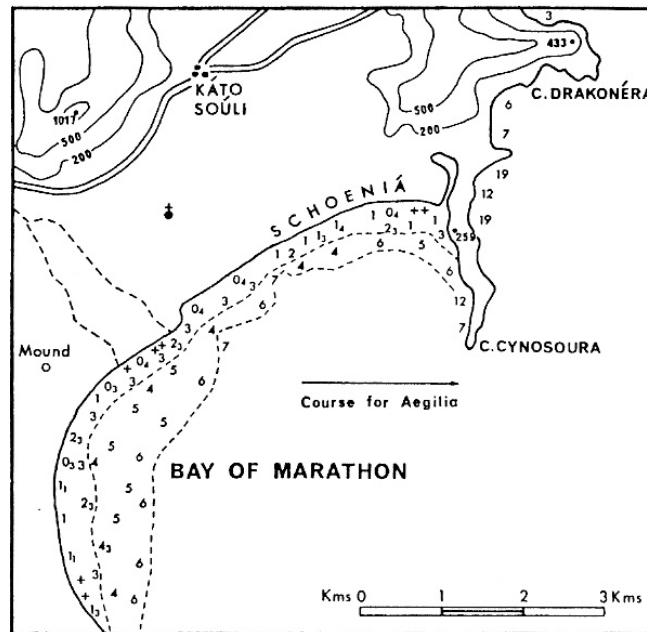
No sabemos exactamente las dimensiones que tenía en el siglo V a.C., pero debió de ser de una extensión importante y componer un obstáculo destacado.

Este gran espacio pantanoso deja libre al sur una gran extensión de terreno de costa, una playa actualmente de casi tres kilómetros de largo por casi uno de ancho. En el 490 a.C. podemos suponer que debía de alcanzar unas dimensiones parecidas, aunque

³⁴ PRITCHETT, 1960, pp. 156-157.

³⁵ PRITCHETT, 1960, pp. 152-154; Hammond considera que sí que existía en el momento en el 490 a.C.: *cfr.* HAMMOND, 1968, p. 18.

su forma debió de ser diferente. Dada la elevación del nivel del mar desde aquellas fechas, la playa debía de ser más ancha, contando además con que la gran marisma ten-



Mapa topográfico de la bahía de Maratón, con la indicación de las elevaciones en pies y de la profundidad en *fathoms*, HAMMOND, 1968, p. 42

dría una extensión menor gracias a que los depósitos aluviales serían menores y permitirían que el agua corriese más fácilmente hasta el mar. Pero, por el contrario, la playa tendría una disposición de su perfil de costa más inclinado hacia el norte, puesto que la laguna a los pies de Cinosura no existiría, sino que sería una entrada más profunda del mar en la línea de costa. La ribera arenosa, a su vez, estaría sólo conectada con la llanura por su extremo occidental donde el terreno pantanoso desaparecería o bien sería mucho más fácil de atravesar. Por el límite norte de la playa, el área

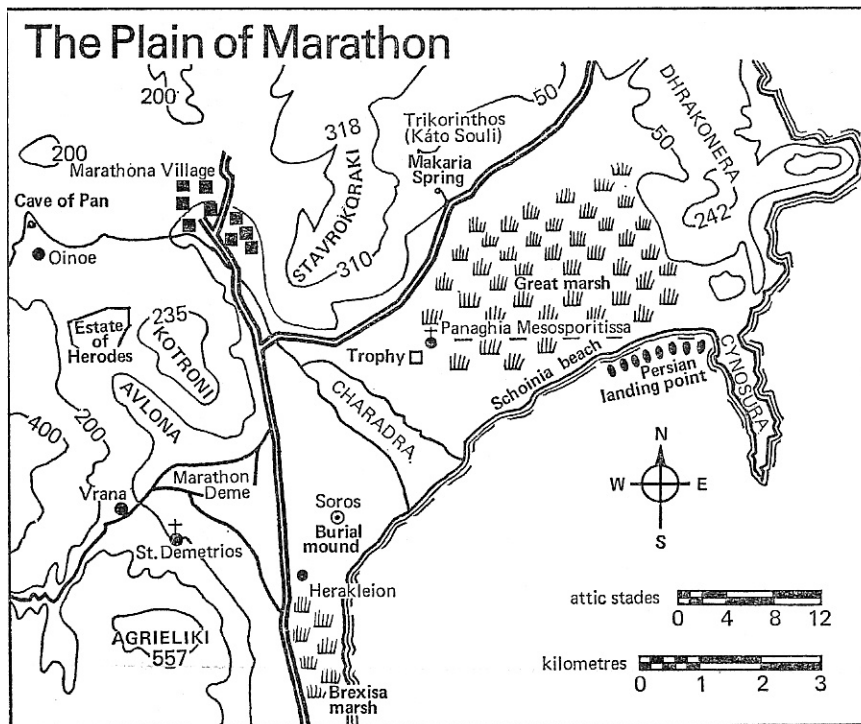
pantanosa parece que impediría cualquier ruta directa hacia el extremo septentrional de la llanura donde se encontraba Triacorintos y la fuente Macaria.³⁶

Los accesos a la llanura eran varios y desde todos los puntos cardinales. Por el sur, en el lugar actualmente ocupado por una instalación militar y el pequeño pantano, se iniciaría el camino de la costa que conducía por el sur del Pentélico y Palene hacia Nea Makri y Atenas. Un camino sencillo y bastante directo hacia la polis ática. Siguiendo la dirección de las agujas del reloj, nos encontramos con el monte Agrieliki de poco más de 500 metros de altura, que en su vertiente más oriental muestra las mayores pendientes, sin poder ser calificadas de abruptas. En su falda se abre el valle del Avlona, entre este monte y la colina de Kotroni, de poco más de 200 metros de altura. En ese valle y en las faldas de ambos montes se encuentran los más numerosos restos arqueológicos de muros, templos, fortificaciones y arquitecturas antiguas. Esta región sirve también de entrada a la llanura desde la ruta que, pasando por el noroeste del Pentélico y vía Cefiso, conduce a Atenas.

En la otra vertiente de la colina de Kotroni nos encontramos con el valle del torrente Charadra, entre esta colina y el monte Stavrokoraki, de apenas 300 metros de altura en su cima más próxima al mar, pero que más al interior sigue ascendiendo hasta casi los 400 metros. En este valle se encuentra la moderna Maratona y abre también la vía de acceso por Oinoe y el norte del Pentélico de nuevo hacia Cefiso y Atenas.

Como podemos ver, la llanura está perfectamente definida entre estos montes y el mar, poseyendo diversos y fáciles accesos por tierra hacia Atenas, y disfrutando de todas las características necesarias para ser un lugar muy adecuado para la parada de una flota en su camino hacia Atenas.

³⁶ Triacorintio se corresponde con Kato Souli, tradicionalmente considerado el emplazamiento del campamento persa: *cfr.* GREEN, 1996, pp. 30-31.



Mapa de la llanura de Maratón, GREEN, 1970, p. 33

No hay por qué dudar de que la elección del lugar se debió a Hippias y que en esa elección tuvo en cuenta las ventajas logísticas, topográficas y tácticas en relación con la caballería que ese lugar reúne.

- El tamaño de los ejércitos y sus lugares de acampada.

Para intentar responder a esa pregunta debemos primero situarnos en los días previos a la batalla y establecer las posiciones de cada contendiente en la llanura y la bahía de Maratón. De la misma manera, será necesario hacer la labor previa de establecer el tamaño de los dos ejércitos y sus necesidades logísticas al objeto de contar con el mayor número de argumentos posibles para decidir la posición más probable ocupada por cada uno de ellos y reconstruir lo más fielmente posible el cuadro de la batalla.

Los datos básicos y fiables que nos transmiten las fuentes sobre el tamaño de ambos contingentes son muy parcos y claramente insuficientes, por lo que tendremos siempre que tomar como fundamento elementos hipotéticos, más o menos probables, pero en ningún caso seguros. Sin embargo, con ellos, en nuestra opinión, podemos llegar a un grado de certeza bastante alto y suficiente para alcanzar los propósitos que estamos persiguiendo.³⁷ Por el bando persa, Heródoto nos da dos pistas importantes:

En Hdt., VI,95,2 se dice que la expedición persa contra Eretría y Atenas la componía un ejército terrestre que embarca en 600 trirremes en Cilicia.³⁸ Entre estos barcos no parecen incluirse aquellos que son empleados para el transporte de caballos, cuyo número desconocemos.³⁹ De este primer dato podemos sacar una conclusión. Esta fuerza era únicamente marítima, no estaba apoyada por un ejército terrestre que fuera asegurando lugares para el abastecimiento, sino que abastecimiento y bagajes serían

³⁷ Al igual que hace ENGELS, 1980, p. 13, autor en el que nos fundamentamos para nuestros planteamientos y cálculos logísticos, cualquier estimación del número de sirvientes y seguidores en los ejércitos es meramente aproximativo. También, para todos esta contabilización de recursos, es importante tener en cuenta el artículo de MAURICE, 1930, pp. 210-235, sobre el ejército de Jerjes para la campaña de la segunda guerra médica.

³⁸ En Hdt., VI,48, Darío ordena la construcción de barcos y de transportes para los caballos que planea enviar en la expedición a Grecia. En este caso hace uso de términos genéricos como son naves y transporte de caballos. Para MORRISON Y WILLIAMS, 1968, p. 128, aquí quedarían implícitos diversos tipos de barcos de guerra como son, además de los trirremes, los triaconteros y penteconteros. Más tarde, en VI,95,2, la referencia a trirremes es expresa. Probablemente Morrison y Williams tengan razón y la flota no estuviera compuesta exclusivamente de trirremes, sino de una diversidad de tipos de barcos. Nosotros emplearemos como únicamente presentes los trirremes, y esto por varias razones: en primer lugar porque Heródoto se refiere a ellos expresamente, y en segundo lugar porque nos permite realizar los cálculos aproximados que pretendemos hacer. Si no perdemos de vista ese carácter aproximado de las cifras que presentamos, no tenemos porqué desechar los resultados que obtengamos para la flota persa. La otra opción, dado que no tenemos los datos mínimos requeridos para ese cálculo, es inviable y deberíamos, por tanto, declararnos vencidos e incapaces de avanzar en el conocimiento de la batalla.

Probablemente esos 600 trirremes signifiquen, no un número exacto, pero sí la realidad aproximada del tamaño de la fuerza expedicionaria de Darío. Para BURN, 1984, pp. 237-238, el número de 600 barcos es una figura convencional, dado que por el desarrollo de la campaña persa, es evidente que las fuerzas de Datis eran muy limitadas. Como en seguida veremos, Burn no tiene en cuenta que dentro de ese número de navíos podemos suponer que se contabilizaban, no solamente los que transportan tropas, sino también aquellos que son empleados para llevar víveres, material y servidores, por lo que el verdadero número de combatientes es bastante reducido y acorde con la idea de Burn de que se trataba de una fuerza militar muy limitada.

³⁹ SCHRAEDER, 1977, n. 465, p. 343. Por el contrario Morrison y Williams consideran que sí que debían incluirse en esa cifra de 600 naves, en contra de lo que piensa Heródoto, las empleadas para el transporte de caballos: *cfr.* MORRISON-WILLIAMS, 1968, p. 130.

transportados en la propia flota. Esto, además, también se puede concluir de la ruta seguida por la expedición atravesando las islas griegas.⁴⁰ Por eso, la flota persa tenía necesariamente que estar compuesta por un número bastante limitado de hombres. En ningún caso se trataría de un contingente tan numeroso como el dirigido por Jerjes una década después de nuevo contra Grecia. Además debemos contar con que, según se nos detalla a lo largo de los siguientes capítulos, el ejército persa se fue reforzando con contingentes de los territorios por donde pasaba, sin especificar en ningún caso su número.⁴¹ No pudo tratarse de cifras elevadas de hombres dadas las pequeñas capacidades en cuanto a población de las islas del Egeo. Como el mismo Heródoto indica, se trata de grupos reducidos (uno o dos barcos a lo sumo) y de rehenes, tomados más para asegurar la fidelidad de las conquistas en retaguardia que para fortalecerse de cara al enfrentamiento con Atenas. De todas formas, la suma de esos contingentes no supuso un cambio logístico apreciable, puesto que los persas siguen sin tener necesidad de mantener un contacto con tierra para cubrir sus necesidades logísticas. Además, podemos pensar que estos refuerzos supondrían poco más que el número de las pérdidas que el ejército sufre en los asedios de Caristos y Eretría. Por tanto, consideramos aceptable el calcular que las fuerzas que arriban finalmente a Maratón fueron muy similares, si no idénticas, a las que partieron de las costas de Asia Menor.

El segundo dato relevante consiste en el número de bajas sufridas por el ejército persa durante la batalla en Maratón. Estas ascendieron a 6.400 bárbaros (Hdt., VI,117,1), la mayor parte de los cuales debió de pertenecer al centro de la formación persa, que resultó aniquilada por el movimiento convergente de las alas (Hdt., VI,113,2), donde los griegos habían vencido rápidamente, y donde después habían

⁴⁰ Hdt., VI,95,2-96,1; 99.

⁴¹ Por ejemplo, Hdt., VI,98,1; 99,1.

permitido a los soldados persas huir, pudiendo así ellos concentrarse en ese movimiento de convergencia hacia el centro que les llevó a la victoria total. La conclusión que podemos sacar es que el centro del ejército invasor lo compondrían unos 6.400 hombres, lo que constituiría aproximadamente un tercio del número total de soldados. Con ello podemos concluir que el ejército bárbaro presente en la llanura de Maratón estaría compuesto por unos 19.200 efectivos.⁴² Pero podemos afinar todavía más esta cifra. Durante la campaña de 480, Heródoto describe la forma en la que los persas trasladan en barcos a su infantería especificando que en cada trirreme viajaban sólo 30 soldados (ἐπιβάται) (Hdt., VII,184,1). Por lo tanto, el montante total de elementos de infantería alcanzaría un poco menos de los propuestos, limitándose a los 18.000, que divididos en partes iguales en tres grupos en la línea de batalla en la llanura de Maratón supondría situar 6.000 soldados en cada ala y en el centro de la línea. Tal cifra casa perfectamente con los 6.400 caídos por el lado persa en la batalla, es decir, la totalidad del centro y algunos cientos de bajas más en cada una de las alas.

Esa cifra no es el número total de soldados del contingente persa. A éstos también debemos añadir a los remeros. Una trirreme se compone de una tripulación total de 200 hombres, es decir, que tomando al pie de la letra a Heródoto, la expedición persa la compondrían 120.000 hombres más.

Pero a todo esto hay que sumar los barcos de transporte de caballos, cuyo número no tenemos contabilizados en ninguna fuente. Podemos suponer que las fuerzas de caballería serían equivalentes a la décima parte de las fuerzas de infantería, como era costumbre en la organización del ejército persa; es decir, que Darío habría enviado a Grecia unos 1.800 caballos. No sabemos el tipo de barco en el que fueron transportados, y por tanto tampoco podemos saber con seguridad que cantidad de barcos supuso su

⁴² HIGNETT, 1963, pp. 55-74 hace este mismo cálculo y lo redondea a 20000 soldados de infantería presentes en la batalla.

transporte y cuántos deberíamos agregar a los ya calculados. Sin embargo, sí que sabemos que el número de caballos que podía cobijar una trirreme era de 30, con una tripulación de 60 hombres.⁴³ Esto supondría que el número de navíos para la caballería sería igual a 60, manejados por 3.600 hombres más a unir a la expedición. Asimismo, también cabe pensar que los 30 caballos de cada barco estarían cuidados por sus jinetes, al igual que 30 eran los soldados de infantería adscritos a cada barco persa, con lo que al conjunto de la fuerza militar debemos sumar otros 1.800 hombres. En total, por ahora, sería de 143.400 hombres.

El problema surge por el hecho de que en las trirremes, en caso de ser tripuladas por 200 hombres, apenas quedaba espacio libre para algo más que el agua que consume cada remero, algunos pocos víveres y el aparejo del barco⁴⁴. Dado que la expedición no cuenta con bases en tierra para avituallarse, resulta necesario que a esa flota le acompañara un grupo de barcos de transporte, que al igual que ocurre con las naves dedicadas a trasladar a la caballería, no estarían incluidas entre los 600 barcos de transporte de la infantería.⁴⁵ Para calcular las dimensiones de ese tren de equipajes debemos intentar calcular de forma aproximada las necesidades logísticas que tal ejército necesitaría cubrir.

⁴³ MORRISON-WILLIAMS, 1968, pp. 248-249; CASSON, 1971, pp. 92-94. Las primeras trirremes para el transporte de caballos aparecen en el 430 a.C. Hasta ese momento su transporte se realiza con barcos normales. Por tanto, los cálculos que aquí hacemos tienen un valor únicamente aproximativo.

⁴⁴ CASSON, 1971, p. 90: *Stocking provisions for 200 men was utterly out of question; a fleet was either accompanied by supply ships, or it arranged to put in at shore each night to allow crews to forage for their dinner*; sobre el aparejo que llevaba cada trirreme, *cfr. op. cit.*, pp. 246-251. Entre estos se encontraban maromas, banderas, luces, dos juegos de velas, cuerdas, anclas de piedras, etc.

⁴⁵ HAMMOND, 1968, pp. 32-33, habla de un mínimo de 25000 combatientes persas, más 376 trirremes, 280 navíos mercantes, 400 pequeñas embarcaciones y un número desconocido de barcos para el transporte de caballos. A ellos se sumarían los remeros y sirvientes dando un total mínimo de unos 80000 hombres, lo que coincidiría con el epigrama atribuido a Simónides que cifra en 90000 hombres los componentes de la expedición persa. GREEN, 1996, p. 30, siguiendo al autor anterior, aporta unos números poco diferentes: unas fuerzas totales de 80000 hombres, distribuidas en 400 mercantes y 200 trirremes. Sin embargo, tales cálculos parece difícil hacerlos casar con los condicionamientos logísticos de un ejército de aquellas dimensiones y con la más que probable relación de fuerzas en la batalla entre griegos y bárbaros.

Un contingente compuesto por 143.400 miembros precisa de 186.420 kg de comida diaria, así como 286.800 litros de agua.⁴⁶ A eso hay que sumarle las necesidades de los 1.800 caballos, que suponen 16.200 kg de comida y 64.800 litros de agua por jornada de viaje, sumando un total próximo a los 550.000 kg. Puesto que Darío pretendía no depender de tierra y seguir una ruta rápida por las islas, donde escasamente encontraría víveres disponibles, el rey persa tuvo que transportar consigo los víveres y el agua necesaria para la mayor parte de la campaña, hasta conseguir derrotar a Atenas y disponer de los suministros del Ática. Al menos podemos contar con que portaría consigo los suministros necesarios para cubrir las necesidades de todo su ejército durante diez días, lo que le otorgaría la autonomía necesaria frente a cualquier contingencia. Por tanto, los persas deberían disponer de una flota de transporte suficiente como para cargar con 5.550.000 kg de abastecimientos.

Probablemente Darío empleó otros tipos de embarcaciones, no sólo trirremes para el transporte de las vituallas y del equipo necesario para el ejército. Pero, dado que nos es imposible conocer qué tipo de barcos se emplearon en esa ocasión, y teniendo siempre presente que todos estos cálculos responden únicamente a un intento de adquirir una cierta idea de lo que suponía en tamaño el ejército persa que luchó en Maratón, partimos de la hipótesis de que todos ellos eran trirremes. El problema es que desconocemos la capacidad de carga de una trirreme. La forma más aproximada que tenemos para calcularlo es fijándonos en el caso de los barcos de transporte de caballos. Como media, un caballo pesa unos 450 kg. Si en una trirreme se pueden disponer 30 caballos, esto nos permite calcular un mínimo de carga de unos 13.500 kg. Eso supondría la necesidad de fletar 40 trirremes para la logística de la campaña, manejadas

⁴⁶ La ración mínima por cada hombre adulto en una expedición sería de unos 1,300 kg de grano al día o su equivalente nutricional, así como un poco más de 2 litros de agua, también diarios. Para todos estos cálculos nos hemos fundamentado en los ya aplicados por Engels al ejército macedonio: *cfr.* ENGELS, 1980, p. 18.

por 60 hombres cada una de ellas y, así, aumentando el número de participantes en la aventura en 2400 hombres. Así, el total de fuerzas que podemos calcular de forma aproximada es de un ejército compuesto por 145.000 hombres de los cuales 18.000 serían fuerzas de infantería, 1.800 de caballería, y el resto remeros que desempeñarían también todo tipo de servicios auxiliares, embarcados todos ellos en 700 navíos. Sería, para los estándares del imperio persa, una fuerza pequeña, aún más si la comparamos con la que preparará Jerjes diez años más tarde, y muy cercana a las cifras que Heródoto manejaba para esta campaña.

Partiendo de esas cifras debemos también llevar a cabo los cálculos en relación con el espacio ocupado por el campamento persa en la llanura de Maratón. En primer lugar, en cuanto a las naves, no se nos dice cómo estaban varadas, si en una línea, en varias líneas, en tierra o ancladas en alta mar. Lo que sí sabemos es que cada trirreme ocupa un espacio de 35 metros de largo y unos 5 metros de ancho. Si dejamos dos metros a cada lado entre barco y barco, los 700 navíos de la flota persa compondrían una línea de unos 4900 metros de largo. La playa de la bahía de Maratón, en su zona más septentrional protegida por el cabo de Cinosura, tiene casi cuatro kilómetros de largo, con lo que no habría espacio suficiente para la arribada de todas las naves persas, y por lo tanto éstas tuvieron obligatoriamente que disponerse en varias líneas en tierra o quedar ancladas en el mar. En cuanto al campamento persa, los 145.000 hombres y 1.800 caballos ocuparían un espacio de 545.000 m², como resultado de asignar 4 m² de espacio para cada hombre y 8 m² a cada caballo. Eso supondría la posibilidad de establecer todas las fuerzas persas en una superficie de unos 740 metros por cada lado.

Para el bando contrario, Heródoto tampoco nos dice el número de los soldados griegos presentes en la llanura de Maratón. La mayor parte de los autores consideran

10.000 la cifra más probable, propuesta con la que coincidimos.⁴⁷ Heródoto sí que afirma que fueron diez los estrategos atenienses presentes en Maratón, cada uno de ellos al frente de la leva de su tribu. Por episodios posteriores de la historia de Grecia sabemos que cada tribu aportaba entre 900 y 1.000 hombres. Dada la urgencia de la situación es comprensible que Atenas movilizara a todas sus fuerzas disponibles, dándonos un máximo probable de 10.000 hoplitas y un mínimo (también hipotético) de 9.000. Como, además, Heródoto sí que nos indica que a las fuerzas atenienses se les unieron 600 plateos, el número de 10.000 parece muy próximo a lo que debió de ser la realidad, aun considerando que no todos las tribus atenienses hubieran podido aportar los 1.000 hombres. Paralelamente, esos 600 plateos constituían también toda la fuerza disponible de su ciudad, reafirmandonos con ello aún más en la idea de que Atenas enviaría todas las fuerzas disponibles de cada circunscripción.

Otro indicio de la verosimilitud de esta estimación es que los griegos tuvieron que aligerar el centro de la formación de combate que presentaron a los persas y distribuir a los hombres en las alas, puesto que, siguiendo una disposición normal, aquellos les rebasarían en los flancos, situación que resulta letal para una formación hoplítica. La modificación decidida por los estrategos hace que ambas formaciones estén dispuestas en una extensión muy semejante de terreno. Es cierto que esa modificación esconde también una táctica clara de sacrificar el centro de la formación con el fin de vencer a los persas mediante la convergencia de las alas hacia el centro y que, además, ese cambio no nos asegura que fueran exactamente 10.000 los griegos dispuestos para el combate. Sin embargo, aquí contamos con que todas las fuentes de la batalla parecen coincidir, con independencia de los números exactos que adjudiquen a

⁴⁷ HIGNETT, 1963, pp. 55-74.

cada contrincante, en que la relación de fuerzas era de 2:1.⁴⁸ Teniendo ciertas seguridades de que el número de persas con los que Darío presentó batalla en Maratón eran una cifra cercana a 20.000 hombres, la consideración de que fueran 10.000 los griegos aumenta y parece bastante segura.

Pero los hoplitas griegos de este periodo no marchan solos, sino que siempre se hacen acompañar por un servidor que les porta la coraza y les sirve de ayuda. Heródoto no se detiene a mencionar estos pormenores, de sobra conocidos por sus oyentes y cuya relevancia en el desarrollo fundamental de la batalla es nula. Pero a nosotros sí nos interesan con el fin de considerar las circunstancias logísticas a las que los griegos tuvieron que enfrentarse. Por ello partiremos de la suposición de que, en líneas generales, cada hoplita era acompañado por un sirviente, que durante la batalla quedaría en el campamento griego al cuidado de las pertenencias. Así, la expedición griega que se dirige desde Atenas a Maratón debemos al menos doblarla y calcularla en 20.000 hombres.

La regla general parece ser que cada hoplita tenía la obligación de procurarse víveres para 3 días al salir de campaña.⁴⁹ En un régimen normal de comidas el montante de víveres y agua para tres días para 20.000 hombres supone 81.540 kg de grano y 136.200 litros de agua. A ese peso debemos añadir las corazas (unos 22,5 kg por cada soldado) y las pertenencias personales, que D.W. Engels calcula en 22 kg por cada individuo que combate.⁵⁰ Muchas de esas pertenencias personales y material necesario

⁴⁸ Nepote, *Milciades*, V; HOW-WELLS, 1912 (reimpr. 1998), pp. 353-363.

⁴⁹ Esto está ampliamente testimoniado en las fuentes y parece además completamente lógico. Las campañas griegas se desarrollan en un principio en territorios próximos a la polis de origen. No cabe pensar en grandes y largas campañas. Tres días de raciones pueden suponerse como las apropiadas para el viaje de ida hasta la llanura donde se va a combatir, el propio día de combate, y el viaje de regreso a casa: *cfr.* PRITCHETT, 1970, pp. 30-52.

⁵⁰ ENGELS, 1980, p. 12, n. 4 y p. 21, n. 31; para una enumeración de algunos de los pertrechos llevados por los soldados griegos de Filipo y Alejandro en campaña, ya después de la reforma de Filipo tendente a

para la vida en campaña podría ser compartido entre el hoplita y su sirviente, pero aun así debemos también considerar que este último debería acarrear algunas pertenencias propias, quizá la mitad de lo portado por el soldado, es decir, unos 11 kg. El cálculo total de víveres y material acarreado por el ejército griego es de 475.740 kg.⁵¹ Tal carga es fácilmente asumible por un ejército de 20.000 hombres: los sirvientes portarían la mayor parte del equipaje (unos 40 kg), quedando a cada hoplita apenas 8 kg de equipaje para transportar.⁵² Las fuentes no nos dicen que los hoplitas no transportaran nada, sino tan solo que eran los sirvientes los encargados de llevar la parte más pesada del equipaje: la coraza. En caso de que los hoplitas estuvieran libres de transportar cualquier tipo de carga, eso nos llevaría a la necesidad de emplear mulas de carga y a complicar con ello enorme e innecesariamente las obligaciones logísticas de la operación militar.⁵³

- La disposición de los ejércitos en el campo de batalla de Maratón.

Sin olvidar en ningún momento que todas las cifras calculadas son meramente hipotéticas, aunque muy plausibles, establecidas con el único fin de poder hacernos una idea aproximada de las necesidades e imposiciones logísticas de cada ejército de cara a

reducir el tren de equipajes. También LEE, 2007, pp. 108-116, calcula el peso de las armas ofensivas y defensivas entre 11 y 23 kg para los soldados griegos de la *Anábasis*.

⁵¹ Partimos de la premisa de que en esta ocasión los griegos no llevan consigo tiendas de campaña para establecer el campamento. La operación militar tan próxima a la propia ciudad, en verano y con una duración previsiblemente bastante limitada, no lo haría ni aconsejable ni necesario. En agosto y en septiembre, en Grecia es perfectamente posible dormir al raso, vivaquear, sin necesidad de tiendas de campaña ni de ningún tipo de refugio. Tampoco en las fuentes se mencionan en ninguna ocasión tiendas de campaña o similares.

⁵² Lo máximo que puede portar un hombre durante un trayecto largo, sin perjuicio para su salud está entre 35 y 40 kg.: *cfr.* ENGELS, 1980, p. 21, n. 31.

⁵³ Si liberamos a los hoplitas de toda carga de equipaje nos quedan 75.740 kg para transportar mediante mulas. Eso supone, teniendo en cuenta que además del equipaje debemos calcular y sumar las necesidades de grano y agua de los animales, un tren de equipajes compuesto por más de 1.300 mulas. Sobre el empleo de carros y animales de carga en los ejércitos, y los inconvenientes que suponen, *cfr.* ENGELS, 1980, pp. 14-16. Algunos autores, a la hora de describir la fuerza griega que marcha hacia Maratón, dicen que los bagajes eran portados por mulas o burros, pero tal afirmación es probablemente debida más a la falta de reflexión sobre este aspecto que a una verdadera defensa de esa suposición. *Cfr.* GREEN, 1996, pp. 31-33.

la batalla que se avecinaba, hemos de intentar ahora reconstruir el cuadro del campo de batalla localizando, en primer lugar, las bases de cada uno de los contingentes.

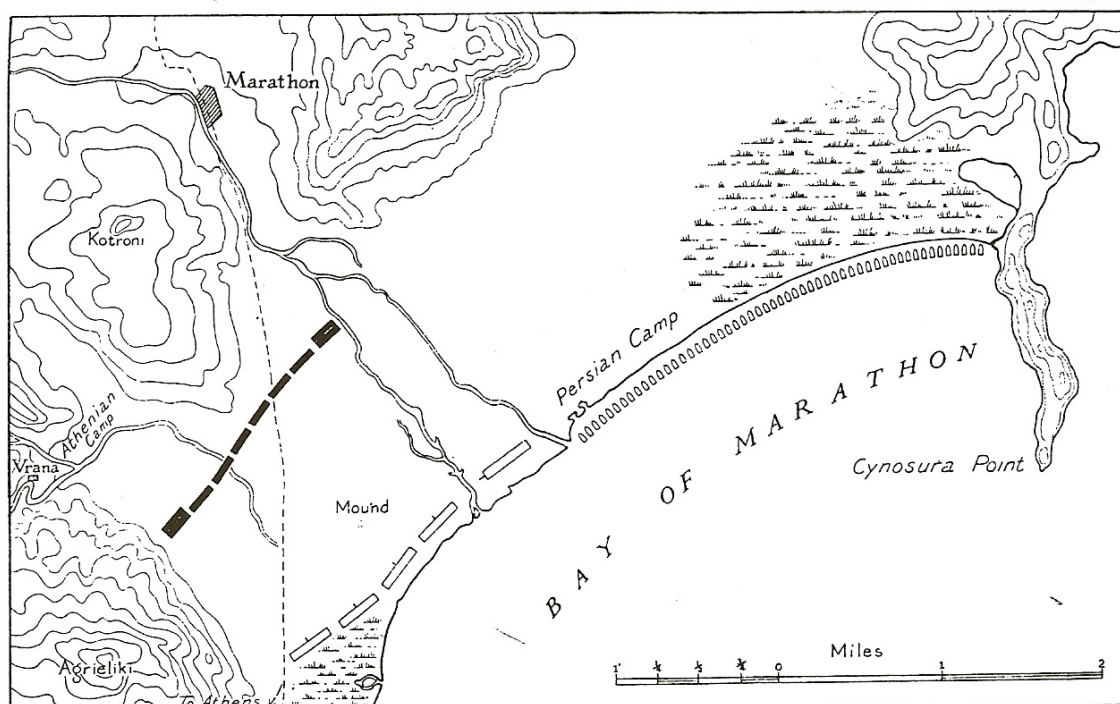
Las naves persas fueron situadas en el lado norte de la bahía, bajo la protección del cabo de Cinosura, en la playa de Maratón, de poco menos de 4.000 metros de longitud y unos 300 de anchura.⁵⁴ El espacio costero no permitía la arribada en tierra de todos los barcos. Así no extraña que Heródoto emplee el término ὀρμίζω (anclar), cuyo primer significado es “anclar”, para describir la situación de las naves una vez llegados a las costas de Maratón.⁵⁵ Puede ser que algunos barcos fueran llevados a tierra para labores de reparación o secado de las naves, lo cual no contradeciría el verbo empleado por el historiador.⁵⁶

En cuanto a los soldados, la práctica en Oriente era proteger las acampadas mediante empalizadas, muchas veces empleando un pequeño muro de tierra y los propios escudos de los soldados como muralla. Ese tipo de campamento lo tenemos reflejado tanto en relieves asirios como egipcios. En ambos casos los campamentos presentan planimetrías regulares (cuadradas, rectangulares o redondas), con una o dos calles principales que se dirigen hacia el centro de la acampada, donde se encuentra la tienda principal, teniendo todo el conjunto normalmente una sola puerta principal de acceso y distribuyendo las diferentes armas del ejército, las bestias de carga y la caballería en áreas perfectamente diferenciadas. Durante la segunda guerra médica es habitual que Heródoto mencione la existencia de una fortificación más o menos importante junto a las tropas persas y donde muchas veces terminan refugiándose éstas

⁵⁴ Sobre esta cuestión ver PRITCHETT, 1960, pp. 157-159.

⁵⁵ Hdt., VI,107,2: *Acto seguido, a medida que las naves fueron arribando a Maratón, mandó [Hípias] echar anclas (ὀρμίζε) y, cuando los bárbaros hubieron bajado a tierra, les indicó la formación a adoptar (διέτασσε).*

⁵⁶ Como defienden autores como, por ejemplo, HAMMOND, 1968, p. 42. Como ocurre en otros pasajes en Heródoto, podemos comprender este verbo con un sentido más amplio de “entrar las naves en puerto”, “arribar”.



Plano de la llanura de Maratón y disposición de los campamentos persa y griegos, GRUNDY, 1901 [reimpr. 1968], p. 167.

tras ser derrotadas en el campo de batalla.⁶¹ En todos los casos parecen haber sido construcciones más o menos potentes en madera. Igualmente las naves varadas en las playas son protegidas por su lado de tierra mediante estructuras semejantes. Pero, en Maratón, Heródoto no nos refiere ninguna defensa de ese estilo. Eso podemos pensar que es debido a la falta de atención a esos pequeños detalles por parte del escritor de Halicarnaso, a la falta de información al respecto de sus fuentes, o que en este caso no había ninguna estructura defensiva de ese tipo.

La siguiente cuestión a la que tenemos que tratar de encontrar una respuesta es el lugar donde se encontraba el campamento persa, si junto a las naves en la propia playa o al norte del pantano, en Kato Souli (Triacorinto). Pausanias recoge la tradición de que

⁶¹ Ver, por ejemplo, los casos de las batallas de Platea y Micala.

en el momento de su visita a la zona se enseñaba en las inmediaciones de Kato Souli el lugar ocupado por la tienda de Datis y los abrevaderos de sus caballos.⁶² No nos describe de ninguna manera qué elementos eran los relacionados con la acampada de Datis casi quinientos años después de los acontecimientos, por lo que resulta muy problemático juzgar el valor de este testimonio. El que se mantenga tal tradición tantos años después de los hechos no es de por sí ninguna prueba, ni a favor ni en contra. Podemos pensar tanto que el mantenimiento y localización de esa memoria es prueba de su realidad, como que con el tiempo se conformara entre la población de los alrededores una leyenda que uniera hechos reales con hechos imaginarios, interpretando equivocadamente algunos restos antiguos.⁶³

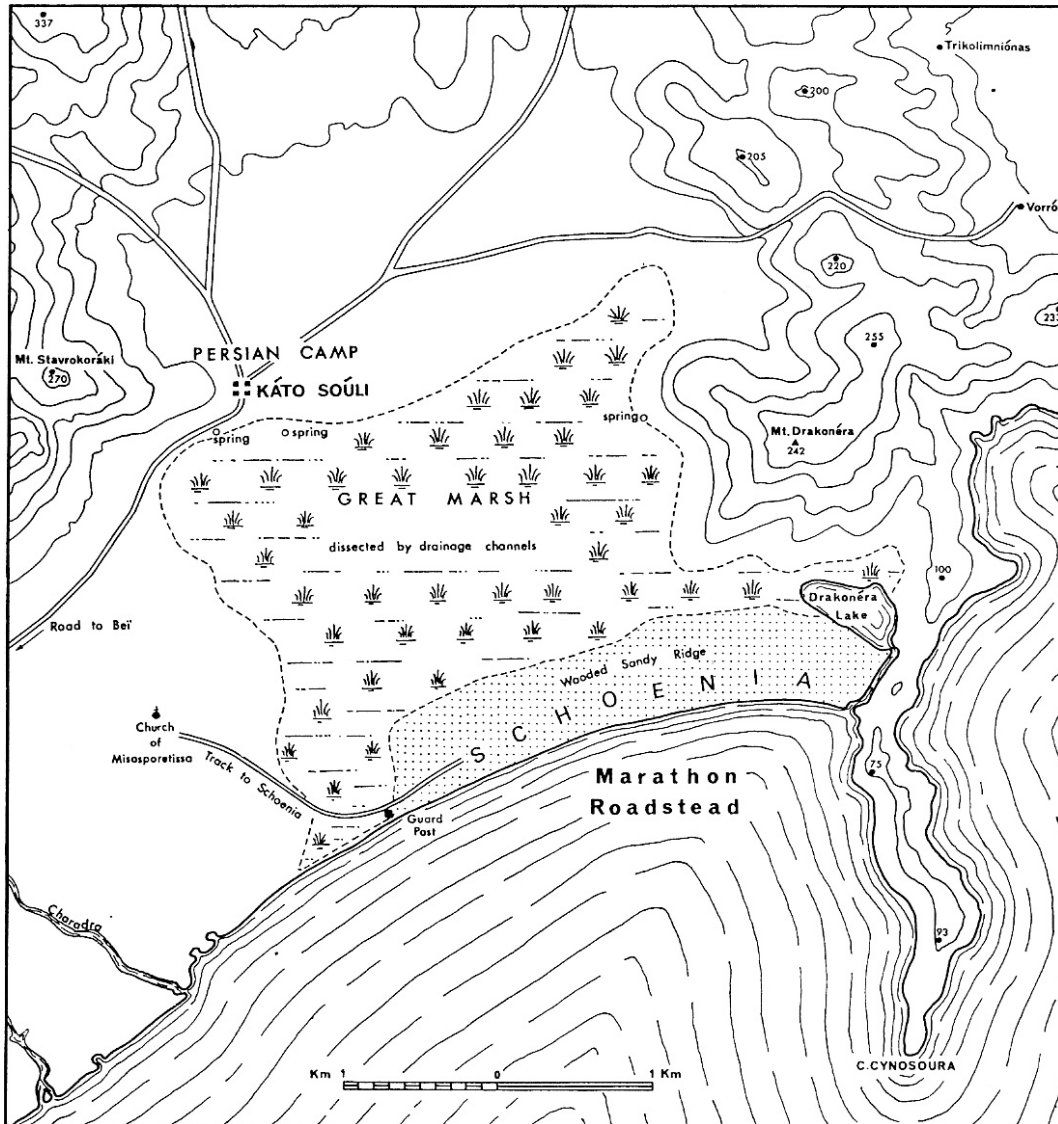
Desde un análisis puramente topográfico, las posibilidades que se nos presentan son dos. En primer lugar está la localización del campamento persa en la propia playa, que trae consigo las ventajas tácticas de la proximidad a los barcos y la facilidad para la vida diaria del ejército invasor que eso puede suponer. Además, también cuenta con una beneficiosa posición defensiva que le proporciona estar rodeado por el mar y por el gran pantano, con una única entrada posible junto a la costa, lo que también le proporciona un acceso fácil y directo a la llanura de Maratón. La extensión de esta playa pudo haber sido algo ajustada, pero suficiente, para albergar tanto a los barcos como el

⁶² Paus., I,32,7: *Hay en Maratón un lago pantanoso en su mayor parte. En él por desconocimiento de los caminos cayeron los bárbaros en su huida, y dicen que a causa de esto tuvo lugar la gran matanza. Sobre el lago están los pesebres de piedra de los caballos de Artafernes y marca de la tienda en las rocas. También corre un río desde el lago, que proporciona agua adecuada para el ganado en las vecindades del mismo lago, pero en su desembocadura en el mar ya se hace salino y se llena de peces de mar. A poca distancia de la llanura está el monte de Pan y una gruta digna de ver* (traducción de HERRERO INGELMO, 1994).

⁶³ Ejemplos muy claros tenemos, por ejemplo, en Madrid, donde los jardines del Palacio Real de Madrid son denominados como “Campo del Moro” como supuesto recuerdo de que fue allí donde se situó el campamento moro durante las luchas por la conquista de la ciudad; o también, dentro de la región madrileña, la denominada como “Silla de Felipe II”, rocas en forma de asiento que la tradición popular ha unido equivocadamente al rey constructor del Monasterio del Escorial, desarrollando la leyenda de que era desde ese mirador desde donde seguía y supervisaba las obras de construcción de su palacio-monasterio, explicación esta inverosímil dada la posición de este emplazamiento con respecto a la monumental construcción.

campamento. Las desventajas que ofrece son la lejanía de fuentes de agua, la falta de terreno para la caballería y la insalubridad por la proximidad a una zona pantanosa y, por tanto, proclive a que aparezcan enfermedades entre las tropas. Griegos y persas conocían este problema y procuraban evitarlo, tanto para las acampadas como para el establecimiento de colonias, aldeas o campamentos.

Otra posibilidad es situar el campamento en la zona donde tradicionalmente se hace, es decir, en la zona de Kato Souli, donde se localiza la tradición que hemos podido leer en Pausanias. Es una zona amplia, de fácil acceso hacia la llanura, con conexión por caminos hacia el noreste del Ática, con numerosas fuentes muy próximas que asegurarían el abastecimiento de agua potable a hombres y animales, y con colinas al norte y este de la llanura, así como con el gran pantano al sur, todos ellos sirviendo de defensas naturales para la acampada. De todas formas, si es aquí donde se situó el campamento, muy probablemente se hubiera construido algún tipo de fortificación, que ni Heródoto ni ninguna otra fuente nos menciona. En cuanto a las desventajas de este lugar se encuentra el hecho de la lejanía con respecto a las naves. Entre ambos lugares media una distancia en línea recta de más de dos kilómetros, pero que en realidad son más de tres teniendo en cuenta que había que rodear por el oeste el gran pantano para acceder de uno a otro punto. Las dificultades que supone eso para la vida cotidiana de un campamento son fáciles de suponer, así como los riesgos a los que se someten tanto a las naves (que habría que mantener protegidas constantemente mediante algún destacamento de fuerzas) como a los soldados del campamento, que en caso de necesitar huir del territorio, amenazados desde el oeste por los griegos, tendrían muy difícil el poder llegar a sus barcos, quedando como única escapatoria el camino por Rahmnuso hacia el estrecho de Eretría.



**Zona oriental de la llanura de Maratón,
HAMMOND, 1968, p.20**

Una opción intermedia consistiría en situar el campamento en la misma llanura de Maratón, frente al gran pantano. Eso conlleva la desventaja de exponer constantemente a los soldados a cualquier ataque desde la llanura, siendo la única solución posible la construcción de una gran fortificación. Pero bajo esa hipótesis, las condiciones tácticas habrían cambiado completamente y con ello las circunstancias del combate y, además, es seguro que esa estructura fortificada se habría mantenido en el

recuerdo y habría sido mencionada por todas las fuentes que tratan de esta batalla y de esta región del Ática. Por tanto, en nuestra opinión, esta es la opción menos probable y la que sin duda podemos desechar. Sin embargo, no resulta fácil decidirse entre las otras dos propuestas, aunque pensamos, *a priori*, que la situación del campamento al norte de la zona pantanosa tiene más probabilidades de ser la acertada. Valorando las ventajas y desventajas de una y otra posición, la opción del entorno de Triacorinto parece ser la más razonable, en especial por la facilidad de acceso a fuentes de agua y el mayor espacio para la caballería. Pero, en todo caso, ambas posibilidades son plausibles.

Para la localización del campamento griego Heródoto nos indica explícitamente que se situaron en el témenos del templo de Heracles, y que fue allí donde se les unieron las tropas enviadas por Platea.⁶⁴ Para el templo de Heracles se han propuesto dos localizaciones, las dos en la boca del valle del Avlona y del Vrana, pero en un caso en la falda sur del monte Kotroni y en otro en la falda norte del Agrieliki. La localización propuesta por Pritchett nos parece la más convincente, pero de todas formas debemos también intentar juzgar la cuestión desde el punto de vista táctico y de la práctica castramental griega del momento.⁶⁵

Ya hemos visto que el στρατόπεδον griego no se debe entender como una base permanente para dirigir la conquista o el dominio de un territorio. En este siglo V es habitualmente el lugar de descanso del ejército antes de la batalla, el lugar donde se mantiene en seguridad en la retaguardia las posesiones del ejército. Aún más en una movilización como la de Maratón, donde la expedición se produce tan próxima al Ática y resulta tan urgente y apremiante la salida hacia el campo de batalla, el campamento

⁶⁴ Hdt., VI,108,1: *Los atenienses, por su parte, habían tomado posiciones en un terreno consagrado (τεταγμένοι ἐν τεμένει) a Heracles cuando acudieron en su auxilio los plateos con la totalidad de sus efectivos.*

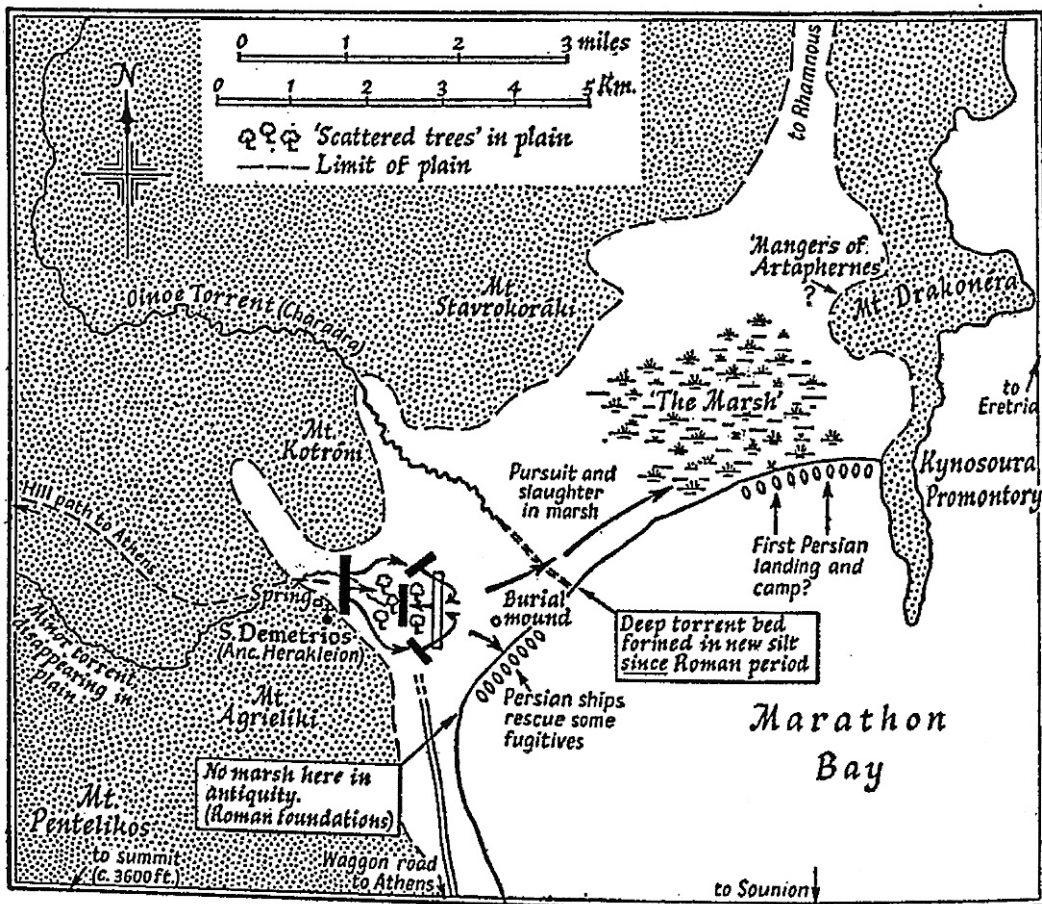
⁶⁵ PRITCHETT, 1960, pp. 138-140; sobre otras propuestas acerca de la localización del campamento griego, ver también Caspari, 1911, pp. 100-103.

griego era tan sólo el lugar de descanso previo al combate. La elección de su posición se debía fundamentalmente a consideraciones tácticas que pretendían obtener el mayor número de ventajas posibles de cara a la próxima confrontación. Además, se tenían en cuenta la cercanía de fuentes de agua, lugares para obtener víveres, rutas para asegurar ese abastecimiento, así como evitar las zonas inundadas o pantanosas que pudieran suponer un riesgo para la salud de los soldados. En el caso de la emergencia de Maratón, y dada su vecindad a la ciudad de Atenas, las necesidades que determinarían los criterios tenidos en cuenta para elegir el lugar no tuvieron que ser tantos. De todas formas, el valle del Avlona disponía de fuentes de agua abundantes y varias líneas de comunicaciones con la ciudad rápidas y seguras, tanto para animales de carga como para contingentes armados, que asegurarían el mantenimiento de las líneas de suministro para el contingente heleno.⁶⁶

Los ejércitos griegos buscaron siempre situar sus fuerzas y lugares de acampada en las faldas de las colinas. Se solía evitar la instalación de acampadas en llanuras o en el fondo de los valles por los peligros tácticos que eso suponía. En general, en una llanura, un ejército acampado podía verse descubierto y atacado desde todos los flancos, lo que obligaría, por tanto, a levantar construcciones defensivas para el campamento, trabajo para el que los soldados-ciudadanos griegos no se mostraban proclives. Además, eso no impediría, en el caso de situarse en una zona llana como era Maratón o en el fondo del valle del Avlona, que fueran atacados desde las alturas próximas mediante proyectiles. Una solución más sencilla y completa era situarse en las faldas de las montañas. Allí todas las ventajas tácticas las disfrutaban las fuerzas griegas: podían mantener la vigilancia sobre el enemigo, no tenían que temer ataques desde las alturas,

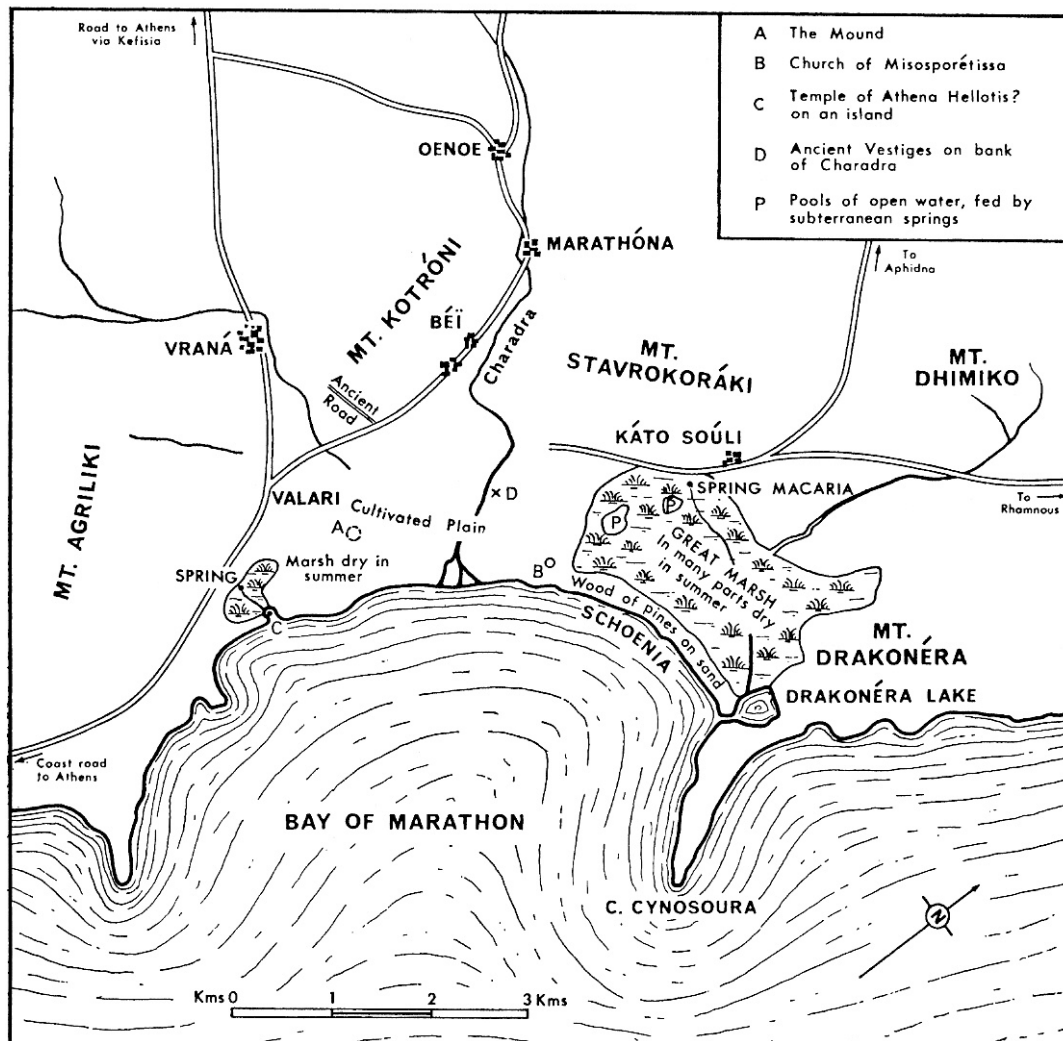
⁶⁶ Actualmente, como podemos comprobar en los mapas topográficos de la zona, en la falda norte del Agrieliki había un pozo, una fuente de agua en la falda norte del Vrana y el cauce de agua del Rappendosa.

cualquier fuerza enemiga se encontraría con la desventaja de tener que emprender una carga cuesta arriba y los griegos, a su vez, podrían defenderse desde las alturas e incluso contraatacar en formación aprovechando el desnivel para adquirir más fuerza de choque y de empuje frente a la formación contraria. Todos esos argumentos los tuvieron



Llanura y batalla de Maratón, BURN, 1984, p. 244

en cuenta y siguieron los generales griegos al disponer el campamento en el templo de Heracles, cuya localización siempre se produce en la falda de una de las elevaciones que limitan el valle del Avlona. Sin embargo, tácticamente, es muy superior la posición en



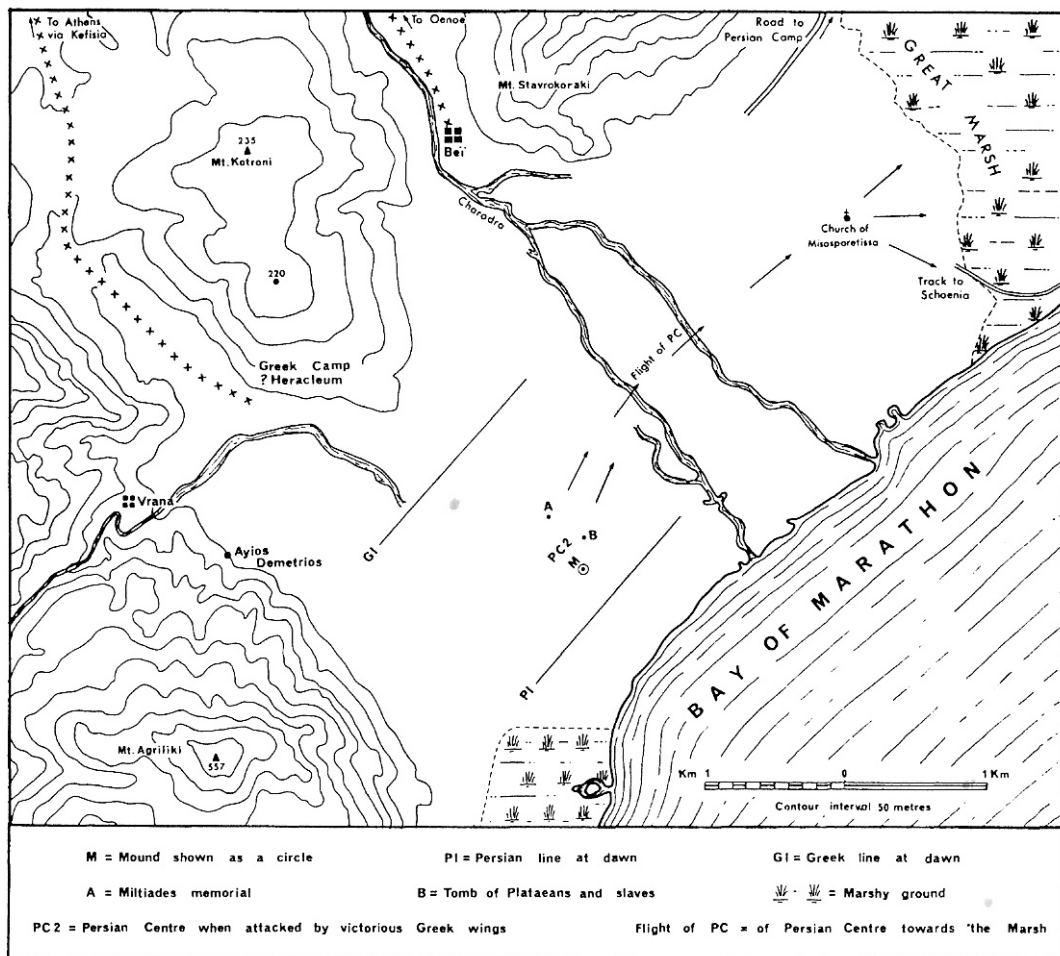
Bahía y llanura de Maratón (copia del plano de Leake publicado en 1829).
HAMMOND, 1968, p. 21

la falda del monte Agrieliqi que la del monte Kotroni. Situar el campamento en este último emplazamiento carece de lógica. Sería colocar el campamento y al ejército de espaldas al enemigo y permitiendo que sólo uno de los extremos de la acampada mantuviera el campo de visión sobre el ejército enemigo y la llanura. Esa posición sólo podría tener explicación en el caso de que los griegos buscaran ocultarse del enemigo, pero no existe ninguna razón para ello: ni griegos ni persas en Maratón buscaban el

factor sorpresa ante el combate anunciado al que se daban cita. Además, en esa posición podían correr el riesgo de ser atacados desde las alturas del monte Kotroni por una fuerza persa que, avanzando por el valle del Charadra, ascendiera al monte Kotroni y facilitara un movimiento en pinza desde el valle del Avlona y desde las alturas del Kotroni. La única ventaja que se disfrutaría sería a la hora de defenderse de una fuerza que pretendiera penetrar por el valle para coger el camino hacia Atenas. Entonces esa posición sí tendría sentido puesto que permitiría atacar a la fuerza invasora desde una altura y desde su flanco derecho, siempre el más desprotegido. Pero no hay razón para contemplar esa posibilidad tan peligrosa si se cuenta con una opción mejor para avanzar hacia Atenas como es el camino de la línea de la costa, del que esa posible posición griega se hallaría alejado casi tres kilómetros.

Si, como vemos, las desventajas de localizar el templo de Heracles (y así también el campamento griego) en el monte Kotroni son muchas, la posición del santuario en la capilla de San Demetrio en el Agrieliki disfruta de enormes ventajas. Desde allí se disponía de una completa visión sobre la llanura y la bahía, se dominaban con la misma facilidad los pasos del Avlona y el camino hacia Atenas por la costa, no existía el peligro de ser atacados por la retaguardia y, en caso de que se intentara sortear la posición de los griegos rodeando los montes al oeste de la llanura, los griegos disponían de la ventaja de su mayor proximidad a la ciudad y, además, por rutas más rápidas y directas hacia Atenas.⁶⁷

⁶⁷ BURN, 1984, p. 243.



Área occidental de la llanura de Maratón, HAMMOND, 1968, p. 19

Realmente, si la localización del templo y del campamento coincide con la capilla de San Demetrio, como propone Pritchett (y todo parece indicar que así sería), los griegos eran dueños tácticamente de la batalla y de la campaña. Pero, entonces, si los persas contaron con al menos dos días de ventaja para la elección de sus posiciones de cara a la confrontación en la llanura, ¿por qué les dieron aparentemente tantas ventajas?, ¿fue un error de los generales persas o de Hippias, o escondía una táctica más compleja que pretendía engañar a los griegos? Parece muy difícil que tanto Hippias como los generales persas cometieran aquí tantos y tan profundas equivocaciones.

En nuestra opinión, es más fácil pensar en que esas supuestas ventajas griegas eran más bien un regalo envenenado de los persas, que aceptar que cometieron aquí una serie de errores graves y en cadena como no lo habían hecho en el resto de esta campaña.

La suma de combatientes y servidores de la expedición griega hemos calculado que debió aproximarse a los 20000 hombres. De esa expedición hemos excluido cualquier tipo de bestias de carga y carros, y tampoco hemos considerado el que los griegos portaran tiendas de campaña. Ambas circunstancias son debidas a la emergencia de la situación que afrontan, a su proximidad con Atenas y a que no era previsible una campaña larga. Por ello evitarían cualquier carga extra que les ralentizara la marcha y que probablemente no sería de utilidad en el campo de batalla (y que en todo caso podían ser traídos desde la ciudad rápidamente). De ahí que el espacio ocupado por el campamento se limite al espacio de terreno necesario para dormir al raso servidores y soldados.⁶⁸ Dentro de la falta de un orden expreso de acampada entre los griegos, desde luego entre los diferentes contingentes existirían caminos y vías de paso, tanto entre los contingentes de cada tribu, que probablemente dormían en torno a sus generales, como también, y más especialmente, entre los soldados atenienses y el contingente de plateos. Todos ellos formarían una sola zona de acampada, pero a diferencia de los persas, no lo harían en un espacio único, sino que probablemente se distribuirían en una columna alargada que reflejase la distribución de marcha y de combate, estructurándose internamente todo el campamento por unidades jerárquicas. Es decir, que el campamento se compondría como la continuación de once zonas de acampada (una por

⁶⁸ Asignamos, como hemos hecho en el caso del ejército persa, de forma general 4 m² como espacio estándar ocupado por cada hombre y sus pertenencias. Fechemos la batalla en agosto o en septiembre, la climatología de Grecia por esas fechas hace posible sin ninguna dificultad el dormir al raso contando sólo con algunas mantas o algún tipo de cobertor. Esta es otra de las razones por las que podemos descartar con casi total seguridad que el campamento griego contara, en esta ocasión, con tiendas.

cada τάξις, más la de los soldados de Platea), separadas entre sí por un espacio de terreno y distribuidas en línea a lo largo de la falda de la montaña. Cada unidad de tribu contaría con 1800 hombres (combatientes y no combatientes), lo que supondría un espacio 7200 m², es decir algo así como un cuadrado de unos 90 metros por cada lado.⁶⁹ La separación entre cada una de estas zonas sería muy clara, por lo que entre cada uno de estos cuadrados de acampada podemos contar con unos 10 o 15 metros de terreno (lo que suma unos 150 m más a la línea de frente del campamento). En total, el campamento griego podía ocupar un rectángulo de unos 100 m de ancho y 1100 m de largo, dispuesto siguiendo más o menos una misma línea de cota la falda del Agrielikí. La referencia al templo no implica que todos los soldados se dispusieran en torno al lugar sagrado, sino que Heródoto, como es lógico, toma un lugar destacado en el paisaje de la zona para ubicar la localización del στρατόπεδον. Probablemente el templo de Heracles quedaría en el extremo occidental de la zona de acampada, con lo que el στρατόπεδον estaría bastante centrado con respecto a la llanura y al monte Agrielikí.

En torno al campamento se dispondría un sistema de guardias en el límite mismo de la acampada. Además se dispondrían puestos de observación avanzados que sirvieran para lanzar la alarma al campamento en caso de que observaran algún movimiento peligroso o informar de cualquier otra novedad en la posición enemiga. En este caso concreto, el control del territorio y la seguridad del mismo sería fácil de poner en marcha gracias a que el monte Agrielikí, situado justo a la espalda del campamento, permitía una perfecta visión sobre la llanura, la bahía y el campamento persa. Si además, como parece probable, dispusieran también de puestos de observación en el

⁶⁹ Esto es un cálculo hipotético y aproximado, que tiende a redondear por encima las cifras dado que los griegos, al contrario que romanos o persas, no llevaban a cabo, que sepamos ningún trabajo previo de preparación del terreno de la acampada, adaptándose a las circunstancias del terreno y por tanto teniendo que contar con que muchas veces el espacio entre un soldado y otro no sería, ni mucho menos, homogéneo.

monte Kotroni, el control sobre la zona por parte de los griegos sería perfecto. Pritchett localiza en su mapa los restos de varios fuertes en las inmediaciones de la llanura que, sean o no contemporáneos a la batalla, sí indican al menos los lugares más apropiados para ser empleados como puestos de observación. En el monte Agrieliki, en la cota 209, aparece uno de ellos, en una posición excelente para controlar tanto los movimientos persas en la bahía, como la llanura y el paso hacia Atenas. Puestos avanzados como éste habría probablemente más, tanto en las colinas cercanas, como en la propia llanura de Maratón.⁷⁰

No es probable que el campamento hubiera contado con algún tipo de estructuras o muros defensivos reseñables. Pese a que en ese sentido se han interpretado algunos pasajes de las fuentes de que disponemos para la batalla, creemos que esa opción es poco probable.⁷¹ En primer lugar, porque la construcción de estructuras defensivas, la fortificación de campamentos, no aparece entre los ejércitos griegos de la Hélade hasta unas décadas más tarde y, primeramente, con seguridad de forma más habitual únicamente con el objetivo de proteger las naves varadas en la orilla, o en establecimientos permanentes. En segundo lugar, por la propia naturaleza táctica de su posición. El establecimiento en una colina era la forma de defensa más valiosa, puesto que suponía grandes desventajas para el adversario y sólo ventajas para ellos. La construcción de empalizadas a lo único que conduciría era a limitar las posibilidades de movimiento de los soldados. El campamento, volvemos a recordar, es aquí sólo

⁷⁰ Lo mismo cabe decir de las fuerzas persas. Muy probablemente dominarían el monte Stavrokoraki, casi hasta el valle del Charadra, y Cinosura, controlando igualmente toda la zona desde la posición opuesta. También, junto a la fuente Macaria, reconoce Pritchett la presencia de un fuerte que podría indicar un lugar tanto de observación sobre la llanura como de seguridad para el acceso al campamento si este estuviera localizado en Triacorinto.

⁷¹ GREEN, 1996, pp. 31-32. Para PRITCHETT, 1965, p. 9, los árboles a los que se refiere el pasaje de la Suda no serían en ningún caso árboles caídos formando una barricada, sino árboles vivos puesto que se refiere a ellos como *dendra*. El texto de Suda y su traducción lo hemos tomado de HAMMOND, 1968, p. 39.

concebido como la retaguardia de la línea de batalla. No es una posición permanente, sino un lugar de paso y descanso en retaguardia. Cualquier trabajo de fortificación era considerado una pérdida de tiempo y esfuerzos para una posición que se iba a mantener el tiempo mínimo necesario, lo cual habitualmente era bastante poco. De haber sido de otra forma, no cabe duda de que Heródoto nos lo hubiera referido así. Se suele aducir que al menos en los flancos de la formación y el campamento podrían haberse empleado árboles para protegerse de las posibles acometidas de la caballería. Esto tampoco es de manera obligada así, como se puede comprobar durante la batalla de Platea.⁷² La mejor defensa frente a la caballería era la formación cerrada de los hoplitas o el empleo de los arqueros. De todas formas, al situarse el campamento sobre una pendiente, la acción de la caballería se limitaba y ralentizaba, convirtiéndose en fácil blanco para cualquier arquero u hondero griego. Los testimonios de las fuentes que algunos interpretan como referencia a una fortificación del campamento, están en nuestra opinión mal entendidas y, como veremos más tarde, se pueden interpretar con otros sentidos más acordes con el marco del desarrollo de la teoría militar griega del momento, o simplemente ser desechados como anacronismos. Pero, en nuestra opinión, la menos probable de las posibilidades es interpretarlas como referencia a construcciones defensivas del campamento griego.

- Resumiendo: las condiciones estratégicas previas en la batalla de Maratón.

Con lo hasta aquí visto creemos que hemos repasado de forma bastante exhaustiva los principales elementos tácticos a tener en cuenta antes de enfrentarnos con el desarrollo mismo de la batalla, lo que haremos a continuación. Teniendo presente todo lo estudiado resulta muy difícil entender cómo los generales persas dieron tantas

⁷² Por ejemplo, los griegos se hallan desguarnecidos frente a la caballería en Hdt., IX,19-21.

facilidades a las fuerzas griegas, cómo les permitieron hacerse dueños del campo y les invitaron al combate en clara ventaja en todos los aspectos menos en el número de sus contingentes, en el que los griegos estarían superados en una relación de 2:1.

Los acontecimientos a partir de este momento son, en nuestra opinión muy interesantes y reveladores. Los griegos habrían llegado sin ningún obstáculo hasta la llanura y sin ser hostigados ni obligados a un combate inmediato, tomaron posiciones en los lugares más favorables. Los persas parece que se limitaron a dejar hacer. Una vez en el escenario, habiéndoseles unido los plateos, los generales griegos habrían podido calcular fácilmente el tamaño de las fuerzas persas, si es que aún no disponían (lo que es más que probable) de esa información. Podemos suponer que en esa tesitura, conociendo la clara desventaja de fuerzas en las que se hallaban los griegos, el temor que el ejército persa imponía aún a los griegos de la Hélade y la información de que los espartanos habían diferido su ayuda hasta la aparición de la luna llena, todo eso debió de reabrir en el seno del Estado Mayor griego la disputa sobre si lo más conveniente era iniciar la batalla, esperar, o retirarse. Si, además, los persas contaban con partidarios suyos entre los dirigentes atenienses, es probable que éstos, cargados ahora con más razones, pudieran reabrir la discusión e intentar disuadir a los griegos de iniciar el ataque, aconsejando más bien la cesión a las exigencias del Rey. De entre todas las opciones posibles, la más razonable parecería, con los datos que hemos estado viendo, mantenerse en esa posición y diferir en lo posible la lucha esperando la llegada de los espartanos. El tiempo corría siempre a su favor ante la promesa de la llegada muy próxima de las imponentes fuerzas espartanas que equilibrarían la lucha, esperando en una posición muy favorable para reaccionar a cualquier movimiento persa y perfectamente situados en relación con el suministro de víveres y de agua para permanecer allí todo el tiempo necesario. El único peligro provendría de que los persas

embarcaran de nuevo y marcharan contra la ciudad. Sin embargo, el control visual que ejercían desde sus posiciones sobre la bahía les permitiría una reacción a tiempo. Por tanto, desde el punto de vista griego, no había ninguna prisa por resolver el combate.

Si, como es muy probable, Milcíades podía sospechar de la existencia de una quinta columna de los Pisistrátidas favor del regreso de Hippias y la entrega de la ciudad a los persas, el peligro era que a sus espaldas los grupos favorables a Hippias dieran un golpe de mano durante la ausencia del ejército o abrieran las puertas al persa. Ese sería, bajo esta hipótesis, un peligro real a tener en cuenta, pero mientras el ejército estuviera aún intacto y bajo su dominio, las posibilidades de restaurar el poder o imponerse a cualquier intento de traición aumentarían. Desde luego, además, teniendo en mente los recientes sucesos de Eretría, el regreso de los soldados a Atenas y la esperanza de resistir dentro de los muros, era desde luego la peor de las posibilidades que se le presentaban en ese momento a los mandos griegos leales con la causa de la libertad de Grecia.

Desde el campo persa las decisiones tomadas por sus jefes carecen de sentido si prescindimos de la posibilidad de que estuvieran esperando el momento oportuno para actuar cuando, desde Atenas, un partido pro-persa diera la señal de que la entrega de la ciudad estaba ya preparada.⁷³ Sin esa razón, la táctica persa resultaba sencillamente suicida y el tiempo corría sin duda en su contra: su presencia en Maratón, que era al fin y al cabo territorio enemigo, no podía mantenerse indefinidamente por muy buenas que fueran las condiciones tácticas y logísticas del ejército. La demora en presentar batalla a las tropas de Milcíades o el intentar un avance hacia Atenas, contrastaba claramente con

⁷³ La acusación contra los Alcmeónidas, según la cuál ellos fueron los responsables de la señal hecha con un escudo desde Atenas, parece difícil de ser aceptada teniendo en cuenta la situación política de la ciudad en esos momentos y los antecedentes de cada partido en liza. De ahí que no extrañe el rechazo que Heródoto hace de semejante acusación (Hdt., VI, 121-131), que más probablemente fuera producto de la propaganda política del partido de Milcíades. *Cfr.* WALKER, 1969, pp. 167-172. De lo que resulta mucho más difícil de dudar, tanto porque Heródoto subraya la verosimilitud del episodio, como porque así parece desprenderse de forma lógica de los sucesos que rodean a la batalla de Maratón, es de que se transmitió una señal desde Atenas a los persas (Hdt., VI, 124,2).

su conducta durante toda la campaña y podía significar el único fracaso, pero el más importante de todos y el que diera al traste con todos sus esfuerzos y éxitos anteriores.

Sin embargo, si aceptamos la hipótesis de la traición de un grupo pro-persa desde dentro de la propia polis (probablemente de los Pisistrátidas), que Heródoto como el resto de sus contemporáneos parecía contemplar aunque no se atrevieran a denunciar más claramente, todo adquiere sentido. Pero, nos gustaría insistir en que la defensa de esta hipótesis no es una explicación *post eventum*, sino la única respuesta lógica que se plantea frente a la actitud persa desde su llegada a Maratón y la conclusión más razonable a la que habría que llegar contásemos o no con la narración herodotea.

Hipias conocería, sin duda, el obstáculo religioso que se les presentaba a las fuerzas espartanas para asistir a Atenas en Maratón hasta la llegada de la luna llena. El calendario de la campaña era esencial. Entre la llegada de los persas a Maratón y el plenilunio se darían condiciones inigualables para que triunfaran los apoyos de Hipias en Atenas. La oposición política saldría a la cabeza del ejército a hacer frente a los persas en Maratón, con lo que en realidad dejarían desguarnecida la retaguardia. Cuanto más tiempo estuvieran entretenidos en un *impasse* de espera frente a los persas a casi 50 km de la ciudad, más tiempo tendrían sus aliados para trabajar por sus intereses. Desde ese punto de vista, las posibilidades que les quedaban a sus enemigos y al ejército ateniense no eran en absoluto alentadoras. Si los generales griegos decidían regresar a Atenas, y permitir que el gran ejército de Darío se presentara y acampara junto a la ciudad, las posibilidades de que el partido pro-persa acabara venciendo, como había ocurrido en Eretría eran muy elevadas y, además, rompiendo la solidaridad entre las ciudades griegas que pudieran oponer resistencia al imperio persa, como Platea o Esparta, la futura labor para la conquista completa de la Hélade habría logrado un importante avance, asegurando casi la victoria final, de forma fácil y completa. En caso

de permanecer en Maratón y decidirse a presentar batalla al invasor, con una relación de fuerzas de 2:1, las posibilidades de salir victoriosos los griegos eran también escasas, con lo que eso llevaría sin duda a la conquista de la ciudad por la fuerza o por la rendición, e Hippias podría presentarse en ese caso como el salvador de la ciudad de un desastre mayor al interceder, gracias a sus lazos de amistad, ante Darío para que éste depusiera su cólera y se aplacara su ira y sus deseos de venganza con la derrota inflingida al ejército en Maratón. Como ya vimos, una vez caída Atenas, las puertas del dominio de la Hélade estaban abiertas. Bajo esas premisas se entiende perfectamente que los persas dejaran libertad completa de maniobra a los griegos a su llegada a Maratón y que no tengamos ningún indicio en las fuentes que nos lleve a pensar en hostigamientos o búsqueda de la confrontación por parte de ninguno de los dos bandos.

Probablemente una tercera opción era la que más podía favorecer a los intereses persas porque supondría una victoria total política y militar con un número de bajas previsible entre sus hombres mínimas. Esta posibilidad consistía en mantener a los griegos inmovilizados en Maratón, mientras una parte de sus tropas por mar, y aprovechando unas noches aún oscuras por no haber llegado la luna llena, se dirigirían a tomar Atenas. La navegación de Maratón a Atenas podría prolongarse toda la noche, pero a la mañana siguiente tras unas diez o doce horas de periplo, Artáfnos y Datis podrían entrar en la ciudad. Una vez conseguido este objetivo, las tropas atenienses y de Platea se vería rodeadas por delante y por detrás por los persas, sin poder contar con ayuda desde la ciudad y, mucho menos, de cualquier otro aliado que no se arriesgaría a apoyar una causa perdida y enemistarse con el poder fabuloso y emergente en la Hélade de los persas. Al ejército de Milcíades sólo le cabría la rendición o iniciar un ataque suicida sin ninguna esperanza de victoria y sin ninguna razón, una vez perdida la ciudad, para llevarlo a cabo.

La lucha entre Milcíades y Hippias sería, por tanto, una verdadera guerra de nervios. La táctica de los persas contaba únicamente con una posible debilidad, resquicio que parece que supo entender y aprovechar de alguna manera a tiempo Milcíades. Ese punto débil era el momento en el que las tropas persas se hubieran dividido, para conducir parte de ellas por mar hacia Atenas. Si los persas lograban llevar a cabo esa maniobra sin ser conocida por los griegos, la suerte estaba decidida; pero si los griegos llegaban a darse cuenta de ese movimiento existía un riesgo hipotético de que decidieran presentar batalla en Maratón frente a las disminuidas fuerzas persas. Aún en ese caso las posibilidades de éxito griegas frente a los persas que superaba a los griegos 2:1 eran pequeñas, más aún si pese a ese esfuerzo los persas lograban tomar la ciudad. En tal caso, lo previsible sería que los griegos fueran vencidos, pero aún en el caso contrario, los griegos tendrían que volver a enfrentarse en los alrededores de su ciudad con un contingente persa aún fresco, superior en número a los atenienses, y reforzado por todo un imperio detrás de ellos. Sin duda que las opciones presentes eran descorazonadoras para Atenas y muy halagüeñas para Hippias. El único elemento esencial al que debían atender los persas era evitar que la situación se prolongara hasta dar tiempo a que los espartanos se presentaran en el campo de batalla. Entonces la lucha sería igualada y la victoria muy difícil o con un alto coste, en un lugar muy alejado de sus bases militares, lo que les impediría poder asentar sus dominios.

6. La batalla de Maratón.

Con todas esas opciones abiertas, los días fueron transcurriendo, probablemente siguiendo siempre el mismo ritual. Todas las mañanas ambos ejércitos formarían frente a frente esperando a conocer la decisión del enemigo de atacar o posponer un día más la confrontación. No podemos tampoco desdeñar la posibilidad de que entre los generales griegos y bárbaros se dieran mientras tanto conversaciones e intentos de llegar a posibles acuerdos. La larga experiencia de Milcíades en el Quersoneso fue de enorme valor en estos momentos para tratar con el persa y conocer las opciones militares y políticas que se abrían o cerraban. La dilación, sin duda, jugaba a favor de los griegos, que pudieron así calcular mejor la situación táctica para la lucha que se avecinaba. Desde sus posiciones, los generales griegos pudieron comprobar el peligro que suponía mantener su formación de ocho soldados en fondo y la presencia de la caballería. Dada la diferencia numérica de soldados de a pie, los griegos serían siempre rebasados por las alas y la derrota era segura. Había que impedir esa situación y Milcíades entendió perfectamente tanto las ventajas tácticas griegas y como las debilidades persas. El hijo de Cimón es seguro que conocía bien el modo de actuar de los ejércitos bárbaros en batalla, cómo ponían sus mejores fuerzas en el centro con vistas a desbaratar la formación contraria y arrollarla, separando los flancos enemigos que serían atosigados por la caballería. Por el contrario, la fortaleza de una formación hoplítica residía en su cohesión y en el mantenimiento de los flancos libres de ataques. De ahí que fuera esencial evitar la presencia de los expertos jinetes persas y que la falange contraria no desbordara las alas. La transformación que realiza de la falange va directamente dirigida a solventar ese segundo problema.⁸¹ Pero no sólo eso. La genialidad de Milcíades

⁸¹ HIGNETT, 1963, pp. 40-55. Para CASPARI, 1911, p. 103, la razón de ese cambio estaría en que el centro de la llanura estaría repleto de árboles y viñas que impedirían el desenvolvimiento de la falange, posiblemente apoyándose en Nepote, *Milcíades*, V. Sin embargo tal propuesta carece tanto de datos objetivos que lo apoyen como de lógica estratégica.

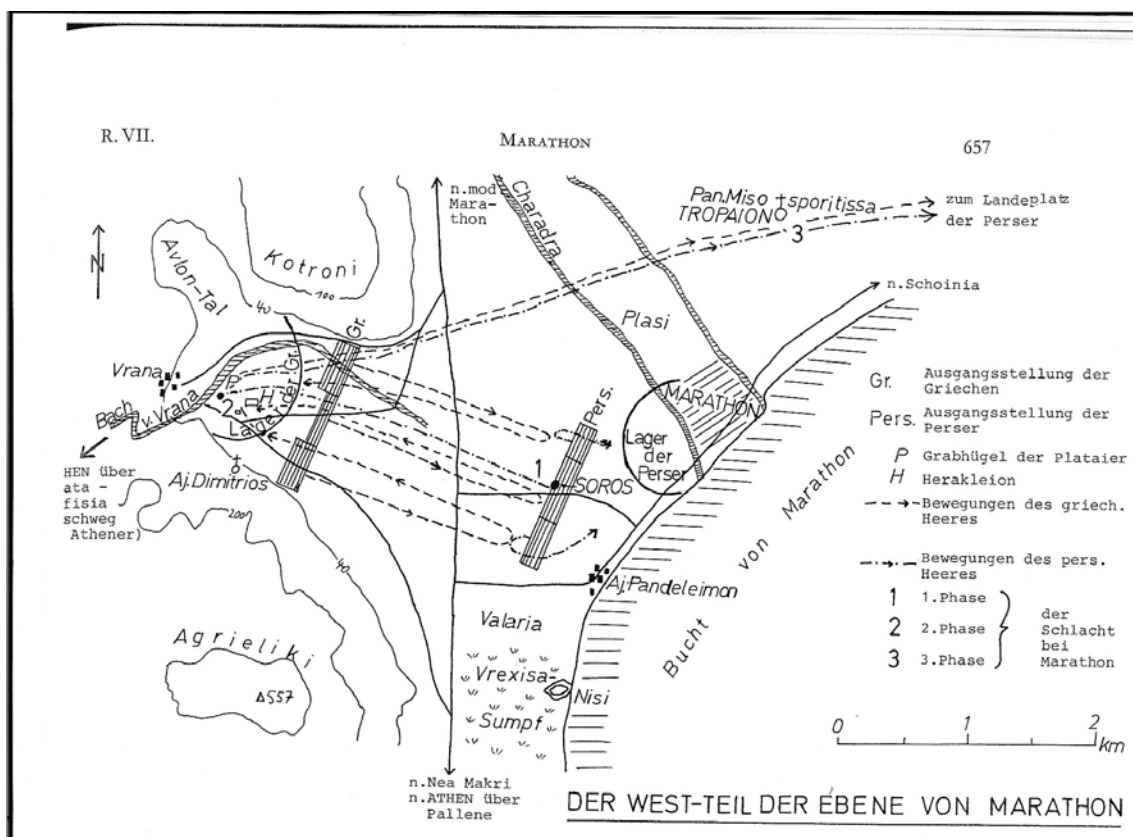
consistió en saber superar la debilidad propia, e igualmente sacar provecho de esas desventajas, transmutando los puntos fuertes del enemigo en los mejores aliados propios. Así, gracias a ese tiempo de espera, el general sacó la conclusión de que era necesario cambiar la formación de su falange, debilitando el centro hasta casi sacrificarlo y darle el protagonismo a las alas, donde la victoria sería segura. Después quedaban por resolver otras dos graves dificultades: cómo enfrentarse a la caballería enemiga sin caballería, y cómo resistir la temible lluvia de flechas, no contando tampoco con arqueros. Probablemente Milcíades sí que era consciente de la superioridad del armamento de un hoplita frente a la infantería persa una vez que ambas formaciones entraban en contacto. Pero durante el trayecto hasta llegar a la lucha cuerpo a cuerpo los riesgos y peligros eran muchos.

Tenemos ahora que dirigir nuestra atención a otra de las cuestiones más discutidas en torno al desarrollo de esta batalla como es la situación de las líneas de combate de cada contrincante en el plano de la llanura de Maratón. Las dos posibilidades que se presentan son, o bien que las líneas de combatientes se dispusieran de forma más o menos paralela a la costa, teniendo los persas a sus espaldas el mar y los griegos la entrada del valle del Avlona,⁸² o bien que ambas formaciones se dispusieran en perpendicular a esa línea de costa.⁸³ La primera es la opción más comúnmente aceptada, tomando como argumento fundamental la expresión de Heródoto en VI,113,1, en el que el historiador dice que los griegos del centro de la formación, al verse vencidos por los persas, iniciaron la huida y fueron perseguidos por los persas *tierra*

⁸² *Cfr.* GRUNDY, 1901 [reimpr. 1968], p. 187.

⁸³ PRITCHETT, 1960, pp. 143-145. Aunque en 1969, PRITCHETT vuelve a defender una posición persa de la línea de batalla dando la espalda al mar. *Cfr.*, PRITCHETT, 1969, p. 8. Para Hignett, siguiendo a Hauvette y Kromayer, la posición de la línea persa en la batalla sería al sur del Charadra y dando cara al suroeste: *cfr.* HIGNETT, 1963, n. 1, p. 58. Hammond también está en contra de una posición de las líneas de batalla en ángulo recto con respecto a la línea de costa, defendiendo una posición en paralelo a la línea de costa: *cfr.* HAMMOND, 1968, pp. 18 y 38.

adentro (ἐς τὴν μεσογαίαν). La afirmación de nuestro historiador, a primera vista, parece resolver claramente la cuestión a favor de la primera hipótesis propuesta. Sin embargo, esa decisión crea más problemas que los que resuelve. Si situamos las formaciones paralelas a la línea de costa, entonces carecería de sentido el colocar el campamento en la ladera norte de Agrieliki, y sería más probable que los griegos se hubieran instalado en la falda sur de Kotroni, lo cual, como ya hemos tenido ocasión de analizar, es tácticamente poco aceptable. Entonces, además, los griegos habrían dejado penetrar las formaciones persas en la llanura casi hasta la salida de Maratón hacia Atenas en la ruta paralela al mar, dejando ganar al enemigo un terreno precioso si se pretende evitar que puedan avanzar por allí hacia la ciudad.



Reconstrucción de la batalla de Maratón, MÜLLER, *TBK*, p. 657.

Si planteamos la cuestión desde el punto de vista contrario y suponemos que ambas formaciones se encuentran frente a frente en la llanura y perpendiculares a la línea de costa, la confrontación entre ambas formaciones se produciría con el avance en línea recta desde las respectivas posiciones de acampada hacia el centro de la llanura. No habría que imaginar ninguna maniobra extraña que colocara a los persas de espaldas al mar y a los griegos en perpendicular a su campamento. Por el contrario, los griegos aprovecharían en esa posición la ventaja de la pendiente a su favor, que buscan al situarse en una posición más elevada en la llanura y que resulta habitual en todos los conflictos en territorio griego. Los persas, a su vez, podrían luchar en una llanura amplia y propicia para el desenvolvimiento de su caballería y de su infantería ligera. Pero, entonces, ¿cómo cabe entender la descripción de Heródoto? En nuestra opinión la cuestión primordial es si esa expresión del historiador permite ser aceptada también en el caso de que las formaciones se situaran en línea perpendicular a la costa. La frase es lo suficientemente genérica como para permitir, sin forzar su significado, ser perfectamente aplicable a la huida de la parte central de la formación griega, tanto si se encuentra en línea perpendicular a la costa, como si está dispuesta paralela a la misma, con la diferencia de que esta última opción parece mucho menos lógica y aconsejable siguiendo criterios tácticos y el planteamiento general de la batalla. Cualquier dirección que tomaran las fuerzas griegas en su huida, con excepción de una fuga hacia la línea de costa, podría ser entendida como ἐς τὴν μεσογίαν.

Como ya hemos dicho, los días siguientes a la llegada de los griegos y previos a la batalla, verían todas las mañanas desarrollarse un mismo ritual, en el que ambos bandos se desplegarían en la llanura esperando ver quién iba a romper primero las hostilidades. Tiempo tuvieron para conocerse a fondo y calcular las rutinas diarias de

cada contrincante. Esa espera la justifica Heródoto aclarando que Milcíades deseó aguardar al día en el que le tocaba por derecho propio dirigir la batalla para tomar la iniciativa del ataque, salvaguardando así escrupulosamente el orden acordado en el mando. El pasaje ha sido muy comentado debido a las dificultades de interpretación que muestra la estructura de mando que allí nos presenta Heródoto. No deseamos entrar en esa cuestión, que por otro lado, poco importa para nuestro análisis de la batalla. Lo que nosotros querríamos destacar es que, fuera cual fuese el sistema de mando en el ejército griego, Milcíades y los demás generales esperaron durante días pacientemente, desde luego no sólo por un deseo de salvaguardar los métodos e instituciones democráticas del mando militar, sino por la cuestión táctica de la necesidad de buscar el momento propicio para el ataque, bien por la llegada de los espartanos, bien por alguna noticia que provocara un vuelco en la situación militar y permitiera tomar decidirse a entablar combate (y quizá también por ver si daban fruto cualquier iniciativa diplomática que hubieran emprendido ante los jefes militares persas).

Los acontecimientos de esos momentos tan críticos se vuelven muy confusos. De todas esas narraciones, en nuestra opinión, lo único seguro que podemos entresacar es que de alguna manera Milcíades supo de la ausencia de la caballería persa del campo de batalla, y reconoció que prolongar la espera resultaría más peligrosa que la acción. Intentando aprovechar esa división de fuerzas para tomar la iniciativa, decidió atacar y sorprender a Datis y Artáfrenes en una arriesgadísima apuesta. Pero, ¿cómo supo Milcíades que la caballería no se presentaría?, ¿dónde se encontraba ésta entonces?

Es evidente que la caballería no participó en la batalla en el momento en el que ambas formaciones chocan en la llanura de Maratón. De haber sido así, Heródoto lo habría mencionado. Además, es imposible aceptar su participación ni aún por un deseo consciente de ocultación por parte de las fuentes, ya que el resultado y la táctica

desplegada habrían sido completamente diferentes. De hecho, el plan griego de batalla parte de la premisa de que la caballería no participaría en la lucha y las alas no encontrarían obstáculos para vencer al enemigo y converger hacia el centro de la formación persa. Si la caballería hubiera estado presente en la llanura eso muy difícilmente se hubiera podido llevar a cabo.

Pero, entonces, ¿dónde estaban caballos y jinetes? Las posibilidades son dos: o bien se encontraban embarcando o incluso ya camino de Atenas, o bien, estaban lejos del campamento y de la llanura donde se iba a producir la batalla. La primera hipótesis ha sido constantemente presentada como la más probable por los estudiosos de este acontecimiento capital de la historia de Grecia. El problema es que, por los números que presenta Heródoto, en la llanura sí se dieron cita todos los hombres de infantería que componían el ejército de Datis. Los 18000 hombres debían de encontrarse aquella mañana formados frente a los griegos, puesto que de otra manera no se insistiría tanto en que la decisión tomada por Milcíades pareció a los ojos de los persas un acto suicida, especialmente debido a la gran diferencia numérica que existía entre ambos bandos; además, la aniquilación del centro de la línea persa casa perfectamente con el número de bajas que Heródoto les atribuye (6400 hombres), lo que sólo podría suceder si toda la infantería estaba desplegada en ese momento en el campo de batalla. Por tanto, podemos desechar la idea de que aquel día los persas habían comenzado el embarque de sus tropas y que eso fue lo que decidió a Milcíades a tomar la iniciativa.

Una posibilidad intermedia es que los jefes persas hubieran ordenado introducir a la caballería en las naves, por ser lo más laborioso, y que la infantería hubiera quedado entretanto en la llanura con idea de ordenarla más tarde subir a los barcos. Pero, entonces, los primeros que habrían sido conscientes de lo delicado del momento habrían sido los persas y lógicamente eso les hubiera puesto en guardia dado lo delicado del

momento. Por el contrario, Heródoto afirma que éstos se muestran sorprendidos por el ataque (Hdt., VI,112). Igualmente, también podría considerarse poco afortunada una táctica que separara del campo de batalla caballería e infantería. La medida táctica más adecuada es mantener al menos una parte de la caballería apoyando a la infantería y llevar a cabo la retirada de ambos cuerpos de manera coordinada. Sin embargo, Heródoto subraya la sorpresa de las tropas de Datis, que de ninguna manera y por alguna razón no esperaban un ataque en la llanura de Maratón.

La otra posibilidad que se abre ante nosotros es que la caballería, como haría diariamente si no esperaba un ataque griego, hubiera sido enviada lejos a forrajear y por esa razón no estaría dispuesta en la llanura en aquel preciso instante. Las rutinas diarias tuvieron que ser minuciosamente conocidas por el Estado Mayor griego, y si los persas no contemplaban la posibilidad de que los griegos tomaran esa mañana la iniciativa, la mantendrían sin ninguna preocupación. La infantería por sí sola superaba de lejos a al conjunto de las fuerzas griegas, que además carecían de caballería. Eso podía explicar el que Milcíades conociera de antemano cuál era el mejor momento para iniciar la acometida contra los bárbaros evitando a los temidos jinetes persas. En ese caso, el factor sorpresa era esencial.

Uno de los aspectos de esta batalla que más sorprende al analizarla es la valentía y decisión de Milcíades al confiar y poner en marcha una estrategia tan arriesgada como era lanzar aquella mañana un ataque en inferioridad numérica contra un enemigo, al menos aparentemente, tan poderoso. Es cierto que la ausencia de la caballería era un factor muy destacable que cambiaba notablemente la situación en el campo de batalla, pero aún así las cosas no pintaban especialmente bien para los griegos. La correlación de fuerzas entonces podía considerarse menos mala pero de todas formas seguía siendo una apuesta ciertamente muy arriesgada. Suponía el plantear un ataque aparentemente

suicida frente a los temidos e invencibles persas y cuando la llegada de los refuerzos espartanos era cuestión de días. Esta reflexión permite hacernos idea de cómo las discusiones de aquella noche entre Milcíades, Calímaco y los demás generales, debieron ser muy prolongadas y agrias. Quizá un eco de ellas hayan quedado reflejadas en Hdt., VI,109-110:

Entretanto, las opiniones de los estrategos atenienses estaban divididas: unos se oponían a presentar batalla (pues, según ellos, contaban con pocos efectivos para enfrentarse con el ejército de los medos), mientras que otros, incluido Milcíades, eran partidarios de hacerlo. En vista pues, de que sus opiniones estaban divididas y de que iba a prevalecer la menos acertada, fue entonces cuando Milcíades, dado que existía una undécima persona con derecho a voto (el ateniense elegido por sorteo para el cargo de polemenco –pues antiguamente los atenienses concedían al polemenco la misma capacidad de decisión que a los estrategos-, magistratura que entonces desempeñaba Calímaco de Afidnas), abordó a dicho individuo y le dijo lo siguiente: «Calímaco, en tus manos está en estos instantes sumir a Atenas en la esclavitud o bien conservar su libertad y dejar, para toda la eternidad, un recuerdo de tu persona superior, incluso, al de Harmodio y Aristogitón. Pues no hay duda de que ahora los atenienses se encuentran en el momento más crítico de su existencia; si, por lo que sea, se inclinan ante los medos, salta a la vista cual será su suerte una vez en poder de Hippias; en cambio, si esta ciudad se alza con la victoria, puede llegar a ser la más importante de toda Grecia. ¿Que cómo puede hacerse esto realidad y por qué te corresponde precisamente a ti adoptar la decisión definitiva en este asunto? Voy a explicártelo ahora mismo. Nosotros

los estrategos somos diez y nuestras opiniones se hallan divididas, ya que unos se muestran partidarios de presentar batalla, mientras que otros se oponen. Pues bien, si no libramos combate, temo que se forme una importante facción que haga vacilar la fe de los atenienses hasta inducirlos a abrazar la causa del Medo. Por el contrario, si presentamos combate antes de que una plaga de ese tipo cobre aliento en el corazón de algunos atenienses, y si los dioses se mantienen imparciales, estamos en condiciones de alzarnos con la victoria en la batalla. Por consiguiente, todo lo que te he expuesto es en estos momentos de tu competencia y de ti depende; pues, si tú te adhieres a mi opinión, tu patria conserva su libertad y tu ciudad se convierte en la más importante de Grecia: Pero si te decantas por el parecer de quienes se oponen a la celebración de la batalla, por tu culpa, en lugar de los logros que te he enumerado, sucederá todo lo contrario».

Con estas consideraciones, Milcíades se ganó a Calímaco; y, merced a la opinión favorable del polemenco, quedó decidido presentar batalla.

El texto, como hemos podido leer, es de un inmenso interés y en el fondo parece reflejar, como en una magistral síntesis, toda la estrategia y táctica que hemos estado descubriendo.

Al final, Milcíades debió de convencer a Calímaco y se impuso su decisión sobre el resto del Consejo militar que todas las noches, como era costumbre en los ejércitos griegos, se reunía para tomar las medidas necesarias y adoptar el plan del día siguiente, y con el que se cerraba todas las jornadas en campaña.

Una vez obtenido el apoyo de Calímaco, Milcíades tenía que poner en marcha la táctica adecuada para responder a la estrategia que se había aprobado. De nuevo aquí

contemplamos con admiración la labor de Milcíades que se atrevió a apostar por otra innovación que rompía los esquemas clásicos y las formas más conservadoras de guiar una batalla. La formación reforzada de las alas y la estrategia dirigida a sacrificar el centro para obtener, mediante la convergencia de las alas victoriosas griegas, el triunfo final, debió de ser una nueva apuesta personal de Milcíades. Vistas las cosas con la perspectiva del tiempo, se puede caer en la superficialidad de no dar importancia a tan inteligente decisión, que resolvía de una sola vez todos los problemas que se les planteaban a los griegos y que no parecían a simple vista fácilmente resolubles. Aún sin la caballería, los persas eran más, lo que suponía no sólo que su formación fuera más fuerte en toda su longitud, sino que además podía rebasar los flancos griegos y desbaratar cualquier movimiento táctico griego.⁸⁴ Pero Milcíades debió conocer y haber analizado profundamente las tácticas del enemigo, llegando a la solución genial que aplica en Maratón de prolongar la línea de frente griega disminuyendo claramente el número de filas en la zona central (zona que estaba prácticamente condenada de antemano por ser ahí donde los generales persas ponían sus mayores y mejores fuerzas) para prolongar y reforzar las alas. Sobre el papel la idea era sencilla, pero había además que convencer de ello a los generales y a los soldados, sobre todo a estos últimos. Cualquier soldado con una mínima experiencia situado en la línea de batalla vería con gran estupor cómo se sacrificaba el centro de la formación y cómo se prolongaban las líneas. Si ya resultaba una locura lanzarse contra los persas siendo éstos tan superiores en número, la solución que ordenó Milcíades era a todas luces una táctica demasiado arriesgada para la importancia de lo que estaba en juego. Una decisión más conservadora, como prolongar las alas reduciendo el número de filas en toda la falange por igual, era claramente una solución más lógica y menos temeraria. Pero una vez más

⁸⁴ Sobre el tamaño de la línea de batalla de Maratón, *cfr.* PRITCHETT, 1960, pp. 143-149.

Milcíades supo imponer su criterio y obtener la confianza ciega de sus subordinados, tanto oficiales como soldados, una de las tareas más difíciles de conseguir en el mando de la guerra.⁸⁵

Así como las fuentes son unánimes en cuanto al orden de distribución de los diversos contendientes en la línea de batalla, lo que nos permite reconstruirlo de forma bastante segura, ningún autor clásico recoge la presencia de otras fuerzas auxiliares. Sin embargo, sí que parece bastante seguro que participó, al menos, algún grupo de esclavos que lucharon para lograr no sólo la libertad de Grecia, sino la suya propia. De ellos quedó una tumba que Pausanias (I,32,3) reconoce en el campo de batalla de la llanura de Maratón y que es el único testigo que se nos ha legado de su sacrificio. Es muy probable y lógico que participaran como infantería ligera, armados de hondas, piedras, jabalinas o cualquier otra arma arrojadiza; se situarían en los flancos y a la espalda de la formación griega con el fin de hostigar de lejos al enemigo, ayudar a los heridos y evitar en lo posible ataques por las alas de la formación guardando los flancos de los hoplitas. Su labor era también de las más arriesgadas puesto que, dada la falta de una armadura adecuada, eran los más indefensos ante los ataques de los diestros y poderosos arqueros y lanceros persas, la especialidad dentro del ejército medo. Todo eso nos hace pensar que debieron de ser muchos los que perdieron allí la vida, sin que después fueran recordados por la posteridad más que gracias al túmulo descrito por Pausanias del que ya tampoco queda resto alguno.

En esa situación, al rayar el alba probablemente del día 11 de septiembre del 490 a.C.,⁸⁶ se hallaban situados los griegos en línea de batalla en las faldas del monte

⁸⁵ En seguida viene a la memoria cómo Milcíades fue capaz de salir más o menos indemne de dos juicios emprendidos por sus enemigos en Atenas, antes y después de la batalla, lo que demuestra una vez más sus dotes como líder del pueblo y su ascendiente sobre ciudadanos y soldados (Hdt., VI,104,2).

⁸⁶ Sobre la cuestión de la fecha de la batalla, ver HAMMOND, 1968, p. 40, n. 119 y 121.

Agrielikí, contemplando la llanura que se iba poblando de tropas persas y esperando la lectura que los sacerdotes del ejército griego hicieran de los sacrificios que son obligados al comenzar el día y antes de cada batalla.

El éxito del plan que se iba a poner en marcha descansaría en lograr enfrentarse al enemigo y vencerlo sin dar tiempo a regresar a la caballería. Esta sería la razón de la larga carrera que inician los hoplitas griegos una vez que la señal de ataque recorre la fila de soldados. La consigna era clara: llegar lo antes posible al combate cuerpo a cuerpo para sorprender a la infantería enemiga, lograr la victoria antes de que diera tiempo a regresar a la caballería y, todo ello, minimizando el daño que pudieran producir los habilidosos arqueros bárbaros durante el último tramo de aproximación a la formación enemiga. Milcíades sabía que ese era el momento más difícil, el espacio de unos 300 metros en los que los griegos eran objetivo fácil de los expertos arqueros persas y donde más bajas se podían sufrir.⁸⁷ Una vez superado ese terreno, los griegos contaban gracias a su armamento con una gran superioridad frente a los pobremente acorazados persas, sacas y demás pueblos bárbaros.⁸⁸

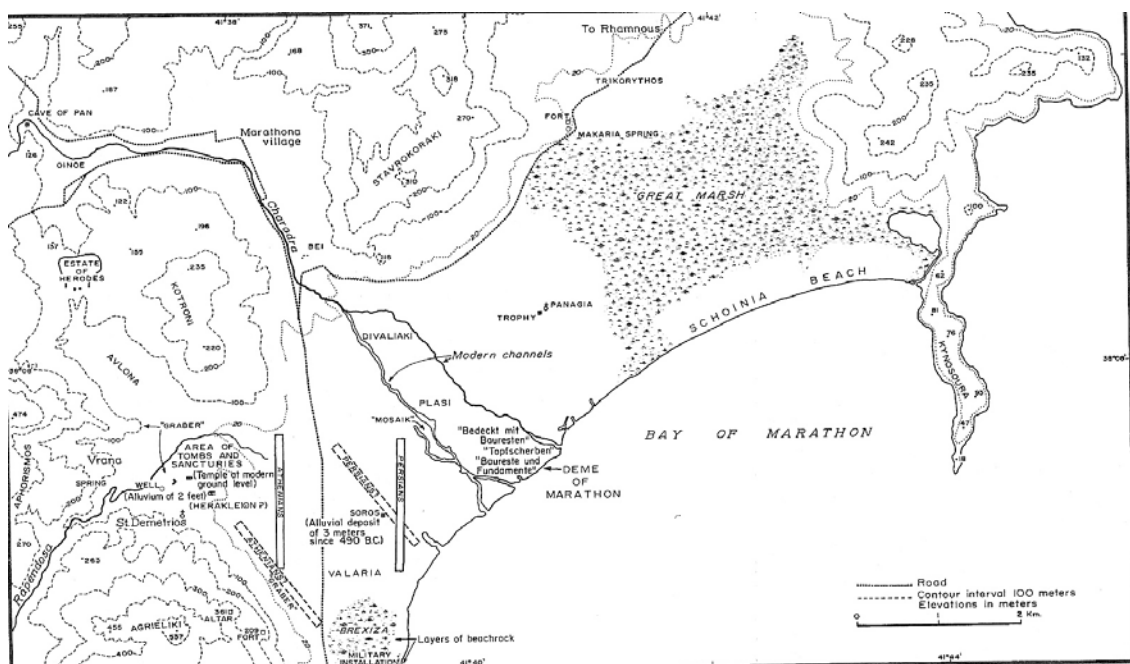
Estos dos requisitos (lograr la sorpresa y evitar a los arqueros) explican otra de las grandes cuestiones en torno al desarrollo de esta lucha: la supuesta carga corriendo durante más de 1200 metros de los hoplitas griegos, con sus pesadas armaduras, contra la formación persa. Experimentalmente esto se ha demostrado como imposible.⁸⁹ Los griegos hubieran llegado demasiado cansados, corriendo con más de 25 kg de peso sobre sus hombros, para luego poder ser una verdadera falange de empuje al llegar a las manos con el enemigo. Pero, por otro lado, es evidente que los hombres de Milcíades, al

⁸⁷ El rango de acción efectiva de un arquero persa debió de ser unos 170-150 m.: *cfr.* HAMMOND, 1968, p. 17.

⁸⁸ HIGNETT, 1963, pp. 40-55.

⁸⁹ Algunos autores de principios de siglo sí que aceptaban esta carga a la carrera de los hoplitas, como por ejemplo, GRUNDY, 1901 [reimpr. 1968], p. 188.

menos esos 300 metros, los tuvieron que completar corriendo, adiestrados por sus generales sobre la peligrosidad de ese instante. Hasta esa línea suprema, los hoplitas avanzarían a buen paso, mucho más rápido del habitual, sabiendo que el esfuerzo era esencial para abrigar alguna opción de triunfo.⁹⁰



Disposición de los ejércitos en la batalla de Maratón según PRITCHETT, 1969, fig. 1

Una vez que las dos formaciones trabaron combate, el desarrollo del mismo siguió las pautas que Milciades había previsto. El centro persa rompería la formación griega y los hoplitas allí situados huirían hacia su campamento o al valle del Avlona buscando así refugio. Mientras, las alas griegas habrían completado su labor y de forma perfectamente disciplinada sus jefes habrían logrado mantener la cohesión de la formación y virar perfectamente contra la espalda del centro persa. Éstos verían entonces evidente el peligro de quedar atrapados por los griegos tanto por delante como

⁹⁰ Esta era una estrategia habitual en el siglo IV, pero no en el V: *cfr.*, PRITCHETT, 1960, pp. 159-160.

por detrás, sin caballería y sin poder contar con apoyo de sus soldados de los flancos que habrían iniciado la huida hacia su campamento o hacia los barcos en la playa. La desbandada y el pánico sería general. En esa situación la suerte para esos bárbaros estaba decidida y su aniquilación debió de ser casi completa.⁹¹ Aquí sería donde más muertos de uno y otro bando se producirían,⁹² en un verdadero baño de sangre.⁹³ Ese punto de la llanura quedaría marcado para siempre por la construcción de la tumba (*soros*) de los soldados atenienses muertos en la batalla.⁹⁴

La caballería persa, si no estaba embarcada ya camino de Atenas, se encontraría pastando o dispersa lejos del campo, y tuvo que presentarse antes o después en Maratón participando en la lucha. Sin embargo, Heródoto no nos da ninguna noticia directa el caso. Pero eso tampoco lo excluye. El historiador de Halicarnaso se centra en lo que ocurrió durante la batalla entre los contingentes de infantería, despachando todos los sucesos posteriores de forma muy breve y simple. Una vez que los persas rompen la formación apenas nos narra en cuatro líneas lo que pudo ser una larga y dura persecución de los enemigos entre las marismas, el campamento y las naves en la playa, donde se prolongó la matanza (Paus., I,32,4).

La persecución tras la victoria en el campo era habitual en la guerra en Grecia, siendo a la vez el momento de mayor peligro para el bando vencedor. La formación se rompía y los hoplitas, aislados de sus compañeros o en grupos pequeños, eran objetivos bien vulnerables. El fruto final de la supremacía era el pillaje del campamento y la toma de soldados enemigos vencidos para luego ser vendidos. Ese mismo proceso tan poco

⁹¹ Hammond, tomando como fundamento la duración de la batalla de Pidna, considera que la lucha no debió de prolongarse más de una hora: *cfr.* HAMMOND, 1968, p. 29, n. 78.

⁹² HAMMOND, 1968, p. 18, y, especialmente, n. 28.

⁹³ *Cfr.* HANSON, 2000, pp. 185-193.

⁹⁴ En relación con las excavaciones e investigaciones en torno al *soros*, podemos ver PRITCHETT, 1960, pp. 140-143; HAMMOND, 1968, pp. 14-18.

heroico se debió de cumplir también en Maratón. De ahí que los persas huyeran por la zona pantanosa, desconociendo los caminos y encontrando muchos de ellos allí la muerte, y que Pausanias se refiera a lo largo de su obra a numerosos exvotos y obras de arte producidas con los abundantes y ricos despojos tomados al invasor tras la batalla de Maratón.⁹⁵ Asimismo, de la importancia de ese momento de la lucha sería testimonio la figuración elegida para representar lo más importante del episodio en la *Stoa Poikile*. En ella se destaca cómo la gran marisma se alió con los griegos como si la propia tierra del Ática colaborara en la derrota del ejército invasor.

De todo el epílogo del combate siempre ha extrañado que, dado lo contundente de la victoria griega, tan sólo hubieran sido tomadas siete naves enemigas y que el resto se hubieran salvado. Ya hemos visto que no es posible aducir como razón el que la mayor parte de las naves se encontraban ya rumbo a Atenas, puesto que toda la infantería estuvo presente en la llanura. Por tanto, debemos presumir que algo impidió completar la labor de destrucción del ejército enemigo. Por un lado es muy probable, como ya hemos dicho, que Milcíades ordenara a sus huestes, lanzadas en la persecución de los bárbaros, retroceder sabiendo que del desorden de la victoria podía nacer una derrota. Pero sólo eso no explica esta victoria a medias ateniense, más cuando el propio Heródoto nos refiere algún episodio de lucha por las naves persas (Hdt., VI,114). Algo más debió de interponerse entre griegos y bárbaros en ese momento, y bien pudo ser la caballería. Al contrario que el historiador de Halicarnaso, Pausanias sí que menciona la tradición de la presencia de los jinetes luchando en Maratón en uno de los momentos álgidos del combate (Paus., I,32,4)⁹⁶. Esa noticia se ajusta bastante bien con la posibilidad de que, ya durante la huida, llegara la caballería persa e impidiera la derrota

⁹⁵ Por ejemplo, Paus., IX,4,1; X,10,1.

⁹⁶ *Allí es posible durante toda la noche percibir el relinchar de los caballos y la lucha de los hombres* (traducción HERRERO INGELMO, 1994).

final total, defendiendo no el campamento sino las naves que habrían de servir de transporte y salvación para los restos del ejército.⁹⁷ Por eso sería aún más lógico que, teniendo conocimiento de la presencia de la caballería, los estrategos griegos ordenaran a sus hombres regresar y contentarse con la toma del botín del campamento. Así el resto del ejército invasor que había sobrevivido a la lucha pudo con celeridad, pero contando con los jinetes como defensores, subir a las naves.

Aquí entramos ahora en la cuestión de la señal supuestamente enviada por los Alcmeónidas a los persas anunciándoles la entrega de la ciudad (Hdt., VI,115). Si bien es cierto que resulta muy difícil pensar en los Alcmeónidas como los autores de esa traición (como el propio Heródoto también hace en VI,121), la existencia de la señal parece difícil que pueda ser negada (Hdt., VI,124,2). Según la narración herodotea, ésta debió de llegar a los persas cuando ya estaban embarcados y rumbo a Eretría, decidiéndose entonces por virar y retomar el plan inicial de hacerse con la ciudad.

Para desentrañar lo verdaderamente acaecido debemos tener también en cuenta el texto de la Suda, cuya narración de los acontecimientos en Maratón es completamente diversa a lo que aquí hemos planteado. Según esa versión, los griegos habrían sido avisados por algunos jonios del ejército persa de que la caballería había sido embarcada y que, por tanto, la situación táctica en el campo de batalla había cambiado sensiblemente. La valoración e interpretación de esta información varía de unos estudiosos a otros.⁹⁸ Para unos, la señal la transmitieron directamente algunos jonios que se aproximaron a las líneas griegas, más concretamente a un supuesto atrincheramiento con árboles, que protegía el campamento ateniense. Según otras

⁹⁷ Lo que casa perfectamente con el testimonio de Nepote, *Milcíades*, V sobre la batalla de Maratón: *Y fue tal el arrojamiento de los atenienses, que derrotaron a un enemigo diez veces mayor, y lo aterrorizaron de manera que los persas huyeron, no a su campamento, sino a sus naves* (traducción de BAUTISTA XURIGUERA, 1963).

⁹⁸ HAMMOND, 1968, pp. 39-40.

interpretaciones, la información la habrían transmitido también jonios, pero mediante señales luminosas enviadas a las fuerzas griegas desde lo alto de algunos árboles de la llanura. La sencillez con la que algunos autores han adoptado estas versiones de los acontecimientos nos sorprende ya que no parece tan fácil aceptarlo por varias razones.⁹⁹ En primer lugar, porque siendo un episodio tan llamativo en el que los protagonistas son soldados jonios del ejército persa, resulta muy sorprendente el que esta noticia no fuera recogida por Heródoto. La anécdota no ponía en peligro de ninguna manera a los Alcmeónidas más que lo que lo pueda hacer la historia del escudo y, además, tratándose de un acto de patriotismo de griegos de la Jonia, resulta difícil entender porqué no lo iba a recoger, aunque sólo fuera como rumor, el escritor de Halicarnaso. Junto a eso, la forma de transmisión del mensaje tampoco resulta clara. Ya hemos visto que podemos descartar la existencia de cualquier forma de atrincheramiento en el campamento griego, por lo que esa versión de lo sucedido parece creada *a posteriori*, siendo un evidente anacronismo. Además, no hace falta recordar ahora las objeciones que se pueden poner a la idea de que los persas estuvieran embarcando sus tropas en el momento de la acometida griega. Pero, aún siendo difícil aceptar esa versión, tampoco parece fácil entender cómo pueden enviarse señales luminosas desde dentro de la copa de un árbol y cómo pudo establecerse un código para que el mensaje fuera entendido por los griegos si antes no se ha establecido un contacto previo. Con todo ello, en nuestra opinión, la versión de la Suda no presenta demasiada credibilidad, siendo probablemente episodios compuestos posteriormente para intentar exculpar a los jonios de su colaboración con los persas y en contra de los demás griegos en ese momento sublime para el conjunto de la Hélade.¹⁰⁰

⁹⁹ Por ejemplo, GOMME, 1952, pp. 82-83.

¹⁰⁰ Quizá la señal del escudo desde el Pentélico anotada por Heródoto y las señales luminosas de los griegos jonios desde los árboles de la llanura de Maratón respondan a un mismo hecho, aunque más bien

La señal luminosa transmitida desde Atenas a través del Pentélico hasta llegar al mar pudo ser fácilmente interceptada también por los vigías griegos. Ahora es bueno que nos detengamos y volvamos nuestra atención a la situación de los persas durante esas mismas horas que acabamos de recorrer. Datis y Artáfrenes decidieron embarcar su caballería y los restos de la infantería para salvarlos de una destrucción completa. Su primer pensamiento debió de ser regresar a casa pasando antes por la base donde habían dejado custodiados a los esclavos y prisioneros. Fue en ese instante cuando recibieron las señales enviadas por la facción pro-persa de la ciudad.¹⁰¹ Todo esto debió sucederse el mismo día de la batalla, quizá a primera hora de la tarde, cuando el hecho de la victoria ateniense no había llegado a sus conciudadanos.

Al conocer la noticia, Datis, con unas fuerzas aún suficientes como para pensar en tener éxito de contar con ayuda desde el interior de la ciudad, tomó la decisión de hacer una nueva intentona y virar el rumbo para, doblando el cabo Sunio, alcanzar al día siguiente al amanecer el puerto de la ciudad. Con un ejército que aún contaba con casi 12.000 hombres sólo de infantería, la caballería aún intacta y estando el ejército enemigo lejos de la ciudad, las expectativas de enmendar la derrota de aquel día serían altas. Es muy probable que la noticia del éxito del complot en Atenas alcanzara la flota muy poco después de hacerse a la mar, todavía frente a las costas de Maratón, puesto que de otro modo la cadena de señales no hubiera nunca alcanzado a su receptor. En ese preciso instante el jefe persa habría decidido poner rumbo a Atenas con el deseo de

parece la de la Suda una tradición completamente apócrifa y fruto de un desarrollo posterior y fundado históricamente sólo al calor del mito creado en torno a la batalla. Esta es la opinión de HUDSON, 1937, pp. 443-459. Para PRITCHETT, 1960, pp. 160-168, no serían la misma, puesto que las dos narraciones son muy diferentes.

¹⁰¹ Hdt., VI,115: *Con el resto de la flota, sin embargo, los bárbaros cieron haciéndose a la mar y, tras recoger a los esclavos capturados en Eretría de la isla en la que los habían dejado, doblaron Sunio con el propósito de llegar a la capital antes que los atenienses. En Atenas, por cierto, circuló, a modo de acusación, el rumor de que los bárbaros se habían decidido por esta maniobra a instancias de los Alcmeónidas, que habrían llegado a un acuerdo con los persas para hacerles una señal, y levantando un escudo, cuando éstos se encontraran ya a bordo de sus naves. Los persas, en suma, doblaron Sunio.*

llegar lo antes posible a la ciudad y poder sorprender al ejército de Milcíades aún gozándose en la victoria en Maratón. Por eso, o bien sólo una parte de la flota siguió el rumbo inicial para embarcar a los esclavos, o bien el lugar donde éstos habían quedado custodiados se encontraba muy próximo a la llanura de la batalla. Ambas posibilidades cumplirían con lo narrado por Heródoto acerca de las acciones decididas por los jefes persas tras la batalla (Hdt., VI,115).

En lo que los especialistas no se ponen de acuerdo es en el tiempo preciso para realizar la navegación desde Cinosura hasta Falero doblando el cabo de Sunio. Los cálculos varían desde las 8 o 9 horas, en las opiniones más optimistas, hasta casi 20 horas de travesía.¹⁰² Sin poder dar una cifra concreta, la lógica parece llevarnos a pensar que los persas iniciarían su singladura durante la tarde del día del enfrentamiento, que navegarían toda la noche, y que sería con las primeras luces del alba cuando tocarían tierra en el puerto del Falero. Allí, para gran sorpresa suya, no encontrarían más comité de bienvenida que los mismos héroes de Maratón.

Sabemos de forma bastante segura que los griegos debieron de precisar de unas 7 u 8 horas para recorrer a la máxima velocidad posible, y haciendo un enorme esfuerzo tras la batalla, el camino que llevaba de Maratón hasta Atenas. Griegos y persas vieron simultáneamente la señal lanzada desde la ciudad. Si para los persas el sentido de la misma fue claro desde el primer momento, Milcíades tampoco debió de necesitar de excesivo tiempo para comprender el nuevo peligro al que se enfrentaban. Pero, pese a la premura que exigía la ocasión, el padre de Cimón necesitaría de unas horas para reorganizar el ejército y ponerlo de nuevo en marcha hacia el puerto, dejando también

¹⁰² CASPARI, 1911, p. 105.

todo bien atado en el campo de batalla.¹⁰³ Es aquí donde emerge, lógicamente, la figura del *hemeródromo* (Filípides o Feidípides) enviado a Atenas, el primero en portar la buena nueva de la victoria a sus compatriotas, desenmascarando el complot y abortando la traición. La importancia de su misión a la luz de la situación a la que se enfrentaba Atenas y el éxito de la misma fue tal que quedaría perfectamente justificado el haber logrado un puesto tan relevante en la Historia, siendo elevado a la categoría de héroe, y mito. Con la noticia del aplastante éxito en Maratón y de la inminente llegada de los hombres de Milcíades a Falero, los partidarios del acuerdo con el persa desaparecerían y todo el plan se disolvería como un azucarillo. Ya nadie iba a marchar al puerto a recibir a los emisarios del Rey, contrariamente a lo que Datis esperaba.

Aunque difícil, es posible llevar a cabo la hazaña de marchar tras un día de batalla, sin apenas descanso, desde Maratón a Atenas. La urgencia de la situación y lo cercana que estaba una victoria tan impensable como la que acababan de alcanzar daría fuerzas renovadas a los soldados y oficiales. Muy probablemente en unas ocho horas alcanzarían de nuevo la costa en el otro extremo del territorio del Ática, avanzando la mayor parte del tiempo durante la noche. Antes del amanecer se habrían situado en el templo de Heracles donde pararían a reponer fuerzas y prepararse para un posible nuevo combate. A la aurora, desde ese punto nuevamente contemplarían el desembarco de las tropas persas. Éstas, apenas de nuevo en tierra, viendo a los griegos allí apostados y sin rastro de sus aliados, comprenderían la nueva derrota sufrida y preferirían retirarse antes que entablar de nuevo una batalla.¹⁰⁴

¹⁰³ Sería necesario contar las bajas propias y del enemigo, disponer la sepultura de cada uno separando los cuerpos por nacionalidades y estatus, así como levantar el trofeo y hacerse cargo del abundantísimo botín que dejaron atrás los persas en su huida.

¹⁰⁴ Hdt., VI,116.

La victoria en Maratón había supuesto el fracaso de toda una expedición hasta entonces tan exitosa y el fracaso también de un plan perfectamente trazado por el partido pro-persa de la ciudad. La falta de culpables en la atmósfera de traición que sobrevolaba la ciudad pudo ser fácilmente explotada por el triunfal Milcíades que con unas pocas alusiones podía hacer cargar con el rumor de la sospecha a cualquiera de sus enemigos, como por ejemplo a los Alcmeónidas. Aunque éstos buscarían cobrárselo pronto, y los laureles del triunfo serían más que nunca muy efímeros.

7. Conclusiones.

El análisis que hemos hecho de esta batalla nos ha permitido comprobar cómo la aplicación de los principios elaborados tras el estudio de la teoría castramental griega pueden ser de un gran valor a la hora de comprender mejor las campañas militares e incluso permite alcanzar conclusiones necesarias que despejan dudas e hipótesis equivocadas sobre el desarrollo de las campañas militares. Indudablemente resulta necesario llevar a cabo un exhaustivo análisis de las campañas militares en Grecia durante el periodo clásico introduciendo tanto los elementos logísticos como campamentales en tal estudio, lo que sin duda permitirá avanzar mucho en el conocimiento de la historia de la guerra en Grecia clásica.

De la aplicación práctica de esos principios a este caso concreto hemos podido proponer nuevas vías de interpretación de los acontecimientos, pese a tratarse de una batalla tantas veces estudiada como la de Maratón, integrando de forma completamente coherente los datos de los que disponíamos a través de las diversas fuentes. Con ello la primera Guerra Médica aparece como una campaña perfectamente planteada, con un alto grado de desarrollo y planificación logística y estratégica en el que la política, la táctica, la logística, la topografía,..., todos los elementos se hayan perfectamente engarzados. A través de esta nueva visión podemos también contemplar desde una nueva perspectiva mucho más rica la Segunda Guerra Médica, entendiéndola ahora como un intento de corregir el fracaso sucedido diez años antes y aplicando principios completamente inversos a los de la primera campaña.

De este análisis, finalmente, también destaca todavía con mayor claridad la genialidad de Milcíades como estratega, como táctico y como jefe militar que supo entender perfectamente la táctica y la estrategia del contrario, adelantarse a esos presupuestos y sacar partido tanto de sus fortalezas como de sus debilidades, empleando

todas las circunstancias al servicio de su victoria, y lo que es más difícil, supo liderar y obtener la adhesión de sus oficiales y soldados en una situación absolutamente crítica, introduciendo cambios sustanciales en la forma tradicional de desarrollar la táctica militar griega y logrando que confiaran en él sus vidas y el futuro de su patria.

Conclusiones finales.

La castrametación de un ejército es una de las expresiones externas más fieles de su propia naturaleza. El estudio del campamento griego es, por tanto, pertinente e imprescindible en cuanto que allí se han de ver reflejados de manera diáfana los rasgos esenciales de la milicia griega, permitiéndonos perfilar y adquirir un conocimiento más profundo de su organización. Sin embargo, no ha sido hasta la elaboración de este estudio, que ahora concluimos, cuando se ha reflexionado por primera vez de manera metódica, monográfica y general acerca de la forma en la que los ejércitos griegos organizaban sus acampadas.

1) Estado de la cuestión, metodología y fuentes.

La responsabilidad de esa carencia de nuestros estudios no ha de recaer únicamente en Polibio. Es verdad que en parte ha sido su prestigio como fuente histórica el origen del importante hueco que ahora hemos comenzado a llenar. Su consciente e injusto silencio con el que escondió los logros alcanzados por sus compatriotas a fin de ensalzar las virtudes de los nuevos amos se encuentra, en parte, en la raíz del olvido en el que cayó la cuestión de la castrametación de los ejércitos griegos; pero, junto a eso, tampoco hemos de obviar el hecho de que hasta fecha muy reciente los historiadores han valorado de forma errónea la trascendencia de esta cuestión, eludiendo cualquier reflexión real y minuciosa sobre la materia. Un claro ejemplo sería el de Adcock, quien en su magnífica obra *The Greek and Macedonian Art of War*, no dedica un solo capítulo en exclusiva al análisis de la castrametación griega, limitándose

a consignar algunas referencias sueltas sobre el problema en diversos apartados de su estudio.¹

Del pasaje de Polibio, VI,42 — el más citado a la hora de tratar esta cuestión — no hay por qué concluir que los griegos no seguían ordenación alguna, ni unos principios generales, aunque fueran mínimos, a la hora de establecer sus campamentos lo que, sin embargo, ha sido opinión habitual entre los estudiosos de la milicia griega.² En todo caso, Polibio se limitaría a afirmar que los ejércitos griegos no convenían siempre en un mismo plano de distribución al instalar su campamento, lo cual no supone necesariamente imaginar que los establecimientos militares de los ejércitos griegos en campaña fueran un conjunto abigarrado y caótico, carente en absoluto de reglas que impusieran un orden en ellos. En realidad, aceptar la tradicional interpretación del texto se compadece muy mal con el grado de profesionalidad y orden que las milicias griegas alcanzan ya de forma muy temprana, y más aún si fijamos nuestra atención en casos más particulares como el de los ejércitos de Esparta o Atenas en plena época clásica. Más lógico sería aceptar en función de lo dicho que, sin llegar al grado de profesionalidad alcanzado por los ejércitos romanos de época imperial o republicana, también el campamento militar griego estaría dotado al menos de un mínimo de orden y organización, y ello con independencia de lo que pudiera atestiguar Polibio. De hecho, lo cierto es que el juicio del historiador griego no parece estrictamente ajustado a la realidad ni tan siquiera en relación con los ejércitos de Roma, ya que, como afirma Le Bohec, la castrametación romana no sigue *un prototipo*

¹ ADCOCK, 1957.

² Pib., VI,42: *Por esto, cuando [los griegos] estructuran un campamento (παρεμβολῆς) se ven siempre forzados a variar su plano (σχῆμα), a adaptarlo al terreno, y a modificar la distribución de sus partes, a veces en lugares poco adecuados. El resultado es que nadie tiene nunca seguro el lugar y tampoco es fijo el que corresponde a las diversas partes del campamento (τῆς στρατοπεδείας).* Traducción de M. BALASCH RECORT.

*único; sería imposible asimilar un campamento [romano] a un pabellón prefabricado.*³

Es decir, que los campamentos de las legiones romanas tampoco eran tan perfectos en su organización como el autor megalopolitano pretendía presentarnos.⁴

Por todo ello, el punto de partida de esta investigación ha sido cuestionar el texto de Polibio, dejándolo definitivamente a un lado, para analizar sin prejuicios las demás fuentes escritas griegas y llegar a reconocer a través de esos testimonios los principios que gobernaban de forma general la organización de los campamentos militares griegos. A este planteamiento básico quiere responder el título de la tesis: *Campamentos militares griegos: de Homero a Jenofonte*.

El segundo aspecto básico que ha regido la forma de encarar esta investigación, y que también resulta evidente desde el mismo título, es la elección de un criterio diacrónico sobre otro posible sincrónico que se ocupara primordialmente en las diferencias constatables entre las tradiciones castrametales de cada polis en un mismo momento histórico. La razón estriba en el deseo de dejar bien sentadas las bases de cara a futuras investigaciones desde esta otra perspectiva, optando por fijarnos únicamente en los aspectos generales de la tradición campamental griega, encuadrándolas en una perspectiva cronológica amplia de evolución del arte de la guerra en Grecia que nos permita descubrir sus principios generales de organización. En este sentido, el extender además el marco de la investigación más allá del periodo clásico, remontándonos a las fuentes homéricas, ha realzado la imagen obtenida por contraste entre dos momentos

³ LE BOHEC, 2004, p. 218.

⁴ Otro caso de parcialidad polibiana, sobrevalorando el *funus publicus* republicano en tanto que gran manifestación de pedagogía cívica podemos verlo en Plb. 6.52-54, como si nada comparable existiera en la historia griega. Ver ALONSO, V., "Some Remarks on the Funerals of the Kings: From Philip to the Diadochi", en WHEATLEY, P., HANNAH, R., (eds.), *Alexander and his Successors. Essays from the Antipodes*, Claremont, California 2009, pp. 276-98.

bien diferentes que señalan con claridad la evolución de la tradición castrense helena. Por supuesto, se podría argüir que de igual interés hubiera sido el prolongar la investigación en la dirección cronológica contraria, es decir, incluyendo la época helenística y entroncando así con el mundo romano. Sin embargo, sin por ello querer quitar razón a ese argumento, lo cierto es que era imprescindible elegir dado que cubrir todo el periodo, de Homero a Alejandro y sus sucesores, hubiera resultado una tarea hercúlea; pero, además, porque tenemos constancia de que esa labor, el estudio del campamento griego en época helenística, ya está siendo llevada a cabo por algún otro historiador como D. Karunanithy. A eso se añade la consideración de que creemos más conveniente empezar por situar bien el origen y las raíces de la tradición campamental griega. Aun con todo, la comparación con el mundo romano ha surgido de manera inevitable, y la evidencia de las conexiones existentes entre ambas tradiciones prometen jugosos frutos, algo de lo cual podemos ya entrever por los resultados presentados en este trabajo.

El estudio ha sido dividido, dentro de ese marco diacrónico general, no en los periodos cronológicos habituales, sino según las etapas cubiertas en los escritos de las principales fuentes históricas de que disponemos, ya que ellas son el verdadero soporte de nuestra investigación. Por eso el trabajo lo hemos organizado en cuatro capítulos diferentes, en correspondencia con nuestras cuatro fuentes principales para esta materia: Homero, Heródoto, Tucídides y Jenofonte. Otros importantes autores como Hesíodo, Diodoro, Esquilo, Aristófanes, etc., se han empleado también, pero considerando sus escritos como materiales secundarios, que refuerzan o corrigen la visión dada por los anteriores. La aplicación de este principio nos ha parecido lo más conveniente para

ceñirnos de manera estricta al objetivo inicial propuesto: el estudio del campamento y de su evolución a través de las fuentes históricas griegas.

Con todo, el procedimiento elegido no es perfecto. Un primer resultado ha sido tomar conciencia de las limitaciones de estos testimonios escritos en relación con el tema estudiado. Con excepción de Jenofonte, los demás autores muestran un escasísimo interés por la vida diaria de los soldados, apenas anotando noticias sobre la vida campamental vinculada con las operaciones militares que describen. Eso se debe, no sólo a una natural inclinación por ceñir sus narraciones a los grandes acontecimientos políticos o militares, dejando de lado las menudencias cotidianas, sino también porque dan por supuestas y conocidas del público al que se dirigen las características de la vida en campaña, obviando detalles de gran importancia para nosotros. Pero, además, se ha hecho igualmente patente cómo cada uno de estos autores refleja la realidad bajo el prisma de su propia subjetividad. El ejemplo más claro es el de Jenofonte, cuyo afán didáctico y su filo-laconismo le condujeron a ocultar muchos aspectos de la realidad castrense griega con los que el autor no comulgaba, y a ensalzar otros que consideraba mucho más trascendentes para cumplir con uno de sus objetivos: la correcta educación de sus lectores, lo que proporciona una realidad adulterada. Otros ejemplos podrían ser los de Heródoto o Tucídides, con sus muy diferentes valoraciones del papel que juegan las construcciones defensivas (muros, estacadas, fosos) en la planificación de una guerra y en su empleo en la defensa de los campamentos militares.

Pese a esas limitaciones e imperfecciones, consideramos que el criterio adoptado era necesario e inevitable. Sólo gracias a ello, estamos ahora en condiciones de interpretar y valorar más correctamente la evidencia textual de que disponemos, reexaminarla bajo otros prismas, o ponerla al servicio de otras disciplinas como la

Arqueología o la Epigrafía, que a su vez han de colaborar muy eficazmente para completar el cuadro que aquí se presenta. En parte esto último ya se ha hecho realidad al haberse empleado aquí por primera vez relieves y representaciones asirias y egipcias de campamentos, así como algunas inscripciones epigráficas griegas de etapas posteriores, evidencias todas ellas que han resultado de gran utilidad para completar algunas lagunas o arrojar más luz sobre nuestras fuentes escritas.

Por eso la investigación que ahora concluimos no es el final, sino apenas el principio. En este momento es más evidente que nunca la necesidad de aplicar todos los descubrimientos que hemos plasmado en estas páginas al estudio de la historia de la guerra, aplicándolos a cada campaña y comprobando de manera fehaciente en qué medida la visión proporcionada por Homero, Heródoto, Tucídides o Jenofonte se ajusta a la praxis común de los generales y de las diferentes campañas, sirviendo también de testimonio sobre la veracidad de esas fuentes en este punto, y de cómo la visión que hemos dibujado ha de ser matizada o no según las tradición de las diversas *poleis*. Paralelamente, el empleo de fuentes arqueológicas y epigráficas ha de jugar en el futuro un importante papel para el avance de nuestros conocimientos, puesto que gracias a ellas probablemente podamos superar el limitado marco metodológico del estudio que aquí y ahora nos hemos visto obligados a respetar. En parte, eso lo hemos podido ya ensayar con nuestro análisis de la batalla de Maratón, recogido en esta tesis en forma de Apéndice (*cfr.* p. 769 y ss.), y para cuya reconstrucción hemos aplicado todas las enseñanzas previas de la investigación, aunque todavía nos quede una visita de reconocimiento al escenario mismo de los hechos. Las conclusiones a las que hemos podido llegar, y la imagen más nítida del episodio que se ha obtenido, son prueba suficiente del largo y prometedor recorrido que este campo de la historia militar nos puede brindar.

A todo eso debemos añadir las posibilidades que se han abierto en relación con el estudio sobre las influencias, continuidades y discontinuidades de las tradiciones castrenses provenientes del próximo Oriente asiático, de las cuales beben los griegos, y que deben prolongarse de alguna forma sobre la cultura romana, amén de las interferencias ajenas que se han podido producir, tanto egipcias como púnicas.⁵ El *continuum* histórico entre Oriente y Occidente en el marco mediterráneo tiene en la historia de las tradiciones militares y, especialmente castrametales, un nuevo y destacado foco de atracción, según hemos podido comprobar en múltiples aspectos de esta investigación.

2) El análisis del campamento militar en Homero.

En relación con este aspecto de los estudios históricos de la Antigüedad, el análisis del campamento aqueo frente a Troya tal y como se recoge en la *Ilíada*, y con el cual abrimos la investigación, ha sido de gran utilidad, teniendo como producto derivado conocer mejor el proceso de formación del poema. Dejando claro, en primer lugar, que la *Ilíada* responde a principios y objetivos poéticos y no históricos, hemos podido comprobar cómo fórmulas poéticas, imágenes y escenas relacionadas con los campamentos y la vida en campaña contenidas en sus versos tienen claros paralelos y raíces en ámbitos culturales tan distantes como Mesopotamia, el mundo hitita o la civilización micénica, sirviendo de testigo fiel de la larga, compleja y tortuosa génesis del poema. Eso no impide que los elementos fundamentales que dibujan la imagen del

⁵ Ya LIERS en el s. XIX apuntó la posible existencia de una continuidad en las tradiciones castrametales entre Grecia y Roma (*cf.* n. 15, p. 12). Mucho tiempo después, ANDERSON también se fijó en las posibles relaciones entre la tradición campamental oriental, griega y romana, pero afirmando que la influencia oriental se produjo sólo tras Alejandro Magno y fue fruto de sus conquistas (*cf.* n. 32, p. 17). Por último, PETRIKOVITS (1975, pp. 139-140) igualmente hizo mención de las posibles influencias existentes entre las tradiciones del Mediterráneo y de Grecia en la milicia romana. Por ejemplo, afirma que el origen de la tradición espartana de acampar en círculo se podría encontrar en influencias asirias. Pero ninguno de ellos aportó pruebas ni datos concretos para avalar estas hipótesis.

campamento aqueo se constituyan en una imagen perfectamente lógica y coherente, hasta el punto de permitir reconstruir bastante más que las líneas generales de lo que sería un campamento de una fuerza bélica aquea desembarcada en cualquier orilla del Mare Nostrum. La *Ilíada* no recoge un campamento particular, sino que recrea como marco dramático del *epos* las condiciones básicas y características más propias de un establecimiento en tierra de una fuerza militar desembarcada antes de la época clásica.

Ello no está en contradicción con el hecho de que la composición del poema fue llevada a cabo mediante un proceso sistemático de reutilización de escenas procedentes de otros poemas de origen y cronología muy diversa que se adaptaron con muy diferente fortuna a la composición. Un caso muy evidente que hemos podido constatar ha sido la frecuente reutilización de escenas de recibimiento de embajadas en casas o palacios tomadas de obras hoy perdidas, pero que se aplican sin ningún pudor al ambiente castrense y rudo en el que se desarrolla el poema. El resultado es descubrir cómo las chozas ocupadas por Aquiles o Agamenón en la playa y entre los barcos griegos adquieren a menudo la apariencia de grandes estancias palaciegas muy amplias, adornadas con grandes riquezas mobiliarias o múltiples patios, acordes con su dignidad pero no con lo que debía de ser la realidad más prosaica de un jefe militar en campaña. Igual de evidente, pero aún más interesante, ha sido el descubrir cómo los versos donde se contienen las escenas de ataque al muro aqueo y a sus puertas, recogen en realidad descripciones de asaltos a murallas o puertas de grandes ciudades orientales posiblemente originadas en tradiciones poéticas de Oriente Medio, hoy perdidas. Muchos de esos versos son descripciones literarias que parecen corresponder de forma exacta, según nos hemos ocupado de investigar, con escenas recogidas en numerosos

relieves sobre asedios y asaltos a ciudades durante las campañas de los reyes asirios. En este aspecto, recurrir al material arqueológico ha sido sumamente esclarecedor.

Muy destacable también por su interés ha sido comprobar cómo el canto X, o *Dolonía*, pertenece evidentemente a un contexto posterior y diverso del resto de la *Iliada*, algo ya apuntado por G. DANEK (1988) a partir de otro género de evidencias. En ese canto, pese a que las acciones descritas se circunscriben supuestamente al campamento aqueo en las playas frente a la ciudad de Troya, en realidad se desarrollan en el campamento de una fuerza armada terrestre, donde no hay barcos, ni mar, ni playa, y cuya estructuración interna es por completo diferente a la del resto del poema. Junto a eso, el vocabulario relacionado con lo campamental es notoriamente singular, más evolucionado y rico que en los demás cantos, haciendo un uso sólo marginal de las estructuras típicas que aparecen en el resto del poema. A todo esto habría que añadir otra serie de diferencias notables, como, por ejemplo, la mayor complejidad de los sistemas de guardia y vigilancia que se describen en ese canto. En conjunto, el análisis realizado parece sugerir que la conocida como *Dolonía* sería un poema interpolado, deficientemente integrado en el conjunto, y en el que se describe el funcionamiento del establecimiento militar de un contingente de infantería del siglo VI o como mucho VII a.C.

3) El análisis del vocabulario campamental griego.

Al afrontar el estudio del campamento militar, tanto en Homero como en el resto de las fuentes posteriores, hemos comenzado siempre por hacer un minucioso análisis del vocabulario empleado por cada autor en relación con los establecimientos militares. En Homero lo primero que se constata es la falta de términos específicos en griego para

designar la acampada de un contingente militar. En lugar de eso el cantor de la *Ilíada* sabe recurrir a fórmulas e imágenes que sirvan para trasladar la misma idea al oyente: así surgen expresiones como νῆες Ἀχαιῶν (la más habitual) o νῆες καὶ στρατός. Pero no existe un término propio para significar “campamento”, lo que habla bien a las claras de la naturaleza de la guerra y del tipo de campañas militares que suelen emprenderse en ese momento. El análisis del sustantivo στρατός, que ha sido interpretado tradicionalmente como “ejército acampado” en contraposición a στίχες (“ejército en línea”), ha mostrado que, por el contrario, Homero lo emplea en primer lugar y fundamentalmente para referirse a un “ejército” y no al campamento de una fuerza militar. Este último caso se descubre sólo como una derivación lógica de su primera acepción, siendo este sentido secundario en la palabra. Pero es importante subrayar de nuevo que los aedos que cantan las hazañas de los griegos que desembarcan frente a Troya carecen de un vocabulario ajustado apropiado para definir el campamento donde aquéllos se asientan.

El sustantivo griego más apropiado para significar el campamento militar es στρατόπεδον, el cual aparece por primera vez en Esquilo y Sófocles, popularizándolo el historiador jonio Heródoto. El lugar de nacimiento del historiador y el origen del término no parecen dos elementos sin conexión; al contrario, ambos aspectos están relacionados de manera estrecha. Στρατόπεδον es muy probablemente un neologismo acuñado entre mercenarios griegos en Asia Menor, y por tanto es natural que sea un jonio el primero en estar familiarizado con esta expresión nueva y el que con más profusión la emplee en sus escritos. Podemos suponer con fundamento que la palabra στρατόπεδον surge fuera de Grecia y en el círculo de los soldados de fortuna que marchan al Próximo Oriente, ya que la primera mención que tenemos recogida de su

empleo se enmarca en ese ámbito: Στρατόπεδα es la denominación popular con la que son conocidas las colonias de mercenarios que Psamético I instala en ambas orillas de la desembocadura del Nilo. Eso nos retrotrae al menos al siglo VII, cuando sabemos por la épica que muy probablemente en Grecia el vocablo aún es desconocido. Pero, además, la palabra se compone de dos raíces, στρατός y πέδον, teniendo esta última una bien conocida etimología que lo vincula con el hitita *pedan*, suelo, huella. Es decir, que el στρατόπεδον sería la “llanura del ejército”, el lugar donde los soldados dejan su huella al asentarse, el campamento. Tampoco extraña que el neologismo surgiera en Asia Menor y no, por ejemplo, en Egipto, según permite suponer el análisis etimológico de la palabra. Al menos desde el siglo VIII, muchos soldados griegos probarían fortuna a las órdenes de los grandes señores de Asia Menor o el Levante mediterráneo, donde a diferencia de lo que ocurría en sus lugares de origen, los campamentos militares eran algo omnipresente en las campañas militares, con un grado de perfección técnica también muy elevado. Por eso, a la vista de esa nueva realidad campamental para la que carecían de un término propio adecuado, surgiría de forma natural el término στρατόπεδον, confinado eso sí a ámbitos castrenses y externos a Grecia, al menos hasta el siglo VI.

Tras Heródoto, también Tucídides y Jenofonte harán abundante uso de la palabra, ya para entonces plenamente integrada en el vocabulario griego habitual. Por consiguiente, existe ya en Grecia una necesidad de emplear este sustantivo, lo que es relevante en cuanto a la transformación que las campañas militares han tenido que sufrir.

Sin embargo, el sentido con el que lo aplican no es traducible de manera simple y automática por nuestro moderno concepto de “campamento”. En estos historiadores,

στρατόπεδον es sencillamente un ejército en campaña, de manera preferente aquel que está asentado en un territorio, pero también aquel que combate, que marcha, que huye o que padece los rigores y peligros de la guerra. Su significado remite principalmente a la comunidad de soldados que compone una fuerza militar durante el tiempo que éstos están de campaña, y sólo de manera secundaria al espacio que ocupan en relación con las actividades que desarrollan. Es así un término paralelo en su sentido y concepción al sustantivo πόλις, pero aquí en relación con el ámbito militar y no civil.

Muy importante también es la expresión τὰ ὄπλα. En contextos castrametales se ha interpretado muchas veces erróneamente como alusiva a lugares donde se guardaban las armas de los soldados al asentarse en un territorio o al descansar tras una jornada de marcha. Sin embargo a través de nuestra investigación hemos podido probar que, en realidad, el término en plural y dentro de un contexto castrametal se refiere estrictamente al espacio ocupado por los soldados al establecer su campamento. Su traducción más exacta podría ser “plaza de armas” o “campamento”. Es, por tanto, una expresión similar a στρατόπεδον, pero si en esta última se subraya el vínculo personal que une a los soldados de un ejército, en τὰ ὄπλα la definición es más material. De nuevo el paralelo con el concepto de πόλις es claro: τὰ ὄπλα sería a στρατόπεδον lo que ἄστυ es a πόλις.

Debemos hacer notar que τὰ ὄπλα no existe con este sentido dentro del vocabulario homérico, aunque tal concepto o muy similar es el desempeñado por la expresión νηῶν ἐν ἀγῶνι (el lugar de reunión de los barcos). Τὰ ὄπλα tampoco aparece en la *Historia* de Heródoto, quien sí emplea la expresión ἔθεντο τὰ ὄπλα (dejar las armas en el suelo), lo que es el antecedente más próximo y que mejor explica

esa construcción lingüística. Así, lo que define esencialmente una acampada sería el acto de dejar cada soldado las armas en el suelo, junto a él, en el lugar que va a ocupar al instalarse, tal y como el autor de la *Dolonia* describe la acampada del Tídida Diomedes (Hom., *Il.*, X,148-156). Ésa es la mejor explicación de lo que es el campamento militar griego, la parada del ejército para prepararse a la inminente batalla, descansando y dejando las armas en el suelo. No nos ha de extrañar que sea justamente en el marco dramático del campamento terrestre de la *Dolonia* donde encontramos esa primera descripción de la forma clásica de acampada de los hoplitas griegos, estando ausente del resto del poema épico.

Posteriormente, la fórmula queda ya claramente atestiguada en Tucídides, aunque sea Jenofonte el que la consagra por el abundante empleo que hace de ella al resultarle de gran utilidad para recrear con exactitud la cotidianeidad de los Diez Mil mercenarios de Ciro en su campamento.

Como vemos, los cambios en la naturaleza de la milicia griega aparecen perfectamente reflejados en sus diversas fases por el vocabulario empleado en las fuentes en relación con el campamento. Ese proceso culmina en el siglo IV, cuando el campamento adquiere una relevancia inaudita hasta entonces en las campañas militares en Grecia. Es también por esas fechas cuando aparecen las obras teóricas de Jenofonte, en el que el arte de la acampada adquiere un espacio propio y destacado dentro de la teoría militar, y también es ese el momento, o poco tiempo después, en el que vio la luz el *Στρατοπεδευτική Βίβλος* de Eneas Táctico, la primera obra teórica dedicada en exclusiva a la castrametación de los ejércitos griegos.

4) El lugar de acampada.

A la hora de estudiar los principios que fundamentaban la teoría castrametálica griega, la primera cuestión a la que debemos prestar atención es la del lugar elegido para el establecimiento de esos ejércitos en campaña. Los criterios han de reflejar tanto unas necesidades tácticas como logísticas. En relación con la táctica, existe unanimidad en las fuentes. Los generales griegos prefirieron, siempre que estuviera en su mano, las colinas o las alturas para estacionar a sus ejércitos. De las llanuras se huye, tanto por los problemas de salubridad que pueden plantearse allí, como por las desventajas tácticas que suponían. Hemos de recordar una vez más que el campamento militar no se concibe como un lugar de estacionamiento más o menos duradero de los soldados para la conquista de un territorio, sino únicamente como un lugar de parada a la espera de la inminente batalla que se ha de desarrollar en la llanura. Por eso se valoran mucho las ventajas que presentan las alturas tanto ofensiva como defensivamente. En esto no existe diferencia alguna entre griegos y romanos, quienes seguían idénticos criterios para emplazar sus legiones.⁶

Tal y como dice Polibio (VI,42), y corrobora explícitamente Jenofonte (*Lac.*, XII), la mejor opción táctica era aprovechar los accidentes del terreno para asegurar la defensa del campamento y la mejor posición para la batalla. La acampada es un lugar de espera frente a la posición enemiga, estando completamente al descubierto. Por eso mismo no era previsible que se produjera un ataque, sino que tal contingencia sólo se contempla como resultado inmediato de la derrota en batalla campal y el consiguiente pillaje y toma del botín al enemigo vencido. De nuevo el mejor y más habitual emplazamiento era en colinas o alturas. Desde allí se podía controlar al enemigo, se podía aprovechar la pendiente y lograr así una mayor fuerza de empuje para el choque

⁶ LE BOHEC, 2004, pp. 180 y 218.

en la llanura entre las falanges, asegurando asimismo importantes ventajas pasivas debido a la inclinación opuesta del terreno en caso de que los soldados enemigos avanzaran hacia la propia posición. En todo caso, también se valoraba de forma muy positiva contar con muros, ríos, u otros accidentes orográficos que sirvieran de protección para la retaguardia y los flancos de la acampada.

Al ser considerado el campamento como un mero establecimiento temporal para descansar antes de la batalla, también resultaba esencial disponer de suministros de agua y víveres suficientes para poder elegir el momento de la confrontación y ser capaces de alargar la espera tanto como fuera necesario y conveniente. Ahí entran los criterios logísticos a la hora de elegir el emplazamiento del campamento.

El despertar del interés por las cuestiones logísticas nace sobre todo a raíz de la campaña persa contra Grecia. Tanto Esquilo como Heródoto se hacen eco de la idea general en Grecia de que la derrota persa se debió en gran medida a errores de logística. El tamaño descomunal de las fuerzas de Jerjes les hacía depender sobremanera de las fuentes de abastecimiento, en detrimento de los criterios tácticos a la hora de plantear su campaña, estando siempre pendientes de asegurar sus líneas de aprovisionamiento e impedir encontrarse aislados y sin recursos en medio de una tierra enemiga. Eso llevó a los mandos del ejército a sacrificar las ventajas tácticas en favor de cuestiones logísticas, lo que condujo a graves y decisivas derrotas. De ahí también que Heródoto haga referencias constantes a cuestiones de aprovisionamiento de víveres y de agua durante su narración, así como a los lugares en los que se establecen los campamentos, hasta el punto de que parecen ser estos argumentos logísticos los únicos que entran en los cálculos de los generales griegos. Sin embargo, gracias a fuentes posteriores como

Diodoro Sículo, sabemos que los estrategos griegos también atendían, como es lógico, a principios tácticos, sabiendo aprovechar en su favor el mejor conocimiento del territorio.

Lo experimentado durante el conflicto contra el gran imperio de Oriente sirvió sin duda para subrayar después la importancia de ese aspecto en los cálculos estratégicos, tanto más cuanto que las campañas desde mediados del siglo V se prolongan en duración y en distancia con respecto a aventuras militares anteriores. Esto es lo que se vive en la guerra del Peloponeso, muy particularmente con ocasión de la preparación de la expedición ateniense a Sicilia, y de la huida de los restos de ese ejército, en los frecuentes asedios a ciudades, en las campañas de destrucción de cosechas, en el bloqueo de Esfacteria, en la aparición del fenómeno del ἐπιτερισμός, etc. La destrucción de las fuentes de suministro del enemigo se convierte en un objetivo recurrente en la guerra de desgaste entre espartanos y atenienses, lo cual tiene gran trascendencia a la hora de decidir el emplazamiento de los campamentos y el tiempo de estancia de un ejército acampado en una región. Los detalles que nos proporciona Tucídides muestran a las claras que los generales griegos de todos los bandos ponían gran cuidado en asegurar los medios de subsistencia de sus hombres. Y que el descuido de este aspecto, aparte de producir graves daños, era ya algo injustificado y pésimamente entendido por los soldados a su mando.

Jenofonte nos confirma la actualidad y vigencia de esa visión sobre la planificación de la guerra. La logística primero, y después la táctica, continúan siendo los principales temas de preocupación del autor al describir las campañas militares, consecuencia natural de las dificultades y los grandes obstáculos que el ejército de

mercenarios griegos de Ciro encontró en su huida desde el corazón del imperio persa. Como secuela natural, propia del ánimo didáctico con el que concibe su obra, aparecerá un capítulo completo en la *República de los lacedemonios* (XII,1) —además de constantes referencias en la *Ciropedia* (I,6,15; VI,1,23; V,4,40)— dedicado a la logística, intendencia y táctica imprescindibles para la preparación de las campañas militares y la previsión de los lugares de acampada de sus ejércitos. Los prolijos comentarios del ateniense sobre este aspecto sirven como resumen especialmente completo tanto de los problemas encontrados por los ejércitos griegos durante todo el periodo clásico como de los medios más habituales a los que se recurre para su solución. El avance teórico es tal, que los planteamientos y soluciones que presenta en este campo no están muy alejados del nivel de sistematización que encontramos en otros autores muy posteriores, como Vegetio (I,22 y III,8) o el Ps.-Higinio (56-57), y en referencia a la teoría militar de los ejércitos de Roma.

Descendiendo a aspectos más particulares en esta materia, lo primero que debemos subrayar es que la elección del lugar de acampada recae dentro del ámbito de las responsabilidades del jefe del contingente. De él depende el bienestar de su ejército y el que a lo largo de la campaña los soldados puedan tener a su disposición suficientes medios de subsistencia, e incluso de ganancia (a través de la obtención de botín de guerra). La orden primera al partir a la guerra fue siempre la de “víveres para tres días”, probablemente como reminiscencia de un tipo de guerra en el que era raro contemplar campañas que llevaran a los soldados a desplazarse más allá de una sola jornada, consumiéndose otra en la batalla y una más en el regreso al hogar. Pero, en cuanto las operaciones militares se prolongan, cuando la duración de las mismas va más allá de

tres días, la cuestión de la intendencia se hace un problema imponente en función del número de hombres que son movilizados.

Una primera respuesta es establecerse junto a aldeas o ciudades en las que obtener agua y víveres. El tamaño de los ejércitos (habitualmente en contingentes formados por miles o decenas de miles de hombres) llevaba a que fuera necesario disponer, no de un grupo de casas, sino incluso de un grupo de aldeas, dada la cantidad de alimentos que se precisaban a diario. Eso suponía que la zona donde se asentaba un ejército quedara pronto esquilhada y agotada, obligando con ello a los generales a tener que cambiar constantemente la localización de sus acampadas. Era otra forma de destrucción del territorio. En el caso de las ciudades, el problema radicaba en que esos grandes ejércitos eran vistos con gran temor, y en muchos casos se les cerraban las puertas, prefiriendo el riesgo de sufrir un asedio a que se produjera el asalto de la ciudad. De todas formas también se podían dar otras opciones, como que la ciudad ofreciera mercado a la sombra de sus murallas para que los soldados acampados en la vecindad pudieran abastecerse, o incluso que la urbe abriera sus puertas, demostrando buena voluntad, esperando que los generales supieran valorar ese gesto y aseguraran la integridad de su población y un mínimo respeto por sus propiedades. Era, por tanto, una relación de frágil equilibrio entre miedo e intereses, que podía verse rota en cualquier momento, tal y como comprobamos que ocurre con frecuencia entre el ejército de los Diez Mil y las ciudades y aldeas que atraviesan a lo largo y ancho de Persia y el Asia Menor.

Otra opción es el establecimiento de la tropa cerca o incluso dentro del propio terreno de los templos que salpicaban la geografía de la Hélade. Aparte de que los

templos son una constante referencia en los autores clásicos debido a que era esta una manera sencilla de ir situando las etapas de una campaña militar en Grecia, también existían razones de índole más práctica y relacionadas con la solución de problemas tácticos y logísticos. Por un lado, los templos solían contar con fuentes de agua con las que abastecer a las tropas y a sus animales de carga; además, los muros que rodeaban el recinto sagrado podían servir como forma de proteger el asentamiento militar; y, por último, también podía disponerse en caso de necesidad de los bienes del templo como botín. Lo habitual de esta práctica debió de consternar a los griegos, especialmente durante los años de la guerra del Peloponeso, provocando un debate público sobre su licitud, que Tucídides nos resume (IV,98). Según el juicio que allí presenta, la ocupación de un templo por soldados acampados era siempre lícita, aunque no fuera del agrado de sus compatriotas, siempre y cuando se permitiera el mantenimiento del culto y no se hiciera daño a las propiedades del dios, así como se mantuviera un decoro y cuidado en todo su recinto. Esto no debía de ser lo habitual, pero las circunstancias de la guerra mandaban y ninguno de los bandos podía declararse completamente inocente.

La subsistencia del ejército también se aseguraba gracias al seguimiento de un largo tren de equipajes portando víveres y animales, sin perjuicio del establecimiento de mercados que surtían a los soldados en sus más variadas necesidades, en un negocio que no estaba exento de peligros. Pero la importancia de los segundos era tal que los generales griegos asumían su defensa con el mismo ardor con el que protegían su propio tren de equipajes. Una última posibilidad se encontraba en el establecimiento de líneas de suministro, tanto por tierra como por mar, y tanto dentro del territorio de la Hélade como a una tan larga distancia como era Sicilia. Este último ejemplo viene a probar que

en Grecia ya se había logrado por entonces un alto grado de desarrollo técnico en el arte de la conducción de la guerra.

También la disponibilidad próxima de madera y piedra era valorada, aunque sin constituir una necesidad absoluta, a no ser que se decidiera la construcción de grandes muros de asedio o de algún tipo de fortificación para la defensa de los soldados, lo cual no era habitual por lo menos hasta avanzado el siglo IV. La madera necesaria para las hogueras, para la reparación de barcos o quizá para la construcción de pequeños parapetos o estacadas con los que proteger los barcos varados o los asentamientos mismos, era posible encontrarla de forma habitual y regular en todos los lugares de Grecia. Eso sí, la prolongación de la estancia podía conllevar que los soldados encargados de esa tarea hubieran de alejarse cada vez más del ejército, poniendo en peligro sus vidas.

Un último criterio al que nos hemos referido es la salubridad del lugar, algo de cuya importancia los jefes militares griegos son conscientes desde la época en la que Homero compuso su obra.⁷ Por un lado, para eludir la aparición de enfermedades, los generales griegos sabían que debían evitar, especialmente en verano, los lugares pantanosos o de aguas estancadas, así como el hacinamiento de las tropas. Además, debido a la propia actividad diaria, la gran cantidad de residuos y de excrementos que producían esos grandes contingentes hacía de la misma forma necesario cambiar con cierta frecuencia el emplazamiento de los soldados y buscar sitios en los que hubiera

⁷ Probablemente, en parte este razonamiento se encuentre ya detrás de las disposiciones que pone en marcha Agamenón en el campamento aqueo frente a Troya para purificar el campamento y poner fin a la plaga que ha asolado al ejército: *cfr.* Hom., *Il.*, 313-317.

aire fresco que mejorara las condiciones higiénicas del lugar. De nuevo los altos, montañas y colinas surgen como la solución idónea a esta cuestión.

No muy diferentes son los principios que gobiernan la elección de los lugares de acampada para las tropas embarcadas, que por las condiciones y características de la navegación se veían en la obligación de hacer paradas frecuentes en la costa, instalando campamentos provisionales suficientes para descansar, hacer la aguada, aprovisionarse, y dejar secar las maderas de las naves. Para ello lo mejor eran las playas arenosas, lo más amplias posibles para que pudieran tener cabida en ella todos los barcos y no obligar a separar y distribuir la flota en diversos puntos de la costa, que estuvieran protegidas de los vientos, y próximas a fuentes de agua y a poblaciones donde obtener víveres.⁸ La gran cantidad de requisitos que debían cumplir hacía que los lugares disponibles para las flotas no fueran muchos, y que se convirtieran en puntos muy frecuentados por todos los contingentes navales.

5) El plano de la acampada.

En cuanto a la planta del campamento, puesto que, por motivos tácticos y debido a su propia razón de ser, los ejércitos griegos adaptaban el asentamiento del στρατόπεδον a las características del terreno, es difícil pensar *a priori* que el plano de sus acampadas mantuviera un perfil regular. Eso no sitúa la tradición castrense griega muy por detrás de la romana, ya que en época augustea la mayoría de los campamentos

⁸ Así era habitual el emplear los estuarios de los ríos, que además permitían una fácil coordinación con ejércitos que avanzaran tierra adentro. El peligro se encontraba en que se produjeran crecidas que pudieran acabar con los barcos.

son de planta completamente irregular e incluso se registran en un mismo periodo trazados tanto regulares como irregulares.⁹

Sin embargo, el problema no queda así zanjado. Jenofonte en *Lac.*, XII asegura que los campamentos militares de los espartanos eran de planta circular. Esto se debía, según él, al deseo de conservar un rasgo propio de su más remota tradición castrense y por ser tácticamente más ventajoso que el plano cuadrangular. La verosimilitud de este testimonio se fundamenta en que el plano circular es la forma más antigua y básica del asentamiento de un ejército o de un contingente en marcha, por lo que no extraña que tal fuera la imagen que desde antiguo presentaran los establecimientos militares lacedemonios y que así se hubiera mantenido como otro rasgo más de su conservadurismo y de su deseo de distinguirse del resto de las *poleis* griegas.

Ese pasaje de Jenofonte es también importante porque pone sobre la mesa la discusión —inédita en el mundo griego— acerca de si resulta más ventajoso el plano circular o el cuadrangular. ¿Implica eso que, mientras los campamentos de los ejércitos lacedemonios mantenían una planta circular, el resto de las *poleis* lo hacían siguiendo un trazado cuadrangular? Eso es lo que nos inclinamos a pensar. Pero la dificultad estriba en que no hay ninguna otra mención de la forma de acampar griega, ni tampoco disponemos de testimonios arqueológicos bien estudiados. Lo cierto es que el único campamento militar de una fuerza ateniense, identificado e investigado por Boardman, sí muestra una planta más o menos regular y más o menos cuadrangular.¹⁰

⁹ *Cfr.* PETRIKOVITS, 1975, p. 139; LENOIR, 1986, pp. 329-330.

¹⁰ Campamento ateniense en Delfinión: BOARDMAN, 1956, p. 46, fig. 3.

6) Organización interna del campamento.

Dirigiendo ya nuestra atención a la forma de organizarse internamente un στρατόπεδον, lo primero que descubrimos es que éstos procedían a ordenarse siguiendo fiel y puntualmente la estructuración jerárquica militar de cada polis. En el nivel más alto, en caso de producirse una alianza de los ejércitos de varias ciudades-Estado en una misma campaña, cada uno de ellos se consideraba como un solo στρατόπεδον independiente y diferenciado tanto en lo jurídico como en lo territorial. La aplicación de este principio es tan drástica que, en el caso de que algún grupo de soldados, por la razón que fuera, cambiara sus lealtades y las transfiriera a otro general en medio de una campaña militar (lo cual podía ser frecuente en el caso de los mercenarios), la decisión también implicaba su mudanza desde el espacio donde se encontraban a una nueva posición dentro de la zona ocupada por las tropas del general al que debían ahora lealtad. Si esto era así entre griegos, tanto o más claramente se aplicaba el principio en el caso de ejércitos compuestos por contingentes helenos y bárbaros, como el caso del ejército reclutado por Ciro para asaltar el trono de Persia.

Dentro de cada στρατόπεδον, la distribución de los efectivos se realiza atendiendo a la estructuración militar según los consiguientes órdenes jerárquicos, desde la τάξις o el λόχος en curso descendente hasta la unidad más básica compuesta por los compañeros de tienda (συσκῆνοι). Debemos suponer que esta manera de organizar la acampada también se extendía a las diferentes armas o funciones militares dentro del ejército (hoplitas, arqueros, caballería, peltastas, etc.), aunque de esto no haya quedado más reflejo en nuestras fuentes que el problemático texto de la *Ciropedia*, VIII,5,2-16. Tal organización supone necesariamente la existencia de una cierta regularidad en el plano interno, así como calles que separen las diferentes unidades del ejército, tal y

como sucede en los *castra* romanos. De esta forma, debemos suponer que la afirmación del autor de la *Dolonía* de que el campamento allí descrito —ya dijimos que probablemente datable en el siglo VI— estuviera recorrido por muchas calles (*Il.*, X,65-66), debe reflejar plenamente la realidad, al menos presente en los establecimientos militares de fuerzas terrestres griegas desde momentos muy tempranos del periodo clásico.

En el último texto citado de la *Ciropedia*, Jenofonte reconstruye la forma ideal y perfecta de acampada que era la seguida por su ahistórico Ciro. La gran innovación que se presenta en ella es que cada unidad se sitúa en un lugar concreto y siempre el mismo dentro del plano de acampada. Su propuesta en el fondo preconiza lo que será el ideal del sistema romano de castrametación y responde con exactitud a las críticas que siglos más tarde verterá Polibio. Pero el que éste sea el ideal propuesto por Jenofonte nos demuestra que ésa no era la manera de conducirse de los ejércitos griegos. Éstos mantenía un orden interno que traslucía punto por punto su organización militar, pero el plano no era siempre el mismo sino que variaba según lo que impusiera en cada caso la orografía del terreno elegido para acampar. De ahí que, como también se afirma en el pasaje citado de la *Dolonía*, fuera sencillo perderse al transitar por el campamento.

Ya que en cada ocasión las unidades se distribuían de forma diferente, el cómo debía hacerse en cada caso debió de ser determinado por el jefe militar, aquél que también decidía el lugar donde acampar (*Th.*, V,66,2). Quizá unas indicaciones generales valdrían para poner en marcha el proceso de instalación de un campamento, y cada jefe de unidad decidiría cuál era la posición más ventajosa dentro del espacio más general en el que debía de quedar integrada su unidad. Eso, sin duda, crearía un cierto desorden e imagen de caos, tanto mayor si lo comparamos con la sistematización romana. Todo ese proceso pudo estar más o menos supervisado por algún encargado

general de la acampada, que hiciera las veces en el mundo griego del *metator* romano. De tal personaje las fuentes no guardan ninguna indicación, aunque también pudiera esconderse bajo el conjunto de responsabilidades que recaían en el siglo V en los ταμίαι, en el siglo IV en el ἄρχων σκευφορικοῦ, y en época helenística σταθμοδότης. Ya en periodo romano tenemos constancia, en al menos una inscripción, de un *praefectus stratopedarchus* que bien pudiera tener entre sus obligaciones la de organizar los espacios de acampada.¹¹

Sobre zonas comunes o lugares habitualmente habilitados dentro de las acampadas sabemos bien poco. Jenofonte, al describir el transcurrir de la vida en campaña de los mercenarios de Ciro, menciona la presencia de un espacio amplio, centro del campamento, donde se sitúa la tienda del estratega jefe del contingente. Sin embargo, ni Homero, ni Heródoto, ni Tucídides, ni ningún otro autor aluden a él. Quizá tal estructura fuera el fruto exclusivo de la peculiar conformación de un campamento constituido por diversos contingentes unidos entre sí, lo que de forma natural haría configurarse un centro del campamento. Sin embargo, también debemos reconocer que sería muy lógico pensar que en cualquier asentamiento militar existiría un lugar central, frente a la tienda del general, que sirviera de plaza y lugar para celebraciones o actos públicos. Por eso nos inclinamos a pensar que así debía de ser, aunque las fuentes, como en tantas otras cosas, no nos lo muestren con claridad.¹² Se configuraría como un espacio abierto lo suficientemente extenso como para poder cobijar a todos los soldados del ejército sentados para celebrar sus asambleas. También ahí se encontraría el fuego

¹¹ *AE*, 1954, 163 (*Lucus Feroniae*, Etruria). Debo agradecer muy sinceramente a la Dra. Alicia Canto la amabilidad, que en ella es costumbre por no decir rasgo propio de su forma de ser, al proporcionarme la cita y el hallazgo de esta valiosa inscripción.

¹² Además de Jenofonte, Eurípides enmarca su obra *Ifigenia en Áulide* en un amplio espacio frente a la tienda de Agamenón. Más evidente es su existencia en época helenística.

de los sacrificios, los altares, o, por ejemplo, las figuras de los Dióscuros que acompañaban a los lacedemonios en campaña. Por eso, también resulta posible conjeturar que la tienda de los adivinos se encontraría cerca, al igual que la de otros personajes destacados que pudieran acompañar al estratega, como los éforos. Sobre el emplazamiento del botín, los esclavos capturados, otros prisioneros, el ganado y los animales de carga, parece lo más razonable pensar que también debieron de ocupar una parte de este espacio como forma de lograr una mayor seguridad y una más fácil vigilancia, aunque sobre esto último realmente no tenemos evidencias y debemos limitarnos a anotar la posibilidad como una mera conjetura lógica. En resumen, ese centro del campamento haría las veces del ágora de la ciudad dentro de la comunidad griega, de la ciudad en movimiento, que en realidad es todo στρατόπεδον.¹³ No sería muy diferente en cuanto a sus funciones e importancia de lo que serían los *principia* de cualquier campamento romano.¹⁴

Por el contrario, el mercado probablemente conformaría un establecimiento separado, como espacio civil en contraposición al espacio militar conformado por el στρατόπεδον, aunque el ejército ejercía ciertos poderes sobre ellos, existiendo un oficial encargado de regular sus actividades. Allí se instalarían todo el abigarrado grupo de los seguidores del campamento (artesanos, esposas, hijos, mercaderes), para lo cual encontramos también un sencillo paralelo en el asentamiento civil (*canabae*, que en

¹³ Idea que también parece suscribir Tucídides en VII,77.

¹⁴ Según Vega Avelaira, en el caso de Roma el *principia es el espacio medular del campamento, (...) donde se acomodan los órganos esenciales de la administración, los espacios sagrados destinados al culto, la custodia de los estandartes y la fuerza moral de la disciplina*. En algún caso las excavaciones de estos espacios en campamentos romanos han podido llegar a identificar una base de *podium* que sostendría el pedestal de una estatua imperial o tal de vez de un altar, lo que rápidamente nos recuerda cómo los ejércitos de Esparta siempre se acompañaban en campaña de las imágenes de los Dióscuros, que probablemente encontrarían en este espacio central su acomodo, en paralelo a lo que más tarde ocurrió entre los ejércitos romanos: *cfr.* VEGA AVELEIRA, T., FERRER SIERRA., S., RODRÍGUEZ COLMENERO, A., “Los *principia* del campamento romano de *Aquae Querquennae* (Portoquintela, Ourense, España). Excavaciones arqueológicas de los años 2003-2005”, *Gladius*, Anejos 13, 2009, p. 468 y 475.

ocasiones llega a formar un *vicus*) que de forma habitual se desarrollaba fuera, pero muy próximo, a los campamentos romanos.

Acerca de la estructuración interna de los campamentos en tierra de las flotas de guerra, sólo contamos con el testimonio de la *Ilíada*, aunque se puede pensar que, por la lógica subyacente a la naturaleza y características de cualquier contingente naval, con los escasos cambios que se producen en la naturaleza de la marina militar durante el periodo cubierto por este estudio, ese mismo patrón de organización, o uno muy parecido, sería el vigente también a lo largo de toda la etapa clásica.

Según nos lo describe Homero, las acampadas de grandes flotas en la costa para un periodo largo de estancia se conformarían con los barcos varados lo más tierra adentro posible, en las playas, y con sus proas mirando hacia el mar. La necesidad de mantener seca la madera de los barcos haría que éstos se dispusieran hacia el interior de la costa al objeto de que se librarán de las subidas y bajadas del nivel del mar por las mareas. Además, al menos en la *Ilíada*, los soldados plantarían sus tiendas entre los barcos, aprovechando igualmente los amarres del barco para sostener las mismas. De esta forma, los marineros se distribuyen cada uno en tiendas o chozas en torno a su propio barco. Esto es también lógico por las ventajas que para el funcionamiento y la disposición al servicio de las tripulaciones supondría ese tipo de organización. En caso de preverse estancias más breves, probablemente se obviarían los trabajos de instalación de esas chozas o tiendas, haciendo la pernocta al raso junto a la nave.

De forma paralela a lo que ocurre con la infantería, cada barco, a su vez, quedaría varado en torno a la nave del comandante de su unidad o de su flota, que se

destacaría claramente en la línea de playa conformada por las proas de los barcos, simplificándose mucho de esta forma la localización de cada contingente.

La playa, el espacio entre la línea de barcos y el mar, sería en estos campamentos de las flotas el equivalente al centro de acampada en los ejércitos terrestres. Esta sería el área de terreno practicable más amplia y mejor dispuesta para que se llevaran a cabo las asambleas de los soldados, para los ritos y para cualquier otro tipo de actividad pública. Sí es cierto que, por las condiciones de la navegación de entonces, la impedimenta se limitaría a lo más imprescindible, no existiendo tampoco un tren de bagajes, ni una gran cantidad de prisioneros que custodiar, o un botín. Por lo demás, la distribución interna del campamento, dada la necesidad de aprovechar al máximo el espacio de playa existente y disminuir en lo posible la separación de la flota en diversos fondeaderos, sería mucho más caótica y menos regular que lo que se podría ver en el caso de la infantería.

7) Las tiendas.

En cuanto a las tiendas de campaña, no tenemos ninguna descripción de las mismas en las fuentes. Las de Aquiles, Agamenón o de cualquiera de los héroes homéricos no se corresponden en el poema con una tienda militar, sino con casas o palacios, puesto que esas escenas proceden sin duda de otras composiciones épicas reutilizadas aquí con el fin de engrandecer el marco en el que se desarrolla la vida de esos héroes: he aquí una prueba adicional, por si aún hiciera falta, de la urdimbre artificiosa del *epos* helénico. Fuera de la creación literaria, los jefes militares también ocupaban una construcción individual con mayores comodidades que las del resto de sus soldados, aunque sin alcanzar los estándares de sus colegas en la *Ilíada*.

Habitualmente, éstos se tendrían que conformar con chozas de madera, ramas o cañizo, mientras que en época clásica sí que tenemos constancia en algunos casos de estructuras de lona o cueros cosidos, livianas y fáciles de montar, desmontar y transportar.¹⁵ Cuando la estancia en un lugar fuera previsible que se alargara, se levantarían sustentaciones más sólidas en madera, que se abandonarían más tarde.

El tamaño de las tiendas no lo conocemos, y si bien el tipo romano está diseñado para ocho hombres, en el caso griego nos inclinamos a pensar que sería un poco mayor, suficiente para dar cabida a diez soldados. La razón de esta suposición se fundamenta en que la década es una unidad que aparece aquí y allá en las fuentes de todo el periodo clásico en relación con los campamentos y su organización logística más básica, es decir, la *συσκηνία*. Su paralelo evidente en el mundo romano lo encontraríamos en el *contubernium*.

Estos compañeros de tienda los vemos actuando juntos a la hora de repartirse las tareas cotidianas durante las campañas militares, distribuyéndose el cuidado de sus pertenencias personales, la organización de las comidas, de los compañeros heridos y cualquier otro servicio en el campamento.¹⁶ Cada tienda probablemente podría disponer de, al menos, un animal de carga para el transporte de sus enseres y víveres, además del botín reunido por cada soldado. Uno de ellos se ocuparía cada día del cuidado de todas esas pertenencias o, en caso de que pudieran costearlo, contarían con servidores o esclavos que ayudarían en lo más pesado de las necesidades cotidianas, como el cuidado de las armas. Esta era la posesión más preciada del hoplita, especialmente el escudo, la

¹⁵ Podemos suponer que también, en época pre-clásica, de ser necesario se emplearían pieles para construir los refugios de los soldados en campaña, pese a que no esté reflejado tal uso en nuestras fuentes griegas. De hecho, tanto en Egipto como en Asiria, numerosos relieves nos muestran campamentos conformados con tiendas levantadas con pieles o cueros. Por ejemplo, ver ilustración p. 348.

¹⁶ En algún caso se ha pensado en que también los compañeros de tienda combatirían codo con codo en el campo de batalla, según podría desprenderse de Plu., *A/c.*, VII,31.

lanza, el casco y el penacho que lo decoraba, todos ellos celosamente guardados en fundas y cajas apropiadas. Al frente de cada *συσκηνία* Jenofonte en su *Ciropedia* presenta a un soldado, probablemente el de más edad, conocido como el *πρεσβύτατος ἀπὸ σκηνῆς*. No sabemos si tal cargo existía en la realidad, aunque parece bastante lógico que así fuera. De hecho, sí tenemos constancia por la epigrafía de la existencia de un *σκηναρχός* posteriormente (*cfr. SEG, I, 378*).

Un problema para el que no hemos podido encontrar una solución ni medianamente fundamentada es el lugar ocupado por los esclavos y servidores en el campamento, así como para las bestias de carga que portan los enseres de los compañeros de tienda. No sabemos si tanto unos como otros ocuparían un espacio junto a la tienda de sus señores o estarían todos reunidos en alguna otra parte del recinto castrense. El hecho es que, según Jenofonte (*Lac., XII*), los esclavos de los *esparciatas* pernoctaban fuera del campamento, no estando permitido que accedieran al lugar de los soldados antes del amanecer por el miedo a una insurrección. Pero esto podría ser sólo una consecuencia del carácter particular de la sociedad espartana, no siendo extrapolable a las demás ciudades griegas.

8) Construcciones defensivas.

La cuestión de la existencia de empalizadas y construcciones defensivas ha sido, con mucho, el aspecto más debatido en torno al campamento griego, con juicios muy divididos entre los estudiosos a lo largo del tiempo. Lo primero que debemos recordar es que el concepto de *στρατόπεδον* no incluye ningún tipo de construcción defensiva, ni fortificación, lo que nos pone sobre la pista de que, al menos en un principio, los griegos no emprendían ningún tipo de trabajo de fortificación al acampar. De hecho, el

gran muro levantado por los aqueos, y que da nombre al canto XII de la *Iliada*, no es en realidad un elemento constitutivo del campamento: se erige a los diez años de llegar los griegos a las costas troyanas y, lo que es más importante, tiene sentido tan sólo cuando el avance de Héctor y la ausencia de Aquiles están poniendo en grave peligro a los griegos. En el fondo, el muro que manda construir Agamenón pretende ser, sin éxito, el sustituto de Aquiles ante una situación de extrema gravedad.¹⁷ Por lo tanto, su edificación es resultado de una situación excepcional, no habiendo en el poema rastro de ninguna otra obra defensiva anterior o posterior a ese momento. Tampoco hay trabajos de fortificación en el modelo de campamento, algo posterior, representado en la *Dolonía*.

Los griegos, sin embargo, conocían sobradamente el uso de fortificaciones en la guerra. Por un lado, debemos contar con la influencia que ejercerían los muchos mercenarios que lucharon en Asia Menor o el Levante, donde sí tuvieron una experiencia directa del papel que jugaban muros y fosos en las campañas militares. Poco después, y ya en territorio griego, todos los combatientes helenos pudieron contemplar directamente esas grandes fortificaciones que los persas levantaban para proteger sus campamentos. Todo esto, sin duda, influyó en la historia castrametral griega. Todavía durante este periodo los griegos de la Hélade no levantaban grandes obras para proteger sus acampadas, ya que tanto Heródoto como Diodoro coinciden en este punto al describir las campañas y las batallas entre griegos y bárbaros.

¹⁷ Igualmente tiene un claro objetivo dramático al adaptar a este poema escenas que se corresponden con el asalto a muros de ciudades, procediendo claramente de contextos extra-castrametales. Responden al deseo de hacer de la *Iliada* el poema cumbre que resume en sí lo mejor de la tradición de la poesía épica.

Sin embargo, parece que entre los griegos de Sicilia la situación es algo diferente. Diodoro Sículo sí que testimonia el empleo habitual de construcciones defensivas en los campamentos, al menos entre las fuerzas de Gelón de Siracusa (D.S., XI,21,1). Serían obras de resguardo conformadas por una empalizada y un profundo foso, sobre las que Heródoto mantiene un completo silencio. La razón probable de ese “olvido” debe de estar en que el historiador de Halicarnaso menciona los muros y las fortificaciones persas en el contexto de las guerras médicas —con prolijos detalles y dándoles una gran relevancia en el desarrollo de las batallas—, pero sólo con la finalidad de demostrar su inutilidad e incluso lo contraproducente que resultaban frente a la táctica hoplítica. Su juicio acerca de esas edificaciones es completamente negativo: impedían el movimiento en el campo de batalla, restando eficacia a la falange hoplítica, y, como refugio de las tropas, se convertían en una trampa mortal al dejar encerrados en ellas a los soldados, que quedaban así a merced del enemigo. Este podía rodear la plaza y aniquilarlos haciendo uso de sus arqueros, hoplitas y lanzadores de dardos. La pregunta que queda en el aire es el origen y la causa de ese diferente desarrollo entre uno y otro mundo, y en qué grado la experiencia de Gelón de Siracusa fue conocida e influyó a los demás ejércitos griegos dispersos por el Mediterráneo.

El empleo de muros y fortificaciones pasa después a un primer plano con la Guerra del Peloponeso, que fue sin duda una guerra de murallas, de fuertes, de asedios a ciudades y tanteos poliorcéticos, en suma, de desgaste de los contendientes. Pero, mientras en el bando ateniense se asume cada vez con más normalidad la construcción de defensas para el ejército en campaña, de acuerdo con una estrategia terrestre en general más pasiva y cautelosa, la práctica castrense lacedemonia en este terreno continua apegada a sus formas tradicionales, prefiriendo una defensa activa, que

aprovecha las características del terreno y confía en la superioridad militar de su falange hoplítica en campo abierto, junto con el empleo de sistemas de guardias y exploradores. En este contexto encontramos los primeros ejemplos de campamentos fortificados, y en efecto como obra de ejércitos atenienses, no lacedemonios. Responden, además, al deseo de consolidar una posición en el mismo punto del territorio o bien a una situación de emergencia tal que compensa los esfuerzos constructivos y los gastos que en hombres, tiempo y recursos supone. Estos serían los casos de la fortificación del campamento en Catana (Th., VI,64); en Naxos (Th., VI,74,2), donde pretenden invernar los atenienses;¹⁸ el muro que levantan junto a la impedimenta los restos del ejército en Siracusa, con el que también protegen las naves en el puerto (Th., VII,60,1-2); y de la base fortificada de Quíos (Th.,VIII,40), después denominada τεῖχος (Th.,VIII,55), que fue estudiada por Boardman.¹⁹ Estos episodios aislados se corresponden con posiciones militares atenienses, que se fortifican ante la previsión de que el establecimiento deba ser utilizado durante un tiempo prolongado y para lograr un control sobre el territorio circundante, lo que significa un importante cambio en cuanto al concepto de campamento y de la naturaleza de la guerra.

Mucho más generalizada resulta la defensa de los barcos varados en los campamentos de las flotas mediante empalizadas (ἔρυμα). Tucídides juzga muy severamente los casos en los que los almirantes de las flotas han descuidado este aspecto, exponiéndose a un ataque que pudiera destruir las naves y dejar al contingente aislado en medio de tierra enemiga. El que el autor ateniense se fije en casos en los que

¹⁸ Se constituyen, por tanto, como claros precedentes de los *castra hiberna* romanos.

¹⁹ BOARDMAN, 1956, pp. 41-54.

se han producido tales descuidos muestra hasta qué punto esa práctica era ya algo corriente e incluso inexcusable.²⁰

Es en este contexto donde debemos introducir la mención que hace Tucídides en su *Arqueología* (Th., I,11) del muro construido por los aqueos nada más vencer en el desembarco. En nuestra opinión, el historiador ateniense no haría otra cosa que aplicar la práctica de su tiempo al marco de la *Ilíada*.

Esas innovaciones continuarían a lo largo del final del siglo V y principios del siglo IV. Sin embargo, el problema surge porque en el periodo siguiente Jenofonte no hace mención de ninguna construcción defensiva en torno a los campamentos. Al igual que Heródoto, Jenofonte desecha el empleo de muros y fortificaciones para la defensa de la tropa. En cambio, aboga por hacer uso de sistemas activos de defensa fundamentados en un buen empleo de la falange hoplítica y en el uso de guardias y exploradores. Este juicio tiene como fundamento tanto su experiencia de combate frente a los persas, que habitualmente emplean fortificaciones en sus acampadas, como su admiración por Esparta. De ahí que, dentro de su afán didáctico, ignore, al igual que hizo Heródoto, el uso de cualquier tipo de construcción fortificada para la defensa de los campamentos, y ensalce las formas más conservadoras del arte militar espartano.

²⁰ Además, también podemos suponer que, pese a que no se refleja en las fuentes, los campamentos de fuerzas terrestres en general se rodeaban de forma sistemática con algún tipo de murete o pequeña estacada, a imagen de como se hacía desde mucho tiempo atrás entre egipcios y persas. Éstos rodeaban sus asentamientos con pequeñas estacadas, o con muros de escasa altura hechos con tierra y completados mediante la colocación de los escudos de sus soldados. En el caso de Grecia, quizá en este periodo se copian estos mismos métodos. Así, además, se desprendería de la obra de Filón de Bizancio, según opinión de LAWRENCE, 1979, p. 160: *It may have been a common practice everywhere, long before Philo recommended it, to construct a very weak initial fortification (perhaps merely to exclude raiders at night) and improve it if the need should arise* (IV,6,10). Igualmente, no debió de ser extraño situar los carros de transporte de enseres rodeando y protegiendo la pernocta de los soldados, tal y como queda reflejado en E., *Ph.*, 733.

El contrapunto a Jenofonte lo encontramos en otras fuentes posteriores que, recogiendo tradiciones que se remontan al siglo IV, aseguran que generales como Ifícrates, Foción o Epaminondas sí que fortificaban ya de forma general sus campamentos.²¹ Esos testimonios coinciden plenamente con la imagen que nos proporciona Tucídides y con la lógica del desarrollo castrense dentro del mundo griego. Así, es natural que para el siglo III a.C. importantes historiadores consideren seguro que los ejércitos helenísticos levantaban fortificaciones siempre que acampaban, al igual que sabemos que harán los romanos muy poco tiempo después.²²

9) Guardias y vigías del campamento.

El otro aspecto fundamental para la defensa del campamento es el empleo de guardias, vigías y exploradores, así como sofisticados sistemas de transmisión de información que permitían a los generales evitar ser sorprendidos por el enemigo. Si bien en Homero los sistemas de guardia parecen haberse limitado al establecimiento de unos puestos de vigilancia en torno al perímetro del campamento y, sólo en algunos casos, se sumaba a esto el despliegue de observadores (σκόποι) más alejados de esa misma línea, en época clásica, el dispositivo alcanza una mayor perfección y complejidad, de la que podemos consignar las primeras noticias en un momento tan temprano como sería el de la composición de la *Dolonía*. De todas formas, nuestra principal fuente para la reconstrucción de este aspecto de la seguridad es bastante más tardía. Sólo al llegar a Jenofonte, y gracias a su preocupación por describir y proponer mejoras en éste como en todos los ámbitos del arte militar, podemos llegar a reconstruir con cierto detalle su disposición y funcionamiento. Por su parte, tanto Heródoto como

²¹ Por ejemplo, Polyæn., III,9,17; Plu., *Moralia*, 187a; *Phoc.*, XII,2-3, XIII,1-2.

²² Cfr. PRITCHETT, 1970, vol. II, p. 135; o también LIERS, 1895, pp. 151-154.

Tucídides sólo aportan unos pocos ejemplos que parecen asegurarnos que, desde del comienzo de la época clásica y hasta mediado el siglo IV, la organización de esos dispositivos de seguridad fundamentados en la actividad desarrollada por φύλακης, προφύλακης y σκόπτοι se mantuvo invariable. Como muestra podemos mencionar el caso de la batalla de las Termópilas y el análisis que hemos realizado de las causas del éxito del avance de los Inmortales por la senda Anopea. Ahí hemos llegado a concluir que el fallo en la seguridad de la retaguardia de los hombres de Leónidas no se debió, como tradicionalmente se considera, a la desidia de los focenses a la hora de situar guardias, sino lo más probable a la traición de los locrios, a los que se debió de confiar el papel de guardias avanzados del campamento-base focense, siguiendo el modelo típico de actuación en este ámbito de los ejércitos del periodo.

El dispositivo de guardias se fundamentaba en el establecimiento de diversas líneas de seguridad en torno al lugar ocupado por las tropas. Justo en el perímetro de la acampada se colocaba un primer anillo conformado por puestos de guardia (φύλακες) encargados de controlar de noche los accesos al campamento e impedir la entrada de extraños, quedando los recintos clausurados hasta el amanecer para cualquiera que quisiera entrar o salir de los mismos. Un poco más adelante aparecían puestos de guardias avanzados (προφύλακες), en muchos casos cumpliendo servicio durante una jornada completa. Sólo en caso de extrema necesidad podrían utilizarse ambos puestos de manera conjunta; pero lo habitual sería que uno sustituyera al otro para evitar reduplicaciones y no malgastar los recursos humanos del ejército, en un servicio que no sería en absoluto del gusto de los soldados. Además, la seguridad se completaba mediante observadores o vigías (en general denominados como σκόπτοι) situados en los lugares adecuados para espiar los movimientos y posibles aproximaciones del enemigo.

Esos puestos también solían ser ocupados por un mismo piquete de soldados en turnos de 24 horas, siendo relevados cada amanecer, de ahí su denominación como ἡμεροσκόποι. El éxito del conjunto del sistema se puede comprobar por lo raro que resulta encontrar en las fuentes de este periodo episodios en los que los ejércitos griegos se vean sorprendidos por un ataque del enemigo. La visión que podemos llegar a formarnos en conjunto se puede resumir diciendo que, en este aspecto de la estrategia, los ejércitos helénicos nada tenían que envidiar a los posteriores sistemas de seguridad empleados por los generales romanos.

10) Transmisión de la información.

El complemento imprescindible de los sistemas de guardia era la disponibilidad de buenos y eficientes sistemas de transmisión de la información que, al menos desde mediados del siglo V, parecen haber alcanzado un altísimo desarrollo. Así, durante la guerra del Peloponeso tenemos abundantes ejemplos de complejos movimientos combinados de flotas y ejércitos terrestres, tanto de día como de noche, que necesariamente debían de estar en continua comunicación para ser llevados a cabo con éxito, superando las largas distancias que mediaban entre ellos y el constante cambio de posición. Igualmente, también encontramos episodios en los que desde el cuartel general del comandante se mantiene la vigilancia de grandes áreas, largos espacios de costa o rutas terrestres, tanto de día como de noche, gracias a la labor de σκόποι y a los sistemas de comunicación existentes que permitían la transmisión de información detallada y compleja a larga distancia y de manera rápida.

Lo que no podemos saber por nuestras fuentes es cómo se lograba tal grado de perfección en una comunicación que se desarrollaba por fuerza de forma bastante

rudimentaria. Para la transmisión de los mensajes se empleaban sobre todo señales luminosas, gracias a escudos u otros elementos como espejos que reflejaran la luz solar, o de noche mediante el uso de fuegos y antorchas. Quizá gracias a códigos pre-determinados y a diferentes movimientos de los fuegos (tal y como también logran hacerlo los ejércitos romanos y como se comunicaban más modernamente los barcos a través de un código con banderas) se llegara a transmitir informaciones muy completas entre mandos y ejércitos.²³ Aparte de eso, también se utilizaban de día estandartes o banderas. De este sistema tenemos constancia más habitualmente entre los barcos que entre los ejércitos de tierra, aunque en ambos ámbitos de la guerra podemos asegurar que al menos el inicio y el fin de una batalla se señalaban mediante el izado y arriado de enseñas. Esto permitía a todos los barcos, al igual que a todos los hombres en la formación de una falange, conocer al instante la orden de ataque y cuándo se debía cesar en la lucha. Por supuesto, además de esto, se podía hacer uso de mensajeros tanto por tierra como por mar, así como de comunicados secretos o cifrados, cuyo empleo conocemos desde la épica homérica (probablemente, además, con un origen micénico).

11) El horario del campamento.

También, gracias en esencial medida a las obras de Jenofonte somos capaces de reconstruir el horario habitual que regía la vida en los ejércitos acampados. De nuevo, las pocas informaciones que sobre esta materia nos brindan Homero, Heródoto o Tucídides nos aseguran la existencia de una continuidad en la manera de organizar el día a día en los ejércitos desde época homérica hasta el final del siglo IV.

²³ Sobre el sistema romano de comunicación de mensajes complejos gracias al empleo únicamente de antorchas, ver LE BOHEC, 2004, p. 212.

La jornada comenzaba muy temprano, poco antes del amanecer, cuando apenas se vislumbraban los primeros rayos del sol. En ese momento, y antes de la primera comida, el general o los jefes del ejército se reunían para los sacrificios y plegarias matutinas, tras lo cual se daba orden de abrir el campamento, cambiar las guardias e iniciar la primera comida del día. Era después de esos sacrificios cuando realmente daba comienzo el día. Asimismo era entonces cuando se recibía a las embajadas y comenzaban las actividades rutinarias, entre las que se encontraban no sólo el aprovisionamiento de víveres, el leñame, el pastoreo, el cuidado de las propias pertenencias, etc., sino también los habituales ejercicios físicos, o de entrenamiento militar, especialmente necesarios en el caso de las flotas. En la batalla naval la técnica de cada bando era un elemento mucho más decisivo que en el enfrentamiento entre hoplitas. Aun así, no cabe duda de que con el tiempo se irá tomando cada vez más conciencia de la importancia de cuidar también el entrenamiento de la infantería, y por eso, aunque a finales del siglo V apenas tenemos noticias de profesionales del entrenamiento de hoplitas, éstos debieron de proliferar e ir ganando importancia con el discurrir del siglo IV, la profesionalización de la milicia y la generalización del mercenariado.

Los diversos momentos de la jornada se señalaban mediante toques de trompeta o de algún otro instrumento de viento, tal y como también ocurrirá en los *castra* romanos.²⁴ En el caso de que ese día no se combatiera, la jornada pasaba enteramente dedicada a esas actividades más prosaicas, lo que suponía a menudo una cierta indolencia y un peligroso descuido que los buenos generales supieron aprovechar en

²⁴ Quizá también silbatos, arqueológicamente documentados en ámbitos militares para el caso de los ejércitos de Roma, pero ausentes en las fuentes tanto griegas como romanas. Para una interesante discusión sobre la cuestión se puede consultar <http://viapraetoria.wordpress.com/%C2%BFsilbatos-en-el-ejercito-romano-instrumentos-musicales-en-el-campo-de-batalla/>, donde se recogen una pequeña discusión sobre el tema e imágenes de algunos de estos silbatos hallados en emplazamientos militares.

beneficio propio, bien atacando cuando los soldados del contrario estaban dispersos en la ciudad, por los campos o en el mercado, bien adelantando sus propios horarios para sorprender con sus soldados bien dispuestos para la batalla a ejércitos desprevenidos. Es habitual, por ejemplo, que los jefes militares ordenen a sus hombres acometer al enemigo justo antes de que éste haya podido comer, o en el momento de dirigirse a almorzar, calculando ya que ese día no habría lucha. Con ello lograban movilizar a soldados bien dispuestos físicamente para aguantar una jornada de lucha en la cual la capacidad de resistencia resultaba fundamental, mientras que el enemigo en ayunas tenía que afrontar en inferioridad de condiciones los rigores de la panoplia y las acometidas de la falange, susceptibles de prolongarse largas horas bajo un sol abrasador.

Otra estratagema habitual era aprovechar para lanzar el ataque el momento en el que los soldados enemigos se encontraban dispersos por los campos o pernoctando en alguna población cercana. Pese a lo obvio del peligro que semejante situación implicaba, los generales no siempre ponían coto a esas prácticas tan funestas. No cabe duda de que el sentido de la libertad del ciudadano-soldado miembro del στρατόπεδον podía muchas veces entrar en colisión con los principios de la disciplina castrense.

Al caer la noche, la luz de las hogueras anunciaba el final del día. Entonces los hombres cenaban en sus tiendas, al igual que lo hacían los oficiales reunidos en consejo en la tienda del general del ejército, donde aparte de comentar las incidencias de esa jornada, se discutían los planes para el día siguiente, se hacían las libaciones a los dioses, y sólo entonces se daban las contraseñas para las guardias y se ordenaba la instalación de los piquetes en torno a la zona de acampada. Con eso comenzaba la

noche, tiempo durante el cual el campamento permanecía cerrado a cualquiera que quisiera acceder a él. El número de periodos en los que se dividía la noche parece haber variado de tiempo en tiempo a lo largo de los siglos V y IV, y no es posible saber con exactitud cuántos turnos de guardia se sucedían durante las horas de oscuridad. Además, la diferente duración de la noche dependiendo de la estación del año quizá obligara a ajustar consecuentemente el número o la duración de las mismas. Lo que sí parece claro es que, con el fin de evitar peligrosos descuidos en estos servicios de vigilancia, surgieron todo tipo de sistemas que aseguraban el estado de alerta de los piquetes. Sobre este particular disponemos de un tratamiento sistemático gracias a Eneas Táctico. Pero ya antes de ese avanzado siglo IV, muchos de esos mecanismos eran empleados de manera habitual, en especial debido a lo usual que era el asedio a ciudades. Muy probablemente lo mismo ocurriría en torno a los campamentos, aún más dado que su seguridad dependía, sobre todo, de esos guardias y no de fortificaciones, muros, estacadas, o fosos.

12) Consejos y asambleas.

Por último, el consejo de los generales y oficiales, así como las asambleas de los soldados, constituían los entes socio-políticos básicos en torno a los cuales se organizaba la vida en el campamento, y de ellos tenemos noticias desde Homero. Los consejos de los oficiales tenían lugar en la tienda de alguno de ellos, y servían más que nada para reforzar los lazos de camaradería, discutir los planes de campaña y acordar las acciones. Es difícil saber si cualquiera de los jefes militares podía convocar estas reuniones y si existía algún límite en cuanto a los participantes. Lo que parece más probable es que estas reuniones se circunscribirían a los oficiales de más alto rango, y sólo en circunstancias excepcionales se ampliarían a otros miembros del ejército de

empleo inferior, que en cualquier caso mantendrían un status de invitado, sin voto a la hora de la toma de decisiones.

Un problema muy importante con el que debían lidiar a diario estos oficiales era la necesidad de convencer a los soldados de la bondad de sus órdenes. Además de la *arché* debían adquirir un *axíoma*, tanto en el desempeño diario de sus obligaciones como mediante la explicación de sus políticas a los soldados. No es que las decisiones que se tomaban tuvieran que pasar por la aprobación de la asamblea, pero sí era muy conveniente que a los soldados se les dieran unas razones mínimas y pudieran estar seguros de que las decisiones respondían a una estrategia coherente y consciente. Por eso, para lograr mantener la disciplina y la unidad dentro del ejército, era necesario en primer lugar lograr la unidad entre todos los jefes y después entre éstos y el resto de la masa de combatientes.

La asamblea de los soldados era el foro en el que los miembros de la comunidad podían mostrar su satisfacción o insatisfacción, oponerse a las decisiones o pedir reformas o mejoras en las órdenes adoptadas por sus generales. La asamblea estaba abierta a todos los miembros del ejército, y su convocatoria era pública. No parece que la tropa pudiera haber llegado a ostentar el derecho de convocarse a sí misma, aunque sí podía sin ninguna duda presionar a los jefes militares, hacerles llegar, en su caso, su malestar, y lograr de esta manera que los oficiales se vieran impelidos a reunir a sus hombres para conocer el estado de opinión dentro del ejército, o dar cauce controlado a sus reclamaciones.

Estas asambleas debían de producirse en el mismo espacio en el que se encontraban los altares de los sacrificios, lo más seguro delante de la tienda del jefe militar correspondiente, es decir, en la plaza central del campamento.²⁵ Se realizaban, tras convocatoria pública probablemente mediante los heraldos, con todos los soldados sentados y desarmados. Durante el desarrollo de esas asambleas sólo los jefes militares tenían derecho a tomar la palabra, mientras que los soldados mostraban su conformidad o disconformidad mediante gritos de aprobación o desaprobación a lo dicho por cada parte. Dado que las decisiones debían ser tomadas por mayoría y que el general no se podía permitir el lujo de tener a sus ciudadanos-soldados en desacuerdo con sus resoluciones, sólo cabía una salida a los conflictos, y era el lograr calmar a la tropa convenciéndola de sus puntos de vista o modificando éstos hasta llegar a un acuerdo. Por tanto, no parece haber hecho falta ningún procedimiento formal de votación más allá del empleo de los gritos de aprobación o desaprobación.

Pese a lo rudimentario del procedimiento, ambas instituciones eran de una enorme importancia por canalizar el sentir de los soldados, que nunca debemos olvidar que eran ciudadanos libres luchando por su patria. Aunque no tenemos noticias de motines, el riesgo era cierto, y en algunas ocasiones tenemos constancia de que se estuvo cerca de llegar hasta ese punto. Pero, al final, siempre predominaron la sensatez, el acuerdo, y la necesidad de unidad en circunstancias tan excepcionales como es una campaña militar, aunque eso fuera una circunstancia muy frecuente en la vida de los griegos de los siglos V y IV.

²⁵ En esto también el paralelo con lo que sucederá entre los ejércitos romanos es sencillo de encontrar. Los *principia* en los castra romanos eran el lugar de reunión de los soldados y el marco de las arengas de los oficiales, de ahí que fuera el espacio más amplio del campamento. En ellos no se ha encontrado ningún podio o tarima estable, por lo que se supone que serían de madera, y por tanto, móviles. Idéntica situación podemos suponer que se daría en los campamentos griegos. *Cfr.* VEGA AVELAIRA, 2009, pp. 475-476.

13) Consideraciones finales.

En conclusión, podemos afirmar que el campamento militar griego fue una realidad más compleja y ordenada de lo que hasta ahora se ha admitido entre los estudiosos. Es cierto que no se alcanzó el grado de perfección de los *castra* en Roma, al igual que la milicia en Grecia no llegó a las cotas de profesionalidad que por aquella se desarrollaron. Pero tampoco le anduvo muy a la zaga. Las semejanzas son muchas hasta el punto de hacer muy verosímil la tradición según la cual los romanos habrían aprendido el arte de la castrametación de los griegos.²⁶

A su vez, la tradición castrametación griega queda enraizada y debe mucho a la influencia exterior, especialmente oriental, y en ese proceso de importación y adaptación de lo oriental a suelo griego, los soldados que desde el siglo VIII probaron fortuna luchando para países extranjeros desempeñaron un papel esencial e insustituible. El campamento griego no es más que la manifestación externa de las características que definen la guerra en Grecia, con la peculiaridad añadida de que en ese proceso debemos contar con que la tradición militar helena recibió fuertes y decisivos impulsos para su perfeccionamiento desde Oriente. Algo que se repite en muchos otros aspectos de la cultura helena. También en este ámbito el empuje desde Oriente alcanzará hasta Roma.

Junto a ello, es evidente que la evolución y perfección en la organización de un campamento expresan el grado de desarrollo de la naturaleza de sus ejércitos y viceversa. No es extraño, por tanto, que Polibio atacara la forma de acampar de los

²⁶ Frontino, *Strat.*, IV,1,14.

griegos como argumento para desprestigiar su capacidad militar. Pero al final la verdad siempre se abre paso, aunque en algunos casos haya que esperar mucho tiempo.

Bibliografía

1. Fuentes y traducciones.

- Aristófanes, *Comedias*, por MACÍA APARICIO, L.M., Madrid 1993.
- Aristófanes, *Comedias*, por GIL FERNÁNDEZ, L. [Biblioteca Clásica Gredos], Madrid 1995.
- Aristófanes, *Las Nubes*, por RODRÍGUEZ ADRADOS, F., y RODRÍGUEZ SOMOLINOS, J., Madrid 1999.
- Aristóteles, *Política*, [Biblioteca Clásica Gredos], por GARCÍA VALDÉS, M., Madrid 1994.
- Arriano, *Anabasis Alexandri. Books I-IV*, vols. I-II, por BRUNT, P., [Loeb], Londres 1976.
- Diodorus of Sicily, *The Library of History*, por OLDFATHER, C.H. [Loeb Classical Library], Harvard 1961.
- Diodoro de Sicilia, *Biblioteca Histórica. Libros IX-XII*, por TORRES ESBARRANCH, J.J., [Biblioteca Clásica Gredos], Madrid 2006.
- Eneas Táctico, *Poliorcétique*, edición de DAIN, A., BON, A.-M., [Les Belles Lettres], París 1967.
- Eneas Táctico, *Poliorcética*, por VELA TEJADA, J., y MARTÍN GARCÍA, F., [Biblioteca Clásica Gredos], Madrid 1991.
- Esquilo, *Tragedias*, por PEREA MORALES, B. [Biblioteca Clásica Gredos], Madrid 1986.
- Heródoto, *Historiae*, vols. I-II, edición de HUDE, C., Oxford 1927³ (reimpr. 1960).

- Hérodote, *Histoires, Livre VII. Polymnie*, por LEGRAND, PH.-E. [Les Belles Lettres], París 1963.
- Heródoto, *Historia*, por SCHRADER, C., [Biblioteca Clásica Gredos], Madrid 1977-1985.
- Homero, *Homero opera. Tomo I: Iliadis. Libros I-XII*, edición de MONRO, D.B., y ALLEN, T.W., Oxford 1920³ (reimpr. 1957).
- Homère, *L'Odyssee, tome II: chants VIII-XV*, por BÉRARD, E., [Les Belles Lettres], París 1968.
- Homero, *Iliada*, por CRESPO GÜEMES, E., [Biblioteca Clásica Gredos], Madrid 1991.
- Homero, *Iliada*, por GARCÍA BLANCO, J., MACÍA APARICIO, L.M., vols. I-II, CSIC 1991-1998.
- Homer, *The Iliad*, por MURRAY, A.T., [Loeb Classical Library], vol. I, Cambridge 1924.
- Homer, *The Odyssey, I*, por MURRAY, A.T., [Loeb Classical Library], Cambridge 1995.
- Homero, *Odisea*, por PABÓN, J.M., [Biblioteca Clásica Gredos], Madrid 1982.
- Homer, *Iliad. Book I*, por PULLEYN, S., Oxford 2000.
- Jenofonte, *Hellenica. Zweiter Band (III und IV)*, por BREITENBACH, L., Berlín 1874.
- Jenofonte, *Xenophontis opera omnia*, vols. I-V, edición de MARCHANT, E.C., Oxford 1900 (reimpr. 1958).
- Jenofonte, *Hellenica*, por MARCHANT, E.C. y UNDERHILL, G.E., Oxford 1906 (reimpr. Nueva York 1979).

- Jenofonte, *Xenophon in Seven Volumes. Cyropaedia*, vol. V, por MILLER, W., [Loeb Classical Library], Cambridge 1914 (reimpr. 1968).
- Jenofonte, *Xenophon in Seven Volumes. Anábasis*, vol. III, por BROWNSON, C.L., [Loeb Classical Library], Cambridge 1918 (reimpr. 1968).
- Jenofonte, *Xenophon in Seven Volumes. Hellenica*, vols. I-II, por BROWNSON, C.L., [Loeb Classical Library], Cambridge 1918 (reimpr. 1968).
- Jenofonte, *Xenophon in Seven Volumes. Scripta Minora*, vol. VII, por MARCHANT, E.C., y BOWERSOCK, G.W., [Loeb Classical Library], Cambridge 1925 (reimpr. 1971).
- Jenofonte, *Helléniques*, vols. I-II, por HATZFELD, J., [Les Belles Lettres], París 1949.
- Jenofonte, *Hellenika*, por STRASBURGER, G., Múnich 1970.
- Jenofonte, *Económico*, por Zaragoza, J., [Biblioteca Clásica Gredos], Madrid 1993.
- Jenofonte, *Anábasis*, por BACH PELLICER, R. y GARCÍA GUAL, C. [Biblioteca Clásica Gredos], Madrid 1982.
- Jenofonte, *La Ciropedia*, versión de FRANGOS, D., México D.F., 1992.
- Jenofonte, *Obras menores (Hierón. Agesilao. La República de los lacedemonios. Los ingresos públicos. El jefe de la caballería. De la equitación. De la caza)*, por GUNTIÑAS TUÑÓN, O., [Biblioteca Clásica Gredos], Madrid 1984.
- Jenofonte, *Helénicas*, por GUNTIÑAS TUÑÓN, O., [Biblioteca Clásica Gredos], Madrid 1985.
- Jenofonte, *Ciropedia*, por VEGAS SANSALVADOR, A., [Biblioteca Clásica Gredos], Madrid 1987.

- Jenofonte, *Anabase*, vols. I-II, por MASQUERAY, P., [Les Belles Lettres], París 1988⁶.
- Lisias, *Orationes*, edición de HUDE, C., Oxford 1912 (reimpr. 1958).
- Nepote, *Milcíades*, por BAUTISTA XURIGUERA, J., Barcelona 1963.
- Pausanias, *Descripción de Grecia*, por HERRERO INGELMO, M.C. [Biblioteca Clásica Gredos], Madrid 1994
- Platón, *Platonis opera, vol. V: Leges*, edición de BURNET, I., Oxford 1907 (reimpr. 1952).
- Platón, *Diálogos, VIII, Leyes (libros I-IV)*, por LISI, F., [Biblioteca Clásica Gredos], Madrid 1999.
- Plutarco, *Vida de Arístides*, por CONTI JIMÉNEZ, L., [Akal Clásica 69], Madrid 2003.
- Polibio, *Histoires. Livre VI*, edición de WEIL, R., [Les Belles Lettres], París 1977.
- Polibio, *Historias*, por BALSCH RECORT, M., [Biblioteca Clásica Gredos], Madrid 2002.
- Polieno, *Stratagems of War*, vols. I-II, por KRENTZ, P., WHEELER, E.L., Chicago 1984.
- Polieno, *Estratagemas*, por VELA TEJADA, J. y MARTÍN GARCÍA, F., [Biblioteca Clásica Gredos], Madrid 1991.
- Polux, *Onomasticon*, edición de BETHE, E., Stuttgart 1900 (reimpr. 1967).
- Thucydides, *Historiae*, vols. I-II, edición de STUART JONES, H., Oxford 1942 (reimpr. 1958).
- Thucydide, *La Guerre du Peloponnésé. Livre I*, por DE ROMILLY, J., [Les Belles Lettres], París 1964.

- Thucydide, *La Guerre du Peloponnèse. Livre IV et V* por de ROMILLY, J., [Les Belles Lettres], París 1973.
- Thucydide, *La Guerre du Peloponnèse. Livres VI et VII* por de ROMILLY, J., [Les Belles Lettres], París 1975.
- Thucydides, *History of the Peloponnesian War. Books I and II*, por SMITH, C.F., [Loeb Classical Library], Cambridge 1980.
- Thucydides, *History of the Peloponnesian War. Books III and IV*, por SMITH, C.F., [Loeb Classical Library], vol. II, Cambridge 1975.
- Thucydides, *History of the Peloponnesian War, Books VII and VIII*, por SMITH, C.F., [The Loeb Classical Library], vol. IV, Cambridge 1986.
- Tucídides, *Historia de la guerra del Peloponeso*, vols. I-III, por RODRÍGUEZ ADRADOS, F., Madrid 1985.
- Tucídides, *Historia de la guerra del Peloponeso, Libros I-II*, por TORRES ESBARRANCH, J. J., [Biblioteca Clásica Gredos, nº 149], Madrid 1990.
- Vegecio, *Epitoma rei militaris*, edición de ÖNNERFOIS, A., [Bibliotheca Teubneriana], Stuttgart 1995.

2. Obras generales.

- ADCOCK, F.E., *The Greek and Macedonian Art of War*, Berkeley-Los Ángeles 1957.
- ADKINS, A.W.H., “Homeric Values and Homeric Society”, *JHS* 91, 1971, pp. 1-14.
- ALLEN, T.W., *Homer. The Origins and the Transmission*, Oxford 1924 [reimpr. 1969].

- ALONSO TRONCOSO, V., *Neutralidad y neutralismo en la Guerra del Peloponeso (431-404 a.C.)*, Madrid 1987.
- ALONSO TRONCOSO, V., “Para una sociología del banquete en los poemas homéricos”, en Mangas, J., Alvar, J., (eds.), *Homenaje a José M^a. Blázquez*, vol. I, Madrid 1993, pp. 35-58.
- ALONSO, V., “Some Remarks on the Funerals of the Kings: From Philip to the Diadochi”, en WHEATLEY, P., HANNAH, R., (eds.), *Alexander and his Successors. Essays from the Antipodes*, California 2009, pp. 276-98.
- ÁLVAREZ RICO, M.G., “The Greek Military Camp in the Ten Thousand’s Army”, *Gladius XXII*, 2002, pp. 29-56.
- ANDERSON, J.K., “Cleon’s Orders at Amphipolis”, *JHS* 85, 1965, pp. 1-4.
- ANDERSON, J.K., *Military Theory and Practice in the Age of Xenophon*, Berkeley-Los Ángeles 1970.
- ANDERSON, J.K., *Xenophon*, Londres 1974.
- ANDREWES, A., “Phratries in Homer”, *Hermes* 89, 1961, pp. 129-140.
- ANTONACCIO, C.M., “Lefkandi and Homer”, en Andersen, O., Dickie, M. (eds.), *Homer’s World. Fiction, Tradition, Reality* [Papers from the Norwegian Institute at Athens, 3], Bergen 1995, pp. 5-27.
- AREND, W., *Die Typischen Scenen bei Homer* [Problemata. Forschungen zur klassischen Philologie, 7], Kassel 1933.
- AUTENRIETH, G., *Homeric dictionary*, Londres 1877.
- AUTENRIETH, G., KAEGI, A., *Wörterbuch zu den Homerischen Gedichten*, Basel 1920 [Hrgs. Latacz, J., Willi, A., Leipzig 1999].
- BALIL, A., “Herodoto y las grandes batallas de las guerras médicas”, *Estudios Clásicos*, VI, Madrid 1961-1962, pp. 32-92.

- BALLABRIGA, A., “La Question homérique: pour une réouverture du débat”, *REG*, 103, 1990, pp. 16-29.
- BARNETT, R.D., “Early Shipping in the Near East”, *Antiquity* XXXII, 1958, pp. 220-230.
- BARNETT, R.D., *Assyrian Palace Reliefs and their Influence on the Sculptures of Babylonia and Persia*, Londres 1960.
- BARNETT, R.D., Falkner, M., *The Sculptures of Assur-Nasir-Apli II (883-859 B.C.), Tiglath-Pileser III (745-727 B.C.), Esarhaddon (681-669 B.C.) from the Central and South-West Palaces at Nimrud*, Londres 1962.
- BARNETT, R.D., *Assyrian Sculpture in the British Museum*, Toronto 1975.
- BASS, G.F., “The Bronze Age Shipwreck at Ulu Burun: 1986 Campaign”, *AJA* 93, vol. 1, 1989, pp. 1-29.
- BAUER, A., “Die griechischen Privat- und Kriegsaltertümer”, en I. von Müller (ed.), *Handbuch der klassischen Altertums-Wissenschaft*, vol. IV, 1, II, München 1893, pp. 270-469.
- BERNABÉ PAJARES, A., *Fragmentos de épica griega arcaica*, [Biblioteca Clásica Gredos], Madrid 1979.
- BERVE, H., *Das Alexanderreich auf prosopographischer Grundlage*, vols. I-II, München 1926.
- BEST, J.G.P., *Thracian Peltast and their Influence on Greek Warfare*, Groningen 1969.
- BLOME, P., “Die dunklen Jahrhunderte – aufgehell’t”, en Latacz, J., (ed.), *Zweihundert Jahre Homer-Forschung. Rückblick und Ausblick*, Colloquia Raurica, vol. 2, Stuttgart/Leipzig 1991, pp. 45-60.
- BOARDMAN, J., “Delphinion in Chios”, *BSA*, vol. 51, 1956, pp. 41-54.

- BOARDMAN, J., *The Greeks Overseas: the Archaeology of their early Colonies and Trade*, Harmondsworth 1973.
- BONNER, R.J., “The Name Ten Thousand”, *Classical Philology* 5, 1910, pp. 97-99.
- BONED COLERA, P., “Repertorio bibliográfico de la lexicografía griega (RBLG)”, *DGE*, Anejo III, Madrid 1998.
- BOSWORTH, A.B., *A Historical Commentary on Arrian’s History of Alexander*, vol. II, Oxford 1995.
- BOWRA, C.M., *Tradition and Design in the Iliad*, Oxford 1968 [1º ed. 1930].
- BOWRA, C.M., *Homer*, 2º ed., Londres 1979.
- BRAUDEL, F., *El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II*, vol. I, Madrid 1976.
- BRAUN, F.R.G., “The Greeks in the Near East”, *The Cambridge Ancient History*, vol. III, Part 3, Cambridge 1982, pp. 1-31.
- BRAUN, F.R.G., “The Greeks in Egypt”, *The Cambridge Ancient History*, vol. III, Part 3, Cambridge 1982, pp. 32-56.
- BREITENBACH, H.R., *Historiographische Anschauungsformen Xenophons*, Basilea 1950.
- BREITENBACH, H.R., *RE*, IX A2, “Xenophon. 1. Anábasis”, Stuttgart 1967, cols. 1644-1655.
- BRIANT, P. (ed.), *Dans les pas des Dix-Mille: Peuples et pays du Proche-Orient vus par un grec*, *Pallas* 43, Toulouse 1995.
- BUCHOLZ, E., *Die homerischen Realien*, II (1), Leipzig 1881.
- BUCHOLZ, H.-G., “Jagd und Fischfang”, *Archaeologia Homerica.*, Kap. J, Gotinga 1973.

- BURGESS, J.S., *The Tradition of the Trojan War in Homer and the Epic Cycle*, Londres 2001.
- BURKERT, W., *The Orientalizing Revolution: Near Eastern Influence on Greek Culture in the early Archaic Age*, Cambridge 1992.
- BURKERT, W., *Babylon, Memphis, Persepolis. Eastern Contexts of Greek Culture*, London 2004.
- BURN, A.R., *Persia and the Greeks: the Defence of the West, c. 546-478 B.C.*, 2º ed., Stanford 1984.
- CALONGE RUIZ, J., “Introducción general”, en Tucídides, *Historia de la guerra del Peloponeso, Libros I-II*, por TORRES ESBARRANCH, J. J., [Biblioteca Clásica Gredos, nº 149], Madrid 1990, pp. 7-149.
- CARLIER, P., *La royauté en Grèce avant Alexandre*, Estrasburgo 1984.
- CARLIER, P., *Homero*, Madrid 2005.
- CARTLEDGE, P., *Termópilas. La batalla que cambió el mundo*, Barcelona 2007.
- CASPARI, M.O.B., “Stray Notes on the Persian Wars”, *JHS*, 31, 1911, pp. 100-109.
- CASSON, L., *Ship and Seamanship in the Ancient World*, Princeton 1971.
- CHANDLER, L., “The North-West Frontier of Atica”, *JHS*, 46, 1926, pp. 1-21.
- CLASSEN, J., STEUP, J., *Thukydides*, vol. I, Berlín 1963⁵.
- CHANTRAINE, P., *Dictionnaire Étymologique de la Langue Grecque. Histoire des Mots*, París 1983.
- COOK, J.M., *The Troad, An Archaeological and Topographical Study*, Oxford 1973.
- COOK, R.M., “Thucydides I 11,1”, *Proc. C. Phil. Soc.* 3, 1954/5, 3.
- DANEK, G., *Studien zur Dolonie* [Wiener Studien. Beiheft 12], Viena 1988.

- DAREMBERG, CH., SAGLIO, E., *Dictionnaire des antiquités grecques et romaines*, vols. I-V, Graz, 1962-1963.
- DAVISON, J.A., “Peisistratos and Homer”, *Transactions and Proceedings of the American Philological Association*, LXXXVI, 1955, 1-21.
- DAVISON, J.A., “Thucydides, Homer and the Achaean Wall”, *GRBS*, 6, 1965, pp. 5-28.
- DEGER-JALKOTZY, S., “Die Erforschung des Zusammenbruchs der sogenannten mykenischen Kultur und der sogenannten dunklen Jahrhunderte”, en LATACZ, J., (ed.), *Zweihundert Jahre Homer-Forschung. Rückblick und Ausblick*, Colloquia Raurica, vol. 2, Stuttgart/Leipzig 1991, pp. 128-154.
- DELBRÜCK, H., *Geschichte der Kriegkunst im Rahmen der politischen Geschichte. I: Das Altertum*, Berlín 1908.
- DELEBECQUE, E., *Essai sur la vie de Xénophon*, París 1957.
- DE STE. CROIX, G.E.M., *The Origins of the Peloponnesian War*, Nueva York 1972.
- DESCAT, R., “Marché et tribut: l’approvisionnement des Dix-Mille”, en BRIANT, P. (ed.), *Dans les pas des Dix-Mille: Peuples et pays du Proche-Orient vus par un grec*, Pallas 43, Toulouse 1995, pp. 99-108.
- DICKIE, M., “The Geography of Homer’s World”, en ANDERSEN, O., DICKIE, M. (eds.), *Homer’s World. Fiction, Tradition, Reality* [Papers From the Norwegian Institute at Athens, 3], Bergen 1995, pp. 29-56.
- DILLERY, J., *Xenophon and the History of his Times*, Londres-Nueva York 1995.
- DOLIN, E., “Thucydides on the Trojan War: A Critique of the Text of I.11.1”, *Harvard Studies in Classical Philology*, 87, 1983, pp. 119-149.
- DÖRPFELD, W., *Troja und Ilion*, vol. II, Atenas 1902.

- DROYSEN, H., *Heerwesen und Kriegführung der Griechen*, Friburgo 1889.
- DUCREY, P., *Le traitement des prisonniers de guerre dans la Grèce Antique. Des origines à la conquête romaine*, París 1968.
- DUCREY, P., *Guerre et guerriers dans la Grèce antique*, París 1985.
- DUE, B., *The Cyropaedia. Xenophon's Aims and Methods*, Aarhus-Copenague 1989.
- EDWARDS, M.W., *Homer. Poet of the Iliad*, Londres 1987.
- EDWARDS, M.W., (KIRK, G.S. ed.), *The Iliad: A Commentary. Volume V: books 17-20*, Cambridge 1991.
- ENGELS, D.W., *Alexander the Great and the Logistics of the Macedonian Army*, Berkeley-Los Ángeles 1978.
- ERMAN, A., RANKE, H., *Ägypten und ägyptischen Leben im Altertum*, Hildesheim 1977.
- EASTERLING, P.E., "Agamenon's Skeptron in the Iliad", en MACKENZIE, M.M. y ROUECHÉ, C. (eds.), *Images of Authority*, Cambridge 1989, pp. 104-121.
- FABRICIUS, E., STÄHLIN, F., "Das hellenische Thessalien", *Gnomon* 2, 1926, pp. 11-15.
- FINLEY, M.I., *El mundo de Odiseo*, Madrid 1986.
- FEHLING, D., *Herodotus and his "sources"*, Londres 1989.
- FENIK, B., *Typical Battle Scenes in the Iliad* [Hermes Einzelschriften 21], Wiesbaden 1968.
- FERNÁNDEZ NIETO, F.J., *Los acuerdos bélicos en la antigua Grecia*, Santiago de Compostela 1975.
- FERNÁNDEZ NIETO, F.J., "La competencia penal de los estrategos", *Symposion*, 1988, pp. 111-122.

- FERNÁNDEZ NIETO, F.J., “Los reglamentos militares griegos y la justicia castrense en época helenística”, *Symposion*, 1995, pp. 221-244.
- FINKELSTEIN, I., SILBERMAN, N.A., *La Biblia desenterrada*, Madrid 2003.
- FORD, A., *Homer. The Poetry of the Past*, Londres 1994.
- FORNARA, C.W., *Herodotus. An interpretative Essay*, Oxford 1971 (reimpr. 1967).
- FOUGÈRES, G., “Gymnasium”, en DAREMBERG-SAGLIO, II, 2, Graz 1963, pp.1684-1685.
- GARLAND, Y., “Une enquête sur les camps militaires fortifiés en Attique”, *Revue Archéologique*, 1967, pp. 291-296.
- GARLAND, Y., *Recherches de poliorcétique grecque*, París 1974.
- GILBERT, G., *Handbuch der griechischen Staatsaltertümer*. Vol. I: *Der Staat der Lakedaimonier und der Athener*, Leipzig 1881.
- GEDDES, A.G., “Who is Who in “Homeric” Society?”, *Classical Quarterly* 34, 1984, pp. 17-36.
- GOMME, A.W., “A forgotten factor of Greek naval strategy”, *JHS*, vol. 53, 1933, pp. 16-24.
- GOMME, A.W., *A historical Commentary on Thucydides*. Vol. I: *Introduction and Commentary on Book I* (Oxford 1945); vol. II: *Books II-III* (Oxford 1956); vol. III: *Books IV-V,24* (Oxford 1956); vols. IV-V: GOMME, A.W., ANDREWES, A., DOVER, K.J., *Books V,25-VII y Book VIII* (Oxford 1970-1980).
- GRAY, D., “Seewesen”, *Archaeologia Homerica*, Band II, Kapitel G, Gotinga 1974.
- GRAY, V., *The Character of Xenophon’s Hellenica*, Baltimore 1989.
- GRIFFITH, G.T., *The Mercenaries of the Hellenistic World*, Londres 1935.

- GOEDHARDT, B. J., *De Aristarchi commentatione Π. τ. υ. instauranda*, Utrecht 1879.
- GREEN, P., *Xerxes at Salamis*, Nueva York 1970.
- GREEN, P., *The Greco-Persian Wars*, Berkeley 1996.
- GREENHALGH, P.A.L., *Early Greek Warfare*, Cambridge 1973.
- GRIFFIN, J., *Homer*, Londres 1980.
- GRIFFIN, J., *Homer. Iliad Book IX*, Oxford 1995.
- GRUNDY, M.A., *The Great Persian War and its Preliminaries*, Londres 1901 [reimpr. 1968].
- GSCHNITZER, F., “Zur homerischen Staats- und Gesellschaftsordnung: Grundcharakter und geschichtliche Stellung”, en LATA CZ, J., (ed.), *Zweihundert Jahre Homer-Forschung. Rückblick und Ausblick*, Colloquia Raurica, vol. 2, Stuttgart/Leipzig 1991, pp.182-204.
- HANSON, V.D., *Warfare and Agriculture in Classical Greece*, Pisa 1983.
- HANSON, V.D., *The Western Way of War*, Londres, 1989.
- HIGGINS, W.E., *Xenophon the Athenian. The Problem of the Individual and the Society of the Polis*, Albany 1977.
- HAINSWORTH, J.B., *The Idea of Epic*, Berkeley 1991.
- HAINSWORTH, B. (KIRK, G.S., ed), *The Iliad: A Commentary. Volume III: books 9-12*, Cambridge 1993.
- HAMMOND, N.G.L., “The Battle of Salamis”, *JHS*, 76, 1956, pp. 32-54.
- HEUBECK, A., *Die homerische Frage*, Darmstadt 1974.
- HIGNETT, C., *Xerxes' invasion of Greece*, Oxford 1963.
- HIRSCH, S.W., *The Friendship of the Barbarian*, Hannover-Londres 1985.
- HITZIG, G., *Des Pausanias Beschreibung von Griechenland*, III,1, Leipzig 1907.

- HÖCKMANN, O., *Archaeologia Homerica*, Kap. E, “Kriegswesen Teil 2”, Gotinga 1980.
- HOFFMANN, O., *Die Makedonen, ihre Sprache und ihr Volkstum*, Göttingen 1906.
- HÖLKESKAMP, H.-J., “Agorai bei Homer”, en EDER, W., HÖLKESKAMP, H.-J., *Volk und Verfassung im vorhellenistischen Griechenland*, Stuttgart 1997, pp. 1-15.
- HÖRHAGER, H., “Zu den Flottenoperationen am Kap Artemision”, *Chiron* 3, 1973, pp. 43-59.
- HORNBLLOWER, S., *A commentary on Thucydides*, vol I [Books I-III], Oxford 1997.
- HORNBLLOWER, S., *A commentary on Thucydides*, vol II [Books IV-V,24], Oxford 2004.
- HOW, W.W., WELLS, J., *A Commentary on Herodotus*, vols. I-II, Oxford 1912 (reimpr. 1967-1998).
- HUTCHINSON, G., *Xenophon and the Art of Command*, Londres, 2000.
- IAKOVIDES, SP., “Vormykenische und mykenische Wehrbauten”, *Archaeologia Homerica*, Gotinga 1977, Kap. E1, p. 119-221.
- JACOBY, F., “Themistogenes. Sophainetos”, *Die Fragmente der griechischen Historiker (F.Gr.Hist.)*, Berlín 1927.
- JAEGER, W., *Paideia*, vol. III, Berlín 1955.
- JANKO, R., *The Iliad: A Commentary. Volume IV: books 13-16*, (KIRK, G.S., ed.), Cambridge 1992.
- JONES, P., “Poetic invention: the fighting around Troy in the first nine years of the Trojan War”, en ANDERSEN, O., DICKIE, M. (eds.), *Homer's World. Fiction*,

- Tradition, Reality* [Papers From the Norwegian Institute at Athens, 3], Bergen 1995, pp. 101-111.
- KAGAN, D., *The Peace of Nicias and the Sicilian Expedition*, Londres 1981.
 - KAHRSTEDT, “*sysstía*”, *RE*, IV, A2, Stuttgart 1932, cols., 1832-1833.
 - KAYAN, I., “Geoarcheological interpretations of the «Trojan Bay»”, en WAGNER, G.A., PERNICKA, E., UERPMANN, H.-P., *Troia and the Troad*, Heidelberg 2003, pp. 379-401.
 - KEEGAN, J., *The Face of Battle*, Nueva York 1976.
 - KEIL, J., “Die Schlacht bei Salamis”, *Hermes*, 73, 1938, pp. 329-340.
 - KELLY, D.H., “Thucydides and Herodotus on the Pitanate Lochos”, *Roman and Byzantine Studies*, 22, 1981, pp. 31-38.
 - KING, L.W., “Bronze Reliefs from the Gates of Shalmaneser”, *British Museum*, Londres 1915.
 - KIRK, G.S., *The Songs of Homer*, Cambridge 1962.
 - KIRK, G.S., *The Iliad: A Commentary, Volume I: books 1-4*, Cambridge 1985.
 - KIRK, G.S., *The Iliad: A Commentary, Volume II: books 5-8*, Cambridge 1989.
 - KOLB, F., “Ein neuer Troia-Mythos? Traum und Wirklichkeit auf dem Grabungshügel von Hisarlik”, en BEHR, H.-J., BIEGEL, G., CASTRITIUS, H. (eds.), *Troia: Traum und Wirklichkeit. Ein Mythos in Geschichte und Rezeption*, Braunschweig 2003.
 - KORFMANN, M., “Besik-Tepe. Vorbericht über die Ergebnisse der Grabung von 1982”, *Archäologischer Anzeiger*, 1984 (2), pp. 165-195.
 - KORFMANN, M., “Troy: Topography and Navigation”, MELLIK, M.J., *Troy and The Trojan War*, Bryn Mawr 1986, pp. 1-16.

- KORFMANN, M., “Besik Tepe: New Evidence for the period of the Trojan Sixth and Seventh Settlements”, MELLIK, M.J., *Troy and The Trojan War*, Bryn Mawr 1986, pp. 17-28.
- KORFMANN, M., “Besik-Tepe. Vorbericht über die Ergebnisse der Grabungen von 1984. Mit 28 Abbildungen und 8 Tabellen”, *Archäologische Anzeiger*, 1986, Heft 3, pp. 303-363.
- KRENTZ, P., *Xenophon. Hellenika I-II,3,10*, Warminster 1989.
- KRENTZ, P., “War”, en *The Cambridge History of Greek and Roman Warfare*, vol. 1, Cambridge 2007, pp. 147-185.
- KRISCHER, T., “Die inhomogenität der Troja-Epik”, en ANDERSEN, O., DICKIE, M. (eds.), *Homer’s World. Fiction, Tradition, Reality* [Papers From the Norwegian Institute at Athens, 3], Bergen 1995, pp. 77-90.
- KROMAYER, J., *Antike Schlachtfelder in Griechenland. Erster band. Von Epaminondas bis zum eingreifen der Römer*, Berlín 1903.
- KULLMANN, W., *Die Quellen der Ilias* [Hermes Einzelschriften 14], Wiesbaden 1960.
- KULLMANN, W., “Ergebnisse der motivgeschichtlichen Forschung zu Homer (Neoanalyse)”, en LATACZ, J. (ed.), *Zweihundert Jahre Homer-Forschung. Rückblick und Ausblick*, Colloquia Raurica, vol. 2, Stuttgart/Leipzig 1991.
- KULLMANN, W., “Homers Zeit und das Bild des Dichters von den Menschen der Mykenischen Kultur”, en ANDERSEN, O., DICKIE, M. (eds.), *Homer’s World. Fiction, Tradition, Reality* [Papers From the Norwegian Institute at Athens, 3], Bergen 1995, pp. 65-73.

- KURT, C., *Seemännische Fachausdrücke bei Homer. Unter Berücksichtigung Hesiods und der Lyriker bis Bakchylides (Ergänzungsheft zur Zeitschrift für vergleichende Sprachforschung, 28)*, Gotinga 1978.
- KYRIELEIS, H., *Throne und Klinen [Jahrbuch des Deutschen Archäologischen Instituts]*, Berlín 1969.
- LAMBERTON, R., “Homer in Antiquity”, en MORRIS, I., POWELL, B., *A New Companion to Homer*, Leiden, Nueva York, Londres 1997, pp. 33-54.
- LAMMERT, F., “Kriegkunst”, en *RE*, XI, 2, Stuttgart 1922, cols. 1827-1858.
- LATACZ, J., *Kampfparänese, Kampfdarstellung und Kampfwirklichkeit in der Ilias, bei Kallinos und Tyrtaios*, Múnich 1977.
- LATACZ, J., “Neues von Troja”, *Gymnasium*, 95, 1988, pp. 385-413.
- LATACZ, J., *Homer. His Art and his World*, Michigan 1996.
- LATACZ, J., *Homers Ilias: Gesamtkommentar. Band I. 1. Gesang. Faszikel 1 [Text und Übersetzung]; Faszikel 2 [Kommentar]*, Múnich-Leipzig 2000.
- LATACZ, J., *Homers Ilias: Gesamtkommentar. Band 2. 2. Gesang. Faszikel 2 (Kommentar)*, Múnich-Leipzig 2003.
- LATACZ, J., *Troya y Homero*, Barcelona 2003.
- LAUNEY, M., *Recherches sur les armées hellénistiques*, vols. I y II, París 1949-1950.
- LAUTER, H., “Some Remarks on fortified Settlements in the Attic Countryside”, en VAN DE MAELE, S. y FOSSEY, J.M. (eds.), *Fortificationes antiquae*, Amsterdam 1992, pp.78-79.
- LAWRENCE, A.W., *Greek Aims in Fortification*, Oxford 1979.
- LAZENBY, J. F., *The Spartan Army*, Warminster 1985.
- LAZENBY, J.F., *The Peloponnesian War. A military Study*, Londres 2004.

- LE BOHEC, Y., *El ejército romano. Instrumento para la conquista de un imperio*, Barcelona, 2004.
- LEAF, W., *The Iliad. Vol. I: Books I-XII*, Londres 1900-1902 [Amsterdam 1960].
- LEAKE, W.M., *Travels in Northern Greece*, vol. II, Londres 1865 [Amsterdam 1967].
- LEE, J. W. I., *A Greek Army on the March. Soldiers and Survivals in Xenophon's Anabasis*, Cambridge, 2007.
- LEHMANN-HAUPT, C. F., *Armenien. Einst und Jetzt*, Berlín 1910, vol. 1.
- LEHMANN, G.A., "Die 'politisch-historischen' Beziehungen der Ägäis-Welt des 15.-13.Jh.s v.Chr. zu Ägypten und Vorderasien: einige Hinweisen", en LATACZ, J., (ed.), *Zweihundert Jahre Homer-Forschung. Rückblick und Ausblick*, Colloquia Raurica, vol. 2, Stuttgart/Leipzig 1991.
- LEHR, K., *De Aristarchi Studiis Homericis*, Leipzig 1865.
- LENDLE, O., *Kommentar zu Xenophons Anabasis (Bücher 1-7)*, Darmstadt 1995.
- LENOIR, M., "Le camp romain et l'urbanisme hellénique et romain", en LERICHE, P., y TRÉZINY, H. (eds.), *La Fortification dans l'Histoire du Monde Grec*, París 1986, pp. 329-330.
- LESKY, A., "Homeros", *Realencyclopädie der Altertumswissenschaft*, suppl. XI, Stuttgart 1968, 709-725.
- LESKY, A., *Historia de la literatura griega*, Madrid 1976.
- LIDDELL-SCOTT, *Greek-English Lexicon*, Oxford 1940⁹ (reimpr. 1961).
- LIERS, H., *Das Kriegswesen der Alten mit besonderer Berücksichtigung der Strategie*, Breslau 1895.
- LLOYD, A.B., *Herodotus. Book II. Introduction*, Leiden 1975.
- LLOYD, A.B., "Were Necho's Triremes Phoenician?", *JHS*, 95, 1976, pp. 45-61.

- LLOYD, A.B., "Two Figured Ostraca from north Saqqara", *Journal of Egyptian Archaeology*, 64, 1978, pp. 107-112.
- LLOYD, A. B., *Herodotus. Book II. Commentary 99-182*, Leiden 1988.
- LONIS, R., *Les usages de la guerre entre grecs et barbares (des guerres médiques au milieu du IV s. avant J.-C.)*, París 1969.
- LONIS, R., "La Guerre en Grèce", *REG* 98, 1985, pp. 321-379.
- LORIMER, H.L., *Homer and the Monuments*, Londres 1950.
- LUCE, J.V., "The Case for Historical Significance in Homer's Landmarks at Troia", en WAGNER, G.A., PERNICKA, E., UERPMANN, H.-P., *Troia and the Troad*, Heidelberg 2003, pp. 9-30.
- MACKIE, H., *Talking Trojan. Speech and Community in the Iliad*, Londres 1996.
- MARK, S., *Homeric Seafaring*, Texas 2005.
- MAURICE, F., "The size of the Army of Xerxes in the invasion of Greece 480 B.C.", *JHS*, 50, 1930, pp. 210-235.
- MCCARTNEY, E.S., "The Couch as a Unit of Measurement", *Classical Philology* 29, 1934, pp. 30-35.
- MCCREDIE, J.R., VANDERPOOL, E., y STEINBERG, A., "Koroni: a Ptolemaic Camp on the East Coast of Attica", *Hesperia* XXXI, 1962, pp. 26-61.
- MCCREDIE, J.R., *Fortified Military Camps in Attica: Hesperia Suppl. XI*, 1966.
- MCLEOD, W.E., "Boudoron, an Atenian Fort on Salamis", *Hesperia*, 29, 1960, pp. 316-323.
- MEIGGS, R., *The Athenian Empire*, Oxford 1979.
- MELE, A., *Il commercio greco arcaico. Prexis ed emporie*, Nápoles 1979.
- MELLIK, M.J., *Troy and The Trojan War*, Bryn Mawr 1986.

- MOMIGLIANO, A., “Per l’unità logica della *ΛΑΚΕΔΑΙΜΟΝΙΩΝ ΠΙΟΛΙΤΕΙΑ* di Senofonte”, *Rivista di Filologia e d’istruzione classica* XIV, 1936, pp. 170-173.
- MORRIS, I., “The Use and Abuse of Homer”, *Classical Antiquity* 5, 1, 1986, pp. 83-94.
- MORRIS, S.P., “A Tale of Two Cities: The Miniature Frescoes from Thera and the Origins of Greek Poetry”, *American Journal of Archeology*, 93, 1989, pp. 511-535.
- MORRISON, J.S., WILLIAMS, R.T., *Greek Oared Ships (900-322 B.C.)*, Cambridge 1968.
- MORRISON, J.S., COATES, J.F., *The Athenian Trireme. The history and reconstruction of an ancient Greek warship*, Cambridge 1986.
- MOREAUX, F., “Les festins royaux et leur portée politique d’après l’*Illiade* et l’*Odysée*”, *REG* 7, 1894, págs 133-145.
- MOSLEY, D.J., ADCOCK, F.E., *Diplomacy in Ancient Greece*, Londres 1975.
- MÜLLER, D., *Handwerk und Sprache. Die sprachlichen Bilder aus dem Bereich des Handwerks in der griechischen Literatur bis 400 v. Chr.*, Meisenheim am Glan 1974.
- MUELLER-GOLDINGEN, C., *Untersuchungen zu Xenophons Kyropädie*, Stuttgart-Leipzig 1995.
- MUNN, M.H., *The Defense of Attica. The Dema Wall and the Boiotian War of 378-375 B.C.*, Berkeley-Los Angeles, 1993.
- MUNRO, J.A.R., “Some Remarks on the Persian Wars. I. The Campaign of Marathon”, *JHS*, 19, 1899, pp. 185-197.
- MÜLLER, D., *Topographischer Bildkommentar zu den Historien Herodots*, vol. I, Tubinga 1987.

- MURRAY, O., *Early Greece*, Londres 1980.
- MYRES, J. L., *Herodotus father of history*, Oxford 1968.
- NAVEH, J., “More Hebrew Inscriptions from Mesad Hashavyahu”, *Israel Exploration Journal*, vol. 12, n° 1, 1962, pp. 27-31.
- NAVEH, J., “The Excavations at Mesad Hashavyahu”, *Israel Exploration Journal*, vol. 12, n° 2, 1962, pp. 89-99.
- NUSSBAUM, G.B., *The Ten Thousand. A Study in Social Organization and Action in Xenophon’s Anabasis*, Leiden 1967.
- ODERMANN, E., *Der Festungskrieg vor Syrakus in den Jahren 414-413 v.Chr.*, Leipzig 1927.
- OLLIER, F., “Xenophon. La république des lacédémoniens”, *Annales de l’Université de Lyon (nouvelle série)* 47, Lyon-Paris 1934.
- PAGE, D.L., *History and the Homeric Iliad*, Berkeley-Los Angeles, 1959.
- PARKE, H.W., *Greek Mercenary Soldiers*, Oxford 1933.
- PARKER, R., *Miasma: Pollution and Purification in Early Greek Religion*, Oxford 1983.
- PARRY, M., *L’Épithète traditionnelle dans Homère*, Paris 1928.
- PETRIKOVITS, H. VON, *Die Innenbauten römischer Legionslager während der Prinzipatszeit*, Abhandlungen der Rheinisch-Westfälischen Akademie der Wissenschaft, Band 56, 1975.
- POLAND, “συσκηνία”, *RE*, IV, A2, Stuttgart 1932, cols., 1829-1831.
- POLAND, “συσσίτιον”, *RE*, IV, A2, Stuttgart 1932, cols., 1833-1834.
- POHLENZ, M., *Herodot. Der Erste Geschichtschreiber des Abendlandes*, Stuttgart 1961.

- POMEROY, S.B., *Xenophon Oeconomicus. A Social and Historical Commentary*, Oxford 1994.
- POPHAM, M., *et al.*, *Lefkandi II, ii, The Burial Building at Toumba*, Londres 1993.
- POTTERS, J., *Griechische Archäologie*, vol. II, Halle 1776.
- POWELL, J. E., *The History of Herodotus*, Londres 1939 (reimpr. Amsterdam 1967).
- PRITCHETT, W.K., “New Light on Plataia”, *AJA*, 61, 1957, pp. 9-28.
- PRITCHETT, W.K., “New Light on Thermopylai”, *AJA*, LXII, 1958, pp. 203-213.
- PRITCHETT, W.K., “Toward a Restudy of the Battle of Salamis”, *AJA*, 63, 1959, pp. 251-262.
- PRITCHETT, W.K., *Studies in Ancient Greek Topography. Part I-VII.*, Berkeley-Los Angeles – Amsterdam, 1965-1991.
- PRITCHETT, W.K., “Plataiai”, *AJPh*, 100, 1979, pp. 145-152.
- PRITCHETT, W.K., *The Greek State at War*, IV, Berkeley-Los Angeles 1985.
- PULLEYN, S., *Homer. Iliad Book I*, Oxford 2000.
- RAAFLAUB, K.A., “Homer und die Geschichte des 8. Jh.s v. Chr.”, en LATA CZ, J., *Zweihundert Jahre Homer-Forschung: Rückblick und Ausblick*, Stuttgart 1991, pp. 207-215.
- REBENICH, S., *Die Verfassung der Spartaner*, Darmstadt 1998.
- REGENBOGEN, O., “Herodot und sein Werk”, *Kleine Schriften*, München 1961, pp. 57-100.
- REINHARDT, K., *Die Ilias und ihr Dichter*, Gotinga 1961.
- RENEHAN, R., “Greek Lexicographical Notes: Fourth Series”, *Glotta* 49, 1971, pp. 65-85.

- RICHARDSON, N. (KIRK, G.S., ed.), *The Iliad: A Commentary. Volume VI: books 21-24*, Cambridge 1993.
- RICHMOND, I.A., MCINTYRE, J., “Tents of the Roman Army and Leather from Birdoswald”, *Transactions of the Cumberland and Westmorland Antiquarian and Archaeological Society* 34, 1934.
- ROBERT, L., *Études épigraphiques et philologiques*, París 1938, p. 118-126.
- ROBERTSON, N., “The Thessalian Expedition of 480”, *JHS*, 46, 1976, pp.100-120.
- RUIJGH, C.J., “Les noms en –won- (-awon-. –iwon-); non- en grec alfabetique et en Mycénien”, *Minos* 9, 1968, pp. 109-155.
- RODRÍGUEZ ADRADOS, F., “Introducción”, en Heródoto, *Historia. Libros I-II*, por Schrader, C., [Biblioteca Clásica Gredos, 3], Madrid 1977, pp. 7-67.
- RODRÍGUEZ ADRADOS, R., *Diccionario Griego-Español (DGE)*, vols. I-IV, Madrid 1980-1994.
- ROBERTSON, D.S., “Thucydides and the great wall at Troy”, *Cl. Rev.* 38, 1924, 7.
- ROQUES, D., “Le vocabulaire politique d’Hérodién”, *Ktema* 15, 1990, pp. 35-71.
- ROSTOVTZEFF, M., *The Social and Economic History of the Hellenistic World*, vols. I-III, Oxford 1941 (reimpr. 1967).
- ROUSSEL, P., “Un règlement militaire de l’époque macédonienne”, *Revue Archéologique*, 6^os., 3, 1934, pp. 44-45.
- ROWLINGS, L., *The Ancient Greeks at War*, Manchester 2007.
- ROY, J.B., “The Mercenaries of Cyrus”, *Historia* XVI, 1967, pp. 287-323.
- ROY, J.B., “The Ambitions of a Mercenary”, en Fox, R.L. (ed.), *The Long March. Xenophon and the Ten Thousand*, New Haven 2004, pp. 264-288.

- RUNDIN, J., "A Politics of Eating: Festing in Early Greek Society", *AJPh*, 117, 1996, 179-215.
- SAGLIO, E., "castra", en Daremberg-Saglio, I, 2, Graz 1962, pp. 940-959.
- SÄFLUND, G., "Dating of Ancient Fortifications in Southern Italy and Greece", *Opuscula Archaeologica*, vol. I, 1935, pp. 87-119.
- SCHADEWALDT, W., *Von Homers Welt und Werk*, Stuttgart 1965.
- SCHADEWALDT, W., *Iliasstudien*, Leipzig 1938 (Darmstadt 1987).
- SCHRADER, C., "El mito de Maratón", *Cuadernos de investigación: Historia*, t. 7, 1-2, 1981, pp. 17-54.
- SCHWINGE, E.-R., "Homerische Epen und Erzählforschung", en LATACZ, J., *Zweihundert Jahre Homer-Forschung: Rückblick und Ausblick*, Stuttgart 1991, pp. 482-512.
- SEYMOUR, T.D., *Life in the Homeric Age*, Nueva York 1907.
- SINGOR, H.W., "The Achaean Wall and the Seven Gates of Thebes", *Hermes* 120, 1992, pp. 401-411.
- SNELL, B., *Lexikon des frühgriechische Epos*, vol. III, Gotinga 2004.
- SNODGRASS, A.M., *Arms and Armour of the Greeks*, Londres, 1967.
- SNODGRASS, A.M., "An Historical Homeric Society?", *JHS*, 94, 1974, pp. 114-125.
- STAGAKIS, G., "Therapontes and Hetairoi in the Iliad as Symbols of the Political Structure of the Homeric State", *Historia* 15, 1966, pp. 408-419.
- STAGAKIS, G., "Opaon in the Iliad", *Historia*, 16, 1967, pp. 414-421.
- STANLEY, K., *The Shield of Achilles: Narrative Structure in the Iliad*, Princeton 1993.

- STRACK, H.L., *Vollständiges Wörterbuch zu Xenophons Anabasis*, Hildesheim 1971.
- STRONK, J.P., *The Ten Thousand in Thrace. An Archaeological and Historical Commentary on Xenophon's Anabasis, Books VI,iii-vi — VII*, Ámsterdam 1995.
- STROUD, R.S., "An Ancient Fort on Mount Oneion", *Hesperia* 40, 1971, pp. 127-145.
- STURZ, F.G., *Lexicon Xenophonticum*, Hildesheim, 1964.
- SZEMERÉNYI, O., en *Festschrift für Ernst Risch* [A. ETTER, ed.], Berlín y Nueva York 1986.
- TÄNZER, K., *Das Verpflegungswesen der griechische Heere bis auf Alexander der Grosser*, diss. Jena 1912.
- TARN, W.W., "The Fleet of Xerxes", *JHS*, 28, 1908, pp. 202-233.
- TARN, W.W., *Hellenistic Military and Naval Developments*, Cambridge 1930.
- THOMAS, C.G., "Homer and the Polis", *Parola del Passato* 21, 1966, pp. 5-14.
- TIGERSTEDT, E.N., *The Legend of Sparta in Classical Antiquity*, Estocolmo 1965.
- TOYNBEE, A.J., *Some Problems of Greek History*, Oxford 1969.
- TORRES GUERRA, J.B., *La Tebaida homérica como fuente de la Ilíada y la Odisea*, Madrid 1995.
- TSAGARAKIS, O., "The Achaean Wall and the Homeric Question", *Hermes* 97, 1969, pp. 129-135.
- VEGA AVELEIRA, T., FERRER SIERRA., S., RODRÍGUEZ COLMENERO, A., "Los principia del campamento romano de *Aqua Querquennae* (Portoquintela, Ourense, España). Excavaciones arqueológicas de los años 2003-2005", *Gladius*, Anejos 13, 2009, pp. 465-480.

- VOLKMANN, H., “Die Inschriften im Geschichtswerk des Herodot”, *Convivium. Festschrift für Konrat Ziegler*, Stuttgart 1954, pp. 80-92.
- VOLKMANN, H., *Der kleine Pauly*, s.v. “Tamias”, Stuttgart 1975, cols. 505-507.
- WAGNER, G.A., PERNICKA, E., UERPMANN, H.-P. (eds.), *Troia and the Troad*, Heidelberg 2003.
- WALBANK, F.W., *Commentary on Polybius*, vol. I, Oxford 1970.
- WALDBAUM, J.C., MAGNESS, J., “The Chronology of Early Greek Pottery: New Evidence from Seventh-Century B.C. Destructions Levels in Israel”, *AJA*, 101, n° 1, January 1997, pp. 23-40.
- WALKER, E.M., “Athens: The Reform of Cleisthenes”, *Cambridge Ancient History*, vol. IV, 1969, pp. 167-172.
- WARDMAN, A.E., “Tactics and the Tradition of the Persian Wars”, *Historia* 8, 1959, pp. 49-60.
- WATERS, K.H., *Herodotos the Historian*, Londres 1985.
- WEBSTER, T.B.L., *From Mycenae to Homer*, Londres 1958.
- WEES, H. VAN, “Leaders of Men? Military Organisation in the Iliad”, *CQ*, 36, 1986, pp. 285-303.
- WEES, H. VAN, *Status Warriors. War, Violence and Society in Homer and History*, Ámsterdam 1992.
- WEES, H. VAN, “Princes at Dinner. Social Event and Social Structure in Homer”, en CRIELAARD, J.P., *Homeric Questions. Essays in Phylology, Ancient History and Archeology*, Ámsterdam 1995, pp. 147-182.
- WEES, H. VAN., “Homeric Warfare”, en MORRIS, I., POWELL, B., *A New Companion to Homer*, Leiden, Nueva York, Londres 1997, pp. 668-693.

- WELLES, C.B., *Royal Correspondence in the Hellenistic Period*, New Haven 1934.
- WEST, M.L., “The Achaean Wall”, *Classical Review* 83, 1969, pp. 255-260.
- WEST, M.L., “The rise of the Greek epic”, *The Journal of Hellenic Studies*, CVIII, 1988, pp. 151-172.
- WEST, M.L., *The East Face of Helicon: West Asiatic Elements in Greek Poetry and Myth*, Oxford 1997.
- WESTLAKE, H.D., “The Progress of Epiteichismos”, *CQ*, vol. 33, n. 1, 1983, pp. 12-24.
- WIESNER, J., “Fahren und Reiten”, *Archäologia Homerica*, Kap. F, Gotinga 1968.
- WILAMOWITZ, F., “Die Thukydidéslegende”, *Hermes*, XII, 1877, pp. 326-367.
- WILLCOCK, M.M., *The Iliad of Homer*, vols. I-II, Londres 1978.
- WILLCOCK, M.M., “The importance of Iliad 8”, en Andersen, O., Dickie, M. (eds.), *Homer’s World. Fiction, Tradition, Reality* [Papers From the Norwegian Institute at Athens, 3], Bergen 1995, pp. 113-121.
- WILSON, J, BEARDSWORTH, T., “Pylos 425 B.C.: The Spartan Plan to Block the Entrances”, *CQ*, vol. 20, n. 1, 1970, pp. 42-52.
- WINTER, F.E., *Greek Fortifications*, Toronto 1971.
- WÜLFING-V. MARTITZ, P., “ἑρῶς bei Homer und in der älteren griechischen Literatur”, *Glotta* 38, 1959, pp. 272-307.
- YADIN, Y., *The Art of Warfare in Biblical Lands*, Jerusalem 1963.

Índice de ilustraciones

- Plano de la llanura de Troya según W. DÖRPFELD, 1902 (Tafel I)	78
- Reconstrucción de la paleogeografía de la llanura de Troya, desde el 1250 a.C. hasta el presente, LUCE, 2003, p. 374, fig. 10	81
- Mapa geomorfológico de la costa y la llanura de Troya según WAGNER, 2003, p. 380, fig. 1	87
- Imagen de las playas de la bahía de Besika, hacia el sur, COOK, 1973, p. 18	87
- Imagen de la costa en la zona del monte Rotheion, mirando hacia el sur, COOK, 1973, p. 9	102
- Representación de un desembarco, en MORRISON-WILLIAMS, 1968, Plate II a.	119
- Reconstrucción de un <i>thronos</i> y dos <i>diphroi</i> , según VAN WEES, 1995, pp. 152-153	131
- Reconstrucción de la estructura de las murallas de Asur, LAWRENCE, 1979, p. 27, fig. 13	164
- Relieve asirio representando una escena de asedio a una ciudad, según LAWRENCE, 1979, p. 27, fig. 12.	164
- Relieve asirio representando el asedio a Lagash, en LAWRENCE, 1979, p. 24	168
- Reconstrucción de la puerta de los Leones de Micenas, en IAKOVIDES, 1977, pág. 189, fig. 30	174
- Reconstrucción de la fortificación de Atenas cerca de Dipilon, por LAWRENCE, 1979, p. 283, fig. 50	178
- Reconstrucción de un barco de guerra de época homérica, Gray, 1974, fig. 29	186
- Campamento circular asirio (s. IX), BARNETT, 1975	291
- Campamento ovalado de Sargón II de Asiria (s. VIII), YADIN, 1963, p. 292	307
- Ataque a un campamento. Relieves del Palacio de Assurbanipal, BARNETT, 1960, plate XXXIII	320

- Ataque a un campamento (Ramses II), ERMAN, 1977, p. 635	325
- Campamento de Ramses cerca de Qadesh, YADIN, 1963, p. 107	345
- Interior de un campamento fortificado asirio y tiendas de campaña, BARNETT, 1962, plate LXVI	348
- Campamento egipcio de Ramses, YADIN, 1963, p. 108	356
- Campamento fortificado de Senaquerib (s. VIII), YADIN, 1963, p. 292	356
- Anclas de piedra procedentes de un pecio de en torno al 350 a.C., CASSON, 1971, fig. 187	456
- Mapa de Pilos y Esfacteria, LAZENBY, 2004, p. 68	474
- Mapa reconstruyendo el asedio ateniense a Siracusa, KAGAN, 1981, p. 232	490
- Retirada ateniense de Siracusa, KAGAN, 1981, p. 341	512
- Área del puerto de Delfinion (Quíos), BOARDMAN, 1956, p. 43, fig. 2	525
- Campamento ateniense en Delfinión y acrópolis, BOARDMAN, 1956, p. 46, fig. 3	526
- Costa del Asia Menor, LAZENBY, 2004, p. 175	538
- Plano de la batalla de Mantinea, KAGAN, 1981, p. 112	562
- Mapa de la ruta de los Diez Mil por el corazón del Imperio persa, LEE, 2007, p. 20	650
- Mapa de la ruta de los Diez Mil por Asia Menor, LEE, 2007, p. 21	651
- Reconstrucción esquemática de la estructura interna de un campamento, LEE, 2007, p. 181, fig. 7.2	718
- Propuesta de diagrama esquemático de la acampada de un ejército griego por LEE, 2007, p. 179, fig. 7,1	738
- Nadadores asirios sobre pellejos de cabra hinchados, BARNETT, 1971, pl. 23	748
- Reconstrucción de la <i>Stoa Poikile de Atenas</i> , MYRES, 1968, p. 300	778
- Mapa de la llanura de Maratón, MÜLLER, 1987, p. 656	798
- Mapa topográfico de la bahía de Maratón, HAMMOND, 1968, p. 42	800

- Mapa de la llanura de Maratón, GREEN, 1970, p. 33	802
- Plano de la llanura de Maratón y disposición de los campamentos persa y griegos, GRUNDY, 1901 [reimpr. 1968], p. 167	813
- Zona oriental de la llanura de Maratón, HAMMOND, 1968, p.20	816
- Llanura y batalla de Maratón, BURN, 1984, p. 244	819
- Bahía y llanura de Maratón (copia del plano de Leake publicado en 1829), HAMMOND, 1968, p. 21	820
- Área occidental de la llanura de Maratón, HAMMOND, 1968, p. 19	822
- Reconstrucción de la batalla de Maratón, MÜLLER, <i>TBK</i> , p. 657	835
- Disposición de los ejércitos en la batalla de Maratón según PRITCHETT, 1969, fig. 1	845

LD!